
ERINDALE COLLEGE
3 1761 02434539 9

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMÁTICAS

TOMO II



MADRID

TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1916

PRÓLOGO

Entran en este segundo tomo de la nueva serie o edición de las *Obras de Lope de Vega* veinte comedias, todas inéditas, excepto la última, aunque bien puede tenerse por tal según son de raros los ejemplares de la impresión suelta que tenemos a la vista.

La primera del volumen, titulada *El Casamiento por Cristo,* hállase (como todas las demás) en el rico depósito de manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional, registrada con la signatura Ms. 16862. Consta de 44 hojas en 4.°, escritas con letra del siglo XVII, y procede de la antigua colección ducal de Osuna que, en su mayor parte, entró en dicha Biblioteca.

Va, como dice su encabezado, atribuída a Lope de Vega. No sabemos si, refiriéndose a este mismo ejemplar, incluyeron esta comedia los herederos de Medel del Castillo en su *Indice*, impreso en 1735 (pág. 20), dándole el propio autor. De creer es que sea así y no que hayan visto alguna impresión suelta, porque en otras muchas ocasiones citan comedias que sólo manuscritas pudieron ver en dicha casa.

Don Agustín Durán, en unas notas, curiosas como suyas, que dejó acerca de nuestro antiguo teatro y reproduce don Antonio Paz y Melia en su *Catálogo* de piezas dramáticas manuscritas de la Biblioteca Nacional, siempre que hay lugar para ello, dice que esta comedia del *Casamiento por Cristo* es igual a la titulada *Santa Justa.* No hemos visto tal obra ni leído que la cite nadie con puntualidad, como tampoco lo hace Durán. Quizá se refirió a la *Santa Justa* que, como anónima, se menciona en el repetido *Indice* de Medel (pág. 105), sin aludir a comedia distinta del *Casamiento,* por ser cosa común en ese catálogo nombrar una misma comedia con dos y a veces más títulos. Mientras no aparezca, pues, el texto o autoridad que declare su existencia por otro camino, debemos tener por más que dudosa la referida comedia de *Santa Justa,* personaje que, sin la santidad, como verá el lector, es la protagonista del *Casamiento por Cristo.*

Hace también Durán una vaga referencia a la comedia de tres ingenios, muy posteriores a Lope, titulada *Las Auroras de Sevilla,* impresa en

la parte XXVII de comedias *Escogidas* (1667) (1). Pero, si bien una de las heroínas de esta pieza es Santa Justa, virgen y mártir, no es ni puede ser la misma Justa que honradamente se casa en la obra de LOPE DE VEGA.

En cuanto a la justicia con que puede adjudicarse a éste la paternidad de la comedia, nos parece completa. Nada hay que desmerezca ni sea impropio de la manera de LOPE. Asunto tierno y delicado, conducido con aquel poético y sincero realismo a que tan acostumbrados nos tiene el gran poeta; sistema de versificación coincidente con el de otras indubitadas comedias y el mismo lenguaje y estilo de ellas. Leyéndola y releyéndola con cuidado no hemos hallado cosa alguna que pudiera hacernos dudar en que LOPE no la hubiese escrito.

Tampoco deberá abrigarse duda sobre la autenticidad de *La Corona de Hungría*, cuyo asunto es una de las múltiples variantes de la leyenda de la *Reina Sevilla*. Existía el manuscrito original en el archivo del Marqués de Astorga, que tantos y tan curiosos de LOPE conservaba; lo copió, en 1830, el célebre don Salustiano de Olózaga, muy aficionado de LOPE, y regaló luego la copia a don Agustín Durán, de quien la adquirió la Biblioteca Nacional, donde existe y ha servido para esta impresión académica (2). Del autógrafo se ha perdido el rastro. Como observa muy bien el juicioso señor Rennert (*Bibliogr. de Lope de Vega*, pág. 162), la fecha de 1633 que se da al códice original debe de estar equivocada y ser la de 1623, por cuanto en 1628 poseía ya el *autor* de compañías Juan Jerónimo Almella, como caudal de la suya, una comedia titulada *La Corona de Hungría* (3).

También es autógrafa la comedia titulada *Del monte sale quien el monte quema*, firmada por su autor en Madrid el 20 de octubre de 1627 con las censuras y licencias que se copian al final de esta impresión. Consta de 58 hojas en 4.° Procede igualmente de la biblioteca de Osuna y se registra en el *Indice* de Medel (pág. 29). Esta comedia está primorosamente versificada, con opulento lirismo y galanía, cosa admirable, supuesta la ya avanzada edad del insigne poeta. No conocemos la fuente, como no sea el refrán de su título, pues al final, la heroína, fingiéndose loca, incendia el monte en que solía habitar cuando era simple aldeana (4).

La Devoción del Rosario, que se imprime a continuación de la anterior, procede de un manuscrito de 57 hojas en 4.°, letra del siglo XVII, que

(1) Y suelta varias veces. Una sin lugar, sin año ni imprenta, en 4.°, y otra de Salamanca, por Nicolás Villagordo, sin año, también en 4.° Es particular que Barrera, que tampoco menciona la *Santa Justa*, no cite esta comedia de *Las Auroras de Sevilla* en el índice de títulos. Como suelta, aunque sin más señas, nombra *Los dos soles de Sevilla, Santas Justa y Rufina*.

(2) Lleva la signatura: Ms. 15108 y consta de 56 hojas en 4.°

(3) V. *Un elenco di "comedias" del 1628, di Antonio Restori*, pág. 831 (extracto de revista), donde también cree este erudito que se trata de la obra de LOPE.

(4) Lleva la signatura Ms. R-I-III. En la misma Biblioteca Nacional hay una copia de letra moderna (Ms. 16786).

perteneció a don Agustín Durán. Va atribuído a LOPE DE VEGA (1). Consta anónima esta comedia en el Catálogo de Medel (pág. 31).

Es obra muy diversa de *La Devoción del Rosario y esclavo de María*, comedia de don Juan Bautista Diamante, que también llevó el título de *El Defensor del Rosario* (Medel, pág. 29) y se ha impreso varias veces en el siglo XVIII (2).

La paternidad y fuentes de la obra de LOPE constan en los versos finales, que dicen:

> Y aquí, senado, da fin
> *La Devoción del Rosario.*
> San Antonino la escribe,
> que, de Florencia, en San Marcos,
> dió el hábito a fray Antonio,
> y ansí os lo ofrece *Belardo,*

nombre poético de LOPE DE VEGA (3).

Es también comedia autógrafa *La Discordia en los casados*, que bajo la signatura R-III-19 se custodia en la Biblioteca Nacional. Consta de 58 hojas en 4.°, y está firmada en Madrid, a 2 de agosto de 1611. Al fin, como puede verse, van licencias para la representación en años posteriores. Consta esta comedia anónima en el *Indice* de Medel, pág. 32. El asunto parece de invención libre del poeta.

A *La Esclava de su hijo* hemos hecho referencia en el prólogo del tomo antecedente, diciendo ser refundición de la allí publicada con el título de *El Hijo venturoso.*

Débese la primera noticia de tan rara comedia al sabio hispanista don Antonio Restori, que la describió en su folleto *Una collezione di commedie di Lope de Vega* (4), registrándola bajo el título ficticio de *El Pastor Soldado,* que le puso posteriormente alguno poco curioso, que no se tomó el trabajo de leer los versos finales, que dicen:

> Y aquí
> da su autor fin a *La Esclava*
> *de su hijo,* no a serviros,
> que él comienza aunque ella acaba.

(1) Signatura Ms. 15326. La letra es clara, pero de mal copista. El título: *La gran comedia de la deboçion del rrosario.* De otra letra, pero también antigua: "de lopez de bega."

(2) Según Barbosa Machado (*Bibl. Lus.,* II, 598), se imprimió antes en 1672. Conocemos, además, las ediciones siguientes: Sevilla, por Francisco Leefdael, sin año, en 4.°; Sevilla, Impr. de José Padrino, sin año, y Madrid, Impr. de Antonio Sanz, 1740, también en 4.°

(3) La obra en que San Antonino, arzobispo de Florencia, refiere el asunto de la comedia será la *Suma de confesión,* muy leída en España desde que fué, en 1492, traducida en castellano e impresa en Zaragoza y luego otras veces.

(4) *In Livorno,* 1891, 4.°; pág. 30. Hállase la comedia de LOPE en el tomo colecticio número LXXV y consta de 52 folios (40 a 92), en 4.°, letra de la primera mitad del siglo XVII, según el señor Restori, y de no buena lectura.

Con este verdadero título la había ya nombrado Lope en la lista de sus comedias estampada en *El Peregrino*, edición de 1618, fecha que, como se ve, es posterior a la composición de la obra (1).

El célebre drama *Fray Diablo y el Diablo predicador* es el manuscrito 15084 de la referida Biblioteca Nacional (2), atribuído a Lope y firmado en Madrid, a 1.° de octubre de 1630, por un tal Diego de Anunzibay, que sería el copista.

Es la primera forma que tuvo este asunto, que luego trataron Luis de Belmonte Bermúdez y el doctor don Francisco Malaspina (3).

El tema procede, como se expresa al final de la comedia, de la obra del padre fray Cristóbal Moreno *Jornadas para el Cielo,* impresa en Zaragoza en 1580 y después otras muchas veces.

En cuanto a la propiedad de *Fray Diablo,* lo mismo Adolfo Schaeffer (4) que Rouanet lo dan, sin vacilar, por de Lope. Sin embargo, el tex-

---

(1) El señor Restori advirtió ya el error del seudotítulo y citó los versos finales de la comedia. La copia fué remitida a la Academia con fecha 10 de marzo de 1896 desde Padua, probablemente por el ilustre profesor E. Teza, aunque no consta su nombre ni otro alguno en la nota que la acompaña.

(2) Consta de 55 hojas en 4.° El primer título de esta comedia era *El Diablo predicador;* pero sin duda por ser ya conocida la refundición de Belmonte, se escribieron por el licenciado Francisco de Rojas (vivía en 1660), según sospecha don Antonio Paz y Melia, encima, hacia un lado, las palabras: "*fray diablo y*". Por eso hemos conservado ambos títulos, aunque parezca que se excluyen mutuamente o indican personajes diversos. Al principio de la segunda jornada lleva sólo el de *El Diablo predicador*. Así, pues, no puede caber duda que la comedia de Lope estaba escrita en 1623 y fué la que se representó en Palacio, según la nota que registra *El Averiguador* (I, 8).

(3) Todo lo relativo a este asunto se halla muy bien expuesto en el erudito libro de M. León Rouanet, *Le Diable predicateur... avec une notice et des notes*. París, 1901, 8.°; 273 págs. A las ediciones sueltas de la obra de Belmonte que menciona (pág. 75) pueden añadirse las siguientes:

1 *Núm. 147.* | *Comedia famosa.* | *El Diablo* | *predicador,* | *por otro título, El Mayor* | *Contrario Amigo.* | *De vn ingenio de esta corte.* Sin l. ni a. (principios del siglo XVIII), 4.°; 20 hojas numeradas.

2 Reimpresión de esta misma, algo posterior, pero anterior a 1750; 20 hojas numeradas. Sólo varía el tipo de letra.

3 *Núm. 49.* | *Comedia famosa.* | *El Diablo* | *predicador,* | *y mayor contrario amigo.* | *De un Ingenio de esta corte.* (Al fin:) *Hallarase esta comedia, y otras de diferentes Tí* | *tulos, en Madrid,* en la imprenta de Antonio | Sanz, *en la Plazuela de la Calle de la* | *Paz. Año de 1748.*—4.°; 18 hojas sin numerar; signaturas A-E, todas de a 4 hojas, menos la última que tiene dos.

4 *Comedia nueva.* | *El Diablo predicador,* | *y mayor contrario amigo.* | *Para hombres solos.* | *En tres actos.*—4.°; sin lugar ni año; 24 págs. numeradas.

Del arreglo de Malaspina hay suelta la siguiente:

Pliego 4. Núm. 102. | *El Diablo predicador* | *Comedia* | *famosa,* | *del Doctor D. Francisco Malaspina.* | (Al final:) *Con licencia en Sevilla En la Imprenta Castellana y Latina* | *de Joseph Antonio de Hermosilla.* 4.°, sin año; 32 págs.

(4) *Geschichte des spanischen Nationaldramas:* I, 431.

to conocido no nos parece exento de interpolaciones (1), que ahora la crítica, con más espacio, podrá examinar.

No sin algunas vacilaciones hemos dado cabida en el presente tomo a la comedia del *Gran Capitán,* que substancialmente es la misma que la titulada *Las Cuentas del Gran Capitán,* incluída en el tomo XI (pág. 381) de la anterior colección académica. Pero son tantas las adiciones, supresiones y variantes que ofrece, que puede en realidad estimarse como un nuevo texto de la misma obra.

Hállase manuscrita, con el número 16980, en la Biblioteca Nacional, en 57 hojas en 4.°, letra del siglo XVII, llevando en el encabezado estas palabras, de letra moderna: "De Aguayo". En el *Indice* de Medel (pág. 49.) "*El Gran Capitán de España*" se atribuye a LOPE. En este mismo catálogo (pág. 94) se adjudica a un don Diego de Aguayo la comedia *Querer sabiendo querer.* Pero en la única impresión que hemos visto de esta comedia (Valencia, Viuda de Orga, 1764, 4.°, 32 págs.) lleva el título de *Querer sabiendo querer y gran reyna de Tinacria,* y por autor "Un Ingenio". Al tal don Diego de Aguayo no le mencionan ni don Nicolás Antonio, ni Gallardo, ni Salvá, ni otro bibliógrafo. Será algún obscuro personaje que, no habiendo escrito comedias, poseería algunos manuscritos de ellas (2).

La de *Las Cuentas del Gran Capitán* se halla en la *Parte XXIII* de la colección de LOPE, impresa en 1638, ya muerto el autor y colegida por el librero madrileño Pedro Coello. Las garantías no son grandes para afirmar que ese sea el verdadero texto de la obra, pero menores son aún las del manuscrito, que en algunas ocasiones parece, con todo, mejorar el impreso. En la duda, bueno es que los estudiosos tengan presentes los dos.

A nombre de LOPE figura el manuscrito número 15029 de la Nacional (3), que contiene "la gran comedia *El Loco por fuerza*". El *Indice* de Medel (pág. 63) autoriza la adjudicación y no se opone, según pensamos, el contenido de la obra, escrita hacia 1623 y versificada con esmero. El argumento, que parece de inventiva propia, es algo inverosímil, pero ingenioso, si bien no creemos que pueda acrecentar la gloria del poeta.

De la linda comedia *Lo que pasa en una tarde* se conserva el autógrafo, fechado en Madrid, a 22 de noviembre de 1617 (4), y el mismo LOPE

(1) Especialmente el largo pasaje del principio, que más parece una *loa* de ajena musa para recitarse en Toledo, donde quizá se estrenaría la comedia.

(2) Sin embargo, en la Biblioteca municipal de esta corte hay un manuscrito de la comedia *Los Valles de Sopetrán,* firmado en 1682 y que se dice ser "de don Diego de Aguayo y Terones". Pero también esta comedia aparece anónima en Medel (pág. 116) y en otro ejemplar manuscrito de principios del siglo XVIII, existente en la biblioteca ducal de Parma (RESTORI: en los *Studi di filologia romanza* de Monaci: fasc. 15, pág. 153).

(3) En 54 hojas en 4.°, letra del siglo XVII. El texto es muy incorrecto, sobre todo en las últimas hojas. Sin otro ejemplar no será posible restablecerlo por completo.

(4) Bibl. Nac. Ms. R-III-4. Consta de 58 hojas en 4.°

la cita en la segunda lista de su *Peregrino* (1618). El asunto es de imaginación; pero no faltan en la comedia recuerdos personales del autor y muy curiosas y útiles noticias locales del Madrid viejo (1).

Copia antigua, y al parecer bien autorizada, es la titulada *La Mayor corona*, que, procedente de la Biblioteca de Osuna, se halla en la Nacional (2). Corrobora la atribución el *Catálogo* de Medel (pág. 69). Refiere la vida y martirio del rey San Hermenegildo, que después trataron en el teatro don Fernando de Zárate y la Monja de Méjico, y modernamente don Francisco Sánchez de Castro.

No consta en las listas del *Peregrino* con tal nombre; si no es que sea la que con el de *El Godo ilustre* recuerda en la segunda de aquéllas, correspondiente a 1618. Del examen interno de la comedia no se deduce nada en contra de aquellas atribuciones (3).

Pero no podemos decir lo mismo de la titulada *La Mayor dicha en el monte*. Es el manuscrito 16772 de la Biblioteca Nacional; consta de 53 hojas en 4.°, escrita por diferentes manos, aunque todas del siglo XVII, y procede de la colección del Duque de Osuna (4). La adjudicación a LOPE es de letra moderna; quizá se hizo ateniéndose a la afirmación del *Indice* de Medel (pág. 69), lo cual probaría que este curioso bibliógrafo vió otro texto, que hoy no conocemos y que diría ser la obra de LOPE.

A pesar de ello, lo artificioso y premioso de la versificación; la austera sequedad en el modo de tratar la fábula; los intempestivos alardes de erudición sagrada y largos textos latinos, nos llevan a creer que LOPE no tiene parte alguna en esta obra. Pero como esta opinión es singular, era forzoso dar el texto para que la crítica ilustrada emita su fallo.

El asunto, como se ve por la obra, es la vida y martirio de San Eustaquio, romano (antes Plácido), su esposa Trajana o Teopista y sus dos hijos, cuyo oficio reza la Iglesia católica el 20 de septiembre, correspondiente a la muerte del Santo. El poeta siguió paso a paso, salvo en los nombres de personajes secundarios, la biografía contenida en el *Flos sanctorum* del padre Ribadeneyra (edic. de 1790: III, 74 y sigtes.).

Tampoco es muy segura, aunque su contexto suministra mayores probabilidades, la atribución de la comedia *La Mayor hazaña de Alejandro Magno*. Consérvase en la Biblioteca Nacional, con el número 15566, es-

(1) Un devoto de LOPE, el doctor Petrof, se proponía imprimir esta comedia. Ignoramos si al presente lo habrá hecho.

(2) Ms. núm. 16969 escrito en 54 hojas en 4.°, letra del siglo XVII. Encima del título, de letra diferente, pero de la época, dice: "de lope de vega", y repite este nombre al principio del primer acto.

(3) Algunos pasajes, como el satírico de los corcovados, en que se aludirá al poeta don Juan Ruiz de Alarcón, aumentan la persuasión de que la comedia es de LOPE.

(4) El acto tercero, que tiene letra al parecer más antigua, lleva enmiendas substanciales de otra de las letras que escribieron los dos primeros. Por todo ello el texto resulta perverso, como se ve por el gran número de faltas y por las correcciones que hemos tenido que indicar.

crita en 50 hojas en 4.º, letra de mediados del siglo XVII, aunque de distintas manos, y procede de la ducal de Osuna. Las palabras "de Lope" que van a continuación del título son de la misma letra del texto. También Medel, en su *Catálogo* (pág. 69), concede a LOPE esta comedia, quizá por haber tenido presente este mismo ejemplar que hoy poseemos.

El contexto, que es la narración de las primeras aventuras de Alejandro, sus idílicos amores con la dama-pastora Campaspe y la cesión de esta joven al gran pintor Apeles fué tratado poco después por don Pedro Calderón de la Barca en su linda comedia *Darlo todo y no dar nada*, que, sin embargo, no parece mejor que esta de LOPE, adornada con una versificación lozanísima. Alejandro Magno inspiró también otra muy distinta comedia a LOPE DE VEGA, titulada *Las Grandezas de Alejandro*, impresa primero en la Parte XVI de la colección especial del poeta y reimpresa en el tomo VI de la anterior edición académica.

LOPE, en la segunda lista de su *Peregrino*, declaró haber compuesto una comedia de *La Magdalena*. El *Indice* de Medel (pág. 70) le atribuye una titulada *La Mejor enamorada, la Magdalena*. Procedente de la biblioteca de Osuna vino a nuestra Nacional una comedia de este último título, escrita en 35 hojas en 4.º, letra del siglo XVII, donde quedó registrada con el número 17112. Poco después, y procedente de la biblioteca de Gayangos, entró otro ejemplar incompleto, pues no contiene más que los actos segundo y tercero, de la misma obra, escrita en 27 hojas, letra también del siglo XVII, y que dice al fin: "Sacada de su original." Lleva hoy el número 18079. Así en uno como en otro se atribuye la obra a LOPE DE VEGA.

Estos dos manuscritos, aunque muy diferentes, no corresponden a dos familias de textos, sino que el segundo completa y amplía el primero, según puede verse más adelante, pues hemos impreso ambos, nombrándolos respectivamente A y B.

Ahora bien; sin negar, antes confesándolo, que en el fondo esta comedia sea de LOPE, en manera alguna podemos convenir en que su redacción actual corresponde al gran poeta. Son tan frecuentes los defectos de rima, que LOPE no podía cometer, porque son propios de un poeta que pronuncie y escriba el castellano "a la andaluza", que dan la seguridad de lo dicho. Tales son los contenidos en las páginas 435, 438, 440, 441, 450 y 453, en que se hacen consonantes las palabras "es" y "vez", "plazas" y "casas", "ofrece" y "supiese", "vez" y "pies" y "taza" y "casa".

Estamos, pues, ante la refundición de un poeta del Mediodía, y al indagarlo nos sale, desde luego, al paso el nombre del ecijano Luis Vélez de Guevara, a quien Barrera, aunque sin más autoridad que la suya, atribuye una comedia suelta titulada *La Magdalena*. Pero en la misma comedia, en el tercer acto, aparece de improviso, y sin gran necesidad, el personaje *Lauro*, que, como se sabe, era el nombre poético de Vélez.

Que Vélez refundió, en su vejez, comedias de LOPE, que hasta se im-

primieron con su nombre, es indudable, según se ha visto en el caso del *Prodigioso Príncipe Transilvano*, publicada en tomo anterior, donde hay ejemplos de la misma falsa rima, y en el de *La Bienaventurada Madre Teresa de Jesús*, publicada en el tomo V de la colección académica antecedente, tomada de la impresión antigua en que se adjudica a Luis Vélez. Porque, aun cuando Menéndez y Pelayo no tuvo noticia de los manuscritos de aquella obra que demuestran la refundición, su gran conocimiento del estilo de LOPE le llevó a declarar que la comedia más parecía de éste que de Vélez (1).

Imitaciones y arreglos, más o menos intensos, de esta clase abundan en el repertorio dramático del poeta andaluz, como se ve por sus comedias: *Los Celos hasta los Cielos, El Conde D. Pero Vélez, La Creación del mundo, El Hércules de Ocaña, La Jornada de Argel, El Negro del Serafín, Los Novios de Hornachuelos, El Ollero de Ocaña, La Serrana de la Vera, Si el caballo vos han muerto* y otras.

Y esto supuesto y admitido, ¿qué es lo que habrá quedado de LOPE en la refundición de *La Mejor enamorada?* No creemos que pueda determinarse con exactitud; pero acaso los actos segundo y tercero, al sufrir una nueva refundición, sería porque conservaban más del primitivo autor de la comedia.

La obra contiene escenas y pasajes muy bellos. Sus fuentes son las conocidas, y la materia, aunque no mucho, ha sido tratada en nuestro antiguo teatro diferentes veces (2).

La comedia *El Poder en el discreto* es autógrafa y va fechada en Madrid a 8 de mayo de 1623. Tiene buen lenguaje y estilo; se describen nobles caracteres; pero su mérito no parece excepcional. El asunto es de libre inventiva del poeta.

Con el número 14967 se custodia en la Biblioteca Nacional un manuscrito en 4.°, de 49 folios y letra posterior a la primera mitad del siglo XVII, pero dentro de él (3). No lleva más encabezado que éste: "Acto primero del *Rey por semejanza,* compuesto por Graxales." Pero, sin duda mejor informado, otro poseedor del manuscrito escribió, con letra de la misma época, al principio del acto segundo: "La famosa comedia del Rey por su semejanza de lope felix de bega carpio."

El Graxales de la primera nota puede ser un comediante que, según su contemporáneo Agustín de Rojas, escribió comedias. Autores dramáticos coetáneos de LOPE fueron también un licenciado Juan Grajales, que aparece autor de la comedia *El Bastardo de Ceuta*, impresa en 1615, y otro licenciado, Juan de Grajal, autor de la comedia en dos partes *La Próspera*

(1) *Obras de Lope de Vega,* tomo V, pág. L.

(2) Escribieron comedias de la *Magdalena* Jacinto Alonso Maluenda, don Fernando de Zárate, don Bernardino José Reinoso y algún anónimo.

(3) Procede de la biblioteca de don Agustín Durán.

y *La Adversa Fortuna del Caballero del Espíritu Santo*, impresas con otras de LOPE en 1612.

Hay, pues, entre quienes elegir, si por las circunstancias exteriores se quiere ahijar la comedia a alguno de ellos. Pero más fuerza nos hace la rectificación escrita al principio del segundo acto, ya por el hecho de ser posterior y porque es difícil que se hubiese conservado la obra de alguno de aquellos obscuros autores hasta declinar el siglo en que debió de haberse compuesto, para que mereciese copiarse de nuevo.

La comedia, que es ingeniosa e interesante, tiene dos buenos caracteres, que parecen caídos de la pluma de LOPE. La versificación y estilo no desmerecen de los suyos, aunque esto no sea regla segura. Pero desde el momento en que hay razones para suponerla obra del *Fénix de los Ingenios,* no debía faltar en una colección como la presente. El argumento, si no es novelesco, procederá de alguna leyenda perteneciente a la historia de Asiria, salvo el hacer cristianos a los reyes y súbditos de aquel imperio: quizá sea alguna variante de la famosa historia de Semíramis y Ninias.

Menos fundamento creemos que existe para otorgar a LOPE la que imprimimos a continuación con el título de *El Rey por trueque*, aunque una y otra vez se afirme en el manuscrito (1) que le pertenece. No consta en los catálogos de LOPE ni en el de Medel. La versificación es, a veces, tan artificiosa y poco fluida, que anuncia otra mano que la experta del gran poeta. Los personajes tienen todos un matiz de antipatía no comunes en él y hasta el desarrollo de la acción es torpe y poco verosímil, a que se une un desenlace del todo infeliz y extraño.

Hay en esta obra, además, las falsas rimas (págs. 535, 540, 541, 543, 549) que ya hemos advertido en otras dudosas (*alteza* y *profesa; esperanza* y *amansa; presa* y *empieza; entrase* y *hace*). Si LOPE escribió esta obra habrá sido muy alterada al refundirla Vélez (2), o quien fuese. Así y todo, no podía faltar esta comedia en una colección completa de LOPE DE VEGA.

La de *Santa Casilda* (3), que va a continuación, ofrece más señales de

(1) Ms. núm. 14928, en 4.°, de 61 hojas, letra del siglo XVII y algunas enmiendas de mano del licenciado don Francisco de Rojas (que vivía aún en 1660), según el señor Paz y Melia. El título es: *La gran comedia del rrey por trueque,* de lope de uega Carpio.—(*A la vuelta*:) Personas.—(*En la segunda hoja*:) "La famosa comedia del Rey por trueque de lope felix de Vega Carpio." La letra es clara. En la misma Biblioteca Nacional hay una copia moderna de esta comedia. Ambos manuscritos proceden de la biblioteca de don Agustín Durán.

(2) En el catálogo conocido de Luis Vélez no figura; pero téngase en cuenta que de este fecundo autor sólo conocemos hoy una cuarta parte de sus comedias.

(3) En la misma Bibl. Nac. Ms. núm. 17324, en 39 hojas en 4.°, letra del siglo XVII, muy mala y de mala mano. Algunas hojas son de otra letra de la misma época y no mucho mejor. La escritura llega hasta el borde, que está en algunos sitios mordido con exceso por el uso. De ahí las dificultades que ofreció su lectura. El título es: "*Santa Casilda.* Comedia de Phelipe de Medina Pores." Pero fué tachado este nombre y escrito encima, de letra de la misma época: "de lope de Vega."

autenticidad, pues nadie mejor que Lope era capaz de idear una figura tan dulce, divina y humana a la vez, como la protagonista, y unas escenas tan nobles y bellas como las en que intervienen los cautivos cristianos. La manera de introducir y presentar al Demonio es también muy semejante a la que emplea en comedias de este mismo tomo. La versificación abundante y numerosa, con muchos versos de arte mayor, combinados en formas por Lope muy usadas y con romances llenos de gallardía y riqueza de frases poéticas, son indicios poderosos de autenticidad. ¡Lástima que el único texto hoy conocido de esta hermosa comedia esté tan estragado! (1)

Conoció Medel esta obra como de Lope (pág. 104), y el poeta tuvo idea de escribir una segunda parte, según expresa al final, diciendo:

Y acaba esta historia aquí
hasta la *segunda parte.*

Como tal puede no estimarse la titulada *Los Lagos de San Vicente,* del maestro Tirso de Molina (que no es mejor que esta de Lope), porque trata el asunto del mismo modo y ofrece también una segunda parte, que comprendería acaso hasta la muerte de la Santa, diciendo:

Los lagos de San Vicente
son éstos: *en la segunda,*
Tirso su fin os promete.

El asunto está tomado del *Flos sanctorum* del padre Villegas o del que después compuso el padre Ribadeneyra, tan estimado y utilizado por Lope en sus comedias devotas (2).

Acerca del interesante drama *El Toledano vengado*, primer modelo de los famosos de Tirso y Calderón *El Celoso prudente* y *A secreto agravio secreta venganza*, no habrá necesidad de esforzarse en probar que sólo Lope pudo escribirlo (3). Es de lamentar que el texto, único co-

(1) Tan ignorante era el que copió esta obra, que casi no sabía castellano. Escribe "presona", "frabicado", "biego", etc.

(2) Se halla su vida en el día 9 de abril. Acerca de las demás formas dramáticas de esta leyenda véase: *Comedias de Tirso de Molina* (en la *Nueva Bibl. de Autores Españoles*), tomo II, pág. XXVI. Modernamente, en 1861, publicó doña Dolores Gómez de Cádiz una novela, basada en la misma tradición, titulada *Santa Casilda* (Madrid, en 8.º, 541 págs.).

(3) Ms. núm. 16901 de la Bibl. Nac., en 32 hojas, en 4.º, letra del siglo XVII, copia incorrectísima. Parece haberse formado con dos textos algo diferentes, como lo prueba el título que dice: *El Toledano vengado y celoso vengado* y enmendado otro título que había de ser: *El Toledano engañado.* Y al final también se han tachado los dos versos que decían:

Aquí se dé, que es razón,
fin al *Marido engañado.*

Las palabras "de lope de Vega Carpio" son de otra letra, pero de la misma época.

nocido (1), se halle muy lejos de tener la corrección deseada, sobre todo en el acto último, donde las tentativas de enmienda son descaminadas y a veces indican que hubo una refundición o arreglo anterior.

Medel conoció acaso este mismo original, pues cita la obra como de LOPE en su catálogo; pág. 113. Algunos versos de esta comedia eran ya conocidos por la imprenta (2).

Fuera de esto, todo en la obra denuncia la mano de LOPE. Argumento; manera de llevarlo; caracteres, de admirable verdad todos; poesía; estilo y modo de hablar de los interlocutores; alusiones literarias y rasgos de costumbres, son cosas propias del insigne poeta. Hasta pudiera inducirse que esta obra se compuso en Toledo en 1606, o poco después.

El asunto quizá no sea de invención, sino que habrá realmente sucedido en Toledo; porque las singulares circunstancias de la venganza del marido alejan la idea de que sean fantásticas. Don Francisco de Rojas Zorrilla desenlazó su drama *Casarse por vengarse* de un modo semejante al de que Constante hace uso para dar muerte a Dorotea.

Del *Valiente Juan de Heredia*, que será de los primeros ejemplares de comedias de guapos antes que bandoleros (3), tenemos a la vista y ha servido de base para esta impresión una suelta del siglo XVII, sin otras se-

(1) En la biblioteca ducal de Parma (*Colecc. de Lope*, tomo 42, pág. 287) hay una comedia que lleva los títulos de *El Toledano vengado* y *Del famoso trato de Toledo*. Consultado el caso con nuestro ilustre compañero en Italia don Antonio Restori, nos contestó que esta comedia era completamente distinta de la española que, en pruebas, le remitimos. A su juicio, el título de *Toledano vengado* es falso y puesto equivocadamente por algún cómico poseedor del manuscrito con posterioridad a su copia. En los actos segundo y tercero lleva sólo el título de *El trato de Toledo*. Cree también el insigne hispanista que la comedia parmense no es de LOPE. El asunto, en síntesis, es que Francelino y su hijo Garcerán están enamorados de Marcela, quien, por celos infundados, finge inclinarse al primero. Garcerán se torna furioso, tanto, que su padre le encierra en el Nuncio de Toledo (y de ahí el título de la obra) hasta que, libre al fin, por Marcela, se casa con ella y el padre los perdona. Restori dice que esta comedia la cree anterior a LOPE, cosa, a nuestro ver, muy fundada, pues el asunto parece italiano. Aparte de esto, los actos primero y tercero están escritos todos en redondillas y sólo al final del segundo hay algunos versos sueltos. Este metro continuo es, en efecto, inusitado en nuestro teatro posterior a LOPE; y en ello hay otro argumento en pro de la antigüedad de la pieza. Nótese, sin embargo, la semejanza del recurso dramático con el que LOPE emplea en su comedia *El Loco por fuerza*.

(2) Por ejemplo, el soneto de lo que se debe pagar a las damas (pág. 601), que se halla en diversas antologías antiguas y modernas, con el nombre del autor.

(3) Tales como *El Valiente sevillano*, de Enciso; *El Valiente Diego de Camas*, de Enríquez Gómez; *El Valiente toledano*, de Luis Vélez; *Afanador el de Utrera*, de Belmonte; *Añasco el de Talavera*, de Cubillo; *El más valiente andaluz, Antón Bravo*, de Monroy; *Pero Vázquez de Escamilla*, de Quevedo; *El Valiente Barrionuevo*, de Cantón Salazar; *El Valiente Campuzano*, de Zárate, hasta llegar a la famosa del *Guapo Francisco Estevan*, al *Valiente Pedro Ponce*, al *Valor nunca vencido, hazañas de Juan de Arévalo* y otras aún más disparatadas del siglo XVIII.

ñas (1), y un manuscrito antiguo de la Biblioteca Nacional, menos completo que la edición impresa (2).

Todos llevan por autor a LOPE DE VEGA, y así también lo dice Medel en su *Indice*, página 116, y repiten los bibliógrafos modernos. Esto no obstante, puede dudarse del acierto en tal atribución, y, desde luego, varias de las adiciones que lleva el impreso no nos parecen de LOPE. Este era menos grosero en el lenguaje e ideas que lo que demuestran dichas adiciones. De todo ello podrá juzgar la docta crítica teniendo a la vista los textos.

Tales son las veinte comedias de este tomo. Quedan aún algunas inéditas; pero, o son incompletas o se hallan en bibliotecas extranjeras. Las unas irán al final de la colección y las otras se darán según vayan llegando, lo que han dificultado las actuales circunstancias, como bien se comprende.

En la reproducción se ha seguido el método del anterior volumen. A muchos parecerá excesivo el respeto guardado a textos que ninguna autoridad tienen por sí mismos: confesamos que mejor sería darlos corregidos si hubiera seguridad en el acierto. Pero no nos hemos atrevido a poner palabras nuestras más que en los casos donde nos ha parecido la corrección necesaria, indicándolo en nota ó por medio de corchetes. Si la enmienda era de una sola letra, como "darme" por "darte", "el" por "al" y "su" por "en", etc., no lo hemos advertido cuando la errata era notoria. Y como nunca llueve a gusto de todos, censurarán otros estas pequeñas alteraciones, prefiriendo que se diese el texto tal como está, con sus errores y todo. Esto hubiera sido lo más cómodo y fácil, pues no exige ningún esfuerzo intelectual: es lo que hace la fotografía. Pero dudamos que el editor que se estime en algo pueda avenirse a desempeñar papel tan inútil como deslucido.

En cuanto a los descuidos que no son achacables a los originales, sólo nos resta encomendarlos a la benevolencia de los lectores. Todos los que tratan por primera vez textos dramáticos del siglo XVII, que no sean autógrafos, saben cuántas dificultades, a veces insuperables, ofrecen. El insigne don Juan Eugenio Hartzenbusch, al reimprimir por segunda vez algunas comedias de Tirso, todavía se manifestaba descontento de su tra-

(1) El título es: *Del valiente Ivan de Heredia.* | *Comedia famosa* | *de Lope de Vega Carpio.* 4.°; sin lugar, ni año, ni imprenta. 18 hojas numeradas; signaturas A-E, todas de cuatro hojas, menos la última, que tiene dos. Impresión igual; papel blando, moreno y delgado. Es, sin duda, de fines del siglo XVII y con muchos menos errores que las que se imprimieron después en Sevilla y aun en Madrid.

(2) Lleva el número 17323; consta de 60 hojas de letra del siglo XVII y procede de la Bibl. de Osuna. El nombre de Lope de Vega es de letra moderna. Con el número 14994 hay otra copia moderna del anterior manuscrito.

bajo (1). A gran número de las comedias de Lope de Vega publicadas en la anterior edición académica se han puesto largas listas de erratas y variantes (2) que, como es natural, habrán de aprovecharse al reimprimirlas. Dos tan autorizados ejemplos bien pueden atenuar la culpa en lo que otros hayan errado.

Hemos exceptuado de estas dificultades los originales autógrafos: lo uno, porque no hay en ellos omisiones de versos ni de palabras; lo otro, porque no contienen frases ni vocablos que el autor no puso o que no lo son sino agrupación absurda de letras, que el colector tiene que interpretar bien o mal, y, en fin, porque las faltas, sean cualesquiera, son con certeza propias del mismo autor de la obra. Así es que en la impresión de esos originales todo es fácil y llano. Ejemplo son las comedias de este tomo tituladas: *La Corona de Hungría*, *Del monte sale*, *La Discordia en los casados*, *Lo que pasa en una tarde* y *El Poder en el discreto*; copia directa y moderna del autógrafo la primera y autógrafas las otras cuatro, donde aun las erratas son pocas y de escasa importancia.

En el próximo tomo, que trabajaremos casi exclusivamente sobre textos impresos, la tarea es menos gravosa; porque aunque no son impecables, ni con mucho, los defectos son menos y de menor alcance.

Emilio Cotarelo y Mori.

---

(1) "Observaciones ajenas y propias me han hecho conocer que la reimpresión de obras antiguas, cuyo texto se halla viciado, no es empresa para un hombre solo, sino que requiere la cooperación sucesiva de muchos." (*Prólogo* a las *Comedias escogidas de Fray Gabriel Téllez*, en *Autores Esp.*, tomo V, pág. v.) Sin embargo, hay que confesar que las dificultades disminuyen en un 90 por 100 cuando hay ya un texto moderno y algo esmerado a que referirse y sobre el que hacer las nuevas correcciones.

(2) *Zeitschrift für romanische Philologie.* Vol. XXII, 1 y 97; XXIII, 97, 274 y 430; XXVI, 486; XXVIII, 231; XXIX, 105, 358, y XXX, 216.

INDICE DEL TOMO II

[EL] CASAMIENTO POR CRISTO

DE LOPE

Jesús, María, José, Señor San Juan.

[PERSONAS

CELIO.
PENURIA, *capigorrón*
JULIO. (1)
JUSTA.
LEONARDO, *padre de* JUSTA,
LEONORA.
CELSO.
LAURA.
EL NIÑO JESÚS.
Cuatro o seis HOMBRES *vestidos de monos.*
Un DEMONIO.]

ACTO PRIMERO

del CASAMIENTO POR CRISTO

(Salen CELIO, PENURIA, *criado capigorrón.)*

CELIO. ¿Viste igual honestidad?
¿Viste menos niño amor?
¿Viste rostro más señor
ni hermosura más verdad?
¿Viste mayor monarquía
de dos ojos, de dos labios
de los claveles agravios,
de las rosas tiranía,
y, por decirlo mejor...
PENURIA. Cánsate de encarecer
o haz a aquesta mujer
una botica de amor.
Pues comienzas por las flores,
busca las hierbas también;
y al fuego de su desdén
y alambicados amores,
saca un jarabe con que
ablandes su duro pecho.
CELIO. Penuria, nunca me has hecho
ningún gusto.
PENURIA. Yo le haré.
Laudabo manos marmoreas
ubi tu abrasadus vivis
y los pechos de *nix, nivis,*
ubi amor est albis boreas.
CELIO. No afrentes tanta hermosura
con disparates latines.
PENURIA. Alabarle he los chapines
et pedes.
CELIO. ¡Qué gran locura!
PENURIA. *Laudabo...*
CELIO. No alabes más.
PENURIA. *Laudabo...*
CELIO. No seas pesado.
PENURIA. *Lauda...*
CELIO. Basta lo alabado,
que despeñándote vas.
Alaba agora, que es justo,
mi resolución, mi empleo,
mi perdición, mi deseo,
mi elección y mi buen gusto.
PENURIA. A un dómine que ha estudiado
gramática veinte y siete
años y que se promete
a nonada un obispado,
y que es tu capigorrón
y lo será eternamente,
¿le quitas que de repente
diga latín? No es razón.
CELIO. Desvaríos deja agora,
que necesito de ti;
que el veneno que bebí,
y que el alma siente y llora,
y no podré merecer
como dejalla de amar
me fuerza amor a buscar,
me fuerza el mismo a querer.
PENURIA. Yo sabré ser tu doctor.
CELIO. Será difícil la cura.
PENURIA. Goza tú de su hermosura,
y sanarás de tu amor.
Oro y más oro le envía.
CELIO. Pues ¿podrá el oro vencer
a tal mujer?
PENURIA. Tal mujer,
y a toda la mujería.
¿No es una mujer sin madre,
si bien mujer principal,
patrona del hospital
que administra con su padre;

(1) Es el DEMONIO con ese nombre.

que entre robles y entre pinos
dos millas de aquí, los dos
hospedan, sirviendo a Dios,
enfermos y peregrinos;
la que en el camino viste
y curioso visitaste,
cuya piedad admiraste
y de ti no la tuviste?

CELIO. Penuria, esa misma es.

PENURIA. ¡Bella fachada el engaste!

CELIO. Del sol en ella miraste:
la luna viste a sus pies.

PENURIA. No tengas pena, señor,
que yo soy medio escolar
y la tengo de ablandar,
que sé *récipes* de amor.

(*Sale* JULIO *de peregrino.*)

JULIO. Guárdeos Dios.

CELIO. Con bien vengáis. (1)
Peregrino, ¿adónde vais?

JULIO. Navego en ondas de fuego
de un dolor tan sin remedio,
que no hay medicina humana
que le cure.

PENURIA. ¿Qué es? ¿Cuartana?
Con seis sardinas y medio
azumbre se las quité
yo a un médico.

JULIO. Bueno fuera
si yo remedio tuviera.

PENURIA. ¿Que no le tenéis? ¿Por qué?

JULIO. ¿Por qué? Porque en cuantas curas
me han hecho no he mejorado.

CELIO. A buen puerto habéis llegado.

PENURIA. El remedio que procuras
hallarás cerca de aquí.
(Aquesta es buena ocasión
de remediar tu pasión
llevándole agora ansí
al hospital en que Justa
asiste, y diciendo que es
tu hermano, podrás después,
pues que la ocasión se ajusta,
a tu deseo gozar
la que ella misma te ofrece.)

CELIO. (Tu remedio me parece
justo, y le quiero lograr.)

JULIO. Ya comienza el fuego mío,
exhalando tempestades,
a allanar dificultades.

CELIO. ¿Qué fuego convierte en frío
mi pecho que volcán fué?

JULIO. El atreverse ha temido:
carbón que encendido ha sido
a un soplo le encenderé.
(¿Qué me ha hecho esta mujer
que con desvelo enemigo
impaciente la persigo
sólo por verla caer
de la celestial pureza
con que acaricia piadosa,
peregrinamente hermosa,
la peregrina pobreza?)
Si ésta es tierra de cristianos,
¿cómo no hay quien se enternezca,
ni piadoso se adolezca
de mis dolores tiranos?

CELIO. Aquí tenéis quien dará
remedio a vuestro dolor.
(Por aqueste medio amor
sólo sanarme podrá.)
Hombre noble parecéis.

JULIO. Tanto, que por serlo tanto
fué la causa de mi llanto
y de todo el mal que veis.

CELIO. Como quien soy os prometo
hidalgamente ayudaros
en mayores desamparos.

JULIO. Yo, por serviros, acepto
esa oferta, porque he visto
en vos que sabéis hacer,
y prometer, y querer.

PENURIA. Si aduláis seréis bien quisto.

JULIO. Y porque podáis mejor
doleros de mi desdicha,
pues bajar de mayor dicha
hace el tormento mayor,
sabed que, lejos de aquí,
muy distante de esta tierra,
nací, digo, fuí criado
en una patria que, en ella,
sus criaturas son tan puras,
que cielo en lugar de tierra
pueden llamalle, y yo soy
de los nobles que hubo en ella.
Tuve cierta pretensión
con hinchazón y soberbia,
que siempre los bien nacidos
afectan grandes empresas.
Tuve pensamientos altos,
púselos, y no me pesa,
en lo mejor de la corte,
haciendo al Rey competencia.

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.

Los amores de una dama
que dice el Rey que es más bella
a sus ojos, que la luna
y la luz de las estrellas,
aunque le vi confesar
un día que era morena,
hicieron que determine
soldar una infausta quiebra
que su padre había hecho
quebrantando en una selva
un mandamiento del Rey,
porque a muerte le condena.
Una heredad le dejó
y sus frutos le encomienda;
pero él, ingrato a sus obras,
le negó al Rey la obediencia. (1)
No basta avisar sus daños,
no basta llorar sus menguas,
que, rebeldes, se le atreven,
condenando a muerte fiera
a todos los que enviaba
para cobrar estas rentas.
Viendo el Rey tanta malicia
y tan grande desvergüenza,
por mostrarles su poder
quiso levantar su diestra
el cuchillo de justicia;
mas saliendo la clemencia
a la fuerza del rigor,
volvió en amor la fuerza.
Determinó de enviar
su mayorazgo, y apenas
le vieron, cuando, gozosos,
por su señor le confiesan.
Telas y ramos le arrojan,
motetes cantan y suenan
bendiciones al que viene,
en nombre del Rey, a ella.
Pero luego, al otro día,
que sus preceptos les muestra,
como a blasfemo le escupen,
le prenden y le apedrean.
Azotes crujen sus carnes,
y hasta las estrellas tiemblan
del rigor con que le tratan,

(1) A continuación de este verso hay cruzados estos cinco, que, como se ve, son innecesarios.

Negándole la obediencia
en lamentaciones canta
su perdición un profeta,
avisándoles que paguen
al capítulo cuarenta.

del tormento que le cercan.
Hasta que le dan la muerte
no paran ¡grande fiereza!,
que no les pudo templar
el rimbombar de las piedras,
que, porque faltaba el sol,
unas con otras se encuentran.
Murió el sol y faltó el día
sólo para que amanezca
más claro, llave que abrió
de las oscuras tinieblas
los calabozos con que
libres a todos los deja.
El príncipe, vencedor,
triunfante se vió, y yo apenas
supe que había de entrar
en la corte, que fué cierta
la nueva en sus ciudadanos
mucho antes que sucediera,
viendo que yo era el mayor
y había de tener la diestra
del Rey éste, que de Edón
vestido de brosa muestra (1)
la carne que intacta y pura
la produjo una doncella,
fué tan grande mi pesar,
que, con la parte tercera
de los grandes, un motín
levanté, y una tremenda
voz que sonó, me arrojó
con resolución resuelta
condenado por mi culpa
a no limitadas penas.
Salí, por no molestaros,
y a la jornada primera,
con dañoso precipicio
volé difíciles cuestas.
Di en unas profundidades
de oscurecidas tinieblas,
donde deseé la muerte;
mas huye a quien la desea.
Halléme de la caída
tan otro en mi gentileza,
que quedé hecho un demonio,
si bien como un ángel era.
No se contentó con verme
cercado de tantas penas,
sino que en duras prisiones,
en la cárcel más estrecha,
me puso, y por alimentos,
ved cómo cobraré fuerzas,

(1) Así en el texto original.

me dió serpientes, dragones,
esfinges, sapos, culebras;
cama de llamas y hielo,
y donde se escucha apenas
maldiciones y gemidos,
ayes y voces tremendas;
no se ve la cara al sol,
todo es noche, horrores, selvas,
donde apacientan en sangre
a las dañadas ovejas.
Allí estuve mucho tiempo,
y esto, y en esta tremenda
mansión, aunque algunas veces
los porteros de las puertas
que son amigos, salir,
cual preso viejo, me dejan.
Y hoy, antes de amanecer,
que no quiero que amanezca
el cielo para mí nunca,
salí por entre estas quiebras
con un encanto que hice,
que en esta cárcel tremenda,
para destruír el mundo,
sólo se enseña esta ciencia.
Hay aula donde se lee
para brujas y hechiceras;
aula para nigromantes,
y otros que inclinan, no fuerzan,
el albedrío a las damas
para que a los hombres quieran.
De sucubos y de mágicos,
familiares que enseñan,
energúmenos con que
la esfera del cielo tiembla.
No se inclinan a placeres;
todo es llanto, todo es queja,
y así yo, por buscar uno,
que ya éste sólo me queda,
con que gozaré salud,
llegué a esta ciudad, y apenas
llegué, cuando me dijeron
que en esa casa que muestra
la amenidad de ese campo,
piadoso un hidalgo espera
enfermos y peregrinos,
que en esto gasta su hacienda.
Llevadme allá, caballero,
por si acaso el cielo quiera
que tenga una vez salud,
que en pago pondré en la tierra
que pisáis mi boca humilde;
aunque, si humildad tuviera,
no enfermara; y cuanto pueden
hacer las humanas letras
haré por vos, y por vos
la montaña más soberbia,
Sísifo, atravesaré,
y las celestes esferas
ataré en lazos de bronce,
arrancaré las estrellas,
dejando hecho tabla al cielo,
para tachonar las puertas
de vuestro palacio, siendo
del cielo y la tierra afrenta.
Será del sol vuestra cama,
pues con racimos de perlas
haré mazorcas que en puntas
rematen para que sean
pinchantes en las cortinas
y planchas de oro la tela.

PENURIA. ¿Qué te parece, señor?

CELIO. Que amor sus alas me presta
para volver a los ojos
que son del sol noble afrenta.

PENURIA. En un pensamiento estamos.

JULIO. Pues engaños tomen fuerza,
y mis venenos se mezclen
por el orbe de la tierra.

CELIO. (Esta es ocasión famosa.
Valiéndome de la ciencia
de este hombre podré emprender
la más difícil impresa.)

PENURIA. (No, señor; no hagas tal
¡vive Cristo!, que en las señas
que nos da es peor que el diablo,
si no es que el diablo sea.
Déjamele a mí, que yo,
pidiéndole que dé muestras
de lo que sabe conmigo
y me enseñe algunas tretas
de energúmena o de bruja,
veremos adónde llega
su ciencia.)

CELIO. (Dices muy bien.)

PENURIA. (Pues con él a mí me deja,
que yo le embaucaré.)
Caballero, yo quisiera,
que soy algo aficionado
por visitar ciertas tejas
hecho gato, y no en enero,
que me trae una mozuela
enjuto como me ve
y las pantorrillas secas,
que me enseñe alguna cosa.

JULIO. Vamos muy enhorabuena
al hospital, que yo allí

os enseñaré la fuerza
de mis artes.

CELIO. Caballero,
sabe Dios lo que me pesa
de vuestro mal, que el valor
en la fortuna se muestra.
De hacer esta obra pía
en necesidad extrema
me corren obligaciones;
como cristiano he de hacerla.
Subid, pues, en mi caballo.

JULIO. Es imposible que pueda.

PENURIA. ¿Cómo imposible?

JULIO. El criado
me podrá llevar a cuestas.

PENURIA. ¿Qué es a cuestas?

JULIO. ¿No es piedad?

PENURIA. Mucho es piedad de una legua,
cuando a mí, que es más piedad,
no me puedo llevar media.

CELIO. Ello se ha de hacer, Penuria.

PENURIA. Haga muy enhorabuena;
mas echarme he con la carga,
sin falta aquesto me crean.

CELIO. ¿En esta ocasión me faltas?

PENURIA. Las que faltan son las fuerzas.

JULIO. Alzame en brazos, verás
cuán fácilmente me llevas. *(Alzale.)*

PENURIA. Calabaza he visto yo
más pesada.

JULIO. Amigo, piensa
cuánto la caridad puede,
que lo más grave aligera.

CELIO. ¡Ay, Penuria! Que he de ver
otra vez aquella esfera
de desdenes y hermosura,
de rayos y de bellezas.

JULIO. (Verásla, y aunque le pese
a todo el cielo y la tierra,
la has de gozar, que a eso sólo
salí desde mis tinieblas.) *(Aparte.)*

PENURIA. Primero que me cargara
¿esa exclamación no hicieras?

CELIO. ¿Qué importa, si es tan ligero?

PENURIA. Poco, mas huele a pez griega.

JULIO. La pobreza es la que huele.

PENURIA. Peor huele que a pobreza.

CELIO. ¿Ascos haces, mal cristiano?

PENURIA. Buen cristiano, llegue y huela.

CELIO. Yo te ayudaré a llevar
al que a mi cielo me lleva.

JULIO. (Antes te quiero echar dél.
Bien mis engaños comienzan.)

PENURIA. Señor pobre, si es posible
no haga conmigo vileza.

(Vanse. Sale JUSTA.)

[JUSTA.]

Misericordia amada,
que a Dios con su elocuencia persuadiste
con planta acelerada
que te buscase en este valle triste
por miserias ajenas,
glorias pisando y abrazando penas,
en la casa hospedaste
del que vió tres y en tres adoró uno,
y casi violentaste
con ruego generoso, si importuno,
al Dios grande y sagrado,
de tu piedad, piadoso enamorado.
Yo, con emulaciones,
de tan difusas liberalidades,
imito en mis acciones
sus deseos no más, no sus piedades,
en estas alquerías
dando a los pobres las riquezas mías.

(Sale LEONARDO, padre de JUSTA.)

¿Padre?

LEONARDO. Hija amada, Justa,
muy enhorabuena estés.
¿Querrás?...

JUSTA. Que tus pies me des.

LEONARDO. El pecho es acción más justa.
Hija amada, si decente
me pudiera ser, besara
tus manos porque gozara
de caridad tan ardiente.
Que manos que se entretienen
entre estos pinos y robles
en acariciar los pobres,
gran parte de cielo tienen.
¿Cómo te va?

JUSTA. A mí muy bien
con ellos; a ellos muy mal
conmigo.

LEONARDO. No digas tal,
aunque lo dices muy bien.
De tu claro entendimiento
es hija tanta cordura.

JUSTA. Ninguna hallo más segura
que el propio conocimiento.
Que esta aparente beldad
que siempre encuentra conmigo
es el mayor enemigo
de mi amada castidad.

Muchas feas se salvaron
que, por serlo, a Dios sirvieron,
y muchas que hermosas fueron,
por serlo, se condenaron.

(*Sale* LEONORA.)

[LEONORA.] El enfermo que curaste
del brazo, señor, se queja
de que tu piedad le deja.
[LEONAR.] No deja.
LEONORA. Que le olvidaste
dice.
LEONARDO. Yo voy.
JUSTA. Norabuena.
(Yo no iré, porque sospecho
que la inflamación del pecho (*Ap.*)
le causa de amor la pena.)
¡Ay, Leonora! ¿Qué he de hacer?
Que aquel galán estudiante,
mi flaqueza no te espante,
que vió el hospital ayer,
robándome el corazón
con afectos de engañoso,
pretende a mi amado esposo
quitarle la posesión.
Ausente está, y me parece
que con el alma me ruega
que resistida me ciega
y que ciega me enloquece.

(*Salen* CELSO *y* LAURA.)

CELSO. Detente, loca.
JUSTA. ¿Qué es eso?
LAURA. No me quiero detener.
CELSO. Es una pobre mujer
de buen rostro y no buen seso.
JUSTA. Si ella se viene a curar
entre, que no será sola.
LAURA. ¡Ola, que me lleva la ola;
ola, que me lleva la mar!
Muy enhoramala estéis.
JUSTA. No es muy buena en la que estoy.
LAURA. Sabed que soy quien no soy
y soy lo que no sabéis.
Cuanto toco es un veneno.
CELSO. Señora Justa.
LAURA. ¿Esta es justa?
Pues ¿cómo puede ser justa
quien se queda con lo ajeno?
JUSTA. Pues yo, ¿con qué me he quedado?
LAURA. Con mi alma.
JUSTA. ¡A Dios pluguiera!:
que yo os la restituyera,
porque me habéis lastimado.
LAURA. Anda el alma en pena aquí
por vos, yo lo ando por ella;
ella tras vos, yo tras ella,
vos sin ella y yo sin mí.
JUSTA. ¿Por mí anda en pena?
LAURA. ¡Pues no!;
en figura de enfermero;
si bien disculparle quiero,
que sois más linda que yo.
CELSO. (Mira que han de conocerte.
¡Perdido soy, vive el cielo!)
LAURA. Dadme vos algún consuelo,
causa hermosa de mi muerte.
En que navego, repara,
profundidades de celos.
JUSTA. Apiádense los cielos
de tu edad y de tu cara.—
Vos, Celso, habéis de curar
esta inocente.
LAURA. ¿A mí sola?
¡Ola, que me lleva la ola;
ola, que me lleva la mar!
JUSTA. Lastimaos de verla ansí
y curalda con cuidado.
LAURA. El es el que me ha enfermado,
ved si cuidará de mí.
CELSO. Pues curáis esta locura,
¿por qué no curáis la mía?
JUSTA. Bien sabéis que cada día
solicito vuestra cura
con desengaños.
LAURA. Ya puedo
enloquecer más de veras
de gusto.
CELSO. Alma, ¿qué esperas?
Muere ya de amor y miedo.
JUSTA. Llevalda y acabad ya.
CELSO. ¿Vamos?
LAURA. Vamos en buen hora,
que esta locura, señora,
sólo él curarla podrá.
CELSO. ¡Que procures de esta suerte
mi muerte!
LAURA. Poco castigo
es, robador enemigo,
darte muerte.
CELSO. ¿Qué más muerte?

(*Entranse* CELSO *y* LAURA.)

LEONORA. Con un enfermo ha llegado
un caballero, señora.
¿Entrará?

JUSTA. Entre en buen hora.
LEONORA. Entrad.

(Sale CELIO.)

[CELIO.] (Al sol que abrasado
de amor me trae.) Esos pies
me dad.
JUSTA. Seáis bien venido.
CELIO. Fuerza será, pues ha sido
a esa luz.
JUSTA. (¿Qué es lo que ves,
corazón? Pára un momento,
que el sobresalto podrá
darme la muerte si ya
no me la ha dado el contento.)

(Salen PENURIA *y* JULIO.)

PENURIA. ¡Qué enfermo le traigo aquí!
Puédemelo agradecer.
JUSTA. (¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?
Defiéndame Dios de mí.)
PENURIA. Eneas segundo he sido
de aqueste Anquises de pluma.
y todo el mundo presuma
que es él el que me ha traído.
JULIO. Tan enfermo, he deseado
llegar adonde me veo.
CELIO. Muerto de amor y deseo
yo a vuestros pies he llegado.
JUSTA. ¿Qué? ¿Es vuestro mal incurable?
CELIO. Y el mío.
JUSTA. No hablo con vos.—
Amigo, fiad en Dios,
que es Dios en todo admirable.
JULIO. Del remedio desconfío.
CELIO. Yo no.
JUSTA. (Del peligro en medio
estoy.)
JULIO. No tengo remedio,
que es sin remedio el mal mío.
JUSTA. ¿No me diréis vuestro mal?
CELIO. El mío, del corazón.
JUSTA. Osada resolución,
indigna de este hospital.
CELIO. Como este hospital tenéis
adonde enfermos curáis,
quiero que mi mal sepáis
para que me remediéis.
JUSTA. Aquí, señor, no se cura
ese mal.
CELIO. Aquí llegué
ayer sano, y enfermé,
señora, de esa hermosura.
LEONORA. ¿Mal le llama?
JUSTA. Y el mayor.
CELIO. Mal es de que un hombre muere.
JUSTA. Pues si es mal, ¿por qué le quiere?
CELIO. Por morir por vuestro amor.
LEONORA. Diga, ¿es grande el mal que pasa?
JUSTA. Sí será, pues desvaría.
CELIO. Si tras acesión tan fría
la calentura me abrasa
de ese sol que la causó,
deliraré de mil modos,
y aquí, donde sanan todos,
enfermaré solo yo.
JULIO. Mirad mi necesidad,
que de vos remedio espero.
JUSTA. Yo los pies lavaros quiero.
JULIO. Ved que no será piedad,
sino acelerar mi muerte,
porque es grande mi flaqueza
(y aborrezco la limpieza). *(Aparte.)*
JUSTA. Venceréme de esa suerte.
CELIO. Cuantos dedos homicidas
miras, de puros cristales,
aplicados a tus males
te infundirán tantas vidas.
JUSTA. Perdonad por Dios, amigo.
JULIO. (¿Amigo? Allá lo veréis.) *(Aparte.)*
CELIO. La piedad que me debéis,
noble enfermo, usad conmigo.
JULIO. Estad de mi amor seguro,
que al que decís aventajo.
JUSTA. Llevaránle al cuarto bajo,
que es caliente, aunque es oscuro.
JULIO. En bajo, oscuro y caliente
porque no me falte infierno.
LEONORA. En él tendrás buen invierno.

(Sale LEONARDO.)

[LEONAR.] ¿Qué quiere aquí tanta gente?
CELIO. Este noble peregrino,
de quien soy deudo cercano,
y que mucho en serlo gano
aunque a tal desdicha vino...
PENURIA. (Deudo y muy cercano. ¿Hay tal?)
CELIO. Me pidió afectuosamente,
para morir santamente,
le trajese a este hospital
donde misericordiosa
la caridad se ejercita.
Que dice que necesita
de casa tan religiosa.
JUSTA. (¿Hay enredo semejante?)
JULIO. (¿Trazáralo yo mejor?)

CELIO. Téngole yo tanto amor,
que, por ser caso importante,
me quedo con él aquí
hasta que Dios se le lleve.
JULIO. (No llevará.)
CELIO. (¡Amor aleve,
duélete un punto de mí!)
LEONORA. Venid conmigo, que yo
os ayudaré; venid,
mis deseos recebid.
JUSTA. (Traza es que el demonio dió.)
PENURIA. Y ella, señora hermosa,
¿cura también?
LEONORA. También curo.
PENURIA. Desde hoy enfermar procuro
porque me cure piadosa.
¡Ay! Que enfermedad me ha dado
Lléveme. Deme esa mano.
LEONORA. (*Dale.*) Tome.
PENURIA. Ya yo quedo sano.
Con brevedad me ha curado.
LEONORA. ¿Ofendióle este vocablo?
[PENURIA.] Amor mejor cura espera.
LEONORA. Yo curo de esta manera.
PENURIA. Pues vaya a curar al diablo.

(*Vase.*)

JUSTA. ¿Vióse tan grande invención?
LEONORA. ¿Qué dices?
JUSTA. Que he de morir.
LEONORA. ¿No te piensas resistir?
JUSTA. O morir en la ocasión.
Llamaré a mi amado hermoso.
LEONORA. Tiénesle muy enojado,
que ha visto que has escuchado
un cocodrilo engañoso.
JUSTA. Mi curiosidad confieso
y confieso mi flaqueza.
LEONORA. Poca edad, mucha belleza,
amago es de poco seso.

(*Sale* PENURIA.)

[PENURIA.] ¿Quién es Justa y quién Leonora?
LEONORA. Yo soy Leonora.
JUSTA. Yo Justa.
PENURIA. Esa cara no es de justa.
JUSTA. ¿Pues de qué?
PENURIA. De pecadora.
LEONORA. ¿También discretea a lo tierno
el estudiante barbón?
PENURIA. Sepan que soy...
LEONORA. Con perdón.
PENURIA. Capigorrón sempiterno.
JUSTA. ¿Sempiterno?
PENURIA. Espántense.
que antes de nacer lo fuí,
y capigorrón nací,
y capigorrón mamé.
JUSTA. La risa apenas resisto.
PENURIA. Desde Adán diz que lo soy.
y pienso, al paso que voy,
de serlo hasta el antecristo.
LEONORA. ¡Grande estudiante será!
PENURIA. ¿Quieren que las latinice?
JUSTA. No.
LEONORA. ¿Lo que quiere no dice?
PENURIA. Que una dellas vaya allá.
LEONORA. Yo voy, que menos peligro
en ir a ver al enfermo.

(*Vase* LEONORA.)

PENURIA. ¿Y piensan que yo me duermo?
En cualquier parte hay peligro.
JUSTA. ¿Cómo es tu gracia?
PENURIA. ¿Qué es gracia?
JUSTA. Es el nombre.
PENURIA. Pues soy hombre
tan sin gracia que aun el nombre
tiene nombre de desgracia.
JUSTA. ¿Cómo te llamas?
PENURIA. Penuria.
JUSTA. ¿Qué es penuria?
PENURIA. Si supiera
latín como yo, ella viera
lo que es. Yo, que tengo curia,
se lo quiero declarar.
JUSTA. De tu buen humor me obligo.
PENURIA. Penuria, vaya conmigo,
es falta en nuestro vulgar.
JUSTA. ¿De juïcio?
PENURIA. Gusto tiene.
JUSTA. Pregunto de qué es la falta.
PENURIA. De todo todo me falta.
JUSTA. ¿Falta de todo quien viene
sirviendo a ese gentil hombre,
que le juzgo principal?
PENURIA. No, más: archiprincipal.
Dígalo su casa y nombre.
JUSTA. ¿Qué apellido y casa?
PENURIA. Guisa.
Y guisa mucho mejor
que un tramposo pagador
un potaje. Voy de prisa;
di, si no quieres que muera. (*Ap.*)
JUSTA. [Pero] ¿tan de prisa vas?
PENURIA. Sí voy; mas oye y sabrás.

JUSTA. ¿Qué me va en saberlo?
PENURIA. Espera.
JUSTA. Más que por saber quién es,
por tus razones te escucho.
PENURIA. Tus manos beso. y no es mucho;
bésote todos los pies.
JUSTA. Di. ¿quién es Celio?
PENURIA. (Ahí te duele.)
Digo. hermosa Justa. pues,
que tiene el noble estudiante
deudos (y deudas también)
grandes. porque es decendiente
de aquel amador francés
que envió su corazón
salpresado a su mujer:
uno de los doce Pares.
que fueran nones sin él.
Que jamás faltó en palacio
(a las horas de comer).
Como digo. de mi cuento.
de los altos huesos (1) es
y heredero de su casa.
JUSTA. Así...
PENURIA. (Después de otros diez.)
JUSTA. Si está bien emparentado
bien tendrá con qué comer.
PENURIA. Dientes y muelas cabales.
Mira si tendrá con qué.
JUSTA. ¿Sabe hacer mal a un caballo?
PENURIA. Hacer mal sabe muy bien:
mas después que se usan coches
no sabe tenerse en pie.
Mas óyeme en seso agora.
JUSTA. Pues ¿puédesle tú tener?
PENURIA. Escucha un poco y veráslo.
JUSTA. Si eres breve. escucharé.
PENURIA. Caballero es de la sangre.
que no hay más que encarecer;
el segundo es de su casa.
y que el primero ha de ser
hay pronósticos, no afirmo
más de que me holgaré.
Nuevas de tu hermosura
le hicieron venirte a ver;
del verte. nació el amarte;
del amarte. padecer.
Esclavo tuyo. te adora.

(Sale LEONORA.)

[LEONORA.] Tu señor te llama, ven.

(1) Es seguro que debe leerse "Guisas" y no "huesos" como dice el texto.

PENURIA. Harto os he dicho; miraldo,
señora, y miraldo bien.
JUSTA. Veneno por los oídos
me has dado, hombre. a beber.
LEONORA. ¿Qué es esto, Justa?
JUSTA. ¡Leonora,
una sirena escuché!
LEONORA. Al estudiante bizarro
un desmayo, o no sé qué,
un accidente, le ha dado.
cuanto súbito. cruel.
JUSTA. Mi hermosura es su dolor,
su peligro mi desdén,
su muerte mi disfavor:
si él muere, yo le maté.
LEONORA. ¿Tienes juicio?
JUSTA. ¿Juicio quieres
que tenga (1) quien quiere bien?
PENURIA. ¿Y de mí. qué hay. mi señora?
¿No habrá remedio una vez
siquiera?
LEONORA. Si el propio quiere
que hoy le di, yo le daré.
PENURIA. Vuélvale y désele a sí.
o dele a un moro de Fez.

FIN

Jesús. María. José. Juan.

ACTO SEGUNDO

del CASAMIENTO POR CRISTO.

(Sale JULIO *y* PENURIA.)

PENURIA. La palabra que me diste
me cumple.
JULIO. Veráslo presto,
que he de hacerte muy dichoso.
PENURIA. ¿*Mihi*, a mí?
JULIO. En un pensamiento.
PENURIA. Es que piensen que lo soy.
JULIO. Con muy felices sucesos.
PENURIA. Lo que más me maravilla
es ver cuán *cito,* cuán presto
has convalecido. Julio,
llegando aquí semimuerto.
JULIO. Si secretos guardar sabes,
revelaréte secretos,

(1) En el original "en" en lugar de "que tenga".

no sólo de mucho gusto,
pero de mucho provecho.

PENURIA. ¿Gusto y provecho? ¡Ay, *amice!*
Adjurote per Deum verum
per Deum sanctum, per Deum vivum
mortum pro delicto meo
quod reveles mihi arcana.

JULIO. Penuria, escúchame atento.
Si ha de durar la amistad
que contigo tener quiero,
no me has de hablar más latín;
que es el tuyo tan perverso,
que a los que el infierno pasa
añadir puedes tormentos;
ni has de tomar en tus labios
santo ni santa del cielo,
porque con cierto ministro
pacto expreso tengo hecho.

PENURIA. ¿Ministro del otro mundo?

JULIO. Sí, Penuria.

PENURIA. ¡*Tantum ergo!*

JULIO. ¡Bárbaro! ¿Quieres perderme
cuando ganarte pretendo?
(Este necio me descubre;
pero ¿para qué lo enmiendo?)

PENURIA. Fuera de Poncio Pilato,
ayúdeme todo el credo.

JULIO. Cuando entiendas lo que digo,
escandalizarte has menos.
Ya dije que sé la magia
con ventura y con acierto;
con la vara y este libro,
con caracteres y cercos,
con palabras murmuradas,
signos oblicos y rectos,
al ministro que te digo
a que me sirva le fuerzo,
no que vea yo al demonio,
mas que tú en mí le estás viendo

PENURIA. Pues como yo no le vea
ni haya asombros ni aporreos,
pescozones, campuzadas,
contumelias ni culebros,
todo latín *abrenuncio,*
y *baccalaurus,* prometo
no invocar santo ni santa,
tanto mi dicha apetezco.
Di agora.

JULIO. Como me viste
peligrosamente enfermo,
me aprovecho de mi ciencia
y estoy, sin estarlo, bueno.
Del mal que Celio padece
yo sólo fuí el instrumento,
porque enfermo conquistara
más cerca ese encanto bello.

PENURIA. ¿Que la salud le quitaste?
Notable agradecimiento.

JULIO. Pues si no se la quitara,
Leonardo, que es hombre cuerdo,
viéndole galán, bizarro
y de raro entendimiento;
siendo Justa, como sabes,
de la honestidad espejo,
ejemplo de la cordura
y en la beldad raro extremo,
¿quién duda que concibiera,
con razón, justos recelos?
Crecieron con la dolencia,
en Justa, blandos afectos,
de su salud y ablandóse,
entre rebozos honestos.
El, como sabes, le ha dicho
sus amorosos deseos;
ella oyó, y, habiendo oído,
va mejorando el suceso.
El alentado y gozoso,
visitado de aquel cielo,
convalece, aunque despacio,
la ausencia suya temiendo.
Pero si es, que sí será,
osadamente discreto,
yo le pondré en la ocasión
y él podrá asirle el cabello.

PENURIA. Dime dónde entran mis dichas,
que hasta aquí ninguna veo.

JULIO. Sabe que un grande tesoro
de joyas y de dineros,
hasta de Justa ignorado,
niega a la luz este viejo.
Yo, que en la vista soy lince
y los abismos penetro,
he visto por estos ojos,
abreviado, un mundo nuevo.

PENURIA. Pues ¿qué habemos de hacer?

JULIO. ¿Qué?
Con animosos esfuerzos
robárselo.

PENURIA. ¿Parecióte
de ladrón aqueste gesto?

JULIO. Tu amo robará a Justa
esta noche en el silencio.

PENURIA. ¿Y yo no hurtaré a la loca
que por sus pedazos muero?

JULIO. Cuanto quieras hurtarás.

PENURIA. Advierte, pues, que no quiero

que vea nada Leonora.

JULIO. (Ya se ablandó.)

PENURIA. (Como un queso fresco se ha desmoronado.)

JULIO. Penuria, mucho me huelgo.
Sabe, amigo, que sé hacerme
invisible cuando quiero,
y con la fuerza de magia
abro puertas, rompo hierros.
Sólo quiero que me ayudes
en el asalto primero.

PENURIA. ¿No será bien consultar
el hurto con el pescuezo,
que es ahogadizo de humor
y teme verse en aprieto?

JULIO. ¿De mi maña desconfías
y mi ciencia?

PENURIA. ¡Que flaqueo!
Me conformo con el hurto.

JULIO. Sazonado atrevimiento.
De unas hierbas de Tesalia,
que infunden pereza y sueño,
y de unas flores de Colcos,
he de formar un ungüento
para untarme.

PENURIA. ¿Como brujo?

JULIO. Hay muchas cosas en esto
difíciles de alcanzar.

PENURIA. Tú eres un lindo embeleco.
¿A quién dejas en la cama?

JULIO. En mi lugar dejo puesto,
como Micol por David,
una estatua.

PENURIA. Lindo cuento.

JULIO. Soy famoso en invenciones
y en enredos.

PENURIA. Si te debo
el tesoro y la loquilla,
por tuya el alma te ofrezco.

JULIO. (Esa quiero, y sí será.
Desengañarle no quiero
de que no es loca la loca,
por dejar más necio al necio;
mas ya es hora de volverme
a mi mentiroso lecho.)
Guárdame este libro, y mira
que en él mi honor te encomiendo.

PENURIA. ¿Podré verle?

JULIO. Sí, no importa,
que sin otros instrumentos
que te faltan no podrá
surtir ningunos efectos.

PENURIA. No me acordaré de santo
ni santa.

JULIO. Estás en lo cierto.
Yo me voy.

PENURIA. Vete con Dios.

JULIO. ¡Triste de mí, que no puedo!

(*Vase.*)

PENURIA. Que me maten si no es
nigromante o hechicero.
Pero ¿qué me importa a mí?
Goce mis buenos sucesos
yo, y a él que se le lleven
seis ministros patituertos.

(*Sale* LEONARDO.)

[LEONAR.] Penuria amigo, ¿qué hacías?

PENURIA. Yo ningún amigo tengo,
porque hasta mi nombre es pobre
y le tienen por agüero.

LEONARDO. Yo te prometo que soy
más pobre que todos ellos.
Mas ¿qué libro es éste?

PENURIA. Libro
para cuando después temo.

LEONARDO. ¿Es de devoción?

PENURIA. Sí... no...

LEONARDO. Con gusto los tales leo.
Muestra veréle.

PENURIA. Eso... adónde...

LEONARDO. Turbado estás.

PENURIA. No, por cierto.
Es un libro de pecados,
y ¡vive Dios que no miento!
que está lleno de demonios.

LEONARDO. ¿De pecados?

PENURIA. En él siento
los pecados.

LEONARDO. ¿Pecas mucho?

PENURIA. Señor, todo cuanto puedo.

LEONARDO. Pues ¿por qué un hombre de bien,
como tú, no ha de ser bueno,
temiendo siempre y amando
a Dios?

PENURIA. (¡Buen sermón tenemos!)
Soy flaco, soy deleznable
y soy más: no me confieso,
y tal vez al confesor
le suelo sisar los medios.

LEONARDO. Toma un par de disciplinas.

PENURIA. Duélenme mucho, y no puedo
tratar mal a los ausentes.

LEONARDO. Ahorrarástelo de cielo.

PENURIA. Apriesa voy a escribir

dos pecadillos que he hecho.
LEONARDO. ¿Todos los que haces escribes?
PENURIA. Más; escribo los ajenos.

(Vanse. Salen CELSO *y* LAURA.)

LAURA.

Bastante prueba has hecho
del alma que te adora, dueño ingrato.
Si no estás satisfecho,
rompe el original de aquel retrato
a quien llamaste cielo
cuando, alentado, violentaste el vuelo.
Sacre, subiste al nido
de cándida paloma que abrazaba
los hijos del sentido,
que por oír tu voz, aunque volaba,
pudo con sus engaños
manifestar la causa de mis daños.
Muerte le diste, ¡ah, fiero!
cuando, para más pena, la alcanzaste,
y, con rostro severo,
no sólo en sus entrañas te cebaste,
mas, homicida fuerte,
el honor le quitaste y diste muerte.

CELSO.

Bien pudieras, señora,
cuando me ves perdidos los sentidos,
dejar pasar agora
riesgos que de accidente apetecidos
cual fímeros se adquieren,
pues al tiempo que nacen a ése mueren.
Yo confieso que debo,
Laura divina, deuda tan crecida,
que pagarla no puedo
aunque ofrezca la hacienda con la vida,
que no hay laurel ni palma
que equivalga al honor, centro del alma.
Esta locura pase,
que presto pasará, y verás si pago,
aunque el pecho se abrase,
lo que te debo, amiga mía,
en pago.

LAURA.

Si mil almas tuviera
como una vida, todas te las diera.
¡Gracias a Dios que veo
tu pecho humano! Dime más; engaña
otra vez mi deseo,
porque la juzgaré por más hazaña
el vivir engañada
que morir de tu amor desengañada.

CELSO.

Vete con Dios y deja
esa plática agora (que podría *(Aparte.)*
ser causa, el ver tu queja,
de perder lo que goza el alma mía).
Déjame un poco agora.

LAURA.

¿Cómo te dejará la que te adora?

CELSO.

Pues irme he si no quieres
dejarme tú.

(Vase.)

LAURA.

¡Tirano, vuelve, espera!
Miserables mujeres,
tomad ejemplo en mí, pues porque muera,
mi rigurosa suerte
quiere que nazcan muchas de una muerte.
Justa viene. ¿Si acaso
en el puesto aguardaba este tirano?
En sospechas me abraso.
Quiero esconderme porque salga en vano
su pretensión. ¡Ah, cielos!
Muera, pues muero en rigurosos celos.

(Vase. Salen JULIO *y* CELIO.)

JULIO. Animo.
CELIO. ¿Cómo podré
sin alma?
JULIO. Su resistencia
vence con blanda violencia.
CELIO. Amor su aliento me dé.
JULIO. La puerta te guardaré
para forzarla.
CELIO. Eso no;
con alma la quiero yo,
amigo, porque sin ella
no es más que una estatua bella
que a la fuerza se rindió.
JULIO. Ya sale, si bien hurtada
a los ojos de Leonora.
CELIO. Dime que sale el aurora
en quien, de vidas cercada,
la hermosura se traslada.
JULIO. Escóndome, no me vea.

(Sale JUSTA.)

[JUSTA.] Este atrevimiento sea
descuento de vuestro amor.
CELIO. El alma en tanto favor
ser mil, que daros desea.

JUSTA. (¡Que he venido por hacer
borrón tal mal parecido!
A mí misma me he vencido,
que es cuanto puedo vencer.)

CELIO. ¿Con qué podrá agradecer
mi vida, en amaros diestra,
cuando tan vuestra se muestra
un amor tan singular,
si el alma, que os puedo dar,
antes de dárosla es vuestra?

JUSTA. ¡Mirad cuánto me debéis!
Si atropello por hablaros
tanta opinión, obligaros
puedo a que vos lo estiméis.

CELIO. Cielo del alma seréis.

JUSTA. Tanto favor agradezco,
si bien todo os lo merezco;
pero ya de verme aquí
sola, confieso que a mí
mil veces mal me parezco.
Idos luego, que recelo
mis descréditos.

CELIO. ¿Queréis
cerrar el velo al que veis
a los umbrales del cielo?
Merezca, pues, mi desvelo
sola una mano siquiera.
¡Dámela!

JUSTA. Detente, espera.

(*A una puerta* JULIO *y a otra* LAURA.)

CELIO. Una mano me has de dar
para que pueda gozar
el sol en su cuarta esfera.

JUSTA. (¿En qué laberinto estoy?
¿Qué hielo el pecho me abrasa?)

CELIO. Dámela, no seas escasa
en favorecerme.

JUSTA. (Voy
a huír y helada estoy,
quiero dársela y no quiero.
Venza el amor. ¿Ya qué espero?)
Toma.

CELIO. Si juicio tuviera,
cuántos aciertos dijera.
Volveré.

(*Vase.*)

JUSTA. A la noche espero.

JULIO. (Albricias, infierno. Ya
la que llaman santa Justa
a mis deseos se ajusta.
Ya tropezó; ella caerá.)

(*Vase.*)

LAURA. (No anda mala la invención;
no son mis juicios vanos.
¡Alto! Si se dan las manos,
¡ea, para en uno son!)

JUSTA. (¡Ay de mí, perdida soy!
Laura lo que he hecho ha visto.)

LAURA. Justa, el infierno anda listo;
yo también perdida estoy:
haced que me den remedio.

JUSTA. (No pudo mujer llegar
a más ínfimo lugar:
huír es el mejor medio.
Esta ha visto el mal que he hecho
y a voces lo ha de decir:
el mejor medio es morir.
Rompa, pues, mi furia el pecho,
que en estas fragilidades
siempre las callaron pocos,
y los niños y los locos
siempre dicen las verdades.)
No descubras, Laura mía,
mi flaqueza. Echa de ver
que es fortaleza en mujer
nave que al viento se fía.
Mi flaqueza y mi pasión
no la digas a la gente,
que el que peca y se arrepiente
merece de Dios perdón.
Yo pequé, y, arrepentida,
lloraré con tanto amor
de Dios que aplaque el rigor
que le causó esta caída.
A tus pies arrodillada
te lo suplico, señora;
duélase tu pecho agora
de una mujer desdichada.

LAURA. Podéis, señora, estar cierta
que por mí no perderéis,
y pues sin juicio me veis,
que es verme del todo muerta,
una muerta no podrá,
cuando ella quisiera hablar,
las palabras pronunciar.
Seguro por mí estará
vuestro honor; partid segura.

JUSTA. De aquesa palabra estoy
confiada. Muerta voy. (*Vase.*)

[LAURA.] El cielo te dé ventura.

(*Salen* LEONORA *y* PENURIA.)

PENURIA. Baste desdén tan cruel;
vuelva esos ingratos ojos,
procure no darme enojos.

LEONORA. Es muy galán, es muy fiel,
a tenerle amor provoca.
Buen gusto tiene a la fe
hombre que morir se ve
por amores de una loca.
Vénzala, busque el grosero
el fin de tanta ventura,
y gozará una pintura
en un lienzo o un madero.
Vaya, vaya el atrevido
donde anda su pecho en calma,
que cuerpo en que falta el alma
es tronco de ovas vestido.

PENURIA. Plega a Dios, Leonora ingrata,
que si te he sido traidor
y si he faltado a tu amor,
que de continuo me mata;
si lo que te prometí
no cumplo, oye mis razones,
todas estas maldiciones
caigan luego sobre mí.
Plega a Dios que si a comer
fuere, aunque tenga en la mesa
mucho, comiendo de priesa
no lo acabe de comer;
si a beber fuere en un punto,
después de que esté bebida,
me arrebaten la bebida
con el vaso todo junto.
Cuando me fuere a dormir
por la tarde y las mañanas,
toquen cencerros, campanas
sin que las pueda sentir.
Un dolor de muelas dé
al vecino más cercano;
persígame un escribano
que dentro de Argel esté;
la mano de un almirez
me tiren y dé en el suelo;
no faltándome consuelo,
no lo halle sino en Fez.
Cuando vestido estuviere
no halle ningún vestido,
y el que tuviere ofendido
no me vea si le viere;
si pretendiere una dama,
después de favorecido,
la condene a eterno olvido
y desto muera sin fama;
si mi dinero acomodo,
un duende, causando espanto,
me deje allí cuatro tanto
después de llevado todo;
mala desgracia suceda
a un médico, y, sin malicia,
me tope a mí la justicia,
y, en viéndome, se esté queda,
si te he ofendido jamás:
mira tú si un buen cristiano,
que es cristiano un luterano,
pudiera jurarte más.
¡Plega...

LEONORA. No hay dificultad,
que son grandes juramentos.

PENURIA. En todos estos tormentos
me vea si no es verdad.
¿Estás ya desenojada?

LEONORA. Un poquito.

PENURIA. Dame, pues,
los brazos.

LEONORA. ¿Tan presto?

PENURIA. ¿Es
presto a un alma que abrasada
se confiesa a ti rendida?
Dame.

LEONORA. No chero.

PENURIA. Oye, ingrata.

LEONORA. No he de oír. Voime.

PENURIA. Bien trata
tu amor a su misma vida.

(*Hace que se va.*)

LEONORA. ¿Se va?

PENURIA. Sí.

LEONORA. Pues deme agora
los brazos.

PENURIA. No chero.

LEONORA. ¿No?
Yo sí cheriba.

PENURIA. Allá vo
con el alma, que te adora.

(*Abrázanse. Sale* LAURA.)

[LAURA.] ¡Buena anda la casa, a fe,
con abrazos y con mano!
Pepitoria en el verano
buena debe de ser.

PENURIA. (¿Qué
es esto? ¡Perdido soy!
Visto me ha. ¡Pesar de mí!
Dirá que en mi amor mentí.)
Vamos, Leonora.

LEONORA. Ya voy.

(*Vanse.*)

LAURA. ¡Que todos gocen su suerte;
que haya dicha para todos

y en mí busque tantos modos
de darme muerte la muerte!
Gocen ellos su contento
y muera yo en mi deseo,
pues cuanto más gusto veo
veo en mí mayor tormento.

(*Sale* LEONARDO.)

[LEONAR.] Laura, ¿qué haces aquí?
LAURA. Pasar no cual pasan todos,
pues la suerte de mil modos
busca penas para mí.
LEONARDO. Parece que estás mejor;
que hablas con más juïcio.
LAURA. De más loca doy indicio
cuando hablo ansí, señor.
LEONARDO. Con todo, estaré contento
si te viese con salud.
LAURA. La causa de mi inquietud
y el rigor de mi tormento
pudiera sólo sanarme...
LEONARDO. Dime quién es, que yo haré.

(*Sale* JUSTA *al paño.*)

[JUSTA.] (No acierto a mover el pie,
pues, donde voy, a buscarme
va mi culpa. ¡Ay, desdichada!
Mi padre con Laura aquí.
Sin duda hablaban de mí.
Quiero oírlo.)
LAURA. Es tan sobrada
resolución en mujer,
que no se puede hallar.
JUSTA. (No tengo más que esperar.
Ya lo dice. ¿Qué he de hacer?
Muera yo, pues causa di
a tanto mal como espero.
Bien es que escuche primero
si esto lo dice por mí.)
LAURA. Un hombre ingrato que está
en tu casa...
LEONARDO. ¿Hay cosa igual?
LAURA. Fué la causa de este mal.
Sólo él sanarle podrá.
Señor, no os he de negar
la verdad en tanto daño.
JUSTA. (¿Qué busco más desengaño?
¿Qué tengo más que esperar?
Ya a mi padre le provoca
a enojo. ¿Qué puedo hacer?
Bastaba sola mujer,
cuanto más mujer y loca.
Quiero asegurarme más.)
LAURA. Señor, pasa lo que digo.
Yo misma he sido el testigo
del daño que oyendo estás.
Pues en el mundo se halla
mayor daño que el que ves,
disculpada está quien es,
mujer, no debes culpalla.
JUSTA. (Ya lo ha dicho todo. ¡Ay, triste!
Quiero huír mi adversa suerte,
porque me ha de dar la muerte
mi padre. ¿Por qué me hiciste,
Laura, tanto mal? ¿Por quién?)
LEONARDO. ¿Celso? ¿Es posible?
LAURA. No hay duda.
JUSTA. (A Celio nombran, sin duda,
que le dice que también
está de mí enamorado.)
LEONARDO. ¡Calla! Basta un daño solo
Desde el uno al otro polo
no hay hombre más desdichado.
¿Es posible que en mi casa
pasa tal? Voy... ¿Qué he de hacer?

(*Vase.*)

LAURA. En efeto, soy mujer.
Abrásese, pues me abrasa.

(*Vase.*)

JUSTA. Furioso parte mi padre.
¿Adónde me esconderé?
¡Ay de mí! ¿Por dónde iré?
Ya no hay remedio que cuadre
a tan grande desventura.
Quiero huír y no hallo modo:
mas siempre le falta todo
al que falta la ventura.
Las puertas se me han cerrado;
el cielo se ha oscurecido;
un caos se ofrece al sentido;
el corazón, lastimado,
quiere salir y no acierta.
¡Oh! ¡Qué animoso, qué osado
abre la puerta el pecado
y luego cierra la puerta!
Ea, en esta confusión
bien te puedes animar,
y, pues supiste pecar,
sabe llorar, corazón.
Ya yo estoy determinada;
al monte me quiero ir,
que es menos daño morir
que no vivir deshonrada.
¡Adiós, padre! ¡Casa, adiós!

¡Pobres míos, no por mí
siento el dejaros así,
sólo lo siento por vos!
Y en caso tan lastimoso
y tan estrecha ocasión,
llorad, hijas de Sión,
la pérdida de mi esposo!

(*Vase. Sale* CELIO.)

[CELIO.]

No puede el alma mía
vivir un punto sin la luz del día,
que alumbra mi sentido,
bien empleado si mejor perdido.
Que quien por ti se pierde,
es acierto èl mayor porque se acuerde
que perderse es ganarse,
porque a quererte supo aventurarse.

(*Sale* JULIO.)

[JULIO.]

¿Cómo con tanta flema,
Celio infeliz, cuando se abrasa y quema
el laberinto ciego
en que tú vives y que yo navego?
Justa, la ingrata Justa
que tuya quiso ser, ya fiera gusta,
cultivando horizontes,
de hacer habitación en esos montes.

CELIO.

¿Qué dices?

JULIO.

Lo que pasa.
Con esta pretensión dejó su casa,
y, llorando, decía:
"¡Mal haya la mujer que en mujer fía!"

CELIO.

Pues ¿de quién se ha fiado?

JULIO.

¿Qué puedo ya saber?

CELIO.

¡Ay, desdichado!
¿Que se va?

JULIO.

Ya se ha ido.

CELIO.

Pues vamos a buscar mi bien perdido.

JULIO.

Vamos, que si se sube,
hecha vapor de encorporada nube,
si, sirena encantada,
baja a vivir a la ciudad salada,
de ella pienso sacalla,
y aunque todo el infierno hecho vaya
quiera impedirme el paso,
como es mayor el fuego en que me abraso,
he de quemar su fuego,
que basta ser mi amigo. Vamos luego.

CELIO.

Vamos, que estoy en calma.

JULIO.

A ti te va la vida y a mí el alma.

(*Sale* JUSTA.)

[JUSTA.] Hermoso amado mío,
que me buscaste alegre
cuando yo por mis culpas
vi mi alma a la muerte.
Pues mis males conoces
y curármelos puedes,
no es bien, esposo mío,
que tu remedio niegues.
Sólo con querer, sólo,
mira qué fácilmente
me puedes dar remedio;
quiere, mi amado, quiere.
Oyeme, pues te llamo;
ese globo luciente
traspasen mis suspiros,
para tu pecho alegres.
Lágrimas de unos ojos
que tus rigores vencen
ablanden tu blandura,
que este nombre merece.
Bien te acuerdas, mi vida,
que una y muchas veces
he aplacado llorando
iras omnipotentes.
A pedazos el alma
por los ojos se vierte,
cristal y espejo en quien
te mirabas alegre.
En borrascas de culpas
vi anegada mi suerte,
encantada mi alma
con voces de serpientes.
Cocodrilos lloraban
en ríos de deleites,
su voz me enternecía,
causándome la muerte.
Agora, dueño mío,
que os llamo, respondedme,

pues antes que os llamara
me oístes muchas veces;
muchas veces mirando
las nubes me parecen
ejércitos de ovejas
que en campaña celeste
os llegan a buscar
con guedejas de nieve.
Ejemplo raro y solo,
sólo porque me acuerde
de imitarlas en algo,
yo. las imite siempre.
Las flores que, apacibles,
desperdician y pierden
matiz que el suelo trama
y que el cielo les teje,
en una parte humilde
y que apenas parece,
maravillas esconden,
ingenios desvanecen.
Esto, Señor, me obligue;
esto, Señor, me aliente
a buscar el costado
en que amor vive fénix.
Quiero sentarme un rato.
Sueño, pues desvaneces
a los libres sentidos,
en ti descanse el breve
espacio que a la noche
todo mortal le debe.

(Duérmese donde está la apariencia. Salen Julio *y* Celio.)

Julio. Anda apriesa, que ya estamos
cerca.

Celio. ¿Cómo puede ser
que tú alcances a saber
si ella va por donde vamos?

Julio. ¡Por Dios, que es muy bueno eso!
Ya estamos en su presencia.
¡De qué provecho es la ciencia
de la magia que profeso!
Aquí está.

Celio. Di que está el cielo.
Con tan corta relación
le das a mi corazón
nuevas de tanto consuelo.
Pídele albricias al alma.

Julio. Esa busco, que a no ser
por eso, ¿qué había que hacer
en tan miserable calma?
Durmiendo está; llega agora,
goza tan felice suerte.

Celio. Causa ingrata de la muerte
que aguardo, por vos, señora,
del alma, escuchadme aquí.

Julio. ¿Qué hay que escuchar? Llega, pues,
la mejor ocasión es,
lógrala.

Celio. ¡Triste de mí,
que apenas puedo mover
las plantas!

Julio. Anímate,
que yo aquí te ayudaré.

Celio. ¿Es deidad esta mujer?

Julio. ¡Buena [es aquesa] respuesta!

Celio. Es grande dificultad,
que trae mucho de deidad
la mujer cuando es honesta. (1)

Julio. Llega; abrázala.

Celio. Ya voy.
Dame esos brazos. ¡Ay, cielo!

(Llégase a abrazalla y sale una sierpe echando fuego.)

Julio. No fué en vano mi recelo.

Celio. ¡Ay de mí, que muerto soy!

Julio. ¿Quién pudo hacer este encanto?

Celio. Helado y perdido quedo.

Julio. Nadie puede lo que puedo.
¿Tan poco te causa espanto?
Hechizo es, sin duda alguna.

Celio. Helado y yerto he quedado,
el corazón alterado.

(Suena ruido.)

Julio. ¡Pese a mi mala fortuna!

Celio. El monte se ha estremecido,
de mi muerte son señales.
¿Quién causa prodigios tales?
Música suena: el oído
pongo, que sin duda está
esta montaña encantada.

Julio. Para mí sí, pues airada
tantos tormentos me da.

Cantan. "Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando,
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando." (2)

Justa. ¡Cómo se pasa la vida
y cómo la muerte viene!

(1) Esta redondilla está atajada en el original.
(2) Es el principio de las célebres coplas de Jorge Manrique.

Di, vida: ¿quién te detiene
a pasar a nueva vida?

CANTAN. "No recuerdes, alma mía;
duerme con tu dulce amor,
que la vida no se pasa;
mal te dijo quien cantó."

JUSTA. ¿Quien cantó me dijo mal?
¡Válgame el cielo! ¿Qué voz
desfalleció mis sentidos?
¿Qué voz ánimo les dió?
¿Quedaréme en estos montes?
Decídmelo, cielos.

VOZ. No.

JUSTA. No, dijeron.

JULIO. ¿Qué más quieres?
El cielo aviso le dió
de que no se sirve... Aguarda.

(Baja el NIÑO *por la maroma y está ya* JUSTA *en la apariencia.)*

JUSTA. ¡Jesús, qué gran resplandor!

NIÑO. Justa, vuélvete a tu casa.
Ven, que por ti vengo yo.
No dejes a mis hermanos,
que allí me sirves mejor.
Ven, segura irás conmigo.

JUSTA. Gracias inmensas os doy.

(Vuelan.)

JULIO. Para mí inmensas desgracias,
pues tan desgraciado soy.

CELIO. Para mí inmensas venturas,
pues tanta el cielo me dió.

ACTO TERCERO

de la famosa comedia del

CASAMIENTO POR CRISTO

(Salen CELSO *y* LAURA.)

CELSO.

Cánsaste, si porfías;
deja que llore las desdichas mías.

LAURA.

Ingrato, al cielo ruego
te anegue en la tormenta que me anego.
¿Sabes lo que me debes?

CELSO.

Laura, cobra de mí, si cobrar puedes.

LAURA.

Yo cobraré, tirano;
ya no hay que esperar más, que está en mi [mano
mi remedio. Ya sabe
Leonardo la verdad.

CELSO.

Desdicha grave
será si lo ha sabido.

LAURA.

Ya le tengo de todo prevenido.
Mi justicia pretende.

CELSO.

(Su casa pierdo si mi daño entiende.
Remediallo conviene.
¿Qué remedio daré? Leonardo viene.)

(LEONARDO *y* PENURIA.)

LEONARDO.

Anda, loca atrevida,
a buena ocasión llego.

LAURA.

Ya mi vida
es Leonardo.

LEONARDO.

¿Qué es esto?

LAURA.

Vil, en Leonardo mi remedio he puesto.

CELSO.

(Ocasión es famosa.
El lo ha oído. Diré que está furiosa
y que aquí me decía
que Leonardo de amor la requería.
Porque si algo le ha dicho
juzgue que es loca, y ande ya el capricho
como suele.) Detente.

LEONARDO.

¿Qué es esto?

CELSO.

Aquesta loca impertinente
diez mil locuras dice.
Dice que la requiebras.

LAURA.

Miente.

CELSO.

Y dice
que forzarla has querido.

LAURA.

¡Jesús, qué gran maldad!

LEONARDO.

Locura ha sido
indigna de ser mía.

LAURA.

Miente, señor.

LEONARDO.

Por algo me decía
que Celso la miraba;
pero como en juicio me hablaba...

CELSO.

Como los locos todos
suelen hablar, señor, de muchos modos.

PENURIA.

Conforme anda la luna
se pasea en sus cascos la fortuna.

LAURA.

Señor, que no estoy loca.
Celso está enamorado.

CELSO.

Ten la boca,
a locuras expuesta.

LEONARDO.

La de ayer pudo serlo como ésta.
Celso, dijo perdida,
que la había gozado.

CELSO.

¿Yo? En mi vida,
Leonardo.

LEONARDO.

Desto agora,
cuando yo entraba, ¿quién la causa ignora
que nazca de locura?
Lástima causa en tanta hermosura.
Llevalda dentro.

LAURA.

Escucha.

CELSO.

No la escuches, señor, porque hoy es mucha
su locura.

PENURIA.

Accidente
terrible le ha venido de repente.

LAURA.

Mira que éste te engaña.
Tu afrenta busca.

CELSO.

¡Calla!

LEONARDO.

¡Cosa extraña!
Llevalda.

PENURIA.

¡Vaya, vaya!

LAURA.

¡Ah, cielos santos!
¿Por qué sufrís a un hombre enredos tantos?

(Llévanla y vanse, y queda PENURIA.)

PENURIA. Pues quedo solo y seguro,
aqueste librillo en quien
consiste todo mi bien,
ha de dar fuerza a un conjuro.
Del tesoro codicioso
que Julio me ha dicho aquí
vengo por si puedo así
hacerme rico y dichoso.
Demás que también podré
buscar la hoja en que está
inclina mujeres y a
la loca alcanzar podré.
Julio me volvió a avisar
que de Dios ni de sus Santos
me acuerde, y estos espantos
me hacen amedrentar.
Quiero vivir con cuidado,
no sea menguada hora...
Señor libro, y vaya ahora,
pues solos hemos quedado.
Me tienen de entretener,
pero limpio han de jugar,
porque, si no, he de nombrar...
ya me pueden entender.
Abro el libro. Iba a decir
en nombre de... Pero callo,
porque soy para pelota
más que seis necios pesado.
Capítulo de poetas
que llaman jeringonzados,
aquí están; pues no hallan poco
en [que] entender los diablos.
Capítulo de alcahuetas,
vicedemonios las llamo,
con poder en causa propia
en fullerías y engaños.
Un capítulo quisiera
que me solazara un rato
de alguna danza de monos.

(Salen cuatro o seis MONOS *y pónense a los lados.)*

No lo decía por tanto.
Mas ya que vuestras mercedes

han sido tan bien mandados,
les ruego que dancen limpio,
a fuer de monos honrados.

(*Bailan.*)

Los monos lo han hecho bien,
y yo les quedo obligado.

(*Hacen señas que baile.*)

¿Que baile? No lo sé, cierto.
Aunque soy algo amonado
no sé bailar. Pero, vaya,
señor mono, aquí andando.

(*Baila, y danle en las espaldas y él a ellos.*)

Adonde las dan las toman.
Reparen, monos honrados.

(*Hácenle señal que basta.*)

Dicen que está bueno, bueno;
aunque yo no lo he quedado,
que quedo de las ausencias (1)
algo desencuadernado.

(*Vanse haciéndole reverencias.*)

Vayan muy enhorabuena.
Si se me antojare algo
será vuestra monería
con diligencia avisado.
Cierto que es gente de gusto,
y que no tiene mal trato,
y que a mi mal parecer
no son tan malos los diablos.
Capítulo de tesoros.
Este andaba yo buscando.
Bien o mal de verlo tengo,
así dice el tal encanto.
A ti, Plutón tremibundo,
señor del estigio lago,
tú que encubres los tesoros
y descubres los guardados,
te conjuro. Esto no entiendo.
Por "malcochi morcidauro
navicol maravilleno
acelgandi calci calo
bentrifón, salchichón peco
frestri que mi peli mastro
sastri mali panci doli
calvi romi ventre mauro."

(*Sale un* DEMONIO.)

¡Oh, qué fea catadura!
DEMONIO. Aquí vengo violentado
a tus voces y conjuros.
¿Qué me mandas?
PENURIA. *Tibi mando*
que traigas aquí de plata
arrobas no más de cuatro.
DEMONIO. No pides mucho.
PENURIA. Y diez libras
de oro, en doblones, labrado.
Et si eres diablo *latinus*,
afermi chien (1) desta mano
cualque tejuelo enseñar
que obedeces mi mandado.
DEMONIO. Como al mismo señor Julio
a obedecerte me parto.
PENURIA. Vuelve presto.
DEMONIO. En un instante.
PENURIA. ¡Qué linda cosa es ser mago!

(*Saca unos tejuelos por la una parte dorados y por otra negros.*)

Esto es oro y esto es plata.
Estoy loco, estoy borracho.
Señor mío Jesucristo,
danzo de placer y salto.

(*Salen los monos y el* DEMONIO, *y aporréanle*)

¡Qué tempestad de demonios
contra mí se ha levantado!
¡Inobedientes ministros!
DEMONIO. Aquí morirás, ingrato.
¡Aquí del infierno, aquí!
Dalde coces, arrastraldo.
PENURIA. Jesucristo sea conmigo.
¡Qué mala cosa es ser mago!
¡Que nombrar a Jesucristo
me haya costado tan caro!

(*Levántenle a lo gracioso.*)

No le nombraré en la vida,
y más donde hubiere diablos.
¡Ah, Julio de Bercebú!
¡Vara aleve, libro falso!
¡Descalabrado de mí!
¡Qué mala cosa es ser mago!

(*Sale* JULIO.)

JULIO. Tú tienes la culpa, tú,
que, prevenido, lo erraste,
que no sé a quién te nombraste.
PENURIA. ¡Oh, encanto de Bercebú!
¿Jesucristo te hace mal?

(1) Así esta palabra en el texto.

(1) Este galimatías y el de arriba están así en el original.

JULIO. No le nombres, que hay conjuros
de que aun no estamos seguros.

PENURIA. ¡Jesucristo! ¡Pesia tal!
¿Qué me ha hecho Jesucristo
para que yo no le nombre?
¡Jesucristo, Dios y hombre!

JULIO. ¿Posible es que me resisto?

PENURIA. ¡Cristo! ¡Jesucristo!

JULIO. Tente.

PENURIA. ¿Qué te va a ti en esto?

JULIO. ¿Qué?
Quizá la vida.

PENURIA. ¿Por qué?

JULIO. No conoces tú esta gente.

PENURIA. Tú, tú pienso que conoces
a Jesucristo.

JULIO. Penuria,
baste la pasada injuria.
Deja pendencias y voces.
Mira que el señor Leonardo
nos podrá oír a los dos,
y busco tu bien.

PENURIA. Sin Dios
ni le quiero ni le aguardo.

JULIO. Quisiera hacerte invisible
por que entraras y salieras,
como yo, donde quisieras.

PENURIA. ¿Donde yo quiera? ¿Es posible?
¿Y podré ver y gozar
aquella loca del cielo
que es causa de mi desvelo?

JULIO. Como quisieres.

PENURIA. Andar.
¿Y que podré verla?

JULIO. Yo
hago lo que puedo hacer.

PENURIA. ¿Qué? ¿No me tienen de ver?

JULIO. (Ya este ignorante cayó
donde pague los tormentos
que con los nombres me ha dado.)

PENURIA. Invisible, ¿cómo?

JULIO. Untado,
como yo, con mis ungüentos.

PENURIA. ¿Hay contento como ver
lo que un hombre ver desea
sin que ninguno lo vea?

JULIO. Muy grande debe de ser.
Irás a brava ocasión.
Que Leonora ha concertado
verse con Celso.

PENURIA. (Ganado
me ha por la mano.) ¿Traición
me hace Leonora?

JULIO. Esto pasa.

PENURIA. Mataréla y matarélo.

JULIO. (Eso busco.)

PENURIA. Este recelo
todo el corazón me abrasa.
¡Traición a mí!

JULIO. Untate y ve.

PENURIA. Voy, ¡vive el cielo, traidora,
que no has de ofenderme agora,
porque yo te mataré!

(*Vase.*)

CELSO. Julio, yo vengo a buscarte,
que necesito de ti.

JULIO. Holgaréme que haya en mí
cosa en que pueda agradarte.

CELSO. Ya de quién eres estoy
informado.

JULIO. Desearé
servirte.

CELSO. Que sabes, sé,
la magia.

JULIO. Curioso soy
de sus estudios.

CELSO. Yo quiero
bien...

JULIO. A Justa.

CELSO. ¿Qué te escucho?

JULIO. ¿Esto te parece mucho?
Pues más admirarte espero.
Tú por Justa estás aquí
disfrazado; Justa tiene
a Celio amor, tras ti viene,
ya menos loca por ti,
Laura, que, desengañada,
desengañada y celosa,
con vergüenza ignominiosa,
se arroja desesperada
a querer a un mal trapillo,
a quien este guante dió.
(Aquéste le tomé yo.) (*Aparte.*)
¿De qué te has puesto amarillo?
¿De que a Celio quiera Justa,
o Laura a Penuria?

CELSO. ¿Qué?
¿A Penuria? Mataré
a los dos.

JULIO. Acción injusta.

CELSO. ¿A Penuria?

JULIO. Sí, a Penuria,
y si otro más vil hallara
no dudes, no, que le amara
por hacer mayor tu injuria.

¿Qué ha de hacer una mujer
que sus venganzas desea?

CELSO. Si no es, Julio, que lo vea,
no lo tengo de creer.
Si es así, destos villanos
tempestando un mar de enojos,
haré testigos mis ojos,
haré verdugos mis manos.

JULIO. Agora tienes lugar;
mas no los has de ofender.

CELSO. Pues ¿cómo los podré ver
sin dejarlos de matar?

JULIO. Eso pido.

CELSO. Dime cuándo
y dónde se ven.

JULIO. ¿Es justo
llevarte a ver tu disgusto
tus gustos solicitando?
Dentro del cuarto de Justa
se ven.

CELSO. Pues dales lugar.

JULIO. Dél gusta por ser juglar;
della, por ser loca, gusta.

CELSO. Ya ver mi afrenta deseo.

JULIO. Ve al cuarto esta noche. Vete,
gente viene.

CELSO. Mataréte,
Laura, si mi agravio veo.

JULIO. Bien encaminados van
los lazos que solicito.
Laura viene, yo la irrito
contra el celoso galán.
A todos he de enredar,
a todos he de insistir
y todos han de morir,
porque los pienso encerrar
dentro del cuarto de Justa
a todos, porque, celosos,
se maten a rigurosos.
¡Infiernos, la acción injusta
ayudad, y en esta casa
donde tanto vive Dios,
vivamos juntos los dos!

(*Sale* LAURA.)

Abrásese, pues me abrasa.—
¡Qué lástima que te tengo,
Laura! Pero a tiempo vienes,
que en mí tu remedio tienes.

LAURA. A ti por remedio vengo.

JULIO. Celso esta noche ha de entrar
al cuarto de Justa.

LAURA. ¡Ah, cielos!

JULIO. No des lugar a tus celos
si quieres, Laura, acertar.

LAURA. ¿Qué tengo de hacer?

JULIO. Dar cuenta
a Leonardo de su agravio
y el tuyo, pues será sabio
San Telmo de tu tormenta,
y vete al cuarto de Justa
por no hacerte sospechosa.

[LAURA.] La traza es tan ingeniosa
cuanto la venganza justa.

[JULIO.] Vete advertida.

LAURA. Sí voy,
hoy con rigurosos brazos
los he de hacer mil pedazos.

JULIO. Vete, que contigo estoy.
(¡Bravo va mi pensamiento! (*Ap.*)

(*Sale* CELIO.)

¡Mueran todos!) Celio, amigo,
en mí tienes buen testigo
de tu agravio y mi tormento.

CELIO. ¿De mi agravio? ¿Cómo es esto?

JULIO. Como sé que a Justa quiere
Celso, ella por él se muere,
y en mi presencia...

CELIO. Di presto.

JULIO. Trataron que Celso entrase
esta noche al cuarto...

CELIO. ¡Ay, triste!

JULIO. De Justa.

CELIO. ¿Qué? ¿Tú lo viste?

JULIO. Yo lo vi.

CELIO. Porque se abrase
un alma en celos.

JULIO. Acude
al remedio.

CELIO. ¡Ay, triste suerte!

JULIO. Entra y dale a Celso muerte.

CELIO. Y a todo el mundo.

(*Vase*).

JULIO. Sacude,
dragón, la cola, que ardiente
tres partes de las estrellas
derribaste, y ve con ellas
el fin triste desta gente.

(*Sale* LEONORA.)

LEONORA. A buen tiempo te hallo aquí.

JULIO. No puede haber tiempo bueno
para mí.

LEONORA. Deste veneno

que con el alma bebí
quisiera, Julio, librarme.
Tú, que eres tan diestro en todo...
JULIO. ¡Por Dios, que es gracioso el modo,
cuando acabo de admirarme
de lo que he visto!
LEONORA. ¿Qué ha sido?
JULIO. Que Penuria ha concertado
con Laura, cuando acostado
esté el viejo, que, atrevido,
entre en el cuarto de Justa,
y que allí, de sus amores,
tendrá el fruto justo.
LEONORA. ¡Ah, traidores! (1)
JULIO. (A este parecer se ajusta.)
LEONORA. Primero rompiendo el lazo
de su vida acabarán
cuantos en el cuarto están.
¡Infierno, alienta mi brazo!
JULIO. El mismo infierno te alienta.
Espíritus, tiempo es ya;
echada la red está;
mueran en esta tormenta.
Crujan, pues, (2) de aquesa bola
los ejes, y el mar profundo
brame porque acabe el mundo
deshaciéndole ola a ola.

(Vase. Sale JUSTA.)

[JUSTA.]

¿Qué quieres, ilusión? ¡Ay, que me abraso
de amor y de temor! Pues condolida
del enfermo galán a verle paso
cuando a la vuelta ¡ay, cielo!
mis venas ocupó medroso hielo.
Vi un dragón alado
contra blanca paloma encarnizado
que con simple descuido
en el grano engañoso se cebaba
incauta del peligro poderoso
del bruto que insidioso la cercaba,
cuando en su amparo miro
águila que la aspira (3)
y que la patrocina vigilante
del monjibelo errante.
Lo mismo que yo vi lo vió mi padre,
no menos admirado que yo triste.
¿Qué visiones son éstas? ¿Qué portentos?
Sírvanme de escarmientos,
¡triste! si soy acaso
la paloma insidiosa (1)
y el cielo con avisos me previene,
huya del cebo donde
un basilisco de mi honor se esconde. (2)

No me dejéis Vos, Señor,
ya que yo así os he dejado,
que a un perfecto enamorado
nunca le falta el amor.
¡Esposo, Señor, Esposo!

(NIÑO, *de peregrino.*)

NIÑO. Aquí estoy. ¿Quién es? ¿Quién llama?
JUSTA. ¡Jesús, qué encendida llama
arde en mi pecho amoroso!
Sin duda que a mi balido
el Buen Pastor acudió.
Mi Esposo es. ¿Merecí yo,
Señor, el bien recebido?
NIÑO. Pues ¿con vos no lo tenéis?
JUSTA. Después que llegasteis Vos
que resplandor es de Dios,
si no lo sois, lo seréis. (3)
Los pies Os quiero besar.
NIÑO. ¿A mí?

---

(1) Sobra una sílaba: probablemente la exclamación "¡Ah!".
(2) Esa palabra tiene encima la palabra "rechinen" tachada.
(3) Esta palabra no es la propia. Todo este pasaje está muy alterado.

(1) Ese calificativo, también impropio de la paloma, demuestra que faltan palabras y versos.
(2) Después de éste siguen los siguientes incorrectos versos, atajados en el original:

Que blandamente a ruegos amorosos
una mujer da fáciles oídos;
pero si son de cera defendidos
y es fuego lento amor que solicita
al corazón entrada
con su calor, ¿qué mucho la derrita,
y que una mujer crea
lo que creer desea?
¿Pero si dejo a Dios y Dios me deja,
a quien me he dedicado
y amado tiernamente y se me aleja
por verse despreciado
por un deleite breve,
tan falso como leve
a quien se siguen siempre macilentos
mil veces feos arrepentimientos?
¿Dejaré sus favores?
¿Dejaré sus bellezas?
¿Sus verdades finezas?
¿Sus finezas amores?
¡Ay, alma fementida!
¡Ay, corazón ingrato
¿Dejaré sus favores?
por ciegos gustos y traiciones vanas!

(3) En el original dice "o lo fuereis".

JUSTA. Señor, no te alteres.
NIÑO. Pensaré, ingrata, que quieres
volvérmelos a clavar.
Porque merezcas agora
esta acción permito injusta.
Tú me dejas siendo Justa,
yo te busco pecadora.
JUSTA. ¿Cuándo, Señor, merecí
ver tanto bien en mi casa?
El corazón se me abrasa
de sólo veros aquí. (1)
Mas Magdalena seré
si, culpada, arrepentida
que, cierva de amor herida,
busca las aguas de pie.
Por el pie Os tengo, Señor,
y si Magdalena he sido
en haberos ofendido,
lo he de ser en el dolor.
Estando al pie de dos fuentes
no es bien que muera de sed;
las llaves, Señor, corred
a sus piadosas corrientes.
NIÑO. Tú las hiciste secar.
JUSTA. Pues si las sequé, Señor,
dadme Vos don de dolor,
que yo las haré manar.
NIÑO. Si sabes con vehemencias
fuentes del alma verter,
hoy, Justa, verás correr
rotas las demás clemencias.
Con lágrimas lavar puede
mis pies tu pecho animado;
llora y lava tu pecado,
quedarás más que la nieve.
Convierte tus ojos bellos
en perlas para mis pies,
y haz grillos dellos después
del que ondean tus cabellos.
No busques otro amador,
Justa, porque no hallarás
ni quien te perdone más
ni te tenga más amor.
JUSTA. Para poderlo cumplir
con los esfuerzos que debo,
tras tanta merced, de nuevo
otra Os tengo de pedir.
NIÑO. ¿Qué deseas?
JUSTA. Ver fealdad
esta homicida hermosura.
La fealdad es más segura,
más traidora es la beldad.
Hermosa, supe ofenderos;
fea, no podré olvidaros;
hermosa, podré enojaros,
y fea, sabré quereros.
Hermosa, fuí desgraciada,
podrá ser que no lo sea
fea, si tengo de fea
la ventura en ser amada
de Vos.
NIÑO. Y haré que parezcas
fea a todos. Sólo a mí
serás hermosa.
JUSTA. A Vos, sí.
NIÑO. Así haré que más merezcas,
pues la fealdad apeteces.
JUSTA. Porque sin celos Os vea.
NIÑO. Conmigo mereces fea,
aunque no me lo pareces.
JUSTA. Si mi fealdad Os agrada,
seré mil veces dichosa;
la no amada no es hermosa,
y sólo hermosa es la amada.
Que no hay fealdad que lo sea
a los ojos del amor,
pues ¿qué hermosura mayor
que no pareceros fea?
Celio viene, ¿qué he de hacer?
NIÑO. Esperar a que te vea,
que ver tu hermosura fea
le ha de hacer enmudecer.
No me parto, aunque me ausento.
Yo me hallaré en tu defensa.

(*Entrase el* NIÑO.)

JUSTA. ¿Quién me podrá hacer ofensa?
CELIO. ¡Jesús, qué extraño portento!
JUSTA. ¿Quién eres, que osadamente
a este cuarto te atreviste?
CELIO. ¿Quién eres tú, visión triste?
¿Qué quieres, visión? Detente.
JUSTA. Di quién eres.
CELIO. Celio soy.
JUSTA. ¿Celio, causa de mi mal?
CELIO. ¿De tu mal, visión mortal?

---

(1) Siguen aquí, pero atajados, estos versos:

NIÑO. A los pies, mis ojos ríos,
de un Judas me postré yo,
y hoy otro que me vendió
quiere macular los míos.
Que eres un Judas repara.
JUSTA. Cuando el mismo Judas fuera,
como perdón Os pidiera,
sé que no me condenara.

JUSTA. Por ti desta suerte estoy.
CELIO. ¿Quién eres, triste mujer?
JUSTA. Justa soy. Celio, despierta.
CELIO. ¿Justa viva, o Justa muerta?
JUSTA. Muerta y viva.
CELIO. ¿Puede ser?
Pensé navegar beldades
y repetidos amores,
y nado asombros y horrores,
escarmientos y fealdades.
Sin duda que me engañó
Julio, pues dijo que amaba
Justa a Celso. El alma estaba
temblando de ira, y halló
templanza mi corazón:
en tan extraña fealdad
venció esta dificultad
la fuerza de la razón.)

(Retírase a un lado. Sale CELSO.*)*

CELSO. (Aquí dijo que hallaría,
Julio, la muerte que aguardo.
Ostente el brazo gallardo
hoy en la desdicha mía.
Han de morir, aunque muera
yo de la misma ocasión.
Aquí me escondo:- éstos son.
Ingenio y valor, espera;
antes que te precipites,
ve por los ojos tu daño.
Laura viene, no me engaño.
antes creo el que me quites
la vida, deja que muera
la que me la quita a mí.)

(A un lado se retira. Sale LAURA.*)*

LAURA. (Julio me dijo que aquí
Justa a aquel ingrato espera.
Dile cuenta de su agravio
a Leonardo porque acabe,
y muera el que matar sabe,
muera rabiando, pues rabio.
Bultos parece que veo,
aunque con la luz escasa
este cuarto, que en su casa
es el mayor, el deseo
que traigo ayuda, pues él
da lugar para que pueda
esconderme.)

(Sale LEONORA.*)*

LEONORA. (Adentro queda
este villano cruel.
A Penuria he visto untar,
y así como se apartó,
el bote le cogí yo
y, llegándolo a mirar,
en él un papel había
en el mayor imposible
"Para hacerse invisible
es este ungüento", decía.
Cogíle, y tengo de ver,
untándome yo con él,
todo cuanto vea él.
En el lazo ha de caer
este brujo o hechicero
que tantas penas me da.
Pues [que] por aquí vendrá,
mil moquetes darle espero.)

(Vase. [Salen] JULIO *y* PENURIA, *de caimán.)*

PENURIA. Suspenso soy y admirado.
JULIO. A mi ciencia poderosa
no hay puerta dificultosa,
cerradura ni candado.
PENURIA. Demonio debes de ser.
JULIO. Agora ves lo que soy.

(Sale LEONORA *también de caimán.)*

LEONORA. (Untéme, ¡pardiez! Yo voy
donde todo lo he de ver.)
PENURIA. (¡Ay, Julio! ¡Qué es lo que he visto!
¡Triste yo! Socórreme.
Mira, mira si podré
invocar a Jesucristo.)
JULIO. (Calla.)
PENURIA. ¿Pues he de nombrar,
viendo un monstruo, a Bercebú?)
JULIO. En Justa, más que no tú,
absorto me siento helar.)
PENURIA. (¿Esta es Justa? No lo creas.)
JULIO. (Peligro corren mis cosas, (1)
y aquesta todas las feas.)
[PENUR.] Si se topó con los botes
de los ungüentos y ha errado
los récipes y se ha untado
con acelguis, porque notes
bien lo que pasa. ¿No ves
otro caimán como yo?
¿Cuál patituerto te untó?

*(*LEONORA *al otro lado.)*

LEONORA. (Este es Penuria. Sí es;
pero agora ha de pagarme

(1) Falta un verso antes o después de éste.

los agravios que me ha hecho.
Estará muy satisfecho
de que no le veo. Untarme
ha sido maravillosa
traza.)

JULIO. (Si Celio se ha ido,
sin duda que habrá huído
de visión tan espantosa.)

JUSTA. ¡Dulce Jesús!

PENURIA. (Aquí es ello.
Jesús, dijo.)

JULIO. (Necio, calla.)

JUSTA. ¡Ay, Dios!

JULIO. (No quiero escuchalla.)

LEONORA. (Desde los pies al cabello
tiemblo de aqueste caimán.)

PENURIA. (Este caimán me da enojos.)

(Mirándose el uno al otro.)

LEONORA. (Pero ¿qué dudan mis ojos?
Donde las toman las dan.
¡Villano!)

PENURIA. (Hacia mí se viene.)
¿Qué? ¿Quiere embestir conmigo?

LEONORA. ¿Qué digo, caimán amigo?

PENURIA. (¿Habló?)

LEONORA. ¿Por qué se detiene?

PENURIA. (Ya veo vecino el daño.)

LEONORA. ¿Qué pensó lograr su amor?
Aquí pagarás, traidor,
lo de antaño y lo de hogaño.

(Embiste el uno al otro.)

PENURIA. Detente, detente un poco,
caimán del diablo, o ¿quién eres?

LEONORA. Esto hacen las mujeres

(Descúbrese a él.)

cuando un hombre es necio y loco.

PENURIA. Tente, tente. ¿Hay mayor cosa?
Cese ya la dura guerra,
que no hay caimán en la tierra
como una mujer celosa.

(Va a huír LEONORA *y tiénela* PENURIA. LEONARDO *dentro.)*

LEONORA. Llegad aquí.

PENURIA. Aguarda, tente.

LEONORA. No tenemos que temer
porque no nos pueden ver,
que es el untillo excelente.

JULIO. Penuria, yo he de volar.

PENURIA. ¿Y yo en la jaula me quedo?

JULIO. Amigo, yo prender puedo,
pero no puedo soltar.

JUSTA. ¿Qué son estas invenciones?
Mi padre viene. El me ve
con tal fealdad. ¿Qué diré?

LEONARDO. ¡Jesús, qué horribles visiones!
¡Jesús con nosotros sea!

UNO. Huyamos, señor.

LEONARDO. ¿Huír?
Mil veces he de morir
primero que tal se vea.—
¿Qué pretendes, bruto horrible?

PENURIA. (Bruto dijo y me ha mirado;
mas ¿si me untase lo untado
con una tranca visible?)

LEONARDO. Di quién eres si no quieres
que te mate.

PENURIA. Si aseguras
mi vida y tú me lo juras...

LEONARDO. Uno y otro haré. ¿Quién eres?

PENURIA. Soy Penuria, acaimanado.

LEONARDO. ¿Penuria?

PENURIA. El capigorrón.

LEONARDO. Y estos villanos, ¿quién son?

LEONORA. Yo, que así me he disfrazado
por.... Pero quiero callar.

CELSO. Verdad dijo Julio. ¿Este es
Penuria? ¿Qué aguardo, pues?
Aquí le pienso matar.
¡Muera! ¡Muera!

LEONARDO. ¿Estos villanos
son quien mi honor han robado?

JULIO. (¡Oh, qué bien los he juntado!)

LEONARDO. Hoy moriréis a mis manos,
que así he de vengarme yo.

JULIO. ¡Ea, sacad las espadas!

CELIO. ¿Qué es esto? ¿Están encantadas
estas cuadras?

CELSO. Ya llegó
tu fin.

PENURIA. Pues a mí, ¿por qué?

CELIO. Y el tuyo ha llegado ya.

CELSO. ¿Yo en qué te ofendo?

JULIO. (Ya está
en punto lo que tracé,
y espero verlo cumplido.)
¿Qué aguardáis, que no os quitáis
las vidas y no os vengáis?

CELIO. ¡Muera!

LEONARDO. ¡Muera!

JULIO. ¿Qué ruido
nos suspende? (Esto temí.

(*Sale el* Niño.)

Pesar del cielo y del suelo,
que siempre me quita el cielo
prendas iguales a mí.)

Niño. Suspended vuestros pesares.
Leonardo. ¡Qué beldad! ¡Qué gentileza!
Leonora. Si los ojos acobarda,
los corazones alienta.
Leonardo. ¿Qué es esto, Señor?
Niño. Yo soy.

(*Aquí se le cae el hábito de peregrino y queda de Cristo, y enseña las llagas, y arrodíllanse todos.*)

Leonardo. Turbada el alma, se hiela
en este abismo de luces.
Niño. Oye, Leonardo, no temas.
La confusión de tu casa,
los engaños que la cercan,
los enredos que ha causado
porque todos me perdieran,
Julio, el común enemigo
que aquí miráis, los concierta,
envidioso desta casa
que le multiplica penas.
Ante el mayor Sacerdote
Justa la mano le entrega
a Celio.
Celso. Y yo doy la mía
a Laura, y pago mis deudas.
Celio. Tantas mercedes, Señor,
¿quién sino Vos las hiciera?
Niño. Tu hermano mayor murió;
la casa de Guisa heredas.
Justa. A vuestros pies, gran Señor,
Justa, humilde, el alma entrega.
Julio. Ea, ya el perdonador
viene a dar fin a sus penas.
El que a todos perdonó,
¿cómo no mira mis quejas?
Niño. Pídeme perdón, verás
lo que hace mi clemencia.
Julio. Pídemele Tú y verás
si mi rigor te le niega.
Penuria. ¡Pesia tal! ¿Este es mi amigo?
Medio endiablado me deja.
Niño. Ve, blasfemo, a padecer
a las oscuras tinieblas.
Julio. Voy, que este Dios peregrino
mis máquinas atropella.
que si El no me lo mandara
aquí todos perecieran.
Perdiera Justa su honor
y el hospital destruyera.

(*Húndese con llamas.*)

Niño. Ya vencido el enemigo,
entre ejércitos de estrellas,
entre angélicos aplausos
que mis victorias celebran,
en virtud propia me vuelvo
pisando aladas bellezas,
al solio del Sol de luces,
Sol del sol que el sol engendra.

(*Sube el* Niño.)

Penuria. Dame, Leonora, la mano,
que a Penuria no le vela
Dios ni nadie de sus santos,
y pues es la boda nuestra
acaimanada, caimanes
hoy nuestros padrinos sean.
Celio. Y aquí se acaba, senado,
esta historia verdadera
Del casamiento por Cristo,
perdonad las faltas nuestras.

(*Vanse todos, con que se acaba esta comedia.*)

FIN

LA CORONA DE HUNGRÍA
Y LA INJUSTA VENGANZA[1]

PERSONAS DEL ACTO PRIMERO

REY DE HUNGRÍA.
LEONOR, *reina*.
LISENO.
CONDE ARNALDO.
ROBERTO.
FLORA.

ACTO PRIMERO

(REY DE HUNGRÍA y LISENO.)

REY.
Celoso a la guerra voy;
no puedo decirte más.

LISENO.
Sin causa celoso estás.

REY.
Causa tengo, pues lo estoy.

LISENO.
Yo lo que merece doy
a Leonor, tu ilustre esposa,
santa, honesta y virtuosa
sobre cuantas han honrado
el matrimonio.

REY.
Yo he dado
en esta opinión celosa,
parte, por darme ocasión
el conde Arnaldo, que nombra
mi amor fuego, mi honor sombra,
parte, por mi condición.

LISENO.
Condiciones hay que son
celosas, naturalmente,
y éstas el hombre prudente
las ha de vencer sin dar
al pensamiento lugar
para cualquiera accidente.
Un celoso que repara
en sombras de su cuidado
es un arcabuz cargado
que a sí mismo se dispara.
Virtud tan suprema y rara
como en la Reina se ve,
¿no merece que le dé
tu opinión debido honor?
Mira, señor, que el amor
le funda el alma en la fe.

REY.
En Bohemia la servía
el Conde para casarse,
con que puede disculparse
si algún amor la tenía.
Concertóse con Hungría
el casamiento, y aquí
le truje, que no entendí
que en tan altas pretensiones
pasaban las ocasiones
a atreverse contra mí.
Vino el Conde acompañando
a Leonor; pues ¿a qué efeto?
Si el Conde fuera discreto,
fuérase a Flandes, dejando
la pretensión, que en casando
Leonor con otro ¿qué acción
le queda a la pretensión
que otro más dichoso alcanza?
¿Cómo le queda esperanza
después de mi posesión?
¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere aquí?
Más ha de diez meses ya
que el Conde en la Corte está
y que mis celos vencí.
Mira si hay prudencia en mí,
pues hasta llegar mi ausencia
no me ha faltado prudencia.

LISENO.
El Conde vive excusado
con la ocasión que le has dado.

REY.
¿Es ocasión mi paciencia?

LISENO.
No, sino tanta amistad,
tanta privanza y favor,
que esto le tiene, señor,
cautiva la voluntad.
Por dicha, en esta ciudad
asiste de los cabellos;
yo pienso que eres de aquellos
contra sí mismos testigos,
que quieren bien sus amigos
y andan muy celosos de ellos.

(1) El manuscrito 15108 de la Biblioteca Nacional lleva la siguiente nota: "Esta copia, sacada del original autógrafo de Lope de Vega, dirige a don Agustín Durán, su amigo, *Salustiano de Olózaga*.—Madrid, 20 de diciembre de 1830."

Pienso que el mostrarle amor
es causa de esta asistencia,
y, para temer ausencia,
hay otra causa, señor,
de más verdad y valor,
que es estar para parir
la Reina, que ha de sentir,
de suerte, pena tan grave,
que puede ser que la acabe.

REY. Albricias puedes pedir.

LISENO. No digas tal, que es crueldad.

REY. Estoy furioso, Liseno.
Amo, y amando condeno
la luz de mi voluntad.

LISENO. No llega a la majestad
jamás tan vil pensamiento.

REY. Yo te he dicho lo que siento
y lo que siempre he callado.

LISENO. En lo que está remediado,
¿de qué sirve el sentimiento?

(REY, LISENO, REINA y FLORA, *dama.*)

LEONOR. ¿Qué nueva es ésta, señor,
que así os obliga a quitarme
la vida con tal rigor?

REY. (Honor, ¿podré disculparme? (*Ap.*)
¿O podré culparme, amor?)
Por estar vos en los días
del parto, no me he partido
a castigar prendas mías.
Ya mi hermano ha remitido
a las armas sus porfías;
ya los pleitos por sucesos
de mejores esperanzas
y de su soberbia excesos,
truecan las plumas en lanzas
y en banderas los procesos.
Ya no quiere que se pruebe
la verdad.

LEONOR. Pues ¿qué le mueve,
señor, a acción tan cruel?

REY. Que la guerra de papel
le parece menos breve.
Tiene ya por más blasones
las hojas en las espadas
que no en las informaciones.

LEONOR. ¿Y a cosas tan mal pensadas
da mi esposo ejecuciones?

REY. El viene por general;
él se promete, él se fía
el suceso a empresa igual
y a la corona de Hungría,
Leonor, su timbre real.
Pienso que el ir en persona
será forzoso.

LEONOR. Señor,
pretender vuestra corona
el de Polonia es valor
que sus agravios perdona.
Venga, y no le castiguéis
por vuestra mano, ni es justo
que tanta pena me deis.

REY. No os quiero yo dar disgusto;
la causa vos la sabéis.—
(¡Ay, Liseno! Que mi amor (*Ap.*)
por una parte me quita
celos, sospecha y temor,
y por otra solicita
mi injusto agravio el honor.)

LISENO. (¿De un ángel se ha de temer,
cuyas virtudes han dado
ejemplo al mundo?)

REY. (Es mujer.)

LISENO. (No es mujer quien ha heredado
sangre de tan alto ser.)

LEONOR. (¡Ay, Dios, Flora, qué hablarán!
Sin duda que el Rey se parte
y los dos hablando están
de mi dolor.)

FLORA. (Es un Marte
tan bravo como galán.)

LEONOR. (Amor nunca fué valiente
para ausentarse.)

FLORA. (Esta injuria
del Rey de Polonia siente.)

LEONOR. (Contra mí vuelve la furia,
pues quiere matarme ausente.)

LISENO. (Celos arguyen bajeza
en tu valor.)

REY. (El honor
es de tal naturaleza,
que iguala con un rigor
la bajeza y la grandeza.
Amor, en sujeto humano,
gobierna con una ley
lo humilde y lo soberano,
que también enferma un rey
de lo mismo que un villano.)

LEONOR. Si estáis tratando, señor,
de la partida a la guerra,
no me encubráis su rigor,
que, si amor mi pecho encierra,
también encierra valor.
Hablad delante de mí;
sepa yo si he de perderos.

REY. (¿Oyes esto?) (*Aparte.*)

LISENO. (Señor, sí.)
LEONOR. Si tan presto no he de veros,
merezca veros aquí.
REY. (¿Ves, Liseno, cómo aguarda
mi partida y la desea?
Ya le parece que tarda.)
LEONOR. Permitid, mi bien, que vea
vuestra presencia gallarda;
basten tantos desconsuelos
como me quedan.
REY. (¡Ay, cielos!
¿Quién dirá que no es amor?)
LISENO. (El cielo ofendes, señor,
teniendo de un ángel celos.
¡Mira que te hacen creer
con equívocos sentidos
cosas que no pueden ser!)
REY. (No sujetes tus oídos
a palabras de mujer,
ni los rindas de esa suerte,
mira que las puertas son
por donde con lazo fuerte
entra al alma la traición
y a nuestra vida la muerte.
Ella muere de deseo
de verme ya de partida.)
LISENO. (¡Eso dices!)
REY. (Esto creo.)
LEONOR. Durará mi corta vida
el breve tiempo que os veo.
¡Tal desamor! ¡Tal desdén!...
LISENO. (Perdóname, que es locura,
señor, tu rigor.)
REY. ¿A quién
no detendrá tu hermosura,
mi Leonor, mi luz, mi bien?
Ya, por no daros enojos,
digo que vaya, mis ojos,
otro general por mí.
LEONOR. Ya de dos almas ansí
cumplido habéis los antojos.
Ya no seréis su homicida
de alguna a quien distes vida.
REY. ¿Quién os parece, señora,
que vaya por mí, si agora
dejo por vos la partida?
¿Quién puede el bastón llevar
de quien satisfecho quede
que le sabrá gobernar?
LEONOR. ¿Quién mejor que Arnaldo puede
ocupar vuestro lugar?
Es gallardo, caballero,
y a quien vos tenéis amor.
REY. (Nombrarme al Conde el primero,
¿qué satisfacción mayor
de mis sospechas espero?
¡Vive Dios, que lo temí!)
LISENO. (Y yo temo ya de ti
algún grande error.)
REY. (Pues ¿quién
que no le quisiera bien
pudiera alabarle ansí?)
LISENO. (Quien tiene tanto valor
y segura confianza
de su divina Leonor.)
REY. (¿No sabes que es la alabanza
primera señal de amor?
Si al Conde no le tuviera,
no le antepusiera a todos.)
LISENO. (Antes, si bien le quisiera,
estorbara de mil modos
que el Conde a la guerra fuera.)
REY. En fin, ¿el Conde es galán
para esta empresa, Leonor?
LEONOR. De los que en la Corte están
no podrás hallar, señor,
más gallardo capitán.
Bien sabes la bizarría
que en las justas y torneos
mostró en Polonia aquel día
que merecí tus deseos
y que dejé de ser mía.
REY. En fin, le daré el bastón.
LEONOR. Tengo dél satisfacción.
REY. Vamos, Liseno, que quiero
hablar en esto primero
con el Consejo.
LISENO. Es razón.
REY. (¡Qué aguardo mayor testigo!)
LISENO. (¡Eso dices!)
REY. (¡Muerto soy!)

(Vanse.)

LEONOR. Tu piedad, cielo, bendigo,
pues ya sin el Conde estoy,
fiero y mortal enemigo,
porque dudo que en el suelo
naciese tan atrevido
caballero contra el celo
a la majestad debido.
FLORA. Volvió por tu honor el cielo,
que ha sido en ti gran prudencia,
porque no le mate el Rey,
no le decir su insolencia.
LEONOR. Rompido hubiera la ley
del silencio la paciencia,

a no ver que resultara,
de su muerte, el deshonor
de quien en mi honor hablara.

FLORA. Ello sucedió mejor;
todo con ausencia pára.

LEONOR. Dile pequeña ocasión,
durando la pretensión
que tuvo a mi casamiento;
pero es necio atrevimiento
en ajena posesión,
y, siendo quien soy, no creo
que hombre humano hubiera dado
esperanza a su deseo.

FLORA. Es un necio.

LEONOR. Y porfiado.

FLORA. No hay disculpa en loco empleo.

(LEONOR, FLORA *y* ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Estáis por acá, Leonor?

LEONOR. Pues ¿dónde quieres que esté?

ROBERTO. Con esta pena, pensé
que os tuviera enferma amor.
¿Qué os parece de la guerra
que se ha entrado por Hungría?

LEONOR. Que el de Polonia porfía,
Roberto, sobre esta tierra.

ROBERTO. Por vos me pesa, que ansí
vaya el Rey por general.
¡Por Dios! que lo hace mal,
pues pudiera enviarme a mí.

LEONOR. Ya no va el Rey, que ha querido
mostrarme amor.

ROBERTO. ¿Cierto?

LEONOR. Cierto.

ROBERTO. Pues en albricias, Roberto
os manda, Reina, un vestido.

LEONOR. Di que te den mil escudos
y cómprale para ti.

ROBERTO. Beso un chapín desde aquí,
pero no con labios mudos.
¡Plegue al cielo que te dé
tanta sucesión, Leonor,
tantos hijos del valor
que en tales padres se ve,
que las amas que los críen
no conozcan los zapatos,
que, siendo vuestros retratos,
bien es que este honor les fíen.
Mas, decidme: ¿quién irá
por general?

LEONOR. Irá el Conde
de Flandes.

ROBERTO. Si él corresponde
a quien es, muy bien lo hará.
Y huélgome que de aquí
se vaya aqueste entonado.

LEONOR. Es muy necio.

ROBERTO. El más cansado
que en toda mi vida vi.

LEONOR. ¿No te ha dado nada?

ROBERTO. No,
que entonces fuera discreto,
gallardo y sabio.

FLORA. En efeto,
¿no lo es porque no te dió?

ROBERTO. Flora, la virtud de dar
es en la corte una acción
que dispone el corazón
para agradecer y amar.
Dar donde no es menester
causa al honor detrimento;
comprar arrepentimiento
no es discreción del poder.
Hacer bien donde hay sujeto,
es prudencia y es valor.

FLORA. ¿No se ha de dar con amor?

ROBERTO. ¿Quién fué con amor discreto?

LEONOR. Nunca tú vienes más frío
que cuando, muy engañado,
hablas de razón de Estado.

ROBERTO. Ya de mí mismo me río.
Pero, mudando de son,
escucha una patarata
de un poeta que no trata
de más alta locución.

LEONOR. Poco ha que no te oyera.
¿Eres tú acaso el autor?

ROBERTO. Escucha ¡por Dios! Leonor.

LEONOR. Comienza la historia.

ROBERTO. Espera.

(LEONOR, FLORA, ROBERTO *y el* CONDE.)

ARNALDO. Decid que el Conde está aquí.

FLORA. El Conde, señora.

ROBERTO. Apenas
un necio quise pintarte,
cuando a visitarte llega.—
Yo tengo, Flora, que hablarte
con un papel y unas quejas.

FLORA. Ven a esta cuadra, que, oídas,
no volverás sin respuestas.

(*Vanse.* LEONOR *y el* CONDE ARNALDO.)

ARNALDO. Dijéronme que tenía
el Rey voluntad resuelta,
muy conforme a su valor,
de ir en persona a la guerra.

Siendo así, me ha parecido,
puesto que jamás acetas
mis deseos y servicios,
de acompañarle a esta empresa,
conduciendo, de mi Estado,
alguna gente flamenca
de la más ejercitada.

LEONOR. ¿Es posible que te atrevas,
Arnaldo, a verme y hablarme?
¿Qué imaginas? ¿En qué piensas?

ARNALDO. Sólo en amarte y servirte
con la humildad y modestia
que merece tu valor
y yo merecí en Bohemia
cuando pensé merecerte.

LEONOR. Principios de amor no llegan
a más cuidado, si el alma
en otro dueño se emplea.
Mi padre me dió el que tengo,
Arnaldo, y cosas son éstas
indignas de ser tratadas
ni aun de imaginar en ellas.
Si me casara contigo,
¿quisieras tú que estuviera
Enrique en tu Corte y casa?
Vuélvete, Conde, a tu tierra,
que ya parece locura
y no amor, que amor no intenta
dar, a lo que dice que ama,
tal disgusto y tanta pena.

ARNALDO. Aunque por tantos agravios
pudiera, hermosa Leonor,
cerrarme el alma el temor
y abrirme el dolor los labios,
tengo por consejos sabios
dar lugar a la prudencia
haciendo al mal resistencia,
puesto que en esta ocasión
implican contradición
el desprecio y la paciencia.
Yo me excusaré de verte,
aunque el intentarlo es yerro,
que condenarme a destierro
es lo mismo que a la muerte.
Merecerla por quererte
injusto castigo alcanza,
pues no ha sido en confianza
de ver tu pecho piadoso,
que si no es de ser tu esposo
nunca he tenido esperanza.
Yo confieso que el callar
debo a tu ilustre respeto;
mas ¿qué amor fué tan discreto
que se murió sin hablar?
¿Quién puede callar y amar,
y más viendo despreciarse?
Deja al amor consolarse
con hablar en tu rigor,
que no puede ser dolor
el que no obliga a quejarse.
Déjame quejar de ti,
no quieras tanto olvidarme,
pues aunque es para matarme,
en fin, te acuerdas de mí.
Y si has de tratar ansí
estos rendidos despojos,
no des a la lengua enojos,
que para tanto rigor,
te sobran rayos, Leonor,
en el cielo de tus ojos.

LEONOR. ¡Que a esto llegue atrevimiento
de hombre humano!

ARNALDO. ¿No se cuenta
que fabricando una torre
quisieron subir por ella
al cielo? Pues ¿qué te admira
que al de tus ojos me atreva?

LEONOR. También se cuenta el castigo,
y, confundiendo tu lengua,
haré yo que de esa torre
caiga tu loca soberbia.

ARNALDO. Por lo menos, hoy te obliga
mi amor a que me agradezcas
un servicio que te he hecho.

LEONOR. Es imposible que sea
cosa con que tú me obligues.

ARNALDO. ¿Quieres bien a Enrique?

LEONOR. Fuera
esa pregunta excusada
en quien supiera sus prendas.
Yo adoro al Rey, conde Arnaldo,
porque, si gentil naciera,
idolatrara en su talle.

ARNALDO. ¡Oh, qué mal tu amor empleas!
No digo en lo que merece,
sino en su correspondencia,
pues quiere bien una dama
que, casado, le desprecia,
o porque me quiere a mí.

LEONOR. Mientes, Conde; no lo creas,
que cuando pudiera el Rey
querer a quien yo no fuera,
más le quisiera que a ti.
¿Quién dices que le desprecia?

ARNALDO. Si ella me da prendas suyas,
sean mis palabras ciertas

y tus confianzas vanas.
LEONOR. Sí serán si me las muestras.
ARNALDO. ¿Basta un papel suyo?
LEONOR. Sobra.
ARNALDO. Dame, señora, licencia
para que me acerque a ti
si quieres que te le lea.
LEONOR. ¿Yo no lo sabré leer?
ARNALDO. Si fiártele pudiera,
yo le pusiera en tus manos;
pero no quiero que tengas,
si se le enseñas, después
disgusto con él que pueda
deshacer nuestra amistad.
LEONOR. Pues llégate, Arnaldo, cerca,
de suerte que leas tú
y yo conozca la letra.
ARNALDO. Este es el papel.
LEONOR. ¡A ver!
ARNALDO. Mira.
LEONOR. Muestra.
ARNALDO. Deja.
LEONOR. Suelta.
ARNALDO. El puño se me ha trabado
a las puntas o arandela
de tu cuello.
LEONOR. Quita o tira.
ARNALDO. No puedo más.
LEONOR. El Rey entra.

(LEONOR, *el* CONDE, *el* REY *y* LISENO.)

REY. Conde, ¿de esta suerte aquí?
ARNALDO. Vine a ofreceros mi espada
en sabiendo la jornada,
y, hablando a la Reina, vi
una araña que el rubí
de sus mejillas subía
y a los ojos se atrevía.
Llegué turbado al cabello,
asióseme el puño al cuello
y desasirle quería.
Confieso el atrevimiento,
y que fué el determinarme
no poder aconsejarme
en tan breve pensamiento.
De nuestra llaneza siento,
parentesco y amistad,
que no habrá dificultad
en que no tengáis enojos
de que librase sus ojos,
pues vos sabéis mi verdad.
REY. Estoy muy agradecido
a vuestro amor y cuidado.
La Reina se ha desmayado;
susto de la araña ha sido.—
¡Señora!...
LISENO. Está sin sentido.
REY. ¡Hola! Llevalda de aquí.

(*Entra* FLORA *y* DAMAS.)

FLORA. ¿Qué es esto?
LISENO. Sólo entendí
que una araña la picó.
FLORA. (Si fué la que pienso yo,
no podrá volver en sí.)

(*Llevan las* DAMAS *a la* REINA, *y* LISENO *la acompaña.*)

REY. Conde, yo he determinado,
por el gusto de Leonor,
y porque fuera rigor
el dejarla en tal estado,
daros a vos el cuidado
de la gente y de la empresa,
y aunque el dejarla me pesa,
cuando esto parezca culpa,
vuestro valor me disculpa
y amor la culpa confiesa.
Está cerca, como veis,
del parto, y con mi partida
pongo a peligro su vida.
Lo que la quiero sabéis.
Vos por general iréis;
todo la amistad lo abona;
vos sois mi propia persona.
Castigad este enemigo
que sabe que sois mi amigo
y contra los dos blasona.
Viviendo vos en mi casa
y en mi alma y voluntad,
con tanta temeridad
hasta mis fronteras pasa,
villas y montes abrasa.
¡Vive Dios!, que de su historia
quedará al mundo memoria,
o preso o muerto por vos.
Partid, que después los dos
partiremos la victoria.
ARNALDO. Estad cierto, Enrique amigo,
a quien quiero como hermano,
que ha de tener de mi mano
el merecido castigo.
No os quedáis, pues vais conmigo
y sabéis mi voluntad;
vuestras armas me fiad,
que al de Polonia os traeré
donde bese vuestro pie
y estime nuestra amistad.

Haré también por mi parte
gente en Flandes, que ya leva
para otra empresa más nueva,
en mi Estado Clarinarte.
Yo pondré vuestro estandarte
en Polonia por los dos.
Dadme los brazos, y adiós,
que voy a hacer un alarde
de la gente.

REY. ¡Dios os guarde!
Todo mi honor pongo en vos.

(*Vase el* CONDE.)

No pongo tal ¡ay de mí!
que mal puede de un traidor,
cielos, fiarse el honor.
¡Ojos, decid lo que vi!
¿No abrazaba el Conde aquí
a Leonor? ¿Fueron recelos
de mi amor, mis celos? ¡Cielos!
No, si no os queréis valer
de que cómo pueden ser
las que son verdades celos.
¡Araña!... ¡Pesia al traidor!
Mas pienso que no se engaña,
que mucho tiene de araña
quien da ponzoña al honor.
Hoy ha de morir Leonor,
que yo mataré al villano
por propia o ajena mano:
que donde a la majestad
se intenta tan gran maldad,
no queda respeto humano.
Este infame la ha seguido,
¿ya qué puedo imaginar?
¿Puede la vista engañar
como se engaña el oído?
¡Qué bueno para un marido
llamar delante de mí
a las mejillas rubí!
Mas si sobre enamorado
le vino el estar turbado,
¿para qué le culpo ansí?

(*El* REY *y* LISENO.)

LISENO. El susto ha sido de suerte,
gran señor, para madama,
que el parto es partir del mundo.

REY. Bien hizo. Temió su infamia.

LISENO. Sacó un infante la mano,
en quien, una cinta atada
reliquia de un santo obispo,
la volvió a esconder.

REY. Aguarda,
por dicha, la sepultura
donde le dieron el alma.

LISENO. Salió después otro infante,
conocido en que dejaba
la cinta en el que después
la trujo.

REY. Liseno, calla,
que me matas con saber
que tantas víboras salgan
de aquel caballo de Troya,
de aquellas fieras entrañas.
¡Dos hijos! ¡Y de un traidor!

LISENO. Señor, ¿qué dices? ¿Tú tratas
tu mismo honor de esa suerte?
¡A una inocente! ¡A una santa!

REY. ¿Es muerta?

LISENO. Pienso que sí.

REY. Pues no repliques palabra,
que si vive, yo seré
quien corte con una espada
tres cabezas y tres vidas,
tres traidores y tres almas.

LISENO. Estos niños, por lo menos,
permite, señor, que vayan
a la mar o alguna fiera,
que tú no es justo que hagas
crueldad tan indigna a un rey.

REY. Liseno, en tu confianza
los dejo, y yo no los vea,
porque haré, contra mi fama,
resucitar la memoria
de los Inocentes.

LISENO. Basta,
basta, señor, que yo sepa
tu enojo, aunque sea sin causa.

(*Vase el* REY. LISENO *y* FLORA.)

LISENO. (*Llama.*) ¡Flora! ¡Flora!

FLORA. ¿Qué me quieres?
que estoy sin alma? Si tardas
en remediar a Leonor,
su vida inocente acaba.

LISENO. Di que es muerta, y pues la noche
piadosa a ayudarnos baja,
como pudiere al jardín,
aunque sea en brazos, la saca,
que, para fingir su muerte,
hoy se me ha muerto una esclava
y la pondré en su lugar
si tú también la amortajas.

FLORA. Cosas dices imposibles
y que me turban el alma.

LISENO. Llenas están las historias,
Flora, de cosas más raras.
Sácame luego a Leonor;
dile que a la puerta aguarda
el más leal caballero
a sus reyes y a su patria;
que entre dos criados míos
haré que te den la esclava.

FLORA. Soy mujer. ¡Tiemblo!

LISENO. No temas,
pues en las letras sagradas,
en figura de David,
puso Micol una estatua.
Porque cuando quiere Dios
librar la inocencia santa,
ciega los ojos del mundo,
que no ven de Lot la casa.
Y así será nuestra Reina
libre en su defensa y guarda
de quien, por injustos celos,
con dos ángeles la mata.

(Vanse. El REY *y* ROBERTO.*)*

REY. Mira, Roberto, que es necio
el que con los reyes habla
sin tener más en la boca
que lo que tiene en el alma.
Es opinión que a los reyes
jamás la verdad les tratan,
y es mentira, que no hay hombre
que se atreva a deidad tanta.
Dime si eres cuerdo o loco.

ROBERTO. Pregunta es esa que basta
para que un hombre lo sea.
Porque ¿a quién le preguntaran
si era cuerdo o si era loco
que conociera su falta?
Todos piensan que son cuerdos
y a los otros locos llaman:
no hay hombre que no haya hecho,
y ésta no es opinión falsa,
alguna grande locura,
o en el bozo o en las canas.
Mira tú tantos ejemplos
en tu Corte y en tu casa.
Unos viejos que enamoran
con plumitas y con bandas:
unos mozos que su hacienda
gastan en cosas tan bajas.
Unos las dan a mujeres
y a sus criados no pagan;
otros la juegan o venden
y después vuelven sin calzas.
Con un pie en la sepultura
verás un hombre que labra
casa que no ha de vivir;
verás muchos que se casan
y aborrecen la hermosura
de sus mujeres honradas,
por quien les hace mil tiros.
Pero de locuras basta,
porque es proceso infinito;
sólo quiero que no hagas
el conceto que hasta aquí
has hecho de mi ignorancia.
No soy loco ¡vive Dios!,
sino que esta garambaina
de llamar a un rey de vos
diciéndole cuatro chanzas,
comer un capón de leche
y tener, sin letras ni armas,
muchas galas y doblones,
es perfectísima traza,
porque en echándose un hombre
la vergüenza a las espaldas,
quien bien come, duerme bien;
quien bien duerme, no se mata
por desvelos de gobiernos,
sino vive vida larga;
que todos nacimos de Eva,
y, cuando el juego se acaba,
tan bien van a la talega
las negras como las blancas.

REY. ¡Que tienes entendimiento!

ROBERTO. Si en mi discurso reparas,
¿para qué me lo preguntas?

REY. Suelen decir cosas altas
los locos algunas veces.

ROBERTO. ¿Y los cuerdos cosas bajas?

REY. ¿Podré fiarte un secreto?

ROBERTO. No sé si a los cuerdos basta.
Tanto encargan el silencio
letras divinas y humanas.

REY. Tu daño, si le descubres.

ROBERTO. También sé yo cuánto daña
saber secretos.

REY. Escucha.
A la guerra, con mis armas,
parte Arnaldo contra el Rey
de Polonia.

ROBERTO. Ya las cajas
atruenan ciudad y oídos.

REY. Yo te daré, si le matas
en la primer batería,
diez mil escudos.

ROBERTO. Sin paga

le daré un arcabuzazo
que salga por las espaldas
y se haga estrella de plomo
donde parare la bala.

REY. ¿Serás hombre?

ROBERTO. No podías
fundar, señor, tu esperanza
en quien más le aborreciera.

(*El* REY, ROBERTO *y* LISENO.)

LISENO. Lágrimas pienso que faltan
para tanta desventura.

REY. ¿Qué es eso, Liseno?

LISENO. Acaba
en este punto Leonor.
Ya sobre la misma cama
del parto Flora y Dantea
su hermoso cuerpo amortajan.

REY. ¡Roberto!

ROBERTO. ¿Señor?

REY. Un coche;
iréme a Belfor.

LISENO. ¿No aguardas
a honrar su cuerpo?

REY. ¿Qué dices?
¡Quisiera matarle el alma!

(*Vanse el* REY *y* ROBERTO.)

LISENO. No querrá, engañado Enrique,
el cielo crueldades tantas.
Ya queda en salvo la Reina
y amortajada la esclava;
ya van camino los niños
en los pechos de sus amas,
que no ha de ofender el hombre
lo que Dios defiende y guarda.
Viva la inocencia ilustre,
aunque dos hombres la matan;
uno, con injustos celos,
y otro, con loca esperanza.

ACTO SEGUNDO

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

ENRIQUE.	BELISA.
ALBERTO.	SILVIO.
FABRICIO.	FILENO.
El CONDE DE FLANDES.	FABIO.
El REY DE HUNGRÍA.	LISENO.
El REY DE POLONIA.	LUDOVICO.
LEONOR.	*Gente de guerra.*

(ENRIQUE *y* ALBERTO, *hermanos, con medias sotanillas y valonas, y* FABRICIO, *su ayo.)*

ENRIQUE. No tengáis por ciencias vanas
las que os decimos aquí.

FABRICIO. No me desagrada a mí
que estudiéis letras humanas;
mas tengo a mala fortuna
hacer tantas diligencias
por saber todas las ciencias
y que no sepáis ninguna.
Hay hombres que sin tener
principios de sus verdades,
hablan en las Facultades
con ambición de saber.
No os fiéis, hijos, leyendo
libros en lengua vulgar;
la ciencia se ha de estudiar
desde su principio oyendo.
Si os halláis con natural,
bien es que sepáis poesía,
que con arte sólo es fría
sin el favor celestial.
El poeta ha de nacer
después de ayudarle el arte.

ALBERTO. Fabricio, por esa parte
bien puede Enrique saber;
mas un discurso hallé yo
que hablaba de la poesía,
donde, el que no la sabía,
mil disparates pintó.
Y yo tengo para mí
que es ciencia más natural
que adquirida.

FABRICIO. Escribir mal
no es escribir.

ENRIQUE. Es ansí.
¿Nunca has visto algún enano
presumir de gentil hombre?
Pues eso mismo es el hombre
que ignora y escribe en vano.
Mas como si algún ratón
por la trompa a un elefante, (1)
estos ignorantes son.
El propio viene a la red
de pies y manos agudo,
pues con sólo un estornudo
le estrella con la pared.

FABRICIO. Dejad eso, y escuchad
lo que importa.

ALBERTO. No queremos
oír lo que no tenemos
por gusto y por voluntad.

FABRICIO. No digo filosofía;
poesía os quiero leer.

(1) Falta un verso antes o después de éste para la redondilla.

ENRIQUE. Tampoco quiero saber
preceptos para poesía,
ni de Aristóteles quiero
saber su arte, ni de ti,
pues hay libros por ahí
contra Virgilio y Homero,
y cualquiera de nosotros
podrá, la pluma en la mano,
traducir del italiano
lo que se dijo por otros.

FABRICIO. Pues argüíd.

ALBERTO. ¿Para qué?
¿Para mostrar que sabemos
y, a quien no entiende, cansemos
lo que ha de escuchar por fe?

FABRICIO. Pues yo os juro que he de ir
a decírselo a Liseno.

(*Vase*).

ENRIQUE. ¡Qué importa!

ALBERTO. ¿Y será muy bueno
que aquí nos venga a reñir?

ENRIQUE. Riña y diga desatinos.

ALBERTO. ¡A tu padre!

ENRIQUE. ¡Qué se yo!
Si lo contrario me dió
a entender por mil caminos.
¿Qué es lo que me quiere a mí
Aristóteles agora?
Más la guerra me enamora
y el són que esta tarde oí.
Hermógenes y Platón
se vayan enhoramala,
que ningún conceto iguala
a aquel armígero són.
Yo aborrezco cuanto puedo
el hábito y el latín,
y si he callado es, en fin,
más respeto que no miedo.
A voces nos da a entender
que no es tu padre ni mío
y entre el amor y el desvío
mezcla el pesar y el placer.
Y ¡por Dios! que no sería
cosa fuera de razón
preguntarle la ocasión
de tu vida y de la mía.
Porque si somos ajenos
y nos cría por piedad,
de cansada voluntad
vendrá nuestro amor a menos.
Veinte años ha que no cesa
entre Polonia y Hungría
la guerra, y ¡por vida mía!
que de las letras me pesa.
Allí suena el atambor
y acá estotro licenciado
tiene de libros cargado
nuestro juvenil furor.
Declaramos muy altivo
algún filósofo escuro,
mientras que Polonia el muro
rompe al lugar en que vivo.
Dicen que tiene cercada
la gran ciudad de Belgrado
el de Polonia, y que, airado,
alza la sangrienta espada.
Ganarán la corte, y luego
a nuestro lugar vendrán,
y, sin remedio, pondrán
a nuestras haciendas fuego.
Vendrá un soldado polón
con manos y sin oídos
y hallarános defendidos
de Porfirio y de Platón.
¡Muy buen recado tendremos
si llevan nuestras hermanas!

ALBERTO. Quiérenos dar por cuartanas
los estudios que aprendemos
del ánimo de leones
que en el corazón criamos,
no sé para qué estudiamos
entre guerras y traiciones.
Por si he callado el rigor
que tiene mi vida en calma,

(*Suena dentro un tambor.*)

que más me penetra el alma
el són de aquel atambor.
Y por que veas si es cierto
que a la milicia me inclino
y que al griego y al latino
en blancas armas convierto,
hoy tengo de aventurarme;
hoy a Belgrado me voy.

ENRIQUE. No irás, a fe de quien soy,
sin llevarme o sin matarme.
Cuelgo la media sotana
y póngome espada y plumas.

ALBERTO. No es justo que tal presumas
por mi padre y por mi hermana.
No ha de quedar sin los dos;
alguno le ha de quedar.

ENRIQUE. Tú puedes acompañar
a Liseno.

ALBERTO. Bien ¡por Dios!

ENRIQUE. Hermano, si yo te digo
la causa, tú me darás
licencia, o te quedarás,
si no me llevas contigo.

ALBERTO. Si no es grande la ocasión,
no hay que tratar.

ENRIQUE. Si yo adoro
a Belisa, ¿qué decoro
le guardará mi afición
si también me quiere a mí?

ALBERTO. ¿Más que con amor de hermanos
os queréis?

ENRIQUE. Son cuentos vanos.
Vámonos luego de aquí,
que el hombre cuerdo no debe
fiar de grande ocasión,
que las ocasiones son
fuego de la misma nieve.

ALBERTO. Siendo así, voy a buscar
para los dos dos espadas.

ENRIQUE. Ahora sí que me agradas;
los brazos te quiero dar.

(Vase ALBERTO.)

Amor, yo me crié, para mis daños,
a vista de la gracia y hermosura
de un ángel bello, y no mortal criatura,
desde las flores de mis verdes años.
Al principio pensé que tus engaños
fueran aumentos de mayor ventura;
mas luego vi mi error en la luz pura
con que trujo la edad los desengaños.
Bien te quisiera amar, Belisa hermosa;
pero temo mis manos y tu fama,
que la amistad más firme es peligrosa.
Nadie se acerque a la ocasión si ama,
que el más valiente y cuerdo es mariposa
que al cabo de mil vueltas da en la llama.

(ENRIQUE *y* BELISA.)

BELISA. ¿Qué espadas y qué invenciones
son éstas en que anda Alberto?

ENRIQUE. Huír el cuerpo al concierto
de libros y de liciones.
Efetos de nobles son,
disimular no es posible,
que no hay cosa más terrible
que forzar la inclinación.
¡Ay, Belisa! No te espante
el ir a probar fortuna,
que pienso que sombra alguna
se nos ha puesto delante.
Alberto te ha dicho bien;
habló contigo por mí;
con él de un parto nací,
tendrá mi estrella también.
Liseno nos ha criado;
ya no es razón darle enojos,
no por sacarle los ojos
ingratos a su cuidado,
mas porque dicen que tiene
necesidad, porque el Rey,
con justa o injusta ley,
en destierros le entretiene
después de haberle quitado
su hacienda.

BELISA. No fué el rigor
por ser a su Rey traidor,
sino por leal y honrado.

ENRIQUE. Pues ¿por qué le desampara?

BELISA. Por defensor de la Reina
Leonor, que en el cielo reina,
cuya virtud fué tan clara,
que después que la mató
por aquel celoso exceso,
no ha tenido buen suceso:
lo más del reino perdió.
Juntóse el Conde de Flandes
con el de Polonia, airado,
y en venganza le han tomado
villas y ciudades grandes.
De suerte, que ya no tiene
sino esa sola ciudad
que ya, sin seguridad
aun de la vida, entretiene.

ENRIQUE. ¿Quién era de quien tenía
celos?

BELISA. De aquel mismo Conde
que hoy por la verdad responde
y es la destrucción de Hungría.
Que aunque le quiso matar
y lo encomendó a un soldado,
fué de Liseno avisado.

ENRIQUE. ¿Y fué lealtad avisar
al enemigo del Rey?

BELISA. Para guardar el honor
de la difunta Leonor
dicen que fué justa ley.
Porque si el Conde muriera
no pudiera, como agora,
decir que no fué el aurora
tan limpia en su misma esfera.

ENRIQUE. Pues ¿por qué la defendía
Liseno?

BELISA. Por mujer santa,

cuyas alabanzas canta
en trágico verso Hungría.

ENRIQUE. Como quiera que defienda
honra de mujeres hombre,
digno de alabanza y nombre,
pierda su estado y su hacienda.
Sea o no sea mi padre,
crecerá de hoy más mi amor
como si fuera el honor
que defiende, de mi madre.
Hecho fué de caballero.
Dios le dará galardón.
Mas ¡qué grave confusión
de serlo o no serlo espero!
Si no es Liseno mi padre,
como tuyo, ¿quién soy yo?
¿De qué padre me engendró
mi no conocida madre?
Aunque consuelo sería
el poderte merecer,
pues podrás ser mi mujer
si no eres hermana mía.

BELISA. Eso te debe de dar
poca pena, pues te ausentas.
¿Amas, y ausentarte intentas?
¡Qué poco debes de amar!

ENRIQUE. Ya te he dicho lo que ha sido
causa de que yo me ausente.

(Suenan cajas dentro.)

BELISA. Cajas y rumor de gente
siento.

ENRIQUE. ¡Espantoso ruido!
Asaltos deben de dar
a la ciudad, pues aquí
se escucha.

BELISA. Tú...

ENRIQUE. De mí (1)
no temas, que no han de entrar
tan fácilmente los muros.

BELISA. Si agora romperlos vemos,
¿cómo quieres tú que estemos
en esta quinta seguros?
Que si por este pecado
contra Leonor cometido
castiga, el cielo ofendido,
al Rey, perderá su Estado,
y aun podrá ser que la vida.

(Suena otra vez la caja.)

Otra vez la caja suena.

(1) Falta una sílaba en este verso.

(ALBERTO, ENRIQUE y BELISA.)

ALBERTO. ¡Oh, casa de libros llena
y de tapices vestida,
de arneses no lo estuvieras!

ENRIQUE. ¿Qué hay, Alberto?

ALBERTO. Hanme contado
que está el muro de Belgrado
lleno de húngaras banderas.

ENRIQUE. ¿Con tanta facilidad?

ALBERTO. En desbaratado alarde
lo cuenta gente cobarde
que sale de la ciudad.

ENRIQUE. ¡Tanto rigor! ¡Tanta ofensa!

BELISA. ¡Ya publican la victoria!

ENRIQUE. ¡Muramos con honra y gloria
de nuestra patria en defensa!

BELISA. Daréis injustos enojos
a mi padre. Y ¿qué han de hacer
dos hombres?

ALBERTO. ¡Morir!

ENRIQUE. No ver
tanta desdicha a los ojos.
¡A morir voy, patria mía!

BELISA. En su ausencia crueldad es;
dejad que venga, y después
id por donde el cielo os guía.

ENRIQUE. Pues ¿dónde está?

BELISA. En la montaña,
en negocios de su hacienda.

ALBERTO. ¿Es donde está aquella prenda
que todo el año acompaña?

BELISA. Allí está cierta mujer,
aunque villana, discreta,
a quien él sirve y respeta.

ALBERTO. Su dama debe de ser.

BELISA. Eso no, que su opinión
toda sospecha prefiere.

ENRIQUE. Ven, y sea lo que fuere,
con razón o sin razón.

BELISA. ¿Así me dejáis?

ENRIQUE. Belisa,
ven con nosotros.

BELISA. ¿Adónde?

ENRIQUE. El peligro te responde
y la fortuna te avisa.

ALBERTO. ¡Patria, pues en ti nací,
lo que me diste te doy.

ENRIQUE. ¡Patria, yo no sé quién soy;
mas voy a morir por ti!

(Vanse. El CONDE ARNALDO y SOLDADOS al són de cajas.)

ARNALDO.

Al palacio guiad.

SOLDADO.

Ya está en palacio
con dos fuertes escuadras Federico;
pero dicen que el Rey huyó temiendo
el bárbaro furor de los soldados.

ARNALDO.

Y ¿no fuera morir más noble hazaña?

SOLDADO.

Por la puerta del bosque a la montaña
dicen que es ido Enrique, y otros, muerto.

ARNALDO.

¡Qué justo fin de un hombre injusto y loco!

SOLDADO.

Dicen que defendió la torre un poco
más alta del alcázar, donde estaba,
y que, viendo que el foso atravesaba
animosa la gente de Polonia,
salió por una puente levadiza
y encomendó su vida a la fortuna.

ARNALDO.

¡Contraria sea si tuviere alguna!
Mas luego con ducientos hombres parte
a correr la montaña, Clarinarte,
y no dejes un árbol que no mires,
que no será vitoria
si perdemos la gloria
del triunfo de este día
en no llevando preso al Rey de Hungría.

VOCES (*dentro*).

¡Viva el Rey de Polonia!

ARNALDO.

Alegres voces.

(Suenan cajas.)

SOLDADO.

Entraron en palacio, y, con aplauso,
debido a su valor y a su fortuna,
le nombran Rey de Hungría al de Polonia.

ARNALDO.

Decid todos que viva Federico,
y de mis manos el laurel reciba.

SOLDADO.

¡Viva el gran Federico!

DENTRO.

¡Viva! ¡Viva!

ARNALDO.

Por mil años reciba la corona.

DENTRO.

Por mil felices años la reciba,
que es digna del valor de su persona.

ARNALDO.

Hoy castiga la mano vengativa
al fiero Enrique, y el honor abona
de aquel ejemplo de virtudes tantas
que pisa estrellas con doradas plantas.
Veinte veces el sol los paralelos
al celeste zafir corrió, y la tierra
vistió de flores y de helados hielos
desde que dieron a tan justa guerra
cruel principio tan injustos celos
de un ángel que en oculto mármol cierra
su indigno esposo, de quien hoy alcanza
su inocencia justísima venganza.
¡Angel muerto por mí, por mí culpado,
mira cómo te vengo del Rey fiero,
arrepentido de llegar turbado
al rostro de quien ya perdón espero!
Si entonces te ofendí, ya te he vengado,
con firme amor, que fué mi amor primero,
si no es que mientras tiene Enrique vida
estás de mis agravios ofendida.
Tú vives, que jamás tendré contento
ni mis armas descanso hasta vengarte.
Tu muerte agora, como entonces, siento;
tu imagen se me ofrece en cualquier parte.
Veinte años, con tan justo pensamiento,
de tierno amor me has convertido en Marte,
pues por vengarte a ti los he pasado,
Leonor divina, en la campaña armado.
No he querido casarme, ni he querido
descansar en mi tierra sola un hora
por ti, cuya memoria no ha perdido
mi alma ausente, que la tuya adora.
Leonor, si estás vengada, al cielo pido
que donde vives te acompañe agora,
que allá, pues no he podido merecerte,
aunque le pese al Rey, tengo de verte.

(Vase. LEONOR, *vestida de labradora, y* LISENO.)

LEONOR. ¿Que está cercada Belgrado?
LISENO. Ya el Rey de Polonia hubiera
la guerra, Leonor, dejado
como Arnaldo no le diera
favor veinte años airado.
LEONOR. ¡Qué! ¿Me persigue hasta aquí,
Liseno, el Conde alevoso?
LISENO. ¡Así lo agradeces!
LEONOR. Sí,
que en perseguir a mi esposo

también me persigue a mí.
¡No le quitaran la vida
cuando el Rey se lo mandó
a Roberto!

LISENO. Más servida
fuiste dél, pues que murió
por tu inocencia ofendida.

LEONOR. ¿Cómo el Rey se ha descuidado
tanto en defender su Estado?

LISENO. Porque está el cielo ofendido.
Seis batallas ha perdido
hasta cercarle en Belgrado.
Admírame tu paciencia.

LEONOR. Enséñame la prudencia
a esperar, Liseno, un día
en que, por más honra mía,
premie el cielo mi inocencia.
¿Cómo están mis hijos?

LISENO. Buenos,
y de mil deseos llenos
de saber si soy su padre.

LEONOR. ¿No se informan de su madre?

LISENO. De su madre tratan menos.
Yo, señora, los desvío
de esto lo mejor que puedo,
y así que estudien porfío,
que tengo notable miedo
a su generoso brío.
Con un ayo docto están
que les enseña y enfrena.

LEONOR. ¡Grande cuidado me dan!

LISENO. Y a mí me dan grande pena,
que tras las armas se van.
¿Cómo va de nuestra hacienda?
Que, después que mis Estados
tiene el Rey, no hay quien entien-[da
mejor labranza y ganados
que a tu cuidado encomienda
la común necesidad
de tus hijos y la mía. (1)

LEONOR. Ya, Liseno, la piedad
del cielo aumenta a porfía
esta pequeña heredad.
La suma de trigo ignoro,
y abundancia en el ganado
rojo y blanco es un tesoro;
blanco de lana, y dorado
de trigo en espigas de oro.
Así el ganado ha crecido,
que, blanco, grueso y lucido,
parece en la vega llana
un solo vellón de lana
sobre la hierba tendido.
Ya el trigo por los barbechos
tan alto se viene a atar,
que parece hasta los pechos
las casas de algún lugar
los haces puestos a trechos;
pues llegada la sazón
de la vendimia, no hay vasos
adonde quepa.

LISENO. En razón
de tu cuidado y tus pasos
crece esta vil posesión.
Mal digo, en virtud de ser
para tu sustento crece.

LEONOR. En mi largo padecer
solamente me entristece
ver estos reinos perder.

(LEONOR, LISENO y FILENO, *vestido de villano grosero.)*

FILENO. ¡Hermosa flema tenéis
y estáse el mundo abrasando!
¿No llega a vuestros oídos
la destruición de Belgrado?
¿No os avisan tristes ecos,
ya de las armas traslados,
ya de las voces llorosas,
fin de su postrer asalto?
¿No veis de esos altos montes,
cuyos soberbios peñascos
se visten de árboles vivos
que van huyendo del saco?
¿Es posible?...

LISENO. No prosigas,
sino recoge el ganado,
los demás el trigo encierren,
ya en los brutos, ya en los carros;
que, perdida la ciudad,
han de venir los soldados
a robar y destruír
los lugares comarcanos.

LEONOR. ¡Ay, Liseno! Aparte escucha.
Tu casa, que está en los campos,
márgenes de la ciudad
y destas montañas paso,
será la primera presa
del furor desatinado
de esa vitoriosa gente.
¡Ay, mis hijos!

LISENO. Habla paso,

(1) En el original, por descuido, se escribió "tuya" y no "mía".

no entienda este labrador
que tienes hijos.

LEONOR. ¿Qué aguardo,
que, como tigre, no voy
y los saco de los brazos
del cazador enemigo?

LISENO. Señora, tu amor alabo,
pero no tu sentimiento.
Mientras que voy a buscarlos
recoge esta pobre hacienda.

(Vase.)

LEONOR. (Pensé yo que mis trabajos,
furor de los hombres ciegos,
ira de los cielos altos,
hicieran fin, y hoy comienzan.)
¡Fileno!

FILENO. ¡Señora!

LEONOR. En tanto
que miro por nuestra hacienda,
con Silvio, Montano y Fabio,
recoge ganado y trigo.

FILENO. De todo pierde el cuidado,
que no quedará en las eras
antes de la noche un grano;
ganado mayor en monte,
ni tierno cordero en prado;
que aun quisiera de las fuentes
recoger los vidrios claros
por que no bebiera en ellas,
si beben agua, polacos.
Manda tú que los cochinos
no gruñan y que los gansos
no llamen, como otras veces,
con sus voces los soldados,
que todo estará seguro.
Pero, dime, Laura, ¿cuándo
será aquel dichoso día
que yo con el nuevo sayo,
y tú con la saya nueva,
juntos a la igresa vamos?

LEONOR. No es tiempo de tratar desto.

FILENO. ¿No me dijiste el disanto,
cuando saltaste ligera
el arroyuelo del prado
y te asieron unas zarzas
por besarte los zapatos,
que te desasiese de ellas,
y te dije suspirando:
"Así me agarras el alma
con tu cabello enzarzado"?

LEONOR. Déjame, necio, que estoy
muriendo.

FILENO. ¡Buenos estamos
los dos en esta ocasión:
tú muriendo y yo matado!
A la fe, pues, que ya el cura
sabe en las tirrias que ando
y que le he visto con ojos
que quiere matrimoñarnos.
A Liseno, tu señor,
hablé el otro día estando
tratando de sus dos hijos.
Respondió: "Fileno hermano,
sirve a Laura, que a Rabel
sirvió Labán dos mil años."
"Yo no entiendo la escretura
—respondí—, que sólo hablo
romance, y sé los amores
que hubo entre Chisme y Piramio
con el mal fin que salieron
por detenerse en casarlos."
También le dije la hestoria
de Duero, cuando Durango
murió pasado por agua
y en después tortilla entrambos.
Estuences dijo: "Fileno,
palabra os doy de casaros
al primer San Juan que venga."
Esto te dije en el campo
y que me admiraba mucho
que San Juan tardase tanto:
y tú, con rostro risueño,
respondiste en tono bajo:
"Habrále prendido Herodes."

LEONOR. Muchas veces he gustado
de tus locuras, Fileno,
por aliviar mis trabajos;
agora no sé qué tengo,
que de escucharte me canso.

FILENO. Nunca Dios te dé salud,
labradora de los diablos,
que a tal desesperación
me obrigas, que, maldigando
tu hermosura, querrá el cielo
vengarme de tus agravios.
¡Prega a Dios!... .

LEONOR. Déjame, necio,
que para cuidados altos
no son bajezas humildes.

(Vase.)

FILENO. ¡Prega a Dios que los soldados
te lleven presa a Polonia,
donde tengas tan ruin amo

como el que los dos tenemos,
pues no ha querido casarnos!

(Vase. El REY ENRIQUE *herido y con la espada desnuda.)*

REY. ¿Adónde habrá para mí
remedio, amparo y consuelo,
pues me le ha negado el suelo
después que al cielo ofendí?
¿Adónde voy por aquí,
si, en lugar de defenderme,
han de matarme o venderme?
¡Triste fin de tanta guerra,
pues apenas tengo tierra
adonde pueda esconderme!
¡Altas y desiertas peñas,
aquí dió fin tanto mal;
para sepulcro real
pirámides sois pequeñas!
¡Ah, tiempo! ¡Cómo me enseñas
que debajo de la luna
no hay cosa firme ninguna,
y que el más seguro estado
es como vuelta de dado
en manos de la fortuna!
¡Traidor Conde!, ¿qué locura
te mueve ya contra mí,
si dos ángeles por ti
cubre infame sepultura?
¡Oh, qué venganza tan dura!
¡Perder por tu loco amor,
no a Leonor, pues que Leonor
fué por tu engaño traidora,
sino mis reinos agora
y antes de agora mi honor!

*(*FABIO, FILENO *y* SILVIO, *labradores, con hondas.)*

FABIO. Aquél es; no hay que aguardar.
FILENO. ¡Muera!
SILVIO. Dispara, Fileno.
FILENO. Allá va un rayo con trueno.
REY. ¿Por qué me queréis matar?
Tened las armas, villanos.
Húngaro soy, ¿no me veis?
FILENO. Hablad, que si os detenéis,
somos tan prestos de manos,
que habíades de caer
como el gigante Golías.
REY. ¿Hay en estas caserías
donde me pueda esconder?
FILENO. Recogiendo en ella andamos
el ganado y trigo aprisa,
que la gente nos avisa
de la desdicha en que estamos.
Hablad con el dueño vos,
que tiene, aunque labradora,
valor para ser señora;
y con esto, adiós.
REY. Adiós.
SILVIO. Ya viene con el ganado
Lirano.
FABIO. Vamos a ver
adónde se ha de poner.
FILENO. ¿No pudiera este soldado
morir con su Rey allá,
pues era justa razón?
¿A qué viene el bellacón
que le escondamos acá?
¡Voto al sol, que estoy por dalle!
FABIO. Calla, que es bueno vivir.
FILENO. Estos son hablar y huír.
SILVIO. ¡Gallina con aquel talle!

(Vanse.)

REY. Murmurando están de mí.
Ahora bien, quiero llamar.
¡Ha, del casar! Que el casar
fué por quien yo me perdí.

*(*LEONOR *con un venablo.)*

LEONOR. ¿Quién llama? Teneos, soldado,
que no habéis de entrar aquí.
REY. Húngaro soy.
LEONOR. Eso sí.
¿Es verdad que entró en Belgrado
Federico?
REY. El traidor Conde
le ha hecho ya Rey de Hungría.
LEONOR. ¡Triste nueva! ¡Ay, patria mía!
¿Murió el Rey?
REY. No saben dónde,
fugitivo o escondido,
de sus manos se libró.
LEONOR. ¿Qué? ¿Dél no se sabe?
REY. No.
LEONOR. ¡Ay, cielos!
REY. Yo vengo herido
y soy hombre principal.
Llégate cerca y segura.
LEONOR. Vuestra lengua me asegura
y me pesa vuestro mal.
REY. ¿Cúya es esta casa?
LEONOR. Aquí
tiene su hacienda un hidalgo.
REY. ¿Eres su mujer?
LEONOR. No valgo

para suya, aunque lo fuí
de cierto hombre de valor.

REY. Pues ¿quién eres?

LEONOR. Su parienta,
que aquí vivo y tengo cuenta
de su cosecha y labor.

REY. Luego ¿él está en la ciudad?

LEONOR. Lo más del año.

REY. ¿Qué miras?

LEONOR. Miro que de ver te admiras
mi persona.

REY. Así es verdad,
pues renovando mi injuria
mucho a una muerta pareces.

LEONOR. Y tú de un vivo me ofreces
presente el rostro y la furia.

REY. Yo, si la muerta que digo
no hubiera visto enterrar,
bien me atreviera a jurar
que estaba hablando conmigo.

LEONOR. Y yo que un retrato igual
miro en tu rostro también
de un hombre que quise bien
y que me pagó muy mal.

REY. ¿Vive?

LEONOR. Pienso yo que sí.

REY. ¡Oh, cuánto engaña el deseo!

LEONOR. Ha mucho que no le veo,
poco después que te vi.

REY. ¿Qué? ¿Te he parecido a quien
has querido bien?

LEONOR. Y tanto,
que de que seáis me espanto
su talle y hombre de bien.

REY. Luego ¿el hombre no lo era
a quien amabas?

LEONOR. No sé;
sé que pagó mal mi fe
y que el castigo le espera.

REY. Pues la mujer que yo digo
fué tan mala para mí,
que, fuera del que le di,
ya tendrá mayor castigo.

LEONOR. ¿Qué os hizo?

REY. Manchó mi honor.

LEONOR. Sería engaño.

REY. Yo lo vi.

LEONOR. Necios celos.

REY. ¿Celos?

LEONOR. Sí,
que son más ciegos que amor.

REY. Yo vi por desabrazarse
la mano a su cuello asirse.

LEONOR. Deso pudiera inferirse
defenderse, y no culparse.

REY. ¿Qué? ¿No la abrazaba?

LEONOR. No.
Los celos en la conquista
de amor son cortos de vista.

REY. ¿Yo no lo vi?

LEONOR. (También yo.)

REY. Murió, en fin.

LEONOR. ¡Qué sinrazón!

REY. Quitóme el cielo la espada,
y como estaba preñada,
dió a un parto la ejecución.
Parió dos áspides fieros
la víbora.

LEONOR. ¿Vivos?

REY. Sí,
más para vengarme a mí
que para ser herederos.

LEONOR. ¿Matástelos?

REY. Al instante.

LEONOR. ¡Válame Dios!

REY. ¿Qué te espanta?

LEONOR. Tanta crueldad.

REY. Honra tanta,
no es mucho que no te espante,
que eres, al fin, labradora.

LEONOR. Sí, mas soy mujer de bien
y quiero volver también
por las que lo son agora...

REY. ¿Qué es aquesto?

LEONOR. Voces dan,

(Voces dentro.)

REY. Solos dos son.

LEONOR. ¿Qué has de hacer?

REY. Fiarme de una mujer,
pues que ya tan cerca están;
que es lo más a que ha llegado
mi fortuna, pues seré,
si tú no me guardas fe,
segunda vez engañado;
porque el haber parecido
a aquella ingrata mujer
debe de ser para ser
injustamente vendido.

LEONOR. Antes sospecho, por Dios,
que pues sois vivo retrato
de aquel cruel cuanto ingrato,
yo me guardaré de vos.
Id con Dios, que os miro en él
tan vivo, que os tiemblo aquí;
que en no fiaros de mí

conozco que sois como él.
Y aunque no sé, la verdad,
si parezco a esa mujer,
dos veces quisiera ser
quien os guardara lealtad.
Pero no quiero incitaros
con el pasado temor,
porque me estará mejor
guardarme que no guardaros.
Adiós, adiós.

REY. Oye, espera;
que es crueldad.

LEONOR. ¿Crueldad?

REY. Defiende
mi vida.

LEONOR. Como os ofende
parecerme a la primera,
a la fe que estoy dudosa;
pero venid, que yo sé
que os guardo la misma fe
que si fuera vuestra esposa.
Mudaros quiero el vestido.
¡Quién pudiera el corazón!

REY. De mi pasada afición
has despertado el olvido:
que la tuve tanto amor,
que sospecho que engañado
del mismo amor he pensado
que pudo ofender mi honor.
Comoquiera que ello sea,
el verte me ha dado vida,
pues no he sentido la herida.

LEONOR. (¡Cielos! ¿Quién habrá que crea
que tengo este ingrato aquí?)

REY. ¿Cómo te llamas?

LEONOR. Yo, Laura.

REY. Pues, Laura hermosa, restaura
dos vidas que miro en ti.

LEONOR. Y vos ¿qué nombre tenéis?

REY. Yo, Celio.

LEONOR. El nombre os ha dado
la condición; en cuidado
mi memoria puesto habéis.
(Vengándome van los cielos.)

REY. (Hoy vive mi muerto amor.)

LEONOR. (¡Ay, Rey cruel!)

REY. *(Aparte.)* (¡Ay, Leonor!)

LEONOR. ¿Qué decís?

REY. Que aún tengo celos.

(Vanse. LISENO *y* LUDOVICO.)

LISENO.

Para mayor dolor me guarda el cielo
si he de perder los hijos de mis ojos.

LUDOVICO.

No te cause su ausencia desconsuelo;
templa, señor, los ásperos enojos.

LISENO.

Ya de mi corta vida el fin recelo;
serán del fiero bárbaro despojos.

LUDOVICO.

Oye, por Dios, pues en tu bien resulta.

LISENO.

¿De qué sirvió tener su vida oculta?

LUDOVICO.

Estudiaban los dos mañana y tarde
la griega lengua y la romana juntos;
pero la sangre que en sus venas arde
y el ser los dos de tu valor trasuntos,
ya con los ecos del flamenco alarde,
ya con las nuevas que esparció por puntos
la fama de que el reino se perdía,
las letras por las armas suspendía.

Dejan los libros, como entonces vanos,
aunque de algunos el ejemplo imitan,
y las espadas negras en las manos
para tomar las blancas se ejercitan,
y juntos con valor, en sangre hermanos,
a dos arneses las cubiertas quitan,
rompiendo tu recámara, y vestidos
resplandecen armados, y atrevidos.

Pónense en dos caballos alazanes,
también hermanos, que domaste agora,
y a la campaña salen más galanes
que el mismo sol que los arneses dora,
y entre los ya vencidos capitanes
que a la flamenca injuria vencedora
daban espaldas, altas las celadas,
dicen ansí, vibrando las espadas:

"¿De quién huís, soldados valerosos,
a quien jamás vencieron los romanos?
Volved, volved los pechos generosos;
no las espaldas, no, como villanos."
Vuelve la gente, y viendo los briosos
mancebos con las armas en las manos,
se van juntando a lo que van diciendo,
las fugitivas plantas deteniendo.

Diez a diez, veinte a veinte, ciento a ciento,
tal escuadrón se junta a los dos mozos,
que por el campo vencedor contento
rompen, haciendo muertes y destrozos.
Yo, con alegres lágrimas, atento,
que enternecen también los grandes gozos,
los sigo hasta que al fin de la conquista
los pierdo, no del alma, de la vista.

Vuelvo a tu casa y a tus hijas bellas
cuento de sus hermanos las hazañas;
huélganse entrambas, y a avisarte dellas
dicen que parta luego a las montañas;
pero no hallando tu persona en ellas,
vuelvo donde te quejas y te engañas;
pues hoy el cielo de tus hijos fía
con tal valor la libertad de Hungría.

LISENO.

¡Ay, cielos! No es posible que pudiera
la sola inclinación con ellos tanto.
Mas ¿qué secreta causa los altera?

LUDOVICO.

¿Lo que te ha de alegrar te mueve a espanto?
Señor, que son tus hijos considera
y no te mueva su valor a espanto.
Déjalos restaurar la patria.

LISENO.

Temo
la envidia y fin de Rómulo y de Remo.

(Dentro ENRIQUE, *y tocan cajas.)*

ENRIQUE. ¡Aquí, valerosa gente!
¡Aquí, aquí, ganemos fama;
o vencer o morir juntos
en defensa de la patria!
LISENO. ¡Ay de mí! Su voz conozco.
ALBERTO. ¡Mirad que en vuestras espadas
consiste su libertad!
LISENO. ¿Quién os dió empresa tan alta,
valerosos caballeros?
¡Ay, Dios! Parlera es el alma:
no sabe guardar secreto.
Algo os ha dicho, sin falta,
al oído, de la honra
y a las puertas de la fama.
Yo moriré con vosotros
si es la fortuna contraria.
¡Animo, ilustres mancebos,
que defendéis vuestra causa!

(Sacan las espadas y se entran. Tocan cajas y salen el CONDE *y* FEDERICO, *con* SOLDADOS, *huyendo de* ALBERTO *y* ENRIQUE *y los suyos.)*

(FEDERICO, *el* CONDE, ENRIQUE *y* ALBERTO.)

FEDERICO. ¡Deteneos, mancebos fuertes!
ARNALDO. ¡Deteneos, tened las armas!
ENRIQUE. ¿Quién sois, que nos detenéis
al furor de ejercitarlas?
FEDERICO. Suspended los rayos vivos
de las sangrientas espadas.
ALBERTO. Como nos rindáis las vuestras,
vueltas de espadas, espaldas,
que si no decís quién sois
aquí dejaréis las almas.
FEDERICO. Tened, yo soy Federico;
Rey de Polonia me llaman.
ARNALDO. Yo, Arnaldo, conde de Flandes.
ENRIQUE. Pues ¿cómo puede esta causa
verse mejor, que hoy la escucha
el tribunal de las armas?
FEDERICO. Yo conquisté estos dos reinos
por mi esposa y por mi hermana:
a Bohemia por Hungría
y el de Hungría por venganza
de la difunta Leonor,
para volver por su fama.
Por celos del conde Arnaldo
la mató Enrique.
ALBERTO. No basta
para tus intentos, Rey.
FEDERICO. ¿Cómo no, si a mí me llama
la sucesión?
ARNALDO. Dice bien
Federico, pues que falta
que dos hijos de Leonor,
que justamente heredaban
mató con crueldad Enrique.
Si es muerto, viva la patria.
FEDERICO. Si sois nobles, hijas tengo,
hijas de su propia hermana,
yo os las daré; detened
la furia que se levanta
sólo con el nombre vuestro.
ALBERTO. ¡Vil partido!
ENRIQUE. ¡Infame traza!
ALBERTO. Morirán, hermano.
ENRIQUE. ¡Mueran!
FEDERICO. Mancebos, mirad que os habla
vuestro Rey; decid quién sois,
qué sangre y qué nombre os llaman.
ENRIQUE. Liseno, un gran caballero
que el Rey sin razón infama,
nos tiene a los dos por hijos
y sustenta en pobre casa;
y aunque es su enemigo el Rey,
en las cosas de importancia
yo sé que ha sido el primero
que pone mano a la espada.
Enrique es Rey. ¡Viva el Rey!
Muerto o fugitivo, salgan
de Hungría sus enemigos;
dejen las banderas y armas.
FEDERICO. Desatinados mancebos
a quien ese loco engaña,

veinte años ha que esta empresa
me cuesta veinte mil almas.
Lo que no ha podido el mundo
no lo podrán dos espadas.

ENRIQUE. ¡Muera Federico!
TODOS. ¡Muera!
FEDERICO. ¡Viva la justa venganza!

ACTO TERCERO

PERSONAS DEL ACTO TERCERO

REY DE HUNGRÍA.	LISENO.
El de POLONIA.	ALEJANDRO.
El CONDE ARNALDO.	TEBANO.
ENRIQUE.	RICARDO, *Soldados.*
ANGELA.	FLORO, *Soldados.*
BELISA.	LUCINDO, *Soldados.*
FILENO.	FENISO, *Soldados.*
SILVIO.	FABIO.
ALBERTO.	LUDOVICO. (1)

(RICARDO, FLORO, LUCINDO, *soldados.*)

RICARDO. Rompe, derriba, no quede
piedra sobre piedra.
FLORO. Entiendo
que se han ido al monte huyendo.
LUCINDO. Ricardo, ninguno puede,
que se cercó de soldados
desde que el alba salió.
RICARDO. La gente, sin duda, huyó
y aquí dejó los ganados
por que se escuchen las voces:
dales fuego y ardan luego
las puertas.
LUCINDO. Ya pongo fuego.

(FILENO *en lo alto, y dichos.*)

FILENO. Soldados, menos feroces.
Mirad que es de un caballero
principal esta heredad.
RICARDO. Pues por esa calidad
abrasar las puertas quiero.
FILENO. Pues a fe que si llegáis
que os habéis de arrepentir.
FLORO. ¿Esto podemos sufrir?
FILENO. ¿Digo yo que lo sufráis?
RICARDO. Abre, villano importuno
antes que fuego pongamos,
y advierte que no buscamos
trigo ni sustento alguno.
FILENO. Pues ¿qué buscáis?
LUCINDO. Sólo el Rey.
FILENO. ¡El Rey!
FLORO. Abre, que aquí está.

(1) Interviene además LEONOR, *reina.*

FILENO. ¿Qué había de hacer acá
entre una mula y un buey?
Buscáisle con villancico
de la Nochebuena, hermano.
RICARDO. No será sino villano.
Ponle fuego.
LUCINDO. Ya le aplico.
FILENO. Esperad, que yo abriré
si sólo ese Rey buscáis.
FLORO. Pues, baja.
FILENO. No le pongáis.
FLORO. Si bajas, no le pondré.
RICARDO. La resistencia me ha dado
sospecha.
LUCINDO. Y a mí también.

(*El* REY *y la* REINA LEONOR, *de labradores;* SILVIO, FILENO *y* FABIO *y dichos.*)

LEONOR. Entren, si es gente de bien.
REY. ¡Ay del trigo y del ganado!
FILENO. Ya tenéis la puerta abierta,
¿Qué buscáis? ¿Qué nos queréis?
RICARDO. Saber por qué defendéis
de nuestras armas la puerta.
REY. Soldados, por el temor
de la hacienda, que nos cuesta,
hasta verla en trojas puesta,
mucho trabajo y sudor.
Los pollos que hemos criado,
los gansos y los cochinos,
ganados, trigos y vinos
al calor y al tiempo helado,
no es mucho que defendamos,
que, con las manos lavadas,
lo llevéis, cuando acabadas
las cosechas descansamos.
Mas si también es razón
que coma el soldado honrado,
entrad, tomad del ganado,
vino y pan con discreción,
que los que no la tenéis
tan arrogantes venís,
que es más lo que destruís
que no aquello que coméis.
Entrad, comed, que ya sé
que han de comer los soldados.
RICARDO. Labradores engañados,
sabed que la causa fué
de nuestra venida aquí
el buscar al Rey de Hungría,
que por estas serranías
huyendo vino.
LEONOR. ¡El Rey!

RICARDO. Sí.
LEONOR. ¿Y entre rústicos pastores
de este monte está escondido?
REY. Yo apostaré que el ruído
de trompetas y atambores
que ayer se oyó en este valle
era la entrada del Conde
de Flandes.
LEONOR. ¿El Rey se esconde
y acá vienen a buscalle?
¿El Rey en mueso cortijo?
REY. Sí, que dicen que se huyó
y por acá se escondió.
LEONOR. Pues ¿quién diabros se lo dijo?
REY. ¡Yo que sé!
LEONOR. Pues entren dentro,
que a fe que no le han de hallar,
que en otra parte ha de estar.
(Que es su verdadero centro.) (*Ap.*)
FLORO. Entra, Ricardo.
RICARDO. Yo entiendo
que venimos engañados.

(*Entran en la casa los* SOLDADOS.)

FILENO. Oyen, señores soldados,
la olla les encomiendo.
Háseme puesto en la cholla,
según son de buena ley,
que no han de topar al Rey
y que han de topar la olla.
¿Quieres que suelte un mastín?
FABIO. A tal gente no conviene.
FILENO. Gente que por ollas viene
¡por Dios! que es gente ruín.
¿Si habrán topado el tocino
que trae por vieja herencia
con los garbanzos pendencia?
SILVIO. ¡Oh! ¡Si se hartasen de vino
para molellos a palos!
FABIO. Pues no dudes que lo harán,
que por vino dejarán
todos los demás regalos.
FILENO. Pues beban de buen gobierno,
que si duermen a pracer,
a fe que habemos de ser
Busiles y Polifierno.
REY. Laura, yo me he confiado
de ti.
LEONOR. Más os quiero agora.
REY. Mucho te debe, señora,
este reino desdichado,
pues guardándome les das
su Rey.
LEONOR. No tengáis temor
y estad cierto de mi amor,
que no os faltaré jamás.
REY. El que te he cobrado a ti
pagas con justa razón.
LEONOR. Mirándoos con atención
vengo a estar fuera de mí.
¡Qué! ¿Sois el Rey?
REY. Habla paso.
LEONOR. ¡Qué gran deseo tenía
de ver un rey!
REY. El de Hungría
miras por tan triste caso;
pero será por tu bien.
LEONOR. Así lo tengo entendido,
pues a estado habéis venido
donde mis ojos os ven.
FABIO. Buenos andan los amores
de Laura y del forastero.
FILENO. De amor y de celos muero,
y entre sus fieros rigores,
si éste se come la polla
y la olla los soldados,
vienen a darme cuidados
celos, amor y la olla.
SILVIO. ¿Cuál es mayor sacrificio?
FILENO. Mucho diz que puede amor;
mas una olla es rigor
para perder el juïcio.
Cuando ella esparciendo viene
el vapor que al aire sube,
es comer en una nube;
con que algo de gloria tiene.
FABIO. ¿Celos? ¿Quién podrá sufrillos?
FILENO. Y ¿quién, si come con gana,
ver la cecina de grana
y los nabos amarillos,
entre la col y cebolla,
salen con tal parecer
que hay nabo que puede ser
el preste Juan de la olla?

(*Dichos y los* SOLDADOS *salen de la casa.*)

FLORO. Agora veréis quién son
los que en vuestra casa entraron.
REY. Díganme, señor, ¿no hallaron
al Rey?
RICARDO. ¡Qué gentil razón!
REY. Pues en verdad que sospecho
que cerca dél han estado.
LUCINDO. ¿Quién es?
REY. Yo, que en este prado
por dos veces rey me han hecho.

LUCINDO. De burlas.
REY. A ser de veras,
no hubiera perdido el ser,
que ser que se ha de perder
no es ser para ser de veras.

(Dichos y FENISO, *soldado.)*

FENISO. En vuestra busca he venido,
más por discurso que señas.
Bien os podéis retirar;
dejad montañas y selvas,
que la mudable fortuna
de manera dió la vuelta,
que si Arnaldo y Federico
ayer los señores eran
deste reino, hoy esclavos
de dos mancebos que reinan
sin tener sangre de Enrique,
cuyo valor y elocuencia
así movió los rendidos
a desesperada guerra,
que, con valientes hazañas,
a Belgrado recuperan,
y al Rey y al Conde cautivan,
que presos o muertos quedan.
RICARDO. ¡Oh, fortuna! Al fin mujer.
FENISO. Vamos, Floro, antes que vengan
victoriosos y soberbios.
FLORO. Echad por aquestas peñas.
FILENO. Fabio, juntemos pastores
y demos tras ellos.
FABIO. ¡Mueran!
FILENO. Pagarme tienen la olla.
SILVIO. ¡Aquí hondas!
FILENO. ¡Aquí piedras!

(Vanse los SOLDADOS *y detrás los* LABRADORES *tirándoles piedras.)*

LEONOR. ¿Qué os parece, gran señor?
REY. Que apenas en tantas penas,
Laura, se me alegra el alma.
LEONOR. ¿Por qué, señor, no se alegra?
REY. Porque hay dos reyes tiranos.
¡Ah, Dios! ¡Si agora vivieran
mis dos hijos!
LEONOR. A la fe,
que nadie se os atreviera.
REY. ¡Matélos injustamente!
¡Dios me castiga!
LEONOR. No sienta
vuestra majestad, señor,
desa manera sus penas.
REY. Pues ¿qué haré?
LEONOR. Que en ese traje
secreto a Belgrado vuelva,
y quién son estos dos mozos
de alguna persona entienda,
y vea si puede hablarlos.
REY. Si tú conmigo vinieras,
de tu grande entendimiento,
de tu valor y prudencia
confiara mi fortuna.
LEONOR. Téngoos amor de manera
que quiero, mudando el traje,
sin que mi dueño lo sepa,
irme con vos a Belgrado.
REY. ¡Quién pudiera hacerte reina!
LEONOR. No os dé pena, que ha veinte años
que lo soy en esta aldea.

(Vanse. LUDOVICO, FABRICIO, FENISO *y* LISENO.)

FABIO.

¡Viva el famoso Alberto! ¡Viva Enrique,
y muera el que dijera lo contrario!

LISENO.

Señores, no intentéis que se publique
sin el advertimiento necesario.

FENISO.

Si es menester que el reino testifique
que es muerto el Rey entre el confuso y vario
ejército de gente que va huyendo,
hartos testigos hay.

LISENO.

Eso pretendo...
Que como se averigüe justamente
y venga relación de las montañas,
yo mismo quiero coronar su frente
de adorado laurel por sus hazañas.

FABIO.

¿Qué hiciera, húngaros, más bárbara gente
del orbe por las márgenes extrañas?
¿Qué hacéis, ingratos, este alegre día
a quien os dió la libertad de Hungría?
Mirad que no tenéis mayor amparo,
y que si le perdéis, el enemigo
os volverá a rendir, y está muy claro
que del cielo será justo castigo.

LISENO.

¿Queréis saber en lo que yo reparo?

FABIO.

No hay en qué reparar, Liseno amigo.

LISENO.

En que es vivir en diferentes leyes
querer tener un reino con dos reyes.

FABIO.

¿Roma no tuvo a Tito y Vespasiano?
¿Oriente al gran Constancio y Constantino,
sin otros mil el griego y el romano?

LISENO.

Pues que abráis esas puertas determino,
que en esta cuadra, el uno y otro hermano,
tratan cuál de los dos será más digno.
Abrid, y entrambos vuestros reyes sean
si, como lo merecen, lo desean.

(Abren las puertas y se ven debajo de un dosel ALBERTO *y* ENRIQUE, *asidos de una corona.)*

ALBERTO. Póntela tú si la quieres.
ENRIQUE. Pártela ya, no seas loco.
ALBERTO. Tú solo, Enrique, lo eres.
Para mí la media es poco.
ENRIQUE. ¿Luego tú a mí me prefieres?
ALBERTO. No digo tal; pero quiero
que te la pongas tú solo
porque, a fe de caballero,
que a ser la misma de Apolo,
quitársela a Apolo espero.
ENRIQUE. ¿Luego mejor de mi frente
la quitarás?
ALBERTO. Yo no digo
que no eres digno.
ENRIQUE. ¡Insolente!
¿Tú conmigo?
ALBERTO. Si contigo
no fuera...
ENRIQUE. Suelta y detente.
¿De César no se decía
que con Júpiter tenía
partido el Imperio?
ALBERTO. Sí.
ENRIQUE. Pues ¿qué te debo yo a ti?
¿Esa tu sangre no es mía?
¿Has hecho más en la empresa?
ALBERTO. ¡Vive el cielo! que me pesa
de que tan poco haya sido.
Júpiter es dios fingido
y César conmigo cesa.
ENRIQUE. Cástor y Pólux partieron
el cielo.
ALBERTO. Allá no hay envidia,
por eso le dividieron.
Mira tú, los que Numidia,
con igual poder vencieron;
mira a Rómulo y a Remo,
que ese mismo injusto fin
del uno de los dos temo,
o mira a Abel y Caín,
de bien y de mal extremo.
ENRIQUE. ¿Querrás escoger a Abel?
Pero, naciendo igualmente,
¿cómo quieres ser como él?
ALBERTO. Nací primero.
ENRIQUE. Quien miente
ya no tiene parte en él.
ALBERTO. ¡Vive Dios, que si no fuera
por parecerme a Caín,
que aquí mil muertes te diera!
ENRIQUE. Yo soy mayorazgo, en fin.
Mía es la corona entera.
ALBERTO. ¡Qué mayorazgo, si apenas
sabes el que te engendró!
¡Ni aquí, ni en tierras ajenas!
LISENO. ¿Veis, ciudadanos, que yo
vi la mar en las arenas?
¿No miráis que sólo un día
la corona y monarquía
no han podido sustentar?
¿Cómo ignoráis que el reinar
nunca sufrió compañía?
Dejadme llegar, que intentan
matarse.
FENISO. El valor afrentan.
LISENO. ¡Hijos!
ENRIQUE. ¿Quién es?
LISENO. ¿Esto es justo?
Mas ¿cuándo faltó disgusto
donde los padres se ausentan?
Soltad la corona luego.
ALBERTO. Pues tenla tú en confianza.
ENRIQUE. Tenla ¡oh, padre! mientras llego
a consultar mi esperanza
y pongo a este Imperio fuego.
Porque si llego a saber
quién soy, aunque el mismo ser
tenga Alberto ¡vive Dios!,
que no ha de ser de los dos
ni ha de partirse el poder.
LISENO. Oye, espera. ¿Dónde vas?
ENRIQUE. A saber quién soy.
LISENO. Espera,
y aquí de mí lo sabrás.
ENRIQUE. Dilo como yo prefiera.
ALBERTO. Dilo como yo sea más.
LISENO. Oíd, ilustres mancebos,
y tú, generosa Patria,
al más leal caballero
que tuvo en el mundo fama.
Casó con el rey Enrique
de Hungría y de Transilvania
madama Leonor, que fué
Porcia, Artemisa y Evandra.

Celos del Conde de Flandes
le obligaron a matarla,
tan injustos como necios,
si amor no diera la causa.
Un desmayo, un parto, un hora
anticipóse a la espada,
y en medio de los dolores
un niño la mano saca.
Atanle en ella una cinta
de un mártir reliquia santa;
vuelve a esconderse, saliendo
otro después con mil ansias.
De suerte que el de la cinta
recibe primero el agua;
pero sale todo el otro
antes que el primero salga.
Mandólos matar el Rey;
mas, como el cielo los guarda,
son los dos que están presentes
y que hoy litigan su causa.
No diré cuál fué el primero
si con mil muertes me matan,
porque con igual amor
tengo iguales esperanzas.
No penséis que son mis hijos
y que Liseno os engaña
por ponerlos en el reino
contra la lealtad jurada,
porque yo tengo dos hijas,
que son Belisa y Lisarda,
y las casaré con ellos,
si ellos y el reino se agradan
de que este premio merezcan
cuidados y penas tantas.
Después os diré también
otro secreto que falta,
después que cierta persona
os traiga de las montañas,
que no ha de ser para Hungría,
que sé que la adora y ama,
menos dicha que tener
rey de su sangre en su patria.
Nombrad juëces que digan
con informaciones largas
quién reinará de los dos
en Hungría y Transilvania,
que yo los quiero igualmente
y me eximo de la causa;
porque es, partirles el reino,
partirme primero el alma.

FENISO. ¡Notable y raro suceso!
LUCINDO. ¡Prodigiosa historia!
FABIO. ¡Extraña!
ENRIQUE. Conocí mis pensamientos
en mis propias esperanzas.
ALBERTO. No fuera quien fuera menos
digno de empresa tan alta.
Vosotros seréis juëces.
LUDOVICO. Yo entiendo de hojas de espadas,
no sé de las de los libros.
ALEJANDR. Y yo, con desconfianza,
justa, lo remito a otro.
FABIO. Pues, Enrique, donde callan
Alejandro y Ludovico,
¿por qué ha de hablar mi ignorancia?
ENRIQUE. Liseno amigo, pues ya
nuestro padre no te llamas,
este pleito es muy confuso,
ya la dilación me cansa.
Ya sabes que aborrecí
las letras; no quiero nada
por Bártulos y Jasones
por informaciones largas;
no quiero leyes ni glosas
por las márgenes notadas.
Si a mi hermano le parece
remitámoslo a las armas.
ALBERTO. ¿Podrás pelear conmigo?
ENRIQUE. ¡Oh, qué graciosa arrogancia!
Podré quitarte más vidas
que tú decirme palabras.
LISENO. Eso no, que aún sois mis hijos;
las armas son excusadas;
dejad pelear las letras
con escudos de hojas blancas.
ENRIQUE. Por su mano yo no quiero
ser rey del mundo, que alargan
un mayorazgo mil vidas.
¡Oh, letras, siempre cansadas!
¡Pleitos, ciego laberinto,
noria en que sus dueños andan
un mismo camino siempre
sin saber el fin que aguardan!
¡Ambición de los sentidos
y cebo de la esperanza!
¡Solicitud de la honra
y menosprecio del alma,
donde, para un mismo caso,
hay tantas cosas contrarias;
que el que hoy defiende una cosa
pueda ofenderla mañana!
No quiero el mundo por pleitos.
Hombre soy y ciño espada;
ésta es pluma para mí,
y el proceso, la campaña.
ALBERTO. A tanta soberbia, Enrique,

con que las letras infamas,
que son luz de la justicia,
que la verdad siempre ampara,
depósito de las leyes
y las leyes vida y alma
de la razón, no hay razones
con que responder a tantas,
sino decirte que espero
en el campo.

LISENO. Alberto, aguarda.
Tente, Enrique; Enrique, tente.
Presto la obediencia os falta.
Mirad que soy el que digo
quien sois.

ENRIQUE. Un testigo falta.

LISENO. No hace fe, y diré que miente
si no respetáis mis canas.

ALBERTO. ¿Qué quieres?

LISENO. Daros un medio
que os componga sin las armas.

ENRIQUE. ¿Cómo?

LISENO. Cerremos las puertas
de Belgrado hasta mañana.
A la mayor vamos juntos,
luego que amanezca el alba,
y el primero que por ellas
éntre luego que se abran,
o caballero o plebeyo,
ése decida la causa.

ALBERTO. Bien dice.

ENRIQUE. Dice muy bien.
Vamos juntos a cerrarla
para que ninguno éntre
ni a dar el aviso salga.

ALBERTO. (¡Fortuna, yo soy Alberto!
O me corona, o me mata,
que, por reinar más a solas,
me pesa ser cuerpo y alma.)

ENRIQUE. (¡Yo soy Enrique, Fortuna!
César o nada me llama;
mira que reinar dos juntos
es [ser] César y ser nada.)

(El REY *y los* LABRADORES *y la* REINA LEONOR, *en hábito de villano.)*

REY. ¿No bastábamos los dos?

LEONOR. Si a quien decís parecí,
no os espantéis que haya en mí
temor de venir con vos,
fuera de venir conmigo
por los soldados también.

REY. Por el peligro, fué bien
que venga gente contigo.

LEONOR. Andan esos campos llenos
de enemigos.

REY. Poca fe
tienes conmigo.

LEONOR. Yo sé
que ha sido la vuestra menos.

REY. Mal pagas, Laura, quererte
tanto, con esos recelos.

LEONOR. Soy enemigo de celos.

REY. Fué justísima la muerte
de aquella ingrata.

LEONOR. No fué,
con tan falsa información.
Celos los testigos son
y los celos no hacen fe.

REY. ¡Cómo me traes persuadido,
Laura, a que he sido engañado!
De todo el rigor pasado
traigo el pecho arrepentido.
Pareces, en tus razones,
mujer de otra calidad.

LEONOR. Mueve siempre la verdad
los más duros corazones.

REY Paga, a lo menos, mi amor,
a solo tu bien dispuesto,
con creer que ya te he puesto
adonde tuve a Leonor.

LEONOR. Si vos allí me ponéis
¡oh, qué mal mi amor pagáis!
pues mientras más me queráis
más presto me mataréis.
A cierto animal retrata
vuestro amor, y aun le prefiere,
que tanto a sus hijos quiere
que de abrazallos los mata.

REY. Tú verás que yo te adoro.

LEONOR. A la fe que me engañáis.
¿De sayales antojáis
enseñado a telas de oro?
Mirad que yo os quiero bien
y que no os merezco engaños.

REY. ¡Ay, Leonor! ¡Ay, desengaños!

LEONOR. Laura soy. Leonor también.

FILENO. El diablo me trujo aquí.

FABIO. ¿De qué estás ansí, Fileno?

FILENO. ¿Paréceos que esto es bueno
para Laura y para mí?
Está loca.

FABIO. Puede ser.

FILENO. ¡Por la tribuna de Dios,
que están hablando los dos
como marido y mujer!

FABIO. Desviémonos acá
y murmuraremos menos,

que Laura es de padres buenos,
y por ventura será
lo que tratan casamiento.

FILENO. Eso ¿cómo puede ser
siendo Laura mi mujer?

SILVIO. ¿Tu mujer? Calla, jumento,
que es digna de un gran señor.

FILENO. Grande por grande, si fuera
señor quien la mereciera,
por grande como mi amor.

REY. ¿Puedo, Laura, merecer
tu mano?

LEONOR. En hábito estoy
que de amistad te la doy
como hombre, que soy mujer.

FILENO. Diablos son los de palacio.
¿Tomóle la mano?

FABIO. Sí.

FILENO. ¡Que nunca a tal me atreví,
y tiniendo tanto espacio!

FABIO. Necio anduviste, a la fe,
si amaste y viste ocasión.

FILENO. De la fábula de Antón,
viendo a Laura, me acordé.
Cuenta Ovillo que Triana
se estaba bañando un día,
que, aunque era diosa, tenía
cierta comezón humana,
y que este príncipe Antón
la vió desnuda en el baño,
y que le dijo: "Picaño,
pagaréis la presunción",
y que le volvió venado.
Lo mismo en Laura temí,
que una mañana la vi
en el arroyo del prado.
¡Mirad lo que pareciera
Fileno en esta ocasión
vuelto cabrito o lechón
si Laura me convirtiera!

FABIO. Pues ¿ella tiene poder?

FILENO. ¡Y cómo si le ha tenido!
¿No veis que se ha convertido
en hombre siendo mujer?

REY. Este es Belgrado.

LEONOR. ¿Qué es esto?
¿La puerta al alba cerrada?

REY. Aún no está bien declarada,
ni el rostro hermoso compuesto
de jazmines y de rosas.

LEONOR. Poco debe de faltar
a la noche para dar
fin sus sombras temerosas.

REY. (¿Cómo, puerta, a tu señor
te cierras?)

LEONOR. (¡Puerta, yo fuí
la misma que entró por ti
con tanta pompa y honor!)

FILENO. Advierte, Laura, el ruído
del muro.

REY. Serán las velas,
o hay traición.

(El CONDE *y el* REY *en el muro.)*

FEDERICO. ¿Qué te recelas?
Todo el campo está dormido.
Echa la cuerda y bajemos.

REY. Dos hombres bajan.

LEONOR. ¡Traición!

REY. Llegad, que extranjeros son.

CONDE. En las guardas dado habemos.

REY. ¿Quién va?

FEDERICO. No hay que recelar.
Dos hombres.

REY. ¿Qué armas?

CONDE. Desdichas.

REY. Rindan las armas.

FEDERICO. No hay armas,
que un hidalgo nos tenía
presos, y la libertad
ya sabéis a lo que obliga.

REY. ¿Quién sois?

CONDE. Dos nobles soldados,
que os compraremos las vidas
con la talla que pidáis,
puesto que fuese excesiva.
Pero vosotros, ¿quién sois?

REY. Gente pobre conducida
de estas vecinas aldeas,
plantas de esta sierra altiva,
para guardar este muro.

FEDERICO. Pues vuestros deseos pidan
cuanta plata imaginéis.

LEONOR. Aquí hay una casería
donde los podéis llevar.
En ella pienso que habita
Liseno, un gran caballero,
que tiene dos bellas hijas;
y aunque en desgracia del Rey,
no está falto de familia,
con cuyo favor también
sabréis quién son, dónde huían
y quién los tenía presos,
que pienso, y no con malicia,
que son hombres que te importan.

REY. Caballeros, yo quería

medrar, si os digo verdad,
con esta nueva milicia,
con que volverme a mi aldea.
Con estas güertas confina
una casa de un hidalgo;
en ella, saliendo el día,
os daremos libertad.

CONDE. No habrá dinero que pidas
de que no te aseguremos.

REY. Caminad el muro arriba.
Tú, Laura, quédate aquí
y en abriendo nos avisa,
que ya resplandece el alba.

LEONOR. Que es tu remedio imagina
la prisión de aquestos hombres.

REY. Caminad.

FEDERICO. ¡Ay, mi desdicha!

REY. Cuenta, señores soldados.

FILENO. Aunque son hondas las picas,
no hayas miedo que se vayan
sin dar la plata o las vidas.

(Vase el REY *y* ALDEANOS, *y llevan al* CONDE *y* FEDERICO.)

LEONOR.

Corona, ilustre luz, baña y colora
de nueva plata el horizonte ufano;
bajen tus rayos de la cumbre al llano,
que ya te espera en sus alfombras Flora.
Desciende, sol, a tu querida aurora;
encrespa, enriza con dorada mano
la blanca nieve a su cabello cano,
bebe sus perlas y sus nubes dora.
Aliña el carro de oro, date prisa;
tú mismo tu presteza desafía.
y por signos y estrellas atraviesa.
Báñame el alma en gozo y alegría,
pues ya la noche de mis males cesa
y de mis bienes amanece el día.

(LEONOR *y* ENRIQUE *dentro, y* LISENO.)

ENRIQUE.

Lleguemos, ciudadanos de Belgrado;
lleguemos juntos.

LISENO.

Acercaos agora
que habéis los dos sobre el altar jurado.

LEONOR.

¡Cielos! Esta es la gente vencedora.
Aquí suena un ejército formado.

ENRIQUE.

Abrid las puertas, que la blanca aurora
la llave en manos de oro al suelo baja.
¡Qué alegres tocan la trompeta y caja!

(Tocan cajas y trompetas dentro. Abranse las puertas y véanse ENRIQUE, ALBERTO, LISENO, LUDOVICO, TEBANO, ALEJANDRO, BELISA *y* ANGELA (1), *damas, hijas de* LISENO.)

LEONOR. Voy a entrar; no sé qué haré
que está de gente cubierta
la puerta; llego a la puerta.

LISENO. Tente, labrador.

LEONOR. ¿Por qué?

LISENO. Salid todos.

LEONOR. ¡Ay de mí!
¿Tantos me queréis prender?

ENRIQUE. Este el juez ha de ser.

LISENO. ¿No lo habéis jurado ansí?

ALBERTO. Así lo habemos jurado.

LUDOVICO. Pues llega a hablarle, Liseno.

LISENO. Labrador, no temas.

LEONOR. Bueno;
si soy siempre desdichado,
¿queréisme, acaso, matar?
¿Reina Polonia, o quién reina?

LISENO. ¡Es Leonor!

LEONOR. ¡Liseno!

LISENO. ¡Reina!

LEONOR. Nunca te he visto llamar
ese nombre en mi desdicha.
¿Qué novedad es aquésta?

LISENO. Una novedad que apresta
los principios de tu dicha.
Mas ¿dónde vas de esta suerte,
que es novedad más extraña?

LEONOR. Llegó el Rey a la montaña
temeroso de su muerte,
(¡Mira quién es la fortuna!)
y pidiéndome favor,
halló tu casa y mi amor,
donde no hay venganza alguna.
Escondíle, y como luego
se supiese que dos hombres,
mancebos de humildes nombres,
eran de Polonia fuego
y la libertad de Hungría,
quiso volver a Belgrado,
remitiendo a mi cuidado
ser de este suceso espía.
Yo, para poder mejor
saber esta novedad,
quise andar en la ciudad
en hábito labrador.

(1) Después la llama LISARDA.

LISENO. Pero ¿por qué me prendéis?
LISENO. No te prenden, que hoy el cielo
quiere honrar tu casto celo.
LEONOR. Pues ahí juntos, ¿qué hacéis?
LISENO. Los dos mancebos, Leonor,
son tus hijos.
LEONOR. No lo creo.
LISENO. No te alteres, que ellos son,
cuyo ilustre nacimiento
les hizo tomar las armas
con que han libertado el reino.
Quieren reinar o matarse
y por mi consejo han puesto
este juïcio en el hombre
que éntre en Belgrado primero.
Tú fuiste: tú eres juez.
LEONOR. Cosas dices que no pienso
que las pudiera trazar
menos que quien fuera el cielo.
Y ¿quién son aquestas damas?
LISENO. Mis hijas son, que con ellos
vienen con amor de hermanas;
mas no me tengas suspenso
con no decirme del Rey.
LEONOR. A tu casa llevó presos
dos hombres que de este muro
bajaban.
LISENO. Tengo por cierto
que son el Rey de Polonia
y el conde Arnaldo.
LEONOR. ¡Ay, Liseno!
¡Si fuese el Conde!
LISENO. Es, sin duda,
que, como no les pusieron
la guarda que era razón,
por la confusión del pueblo,
hoy han faltado.
ENRIQUE. ¡Qué larga
relación!
ALBERTO. Saber deseo
si se inclina con traición.
ENRIQUE. De tan noble caballero
no se puede presumir.
LISENO. Parte, Ludovico, presto
a mi casa, y un villano
que allí tiene ciertos presos,
trae aquí con buena guarda.
Vosotros, Príncipes nuestros,
veis aquí vuestro juez.
ENRIQUE. Seas bien venido, mancebo.
ALBERTO. Venturoso labrador,
¿sabes que dar este reino
está en tu mano?
LEONOR. A la fe,
que con ser el sayo nuevo,
de ancho que estoy, casi está
por el corazón abierto.
¡Válate Dios por Hungría!
¡Quién dijera que yo tengo
de darle un Rey por mi mano!
ENRIQUE. Siéntate, amigo, primero.
LEONOR. ¡Pardiez!, que quiero sentarme.
Pues ya vengo a estar de asiento,
¿no me darán algo a mí?
ENRIQUE. Yo, amigo, si Rey me veo
te daré cuanto me pidas.
ALBERTO. Y yo, amigo, te prometo...
LEONOR. No lo digáis, que no soy
codicioso ni soberbio,
ni quiero yo más tesoros
que los que me dais con veros.
¿Quién de los dos es Enrique?
ENRIQUE. Yo soy.
LEONOR. Y ¿quién es Alberto?
ALBERTO. Yo, que segundo me nombras
para mi desdicha agüero.
LEONOR. Liseno, para juzgar,
aunque rústico, no puedo
sin saber quién son los dos.
Ludovico, trae los presos.

(El REY, *de labrador, el* CONDE *y el* REY FEDERICO *y los* VILLANOS.)

FILENO. Aquí, mancebos ilustres,
soles del húngaro reino,
tenéis vuestros enemigos.
LEONOR. Y ¿quién decís que son éstos?
ENRIQUE. Los que el reino pretendían.
REY. (¡Piadosos cielos!, ¿qué es esto?
¿Laura sentada y juez?)
LEONOR. Vuelvo a preguntar, Liseno,
si he de dar esta corona,

(La corona y cetro estarán sobre una mesa.)

quién son estos dos mancebos.
Di la verdad: ¿son tus hijos?
LISENO. No, labrador, que tuvieron
mejor padre, porque son
hijos de Enrique, Rey nuestro,
que en las batallas pasadas
fué muerto.
REY. (¡Qué estoy oyendo!)
LISENO. Nacieron en un parto; Enrique
el brazo sacó primero,
y Alberto nació después.
Mandólos matar, soberbio,
de celos del conde Arnaldo.

LEONOR. ¿Y fueron ciertos los celos?
ARNALDO. ¡Vive Dios!, que se engañó
y que su inocente pecho
he procurado vengar,
que éste fué sólo mi intento
de ayudar a Federico,
pues no he querido del reino
sola una villa.
LEONOR. Vos fuisteis
un honrado caballero.
Aunque no quería volver
a dar al Rey celos nuevos,
que entiendo que los tendrá
Enrique después de muerto.
REY. (¡Qué bueno me pone Laura!
¡Como sabe mi secreto...!)
LEONOR. (¿Oyes todo aquesto, hermano?)
REY. (¿No ves que lo estoy oyendo?)
LEONOR. En fin, Conde, que Leonor
¿fué inocente?
ARNALDO. A Dios del cielo
remito aquesta verdad,
y si fué culpada, quiero
que se abra a mis pies la tierra
y me sepulte en su centro.
LEONOR. (¿Oyes esto?)
REY. (Ya lo escucho.)
LEONOR. ¿Quién son tus hijas, Liseno?
LISENO. Llegad, Lisarda y Belisa.
LISARDA. Nosotras no pretendemos
reinos. ¿Qué quieres, juez?
LEONOR. Tengo deseos de veros,
que puesto que juez soy
también soy casamentero.
BELISA. ¡Donaire tiene el villano!
LEONOR. Hermano, ¿serán los yernos
de Liseno estos dos reyes?
REY. ¿Qué se yo?
LEONOR. Pues sin tu acuerdo
no los quiero yo casar.
REY. Casadlos, pues que a Liseno
sólo le puedes pagar
con tan altos casamientos.
LEONOR. Daos las manos.
FILENO. ¡Hola, Silvio!
Alcalde y cura se ha hecho.
¿No ves que también los casa?
SILVIO. ¿Se vido mayor enredo?
ENRIQUE. Ya que nos tienes casados,
¿qué Rey quieres dar al reino?
LEONOR. Di, Federico, ¿qué acción
tienes por quien guerra has hecho?
FEDERICO. Ya ninguna, pues tenéis
dos nuevos Rómulo y Remo.
Sólo os pido libertad.
LEONOR. ¡Hola, hermano!
REY. ¿Qué tenemos?
LEONOR. ¿Iráse el Rey a Polonia?
REY. Vaya si tú quieres luego;
pero jurando las paces.
FEDERICO. Yo me obligo al juramento.
LEONOR. Pues si ya está todo en paz
y sólo resta que os demos
Rey para aquesta corona,
llégate acá, hermano, presto.
REY. Ya llego.
LEONOR. Pues yo la pongo
en tu frente y doy el cetro.

(Coge la corona y se la pone al REY.*)*

ENRIQUE. ¿Qué es esto?
REY. Que soy el Rey.
ALBERTO. ¿El Rey?
LISENO. ¡El es!
ENRIQUE. Con respeto
debido a que eres mi padre,
parte del amor te niego
porque a mi madre mataste.
LEONOR. No hay tal, que yo soy.
ENRIQUE. ¿Qué es esto?
REY. ¿Tú eres Leonor?
ENRIQUE. ¿Tú mi madre?
FILENO. Oigan, oigan, quedo, quedo,
que es Laura, y es mi mujer.
LEONOR. Yo soy Leonor, y quien debo
a Liseno hijos y vida.
REY. Dame tus brazos, Liseno.
FILENO. Señora, perdón te pido.
REY. ¿Quién ha de ser mi heredero?
ENRIQUE. Eso juzgará el senado,
pues es tan noble y discreto;
que LA CORONA DE HUNGRÍA
da fin al servicio vuestro.

¡Loado sea el Santísimo Sacramento y la Virgen Nuestra Señora!

En Madrid, 23 de diciembre de 1633.

LOPE DE VEGA CARPIO.—*(Su rúbrica.)*

Vea esta comedia Pedro de Vargas Machuca.—Una rúbrica.

Esta comedia, que Lope de Vega, su autor, intitula LA CORONA DE HUNGRÍA, está bien escrita y guardado el decoro a las personas reales que introduce. No tiene inconveniente, y asi puede representarse. Reservando a la vista, etc. En Madrid, 1 de enero de 1634.

PEDRO DE VARGAS MACHUCA.—*(Una rúbrica.)*

DEL MONTE SALE

COMEDIA

1627

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

El CONDE ENRIQUE.....	Sr. Arias.	CLARA, *criada*.............	Sra. Francisca.
FELICIANO..................	Sr. Jusepe.	*El* REY DE FRANCIA......	Sr. Salas.
MÚSICOS....................		MAURICIO, *gobernador*..	Sr. Valdés Montemayor.
NARCISA, *labradora*.....	Sra. María de Heredia.	*El* MARQUÉS ROSELO.....	Sr. Marcos Rueda.
TIRSO, *villano*.............	Sr. Heredia.	LEONELO, *capitán de la guarda*......................	Sr. Alvarez.
JUANA, *labradora*.........	Sra. Catalina.	ROBERTO, *criado*..........	Sr. Mencos.
CELIA, *dama*..............	Sra. Ana María.		

Jesús, María, José, Custodio.

ACTO PRIMERO

(*El* CONDE ENRIQUE, *con gabán y una cayada,* FELICIANO *y* MÚSICOS.)

CONDE. Aquí, cantad.
FELICIANO. Un lugar,
deshonor de su horizonte
que en la nieve deste monte
parece pardo lunar,
en cuyos cabellos canos
comienza el alba a reír,
tiene quien merezca oír
instrumentos cortesanos;
gran ofensa a tu decoro.
CONDE. ¿No suele naturaleza
entre mayor aspereza
criar una mina de oro?
Y ¿no suele, artificiosa,
fea y tosca por defuera,
en una concha grosera
criar una perla hermosa?
¿No produce un verde espino
la corona de las flores,
que en hermosura y colores
tiene el imperio divino?
Pues ¿qué mucho que esta aldea,
planta desta selva umbrosa,
tenga una perla, una rosa,
y una mina de oro sea?
Vive este monte Narcisa,
sirena en su verde mar,
de cuyo dulce mirar,
de cuya graciosa risa,
cuando sus celajes dora
con el primero arrebol,
tiene que envidiar el sol,
tiene que imitar la aurora.
¿No la adorna el cielo acaso
de tantas gracias infusas?
Pues bien sabéis que las Musas
viven el monte Parnaso.
Semíramis ¿no salió
de un monte a tan gran corona?
FELICIANO. Confieso que en su persona
el cielo depositó
partes y gracias notables
dignas de mayor sujeto;
pero no que a lo discreto
en cosas de veras hables.
Bien me agrada que entretengas
tu destierro de la Corte,
mas no que a cosa que importe
con tanto cuidado vengas.
Que ya parece que pasa
de justo entretenimiento.
CONDE. Si obliga su entendimiento
como su hermosura abrasa;
si el amor no es calidad,
sino igualar voluntades,
¿qué importan desigualdades?
Narcisa es reina. Cantad.
MÚSICOS. "Fuente, si se viere en ti,
para tocarse, Narcisa,
su mismo nombre la avisa
que se ha de guardar de sí."

(NARCISA *en una ventana.*)

NARCISA. Aunque me alegra el oír,
Conde, mi señor, cantar,
más el oíros hablar.
Perdonadme interrumpir
la cortesana canción,
que no porque no la entiendo

sus dulces versos ofendo,
que, en fin, como vuestros son.
También quiero agradeceros
el estilo y las mercedes
con que honráis estas paredes,
aunque es todo entreteneros.
Si os obligan las costumbres
en tan ociosos espacios
a que os parezcan palacios
estas ahumadas techumbres,
¿en qué dorado balcón
os parece que me veis?

CONDE. En el del alba, que hacéis
con tan propia imitación
aquella raya oriental
por donde con tal belleza
asoma el sol su cabeza.
Con la diadema imperial,
palacios, Narcisa bella,
afectan autoridades,
que es bien que las majestades
siempre se sirvan con ella.
Pero es aquí la hermosura
la que da la autoridad
fabricando en la humildad
espaciosa arquitectura.
Allá, rejas y balcones
hacen las personas graves;
aquí, tus ojos suäves
y divinas perfecciones.
No he sosegado hasta verte.
La música fué invención
para hablarte en ocasión
que menos pueda ofenderte.
¿Quieres que me acerque más?

NARCISA. Bien puedes; mi padre duerme.

(TIRSO, *villano, con una capilla y una espada.*)

TIRSO. ¿Adónde voy a perderme?
Tirso, ¿dónde diabros vas?
No es competencia querer,
sino villana osadía,
igualarse a un señoría
labrador que araba ayer.
Pero yo sirvo mi igual,
y este Conde, o condenado,
es en pretender culpado
un amor tan desigual.
Mas son señores; ¿qué quieres,
Tirso? Tú a casarte vas
y ellos no, porque los más
suelen comer las mujeres
como dátiles, si igual
no es la sangre a la belleza,
que se comen la corteza
y echan las almas a mal.
El diabro le trujo aquí;
nunca el Rey le desterrara,
porque como no le habrara
no hiciera caso de mí.
Pues no fíes en su amor,
que sólo comer procura
la corteza a tu hermosura
y echarte a mal el honor.
¿Para qué la espada quiero,
pues solamente ha servido
de que me hubiesen tenido
los perros por forastero?
No me aprovechaba hablar
con muchos que conocí,
que más me muerden a mí
por ser del propio lugar.
La capa me desgarraron,
y no han sido desvaríos
porque de pedazos míos
más de dos se aprovecharon.
¡Cuáles traigo los brebiescos!
¡Hechos una criba están!
Mas, no importa, que serán
para el verano más frescos.
¡Ah, celos! ¿Qué me queréis?
¡Voto al sol, que están aquí!
¡Si me sienten, ay de mí,
que son más de ochenta y seis!
Mas puédeme consolar
que es morir ventura al doble
a manos de gente noble
que de perros del lugar.

FELICIANO. ¿Quién va?

TIRSO. (¿No lo dije yo?)

FELICIANO. ¿No responde?

TIRSO. (Este me espeta,
porque sabrá alguna treta,
y yo no.)

FELICIANO. ¿Quién va?

TIRSO. ¡Jo, jo,
jo! digo; verá el rodeo.
Desvíese del pollino,
señor, que voy al molino.
¡Arre aquí!

FELICIANO. Yo no le veo.

TIRSO. ¿Que no le ve? Pues yo sí.

FELICIANO. ¿Pullas, villano?—Señor,
ya la gente de labor
al campo va por aquí.
Mira que te pueden ver.

CONDE. Hermosa Narcisa, adiós.
NARCISA. El vaya, mi bien, con vos.
FELICIANO. Ya comienza a amanecer,
ya cantan dulces amores,
como celosos despechos,
calandrias en los barbechos
y en los olmos ruiseñores.
CONDE. Cítaras de pluma di,
como aquel grave poeta.
FELICIANO. Es metáfora imperfeta,
aunque dulce.
CONDE. ¿Cómo ansí?
FELICIANO. Porque es justa consecuencia
llamar ruiseñor de palo
a la cítara, y es malo.
CONDE. Respeta, necio, su ciencia.

(*Vanse.*)

TIRSO. Fuéronse. Narcisa, escucha,
oye, detente.
NARCISA. ¿Quién es?
TIRSO. Tirso.
NARCISA. ¿Tirso?
TIRSO. ¿No me ves?
NARCISA. Como no hay luz.
TIRSO. Sí hay, y mucha.
NARCISA. ¿Requiebras?
TIRSO. No, que esto digo
porque estoy desengañado.
NARCISA. ¿De qué? Pues yo no he tratado
jamás engaños contigo.
TIRSO. ¿No me has hecho llevar paños
al arroyo y leña a cuestas?
¿No bailo todas las fiestas
contigo?
NARCISA. ¿Esos son engaños?
Anda, bobo; que no sabes
en qué consiste el amor.
TIRSO. ¡El diabro trujo al señor!
¡Tan altaneras y graves
todas las mozas andáis!
NARCISA. Vete a acostar, majadero.

(*Vase.*)

TIRSO. Esta vez me desespero.
Celos, ¿por qué me matáis?
¡Plega a Dios que el ventanazo
que me has dado te le den
con un suelo de sartén!
¡Qué desengaño! ¡Qué abrazo!
¡Qué disculpa! ¡Qué favor!
Pero yo, ¿por qué deseo
venganza cuando te veo
tener a un príncipe amor?
Búrlate agora de mí,
quiere bien, quiérele aprisa;
allá lo verás, Narcisa,
cuando se canse de ti.

(REY DE FRANCIA, MAURICIO, *gobernador*, LEONELO, *capitán de su guarda.*)

REY.

¿De qué sirve, Mauricio, consolarme?

GOBERNADOR.

De que se tiemple tanto desconsuelo.

REY.

¿Qué consuelo en la tierra puedes darme,
si quien me le quitó vive en el cielo?
Tan lejos vivo yo de remediarme
como el fin de mis lágrimas recelo
en la muerte no más, pues ella tiene
el que a la causa de mi mal conviene.

GOBERNADOR.

Habiendo, gran señor, pasado un año
que el Príncipe murió, justo parece
templar el llanto y no aumentar el daño
que el reino por tus lágrimas padece.
¿Ha de venir un heredero extraño,
cuyo temor en tus vasallos crece,
a ocupar la corona que podrías
dar a tu sangre en tus dichosos días?
Si no estás en edad para casarte,
y el conde don Enrique es tu sobrino,
¿quién con mayor razón puede heredarte
por el derecho humano y el divino?

REY.

Y si este Enrique dicen que fué parte,
y de sus pensamientos imagino,
para matar su primo y mi heredero,
¿será mejor un bárbaro tan fiero?

GOBERNADOR.

Señor, si por envidia, habiendo sido
su muerte enfermedad, le han levantado
al Conde los contrarios que ha tenido
que en sospecha de hierbas fué culpado,
¿es justo que este engaño sea creído
y que tengas a Enrique desterrado,
si todo lo mejor de tu corona
con su inocencia su lealtad abona?
No puedan envidiosos, que no es justo
tenerle desterrado en una aldea.
Viva en la Corte, y con tu propio gusto
consuelo tuyo y de tu reino sea.

REY.

Será, Mauricio, para más disgusto,
aunque mi amor vuestra quietud desea,
que como tanto al Príncipe parece
verás que mi dolor su imagen crece.

GOBERNADOR.

Si consuela un retrato de un ausente
y es Enrique del Príncipe retrato,
no pienso yo que tu tristeza aumente,
que fuera ser a su memoria ingrato.
Antes, señor, tiniéndole presente,
al Príncipe tendrás, y con el trato
le vendrás a olvidar, siendo tan cierto
que el vivo que sucede olvida al muerto.
Demás que de probar no pierde nada
vuestra alteza, señor, pues si se aumenta
la pena, es fácilmente remediada
con que se vuelva donde no se sienta.
Prueba, por Dios, que es breve la jornada
y la esperanza de tu reino alienta,
que yo confío en la piedad del cielo
que Enrique sea de tu edad consuelo.

REY.

Por que mi reino, que deseo crea
más su remedio que mi propia vida,
vaya Leonelo y traiga del aldea
la cosa que más tengo aborrecida.
Mas persuadirme yo cuando le vea
que el accidente de mi pena impida,
es decir que la máquina del cielo
rota caerá del eje de oro al suelo.

LEONELO.

Señor, aborrecer injustamnete
al Conde no es justicia, y así espero
que a ti la vida y a tu reino aumente
la paz el disponerle a tu heredero.

REY.

Parte, Leonelo, si esto el reino siente,
que contra el mío darle gusto quiero,
y venga a renovarme su memoria
la viva imagen de mi muerta gloria.

(*El* CONDE *y* NARCISA.)

NARCISA. Aún no presumo, señor,
que sabe, amando mi pecho,
en cuál de los dos ha hecho
mayor milagro el amor.
Diréis que el vuestro es mayor
por humillar la grandeza
a mi rústica bajeza,
y yo digo que es el mío,
pues que mi bajeza fío
de vuestra heroica nobleza.
No haréis vos más en quererme
que yo en quereros a vos,
y aun pienso que de los dos
más tenéis que agradecerme.
Bajaros vos a tenerme
por vuestra en tanta distancia
es la misma repugnancia
que subir mi humilde ser
hasta venir a tener
una misma consonancia.
Cuando baja un cuerpo grave
más fácil viene a su centro;
porque subir a su centro
el que es pesado no sabe.
Bajáis en vuelo suäve,
porque bajáis, en efeto;
pero el mío es imperfeto,
pues que sube con violencia
a vuestra rëal presencia
la tierra de mi sujeto.
De donde se infiere aquí,
pues esto no es ofenderos,
que más hago yo en quereros
por ser más violento en mí;
pero yo imagino ansí
que el amor que lo ha causado
músico ha sido extremado
para igualarme con vos,
y las almas de los dos
instrumento destemplado.
Tocó las cuerdas, y viendo
de mi parte tantas faltas,
las bajas subió a las altas,
una consonancia haciendo.
Agradezco cuanto entiendo
que un gran señor me requiebre
y que el amor me celebre
por prima en su dulce canto,
mas cuerda que sube tanto
mucho temo que se quiebre.

CONDE. Narcisa, cuando te veo
discurrir tan altamente,
o Naturaleza miente
o no es desigual empleo
el que tiene mi deseo,
ni el quererte cosa impropia,
pues viendo la fértil copia
que de tu ingenio me ofreces,
he pensado muchas veces
que eres disfraz de ti propia.

Cuando vi mi pensamiento
en tanta descompostura,
apelé de tu hermosura,
Narcisa, a tu entendimiento;
pero hallé tal fundamento,
que volví a pedir perdón
de mi necia presunción,
y dije: "No hay que pensar
que ha de haber dónde apelar
donde es todo perfección."
Cómo este monte crió,
no digo yo tu belleza,
que hasta pintar la corteza
un jaspe hermoso nació.
Mas tu ingenio no sé yo
que de causa no proceda
más alta; mas cuando exceda
de su esfera natural
que se llame celestial
milagro, se le conceda.
Esto prevenido ansí,
y volviendo a nuestro amor,
digo que es mayor favor
el que tú me has hecho a mí,
porque el alma, que ya vi
en tu claro entendimiento
es de tanto fundamento
que mi valor no alcanzara
al tuyo si no templara
nuestro amor el instrumento.
Pero, en razón de quebrarse
aquella divina cuerda
que con el alma concuerda
cuando más llegue a afinarse,
desde aquí, para obligarse,
mi amor dice que primero
será elemento ligero
la tierra; el fuego, pesado,
y vivirá sosegado
eternamente el mar fiero.
Será bienquisto un terrible,
y el que reprehende, amable;
un arrogante, agradable,
y un humilde, aborrecible;
un codicioso, invencible;
bien pagado el que bien hace,
lo que nuevo satisface
perderá su propio efeto,
y un hombre pobre y discreto
estimado donde nace.
No querrán que los alaben
el soldado y el señor;
el poeta y el pintor
confesarán que no saben.
Habrá cosa que no acaben
el dinero y la porfía;
la pobreza en la alegría
tendrá casa de aposento,
ventura el merecimiento
y cielo la hipocresía.

NARCISA. Antes que haya, Enrique mío,
en mí de olvidarte señas,
perlas volverá las peñas
del alba el fresco rocío;
atrás su curso este rio,
y llevarán sus pizarras
oro en tejos, plata en barras,
corales rojos los pinos,
racimos estos espinos
y rosas las verdes parras.
El fiero lobo tirano
vivirá con el cordero;
será este llano primero
monte, y este monte, llano;
esto en lenguaje villano,
que hablando en el tuyo... (*Ruido.*)

CONDE. Tente,
que suena tropa de gente,
y me ha dado que temer
que el Rey me manda prender,
tan mal de mis cosas siente.
Pues ¡vive Dios! que en mi vida
le ofendí, Narcisa hermosa.

NARCISA. Huye, mi bien, que es furiosa
la envidia y siempre atrevida.

CONDE. Mi inocencia perseguida
quiere huír, y no se atreve.

NARCISA. Escóndete por la nieve
dese monte.

CONDE. Será error.
Cumpla esperando el valor
lo que a sí mismo se debe.

(LEONELO *y gente de guarda.*)

LEONELO. Digo que es él. ¿Qué dudáis?
¡Conde! ¡Mi señor!

CONDE. ¡Leonelo!

LEONELO. Dadnos a todos los pies.

CONDE. ¡Qué ociosos comedimientos!
¿Qué dijo la envidia al Rey
en mis agravios de nuevo,
que le ha incitado a prenderme?
Tú, Capitán, por lo menos,
no me quitarás la espada,
pues bien ves que no la tengo.

¿Qué dicen allá de mí?
Dirán que alboroto el reino;
que pretendo la corona;
que escribo a los malcontentos;
que tengo satisfación
de mis amigos y deudos
para que tomen las armas
en mi favor a su tiempo;
que soy bienquisto del vulgo
y que los dos parecemos
él a Saúl, yo a David,
porque dicen en sus versos
que él mató mil; yo, diez mil,
pues ya los servicios hechos
no sirven más que de envidia.

LEONELO. ¡Vas de la verdad tan lejos!
Que a petición de los Grandes
te quiere hacer su heredero.
El estilo que esto tiene
agora no le sabemos,
sólo sé que me ha mandado
buscarte, y que por ti vengo;
sólo sé que desta fama
nació una voz en el pueblo,
que suele ser voz de Dios,
que con general deseo
te aclama Delfín de Francia.

CONDE. Sea cierto o no sea cierto,
yo pude huír y no quise;
iré a obedecerle, haciendo
resolución de poner
mi inocencia a todo riesgo.
Narcisa, aquéstos me engañan;
pero si es verdad que tengo
esta fortuna, está cierta
que lo que tratado habemos
será eterno en todo estado.

NARCISA. ¿Qué es lo que ha de ser eterno?

CONDE. El quererte yo, mis ojos.

NARCISA. ¿Mis ojos?

CONDE. Pues, ¿son ajenos?

NARCISA. No.

CONDE. ¡Qué no tan solo!

NARCISA. Es no.

CONDE. ¡Válgame Dios, qué concetos
formando estarás de mí!
¡Qué de varios pensamientos
hará tu imaginación!

NARCISA. ¿Parécete este suceso
tan fácil que sin discursos
le pase el entendimiento?
Vete con Dios a reinar,
que de manera te quiero
que me alegra tu ventura,
conociendo que te pierdo;
y para ganar tu gracia
sea el vasallo primero
mi amor, que te llame alteza.

CONDE. ¿Quieres matarme?

NARCISA. ¿Yo puedo?

CONDE. ¡Oh, qué hiciera de locuras
a no estar presentes éstos!

NARCISA. No las hagas, que están mal
a un Príncipe destos reinos.

CONDE. Dame tu mano.

NARCISA. ¡Los Reyes
a los vasallos!

CONDE. No quiero
cansarte, sino afirmarte
los pasados juramentos.
Y vuelvo a decir...

NARCISA. No vuelvas.

CONDE. Vamos de aquí, caballeros.

(*Vanse todos.*)

NARCISA. Yo quedo como es razón
que tenga mi atrevimiento
castigo. ¡Ah, soberbia infame!
¿Dónde levantaste el vuelo?
¿Qué pensabas? ¿Qué querías?
¿No era forzoso que luego
diese, con fatal ruina
tu pensamiento en el suelo?
¿Tú querer tan gran señor
con tan bajo nacimiento
como estas flores del campo
y estos rústicos romeros?
¿Qué sirven puertas ni rejas
si tienen nuestros deseos
la puerta de los oídos?
Escuché, perdíme, hoy muero.
¡Oh! ¡Cuánto en un momento
revuelve el mundo el variar del cielo!
¿Qué pensaba mi locura
cuando mi sayal grosero
emprendió ricos diamantes,
dándome el cielo el ejemplo,
que no se borda de estrellas
si no está claro y sereno,
porque retiran sus rayos
en estando escuro y negro?
Fuese Enrique, y no culpado,
yo sí, que la culpa tengo,
que no son firmes las dichas
en cortos merecimientos.

No es posible que ya pueda
volverle a ver, pues ¿qué espero?
La muerte sola, a quien deben
las desdichas su remedio.
Hoy le tuve, hoy le pierdo.
¡Oh! ¡Cuántas esperanzas lleva el [viento!

(Tirso.)

Tirso. ¿Cómo tienes, di, Narcisa,
tanto descuido y silencio
entre tantas novedades?

Narcisa. Esto me faltaba ¡ah, cielos!

Tirso. A Enrique llevan, Narcisa,
algunos dicen que preso,
y otros que a ser rey, que el vulgo
no acierta más ni habla menos.
Lo cierto debe de ser
que el rey le nombra heredero,
que a los presos, aunque grandes,
no guardan tanto respeto.
Ya, Narcisa, será aldea,
y no corte, nuestro pueblo;
no andarán tan altaneras
las mozas con los requiebros;
no veremos los caballos
con los jaeces soberbios;
lucirán nuestros rocines;
hablarán nuestros jumentos;
caperuzas, y no plumas,
tendrán el lugar primero
en los bancos de la iglesia
y en la plaza los asientos.
Ocuparán los ancianos
las gradas del rollo nuevo
las fiestas, y no arrogante
tanto emplumado escudero;
volverán nuestras perdices,
nuestras liebres y conejos,
que andaban dellos huídas
a los sotos y barbechos.
Cuando el sacristán responda
al gloria en el *celis Deo*
e din terræ palominos,
no se reirán descompuestos.
Todo labrador, en fin,
trairá seguro el pescuezo
de sus atrevidas manos,
como las mozas los pechos.
No nos tomarán las barbas,
que sólo dió para esto
la misma necesidad
privilegio a los barberos.
Y tú, que me aborrecías,
¿vaste? Espera.

Narcisa. Suelta, necio,
que has aumentado mis penas.

Tirso. Ya pasó, Narcisa, el tiempo
de desdenes. Voy tras ti
a ser sombra de tus celos.

Narcisa. ¡Oh, loco amor! ¡Cuán presto
perdiste la esperanza y no el deseo:

(*El* Marqués Roselo *y* Celia, *dama*.)

Celia. Hiciera, señor Marqués,
el justo agradecimiento
que debo a ese pensamiento,
que, en fin, como vuestro es,
si la pena que he tenido
del Príncipe, mi señor,
diera lugar a otro amor
o me permitiera olvido.
Quísome bien, y de suerte
me obligó darme a entender
que fuera yo su mujer,
que debo llorar su muerte
como si lo hubiera sido.

Marqués. Más siento que le queráis
que la respuesta que dais
al amor que os he tenido.
¿Es posible que, ya muerto,
le guardéis tan viva fe?
¡Qué pocas veces se ve
en el mundo amor tan cierto!
Si de ser amado, incierto
está un vivo, que por dicha
teme una injusta desdicha,
naturaleza se espanta
de tanto amor, de fe tanta
y que tenga un muerto dicha.
Ser, Celia, el muerto quisiera,
porque, por verme querer,
envidia vengo a tener
de quien nadie la tuviera.
Mi esperanza desespera
un desengaño tan cierto;
mas ¿qué mayor desconcierto,
cuando de vos le recibo,
que llegar un hombre vivo
a tener envidia a un muerto?
Que al amor agradecida,
Celia, del príncipe estéis
es justo, no que tratéis
con tanto rigor mi vida.
Dais vida y sois homicida,
y pues de vos la recibe

quien con los muertos se escribe,
yo soy el muerto, señora,
no el príncipe, pues agora
en vuestra memoria vive.

CELIA. Amor tuve a su valor
y hoy memoria agradecida,
que amor que tan presto olvida
no puede llamarse amor.
El tiempo me ha de curar,
que no hay memoria tan firme
que no olvide.

MARQUÉS. Si es decirme,
Celia, que puedo esperar
que con el tiempo os mudéis,
no sé que mi pensamiento
tenga tanto sufrimiento
que os aguarde a que olvidéis.

CELIA. Tampoco os doy esperanza,
aunque olvide, que no sé
si del olvidar podré
hacer al querer mudanza.

MARQUÉS. Ya vuestro desdén airado
excede a todo rigor.

CELIA. ¿Quién hay que prometa amor
para cuando haya olvidado?

(ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Está aquí el Marqués?

MARQUÉS. Roberto,
¿entra el conde Enrique?

ROBERTO. Hoy entra;
el Rey sale a recibirle;
el vulgo su intento aprueba,
que cuando en las cosas justas
los reyes, señor, aciertan,
los vasallos, a una voz,
el buen gobierno celebran.
Verdad es que el Rey, forzado,
al Conde contento enseña,
ya más porque le parece
que no por lo que sospecha.
Es del Príncipe retrato,
y dale tanta tristeza
la memoria de su hijo,
que puede mirarle apenas.
¿Qué aguardas, que no acompañas
como dicen, a su alteza,
que te acusarán de envidia?

MARQUÉS. Yo me voy, hermosa Celia
a ver siquiera el traslado
de quien me da celos.

CELIA. Venga
a dar consuelo a mis ojos
quien al Príncipe parezca.
¿Clara?

(CLARA *entre.*)

CLARA. ¿Señora?

CELIA. ¿Has oído
que viene Enrique?

CLARA. La fiesta
sólo pudiera ocultarse
a tu soledad y pena.
¿Haré que pongan el coche?

CELIA. No, Clara, que para verla
mejor iremos con mantos,
y créeme que me lleva
ver del Príncipe el retrato,
porque no quedaron muertas
las memorias con su muerte.

CLARA. ¡Plega a los cielos que sea
tan vivo retrato suyo
que tus tristezas divierta!

CELIA. Bien puede ser que este Enrique
o me engañe o me entretenga,
que tanto milagro sólo
puede hacer quien le parezca.

(*Acompañamiento de todos, detrás el* REY *y el* CONDE ENRIQUE.)

CONDE.

A tu obediencia vengo,
invicto Rey, supuesto que dudoso,
aunque esperanza tengo,
viendo que me recibes amoroso,
que ha hecho resistencia
a la pasada envidia mi inocencia.
Temores no han podido
alejarme de ti, que pobre aldea
corto límite ha sido;
pero el mayor testigo que desea
darte el pecho seguro,
que es la verdad impenetrable muro.
Si me hallara culpado,
fugitivo a los reinos extranjeros,
de tu poder airado,
hiciera mis contrarios verdaderos,
no en parte donde alcanza,
con extender la mano, la venganza.
El capitán Leonelo
sabe que sospeché prisión injusta,
y, con humilde celo
la obedecí, como si fuera justa,
que no examina leyes
la lealtad al imperio de los reyes.

REY.

Enrique, yo he tenido,
como hombre, en la fortuna que he pasado,
más fácil el oído
de lo que fuera justo. Ya he llegado
a pensar en tu ausencia,
que el esperar confirma la inocencia.
No culpes enemigos,
que el venir a mi casa y a mi gracia
debes a tus amigos.
Sospechas engendraron tu desgracia,
que de mi amor nacieron;
pero tú sabes si dudosas fueron.
Resta que tú, pues fuiste
retrato de la prenda que he perdido,
mi desconsuelo triste
cubras con tu virtud de eterno olvido,
para que en tu persona
restaure la esperanza mi corona.
Aquí vienes, no a darte
tan presto aquel lugar para que vienes,
sino sólo a probarte
que entendimiento, que prudencia tienes,
pues sin envidia alguna
queda en tus propias manos tu fortuna.

CONDE.

Señor, sólo a servirte,
sin otras esperanzas, he venido,
y así vuelvo a pedirte
la mano, a la merced agradecido
con que quieres honrarme,
y a tan gloriosa empresa levantarme.
Espero en mi cuidado
con el favor del cielo.

REY.

No prosigas,
que yo estoy confiado
de tu virtud y entendimiento.

CONDE.

Obligas
tu hechura ¡oh, Rey! de forma
que un alma nueva un nuevo ser me informa.

REY.

Recibe parabienes
de tus amigos, que yo voy en tanto
a ver adónde tienes
prevenido aposento.

CONDE.

El cielo santo
te guarde como puede,
que ya tu amor mis méritos excede.

GOBERNAD. Dé vuestra alteza la mano
a Mauricio, gran señor.
CONDE. Los brazos, Gobernador,
con el pecho humilde y llano,
y indigno a tanto favor.
MARQUÉS. Aquí del marqués Roselo
tiene vuestra alteza el celo
con una alma declarada.
LEONELO. Y aquí la vida y la espada,
y el corazón de Leonelo.
CONDE. Señores, tantos favores
pudieran desvanecerme.
No más; bueno está, señores,
que no es posible ponerme
obligaciones mayores.
GOBERNAD. Está contento París
de que a ser fénix venís
del Príncipe que faltó.
CONDE. ¿Cómo puedo ocupar yo
el gran lugar que decís?
Id en buen [hora] y creed
que os he de ver obligados.
Esta esperanza tened.
MARQUÉS. Ya, señor, como criados
nos habéis de hacer merced.

(*Entranse. Entren* CELIA *y* CLARA, *con mantos.*)

CELIA. Vile pasar, y he quedado,
Clara, contenta de ver
tan verdadero traslado.
CLARA. No es Enrique; viene a ser
el Príncipe retratado.
CELIA. ¿Hay cosa tan parecida?
CLARA. Pienso que vienes picada.
CELIA. No agravio mi muerta vida,
porque amar quien le traslada
con el mismo amor le olvida.

(NARCISA *y* JUANA *y* TIRSO, *ellas con tocas de rebozo y sombreros y rebociños.*)

JUANA. Si venías a llorar,
¿para qué a verle venías?
TIRSO. Déjala, que viene a dar
venganza a las penas mías.
NARCISA. Vuélvete, necio, al lugar,
que de escucharte me enfado.
JUANA. Dos tapadas han llegado.
NARCISA. Hoy es día que los cielos
rayos y truenos de celos
disparan a mi cuidado.
¿Qué no llevará tras sí
Enrique en esta ocasión?
TIRSO. Más haces conmigo aquí;

pero ya tus ojos son
de piedra imán para mí.

NARCISA. ¿Cómo?

TIRSO. Levantan la paja.

JUANA. Ellas llegan.

NARCISA. La voz baja,
no nos oiga Feliciano.

TIRSO. Con un príncipe un villano.
¡Qué temeraria ventaja!

CELIA. Si vuestra alteza, señor,
pagar una deuda quiere,
que dicen que a los deseos
como a las obras se debe,
no tenga a descortesía
que le escuche quien le quiere,
fuera de sus altas prendas,
por copia de cierto ausente.
No se esquive, por su vida,
que hoy es día de mercedes,
que reyes en esperanza
las han de hacer como reyes.
Lo primero, el parabién
le ofrezco de la que tiene,
por cierto, bien empleada
en quien tan bien la merece.
Lo demás... (¡Ya me he turbado!)
en que se ve claramente
que ya sois rey, pues turbáis.

CONDE. Antes ya duda me ofrece
de que no lo seré yo,
el turbarme vos, de suerte
que no acierto a responderos;
pero si venís a hacerme
todo el favor que decís,
¿en qué podré conocerle
como en que conozca yo
quien tanto me favorece?

NARCISA. (¿No escuchas, Juana?)

JUANA. (Son hombres.)

NARCISA. (En fin, ejecutan siempre
la libertad con que nacen.)

JUANA. (Tú acertarás si te vuelves.)

NARCISA. (No tiene más fe que un moro.
¡Vive el cielo! que se mete
debajo del mismo manto.
¡Muerta soy! ¿Tirso?)

TIRSO. (¿Qué quieres?)

NARCISA. (Pon los pollinos a punto.)

TIRSO. (Buenos caballos previenes
para huír de amor con alas.)

CONDE. Yo os he visto de la suerte
que al cielo, pues levantamos
siempre el rostro para verle.
Como astrólogo, ¿queréis
que vuestros cielos contemple
todos dentro de la luna?
Cosa nueva me parece.
A sus estrellas hermosas
me guiaron dos claveles
con jazmines, que ponerlos
dentro de las hojas suelen.
Pero ¿para qué los pinto
si la vista fué tan breve?
Pero ¿qué fuera de mí
si pudiera detenerme?
¿Quién sois, y dónde vivís?

NARCISA. (Ya se informa; verla quiere:
agradóle la señora.
¿A esto vine? ¡Ah, cielos!)

JUANA. (Tente.)

CELIA. Cubre, señor Conde, el manto
más grandeza que parece,
que debéis este disfraz
a un antojo solamente.
Quedad con Dios.

CONDE. Feliciano,
sigue esta dama.

CELIA. No puede.

CONDE. ¿Por qué?

CELIA. Porque soy...

CONDE. ¿Quién?

CELIA. Yo.

NARCISA. (Bravas señas.)

CONDE. No la dejes.

NARCISA. ¿Quiere su alteza que yo
vaya tras estas mujeres?

CONDE. ¡Narcisa!

NARCISA. ¿Señor?

CONDE. ¡Aquí!

NARCISA. ¿Es mucho?

CONDE. Es cosa indecente
seguirme tú en este día.

NARCISA. Como algunos hombres eres,
que sienten que en alto estado
deudos pobres los afrenten.

CONDE. Narcisa, la discreción
es que el lugar se respete
donde Dios pone a los hombres
con hábito diferente.
Yo te avisaré y pondré
en el que a los dos conviene,
para que no me murmuren
ni de ti lo injusto piensen.

(*Váyase.*)

JUANA. ¿Cómo te has quedado así?

TIRSO. Déjala, Juana, que duerme.
JUANA. Que duerma no puede ser;
pero si duerme, despierte.
¡Ah, Narcisa, vuelve en ti!
NARCISA. ¡Que pudiese responderme
un hombre tales palabras
que ayer, entre los laureles
a quien debe sombra el prado
y ellos frescura a sus fuentes,
me dijo que era su alma!
TIRSO. Como esas cosas suceden
en los milagros del mundo;
mas mira que Amor lo quiere
porque me pagues el mío.
NARCISA. Hombre ¡por Dios!, que me dejes,
que te quitaré la vida.
JUANA. Narcisa amiga, pues tienes
entendimiento tan claro,
en que es desatino advierte
que una humilde labradora
de un rey de Francia se queje.
Para en el monte eras Venus,
para en la corte no eres
señora. ¿Qué fe le pides?
¿De qué te admiras? ¿Qué em- [prendes?
Volvámonos al lugar,
tus iguales apetece.
Mozos hay.
TIRSO. Y yo ¿qué soy?
¿Soy algún toro silvestre?
¿Soy algún borrico, Juana?
¿A mí no puede quererme
Narcisa? ¿Qué tengo yo
que a Narcisa descontente?
NARCISA. Conozco el error que hacía
¿Qué quieres? Somos mujeres.
Parécenos que los hombres
cumplirán lo que prometen,
y aunque humilde labradora,
como tú me reprehendes,
a los pensamientos altos
estas desgracias suceden.
Pues ¿vesme tosca villana?,
yo tengo de hacer de suerte
que a Enrique, de mis agravios,
para siempre se le acuerde.
Con la falsedad que dijo,
mezclando pólvora y nieve:
"Narcisa, la discreción
es que el lugar se respete
donde Dios pone a los hombres."
Vamos, Tirso.
TIRSO. Al monte vuelve,
que más vale tu rebozo
y el sombrero a lo valiente,
que cuantos diamantes y oro
los palacios enriquecen.
Deja pensamientos vanos,
permite que te requiebren
tus iguales, como yo.
NARCISA. Adiós, cortesano aleve;
adiós, sirena engañosa
del mar de los pretendientes;
sol que madruga al aurora
y antes que anochezca llueve;
dulce pájaro que llama
a los que la liga prende;
veneno en taza dorada
que con resplandor se bebe;
ingrato y fingido amigo
que a quien más debe más vende;
breve tesoro de sueño;
áspid entre hierbas verdes,
que yo tomaré venganza
de ti si amor me concede
que te adore y que te agravie,
que antes me daré la muerte.

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

DE DEL MONTE SALE

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

El CONDE.	CELIA.
El MARQUÉS.	CLARA.
El GOBERNADOR.	NARCISA.
FELICIANO.	JUANA.
TIRSO.	LEONELO.
El REY.	

(FELICIANO *y* TIRSO.)

TIRSO. No pensé verte en la aldea.
FELICIANO. Por la ropa que ha quedado
del Conde vengo.
TIRSO. ¿A un criado
como tú en la ropa emplea?
A la fe vienes a ver
qué hay de la pobre Narcisa.

(NARCISA *y* JUANA.)

NARCISA. ¿Feliciano? ¿Tan aprisa?
JUANA. Luego se quiere volver.
NARCISA. ¿Es el que con Tirso está?
JUANA. El mismo.
TIRSO. Narcisa es ésta.

FELICIANO. Bien lo poco manifiesta
que del Conde se le da.
NARCISA. ¿Señor Feliciano?
FELICIANO. ¡Oh, reina,
en talle, hermosura y brío
de esta selva, en cuanto el río
sus verdes riberas peina!
¿Cómo estamos de memoria
de los que de aquí faltamos?
NARCISA. Ya poco nos acordamos
de aquella pasada historia,
si va a decir la verdad;
porque la naturaleza
opuso nuestra bajeza
al sol de la majestad.
FELICIANO. Nunca menos presumí
de tu raro entendimiento,
que fuera tal pensamiento
soberbia locura en ti.
Mil veces hemos reído
el Conde y yo tus amores,
porque ya en cosas mayores
tiene ocupado el sentido.
"¡Lo que pueden soledades!
—dice a veces—, pues obligan
a que a una piedra se digan
del alma tiernas verdades.
Como en el monte no había
quien tuviese entendimiento,
humillé mi pensamiento
a quien alguno tenía.
Mas ya que en la corte vi
ingenio y belleza iguales,
a los hombres principales
y al estado en que nací,
ya que de Celia miré
belleza, ingenio y valor,
todo aquel pasado amor
como se vino se fué."
NARCISA. ¿Quién es Celia?
FELICIANO. Una señora
hija del Gobernador
de París.
NARCISA. ¡Qué justo amor!
FELICIANO. Al mismo amor enamora.
NARCISA. ¿Y quiérela mucho?
FELICIANO. Tanto,
que pierde por ella el seso.
NARCISA. ¡Bravo amor!
FELICIANO. Con grande exceso.
NARCISA. Si es tan linda, no me espanto.
FELICIANO. Si tú la oyeses hablar,
te perderías por ella.
NARCISA. No haría, porque con ella
no tengo yo qué tratar.
FELICIANO. No hay cosa que no se rinda
a su hermosura y valor.
Todos la tienen amor.
NARCISA. ¡Válame Dios! ¿Qué, es tan linda?
Por lo que al Conde he querido,
puesto que de burlas fué,
me güelgo de ver que esté
tan justamente perdido.
Vete con Dios, Feliciano,
y mira si puedo yo
servirte en algo.
FELICIANO. Hoy me dió,
Narcisa, tu padre Albano
una cuenta que debía
el Conde. Enviaré el dinero
con Tirso.
JUANA. Adiós, caballero.
Ya no habláis.
FELICIANO. ¡Oh, Juana mía!
Todo se olvida en la corte;
en su mar andamos ya.
JUANA. ¿Quién duda que ya tendrá
otra Celia de más porte?
FELICIANO. No faltan, Juana; que allí
hay desa mercadería
abundancia.
TIRSO. Yo querría
también preguntarte...
FELICIANO. Di.
TIRSO. ¿Por qué Celio me has dejado?
FELICIANO. Yo, Tirso, tu amigo soy;
respuesta a Narcisa doy
de lo que me ha preguntado.
Todos os quedad con Dios.

(*Vase.*)

JUANA. ¡Cuál se ha quedado Narcisa!
TIRSO. ¡Que con tanta burla y risa
éste hablase de las dos!
Yo soy un pobre villano,
y fué milagro no hacer
un desatino.
JUANA. Tener
puede ingenio Feliciano,
mas no el término que es justo.
TIRSO. El anduvo descortés.
¡Lástima, Narcisa, es
de verte en tanto disgusto!
Yo, con ser el agraviado,
viendo tanta sinrazón,
vengo a tener compasión

de tu miserable estado.
¿No hablas?

NARCISA. ¡Válgame el cielo!
¡Locamente me perdí!
¿Que esto ha pasado por mí,
que, duro monte de hielo,
tanto fuego sepultó?
¿Tan presto puede querer
Enrique [a] aquella mujer
que Feliciano pintó
con tanta descortesía?
¿He mudado yo mi ser?
¿Por qué me engañaste ayer,
lisonjera fuente fría?
¿No me dijo tu cristal
que soy la misma que fuí?
¿Cómo ya le parecí
al conde Enrique tan mal?
Basta, desengaños sabios.
Campos, árboles y flores,
pues oístes sus amores,
escuchadme sus agravios.
Una Celia de París
me dicen que el Conde adora,
¿qué me aconsejáis agora?
Pues murmuráis, ¿qué decís?
Pensé yo que a mis congojas
respondía el sentimiento
destos olmos, y era el viento
que jugaba con las hojas.
¿Qué locura es ésta? ¡Ay, cielos!
Ya no son de amor cuidados,
porque agravios declarados
¿qué tienen que ver con celos?
¡Qué libre me dijo flores
aquel villano atrevido!
"Mil veces hemos reído
el Conde y yo tus amores.
¡Lo que pueden soledades!
—dice a veces—, pues obligan
a que a una piedra se digan
del alma tiernas verdades."
¿Piedra era yo? No lo fuí,
porque si yo piedra fuera,
ni aquí ni entonces sintiera;
pero en la firmeza sí.
No piense Enrique traidor
que esta burla me ha de hacer,
que desde que fuí mujer
soy igual a su valor.
Si él es de sangre real,
que no hay tan vil mujer crea
que, con ser mujer, no sea
a toda grandeza igual.
Iré a la corte a vengarme,
o allí perderé la vida.

TIRSO. Tente. ¿Dónde vas, perdida?

NARCISA. A la corte.

TIRSO. ¿A qué?

NARCISA. A matarme.

TIRSO. Juana, aunque celoso estoy,
yo no la pienso dejar.

JUANA. Temo que se ha de matar.
También a seguirla voy.

TIRSO. ¿A qué mayores desvelos
puede llegar el rigor
que a tener Narcisa amor
y que la ayuden mis celos?
Que, a costa de la cabeza,
favorecer su porfía,
bien puede ser hidalguía,
pero parece bajeza.

(CELIA y CLARA.)

CLARA. Disculpados y contentos
están en esta ocasión,
señora, tus pensamientos.

CELIA. Fundan mi amor en razón
sus altos merecimientos.
No te espante la mudanza
en tanta desconfianza,
ni que a quererle me aplique,
que es tener amor a Enrique,
de todo un reino esperanza.

CLARA. ¿Qué hablastes en el jardín?

CELIA. Tantas cosas que prometen
a mi amor dichoso fin,
como estos reinos le acaten,
Clara, por francés Delfín.
No le mostré disfavor,
olvidando como error
mi pasado desconcierto,
que tener amor a un muerto
más es melindre que amor.
Aunque el agradecimiento
de aquella pasada historia
pide justo sentimiento,
no se muda la memoria,
sino sólo el pensamiento;
que si al Príncipe quería,
a quien tanto amor debía,
y el Conde lo viene a ser,
lo mismo vengo a querer
que entonces querer solía.
Fuera desto, en mi defensa
dice Amor que no es ingrato

y estar disculpado piensa,
porque querer su retrato
no es hacer al dueño ofensa.
Ningún castigo merece
quien ama lo que le ofrece
de lo que amó semejanza,
porque no ha sido mudanza
querer a quien le parece.

CLARA. ¿Tiene buen entendimiento?

CELIA. ¡Ay, Clara; díjome cosas,
si no fueron fingimiento,
tan tiernas, tan amorosas,
culpando su atrevimiento,
que se disculpara el mío
cuando más favor le hiciera!

CLARA. Olvida, que es desvarío
querer muertos, que aunque fuera
justo amor, fuera muy frío.
Con ganancia te retiras.
Al mayor sujeto miras
que pudiste imaginar;
no tienes que desear
si a Reina de Francia aspiras.
Mas ¿qué me darás, señora,
si llegas a tal estado?

CELIA. Clara, no espantes agora
la dicha, que no ha llegado.

CLARA. ¿Por qué, si Enrique te adora?
¿Puede ya dejar de ser
Delfín de Francia? ¿Qué quieres,
si tú has de ser su mujer?

CELIA. ¡Oh, qué presto a las mujeres
engaña un falso placer!

(MAURICIO, *gobernador.*)

GOBERNADOR.

¿Celia?

CELIA.

¡Señor!

GOBERNADOR.

¿Con quién estás?

CELIA.

Con Clara.

GOBERNADOR.

Despeja, Clara, el aposento luego.

CLARA.

(Algo ha entendido, si en tu amor repara.)

GOBERNADOR.

Es de los padres el mayor sosiego,
Celia, el recato de sus hijos.

CELIA.

Mira
que entras en esta queja a sangre y fuego.

GOBERNADOR.

Injustamente mi principio admira
tu casto honor hasta saber mi intento,
que de los dos a la quietud aspira.

CELIA.

Es la proposición el fundamento
de cualquiera intención, y comenzaste
incitando mi justo sentimiento.

GOBERNADOR.

¿A quién diste ocasión, a quién miraste,
por vida de los dos?.

CELIA.

Galán pareces.
Mucho de que eres padre te olvidaste.

GOBERNADOR.

Pues ¿qué galán de los que tú mereces
puede haber como yo? Que un galán miente
y un padre no.

CELIA.

Tus celos encareces.
Por dicha, ¿temerás que Enrique intente
inquietar de tu casa la nobleza
y sángraste en salud por accidente?

GOBERNADOR.

El venir señoría con alteza
no lo he pensado yo, si bien no ha sido
el milagro mayor de la belleza.
Mis celos o mi engaño han procedido,
Celia, de que hoy con el marqués Roselo
una cansada plática he tenido.
Y aunque te pide, me dejó recelo
de que por dicha la ocasión le has dado.
¿Es esto ansí?

CELIA.

Mejor te guarde el cielo.

GOBERNADOR.

Si te parece a ti que es acertado;
si lo deseas tú, no hay que replique.

CELIA.

El Marqués, si lo ha dicho, te ha engañado.
Y permite, señor, que te suplique
que no tratemos más de casamiento
y más pudiendo ser tu yerno Enrique.

GOBERNADOR.

¿Qué Enrique?

CELIA.

El que ya tiene pensamiento
de ser Delfín de Francia.

GOBERNADOR.

El tuyo admiro;
mas no debe de ser sin fundamento.
Dime verdad.

CELIA.

No hay más de que me mira.

GOBERNADOR.

De mirarte no hubieras tú pensado
que a darte Enrique su esperanza aspira.

CELIA.

Con un amigo lo ha comunicado.
Si él espera reinar, lo mismo espero.

GOBERNADOR.

Ni soy cobarde yo ni confiado;
tu vida, Celia, solamente quiero.

(Váyase, y entre CLARA.*)*

CLARA. Una famosa visita
quiere hablarte.
CELIA. ¿El Conde?
CLARA. No.
CELIA. Pues ¿quién es?
CLARA. No sé más yo
de que verte solicita.
CELIA. ¿Mujer?
CLARA. Una gran señora
parece.
CELIA. Déjala entrar.
CLARA. De secreto viene a hablar
contigo. Esto dice, y llora.

(Entre NARCISA *vestida de dama bizarra, con manto;* JUANA, *de dueña, con tocas largas, y* TIRSO, *de escudero.)*

NARCISA. ¿Dónde está su señoría?
CELIA. Aquí, mi señora, estoy.
NARCISA. Mil gracias al cielo doy
de veros, señora mía.
CELIA. (¡Qué lindo talle!)
CLARA. (¡Extremado!)
CELIA. Lléganos sillas aquí.
CLARA. Mejor estaréis ansí,
señora, que en el estrado.
CELIA. No sé vuestra calidad,
y así no os doy lo que es justo.
NARCISA. No requiere mi disgusto
más honra ni autoridad.
CELIA. No me canso de miraros.
NARCISA. De mi pena os cansaréis;
pero como no la veis
podéis, señora, engañaros.
Por la mano pudo ser
ganarme en encareceros,
que no hay bien, después de veros,
sino volveros a ver.
La fama, aunque grande, ha sido
retrato de mal pintor.
CELIA. Que no paséis del favor
a tanta lisonja os pido.
TIRSO. (¡Ay, Juana, temblando estoy
si nos han de conocer!)
JUANA. (¿Qué nos puede suceder?)
TIRSO. (¿Eres mujer?)
JUANA. (Sí lo soy,
y me ves tan animosa.
¿Qué temes?)
TIRSO. (¿No es con razón
temer que en esta ocasión
nos suceda alguna cosa,
a ti por dueña fingida
y a mí por falso escudero?)
NARCISA. Si escucháis, deciros quiero,
Celia, mi pena y mi vida.

Hermosa Celia, en quien el cielo santo
un jardín de belleza deposita,
con esperanza que a mi tierno llanto
algún favor vuestra piedad permita;
mi agravio injusto el lastimoso canto
de Filomena en verde selva imita,
si a las fuentes refiere sus enojos,
yo, triste, a las riberas de mis ojos.

De alta sangre nacida en León de Francia
quedé sin padres en edad tan tierna,
que mostró mi desdicha la importancia
de la forzosa obligación paterna.
Hasta la juventud desde la infancia
el debido recato me gobierna,
donde apenas mi pie la línea pasa
en breve patria de mi propia casa.

Turbaron esta paz, no pensamientos
nacidos del espejo y de su engaño,
que aun apenas primeros movimientos
a su cristal reconoció mi daño.
La fiesta que los mismos elementos
suelen, señora, agradecer al año,
vistiendo el fuego, luz; el aire, olores;
el agua, perlas, y la tierra, flores.

La fiesta, en fin, de aquel profeta santo,
general regocijo de la tierra,
salí formando del cabello el manto,

que pocas veces la ocasión la yerra.
Pasaba entonces, y en olvido tanto
como belleza, a la vecina guerra
el conde Enrique, a quien detuvo el día,
mejor dijera la desdicha mía.
Transformaba sus lágrimas la aurora
con el calor del sol por las orillas
de un manso arroyo, cuya margen dora
en pimpollos de infantes florecillas,
cuando a su gente, entonces vencedora,
que se alojaba por diversas villas,
alzo los ojos, con disculpa y miro
la hermosa causa por quien hoy suspiro.
En un feroz caballo corpulento,
que las arenas fuego imaginaba,
y como en ellas en el mismo viento
fugitivo los átomos pisaba
el Conde con el mismo pensamiento
o con la misma estrella me miraba,
coronado de plumas de colores,
como su frente de diversas flores.
Bien digo yo que fueron las estrellas;
pues después de haber hecho el enseñado
bridón las gentilezas, que con ellas
mis ojos puso en el primer cuidado,
de algunos escuderos y doncellas
de mi nombre y mis prendas informado,
dejó la guerra y comenzó la mía.
¡Oh, cuánto puede amor cuando porfía!
No es justo referiros diligencias,
pues que mi calidad, sangre y estado
os dirán las forzosas diferencias
de nacimiento menos obligado.
Rindiéronse del alma las potencias
a tanto amor, habiéndose pasado
primero un año entero en la conquista
desde el rigor de la primera vista.
A cuyo fin llegaron juramentos,
cédulas y palabras, mal cumplidas,
a derribar mis altos pensamientos,
si bien no diré yo que son fingidas.
Tres hijos aumentaron los contentos
de nuestras dos enamoradas vidas:
los dos varones, que a su cargo tiene
aquel hidalgo que conmigo viene.
La hija cría aquella dueña honrada,
a cuyos brazos debe, agradecida,
en virtud y labores enseñada,
más que a las ansias que le dieron vida.
Trújome aquí; pero en la muerte airada
que al Príncipe la envidia revestida
desta ciudad nos desterró a su tierra,
que de montañas ásperas se cierra.
Después que el reino pide su heredero,
volvimos a París, donde me ha dado
celos de vos, si bien, como primero,
me jura que conmigo está casado.
De vuestro gran valor, señora, espero
que no daréis lugar a su cuidado,
por lo menos estando de por medio
la gran dificultad de mi remedio.
Tres ángeles os muevan, que, perdidos
pueden quedar por vos, y el llanto os mueva
de una mujer tan noble, si, atrevidos,
sus pensamientos a engañaros lleva.
No aspiro a reinar yo, mis ofendidos
deudos intentarán que yo me atreva:
sólo pretendo ya que satisfaga
mi honor el Conde, que bien mal me paga.

CELIA. ¡Lástima me habéis causado!
TIRSO. (¿Hay embeleco mayor?)
JUANA. (Calla, Tirso, que el amor
fué siempre el mayor letrado.)
TIRSO. (¿Yo crío dos niños, yo?
¡El diablo me trujo aquí!)
CELIA. Que estéis celosa de mí
me pesa; del Conde, no.
Confieso que me ha servido
después que vino a la Corte,
no de manera que importe
a lo que os ha prometido;
y que yo, como inorante,
le miré con afición;
mas viendo que no es razón,
no ha de pasar adelante.
Aquesta palabra os doy.
NARCISA. Mil veces los pies os beso.
Yo temo algún mal suceso
si ve que con vos estoy.
Dadme licencia, que aquí
estoy temblando de miedo
de su rigor.
CELIA. ¿Y no puedo
saber vuestro nombre?
NARCISA. Sí:
que vos, como tan discreta,
no le diréis desto nada,
que a su condición airada
tengo la vida sujeta.
Temo sus graves enojos,
tanto mi amor desconfía,
que no me amanece el día
si no me le dan sus ojos.
Y no le quiero perder
una noche de mi lado,

que estará muy enojado
y me dejará de ver.
Doña Sol me llamo. Adiós.

CELIA. El cielo os guarde.

NARCISA. Rufino,
vamos.

TIRSO. (¿Hay tal desatino?)

(Vanse los tres.)

CELIA. ¡Suceso extraño, por Dios!
Hizo fin mi pensamiento.

CLARA. ¿Por qué?

CELIA. Porque no es razón.

CLARA. Damas como ésta no son
materia de casamiento.
¿Es mucho que un caballero
mozo tenga una mujer?

CELIA. Mucho, Clara, puede ser
si la quiere, y yo le quiero.
Aquí dejo mi cuidado
y cuanto afición se llama,
que hombre con hijos y dama
nunca salió bien casado.
Será su amor inmortal,
Clara, por más que lo dores,
que los primeros amores
salen siempre tarde y mal.
En otra puede emplearse
que no sepa sus cuidados.

CLARA. ¿Han de estar empapelados
los hombres para casarse?
Puede dejar de querer
sus hijos.

CELIA. Mi intento muda
esto de ser Reina en duda
y tener otra mujer.

(El CONDE y FELICIANO.)

CONDE. ¿A qué mejor ocasión
pudo llegar mi deseo?

FELICIANO. Sola está Celia.

CONDE. Señora,
gracias al amor y al tiempo
concertados en mi dicha,
pues en ocasión os veo
que os pueda hablar sin testigos.
Hermosa Celia, ¿qué es esto?
¿Tan limitada alegría
de vuestros ojos merezco?
¿Tan poco favor a quien
con tal cuidado y desvelo
pasa las horas de ausencia
en vuestros merecimientos?
¿Qué novedad ha causado,
claro sol, cielo sereno,
tanta tempestad de agravios
sobre mi inocente pecho?
¿Rayos a mí, dulces ojos?
¿Soy yo gigante soberbio,
que me fulminan, airados?
¿He conquistado su cielo
por ambición de su gloria
con montes de atrevimiento?

CELIA. Enrique, por no tenerle
con vos, que en esto os debo
respeto, por muchas causas
daba mi agravio al silencio.
Indigna cosa parece
de tan nobles caballeros,
que los llama su fortuna
al laurel de tantos reinos,
engañar una mujer
de mi calidad, haciendo
tan falsas demostraciones,
todas por ventura a efeto
de engañarme, como a quien
hoy llora rigores vuestros.
Yo no soy mujer, Enrique,
de obligaciones, que puedo
andar en pruebas de amor
ni en competencias de celos.
Aquí ha estado doña Sol
con la dueña y escudero
que vuestros tres hijos crían.
A vuestra memoria dejo
la historia de sus agravios.
Con lágrimas, desde el tiempo
que la distes en León
palabra de casamiento,
me la refirió, y me pide
no os dé lugar con su ejemplo
a mayor desdicha mía,
y que me admiro os confieso
que estando todas las noches
con libre y cansado sueño
con ella y con vuestros hijos,
tengáis atrevido aliento
de inquietarme a mí los días
con visitas y paseos.
Enrique, yo soy quien soy:
bien sabéis, porque es muy cierto,
que no sois mejor que yo.
Burlas, donde hay padre y deudos
de la calidad que veis,
no parecen de hombre cuerdo.
No habéis de mirarme más;

acudid a vuestro empleo,
que llora por vos el Sol
y es lástima darle celos.

(Váyase.)

CONDE. ¡Señora! ¡Señora!
FELICIANO. Fuése.
CONDE. Clara, detente. ¿Qué es esto?
CLARA. ¿Qué ha de ser?
CONDE. ¿Suelen a Celia
darle aquestos movimientos
por alguna enfermedad?
CLARA. Piensa muy a lo discreto
disimular vuestra alteza.
CONDE. ¿Qué dices?
CLARA. Que ya sabemos
de la misma doña Sol
todos los pasados cuentos.
Váyase con sus tres hijos;
cumpla, pues la debe al cielo
la palabra que le ha dado.
CONDE. Oye, Clara, que no acierto,
de turbado, a responderte.
CLARA. Conde, no tiene remedio.
CONDE. ¿Mujer ha venido aquí?
CLARA. Y con lágrimas que creo
que enternecieran las piedras.
CONDE. ¿Mujer principal?
CLARA. No pienso
que hay en París más hermosa
dama.
CONDE. Vete, que ya entiendo
la invención, y sé en qué prenda.
CLARA. ¿Qué invención?

(Vase CLARA.)

CONDE. ¡Viven los cielos
que he tenido por desdicha
que viva en este suceso
Celia dentro de palacio.
FELICIANO. Pues ¿qué presumes?
CONDE. Sospecho
que este engaño le ha contado
a Celia el marqués Roselo,
que, como sabes, la sirve;
que haber venido es enredo
esta doña Sol que dicen,
y si no fuera aquí dentro
yo lo averiguara a voces,
agraviado y descompuesto.
FELICIANO. Vámonos de aquí, señor,
que viene el Marqués, y temo
tu condición.

(El MARQUÉS ROSELO.)

ROSELO. Aquí está.
Señor Conde, a qué buen tiempo
os hallo en esta ocasión.
CONDE. (¿Podré tener sufrimiento?)
FELICIANO. (Mira, señor, dónde estamos.)
ROSELO. Enrique, hablaros deseo.
CONDE. (¿Qué haré, Feliciano?)
FELICIANO. (Oírle.)
CONDE. ¿En qué os sirvo?
ROSELO. Estadme atento.
Después que de París os retirastes,
Conde, a vivir en una pobre aldea,
y su confusa pompa despreciastes,
como quien tanto su quietud desea,
y lejos de la envidia cortesana
en dulce soledad la vida emplea,
yo vi sin elección ni ambición vana
la hermosura de Celia por destino,
alma divina en perfección humana.
Seguir mi pensamiento determino
con alguna esperanza lisonjera
que a darme aliento o a engañarme vino.
Contar los gastos desta empresa fuera
bajeza del valor; cuento los pasos
mientras un año el sol corrió su esfera.
Fuí de su puerta en todos sus ocasos
inmoble piedra hasta salir la aurora,
donde me sucedieron varios casos.
No porque tenga yo desta señora
ni queja ni favor; vengo a pediros,
porque entendí que la servís agora,
procuréis, si es posible, divertiros
del nuevo pensamiento si obligaros
merecen tantas ansias y suspiros.
Esto con humildad, y aseguraros
que amor y no arrogancia me ha movido,
que si no puede ser, quiero dejaros
libertad de pedirme lo que os pido.

CONDE. Marqués, por medios honrados
los caballeros discretos
intentan fines y efetos
iguales a sus cuidados.
Si esto fuera antes de hacer
lo que en mi agravio habéis hecho,
yo quedara satisfecho;
pero como viene a ser
después de haberle contado,
viendo que ya me quería,
a Celia que yo tenía
tres hijos y que le he dado
palabra de casamiento

a mujer que jamás vi,
contentaos que tenga aquí
de escucharos sufrimiento.
¿Yo doña Sol? ¿Yo he tenido
tres hijos? ¿No hay otros medios
para celosos remedios?

ROSELO. Conde, menos atrevido,
aunque aspiréis a Delfín,
que no lo sois hasta agora.
Yo he mirado a esta señora
para tan honesto fin,
que no tengo que temer
de hombre humano competencia,
ni es tan baja diligencia
de mi noble proceder.
Della yo estoy satisfecho,
aunque con desdén me mira,
porque tan grande mentira
fuera indigna de su pecho.
Si otro alguno os engañó,
miente, y yo lo probaré
con la espada.

CONDE. Yo no sé
más de que Celia me dió
la queja que os he contado;
y como la fama ha sido
que de París me ha tenido
vuestra envidia desterrado,
presumo que vos seréis.

ROSELO. Respondo que no es razón
que mienta la presunción,
si sois vos quien la tenéis.

CONDE. A tales atrevimientos
no hay respeto que mirar.

ROSELO. Ni reservado lugar
para honrados pensamientos.

(*El* REY, *el* GOBERNADOR, LEONELO.)

FELICIANO. ¡El Rey, señor!

CONDE. No le espero.

REY. ¿Aquí espadas?

ROSELO. Quien defiende
honra y vida, gran señor,
vuestra disculpa merece.
El Conde...

REY. No prosigáis;
bien sé que la culpa tiene,
pues no esperó como vos,
que quien sin ella se siente
no huye el rostro al juëz.

ROSELO. De que tú le favoreces
piensa que estoy envidioso.
Tú sabes, señor, que siempre
te he dicho de Enrique bien.

REY. ¿Y esa es causa suficiente
para que saquéis la espada?

ROSELO. Si fué para defenderme,
como he dicho, ¿no fué justo
que su furor resistiese?

REY. Leonelo, llevalde preso
y buscad al Conde. ¿Puedes,
Mauricio, agora abonarme
estas cosas, como sueles?
¿Ves cómo comienza Enrique,
arrogante y insolente,
a atropellar la nobleza?
¡Qué buen principio me ofrece
para lo que el reino pide!

GOBERNAD. Hasta oírle no conviene
ponerle toda la culpa.

REY. Yo le conozco. ¡Si él fuere
digno del laurel de Francia!

GOBERNAD. Presumo que le aborreces.

(NARCISA, JUANA *y* TIRSO.)

NARCISA. (Aquí está su majestad.)

TIRSO. (¿Es posible que te atreves
a hablarle?)

NARCISA. (Calla, cobarde;
también escuchan los Reyes.)
¡Señor!

REY. ¿Quién es?

NARCISA. Quien quisiera
hablarte secretamente.

REY. El gobernador no importa.
¿A qué vienes y quién eres?

NARCISA.

Invicto Ludovico,
yo soy madama Flor, hija de Arnesto.
Escucha, te suplico,
la justa causa que a tus pies me ha puesto.
Soy principal y grave;
todo París mi nacimiento sabe.
Tengo una hermana hermosa,
a quien vió por mi mal el conde Enrique,
tan noble y virtuosa,
que no sabiendo qué remedio aplique
a vencer su decoro,
porque con la virtud no es precio el oro,
de medios se ha valido
tan indignos de un príncipe que aspira
al reino pretendido,
y del espejo en que París se mira,
pues ha de sucederte
que de mayores males nos advierte.

La escura noche estaba
habrá tres días en silencio solo;
mi gente reposaba,
porque en partiendo el sol al otro polo,
a ejemplo de su dueño,
se encierra, muda, a la labor y al sueño,
cuando el Conde, atrevido,
de mi hermana Lucrecia enamorado,
nuevo Tarquino ha sido,
aunque sólo ser güésped le ha faltado;
pues, rompiendo .ventanas,
puso en su honestidad manos tiranas.
Lloraba la doncella,
que enterneciera un mármol. Aquí vienen
testigos que de vella
lágrimas tiernas en los ojos tienen.
Mas no le aprovechaba,
que Roma ardía y a Nerón lloraba.
Dellos, señor, te informa;
ellos te digan lo que yo no puedo,
verás cómo conforma
la pena al llanto, la desdicha al miedo.
¡Ay, mi Lucrecia amada!
¿Qué hará tu honor, tu castidad violada?

REY. ¿Qué dices desto, Mauricio?
GOBERNAD. Estoy, señor, admirado.
REY. ¿Parécete que me ha dado
de ser buen príncipe indicio
extremada educación?—
Venid acá, vos, señora,
¿por dónde entró y a qué hora
Enrique en tan gran traición?
JUANA. Señor, las doce serían,
y entró por una ventana.
TIRSO. (En examinando a Juana,
a las galeras me envían.)
JUANA. Era lástima, señor,
verla de lágrimas llena,
como dulce Filomena
llorar su perdido honor.
REY. Vos, buen hombre, ¿qué decís?
TIRSO. Señor, lo que es el forzalla
yo lo vi, que de miralla
lloraba todo París;
mas lo que es a Filomena,
yo no la he visto, en verdad.
NARCISA. Túrbale la majestad
y enternécele la pena.
TIRSO. Lo que es forzalla, eso vi,
no diré otra cosa yo,
y aun después que la forzó...
REY. ¿Qué?
TIRSO. Quiso forzarme a mí.
NARCISA. Está turbado, señor.
TIRSO. Si, porque la defendía
de sus manos, me decía,
lleno de enojo y furor,
que me había de hacer
y acontecer. ¿No es forzarme?
REY. No es menester informarme;
reportarme es menester.
Traedme mañana aquí
esa doncella.
NARCISA. Señor,
remedio pide mi honor.
REY. Traelda y fiad de mí.
NARCISA. Guarden los cielos tu vida.
TIRSO. Juana traerá a Filomena,
señor, que yo, con la pena
de nuestra casa ofendida,
no sé agora dónde vive.
JUANA. (Camina, que puede entrar
el Conde.)
NARCISA. (No he de parar
hasta que el Rey le desprive,
hasta que al monte se vuelva,
porque el Conde ha de saber
que, agraviada una mujer,
no hay cosa que no revuelva.)
REY. ¿Qué podrás decir agora,
Mauricio?
GOBERNAD. No sé qué diga
si el Conde te desobliga
desta suerte.
REY. ¿A una señora
tan principal esto intenta
Enrique para agradarme?
¿Con esto quiere obligarme?
Al reino quiero dar cuenta
destos principios, Mauricio.
GOBERNAD. Disculpa tiene la edad.
REY. Nacen con la majestad
canas, valor y juïcio.

(*El* CONDE *y* FELICIANO *y* LEONELO.)

LEONELO. Al Conde tienes aquí.
REY. No sé, Enrique, cómo pueda
decirte mi sentimiento.
CONDE. ¿Quién duda, señor, que seas
juez discreto y que agora
a la otra parte reservas
uno de los dos oídos?
REY. Cuando solamente fuera
sacar sin causa la espada,
Enrique, mi justa queja

admitiera tu disculpa,
y aun pienso que cuando hubieras
muerto al Marqués, porque, en fin,
honor y cólera ciegan
los hombres, y, de improviso,
pocas espadas son cuerdas;
pero hacer Roma a París
y que a quejárseme venga
madama Flor de que fuerces,
sin ser Tarquino, a Lucrecia,
¿cómo lo podré sufrir?
¿Tú por las ventanas entras
de una casa principal
y fuerzas una doncella?

CONDE. (¿Qué es aquesto, Feliciano?)

FELICIANO. (No es posible que esto sea
sino envidia de traidores.)

CONDE. Señor, ¿qué traidora lengua
te informa tan mal de mí?
¿Qué hombre es éste que desea
mi muerte?

REY. No es hombre, Enrique.
Como un instante vinieras
antes, hallaras aquí
el dueño de tanta afrenta.
Madama Flor me ha contado
que, como no te aprovecha
contra su virtud el oro,
te hás valido de la fuerza.
A su hermana le has forzado,
Enrique, ¿por qué lo niegas?

CONDE. ¿Qué madama Flor, señor,
que me quitas la paciencia?
Si la conozco ni he visto
tal casa ni tal Lucrecia,
quíteme el cielo la vida.

REY. Y si viene esta doncella
mañana aquí, y en tu cara
te dice con la violencia
que le quitaste el honor,
¿qué dirás?

CONDE. Que cuando venga
tal mujer, ni del delito
que te han dicho me convenza,
quiero que luego me quiten
de los hombros la cabeza
en un público teatro. *(Váyase.)*

REY. Yo sé que cuando la veas
que te prueba con testigos
tan abonados la fuerza,
será imposible negarlo. *(Vuelva.)*

CONDE. ¿Qué testigos?

REY. Una dueña
y un escudero, que entrambos
te harán decir lo que niegas.

CONDE. ¿Qué es esto, señor Mauricio?

GOBERNAD. Conde ¡por Dios! que me pesa.
Yo he visto a madama Flor,
las lágrimas y las quejas.
Lo demás vos lo sabéis.

(Vase.)

CONDE. ¿Hay tal maldad?

FELICIANO. Bueno quedas.
Temo que te vuelvan loco.

CONDE. No hayas miedo que me vuelvan
loco, porque ya lo estoy.
¿Qué Flor o demonio es ésta?

FELICIANO. Otra doña Sol será
que, como entonces con Celia,
agora con otro engaño
también con el Rey te enreda.

CONDE. Fáciles son, Feliciano,
de conocer estas tretas.
No puede sufrir la envidia
que Delfín de Francia sea;
siempre sigue a la virtud.

FELICIANO. El pie temerario asienta;
adonde pone la planta
sus mismas estampas sella.

CONDE. Dos cosas inremediables
sombra de su sol engendran:
a la envidia, la privanza,
por más humildad que tenga,
y a los celos el amor.
Pero que mi suerte sea
tan desdichada que al Rey
le digan tales bajezas...
¿Yo he visto a madama Flor,
ni yo he forzado a Lucrecia?
¿Yo estoy casado y con hijos,
como dijeron a Celia?
¡Oh, fortuna de las cortes!
¡Oh, mar de infames sirenas!
¡Oh, peligro deseado
posta que la vida llevas!
¡Oh, piélago de mentiras!
¡Oh, vil quimera compuesta
de lisonja y ambición,
murmuración y soberbia,
donde el mentiroso vulgo
ni aun la majestad respeta!
¡Tan lejos viven los pies
de conocer la cabeza!
Si me aborreces, yo a ti,
y, por que mejor lo creas,

desde aquí me vuelvo a un monte,
donde son los hombres peñas.
Mejor que vivir contigo
quiero vivir entre fieras,
que más fácil que a la envidia
les puedo hacer resistencia.
Deme seguro descanso
la soledad de una aldea,
una fuente sus cristales,
un olmo su sombra fresca.
No quiero yo más palacios
que la cumbre de una sierra;
no más dosel que su nieve,
hecho de escarchada tela;
allí me canten las aves,
no las lisonjeras lenguas.
De las cortinas del sol
sumiller la aurora sea;
rústica Narcisa mire
y no adore ingrata Celia;
aquella verdad estime,
aquellas entrañas crea.
Adiós, París; adiós, corte;
adiós, pretensiones necias;
adiós, que monte y Narcisa
con dulces brazos me esperan.
Llevarle quiero dos joyas,
y porque de plata y seda
entiende menos que de almas,
a toda el alma con ellas.

TERCER ACTO

DE DEL MONTE SALE

CELIA.	ROBERTO.
El REY.	*El* CONDE ENRIQUE.
JUANA.	NARCISA.
TIRSO.	LEONELO.
El MARQUÉS ROSELO.	CLARA. (1)

(ROBERTO *y el* MARQUÉS ROSELO, *de noche.*)

ROBERTO. Por el reloj de los cielos,
pienso que las once son.
ROSELO. Yo he pensado esta invención
para averiguar mis celos.
Porque fingiéndome el Conde,
la envidia de su favor,
sabré si le tiene amor
en lo que Celia responde.
ROBERTO. Pues ¿habla con él?
ROSELO. Así
me lo ha dicho cierta dama.
ROBERTO. Pues llega a la reja y llama.
ROSELO. Amor se duela de mí.
CELIA. ¿Quién es?
ROSELO. (Que a punto que estaba.)
Enrique, señora, soy.
CELIA. Dijéronme, Conde, que hoy
licencia, enojado, os daba
el Rey para que volváis
a vivir a vuestra tierra.
¡Oh, cuánto el consejo yerra
que en esta ausencia tomáis!
Porque si estando presente
os trata la envidia ansí,
¿qué hará de vos y de mí
si estáis de la Corte ausente?
No pensé desenojarme,
que tanto estuve ofendida
de doña Sol, que en mi vida
imaginé reportarme;
pero sabiendo que os vais,
no quiero ser descortés.

(*El* GOBERNADOR *con rodela y espada, y* JULIO.)

GOBERNAD. Hoy tengo de ver quién es,
celos, si licencia dais
a un padre en tantos desvelos
para defender su honor.
JULIO. ¿Quién va?
ROSELO. Que pase es mejor
si no le detienen celos.
GOBERNAD. Desta suerte pasaré

(*Meta mano.*)

en defensa desta casa.
ROSELO. Pues si desa suerte pasa,
lo mismo a su ejemplo haré.

(*Riñan.*)

GOBERNAD. Bríos tengo en esta edad
para defender mi honor,
que no me sufre el valor
usar de la autoridad.
JULIO. ¿Así se pierde el respeto
a tan gran señor, villanos?
ROSELO. Hablan de noche las manos
y es el silencio discreto.
GOBERNAD. ¡Herido estoy!
ROSELO. ¡Vive Dios!
que es Mauricio.
ROBERTO. Error ha sido.
¡Huye!

---

(1) Interviene además JULIO.

ROSELO. ¡Si me han conocido!

(*Los dos huyen.*)

GOBERNAD. ¡Qué necios fuimos los dos,
Julio, en salir desta suerte,
sin traer armas de fuego.
JULIO. ¿Qué sientes?
GOBERNAD. Pienso que llego
a las ansias de la muerte.
Entra y a Celia le di
la desdicha que ha causado.
JULIO. Sin alma voy de turbado.
GOBERNAD. ¡En triste punto salí!

(NARCISA *y* JUANA *de labradores.*)

JUANA. Murió el mejor labrador
que esta montaña ha tenido.
NARCISA. La muerte de Albano ha sido
templanza de tanto amor.
Por padre le he respetado:
con tal nombre me crió.
JUANA. ¿Qué, no era tu padre?
NARCISA. No.
JUANA. Pues ¿quién te ha desengañado?
NARCISA. Algún día lo sabrás.
JUANA. Haces tantas invenciones,
que temo de tus razones
que otras mayores harás.
Di que no es tu padre Albano,
fíngete agora princesa
para conseguir la empresa
de tu pensamiento vano.
Que desde que yo te vi
con tanta gala y valor,
doña Sol y doña Flor,
y hablar con un rey así,
dije: O aquesta mujer
nació señora, o ninguna
tuvo en tan baja fortuna
más entendimiento y ser.
¡Qué bien te estaba el vestido!
A mí propia me engañabas.
NARCISA. Pues dese engaño en que estabas
desengaño el tiempo ha sido.
Tú sabrás pronto un secreto
que te cause admiración.

([*Sale*] TIRSO.)

TIRSO. Dadme albricias.
NARCISA. ¿De qué son?
TIRSO. ¿Prométeslas?
NARCISA. Sí, prometo.
TIRSO. El conde Enrique está aquí.
NARCISA. ¿Estás loco?
TIRSO. Loco estoy,
pues estas nuevas te doy.
NARCISA. ¿Tú le has visto?
TIRSO. Yo le vi
con el gabán que solía
pasear en nuestra aldea.
NARCISA. Juana, ¿quieres que lo crea?—
¿Mientes por darme alegría,
o por burlarte de mí?
TIRSO. Si no le he visto y hablado,
que me vea en alto estado
del humilde en que nací,
y allí, con tanta arrogancia,
que nadie me quiera bien.
Mira tú, diciendo amén,
si es maldición de importancia.
NARCISA. ¿Qué le habrá traído aquí?
TIRSO. La mudanza de la corte.
Pero ¿qué me das en porte
de la nueva que te di?
NARCISA. Fuera de la voluntad,
pide, Tirso.
TIRSO. Que aquel día
que el Conde, Narcisa mía,
pues será con brevedad,
se case con quien le iguale
en calidad y valor,
agradezcas este amor,
si para lo mismo vale.
Que habiéndote de casar,
¿quién me iguala en el aldea
que de tantas partes sea
para poderte igualar?
De lo rústico no digo:
mas si lo fuí, te prometo
que pienso que soy discreto
después que trato contigo,
que por lo menos se aprende
de tratar con quien lo es.
NARCISA. Digo que sea después
que el Conde con quien pretende
se case, que ya sé yo
que esto ha de ser con su igual.

(*El* CONDE, *con gabán, y* FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Qué, no te parecen mal
estas soledades?
CONDE. No.
Antes me han de dar salud
estas selvas, monte y prado,
este silencio sagrado
y esta dichosa quietud.

Aquí, destas fuentes bellas,
mis pensamientos se fíen,
que parece que se ríen
de verme volver a vellas.
¿Qué amigos más verdaderos
que estos árboles y flores?
Cántenme aquí ruiseñores
y no en París lisonjeros.
Aquí viviré pasando
las horas en vida honesta.

FELICIANO. ¡Ay, señor! Narcisa es ésta.
¡Qué a traición te está mirando!

CONDE. ¡Narcisa mía!

NARCISA. ¿De quién?

CONDE. Mía, mi bien.

NARCISA. ¿Suya?

CONDE. Sí,
que no hay más bien para mí.

NARCISA. ¿Luego no es Celia su bien?

CONDE. ¿Quién te dijo esa locura?
Un día la visité
para rendir a tu pie
su discreción y hermosura.

NARCISA. ¿No más?

CONDE. Feliciano diga
si fué por otra razón.

NARCISA. ¡Buen testigo!

FELICIANO. Celos son,
que bien sabes que le obliga
al Conde, para vivir
estas selvas, tu belleza.

CONDE. Y Juana, tanta aspereza.

JUANA. Pues yo, ¿qué puedo decir
si Narcisa está enojada?

CONDE. ¿Y Tirso tan escondido?

TIRSO. Yo, cierto que no he sentido
de aquello de Celia nada;
pero si Narcisa y Juana
están celosas, ¿soy yo
de piedra?

CONDE. Si se enojó
de la usanza cortesana
Narcisa, no lo estéis vos.

TIRSO. Yo, como ella no lo esté,
no habrá cosa que me dé
pesadumbre: no, por Dios.

CONDE. Narcisa, a la Corte fuí;
adonde el Rey me llamó;
la esperanza que me dió
mudó la apariencia en mí,
no la voluntad, que allí
dentro del pecho vivía;
que supuesto que decía
otras diversas razones,
en todas las ocasiones
eras alma de la mía.
Decíale al Rey, mi bien,
que por mujer acetaba
la de Cleves, que él me daba,
y al gobernador también,
por no mostrarles desdén;
pero cuando esto decía,
dando a entender que quería
casarme luego con ella,
eras tú, Narcisa bella,
en el alma mujer mía.
Cuando a Celia visitaba,
de su valor satisfecha,
sin tener de ti sospecha,
de quien tan segura estaba.
Cuando, necia, imaginaba
deshacer lazo tan fuerte,
como de los dos se advierte,
estaba el alma en su centro
diciendo: "Soy aquí dentro
de Narcisa hasta la muerte."

NARCISA. ¡Qué donaire que ha tenido
vuestra alteza, gran señor,
en tenerme tanto amor
dentro del alma escondido!
Como renegado ha sido
que dice, cuando se ve
entre cristianos, que fué
con la lengua siempre incierta,
pero que tiene encubierta
dentro del alma la fe.
Pues, señor, sepa que es poca
cuando la encubre el temor,
porque también quiere amor
que le confiese la boca.
Que pasión que al alma toca
es en tiempos semejantes
más descubierta entre amantes,
si no es que la fe se amengua,
que desde el alma a la lengua
corre el amor por instantes.
De quien calla cuando es justo
que hable, claro se infiere
que desprecia lo que quiere
o quiere otro nuevo gusto.
Que la trae algún disgusto
de la Corte a este lugar
bien se deja imaginar,
porque si amor me tuviera,
puesto que callar quisiera
era imposible callar.

CONDE. Confieso que me ha traído
desabrimiento a mi aldea
de ver tan loca a la envidia
sin pedir al Rey licencia.
Andaba cierto Marqués
lleno de celos de Celia;
desbarató los principios,
temiendo la competencia
con decir que yo tenía
de una doña Sol, leonesa,
tres hijos, y al Rey también
que forzaba las doncellas,
pues cierta madama Flor
le dijo que de Lucrecia,
su hermana, Tarquino fuí;
probando la injusta fuerza
con un infame escudero
y una mal nacida dueña,
que, ¡vive Dios!, que a saber
quién estos villanos eran
que les quitara mil vidas.

TIRSO. (¡Oxte, puto, guarda fuera!)

NARCISA. (Maldición de flores nueva;
pero no querrá que estén
cautivas Naturaleza.)
Prosiga su historia.

CONDE. En fin,
aquesta madama Flor,
—¡plega al cielo que lo sea
en los jardines del Turco!—,
con tantas lágrimas tiernas
dicen que al Rey informaba
que enterneciera las piedras.
Como vi que si vivía
más tiempo entre tantas fieras
aventuraba la vida,
acordéme de mi aldea
y quise más ver los prados
que pisas, Narcisa bella;
las fuentes en que te miras,
las aves que te requiebran;
estas peñas que, arrogantes,
compiten con las estrellas,
cuya nieve, vuelta en agua,
humilla el sol a la tierra;
estos cándidos vellones
de tus peinadas ovejas;
estas cabañas humildes
de secos tarayes hechas,
que los dorados palacios,
cuya envidiada grandeza
no me agradaba, enseñado
a la quietud destas selvas.
Yo vengo a vivir aquí,
yo vengo a servirte en ella,
donde, por recién venido,
cuando otra cosa no sea,
bien merezco que tus brazos...

NARCISA. Detente.

CONDE. No me detengas.

JUANA. Ea, Narcisa; que el Conde
te adora.

FELICIANO. Si esto no fuera
amor, ¿por qué obligaciones
viniera el Conde a esta tierra?

NARCISA. No pienso hacer paz con él
si Tirso no me lo ruega.

TIRSO. (Eso es mandarme bailar
y aforrarme la cabeza.)

NARCISA. Como Enrique...

CONDE. Di, adelante.

NARCISA. Ser mi marido prometa.

CONDE. Si me igualaras, Narcisa,
o Francia no me pidiera
por su Delfín.

NARCISA. Yo te igualo.

CONDE. ¿De qué suerte? *(Ruido.)*

NARCISA. Escucha.

CONDE. Espera;
que gran gente baja al valle.

(Entren LEONELO *y* SOLDADOS.*)*

NARCISA. ¡Oh, amor; no hay gloria sin pena!

LEONELO. Prevenid todos las armas.
Dese a prisión vuestra alteza.

CONDE. ¿Alteza y prisión, Leonelo?
¿Qué novedades son éstas?
¿Hay otra madama Flor?
¿Hay otra fingida queja?

LEONELO. La que la tiene de ti
aspiraba a ser Princesa
contigo, y ya tu enemiga,
le pide al Rey tu cabeza.

CONDE. ¿Quién, Capitán?

LEONELO. No preguntes
lo que tan bien sabes. Celia,
cuyo padre has muerto.

CONDE. ¿Cómo?

LEONELO. Dice que hablando con ella
salió su celoso padre
y que al llegar a su reja
tú y Feliciano le habéis
muerto.

CONDE. Que lo sea me pesa,
que era Mauricio mi amigo
y hombre de tan altas prendas,

que no queda al Rey en Francia
de quien confiarse puedan
los consejos de la paz
y las armas de la guerra.
¡Qué desdicha! Pero admira
que sea Celia tan necia
que entienda que yo le he muerto.
Vamos, Leonelo, a que sepan
en París cuántos caminos
contra mi inocencia intenta
la envidia. Poco ha, Leonelo,
que me llevaste a que fuera
Delfín de Francia, y agora
me llevas preso. ¿Qué piensa
la Fortuna hacer de mí?
Mas, por ventura, desea
quitar a la necia envidia
esta piedra en que tropieza.

LEONELO. Esto manda el Rey.

CONDE. Narcisa,
¡vive Dios!, que mi inocencia
está libre desta muerte.
Ya no es posible que vuelva.
Con Dios te queda y también
con la poca o mucha hacienda
que hallares en esa casa.
No respondes, pero aciertas.
Vamos.

LEONELO. Venid, Feliciano.

FELICIANO. Cuando tú no me quisieras
llevar, fuera yo mil veces.

(*Váyanse.*)

JUANA. ¡Bravas desdichas te cercan!

TIRSO. ¡Bravas fortunas te siguen!

NARCISA. ¡Gran pecho quieren mis penas!
¡Gran ánimo mis desdichas!
¡A ellas, amor, a ellas!
Seguidme.

TIRSO. Pues ¿dónde vas?

NARCISA. Adonde mis penas crean
que tengo tan grande amor
que las ha de hacer pequeñas.

(*El* REY *y el* MARQUÉS ROSELO.)

REY.

No sé cómo te animas,
Roselo, a consolarme en tanta pena.

ROSELO.

Rogarte que reprimas.
Si las mayores el valor refrena,
con discreto juïcio,
la que dió la muerte de Mauricio.
¿Por qué, señor, te ofende?

REY.

Porque perdí un amigo, en quien tenía.
Marqués, lo que pretende
quien ha de gobernar la monarquía
de un reino; que en el polo
celeste el sol aun no gobierna solo.
A la noche preside
la blanca luna, mientras él descansa,
y el gobierno divide.
Tal vez el peso del imperio cansa
y es menester Atlante,
en cuyos fuertes hombros se levante.
Aquel ángel de guarda
que suele dar a un Rey la vulgar gente
que en lo exterior le guarda,
se ha de entender un grave presidente,
que haciendo justas leyes,
haga dichoso el cetro de los Reyes.
¿Quién fué como Mauricio?
La coluna de Francia me ha faltado.

ROSELO.

No faltan al servicio
de tu corona con igual cuidado
muchos grandes sujetos
no menos generosos y discretos.

REY.

Sin esto, ¿qué desdicha
puede igualarse a haberle Enrique muerto?
¿Será razón, por dicha,
no castigar tan grave desconcierto?

ROSELO.

Que no es justicia, digo,
a quien ha de heredarte dar castigo.

REY.

¿Cómo que no es justicia?
¿Esa es razón de un hombre de tu ingenio?

ROSELO.

No se prueba malicia.

REY.

Pregúntale a Aristómenes Messenio,
supuesto que se ama,
cómo la mala sangre se derrama.
Casio y Epaminundas
y Seleuco ¿sus hijos no mataron?

ROSELO.

Si la justicia fundas
en gentiles, la fama idolatraron.

REY.

No son, por ser gentiles,
si fueron justos, los ejemplos viles.

ROSELO.

Luego, ¿quitar la vida
piensas a Enrique porque Celia, airada,
diga que fué homicida
de su padre, celosa y engañada?

REY.

¿Engañada, Roselo?

ROSELO.

¿No se pudo engañar?

REY.

¡Pluguiera al cielo!

(CELIA, *de luto,* CLARA *y acompamiento.*)

CELIA.

Como suele, señor, venir la parte
a pedirle justicia a un Rey, yo vengo
a pedirte piedad y a suplicarte
que no mires airado la que tengo,
que más glorioso nombre puede darte
la que al valor de tu laurel prevengo
con perdonar a Enrique, en quien estriba
que esta corona con descanso viva.

Ya me miran, señor, todos airados,
tan grande y justo amor al Conde tienen.
Ya mi padre murió; ya tus cuidados
otros sujetos de valor previenen.
Mira que los sucesos desdichados,
no por malicia, por desgracia vienen;
yo le perdono, la prisión excusa,
que me ha seguido la ciudad confusa.

No permitas que Francia me aborrezca,
que aunque es verdad que yo le vi matalle,
defendiéndose fué; no te parezca
que por amor pretendo disculpalle.
¿Qué castigo pretendes que merezca
quien no pudo pensar que por la calle
viniera un hombre de su edad celoso
sin descubrirse a un mozo valeroso?

¿Qué querías, señor, que Enrique hiciese,
cuando mi padre la ocasión le daba?
Ni puedo yo creer que conociese
a quien como a ti mismo respetaba.
Con esto, gran señor, tu enojo cese,
vuelva a tu gracia el Conde, como estaba.
harás agora a la razón sujeto
lo que después harás menos discreto.

REY. ¡Marqués!
ROSELO. ¡Señor!
REY. Escuchad.
Yo os quiero pedir consejo.
Esta quiere a Enrique vivo:
no quiere a su padre muerto.
¡Cómo se conoce amor!
ROSELO. (¡Más se conocen mis celos!)
REY. He imaginado, Marqués,
para todos un remedio.
Yo no he de matar a Enrique,
Francia le llama heredero,
yo pienso que lo ha de ser
si quieren guerras y pleitos.
Pues dejar a Celia ansí
no es cumplir con lo que debo
al muerto ni a mi justicia;
darle por castigo quiero
el remedio de su casa.
ROSELO. Pues ¿qué tienes por remedio?
REY. Que, casándose con Celia,
Enrique suceda al muerto.
Con esto pago a Mauricio
servicios de tanto tiempo,
remedio a Celia y castigo
a Enrique.
ROSELO. No lo aconsejo.
REY. ¿Por qué? ¿No es tan buena Celia
como Enrique?
ROSELO. Yo confieso
la nobleza; mas merece
Enrique más casamiento,
y el que tenías tratado
en Cleves, con más acierto,
dejará quejoso al Duque.
REY. Pues ¿qué remedio más cuerdo?
ROSELO. A ver lo que Enrique dice,
que casamientos violentos,
como tú sabes, señor,
nunca tienen buen suceso.

(*El* CONDE, *preso,* FELICIANO *y* GUARDA *y* LEONELO.)

LEONELO. Aquí viene preso Enrique.
CONDE. Aquí, señor, vengo preso
y inocente de la causa,
haciendo testigo al cielo
que ni a Celia hablé en su reja
ni sé de su padre muerto
más de que lo dicen todos.
REY. Enrique, todo el proceso
se resuelve en que ella dice
que eras tú, con juramento.
CONDE. Pues ¿qué ley condenar puede
con un testigo?
CELIA. No vengo

a pedir justicia yo,
que en la causa que eres reo
soy parte y soy abogado,
y al Rey que perdone ruego.
Pésame de que lo niegues,
pues en mi reja es tan cierto
que te hablé cuando salió
mi padre, celoso y necio,
dándote causa a matalle.

CONDE. Si te hablé, si yo le he muerto,
quíteme el cielo la vida.
Antes bien, Celia, sospecho
que esa noche caminaba
a mi aldea, descontento
de ver tantos testimonios,
y mira que no merezco,
Celia, el mayor de tus labios.

REY. Enrique, yo hallé remedio,
a que no has de replicar,
para quedar satisfechos
Celia, Mauricio y su casa.
Parte a tus Estados luego
con ella, donde te cases,
mira si es partido honesto,
y no vuelvas a la Corte
hasta que, juntando el reino,
te mande lo que has de hacer.

(*Vase con el* MARQUÉS.)

CONDE. Tu voluntad obedezco,
pues dices que no replique.
Vamos, señora, que creo
que os debo notable amor,
pues con este fingimiento
me queréis por vuestro, en fin.

CELIA. Yo, conde Enrique, no os fuerzo.
Si no fuere vuestro gusto,
agora estamos a tiempo.

CONDE. ¡Leonelo!

LEONELO. ¡Señor!

CONDE. Aquí
pensabas traerme preso
y fué engaño, porque entonces
vine libre y preso vuelvo.

(*Salen* NARCISA *y* JUANA.)

NARCISA. Mucho tarda Tirso, Juana,
que siguiendo al Conde fué.

JUANA. ¡Que en esta locura dé
tu loca esperanza vana!

NARCISA. ¿Qué quieres? No puedo más.
Y si tan perdida estoy
es por no ser lo que soy.

JUANA. Con esta prisión estás
más perdida que solías.
¿Qué nuevo ser tienes ya
que, muerto Albano, te da
causa a tan locas porfías?

NARCISA. Es, Juana, un grande secreto
que no se puede saber
hasta venir a tener
mis pensamientos efeto.
¡Ay, Dios! Si el Conde mató
al Gobernador, ¿qué espero?
Pues al engaño primero
este segundo añadió;
que el venir a nuestra aldea
fué para poder negar
que no le pudo matar.
Pues si él a Celia desea,
si la sirve y quiere tanto,
¿para qué quiero ser yo
más que hasta aquí, pues me dió
más causa para más llanto?
¡Fuentes a mi llanto iguales,
o trasladaos a mis ojos
o mis lágrimas y enojos
a vuestros puros cristales!
Antes que fuese quien soy
menos mis penas sentía;
por no ser lo que solía,
en mayor desdicha estoy.

(TIRSO *entre.*)

JUANA. No te aflijas, que ya viene
Tirso.

TIRSO. Siempre soy correo
de malas nuevas.

NARCISA. Ya veo
que el Conde peligro tiene.
¿Está el Rey muy enojado?
¿Hay contra su sangre ley?

TIRSO. Ya no está enojado el Rey,
sino Enrique está casado.
¡Presto lo he dicho, a la fe!

NARCISA. ¿Casado? ¡Triste de mí!

TIRSO. O viene a casarse aquí,
que del Rey concierto fué
por la muerte de Mauricio.

NARCISA. Luego ¿con Celia se casa?

TIRSO. El se casa, y en tu casa.

NARCISA. ¡Quién tuviera más juïcio!

TIRSO. ¿Para qué?

NARCISA. Para tener
mucho que perder aquí.
¿Que se casa el Conde?

TIRSO. Sí.
NARCISA. ¿Y que es Celia su mujer?
TIRSO. Si no lo crees, advierte
que los coches llegan ya.
NARCISA. Amor, paciencia, que está
vuestra esperanza a la muerte.

(Entren FELICIANO *y* CRIADOS, CELIA, *de camino. y el* CONDE *y* CLARA.)

CONDE. En esta pequeña aldea,
falda deste monte, vivo;
aquí me tiene cautivo
el Rey, que mi fin desea,
y aquí me manda vivir.
CELIA. ¡Buen sitio, monte extremado,
lindas aguas, fresco prado!
¡Clara, no hay más que pedir!
¡Qué buena casa!
CLARA. No creo
que la hay en París mejor.
CELIA. ¿Qué alcaide tenéis, señor,
en esta casa?
CONDE. El deseo
de que en ella os halléis bien:
pero vive en ella agora
una honrada labradora
y su familia también.
Murió su padre, a quien yo
fiaba mi hacienda junta.
CELIA. ¿Dónde está?
TIRSO. (Por ti pregunta.)
CELIA. ¿No está aquí?
NARCISA. (Dile que no.)
TIRSO. Señora, dice Narcisa
que no está aquí.
CELIA. Si sois vos,
¿por qué no llegáis?
NARCISA. (¡Ay, Dios!)
CELIA. ¿No sabéis andar aprisa?
NARCISA. Cuando voy a la ciudad
tras el pollino, con Juana,
bien sé andar.
CELIA. ¡Buena villana!
NARCISA. Buena sea su verdad,
que cierto que me lo debe,
porque cualquiera que al Conde
quiere bien, me corresponde.
JUANA. (A mucho tu amor se atreve.)
CELIA. Clara, ¿no parece mucho
a doña Sol?
CLARA. Es retrato.
NARCISA. Era sol, y el tiempo ingrato
noche me volvió.
CONDE. (¿Qué escucho?
¡Ay, Feliciano! ¿Qué haré?)
FELICIANO. (¿Qué puedes hacer, señor?)
CELIA. Si no es doña Sol, error
de Naturaleza fué.
NARCISA. Como eso hará la Fortuna,
que es tela de tornasol.
"Púsoseme el sol,
salióme la luna;
más valiera, madre, la noche escura."
CELIA. Pues aquella labradora
mucho a la dueña parece.
CLARA. La imaginación ofrece
talés engaños, señora,
que aquel villano también
me parece al escudero.
CELIA. Conde, ver la casa quiero,
que me parece muy bien.
NARCISA. A saber que sus mercedes
venían, otro aparejo
toviera; como un espejo
rellocieran las paredes.
Pésame que la espetera
como solía no esté;
pero yo la lumpiaré
por de dentro y por de huera.
A la he, no ha de quedar
cosa en casa que no mude,
aunque la presona sude
cuando pensó descansar.
Todo está con la prisión
del Conde desbaratado,
que, a saber que era casado,
era forzosa ocasión
de que se mudara todo;
pero agora lo será.
CELIA. La labradora me da
gusto.
CLARA. El hablar de aquel modo,
aunque grosero, es donaire.
NARCISA. (Pues a mí no me le ha dado
que tan presto hayan llegado.
Mas viene el mal por el aire.)

(Entrense todos, y NARCISA *asga al* CONDE. *Los dos solos.)*

NARCISA. Escuche su señoría,
que acerca de aderezar
la casa hay que preguntar.
CONDE. ¿Qué quieres, Narcisa mía?
NARCISA. Traidor Conde, ¿qué te hacía
el alma que has engañado?
Si a Celia la tuya has dado,

¿por qué veniste a casarte,
pudiendo excusarlo en parte
que yo te viese casado?

CONDE. Fué del Rey la voluntad.

NARCISA. Luego ¿el Rey te señaló
que vinieses donde yo
te viese con tal crueldad?

CONDE. Y tú, ¿piensas que es verdad
que maté a Mauricio yo?

NARCISA. Yo no sé quién le mató.

CONDE. ¿No ves mi inocencia en mí?

NARCISA. Conde, tus traiciones, sí;
pero tus desdichas, no.
¡Vive el cielo, que eres hombre!
Esto digo y esto siento:
no hay más encarecimiento
que deciros este nombre.
Pero deja que me asombre
que el Rey te dé por castigo
casar a Celia contigo;
que si primero me has muerto
fuera más justo concierto
que te casaras conmigo.
¡Válgame Dios, qué mudanza
cupo en tan grande nobleza!
¡Mi arrogancia y mi bajeza
dieron al amor venganza!
¿Qué pensaba mi esperanza
cuando se fundaba en ti?
Pues advierte que nací
mejor que tú y que he de ser
en la venganza mujer
para vengarme de mí.

CONDE. ¡Mi bien!

NARCISA. La lengua detén,
que de experiencia he sacado
que cuando me has engañado
siempre me has dicho "¡Mi bien!".
Yo te dije aquí también
que te podía igualar,
con que pudieras pensar
algún secreto valor.
Mas, teniendo a Celia amor,
¿qué te pudiera obligar?

CONDE. Oye, amores. ¡Por tus ojos!
No te retires.

NARCISA. Desvía.

(Entre CELIA.)

CELIA. ¡No es malo, por vida mía!
¿Soy causa destos enojos?

NARCISA. ¿Agora celos y antojos?
Mas ¿qué? ¿Los tiene de mí?
¿No ve que el señor aquí
tomarme quiere las llaves
de casa?

CELIA. Pienso que sabes
más de mí que yo de ti.
¿Cosa, aldeana, que fueses
la doña Sol que se esconde
y que tres hijos del Conde
en este lugar tuvieses?
Habla, di verdad, no ceses;
habla, licencia te doy.
Si eres Sol, a tiempo estoy,
que me holgaré que lo seas.

CONDE. ¡Qué mal los celos empleas!

NARCISA. Muy mal. ¿Tan rústica soy?
Señora, los hombres son
tan fáciles, que a villanas
dirán, si no hay cortesanas,
su poquito de razón.
No pongáis la presunción
de tan gran señora en mí;
aquí os dejo, que si fuí
villana, eso mismo soy,
y como quien soy me voy
al monte donde salí.
Dejad cuidados celosos,
que a casos tan levantados,
¿qué importa llegar osados
si los acaban dichosos?
Mis pasos fueron dudosos,
que por no saber quién fuí,
neciamente los perdí;
pero ya que me resuelvo
a poner fuego, me vuelvo
al monte de quien salí.

(Vase.)

CELIA. ¿Estas enigmas tenéis,
Enrique, en aquesta aldea,
que con vuestra dama os vea
y vuestros hijos queréis?

CONDE. Señora, pues ya sabéis
que es doña Sol esta dama,
volved por mí y por su fama.
Esos tres hijos tenía
que doña Sol os decía.
Así se turba quien ama.
Ni os está bien el casaros
conmigo, ni al Rey querer
darme tan noble mujer
si no tengo de estimaros.
Adoro en mis hijos caros.
(¡Vive Dios! que no los tengo;

pero aprovecharme vengo
de lo que ella misma dice.)

CELIA. A la necedad que hice,
Conde, el remedio prevengo.
No fuérades caballero
si no me desengañara
vuestra piedad.

CONDE. (¡Quién pensara
que el Rey, tan bárbaro y fiero,
sin informarse primero
de la verdad de esta muerte
me casara desta suerte!)

(FELICIANO.)

FELICIANO. ¡Brava fineza, señor!

CONDE. ¿Cómo?

FELICIANO. Descubrióse amor
y viene su alteza a verte.

(*El* REY, *el* MARQUÉS *y* LEONELO.)

REY. No es posible que se atreva.

ROSELO. Yo te digo lo que siento.

REY. ¡Conde!

CONDE. Señor, ¿merced tanta?

REY. ¡Celia!

CELIA. El Rey viene a buen tiempo.

REY. Quéjase de que te trate
con tanta aspereza el reino
y vengo a desengañarle.

CONDE. Los favores que me has hecho
califica, gran señor,
este noble casamiento.

REY. Dicen que el ser tan oculto
confirma que te aborrezco;
y no lo debe de ser
cuando tantas luces veo.
¿Qué es esto?

CONDE. ¿Luces aquí?
Sin duda el rústico pueblo
celebra mi desposorio,
lo que encubres descubriendo.

(TIRSO *entre.*)

TIRSO. Huíd, señores, huíd,
que con la fuerza del viento,
encendidos estos montes,
podrá ser que llegue el fuego
a estas casas en que estáis.

CONDE. ¡Encendidos! ¿Quién ha puesto
fuego al monte?

REY. Si hay peligro,
Enrique, no le aguardemos.

CONDE. No, señor, que es imposible,
estando este río en medio,
pasar el fuego al lugar.

REY. Vaya alguna gente presto
a saber quién fué la causa;
que si fué con mal intento,
no ha de quedar sin castigo.

CONDE. (Aun aquí pienso que tengo
el peligro de la envidia,
pues que me viene siguiendo
desde la corte a la aldea.)

(GUARDA *y* NARCISA.)

LEONELO. ¡Camina, loca!

REY. ¿Qué es esto?

NARCISA. ¿Qué ha de ser? Una mujer
que, habiendo perdido el seso
por desesperado amor
y sin esperar remedio,
a este monte, en que nació,
puso fuego, presumiendo
quemar con él estas casas.

REY. Temerario atrevimiento,
y no sin causa nacido,
de un desesperado pecho.
Di la ocasión y quién eres.

NARCISA. Si el perdido entendimiento
cobra algún valor mirando,
¡oh, Rey, que me estás oyendo!,
oye la notable historia
de mi vida y mis sucesos.

REY. La sangre me has alterado.
Di, mujer.

NARCISA. Estadme atentos.
Invicto rey Ludovico,
cristianísimo de Francia,
a cuyo blasón del cielo
un ángel trujo las armas.
Yo soy una labradora
que salí de las entrañas
deste monte, rudo parto
de sus romeros y jaras.
Albano, un hombre de bien,
que vivió de su labranza,
fué mi padre, que a lo mismo
toscamente me aplicaba.
Viví llevando a estos prados
una grosera manada
de ovejas, sin más discursos
que, con la risa del alba,
sacarlas de sus rediles
por cristales y esmeraldas
destas hierbas y estas fuentes,
y cuando el sol declinaba

al polo por donde dicen
que al mar de otro mundo pasa,
volverlas a que otra vez
aguardasen la mañana.
Vida que, al nacer en ella,
sólo pudiera pasarla
mujer que iguales tenía
el ingenio y las desgracias.
Era sayal mi vestido
ordinario la semana,
y de algún paño grosero
la fiesta, sayuelo y saya.
Sobre el cabello, que siempre
me cubrió toda la espalda,
sombrero para los soles
y gabán para las aguas.
Vino el Conde a nuestra aldea,
y, andando una tarde a caza,
como dicen las historias,
vióme en un prado sentada.
No sé qué le parecí
la crespa melena echada,
con los naturales rizos
que el artificio ignoraban,
que me dijo, y lo creí:
"Agrádame la villana,
que no siempre a los señores
agradan las cosas altas."
Dió en venirse cada día
donde yo segura estaba,
y de un disparate en otro
me puso en locura tanta,
que en un pedazo de espejo
di en mirarme las mañanas,
más que por verme yo a mí,
por ver lo que le agradaba.
Aconsejóme el cristal,
(¡qué mal consejo! ¡Mal haya
quien fía en vidro tan débil
materias de confianza!)
El, finalmente, me dijo
que me pusiese en la cara
cierto color que me dió
una vecina casada.
Con esto al campo salía,
de verme querer, tan vana,
que en cualquier fuente del prado
por instantes me miraba.
Ya no dormía de noche;
que es violencia temeraria
la primera voluntad,
y más tan bien empleada.
Porque cuando yo me vía
una rústica aldeana
y de un príncipe tan grande
con tan grande extremo amada,
desvanecíme de suerte
que en todo el pecho no hallaba
adonde el alma cupiese,
tan grande me vino el alma.
Con los regalos del Conde
atrevíme a seda y plata,
y, aunque en traje labradora,
era en los adornos dama.
En estos medios llamaste
a Enrique, y de la esperanza
de ser rey, le dió un olvido
que fué de mi muerte causa.
Enamoróse de Celia,
fuí a la corte, y pude hablaria
en hábito de señora,
para decirle que estaba
casado el conde, fingiendo
que doña Sol me llamaba.
También, señor, te engañé
diciéndote que una hermana
me había forzado el Conde,
para quitarle tu gracia.
Con esto volvió a la aldea,
que esto del monte no habla;
que dél sale quien le quema
por quemar sus robles y hayas,
sino porque los criados,
o mujeres de una casa,
como testigos de vista
son los que a los dueños matan.
Estando el Conde en la corte
murió Albano, cuya extraña
y rústica condición
mi nacimiento ocultaba,
con un papel y una joya
hallé en un cofre una caja.
El papel decía: "Aquí,
del Condestable de Francia,
llegó Floripes, su hija,
fugitiva de su espada.
Parió del rey Ludovico
a Isabela, que hoy se llama
Narcisa." Tomé la joya,
que es este anillo que engasta
esta hermosa flor de lis
de diamantes coronada.
Pero estando yo tan cierta
de ver que al Conde igualaba;
hija del Rey, y su prima,
me dicen que el Rey le casa

porque dió muerte a Mauricio
y por ser en tu desgracia.
Vienen los dos al aldea
donde yo, desesperada,
poniendo fuego a este monte
pretendí tomar venganza,
creyendo que poco a poco
llegara el fuego a su casa.
Pero esforzándose el viento
y deteniéndole el agua,
sólo descubrió mis celos
y mi esperanza burlada.
Yo soy Isabela, Rey,
que, como mujer que ama
y que sin saber quién era,
vencida de su ignorancia
y animada del valor
de ser tu hija, intentaba
lo que has visto y has oído.
No te pido que deshagas
el casamiento de Celia;
pero que si fué la causa
matar el Conde a Mauricio,
vuelvas, señor, por su fama,
con hacer información:
porque si conmigo estaba
el Conde en aquesta aldea
cuando en la corte a aquél matan,
no es razón que yo le pierda,
si no es que en tu amor no hallan
ni remedio mis desdichas
ni puerto mis esperanzas.

REY. Muestra el anillo o testigo
firme de verdad tan clara.
Dame tus brazos, que el cielo
esta dicha me guardaba
para consolar la muerte
del príncipe, pues a Francia
dejaré tales dos reyes
de mi sangre y de la casa
de Guisa.

ROSELO. Advierte, señor,
que si a Celia dar pensabas
a quien a su padre ha muerto,
yo soy, que con tal desgracia
le maté sin conocerle.

REY. Celia, no hay que satisfaga
mejor su muerte.

CELIA. Tu gusto
para mi remedio basta.

TIRSO. Al escudero y la dueña
¿no dan sus mercedes nada?

CONDE. Este monte en dote.

TIRSO. ¿Agora
que está quemado?

CONDE. Aquí acaba
DEL MONTE SALE, que dió
tan ilustre reina a Francia.

D. ET V. MATRI

En Madrid, a 20 de octubre de 1627.—LOPE DE VEGA CARPIO.—*(Rúbrica.)*

Vea esta comedia el secretario Pedro de Vargas Machuca.—*(Hay una rúbrica.)*

No puede tener inconveniente comedia escrita con tanto ingenio y decoro en lo que trata. Puédese representar seguramente. Madrid, 17 de mayo de 1628.—PEDRO DE VARGAS MACHUCA.—*(Rúbrica.)*

Puédese representar en Valencia, a 28 de setiembre de 1628.—*Hay una rúbrica*.—GARCÉS.

Vista.—*Hay otra rúbrica.*

Vista y registrada por el provisor de Granada. Octubre 4 de 1628.—EL DOCTOR VELA.—*(Rúbrica.)*

LA GRAN COMEDIA

DE LA

DEVOCIÓN DEL ROSARIO

DE

LOPE DE VEGA

FIGURAS

PEDRO GERMÁN, *monje.*	NICOLO, *soldado.*	LUCIFER.	ALBERTO, *cautivo.*
Una figura de PAPA *con capa y tiara.*	ALESIO, *soldado.*	SATANÁS.	*El* AUXILIO DIVINO.
Un ANGEL.	CELIMO, *moro.*	ROSA, *mora.*	BECEBA, *alcaide moro.*
FRAY ANTONINO, *prior.*	FILIPO, *cautivo.*	AJA, *mora.*	*Un* MERCADER. (1)
Un CAPITÁN.	ROSIO, *cautivo.*	MARCELA, *cautiva.*	
VIVALDO, *soldado.*	COSME, *soldado.*	ARCHIMA AMET.	
	El REY DE TÚNEZ.	SULTÁN.	

[JORNADA PRIMERA]

(Sale PEDRO GERMÁN, *monje, solo.)*

P.º GERM. ¡Dios sin principio y sin fin,
cuyos soberanos pies
pisa el mayor serafín!
¡Dios uno y personas tres,
que entender quiso Agustín,
y en el ejemplo del mar
que el niño encerrar (2) quería
en tan pequeño lugar,
vió que ninguno podía
tan gran piélago aplacar! (3)
¡Dios, de quien sólo creer
es más justa reverencia
que no intentarlos ver
cuál impulso, qué violencia
aquí me pudo traer!
Señor, en mi celda estuve:
¿cómo me traéis aquí?
Mas... ¿qué prometida nube
de oro y sol se acerca así,
que sobre mis hombros sube?
Como si en una linterna
su cuerpo el sol se encerrara,
le alumbra la luz interna
y la superficie clara
bañada en su lumbre eterna,
juntos caminan los dos
al monte de vuestro cielo.
¿Qué es esto, divino Dios?
O es que Vos bajáis al suelo,
o sube algún santo a Vos.

(Suspéndese el MONJE, *y con música sube por una canal una figura de* PAPA *con capa y tiara.)*

¡Válgame el cielo!, podré (1)
decir por este varón
que por las nubes se ve:
¿Quién es éste, que de Edón
sube, o puesto que no fué
con vestidura vestida?
Sí, que es el alba ceñida,
y la capa y la tiara
vencen del sol la luz clara
por el oriente esparcida.
¿Quién serás, confesor santo,
con ese precioso manto,
tú que por corona tienes
tres esferas en las sienes
que tus canas honran tanto?
Tu luz apenas resisto,
mas, bien muestras, verde cedro,
ya sobre el Líbano visto;
que eres sucesor de Pedro,
aquel Vicario de Cristo.

(Tocan cajas destempladas, sale un CAPITÁN, *cuatro soldados, que son* VIVALDO, NICOLO, ALESIO *y* ANTONIO, *con cruces en los pechos.)*

---

(1) Entran además ANTONIO, SANTO DOMINGO y CAMILO.
(2) Escrito encima entre renglones "abreviar".
(3) Escrito al lado de otra tinta "encerrar".

(1) En el texto "padre" en lugar de "podré".

CAPITÁN.

Ya no hay que hacer aquí; cubrid de luto
las cajas, las trompetas y las armas.
El General murió; cesó la guerra.

VIVALDO.

Desdicha general de Italia ha sido,
de España y Francia y las naciones todas
que del nombre católico se precian.

NICOLO.

Descanse el fiero Turco, crezca el número
de mamilucos y de zapas fieros;
discurra el mar de Ebrón, ya con sus naves
pues faltó ya quien le pusiese freno.

VIVALDO.

Ya el Otomano, casa prodigiosa,
su nombre ensalce y su corona aumente.

ANTONIO.

Duerme en Constantinopla, Turco fiero
del acero católico seguro,
pues el nuevo Godofre parte al cielo.

PEDRO GERMÁN.

Soldados generosos, caballeros
ilustres, que mostráis en la cruz roja
serlo de Cristo, ¿dónde vais tan tristes?
¿Quién es el Capitán que lloráis muerto?

CAPITÁN.

El muerto General que nos preguntas,
que, como en soledad estás, lo ignoras,
es el Sumo Pontífice, el gran Pío.
Pío Segundo es muerto, y el primero
que, después de las armas celestiales,
con las humanas quiso echar del mundo
el fiero Turco, destruición de Hungría.
Llevósele la muerte; el pastor muerto,
las ovejas se esparcen.

PEDRO GERMÁN.

¡Triste caso,
aunque para el bendito Padre alegre,
pues ya sus obras y deseo santo
el cielo premia con laurel eterno!

VIVALDO.

Bendícenos y ruega por nosotros.

PEDRO GERMÁN.

El cielo os dé su bendición.

(*Vase.*)

CAPITÁN.

Vivaldo,
aquí ya no hay más que hacer, que ya de Ancona
quieren sacar el cuerpo.

VIVALDO.

Yo querría
acompañarle.

CAPITÁN.

Vamos.

ALESIO.

Pues concede
tantas gracias el Cielo a quien a Roma
llegare con el cuerpo, ¿qué soldado
dejará de ganarlas? ¡Cuerpo santo,
a vuestro lado iré deshecho en llanto!

(*Vanse, quedan solos* ANTONIO *y* NICOLO.)

NICOLO. ¿De qué tan suspenso estás,
Antonio, en esta ocasión?

ANTONIO. De que mi buena intención
llegó hasta serlo, y no más.
Mi estudio dejado había
por las armas de la Fe,
que en naciendo profesé,
que es ciencia que a Dios me guía
El Pontífice supremo,
como sabes, me había dado
de esta Facultad el grado,
para el alma honor extremo.
Porque de esta borla roja,
cruz santa que traigo al pecho,
fué de aquel gran sabio hecho
que los infiernos despoja: (1)
Llegamos todos a Ancona,
muere el santo General
que en mejor carro triunfal
divino laurel corona,
y vuelvo con tal tristeza
de ver que me he de quitar
la cruz sin pasar el mar
que con tanta fortaleza
mártir pensaba yo ser
a manos del Turco fiero
que temo como primero
a mi estudio volver.
Porque si otra vez el mundo
me vuelve a su confusión,
¿qué más cierta perdición
que entrar en su mar profundo?

NICOLO. Todos habemos venido
a ser de Cristo soldados,
por ver, de tantos llamados,
quién llega a ser escogido;
pero pues la santa empresa
que hacía contra el impío

(1) Así este pasaje en el texto.

Turco el Pontífice Pío
aquí con su muerte cesa,
y no hay Príncipe cristiano
que la quiera proseguir,
con su cuerpo quiero ir
ansí, Antonio, porque gano
tan grandes indulugencias
como por tener que hacer
en Roma.

ANTONIO. No puede ser,
por algunas diferencias
que traigo conmigo en mí,
en materia de mi Estado,
acompañarte, que he dado
en lo que nunca creí.
Vete, Nicolo, en buen hora.

NICOLO. Prospere tu vida el cielo.

(*Vase.*)

ANTONIO. ¡Adiós, peligros del suelo,
bien que el ciego vulgo adora!
¡Adiós, locas pretensiones!
¡Adiós, esperanzas vanas,
pues no os desengañan canas
ni os obligan sinrazones!
¡Adiós, servir y no ver
para siempre el galardón!
¡Adiós, hermosa opinión,
vanaglorioso placer!
¡Adiós, amistad fingida!
¡Adiós, verdad despreciada,
que quiero en breve jornada
poner en salvo mi vida!
Servir a Dios es seguro;
todo lo demás, dudoso.

(*Sale* COSME, *camarada de* ANTONIO, *soldado roto con cruz al pecho.*)

COSME. ¡Adiós, celada! ¡Adiós, coso!
¡Adiós, berberisco muro!
¡Adiós, morillos, pues ya
murió Pío, y yo quedé
de defensor de la Fe
.... (1)

ANTONIO. ¡Cosme!

COSME. Cóseme tú a mí,
que tú harto cosido estás.
¡Ah, guerra de Satanás,
medrado vuelvo de ti!
De donde pensé sacar
fama eterna y un tesoro,
dándome el alarbe moro
ocasión de pelear,
Pío, por estarse holgando,
allá en el Cielo se fué
a descansar; yo quedé
pollo aterido (1) piando.

ANTONIO. Cosme, criado y amigo
de aqueste Antonio, que ya
huyendo del mundo va
como de un grande enemigo.
Pues ya la santa jornada
que hacía [el] segundo Pío
contra el turco poderío
para que dió la cruzada,
cuya divina señal
nuestros pechos ilustraba,
se acabó por lo que acaba
todo aquello que es mortal,
yo no pienso dar la vuelta
a la patria sin vencer
otro enemigo.

COSME. Si el ver
que tu voluntad resuelta
quiere la guerra seguir
no me pone inclinación,
¿bajos mis intentos son?
¿No te merezco servir?
¿Tan mal camarada he sido?
¿No te he dado en las posadas
las gallinas encerradas,
el cabritillo escondido?
¿Qué pollo se me escapó,
como yo de ojo le viese,
que a tu plato no trujese?
¿Quién te sirvió como yo?
Y como tú te inclinaras,
¿quedara hermosa doncella
que no durmieras con ella?

ANTONIO. Calla, Cosme. ¿No reparas
que de aquesas sinrazones,
hechas contra voluntad,
de sus sueños se ha de dar
cuenta? En confusión me pones.

COSME. ¿Ya predicas? ¡Pesia a tal!
Vamos, y el pesar destierra.

ANTONIO. No, Cosme: no es esta guerra
la que tú piensas.

COSME. Pues ¿cuál?

ANTONIO. Es contra el mundo.

COSME. Que sea
contra mil mundos.

(1) Este verso dice claro en el original: "hecho de *pia a* punto de pia a", lo que parece un desatino, o a lo menos verso muy largo.

(1) En el original "angebio" y no "aterido".

ANTONIO. Tu celo
conozco; pero es el cielo
por lo que aquí se pelea.
COSME. ¿El cielo?
ANTONIO. Sí, que dél son
el mundo, carne y demonio
contrarios.
COSME. Sospecho, Antonio,
que tratas de religión.
Mas, dime claro tu intento.
Tu hechura soy, ¿qué reparas?
ANTONIO. Pues el tuyo me declaras,
escucha mi pensamiento.
El ilustre y noble Cosme
de Médicis, que a Florencia
dió el más rico ciudadano
que las historias celebran;
aquel de quien pronostican
todos los hombres de letras
que dél han de suceder
Pontífices a la Iglesia,
Reyes en Francia y España;
aquel que en virtud y hacienda
sobrepujó a cuantos hombres
sin título el mundo cuenta;
aquel que cuando murió
Pedro, que su hacienda hereda,
mirando la que tenía,
halló en sus libros de cuenta
que ningún hombre, alto o bajo,
de cuantos hay en Florencia
le dejaba de deber
dineros, que fué grandeza
que de ninguno se escribe;
entre muchas excelencias,
tuvo la mayor de todas,
que fué conocer la deuda
en que estaba a Dios, y así
propuso satisfacerla;
porque solía decir,
lleno de risa y modestia:
"Aunque más a Dios le pago,
cuando a las cuentas se llega,
hallo que siempre me alcanza,
siempre quiere que le deba."
En los montes Pesulanos,
por ser tan propias las peñas
de aquel santo que solía
buscar el cielo por ellas;
aquel Jerónimo insigne,
que por ser tan dura puerta
del alma el pecho de un hombre
llamó en él con una piedra,
edificó un monesterio,
y no lejos dél y entre ellas
otro que llama abadía,
cuyo dueño el nombre muestra,
al Seráfico Francisco,
hombre que desde la tierra
por cinco escalas de sangre
se le entró a Dios por las venas.
Otro edificó notable,
pero dentro de Florencia;
uno a Santa Berdiana
y al santo mártir de guerra
que hasta los huesos asados
sirvió de Cristo a la mesa
hizo un templo suntuoso;
y sin éste, en cuatro iglesias
las capillas y retablos,
y a todas dió tantas rentas,
posesiones, vasos de oro,
ornamentos, perlas, piedras,
que excedió al gran Constantino.
Pero entre tantas grandezas
hizo a San Marcos un templo
y a Domingo le encomienda
que con sus predicadores
quiso que en guarda le tengan.
Mira el ingenio de Cosme,
que como Marcos nos cuenta
el Evangelio, y Domingo
nos le predica y enseña
con la sangre de sus hijos
y con sus divinas letras,
como se ve en Pedro Mártir
y en tantos que le confiesan
junto a Marcos y a Domingo,
para que Domingo sea
el león con que le pintan
y esté libre, en su cabeza
hacen este monasterio
un prior que el mundo eleva
con la fama de su nombre
y de sus divinas prendas.
Este es el santo Antonino,
a quien dicen que ya ruegan
con tan rico arzobispado,
como es su patria Provencia.
Confesóme el santo el día
que para tan santa guerra
tomé aquesta roja cruz,
y entre muchas excelencias,
para bien del alma mía,
pienso que fué la primera
el santísimo rosario

de la siempre Virgen Reina
de los ángeles y cielos,
que es devoción que profesa
todo el Orden dominico:
que quien devoto le reza,
no dudes, Cosme, no dudes
que eternamente se pierda,
porque, al fin, le da la mano
esta celestial Princesa.
Yo, pues, he dado en rezarle;
y del Santo hablar con ella
me ha nacido una afición
que hasta el alma me penetra.
Iba a la guerra del Turco;
pero pues la guerra cesa,
contra el mundo y el demonio
y la carne quiero hacerla.
Domingo me dió las armas;
allá quiero entrar con ellas;
vestirme quiero las suyas.
Cosme amigo, adiós te queda,
que por dar cuenta mejor
de estas soberanas cuentas
quiero que Domingo santo
mi padre y padrino sea.

COSME. ¿Ha tenido fin la historia?
ANTONIO. Sí, Cosme.
COSME. Sin duda es buena,
pues que yo no me he dormido
siendo tan larga tu arenga;
y aunque siento dejar mucho
el mundo por ciertas cuerdas
de amigos que, en vez de gorras,
ya hasta vamos a una mesa
y por otras zarandajas,
cabellos, cintas y prendas
que son regalos del alma,
memorias de mi gallega,
todo, Antonio, lo antepongo
a ti, y es justo me creas
que me debes este amor.
A la Religión me lleva,
donde seré motilón,
que no faltará una puerta,
la cocina o refitorio
o el cultivar una huerta,
que en estos oficios es
donde un religioso medra:
que yo de vista lo sé,
ya que no por experiencia.
Y si la huerta me entregan,
con mis lágrimas en ella,
sobre un bodigo y torrezno
plantaré rosas tan bellas
que si nacen entre espinas
podrá ser, y Dios lo quiera,
que en mi pecho humilde nazcan.

ANTONIO. Ahí, Cosme, el cielo te enseña.
Dame mil veces tus brazos.
COSME. Oye, Antonio, ¿es cosa cierta
que puedo mudarme el nombre?
ANTONIO. Sí, amigo; como tú quieras.
COSME. Vamos; no he de ser más Cosme.
ANTONIO. Cuentas son tus rosas bellas.
¡Dios permita, quiera Dios,
pues sois rojas y estáis negras,
que teñidas con mi sangre
cuentas de coral os vuelva!

(Vanse. Salen el REY DE TÚNEZ; BECEBA, *alcaide;* ROSA, *mora.)*

BECEBA. Engañóme tu privanza.
REY. No te quejas con razón;
antes te doy confianza;
que niega la posesión
quien concede la esperanza.
BECEBA. Cuando a Rosa, tu sobrina,
hayas de dar, Rey famoso,
compañía igual, no es digna
persona de tu espacioso
reino, al extraño te inclina.
Mas si en Túnez se ha de hallar,
¿quién en la paz y en la guerra
pueda al Beceba igualar?
¿Quién te ha puesto en paz la tie-
y asegurado la mar? [rra
¿Por quién tiemblan las galeras,
las de Italia, que en las suyas
toquen tiemblan tus banderas? (1)
¿Quién más cautivos te ha dado?
¿Quién más servicios te ha hecho?
REY. Yo me confieso obligado
y bien estoy satisfecho,
Beceba, de tu cuidado.
Yo no te he negado a Rosa.
No es negalla el dilatar
de que ahora sea tu esposa.
BECEBA. ¿Qué más cansado negar
que dilatar una cosa?
¡Pluguiera a Alá que dijeras:
"Beceba, Rosa ha de ser
de otro dueño", y tú me vieras
justo sentimiento hacer,

(1) Este pasaje es ininteligible porque faltan dos versos a la quintilla.

cubrir luto mis galeras.
Lo que da tormento inmenso
es ver que el bien no se niega,
porque como estoy suspenso,
mientras que llega o no llega
peno más mientras más pienso.

ROSA. Invía, invicto señor,
al Alcaide [a] alguna empresa
donde temple tanto amor,
que amor en ausencia cesa:
y así cesará el rigor,
que pues no le das razón
de la dilación del bien,
sentirá su dilación.

BECEBA. Y ausente dura también
la verdadera afición.
¡Oh, qué medio has escogido
tan conforme a tu desdén,
tan semejante a tu olvido!
¿Eso dices?

REY. Ahora bien;
que la obedezcas te pido.
Haz, Beceba, alguna cosa
para que obligues a Rosa.
Parte del mar de Italia; corre
la costa de España hermosa. (1)
No dejes el paso libre,
ni leño que no se espante,
ni que a su sombra esté libre
de Cartagena a Alicante
y desde Denia al Colibre.
Enciende fuego en sus playas,
y pase el mar de sus rayas
azotado de tus remos,
tocarán a sus extremos
los pies de sus atalayas.
Vuelve los aires oscuros,
tiemble la tierra en su centro
tanto, que los fuertes muros
se retiren más adentro
para estar de ti seguros,
que cuando vuelvas tendrás
esta prenda que deseas.

BECEBA. Si estriba en eso no más,
yo juro Alá que tú veas
el hombre a quien hoy la das.
Guárdate, Italia, que baja
un rayo de Túnez fiero,
que con tan alta ventaja
con piedras, fuego y acero
tus leños quebranta y raja.

(1) Falta un verso a la quintilla.

Guárdate, España, que sube
de la exhalación del llanto
al sol de Rosa la nube,
que ha de llover más espanto
que yo de sus ojos tuve.
Puertos en cerradas calas,
riberas, costas, recodos;
rayo soy de amor con alas;
llorad todos, temblad todos,
mis suspiros y mis balas.
¡Hola, soldados! ¿Qué hacéis?
Cubrid mis seis galeotas
de flámulas; no dejéis
ni velas ni jarcias rotas
que no adornéis y enlacéis
de bengala de Lisboa.
Cubran con el nombre y loa
de amor, que estas flechas fragua
desde el carel hasta el agua
y de la popa a la proa.
Vista roja tamarete
la chusma, que es necesaria
no se mire filarete
que no tenga luminaria
ni jarcia sin gallardete.
Izad el cañón que cubre
con sus jarcias la cureña,
y, en viendo que se descubre
de Túnez o casa o peña
a quien la distancia cubre,
haced salva al Rey y a Rosa;
pero mejor es volviendo
de Italia rica a su hermosa. (1)
Ea, herid a esos cristianos.
¿En qué os detenéis, villanos,
que antes que pase este mes
habéis de estar a sus pies
y no besando sus manos?

(*Vase.*)

REY. Gallardo parte.

ROSA. En efeto
¿me prometes a Beceba?

REY. Rosa, cierto amor secreto
dilatarle intenta y prueba
el bien que yo le prometo;
pero esto ha sido no más
de alejalle, bella Rosa,
del lugar adonde estás,
que hay otra afición forzosa
a quien remediar podrás.

(1) Faltan otros dos versos a esta quintilla.

ROSA. El valor de tu sobrina
me ha dado mil pretendientes.
REY. No es la sangre la que inclina,
por más que cubrir lo intentes,
sino esa beldad divina
de la cual esta persona
que yo te digo está presa.
ROSA. Si la beldad le aprisiona
delito has hecho.
REY. Confiesa;
pero eso mismo le abona;
que si es delito querer,
a quien se puede ofender
de ser un hombre ofendida,
la hermosura pretendida
le puede satisfacer.
ROSA. ¿Es hombre el que me pretende
que merece?
REY. Si quien
te pretende no te ofende,
ninguno el quererte bien
con más méritos emprende.
ROSA. Pues si iguala a mi valor
y es tu gusto, gran señor,
di quien es, y sea mi esposo.
REY. Luego ¿soy tan venturoso?
ROSA. ¿Qué? ¿tú me tienes amor?
REY. ¿No me dió el cielo, del alma
tres potencias, que en despojos
llevas para triunfo y palma?
¿No me dió, Rosa, estos ojos
que dejas mirando en calma?
¿No tengo yo entendimiento
que de tu rara beldad
alcance el conocimiento?
¿No tengo yo voluntad
con que lo que entiendo intento?
¿No podrán por mis oídos
entrar tus dulces razones,
espíritus encendidos
con que al alma fuego pones
por los más nobles sentidos?
¿Parécete que el quererte,
siendo tu sangre, no es cosa
más fácil, pues de esta suerte
quiero en ti mi sangre, Rosa,
que en una las dos convierte?
Sobre parentesco, amores;
bien [es] como guarnición
de oro en azul los favores;
deudas entre deudos son,
y más mientras son mayores.
Ves aquí la causa, Rosa,
por qué no quiero casarte.
ROSA. Si fuese, tío, justa cosa,
quererme bien por ser parte
de tu sangre generosa,
¿cómo yo no siento en mí
quererte bien, digo bien,
más que a Rey y deudo a ti?
REY. La costumbre del desdén
te obliga a tratarme así.
Míralo mejor.
ROSA. Señor,
no dudes que te quisiera;
mas fuera notable error,
Rey de Túnez, que pusiera
en tu condición mi amor.
Si fueras un rey cristiano
que a mí sola me quisieras,
que yo te quisiera es llano,
porque estoy cierta que dieras
sólo a una mujer la mano.
Mas siendo moro ¿no ves
que has de tener otras tres
y más de tres mil amigas?
REY. Yo me obligo si te obligas
que sola en el alma estés.
Yo seré en el casamiento
cristiano y en la ley moro.
ROSA. Durará tu juramento
mientras que seguro adoro
tu gusto y tu pensamiento;
mas después que amor siniestro
llegue al efeto que muestro,
serás moro en olvidarte
y cristiano en descasarte
por el parentesco nuestro.
Dame licencia.
REY. Oye un poco.
ROSA. Perdona esta libertad.
REY. A más amor me provoco.
ROSA. Déjeme tu majestad.
REY. No puedo.
ROSA. ¡Suelta!
REY. ¡Estoy loco!
¡Oye a un rey!
ROSA. Su hechura soy.
REY. ¡Oye a tu amante!
ROSA. No puedo.
REY. ¡Oye a tu tío!
ROSA. Aquí estoy.
REY. ¿Qué tienes?
ROSA. Respeto y miedo.
Perdóname si me voy.
(*Vase.*)

REY.

¿Qué es la causa que un hombre valeroso
con la espada en la mano, altivo, fuerte,
corta el cuello arrugado, rompe y vierte
saliente humor del tronco sanguinoso;
o discurre un ejército furioso,
dando mil muertes sin temer la muerte,
amando una mujer tiembla de suerte
que le vence y derriba un rostro hermoso?
¿Cómo pedir el hombre si concede
el sueño y el sustento cada día
sin que afligido y sin vergüenza quede
y cuando pide amor tiembla y porfía?
Debe de ser que sin comer no puede
pasar el hombre y sin amor podía.

(Entran FRAY ANTONINO, *prior;* ANTONIO, *de fraile, y* COSME, *de lego muy mesurado.)*

ANTONIO. Ya, santísimo Antonino,
que este vuestro siervo Antonio,
para hacer guerra al demonio,
a vuestra milicia vino.
Ya que de las quince rosas
el dichoso cuello enlazo,
y me habéis puesto en el brazo
dos armas tan poderosas
como oración y lición
y el hábito blanco y negro,
de verme galán me alegro,
y serlo en el corazón,
de aquella Reina del cielo
cuyas son rosas tan bellas,
que no hay corona de estrellas
que mire tan alta el suelo,
decidme, padre divino,
qué es lo que ahora mandáis.

ANTONINO. Hijo, que a Sicilia vais,
puesto que es largo el camino,
y que estas cartas llevéis
para el Prior de Mesina,
ciudad puesta en la marina,
de quien al punto sabréis
para lo que allá os envío.

ANTONIO. Fray Cosme está muy contento
con el hábito.

COSME. Yo siento
algo de hambre, padre mío.
Como pues, ya nos han dicho
cuanto tenemos de hacer,
no se trata de comer,
¿tiene el comer entredicho?

ANTONIO. No le dé aquesto cuidado;
que, quien a su cargo está,
en siendo hora llamará.

COSME. Bien puede haberse olvidado;
que como el refitolero
come cuando tiene gana,
harásele de mañana.

ANTONIO. Calle, no sea tan grosero.—
Tenga, padre, sufrimiento;
dadme esa mano bendita.

(Al PRIOR.*)*

ANTONINO. Hijo, estos padres imita
con humilde pensamiento;
toma ejemplo de sus vidas
y de sus santas acciones,
y para que entre afliciones
el divino auxilio pidas,
ningún día se te olvide
pasar las rosas suaves
de esas cuentas, de esas aves.
Con ellas, Antonio, pide,
que cuanto alcanzar quisieres,
como este Orden lo profesa,
te alcanzará la Princesa,
bendita entre las mujeres.
Nuestro santísimo padre
Domingo fué de este voto,
como galán, tan devoto
de la siempre Virgen madre.
Que la azucena que ahora
la Iglesia pinta en su mano,
aunque muestra el soberano
bien que el ser casto atesora,
yo, por María, imagino
espejo en que se miraba,
que el Padre Eterno lo alaba.
De este atributo divino
es azucena y espejo,
y así en Domingo se ve,
de cuya mano tomé
este divino consejo.

ANTONIO. Padre, pues me he de partir,
porque pueda acompañarme
a fray Cosme puedes darme,
si conmigo quiere ir;
que con él me hallaré bien,
pues que fué mi compañero
en el siglo.

ANTONINO. De él espero
que sabrá acudir también
a su justa obligación.
Yo gusto que, como amigo
y hermano, vaya contigo.

ANTONIO. Pues danos tu bendición.

COSME. ¿No pudieras, padre amado,
darme mayor testimonio
que no apartarme de Antonio,
de su amoroso cuidado?
En el siglo le seguí
cuando fuí su mochilero,
y, ansí, hasta el cielo no quiero,
padre, apartarle de mí.
¡Qué lindos pollos rapaba
y gallinas!...

ANTONIO. (¿Está en sí?
Calle, que no es para aquí.)

COSME. (Perdone, no me acordaba.)

ANTONINO. El cielo os guarde y bendiga.
Partid luego, que es ya tarde.

(*Vase.*)

ANTONIO. El mismo, padre, te guarde.—
¿Quién habrá, Cosme, que siga
la gran virtud, la excelencia
de este famoso varón?

COSME. Muchas sus virtudes son.

ANTONIO. Puede entrar en competencia
con aquellos soberanos
anacoretas de Egipto.

COSME. Ha obrado bien lo que ha escrito
con sus doctísimas manos.

ANTONIO. ¿Tomó bien aquel consejo
de rezar siempre el rosario?

COSME. O forzoso o voluntario.

ANTONIO. Que le rece le aconsejo,
y no piense en argüir
en si es fuerza o voluntad.

COSME. Si le he de decir verdad,
luego me empiezo a dormir.

ANTONIO. ¿Luego rézale sentado?

COSME. No, de rodillas estoy;
pero tan presto me voy
como si estuviera echado.

ANTONIO. Pues, padre, récele en pie.

COSME. Póngome a peligro grande,
de que a dos pasos que ande
conmigo en el suelo dé.

ANTONIO. *Deo gracias.* ¿Pues el cuidado
que a la oración se le debe
no le despierta o le mueve?

COSME. Todo lo tengo probado.
Si estoy en la portería,
no me dormiré en un mes
aunque no mueva los pies
de un lugar en todo el día;
si en la huerta, es de manera
que tengo de Argos los ojos
sin que el sueño me dé enojos,
y lo mismo si voy fuera.
Pero en tomando el rosario
no sé qué se tiene en sí,
que no hay purga para mí,
ni hay huevos, ni letuario
de suaves adormideras
que a tal sueño me provoque.

ANTONIO. Dios le despierte y le toque.
Ya es tiempo de hablar de veras.
Diga: ¿el lunes no rezó
cuando el rosario le di?

COSME. ¿El lunes, padre? No y sí.

ANTONIO. ¿Cómo puede ser sí y no?

COSME. Comencé, y a las primeras
Avemarías...

ANTONIO. ¿Durmióse?

COSME. No, padre; pero atrevióse
el sueño con mil quimeras,
resistí por todo el diez,
y al *Pater noster*...

ANTONIO. ¿Qué hubo?

COSME. Tan necio y pesado estuvo,
que me dormí de una vez
desde las diez a las siete.

ANTONIO. Luego el martes bien podría
rezar.

COSME. Ya recé ese día
por el bien que nos promete
el haber en él nacido
la hermosa Reina del Cielo;
pero en el mayor desvelo
que jamás, padre, he tenido.
Di en pensar si vencería
con descabezar el sueño,
que era de mis ojos dueño,
y que luego rezaría,
comencé a dormir por ver
qué tal remedio le doy...

ANTONIO. ¿Despertó luego?

COSME. A eso voy.
Sí, padre, al amanecer.

ANTONIO. Si durmió de esa manera,
el miércoles rezaría,
pues que ya dormido había
para la semana entera.

COSME. El miércoles comencé
los misterios del rosario:
y, a pesar de mi contrario,
hasta la oración llegué
donde Pedro se durmió;
y en aquel huerto tendido
lo contemplé tan rendido,

que también me dormí yo.
ANTONIO. Pues el jueves, que podía
en la cena contemplar
y el misterio del altar
y la Santa Eucaristía,
¿no rezaría también
si en San Juan, dormido el pecho
de Cristo pensó?
COSME. Sospecho
que le contemplé muy bien.
ANTONIO. ¿Hasta qué hora?
COSME. Fué mucho,
por ser los misterios tantos.
ANTONIO. ¿Y el viernes?
COSME. Días tan santos
porfío, batallo y lucho;
que este viernes comencé
a ir tras Judas.
ANTONIO. ¡Buen cuidado!
¿No ve que estaba ahorcado?
COSME. En él, padre, contemplé,
y, como en él suspiraba,
me sucedió...
ANTONIO. ¿Dormiría
hasta el alba?
COSME. Hasta otro día.
ANTONIO. ¡Muy bien la semana acaba!
El sábado apostaré
que con las guardas durmió
si el sepulcro contempló.
COSME. Durmiendo las contemplé.
ANTONIO. En fin, toda la semana,
¿qué habrá rezado?
COSME. En seis días,
padre, treinta Avemarías.
ANTONIO. Sí, mas será cosa llana
que el domingo habrá cumplido
lo que dejó de rezar.
COSME. Pues, padre, ¿no es día de holgar?
ANTONIO. De holgar a los que han tenido
oficios, porque su vida
trabajando han de pasar.
COSME. Y ¿no es trabajo rezar?
ANTONIO. Por ser hoy nuestra partida
no le riño como fuera
justo; mas ¿propone aquí
la enmienda?
COSME. Mi padre, sí.
ANTONIO. Rece esta semana entera.
Y pues sueño no le deja
ser al rosario fiël,
ate de un clavo un cordel
y el cordel ate a la oreja,
para que, cuando a dormir
se vaya, le tire della.
COSME. Podráse salir con ella.
ANTONIO. ¿Con ella se ha de salir?
COSME. Por Dios, padre, que de suerte
me suele el sueño cargar,
que me la puede sacar
primero que yo despierte.
ANTONIO. Ahora bien, venga conmigo,
que habemos de partir luego.
COSME. Que me quite, a Dios le ruego,
aqueste sueño enemigo.
ANTONIO. Por la Virgen, que le dió
las rosas, lo ha de pedir.
COSME. Si el rezar fuera dormir,
¿quién rezara como yo?

(*Vanse. Salen* LUCIFER *y* SATANÁS.)

LUCIFER. ¿Quién podrá tener sosiego
viendo que el Cielo perdió,
de justa soberbia ciego,
y para siempre heredó
noche, tinieblas y fuego?
¿Quién, ya que Dios le destierra,
no invidia sus maravillas
viendo que un hombre de tierra
ocupa las altas sillas
que pierdo en tan justa guerra?
Si no tuviera mi mal
en la venganza el remedio,
por morir en pena igual
tomara por justo medio
que Dios me hiciera mortal
después de su muerte santa,
con cuya cruz no se espanta,
con cuya llave abre el cielo,
con cuya luz ve en el suelo
y el hombre muerto levanta.
Varias cosas intenté,
muchos hombres he quitado
al cielo en que me crié,
porque al de tierra formado
no suba [a]donde bajé.
Mas tantas estratagemas
vence la cruz y enmudece
nuestras víboras blasfemas;
que ya del hombre parece
que son las armas extremas.
y esta cruz yo la llevara
en paciencia, que no al hombro,
que como es de Dios la vara,
soy delincuente y me asombro
sólo de verle la cara.

Pero tantas invenciones
de armas como le han dado
al hombre con mil pasiones,
en el Infierno han doblado
mi tormento y mis prisiones.
¿Qué rosario, di, Satán,
es éste que me atormenta?
De escala nombre le dan,
y es bien, pues de cuenta en cuenta
por él al Cielo se van.
¿Qué rosas son éstas, di,
o Avemarías, pues fuí
de ella muerto en Nazarén?
¿Qué *pater noster* también,
si es padrastro para mí?
¿Has visto, Satán, la gente
que este rosario me escapa?
¿Qué haré, que estoy impaciente?

SATANÁS. De este Domingo la capa
te cubre la vista ardiente;
este fraile, infernal toro,
te da en los ojos con ella;
las capillas de este coro
de aquella siempre doncella
descubre estas rosas de oro.
Estos son los jardineros
de este divino rosal;
por cultivarle ligeros
te ha venido tanto mal.
Con las rosas te hacen fieros,
que con las cuentas divinas
las dan tan maravillosas,
que, aunque espino le imaginas,
ellos se llevan las rosas
y a ti te dan las espinas.
Del mundo se te libró
donde le pusiste al cebo,
que a los principios picó,
por el rosario, el mancebo
que en Florencia se vistió
el blanco y negro vestido
de aquel perro negro y blanco
que ha tu destruición pedido; (1)
que como Dios es tan franco,
le ha dado cuanto ha querido.
Pues ya por su devoción
estado la Virgen santa, (2)
cuyas estas rosas son,
en gracia y privanza tanta,
que nos pone en confusión.

LUCIFER. No; es que va navegando
a Sicilia, y que Antonino
le dió el hábito.

SATANÁS. Si cuando
de la guerra santa vino
no se me fuera volando
de ese Antonino [a] los pies,
que ya, como sabes, es
arzobispo de Florencia,
yo pusiera en contingencia
los pasos en que le ves.

LUCIFER. ¿Qué importa que esté siguro
a la sombra del rosal
como la hiedra en el muro
contra el poder celestial?
Desde hoy vencerle procuro.
¿Nunca has oído, Satán,
cómo las mujeres dan
mayor victoria a su nombre
cuando enamoran un hombre
que es de otra dama galán?
Pues esa es la fuerza mía.
Poco podrá mi porfía
si, aunque fea, no enamora
mi envidia y le quita agora
este galán a María
que le ha dado, por favor,
para empresa de mirallas...

SATANÁS. ¿Las rosas de su color?

LUCIFER. Unas rosas marchitallas
con mi veneno y furor.
Advierte el intento.

SATANÁS. Di.

LUCIFER. ¿Beceba no viene aquí,
moro de Túnez cosario?

SATANÁS. El mismo.

LUCIFER. Pues ¿qué rosario
librará Antonio de mí?
Ea, que ya vió la nave
donde aquestos frailes van:

(*Hace que lo ve.*)

ya la sigue como al ave
medrosa el pardo alcotán.
Da en popa viento suave.
Ya llegó; ya les previene
de que amainen; ya dispara;

(*Suenan tiros.*)

ya la nave temor tiene;
ya se rinde, ¿quién la ampara?;

(1) Este verso está en el original así:
que tu destruición pidió.

(2) Este verso es defectuoso. Pudiera ser "se halla de la Virgen santa".

ya el moro a los bordes viene.
SATANÁS. Fray Cosme, aquel motilón,
con un remo se defiende
de cuantos contrarios son;
ya el suelo derriba y tiende
la sarracina nación.
A bordo las cuerdas trepa,
entró dentro.
LUCIFER. Estoy aquí.
¿No quieres que hacerlo sepa?
SATANÁS. ¿Ríndensele todos?
LUCIFER. Sí.
Sólo el motilón increpa
el sarracino valor.
Ya la chusma sobre él viene.
SATANÁS. Todo ese valor mantiene
ese rosario traidor.

(*Sale* FRAY COSME *con un remo defendiéndose de* BECEBA *y* ARCHIMA AMET *y* SULTÁN, *y* FRAY ANTONIO *atadas las manos, y* CAMILO, *pasajero, y* MARCELA, *dama.*)

BECEBA. ¡Date, papa!
COSME. Papear
y vello.
ANTONIO. ¿Está sin sentido,
fray Cosme?
COSME. Estoy descosido.
ANTONIO. ¿Qué hace, padre?
COSME. Pelear.—
¿No os arrimáis, desleales?
Llegá, veréis cuál se escapa,
que, pues me habéis hecho papa
yo os quiero hacer cardenales.
Llegad, perros, que aquí espero
de manos en la ocasión.
ANTONIO. Fray Cosme, dese a prisión.
COSME. No quiero, padre, no quiero;
dese vuestra reverencia.
ANTONIO. Ya que estoy atado, hermano,
dese ¡por Dios!
COSME. Es en vano.
Ya se acabó la paciencia.
BECEBA. Pues muera. Hacelde pedazos.
ANTONIO. Su perdición, padre, temo.
COSME. Llegá, sabréis qué es un remo
regido por estos brazos.
ANTONIO. Yo le mando, en obediencia,
que se deje, padre, atar.
COSME. Sólo eso pudo obligar
mi rigor y mi impaciencia.
Muy bien me podéis ligar
perros, a vuestro placer,
pues sé que es obedecer
mejor que sacrificar.

(*Atanle las manos.*)

ARCHIMA. Aquí no hay más que ofrecerse
a este cordel.
CAMILO. Ten piedad
si ejecutas tu crueldad.
COSME. Mas ¿quieren todos perderse?
MARCELA. ¡Duélete, señor, de mí;
no me trates con rigor!
ANTONIO. Dios lo ha permitido ansí,
que, como soy pecador
y veinte años le ofendí,
quiere que pague cautivo
las ofensas que le hice.
COSME. Notable pena recibo.
ANTONIO. Tenga paciencia. ¿Qué dice?
COSME. ¡Atado yo, estando vivo!
ANTONIO. Fray Cosme, si él hoy rezara,
como yo se lo avisé,
nunca aquí el moro llegara:
que puesto que yo recé,
si en mí en pecados repara,
verá que no he merecido
ser de la Virgen oído.
BECEBA. Por [la] cristiana gallarda
remedio esta gente aguarda.
MARCELA. Que tengas piedad te pido.
BECEBA. Pienso que serás presente
para que el Rey dé por ti
un ángel que adoro ausente.
COSME. Por él, padre, estoy yo ansí.
ANTONIO. Fray Cosme, no sea impaciente.
SULTÁN. Estos padres no quisiera
que llevaras, que hacen mal
a los cautivos.
ANTONIO. Si fuera
tal mi dicha, mi bien tal
que yo a tus manos muriera,
¿qué fin mejor puedes dar
a mi jornada que el Cielo?
BECEBA. Pues yo te quiero matar.
Daré tu cabeza al suelo
y echaré tu cuerpo al mar.
LUCIFER. El fraile, Satán, se escapa;
al Cielo se va por pies
envuelto en su negra capa.
SATANÁS. ¿No hay un remedio que des?
LUCIFER. ¿Qué furia tus ojos tapa?
¿Quién tu entendimiento ciega?
¿Tú no ves que a nadie llega

más presto un grande rescate
que a un fraile?

BECEBA. Pues no se mate;
el oro por ti me ruega.

ANTONIO. ¿Qué, no merecí morir?

COSME. Calle, que bien vamos vivos.

BECEBA. Apresta y ¡alto! partir.

ANTONIO. ¿Parécete que cautivos
no es morir?

COSME. Bueno es vivir.

ARCHIMA. Pasad a las galeotas,
cautivos, que a Túnez vais.

CAMILO. ¡Qué diferentes derrotas!

ANTONIO. Hoy, Señor, me regaláis.

BECEBA. ¿Cómo esa chusma no azotas?
Cristiana, tened consuelo.

MARCELA. No hay mi desdicha en el suelo.

ANTONIO. ¡Virgen santa, en Vos confío!

LUCIFER. Este fraile ha de ser mío,
o he de revolver el cielo.

FIN

JORNADA SEGUNDA

de LA DEVOCIÓN DEL ROSARIO.

(*Salen* ARCHIMA AMET *y* SULTÁN, *moros.*)

ARCHIMA. ¿Qué hacen esos esclavos?

SULTÁN. Apenas el sol los ve.

ARCHIMA. Y ¿los papas que compré?

SULTÁN. Esos blasonan de bravos.

ARCHIMA. Hazles peor tratamiento
que a los demás.

SULTÁN. Su paciencia
les sirve de resistencia
y de humilde sufrimiento.

ARCHIMA. Si te digo la verdad,
Sultán, no hay noche ninguna
que en sueños no me importuna
alguna sombra o deidad.
Que Antonio siga hasta tanto
que se vuelva moro, y de esto
anda triste y descompuesto,
y aun después que me levanto
suele aquesta misma sombra
la imaginación cansarme.

SULTÁN. ¡Extraña cosa!

ARCHIMA. Y mostrarme
tantas, que el alma me asombra.

(*Salen* LUCIFER *y* SATANÁS.)

SATANÁS. ¿No hemos de salir con esto?

LUCIFER. O no seré yo quien soy,
o le habemos de ver hoy
el traje africano puesto.

SATANÁS. Cuentas que da cada día
de su devoción a Dios
han hecho que de los dos
no aproveche la porfía.
Llega, y al dueño tirano
este pensamiento infunde
para que en su mal redunde.

LUCIFER. ¿Cómo no quieres, villano,
castigar aquel Antonio
hasta que deje su fe?

ARCHIMA. De que ya le castigué
su sangre da testimonio.

LUCIFER. Apriétale hasta que deje
la ley de Cristo.

ARCHIMA. Sí haré.

SULTÁN. ¿Con quién hablabas?

ARCHIMA. No sé.

LUCIFER. Dale, aunque al cielo se queje.

ARCHIMA. Hoy, sombra, cualquier que seas,
palabra te doy de hacer
que muera, o se ha de volver
a la ley que tú deseas.
Vete en buen hora al lugar
que tienes en tierra o cielo.

LUCIFER. No hay en el cielo ni suelo
donde me dejen estar,
si entre vosotros no estoy
o con los indios resido;
pues el cielo que he tenido,
el ser que en efeto soy,
no me duró sola un hora;
era corto para mí,
que como cedro subí
y amanecí como aurora.

(*Vase.*)

SULTÁN. ¿Qué tienes?

ARCHIMA. No sé, Sultán.
Saca luego de los hierros
aquesos cristianos perros
por quien tormento me dan.

SULTÁN. Voy.

ARCHIMA. Camina.

SULTÁN. Aguarda un poco,
y lo que pasa verás.

(*Vase* SULTÁN.)

ARCHIMA. Sombra, ¿qué pretendes más
si no es que me vuelva loco?
¡Vive Alá, papa, cristiano,
cualquier que seas, que hoy

has de morir, pues estoy
más esclavo de un tirano,
por ti, que lo estoy de mí!

(Sale SULTÁN, FRAY ANTONIO, COSME *y* MARCELA, *los tres cautivos.)*

SULTÁN. Hoy, perros, pienso mataros.
Que quiere ver azotaros
Archima Amet aquí.

ANTONIO. Con acabar nuestra vida
acabarás nuestra pena.

ARCHIMA. ¿Es buena esta vida?

ANTONIO. Buena,
y más si es por Dios sufrida.

ARCHIMA. Deja, Antonio, esa locura:
adora en Mahoma, y mira
que te amenaza su ira.

ANTONIO. ¡Virgen santa, Virgen pura,
Virgen más clara que el sol,
favoreced vuestro esclavo!

SULTÁN. Préciase el perro de bravo
más que si fuera español.
¡La ropa fuera [ya], perros!
Tiéndanse en tierra.

(Desnúdanse y échanse de bruces.)

COSME. ¡Ay de mí!
Padre Antonio, que por ti
vine a verme en estos hierros.

ANTONIO. Diga, hermano, que por Dios.

COSME. ¿Quién le metió que yo fuese
con él a Sicilia y viese
tanto mal para los dos?
¿No me estaba yo muy bien
en mi santa portería,
donde a mis horas comía,
donde cenaba también?
¡Ay mi huerta de San Marcos!
¡Ay mi santo refitorio!

ANTONIO. Otro más raro, es notorio,
le espera y mil triunfos santos,
donde cenará algún día
a la mesa del Cordero.

COSME. Ansí, padre, en Dios lo espero;
pero como yo comía
tan libre de aquestos hierros
en mi refitorio a ratos,
cercado de tantos gatos,
muérome entre aquestos perros.

ANTONIO. Ya, hermano, yo estoy desnudo.

SULTÁN. Tiéndase, pues.

COSME. ¿En qué cama?

ARCHIMA. ¿Cuándo te cansarás? Llama
dos calabreses membrudos.

COSME. Mirad para en acabando
qué colación apercibe.

ANTONIO. Por Dios, Cosme, los recibe,
que Dios nos está mirando.

COSME. ¿De qué el recibo ha de ser?

ANTONIO. ¿De qué? De aquestos regalos.

COSME. ¿Yo ¡por Dios! recibir palos?
No estoy de ese parecer.

ARCHIMA. Desnúdate. ¿Qué porfías?

(Quítale COSME *el palo a* SULTÁN *y dale con él.)*

COSME. Ya la paciencia he perdido.
¿No te contentas vestido?
¡Toma!

SULTÁN. ¡Ay, espaldas mías!

(Anda tras él FRAY ANTONIO, *y* ARCHIMA AMET *poniéndose en medio.)*

ANTONIO. *Deo gracias,* fray Cosme, hermano,
¿ansí pierde la obediencia?

COSME. Acabóse la paciencia;
no me hable, padre, a la mano.
Déjeme que le sacuda
media docena no más.

ARCHIMA. Cautivo, ¿eres Barrabás?
¡Prendelde, moros, ayuda,
por Mahoma soberano!
¡Cautivo, pero, traidor,
que has de probar mi rigor!

COSME. Pasito, blanda la mano.

(Salen AJA, *mora, y* LUCIFER.)

AJA. ¿Estás loco? ¿Qué es aquesto?
¿Comprastes bestias, por dicha,
o hombres?

ANTONIO. Mi desdicha,
mora, tu piedad me ha puesto.

LUCIFER. De mandarle castigar
pienso conseguir mi intento,
y doile merecimiento
con que me doble el pesar.

ARCHIMA. ¿Quién te mete en eso a ti?

AJA. ¿Qué te han hecho estos cautivos?

ARCHIMA. Poco, pues los dejo vivos.

AJA. ¿Por qué los tratas ansí?

ARCHIMA. Porque este Antonio deseo,
Aja, que se vuelva moro.

AJA. (¡Pluguiera [a] Alá!, que le adoro
y a un ángel, viéndole, veo.) *(Ap.)*
Pero sea con regalos,
no a palos, que de esa suerte
le perderéis con su muerte.
Un roble da el fruto a palos;
pero los árboles nobles

dejan tomar con la mano
el fruto, y este cristiano
no fué de casta de robles.
Vete y déjame con él.
Llevad esotro.

ARCHIMA. Yo quiero
hacer tu gusto.

AJA. Y yo espero
que, sin castigo cruel,
se rinda a mi cortesía.

ARCHIMA. Lleva ese perro, Sultán,
donde los demás están.

SULTÁN. Camina, perro: algún día
nos veremos.

COSME. Quiera Dios
que nuestro rescate sea
en contienda de pelea
y que lo hayamos los dos.

ANTONIO. Fray Cosme, tenga paciencia,
que es gran joya la humildad.

COSME. Tenga su paternidad
más brío en tan gran violencia.

(*Vanse los* MOROS *y* COSME.)

LUCIFER. Llega, enternece aquel pecho.

AJA. (Temor tengo, ¡oh santo Alá!)
¿Qué piedra en tu pecho está?
Antonio, ¿de qué eres hecho
que cierra al alma la entrada?

LUCIFER. Mira qué hermosura tiene.

ANTONIO. Contra mí la carne viene
de dulce deleite armada.
¡Virgen, socorred, pues Vos
excedistes en pureza
los ángeles, y en belleza
cuanto en el Cielo no es Dios!
Domingo, pues me libré
del mundo con el sagrado
de vuestra ropa, y a nado
a vuestro puerto llegué,
donde al demonio vencí
dándole azotes crueles,
las rosas que en los vergeles
de vuestra casa cogí,
la carne, que es el mayor
de los enemigos míos,
viene con notables bríos
de anegar mi propio honor.
¡Favor, padre soberano;
y vos, heroico Antonino,
pues el hábito divino
me dió vuestra santa mano,
haced oración por mí!

LUCIFER. Háblale, ¿qué te acobardas?

AJA. En fin, dulce Antonio, ¿aguardas
que yo te requiebre a ti?
Si es vergüenza y es temor
de ver que soy tu señora,
tu cautiva soy agora,
tú mi adorado señor.
Lo que es mi talle y persona
ya la ves, no hay que alabarte.
¡Ojalá para obligarte
tuviera yo la corona
de toda el Asia! Mi hermano
es rico. Deja tu ley.
Deudo tengo con el Rey.

LUCIFER. Pídele, necia, la mano,
que palabras no es sentido
y el tocar sentido es,
y el sentir hace después
apetecer lo sentido.
Aunque se incitan oyendo
los hombres más que mirando,
muchos se pierden tocando,
que es ir el fuego encendiendo.
Llegarse al fuego calienta;
pero si te toca, abrasa.
Pásale la mano, pasa;
llega, y abrazarle intenta.

ANTONIO. ¿Qué armas podré tomar
contra ti?

AJA. Mira, cristiano,
que te adoro.

ANTONIO. ¡Oh, fuerte mano!
Comenzad a pelear.
Basta el rosario del cuello.

LUCIFER. Perdíme; no aguardo más. (*Vase.*)

AJA. ¿Rosas, cristiano, me das?

ANTONIO. ¿Yo rosas?

(*Vuélvese el rosario rosas.*)

AJA. Muestra, mi bien.

ANTONIO. ¿Qué dices?

(*Hace, cuando va a tomar el rosario, que se quema.*)

AJA. ¡Ay, que me abraso!

(*Vase.*)

ANTONIO. Y que con ligero paso
Alá o los cielos te den.
Rosas dijo que le daba
cuando el rosario miró,
y la mano se abrasó
cuando las rosas tocaba.
¡Ah, Virgen! ¡Tanto favor!
¡Tantas gracias y mercedes!

(*Sale* COSME.)

COSME. Salir por las calles puedes
de Túnez, libre, señor:
mas cree en darte la nueva
antes de pedirte albricias.

ANTONIO. ¿Qué albricias, Cosme, codicias,
puesto que albricias te deba?
¿Qué tengo yo que te dar
si no es de aqueste jaleco
o de aquel bizcocho seco
lo que hoy tengo de cenar?
Ve por ello si te agrada:
más de diez onzas serán.

COSME. Piedras por onzas nos dan.
¡Qué vida tan regalada!

ANTONIO. Esto entre moros se medra.
Yo te juro que algún día
esa piedra me sabía
más que pan de azúcar piedra.
Pero, dime: ¿quién nos dió
licencia para salir
de esta mazmorra y vivir
en la luz que Dios crió?

COSME. A Túnez, padre, ha venido
Clemente, un embajador
de Génova, por valor
de su virtud conocido
en toda el Africa, y éste
al Rey pidió por merced,
delante de Archima Amet,
que sólo cuando se acueste
permita que moro alguno
encierre en mazmorra esclavo.

ANTONIO. Al embajador alabo,
Cosme, y al Rey noble. Al uno,
por la merced que pidió,
y al otro, por concedella.
Gracias a la Virgen bella.
¿Ha rezado hoy?

COSME. Padre, no.

ANTONIO. Pues ¿por qué?

COSME. De no comer
estoy muy desvanecido.

ANTONIO. ¿Y ha comido?

COSME. Ya he comido.

ANTONIO. Agora lo puede hacer.
Saque el rosario.

COSME. Quebróse
el cordón y no he podido
ensartarle.

ANTONIO. ¿No ha podido?

COSME. Hubo embarazo; olvidóse.

ANTONIO. Venga, yo le ayudaré
a ensartar las cuentas.

COSME. Vamos;
pero como aquí pasamos
crujía, sospecho a fe
que algunas se habrán ido.

ANTONIO. ¿Cuántas?

COSME. Vaya agora cuenta.

ANTONIO. Diga, a ver.

COSME. Ciento y cincuenta.

(*Saca sola la cruz.*)

ANTONIO. ¿Luego todas se han perdido?

COSME. La cruz me quedó no más.

ANTONIO. Dios, Cosme, le dé su luz.
Ate un cordel a esa cruz
y no le pierda jamás.
Que en él daremos los dos
tantos nudos como cuentas,
y pase aquestas afrentas
y palos siempre por Dios,
que es soberbio con exceso
y le podrá suceder
gran daño, a mi parecer.

COSME. Estése, padre, con eso.

ANTONIO. Aquí dicen que labrado
tienen un famoso templo
los ginoveses.

COSME. Ejemplo
de cristiano celo han dado.

ANTONIO. En él hay un santo altar
de un Crucifijo devoto,
de manos y pies tan roto,
que aun la sangre quiso dar.
Esta visita ha de ser,
Cosme hermano, la primera,
pues nos dejan salir fuera,
y mañana puede hacer,
de agallas o de otras cosas,
un rosario en que rezar,
si el cordel le ha de quitar
la devoción de las rosas.

COSME. Bien dice. Vamos, que allá
habrá mercader cristiano
que rosario tenga.

ANTONIO. Es llano;
alguno en la plaza habrá.
¿Cuándo me veré, mi Dios,
en vuestra santa presencia?

COSME. Refitorio de Florencia,
¿cuándo me veré yo en vos?

(*Vanse. Salen el* REY DE TÚNEZ, BECEBA, MARCELA, *cautiva, y* ROSA.)

BECEBA.

Si no te obliga, Rey a haberte dado
esta cristiana para darme a Rosa,—
ni a ti, Rosa ingratísima, he obligado
con aquesta jornada victoriosa,
¿qué esperanza en tan dudoso estado
será para mi vida provechosa?
¿Cuál será de los dos el pensamiento,
pues cuantos me habéis dado lleva el viento?
Surqué la mar azul, corrí la posta
en mis seis galeotas que juzgaban
el golfo desigual carrera angosta;
así las blancas olas sujetaban.
De Sicilia espanté la fértil costa,
y Apebón y Paquino me temblaban,
que los azufres de sus bocas fieras
se helaron de temor de mis banderas.
Cuando volví de tan dichosa empresa
las ninfas de la mar, en sus navales
carros, entapizados de ova espesa,
me ofrecieron mil perlas y corales.
Tú solo, Rey, a quien mi dicha pesa,
Tú sola, Rosa, a quién mis largos males
nunca engendran amor, me recibistes
con tibios brazos y con ojos tristes.

REY.

Beceba, quien emprende grandes cosas,
ha de tener, con el valor, paciencia.
No se cogen tan fáciles las rosas;
sus mismas ramas hacen resistencia.
Estimo que tus manos victoriosas
ya de Sicilia, Córcega y Valencia,
Nápoles y Cerdania, vengan ricas,
pues tales prendas a mi gusto aplicas.
El parabién te doy: pero no puedo
darte lo que consiste en otro gusto.
Rosa tiene la culpa.

BECEBA.

¡Bueno quedo!
Tras tantas esperanzas tal disgusto.
Con justa causa me partí con miedo
de su respuesta y de su agravio injusto.
Lo que temí llegó, pues ya los cielos
corrieron las cortinas a mis celos.
Ya veo, a Rosa, cerca de tus brazos,
como se mira en cuadro de pintura
por cristiano pincel, entre mil lazos
gozar de Venus, Marte, la hermosura.
Todos los imposibles y embarazos
con que tu amor dificultar procura
cosa tan fácil nacen de este intento,
y yo estoy tal que digo lo que siento.
Con un hacha de amor entré siguro
a ver tu pensamiento en tu deseo,
que estaba con mis celos tan oscuro.
Ya, Rosa, en él y entre tus brazos veo.
Pues siendo así, ¿qué busco? ¿qué procuro?
¿qué pido? ¿qué pretendo? ¿qué rodeo?
Dejar quiero tu tierra y tu servicio,
y proseguir de Marte su ejercicio.
Argel tiene las costas africanas,
donde estarán mejor mis galeotas.
Tráiganse aquí chalupas y tartanas
las tuyas pobres de la chusma rotas
no como suelo yo naves cristianas
de alto bordo que suben sus derrotas,
Italia, Africa, Dinamarca y Flandes
con que has labrado atarazanas grandes.
Dame mi esclava, Rey, que el alma adora.

REY.

Y si no quiero dártela, Beceba,
¿qué dirás?

BECEBA.

Que me pagas bien ahora.

REY.

¿No basta el galardón que un rey te deba?

BECEBA.

Dame mi esclava y tu sobrina adora.

REY.

¿No me la diste?

BECEBA.

Sí.

REY.

Pues ¿qué más prueba
de que es mía?

BECEBA.

Fué un trueco de la hermosa
Rosa, mas ¿no me das tampoco a Rosa?

REY.

No quiere, y yo no tengo de forzalla.

BECEBA.

Rosa, ¿no quieres tú?

ROSA.

Quiero, y es justo,
lo que quisiere el Rey.

BECEBA.

No hay que culpalla;
está sujeta y ha de hacer tu gusto.
Dame mi esclava a mí, que quiero dalla
al rey de Argel.

REY.

¿Por darme a mí disgusto?

BECEBA.

Por lo que tú mereces; pues es llano.

REY.

Prosigue la razón.

BECEBA.

Que eres tirano.

REY.

¡Prendelde!

BECEBA.

Por la punta desta espada.

(Vase.)

REY.

Por Alá, que te haré quitar la vida.—
¡Hola, guardas, alcaide!—Rosa amada,
de su muerte no quedes ofendida.

(Vase el REY.*)*

ROSA.

Intenta, Rey, lo que [a] tu gusto agrada,
que, puesto que de entrambos soy querida,
a nadie tengo amor, que, aunque está ciego,
mi pecho es nieve si su flecha es fuego.—

¿Cómo es tu nombre, cristiana?

MARCELA. Por mi desdicha, Marcela,
que venir derecho el mal
el mismo nombre lo muestra.

ROSA. ¿Eres española?

MARCELA. Sí,
aunque a Nápoles la bella
pasé con un capitán.

ROSA. ¿De dónde eres?

MARCELA. De Valencia.

ROSA. Yo te he cobrado afición.

MARCELA. Primero que te la deba,
te había pagado, mora,
que tu donaire y belleza
obliga a tenerte amor.

ROSA. En esta correspondencia
de voluntades pagadas,
que nace de las estrellas,
fuera yo tu grande amiga,
mi secretaria te hiciera,
mis pensamientos fiara
de tu valor satisfecha,
como te volvieras mora,
y si mora te volvieras,
yo te casara con hombre
que fuera igual a tus prendas.

MARCELA. Como aquí veis cada día
cristianas que su ley dejan,
parécete, bella Rosa,
que seré lo mismo que ellas.
Y cree que no fiara
de mi valor y paciencia
para trabajos tan grandes
tan dificultosa prueba,
a no haber en el camino
hallado la resistencia
de vuestros ruegos, regalos,
honras, gustos y promesas.

ROSA. Pues ¿qué resistencia hallaste
si quieren hacerte fuerza?

MARCELA. No la entenderás.

ROSA. Sí haré.
No hay cosa que yo no entienda
del trato de las cristianas,
que me he criado con ellas.
Las labores que yo sé
una esclava portuguesa
me las enseñó, y aun creo
que, si hasta agora viviera,
su ley me hubiera enseñado.

MARCELA. Pues, Rosa, cuando fuí presa
deste alcaide lo fué un fraile
dominico de Florencia.
Hombre de linda persona
honestos ojos y lengua;
tan devoto de la Virgen,
que adoran cielos y tierra
por Madre del mismo Dios,
que, hablando y tratando en ella,
las lágrimas que lloraba
enternecieran las piedras.
A todos encomendó
la devoción de esta Reina,
y a mí, aparte, como vía
que nuestra común flaqueza
es más fácil para el mal,
me dijo: "Cuando te quieran
persuadir, Marcela amiga,
moros que mora te vuelvas,
acuérdate de la Virgen
y de la santa paciencia
con que a Menfis y al gran Cairo,
huyendo de la sangrienta
furia de Herodes, llevó,
por sus arenas desiertas,
al benditísimo Niño:
y que, sentada en la hierba,
margen de una fuente clara,
con las manos, más que estrellas,

le lavaba los pañales;
mientras una blanca cesta,
Josef, de dátiles rojos
cogía de las soberbias
palmas que entonces al suelo
humillaban las cabezas.
Considera los trabajos
que esta celestial Princesa
pasaría tantos años,
y súfrelos tú por ella,
y por que jamás la niegues,
toma estas divinas cuentas,
que si cada día las pasas,
ellas serán tu defensa."
Bien escuché sus palabras,
pues del modo que en la emprenta
queda el papel, las dejó
en medio del alma impresas.
Este es el santo rosario.
¡Ojalá que tú quisieras
conocer estas verdades!

ROSA. Basta, amiga, que las tenga
respeto y amor ahora.

(*Sale* LUCIFER.)

LUCIFER. (No es mala ocasión aquesta
para salir con mi intento.)
Este fraile, Rosa bella,
es el hombre más gallardo
que hizo naturaleza.
Tiene un ingenio divino.
Bueno será que le veas.

ROSA. ¿Podré yo ver este fraile?

MARCELA. ¡Pluguiese a Dios!

LUCIFER. (¿No quisiera
revelar alguna cosa
que me diese en la cabeza?
¿Cosa que Antonio de Rijoles
aquesta mora convierta,
y por un alma dudosa
la más cierta se me pierda?
Mas yo lo sabré trazar
sin que me resulte ofensa.)

MARCELA. Archima Amet le compró:
cómprale, o, por más modestia,
dile al Rey que se le pida.

ROSA. Más segura ha [de ser ésa].
Al Rey le quiero pedir.

LUCIFER. (Pues ¿qué aguardas?)

ROSA. Ven, Marcela,
que ya me muero por verle.

MARCELA. El cielo tus pasos mueva.

(*Vanse las dos.*)

LUCIFER. (No, sino yo, que soy ángel,
aunque perdí, por soberbia,
ser luz, ser sol, ser aurora,
y ya soy noche y tinieblas.)

(*Salen* FILIPO, ALBERTO *y* ROSIO, *cautivos.*)

FILIPO.

¡Ay, vida trabajosa!
¿Cómo con tantas penas duras tanto?

ALBERTO.

¡Ay, muerte perezosa!
¿Cómo no escuchas mi profundo llanto?

ROSIO.

¡Ay, muerte y vida juntas, cómo vivo!
¡No hay mayor muerte que vivir cautivo!

FILIPO.

¿Qué se aflige el villano
de que no llueva a tiempo en su cosecha?

ALBERTO.

¿Qué llora el cortesano
su pretensión sobre los vientos hecha?

ROSIO.

¿Qué teme el navegante al mar ni al viento?
¡Ay, Dios! ¿Por qué no duerme el avariento?

LUCIFER.

¿Qué se lamentan éstos
de sólo ver la libertad perdida
si en el libro están puestos
del bautismo de Cristo y restituída?
De vicio se lamenta todo el suelo.
Callen, pues callo yo, que perdí el Cielo.
¿No fué por mí vertida
la sangre del Cordero sobre el ara?
Trabajo en mortal vida,
descanso presto que en la muerte pára;
mas yo inmortal, y que de Dios me alejo,
me pudiera quejar y no me quejo.)

(*Entra* ANTONIO.)

ANTONIO.

Cautivos, que lo fuisteis
del demonio, y de Cristo libertados,
a ser libres vinistes
y de nuevo por él regenerados.
Hagamos penitencia, que en paciencia
se ejercita también la penitencia.
Nuestros pecados fueron
la causa de vivir donde vivimos;
mas ya que nos trajeron

donde la alegre libertad perdimos,
no perdamos el alma, que es tesoro,
más que la libertad, que pierde el oro. (1)

FILIPO.

¿Quién eres? ¿Qué predicas
penitencia, cristiano, donde hay tanta?

ANTONIO.

Amigo, bien replicas.
Cautivo de la Virgen sacrosanta
soy lo primero, y luego un fraile pobre;
aunque, en ser de quien soy, todo me sobre.
Por las manos dichosas
del varón apostólico Antonino
me dió estas bellas rosas
deste rosario celestial, divino.

(*Sácale y huye el* DEMONIO.)

LUCIFER.

Cegóme ¡oh, perro! Pues caerás, espera,
que yo fuí sol y ya perdí mi esfera.

(*Vase.*)

ANTONIO.

Este que cada día
rezo a la Virgen, y vosotros todos
que le recéis querría,
pues por divinos celestiales modos
os dará libertad con esperanza,
que de su Hijo cuanto quiere alcanza.

ALBERTO.

Danos los pies, ¡oh, padre!,
que todos prometemos ser devotos
de aquella Virgen madre.

ANTONIO.

Ella permita que cumpláis los votos
en sus templos, llevándole el rescate
a Loreto, a la Peña, o a Monserrate.
De un mercader ahora
compré aquestos rosarios. Ea, cristianos,
rosas de tal Señora
no es justo que se os caigan de las manos
que mientras más traigáis la mano en ellas,
en vez de marchitarse están más bellas.

(*Salen* ARCHIMA AMET *y* CELIMO.)

ARCHIMA. Este, Celimo, es mi esclavo.
CELIMO. Pues éste te pide el Rey.
ARCHIMA. Lo que es el talle te alabo;
mas para dejar su ley,
terrible, arrogante y bravo.
¿Qué haces, Antonio, aquí?
ANTONIO. Con la licencia, señor,
ando por Túnez ansí.
ARCHIMA. El Rey sabe tu valor;
al Rey, Antonio, te di,
parte a verle con Celimo.
ANTONIO. Voy, señor, a obedecerte.
Amigos, hoy os animo
con mi sangre; con mi muerte
veréis si la prenda estimo.

(*Vase* ANTONIO *y* CELIMO.)

ARCHIMA. Id a trabajar vosotros.
ROSIO. ¿Somos tuyos?: riñe a otros.
ALBERTO. ¡Qué buenas rosas llevamos!
FILIPO. Vamos tras él, y pidamos
que ruegue a Dios por nosotros.

(*Vanse todos. Salen* AJA *y* COSME.)

AJA. Viendo el notable rigor
de Antonio, a quien tanto adoro,
y que no se vuelve moro
porque no me tiene amor,
crece mi pena inhumana
tanto, que resuelta vengo,
pues yo soy quien sólo tengo, (1)
para volverme cristiana.
Dile, Cosme, que pues él
no quiere ser moro aquí,
yo seré cristiana, y di
que me casaré con él.
Que aunque sé que ha de pesar
a mi hermano, yo sabré
hacer de suerte que esté
de esotra parte del mar
cuando entienda nuestro intento;
y a ti, si aquesto conciertas
y su voluntad despiertas,
tan dormida a mi tormento,
fuera de la libertad,
luego que estemos casados,
te daré dos mil ducados
y del alma la mitad,
porque en joyas y dinero
puedo llevar treinta y más.
COSME. Señora, engañada estás
y desengañarte quiero.
Aunque te vuelvas cristiana
no puede Antonio casarse

(1) Así en el texto; pero el sentido no está claro.

(1) Este verso está equivocado; pero no es fácil, sin cambiarlo todo, escribirlo bien.

contigo, ni aun obligarse
a cosa alguna liviana,
porque es fraile y no es posible.
Deja esas cosas agora
y trata, ilustre señora,
de algún medio convenible
para darnos libertad,
que él te llevará, si quieres
ser cristiana, y donde fueres.
Tu hermosura y calidad
te darán galán marido,
a quien luego querrás bien,
que no es mostrarte desdén
no haberte Antonio querido,
sino ser fraile profeso.
Esta razón le desvía,
que entre cristianos sería
gran pecado y gran exceso
y al istante castigado
que de alguno se entendiese.

AJA. Y si yo con él me fuese
¿está también obligado
a no mostrarme afición
y pagar mi voluntad?

COSME. También es la castidad
su principal profesión.
Y aunque Antonio, por ser hombre,
pudiera satisfacerte,
antes sufriera la muerte
que perder de casto el nombre.
Ya es un ángel en la tierra
y un santísimo varón
y tanta la devoción
que su casto pecho encierra
con la divina María
que aquellas rosas le dió,
que si le tratase yo
de esta plática algún día,
para siempre era acabada
nuestra amistad.

AJA. ¿Que mi mal
es sin remedio?

COSME. Es mortal.
Si el que te di no te agrada
aun yo, con ser motilón,
como y como.

AJA. ¿Pues qué? ¿Tú
puedes casarte?

COSME. *¡Jesú!*
¡Abernuncio! ¡Tentación!

(Vase santiguando COSME *diciendo:* ¡Abernuncio! ¡Tentación! *Salen* ANTONIO *y* ROSA *y* LUCIFER.)

ANTONIO. Cuanto me promete el Rey
no es para mí de importancia,
que no hay humana ganancia
para que deje mi ley.
Sola tu rara hermosura
me hubiera dado, señora,
primer movimiento agora
de tan notable locura;
tanto, que pienso que estoy
fuera de mí, pues te miro.

LUCIFER. (¡Oh, qué bien he puesto el tiro!
De medio a medio le doy.)

ANTONIO. Lo que no pudo el tormento
de mi prisión, hambre y sed,
dese fiero Archima Amet
por diabólico istrumento;
lo que Aja no alcanzó
con tanto amor y blandura
pudo, Rosa, tu hermusura.—
Pero ¿qué digo? ¿Soy yo?
¡Vete! ¡Apártate de mí!—
¡Dios mío! ¿Vos me dejáis?

LUCIFER. (¿Otra vez a Dios tornáis?
Luego ¿no soy nadie aquí?
Pues aunque a ser no llegué
Dios, porque Dios es sólo uno,
nunca tan cerca ninguno
alto pensamiento fué.)

ROSA. Antonio, desde aquel día
que Marcela me habló en ti,
por los oídos te di
lo más que el alma podía.
Ya que te veo, mi bien,
por los ojos te confirmo
por mi señor.

ANTONIO. Y yo afirmo
que el alma te doy también.—
(¡Ay de mí! ¿Qué dije? ¡Cielos!
¡Qué ceguedad! ¡Qué locura!
¡Qué deleite! ¡Qué hermosura!
Cubre con fingidos celos
la muerte eterna, el perder
a Dios, el fuego infernal.)

LUCIFER. (Esto se vuelve a hacer mal;
más cuidado es menester.
Habla más tierno.)

ROSA. ¡Mi vida!,
en mí una esclava tendrás,
este reino heredarás,
que no hay deudo que os lo impida.
A mi tío el Rey se han muerto
dos hijos. Si he merecido
que vos seáis mi marido
tened el reino por cierto.

Pues ¿quién será como vos
servido entonces, amores?

ANTONIO. Faltado me han los favores
y los auxilios de Dios.
¡Ay, ojos que habéis podido
cegar todas las estrellas
del cielo, pues ya sin ellas
voy por vuestro mar perdido!

LUCIFER. (Bien va aquesto; atraile.)

ROSA. Dame esa mano.

ANTONIO. Y también
el alma.

LUCIFER. (Ahora va bien.
Pues ¿qué? ¿Se pensaba el fraile
ser más fuerte que Sansón
y más santo que David?)

ANTONIO. (¡Cegad, ojos; pies, huíd!
¡Ya es tarde; estoy en prisión!
Los palos, la mala vida
y el regalo desta mano
me han vuelto loco; ya en vano
recuerda el arma dormida.)

LUCIFER. (Pídele un abrazo.)

ROSA. Esposo,
dadme un abrazo.

ANTONIO. Quisiera.

ROSA. Pues ¿quién lo estorba?

ANTONIO. Espera;
que hay un estorbo forzoso.

ROSA. En que soy tu esposa advierte;
tú, mi contento y mi gloria.

ANTONIO. ¿Adónde está la memoria?
Avive el seso y despierte.
Apártate un poco allí.

ROSA. Aquí aguardo.

ANTONIO. ¡Extraño intento
me ha puesto en el pensamiento
el perder el alma así!

(*Pónese a dudar.*)

LUCIFER. (Háblale, que está dudando.)

ROSA. ¡Ah, mi Antonio! ¡Ah, mi señor!
¿De qué es aquese temor?
¿Qué hacéis así?

ANTONIO. *Contemplando,*

LUCIFER. (Muy bien puede dar lugar
un hombre a propias pasiones.)

ANTONIO. (¿Quién de tales ocasiones
se habrá sabido librar?)

LUCIFER. (Háblale, que se convierte.)

ROSA. Mi Antonio, mira que espero.
¿Qué haces, mi bien?

ANTONIO. Considero
cómo se viene la muerte...

LUCIFER. (Deja esa imaginación,
que daña imaginar tanto.)

ANTONIO. Mas ¿por qué causa me espanto
de unas cosas que, al fin, son
flaquezas tan naturales?
Demás de que yo ¿qué sé
del secreto de mi fe?
Aunque fundamentos tales
mi fe ¿no está recebida
por justa, por santa y buena?
Mas si se aumenta la pena,
cómo se pasa la vida...)

LUCIFER. (Ya tropezáis con la fe.
Vos caeréis.)

ANTONIO. ¿En estos años
podré sufrir tantos daños?
¿No es posible, no podré,
en brazos de esta mujer,
ser Rey de Túnez y ser
quien treinta galeras arme
y discurra todo el mar?
Mandaré, tendré gobierno;
que hartos hay en el Infierno
solamente por mandar.
Que pasar vida tan fuerte
es locura y es rigor.
Mas... ¡ay!)

ROSA. ¿Qué pensáis, amor?

ANTONIO. *¡Cómo se viene la muerte!*
Quiero quitarme el rosario,
que ya el cuello me atormenta.
Pesa un quintal cada cuenta
y ya no me es necesario.
Aquí le quiero poner.
¡Rosario, quedaos a Dios!

(*Quítasele.*)

que voy a abrazar sin vos
aquella hermosa mujer.

LUCIFER. (¡Victoria! ¡Vencí! No hay más.
¡Infierno, fiestas! ¡Vencí!
Más te precio, fraile, a ti,
pues ya en mi poder estás,
por ser de aquel perro negro
que así me muerde y persigue
y con su rosario sigue;
y más me ensancho y alegro
que con mil almas de moros.
¡Ea, Infierno; fiesta luego,
haya fuegos, pues en fuego
se han de gastar mis tesoros!)

(*Vase.*)

ROSA. Abrázame.
ANTONIO. Estoy temblando.
ROSA. ¿De qué, mi bien?
ANTONIO. De pensar
en cómo me ha de llevar
el Infierno *tan callando*.

(*Abrázanse, y mientras se abrazan vuelve la tramoya con un* ANGEL, *que toma el rosario que* ANTONIO *puso sobre la peña.*)

ANGEL. Este rosario, estas rosas,
me manda llevar la Reina
que sobre los cielos reina.

(*Cúbrese.*)

ANTONIO. Dadme esas manos hermosas.
ROSA. Manos y brazos te doy.
Ven para que el Rey te vea.
ANTONIO. Desde hoy le quiero servir.
ROSA. Hoy te ha de hacer su Visir.
ANTONIO. Basta que su esclavo sea.

(*Vase. Sale* PEDRO GERMÁN, *monje.*)

PEDRO GERMÁN.

Después que retirado
vivo en la soledad de aquestas peñas,
ya del mundo olvidado,
de que apenas podré decir las señas,
no he tenido tal día;
llore, pues es razón, el alma mía
mi estimado rosario,
que tantos años fué mi compañero,
las armas y el contrario
de más temor a mi enemigo fiero,
se me cayó en el fuego
donde me calenté, cual Pedro, ciego.
Grande culpa he tenido.
El cielo me castiga en regalarme.
Mejor el encendido
fuego debiera, ¡ay, mísero!, abrasarme
que a mi rosario santo.
Mas yo le apagaré con este llanto.
Pues, Virgen, revestida
del sol que os hizo nueve meses
aurora esclarecida,
que las rosas, olivas y cipreses
os dieron atributos,
y Vos con mil virtudes atributos
sea yo perdonado;
de vuestro Hijo su piedad me toque.
Quiero, pues he llorado,
ensartar deste rústico alcornoque,
pues sus cuentas me ofrece,
otro que mil en penitencia rece.

(*Aparécese el* ANGEL *con el rosario de* ANTONIO.)

ANGEL.

¿Pedro Germán?

PEDRO GERMÁN.

¡Ay, cielo!

ANGEL.

Toma aqueste rosario, que te envía,
para mayor consuelo,
la Reina de los Angeles, María.

(*Cúbrese.*)

PEDRO GERMÁN.

¿Quién eres, visión santa?
Mas ya veloz al cielo se levanta.
Contento voy ahora.
¡Oh, siempre Virgen, Madre soberana!
¡Oh, piadosa Señora!
¡Oh, hija ilustre de Joaquín y Ana!
¿Tanto favor, bien tanto?
¡Bendito el fruto dese vientre santo!
A vuestra imagen bella,
que en pobre altar entre estas peñas guardan
quiero, divina estrella,
pues ya las rosas que me dais aguardan,
ir, pues es tan suave,
a deciros con él mil veces *¡Ave!* (1)

(*Vase. Salen el* REY, ARCHIMA, AMET, SULTÁN *y* ROSA, *y a su lado* ANTONIO, *de moro, muy galán.*)

REY. De esta suerte, Antonio, estás
cual merece tu persona.
Ansí vas a la mezquita,
por que reniegues ahora
de tu ley, bautismo y fe,
que toda Túnez se goza
a que un papa como tú
siga la ley de Mahoma.
Esta noche haremos fiesta
y gozarás de tu esposa,
y yo te pondré después
en tan alto estado y honra
que te invidie toda Italia.
ANTONIO. Para mí, gran señor, sobra
que me des a tu sobrina.
REY. Yo amaba en extremo a Rosa;
pero después que Marcela
por verte ya moro es mora,
gusto de emplearla en ti.
ROSA. Y yo, señor, soy dichosa.

(1) En el original "sabe".

REY. ¿Cómo te quieres llamar?
ANTONIO. Sultán desde hoy más me nombran.
REY. Moros, abrazalde todos.

(Vanle abrazando con música. Suena COSME *dentro.)*

COSME. Si el cielo rayos me arroja
querrá en el mayor peligro
mostrar más misericordia.
¡Dejadme pasar, infames!
REY. ¿Quién es este que alborota
nuestra común alegría?

(Sale COSME.*)*

COSME. ¡Fray Antonio!
ANTONIO. Cosme, ¿inoras
que ya me llamo Sultán?
COSME. ¡Maldiga el cielo la boca
que tal ha dicho! ¡Jesús!

(Santíguase.)

ANTONIO. ¿Conjúrasme? ¿Qué te asombras?
COSME. ¿No me tengo de asombrar
de ver, traidor, que deshonras
el hábito soberano
de Domingo?
ANTONIO. ¿De eso lloras?
COSME. Lloro y rabio juntamente.
¿Tú, moro, Antonio? ¿Tú, bodas?
¿Tú Sultán? ¿Tú, almaizares?
¡Honroso apellido tomas!
¿Qué has hecho la fe, enemigo,
que profesaste? ¿Las rosas
de nuestra Virgen y Madre,
las marchitas y deshojas?
¿Tú, casado? ¿Tú, mujer?
¿Cómo no riñes ahora
como no he rezado? ¡Perro,
vil, hipócrita! ¿Tú osas,
siendo fraile? Mas ¿qué mucho,
si a Dios dejas y te tornas
moro? El casarte es lo menos.
ANTONIO. Cosme, que te apasionas.
Vuélvete moro, que el Rey
estimará tu persona
y te casará.
REY. Sí haré.
COSME. ¡Hay infamia más notoria!
¿Adónde está la dotrina
que predicabas ha una hora
animando a los cautivos
con fingida vanagloria?
Pero, traidor, ¡vive el cielo!,
que si fuera de la tropa
puedo cogerte a las manos,
que has de gozar poco a Rosa.
REY. ¡Prendelde, matalde, moros!
COSME. Primero mi sangre toda
habéis de comprar, villanos;
y por que os salga costosa
la vendo con esta espada.

(Saca a un MORO *la espada de la cinta.)*

ANTONIO. ¡Muera el traidor!
COSME. ¿Ya blasonas?
Arrímate a mí, cobarde,
verás si medroso tornas,
volviendo al temor la cara.
ARCHIMA. ¿Que esto sufre tu corona?
REY. ¡Ah de mi guarda! ¡Matalde!
ANTONIO. Dame licencia, señora.
ROSA. No te he de soltar, Sultán.
COSME. Pasito, Antonio, que llora
esa imagen que idolatras,
y no es bien dejarla sola.
No esperes mi compañía,
que cuando Judas se ahorca
no lleva Apóstol Santiago;
y si tú tomas la posta
presto [para ir] al Infierno,
yo pienso entrar en la Gloria
al santo rosario asido
de aquella Virgen hermosa.
Esto me enseñaste tú;
pues al Infierno te arrojas,
hinche de fuego el caldero,
que no has de llevar la soga.
Cosme el motilón soy, moros.
Si alguno a su cargo toma
esta injuria, sígame,
que aquí le espero.

(Vase.)

REY. ¿Hay tal cosa?
¡Prendelde, asilde!
ANTONIO. Señor,
déjale [que] pase agora
aquel ímpetu primero.
REY. Déjenle por ti.
ANTONIO. Señora,
dadme aquesa hermosa mano.
ROSA. Y el alma en ella.
ANTONIO. ¿Hay más gloria?
ROSA. Yo haré matar al esclavo
si por ventura os enoja.
REY. Vamos adonde reniegues.
ANTONIO. ¡Qué rosas dejo por Rosa!

FIN

TERCERA JORNADA
de LA DEVOCIÓN DEL ROSARIO.

(Sale COSME, *solo.)*

COSME. ¡Que ha renegado Antonio
de Cristo y su ley sagrada!
El alma tengo turbada.
¡Oh, cuánto sabe el demonio!
Como es viejo, sabe tanto.
De sus embustes reniego.
¡Que le haya ganado el juego
a un hombre tan docto y santo!
Como no hay que hacer caudal,
como San Pablo refiere,
mientras un hombre viviere
en esta carne mortal.
Bravamente le reñí
y encolericéme tanto,
que de los moros me espanto
cómo con vida salí.
Pero sienten dar la muerte
estos perros a un cautivo,
y por su avaricia vivo.

(Sale LUCIFER *en hábito de cautivo.)*

LUCIFER. (Muy bien vengo de esta suerte.
Hoy, con aquesta invención,
probar quiero en la conquista,
pues ya vencí al canonista, (1)
si venzo este motilón.
Temo que sus persuasiones
a Antonio me han de volver.
Suelen echarme a perder
estos frailes motilones;
que, como no son letrados,
lo que una vez aperciben
no hay pensar que los derriben,
creen bien a ojos cerrados.)
¿Fray Cosme?
COSME. ¿Quién me ha llamado?
LUCIFER. Un cautivo miserable,
si le permite que hable
su mala suerte y estado.
COSME. La suerte no es sino buena,
que, al fin, es orden de Dios.
Cautivo estoy como vos,
también padezco esa pena
y algo más.
LUCIFER. ¿Más que yo?
COSME. Sí,
y algo más paso que vos.
LUCIFER. ¿Más que yo? ¡Pluguiera a Dios!
¡No puede ser!
COSME. ¿Cómo así?
LUCIFER. Porque este mi cautiverio
es eterno.
COSME. Pues ¿por qué?
LUCIFER. Ese por qué yo lo sé:
no carece de misterio.
Es el valor que hay en mí
tan grande, que no hay rescate
cuando de aqueso se trate
que pueda igualarme.
COSME. ¿Sí?
¿Qué hombre tan calificado
sois?
LUCIFER. Y mi palabra empeño
que de un imperio soy dueño,
de donde fuí desterrado.
Y pues no se ha de acabar
vida con tanto rigor,
pienso que será mejor,
Cosme amigo, renegar.
COSME. ¿Qué?
LUCIFER. Renegar del Bautismo,
trocando azotes y palos
en contentos y regalos.
COSME. Emperador del abismo
me parecéis.
LUCIFER. Testimonio
nos dan de aquesta verdad
Antonio y su santidad.
COSME. (Sin duda éste es el demonio,
que, como a Antonio ha engañado,
a mí procura engañarme.
Pues él viene á trasquilarme
y ha de volver trasquilado.
¡Ah, si le pudiese echar
el rosario al cuello!)
LUCIFER. (¡Quién
supiese hacerlo tan bien
que a éste pudiese engañar!)
COSME. (¡Si yo el rosario le echase
qué linda fiesta ha de haber!)
LUCIFER. (El infierno se ha de arder
si al motilón engañase.)

(Va COSME *sacando el rosario a escondidas y vase arrimando hacia el* DEMONIO; *el* DEMONIO *desviándose y mirándole de medio ojo.)*

COSME. En efeto, que será

(1) Estos dos versos estaban en el original así:
probar quiero en la ocasión,
pues ya vencí al coronista,
pero ni el sentido ni la rima los autorizan.

el renegar acertado.
LUCIFER. ¡Pues no! Si a ser respetado
llegase un hombre.
COSME. Sí hará.
(No sé por dó está metido.
Este enredador habrá
andado en esto.)
LUCIFER. Si ya
Antonio está convencido
de que es la ley africana
la mejor, ¿qué hay que esperar,
Cosme, si no renegar?
COSME. Sí, amigo, de buena gana;
Pero querría saber...
(¡Jesús! ¿En qué estás asido?)
LUCIFER. (Si acaso me ha conocido.)
COSME. (Más que lo ha de echar de ver
y he de perder la ocasión.
¡Gracias a Dios! ¡Ya salió!)

(Huye el DEMONIO.*)*

LUCIFER. ¡Que el rosario me cegó!
COSME. ¡Ah, tiñoso!
LUCIFER. ¡Ah, motilón!
COSME. ¡Pies de gallo!
LUCIFER. ¡Inorantazo!
El rosario lo engrandece.
COSME. (Aguarda, si te parece,
zorrazo viejo, gatazo.)

(Da tras él con la pretina, y ahora huye.)

Tiene razón de decir
que soy un necio inorante.
¡Que le tuviese delante
y no le supiese asir!
Entendió el perrazo el juego
y echóse luego a partido.
¡Ah, Dios; quién le hubiera asido!
Dos mil azotes le pego.
¡Que no supiese gozar
de tan dichosa ocasión!
Soy un asno, en conclusión,
bien puedo echarme a rodar.
Antonio me da cuidado,
que a Cristo y su Madre ha sido
ingrato y desconocido.
Voy a ver en qué ha parado,
que, aunque ya tiene perdida
la gracia, yo he de trazar
como la vuelva a cobrar
o me ha de costar la vida.

(Vase. Salen el REY DE TÚNEZ *y* FRAY ANTONIO *de moro,* SULTÁN *y* CELIMO.*)*

REY. Tengo tan grande deseo,
Sultán, de ver aumentada
esta ley que adoro y creo,
que, no sólo por la espada
que por conservarla empleo,
mas por las letras querría.
Tú, pues nuestra lengua sabes
y sabes la intención mía
que sólo de hombres tan graves
trasladar la ley se fía,
en tu lengua italiana
copiarás nuestro Alcorán,
que muchos que la africana
ley tan gustosa verán,
dejarán su ley cristiana.
Cuatro meses ha que estás
en servicio de Mahoma;
pero ninguno le harás
como éste, si sabe Roma
que tu aprobación la das.
Fuera de que calificas
lo escrito, obligas [a] Alá
a satisfaciones ricas,
pues tan obligado está
de que su ley testificas.
ANTONIO. Señor, el rey Tolomeo
quiso la ley de Moisén
copiar del idioma hebreo
y envió a Jerusalén
para cumplir su deseo
por hombres sabios y graves.
Setenta fueron, y a todos
cerró de por sí; las llaves
guardó por ver si en los modos
que éstos suelen, como sabes,
defraudar una sentencia,
convenían en hacer
uno de otro diferencia.
Pero aquí no es menester
tan costosa diligencia.
Manda que luego me den
el Alcorán y verás
si yo lo traduzco bien.
REY. Por los setenta valdrás,
Sultán, tú solo también.
¿Traéis mi Alcorán ahí?
CELIMO. Sí, señor.
REY. Pues mientras voy
a caza, lo pasa así.
ANTONIO. Tú verás, señor, que soy
fiel a nuestra ley y a ti.
REY. Para la vuelta, Sultán,

copia; el principio he de ver. (1)
Guárdete Alá.

(*Vase.*)

ANTONIO. ¿Qué dirán
los que me vieren poner
en mi boca el Alcorán?
Pero ya saben que soy
moro y que casado estoy,
¿qué importa que sepan esto?
¡Hola, Celín! (2)

CELIMO. ¡Señor!

ANTONIO. Presto,
mesa y recado.

CELIMO. Ya voy.

(*Va por ello.*)

ANTONIO. Trasladé algunas historias
de los reyes africanos,
sus batallas, sus memorias,
porque entiendan los cristianos
que no merecen la gloria.
Y del gusto que ha tenido
el Rey de ver traducido
el origen de estos reyes,
quiere que copie sus leyes.

(*Sale* CELIMO *con el recado de escribir y pónelo encima de un bufete.*)

CELIMO. Tinta y papel he traído.

ANTONIO. Salte afuera, y si criado
o amigo me entrara a ver,
dile que estoy ocupado,
quiero primero leer
para ver lo que traslado.

(*Pónese a leer, y con música descubren a* SANTO DOMINGO *con el perro y la hacha, como le pintan, y el azucena en la mano, y* SAN ANTONINO *de rodillas ante el Santo.*)

S. ANTON. Santísimo patriarca
y fundador soberano
de nuestra gran religión,
padre de infinitos santos,
arquimandrita divino,
perro insigne negro y blanco,
que con el hacha en la boca
abrasarás los contrarios
de la Iglesia y fe de Cristo;
pues los lobos, en mirando
vuestra carlanca de oro,
llena de diamantes claros,
de virtudes y excelencias,
huyeron de ver sus rayos,
que la medalla del cuello, (1)
estando en medio adornando,
donde la Reina del cielo
con atributos tan altos,
como estrellas de Jacob,
cercaba el sol con sus rayos.
Guzmán divino, español,
de quien tendrán reyes tantos
su ascendencia, que ya miro
pasar de Filipo cuarto. (2)
Domingo ilustre, a quien Dios,
por mil días de trabajos,
hizo Domingo en el cielo,
que los ángeles guardaron:
yo di el hábito en Florencia
a un mancebo saboyano,
casi de mi propio nombre,
siendo prior de San Marcos.
Dile el rosario también,
que fué el soberano lazo
que a vuestra casa le truje
como a novillo domado.
Pasando a Sicilia Antonio
los moros le cautivaron,
donde, habiendo resistido
hambres, cadenas y palos,
pudieron los tiernos ojos,
pudieron las blancas manos,
los deleites, los amores (3)
de una mora hacer de suerte
que, ya de Dios olvidado,
dejó su ley. ¡Gran dolor
para todo el orden sacro
de vuestro santo distrito,
pues, renegado y casado,
vive en Túnez en su lengua
el Alcorán trasladando.
Padre santísimo, a quien
dió la Virgen el rosario
contra los fieros herejes
y Ella os enseñó a rezarlo,
dividiéndole en tres partes
por quince misterios santos,

(1) Este verso estaba en el original así:

copia el principio bien.

pero no hay rima ni sentido.

(2) Para que conste el verso hay que llamar Celín al Celimo de antes.

(1) Aquí debe de faltar algo; pues el sentido está oscuro.

(2) Por consiguiente esta comedia es posterior a 1621 y acaso a 1629, en que nació el príncipe Baltasar Carlos.

(3) Falta un verso después de éste.

no permitáis que se pierda
a quien le dió vuestra mano.

S. DOMING. Arzobispo de Florencia,
hijo Antonino, si el daño
de Antonio te duele a ti,
porque tú le diste el hábito,
no menos a mí, que soy
a quien la Virgen dió el cargo
de cultivar estas rosas
de su huerto sacrosanto.
Yo le pediré que pida
a su Hijo este milagro
de su rosario divino.

S. ANTON. Si sus ojos soberanos
pone la Virgen en él,
hoy triunfará su rosario.

(*Cúbrese la apariencia, y* ANTONIO, *que ha estado leyendo, diga admirado.*)

ANTONIO.

¿Puede ser más notables desatinos?
¿Es posible que tal estimo y precio?
¿Hanse escrito más bárbaros caminos?
O este Mahoma fué en extremo necio,
que, como vió que a necios persuadía,
con [sus] cautelas quiso hacer desprecio.
Cuanto es la bestia describir porfía;
son deleites y engaños atractivos;
toda virtud, toda razón desvía.
Lascivia y gula [que] mostró excesivos,
son polos de su ley, y ésta promete
el ignorante a muertos como a vivos.
Pedazos de la ley cristiana mete,
mal entendidos, el blasfemo. ¡Oh, cosa
digna de que un demonio la interprete!
¡Oh, qué linda económica y famosa
presunción de un loco disparate
fundada en necedad tan fabulosa!
Ya de hoy más Aristóteles no trate
la suya, ni a moral filosofía
Platón la lengua aurífera desate.
¡Qué loco estaba yo, Virgen María,
cuando dejé vuestro rosario santo
por una vil y deshonesta arpía!
Pues de haberle dejado pudo tanto
el demonio engañoso, que soy suyo,
habiéndome cubierto vuestro manto.
¡Oh, vil, falso profeta! El libro tuyo
queme llama (1) del cielo, pues quién eres

(*Arroja el libro y písale.*)

de tus escritos bárbaros arguyo.

(1) El texto dice "que me unna yo".

¡Oh, tú, siempre entre todas las mujeres
bendita, ayuda aquí, dame tu mano,
que a ti me volveré si tú me quieres!
Favor, Domingo, padre soberano.

(*Echase de pechos llorando sobre el bufete y salen por un lado* LUCIFER *y por otro el* AUXILIO DIVINO.)

LUCIFER.

¿A quién pides favor? ¿Tienes vergüenza?
Pues, perro, no hay piedad, lloras en vano.

AUXILIO.

¡Mientes, villano!, que el dolor comienza,
y si prosigue y en llorar porfía,
no dudes tú que la batalla venza.

LUCIFER.

¿Tan presto, Auxilio santo? ¿Quién te invía?

AUXILIO.

Quien me puede enviar, Dios, por los ruegos
de la Princesa celestial María.

LUCIFER.

Después de mil perjuros y reniegos
de Ella y su Hijo y de sus santos nombres
¿vienes a abrirle tú los ojos ciegos?

AUXILIO.

Angel de las tinieblas, no te asombres,
que Dios no tiene en iras ni en venganzas
la condición y estilo de los hombres.—
Antonio, llora, que llorando alcanzas
cuanto pidas a Dios.

ANTONIO.

Señor, ya lloro.

LUCIFER.

¿A un perdido enriqueces de esperanzas?

AUXILIO.

Mal sabes tú lo que las rosas de oro
alcanzan de María y de Dios ella.

LUCIFER.

En éste no, que ya no es fraile, es moro.
Y esa divina y celestial Doncella
favorezca cristianos con sus rosas;
pero no a quien sus rosas atropella.
Que si son en sus ojos tan hermosas,
por otra Rosa vil las ha dejado.

AUXILIO.

A recebirle fueron poderosas.
Dios te manda dejarle.

LUCIFER.

Su mandado

obedezco; mas voy a hacer de suerte
que tiemble el cielo de mi brazo airado.

(Vase.)

AUXILIO.

Antonio, a Dios tus lágrimas convierte.

ANTONIO.

¿Osaré, Auxilio santo, alzar la cara?

AUXILIO.

Alzala, que, pues lloras, quiere verte.

ANTONIO.

¿Perdonaráme Dios?

AUXILIO.

¿No es cosa clara
si lo vas suspirando con tu llanto?...

ANTONIO.

Negué su nombre, fuí traidor.

AUXILIO.

Repara
que Pedro le negó; pero fué tanto
el llanto suyo, que hoy es fundamento
y de su Iglesia sustituto santo.

ANTONIO.

Ya os oigo, aunque no os veo; mas si in-
decir que soy cristiano a este rey moro, [tento
¿qué me sucederá?

AUXILIO.

Breve tormento
y gloria eterna.

ANTONIO.

Pues la muerte adoro,
aunque es terrible trance.

AUXILIO.

¿Atrás te vuelves?
¿Cómo no miras las coronas de oro
de tantos frailes santos y resuelves
que ellos sin culpa han muerto y tú culpa-
[do? (1)

ANTONIO.

¿Qué, tantos hijos de Domingo entraron
por su sangre en el Cielo?

AUXILIO.

Los que espera
el claustro de Madrid, oye.

(1) Faltan versos después de éste; los piden el sentido y la rima.

ANTONIO.

¿Ganaron
a fuego y sangre la inmortal bandera?

AUXILIO. Después de adornar las puertas
ansí yo del templo santo
de entorchados jeroglíficos,
de la fe símbolos sacros,
corresponderánse enfrente
de otras dos puertas dos cuadros
que no fueron de por sí,
por ser dos mártires santos. (1)
Luego, por orden, comienzan,
en soberanos retratos,
los dominicos atletas
y sangrientos espectáculos.
Palmas en las manos todos,
todos al cuello rosarios,
que las rosas hay quien diga
que de sangre se engendraron.
San Pedro, mártir, que hizo,
para corona del labio,
del cuchillo la diadema
y de su filo los rayos.
El primer inquisidor
y protomártir Conrado,
fray Nicolás, que en Hungría
los herejes degollaron
siendo su obispo, con cinco
frailes, y fray Berengario,
arzobispo de Cracovia,
de una lanza atravesado;
fray Pagano, y luego tú,
que vienes bien con Pagano.
Mira si el lugar acetas.

ANTONIO. Sí, Señor, bañado en llanto.

AUXILIO. Fray Felipe, hijo del rey
de Ceba, mártir a palos,
y con fray Andrés Pelisco,
a los leones echado.
Mas para animarte más
con sus divinos retratos,
mira la Virgen de Atocha
y los mártires del claustro.

(Suena música y descúbrese la Virgen de Atocha y a los lados los mártires que aquí van referidos, cada uno con su martirio, como van dichos, y se adviertan que en esta apariencia consiste la fuerza de la comedia, o sea en un árbol formado con seis nichos y la Virgen en medio.)

(1) Todo este pasaje viciado; pero no tiene fácil arreglo.

ANTONIO. Serenísima María,
que la luna estáis pisando,
aunque con el alma os miro
a la luz de vuestros rayos,
haced de los muchos vuestros,
por vuestro santo rosario,
este milagro conmigo,
pues Dios por vos obra tantos.
Antonio soy, si merezco
llamarme nombre cristiano
habiendo a vos y a Dios
por el demonio trocado.
No soy Sultán, Virgen pura.
AUXILIO. Gente suena. Allá te aguardo;
no vuelvas atrás, Antonio.
ANTONIO. Ayudadme, Auxilio santo.

(*Cúbrese la apariencia. Quédase* ANTONIO *solo. Sale* FRAY COSME.)

COSME. A pesar de cien morillos,
hasta esta sala he llegado,
donde dicen que está Antonio
el Alcorán trasladando.
Y pues el Rey no está aquí,
por el hábito sagrado
de mi padre que lo escrito
tengo de hacer mil pedazos.
ANTONIO. ¡Misericordia, Dios mío!
COSME. ¡Ay, fray Sultán, renegado!
Solos estamos agora.
ANTONIO. ¡Ay, Virgen! ¿Quién me ha llamado
el nombre que ya aborrezco?
¡Cosme amigo! ¡Cosme hermano!
COSME. ¿Mi hermano vos? De Mahoma
lo sed, que yo no me pago
de hermanos que son infames.
ANTONIO. Cosme, dame aquesos brazos;
mal dije, dame esos pies,
quiero mil veces besallos,

(*Echase a sus pies, y huye* FRAY COSME.)

por católicos, por fuertes,
por buenos, cuerdos y santos.
No me los niegue, no huya.
COSME. Eres tentación del diablo.
¿Estás sin seso, Sultán?
¿Esa media habréis sacado
de vuestro renegamiento?
ANTONIO. Yo soy el vil renegado
que, engañado del demonio
por un antojo liviano,
negué a mi Dios y su Madre
y a su divino rosario.
Mas ya, hermano Cosme, vuelvo
conociendo mi pecado,
como pródigo segundo,
a sus paternales brazos.
Hermano, ayúdame tú;
ruega por mí.
COSME. ¡Cielo santo!
¿Hablas de veras?
ANTONIO. Sí, amigo;
hermano, de veras hablo.
¡Misericordia, Dios mío!
COSME. ¡Virgen pura del Rosario,
vuestras hazañas son éstas!
Pues alto, mi padre amado,
diga como yo dijere
a voz alta:

(*Va* COSME *diciendo, y* ANTONIO *en voz alta lo repita.*)

Sepan cuantos
en Túnez, Fez y Marruecos

(*Va diciendo lo que él dice.*)

ha sido patente y llano
que renegó fray Antonio,
del Orden dominicano,
que le engañó Satanás,
como hombre débil y flaco.
Pero ya que ha conocido
los embustes, los engaños
del Alcorán de Mahoma,
profeta falso y borracho,
embustero y codicioso;
corrido y desengañado
de haber seguido su ley,
aunque tan pequeño espacio,
la deja por mentirosa,
mala y de malos resabios,
señuelo para el Infierno
y cebo de condenados.
Por tanto, reniega della
y de su dueño falsario;
confiesa la ley de Cristo
y sus estatutos santos,
que Cristo es Dios verdadero
y redentor soberano.
Confiesa en Dios tres personas
distintas por soberano
misterio, y un solo Dios
poderoso, bueno y sabio;
que Jesucristo es Dios hombre,
que en el vientre sacrosanto
de Santa María, su madre,
por el Espíritu Santo
fué concebido y nació,

su virginidad quedando
sin corrupción, limpia y pura
antes y despüés del parto.
Que, en cuanto hombre, padeció
y fué muerto y sepultado;
resucitó el día tercero;
subió al cielo; está sentado
a la diestra de su Padre;
desde do verná juzgando
en el postrimero día
a los buenos y a los malos,
para dar premio y castigo,
conforme hubieren obrado
los hombres en esta vida.
Y confiesa todo cuanto
la Santa Iglesia Romana
ha dispuesto y ordenado
y ordenará hasta morir
en su protección y amparo.
Esto es lo justo y lo bueno,
lo católico y lo santo,
y quien dijere otra cosa
mentirá como bellaco.

(Hasta aquí ha ido repitiendo.)

ANTONIO. Ansí, mi Dios, lo confieso.
COSME. Agora deme esos brazos,
y vamos por esas calles,
hechos locos, publicando
a voces la ley de Cristo.
ANTONIO. ¡Vamos, Cosme!
COSME. ¡Vamos!
ANTONIO. ¡Vamos!

(Vanse diciendo a voces: ¡Viva Cristo! ¡Viva Cristo! *Sale* BECEBA *con lanza y adarga.)*

BECEBA. Montes de Túnez, cubiertos
de fieras y de leones,
testigos de mis razones,
aunque a mis voces disiertos;
mar contrario, en cuyos puertos
fué mi esperanza perdida,
en esto acaba su vida
quien pone su fe y amor
en un ingrato señor
y en una mujer fingida.
Ciudad, yo fuí alcaide en ti;
ya soy alarbe en el campo,
los pies en la arena estampo
que en ricos palacios vi.
Desterrado vivo aquí
de mi Rey y de mi dama.
¡Dichoso campo el que os ama
sin que otro interés le obligue,
que nunca la invidia sigue
a los que viven sin fama!

(Voces dentro. Sale el REY *peleando con un león.)*

REY. Cobarde soy. ¡Por Alá!
¿Ninguno me da favor?
BECEBA. Este es el Rey, que mi amor
tan mal pagándome está.
El león le rinde ya;
su gente llega. Yo quiero
hacer como caballero,
que al Rey, aunque ingrato sea,
cuando en peligro se vea,
le he de acudir el primero.
Bestia cruel, vente a mí,
deja al famoso Almanzor.
REY. ¿Quién eres?
BECEBA. Yo soy, señor.
REY. ¿Es Beceba?
BECEBA. Señor, sí.

(Da BECEBA *tras el león y sale luego; déjale muerto.)*

REY. Siempre de ti presumí
este valor ¡oh, buen moro!
Por el santo Alá que adoro
que el reino tengo de darte;
mas para poder pagarte
no tiene el mundo tesoro.
Voluntades mal pagadas,
servicios mal conocidos
en vasallos bien nacidos,
no hacen las quejas espadas.

(Ahora sale BECEBA.)

BECEBA. De dos sangrientas lanzadas,
el león atravesado,
tiñe en sangre el verde prado.
REY. Y yo, a tus brazos rendido,
perdón, Beceba, te pido
de todo el desdén pasado.
BECEBA. Cuando en peligro te hallo
acudo a mi obligación.
REY. La falta del galardón
prueban la fe del vasallo.

(Salen ARCHIMA AMET *y* CELIMO *con alabardas.)*

ARCHIMA. ¿Muerto, decís?
CELIMO. El caballo,
por lo menos, muerto queda
en esta verde arboleda.
El Rey es éste.
TODOS. ¡Señor!
REY. No a mí, sino al vencedor,
para que pagarle pueda.

Beceba es rey, pues por él
tenéis Rey; mató el león.

ARCHIMA. Hechos de su mano son,
que [es] su lealtad tan fiel.

REY. Volveré a Túnez con él,
y, llevándole a mi lado,
entrará conmigo honrado.
Fiestas y máscara haced.
Parte a Túnez, Maamet,
refiere lo que ha pasado.
Salgan, reciban ansí
al Beceba como a rey.

ARCHIMA. Voy, porque tu gusto es ley.

REY. Y él lo merece por sí.
Que vivo por él, les di.

BECEBA. ¡Tantas honras, Almanzor!

REY. Hoy conocerás mi amor;
que, quien pagado tan mal,
fué tan hidalgo y leal,
es señor de su señor.

(*Vanse. Sale* ANTONIO *medio desnudo y* ROSA *asida de él.*)

ROSA. ¿Dónde vas de esa manera?
Tente, mi bien, ¿dónde vas?

ANTONIO. Rosa, no me tengas más.
Suelta, Rosa.

ROSA. Escucha, espera;
mira que soy tu mujer,
cuando no por ser quien soy.

ANTONIO. Por lo mismo huyendo voy.
Por ti he perdido mi ser;
por ti no soy. Ya los dos
no hemos de hablar de ese nombre.
Hoy vuelvo a ser, porque el hombre,
¿cómo puede ser sin Dios?

ROSA. Algo, mi vida, te ha dado
alguna invidiosa mora
de mi ventura.

ANTONIO. Señora,
no es mora quien me ha tocado,
aunque me enamoró a mí
su belleza soberana,
sino la mayor cristiana,
pues que tuvo a Cristo en sí.

ROSA. ¿A Cristo nombras? ¿Qué es esto?

ANTONIO. Pues ¿no quieres que le nombre
si por remedio del hombre
está de esta suerte puesto?

(*Saca un Cristo.*)

¡Ay, Rosa, mírale aquí!

ROSA. ¿Loco te has vuelto?

ANTONIO. Antes cuerdo,
pues hallo aquí lo que pierdo
por mi locura y por ti.
¡Halle yo, Padre divino,
en este costado abierto
sagrado, acogida y puerto
del mar de mi desatino!
¡Haced, santas venas frías, (1)
que aquéstas por vos desangre
las tristes lágrimas mías!
Pues que vos, Rey celestial,
sois piedra, imprímanse en vos,
que si sois piedra, mi Dios,
en piedras hacen señal.

ROSA. Siempre temí tu mudanza.

ANTONIO. ¡Malhaya el hombre traidor
que fuera de vos, Señor,
pone jamás su esperanza!
Mi confianza mortal,
que es viento, en nada la fundo,
siempre la puse en el mundo
y en vos nunca, por mi mal.
Pero yo juro, Señor,
de pagarlo con la vida,
a vuestra sangre ofrecida,
a quien debo tanto amor.
Quédate, Rosa, y el Cielo
se duela de ti.

ROSA. ¡Ah, mi bien!

ANTONIO. Ya no hay bien, Rosa, sin quien
murió para bien del suelo.
Voy a morir.

(*Vase.*)

ROSA. ¡Ah, señor,
mira que te adoro! ¡Fuese!
¿Que este fin mi amor tuviese?
¡Oh, qué mal puse mi amor!

(*Sale* LUCIFER.)

LUCIFER. (Deseaba entrar aquí
y nunca he podido entrar,
que éste se ha sabido armar
bravamente contra mí.
¡Oh, qué espada de dos filos
tomó el traidor en la mano!)

ROSA. ¡Que se haya vuelto cristiano!
Mas son comunes estilos
de estos renegados perros.
Al Rey haré que le mate.

LUCIFER. Con regalo es bien se trate.

(1) Falta un verso, después de éste, para la redondilla.

Póngale primero en hierros.
ROSA. Mejor será por amor.
LUCIFER. Regálale; ve tras él.
ROSA. Lágrimas podrán con él
lo que no pudo el rigor.
Voy a seguirle.

(*Vase.*)

LUCIFER. Reniego
de mí mismo, pues María
pudo dar luz este día
al alma de un hombre ciego.
¡Domingo, mucho supiste;
a buen árbol te arrimaste!
¡Qué bien sus rosas fundaste!
¡Qué hermoso huerto escogiste!
¿Quién me ha encontrado contigo,
perro ladrador de herejes?
Mas yo haré que esta vez dejes
la prenda que ha de ir conmigo.
En tu dorada carlanca
no hay tocar; mas quiero ver
si te pudiese morder
algo de esa fimbria blanca.

(*Entran el* REY, BECEBA, ARCHIMA AMET *y* CELIMO.)

BECEBA. ¡Qué alegre y regocijada
Túnez, señor, te recibe!
REY. ¡Moros, por Beceba vive
vuestro Rey!
ARCHIMA. ¡Famosa entrada!

(*Salen los* MÚSICOS *con un baile morisco, con máscaras.*)

MÚSICOS. Garda mos, Alá, Muley,
que gardar al Rey, que gardar al
al Rey, que un león tener [Rey,
para hacer mochos pedazos,
quitarmo ley desas brazos
y él vida por él poner.
Túnez, tenelde placer
por vasallo de bon ley,
Mahoma, gardar Moley,
guardar al Rey, guardar al Rey."

(*Vanse los* MÚSICOS. *Sale* ANTONIO *de fraile con su corona.*)

ANTONIO.

Los que me vistes por deleite vano
negar la fe de Cristo que profeso,
y habiéndole primero dado el beso
venderle como bárbaro villano.
Los que dejastes el valor cristiano
por el ejemplo de mi loco exceso,
mirad que ya le adoro y le confieso,
trayéndole en el alma y en la mano.
No soy Sultán: Antonio, sí; ninguno
crea que creo al bárbaro profeta,
porque se engañará si lo piensa alguno. (1)
La ley de Cristo adoro; vuestra seta
maldigo. Cristo es Dios, que es trino y uno.
Mi sangre está [ya] a vuestros pies sujeta.

(*De rodillas.*)

REY.

¡Por Alá, que de cuantas invenciones
en mi entrada se han hecho, no hay ninguna,
Sultán, que con la tuya se compare!
¡Qué bien de los cristianos se ha burlado!
Beceba, ¿no es muy digno de un gran premio?

BECEBA.

¡Qué máscara! ¡Qué fiesta más discreta!
¡Qué bien ha castigado a los cristianos!
¡Qué bien sus desatinos me presenta! (2)

ANTONIO.

No son máscara, Rey; antes es esto
quitarme ya la máscara del rostro.
Yo creo en Jesucristo, Cristo vivo.
Cristo es Dios.

REY.

¿Cómo es esto? Espera un poco.
Sultán, ¿hablas de veras, o estás loco?

ANTONIO.

No soy Sultán, Antonio soy; ya vuelvo
a los palacios de mi Padre, adonde
me ha vestido del hábito primero
para sentarme a su gloriosa Mesa.
Pródigo fuí de sus tesoros ricos;
guardé negro ganado de deleites;
roto volví, mas ya me dió sus brazos
a trueco de mil lágrimas, y puso
en mi cuello la estola de su gracia.

REY.

Antonio, mira bien lo que aventuras.

ANTONIO.

¿Qué ventura mayor que con mi sangre
confirmar las verdades que confieso?

REY.

No hay fiesta sin azar, que todas tienen
por fin guardado algún desabrimiento.

---

(1) Sobra una silaba.
(2) Parece seguro que deba leerse "representa!".

BECEBA.

¡Ah, Rey! ¿Está mejor Rosa empleada
en un cristiano vil?

REY.

Llevalde presto,
y dentro de tres días, si no dice
que a Mahoma confiesa, dalde muerte.

ANTONIO.

De aquí a tres días, Rey, de aquí a tres años,
de aquí a tres mil, diré lo mismo.

REY.

¡Oh, perro!
Llevalde al campo luego, apedrealde,
y quemaréis su cuerpo.

ANTONIO.

¡Virgen pura,
cumplióse mi deseo! Mi remedio
debo a vuestro santísimo rosario.
¡Oh, santa devoción! En vos espero
que no se perderá quien la tuviere.

(*Llévanle.*)

REY.

Arrepentido estoy ¡por Alá santo!
de haber honrado a este cristiano perro.
Vuélvase, moros, el contento en llanto.

BECEBA.

¡Por éste me pusiste en tal destierro!

REY.

Famoso alcaide, pues te debo tanto
y he conocido mi notable yerro,
yo huelgo de que quede libre Rosa,
que si hoy la quieres, hoy será tu esposa.
Sin esto, haré que el Gran Señor confirme
mi sucesión en ti.

BECEBA.

Beso tus manos
¡oh, generoso Rey, columna firme
de todos los Estados africanos!

REY.

Obligarme pudiste y persuadirme.
No haré más confianza de cristianos.
Vamos a ver a Rosa.

BECEBA.

Hoy quiera el cielo
lograr tus años y premiar mi celo.

(*Vanse. Salen* MARCELA *y un* MERCADER.)

MARCELA. Antes de embarcarme quiero
aunque pudiera en mi llanto,
pues que no soy conocida
con la mudanza del hábito,
ver, si pudiera, a mi Antonio.

MERCADER. Si le están apedreando.
¿No ves que podrán volver
las piedras a los cristianos?

MARCELA. ¡Ojalá, amigo, que algunas,
despedidas de sus brazos,
me hiciesen tan venturosa!

(*Sale* COSME.)

COSME. ¡Oh juicios soberanos,
que guían nuestro remedio
por tan diferentes casos!

MARCELA. ¿Viste a fray Antonio, amigo?

COSME. Yo soy, Marcela, el que tanto
abominé sus delitos;
yo fuí su mayor contrario,
porque yo soy aquel lego
que a su lado cautivaron,
fray Cosme, y ya soy
llama que su nombre alabo.
Por la gran puerta de Túnez
sacaron a Antonio al campo
coronada la cabeza
y atadas atrás las manos.
Las cosas que iba diciendo
con la Virgen santa hablando,
las ternezas que a su Hijo,
los amores, los regalos,
los perdones que pidió
a los cautivos cristianos,
¿qué lengua habrá que lo diga?
Al fin, al campo llegaron,
hincó en tierra las rodillas
y allí, como Esteban santo,
bordó de piedras preciosas,
rubíes en sangre bañados,
el hábito de Domingo,
siempre a la Virgen llamando.
Encienden un grande fuego;
pero del cuerpo sagrado
huye el fuego, que el de amor
resiste y le deja intacto.
Piedras en sangre teñidas
cogieron muchos cristianos,
y se les volvieron rosas.
Mas ya tratan de enterrarlo,
que a los pies del Crucifijo
de este templo fabricado
de ginoveses en Túnez,

mandó sepultarse el santo,
donde esperan que ha de hacer
Dios, por él, grandes milagros.
Pues ya llegamos al puerto,
el santo cuerpo veamos.

MARCELA. La piedra que sangre tenga,
Antonio, mi padre amado,
será diamante en mi pecho.

COSME. Este es el cuerpo sagrado.

(Corran una cortina y aparece NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO *con manto azul; más abajo, a los lados, los frailes que puedan,* DOMINICOS, *con rosarios al cuello, y alrededor de la Virgen un rosario grande, con rosas por Paternostes, y* FRAY ANTONIO *de rodillas, lleno de sangre, con un Cristo en la mano derecha y en la izquierda el rosario.)*

COSME. ¡Con qué valor tiene a Cristo
Antonio en la diestra mano,
como bandera que sigue,
y en la siniestra el rosario.

MARCELA. Con esas armas, ¿quién duda
¡oh, valeroso soldado!
que conquistase los cielos?
Nuevo Esteban, si en el manto
de la Virgen ya te miras,
como a soberano amparo,
ruega por mí.

COSME. Y por todos.

(Cúbrese la apariencia.)

padre Antonio, Antonio santo.
Y aquí, senado, da fin
LA DEVOCIÓN DEL ROSARIO.
San Antonino la escribe,
que de Florencia, en San Marcos,
dió el hábito a fray Antonio,
y ansí os lo ofrece Belardo.

FIN

LA DISCORDIA EN LOS CASADOS

HABLAN EN EL PRIMER ACTO

ALBERTO.	AURELIO.	ELENA, *duquesa.*	PEROL, } *villanos.*
LEONIDO.	ROSELO.	OTAVIA, *dama.*	SIRALBO, }
OTÓN.	ENRICO.	CELIA, } *villanas.*	MÚSICOS.
PINABELO.	*El* REY DE FRISIA.	AURORA, }	FABIO.
			Y otros SOLDADOS.

ACTO PRIMERO

(ALBERTO, LEONIDO.)

ALBERTO. Casaráse la Duquesa,
Leonido, como es razón,
que pese o no pese a Otón.

LEONIDO. Todos dicen que le pesa,
y está a impedirlo dispuesto.

ALBERTO. ¿De qué le puede pesar
a un hombre particular
desinteresado en esto?

LEONIDO. El se debe de entender.

ALBERTO. Pues entenderáse mal;
porque si ha de ser su igual,
el Rey de Frisia ha de ser.
Esto conviene a su Estado
y a nosotros un señor
de rëal sangre y valor,
y tan gallardo soldado,
que no ha de salir Otón
con desatinos tan grandes,
si Alemania, Francia y Flandes
ayudan su pretensión.

LEONIDO. No pienso yo que camina
por darla a otro Rey, pues creo
que a diferente deseo
los pensamientos inclina.
Y es tan feo y desigual,
que a decirle no me atrevo.

ALBERTO. La ambición, Leonido, es cebo
dulce, engañoso y mortal.
¿Qué quiere en Cleves Otón?

LEONIDO. Ser Duque.

ALBERTO. Ni aun lo imagines.

LEONIDO. Pues ¿a qué blancos o fines
mirará su pretensión,
si tiene un hijo mancebo,
de la Duquesa galán?

ALBERTO. Si ellos de concierto están,
yo cumpliré lo que debo
al Duque muerto y a mí
con aventurar la vida.

(*La* DUQUESA ELENA *y* OTAVIA, *dama.*)

ELENA. De vuestro engaño advertida
al desengaño salí.
¿Qué modo de hablar es ése,
Leonido, en mis propios ojos?

LEONIDO. Tu daño y nuestros enojos,
de que es razón que nos pese.
¿Al Rey de Frisia es razón
que se anteponga un vasallo
y que después de llamallo
su venida impida Otón?
¿Qué respuesta se ha de dar
a un Rey soldado y mancebo?

ELENA. Para mí, Leonido, es nuevo
que Otón me quiera casar.
Y si más lejos lo mira
como en Francia, juzga mal.

LEONIDO. Sujeto más desigual
murmuran; pero es mentira
y odio que tienen a Otón
de verle tan poderoso,
que él es hombre generoso
y envidias civiles son.
Tú eres prudente y altiva;
tu padre es muerto; esta tierra
teme ocasiones de guerra,
que en dueño vasallo estriba.
Admite al Rey, y harás cosa
digna de tu nombre claro;
que debajo de su amparo
quedas segura y dichosa.
Vuelve los ojos a ver
cuántos daños al honor
nacieron de un loco amor
y un gobierno de mujer.
Yo he dicho más que pensaba:
a mi lealtad lo perdona.

La condición, la persona
del Rey todo el mundo alaba.
El está cerca: yo voy,
señora, a besar su mano.

(Váyase.)

ALBERTO. Ya parece intento vano,
si en el mismo engaño estoy,
despedir, Duquesa, un Rey.
Tus Grandes, con justo acuerdo
de un voto prudente y cuerdo,
siguiendo la antigua ley,
guardada por la memoria
de tiempo inmortal en Cleves,
a quien dar crédito debes
para conservar la gloria
de tus heroicos pasados,
un Rey te dan por marido.
Si algún vasallo atrevido
quiere alterar tus Estados
con desigual ambición,
no me tendrás de tu parte
mientras Amor no te aparte
de los consejos de Otón.
Al Rey de Frisia te han dado
por marido: ése obedezco
por señor, y así le ofrezco
mi espada, deudos y Estado.
Esto es seguir lo que es justo.
Yo voy a besar su mano.

(Váyase.)

ELENA. ¿Qué es esto?
OTAVIA. Que algún villano
quiere intentar tu disgusto,
pensando en esta ocasión
descomponer tu quietud.
ELENA. Creo lo de la virtud
y de la lealtad de Otón;
mas cuanto mi casamiento
se va dilatando, Otavia,
tanto el vulgo necio agravia
su honor y mi pensamiento.
Muriendo el Duque me dijo
que por padre me dejaba
a Otón.
OTAVIA. ¡Bien seguro estaba
de la ambición de su hijo!
Pero suspende, señora,
la plática.
ELENA. ¿Viene?

(OTÓN y PINABELO, su hijo.)

OTAVIA. Sí.
OTÓN. (Otavia sola está aquí.)
PINABELO. (Bien puedes hablarla agora.)
OTÓN. Las nuevas te vengo a dar
de que el Rey viene y se acerca.
ELENA. ¿Qué dicen de verle cerca?
OTÓN. Que tú le has hecho llamar.
ELENA. No te pregunto si yo
le he llamado, pues si él viene
alguna licencia tiene,
y quien pudo se la dió.
Lo que se dice pregunto
de venir el Rey aquí.
OTÓN. Que viene a casarse.
ELENA. ¿Ansí?
OTÓN. Y yo lo sé en este punto,
de que formo justo agravio,
pues sin Otón no es razón
que te hayas casado.
ELENA. Otón,
tú eres hombre viejo y sabio:
ya conoces las mujeres.
Con serlo, es opinión mía
que la más cuerda en un día
tiene diez mil pareceres.
A mí, con esta disculpa,
no tienes de qué culparme.
OTÓN. Debo, señora, quejarme,
si ya el quejarme no es culpa,
del agravio que me has hecho.
ELENA. No estoy yo casada, Otón,
sino puesta en la ocasión.
OTÓN. Agora me has satisfecho.
No diré yo que has negado.
ELENA. ¿Qué sacas de esta razón?
OTÓN. Que mujer y en la ocasión,
haz cuenta que te has casado.
¡Y cuán mejor te estuviera
casarte en tu tierra!
ELENA. ¿Aquí?
Pues ¿quién se igualara a mí
ni a decirlo se atreviera?
OTÓN. ¿Quién? Yo, que tu sangre soy.
ELENA. Es de muy lejos.
OTÓN. No es,
y más si el espejo ves
en que imitándome estoy.
¿No pudiera Pinabelo,
mi hijo, ser tu marido?
¿No es, como el Rey, bien nacido
y en quien deposita el cielo
las virtudes que se ven?
¿No era mejor que un extraño

que, por interés y engaño,
te escribe y te quiere bien?
¿No era mejor que tuvieras
un esclavo, y no marido?

ELENA. Calla, Otón, que vas perdido;
ni pienso que hablas de veras.
El dueño que he de tener
no ha de ser menos que yo,
que nunca se sujetó
a su inferior la mujer.
No quiero esclavo rendido,
como a tu hijo has pintado,
sino a quien pueda mi Estado
llamar señor; yo, marido.
Si bien se ha de gobernar
la mujer ha de tener,
no quien sepa obedecer,
sino quien sepa mandar.
Si con dueños de valor
somos terribles, quien tiene
dueño que a mandarle viene
¿cómo guardará su honor?
La cabeza es el marido;
subir a lugar tan alto
los pies era dar un salto
muy loco y desvanecido:
Mi cabeza más grandeza
requiere, y pies no me des,
porque nunca de los pies
se hizo buena cabeza.

(Váyase.)

OTÓN. ¿Qué te parece?

PINABELO. Que ha sido
justo que así te haya hablado,
que este desprecio ha causado
la sombra de su marido.
En virtud de que ya viene
porque tú te descuidaste
a la humildad que mostraste
este atrevimiento tiene.
¿Acuerdas cuando casada
con el Rey de Frisia está
y que por la posta ya
anticipa su embajada,
y te admiras que se atreva
al respeto de tus canas?

OTÓN. De mis esperanzas vanas
no quise intentar la prueba.
Tarde hablé ya; mejor fuera,
Pinabelo, haber callado.
Un pecho determinado
¿qué respetos considera?
Envidias nuestras han sido
las que han tratado en secreto
que tenga tan breve efeto
el dar a Elena marido.
Pero venga en tan mal punto
como yo se lo deseo,
que de mi venganza creo
que todo le viene junto.
O me ha de costar la vida
o no han de vivir en paz.

PINABELO. No hay cosa más pertinaz
que una esperanza perdida.
¿De qué sirve que sustentes
lo que no puede durar?

OTÓN. Los dos se podrán casar...

PINABELO. Pues ¿qué te queda que intentes?

OTÓN. Eso déjamelo a mí,
que si un año se gozaren,
ni a la sucesión llegaren
que pensé tener de ti,
yo quedaré sin honor
y sin vida quedaré.

(Váyase.)

PINABELO. Y yo, entre tanto, ¿qué haré?,
lleno de envidia y de amor.
Que aunque mi padre prometa
la venganza que procura,
¿qué importa a mi desventura
si la Duquesa le aceta?
Que llegue la ejecución
es lo que debo sentir,
que no he menester vivir
si toma el Rey posesión.
El estorbar que se casen
es lo que me causa pena;
que, una vez robada Elena,
mas que mil Troyas se abrasen.

([Salen el] REY DE FRISIA *y* CABALLEROS *galanes de plumas y bandas, botas y espuelas.)*

REY. ¡Bravas postas!

AURELIO. No has corrido
mejores caballos.

REY. Creo
que he venido en mi deseo,
con tanta furia he venido.
Aquí es forzoso parar,
aunque mi deseo no,
porque adelante pasó
luego que me vió llegar.

ROSELO. No porque faltan caballos
paramos en esta aldea.

mas porque más dulce sea
tu presencia a tus vasallos.
Que es bien que sepan que vienes,
porque el esperar el bien
suele aumentarle también.

REY. Ni amor ni cuidado tienes,
¡pesi a tal!, Roselo amigo:
¿qué rienda, aunque sea de honor,
cuando va corriendo Amor
tendrá su furia?

ROSELO. No digo
que dilates la jornada;
pero que sepan que llegas.
No digan, señor, que ruegas.

REY. Amor no repara en nada.
A Elena vi, disfrazado,
con aquel luto que hacía
sombra al más hermoso día,
eclipse al sol más dorado.
Si la muerte da tal fruto
entonces tuve por cierto
que fuera bien ser el muerto
por ser causa de aquel luto.
Aunque luego me resiste
de perderla con morir,
el ver que es mejor vivir
por gozar de quien le viste.
¿No has visto el sol, que la cara
por algún nublado asoma,
que lo negro en torno toma
claridad de su luz clara?
¿No has visto una imagen bella
que el ébano en la moldura
hace mayor su blancura
y que resplandece en ella?
¿No has visto un diamante fino
que en el oro brilla y salta
cuando de negro se esmalta
con su resplandor divino?
¿No has visto luna menguante
salir tarde a esclarecer
la noche, o irse a poner,
Venus hermosa, al Levante? (1)
¿No has visto perla oriental
en negro abalorio puesta
o en lazos de saya honesta
puntas de blanco cristal?
Pues tal la Duquesa hermosa
con el luto parecía:
imagen, diamante, día,
sol, luna y perla preciosa.

ENRICO. ¿Verla una vez, gran señor,
de seso te tiene ajeno?

REY. Sí, porque es la del veneno
la condición del amor.
Hay venenos dilatados
que dan un mes de sosiego,
y otros hay que matan luego
sin poder ser reparados.
Amor suele dar un mes
y un año de dilación
y, a veces, alma y razón
pone en un punto a los pies.
Yo estoy tal, que no encarezco
lo que siento, porque sé
que sin morir no podré.

(VILLANOS *y* VILLANAS *y* MÚSICOS *que traen un baile al* REY. PEROL, CELIA, AURORA, SIRALBO.)

PEROL. Digo que a hablalle me ofrezco,
aunque fuera el rey Herodes,
cuantismás que él mos avisa
que es rey de bayeta o frisa.

CELIA. ¡Pardiez!, como tú le apodes
con tu donaire, Perol,
que esto bien sabes hacello,
que no es mucho que por ello
te mande poner al sol.

PEROL. ¿Traéis estudiada bien
la danza?

AURORA. Si, por ventura,
no nos turba la luz pura
que en el Rey los ojos ven.
Son los reyes y el valor
de sus partes siempre hermosas
imágenes milagrosas
que a solas causan temor.

SIRALBO. Bien dice Aurora, y yo digo
que quien al Rey ha de hablar
primero lo ha de estudiar,
so pena de su castigo.

PEROL. La misma razón os ciega,
y de que se huelga hay fama
cualquier rey y cualquier dama
que se turbe el que los ruega.
Los dichos de vuestra danza
es lo que habéis de hestoriar.

CELIA. ¿Mas que te manda azotar
en el revés de la panza?

PEROL. Mande o no mande, yo voy.

REY. ¿Quién son éstos?

(1) Venus, como los demás astros, no se pone al Levante, sino al Poniente, u Occidente.

AURORA. Los villanos
de esta aldea.

REY. Cortesanos
son para mí desde hoy.
Basta ser de la Duquesa.

ROSELO. Una danza te han traído.

REY. Alegres me han recibido.

ROSELO. Es agüero.

REY. No me pesa.

PEROL. Sabiendo mueso lugar
que es mueso Rey su mercé
entró en concejo, a la fe,
para alegralle al pasar.
Después de una buena bota
hubo deferentes votos,
y aun algunos alborotos,
que el vino presto alborota,
sobre qué fiesta se haría.
Que le jugasen la chueca
los mozos, Sancho Babieca,
emberriñado, decía.
Una soíza de moros,
dijo el Cura, y Juan Redondo
le replicó muy orondo
que le corriésemos toros.
Blas de Pocasangre dijo
que danza de espadas fuese
y que el lugar la vistiese,
porque es danzante su hijo.
Porfió Sancho de Cos
que a su mercé presentasen
el mayor puerco que hallasen,
que hay hartos, gracias a Dios.
"Baile ha de ser—dijo Bras,
aunque tien barbas tan pocas—
todo de viejas sin tocas,
que es baile de Satanás."
Pero Juan Gil replicaba,
y aun apostaba su buey,
que se espantaría el Rey
si sin tocas las miraba.
Mas dijo Antón de las Viñas
que saliesen afeitadas,
que sin tocas y enrubiadas
pensaría que eran niñas.
Sobre esto hubo tanta voz,
que quedó determinado
enviarle un ganso asado
en una artesa de arroz.
Mas, enojándose el Cura,
una danza se estudió
de estos zagales, que yo
presento a su catadura.
Oiga los dichos, que son
de un hombre asaz sabio y cuerdo,
y si no diere atención
lanzada de moro izquierdo
le rebane el corazón.

REY. Vos habéis muy bien propuesto
la fiesta de este lugar.

PEROL. ¿Comenzarán a danzar?

REY. Sí.

PEROL. Pues tocad, Pero Cesto.

(*Los* MÚSICOS *canten así, y dos* VILLANAS *o tres bailan con otros tantos* VILLANOS.)

"Salen los albores
del sole del día;
huyen las estrellas;
la noche se iba;
esmalta las flores
blanca argentería;
lágrimas del alba
como prata fina.
Júntanse las aves
en las fuentes fridas;
canciones que cantan
el Rey las oía.

(*Baile.*)

Si te casas, zagala del prado,
con los ojos del alma le mira,
porque a veces las buenas caras
encubren la alevosía."

(*Párense, y represente así* CELIA.)

CELIA. "Oíd los que estáis presentes:
la Paz soy del casamiento.
Al Rey, que viene a casarse,
parabién a darle vengo.
Goce mi paz muchos años,
como lo espero del cielo,
con próspera sucesión
que dure siglos eternos.

(*Bailen.*)

Bendiciones le daban al novio
las zagalas de su pueblo;
él será, si le alcanzan todas,
el más dichoso del suelo.

(*Diga así un* PASTOR.)

[PASTOR.] Advierte, Paz, que yo soy
la Envidia del casamiento,
porque de su posesión
y mi desdicha la tengo.
Lo que gana me fatiga,
desháceme lo que pierdo,

porque es mi definición
pesarme del bien ajeno.

SIRALBO. Contigo voy, que yo soy
del casamiento los Celos.

CELIA. Pues ¿tú vienes a estas bodas?

SIRALBO. Sí, Paz, a estorbarte vengo.

AURORA. Pues quedo, que también soy
la Discordia, y hacer pienso
más daño que todos juntos.

CELIA. Salido habéis del infierno,
rompido habéis las prisiones,
Envidia, Discordia y Celos;
pero entre tales casados
sacaréis poco provecho.

PASTOR. Yo haré que pueda mi envidia
turbar la paz de su reino.

AURORA. Y yo haré con mi discordia
su amor aborrecimiento.

SIRALBO. Y mis celos, ¿dormirán?
no sabe el mundo mi fuego,
si no soy de los casados,
de su Troya soy incendio.

CELIA. No alcanzaréis a esta Elena,
pues con mi paz la defiendo,
que yo, con estos listones,
pondré en prisión vuestros cuellos,
y así, atados con sus lazos,
haré que este casamiento,
aunque os pese por los ojos,
dure en su paz y sosiego.

(Con tres listones de color los enlace, y baile así con ellos.)

Quien sujeta con su cordura
la Discordia, la Envidia y los Celos,
gozará por largos años
su dichoso casamiento."

REY. No pensé que labradores
sabían cosas morales.

PEROL. Hay acá muchos zagales
que tratan cosas mayores.

REY. ¿Quién esta danza compuso?
que le quiero yo premiar.

PEROL. Vive fuera del lugar
por no vivir con el uso.
Es hombre que por no ver
un hablador asentado;
en el hacer licenciado
y en el decir bachiller,
vive dos leguas de aquí,
y sólo viene a comprar
mordazas para callar,
que diz que le cumple así.

REY. Pues ¿no sabremos su nombre?

PEROL. Ya el nombre se le perdió.

REY. Llamalde, que quiero yo
conocer y hablar ese hombre.

PEROL. No querrá venir, señor,
que más quiere, por callar,
andar fuera del lugar
que dentro por hablador.

ROSELO. Los caballos han llegado.

REY. Llevadme esta fiesta allá.

PEROL. Zagales, el Rey se va.

CELIA. ¿Qué os dió?

PEROL. Esperanza me ha dado,
y diz que a la corte vamos,
con la danza del aldea
porque la Reina la vea.

CELIA. Pardiez, que erremos no hagamos.

PEROL. Porque no han de danzar otros
y danzas menos discretas.

CELIA. Hay allá muchos poetas
y se reirán de nosotros.

AURORA. Mira que tu ingenio ofendes.

PEROL. Antes no quiero creer
que haya quien pueda temer
gozques, poetas y duendes.

CELIA. Causas me animan secretas.

AURORA. Yo lo tengo por muy llano.

PEROL. Más temo yo un cortesano
que setecientos poetas.

(Váyanse, y salgan OTÓN *y* PINABELO.*)*

OTÓN.

A mí no me parece tan seguro,
por ser fuerte remedio, Pinabelo.

PINABELO.

Los que han de ser para tan graves males,
¿cómo podrán curarlos sin ser fuertes?
Duélete de la sangre que engendraste,
porque si goza el Rey a la Duquesa,
no tienes hijo que amanezca vivo.

OTÓN.

Yo quiero hacer tu gusto.

PINABELO.

Y yo procuro
remedio a nuestra vida el más seguro.

OTÓN.

Cuéntame, pues, el modo de esta muerte.

PINABELO.

Yo lo tengo trazado de esta suerte.
Fabricaré en la plaza de palacio

un arco insigne que en madera y lienzo
imita la pintura al bronce y mármol,
engañando la vista desde lejos.
Levántanse en cuadrados pedestales
seis columnas hermosas, de a cincuenta
pies desde el zoco de la basa a lo alto
de la cornisa, atando el arquitrabe,
friso y triglifo el orden, que se arrima
a los extremos de las dos paredes
por donde se entra en la famosa plaza.
Encima de los claros de los arcos,
en unos vanos forma de ventanas,
se ven varios retratos de los duques
que gobernaron la dichosa Cleves.
Tras el orden que digo se levanta
otro con no menor gracia y belleza
adonde se relievan seis pilastras
con sus ventanas a nivel, que tienen
los reyes felicísimos de Frisia,
todos con sus laureles y epigramas.
En medio está la singular Elena,
de quien el alma de tu hijo es Troya,
y a su lado ¡ay de mí!, como su esposo,
el rey Albano con doradas armas,
y entre los pies, por bélicos despojos,
cabezas turcas y pendones varios
de lisonjeros más que de contrarios.
Aquí Leonido tiene tres mil hombres
que, cubiertos de plumas y de galas,
han de hacer salva al Rey al tiempo que entre
los arcabuces juntos disparando,
en que el remedio de mi vida estriba,
para que muera entonces y yo viva.

OTÓN.

Pues ¿cómo piensas tan seguramente
quitar la vida a Albano?

PINABELO.

Si en la salva,
entre el humo confuso de la pólvora,
vuela una bala que le apunta al pecho,
¿quién podrá conocer al que lo ha hecho?

OTÓN.

Bien dices; no será la vez primera
que se hayan muerto ilustres capitanes
que la fortuna perdonó en la guerra
y en la paz de la salva halló la envidia
lugar para rendir su gloria al suelo.

PINABELO.

En esto vengo yo determinado.

OTÓN.

Advierte que te pongas donde seas
visto de todos.

PINABELO.

Estas son las cajas
con que Leonido sale a recibirle.

OTÓN.

¿Y de quién te has fiado?

PINABELO.

De un criado
que entre ellos viene en forma de soldado.

(Cajas, banderas, SOLDADOS con arcabuces, LEONIDO, capitán, detrás.)

LEONIDO. Vayan, señores soldados,
con aqueste advertimiento
prevenidos y enseñados.
SOLDADO. A solo un recibimiento
nos hacen venir cargados.
OTRO. Lleve el diablo la bandera
y quien seguirla quisiera.
SOLDADO. Propia guerra de mujer.
OTRO. Si casarse lo ha de ser,
no poca batalla espera.
SOLDADO. Arcabuces ha querido.
OTRO. Téngolo por mal agüero
para el señor su marido.
SOLDADO. Si es ruido lo primero,
no le faltará ruído.
PINABELO. Escucha, Fabio.
FABIO. Aquí estoy
con el cuidado que sabes.
LEONIDO. Marchen con buen orden hoy,
lindos cuerpos, pasos graves.
SOLDADO. Sed llevo.
OTRO. Muriendo voy.
SOLDADO. Yo llevo aquí de lo fino
con un güeso de tocino.
OTRO. Esos portafrascos haz,
que los frascos de la paz
han de ser frascos de vino.

(Vayan marchando con las cajas, y quede allí FABIO con PINABELO y OTÓN.)

FABIO. Córrome de que me avises,
habiéndome el cielo hecho
con más astucias que a Ulises.
Yo haré blanco de su pecho
entre las doradas lises.
La bala echaré secreta
a este rayo, que la meta
por el alma que le mandes.

Será cometa, que grandes
nunca mueren sin cometa.

PINABELO. Ten cuenta, Fabio, que estés
donde ninguno te vea;
que al arcabuz plomo des;
la bala esconde, no sea
nuestra desdicha después.

FABIO. Al echarla, es cosa clara,
que no han de ver lo que tomo;
del arcabuz no fiara
si, cuando le echara el plomo,
la boca no le tapara,
y aunque después ha de hablar,
no será voz que se entienda.

PINABELO. Advierte que has de apuntar
de suerte que a nadie ofenda.

FABIO. Déjame, señor, marchar,
y está seguro de mí.

PINABELO. ¡Oh, padre, si la Duquesa
queda del Rey libre ansí!

OTÓN. Segura llevas la empresa.

PINABELO. ¡Mueran mis celos aquí!
Ni sea mía ni ajena.

OTÓN. Bien puedes por él decir
que esta salva le condena.

PINABELO. De amores quiero morir
y no de celos de Elena.

(Atabales y música. LEONIDO, ALBERTO, OTÓN, PINABELO, AURELIO, ENRICO, ROSELO *y todos los que puedan acompañar, y detrás el* REY DE FRISIA *y la* DUQUESA, *muy gallardos.)*

REY. Estoy muy agradecido
a la fiesta y alegría
que Cleves muestra en el día
que a tanta dicha he venido,
porque en los recibimientos
suelen mostrarse las almas.

ELENA. Cortos laureles y palmas
a tantos merecimientos.
Con el arco de Trajano
os quisiera recibir.

REY. Su laurel puede rendir
la palma de vuestra mano;
y si aquésta recibí,
aunque no la he merecido,
el arco es de amor, que ha sido
por donde entré cuando os vi.
No quiero yo más despojos
que darle envidiosas quejas,
ni más arcos que las cejas
de vuestros hermosos ojos.
Eran los arcos triunfales,
señora, para premiar
los que por tierra o por mar
vencían empresas tales.
Y así mayor le he tenido
que le puedo merecer,
pues no vengo de vencer
si vengo de vos vencido.

(Descúbrase la cortina y véase una portada y encima los retratos del REY *y de la* DUQUESA.*)*

¡Oh, hermosa arquitectura!
Pero a tal extremo viene
si el último cuerpo tiene
de vuestra rara hermosura.
Este arco no es del suelo;
no a reyes, al sol reciba,
que, con el ángel de arriba,
puede ser arco del cielo.
Pasaban, siendo vencidos,
por un yugo los romanos
sus contrarios, si [a] las manos
los entregaban rendidos.
Yo, rendido a la victoria
vuestra, pasaré dichoso
por un yugo tan hermoso,
que da a los vencidos gloria,
y aprobara mi verdad
vuestro mismo pensamiento,
pues yugo de casamiento
sujeta la voluntad.

ELENA. Cuanto más mostráis rendido
ese pecho generoso,
tanto entráis más victorioso
y de más laurel ceñido.
Entrad el arco, que ya
os dice aquella inscripción
que tomáis la posesión
de quien hasta el alma os da.

REY. ¿Qué gente es ésta?

ELENA. Alemanes
que se rinden a esos pies.

REY. ¿Y estas voces?

ELENA. Salva es
que os hacen los capitanes.

(Disparen dentro algunos arcabuces a un tiempo y alborótese el REY.*)*

REY. ¡Traición hay en vuestra casa!

ELENA. ¿Traición?

REY. O celos de vos.
Bala es ésta ¡vive Dios!
que por el rostro me pasa.

OTÓN. ¿Bala aquí? Ni aun lo presumas.

ELENA. Bisoños arcabuceros.

REY. ¿Cómo que no, caballeros,
si me ha cortado las plumas?
AURORA. Bien dice su alteza, y digo
que en su retrato paró.
PINABELO. Si bala alguno tiró,
descuido fué, no enemigo.
ROSELO. Descuido o no, desde aquí
se ve bien la batería.
ELENA. Descuido, señor, sería.
REY. Digo que lo creo ansí;
pero con descuidos tales
no se burlen los traidores,
que permite el cielo errores
para castigos iguales.
Yo he venido en confianza
de vuestra virtud, Duquesa.
ELENA. Que de mí tengáis, me pesa,
Albano, desconfianza.
Si yo mataros quisiera,
¿para qué con este engaño?
OTÓN. Algún bisoño o extraño,
mezclado en alguna hilera,
al retrato tiraría
y por las plumas pasó
la bala con que pensó
hacer una bizarría.
No hay, señor, de qué temáis;
no os llaman para mataros,
sino sólo para daros
la posesión que gozáis,
y por muchos años sea.
¡Viva el Rey!
TODOS. ¡Mil años viva!
ELENA. No hay hombre que no reciba
contento, su alteza crea.
REY. Llevar tal ángel al lado
de la bala me guardó.
ELENA. Y si el que está arriba no,
fué porque estaba pintado.
REY. Yo pienso que envidias son.
ELENA. Y yo, que no os matarán,
que vais donde no podrán.
REY. ¿Adónde?
ELENA. En mi corazón.
REY. A vuestra defensa apelo
de este engaño y de esta ofensa,
porque con esa defensa
diré que me guarda el cielo.

(*Váyanse todos, y queden* OTÓN *y* PINABELO.)

OTÓN. Erró el tiro.
PINABELO. Erró mi dicha,
que mis dichas nunca aciertan,
porque siempre se conciertan
mi esperanza y mi desdicha.
Y no menos dicha alcanza,
ni a mejor fortuna viene,
quien tan concertadas tiene
la desdicha y la esperanza.
Entra, acompaña los Reyes,
no te echen menos, señor.
OTÓN. Son las del paterno amor
fuertes, aunque injustas, leyes.
El a tu gusto me guía,
mejor dijera me fuerza;
mas cuanto tu amor me esfuerza,
mi suerte me desconfía.
Ten paciencia que de Elena
goce Menalao ahora,
aunque el alma que la adora
viva en tan celosa pena,
que serás Paris troyano
o me costará la vida.

(*Váyase* OTÓN.)

PINABELO. ¡Ay, esperanza perdida!
¿Qué seguís al viento en vano
si queda en la posesión
de mi bien Albano agora
y ella dice que le adora?
¿Qué os esforzáis, corazón?
¡Desmayad y no esperéis,
que no hay cosa de más daño
que sustentar un engaño
como el que vos pretendéis!
Los que están de engaños llenos
viven más atormentados,
porque los desengañados
son los que padecen menos.

(FABIO, *soldado.*)

FABIO. Luego que pude salir
del escuadrón vine a veros.
PINABELO. Errando hallaste mi muerte.
Nunca yo acierto a vivir.
FABIO. Pues ¿puédesme tú culpar
si las plumas le pasé?
Que su movimiento fué
el que le pudo guardar.
PINABELO. ¿Cómo en el retrato has dado?
Si no fué desdicha mía.
FABIO. Porque de un tiro quería
matar lo vivo y pintado.
PINABELO. Como mi esperanza es pluma
que anda, Fabio, por el viento,
y porque mi pensamiento

volar más bajo presuma,
cortaste pluma y no vida,
y así mi esperanza queda
sin alas, porque no pueda
subir más del viento asida.
No es codicia de reinar,
como mi padre ha pensado,
sino amor desatinado,
el que [me] puede obligar.
Casado el Rey con Elena,
hizo fin mi pretensión.

FABIO. Que no faltará ocasión,
y por ventura más buena.
Ten ánimo, que es bajeza
el rendirse a la fortuna.

PINABELO. Si hubiere ocasión alguna,
de tu valor y nobleza
y de tu lealtad ¡oh, Fabio!
haré justa confianza.

FABIO. Pues no pierdas la esperanza
de satisfacer tu agravio.

PINABELO. ¿Cómo la puedo tener
en mi pena tan extraña,
si en mujeres siempre engaña
y es la esperanza mujer?

(Váyanse y entren el REY *y los* CABALLEROS *y la* REINA.)

ELENA. Justo es que vos hagáis,
pues ya son vuestros vasallos,
mercedes de lo que es vuestro.

REY. Todos son vuestros criados
los que yo traigo conmigo,
y así vos podéis honrarlos
con el premio que merecen,
por lo que saben amaros.

ELENA. Sólo yo puedo, señor,
daros mi pecho y mi Estado.
Dueño os hago de mi pecho
y de Cleves dueño os hago.

REY. Yo os hago reina de Frisia,
aunque esto no es obligaros,
si dejáis por mí otros reinos
y otros Estados más altos.

ELENA. Tenga Aurelio, pues le amáis,
si yo a pedíroslo valgo,
oficio de camarero,
y Enrico, de secretario.

REY. Sea, de esa suerte, Alberto,
pues vos mostráis estimarlo,
mi mayordomo mayor.

ELENA. Roselo, como soldado,
tendrá la guarda a su cuenta.

REY. Y Leonido, en mi palacio,
la tenencia y alcaidía.

ELENA. Dios os guarde muchos años.

OTÓN. No pienso yo que sirvieron
a tus padres mis pasados,
Reina de Frisia, tan mal,
cuando en la paz gobernaron.
Y en las guerras que tuvieron
con propios y con extraños,
esta sangre que me dieron
tantas veces derramaron,
ni tengo tan poca tuya
que merezca olvido tanto,
ni verme en tanto desprecio
que me dejes olvidado
donde has honrado otros hombres,
que algunos de ellos se honraron
de servir... Pero no quiero,
si los honras, deshonrarlos.
Basta decir que este día
las canas que te han criado,
y que tu padre mandó
que las respetases tanto,
baña el agua de los ojos
que miran tantos agravios.
Que si yo, por ser tan viejo,
ni a paces ni a guerras valgo,
hijo tengo que conoces
que sabe regir un campo
y hablar sabe en un consejo
de soldados o letrados.

REY. ¿Quién es este caballero?

ELENA. Otón, señor, de mis claros
padres, como pienso, deudo,
y de los buenos vasallos
que esta corona ha tenido.

REY. Otón, yo no soy culpado
en la queja que tenéis
que no os conozco, es muy llano,
con que disculpado quedo.

OTÓN. Aunque yo hubiera tirado
la bala del arcabuz
que ha pasado tu retrato,
como alguno que está aquí,
no me hubiera despreciado
la Reina con más cautela.

ALBERTO. Habla, Otón, con más recato,
que ningún hombre hay aquí
que trate al Rey con engaño
si no tiene sangre tuya.

OTÓN. ¿Yo al Rey?

REY. Caballeros, paso,
que este es día de ganar

las voluntades a entrambos,
y no de hacer, con agüeros,
casamientos desdichados.
Dense las manos.

ALBERTO. Señor,
yo soy su amigo.

OTÓN. Los pasos
que he dado por tu servicio
no merecen este pago.

REY. Almirante de la mar
hago a Otón.

OTÓN. Tú me has honrado
cuando quien llamarme puede
padre me ha olvidado tanto.

REY. Vamos, señora.

ELENA. Yo voy
triste de ver que os han dado
los de mi casa este enojo.

REY. Vos hacéis el tiempo claro,
como cuando sale el sol
de resplandor coronado
después de la tempestad.

ELENA. De vuestra luz son los rayos.

OTÓN. No importa que agora os deis
en amor y paz las manos;
presto veréis lo que puede
La discordia en los casados.

(*Entrense con su orden.*)

FIN DEL PRIMER ACTO

Alabado sea el Santísimo Sacramento.

SEGUNDO ACTO

de LA DISCORDIA EN LOS CASADOS.

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

PINABELO.	PEROL.
FABIO.	CELIA.
OTÓN.	ALBERTO.
AURELIO.	LEONIDO.
EL REY.	AURORA.
ELENA.	Y SOLDADOS.
ENRICO.	

(PINABELO *y* FABIO.)

PINABELO. Luego que el Rey se casó,
Fabio, me ausenté de aquí.

FABIO. Bien habrá tres años.

PINABELO. Sí.

FABIO. ¿Y vienes mudado?

PINABELO. No,
que así quiero a la Duquesa
como la quise al partir,
conservando hasta morir
aquella imposible impresa.
Traigo la misma afición,
porque no vencen los años
lo que con los desengaños
no ha podido la razón.
En mi destierro he vivido,
porque en aquella cuestión
de Alberto, mi padre Otón
fué de mi amor defendido.
Así se va conservando
del mundo el curso y creciendo,
los humillados subiendo,
los levantados bajando.
¿Qué nuevas hay por acá?

FABIO. Que a Frisia el Rey este día
a su mayorazgo envía.

PINABELO. ¿Por qué?

FABIO. Pídensele allá,
que como la bella Elena
jamás le ha dejado ir,
no puede el reino sufrir
su ausencia sin mucha pena,
y así, para su consuelo,
al Príncipe les ha enviado.

PINABELO. ¿Es hermoso?

FABIO. No ha criado
más bello Narciso el cielo.

PINABELO. Todo aumenta mi dolor.

(OTÓN *entre.*)

FABIO. Tu padre.

OTÓN. ¿Cómo has entrado
antes de haberte avisado?

PINABELO. Sin avisos parte amor.

OTÓN. Pudiera venirnos daño
del haberte conocido.

PINABELO. Nadie me ha visto.

OTÓN. Hoy ha sido
el primero de mi engaño,
y por eso te avisé,
porque esta noche sospecho
que ha de tener fin mi pecho
a lo que ayer comencé.

PINABELO. ¿Cómo, señor?

OTÓN. No he podido,
por discordias que he sembrado,
vencer este amor casado
que está a dos almas asido;
pero agora que intenté
decir que a su amor traidora
es la Duquesa, que adora,
más puerta a su enojo hallé.

PINABELO. Pues ¿a qué efeto?
OTÓN. En razón
de que llevándole a ver
la traición de su mujer,
aunque fingida traición,
saldrás tú con tus criados
diciendo que la defiendes
porque su inocencia entiendes.
Y los nobles, convocados
a voz de que el Rey la mata
por casarse en Francia luego,
verás que se enciende un fuego
que hasta incendio se dilata.
Porque el pueblo, defendiendo
a su natural señora,
que, como sabes, la adora,
le ha de ir buscando y siguiendo
con las armas en las manos.
PINABELO. Discordia se ha de sembrar
que venga a resucitar
los griegos y los troyanos,
porque Elena, aborreciendo
por el testimonio al Rey,
romperá de amor la ley
vida y honra defendiendo,
y el Rey, por verse ofendido,
tanto la ha de aborrecer,
que no se vuelvan a ver.
OTÓN. Advierte que prevenido
con gente a mi aviso estés.
PINABELO. El Rey viene. Adiós te queda.
OTÓN. Como esto bien nos suceda,
tuya la Duquesa es.

(*Váyase* PINABELO.)

OTÓN. Fabio, silencio.
FABIO. Ya sabes
que sé callar como hacer.
OTÓN. Cierra el alma.
FABIO. Desde ayer
le di al peligro las llaves.

(EL REY *y* AURELIO.)

REY. Como si hubiera mil años
que el Príncipe se partió,
vivo, Aurelio, y muero yo
haciendo a su ausencia engaños.
AURELIO. No me espanta, que él merece
ese cuidado en que estás.
REY. No puedo quererle más,
y el ausencia el amor crece.
Quien tiene amor que en rigor
no puede aumentarse ya,
ausente el bien y verá
cómo se aumenta el amor.
AURELIO. Yo te he visto aquestos días
con extraño sentimiento.
¿Era de este pensamiento,
o por ventura tenías
alguna oculta tristeza?
REY. ¡Ay, Aurelio! ¡Qué rigor
del mundo dar del honor
las llaves a la flaqueza!
AURELIO. No lo entiendo.
REY. En la mujer,
que es la flaqueza mayor,
¿no está del hombre el honor?
Pues ¿qué mayor puede ser?
AURELIO. Eso ¿qué te toca a ti?
REY. No digo que me ha tocado,
mas que un hombre me ha contado
que puede tocarme a mí.
AURELIO. ¿Hombre fué tan atrevido
ni de burlas ni de veras?
REY. Si su autoridad supieras,
casi lo hubieras creído.
AURELIO. Sin sentido me has dejado.
Mas ¿puede su autoridad
ser más que la calidad
de la que tienes al lado?
REY. Conozco que Elena es buena;
pero el testigo es con canas.
AURELIO. Bien puede haber dos Susanas
y sólo una falsa Elena.
Porque canas no son ya
del mundo en tanto tenidas
que merezcan ser creídas.
REY. ¿Canas no?
AURELIO. Muy claro está:
pues ya los más de los hombres
las disimulan y cubren.
REY. La edad a la vista encubren,
no la verdad ni los nombres,
y a quien las muestra tan bien,
darla crédito es razón.
AURELIO. Aquí, señor, está Otón.
REY. Pues ése lo sabe bien.
Vete, Aurelio, que sin duda
en esto me viene a hablar.
AURELIO. No te acierto a aconsejar,
que hasta el alma tengo muda.
REY. Bien puedes llegar, Otón.
OTÓN. Deseo tengo de hablarte,
porque ya he visto la parte
y el dueño de la traición.

REY.

Otón, en duda que mentirme puedes,
y que puedes decir verdad, en duda,
a Frisia envío al Príncipe con lágrimas
de la Duquesa, que su ausencia siento,
temiendo que no es fuerza, sino engaños,
llevar a Frisia un niño de tres años.
No te he creído, porque no era justo,
ni tampoco he dejado de creerte,
ya por tu autoridad, ya por tus canas.
¿Qué es lo que agora dices, que me tienes
sin alma, con más penas y cuidados,
que el que colgada de un cabello tuvo
la espada del tirano de Sicilia?

OTÓN.

¿Has dado cuenta a Aurelio de este caso?

REY.

No te quiero engañar. Ya sabe Aurelio
que tú me has dicho mal de la Duquesa.

OTÓN.

Y ¿qué te ha dicho?

REY.

Que mentir podrás.
Yo te aboné, si la verdad te digo,
con esas canas.

OTÓN.

¿Qué te dió en respuesta?

REY.

Que las tenían otros que a Susana
levantaron el falso testimonio.

OTÓN.

Si fuera el persuadirte con historias;
más efectiva persuasión bien creo
que hallara algunas en la historia sacra.
Mas dime solamente: ¿Eres más noble,
más capitán, más sabio que fué César?
Pues mira si a Pompeya, mujer suya,
repudió por adúltera con Clodio.
¿Zoes no era emperatriz? Pues mira
lo que por Michael hizo hasta darle
la muerte a su marido Argiropilo.

REY.

No digo yo que la flaqueza humana
no se atreva a laureles y azadones,
sino que muchas veces hemos visto
la envidia enloquecerse a testimonios.
Tal vez a un hombre noble, por que es rico,
que es mal nacido esclavo le levantan;
tal vez detiene un hábito una envidia;
tal vez llama ignorante al hombre docto.
y tal a la mujer, que es casta y santa,
que es lasciva y adúltera levanta.

OTÓN.

Si yo te enseño el hombre, y con tus ojos
le ves, señor, en sus indignos brazos,
¿creerás que son envidias o verdades?

REY.

¡Qué fuertemente, Otón, me persuades!
¿Tú el adúltero?

OTÓN.

Sí.

REY.

¿Cuándo?

OTÓN.

Esta noche.

REY.

¿Esta noche?

OTÓN.

¡Pues no!

REY.

Vete y avísame.

OTÓN.

Pues yo vendré a llamarte.

REY.

Corto plazo:
pero ¿cuándo fué largo en las desdichas?

OTÓN.

Si no fuere verdad lo que te digo,
córtame la cabeza.

REY.

¿Es, por ventura,
quien me mataba con aquella bala?

OTÓN.

Como eso has de saber, si a verle llegas,
y confesar, aunque de amor te ciegas.

(*Váyase* OTÓN.)

REY.

Las máquinas que tienen más grandeza
con ímpetu mayor vienen al suelo:
en el más superior y último cielo
vino el planeta de mayor tristeza.

Los edificios de mayor alteza
hiere más presto el rayo y cubre el hielo;
el ave más cobarde es de más vuelo;
su misma carga oprime a la flaqueza.
Elena, reina en Grecia, fué centella
del incendio troyano que deshonra.
¿Cuántos laureles abrasó por ella?
¿Que pueda mi valor perder la honra?
Mas si pudo caber traición en ella,
en mí pudo también caber deshonra.

(*La* DUQUESA.)

ELENA. A las fuentes del jardín
vengo, Albano, a convidaros,
que allá tengo que contaros.
REY. (Presto contarás tu fin.)
ELENA. Entre las flores que viste
flora este esmaltado mes,
aunque para tristes es
el agua música triste.
En sus márgenes lustrosas
sentados, habéis de oír
lo que os ha de divertir
de estas penas amorosas,
que bien sé que el hijo mío
con su ausencia os trata mal.
REY. (¡Que quepa en belleza igual
tan infame desvarío!)
ELENA. ¿Qué decís?
REY. Que es tarde ya,
y que tengo que escribir.
Licencia os quiero pedir,
que Aurelio esperando está,
que va por la posta a ver
cómo va el Príncipe.
ELENA. Es justo.
REY. Perdonad si en ese gusto
parte no puedo tener,
que no faltará ocasión
en que, a la fuente sentados,
oigáis mayores cuidados
de mi honor y obligación.

(*Váyase el* REY.)

ELENA.

No sé qué tiene Albano, que estos días
mira mis ojos con suspiros tales,
que, de oculto dolor dando señales,
tienen por blanco las entrañas mías.
El alma, que congojan fantasías
por no dar a la lengua los mortales
avisos tristes de secretos males,
despacha indicios por diversas vías.
Unos llegan cansados y otros mudos;
todos dicen la pena y no la causa;
dan fuego al alma y a la lengua nudos.
Y, entre las ansias que la muerte causa,
mejor es que los filos sean agudos,
que el dolor del morir está en la pausa.

(PINABELO *con* FABIO *y dos* CRIADOS.)

PINABELO. (Aquí os habéis de esconder,
a lo que digo advertidos.)
FABIO. (Ya venimos prevenidos
de lo que habemos de hacer.)
ELENA. ¡Ay, cielo! ¿Qué gente es ésta?
PINABELO. ¿De un hombre invocas al cielo?
ELENA. Pues ¿quién eres?
PINABELO. Pinabelo.
ELENA. En más cuidado estoy puesta.
¿Tú en la corte?
PINABELO. Elena, sí,
que el peligro de tu vida
no hay destierro que no impida.
ELENA. ¿De mi vida? ¿Cómo ansí?
PINABELO. El Rey te quiere matar;
yo te vengo a defender.
ELENA. ¿Por qué?
PINABELO. Porque otra mujer
se lo debe de mandar,
que, como tiene heredero,
aspira a reinos mayores.
ELENA. ¿Son de tus locos amores
estas industrias?
PINABELO. No quiero
venir a pruebas contigo,
sino sólo defenderte;
que aunque me piden tu muerte
mi venganza y tu castigo,
debo a quien soy lo que hago,
que a ti no.
ELENA. ¡Miedo me pones!
PINABELO. Con obras, no con razones,
mis lealtades satisfago.
Para matarte mejor,
tu hijo envía de aquí.
ELENA. ¿Qué tiene el Rey contra mí?
PINABELO. Un pensamiento traidor:
que a voz de adúltera quiere
matarte.
ELENA. ¡Tú desvarías!
PINABELO. Descúidate, que podrías
ver si cuidado requiere.
ELENA. ¿Yo adúltera?
PINABELO. Quiere dar

con esa fama color
a tu muerte.

(Otón y el Rey.)

Otón. Ya, señor,
no tengo más que mostrar.
Rey. Pues ¿quién es éste?
Otón. No sé;
sé que tiene gente armada.
Rey. Luego ¿sacaré la espada?
Otón. ¿Pues, no, señor?
Rey. Verdad, fiel.
Pinabelo. ¡El Rey te viene a matar!
¡Huye!
Elena. ¿Qué es esto, señor?
Rey. ¡Villana Elena! ¡Ah mi honor!
Pinabelo. ¿Ves si te vengo a engañar?
¡Nobles de Cleves aquí,
que matan vuestra señora!

(*Entran* Alberto *y* Leonido.)

Alberto. ¿A la Duquesa?
Rey. Yo soy,
que me ha quitado la honra.
Elena. ¿Yo, vasallos? Miente Albano.
que estoy inocente agora
como primero que viere
la luz del mundo.
Leonido. ¿Y no sobra
ser tú quien todos sabemos,
tan noble y tan virtuosa?
Pinabelo. ¡Muera Albano, caballeros,
que, por casarse con otra,
dice que la casta Elena
es fementida y traidora!

(*Entren* Aurelio *y* Enrico.)

Aurelio. ¿Qué es esto, nobles de Cleves?
¿Quién os mueve y alborota
para que saquéis las armas
contra la real persona?
Alberto. ¡Quiere matar la Duquesa!
Rey. Yo tengo causa.
Enrico. Reporta,
señor, la furia y la espada.
Elena. ¿Yo te he ofendido?
Otón. No pongas,
señor, la mano en la Reina.
Rey. ¿Tú me aconsejas agora?
Pinabelo. ¡Viva la Duquesa, y muera
Albano!
Aurelio. Ya el pueblo toma
las armas. ¡Huye, señor,
que defienden su señora!
Rey. ¡Yo me vengaré de ti!
Elena. No es príncipe el que deshonra
una mujer inocente
tan desamparada y sola.

(*Entrase el* Rey *defendiéndose, y todos tras él.*)

(Perol y Celia.)

Perol. No huyas de mi rudeza,
que, aunque pobre labrador,
a un alma llena de amor
le sobra inmortal riqueza.
No tiene el monte que miras,
Celia, mi igual en quererte.
Celia. ¡Que me sigas de esta suerte!
Perol. ¿De que te siga te admiras?
Si con ser más bello el sol
la sombra le va siguiendo.
Celia. De que me sigas me ofendo.
No quiero sombra, Perol.
Perol. Pues Dios te ha dado hermosura
de sol, sombra has de tener,
y si alguna lo ha de ser,
¿qué más triste y más escura?
Déjame, Celia, seguir
los rayos de tu belleza,
mira que es mucha aspereza
dejar un hombre morir.
¿Tú no ves que son piadosas
las mujeres cortesanas?
Celia. Pues, hermano, las villanas
somos tercas y enfadosas.
Perol. Tan piadosas son allá,
que lo que no dan al gusto
tienen por caso muy justo
el darlo a la vista ya.
Saben que un pobre, un indino,
no ha de comer de aquel plato
pero danle de barato
lo que coge de camino.
Hacen del traje invenciones
para el más vil ganapán,
que a quien el ave no dan
le dan las patas y alones.
Celia. ¿Cómo?
Perol. La manga al jubón
acortan ya de manera,
que no hay mano de ternera
que muestre más zancarrón.
De suerte que no hay picaño
que el medio brazo no vea.
Celia. No es traje honesto.
Perol. No sea:
ellas lo ahorran del paño.
Descubren en los pescuezos,

las gordas, asentaderas;
las flacas, dos pesebreras
con dobleces y arrapiezos.
Si hay lodos, fingen limpieza,
y el chapín, no digo el pie,
como en la tienda se ve,
bajos son, pero es bajeza.
Luego dan, si a tu memoria
vuelves todas mis razones,
pescuezos, patas y alones,
que es toda la pepitoria.

CELIA. ¿Y eso es piedad?

PEROL. [Ya lo ves]:
el que pasa por la calle,
feo, pobre y de mal talle,
lo goza sin interés.

CELIA. No lo creo.

PEROL. De mil modos
las damas allá deleitan,
porque se lavan y afeitan
y se visten para todos.
Dios me libre del rigor
de una mujer aldeana,
que pide a un torrezno grana
y al vino afeite y color.
Mira, Celia, que condenas
el uso que has de imitar.

CELIA. Ejemplos se han de tomar
sólo de las cosas buenas.
De muchas que hay en la corte
santas y honestas, es justo,
imitar vestido y gusto
y que a su traza se corte;
y pues las más son las buenas,
yo quiero imitar las más.

PEROL. En lo cierto, Celia, estás.

CELIA. Pues ¿para qué me condenas?

(AURORA *entre.*)

AURORA. Ve, Perol, que Dios te guarde,
ayuda a dos caballeros
que al pie de vuestra cabaña,
entre esos verdes enebros,
se apean de dos caballos
ya, más que cansados, muertos,
pues la sangre de los lados
tiñe las hierbas del suelo.

PEROL. Ellos me impiden el paso,
porque sin duda son éstos.

(*El* REY *y* AURELIO *en cuerpo con botas y espuelas.*)

REY. Sin entrar en el aldea
dos caballos procuremos.

AURELIO. Aquí, señor, hay pastores.

REY. ¿La gente sois de este pueblo?

PEROL. Somos a vueso servicio
y aun todos vasallos vuestros;
que ya os conocen, señor,
estas montañas y puertos,
que honrastes cuando a casaros,
galán, pasastes por ellos.

REY. (¿Qué haré, que me han conocido?
¿Negaré quien soy, Aurelio?)

AURELIO. (No, señor; que éstos no saben
que vas de la Reina huyendo.)

REY. (No la llames Reina ya,
sino Elena, incendio y fuego
de mi vida y de mi alma,
de mi honra y de mi reino.)

CELIA. ¡Ah, señor! ¿No se le acuerda
de la danza?

REY. Bien me acuerdo.
¿No era el alma de la danza
mudanzas del casamiento?

CELIA. Sí, señor. Yo era la Paz.

PEROL. Yo también era los Celos,
discordia de los casados.

AURORA. Yo la Envidia.

REY. ¡Triste agüero!
Parece, Aurelio, que entonces
hablaban en mi suceso.

PEROL. ¡Pardiez! Ruin gente le sirve.

REY. ¿Cómo así?

PEROL. Fuimos siguiendo
a su merced a la corte
seis bien vestidos mancebos
y cuatro bellas zagalas,
un tamboril, un salterio
y éstas que escudos parecen
y suenan como instrumentos,
y unos que unos picos traen
asidos en unos fresnos.
No nos dejaron entrar.

REY. ¿No hablasteis con los porteros?

PEROL. ¿Qué porteros ni qué puertas?
Allí estaban otros ciento,
de ellos sanos, de ellos cojos,
de ellos mozos, de ellos viejos:
pero no pòdían hablaros.
Donde vi cuánto más presto
negocia un hombre con Dios
que con los hombres del suelo.

REY. ¿Tenéis acá, por ventura,
dos caballos? Pagarélos
a fe del Rey.

PEROL. ¿Dos caballos?
Dos hay, mas no son muy buenos.

REY. ¿Son fuertes?
PEROL. Bien fuertes son,
aunque no son muy ligeros.
REY. Ven a dármelos.
PEROL. Seguidme,
que esto y más a quien sois debo.
REY. Ven, Aurelio.
AURELIO. Dicha ha sido.
CELIA. ¿Qué tiene el Rey?
AURORA. No lo entiendo.
CELIA. ¿Si se han perdido en el monte?

(*Váyanse el* REY *y* AURELIO.)

AURORA. No vi cazador ni perro,
y para venir a caza
está la corte muy lejos.
¿Qué has pasado con Perol?
CELIA. Persígueme con ejemplos
de las damas cortesanas,
que, porque traen descubiertos
los cuellos y las muñecas,
traje ni galán ni honesto,
dice que son más piadosas
porque, en fin, gozan de verle
hasta los hombres más viles.
AURORA. Perol es robusto (1) y necio;
porque más le enamorara,
si acaso fuera discreto,
que la lengua y el vestido,
los honestos pensamientos.

(PEROL *entre.*)

PEROL. ¿Hay dicha como la mía?
CELIA. ¿Qué te han dado?
PEROL. Extraño cuento.
Este famoso diamante
y esta bolsa de dinero,
y yo les di dos rocines
que el uno ha sido camello
y el otro sabe danzar
el canario y saltarelo.
CELIA. ¿No llevan espuelas?
PEROL. Sí:
pero hay rocines de aquéstos
que, como un truhán agravios,
sienten la espuela y el freno.

(ALBERTO *y* LEONIDO.)

ALBERTO. Grande ventaja nos llevan.
LEONIDO. En el instante salieron.
ALBERTO. Allí he visto unos pastores.
LEONIDO. Preguntémosles por ellos.

(1) Así esta palabra en el texto.

PEROL. Sin duda buscan al Rey.—
¡Ah, señores caballeros!
Aquí el Rey, con un criado,
dejó dos caballos muertos,
y yo les di dos rocines
y este dinero me dieron.
Bien le podrán alcanzar.
ALBERTO. ¿Hay tan extraño suceso?
¡Maldito seas, villano,
que si no le das tan presto
en que pudiese partir,
no escapa de muerto o preso!
CELIA. ¿Preso o muerto?
PEROL. Pues ¿por qué?
LEONIDO. Es un traidor, que va huyendo
porque ha querido matar,
con mentiras, con enredos,
a vuestra honesta señora.
AURORA. ¡Malos años!
PEROL. Si el suceso
supiera entonces le paso
con una aguijada el pecho.
ALBERTO. Vamos, Leonido, tras él.
PEROL. No habrán llegado a lo espeso
del monte.
LEONIDO. Será imposible.
ALBERTO. No hay imposible al deseo.
AURORA. ¿Qué os parece?
CELIA. Estoy turbada.
PEROL. ¡Que le di mi rocín tuerto!
CELIA. ¿No dices que era pesado?
PEROL. Mal talle, yo lo confieso;
pero en volar treinta millas
no diera ventaja al viento.
CELIA. ¡Matar la Duquesa quiso!
¿No se adoraban, y el cielo
un hijo les había dado?
AURORA. ¡Quién sabe si algunos celos
en ese amor y esa paz
discordia y guerra pusieron!
PEROL. Yo me voy al campanario
a ver los que van tras ellos,
que hasta el monte se descubre.
CELIA. Vamos, Aurora, que creo
que alguna causa le han dado.
AURORA. Bastan celos.
CELIA. Sobra el miedo.

(*La* DUQUESA *y* PINABELO.)

PINABELO.

Levanta los divinos ojos bellos
y deja la tristeza que los cubre,
pues no te ofenden, no te vengues de ellos.

ELENA.

Quien las tristezas del honor encubre
más efectos de mármol que de humano
en acciones tan ásperas descubre.

PINABELO.

¿En qué se diferencia del villano
el generoso pecho? En que resiste
de la fortuna al proceder tirano.
Y tú, divina Elena, que perdiste
un bárbaro que al fin te daba muerte...

ELENA.

No todos saben consolar a un triste.
En tratando a mi esposo de esa suerte,
mi pecho a tu defensa desobligo.

PINABELO.

Que es tu enemigo y no tu esposo advierte.

ELENA.

Conozco que fué bárbaro conmigo;
yo lo quiero decir, mas no escuchallo
del más privado o del mayor amigo.
Fué mi primero amor, y debo amallo
por marido y por dueño eternamente,
y aunque me diera muerte perdonallo.

PINABELO.

Bastaba ser mujer, que tiernamente
adoran quien las tiene aborrecidas,
monstro que obliga el mal y el bien no siente.
A mí, duquesa, que te di dos vidas,
la que el Rey te quitaba y que defiendo
y ésta que vivo y sin razón olvidas.
Estás con pecho ingrato aborreciendo
y adoras en un hombre que te mata.

ELENA.

Esto me manda Amor.

PINABELO.

¡Qué furia emprendo!
¿De qué fiero volcán naciste ¡ingrata!
que vomitando fuego a las estrellas
escupe nubes a su eterna plata?
Las tigres fieras son, que no son bellas
como tienes el cuerpo hermoso humano
o como el alma te influyeron ellas.
Pues primero del lazo soberano
desatada la máquina del cielo
se hará pedazos en el aire vano:
las flores nacerán dentro del hielo,
y la nieve dará sangre a la rosa,
y al tierno lirio azul dorado pelo,
y dejarás de ser ingrata hermosa,
que es mayor imposible que te olvide
el alma a quien te muestras rigurosa.

ELENA.

Detente, Pinabel, refrena y mide
con mi decoro tus palabras locas
como tu estado y mi grandeza pide,
que si en las cosas del honor me tocas,
aún tengo en Cleves yo quien me defienda;
porque primero las excelsas rocas
que bate el mar por su salada senda
irán en forma de ligeras naves
sin que su peso descansar pretenda,
y los dos elementos, que son graves,
oprimirán el aire al fuego activo,
trocando peces con ligeras aves,
que olvide al Rey ni de mi pecho altivo
se alabe la bajeza de un vasallo.

PINABELO.

¡Que aquesto escucho y permanezco vivo!

(OTÓN *entre.*)

OTÓN.

Si lo mandaste tú, puedes mandallo,
señora, y me parece justa cosa,
y así no he pretendido castigallo.
Alterada la turba populosa
de todos los más públicos lugares
con armas libres y venganza honrosa
del Rey las armas, tanto que en altares
no ha valido el respeto religioso:
perdón merece y que en su amor repares.
Corre el vulgar estrépito furioso
diciendo: "¡Viva la Duquesa Elena!",
y "¡Muera Albano, bárbaro ambicioso!".
Tanto, que si por dicha te condena
alguno de cruel o sospechoso,
el más cercano el cuello le cercena.
Paréceme, señora, justa cosa
que los retratos que en palacio tienes
mandes dar a la llama licenciosa,
para que vean que en su intento vienes
y que sientes de honor y de venganza.

ELENA.

¡Con qué viles consuelos me entretienes!
Déjame, Otón, vivir sin esperanza
de ver al Rey, y deja que me engañe
siquiera en tanto mal su semejanza.
No le agradezco al pueblo que acompañe
vuestro consejo en el furor presente
y de que adoro al Rey se desengañe.

OTÓN.

Ya no es tiempo, señora: el Rey, ausente;
tú, sin honra; yo, vivo; los Estados,
quejosos, y con armas tanta gente
de finezas de amor ni de cuidados.
Hombre es el Rey, y en Cleves nacen hombres

ELENA.

¡Sí, nacerán para guardar ganados!

OTÓN.

No, son hombres también y gentilhombres.

ELENA.

¡Yo adoro al Rey, villanos! ¿Qué es aquesto?

OTÓN.

Bien merecemos esos viles nombres.

PINABELO.

Déjala, padre; que ella verá presto,
sin consejo y sin armas, si es decoro
guardar con un traidor término honesto.

ELENA.

¿No puedo yo decir que al Rey adoro?

OTÓN.

No, si la honra y vida te ha quitado.

ELENA.

Mientras más le culpáis más me enamoro.
¡Perros! ¡Vosotros me la habéis quitado!

PINABELO.

Loca la tiene el amor.

(*Entran* ALBERTO *y* LEONIDO.)

LEONIDO.

Basta, señora;
que se escapó de nuestro brazo airado.
En la raya de Frisia queda agora
el Rey con grueso ejército.

ALBERTO.

Y jurando,
no menos que llamándote traidora,
entrar por tus Estados abrasando
las ciudades, los campos y la gente,
y agora quedará furioso entrando.

OTÓN.

Fuera mejor un capitán valiente
y un consejero viejo que afrentados
dónde hallarás quien defenderte intente.
Abrasa el Rey de Frisia tus Estados
y a mi hijo y a mí nos llamas viles,
de quien temblara en la campaña armados.
¿No fuera Néstor yo y él fuera Aquiles?

ELENA.

¿Luego faltó valor a las mujeres
en letras y armas fuertes y sutiles?
¿Amenazarme con las tuyas quieres?
Pues hoy saldré con un bastón rigiendo
la guerra de quien tú bisoño eres.
Tú veras el caballo en ira ardiendo,
sujeto a las espuelas y a las varas,
la mano femenil obedeciendo.
Tú verás cómo corre y cómo para,
formando diestramente las hileras
una mujer. ¿Mujer? Sólo en la cara.
Tú verás dónde pone las banderas
y ordena los infantes y caballos
y que saben ser fuertes y ser fieras
adonde son traidores los vasallos.

(*Entrese la* DUQUESA.)

OTÓN.

¿Qué os parece de aquesto?

LEONIDO.

Que la sigo,
por no ver con sus quejas infamallos.

(*Váyase.*)

ALBERTO.

Yo sé que soy leal, lo mismo digo.

(*Váyase.*)

PINABELO.

Ya todos éstos hablan con sospecha.

OTÓN.

Nunca te fíes del fingido amigo.

PINABELO.

¿Qué hemos de hacer?

OTÓN.

Al campo va derecha;
seguirla, su rigor disimulando;
qu en últimas fortunas aprovecha.
A la mira estaremos, esperando
quién vence de los dos.

PINABELO.

¡Terrible suerte!
querer morir sin esperanza amando
y no vivir por esperar la muerte.

(*Éntrense y salgan el* REY, *caja, bandera, soldados* AURELIO, ENRICO, ROSELO.)

REY. Vaya Enrico con la gente
y hagan alto en ese llano.
ENRICO. Iré a servirte obediente.
REY. ¡Oh, si estuviera en mi mano
hacer de Jerjes la puente!
AURELIO. ¿Quién duda que atravesaras
el mar, cuanto más a Cleves?
REY. Si en mis enojos reparas,
todas son venganzas breves.
AURELIO. Las del honor son muy caras.
¿Es posible, gran señor,
que trataba la Duquesa
de hacer ofensa a tu honor?
REY. De hablar en esto me pesa,
que aún no está muerto el amor.
¿No has visto golpe de llano
que sólo quita el sentido
y que el filo quedó en vano?
Pues tal en mi amor ha sido
el golpe de aquella mano,
que, aunque dando en el honor,
no hay filo más delicado.
Fué el gusto tal defensor,
que parece que le han dado
golpe de llano al amor.
Que como yo le acomodo
tan varias disculpas ya,
el amor del propio modo
como desmayado está;
mas no está muerto del todo.
AURELIO. Pésame que estés ansí,
si dices que con tus ojos
viste un hombre.
REY. Un hombre vi;
mas vile con los antojos
de los celos que creí.
Suceden muchos errores
de llevar estos desvelos,
que ofenden tantos honores,
que siempre antojos de celos
hacen las cosas mayores.
Yo te juro que fuí loco
en no detenerme un poco
y consultar la prudencia.
¡Qué presto di la sentencia
y qué tarde la revoco!
AURELIO. Ya te dije que pensaras
primero lo que era justo.
REY. Aurelio, ¿en eso reparas?
Tú vieras lo que un disgusto
puede en el amor, si amaras.
Mayormente que el honor
pocas firmezas ofrece,
porque es un vidrio traidor
que con quebrarse agradece
querer limpiarle mejor.
AURELIO. Límpiele poco quien ama.
REY. No es buena satisfación,
que si vidrio, en fin, se llama,
que esté muy limpio es razón,
porque bebe en él la fama.
AURELIO. No me puedo persuadir
que tengas amor a quien
otro amor pudo admitir.
REY. Ni yo puedo querer bien
a quien voy a perseguir.
Lo que digo es que sospecho
que puedo ser engañado
de algún envidioso pecho,
porque no está averiguado
el agravio que me han hecho.
Y que por donde el honor
no muestra ofensa en rigor,
el amor se suele entrar,
porque por poco lugar
entra cuando quiere amor.
Mas está cierto que en tanto
que con esta duda estoy,
seré una fiera, un espanto
del mundo.
AURELIO. Dudoso voy
de quien se enternece tanto.
REY. No hayas miedo, Aurelio amigo,
que no hay mayor enemigo
que aquel que tiniendo amor
da por ofensas de honor
a su mismo amor castigo.
Abrasaré las ciudades
de esta fiera, ingrata hembra,
porque no hay enemistades
como cuando el odio siembra
discordia en dos voluntades.
Sígueme y verás a Atila,
a Mercurio, a Mitridates,
a Clodomiro, a Totila,
a Egelberto y a Amurates,
a Maximino y a Sila.
Mal conoces el furor
que amor ofendido alcanza;
quédese atrás el honor,
porque no hay mayor venganza
que por ofensas de amor.

(*Éntrase y salgan por otra parte* LEONIDO, ALBERTO, PINABELO, OTÓN, SOLDADOS *y la* DUQUESA *en hábito corto, con espada y daga y bastón y sombrero con una pluma grande revuelta.*)

ELENA. Ya creo que has visto, Otón,
de qué suerte en la campaña
me dió la mano el arzón
y que a mujer acompaña
tal vez viril corazón.
Con estas botas y espuelas
viste las ijadas rotas
de algún frisón, ¿qué recelas?

OTÓN. Ya con espuelas y botas
vi que por el viento vuelas.

ELENA. ¿Viste de qué forma en cuadro
aquel escuadrón se ordena,
cómo le compongo y cuadro;
y que al que se desordena
de un bote el pecho taladro?
¿Viste aquella guarnición
con que se defiende agora
de cualquier oposición?

OTÓN. Ya vi que sabes, señora,
formar un fuerte escuadrón.

ELENA. Pues yo soy, si no lo entiende
de tu amor la poca ley,
que tanto mi amor ofende,
la misma que adora al Rey
y la que su honor defiende.
Yo puedo al Rey adorar
y le puedo detener
que venga a hacerme pesar;
porque una cosa es amar
y otra cosa defender:
y aunque no hubieras venido
con tu hijo, hay capitán
que ha de ser obedecido.

PINABELO. Y tan gallardo y galán,
que es adorado y temido.

OTÓN. Provócante los enojos,
que a veces son necesarios.

PINABELO. Y ganarás mil despojos,
pues rendirás los contrarios
con sólo volver los ojos.

ELENA. No haya ternuras aquí;
el que no fuere soldado
no me ha de servir a mí.

PINABELO. Todos hemos profesado
serlo y servirte.

OTÓN. Es ansí.

ELENA. Llevad, Alberto, esa gente.
Quede aquí sólo Leonido.

ALBERTO. Vamos, soldados.

PINABELO. Que intente
mi esperanza un bien perdido,
bien parece que no siente.

(*Vávanse todos.*)

ELENA. ¿Leonido?

LEONIDO. ¿Señora mía?

ELENA. ¿Está cerca el Rey?

LEONIDO. Tan cerca,
que no hay jornada de un día,
y si es verdad que se acerca,
mucho menor ser podría.

ELENA. Muero por el Rey, Leonido,
y voy ¡ay, Dios! contra el Rey;
que en el honor me ha ofendido,
que defendiendo su ley
es al honor permitido.
Traigo ciertos pensamientos
que creo que han de romper
en grandes atrevimientos.

LEONIDO. ¿Qué intentas?

ELENA. Quisiera ver
al dueño de mis tormentos.

LEONIDO. ¿Cómo?

ELENA. Con algún disfraz
y de la noche ayudada.

LEONIDO. ¡Bravo amor!

ELENA. Es pertinaz.
La guerra me ciñe espada
y el alma me pide paz.

LEONIDO. ¿Sería de tu consuelo
ver al Rey?

ELENA. Sábelo el Cielo.

LEONIDO. Pues yo buscaré invención.

ELENA. Si es dentro del escuadrón
nuestro peligro recelo.

LEONIDO. Pierde, señora, el temor.

ELENA. Las esperanzas perdidas
acobardan mi valor:
que yo perderé mil vidas
por ver al Rey mi señor.

LEONIDO. Deja que un poco anochezca,
que yo haré con engañalle,
que al paso se nos ofrezca.

ELENA. No hay cosa que por hablalle
peligrosa me parezca.

(*Váyanse. Entre* PEROL, *de soldadillo, con* CELIA.)

CELIA. A fe, Perol, que muy presto
tú vuelvas arrepentido.

PEROL. Quien tan desdichado ha sido

justo fué que pare en esto.
De puro desesperado,
Celia, a la guerra me voy.

CELIA. Dirás que la culpa soy.

PEROL. Por ti voy a ser soldado.

CELIA. ¿Por mí? Testimonio es.
Así Dios me dé ventura.

PEROL. No, que desdenes del cura
me llevan como me ves.

CELIA. ¡Ay, Perol; si tú supieses
lo que es ir a pelear
y el ver luego granizar
las balas en los arneses.
Si vieses, cuando la vida
escapes de tantos daños,
traer entre rotos paños
una esperanza perdida,
a pretender a la corte
y con seis rotos papeles
andarte por los canceles
sin hallar cosa que importe,
sufriendo de la comida
del cortesano el olor
de los platos el rumor
y de la fresca bebida,
y tú de hambre muriendo
pagándote el viento allí
y cuando repare en ti,
acaso el coche saliendo,
decirte que bien está
estando tan mal tu panza,
que el viento de la esperanza
se te viene y se te va.
Deja para nobles eso,
que están bien emparentados,
que nunca en pobres soldados
halló pies el buen suceso.
¿Estaráte bien o mal,
después de muchos balazos,
dar a la guerra los brazos
y los pies al hospital?
Vuelve en ti, que vas perdido.

PEROL. La Duquesa va en persona
y a los soldados pregona
linda paga y buen partido.
O me voy o has de quererme.

CELIA. Dado que venciere Elena,
¿qué has de hacer?

PEROL. Huír tu pena
y a tu rigor esconderme.

CELIA. ¿No has de volver a la corte?

PEROL. Es verdad.

CELIA. Pues ¿qué te engríe,
si no has de hallar quien te guíe
más que una carta sin porte?
Hallarás mil sabandijas
que te chupen el humor,
porque no sube el favor
en faltando las clavijas.
Hallarás en la ciudad
unos grandes habladores
preciados de historiadores
y de no decir verdad,
y estos libros de secretos
y sabios y extravagantes
favoreciendo ignorantes
para derribar discretos.
Hallarás...

PEROL. No digás más,
ya sé que la bobería
ha de ser desdicha mía
de hoy para siempre jamás.
Pero quererme o dejarme.

CELIA. Vete con Dios.

(AURELIO *y el* REY.)

AURELIO. Aquí hay gente.

REY. Aquí más seguramente
pienso esta noche alojarme.

CELIA. Huye, Perol.

PEROL. ¡Ay de mí!,
que son soldados frisones.
No ha un hora que los calzones
y la cuera me vestí:
señores, a serlo voy,
y aunque la guerra procuro
no soy soldado maduro,
que en verdad en cierne estoy.
Esta espada me prestaron,
la pluma a un gallo quité,
que porque le desrabé
mil gallinas me picaron:
suplico a sus pertenencias
me dejen ir.

REY. No des voces.

AURELIO. Huésped, ¿al Rey no conoces?

PEROL. Ya conozco sus presencias,
y de eso tengo temor.

REY. ¿Qué hay de la duquesa Elena?

PEROL. Que en esos valles ordena
gente contra vos, señor.

REY. ¿Es mucha?

PEROL. No me han dejado
viña, ciruela ni pera:

en mi pueblo una bandera
para hacer gente han colgado;
y yo, que no sé latín,
quise echar por los porrazos.
Pero, dejando embarazos:
¿cómo os fué con el rocín?

REY. Caminó famosamente.

PEROL. Era hablador de los pies.

REY. Luego murió.

PEROL. Justo es,
por bestia y por diligente.

AURELIO. ¿Qué piensas hacer aquí?

REY. Ir con esta información
de la Reina al escuadrón.

AURELIO. ¿Cuándo y cómo?

REY. Escucha.

AURELIO. Di.

(*Entre la* DUQUESA *y* LEONIDO.)

LEONIDO. No pases de estas cabañas
primero que estos villanos
te informen si el Rey se acerca
y dónde aloja su campo.

ELENA. La escuridad de la noche,
Leonido, ocasión me ha dado.
Amor, mi temor esfuerza,
que él me lleva y yo le traigo.

AURELIO. Gente viene aquí, señor.

REY. ¿Labradores o soldados?

AURELIO. Soldados pienso que son.

REY. ¿Qué gente?

ELENA. Gente de paso.

REY. ¿Soldados?

ELENA. Si se ofreciere.
Y ellos ¿qué son?

REY. Otro tanto.

ELENA. ¿De qué parte?

REY. De quien tiene
justicia en aqueste caso.

ELENA. ¿Luego son de la Duquesa?

REY. De que eso digáis me espanto,
que la Duquesa es traidora.

ELENA. ¡Miente cualquiera villano
treinta veces que eso diga!

REY. ¡Pluguiera al Cielo, soldado!:
porque yo sé de mi Rey
que su riqueza y palacio
y todo su reino os diera
porque le hubieran burlado;
pero violo con sus ojos,
no puede haber desengaño.

ELENA. ¿Qué vió el bárbaro cruel,
que porque tiene tratado
casarse en Francia o Bohemia
a tanta lealtad ingrato
trató de darle la muerte?

REY. Buena disculpa buscaron.

ELENA. ¿Para qué viene, si tiene
justicia, con tanto daño
de la inocente Duquesa
abrasando sus Estados?
Póngale en Roma este pleito,
y, si pudiere probarlo
con libelo de repudio,
castigue su pecho falso,
o nombre algún caballero
que salga en campaña armado,
que ella saldrá con él
para defender su agravio,
que pues que tiene valor
para conducir un campo,
le tendrá para salir
cuerpo a cuerpo.

REY. Paso, hidalgo.

PEROL. Paso, señores, por Dios;
que está en medio un hombre honrado,
aunque pobre labrador.

REY. Guárdate afuera, villano.

PEROL. Villano y cristiano viejo
hasta los perniles rancio;
testigos en esta aldea,
el olmo y el campanario.

REY. Ahora, hidalgo, vos decís
que nombre el Rey un vasallo
y que vos haréis que Elena
salga en desafío al campo.
Con mujer no ha de querer
ninguno salga un criado
de los que a su lado tiene;
que el Rey, sin pleito y letrados,
holgará del desafío.

ELENA. ¿Quién sois, que podrá tanto?

REY. ¿Y vos quién sois?

ELENA. Deudo soy
de la Duquesa.

REY. Yo hermano
del Almirante del Rey,
y parto luego a tratarlo.

ELENA. Yo lo mismo.

REY. Pues, adiós.

PEROL. Y yo; toquen esas manos,
aunque ninguno conozco,
salgo por fiador de entrambos.

REY. Esta, Aurelio, es la Duquesa,

y en grande peligro estamos,
que alguna celada tiene
entre esos álamos altos.

ELENA. Leonido, aquéste es el Rey,
bien le habemos engañado;
gran gente tiene escondida,
por este arroyo nos vamos.

REY. Ven, Aurelio, por aquí.

AURELIO. Lindamente la burlamos.

LEONIDO. ¡Qué dicha habemos tenido!

PEROL. Celia, toma allá los hatos,
que hasta los montes revuelve
la discordia en los casados.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

de LA DISCORDIA EN LOS CASADOS.

TERCER ACTO

de LA DISCORDIA EN LOS CASADOS.

HABLAN EN EL TERCERO ACTO

EL REY.	CELIA.
ROSABERTO, *su hijo.*	SIRALBO.
AURELIO.	PEROL.
ENRICO.	LOS MÚSICOS.
ROSELO.	ELENA, *duquesa.*
ALBERTO.	OTAVIA, *dama.*
LEONIDO.	CLENARDO.
OTÓN.	PÁNFILO.
PINABELO.	

(AURELIO *y* ENRICO *y* ROSABERTO, *hijo del* REY DE FRISIA.)

ENRICO. Que le has de imitar es cierto,
por la grandeza heredada.

AURELIO. Hoy quiere ceñirte espada
tu padre el Rey, Rosaberto;
de cuyas obligaciones
no hay que advertir tu valor,
que tú lo sabrás mejor,
pues a tal lado la pones.

ENRICO. Ya te dejo ejercitado
en la teórica de ella,
lo demás sabrás con ella
en prática de soldado.
Grande esperanza nos das
de la virtud de tu pecho.

ROSABERT. No pretendo al que me ha hecho
degeneralle jamás;
conozco la obligación
en que a mis padres nací
y al reino que ya de mí
tiene tal satisfación.
Yo cumpliré su esperanza,
si mi vida guarda Dios,
y sabré que de los dos
debo tener confianza,
pues os tengo por maestros
en las armas y en las letras.

AURELIO. Si con tu ingenio penetras
más que los hombres más diestros,
con la experiencia y los años
justa esperanza se tiene
de tu valor.

ENRICO. El Rey viene.

(*El* REY, *acompañado,* ROSELO *y otros, y en una fuente una espada y daga.*)

REY. Hoy temblarán los extraños
y nacerá nuevo amor
en los propios, Rosaberto,
quedando el reino tan cierto
de tu esperado valor.
Vengo a ceñirte la espada,
que ha de ser terror de Europa
cuando la fortuna en popa,
ya en la mar con gruesa armada,
ya con ejército fuerte
en la campaña levantes
por los reinos circunstantes
las esperanzas de verte.
Dame esa espada.

ROSABERT. Señor,
bien seguro te imagino
de mi valor si el divino
tuyo me influye valor;
que quien le hereda de ti
bien dice con su esperanza,
si el mayor del mundo alcanza.
que como Fénix nací.

REY. Ponte, Rosaberto, al lado
la ofensa de tu enemigo,
la defensa de tu amigo,
vida, honor, reino y estado.
Dé el cielo a tus verdes años
la dicha de Escipión,
que tanta varia nación
tembló por reinos extraños.
Apenas doraba el bozo
sus labios, cuando el Senado
le hizo Procónsul, fundado
en que tan prudente mozo
sería con más edad
lo que después de sus glorias
escriben tantas historias
con tanta felicidad.

ROSABERT. Ya, señor, que me has honrado
con la que ceñida tengo,

pues que de tu mano vengo
a tenerla puesta al lado,
tu licencia me has de dar
para que me parta a Cleves,
pues hay jornadas tan breves,
que quiero a mi madre hablar.
Sabes que en mi vida vi
su rostro, y que no ha faltado
quien me ha dicho que ha llorado
muchas lágrimas por mí:
que dicen que injustamente
la desprecias y la dejas.

REY. Quien te trujo tales quejas
miente, o presente o ausente;
y pues que te han advertido
con injusto atrevimiento,
está, Rosaberto, atento;
sabrás si estoy ofendido
con la duquesa de Cleves,
Elena, y tan nueva Elena,
que ha sido fuego de Frisia,
como la de Troya y Grecia.
Me casé con tan extraños
agüeros, que entre las fiestas
una bala me voló
las plumas de la cabeza:
y dando a un retrato mío,
que en el arco de una puerta
remataba el edificio
y miraba a la Duquesa,
pasó el lienzo por la gola,
burlando la envidia ciega
toro que piensa que es hombre
cuando en la capa se venga.
Viví los primeros años
contento y en paz con ella,
que, fuera de su hermosura,
es por extremo discreta,
mirando los dos en ti
aquella concordia eterna
de la paz de los casados
que los hijos manifiestan.
Mas la mudable inconstancia
de las cosas de la tierra
trocó en discordia esta paz
y toda esta gloria en pena.
Avisáronme ¡ay de mí!
que Elena tenía secreta
conversación con un hombre
en mi deshonra y afrenta.
Fuilo a ver, y entrando acaso,
él mismo a voces comienza
a decir que yo venía
a matar a la Duquesa.
Con esto, no sólo el vulgo,
pero también la nobleza
de Cleves tomó las armas,
y me siguieron con ellas.
Tuve dicha en que ya estabas
en Frisia, y el alma llena
de amor, y el honor de infamia
puse a la venganza espuelas.
Entré abrasando su Estado
con grueso ejército, y ella
me salió al paso, ocupando
del Rhin las verdes riberas.
Vímonos en cierta noche,
y entre los dos se concierta
que, por excusar la sangre,
si se rompiese la guerra,
por mí saliese un soldado
y otro saliese por ella,
y que si venciese el mío
quedase mi afrenta cierta
y pudiese repudialla.
Yo tuve tanta soberbia,
que salí secretamente
armado a la honrosa empresa,
sin fiarla de ninguno,
y aunque presumí que fuera
el primero en la estacada,
ya estaba un soldado en ella
armado de blancas armas,
en cuya celada apenas
daban lugar a la vista
las plumas blancas y negras.
Las cubiertas del caballo
negras sobre blanca tela,
sembradas de letras de oro
entre unas dagas y lenguas.
Las letras decían "Mentís",
como que de su inocencia
daba la cubierta indicio,
pero era maldad cubierta.
Dimos vuelta a la estacada
y, nuestras mesuras hechas,
de la caja al ristre pasan
las lanzas, que al punto vuelan
descalabrando los aires
y dando los dos en tierra,
huyeron nuestros caballos
y la batalla comienza
a pie con blancas espadas.
Pero ni la mía, diestra,
ni mi robusta pujanza,

real pecho, heroicas fuerzas,
resistieron mi fortuna,
antes vine a dar, sin ellas,
a los pies de mi contrario,
en cuyo tiempo nos cercan
los nobles de los dos campos,
y cuando al de Cleves llegan
y le descubren la cara,
ven que es la misma Duquesa.
Dan voces todos y dicen
que ha vencido la inocencia
y que yo estaba culpado.
¡Qué deshonra y qué vergüenza!
Fué tan grande la que tuve
de ver que una dama tierna,
que una mujer, que a las armas
no obliga naturaleza,
me venciese y derribase,
que, dando a Frisia la vuelta,
mandé, pena de la vida,
que nadie me hablase en ella.

ROSABERTO.

Ni yo, señor, seré tan atrevido
que os hable en la Duquesa eternamente,
y pésame que de ella fuí nacido.
Que estuviese culpada o inocente...

ENRICO.

Rosabelo (1) de Cleves ha venido.

(ROSABELO *entre.*)

ROSABELO.

A Cleves fuí, mi señor, secretamente,
como mandaste.

REY.

Y ¿qué hay allí de nuevo?

ROSABELO.

No me mandes hablar, que callar debo.

REY.

Habla, Roselo, yo te doy licencia.
¿Puede haber más afrenta?

ROSABELO.

Sabe el cielo
que ni curiosidad ni diligencia
debes en esto a mi lealtad y celo.
La vulgar opinión, sin diferencia,
dice que la Duquesa y Pinabelo,
hijo de Otón, enamorados viven,
y añaden que sus bodas aperciben.
Bien puede ser que testimonio sea
y que tus enemigos echen fama
que en esto su valor Elena emplea.

REY.

No digas más. ¡Oh, Elena! ¡Oh, incendio!
[¡Oh, llama!

AURELIO.

Señor, tu alteza no es razón que crea
la envidia vil que su virtud difama.

REY.

¡Oh, Aurelio, calla! Que mujer que ha errado
nunca el primero error sólo ha dejado.
Pregona en Frisia luego que cualquiera
que la cabeza suya me trujere
le daré seis ciudades.

AURELIO.

Considera...

REY.

¡Necio! ¿Qué quieres ya que considere?
¿Con tanto deshonor casarse espera?
¿Hay tal bajeza? A Pinabelo quiere.
¿No hay yerro? ¿No hay veneno? ¿Esto con-
Ya no merece honor ni sufrimiento. [siento?
Esto que digo les daré firmado
a propios y a extranjeros este día.
Elija seis ciudades en mi Estado
quien restaurare la deshonra mía.

ENRICO.

Aurelio, al poderoso y enojado
no pienses que es valor ni cortesía
replicalle, que nunca el que es discreto
tiempla la ira en el primero efeto.

(*Váyanse y salgan la* DUQUESA *y* PINABELO.)

PINABELO. Tiempla, señora, el desdén.
ELENA. ¿Qué es desdén, villano, infame?
Desdén es bien que se llame
en los que se quieren bien.
Dime que tiemple la ira,
el enojo y el pesar.
PINABELO. ¡Qué vicio en mujer es dar
crédito a cualquier mentira!
ELENA. Yo sé que es mucha verdad
que por Cleves echas fama
que soy, villano, tu dama,
y con poca honestidad.

(1) A este personaje llama antes y más adelante ROSELO, no en los encabezados, que pudieran corregirse, sino en el texto y siendo largo el verso si se escribiese ROSABELO como aquí.

Esto a efeto de que viendo
que ya se empaña mi honor,
solicite tu favor
la voluntad que defiendo.

PINABELO. Señora, de esta opinión
hablará el pueblo, que gusta,
como de cosa tan justa,
que me tengas afición.

ELENA. ¿Cómo justa?

PINABELO. Pues ¿no fuera
que conmigo te casaras?
Tu sangre soy. ¿Qué reparas?

ELENA. Si sangre tuya tuviera,
con una daga, villano,
despedazara mis venas,
de sólo veneno llenas
de los agravios de Albano.
¿Cosa justa dices que es
casarme, vivo mi esposo,
aun siendo tan rencoroso? (1)

PINABELO. Perdona y dame esos pies,
que me ciega el mucho amor.

ELENA. Sal de Cleves desterrado
y no vuelvas a mi Estado,
pena de infame y traidor.

PINABELO. ¡Señora!...

ELENA. No hay que pedir.

(OTÓN *entre.*)

OTÓN. ¿Qué es esto?

PINABELO. Si de tu tierra
esa crueldad me destierra,
¿para qué quiero vivir?

OTÓN. Pinabelo, ¿qué ocasión
para desterrarte has dado?

PINABELO. Haber su bien procurado
con sangre del corazón.
Quéjase que el vulgo dice
que me quiere.

OTÓN. Y justo es.
Echate luego a sus pies
y lo que has dicho desdice.
Pide perdón, que es razón,
aun de la fama vulgar,
que hay mil ofensas sin dar
el que las hace ocasión.

PINABELO. Señora, a vuestra grandeza
pide perdón mi ignorancia.

OTÓN. Tú estás muy poca distancia
de cortarte la cabeza,
y ojalá que me lo mande
su alteza a mí, que esta espada,
a su defensa enseñada,
no sufre ofensa tan grande.—
Señora, dalde perdón
por ignorante y por loco.

ELENA. La furia que me provoco
vencen tus canas, Otón;
por ellas le debo dar.
(Quiero, de tantos errores, (*Ap.*)
perdonar estos traidores,
que es mejor disimular.
Bien conozco los enredos
y las lisonjas de Otón,
que no faltará ocasión
en cesando tantos miedos.)

OTÓN. Nuestra sangre te ha servido
desde su origen de suerte,
que te obliga a condolerte
de un loco amor atrevido,
con palabra que jamás
te hablaré en él Pinabelo.

ELENA. Vuestros años guarde el cielo,
padre, a quien estimo en más,
que ya la ofensa olvidé.

(ALBERTO *entre.*)

ALBERTO. ¿Puédese aquesto sufrir?

ELENA. ¿Qué hay, Alberto?

ALBERTO. Si decir
se sufre, yo lo diré.

ELENA. Licencia tenéis.

ALBERTO. Albano
pregona públicamente
que a cualquier hombre que intente
poner atrevida mano
en tu vida, que Dios guarde,
seis ciudades le dará.

ELENA. Pues ¿eso pena te da?

ALBERTO. Tu vida me hace cobarde.

ELENA. No creas que muera ansí
vida con corona de oro.

ALBERTO. La ambición pierde el decoro
al cetro, y harálo en ti.

ELENA. Los reyes que no acobardan
a un traidor tan atrevido
mucho han de haber ofendido
los ángeles que los guardan.
¿Tanto puede perseguirme
un hombre que quiero tanto?
Del odio del Rey me espanto
contra una mujer tan firme.
¿Querrá ponerme temor,
como es grande Rosaberto,

(1) En el original "generoso" y no "rencoroso".

para venir a concierto?
mas ya sabe mi valor.
Los enemigos quisiera
de mi casa desterrar,
que yo me sabré guardar
de los que vienen de fuera.

(*Váyase.*)

OTÓN. Alberto, de esta arrogancia
no nos resulta provecho,
que aunque del dicho hasta el hecho
suele haber tanta distancia,
tenemos en mil historias
griegas, troyanas, romanas,
mil ambiciones tiranas,
que hoy viven por sus memorias.
Fuera de que esto ha tocado
las honras de la nobleza
de Cleves.

ALBERTO. Si su cabeza
ha puesto en este cuidado,
téngale el Rey de la suya
y pregónese otro tanto,
para que le cause espanto
y nuestro valor arguya.

PINABELO. A quien las cabezas diere
de padre y hijo podréis
dar seis ciudades, pues seis
dar promete al que trajere
la de Elena, que aborrece.

ALBERTO. Así se hará pregonar.

OTÓN. Con este nuevo pesar
gallarda ocasión te ofrece
el tiempo a tu pretensión.

PINABELO. ¡Ay, padre; que no es mujer!

OTÓN. Esta discordia ha de ser
de tu ventura ocasión.

PINABELO. Elena era mi abismo;
ya como Troya me quema,
que como quiere por tema,
aborrece por lo mismo.

(SIRALBO *y* CELIA, *villanos, y los* MÚSICOS.)

(*Canten.*) "Estad muy alegre,
dichosa y bella novia
en tanto que coméis
los picos de la rosca.
Huya toda tristeza
de vuestro rostro agora,
que aún agora no es tiempo
para que estéis celosa.
Poneos vuestras galas,
que hacéis mil envidiosas,
en tanto que coméis
los picos de la rosca."

CELIA. Cuando Perol, Siralbo,
de esta montaña sola
a la Corte se iba
por verme tuya toda,
me dijo con sus celos
sacudiendo la cola,
aunque se despejaba
como rocín con mosca:
"Ríe, Celia, que aún comes
las roscas de la boda."
Y esto que agora escucho
parece que conforma
con aquellas palabras
venganzas amorosas.
¿Qué tiene el casamiento,
que a tantos alborota?
¿Qué mares se navegan
de nunca vistas olas?
¿Qué volcanes se pasan
que piedra azufre arrojan?
¿Qué desiertas Arabias?
¿Qué Libias arenosas?
¿A qué plaza se sale?
¿A qué toro se corta
con ancha espada el cuello?
¿Qué difuntos se topan
en las encrucijadas
de las calles angostas?
¿No es el casarse estar,
Siralbo, dos personas
comiendo en una mesa
y cenando a sus horas?
¿No es el estar de noche
cubiertos con la ropa
en una misma cama
de un cobertor y colcha?
Pues bien, ¿qué os acobarda?

SIRALBO. Hay, Celia, muchas cosas;
mas ninguna contigo,
que esto se entiende en otras.
Yo sé de cierta tierra
que cuando se desposa
un hombre clamorean
y por muerto le lloran:
que puesto que el peligro
no es más, ¡oh, Celia hermosa!,
que dos matrimoniarse,
algunos se endemonian.
Santa vida hacen muchos
a quien la dicha sobra.

que gracia en los casados
allá resulta en gloria.
Pero verás algunos
que no hay turca mazmorra
que más cautiva tengan
la libertad que gozan,
y más si toca en celos
con su puntilla en honra,
ningún forzado rema
que tenga más congojas.

CELIA. No se dirá, Siralbo,
por dos que así se adoran,
aunque ajenas cabezas
hacen temblar las propias.
Cuando en nuestra Duquesa
contemplo la discordia
que con su esposo tiene
la color se me roba.
¿No veis lo que se dice?
¿No veis lo que pregonan
a quien la diere muerte?

SIRALBO. Alguna furia loca
ha entrado en estos reinos.

CELIA. ¡Que tantos años rompa
la paz de estos casados!

SIRALBO. La fortuna piadosa
nos libre de esta envidia

MÚSICOS. ¿Cantaremos agora?

CELIA. Cantad, si os agradare.
¡Que en tal temor me ponga
el día de mis dichas!

MÚSICOS. Pues escucha y perdona.
(Canten.) "Estad muy alegre,
dichosa y bella novia,
en tanto que coméis
los picos de la rosca."

(Entren CLENARDO *y* PÁNFILO, *caballeros, de camino, y* PEROL, *de lacayo.)*

PEROL.

Parar podéis en esta hermosa aldea.
siquiera porque yo nací en su monte.

PÁNFILO.

No hay otra que mayor ni mejor sea
en todo aqueste fértil horizonte.

PEROL.

Entrad en esa casa que hermosea
tanto verde laurel.

CLENARDO.

Pánfilo, ponte
a descansar un poco, que conviene
que duerma poco quien cuidados tiene.

PÁNFILO.

Apenas estará de las distancias
o puntos en que nace y muere el día
la noche en medio, llena de arrogancias,
cubriendo el sol con su tiniebla fría,
cuando de aquestas rústicas estancias
salga, pues llevo para el monte guía,
a ejecutar, Clenardo, mi deseo.

CLENARDO.

Camina, pues.

PEROL.

¡Ay, Dios! Mi muerte veo.
¿Esta es aquella fiera hermosa y bella
por quien desde pastor a cortesano
me pasaron sus bodas? Iré a vella.

SIRALBO.

¿Quién es el que deciende al verde llano?

CELIA.

¿Perol no es éste?

SIRALBO.

Sí.

PEROL.

Mi buena estrella
hoy a mi diligencia dió la mano
para que en este monte, prado y selva,
de la Corte, en que estoy, a veros vuelva.

CELIA. ¿Adónde vas tan perdido,
después que de tu ganado
te alejaste a ser soldado,
con ese loco vestido?
¿Quién son esos cortesanos
con quien por el monte vas?

PEROL. Tal voy, que no pienso más
volver a tratar villanos.
En la Corte vivo bien,
Celia, pues que te has casado
con Siralbo, que es honrado
y lo merece tan bien.
Verdad es, y Dios lo sabe
que no me agrada el servir;
pero tengo de sufrir
cuanto en sufrimiento cabe.
Demás que voy con dos amos,
Celia, en aquesta ocasión,
ya los viste, aquellos son,
que entre aquellos verdes ramos
bajaron a vuestra aldea,
que me han de hacer duque o conde.

CELIA. De ese peligro te esconde,
guarda que tu muerte sea.
De títulos agua arriba
no tengas, Perol, cuidado,
que es caballo desbocado,
que a quien levanta derriba.
Mira que lo vas agora.

PEROL. Oye aparte.

CELIA. ¿Qué me quieres?

PEROL. ¡Demonios sois las mujeres!
¡No sé qué espíritu mora
dentro de vuestro caletre!
¿Quién te ha dicho que mis amos
y yo a matar al Rey vamos?

CELIA. ¿No quieres que lo penetre
de verte en aquese traje,
lacayo injerto en rufián?
Pero dime, ¿que éstos van
a matarle?

PEROL. Yo soy paje,
digo, gentilhombre soy,
despensero o mayordomo,
que no sé qué oficio tomo,
pero con ellos estoy.
Van con notable secreto;
mas, por más que se han guardado,
yo sé que llevan tratado
de darle muerte, en efeto.
A no lo decir te esfuerza.
Eres mujer: no podrás,
que lo que os encargan más
eso decís con más fuerza.
Que si ganan, como creo,
las seis ciudades aquí,
la que fuere para mí
en tu persona la empleo.

CELIA. Id con Dios, que si volvieres,
donde sabes me hallarás.

PEROL. Si callas, Celia, serás
nuevo ejemplo de mujeres.

(*Váyase.*)

SIRALBO. ¿Fuése Perol?

CELIA. ¿No lo ves?

SIRALBO. ¿Tan de prisa?

CELIA. Hay cierto efeto.

SIRALBO. ¿Cómo?

CELIA. Encargóme el secreto.

SIRALBO. Tú me lo dirás después.

CELIA. Y aun agora.

SIRALBO. ¿De qué modo?

CELIA. Los que viene acompañando
van a matar al Rey.

SIRALBO. ¿Cuándo?

CELIA. Pudiendo.

SIRALBO. ¡Locura es todo!
Pero ¡qué bien has guardado
el secreto!

CELIA. Si a él le importa
y en hablar no se reporta,
él mismo ejemplo me ha dado.
¿Por qué piensas que es la lengua
tan fácil en atreverse
y tan ligera en moverse
para nuestro daño y mengua?

SIRALBO. ¿Por qué?

CELIA. Porque en agua está
y en la saliva resbala.
La cabeza es menos mala
y el pie más pesado va;
la mano tarda en moverse,
porque, en fin, sin agua están;
lengua y ojos mal podrán
de hablar y ver detenerse,
porque en ella están fundados.
Vamos, Siralbo, a la fuente
y de Perol, que es valiente,
no te maten los cuidados.

SIRALBO. ¡Qué lástima!

CELIA. ¡Qué suceso!

SIRALBO. Vamos, y al cielo pluguiera
que tan seca os hiciera
de lengua como de seso.

(*Éntrense y salga el* REY *y su hijo* ROSABERTO, *de caza, y* AURELIO, ENRICO *y* ROSELO.)

REY. Suele imitar tan al justo,
hijo, la caza a la guerra,
que quiero que en esta sierra
sea tu ejercicio y gusto.
Aquí te harás tan robusto
como conviene a soldado;
aquí sabrás a mi lado
el oso esperar, y aquí
perseguir el jabalí
y herir el veloz venado.
Mira estos campos que están
de tantas plantas vestidos,
que estos arroyos lucidos
cortos espejos les dan.
Mira qué alegres que van,
qué sonoros y qué iguales.
Si al campo con gusto sales
excusarás muchos vicios,
que no hay tales ejercicios
para los pechos reales.

Tal vez de correr cansado
dormirás del agua al són,
haciéndote pabellón
los altos olmos del prado.
Tal vez de un arroyo helado
sabrás beber el cristal
sin aparato real,
porque en su ribera fresca
se aprende la soldadesca
como en el campo marcial.

Tal vez con la propia mano
alcanzarás, diligente,
la fruta al ramo pendiente
cuando declina el verano.
Allá serás cortesano
y aquí soldado serás.
Con la virtud vencerás
con juveniles engaños,
que la experiencia y los años
te enseñarán lo demás.

ROSABERT. Con tu ejemplo, que, en fin, es
de un Príncipe tan ilustre,
daré a mis rudezas lustre;
seré tu fénix después.
Beso mil veces tus pies
por el consejo y favor.

REY. Esto me enseña tu amor,
y si es lección que te agrada,
a tu memoria traslada
estos pensamientos míos
hasta que con otros bríos
desnudes la blanca espada.

AURELIO. Cuando quieras descansar
está todo prevenido.

REY. Para que cese el ruido
haced la gente apartar.

ENRICO. Bajan de aqueste pinar
rudos villanos a veros.

REY. Cazadores y monteros
prevenid para la tarde.

ROSELO. Ya de su vistoso alarde
tiemblan los ciervos ligeros.

(*Entre* PEROL.)

PEROL. En hábito de villanos
mis amos vienen aquí
para ejecutar ansí
locos pensamientos vanos.
Dijéronme que acechase
cuándo descansaba el Rey.
¡Oh, codicia! ¿Dónde hay ley
que tu rigor no traspase?
Quieren llegar a ocasión
que esté sin gente.

AURELIO. ¿Quién va?

PEROL. ¿No lo ven?

AURELIO. Haceos allá.

PEROL. Oiga, hablando con perdón.

AURELIO. ¿Qué queréis?

PEROL. Al Rey le diga
que quiere hablarle...

AURELIO. ¿Quién?

PEROL. Yo.

AURELIO. ¿Vos?

PEROL. ¿No tengo lengua?

AURELIO. No.

PEROL. A enseñársela me obliga.

REY. ¿Qué es eso?

PEROL. ¿No se le acuerda
a su esquelencia de mí?

REY. ¿De vos? Pues ¿adónde os vi?

PEROL. ¡Que así la memoria pierda
y esté de sí tan ajeno!
Cuando de Cleves huía,
¿un labrador no le dió
un rocín tuerto, muy bueno,
que tragaba lindamente
las leguas y la cebada?

REY. Aurelio, aquella jornada
importó el ser diligente.

AURELIO. No se me olvida, señor,
del peligro que tuvimos,
pues sin caballos nos vimos.

REY. Debo a este buen labrador
poco menos que la vida.
Mas, ¿cómo vivís aquí?

PEROL. Retira, señor, de ti,
pues mi amor no se te olvida,
toda esta gente y sabrás
a lo que vengo.

REY. Conmigo
te aparta.

PEROL. ¿Estoy bien?

REY. Sí, amigo.

PEROL. ¿Puédote hablar?

REY. Bien podrás.

PEROL. De los montes de mi aldea
desesperado salí,
¡oh, muy magnífico Rey,
que alumbre Dios sin parir!,
por celos de una villana,
cuyo zapato gentil
pudiera dar quince y falta
al más gallardo chapín.

Casóseme por su gusto
con un pastor albañil.
(¡De mal andamio de torre
vuele, sin ser serafín!)
Yo, como otros mil perdidos,
vine a la Corte a servir
o aprender algún oficio
de muchos que en ella vi.
Primeramente, señor,
para aprender a morir,
serví un cierto pretendiente
a costa de su rocín.
Tuve algunos refregones
con la gualdrapa, y perdí
los estribos y los meses
que hay desde noviembre a abril.
De la ceniza en las brasas
salté, señor, porque di
entre un hombre y una mula,
mula que hablaba latín.
Dejélos por sagitarios,
y fuí a servir desde allí
a un discreto, que es oficio
como sastre o menestril.
Este hablaba de tal suerte,
que una mañana le vi,
caídas las dos quijadas
y estas palabras decir:
"¡Oh, si de diamante fuera
la lengua con que nací,
pues que Dios hizo de bronce
a quien me pudo sufrir!"
Dejéle muerto, de hablar
harto no; Troya fué aquí,
porque di con un poeta
todo de plata y marfil,
todo de perlas y de oro;
pero pienso que comí
cercenaduras de versos
desde San Blas a San Gil.
Al fin, como de su trato
tanta soberbia aprendí,
pasé a servir gente ilustre:
dos caballeros serví.
Estos, oyendo que daban
de las riberas del Rhin
las mejores seis ciudades
que Cleves encierra en sí
al que diese las cabezas
de vos y vuestro delfín,
determinaron ser ellos,
y vienen a ver si aquí
pueden a traición mataros
en traje villano y vil,
porque en diciendo que os llevan
a enseñar un jabalí,
piensan de ocultas pistolas
dar la rueda al polvorín.
Yo, que he visto a la Duquesa,
cuyo pobre huésped fuí,
llorar por este pregón
que no fué su gusto, en fin,
tuve a dicha el avisaros,
por ella, por vos, por mí,
por que, a pesar de traidores,
viváis desde un siglo a mil.

REY.

¿Hay cosa semejante?

PEROL.

De esta traza
se quiere aprovechar su atrevimiento.

REY.

¡Buen lance hubiera echado en esta caza!
¿Son éstos?

PEROL.

Sí, señor.

REY.

Huye al momento.

(Entren CLENARDO *y* PÁNFILO, *vestidos de labradores.)*

PEROL.

Aquí me escondo.

CLENARDO.

Dile cómo has visto
estar comiendo el rústico sustento
de este encinar al jabalí, Doristo.

PÁNFILO.

¡Pardiez, que ha de matalle su excelencia!

REY.

¿Qué es esto, amigos? (¡El furor resisto!)

CLENARDO.

Ven solo, gran señor, con advertencia
de que se irá, sintiendo alguna gente,
un jabalí que espanta su presencia;
que sólo con tu hijo en esta fuente
le matarás al paso.

REY.

(Así lo creo,
a estar de vuestras armas inocente;
mas no ejecutaréis vuestro deseo.)
¿Aurelio?

AURELIO.

¿Gran Señor?

REY.

Prende a estos hombres.
Perdido habéis en este loco empeño.

CLENARDO.

Pues ¿hay por qué de un jabalí te asombres?

REY.

Miraldos bien.

ENRICO.

Pistolas son aquéstas.

REY.

Ya sé vuestra traición y vuestros nombres.

ROSELO.

¿Quisiéronte matar?

REY.

Las bocas de éstos
lo dijeran mejor si las piedades
del cielo no nos fueran manifiestas.

AURELIO.

Pasaréles el pecho.

CLENARDO.

Las ciudades
de Cleves como en Frisia prometidas
despiertan contra ti las voluntades.
Estas, señor, se atreven a las vidas
del Príncipe y de ti.

PÁNFILO.

Las nuestras eran
las que vinieron hasta aquí vendidas.

AURELIO.

Mira, señor, que los demás se alteran.

REY.

Oyeme, Aurelio, atento. Si las cosas
de la Duquesa bien se consideran,
no presumo que son tan sospechosas,
pues quien de estos traidores me dió aviso
muestra que sus entrañas son piadosas.
Secretamente, Aurelio, y de improviso
de estos dos hombres las cabezas corta,
de quien librar mi vida el cielo quiso,
y dame las cabezas, que me importa
hacer de mis sospechas una prueba.

AURELIO.

Mucho el castigo tu grandeza acorta.

REY.

Tras esto, con los dos llevaréis nueva
que al Príncipe y a mí nos dieron muerte,
y de estos hombres los dos cuerpos lleva
con nuestras ropas mismas, de tal suerte,
que se crea que son nuestras personas.
Sólo a estos dos de que el engaño advierte
dirás que por lo mismo que pregonas
a Cleves llevan ya nuestras cabezas.

AURELIO.

Su amor con triste llanto galardonas.

REY.

Presto verán el fin de sus tristezas.

AURELIO.

¡Traed a esos traidores!

ROSELO.

¿Dónde vamos

AURELIO.

Detrás de aquestas ásperas malezas.

CLENARDO.

Vendidos fuimos.

PÁNFILO.

La ocasión erramos.

(PEROL *salga.*)

PEROL.

Salir quise, señor, a que me vieran.
Todo lo vi desde estos verdes ramos.

ROSABERTO.

¿Qué pretendes hacer luego que mueran?

REY.

Partir contigo a Cleves, disfrazado;
que no es bien que estas cosas se difieran.
Ni se ha casado Elena ni mudado.
Tú eres su hijo; yo he de ver mi muerte
o quedar de mi honor desengañado.

ROSABERTO.

Besar quiero tus pies.

PEROL.

A mí me advierte
lo que tengo de hacer.

REY.

Esas cabezas
de quien Aurelio ya la sangre vierte
traer ocultas.

PEROL.

Altamente empiezas
a procurar tu justo desengaño.

REY.

Cansado vivo ya de mis tristezas.
O se acabe la vida o el engaño.

(*Váyanse y entre la* DUQUESA *y* OTAVIA.)

ELENA. En esta resolución
tengo, Otavia, el pensamiento.
OTAVIA. Cosas de tu ingenio son.
ELENA. ¿Hay más triste casamiento?
¿Hay más bárbara afición?
Que algún hombre con desdén
trate a quien le quiere bien,
puede haber causas o engaños.
¡Pero que a mí tantos años
este galardón me den!
OTAVIA. Tenéis tan malos terceros
en Pinabelo y Otón,
que es imposible poneros
en paz.
ELENA. Los dos polos son
de todos mis males fieros.
No dudes; culpa he tenido
en que no los hayan muerto.
Piedad de mujer ha sido.
¡Yo a mi hijo Rosaberto!
¡Yo matar a mi marido!
¡Loca estoy de este pregón!
OTAVIA. Con esto se ha echado el sello
a tu discordia y pasión.
ELENA. Si he sido culpada en ello,
yo muera, Otavia, a traición.
¡Ay, gobierno de mujer,
errado cuando acertado;
pues aunque sobre el poder,
en no viendo espada al lado
se afrentan de obedecer!
Ni puedo admitir marido,
ni hacer que me teman puedo.
Cuando el que ha de ser temido
llega, Otavia, a tener miedo
el gobierno va perdido.
Morir quiero, y no vivir
entre Otón y Pinabelo.
Al Rey tengo de escribir
que venga a matarme. ¡Ay, cielo!
¡Qué mayor bien que morir!
OTAVIA. Mira que es eso locura.
Tu daño, señora, advierte.
ELENA. ¡En los males que no hay cura
dichoso el que con la muerte
descansa en la sepultura!

(OTÓN, PINABELO *y* LEONIDO.)

LEONIDO. Dicen que nos has llamado
porque estás con mucha pena.
¿Qué tienes? ¿Qué te han contado?
ELENA. ¡Perros! ¡Por vida de Elena,
que os he de dar dueño honrado!
Vasallos habéis de ser
de Frisia. Yo haré venir
al Rey, que os haga temer.
Hoy le tengo de escribir
que os enseñe a obedecer.
Su hijo es vuestro señor;
ponga gobierno en su Estado;
máteme y cobre su honor,
que aunque no se le he quitado
ya lo tengo por mejor.
¿Quién fué el infame que ha hecho
con este pregón de agora
nueva desgracia en su pecho?
OTÓN. Advierte, heroica señora,
que procuran tu provecho.
ELENA. Que no hay provecho, villanos.
PINABELO. ¿No han de procurar tu vida?
ELENA. ¿Qué vida, si sois tiranos?
Hoy estoy aborrecida.
Mi vida pongo en sus manos.
De todos he de vengarme
con morir.
PINABELO. ¡Bravo rigor!
ELENA. ¡Albano venga a matarme!
LEONIDO. ¡Qué raro ejemplo de amor!

(ALBERTO *entre*.)

ALBERTO. Albricias pudieras darme,
si yo no te conociera,
de la nueva que ha venido
y menos sangrienta fuera.
ELENA. ¿Cómo?
ALBERTO. Ya es muerto el que ha sido...
ELENA. ¡No prosigas! ¡Tente! ¡Espera!
¿Es el Rey?
ALBERTO. Dos caballeros

tudescos en una caza
le han muerto.

ELENA. ¡Oh, tiranos fieros!

ALBERTO. Dióles un monte la traza
y el hábito dos monteros,
que dicen que estando a solas
le tiraron dos pistolas.

ELENA. ¿Es cierto?

ALBERTO. Sin duda es cierto.
Y a tu hijo Rosaberto.

ELENA. ¡Calla, que cubren las olas
del mar de tanto dolor
el alma, que ya se anega!

OTÓN. (¡Brava nueva!)

PINABELO. (¡Qué mejor!)

LEONIDO. Ya con las cabezas llega.

(PEROL, de tudesco gracioso, con una caja, y el REY y su HIJO, de tudescos, con calzas, muy galanes, y muchas plumas.)

PEROL. Llega, y no tengas temor.

REY. Dame, señora, tus pies;
pues más por vengar tu agravio
que por promesa hemos hecho
hazaña que importa tanto
a tu vida, a tu sosiego,
a tus nobles, a tu Estado
y al bien común de dos reinos.

ROSABERT. Aquí en esta caja traigo
las degolladas cabezas
de Rosaberto y Albano.
Agora casarte puedes
y dar para siglos largos
herederos de tu sangre
a tu Estado y tus vasallos.

ELENA. ¡Calla, infame, que ni he sido
quien esa sentencia ha dado,
ni en mi vida tuve intento
de solicitar su daño!
¡Ya es muerto el Rey, mi señor!
El sentimiento que hago
no es por temor ni lisonjas,
mas porque, aun muerto, le amo!
Estos traidores han sido
los que este pregón han dado.
Yo me mataré tras él.
Suelta de ese infame lado
la espada, porque una misma
nos quite la vida a entrambos.

REY. ¡Tente, señora! ¿Qué es esto?
Pésame de haberte dado
este dolor.

ELENA. Tú me has muerto
y los que me estáis mirando.

OTÓN. ¡Ya no se puede sufrir,
Elena, tu pecho ingrato!
Tu hijo y el Rey son muertos.
Trata de tomar estado,
o buscaremos señor.

ELENA. ¿Eso me dices, villano?

OTÓN. Pues habiendo el Rey de Frisia
tan mal de tu honor tratado,
que hasta agora sin él vives,
siendo testimonio claro,
¿es justo que por él llores?

REY. Paso, almirante Otón, paso,
que el Rey no le levantó
ese testimonio cuando
le llevaste a la Duquesa,
y tuyo fué el falso trato;
que tú le dijiste al Rey
su ofensa y que en su palacio
el hombre le enseñarías.

OTÓN. ¿Yo?

REY. ¡Tú!

OTÓN. ¿Quién te lo ha contado?

REY. ¡El Rey!

OTÓN. Con testigos muertos,
mala probanza.

REY. Yo hago
más fe que el Rey.

OTÓN. Pues tú mientes.

REY. ¡Toma!

(En dándole un bofetón, se pongan con las espadas REY y PRÍNCIPE, OTÓN y PINABELO y la DUQUESA en medio.)

ELENA. ¿Hay caso más extraño?

OTÓN. ¡En mi cara!—¡Pinabelo!

PINABELO. ¿Señor? Aquí estoy. ¡Mataldo!

ELENA. Teneos.

REY. Yo soy el Rey,
y este es mi hijo, villanos.
A mí ninguno me ha muerto,
Duquesa, y si tantos años
en tal discordia he vivido,
ese infame lo ha causado.
El me dijo que ofendías
mi honor. Yo, con el agravio,
entrélo a ver, y salieron
su hijo y su gente al paso.
Salí huyendo, y he vivido,
hasta que he sido avisado
de tu justo sentimiento,
la venganza procurando.

y he tenido por mejor,
Reina, ponerme en tus manos,
que vivir entre sospechas.

ELENA. ¡Dame, gran señor, los brazos,
o esos pies, que es más razón!

REY. ¡Tu hijo abraza!

ELENA. Este llanto
te dice lo que no puedo.

ROSABERT. Mis ojos te la han pagado.

PEROL. ¿Quién ha de pagar el porte
de estas cabezas?

ELENA. ¡Criados!
Las de Otón y Pinabelo;
con esas dos haced cuatro.

OTÓN. ¡Señora!

ELENA. ¡Llevaldos luego!

PINABELO. ¡Más merecemos!

ELENA. ¡Llevaldos!

PEROL. ¿No conoces a Perol,
el que en el monte cazando
toda la noche tenía
de las traíllas los galgos?
Pues yo fuí el que al Rey le di
el rocín tuerto pasando
por mi cabaña una noche.

ELENA. Alcaide, Perol, te hago
de las dos torres de Cleves.

REY. Yo le doy seis mil ducados
de renta.

ROSABERT. Yo le hago noble.

PEROL. A todos beso las manos.
¿Qué armas he de poner?

ROSABERT. Escoge.

PEROL. En el primer cuarto
tres cantimploras de vino:
en el segundo, un pedazo
de una nalga de tocino,
y en el tercero un gazapo;
en el cuarto, medio queso,
porque acabe con aplauso,
en la cama o en la mesa,
la discordia en los casados.

"L. S. e. S. S. (Loado sea el Santísimo Sacramento.)—En Madrid, 2 agosto de 1611.—LOPE DE VEGA CARPIO.—(*Rúbrica*).

Bea esta Comedia y entremeses della el Padre fr. Alonso Remon de la horden de nuestra señora de la merced y dé su censura. Dada en madrid a beinte y nuebe días de diciembre de 1611.—DOMINGO DE SAN MARTÍN ESCUDERO.

En esta comedia, cantares y entremeses no hallo cosa descompuesta ni que disuene; y ansí me parece se le puede dar licencia para que se represente guardando la censura y lo que ya borrado.—FR. ALONSO REMON.—(*Rubricado.*)

Podráse representar esta comedia, cantares y entremeses della, guardando en todo la censura de arriba.—Dada en Madrid a treinta y uno de diciembre de 1611 ños.—DOMINGO DE SAN MARTÍN, ESCUDERO.

Esta comedia se puede representar: en Granada, 2 de Henero de 1615.—El DR. FRANCISCO MARTÍNEZ DE RUEDA.—(*Rubricado.*)

Pódese representar esta comedia, intitulada *la discordia en los casados*. con entremeses y bayles honestos, em Lisboa, 6 de Abril 1618.—PINERO.—(*Rubricado.*)"

LA ESCLAVA DE SU HIJO

POR

LOPE [DE VEGA]

PERSONAS

ALBANO, *viejo.*	JACINTA, *dama.*	ROSIMUNDO.	GARBÍN.
LEONARDO, *galán.*	SILVIA.	ARDENIO.	MÚSICOS.
LIDIO.	CELIA.	FINEO.	BAILARINES.
JULIO.	LISARDO.	TIRSO.	CRIADOS.
			SOLDADOS.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* MÚSICOS *cantando y* BAILARINES *bailando, y* LISA[RDO], *villano galán, y* FINEO *y* TIRSO *y otros y* GARBÍN, *villano gracioso, con un mayo.*

MÚSICOS. "Este sí que es mayo famoso,
que los otros mayos no;
éste sí que se lleva la gala,
y los otros mayos no.
Este sí", etc.

LISARDO. Case las mozas Fineo,
que sabe los nombres bien.

FINEO. Muy bien dices, si tan bien
supiese el mismo deseo.

LISARDO. Como te parezca a ti
así los irás casando.

FINEO. Mejor dirás agraviando,
y que se quejen de mí.

GARBÍN. ¿Queréis que las case yo?

LISARDO. ¡Qué buen seso!

GARBÍN. Hasta casar
de palabras ¿puedo errar?

FINEO. Pues ¿no está en palabras?

GARBÍN. No.

FINEO. Pues ¿qué es lo que dice el cura
de "palabras de presente"?

LISARDO. No seas impertinente.
Así Dios te dé ventura,
que no entra bien tu inorancia
Garbín, en cosas de veras.

GARBÍN. Así, Lisardo, supieras
como yo las de importancia.
¿Presumes tú que es saber
un poco de mal latín?

LISARDO. Vete a tus cabras, Garbín,
que aquí no tienes que hacer.
Siempre estorbas, siempre enfadas.

GARBÍN. Córrome de que yo sea
siempre el barro del aldea,
con quien andáis a puñadas.
Vosotros sois los discretos,
los sabios, los entendidos;
de mil sentencias vestidos,
preñados de mil concetos:
los que vais a la ciudad,
y de librillos cargados
andáis siempre embelesados
entre mentira y verdad.
Pues yo os juro que algún día
que echéis menos a Garbín.

LISARDO. Siempre has de dar este fin
a cualquiera fiesta mía.

TIRSO. Déjale, y diga Fineo.

FINEO. Escritos traigo, a la he,
los nombres.

LISARDO. Dilos.

FINEO. Diré
lo que osedes a deseo.
Oíd, selvas amorosas
Amadríades sagradas,
que servís en estos olmos
de vegetativas almas.
Oíd, ninfas de estas fuentes
que por moradas pizarras
formáis hidraules, haciendo
de sus arroyuelos flautas.
Oíd, aves envidiosas
de que las sonoras aguas,
ya que no tuvieron picos,
tienen cantoras gargantas.
Al mayo de Fuenteflor
de esta manera se casan
los zagales más briosos
y las más bellas zagalas:
Aliso con Felismena,

Lucindo con Amaranta,
Elpino con Doriclea
y Silvano con Diana.
Con Amarilis, Fineo;
Claridoro con Antandra,
Silvio con la bella Filis
y Córidon con Castalia.
Enarato con Clarinda,
Floripino con Silvana,
Lisardo con Claridea...

LISARDO. Pára, ¡por tu vida!, pára;
que has errado algunos gustos,
que celos serán la causa.

GARBÍN. ¿Con quién me casas a mí?

FINEO. Con Lausa.

GARBÍN. No quiero a Lausa.

FINEO. ¿Por qué?

GARBÍN. Porque es muy discreta,
que en propia mujer es falta.

FINEO. ¿Falta?

GARBÍN. Sí, que luego quiere
ser el dueño en una casa,
y siendo pies ser cabeza.

LISARDO. ¡Bestia! ¿No es dicha y qué tanta
que pueda entrar a la parte
del gobierno?

GARBÍN. No me agrada.
Desta manera ha de ser
para mí.

LISARDO. Prosigue.

GARBÍN. Aguarda.
Ella no ha de ser hermosa,
porque en siendo hermosa es vana
y piensa que se la deben
la idolatría y las galas.
Fuera de que si una cosa
es de muchos codiciada,
a pellizcos se madura
como la fruta temprana.
Que tenga buen parecer
para mujer propia basta,
por que ponga en diligencias
lo que le falta de gracias.
Con mediano entendimiento
la quiero, por que no haga
cosa sin licencia mía.
No tan fértil que me pára
cada año, ni tan estéril
que sirva de calabaza
que se secan, ya me entiendes,
las pepitas en la panza.
No ha de haber querido a nadie,
que esto de amores y cartas,
como hace después cosquillas,
algunas veces se rasca.
Limpia ha de ser lo primero,
que mujer de espesas ramas
no [es] mujer, sino morcilla,
cebollas y sangre atada.
A una pastora antiyer
vi el pescuezo, por desgracia,
como corteza de queso
negro y labrado de rayas.
Pero no tan limpia sea
que jabone el manto y salga
del límite de ser limpia
y al de melindrosa vaya.
Una mujer con melindres
váyase a un torno o sentada
sobre seis cojines diga (1)
Ha de tener grandes pies.

LISARDO. Calla, que eres necio, calla.
¿Grandes pies una mujer?

GARBÍN. Tú que con los libros andas,
¿por qué el pirámide es firme?

LISARDO. Porque asienta en grande basa.

GARBÍN. Luego una mujer que tiene
grandes los pies, cosa es clara
que tendrá para ser firme
más fuerte y segura planta.
Los pies pequeños mil veces
quieren ser vistos y es causa
de que con pequeño golpe
todo el edificio caiga.
Ha de tener...

FINEO. No tendrá
más ventajas ni más tachas.
Dejaros aquí, Garbín.

LISARDO. Ahora bien, esta es la casa
o el castillo del señor
de aquesta hacienda que labra
mi padre. Aquí está Jacinta,
su hija; aquí el sol, el alba,
las musas, la bizarrías,
la discreción, la alabanza,
la dulzura de los ojos;
aquí el mayo, pues es maya
del mes, del año y del cielo,
se ponga; aquí, Tirso, planta
laurel, obleas y flores,
que desde sus rejas altas
saldrá el alba, el cielo, el sol,
la maya a quien celebraban

(1) No se ha podido leer el verso siguiente a éste.

los antiguos, aunque sea
atrevimiento.

FINEO. No hagas
alguna cosa, Lisardo,
con que se enoje; y pues guardas
ovejas, ¿dónde caminas
a servir tan nobles damas?
Este mayo es de Amarilis,
para su puerta y ventana
crió laureles el bosque,
la vega espigas doradas;
donde se hicieron oblías (1)
bastardo fruto en sus ramas;
la primavera dió flores
para Amarilis; no iguala
Amarilis a Jacinta
en sangre, mas la ventaja
que le hace en hermosura
y en gracias...

LISARDO. Amas y alabas.
Yo no amo, que Jacinta,
hija de mi amo, es ama,
y no dama, que este nombre
quien ama aquí en ama le ama,
y él se ha de poner aquí,
o sobre eso...

FINEO. ¿Cómo? Aparta;
deja el mayo.

LISARDO. ¿Qué es dejarle,
como no dejare el alma?

(Sacan las hondas y apedréanse, y sale JACINTA, *dama, y* SILVIA.)

JACINTA. ¿Qué es esto?

LISARDO. ¿Qué puede ser,
sino defender tu honor?

JACINTA. ¿Mi honor?

LISARDO. No con el rigor
que se pudiera ofender,
que no hubiera atrevimiento
en la más infame lengua;
pero de tu honor es mengua
y sobra de loco intento
que el mayo que los pastores
han hecho este mayo tenga
otro dueño ni a honrar venga
otro dueño con sus flores
para quien el bosque dió
hoy su florida librea, (2)
que son esos pies, por quien
tiene flores la ribera
de este río.

JACINTA. No pudiera
nadie obligar mi desdén
como tú, loco Lisardo.
Lleva a Amarilis, Fineo,
el mayo.

FINEO. Tu honor deseo,
pero en estilo gallardo,
al uso de la ciudad;
sirviendo damas, jugando
cañas, no al bosque robando
flores con tanta humildad.
Sírvate el señor a ti
con el vestido galán,
en el caballo alazán,
acicate y borceguí.
Abrase por los ijares,
convierta en fuego las piedras,
formen a la puerta altares (1)
de una rústica aldeana.
Yo voy, y el mayo pondré
con tu licencia y daré
al sol más clara mañana.

(Vanse con el mayo, y quedan GARBÍN, LISARDO, SILVIA *y* JACINTA.)

LISARDO. ¿Qué has hecho?

JACINTA. ¿Ya no lo ves?

LISARDO. No lo veo, aunque lo creo,
que premiar así un deseo
gran rigor, señora, es.
Quiero yo con mi humildad
y con las sencillas flores
que han cortado los pastores
en esta serenidad
adornar esos balcones
de tu casa y de tu puerta,
a mis desdichas abierta
y cerrada a mis razones,
y permites que un villano
aqueste premio me quite
para que yo solicite
mis pensamientos en vano.
Quiero yo que los laureles
adornen lintel y jambas
de tu puerta, pues a entrambas
dar flores y auroras sueles.
Quiero yo adornar tus rejas
de flores esta mañana,

(1) Así en el original.
(2) Faltan los dos últimos versos de esta redondilla.

(1) Falta un verso para la redondilla y está alterado el orden de los otros tres.

y una rústica villana
que goce tus prendas dejas.
Basta; yo haré que en lugar
de flores, cuelgue en tus rejas
Ifis con las mismas quejas,
para que te venga a dar
el mundo las maldiciones
de Anajarte...

JACINTA. Espera un poco.

LISARDO. ¿Qué puede esperar un loco
entre tantas sinrazones?
Pero pues tu gusto fué
el despreciar mi fineza,
es tan alta mi firmeza
que sin premio esperaré.

JACINTA. ¿Por dónde, Lisardo, en ti
entró aqueste pensamiento?

LISARDO. Por los ojos, que no siento
que haya mayor causa en mí.
Las puertas del alma son,
y aunque grandes me han venido,
Amor, que es güésped cumplido,
ha ensanchado el corazón.
Por ellos, en fin, entró
este pensamiento mío,
y es tanto mi desvarío
que la puerta le cerró.

JACINTA. ¿Qué pretendes?

LISARDO. Adorarte
pretendo, señora mía,
y que de aquesta porfía
tu rostro jamás se aparte.
No quiero premio ninguno
de este amor; mas sólo quiero
que el dulce premio que espero,
en mis dichas sólo uno,
no me lo niegues, señora.

JACINTA. ¿Qué premio?

LISARDO. El dejarte ver,
que así se podrá astener
un corazón que te adora.

JACINTA. Siendo villano es locura.

LISARDO. Es verdad; pero el amor
al mayor y al que es menor
en sus crisoles apura.
El me ha muerto; él causa fué
de que te adorase así;
que yo, señora, no fuí
atrevido en lo que hallé.

JACINTA. Vete, loco.

LISARDO. Por tu vida,
que no te vayas apriesa,
que nunca a mujer le pesa
ser amada y ser querida.
El no te pide que seas
agradecida a su amor,
que ya ve que es labrador
y sabe lo que tú seas,
sino que dejes amarte.

JACINTA. ¿Y qué tiene de sacar
de amarme a mí?

LISARDO. Sólo amar.
¿Eso tiene de pesarte?

JACINTA. ¡Ay, Silvia! Tú me aconsejas
que le escuche, mas advierte...

SILVIA. Calla y su pena divierte
y escucha sus tiernas quejas.

JACINTA. ¿Y si después de dejarme
amar le quisiese bien?

SILVIA. No es tan flaco tu desdén.

JACINTA. Sí; mas bien puede obligarme.

LISARDO. Todo esto, señora mía,
es de burlas; yo no quiero
ni de tu afición espero
satisfacer mi porfía.

JACINTA. Déjate de esas quimeras,
que temo más que el morir
muchas veces a las veras. (1)

GARBÍN. Dígame su señoría,
así Dios la dé salud,
¿pierde nobreza, virtud,
fama, opinión, bizarría,
una principal mujer
porque la quieran?

JACINTA. No pierde.
Mas bien es que se te acuerde
de que la puedo perder.
Que quien con el sutil filo
de una espada se burlase,
si alguna vez se cortase...

GARBÍN. Ya entiendo.

JACINTA. Del mismo estilo
me puede a mí suceder.
Que Lisardo se ha criado
en hábito y cultivado
en tan bajo proceder,
que me podría dañar
el dejarme amar.

GARBÍN. ¿Por qué?
Si él quiere, consúmase
no más de platonizar.

JACINTA. Garbín, después de alcanzado

(1) Falta un verso a esta redondilla: el segundo, sin duda.

esto, pedirá otra cosa,
que es licencia poderosa
hallar entrada en lo amado.
Pero sea como diga,
que no tiene fundamento
más que en sólo amar su intento...

LISARDO. Mi desigualdad me obliga;
y digo que no tendré
en mi vida pensamiento
que se atreva al aposento
de tu decoro y tu fe.
Cerraré la vista al alma,
poniendo banda a los ojos
para que de estos despojos
vengas a alcanzar la palma.
A la boca y a la lengua
echaré varios candados,
para que de mis cuidados
no anuncie la loca mengua.
Los oídos cerraré
con mil puertas de diamantes,
que estos tesoros de amantes
por el mundo buscaré.
Finalmente, mis sentidos
pondré, señora, en prisión,
tanto, que del corazón
no serán vistos ni oídos.
Y si alguno con amor
se opusiera a tu grandeza,
le cortaré la cabeza
como a vasallo traidor.

JACINTA. Pues con eso y con callar
satisfaré tus deseos,
y por principio de empleos
en mi amor, te quiero dar,
Lisardo, esta cinta verde
en este diamante atada,
no sé si bien empleada
en el alma que la pierde;
pero, al fin, debo premiar,
si no esperanzas, deseos.

(*Vase.*)

LISARDO. ¡Bien hayan altos empleos
y servir y porfiar!
¡Bien haya mi pensamiento
que tan alto se empleó,
y bien haya el que fundó
tan grande merecimiento!
Escuchadme, claras fuentes
y arroyos murmuradores,
pues que vuestros resplandores
han de correr transparentes.
Selvas y bosques de amor,
oíd en verso amoroso
este labrador dichoso,
dichoso, mas labrador.
Montes bellos, selvas frías,
apacibles alamedas
que en aquestas arboledas
fabricáis chozas sombrías:
celebrad esta ventura
con vuestras lenguas arpadas,
no estéis ya tan descuidadas,
ya hizo fin mi locura.
Ya mi amor premio alcanzó
y mi ventura ha crecido
en los brazos del olvido,
que antes de mí se olvidó.
Pues para ser firme amante,
sin esperar premio en nada,
llevo la esperanza atada
a la piedra de un diamante.

(*Vase, y quedan* SILVIA *y* GARBÍN.)

GARBÍN. Silvia, si en todas las cosas
es el ejemplo tan fuerte,
por las de tu dueño advierte
mis esperanzas dudosas.
Yo te quiero amar a ti
con el mismo pensamiento.

SILVIA. Garbín, conozco tu intento;
siempre te burlas así,
y, con ser tú más igual
a mis prendas, no te creo.

GARBÍN. Siempre al bien que te deseo,
Silvia, correspondes mal.
Enfádaste de mi amor
sin ver, porque no te alteren
burlas, que los hombres quieren
como tienen el humor.
Un colérico pretende
con arrojada locura,
quien aprisa ofrece y jura,
engaña, ofende y defiende.
Un flemático se está
deshaciendo entre sí mismo;
es de celos un abismo,
gruñe mucho y poco da.
Un melancólico asiste
con notable devoción;
pide por señas, que son
lenguas de su efeto triste.
Uno sanguino alegre ama,
cuenta a todos el favor...

SILVIA. Y ¿cuál de éstos es tu humor?

GARBÍN. El que socarrón se llama,
que es un compuesto de todos,
y que, en burlesco placer,
sabe querer y tener
dulces y apacibles modos.

SILVIA. Y ¿estaráme bien a mí
tener amor socarrón?

GARBÍN. Prueba, que yo sé que son
los de más gusto.

SILVIA. ¿Yo a ti?

GARBÍN. Tú a mí, pues que tengo yo
la fina bellaquería.

SILVIA. ¿Qué me dices?

GARBÍN. Silvia mía,
Jacinta ejemplo nos dió.
Quiéreme, que no tendré
en mi vida pensamiento
que no piense en mi contento,
ni a mi esperanza daré
pesadumbre. Eternamente
dejaré andar el deseo
por donde quisiere, y creo
que es lo más cierto.

SILVIA. Detente,
que baja al prado Amarilis.

GARBÍN. Dame un favor.

SILVIA. Pues ¿qué mayo
me has puesto, como Pelayo
a Menga o Belardo a Filis?

GARBÍN. Eso de mayos y flores
con laureles, con obleas,
es uso de las aldeas;
yo trato en cosas mayores.
Pondré a tu puerta un pernil
con sus rajas de canela,
vestido de pempinela
y de almoradux de abril.
Y, en vez de oblea, colgando,
cuatro garrafas de aloque
y blanco, que amor provoque;
que se está amor desmayando,
cual dicen sin Baco y Ceres.

SILVIA. Toma aquesta cinta bella,
color carne de doncella.

GARBÍN. De.................................. (1)
¿Carne de doncella a mí?
Mas como a engañarme vienes
por darme lo que no tienes,
me favoreces así.
Selvas y bosques de amor,
oíd un pastor mocoso,
en su querer tan dichoso
como lo hace el favor.
Escuchadme, claras fuentes
y arroyos mumuradores,
así ranas y aguadores
enturbien vuesas corrientes.
Allá vo, prado apacible,
que me ha dado Silvia bella
color carne de doncella,
que es el mayor imposible.

(*Vase y salen* ALBANO, *viejo*, *y* LEONARDO, *galán.*)

ALBANO. La mudanza de mi estado
y la causa de mis penas,
que el tiempo, como habéis visto,
las trocó de esta manera,
me obligan, Leonardo amigo,
a que de vuestra nobleza
me valga en esta ocasión.
Ya sabéis que a mi hija Celia
adorastes algún tiempo
con tanto amor y firmeza,
que las peñas se ablandaban
a vuestras palabras tiernas.
Pedísteme que os la diese
por esposa, y os la diera
si no fuérades, Leonardo,
pobre entonces. Cosa fea,
confieso que fué el negaros
entonces a mi hija Celia
por bienes que da fortuna
cuando adula y lisonjea.
Era yo rico, Leonardo;
mas como el tiempo se trueca,
la hacienda que a mí me dió
me la quitó, y mi soberbia
quedó allanada y confusa
y humillada por la tierra.
Al mismo tiempo parece
que se aumentó vuestra hacienda,
porque también os pagarais
de mí en la misma moneda.
Agora, Leonardo mío,
vengo a vos, no con vergüenza,
que con pechos generosos
no sera razón tenerla,
a que admitáis a mi hija
por esposa antes que vea
mi caduca edad encima
cubierta con tierra y piedras.
No os venguéis de mi locura
y de las palabras fieras

(1) Verso desaparecido al encuadernar el tomo.

que os dije cuando pedistes
a mi hija.

LEONARDO. Aunque pudiera
responderos, y con causa,
con más rigor y soberbia,
no me atrevo, porque tengo
a aquesas blancas madejas
respeto noble, que es justo
tenerle siempre con ellas.
Vos, Albano, érades rico;
mas mirad que la riqueza
son premios que da fortuna
y no hay fortaleza en ella.
No quisistes entregarme
por esposa a Celia bella,
tan adorada por mí;
y ahora que veis que trueca
los estados la fortuna
y que me sobra la hacienda,
os mostráis arrepentido;
mas vuestra codicia necia
tendrá el pago merecido.
Aunque arrogancia parezca,
yo me voy hoy a casar
a Villaflor, donde espera
la hermosura de Jacinta,
hija del alcaide de ella.
De su rostro soberano
las más hermosas estrellas
tienen envidia, que, al fin,
es mayor su gran belleza.
En su boca de cristal
hay un tesoro de perlas,
que a enriquecer bastaran
el centro de la pobreza.
Si queréis que vuestra hija
sirva a mi Jacinta bella,
llevalda mañana allá.

ALBANO. Ya sobra de desvergüenza
ese atrevimiento injusto.

LEONARDO. Yo confieso que es soberbia;
mas de esta suerte se pagan
las arrogantes respuestas.

(*Vase* LEONARDO.)

ALBANO. ¿Hay locura semejante?
¿Hay cosa más descompuesta?
Mas ¿qué no harán en el mundo
el poder y la grandeza,
y qué no sufrirá en él
la pobreza, si hay en ella
tantos defetos, con ser
hija de Dios en la tierra?

(*Sale* CELIA.)

CELIA. Con razón crece tu enojo.

ALBANO. Nunca le llamara, Celia,
para vengarse de mí
con tan loca desvergüenza.
Mas fué consejo, en efeto,
de mujer.

(*Vase* ALBANO.)

CELIA. Confusa y ciega
me ha dejado su rigor,
tan mezclado con soberbia.
¡Loca estoy! ¡Estoy perdida!

(*Sale* LIDIO.)

LIDIO. ¿Está aquí mi hermana?

CELIA. No;
la muerte sí, que soy yo.

LIDIO. Bien es que albricias te pida
de que me salió una suerte
en las que estaban echadas,
de capitán. ¿No te agrada
de que la fortuna advierte
en los agravios pasados
y los quiere deshacer?

CELIA. Yo también lo vengo a ser
de ejércitos de soldados.
Mas dime, hermano: ¿es ya cierto
que Rosimundo hace guerra
al Duque?

LIDIO. Sobre esta tierra
se ha descompuesto el concierto,
porque dicen que le toca.

CELIA. ¡Ojalá de suerte sea
y aquesta ciudad se vea,
Lidio, en defensa tan poca
que la abrase Rosimundo.

LIDIO. ¿A tu patria? No es razón.

CELIA. Tengo en el alma a un Nerón
que basta a abrasar el mundo;
y por vengar la fortuna
de Leonardo, estoy contenta
de la guerra que se intenta.

LIDIO. Pues ¿hay novedad alguna?

CELIA. Aquí mi padre le habló
y trató del casamiento;
mas él con atrevimiento
y rigor le respondió,
con soberbia y con fiereza,
no haciendo caso de mí.
Yo misma, hermano, lo oí.

LIDIO. Celia, si nuestra pobreza,
por mudanzas de fortuna,
le puso por objeción

al casamiento, no son
defetos ni causa alguna.
Culpa a la suerte, no a él.

CELIA. Yo me entiendo.

LIDIO. Y yo no entiendo
su culpa, pues no me ofendo
de lo que ha pasado en él.
Yo me parto a Fuenteflor,
donde tengo de hacer gente.

CELIA. ¿Luego hallaráste presente
a sus bodas y a su amor?
Ya Ardenio está retirado
en Fuenteflor y le casa
con su hija.

LIDIO. Cuanto pasa,
Celia, tuve imaginado.
Pero dime: ¿qué te causa
enojo y melancolía?

CELIA. No sé: mas sé que algún día
sabréis mi muerte y la causa.

(Vanse, y sale GARBÍN *y* LISARDO.*)*

LISARDO. ¿También te dió prenda Silvia?

GARBÍN. También Silvia me dió prenda,
que es esta cinta que ves.

LISARDO. ¡Ay, Garbín! Dichosas nuevas;
porque cuando una mujer
que está de su dueño cerca,
tiene interés en su gusto,
no hay peligro que no venza,
dificultad que no allane
ni mal a que no se atreva.

GARBÍN. No querrí[a] que esto fuese
aquella historia que cuentan
del gallo y el perro.

LISARDO. ¿Cómo?

GARBÍN. Hicieron los dos estrecha
amistad en un camino.
Vino la noche y, en ella,
se acostaron en un árbol
por ser oscura y molesta.
Subióse el gallo a las ramas,
el perro al tronco. Despierta
el gallo a la media noche,
cantó, y, al son, de la selva
vino una zorra y le dijo:
"Baja, divina sirena;
baja, gallo varonil,
para que tu canto aprenda.
Dicípula quiero ser
de tu música, que enseña
cómo han de volar las cabras."
Conoció el gallo la treta
y dijo: "¡Oh, zorra famosa,
barbirrubia, mensajera
de Mercurio; tus caricias
me obligan a que descienda:
mas en tanto que me quito
el tocador de la cresta,
despierta a mi compañero,
que está echado entre esas hierbas."
La zorra, que algún capón
o zorra pensaba que era,
fué al bulto diciendo: "¡Ah, pri-
Alzó el perro la cabeza [mo!"
y, agarrándola el pescuezo,
tales bocados dió en ella,
que, con gran risa del gallo,
quedó de sus dientes muerta.
Si Jacinta y Silvia son
gallo y perro, donde piensas
engañar, tengo por cierto
que nos cojan entre puertas.
¿Para qué me ha dado a mi
color carne de doncella?
¿No había verde o pajizo?
¿Qué es lo que quiere que entienda?
Las doncellas y los duendes
hay opinión, no muy cierta,
que las anegó el diluvio.

LISARDO. ¿Qué dices?

GARBÍN. Que allá, en Bohemia,
dieron en cortar las colas,
luego en naciendo, a las perras.
Cortaron tantas, que ya,
sin humana diligencia,
nacían todas sin colas:
aplícalo a las doncellas.

LISARDO. El que se quisiera hartar
de disparates, pudiera
famosamente alquilando
un balcón en tu cabeza.
Jacinta, Garbín, me ha dado
licencia para querella:
querer matarme es crueldad
indigna de su belleza.
Y el diamante, ¿no lo dice?
Diamante...

GARBÍN. No fíes en piedras,
que yo tuve en la ciudad
un amo de mucha hacienda
que daba dinero a muchos,
por hacer bien, sobre prendas,
pero no sobre diamantes,
diciendo: "Nunca Dios quiera
que amanezcan cuerdos todos

y caigan en que son piedras,
yo me quede sin dineros
y ellos sin ellas."

LISARDO. No creas
tal cosa, que no hizo el Cielo
tal luz, tal gracia y belleza;
que cosa que hiciese Dios
así imita a las estrellas. (1)

GARBÍN. ¿El no es veneno molido?
Pues cuando más le encarezcas
le igualas con las cicutas,
las sierpes y las culebras.

LISARDO. No es la luz para los ciegos,
para los rudos la ciencia
ni el diamante para ti.

GARBÍN. Calla, que Jacinta es ésta.

(*Sale* SILVIA *y* JACINTA, *con ballesta.*)

JACINTA. Más me entristecen los campos.

SILVIA. No es mucho que te entristezcan.

JACINTA. Por aquí siento ruído:
muestra, Silvia, la ballesta.

LISARDO. Bellísima cazadora
de almas, de fieras y de aves,
a cuyos dos ojos graves
un alma rendida adora;
hermosa y bella señora,
tente un poco, ¿dónde vas?,
y aunque tan airada estás
de que no lo estés te advierto,
que ha mucho que yo estoy muerto
y poco en matarme harás.

JACINTA. Lisardo, si yo supiera
que estabas en este prado
trujera menos cuidado
de matar ave ni fiera;
sólo a decirte viniera
lo que puede el pensamiento
de un fundado atrevimiento
de una mujer principal,
porque si fueras mi igual
dijera el atrevimiento.
Para lo que cabe en ti
basta que esto de mí entiendas.

LISARDO. Y si del alma las prendas
tuvieran valor aquí
altamente me perdí.
¿Es posible que yo soy
quien alma a este cuerpo doy?
Si otro ser puedo tener
de fuego debo de ser,
pues a vuestra esfera voy.

GARBÍN. Bellísima cazadora
de buhos y de mochuelos,
que en corazones torzuelos
haces tus presas agora.
Silvia, cuya red traidora
prende mil almas urracas,
tempra el rigor con que sacas
tantas flechas homicidas,
que no hay para tus heridas
ungüentos ni tacamacas.
Si a matar vas por aquí,
poniendo para mi mal
la nariz en el coral,
mata un cernícalo en mí;
pero si hay piedad en ti
manda al amor suspender
la flecha, que hasta saber
si eres blanda u desdeñosa
no pienso her otra cosa
más que dormir y comer.

SILVIA. Créolo de tu verdad:
eres amante muy fino.

GARBÍN. No lo fué más Calepino
con Tisbe en la antigüedad:
pero mi desigualdad
me obliga aquestos hinojos
pues que por no darte enojos
no doy lugar al deseo
y pienso que no te veo
cuando no te ven mis ojos.

(*Sale* TIRSO.)

TIRSO. Por aquí pienso que fueron.
Esta es, sin duda: Señora,
¿qué haces de aquesa suerte?

JACINTA. Pues bien, ¿de qué te alborotas?

TIRSO. ¿No te dijo mi señor
esta mañana, las bodas
que tiene ya concertadas
que se ejecuten dichosas?

JACINTA. Es verdad que me advirtió,
mas con palabras dudosas,
que tan presto había de ser.

TIRSO. Pues el novio llega agora,
tan bizarro y tan galán
y de tan linda persona,
que con sólo la presencia
toda la casa enamora.

JACINTA. Lisardo, nunca creí

(1) Pasaje oscuro.

tanta brevedad, perdona;
mi padre quiere casarme.

LISARDO. Oye una palabra sola.

JACINTA. Di.

LISARDO. Yo me daré la muerte.

JACINTA. ¿Quieres que te diga otra?
No tendré gusto en mi vida.

LISARDO. Ese favor, mi bien, sobra
para que contento muera.

(*Vanse* JACINTA *y* TIRSO.)

GARBÍN. Oye, Silvia.

SILVIA. ¿Qué le toma?

GARBÍN. ¿Tú también vas a casarte?

SILVIA. Claro está, ¿de aqueso lloras?

GARBÍN. ¿Ves estos árboles?

SILVIA. Sí:
¿mas que en ninguno te ahorcas?

GARBÍN. ¿Quieres matarte por mí?

SILVIA. ¿Pues no?, mañana a estas horas.
Adiós, Píramo bellaco.

GARBÍN. Adiós, Tisbe socarrona.

(*Vase* SILVIA.)

GARBÍN. Pues, Lisardo, ¿qué tenemos?

LISARDO. ¿No lo ves? La rigurosa
fortuna mía, que ya
se vuelve segunda Troya.
Selvas, ya vuestro pastor
os deja; aquel que en vosotras
se crió, el que visteis niño
y le veis mancebo agora.
Claro río, que por rejas
de vidro el sol que las dora
muestras tus blancas arenas,
de tu cuerpo almas de aljófar,
presto llevarás el mío
por el cristal de tus ondas,
que voy a arrojarme a ti
desde la más alta roca.
Escribid, verdes orcas
en las cortezas mi historia
de estos árboles si amor
tal vez las deidades toca.
Jacinta se casa...

GARBÍN. Calla,
que sin razón te despojas
de la vida; que viviendo,
se ven y alcanzan mil cosas
que los hombres no imaginan.

LISARDO. Agora morir me importa;
después trataremos de eso.

(*Vase* LISARDO.)

GARBÍN. ¡Por Dios, que tú te apasionas
por linda gente...! Mujeres;
algunas digo, no todas;
porque, dejando en su altar
las buenas y virtuosas,
las demás son pestilencia.
En las eleciones, lobas;
para la codicia, hormigas;
para los alanos, monas,
y, finalmente, en sus gustos
se parecen a las botas,
que el primero día aprietan
y luego se caen de flojas.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* SILVIA *y* JACINTA.)

JACINTA. Ya es en vano aconsejarme,
Silvia, porque el alma tierna
mil imposibles le ofrece
y le rinde sus potencias.
Tú, Silvia, me aconsejaste
que le hablase, que le viera
y que le diese favores
que a mí tan caro me cuestan.
Pues tienes la culpa tú,
no me aconsejes ni quieras
que pierda, por no quererle,
la vida y el alma mesma.

SILVIA. Digo que tienes razón,
pero si ya en el aldea
está Leonardo, que ha sido
el dichoso, pues es cierta
su ventura y que ha de ser
esposo tuyo, no quieras
que tu fama se desdore
y que tu opinión se pierda.
Lisardo es un labrador
que en tu casa y en la aldea
se crió como villano.

JACINTA. ¡Ay, Silvia, que su presencia
me tiene muerta de amores!
¡Si es lo mismo dé sospechas!
Apenas vino Leonardo
a casarse a aquesta aldea
conmigo contra razón,
pues, al fin, mi gusto fuerzan,
cuando vieras a Lisardo
vertiendo lágrimas tiernas
despedirse de mí. ¡Ay, Silvia!,
pudiera ablandar mil peñas.

Díjome: "Jacinta hermosa,
yo confieso que mis prendas
no son dignas de gozar
esa divina belleza,
que son villanas al fin;
mas, por el Dios que gobierna
los movimientos divinos
desde la divina esfera,
que pues que no he sido digno
de gozar tus niñas bellas
y en esos divinos ojos
otra vez me hicieron señas,
que he de partirme y no ver
que a Leonardo el alma entregas,
siendo para mí tirana
y para mi amor de piedra.
Yo me iré a la guerra, al fin,
donde, escalando una cerca,
una bala me derribe
y dé conmigo en la tierra;
que claro está que quien vió
esos ojos y esas bellas
puertas de coral divino
decirme cosas tan tiernas
que no ha de poder sufrir
que a otra mano, y mano ajena,
se dediquen y se entreguen
con voluntad y firmeza."
Con esto se despidió,
y sabe Dios que quisiera
impedille con mis brazos,
Silvia, y con el alma mesma;
pero el honor y el amor,
que batallaban con fuerza,
uno por amar y otro
por hacelle resistencia,
me detuvieron al fin;
pero al mismo punto vieras
que quedé ciega y confusa
entre profundas tinieblas,
que es imposible vivir.

SILVIA. Mira que el amor te ciega;
no des crédito a los ojos,
que lo peor te aconsejan.
Leonardo viene a casarse
contigo; de su hacienda
y su nobleza bien sabes
los méritos que hay en ellas.
Lisardo es un labrador
que en aquesta humilde aldea
ha guardado de tu padre
tantas escuadras de ovejas;
mira qué dirán de ti
si a tal caballero dejas
por un pobre labrador...

JACINTA. ¡Ay, Silvia, si tú no fueras
causa de que yo le hablara,
causa de que yo le viera,
nunca yo a mi voluntad
hiciera tan grande fuerza.
Mas entróse por el alma
al punto que la vió abierta,
y aunque después cerrar quise,
fué en vano tan gran quimera.

SILVIA. En efeto, ¿que tú quieres
no olvidarle?

JACINTA. ¿En eso piensas?
Antes verás que del cielo
se desaten las estrellas,
o que haya ingenio en los hombres
que del mar cuente la arena
que yo le olvide; antes hoy,
para que más claro veas
este amor inadvertido
y esta voluntad opuesta,
a la ciudad he enviado
por un vestido que a prueba
de mi resistencia firme
están sus puntadas hechas.
Con este rico vestido
y una preciosa cadena,
que hoy, Silvia, le llevarás,
le contarás mi tristeza
y mi pena y el dolor
que siento en ver que se ausenta
a la guerra.

SILVIA. Has hecho bien;
porque, al fin, de esa manera
vendrá a valer y a lucir
y tu voluntad honesta
no dará a Leonardo celos
en el alma y la paciencia.

JACINTA. Calla, porque viene aquí.

SILVIA. ¡Parece que trae tristeza!

JACINTA. En los ojos y en el alma
bien clara, Silvia, la muestra.

(*Salen* LEONARDO *y* JULIO.)

JULIO. Aquí está tu bella esposa.

LEONARDO. Y tan fiera como bella,
pues mis intentos no estima
y mis finezas no precia.
Muerto estoy, ¡viven los cielos!,

de ver que su resistencia
sea tanta con mi amor.

JULIO. Llega a hablalla, a amarla prueba.

LEONARDO. ¿Cómo podré, si sus ojos,
que son divinas estrellas
adonde el sol resplandece
entre los rayos que engendra
con tanta crueldad me miran,
me tratan con tal soberbia,
que desmaya la esperanza
y la vida vive muerta?

JULIO. Porfía, que la porfía
suele alcanzar con certeza
lo que los ruegos no pueden
ni las voluntades mesmas.
Llega a hablalla.

LEONARDO. Llegaré
muerto el gusto, el alma muerta;
pero sus ojos me impiden
y su hermosura me ciega.
Voy a llegar, y al momento
me dicen sus niñas bellas
que, como, al fin, niñas son,
son rapazas y parleras:
"No llegues, Leonardo; aparta,
porque Jacinta te niega
la voluntad." ¡Ay de mí!
¡Qué palabras tan soberbias!
No oso llegar, en efeto.

JULIO. Tú que de amante te precias,
¿de aquesa manera temes
y dudas de esa manera?
Mira ya que es cobardía.

LEONARDO. Ya lo veo; mas es fuerza
que tema sus bellos ojos,
ojos que tanto me cuestan.—
Perdonad, bella señora,
si vos queréis que me atreva
a llegar al mismo cielo,
que es cielo vuestra belleza.
Mil veces, señora mía,
he querido con soberbia
atreverme a sólo hablar
en vuestra presencia bella;
pero el temor que a las almas
el atrevimiento niega,
no me quiso dar lugar
para escuchar la respuesta.
Vuestro padre y mi señor
me ha dado aquesta licencia
de serviros, perdonad
que con soberbia me atreva.
Tres días ha que en el castillo
estoy con vos y aún apenas
he visto de vuestra cara
las relumbrantes estrellas.
Si os miro no me miráis;
si os hablo no dais respuesta;
luego os vais si estoy con vos
o al castillo o a la huerta;
maldigo mis esperanzas,
aunque nunca desesperan,
pues que nunca me la dan
de gozar vuestra presencia.
Si ya soy esposo vuestro,
si ya he venido al aldea
sólo a serlo, ¿por qué hacéis
a mi amor tal resistencia?
Dadme esa divina mano,
dadme aquesa mano bella,
imprimiré con los labios,
por ser la merced primera.

JACINTA. Señor Leonardo, advertid
que yo soy esclava vuestra
y que estimo los favores
que me hacéis; pero es bajeza
grande el humillaros tanto
a la que es esclava vuestra.
Estas palabras estimo;
adoro vuestras promesas,
vuestra bizarría bendigo
y estimo esa gentileza;
pero también os suplico
que no tengáis por afrenta
ni por desamor tampoco
irme y pediros licencia.

(*Vanse* JACINTA *y* SILVIA.)

LEONARDO. ¿Qué te parece?

JULIO. Que es cosa,
por Dios, que no la sufriera
un villano, cuanto más
quien tiene tanta nobleza
como tú.

LEONARDO. Yo he sospechado
que tiene Jacinta bella
otro amor, que a no tenelle
yo sé que me respondiera
con piedad más amorosa
y con palabras más tiernas.

JULIO. Pues prueba tú si le tiene
y véngate de su ofensa.

LEONARDO. Vamos. Muerto voy de celos;
pero si sé que hay quien sea

digno de su amor, bien puede
prevenirse a la defensa.

JULIO. ¿Cómo le has de castigar?

LEONARDO. Responderé esa respuesta,
Julio: amo y tengo celos.

JULIO. Bien fácil es de entenderla;
porque un celoso castiga
con rigor y con soberbia.

(*Vanse, y sale* GARBÍN *y* LISARDO.)

GARBÍN. Contigo seré soldado.

LISARDO. A qué buen tiempo ha venido
este Capitán.

GARBÍN. Ha sido
de tus desdichas llamado.
Vámonos allá, Lisardo.
Pues no hay que hacer en la aldea,
¿cuál hombre noble desea
este sayal tosco y pardo?
Tú tienes entendimiento,
y, aunque pastor, has leído;
yo también só desleído
y me sobra atrevimiento.
Tú no tienes de alcanzar
esa gloria que pretendes.

LISARDO. ¡Ay, Garbín, que tú no entiendes
lo que es el sentir y amar!
Si tú supieras querer
yo sé bien que no me dieras
esos consejos ni fueras
tan contrario a una mujer.
Cuando la bella Jacinta
no me quiera ni yo alcance
aqueste dichoso lance
que la fortuna me pinta,
¿qué vengo a perder, di, necio?

GARBÍN. Ser de todos murmurado
y ver que de un hombre honrado
haga el mundo tal desprecio.
¡Vive Dios, que si no vas
a la guerra a esta ocasión
que he de pensar con razón
que sin alma y juicio estás!
¿Qué has de hacer aquí, cuitado,
entre penas y entre enojos?
¿Has de adorar unos ojos
que otro primero ha gozado?
¿Has de adorar los balcones
de una mujer que te deja
y que de tu amor se aleja
por vulgares opiniones?
Tienes honra, tienes juicio,
tienes valor, tienes ser,
mas ¿cómo lo has de tener
dándonos de loco indicio?
Vámonos, advierte y mira
que en tu provecho ha de ser.
A una mujer, y mujer
todo embustes y mentira,
que te engaña y que te ofende,
¿no ves que es locura? Advierte
que será cierta tu muerte
si el desposado lo entiende.
Vámonos deste lugar,
que un sabio nos declaró
que el que su tierra dejó
otras tierras ha de hallar,
y ha de pensar con razón
que el lugar en que vivía
no es su tierra.

LISARDO. Bien decía.
¡Animo, pues! Corazón,
¿en qué pensáis y teméis?
La ocasión es generosa.
¿Teméis que a Jacinta hermosa
no habéis de ver? Mal hacéis.
Vuestro mal gusto condeno,
aunque por extremo es bella;
porque más vale no vella
que vella en poder ajeno.

GARBÍN. ¡Ea!: vámonos a perder
por ese mundo adelante,
que tú eres hombre importante
y has de venir a valer.
Yo seré tu Gandalín,
y iremos de tierra en tierra.
¿Qué más guerra que la guerra
de tanto diablo malsín?
En *Lazarillo de Tormes*,
un libro español famoso,
se fué un escudero honroso
por desatinos conformes.
Decíale un caballero
en topándose los dos:
"Amigo, manténgaos Dios."
Pues si deja un escudero
su patria por bendiciones,
¿con cuánta mayor razón
nosotros, en ocasión
que nos echan maldiciones?
En tan confusas batallas
es imposible vivir,
pues ver al vulgo decir,
si callas, que por qué callas;
si hablas, que es todo injusto

y que dices mal de todos,
buscándose ellos los modos
de interpretallo a su gusto.
Luego por sátira arroja
lo que se dijo por risa;
si un ejemplo los avisa,
es por quien se les antoja.
Vámonos de aquí, Lisardo,
acábese aquesta pena.

LISARDO. Silvia estampando la arena
viene a nosotros. ¿Qué aguardo?
¡Oh, aurora del sol que adoro!

(Sale SILVIA *con un vestido de hombre muy galán: espada, capa, sombrero con plumas y una cadena.)*

GARBÍN. ¡Oh, sol de agosto, mayor
que el que mata un segador!

LISARDO. ¿Así guardas el decoro
a un ángel?

SILVIA. Déjale hablar. (1)

GARBÍN. ¿Angel mujer? Eso no,
porque el diablo la engañó.
Siendo ángel no pudo ser.

SILVIA. De mi señora Jacinta
te traigo un recado.

LISARDO. ¡Cielos!
Paróse en sus paralelos
el sol que de oro los pinta.
Ya no le tiene el primero
móvil; pasaron los orbes.

GARBÍN. ¡Por Dios, que es lindo que estorbes
con estilo lisonjero
el recado y el favor!

SILVIA. Mi señora...

GARBÍN. Bueno estás.

SILVIA. Viendo que a la guerra vas,
que ya agradece tu amor,
este vestido te envía,
espada, daga y sombrero,
y esta cadena.

LISARDO. No quiero
vida, ni ya la quería.
Con tanto bien muerto estoy.

GARBÍN. Sí, mas con buena mortaja.
¿Para mí no hubiera raja
o frisa? ¡Al diablo te doy!

SILVIA. ¿Yo a ti?

GARBÍN. ¿Por qué no, lechuza?
Y ¿fuera mucho tú a mí?
Pero vísteme de ti,
vestirásme de gamuza.

SILVIA. ¿Es posible que éste lleves
contigo?

GARBÍN. ¿Y es mucho error?

SILVIA. Y ¿qué has de ser? ¿Atambor?

GARBÍN. Si me pones cintas nuevas
y tu pellejo por parche
de las baquetas curtido.

LISARDO. Con este galán vestido
bien será, Silvia, que marche
al lado del capitán.
Dirásle, Silvia, a mi bien
que gracias por mí le den
más que desgracias me dan
la fortuna y el error,
pues que conmigo han jugado
al soldado, aunque el soldado
ella le viste mejor.
Negro me dió la tristeza
y colorado el favor;
morado me viste amor,
naranjado mi tristeza:
azul, mis celos; leonado,
mis congojas y desvelos;
pajizo, los desconsuelos
con que voy desesperado.
Sólo, Silvia, no me dan
en amor tan tierno y franco
color que se cifre en blanco,
que todas en negro están.

SILVIA. Esta noche quiere verte
en la reja.

LISARDO. ¿Irá Garbín
conmigo?

SILVIA. También.

GARBÍN. Y, en fin,
tanto daño quiere hacerte,
viendo que anda cuidadoso
Leonardo.

LISARDO. Temes, en fin;
mas el amante, Garbín,
nunca estuvo temeroso.
Dile, Silvia, que yo iré
a verla y a despedirme.

SILVIA. Y tú ¿qué piensas decirme?

GARBÍN. Despacio lo pensaré.

SILVIA. Voyme, que está con cuidado.

LISARDO. Yo también. ¡Adiós, mi cielo!

SILVIA. ¿Oye? ¡Adiós, señor mochuelo!

GARBÍN. ¡Adiós, muladar nevado!

(Vanse, y sale JACINTA, *sola.)*

---

(1) Quizá sea "hacer", para que rime con "ser".

JACINTA. Esperanza lisonjera,
que con rigor inmortal
mis esperanzas arrastras
enemistando mi paz,
deja ya de perseguirme,
pues que ya quitado me has
lo que adoré como al alma
con un amor sin igual.
Ya, esperanza, no procures
darme contento jamás,
que faltando el bien que adoro
pienso que en vano será.
A la guerra, señor mío,
mi labrador, vos os vais:
hoy hizo fin mi alegría,
mis penas comienzan ya.
Ese vestido, mi bien,
que os envié le llevad
por despojo de una esclava
que aprisionada dejáis.
Si habéis de volver, mi bien:
si habéis de volver acá,
alent[ad mis] confianzas,
mi vida [s]olicitad;
que para tan poco tiempo
os conoscí, por mi mal,
llore el alma su desdicha,
pues que se arrepiente ya.
Descansad, ojos, un rato
del sentir y del llorar,
pues las lágrimas se enojan
de ver que así las vertáis.
Entre estos bellos jazmines
con el sueño descansad,
que no hay descanso en el triste,
sino en dormir y en llorar.

(*Echase a dormir, y salen* LEONARDO *y* JULIO.)

LEONARDO.

El juicio, ¡vive Dios!, traigo perdido;
que su rigor, ¡oh Julio!, me trae ciego,
confuso, loco en tal desprecio, y creo
que se vaya corriendo mi deseo.

JULIO.

Tú haces perezosas diligencias
y no me espanta su rigor y extremo,
que quieren las mujeres cuando advierten
que las quieren, señor, que las procuren;
porque cuando ellas quieren o procuran
a cualquiera peligro se aventuran.

LEONARDO.

Pienso, Julio, que tiene en otra parte
puesto su amor, y aquesto me desvela.

JULIO.

Aquí d[uerm]e Jacinta.

LEONARDO.

El sol no puede.
Parece toda de azucenas hecha,
y si decir amando se concede
la inteligencia que los cielos lleva
tras su rapto veloz.

JULIO.

Llega, obra, prueba.

LEONARDO.

Escriben de una piedra que se llama
celeste, y yo la traigo en este anillo,
que, sobre el corazón puesta a quien duerm[e],
le hace decir cuanto imagina y hace.

JULIO.

Escriben de las piedras mil virtudes.

LEONARDO.

Es toda su materia tierra y agua.
De ellas son duras, de ellas son porosas,
mezclando en esto lo terrestre y húmedo.
La esmeralda y el jaspe son castísimos;
el nitro ayuda a las vitorias siempre;
huyen todas las fieras del carbunco,
que si la piedra oftalmio hace invisible,
¿qué mucho que el celeste que yo tengo
haga decir al corazón opuesta
lo que hace y dice el dueño?

JULIO.

Llega y prueba

LEONARDO.

Yo se la pongo en nombre de mis celos.

JULIO.

Notables influencias de los cielos.

(*Pónele el anillo en el pecho, y dice durmiendo:*)

JACINTA. Esperanza el mal dilata
como amigo lisonjero,
que dando [gusto] primero
después del suceso mata
el ser que no tiene ser
y una enigma de tal modo,
que aunque se declara todo
nunca se deja entender.

LEONARDO. Ella trata de esperanza.
JULIO. La que tiene de casar
contigo.
LEONARDO. Ya vuelve a hablar.
JACINTA. ¿Qué ha de hacer quien no te al-
¡A la guerra, gloria mía! [canza?
¡A la guerra, mi señor!
Poca paz tendrá mi amor,
que hizo fin mi alegría.
LEONARDO. ¡Vive Dios, que se le va,
quien quiera que es, a la guerra!
JULIO. ¡Notable virtud encierra!
LEONARDO. Escucha, que hablando está.
JACINTA. Ese vestido que os di
y esa cadena, mi gloria, (1)
porque os acordéis de mí...
LEONARDO. ¿Vestido y cadena dice
que le ha dado? (2)
JULIO. No creyera
tal suceso si no fuera
ella quien lo ha declarado.
Pero ¿quién en sueños fía?
LEONARDO. ¡Ay, Julio, qué necio eres!
En la [mar] y en las mujeres
es necio el que se confía.
JACINTA. Pues os vais vos a la guerra,
yo en ella quiero seguiros,
y formar de mis suspiros
guerra mayor en mi tierra.
Ejércitos de cuidados,
volad con ligeras alas,
poned a ese muro escalas.
¿Qué teméis? Subid, soldados.
Enemigos hay. ¿Quién son?
¿Los celos tiraron? Sí.
Acertaron; me caí...
¡Qué notable confusión!
¿Quién está aquí?
LEONARDO. No temáis:
volved, señora, a dormir,
que ya yo me quiero ir,
pues vos me desengañáis.
En el alma ¡vive Dios!
he estimado el desengaño,
pues del rigor y del daño
quedamos libres los dos.
Y ¡vive Dios! que quisiera
conocer a ese dichoso,
porque mi pecho amoroso
justas albricias le diera.
Gozalde felices años
y él os pague vuestro amor,
pues no mereció el rigor
que distes a mis engaños.
Y él goce también, señora,
el vestido y la cadena,
pues libre de tanta pena
os sirve y os enamora.
Mas no le dejéis partir
por mi ocasión a la guerra,
que si por mí se destierra
yo no lo pienso impedir.
Yo sabré, con dilaciones,
a vuestro padre obligar
a que se canse de hallar
sufrimiento a mis razones.
Y en viendo que el tiempo ofrece
ocasión, me iré, y veréis
cómo os dejo a que gocéis
a quien mejor os merece.

(Vanse los dos.)

JACINTA. ¿Qué es esto, desdichas mías?
¿Por dónde o cómo ha sabido
Leonardo que no es querido?
Mas amor todo es espías.
Yo lo sabré remediar,
pues soy la causa también.

(Sale SILVIA.*)*

SILVIA. Aquí está Lisardo.
JACINTA. ¿Quién?
SILVIA. Lisardo te quiere hablar.
JACINTA. ¡Ay, Silvia, que estoy perdida!
SILVIA. Pues diréle que se vaya.
JACINTA. El corazón se desmaya.
Entre, y cuésteme la vida.

(Sale GARBÍN, *de soldado gracioso.)*

GARBÍN. Si acaso me conocéis
en el hábito que vengo,
de las fugitivas calzas
y encorozado sombrero,
vengo a pediros licencia
de parte de un caballero
que en el noviciado ha entrado
de las ropillas de peto,
y viene a hablaros.
JACINTA. Di que entre,
que ya por velle me muero.
SILVIA. Galán por extremo estás.

(1) Falta un verso después de éste.
(2) Para formar redondilla deberían ser estos dos versos:

"LEON. Vestido, dice, le ha dado
y cadena."

GARBÍN. Créolo; si eres mi espejo
y me estó mirando en ti.

JACINTA. ¿No entra tu señor?

(*Sale* LISARDO, *muy galán.*)

LISARDO. Ya entro
a tu divina presencia
y a adorar tus ojos bellos,
que son lumbreras del mundo
en el campo de tu cielo.

JACINTA. ¿Es posible que tú eres
labrador? No sé, ni entiendo,
cómo una [al]ma tan hidalga
cupo en tan villano cuerpo.

LISARDO. En todo, bella señora,
desdice mi pensamiento,
de la sencillez villana
y del estilo grosero.
Que claro está que a tus ojos,
que dan esplendor a Febo,
acrecentando la luz
entre tus celajes bellos,
no se atreviera a llegar,
si no es con mucho respeto,
un villano.

JACINTA. Escucha aparte,
porque no nos oiga el viento.

SILVIA. ¿Han visto qué galán eres
y qué derecho de cuerpo?

GARBÍN. ¿No lo habías visto hasta agora?
¡Ah, vestidos lisonjeros,
lo que encubrís y tapáis!

SILVIA. Garbín, no en todos los cuerpos
cubren faltas los vestidos.

GARBÍN. Eso, Silvia, es embeleco.
Dame tú que tenga yo
vestidos ricos y bellos,
que es imposible dejar
de tener hermoso cuerpo.
Y, por el contrario, sé
que el pobre, aunque Adonis bello
sea en el talle, ha de ser,
sin vestidos, un camello;
y, por que mejor lo veas,
oye a propósito un cuento.

SILVIA. Ya vendrás con invenciones.

GARBÍN. En un hospital de aquestos
donde las cuaresmas hacen
pasos al devoto pueblo,
vistieron en cierto paso
a cierto bulto de aquellos
de Judas, con barbas rubias,
con sus botas y sus puerros.
La Pascua, para otro paso,
al mismo bulto vistieron
de caballero, con calzas,
plumas, espada, sombrero.
Entró un mayordomo y dijo
viéndole galán: "Por cierto,
que tiene aquella figura
lindo rostro." A quien, riendo,
respondió el que le vestía:
"Pues ese del rostro bello
era Judas antiyer,
con una espuerta de puerros,
y hoy representa a Alejandro,
pretensor del reino hebreo."
Y aunque es verdad que las almas
son esto mismo que fueron,
muchos Judas sin vestidos
son Alejandros con ellos.

SILVIA. Nunca te faltan historias.

GARBÍN. ¿Qué quieres? Busco rodeos
de entretener, y aun importa,
que es melancólico el sueño,
aunque a vueltas de estas burlas
mis pesares entretengo.
En esta aldea nací;
no he dicho, Silvia, ni he hecho
mal a nadie; mas ¿qué mucho
que haya ratones si hay queso?
Por esto sólo me voy,
que, aunque soy pájaro viejo
y no me espanto en la torre
de los badajos del pueblo,
no tengo más de una pluma
en las alas, con que pienso
servir extranjeras glorias,
pues las propias no dan premio.

SILVIA. Siempre dicen que te quejas.

GARBÍN. Descanso cuando me quejo
y para ver si me escuchan;
mas son voces en desierto.

SILVIA. ¿No tienes dueño?

GARBÍN. ¡Y qué tal!
A no tener ese dueño
ya fuera cofia Garbín.

SILVIA. ¿Calvo?

GARBÍN. Peor.

SILVIA. ¿Cómo? ¿Necio?

(*Dicen dentro* JULIO *y* LEONARDO *y* CRIADOS.)

"Dentro están; entremos, Julio."

JACINTA. Vete, mi bien, porque siento
ruido en la güerta.

SILVIA. Garbín,
gente viene. (1)
GARBÍN. De[senvaino]
la que puse al lado izquierdo.
JACINTA. ¡Adiós, mi bien!

(*Vanse* JACINTA *y* SILVIA *y salen los* CRIADOS *y* LEONARDO *con espadas desnudas.*)

LEONARDO. Estos son.
LISARDO. Pasaremos, caballeros.
LEONARDO. ¿Qué es pasar?
LISARDO. Pues de esta suerte
entiendo que pasaremos.
JULIO. ¡Que me matan!
CRIADO. ¡Hombre, tente!
GARBÍN. ¿Qué es tenerme? ¡Afuera, perros!
CRIADO. ¿Quién eres?
LISARDO. ¡El diablo soy!
GARBÍN. Somos dos soldados nuevos;
con el diablo embestiremos.

(*Métenlos a cuchilladas y tocan arma. Salen* LIDIO *y* CELIA.)

LIDIO.

¡Ah, patria desdichada! ¡Ah, duros hados!

CELIA.

Con más rigor se aumenta la batalla.

LIDIO.

Cansado del acero y dura malla
me salgo, hermana, a descansar un rato
para volver de nuevo a la pelea.

(*Tocan.*)

CELIA.

¡Dura fiereza! ¡Extraña desventura!

LIDIO.

Nunca, Celia, está firme la ventura,
que la fortuna, al fin, como violenta,
sube y abaja estados cada día.
¡Mal haya el hombre que en estados fía!
¿Quién vió esta tierra, hermana de mis ojos,
rica, hermosa, vistosa y abundante;
tantas grandezas, tantos caballeros
jugando cañas y lidiando toros
y arrastrar por el suelo sus tesoros
por gusto y por honor de nuestra patria,
y agora los miramos derramados
por las calles y plazas, más por fuerza
que por gusto, en efeto?

(*Tocan.*)

CELIA.

Otra vez toca.

LIDIO.

A más fiereza el alma me provoca.
Por no dejarte, hermana, en este punto,
adonde te cautiven los contrarios,
en sujetos tan viles y voltarios,
no me atrevo a volver a la batalla;
aunque ya es imposible remedialla.

(*Tocan, y sale* ALBANO, *herido, con rodela.*)

ALBANO.

¡Ah, triste patria mía, ya asolada
por el gusto de un Príncipe tirano!
¡Ah, Rosimundo, fiero inadvertido!
¿Qué culpa fiera y grave han cometido
los tristes e ignorantes ciudadanos
para dalles castigos tan tiranos?
Basta el rigor; advierte que ya el cielo,
rompiendo el manto azul y sacro velo,
fulmina rayos en su centro hermoso
por castigar tu intento riguroso;
pues las haciendas quitas, no permitas
que nos quiten las vidas, aunque quedan
tan pocas vivas ya, ¡ah, duros hados!,
desdoráronse, al fin, yerros dorados.
Tú estás vivo, villano, ¿y no peleas
defendiendo a tu patria?

LIDIO.

Padre mío,
cansado me salí de la batalla,
y por guardar la honra de mi hermana,
que aquí conmigo ves.

ALBANO.

¿Cansado? Loco;
a más furia y enojo me provoco.
Vuelve, villano; vuelve a la batalla
y ejecute tu espada vencedora,
que otro tiempo fué digna de laureles,
en la gente cruel golpes crueles.
Mira mis blancas canas salpicadas
de la sangre que vierto por mis venas,
que no hay en ellas ya una gota apenas.

LIDIO.

Vuelvo, ¡vive Dios! Advierte
que vuelvo a ser guadaña de la muerte
en los fieros contrarios.

(1) Este y el siguiente son dos versos, aunque incompletos.

CELIA.

¡Dios te guíe!

LIDIO.

Ve, Celia, a recogerte, y tú a mi lado.

ALBANO.

Ni dura el bien ni el mal en un estado.

(*Tocan y vanse, y salen* GARBÍN *y* LISARDO.)

GARBÍN. ¡A buen tiempo!
LISARDO. ¿Cómo así?
GARBÍN. Porque la ciudad se asalta.
Vámonos a recoger.
LISARDO. ¿Estás loco, Garbín? Calla.
GARBÍN. ¿Por qué?
LISARDO. Porque he imaginado
seguir la parte contraria.
GARBÍN. ¿Contra la patria? ¿Qué dices?
LISARDO. Yo no voy contra la patria,
sino sigo mi fortuna
donde los hados me llaman.
Coriolano vino a Roma,
y aunque hijo, ensangrentaba
la espada en su cuello altivo.
Yo, por amorosa causa,
pobre labrador, vendré
si los hados me levantan,
contra una aldea, y, en fin,
será Roma en mi venganza.
GARBÍN. ¡Altos pensamientos tienes!
LISARDO. Muero por Jacinta.
GARBÍN. Apartá
de Jacinta el pensamiento
mientras la ciudad se asalta.
LISARDO. ¡Ah, desdichada ciudad!
Póngome esta blanca banda
porque piensen que soy suyo.
GARBÍN. Y yo, que no tengo blanca,
hablando equívocamente,
¿qué me pondré que me valga?
LISARDO. ¿No tienes siquiera un lienzo?
GARBÍN. Lienzo tengo, y de mi dama;
mas diómele aquella noche
con no sé qué zarandajas
y no debe de estar limpio.
LISARDO. Robando vienen las casas.
GARBÍN. ¡Oh, qué de sedas hermosas
que arrojan por las ventanas!
LISARDO. Sin duda son mercaderes
que hoy pierden hacienda tanta.
GARBÍN. ¡San Francisco les ayude!
LISARDO. ¡Oh, cuáles las tiendas andan
de los plateros!
GARBÍN. Allí
dos hombres se descalabran
sobre coger una copa.
LISARDO. ¡Qué de papeles arrastran
y qué soberbios procesos!
GARBÍN. ¿Si son prestos?
LISARDO. Garbín, calla;
que son hijos de las leyes
habidos en las desgracias.
GARBÍN. ¿No pueden ser de un poeta?
LISARDO. ¡Papeles!
GARBÍN. ¿De qué te espantas?
Bien parece que no sabes
de qué manera se trata
esto de darse a poetas.
Pero, Lisardo, ¿qué aguardas?
Pues la ocasión nos convida,
cojamos de aquestas plazas
algún proceso o alguna
joya de cobre u de plata.
LISARDO. Aquí traen tres soldados
una mujer.

(*Sacan tres soldados a* CELIA, *cautiva.*)

PRIMERO. Anda y calla;
que en nuestro rancho serás
más que mereces honrada.
CELIA. ¿No me conocéis vosotros?
SEGUNDO. Di que eres muy desdichada.
CELIA. ¿Es ventura el ser cautiva,
sobre otras muchas desgracias?
LISARDO. No soy yo para la guerra.
GARBÍN. ¿Cómo?
LISARDO. El alma me traspasa
el llanto de esta mujer.
GARBÍN. ¡En qué lindas perlas baña
aquellos hermosos ojos!
LISARDO. Espántome que en el agua
no se aneguen sus dos niñas.
GARBÍN. Son matrimonio que basta
para que vivan mil siglos.
LISARDO. ¿Las niñas?
GARBÍN. ¿De qué te espantas?
La de los ojos derechos
es niño, y éste se casa
con la niña del izquierdo,
y cuando es bizco es que andan
pidiendo divorcio y riñen.
LISARDO. ¡Locuras tienes extrañas!
GARBÍN. Y yo topo por las calles

personas a quien les falta,
que tienen ojos viüdos.

LISARDO. ¿Qué dices?

GARBÍN. Y si se casa
después con otra persona
es que hay un ojo de plata.

LISARDO. ¿Los ojos?

GARBÍN. Y la nariz,
y la cabeza, y las barbas,
y el alma.

LISARDO. ¿El alma? ¿Qué dices?

GARBÍN. Si es fingida, ¿qué te espantas?

LISARDO. ¡Ah, caballeros!

PRIMERO. ¿Qué quieres?

LISARDO. Que no tratéis esa dama
tan mal.

SEGUNDO. ¡Bueno, por mi fe!

TERCERO. Pues qué, ¿quiere regalalla?

LISARDO. Si me la queréis vender,
no digo vender, trocalla,
os daré aquesta cadena.

SEGUNDO. Quedo. La más linda cara
daré yo por un cuatrín.

PRIMERO. Y yo por una castaña.
Déjese venir con ella.

LISARDO. Tomen, y allá la repartan.

SEGUNDO. Los eslabones se cuenten.

(*Vanse.*)

CELIA. Aunque todo es ser esclava,
no sé qué he mirado en vos
que se regocija el alma.

GARBÍN. (¡Por mi vida, que es hermosa!)
Si vos gustáis, camaradas
seremos los dos.

LISARDO. Señora,
no os dé pesadumbre nada.
(Respeto pone su vista.)

CELIA. (Afición pone su cara.)

GARBÍN. (Aquel mirar a lo zurdo
me tiene hecho una brasa.)

CELIA. (Honestamente le adoro.)

LISARDO. Venid.

CELIA. Yo voy confiada
en vuestro valor.

LISARDO. Y yo
en que movéis mis entrañas.

JORNADA TERCERA

(*Salen* SOLDADOS *y* GARBÍN *y* LISARDO *y tocan cajas.*)

LISARDO. Otro más fuerte y gallardo
podréis, señores, hacer.

SOLDADO. ¡Sí, pese al mundo, ha de ser
nuestro capitán Lisardo!

LISARDO. Advertid que viene aquí
el príncipe Rosimundo.

(*Salen* SOLDADOS *y el* PRÍNCIPE ROSIMUNDO.)

ROSIMUND. ¿Qué es esto?

SOLDADO. ¡Oh, valor del mundo,
que está temblando de ti!
Murió nuestro Capitán
y hemos hecho al más gallardo
soldado.

ROSIMUND. ¿A quién?

SOLDADO. A Lisardo.

ROSIMUND. Por más valiente y galán,
testigo de su valor
y en vulgares opiniones
merece premio y honor;
y así, apruebo la eleción
que habéis hecho.

LISARDO. Esos pies pido;
pues por ti he recibido
tal nobleza y opinión.

ROSIMUND. Levanta, Lisardo, y fía
de mi valor y grandeza
que ha de tener tu nobleza
satisfación algún día;
que estoy muy aficionado
a tu valor y a tus hechos.

LISARDO. Y de ti están satisfechos
los príncipes de tu Estado,
y los vasallos también.

ROSIMUND. Gobierna esa compañía
mientras que se acerca el día
que yo te premie más bien.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLDADO. Aquí están dos caballeros
que quieren, señor, hablarte.

ROSIMUND. Entren, pues; que ya he mandado
que no se le estorbe a nadie
la entrada.

SOLDADO. Ya están aquí.

(*Salen* LEONARDO *y* ARDENIO.)

ARDENIO. Mil años el cielo guarde

aquese heroico valor,
esa gentileza y talle.

ROSIMUND. ¿Quién sois y a qué habéis venido
en esta ocasión a hablarme
entre guerras y entre espadas?

ARDENIO. De tus soberanas partes
informados, gran señor,
y de las mercedes grandes
con que a los humildes honras
y que a los sujetos haces,
hemos venido los dos
de parte nuestra y de parte
de los vecinos que habitan
una aldea miserable
y se llama Fuenteflor,
cuyo fresco sitio un valle
cerca con un manso río
que vierte blancos cristales.
Que pues que ya están sujetos
a tu poder, que es tan grande
que en los asientos del sol
[solo habrá] de colocarse,
que no permitas que en él
soldados ni capitanes
entren robando las casas,
entren talando las calles.
El no quiere defenderse
de tu fuerza inexorable,
sino rendirse y hacer
a tu nombre vasallaje.
Las llaves de su castillo
y su fortaleza trae
este caballero noble
que a tus pies viene a humillarse.
No tienen armas ningunas
sus moradores leales
con que resistir procuren
tus acerados alfanjes;
sólo tienen por defensa,
sin que tremolen al aire,
banderas de espigas rubias,
de donde el trigo se cae;
sus armas son las guadañas
y las hoces con que hacen
la siega cuando el agosto
tiempo y ocasión les trae.
En efeto, ellos no tienen
defensa con qué ampararse
si no es con el gran valor
de tus generosas partes.
Este piden y éste invocan,
y yo vengo de sus partes
a pedir misericordia
y a entregarte aquestas llaves.

ROSIMUND. Alzad, caballero noble;
que vuestra presencia y talle
mueven a noble respeto.

ARDENIO. Beso las plantas reales
de tu majestad suprema.

ROSIMUND. Yo enviaré presto un alcaide
que con valor os gobierne
y que con amor os trate.
No tengáis pena ninguna.

LEONARDO. El cielo el nombre dilate
de tu majestad heroica,
desde donde Apolo sale
derramando por el mundo
sus lumbreras celestiales,
hasta el sitio en que se pone
entre nubes de diamantes.

ROSIMUND. Bien podéis volveros luego
a vuestro castillo, y dalde
la obediencia como a mí
al Capitán que enviare.

ARDENIO. Si somos esclavos tuyos,
gran señor, será el alcaide
nuestro generoso dueño.

ROSIMUND. Caminad, y el cielo os guarde.

ARDENIO. Y tu poder eternice
por mil siglos inmortales.

(*Vanse* ARDENIO *y* LEONARDO.)

ROSIMUND. ¡Lisardo!

LISARDO. ¡Señor!

ROSIMUND. Tú tienes
de ir agora a ser alcaide
de Fuenteflor.

LISARDO. Esos pies,
gran señor, he de besarte
por merced tan generosa.

GARBÍN. (Apenas que [oí] nombralle
cuando luego eché de ver
que quería el cargo dalle
de alcaide de Fuenteflor.)

ROSIMUND. Luego, Lisardo, te parte
y confía en mi valor,
que con premios más iguales
a quien eres y a quien soy
pienso, Lisardo, pagarte.

LISARDO. ¿Qué más paga, gran señor,
que esas palabras reales,
dichas con tan grande amor?

ROSIMUND. Capitán, el cielo os guarde;

pero capitán es poco:
guárdeos Dios, famoso alcaide.

(Vanse y quedan Lisardo *y* Garbín.*)*

Lisardo. ¿Qué te parece?
Garbín. Que has sido
con el Príncipe dichoso;
pues favor tan generoso
de su mano has recibido.
¡Tú, alcaide de Fuenteflor!
¡Tú, a ser dueño de Jacinta!
Lisardo. ¡Qué bien la fortuna pinta
lo que diseña el amor!
Garbín. Acuérdome que leí
en un libro el otro día
que la fortuna tenía
un árbol formado en sí,
y de sus ramas colgando
mil diferencias estaban
de cosas que allí aguardaban
los que la estaban mirando.
Coronas, mitras, lucientes
armas, libros, cosas tales,
al pie varios animales
de linajes diferentes.
La Fortuna arriba estaba
con una vara, y al punto
que ella daba, todo junto
del árbol se descolgaba.
Al que era feliz caía
un cetro o una corona,
y al que la desdicha abona
una espada le afligía.
Finalmente, esto pasaba.
Lisardo. Y eso ¿qué daba a entender?
Garbín. Que da sucesos sin ver
a quién.
Lisardo. Mi fortuna alaba
su vara, a tiento o conciencia,
pues tal suceso cayó.
Garbín. La Fortuna lo causó
haciendo tal diligencia.
A un cierto maestro vi
que esperó un verde laurel
y dió una albarda sobre él.
Lisardo. ¿Por qué?
Garbín. El porqué no entendí,
mas de que fama pedía
por decir mal.
Lisardo. Así es bien:
al que escribe bien le den,
no al que habla mal y porfía.
Pero, dejando esto aquí,
¿dónde está Celia?
Garbín. Guisando
tu comida.
Lisardo. ¿Estás burlando,
o haces burla de mí?
¿No te he dicho que no quiero
que Celia se ocupe en eso?
Garbín. Mi inadvertencia confieso
y tu razón considero;
pero ella está tan perdida
por tu amor y tu nobleza,
que ya se ve su belleza
despreciada y ofendida
y a tu cama y tu comida
no ha de tocar otra mano.
Lisardo. No me quiere Celia en vano,
porque es de mí tan querida
como si mi madre fuera.
Garbín. Jacinta...
Lisardo. Aquese amor,
aunque es verdad que es mayor
y el alma le considera
por más firme y admitido
en el alma, has de advertir
que ése eterno ha de vivir
y ha de estar al alma unido.
Es el de Jacinta bella
amor firme y verdadero,
el de Celia considero
que es el mismo que hay en ella.
Pero ve, ¡por vida mía!,
a llamalla.
Garbín. Ya ella viene,
y el mismo cuidado tiene
que ha tenido su porfía.

(Sale Celia.*)*

Celia. ¿Está aquí mi Capitán?
Lisardo. Añade, Celia, el valor
de alcaide de Fuenteflor,
que esa tenencia me dan.
Celia. ¿De Fuenteflor? Con razón
vengo a darte el parabién,
pues que me alcanza también
parte alguna a mi afición,
pues como ya me has contado
eres de allí natural.
Lisardo. Allí mi bien y mi mal
tiene Amor depositado
en el castillo de Ardenio,
que es, Celia, donde nací.
Garbín. No la atormentes así,

que contradice a tu ingenio
dar pesar a una mujer,
aunque tu esclava se nombre.

LISARDO. Es verdad; pero no hay hombre
discreto con el placer.
Haz prevenir al momento,
Garbín, en que Celia pueda
ir a Fuenteflor y exceda
su amor a mi pensamiento;
que hoy habemos de partir
a Fuenteflor.

GARBÍN. ¡Linda cosa!

LISARDO. Por ver mi Jacinta hermosa
tengo de abreviar el ir.
Y vayan lo más galanes
que puedan nuestros soldados.

GARBÍN. Si hubiera tiempo, bordados
llevarán los tafetanes
de tus banderas también.—
Pues ¿en qué te has divertido?
¿Sientes que se haya partido
el Capitán?

CELIA. ¡Oh, qué bien!
Ya hay malicias.

GARBÍN. ¿Qué malicias?
¿Piensas tú que yo no veo
que tienes nuevo deseo
y que a Lisardo codicias?

CELIA. ¿Yo a Lisardo?

GARBÍN. Tú, a Lisardo.
Pero mal haces, por Dios;
pues sabes que hay en los dos
la desigualdad que aguardo
que te declare el rigor
del tiempo; demás que agora
a Jacinta sola adora
el Capitán, mi señor.
Pero si tú, Celia, quieres
de aquese amor divertirte,
si pudiera persuadirte
cosa propia de mujeres,
a que me quisieras tú.

CELIA. ¿Yo a ti? ¿En aqueso paró?

GARBÍN. Tú a mí. Pues ¿qué tengo yo?
¡Ofrézcote a Belcebú!
¿Has visto tú algún virote
más bien sacado y derecho?
¿Hay en la ausencia del pecho
cosa que eclipse el cogote?
Si por el pie te gobiernas,
no hay en mis piernas engaño,
aunque dicen que hay hogaño
buena cosecha de piernas.
Que hace el tiempo maravillas
sin llover, ni sin arar,
después que han dado en sembrar
simiente de pantorrillas.
Si entendimientos penetras,
aunque no es mi habilidad
de azor de universidad,
un capirote y sin letras
soy.

CELIA. Yo lo creo, Garbín.

GARBÍN. Soy la misma Astrología;
y así es digna mi porfía
de alcanzar un dulce fin.

CELIA. Digo que yo te querré;
pero será con amor
de madre.

GARBÍN. Aquese favor
como esotro estimaré.

CELIA. Antes es más tierno estotro,
pues que la traición condena.

GARBÍN. No me da ninguna pena;
que del uno vendré al otro.

(*Vanse, y salen* JACINTA *y* SILVIA, ARDENIO *y* LEONARDO.)

ARDENIO. Digo, Leonardo, que puede
estar Jacinta en la aldea
sin temor de que soldados
se atrevan a la belleza.
Porque aunque es verdad que son
algo atrevidos, es fuerza
que la imagen del respeto
clara en sus ojos la vean
y no se atrevan a hacer
ofensas a su belleza.

LEONARDO. Por pensar que más segura
estaría en el aldea
aquesto te aconsejaba,
porque, al fin, no es cosa nueva
el atreverse a injuriar
en quien profesa la guerra.

JACINTA. Cuando una mujer, Leonardo,
no quiere, no hay furia ciega,
ni furor desbaratado
que puedan hacerla ofensa.
Yo misma en mi guarda estoy,
y no es razón que tú temas
lo que no he temido yo.

LEONARDO. Es tan grande tu belleza,
que tengo celos de que
los rayos del sol te vean.

JACINTA. ¡Ay, Silvia! Contenta estoy

de ver que soldados vengan
hoy a nuestra aldea.

SILVIA. Sin duda,
tendrás de Lisardo nuevas.

ARDENIO. Julio viene.

(*Sale* JULIO.)

JULIO. Ya, señores,
la lucida soldadesca
del Capitán que esperáis
llega a nuestra humilde aldea.

ARDENIO. ¿Es cierto, Julio?

JULIO. ¿No escuchas
las cajas y las trompetas?
Y por el viento se ven
tremolando las banderas,
que forman un verde abril
con las colores diversas.

LEONARDO. El viento en los tafetanes
se alegra, retumba y juega.

(*Tócanse cajas y trompetas y salen marchando una compañía de soldados con cajas y bandera, y pífano, y detrás* GARBÍN *y* LISARDO, *con jineta.*)

LISARDO. Aunque os parezca, señores,
que he venido a daros pena,
sólo he venido a serviros.

ARDENIO. De vuestra noble presencia
y proceder apacible
ningún peligro se espera.
Dadme esas manos.

LISARDO. Los brazos
os aguardan.

ARDENIO. ¡Gloria inmensa!
¿No llegas, hija? ¡Jacinta!
¡Hija mía, llega, llega!
¿No conoces a Lisardo,
al que desde la edad tierna
en esta casa criamos?

SILVIA. ¡Grande bien!

JACINTA. ¡Ventura inmensa!

LISARDO. Quien se crió en vuestra casa
¿qué mucho, señores, tenga
tal ventura?

JACINTA. No podía
ser menos digna la vuestra.

(*Va a abrazar a* LISARDO *y ve a* CELIA, *y apártase luego.*)

GARBÍN. (Atisbóla, ¡vive Dios!
Ello tendremos celera.)

LEONARDO. (Rabiando y muriendo estoy
de celos. ¡Ah, suerte fiera!
¿No es éste, Julio, el soldado
que aquella noche en la güerta
acuchillamos los dos?

JULIO. El mismo es. ¿De qué te alteras?

LEONARDO. De que pienso que ha venido
por nuestro mal al aldea,
porque Jacinta le adora.

JULIO. ¡Extrañas máquinas piensas!

SILVIA. ¿No habla vuesa merced
porque viene de la guerra
con las armas destrozadas?
¿Es suya la mochilera?

GARBÍN. Habla con tiento, que soy
otro de aquel que en las eras
iba quebrantando espigas
con las portátiles piedras.
A los ministros de Marte,
cuando vienen de la guerra,
se da .... (1)

ARDENIO. Ahora bien; cansada llega,
señor, vuestra compañía.
Vamos, Leonardo, al aldea
a prevenir las posadas,
y a esta dama hermosa y bella
una casa principal.

LISARDO. No os dé su persona pena,
que es mi esclava y ha de estar
conmigo.

LEONARDO. (¡Extraña quimera!
Si no la llamara esclava
sospechara que era Celia.)

CELIA. (Muriéndome estoy de celos
de ver que a Jacinta bella
esté mirando Leonardo;
pero, al fin, tened paciencia,
celos, que los de Lisardo
de sus traiciones me vengan.)

ARDENIO. Vamos, Leonardo, de aquí
a prevenir el aldea.
Y tú, Silvia, a esa señora
como a quien es aposenta.
Como a esclava al fin.

SILVIA. Harélo.

LEONARDO. (¡Bella mujer!)

SILVIA. Venga, reina,
que para esclava es muy dama.

CELIA. Así los tiempos se truecan.

(*Vanse y tocan, y quedan* JACINTA *y* LISARDO *y* SILVIA *y* GARBÍN.)

LISARDO. Esperando que se fuesen
estuve, Jacinta bella,
para darte mil abrazos.

(1) No se ha podido leer el resto del verso.

JACINTA. Desvía, ingrato, que pruebas
con tus traiciones villanas
los poderes de una ausencia.
¿Cómo, ingrato, cuando yo,
con una fe verdadera,
con un amor increíble,
con una afición inmensa,
estaba esperando tanto
el fin de tu larga ausencia,
aumentando la esperanza
y apocando la tibieza
me traes a mi casa mesma
una mujer, que bien prueba
tu villana condición
y tu malicia encubierta?

LISARDO. ¿En eso sólo, mi bien,
reparaste?

GARBÍN. (¡Linda necia!)

LISARDO. ¿No ves que es esclava mía?

JACINTA. ¿Esclava mujer tan bella?
No, Lisardo; tú, sin duda,
serás el esclavo de ella,
que su hermosura respetas
y adoras a su belleza.
Vete, ingrato; vete, infame,
y más a engañar no vengas
a mujeres principales
con palabras lisonjeras.
¿Tú traes mujer a mis ojos?

LISARDO. Detente, señora bella,
y advierte bien que mi esclava
no es digna de que tú tengas
celos de ese trato humilde
y de su indigna belleza.
Yo la compré, esposa mía,
por precio de una cadena
en la guerra, por piedad
de ver que en cara tan bella,
y cristiana al fin, se hiciese
alguna falsa cautela.
Trújela conmigo, al fin,
pero si su amante fuera,
como tú dices, señora,
no la trujera al aldea
a tu vista y a tus ojos.

JACINTA. ¡Oh, qué razones tan llenas
de lisonjas y mentiras!
No hayas miedo que te crea,
aunque arrogante te animes
y loco te desvanezcas.
Yo me casaré...

GARBÍN. ¡Oh, qué bien!
Detente, señora, espera;
escúchame diez palabras
y no te entres tan apriesa.

JACINTA. ¿Qué quieres?

GARBÍN. Que no te vayas
sin que primero no vuelvas
de ese error desengañada
y cierta de esa sospecha.
Mira bien que mi señor
te adora con tantas veras,
que aquello que no es Jacinta
es para él infierno y pena.
En esta ausencia cruel,
y en esta guerra soberbia,
todo ha sido "mi Jacinta,
mi Jacinta hermosa y bella;
aquel rostro de cristal
y aquella boca de perlas,
aquellos cabellos rubios
ensartados de mil perlas,
que de cuando en cuando el sol
le presta preciosas hebras".
Todo, en efeto, señora,
ha sido de tu belleza
acordarse, y cuanto ves
de esta mujer, es quimera,
y es esclava al fin.

JACINTA. Garbín,
basta que alcagüete seas.

GARBÍN. (Cerró la plana.) ¡Por Dios,
que de Gazpirria ni Fedra
no se cuenta tal crueldad!

LISARDO. Más enamorada queda,
Garbín, de sus bellos ojos,
el alma más dulce y tierna:
de sus divinos cristales
arrojaba dulces flechas,
y, con las hierbas de enojos,
me anunciaban muerte eterna.
Pero al fin ella vendrá
a desengañarse.

GARBÍN. Intenta
una cosa.

LISARDO. Ya no hay medio
que a mi remedio convenga.

GARBÍN. Despide a Celia.

LISARDO. Eso no,
aunque a Jacinta perdiera;
porque la adoro, Garbín,
como si mi madre fuera.

GARBÍN. Pues si es así, con razón
se queja Jacinta bella.

LISARDO. Calla y llama a Celia.

GARBÍN. Callo,
y voy a llamar a Celia.

(*Vase* GARBÍN.)

LISARDO.

Comparaba un discreto el casamiento
a la vida de un hombre mal fundada,
que en su presente edad y la pasada
fué de ofender a Dios su pensamiento.
Y por un breve rato de contento,
de una ocasión que tuvo deseada,
es al infierno el alma condenada
luego que el cuerpo queda sin aliento.
Cásase un hombre, y en sus alegrías
se ven tan bien aquestos mismos daños,
pues por gozar sus locas fantasías,
del cuerdo ejemplos y del necio engaños,
escoge un cielo de tan breves días
por el infierno de tan largos años.

(*Sale* CELIA.)

CELIA. Aquí me ha dicho Garbín
que me llamabas.

LISARDO. ¡Oh, Celia!
Tú seas muy bien venida.

CELIA. Y a darte las buenas nuevas
de tu amor con mi señora
Jacinta, a quien reverencia
el alma por dueño suyo.

LISARDO. ¡Ay, Celia! Muy malas nuevas
tengo que darte.

CELIA. ¿Por qué?

LISARDO. Porque tu rara belleza
la tiene muerta de celos,
y no es posible que advierta
que eres mi esclava, y a engaño
atribuya su flaqueza,
y me ha dicho que a Leonardo,
de su padre en la presencia,
hoy tiene de dar la mano
por castigar mi insolencia.

CELIA. Pues si eso es así, señor,
yo viviré en el aldea,
donde no la cause celos,
pues no estaré en su presencia.

LISARDO. Aquesto no, Celia mía,
porque antes ¡por Dios! perdiera
a Jacinta, y aun la vida,
que ya en su amor vive muerta,
que te apartaras de mí.

CELIA. Mi boca tus plantas besa
por tan heroica merced;
y pues que de tu nobleza
y de tu valor heroico
estoy cierta y satisfecha,
te quiero decir, señor,
un secreto.

LISARDO. De tu pena
seré abonado testigo
y amparo de tus ofensas.

CELIA. Ese Leonardo que dices
que la pretende y la ruega
con una alma engañadora
y con riqueza opulenta,
es mi marido, Lisardo.

LISARDO. ¿Qué dices?

CELIA. Que de mis penas
seas severo jüez
y escuches.

LISARDO. Prosigue, Celia.

CELIA. A imitación de los dos
amantes que Roma y Grecia
con tantas lenguas alaban
y con tal honor celebran,
con Leonardo me crié
en la edad de amor más tierna.
Semejantes en los gustos
y conformes en las penas,
creció este amor con ellos;
y ya cuando el cuerpo era
tan conforme con los años
como la naturaleza,
hizo todos sus efetos
en nuestras almas a prueba
de trabajos, resistidos
a prueba de la paciencia.
Al fin, para no cansarte
con aquesta afición nuestra,
pues donde las obras obran
las palabras no aprovechan,
tuvimos de aqueste amor
un infante; hermosa prenda
de este amor desatinado
y esta voluntad opuesta.
Viendo Leonardo que ya
se acrecentaba mi pena,
porque mi padre afligido
mi liviandad no supiera,
me pidió para su esposa;
mas él, con grande soberbia,
dijo que para criado
en casa no le tuviera.
Era Leonardo, señor,
pobre entonces, que si fuera
rico, como agora es,
él tuviera otra respuesta.

Resfriósele el amor,
al fin, y yo, triste y ciega,
viendo ya cercano el parto,
me salí sola a la güerta,
y, pariendo un blanco niño,
que del mismo sol afrenta
pudiera ser, a vivir,
y de la luna y estrellas.
Por el temor de mi padre
formé, de unas madreselvas
y unas anchas espadañas,
una cunilla pequeña,
y en el río le arrojé,
una imagen de oro puesta
en el inocente cuello
que antes de nacer navega.
No he sabido jamás dél;
pero, volviendo a mi tierna
historia, sabrás, señor,
que, como el tiempo se trueca
y la majestad del tiempo
allana torres soberbias,
facilitando imposibles
cuando el poder no aprovecha,
que mi padre de su estado
cayó, y por la escala mesma
por donde bajó mi padre,
haciendo a su honor afrenta,
subió Leonardo. ¡Ay de mí,
que de mi historia funesta
fué aqueste el daño mayor!

LISARDO. No llores. Prosigue, Celia.

CELIA. Viendo mi padre afligido
a Leonardo en tanta alteza,
se determinó a ofrecelle,
con lo poco de su hacienda,
lo que antes pedido había
Leonardo; mas la riqueza
hace diferente rostro,
y respondió con soberbia
que para criada suya
en casa no me tuviera.
Vino a casarse, señor,
a Fuenteflor con la bella
Jacinta, que, con tus celos,
de sus traiciones me venga.
Perdí mi patria y perdí
mi honor, y en aquella guerra
me compraste por tu esclava
por precio de una cadena.
Trujísteme adonde he visto
mi desdicha, si no fuera
ventura en ser tu esclava,
que, puesta a tus pies, te ruega
que me ampares con tus alas
y con tu poder defiendas,
pues que soy hacienda tuya,
que tú me estimas por ella.

LISARDO. Admirado me has dejado
con tu historia, y a terneza
me han movido tus desdichas,
que ablandar puedan de piedra
los corazones más duros
y las entrañas más fieras.
Pero por el santo cielo
y por la piedad inmensa
de Dios, con cuyo poder
el cielo y tierra gobierna,
de restaurarte tu honor
de modo que esposo sea
Leonardo tuyo, y que goces
de sus brazos y su hacienda,
que es obligación forzosa
a las mujeres aquésta.

CELIA. Mil años vivas, señor,
y de tu heroica nobleza
no esperé menos jamás.

LISARDO. Vamos, Celia mía, y no temas,
que yo volveré por ti
aunque honor y vida pierda.

CELIA. Tu esclava seré, señor.

LISARDO. Esclava, no; serás dueña
de mi vida y de mis ojos,
porque tu persona bella
mueve a respeto amoroso.

CELIA. Vamos, señor, y a mi pena
darás un alegre fin.

LISARDO. Tu honor cobrarás, mi Celia,
pues eres esclava mía
y te estimas por mi hacienda.

(Vanse, y salen JACINTA *y* GARBÍN.*)*

GARBÍN. Admitir satisfación
es propio al entendimiento,
porque en tenelle contento
se difine la razón.
Este desengaño aprueba
y de ese engaño te aparta,
y no permitas que parta
una sospecha tan nueva,
tan firme amor. Mira que es
su esclava, y que te ha engañado
la sospecha y el cuidado,
que has de conocer después.

JACINTA. Garbín, no te canses más;
yo sé que a la esclava adora,

y sé también que es señora
y no esclava, aunque la das
tan bajo nombre.

GARBÍN. En mi vida
vi semejante mujer.
¡Que no me quieras creer!
Acaba, señora, olvida
ese disgusto, y advierte
que te adora mi señor,
y enloquecerá de amor
si acaso no llega a verte
satisfecha de este engaño,
que, al fin, él está sin culpa
por causador de este daño.
¿No sabes el cuentecillo
que sucedió a un cortesano?

JACINTA. Déjame, Garbín, que en vano
será el sabello y oíllo.
Yo sé que me vitupera
y desprecia.

GARBÍN. ¡Qué porfía!
Aqueste galán tenía
una dama que no era
de las que escriben papeles
de "mi alma, en ella siento
vuestro sentimiento".

JACINTA. El cuento
tiene prólogos crueles.

GARBÍN. Una amiga que tenía
la referida mujer,
con melindre bachiller
la dijo, envidiosa, un día:
"No le queráis, aunque os quiera,
a Fulano, hombre afectado;
las noches que os ha faltado
las duerme con bigotera."
La mujer, que oyó decir
que "duerme con bigotera",
mujer sospechando que era,
dió en no comer ni dormir,
hasta que un día salió
de madre, y cerró con él,
y, en celos y uñas cruel,
le dijo: "¿Es mejor que yo
esa infame bigotera?
¿Tiene mejor talle y cara?"
El dijo: "Las uñas pára."
Y, abriendo la faltriquera,
sacó tanto cordobán
que con dos cintas traía:
era rubio, y parecía
con ella macho alazán,
y asomando la boqueta
por la abertura apretante,
con quien era semejante
cierta enfermedad secreta,
dijo muy largo de hocico:
"Esto llaman bigotera",
con que paró la celera.
Doy fin al cuento, y aplico:
cuando vengas a saber
que esta esclava, o sea quien quiera,
es no más de bigotera,
y no cual piensas, mujer,
¿cuál será tu corrimiento?
¿cuál será tu desengaño?

JACINTA. Yo quiero, si fuera engaño,
dar por bueno el sentimiento;
y estad seguros los dos
que jamás os he de ver.

GARBÍN. ¿Qué, no me quieres creer?

JACINTA. Sin echalla, no, por Dios.

(*Vase.*)

GARBÍN.

"No ¡por Dios!", dijo la celosa dama,
que el sí y el no los gustos y las quejas
como caballos son, corren parejas:
de azufre es fuego amor y azul su llama.
Como es al huracán la seca rama,
y suele ser la tierra con las rejas
y el femenino llanto a las orejas,
tales son juramentos en quien ama.
En vano mis palabras solicitan
el desengaño, y en su amor apuro,
pues al engaño no se facilitan.
¡Oh, bien haya mi amor firme y seguro,
pues que do tengo celos me los quitan
dos dedos de pernil y seis de puro!

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO. ¿Has visto a Leonardo?

GARBÍN. Aquí
a Jacinta sólo he visto,
a quien resisto y conquisto
con mil disculpas por ti.
Pero ella nada ha creído.

LISARDO. Yo la haré [creer] fácilmente
que entienda que este acidente
de sus celos ha nacido.
Busca a Leonardo; camina.

GARBÍN. ¿Luego, luego?

LISARDO. Al mismo instante.

GARBÍN. Dios nos libre de un amante
si a su error se determina.

Pero ya viene Leonardo
sin que le llamen.

LISARDO. Aguarda
allá fuera.

GARBÍN. Así lo haré.

(Sale LEONARDO *y vase* GARBÍN.)

LISARDO. En este punto enviaba
a buscarte.

LEONARDO. ¿Qué me quieres?

LISARDO. Que me declares, si basta
el suplicártelo yo,
si conoces una dama
muy principal en tu tierra;
pienso que Celia se llama.

LEONARDO. Ya la conozco.

LISARDO. ¿Y conoces
qué la debes?

LEONARDO. Basta, basta.
¿Quién te mete en eso a ti?

LISARDO. Mi nobleza, que se agravia
de que un caballero noble
haga tan viles hazañas.
Pero tú tienes, Leonardo,
de casarte y adorarla
por esposa o estas hierbas
quedarán hoy salpicadas
con la sangre de los dos.

LEONARDO. La gran soberbia te engaña.
¿Yo casarme con tu amiga?
¿Yo casarme con tu esclava?

LISARDO. Miente el villano que dice
tan descompuestas palabras.

LEONARDO. A mí no me ha desmentido
ningún hombre sin la espada.

LISARDO. Esta, Leonardo, es la mía.

LEONARDO. (¿Qué es esto, brazo? ¿Tú helada
la sangre?)

[LISARDO.] (¿Qué es esto, cielos?
Parece que me quebranta
un monte el brazo.)

LEONARDO. ¿Qué temes?
¿Es aquésa la arrogancia
y el generoso valor
que has tenido?

LISARDO. Es excusada
esa pregunta, pues tú
traes algunas palabras.

LEONARDO. Las que traigo están escritas
en el papel de tu cara.

LISARDO. (Voy a matalle y no puedo.)

LEONARDO. (Voy a herille y teme el alma.)

LISARDO. (Efetos del Cielo son.)

LEONARDO. (Sin duda el Cielo lo causa.)

(Salen ALBANO, ARDENIO, LIDIO, GARBÍN, JULIO, JACINTA, CELIA *y* SILVIA.)

ARDENIO. ¿Qué es esto, hijo, Lisardo?

LISARDO. ¡Por el honor de mi esclava,
que es Celia, volviendo estoy!

GARBÍN. Cuando a desafíos salgas,
¿por qué sales sin Garbín,
que tengo de acero el alma,
y seré cofia de armar
y borgoñona celada?
Ya tiene tu compañía
caladas las picas altas,
y los mosqueteros tienen
en las horquillas las cajas,
que un mosquetero, señor,
está en pie seis horas largas.
Aunque avises a las dos
pide que encendamos hachas.

LEONARDO. Señores Lidio y Ardenio,
yo pedí a Celia, y negada
me fué de Albano, en que yo
cumplí con mis esperanzas
y con sus obligaciones.

CELIA. Toda esa disculpa es falsa,
pues, al fin, mi honor me debes.
y por temer tu desgracia
un niño hermoso y bello
eché entre las verdes cañas
de ese río.

ARDENIO. Espera un poco.
¿Traía un paño de grana
y una imagen de oro al cuello?

CELIA. Sí, señor.

ARDENIO. Lisardo, habla;
que tú eres hijo de Celia.

LEONARDO. ¿Hay ventura más extraña?

GARBÍN. Ya lo quise decir yo.

CELIA. Hoy mis desdichas se acaban.

ARDENIO. Estando en esa ribera,
yo y mi mujer Felisarda,
vimos venir por el río
una cuna de espadañas
y en ella un hermoso niño.
Sacámosle, y en mi casa
le criamos, como saben
los vecinos del aldea.

LEONARDO. Con una prenda tan alta,
dame, esposa de mis ojos,
los brazos.

CELIA. Aquí te aguardan
a ti y a mi amado hijo.
LISARDO. No en balde la sangre helada
en tus respetos ardía.
LIDIO. Mi dicha fué tu desgracia.
LEONARDO. Y no en balde el santo Cielo
detuvo el brazo y la espada
al ofendernos.
ARDENIO. Ya veo
mis intenciones logradas.
GARBÍN. Dígame, señor Ardenio,
y yo con aquesta cara
¿de cuál arroyo de tinta
salí entre jibias y lapas?
¿Hallóme entre algunos onsos (1)
hecho facistol de ranas?
¿No me dirá quién soy yo?
SILVIA. Eso yo lo sé.
GARBÍN. Pues vaya.
SILVIA. Forzó un villano del pueblo
a una villana de casa,
y dicen que fué en las eras.
Levantóse desgreñada
y, sin cuidar de la honra,
sólo dijo en voces altas:
"¡Ay mi Garbín, mi Garbín!
GARBÍN. ¡Bueno quedaría preñada!
¿Y llamáronme Garbín?
SILVIA. Al pie de la letra pasa.
ARDENIO. Dale, Jacinta, a Lisardo
la mano, pues que se acaban
tantas disensiones juntas.
JACINTA. La mano le doy, y el alma.
ALBANO. ¡Grande bien!
LIDIO. ¡Grande ventura!
CELIA. Fuí para fin de desgracias
venturosa al fin.
LISARDO. Y aquí
da su autor fin a *La Esclava*
de su hijo, no a serviros,
y él comienza, aunque ella acaba

FIN DE LA COMEDIA

(1) Así esta palabra, que no hallamos en ningún diccionario.

FRAY DIABLO Y EL DIABLO PREDICADOR

[POR] LOPE [DE VEGA]

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

Dos DEMONIOS.
FEDERICO.
OTAVIA, *dama.*
MÚSICOS.
CRIADOS.
FRAY JUAN.
FRAY ANTOLÍN.
TEODORO.
FISBERTO.
GOBERNADOR DE LUCA.
Un NIÑO JESÚS.
El GUARDIÁN.

ACTO PRIMERO

(*Salen dos* DEMONIOS *vestidos a su modo.*)

DEMON. 2.º De entre lóbregas cavernas,
minas de fuego y salitre,
depósitos de alquitrán
y de tormentos terribles;
del Infierno, en fin, adonde
no mueren los que mal viven,
porque es su vida inmortal,
si vida puede decirse,
me has sacado. Y con saber
tanto un demonio, pues rinde
humanas sabidurías,
secretos incomprensibles,
sabe mágica engañosa,
a tantos sabios difícil,
los astrólogos desprecia;
porque del trono sublime
cayó, y al caer, ¿quién duda
que sus astros infelices
y sus planetas dichosos
para asistir donde asisten,
conocerían las causas
y los secretos, pues rinden
los más agudos ingenios
y los más curiosos linces?
¿Qué filósofo no excede
con argumentos sutiles?
¿Qué teólogo no iguala?
Mas ¿qué me canso? que libres,
aunque ignorantes, se saben
salvar, pues vencen y oprimen
tu valerosa cabeza,
y nosotros, infelices,
animosos y valientes,
hechos esclavos humildes
de aquel mesmo que nos puso
estado tan infelice,
le rendimos vasallaje.
Mas si aquel Dios lo permite,
si aquel Dios les favorece,
cuando ellos menos le sirven,
cuando ellos le ofenden más,
cuanto más su curso impiden...
Quiero callar, a pesar
del Infierno, que recibe
mis roncos y tristes ecos
en sus senos menos tristes.
Pero volviendo a mi intento,
con saber, como te dije,
tanto un demonio, no puedo,
declarando, persuadirme
qué puede haber importado
salir al mundo.

DEMON. 1.º Un humilde,
cuando a la primer refriega
que tiene llega a rendirse
o salir herido, es cierto
que le ha de ser muy difícil
el volver hallarse en otra,
porque aquel temor lo impide.
Tú, que a la primera impresa,
como del Cielo caíste
a la tierra, estás cobarde;
como lo pasado viste,
eres demonio común,
no eres demonio invencible
como yo, que con caer
también como tú caíste,
me opongo cada momento,
soberbio, atrevido y libre,
a competir animoso
lo que luego lloro humilde.
Mas lo que quiero emprender
escucha, que no es difícil;
que, como mal comenzaste,
cualquier empresa te aflige.

DEMON. 2.º No es tanta mi cobardía;
di lo quieres decirme.

DEMON. 1.º Sobre mil montes de fuego
donde mi fuerza infernal
de las penas que padezco
haciendo donaire están,
me senté una noche oscura,
digo noche, porque allá
a cualquier tiempo es de noche,
que es globo de oscuridad.
Tomé el tridente en la mano
y dije al cetro real,
adornado de culebras
que vomitan alquitrán:
"¡Quién te viera en los humanos
reyes!" Volví a reparar
y dije: "Si veo a su lado
con soberbia y vanidad
tantos lisonjeros juntos
y envidiosos, pues ¿qué más
tormento quiero a los reyes,
cuando cercados están
de tantas fieras crueles
que con más riguridad
le ofenden y le persiguen
con amoroso disfraz?"
Púseme la real corona,
que es sola corona real
por ponerla yo en mis sienes,
pero no por lo demás.
Porque, en vez de los rubíes,
que le dan belleza, igual
sirven brasas, que es rigor
y adorno de su frialdad.
Por las verdes esmeraldas
la culebra, el alacrán,
el animal ponzoñoso
que atormenta a otro animal;
el luminoso diamante,
que tanta luz le da allá,
se vuelven bolas de fuego,
que ni lucen ni arden más;
quedéme solo en la silla,
que yo le diera a gozar
a todos cuantos diviso
en el globo universal.
Tendí los ojos al mundo
y comencé a reparar
en aquellos que me sirven
y en aquellos que le dan
obediencia a Dios. Miré
una casa principal
y vía que un gran señor
se condenaba por dar
riqueza a los lisonjeros
y al pobre riguridad.
Mirando a partes diversas
vi a otro señor matar,
herir, forzar las mujeres,
pero [a] aquéste no le dan
castigo. Por otra parte,
a un hombre vi castigar
con crueldad y con malicia,
porque era pobre no más.
Vi al otro religioso
hacer donaire galán
del hábito que traía
y viviendo a lo seglar.
Vi a jueces sobornados,
pero viles, castigar;
aunque no es castigo humano
de tal delito la paz.
Vi a señores derribados
y a pique de castigar
a quien mató confianza,
símbolo de necedad.
Vi hipócritas que engañaban
con capa de santidad
al mundo, y mujeres vi
cebadas en murmurar.
Vi mercaderes metidos
en el mundo, que es el mar
suyo; mas no castigados,
aunque les vieron hurtar.
Vi logreros que sembraban
el dinero acá y allá;
mas era abundante el año,
porque el más mínimo real
vi que doblaban tres veces.
Vi al sacerdote llegar
indignamente a su oficio,
torpe delito y maldad;
pero al cabo de algún tiempo
vieras que llamando están
a las puertas del Infierno,
que se abren de par en par,
a recibillos a todos;
llega el señor principal,
el humilde, el caballero,
el jüez que sobornar
se dejó; el que nunca dijo
bien y siempre dijo mal;
llega el hipócrita vil,
el sacerdote incapaz
de su oficio y el señor
que fué a su rey desleal.

Diles tormentos a todos
en pago de su maldad.
vengué en ellos mi impaciencia
y mi rigor inmortal.
Díjele a Dios, riguroso:
"Señor: Aunque hagas más
por el pecador, advierte,
mira los que entrando van
en mi poder; mira aquí
cuán pocos llevas allá;
si tres partes arrojaste
de ángeles del celestial
asiento al oscuro abismo,
bien ves que se vienen ya;
de cuatro partes que mueren
las tres partes llevo, y más.
Yo poblaré los Infiernos
de tal suerte, a tu pesar,
que me quite yo las penas
para podérselas dar."
Mas volví, y advertí luego
que estaban de par en par
las puertas del Cielo y vi
que apriesa entraban allá
muchas almas, y que todos
entraban por la bondad
y intercesión de Francisco,
aquel del pardo sayal,
aquel soldado animoso
que contra el Infierno va
tremolando vitorioso
las armas de la humildad;
soldados suyos también
entraban tantos, que ya
pensé que quedaba el mundo
disierto. "¡Oh, gran capitán!
¡Oh, serafín animoso!
¡Oh, centro de la humildad!
¡Nunca salieras al mundo
o nunca en su alcázar real
me criaras, Dios, a mí,
para pasar tanto mal!",
dije entonces, y atrevido
dejé la silla infernal.
Por horizontes de fuego
trepé con riguridad
sobre un dragón escamoso,
harto ya de vomitar
fuego, batiendo las alas,
que ayudaban [a] avivar
el fuego por donde iba.
Llegué a la puerta infernal
del Infierno, con tu ayuda,
la mucha de mi crueldad.
Rompí los fuertes cerrojos
y los candados que están
en las puertas que acompaña
nuestro triunfante voraz.
Salimos al mundo, adonde
sólo es mi intento estragar
esta religión, que hace
al Infierno tanto mal.
En Italia estamos. Luca
se llama aquesta ciudad;
ésta goza un enemigo,
el más fuerte y más mortal
mío de esta religión.
Tú a éste persiguirás,
porque en Castilla también
hay una grande ciudad,
que es Toledo; aquésta es
centro de la Santidad.
En aquestas dos ciudades
habemos de comenzar
a perseguir a Francisco
pretendiendo derribar
su gente. Parte a Toledo,
que, por la pena inmortal
que padezco, por el fuego
que dentro en mi pecho está,
que si alcanzo esta vitoria
con tu ayuda, he de formar
una corona adornada
de resina y alquitrán,
para ponerla yo mesmo
en tu cabeza real.

DEMON. 2.º Tu intento apruebo, yo voy.
¡Muera Francisco!

DEMON. 1.º Hoy verás
que no valen contra mí
las armas de la humildad. (1)

(*Vanse con mucho estruendo y sale* FEDERICO *muy galán, y* OTAVIA, *dama, cada uno por su lado, con acompañamiento de ambas partes y* MÚSICOS.)

FEDERICO. Tan bien venida seáis
como esperada habéis sido,
no reservando al olvido
el contento que me dais
con veros. ¿Cómo venís?

(1) Toda esta escena tiene trazas de ser una interpolación de mano distinta de la de Lope, al menos en gran parte.

OTAVIA. Como quien llega a gozar
el bien que debo estimar
tanto como vos decís.
FEDERICO. Todo ese tiempo que Enrico
ha estado ausente por vos,
bella Otavia, sabe Dios
lo que sintió Federico.
OTAVIA. Aqueso mi amor agravia,
aunque mostréis tan buen celo;
que ausente vos, sabe el Cielo
que estuvo sin vida Otavia.
FEDERICO. ¿Cómo venís? (1)
OTAVIA. Cuando llego
a vuestros brazos, señor,
¿qué preguntáis a mi amor?
FEDERICO. Con vuestra vista estoy ciego.
Desde el punto que llegó
a Luca el noble Teodoro,
padre vuestro, que os adoro
es cierto. Amor infundió,
aunque ausente vos de mí,
bien puedo decir veneno,
porque veneno tan bueno
es triaca para mí.
Infundióme Amor, amor,
para teneros lealtad;
si no os igualo en beldad
vos lo sentiréis mejor.
Traté nuestro casamiento
con él, el cual otorgó,
y Enrico por vos partió
sobre las alas del viento.
Trujo os a darme la vida
que ausente os pude ofrecer,
y si me llegáis a ver
vivo, es cosa conocida
que como el alma sintió
el imán del cuerpo mío,
viniendo vos al vacío
que antes dejó, se volvió
de modo que vos, señora,
aunque fuiste mi homicida,
fuiste, dándome la vida,
de mi muerte intercesora.
OTAVIA. No puede haber mucho amor
donde lisonjas escucho,
porque nunca quiso mucho
el que fué lisonjeador;
que ausente yo, claro está
que si amor os apremiara
nunca lisonjas hallara
amor si en vos firme está.
FEDERICO. Como ya llego a gozar,
doile lugar al amor
porque descanse.
OTAVIA. ¡Señor,
amor no ha de descansar!
El caminante que a pie
camina, es cosa bien clara
que si a descansar se para
se hiela, se enfría; porque
el fuego que lleva en sí
tiene lugar de gozar
el viento, que, sin parar,
fuera imposible.
FEDERICO. Es ansí.
OTAVIA. Pues aunque fuego tengáis
de amor, advertid, señor,
que estéis firme en vuestro amor,
que os helaréis si pasáis.

(*El* SEGUNDO DEMONIO *en su hábito.*)

DEMON. 2.º En esta casa ha de ser
mi primera batería;
hoy muestro la ciencia mía
sólo en procurar vencer.
No ha de hallar, si puedo yo,
limosna esta religión
en Luca.
FEDERICO. Mi corazón
ya al vuestro declaré yo.
DEMON. 2.º Aquéste es el mercader
más rico de esta ciudad
que con tanta crueldad
los habrá de reprender.
Cuando lleguen a pedir,
la limosna no ha de entrar
más en su casa a buscar
sustento para vivir,
y con todos los demás
ricos he de hacer lo mismo.
FEDERICO. Seré de amar dulce abismo.
Parece que triste estás,
mi bien, mi prenda divina:
alegra la hermosa cara,
que no es tan bella y tan clara
la estrella más cristalina.
Esos ojos, luz del día,
no eclipses, porque parece
que la del sol desfallece

(1) Parece que sobra esta segunda pregunta de la misma cosa.

como la tuya no haga. (1)
Vierta flores olorosas
esa boca celestial;
divida en dos, el coral
hará dos piedras preciosas.
El más opulento estado
gozas de aquesta ciudad,
y yo la mayor beldad
que en el mundo se ha criado.
De quinientos mil ducados
eres, señora, mi bien;
dime a mí que soy también
el dueño de tus cuidados.
Oro pisarán tus pies;
si de brocado te indignas,
de oro y esmeraldas finas
harás desprecio después.
Los techos te entoldarán,
si de tu vista te asombras,
con berberiscas alfombras
o con telas de Milán.
Sembrados con mil rubíes
y diamantes escogidos,
te daré ricos vestidos
de telas y de tabíes.
¿Qué tienes?

OTAVIA. El mucho gusto
ansí me llega a poner;
que siempre el mucho placer
es presagio del disgusto.

FEDERICO. Cantad a mi dulce esposa,
si así la aflige tristeza,
motetes a su belleza.

DEMON. 2.º ¡Qué afición tan fervorosa!
Este es el hombre peor
que ha sustentado la tierra:
por eso no le hago guerra,
porque soy dueño y señor
de su alma.

FEDERICO. Divertidos
estáis. ¡Músicos, cantad,
y con vuestras voces dad
dulce acento a sus oídos!

(Cantan y, si puede ser, bailan.)

"A la alegre boda
de la hermosa Otavia,
el gran Federico
con bailes la ensalza.
A sus pies ofrece
perlas y esmeraldas,
diamantes vistosos
y joyas bizarras.
Vióla con tristeza,
y como la amaba,
con bailes la alegra
y músicas varias."

(FRAY JUAN y FRAY ANTOLÍN *salen y asiéntanse.*)

JUAN. De vuestra dichosa boda
os quiero dar parabién;
dadnos vos, por Dios, también.

FEDERICO. Agora en la casa toda,
padres, a fe de quien soy,
no tenemos que les dar;
bien se pueden levantar,
padres, que ocupado estoy
agora con la venida
de mi esposa.

DEMONIO. *(Al oído.)* A esta ocasión
impiden de tu afición
la ventura conseguida.

FEDERICO. ¿A tal ocasión se atreven
a entrar? ¡Levántense luego,
padres!

JUAN. De amor estás ciego:
no permitas que te lleven
tan loco y arrebatado
tus mocedades: advierte,
señor, que también hay muerte.

FEDERICO. ¡Por Dios, que estoy enojado!
¿A reprehenderme vienen
con tan gran desenvoltura,
cuando gozo la ventura
que los Cielos me previenen?
¡Echenlos luego de ahí!

ANTOLÍN. Que nosotros nos iremos.

JUAN. No hagas tantos extremos,
te ruego; vuelve por ti,
que la limosna que pido
y tú piadoso nos das
en el Cielo lo hallarás,
que es Dios muy agradecido.
Y en el tiempo de más gusto
de Dios debes de acordarte,
que Dios está en cualquier parte;
que es Dios muy severo y justo.
Que toda aquesta alegría
se ha de acabar en un punto
y ese divino trasunto
será enojoso algún día.

(1) El consonante y el sentido piden otra palabra terminada en "ía"; pero no nos ocurre cuál, si no se varía el verso todo.

Sólo Dios, como es eterno,
tiene de perseverar;
El te tiene de salvar
o arrojarte en el Infierno.
Vuelve, señor.

FEDERICO. ¡Vive el Cielo,
si el hábito no mirara...!

JUAN. ¿Qué hicieras?

FEDERICO. Te castigara
como mereces.

JUAN. Recelo
que el contento te ha cegado
y no me conoces hoy;
un fraile francisco soy
que por limosna he llegado,
y nunca cristiano ha habido
que a su divino sayal
le haya tratado tan mal,
que es sagrado este vestido.

FEDERICO. Hombre o lo que eres, si vienes
loco, mira que te advierto
que te haré...

ANTOLÍN. El hombre es tuerto,
mira por un lado.

FEDERICO. ¿Tienes
juicio, vil, ignorante?
Matalde.

ANTOLÍN. ¡Cómo, matar!
A alforjazos he de andar,
¡vive Cristo!

JUAN. Un arrogante,
un malhechor y sin fe,
cuando mira este vestido
tiene respeto.

FEDERICO. ¡Atrevido!
¡Yo mismo te arrojaré
a mis pies, loco, villano,
hipócrita!

(*Asele de los hábitos y cae en el suelo.*)

JUAN. ¡Gran Señor,
no castigues su rigor
como merece su mano;
mirad a vuestra Pasión
y la sangre que vertistes;
mirad que le redimistes
con sangre del corazón!
A tus pies estoy; castiga,
rompe, quiebra sin temor.

FEDERICO. ¡Villano, loco, hablador!
¿Qué te fuerza o qué te obliga
a hablar así?

OTAVIA. Detened
el brazo, señor.

FEDERICO. Por vos
me detengo ya.

JUAN. ¡Mi Dios,
misericordia tened! (*Levántase.*)

FEDERICO. No deis limosna jamás
a esta religión.

CRIADO. No haremos.

JUAN. Señor, ¿cómo viviremos
si tú limosna no das,
siendo el que puede mejor
darla?

FEDERICO. ¡Trabajad, villanos,
que hombres sois con pies y manos!

JUAN. ¿Y si el culto del Señor
se pierde?

FEDERICO. Cuando se pierda
El sabrá lo que ha de hacer.

JUAN. ¡Que pueda ya una mujer
hacer loca a un alma cuerda!

DEMONIO. ¡Qué bien mis intentos van!

JUAN. ¡Qué mal camino ha tomado!

ANTOLÍN. El está ya condenado:
vámonos, padre fray Juan,
que ¡vive Dios! que reviento,
y si no temiera nada
le diera una bofetada.

FEDERICO. Idos a vuestro convento;
pedid a Dios de comer.

ANTOLÍN. Bien puede darlo, si quiere.

FEDERICO. Y si aquí otra vez viniere
esta gente haré prender;
ninguna cosa les dad;
pésame lo que se dió.

ANTOLÍN. ¿Qué locura te engañó?
¿Hay mayor temeridad?
Mas engañóte mujer.
Padre, padre, vámonos;
que éste no conoce a Dios,
pues tiene tal proceder.

JUAN. Voime, y espero algún día
que has de caer en la cuenta.

FEDERICO. Este otra vez me atormenta
con su falsa hipocresía.
En vano el furor resisto.
¡Hola, criados, mataldos;
luego al punto castigaldos!

ANTOLÍN. Aqueso no, ¡juro a Cristo!
No llegue ninguno acá,
porque con un alforjazo
le he de derribar un brazo.

OTAVIA. ¡Ah, mi señor, bueno está!

DEMONIO. Esto mesmo voy a hacer
en todas las demás casas. (*Vase.*)

OTAVIA. Ya de los límites pasas,
no tan cruel has de ser.

FEDERICO. Tú me aplacas solamente;
tú solamente me obligas,
y tú los brazos me ligas
y me amansas tiernamente.

OTAVIA. ¿Hay tal gente? ¿Hay tal locura?
Bueno está ya. ¡Hola, cantad,
porque su riguridad
se temple con mi ventura!

(*Vanse cantando y quedan los* FRAILES)

FRAY ANTOLÍN.

Seis cantos he metido en las alforjas
por si acaso encontrase algún criado
de aquel hereje perro.

FRAY JUAN.

Calle, hermano,
que por mi Dios se puede llevar todo
y mucho más que aquesto.

FRAY ANTOLÍN.

¡Padre mío,
lo que toca al ayuno y oraciones,
la mortificación y diciplina
puédese llevar bien, no lo resisto;
mas palos, eso, no, ¡por Jesucristo!

FRAY JUAN.

Que calle digo.

FRAY ANTOLÍN.

¡Padre de mis ojos!
Un palo fuerte en manos de un lacayo,
y más si el tal lacayo es de la Mancha,
en la lengua más cuerda da zollipo.

FRAY JUAN.

¿Quiere callar?

FRAY ANTOLÍN.

Que ¿no hablará un novicio
aunque le azote luego su convento?

FRAY JUAN.

Calle.

FRAY ANTOLÍN.

Déjeme hablar, porque reviento.

FRAY JUAN.

Teodoro vive aquí. Llame a la puerta,
o subamos allá, pues está abierta.

FRAY ANTOLÍN.

¿Y si hay palos?

FRAY JUAN.

Sufrillos.

FRAY ANTOLÍN.

No es muy malo.
Súfralos un jumento.

FRAY JUAN.

Es gran regalo
el sufrillo por Dios.

FRAY ANTOLÍN.

Con todo eso.
desde acá bajo llamo.

(*Da golpes y parece arriba* TEODORO *y detrás el* DEMONIO *hablándole al oído.*)

TEODORO.

¿Quién da golpes?

FRAY ANTOLÍN.

Hermanos del seráfico Francisco
piden una limosna.

DEMONIO.

Tú estás pobre
y tienes cinco hijos.

TEODORO.

Padres míos,
no tenemos que dar cosa ninguna.
Perdónenme, si quieren.

(*Vase.*)

FRAY ANTOLÍN.

¡Quién le diera
con un canto de aquéstos!

FRAY JUAN.

¡Dios inmenso!
¡Teodoro la limosna me ha negado!

FRAY ANTOLÍN.

Aquí vive Fisberto.

FRAY JUAN.

No lo entiendo.

FRAY ANTOLÍN.

Pues bien recio nos hablan.

FRAY JUAN.

Llame.

FRAY ANTOLÍN.

Llamo.

(FISBERTO *a la ventana y el* DEMONIO *detrás.*)

FISBERTO.

¿Quién llama?

FRAY ANTOLÍN.

La limosna de los padres
de San Francisco.

DEMONIO.

Para tu disgusto
viene muy a propósito.

FISBERTO.

Perdonen,
que no les puedo dar limosna agora.

FRAY JUAN.

¡Por amor de Dios!

FISBERTO.

¡Váyanse luego,
o ¡vive Dios! que les arroje el fuego
que hay en mi corazón!

(*Vase.*)

FRAY ANTOLÍN.

Créame, padre,
que es maldición de mi difunta madre.
"¡Quemado mueras!", dijo muchas veces.
Ahora me acuerdo.

FRAY JUAN.

¡Dios de mis entrañas!
¿Qué novedad es ésta y qué desdicha?
¿Serafín de mis ojos? Mi Francisco,
¿cómo os niegan agora lo que nunca
os han negado?

FRAY ANTOLÍN.

Pues porque replica
que hay ladrillo que habla de misterio.
Volvámonos al punto al monasterio.

JUAN. ¡Gente bárbara y sin fe!,
¿qué novedad es aquésta?
¿La limosna a Dios negáis,
cuando El dió su sangre mesma
por vosotros, cuando El quiso
derramar por cinco puertas
fuentes de hermosos rubíes
para lavaros con ella?
¡Gente bárbara!, ¿qué hacéis?
Dalde a Dios, cuando Dios llega,
limosna; acudid al pobre,
que es su semejanza mesma.
Desconsolados los pobres, [puesta.
¿qué han de hacer? Dadme res-
¿Cómo han de rogar a Dios
por vosotros?

ANTOLÍN. Padre, advierta,
que no se deslengüe mucho,
que, ¡vive Dios!, que esta tierra
está vomitando herejes.

JUAN. Abrid del pecho las puertas.
Dad limosna, amigos míos,
a Dios, que, aunque poca sea,
El vuelve ciento por uno,
que es liberal en la vuelta.

(*El* GOBERNADOR, *gente y el* DEMONIO.)

DEMONIO. Tu tierra, bien gobernada,
¿has de permitir que sea
alterada por los pobres
que la religión confiesan
de aqueste sayal grosero?
Dejen tu Estado y tu tierra.

GOBERNAD. Hermano, ¿por qué da voces?
¿Por qué la ciudad altera?

JUAN. Gobernador valeroso:
doy voces porque nos niegan
la limosna acostumbrada,
porque a los pobres destierran.
Nuestra religión no puede
vivir, que no tiene hacienda,
si no son los nobles pechos
que la amparan y sustentan.

DEMONIO. Váyanse; la tierra dejen,
pues tanto la menosprecian.

GOBERNAD. Pues ¿por fuerza quiere, hermano,
la limosna?

JUAN. ¿Yo, por fuerza?
No, gran señor.

GOBERNAD. Si se hallan
tan mal en aquesta tierra,
déjenla luego, pues, padre,
la aborrece estando en ella.

JUAN. ¿Y esa es caridad cristiana
y de un señor que profesa
la ley de Cristo? ¿Qué más
un alarbe respondiera?

DEMONIO. ¿Tanta desvergüenza sufres?
GOBERNAD. Si sufro tal desvergüenza,
¿para qué gobierno a Luca?
JUAN. En las tierras extranjeras,
aunque contrarios, se usa
tener piedad y clemencia
de los pobres; ¿por qué tú,
que profesas la ley nuestra,
no la tienes?
GOBERNAD. Porque no.
Tú, bárbaro, ¿en mi presencia
hablas así? ¡Ea! Pregonen
luego que nadie se atreva
a dar limosna a esta gente
que con tanta desvergüenza
hablan al Gobernador,
pena de la vida.
JUAN. ¿Es esa
cristiandad? ¿El que debía
amparar la Santa Iglesia
de Dios pregona, atrevido,
que nadie la favorezca?
Teme el castigo, señor.
Temé su mano, que empieza
a desenvainar la espada
de su justicia sangrienta.
GOBERNAD. ¡Hola, gente! ¡Apedrealdos!
¡Mataldos!
CRIADO. ¡Los viles mueran!
ANTOLÍN. ¡Gente bárbara resuelta!
Detente.
TODOS. ¡Mueran!

(*Entranse dándoles golpes y tirándoles, quedando los* FRAILES *y el* DEMONIO.)

JUAN. Mi Dios,
no permitáis que se pierda
vuestro culto soberano;
dad favor a vuestra Iglesia.
ANTOLÍN. Huya, padre, que mi vida
estriba en la ligereza
de mis pies.
JUAN. ¡Ay de mí, hermano!
¡Muerto soy!
(DENTRO.) ¡A ellos! ¡Mueran!

(*Vanse. Quede el* DEMONIO.)

DEMONIO. ¡Bien ha salido mi intento!
Seguirélos por que vengan
a desamparar la casa.
Pero ¿qué visión es ésta?

(*Va a entrarse el* DEMONIO *y aparece un* NIÑO JESÚS *con una espada desnuda y un escudo con cinco llagas y un cordón de San Francisco ceñido al cuerpo, y dice*:)

NIÑO. ¡Detente, fiero enemigo!
DEMONIO. ¿Qué quieres que me detenga?
NIÑO. ¿Sabes lo que has hecho?
DEMONIO. Sé
que me afliges y atormentas
cada instante.
NIÑO. ¡Vuelve, ingrato!
DEMONIO. ¿Adónde quieres que vuelva?
NIÑO. A deshacer lo que has hecho.
DEMONIO. ¿Qué? ¿Aún te dura la inclemen-
gran Señor? [cia,
NIÑO. Porque mi enojo
con mayor rigor le sientas,
tú mismo, enemigo mío,
tú mismo, aunque tú no quieras,
has de sustentar los pobres
que esta religión profesan.
Tú mismo has de predicar
que los amen, que los quieran,
y tú mismo has de pedirles
la limosna.
DEMONIO. ¿Qué? ¿A esto llega
el poder de tus desnudos?
NIÑO. Y tú mismo, con prudencia,
a tu pesar, has de hacer
que el mercader se convierta
y vuelva a mí, predicando
mi ley santa.
DEMONIO. ¡Qué inclemencia!
NIÑO. Tú mismo has de edificar
otra casa, donde tenga
mi Francisco...
DEMONIO. ¡Qué rigor!
NIÑO. Más hijos de su obediencia.
DEMONIO. Pues ¿cómo puedo yo hacello?
NIÑO. Yo te diré cómo puedas.
Entra conmigo.
DEMONIO. ¡Ah, Francisco;
nunca contra ti opusiera
mi poder!
NIÑO. Entra, arrogante.
DEMONIO. Oprimido voy. ¡Paciencia!
NIÑO. Con Francisco no te burles,
que tiene mayores fuerzas.

(*Vanse, y entra el* GUARDIÁN *y* FRAY ANTOLÍN.)

GUARDIÁN. ¿Qué dice, fray Antolín?
ANTOLÍN. Lo que he dicho ha sucedido.
GUARDIÁN. ¿Tan grande escándalo ha habido?
ANTOLÍN. De mi vida vi ya el fin;
pero mis piernas ligeras
lo han hecho tan bien conmigo,

que no pude ser testigo
de sus resueltas quimeras.
Más de setecientos cantos
me zumbaron los oídos.

GUARDIÁN. ¡Ya estos reinos son perdidos!

ANTOLÍN. Padre, ya no importan llantos.
La ciudad desampararemos
y el monasterio también.

GUARDIÁN. ¿Qué dice?

ANTOLÍN. Padre, ¿no es bien?
¿Quiere que aquí nos quedemos
en peligro semejante?

GUARDIÁN ¡Cuánto mejor es morir!

ANTOLÍN. ¡Cuánto mejor es huír
de aqueste vulgo arrogante!
Al punto, padre, nos vamos,
que no estamos aquí bien,
porque al momento no den
con nosotros los tiranos.

GUARDIÁN. ¿Y fray Juan?

ANTOLÍN. Medio aturdido
de una pedrada quedó,
que un zurdo se la tiró,
que le dejó sin sentido.

GUARDIÁN. ¿En qué le ofendió el bendito?

ANTOLÍN. Los zurdos no miran nada.
Otro le dió una pedrada,
cofrade de San Benito
y devoto del aspado,
porque de aquellas porfías
no llamaba a su Mesías:
mas medio desnarigado
le dejé de una pedrada.

GUARDIÁN. Hermano, ¿tal fué a intentar?

ANTOLÍN. Tuvo mucho en qué topar;
mas, padre, no importa nada.

(*Sale* FRAY JUAN *herido en la cabeza.*)

JUAN. No pido, mi Dios, venganza
de aquesta gente atrevida,
que aunque me falta la vida
no me falta la esperanza.

GUARDIÁN. ¡Hermano!

JUAN. ¡Padre!

GUARDIÁN. ¿Qué es esto?
¿Viene herido?

JUAN. Padre, sí.
La sangre que yo vertí
en tal extremo me ha puesto.
No lo siento como ver
aquesta ciudad perdida.
Ya nos falta la comida;
porque nadie ha de querer
darla con peligro tal,
habiendo ya pregonado
que se ha de hallar culpado
contra la corona real
el que a dalla se atreviere.
Dejemos, padre, la casa
mientras el tumulto pasa.

GUARDIÁN. ¿Qué dirá quien lo supiere?

JUAN. Cerca otro convento está.
Allá iremos entre tanto
que esto pasa.

GUARDIÁN. En tierno llanto
el alma se anega ya.

JUAN. La custodia llevaremos
y las reliquias también.

GUARDIÁN. Los cielos santos nos den
paciencia.

JUAN. No haga extremos
cuando la virtud entablo
en ausentarnos de aquí.

(*El* DEMONIO *entra como fraile.*)

ANTOLÍN. Un fraile ha entrado, ¡ay de mí!,
que parece el mismo diablo.

DEMONIO. Humillado y oprimido,
infelice y desdichado,
vengo a hacerme guerra a mí.
¡Nunca yo hubiera intentado
hacer guerra al Serafín
que a Cristo tuvo en sus manos!

GUARDIÁN. ¿Quién es el que no se humilla
y obedece a sus hermanos?

ANTOLÍN. Muy bellaca cara tiene.
Una por una.

DEMONIO. ¿Qué aguardo?

GUARDIÁN. ¡Hermano!

DEMONIO. A tus pies estoy.

GUARDIÁN. ¿Quién es? Porque en tiempo tanto
que en aquesta casa asisto
nunca le he visto ni hablado.
Dígame cómo se llama.
¿No responde?

DEMONIO. Sí. Fray Diablo.

GUARDIÁN. ¿Fray Diablo? ¡Jesús! ¿Qué ha dicho?

JUAN. ¡Jesús!

DEMONIO. Fray Diablo me llamo.

ANTOLÍN. Pues cata, hermano, la cruz.

DEMONIO. Nunca de cruces me espanto
después que una me dejó
corrido y avergonzado.

GUARDIÁN. ¿De dónde viene?
DEMONIO. De Roma.
GUARDIÁN. ¿A qué viene?
DEMONIO. A predicaros.
GUARDIÁN. ¿A nosotros?
DEMONIO. A vosotros;
porque Dios me ha revelado
que intentáis desamparar
este convento, y volando
sobre los hombros del viento
a esta ocasión he llegado,
donde os digo que no sois
prudentes.
GUARDIÁN. ¡Qué extraño caso!
DEMONIO. Pues ¿una casa de Dios
y de nuestro Padre amado,
(¡a pesar de cuanto fuego
tengo en el pecho encerrado,
aquestas razones digo
oprimido y desdichado!)
de aquesta suerte dejáis?
¿Una casa, un templo santo
donde tantas veces Dios,
siendo quien es, ha bajado?
Volved, hermanos, volved
a vuestro convento; en tanto
que el castigo no os impido,
¿para qué intentáis dejarlo?
No permitáis que se diga
que el mundo os aflige tanto,
que desamparáis cobardes
lo que valiente ha ganado
nuestro Padre (y mi enemigo).
No temáis a los contrarios,
que desde hoy no lo serán
si salgo yo en vuestro amparo.
Yo tengo de sustentar
esta casa.
ANTOLÍN. ¡Oh, fraile santo!
Fray Angel te llamo yo,
que no te llamo fray Diablo.
DEMONIO. Yo tengo de edificar
otra casa, y el espanto
os he de quitar a todos.
A vuestros mesmos contrarios
yo solo he de predicar
la ley de Dios, y a tiranos
y enemigos de la fe
tengo de hacer desterrarlos.
¡Viva la fe de mi Dios!
¡Viva el sayal tosco y pardo
que nuestro Padre nos dió
para vestirnos y honrarnos!
¡Animo, amigos de Dios!
¡Mis hermanos, animaos,
que yo os he de defender,
aunque me llamo fray Diablo!
GUARDIÁN. Tanto, hermano de mis ojos,
pueden sus razones; tanto
han movido nuestros pechos,
que cuando aquestos tiranos
inventaran más martirios
que en el público teatro
vió Roma infinitas veces,
prometo como cristiano
y como fiel religioso
de nunca desampararlo,
sino padecer por Dios.
JUAN. Y yo a lo mismo me allano.
ANTOLÍN. Y yo también, como cumpla
lo que ha dicho aquí el hermano.
DEMONIO. Ya lo veréis.
GUARDIÁN. Algún ángel
en él viene disfrazado.
DEMONIO. (A pesar de mi soberbia,
que me ha puesto en tal estado,
yo mismo he de ser ministro
de mi mal y de mi daño.
¿Qué me quiere Dios? ¡Paciencia,
que estoy oprimido y callo!)
GUARDIÁN. Vamos, hermanos, y al Cielo
demos gracias, que ha enviado
tal socorro en tal peligro.
JUAN. Nunca mi Dios se ha olvidado
de los suyos.
DEMONIO. (¡Fuego arrojo!)
GUARDIÁN. Entre, hermano,
restaurador de esta casa,
de la Religión amparo.
DEMONIO. Vamos. (Rabiando me lleva
mi furor.)
JUAN. (Parece un santo.)
DEMONIO. ¿No entra el hermano también?
ANTOLÍN. Claro está.
DEMONIO. Antolín hermano,
compañero he de ser vuestro.
ANTOLÍN. ¿Quién le ha dicho que me llamo
fray Antolín?
DEMONIO. Yo lo sé.
ANTOLÍN. ¡Válgate el diablo, fray Diablo!

FINIS

El Diablo predicador.

PERSONAS DE LA SEGUNDA JORNADA

Felisardo, *caballero.*
Enrico, *caballero.*
Federico.
Un Criado.
Otavia, *dama.*
El Demonio.
Fray Antolín.
Teodoro, | *caballeros.*
Fisberto, |
Una Mujer *pobre.*
Criados.
Figuras *de apariencias.*

ACTO SEGUNDO

(*Salen* Enrico *y* Felisardo.)

Felisardo. Rendida a mi amor la hallé
a dos veces que la vi.
Enrico. ¿Tanto el efecto hizo en ti?
Felisardo. Y a dos veces que la hablé,
su belleza rayo fué
que al amor de mi firmeza
llegó con tal fortaleza,
que al suelo le derribó;
mas luego se levantó
a competir su belleza.
Améla, habléla, rendí
su constancia más segura;
ayudado de ventura,
vencedor de su amor fuí.
Pues que con ella vencí
y este amor de su marido
aqueste bien ha impedido,
que anda en extremo celoso.
Enrico. Un amante poderoso
ningún temor ha tenido
cuando la ocasión le ofrece
sus cabellos.
Felisardo. Pues aqueso
me aconsejas, mucho en eso
que eres mozo me parece.
¡Ay del que amando padece!
Verdad es que nunca Amor
ha padecido temor.
Mas soy hombre poderoso;
mas mi Otavia tiene esposo,
y su esposo tiene honor.
Arriesgarme yo, atrevido,
al fin de mi pretensión
pondráme en obligación
que lo sepa su marido.
De no ser yo lo que he sido,
aunque soy hijo mayor
del Gobernador, mi amor
ha de ofenderle, quién duda.
Enrico. Pues, señor, el amor muda
o no mires a su honor.
Si Otavia te quiere ya,
¿a quién tienes que temer?
Y Otavia, al fin, es mujer.
Rienda al apetito da,
y muy presto olvidará,
pues se declaró tan presto
sólo a su oficio dispuesto.
Un mercader es su esposo,
que no es hombre poderoso
como tú.
Felisardo. En peligro puesto
de gozarla no temiera,
si este amor secreto fuese
y su esposo no sintiese
cosa alguna; mas quisiera
lo que yo excusar pudiera.
Enrico. Pues háblala de secreto
y sírvela con respeto,
pues tan cortesano eres.
Felisardo. El honrar a las mujeres
le pertenece al discreto.
Enrico. Agora es buena ocasión,
que su esposo sale fuera.
¡De amor parece quimera!
Felisardo. Tienes, Enrico, razón.
Enrico. Para salir al balcón
tu bella Otavia está en vela.

(*Sale* Federico *dando despaldarazos a un* Criado.)

Felisardo. Retírate aquí.
Federico. ¡Villano!
¿Vos limosna habéis de dar?
La vuestra os he de cortar
si no fuere por mi mano.
¡Vive Dios! Lo que yo gano,
con el trabajo que veis,
villano, ¿lo despendéis,
siendo mi criado vos?
Criado. Pidió por amor de Dios.
Federico. Pida él, mas vos no lo deis.
Criado. Estaba desnudo, y tanto,
que casi me movió a llanto.
Federico. Dalde vos [de] vuestra hacienda,
o él por esclavo se venda.
Criado. Ya de tu rigor me espanto.
Federico. Esta os perdono, por ser
la primera. A mi mujer
decid que el Gobernador
me ha llamado.

(*Vase.*)

Felisardo. Hoy en mi amor
el dulce efecto he de ver.

CRIADO. Nunca, si de condición
no muda su inclinación,
tendrá con Dios amistad,
que la mala caridad
pierde con Dios la opinión.

(*Vase.*)

FELISARDO. Quiero entrar.

ENRICO. Entra, señor,
y pues que tienes valor,
de la ocasión te aprovecha.

FELISARDO. Mi voluntad satisfecha
ha de quedar con su amor.
Vete, no estés a la puerta,
porque no sospechen nada
de lo que mi amor concierta.

ENRICO. Ya te dejo en la estacada;
ten ánimo.

(*Vase.*)

FELISARDO. Ya la puerta
ha cerrado del balcón.
Si esta dichosa ocasión
llego a gozar libremente,
oro faltará en Oriente
para labrar mi afición,
estatuas piramidales
al Amor. De los umbrales
las piedras hermosas piso
y entro ya en el paraíso
por dos puertas celestiales.

(*Sale* OTAVIA.)

Otavia, si Amor te obliga...

OTAVIA. ¿Quién nombra a Otavia?

FELISARDO. Yo soy
quien te nombra. O me castiga
o prémiame a mí, que estoy
con mi pasión enemiga
luchando, y es cierta cosa
casada la más hermosa
que la luz del sol envidia
y al mismo Amor le fastidia
en su esfera luminosa.
Mira que me estoy muriendo
y en tu amor perseverando;
perdóname si te ofendo,
que no puedo amar callando,
si no es que esté padeciendo.
A tu esposo vi salir
fuera; no quise impedir
tan alto bien a mi amor,
y entro a verte.

OTAVIA. Gran señor,
no habéis vos de permitir
de que mi honor desdoréis.
Ved, señor, que me ofendéis
si aquí mi marido os halla,
y anda muy celoso.

FELISARDO. Calla.

OTAVIA. Que otro día volveréis;
idos y no estéis aquí,
que podrá venir mi esposo
y hallaros conmigo aquí.
Que anda en extremo celoso
sin haber hallado en mí
cosa alguna. Yo confieso
que os amo con grande exceso,
y que tengo sabe Dios
cautiva el alma por vos.
Y cuando aquesto confieso,
bien claro os doy a entender,
señor, si os llego a tener
amor, que de amor excede.
Que, aparte el gozar, no puede
decir más una mujer.

FELISARDO. Pues ¿qué ocasión hay mejor
para que logre mi amor?

OTAVIA. El tiempo darla sabrá,
que no tan lejos está
mi esposo.

FELISARDO. Dadme un favor
siquiera.

OTAVIA. Aqueste diamante,
de mi firmeza constante,
espejo os doy, y quisiera,
mi bien, que un mundo valiera.

FELISARDO. No el sol, con su luz brillante
que el cuarto cielo fulmina,
vence su luz peregrina.

OTAVIA. Idos, por Dios.

FELISARDO. Quedo ufano;
goce también esa mano
transparente y cristalina.

OTAVIA. Con gran peligro os la doy.

FELISARDO. Loco de contento voy.
En ella mi boca imprimo.

OTAVIA. Adiós.

(*Váyase. Sale* FEDERICO.)

FEDERICO. (Si el furor reprimo
ni cuerdo ni honrado soy.
¿Felisardo de la mano
de mi mujer? ¡Ah, tirano!)

OTAVIA. (Mi esposo ha entrado. ¡Ay de mí!
¡Si vió que la mano di
a Felisardo!)

Federico. (Es en vano
el reprimir ya mis celos
resueltos y declarados.
Quitadme la vida, cielos,
que estos celos declarados
cubren los funestos velos
a mi furia.)
Otavia. ¡Esposo mío!
Federico. ([A] reportarme porfío.)
Otavia. Ya vuestros brazos aguardo.
Federico. ¿A qué entró aquí Felisardo?
Otavia. (¡Dulce amor, en vos confío!) (*Ap.*)
Quiere unas galas sacar,
según dijo, y como yo
no supe, quiso llegar...
pero... al fin...
Federico. (Ya se turbó.)
Bueno está.
Otavia. Quise bajar,
y díjome que otro día
a sacarlas volvería.
Federico. (No volverá, si yo puedo.)
Otavia. (A su rigor tengo miedo.)
Federico. ¡Hola!
Otavia. (Mi temor porfía.)

(*Dos* Criados *salen.*)

Criados. ¿Qué mandas, señor?
Federico. Cerrad
todas las puertas, y estad
vosotros a la primera.
Criados. Así se hará.

(*Vanse.*)

Otavia. (¡Quién pudiera
librarse de su crueldad!)
Federico. (Yo os vengaré, amado honor,
a fuerza de mi rigor,
de una mujer que os agravia.)
Dadme aquesa mano, Otavia.
Otavia. Tomad la mano, señor.
Federico. ¿Y el diamante que yo os di?
Otavia. (Perdida soy. ¡Ay de mí!)
Dile, mi señor, ahora
para que cierta señora,
que ayer me visitó aquí,
otro por la misma hechura
hiciese.
Federico. ¿No estáis segura
conmigo? ¿De qué teméis?
Otavia. Tan grande rigor traéis,
que ni el amor me asegura,
ni la inocencia no ha hallado
cosa que a vos os obligue
a rigor.
Federico. (¿Que estoy dudando?
Sola su muerte mitigue
la pena que estoy callando.
A Felisardo le ha dado
el diamante, y ha negado
fingiendo. Vos, fuerte acero,
que me vengaréis espero
de quien mi honor ha infamado.)

(*Sale el* Demonio *con hábito y alforjas blancas al hombro y dice:*)

Demonio. Dadme limosna, señor,
para San Francisco, luego.
(De mi paciencia reniego, (*Ap.*)
pues estorbé su rigor.)
Federico. Fraile, Demonio, o lo que eres,
¿qué me quieres? ¿qué me sigues?
Fraile: ¿por qué me persigues?
Fraile: ¿qué buscas? ¿qué quieres?
¿Tú te entras en mi aposento?
¿Tú te entras adonde estoy?
Demonio. Sepa que fray Diablo soy,
hermano, y estéme atento.
Dios me manda que le diga
que se enmiende y se corrija
y que a los pobres no aflija
ni a la religión persiga.
Que restituya al momento
todo lo que debe al mundo.
Mire que se va al profundo
y mire...
Federico. ¿Aquesto consiento?
¡Vive Dios!
Demonio. No se me allegue,
que no conoce quien soy.
Por embajador estoy
de Dios. Mire no le ciegue
la codicia, que está lleno
de avarientos el Infierno,
y mire que Dios es bueno
para amigo.
Federico. ¡Hola, criados!
¡Hola, gente!

(*Salen dos* Criados.)

Criado. ¿Quién da voces?
Demonio. Mire que hay penas atroces
allá para los culpados.
Federico. ¿Cómo dejastes entrar
este fraile aquí?
Criado. Señor,
nadie le ha visto.

DEMONIO. El rigor
mayor te ha de atormentar.
CRIADO. Este que es imagino
algún gran santo varón.
FEDERICO. ¿Hay tan grande confusión?
CRIAD. 2.º Sin duda es varón divino.
[FEDERIC.] Que lo sea o no lo sea,
limosna no le he de dar.
Déjame, fraile, gozar
de los bienes que posea.
Con disgusto no le quiero
dar limosna. Vete, vete
luego al punto, o mataréte.
DEMONIO. Antes morirás primero.
OTAVIA. Váyase, hermano, con Dios.
DEMONIO. Señora, a no haber venido,
¿de vos qué hubiera ya sido?
OTAVIA. ¿De mí, padre?
DEMONIO. Sí, de vos.
OTAVIA. (Este es santo, pues que sabe
lo que ninguno le dijo.)
FEDERICO. (Sólo en mirarle me aflijo.)
Echalde luego. La llave
echad a todas las puertas.
CRIADO. Idos luego.
DEMONIO. Ya me voy.
(¡Gran Dios! Oprimido estoy
y no sé lo que conciertas.
Ya predico a mi enemigo
tu ley y su salvación,
si él no ablanda el corazón,
con esto cumplo contigo.)

(Vase.)

FEDERICO. ¿Hay persecución tan fiera?
De la ciudad quiero irme.
Haced luego prevenirme
caballos. En la primera
casa he de quedarme, y vos
preveníos también, señora.
OTAVIA. Sí haré, mi bien. (Triste hora.
¡Matarme quiere, mi Dios!)
FEDERICO. (¡Vive Dios! que he de matalla
aunque la amparen los Cielos,
porque el amor y los celos
traban sangrienta batalla.)
CRIADO. Prevendráse la partida
luego.
OTAVIA. (¡Ay, santo varón:
a qué dichosa ocasión
entraste a darme la vida!)

(Vanse. El DEMONIO *y* FRAY ANTOLÍN *salen.)*

ANTOLÍN. ¿Qué le ha dicho Federico,
hermano?
DEMONIO. Es muy largo el cuento.
No quiso darme limosna.
ANTOLÍN. ¿Por dónde entró? Que sospecho
que estaban todas las puertas
cerradas.
DEMONIO. No hay aposento,
por más cerrado que esté
y defendido de acero,
que esté seguro de mí.
ANTOLÍN. (Grande confusión padezco;
mas no sé si aquéste es santo
o es demonio del Infierno.
El se entra en todas las casas
sin respetar a sus dueños;
junta limosna infinita,
y a todos tiene contentos;
sabe lo que el otro hace
en su casa...)
DEMONIO. Hermano, advierto
que no mormure de mí,
que Dios puede todo hacello
y soy por El enviado.
ANTOLÍN. Fray Demonio, bueno es eso:
antes digo que es un santo
y que entrambos pies le beso.

(Echase a sus pies.)

(Mal güelen, por vida mía.)
DEMONIO. Recójase al monasterio,
que lleva mucha limosna
y será muy grande el peso.
ANTOLÍN. No importa, que por mi Dios
seré un jumento o muleto.
DEMONIO. ¿De dónde es, fray Antolín?
ANTOLÍN. Francés soy, que no lo niego.
DEMONIO. Pues yo sé que es cosa cierta
no ha ayunado en año y medio.
ANTOLÍN. *Verbum caro factum est.*
Hermano, aqueso le niego;
no como ni bebo más
de lo que me da el convento.
DEMONIO. Pues ¿la bota que escondió
ayer?
ANTOLÍN. (Callo como un muerto.
Este es santo.) ¡Padre mío!,
que no descubra le ruego
mi pecado.
DEMONIO. No haya miedo,
muy bien puede estar seguro
porque aunque quiera no puedo.

(FISBERTO *y* TEODORO.)

FISBERTO. Yo sé que tengo razón.
TEODORO. Y yo sé también, Fisberto,
que es verdad cuanto os he dicho.
FISBERTO. En el campo lo veremos.
DEMONIO. (También a estos dos me oprime
les reprima los aceros,
porque no se den la muerte.)
¿Dónde bueno, caballeros?
FISBERTO. Al Infierno vamos, padre.
ANTOLÍN. Hágales muy buen provecho.
DEMONIO. (¡Que [a] aquesto me obligue Dios!)
Oigan, que decirles quiero
la causa de su pendencia:
esténme un instante atentos.
ANTOLÍN. (¿Hay tal fray Diablo, señores?)
DEMONIO. ¿Qué dice?
ANTOLÍN. Que soy un cesto.
DEMONIO. Nunca los que son amigos,
por cosas de más o menos
han de salir a matarse
como enemigos soberbios.
La mujer que ha pretendido
Teodoro, ha más de año y medio
que Fisberto la ha servido,
y así es razón que Fisberto
la posea por antigo;
mas en su amor vuestros celos
reprimid, mirad que Dios
desde el estrellado asiento
os está mirando a todos
y que hay Gloria y que hay Infierno
FISBERTO. A tus pies, santo varón...
TEODORO. A tus pies, varón del Cielo,
pido perdón de mis culpas.
DEMONIO. Alzad, señores, os ruego;
las manos os dad de amigos.
TEODORO. Mis manos aquí os ofrezco
y de mi intención desisto.
Laura es ya vuestra, Fisberto.
FISBERTO. Desde hoy soy vuestro amigo.
DEMONIO. Idos con Dios.
TEODORO. Besaremos
otra vez aquesos pies,
varón santo, a quien los Cielos
dotaron de santidad,
que los humanos secretos
penetras.

(*Vanse.*)

DEMONIO. Adiós, hermanos.
(¡Que aquesto permita el Cielo,
que a mí me tengan por santo
siendo el señor del Infierno!)
ANTOLÍN. Enojado está el hermano
con razón.
DEMONIO. Yo no lo niego.

(FELISARDO y ENRICO.)

FELISARDO. Al tiempo que de su mano
tocar quise el cristal tierno
entró su esposo.
ENRICO. Desdicha
grande.
FELISARDO. Mas ya voy resuelto,
si es que de casa ha salido
su esposo, celoso y necio,
a gozalla.
DEMONIO. ¿Felisardo?
(Todos los voy conociendo
a mi pesar.)
FELISARDO. ¡Quién me llama!
DEMONIO. Dejad, noble caballero,
el intento que lleváis;
porque abrasado de celos,
Federico, la ciudad
quiere dejar y resuelto
de matar a su mujer.
FELISARDO. ¿Qué dices?
DEMONIO. Aquesto es cierto.
En la primer casería
que llegue ha de ser su entierro,
y vos la causa habéis sido.
FELISARDO. Santo varón, agradezco
la merced que en declararme
sus intentos me habéis hecho;
dadme vuestros pies, dejadme
que mi boca imprima en ellos.
ENRICO. Y yo merezca también
besarlos.
DEMONIO. (Airados Cielos,
aunque me tratéis tan mal,
por una cosa me huelgo,
y es que me besan los pies
los hombres.)
FELISARDO. Yo parto luego
a estorbar tan gran desdicha.
Ven, Enrico.
ENRICO. Imita al viento.
FELISARDO. ¡Ay, santo del alma mía!
ENRICO. El alma mueve a respeto.

(*Vanse.*)

DEMONIO. De su mayor enemigo
los hombres amigo han hecho.
¡Ah, Francisco, y cuánto puedes!
¡Ah, Francisco, y cuánto siento

el haberme opuesto a ti,
pues que contra mí pelèo!

(*Una* Mujer *sale.*)

¿Qué quiere aquesta mujer?

Mujer. Padre mío, porque tengo
tres hijos, huérfanos todos,
pido que me dé remedio
para poder sustentarlos.

Demonio. El sacristán de San Pedro
es su padre; a él acudan.

Mujer. No hay nada que esté secreto.
Santo es, sin duda, este fraile.

(*Vase.*)

Antolín. ¿Y un sacristán tiene ingenio
y valor para hacer hijos?

Demonio. ¿Quién le mete, hermano, en eso?

Antolín. Callaré como una mula.
Mas una cosa le ruego,
padre, pues que tanto alcanza
con Dios: ¿Cuánto hay desde el [Cielo
a la tierra, que no ha habido
quien me diga este secreto?

Demonio. Solamente los demonios
pudieron saber aqueso;
mas, como aprisa bajaron
faltóles, hermano, el tiempo,
y no pudieron contar
las leguas.

Antolín. ¡Cuitados de ellos!

Demonio. Tome aquesa alforja, hermano,
y vaya luego al convento,
que yo tengo acá que hacer.

Antolín. ¿Esta tarde no saldremos
a pedir limosna?

Demonio. Sí,
que yo volveré muy presto.

Antolín. Vaya con Dios. Y si agora
le doy a la bota un beso,
¿descubriráme?

Demonio. No, hermano.

Antolín. Pues yo me voy como el viento.

Demonio. Y yo voy a predicar
a mi enemigo soberbio.

Antolín. Líbreme Dios de fray Diablo.

Demonio. ¿Qué dice?

Antolín. Que soy un leño.

(*Vanse.* Federico *y* Otavia *salen.*)

Federico. Aquí veré si seguro
puedo estar de la ciudad;
en aquesta soledad
vengar mi agravio procuro.

Otavia. No en vano no me aseguro,
mi muerte temiendo voy.

Federico. Ni cuerdo ni honrado soy,
si mi deshonra no vengo;
noble soy y causa tengo.
¿Qué temo, si solo estoy?

Otavia. ¿Cómo no me habláis, señor?

Federico. Tengo una tristeza, Otavia,
que de tal suerte me agravia
que no me ayuda el valor.

Otavia. ¡Qué poco estimáis mi amor,
pues la causa no decís!
¿A mí, señor, encubrís
causa de vuestra tristeza?

Federico. ¡Oh, frágil naturaleza,
y qué presto que os rendís
a leyes del mundo vil!
¡Mal haya el que os inventó!
¿Es razón que pierda yo
por flaqueza femenil
mi honor, a pecho cevil,
a pecho de agravios lleno,
depósito de veneno,
de injuria, muerte y agravios,
y que haya en el mundo sabios
que este error tengan por bueno?
¡Que conserve yo mi honor
y mi mujer me destruya?
¡Que yo mis agravios huya
y me destierre el amor
de una mujer? ¡Ah, rigor,
terrible enemigo fuerte!
¡Qué loco en su amor advierte,
el hombre más avisado,
que se arroja sin cuidado
a los brazos de la muerte!
¿Y qué muerte puede haber
mayor que perder un hombre
estado, riqueza y nombre,
y la honra, que es su ser?
El juïcio he de perder
si no me ayudan los cielos,
atorméntanme desvelos
y confusiones me matan;
aquí los brazos me atan
y allí me persiguen celos.
Mas solo estoy, y no es justo
que deje yo de vengarme,
aunque venga luego a darme
la muerte mayor disgusto.
Amor me presenta el gusto

de sus regalos y amores;
honor me ofrece rigores
y aceros para su ofensa;
alto pues, Amor, dispensa,
que no estimo tus favores.
Mas, gente suena.

(Va a sacar la daga y salen FELISARDO *y* ENRICO.)

FELISARDO. Cazando
por este monte he sabido
que a la quinta habéis venido
y a veros vine volando.
Federico, ¿cómo estáis?
FEDERICO. Para serviros, señor.
(¿Qué indicio quiero mayor *(Ap.)*
que aquéste?)
FELISARDO. ¿Cómo os halláis,
bella Otavia, retirada
de la ciudad?
OTAVIA. Como quien
goza tal bien.
FEDERICO. (Declarada
está ya, ¡viven los cielos!
que aquesto ha dicho por él.
¡Ah, Circe, fiera cruel,
llamas me abrasan de celos!)
FELISARDO. (El fraile engañado se ha,
que no es indicio este amor
de matalla.)
ENRICO. (Fuera error
el imaginallo ya.)
FELISARDO. (Ya estoy más seguro, Enrico,
de su agravio y de su honor.)
ENRICO. (Tiénela notable amor
su marido Federico.)
FEDERICO. (¡Viven los cielos!, que están,
para aumentar mis enojos,
hablándose con los ojos.)
ENRICO. Voces en el monte dan.
FELISARDO. Alguna caza han hallado.
Adiós, amigo querido.
FEDERICO. (¿Qué aguardo? ¡Yo estoy perdi-
Adiós, señor Felisardo. [do!)*(Ap.)*
FELISARDO. Que luego os volveré a ver,
que esta noche he de quedarme
con vos.
FEDERICO. Será aqueso honrarme.
(Mas no hallaréis mi mujer.) *(Ap.)*
FELISARDO. Adiós, bella Otavia.
OTAVIA. Adiós.
FEDERICO. (¡Que deje ir a quien me agravia
libre y yo pague la pena!...
¡Pues que mi mujer no es buena,
yo ejecutaré mi rabia!)
OTAVIA. ¿Dónde habéis de aposentar
a Felisardo, si viene?
FEDERICO. (Notable cuidado tiene,
y yo tengo más pesar.)
OTAVIA. Que es justo la prevención
para quien es...
FEDERICO. Es verdad.
(¿Quién vió tan gran deslealtad?)
Otavia, no es menester
el prevenir la posada;
disculpado podré ser.
El traerte desta suerte
a la soledad que ves,
solamente, Otavia, es
por darte en ella la muerte.
Tú me ofendes, ¡vil traidora!,
con Felisardo.
OTAVIA. ¡Oye, escucha!
FEDERICO. Cuando la pasión es mucha
no hay disculpa.
OTAVIA. Oye agora.
FEDERICO. La posada que hallará
será tu cuerpo difunto,
que el alma en aqueste punto
con este acero saldrá.

(Dale con la daga.)

OTAVIA. ¡Virgen bella, claro espejo
adonde se mira Dios,
¡valedme, Señora, vos!
Culpa tuve, a vos os dejo
por intercesora mía!
FEDERICO. ¡Muere!

(Vale a dar con la daga otra vez y sale el DEMONIO.)

DEMONIO. Limosna me dad
para Francisco.
FEDERICO. ¿Hay crueldad
como aquésta? ¿Hay tiranía
tan cruel? ¿Qué es esto, cielo?
¡Vive Dios, que he de matalle!
No tengo de respetalle;
mas arrojaréle al suelo
y su rostro pisaré.
¿Qué quieres, villano loco,
que a más furia me provoco
en viéndote?
DEMONIO. Ya que fué
gusto de Dios infinito
que te predicase yo,

advierte que El lo mandó;
no intentes tan gran delito.
Mira que Dios, aunque agora
se te muestra tan piadoso,
es Juez recto y riguroso
y que tus culpas no ignora.

FEDERICO. Ni quiero que Dios me quiera
ni quiero verte tampoco.
¡Vete, vil!

DEMONIO. No seas loco.

FEDERICO. ¿Esto mi paciencia espera?
¡Hipócrita, mal nacido!,
huye de mis fuertes brazos,
que en ellos te haré pedazos.
Mas ¿dónde te has escondido?
¿Huyes de mí?

DEMONIO. Mira, advierte
que Dios esto me mandó.

FEDERICO. Mataréte agora yo
y luego déme El la muerte.
Aguarda. ¿Adónde te vas?
¿Dónde estás que no te veo?

(*Vale a dar con la espada y hace que no le ve.*)

DEMONIO. Mira que tu bien deseo.

FEDERICO. ¡Oh, villano! ¿Adónde estás?
Sombra, demonio o lo que eres,
santo de apariencia vana,
contrapuesto a mis deseos,
despreciador de mis armas,
¿cómo a esperar no te atreves
los filos de aquesta espada?

DEMONIO. Mira que es Dios riguroso,
mira que ya desenvaina
la espada de su justicia

FEDERICO. ¿Por qué huyes? Mas ¿qué aguar-
[da
mi furor? En esta infame
tengo de vengar mi rabia.
¡Muere, a pesar de los cielos,
que te defienden y amparan!
(*Dale otra vez.*)

OTAVIA. ¡Virgen, de quien siempre he sido
devota, Reina sagrada,
volved por mí, no miréis
mis culpas, que han sido tantas!
¡Muerta soy!
(*Muere.*)

FEDERICO. Tú, fraile loco,
llega si quieres vengarla;
(*Da cuchilladas al aire.*)
que ni tus hábitos temo
ni estimo tus amenazas.

DEMONIO. (Cuando él piensa que me ofende,
que me aniquila y agravia,
como yo hago la suya
hace también él mi causa.
Mas esta opresión me incita
y este preceto me mata.)
Pecador, oye.

FEDERICO. ¿Qué quieres?

DEMONIO. Segunda vez Dios me manda
que te vuelva a predicar.
Vuelve los ojos, repara
y mira en aquel peñasco
aquella furiosa espada,
no de reluciente acero
sino de sangrientas llamas
que amenazándote está.

(*Aparece entre unas peñas una espada de fuego y* SAN FRANCISCO *como que la detiene.*)

FEDERICO. ¡Sólo el mirarla me espanta!
¡Oh, qué de fuego que arroja!

DEMONIO. Pero mira cómo es tanta
la fuerza de nuestro padre,
que la detiene y aparta!
¡Mira a Francisco, que está
con sus descubiertas llagas
mostrándolas al Señor
porque refrene su espada!

FEDERICO. ¿Qué hechizos o qué locura
son éstas, que ansí me espantan?
Hechizos son de este fraile,
que con la vista me agravia.

DEMONIO. Rebelde estás todavía,
pues mira, vuelve y repara
en aquel asiento adonde
te tienen tus arrogancias;
mira cuál estás, advierte...

(*Aparece sentado en una silla de fuego y dos* DEMONIOS *a los lados.*)

FEDERICO. ¡Cielos, desmayando voy,
y ya las fuerzas me faltan!
¿Yo mesmo soy el que estoy
vomitando tantas llamas,
sufriendo tantos tormentos?
¡Padre mío, padre, baja,
dame tu ayuda!

DEMONIO. (¡Oh, cobarde,
y qué presto que desmayas!
Ya enterneciéndote vas;
no quiero decille nada;
mas ¡ay! que me oprime Dios
y su poder me amenaza.)

FEDERICO. ¡Padre de mis ojos, llega!

Mas, si mis culpas son tantas,
¿cómo me ha de perdonar,
si es el Dios de las venganzas?
Y cuando me vuelva a El,
¿ha de consentir el alma
que yo la venganza deje
si Felisardo me agravia?
Un odio tengo con él
que, cuando agora expirara,
muriera con él.

DEMONIO. Advierte
que si aquese rencor guardas,
que te verás como aquellos
que cayeron en desgracia.

FEDERICO. Ya me enternezco, Dios mío;
el corazón se me ablanda:
un sudor helado y frío
siento.

DEMONIO. Bondad soberana
es la de Dios. (¿Es pusible
Dios, que con clemencia tanta
tratas al hombre, y a mí,
por una ofensa liviana
me castigases ansí?
Permite que las entrañas
rasgue junto con la furia
para que vierta las llamas
que abrasan mi corazón.
Ya he cumplido tu palabra,
ya he predicado a este infiel;
déjame agora que vaya
a sustentar el convento
donde tus siervos aguardan.)

(Vase.)

FEDERICO. ¡Gran confusión es la mía!
¡Afuera, ilusiones varias!
Que ni está enojado Dios
ni me amenaza su espada.
¿Qué dirá el mundo de mí,
si saben que me afrentaba
Felisardo y no le mato?
¡Muera, muera quien me agravia!
Enójese Dios conmigo,
amenáceme su espada,
incíteme su castigo,
denme temor sus palabras;
que ni temo su rigor
ni estimo sus amenazas.
¡Muera Felisardo, muera!
Su sangre lave las manchas
de mi honor, que cuando Dios
más le enoje, cosa es clara
que más penas no ha de darme
que del Infierno las llamas;
y cuando me vengue yo,
ningún Infierno me espanta.

(Vase. Sale FRAY ANTOLÍN.*)*

ANTOLÍN. Hacia aquesta casería
que venía me dijeron
muchos que salir le vieron
de la ciudad.

(FELISARDO *y* ENRICO *salen.)*

FELISARDO. Este día
tengo de lograr mi amor.
Aquí tengo de quedarme
esta noche.

ENRICO. Podrás darme
albricias del bien mayor
que hombre ninguno ha gozado.
Aquí quedaron los dos.

FELISARDO. Es verdad.

ENRICO. ¡Válgame Dios!
¡Qué suceso desdichado!

FELISARDO. ¿Qué es, Enrico?

ENRICO. Otavia muerta.

FELISARDO. ¡Ay de mí!

ANTOLÍN. Dos hombres llegan aquí.

FELISARDO. ¡Riguroso Federico!
¡Corazón de tigre fiera!
¿A un ángel diste la muerte?
¿Pecho tuviste tan fuerte
que a tal diosa se atreviera?
¡Angel hermoso! ¡Bien mío!,
yo tuve toda la culpa;
mas sírvame de disculpa
mi amor firme. Helado y frío
está el cristal de sus manos
y el nácar de su hermosura.
¡Qué corta fué mi ventura!

ANTOLÍN. Aquí están dos cortesanos,
que el uno está suspirando
y el otro llorando está.
¡Válgame Dios! ¿Qué será?

FELISARDO. Iré como loco dando
voces por aquestos montes
que mi desdicha están viendo,
llorando y enterneciendo
sus poblados horizontes.
Atlante firme seré
deste cuerpo generoso,
de aqueste espíritu hermoso
que ángel en la tierra fué.

ENRICO. ¿En brazos la has de llevar?

FELISARDO. Y aun en el alma quisiera,
Enrico.

ENRICO. Detente, espera;
que, aunque en desierto lugar,
un religioso ha llegado.

FELISARDO. Tienes, Enrico, razón,
y es de aquel santo varón
compañero.

ENRICO. Hermano amado,
llegue acá, por vida suya.

ANTOLÍN. ¿Qué quiere, hermano? Ya llego.
Tengo yo muy poco brío
y ánimo muy mucho menos
para poder consolarlos.
¿Qué mujer es la que veo?

FELISARDO. Es la que en la tierra fué
vivo retrato de Venus,
la que fué de la hermosura
y de la belleza espejo,
ejemplo de discreción
y de virtudes ejemplo.

ENRICO. Ansí, padre de mis ojos,
cuando desampare el cuerpo,
pise celestes zafiros
en azules pavimentos,
que pues con Dios tanto alcanza,
que muestre aquí los secretos
de Dios; muestre aquí el valor
que les concede a sus siervos.
Pídale a Dios que la vuelva
el alma al difunto cuerpo.
Haga un milagro.

ANTOLÍN. ¡Por Dios,
que se ha hallado el milagrero!
¿No hay más que hacer milagros?
¿Son los milagros buñuelos?

FELISARDO. Yo sé que si quiere, puede.

ANTOLÍN. Yo sé, hermano, que no puedo
aunque quiera.

FELISARDO. ¡Por su vida,
que lo haga!

ANTOLÍN. (¿Hay tal aprieto?)

(Sale el DEMONIO.*)*

DEMONIO. Reservada está de Otavia
el alma, no sé a qué efeto,
que ni al Infierno ha bajado,
ni menos subido al Cielo,
ni entrado en el Purgatorio.

ANTOLÍN. ¡Padre!

DEMONIO. Hermano, ¿en el desierto?

ANTOLÍN. Padre, véngole a buscar
porque le llama el convento.

FELISARDO. A vuestros pies, padre mío,
en llanto anegado vengo
a que remediéis, piadoso,
la desdicha que contemplo.

DEMONIO. ¿Cómo, si soy pecador?

FELISARDO. Sois un santo.

DEMONIO. (Aquesto siento
más que todas mis desdichas.
¿Santo? ¿Yo, santo? ¡Blasfemo
de mí mismo!)

FELISARDO. Esto ha de hacer.

ANTOLÍN. (El hermano compañero
me ha sacado de la puja.)

DEMONIO. (¡Ay de mí! ¿Qué es lo que veo?
Cercada de paraninfos
llega agora, ¡santos cielos!,
la Madre de mi enemigo,
la causa de mis tormentos.
Ya llega donde está echado

(Baja la VIRGEN *en un trono de* ANGELES *y* SERAFINES*, la luna debajo los pies.)*

de Otavia el difunto cuerpo
y con sus divinas manos
la toca. No quiero vello;
al fuego quiero arrojarme;

(Echase el DEMONIO *boca abajo echando fuego.)*

él me reciba en su centro.)

FELISARDO. Ya se humilla el santo fraile
a hacer oración al Cielo.

DEMONIO. (¿Por sola una devoción
que ésta tuvo, ¡rabio, muero!,
baja del Cielo María
a volverla el alma al cuerpo?
María, no me persigas;
basta, María, el tormento
que yo paso. Ya la toca
con sus manos; ya el aliento
vuelve al alma; ya se mueve;
ya tocan los instrumentos

(Vuelve a subir la VIRGEN *con mucha música.)*

celestiales; ya se va
el real acompañamiento.
¡Quiero la tierra dejar!)

OTAVIA. ¡Jesús, qué grande consuelo!
¿Qué visión tan milagrosa
es la que veo en el viento?

FELISARDO. ¡Ay, padre! Su santidad
enriquece aquestos reinos.
Déjeme besar sus pies.

ENRICO. Déjeme que goce dellos
también.

ANTOLÍN. Y déjeme a mí
que mi boca imprima en ellos.
DEMONIO. (¡Oh, mal haya mi poder!
¿Por qué no exhala mil fuegos
y a todos éstos abrasa?)
FELISARDO. Otavia mía, ¿qué es esto?
OTAVIA. ¿Adónde mi esposo está?
FELISARDO. Vuestro esposo ya no es vuestro.
Mía habéis de ser, si pesa
al mundo.
OTAVIA. ¿Si enojo al Cielo
otra vez y me castiga?
FELISARDO. Vamos a la Corte luego,
que yo he de hacer castigar
a Federico al momento.
DEMONIO. No incites a Dios ya más.
FELISARDO. Vuestro gusto seguiremos.
Caballos están a punto,
subid vos en uno dellos.
DEMONIO. Yo he de ir a pie, hermano mío.
FELISARDO. Vamos, Otavia.
OTAVIA. Aún no he vuelto
del éxtasis en que estuve.
ANTOLÍN. En este paso contemplo
un Diablo santo, que ha sido
de aqueste nombre el primero.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

PERSONAS DEL TERCER ACTO

FRAY ANTOLÍN.
El DEMONIO.
Dos CIUDADANOS.
MÚSICOS.
FEDERICO *y* CRIADOS.
OTAVIA.
Una MUJER.
Un ENDEMONIADO.
Unos VILLANOS.
Otro DEMONIO, *que es el primero.*
El GOBERNADOR.
FELISARDO.
El GUARDIÁN.

ACTO TERCERO

(FRAY ANTOLÍN *y el* DEMONIO, *huyendo, que los viene siguiendo la gente para cortarles de los hábitos con tijeras, y dicen:*)

FRAY ANTOLÍN.

Dejadme, gente bárbara, dejadme;
que no soy santo yo, ni serlo espero.

DEMONIO.

Pueblo engañado, pueblo lisonjero,
mirad que soy el pecador más grande
que en este mundo habita.

PRIMERO.

Padre mío,
un poquito no más.

FRAY ANTOLÍN.

De tus narices
lo cortarás mejor.

DEMONIO.

(¡Impaciencia cruel!, dime, ¿qué esperas,
que esta ciudad no abrasas?)

FRAY ANTOLÍN.

No se apegue;
mire que le daré con las alforjas.

SEGUNDO.

Yo también corto.

FRAY ANTOLÍN.

¡Voto al jumento santo
que entró en Jerusalén el día de Ramos,
que el pan he de tirar de las alforjas
si otra vez llegan!

DEMONIO.

Tenga.

FRAY ANTOLÍN.

¡Voto a Cristo!

DEMONIO.

Pues ¿cómo jura así?

FRAY ANTOLÍN.

Jurando, padre.
¿Qué quiere, que consienta que me corten
el hábito, si luego me hace falta
y por mil redendijas me entra el aire?
¿Soy santo yo, por dicha?

DEMONIO.

Serlo espere.

FRAY ANTOLÍN.

Hermano, sea santo el que quisiere
con aquesa pensión; y si él es santo,
córtenle su vestido: mas el mío,
¿qué debe a los vecinos desta tierra,
de Moisenes, Danieles y Abrahanes?
Si a Cristo le cortaron el vestido,
quiso poder sufrirlo por salvarnos;
pudo hacerlo, que es Dios: mas que me quiten
[a mí] el vestido... ¡Por San Nicodemus!,
que si no se me enmiendan y reportan
que otra vez y otras dos los circuncide.

DEMONIO.

Tenga paciencia.

FRAY ANTOLÍN.

Téngala una bestia,
pues nació irracional; tenga un discreto
paciencia cuando habla con un necio;
tenga paciencia un hombre cuando hay lutos
y no se hallan bayetas, ni aun se hallan
sastres, que es hoy la cosa más sobrada;
tenga paciencia el hombre que se quita
la barba con barbero que habla mucho
y tiene mal aliento y torpes manos,
sobre tener navaja rechinante;
tenga paciencia quien con monjas habla;
tenga paciencia quien, por mal regido,
de su privanza cae a olvido y llanto,
y no la tenga yo, que no soy santo.
¡Que el hábito me corten desta suerte!

DEMONIO.

Tenga paciencia y haga pecho fuerte.

FRAY ANTOLÍN.

Por cortarme un pedazo me han metido
medio cuchillo por la parte oculta.
El primer santo soy martirizado
por tal lugar: mas él la culpa tiene
en revelar a nadie sus secretos
ni hacer milagros tantos.

DEMONIO.

Aquí vive
Federico.

FRAY ANTOLÍN.

Pues si entra, yo me escurro,
que más temo los palos que no el hábito,
aunque a puro cortar le hagan arnero.

DEMONIO.

Pues váyase el hermano, que entrar quiero.

FRAY ANTOLÍN.

Padre, si hubiese palo, haga un milagro,
que le deslomarán con gran donaire.

DEMONIO.

Por Dios lo sufriré, pues Él me oprime.
Vuélvase luego acá.

FRAY ANTOLÍN.

Padre, no quiero,
que me duele la herida bravamente
y me persigue ya toda la gente.

DEMONIO.

Mire que parará la risa en llanto.

FRAY ANTOLÍN.

Que por eso no tengo de ser santo,
por no verme, sólo esto dificulto,
martirizado por lugar oculto.

(*Vase.*)

DEMONIO.

Esta es la vez postrera, Federico,
que a mí me manda Dios que te predique;
si esta vez no se ablanda tu dureza,
ceñiré, aunque vencido, mi cabeza
del tridente, que no ciño ha mucho tiempo.
Dos meses faltan ya tan solamente
del plazo que me dió Dios riguroso
para andar oprimido desta suerte;
mas en cumpliendo, por la silla angélica
que, soberbio, perdí; por la que ciñe
murallas de alquitrán y de salitre,
y que agora poseo a mi disgusto,
que he de vengarme desta chusma infame.
El mundo he de asolar, y en el Infierno
no ha de quedar lugar desocupado.
Hasta la mesma sala he ya llegado
de Federico, y ya sacan la mesa
porque quiere comer. Aquí he de hacerme
al principio invisible. ¡Airados cielos!
¡Que así estime Dios quien le aborrece!
En rabia y en furor mi envidia crece.

(*Salen a poner una mesa, y* FEDERICO *sale y los* MÚSICOS.)

(*Cantan.*) "Ausente de su zagala,
los valles Lisardo siembra
de lágrimas que enternecen
los árboles y las peñas."

FEDERICO. No me cantéis, necios, ya
ningún romance de ausencia,
que aunque la muerte lo es,
no quiero me tratéis della.

(*Cantan.*) "Sale derramando flores
sobre los montes abril,
tan liberal al entrar
como pródigo al salir."

FEDERICO. Aquese romance, amigos,
no me pertenece a mí,
porque yo vierto ponzoña
si flores derrama abril.

(*Cantan.*) "Ofendido de su esposa,
que justamente le agravia,
quiere tomar Lisidoro
la ya trazada venganza."

FEDERICO. Aquí sí. ¡Qué buen romance!
Ese romance me agrada.

Tornad: volvelde a cantar
para que descanse el alma.

(Cantan.) "Mató a su esposa en el monte,
aunque con culpa, engañada,
y al descuidado ofensor
en una pública plaza."

FEDERICO. Pues Lisidoro mantuvo
más honor y más valor,
si supo vengar su honor,
en mi propio pecho estuvo.
No pudo su noble pecho
mayor valor encerrar,
pues, solo, supo dejar
el santo honor satisfecho.
Quedó de su injusto agravio,
como mató al ofensor,
finalmente, con honor
y vengado. ¡Muero y rabio!
Como a su esposa mató
y al que le ofendió dió muerte,
pues ¿fué Lidoro más fuerte
o más valiente que yo?
¿Fué, acaso, más valeroso,
más estimado y querido?
¡Alto! ¡Muera el atrevido!
Pero... si es tan poderoso
Felisardo, por lo menos,
hijo de un Gobernador.
¡Oh, pues si teméis honor,
bellaco, pleito tenemos!
Nunca si teméis haréis
cosa digna de contar.
¿Qué tenéis que aventurar
cuando ya perdido os veis?
¡Muera Felisardo, muera!
(Mas volveréme a sentar,
no vengan a sospechar
éstos lo que antes pudiera
encubrir.)

CRIADO. ¿Cómo, señor?

FEDERICO. (Disimular me conviene.)

CRIADO. (¡Notable tristeza tiene!)

FEDERICO. (¡Yo os vengaré, amado honor!)

DEMONIO. (¡Bravo rencor ha cobrado
a Felisardo!)

CRIADO. Aquí están
dos pobres.

FEDERICO. Cerrad el pan:
ninguno les dé bocado,
o mi casa dejen luego.
Mataldos si se detienen.

CRIADO. ¡Señor!

FEDERICO. ¡A buen tiempo vienen!
¡Cuando yo me abraso en fuego!

CRIADO. Ya se van, señor.

FEDERICO. Espera.
Decildes que entren aquí.
Nunca seguro comí
desta gente lisonjera,
destos vagamundos viles.
Quitadme de aquí la mesa
y dejadme descansar.
¡Qué tristeza! ¡Qué pesar!

CRIADO. De tu tristeza me pesa.

DEMONIO. (¡Qué gran contento me ha dado
el ver lo que he visto aquí!)

CRIADO. Una mujer...

FEDERICO. ¡Ay de mí!
¡Mujer!

CRIADO. Y el rostro tapado,
entra en tu sala.

(Entra OTAVIA *con manto tapada.)*

FEDERICO. ¿Adónde
vas, mujer, de aquesta suerte?
Mírote y no puedo verte.
¿Por qué tu rostro se esconde
en la nube de ese manto?
¿Vienes por limosna?

OTAVIA. Sí.

FEDERICO. Echalda luego de ahí.

OTAVIA. Paso, no te enojes tanto.

FEDERICO. No hables, porque tu voz
tiene semejanza tal
con la de una desleal,
que, como a encanto feroz
de la amorosa sirena,
tiemblo y estoy temeroso.
¿Qué quieres?

OTAVIA. Busco a mi esposo,
que me da su ausencia pena.

FEDERICO. ¿Es algún criado mío?

OTAVIA. No; que quedéis solo os ruego.

FEDERICO. (¡Bueno es esto para el fuego
de mi pecho!)

OTAVIA. (En Dios confío
que le tengo de cobrar
otra vez.)

FEDERICO. Salíos afuera
todos. (Alguna quimera
se tiene de levantar.)

(Vanse.)

OTAVIA. ¿Conócesme, falso ingrato?

(Descúbrese OTAVIA.*)*

¿Qué me miras? No te espante
de que me tengas delante.

FEDERICO. De Otavia es el retrato
que miro. ¡Válgame Dios!

OTAVIA. ¿Para qué te ha de valer,
si no le quieres temer?
Solos estamos los dos.

FEDERICO. Apártate, sombra vana;
no llegues a mí.

OTAVIA. Yo soy
tu esposa Otavia.

FEDERICO. Su alma
podrá ser; su cuerpo, no,
que de cinco puñaladas
desamparado quedó.

OTAVIA. Es verdad.

FEDERICO. No te me llegues,
sombra, fantasma o visión;
espíritu fugitivo
de la cárcel que le dió
su mal vivir. Si es que vienes
a que por ti ruegue a Dios,
o que haga bien por tu alma,
vuélvete luego, que yo
harto haré de hacer por mí,
sin hacer por quien me dió
tanto deshonor y pena.
Ya sabes que nunca doy
limosna, y también sabrás
cuán poco amor tengo a Dios.
No hará por mí cosa alguna,
aunque se lo ruegue yo,
cuanto y más que no imagino
hacerlo nunca.

OTAVIA. Los dos
estamos solos. Escucha,
que ni yo espíritu soy,
ni vengo [a] que des limosna,
ni ruegues por mí al Señor.
Confieso que me mataste,
con soberbia y con rigor,
en unos amenos valles,
donde teñiste la flor
más blanca con sangre mía.
Difunto el cuerpo quedó,
y lo confieso; mas quiso
Dios en aquella sazón
llegase aquel santo fraile,
aquel divino varón,
que viste el tosco sayal
de Francisco, y rogó a Dios
por mí, y su divina Madre,
despreciadora del sol,
de quien la luna es despojos
puesta a sus pies, porque yo
desde pequeña la tuve,
como es justo, devoción,
volvió a restaurar mi vida,
mi alma al cuerpo volvió,
volví a gozar de la luz
que tu mano me eclipsó.
Mi inocencia y mi lealtad
verás en esto, señor.
Vuelve, piadoso, a mirar
a quien eres y a quien soy.
Bien pudiera con mi padre
volverme: mas quiero yo
volver a gozar tus brazos.
De rodillas, mi señor,
mi esposo, mi bien, os pido
que me recibáis.

FEDERICO. No estoy
dese parecer, Otavia.
Si la vida Dios te dió,
vuelve a Dios que te reciba.
Mas ¿qué aguardo? ¿Noble soy?
¿Esto sufro? ¿En mi presencia
vuelves, mancha de mi honor,
afrenta de mi nobleza
y de mi casa?

OTAVIA. ¿Qué error
cometí yo contra ti?

FEDERICO. Sólo mi enemigo atroz
pudo volverte la vida.
¿El vil fraile te volvió
el alma que el noble acero
como afrentado sacó?
¿Francisco? ¿El que llama humilde
el mundo? Tú, que el pendón
levantas de la humildad,
agora verás que soy
más poderoso que tú.

OTAVIA. ¡Ay de mí! ¿Qué hacéis, señor?

FEDERICO. Volverte a quitar la vida,
por ver si la intercesión
de Francisco, mi enemigo,
te libra.

OTAVIA. ¡Qué gran dolor!

FEDERICO. Y cuando acaso te libre
otra vez de mi rigor,
he de volver a matarte,
y si más te libra Dios,
te he de volver a matar
más veces que tiene el sol
rayos y estrellas el cielo.

(*Sale el* DEMONIO.)

DEMONIO. Detente.
FEDERICO. ¿Quién eres?
DEMONIO. Yo.
OTAVIA. (Espantado se ha quedado.
Quiero huír su rigor
y volverme a Felisardo.)

(*Vase.*)

FEDERICO. ¡Fraile, demonio o visión!
¿qué me quieres, que me sigues?
Déjame vivir, que estoy
muerto, loco y sin juïcio.
DEMONIO. Da limosna.
FEDERICO. Aqueso no.
DEMONIO. Llama a Dios.
FEDERICO. Cuando sea tiempo.
DEMONIO. Federico, ya llegó
el plazo tan deseado
para mí. Dios me mandó
que te predicase. Advierte
que éste es el postrer sermón.
Mira que no tiene el mundo
otro mayor pecador.
Mira que es Dios riguroso.
FEDERICO. Todo me cubre un sudor.
El corazón dando saltos
me dice que vuelva a Dios.
DEMONIO. (¡Ay de mí, que se enternece!
¡Ah, cobarde!) ¡Mira el sol
de la justicia divina
enojado!
FEDERICO. ¡Pecador
he sido; yo lo confieso!
y quiero...
DEMONIO. (Perdido estoy.
¡Ah, villano!)
FEDERICO. Volver quiero
a su gracia.
DEMONIO. (¿Qué rigor
de Dios contra mí es aquéste?)
FEDERICO. Mas, ¿perdonaráme? No;
claro está. Mas... sí hará,
que es muy piadoso el Señor
del Cielo. Pero es quimera...
No puede ser...
DEMONIO. ¡Pecador,
mira que Dios te amenaza!
FEDERICO. Que si me amenaza Dios
y la espada de Justicia
vendrá contra mí, ¿qué estoy
dudando? Padre, confieso
mi grande culpa y error.
DEMONIO. (¡Cielos!, ¿esto consentís?
¡Infierno!, ¿esto sufro yo?)
FEDERICO. Confieso que malo he sido
y que yo soy el peor
que en toda la tierra ha habido.
DEMONIO. Pues da limosna.
FEDERICO. Eso no.
En llegando a dar limosna
a Francisco, olvido a Dios.
DEMONIO. ¿Qué dices?
FEDERICO. Que aquesto digo.
DEMONIO. (Ya he predicado, Señor,
lo que Vos habéis mandado;
con esto cumplo con Vos.
Albricias doy a mi dicha.
¿Más me oprimís? ¡Grande amor
es el vuestro! Quiero hablarle,
pues que Vos gustáis, Señor.)
¡Abrid, mostruos del abismo,
aquesa puerta feroz
del Infierno! Federico,
¿ves esta puerta? Si no
te arrepientes yo alcanzo
hoy la vitoria mejor
que se ha alcanzado jamás.
FEDERICO. ¡Oh, qué vista tan feroz!
¡Oh, qué de penas crueles!
Padre, ya rendido estoy.
DEMONIO. ¿Qué dices?
FEDERICO. Que estoy rendido.
DEMONIO. Da limosna.
FEDERICO. Aqueso no,
que es mi enemigo Francisco.
DEMONIO. ¿Oprímesme más, Señor?
¿No? Pues goza ya de mis penas.

(*Ábrese un escotillón y échale el* DEMONIO *dentro y salen llamas de fuego.*)

Déjame agora quejar
¡oh, riguroso Señor!
del amor que al hombre tienes.
Si cuando te ofendí yo
me dieras tanto lugar
para llorar con dolor
mi culpa, mi ofensa grave,
¿no te pidiera perdón?
Claro está. Pues ¿por qué causa
al hombre que te ofendió
tantas veces, conociendo
que eres quien le redimió
le aguardas un año y otro
y mitigas tu rigor
cuando se arrepiente y llora?

¿Tan ciego estás de su amor?
¡Tanto le estimas y honras!
Pero harto te costó.
No me espanta la respuesta,
que es su disculpa mayor.
Quiero volver a mi intento;
volver quiero a mi opinión
hasta que se cumpla el plazo.
Ya Federico bajó
al Infierno, y no quisiera
que con esta muerte atroz
la ciudad se alborotase
hasta el mismo día que yo
su desdicha publicando
a todos, pues dueño soy
de las penas infernales,
participen su dolor.
Quiero obligar a un ministro
a que cumpla mi intención
en forma de Federico.
Sal luego al mundo, Estarot,
pues que Dios me obliga a ello.

(*Sale el mismo* FEDERICO *de demonio como antes.*)

ESTAROT. ¿Qué me quieres? Aquí estoy.
DEMONIO. Que sufras de Federico
la persona desde hoy
hasta el día que yo diga
públicamente el error
de las penas que padece.
ESTAROT. Tu esclavo obediente soy.
DEMONIO. Calla a todo cuanto vieres.
ESTAROT. Así lo haré. (1)
DEMONIO. A pedir limosna voy
desde aquí para Francisco,
que es mi enemigo mayor.

(*Vase. Salen* FELISARDO *y el* GOBERNADOR.)

FELISARDO. Soberbio desconocido,
¿aquí estás de aquesta suerte
cuando a Otavia diste muerte?
Loco, desagradecido,
¿qué te hizo su inocencia?
¿En qué te ofendió su amor
para dar contra su honor
tan rigurosa sentencia?
¿Ofendióte, por ventura?
¿No hablas? ¡Falso, villano!,
¿tú ensangrentaste la mano
en la mayor hermosura?
Habla. Pero ¿qué has de hablar
cuando te ves tan culpado?
GOBERNAD. Después de haberla librado
su inocencia, a tu pesar,
de la muerte, ¿es justa cosa,
Federico, volver vos
a deshacer lo que Dios
y su Madre generosa
ha restaurado? ¿Es verdad
aquesto que Otavia dice?
FELISARDO. Nada, señor, contradice,
pues que calla su maldad.
GOBERNAD. ¿Distes a Otavia la muerte?
FELISARDO. A todo calla el traidor.
GOBERNAD. ¿Matástela?
FELISARDO. Sí, señor;
yo lo vi.
GOBERNAD. Pues de esa suerte
probada está la malicia.
A la cárcel le llevad,
donde dirá la verdad
y se hará con él justicia.
FELISARDO. ¡Villano!, ¿a nadie respondes?
GOBERNAD. Su error le habrá convencido.
Ya tu delito he sabido.
FELISARDO. Pues ¿para qué el rostro escondes?
GOBERNAD. Llevalde, que yo haré
la justicia que verás.
FELISARDO. Con tu oficio cumplirás
y yo a Otavia gozaré.

(*Vanse, y salen el* DEMONIO *y* ANTOLÍN.)

ANTOLÍN. Toda la casa está llena
de enfermos de varios modos.
DEMONIO. ¿Y a qué vienen?
ANTOLÍN. Vienen todos,
como tu fama es tan buena
y tan santa, que los cures
de su enfermedad.
DEMONIO. ¿A mí?
¿Qué dices, di?
ANTOLÍN. Esto es así.
A éstos es bien que procures
la salud, que no a los otros
que son ricos.
DEMONIO. Es verdad.
ANTOLÍN. Sánales su enfermedad
siquiera porque a nosotros
nos imitan en pobreza.
DEMONIO. (¡En qué tormento estoy puesto!
A no acabarse tan presto
faltara la fortaleza
de mi valor.)

(1) Además de la mitad de este verso falta otro que mantenga la regularidad del romance.

(*Sale una* MUJER *con un* NIÑO *en los brazos.*)

MUJER. Padre mío,
a quien el Cielo dotó
de santidad [e] infundió
tal virtud; en vos confío.
Aqueste niño ahogado
aquesta mañana hallé
en mi cama.

DEMONIO. Váyase,
y otra vez tenga cuidado.
¡Noramala para ella
y para quien la parió!

MUJER. Merezca aquesta vez yo,
por la Virgen pura y bella,
Madre de Dios, que os dignéis
de rogar a Dios por él.

DEMONIO. (¿Yo rogar a Dios, cruel?)

MUJER. Pues que sois santo, os mostréis
conmigo.

DEMONIO. Dejadme aquí,
hermana.

MUJER. Gran confusión.
Llegad siquiera el cordón.
¡Ay, venturosa de mí!
La boca abre y los ojos
tiene abiertos, padre mío.

DEMONIO. (¿Tal consiento?)

MUJER. ¡Qué desvío!
Dejad que sean despojos
mi boca de vuestros pies,
de quien tanto bien recibo.

DEMONIO. (O este niño estaba vivo,
o aquéste milagro es.)

MUJER. Iré dando, como loca,
derramando alegre llanto,
voces. Digo que sois santo.

(*Vase.*)

DEMONIO. ¡A qué rigor me provoca!

(*Sacan unos* VILLANOS *a un* ENDEMONIADO.)

ENDEMON. ¿Dónde me lleváis, villanos?

VILLANO. Adonde os hagan salir
los conjuros de este santo.

ANTOLÍN. Nunca tuve devoción
con asistir donde hay diablos.

ENDEMON. ¿Dónde vais, el de la bota
escondida?

ANTOLÍN. Diablo honrado,
yo no me meto con él;
quiero arrimarme a este lado.

VILLANO. Padre, aquéste es hijo mío.
El diablo se ha apoderado
de él.

DEMONIO. ¿Desde cuándo?

VILLANO. Desde el día
que de casarle han tratado,
nunca Dios lo permitiera.

ENDEMON. ¿Qué preguntáis, vos, hermano?
¿Disfrazado ahí estáis?
¿Sois vos al que llaman santo?

DEMONIO. El mismo.

ENDEMON. Como mi abuelo.

ANTOLÍN. (¡Cómo le teme el bellaco!)

ENDEMON. ¡Bien parescéis, por mi vida,
con el sayal tosco y pardo!

DEMONIO. Vestímele a mi pesar.

ENDEMON. Ya yo sé que os ha pesado.
¡Qué poco os debe el infierno!

DEMONIO. No soy mío, soy mandado.

ENDEMON. Pues ¿quién os obliga?

DEMONIO. Dios.

ENDEMON. ¿Y sois vos aquel bizarro
y gallardo capitán
que se atrevió a derribarle
de su silla?

DEMONIO. Yo soy.

ENDEMON. ¿Vos?
No os conozco; estáis trocado.
Yo os vi enarbolar bandera
sobre los célicos astros
diciendo: "¡Viva Luzbel!"
No fué cosa de cuidado,
que dieron patas arriba
con vos.

ANTOLÍN. ¡Oh! Lo que habla el Diablo;
poder de Dios!

ENDEMON. Antolín,
seamos amigos.

ANTOLÍN. ¡San Marcos,
con su rujero (1) y león
me ayuden! Cordón santo
de mi padre San Francisco,
valedme.

ENDEMON. ¡Calla!

ANTOLÍN. Ya callo.

VILLANO. Padre, conjúrelo luego,
que le martiriza tanto,
que temo no se me muera.

DEMONIO. Ya llego.

ENDEMON. Llegáis en vano.

DEMONIO. Sal dese cuerpo al momento.

(1) Así esta palabra en el original. De seguro deberá leerse "tintero".

ENDEMON. Y si entráis vos, ¿no es bien malo?
DEMONIO. Ya sabes que yo te puedo
oprimir.
ENDEMON. ¿Vos a mí, cuando
tan bueno soy como vos?
DEMONIO. Aun si dijeras tan malo,
dijeras una verdad
en tu vida.
ANTOLÍN. Fray Diablo,
tú parece que le temes.
DEMONIO. No temo yo a nadie, hermano
fray Antolín.
ANTOLÍN. Padre mío,
perdone, que soy un asno.
DEMONIO. Sal de ese cuerpo.
ENDEMON. ¿Qué dices?
DEMONIO. Que salgas luego.
ENDEMON. Pues ¿cuándo
has tú mandado tal cosa?
DEMONIO. Agora que te lo mando.
ENDEMON. Y ¿quién eres tú?
DEMONIO. Quien tiene
más poder que tú.
ENDEMON. Hable paso,
que todos somos demonios.
VILLANO. (Un poco se ha sosegado.)
DEMONIO. Es verdad, pero el mayor
soy.
ENDEMON. No te llegues tanto.
ANTOLÍN. ¡Cómo le tiembla el Demonio!
ENDEMON. No temo a nadie.
ANTOLÍN. Yo callo.
ENDEMON. Desde el infelice día
que del trono excelso y alto
caímos, somos iguales,
porque a no serlo, está claro
que no fuera igual castigo
el nuestro.
DEMONIO. Cuando un vasallo
de un rey, por servir a otro
va contra él, caso es llano
que son dignos por traidores,
de un mesmo castigo entrambos.
De modo, que si yo fuí
el que alboroté el palacio
de Dios, si tú me seguiste,
mereces lo mismo.
VILLANO. (Un santo
es el fraile. Bravamente
le aprieta.)
DEMONIO. Porque el vasallo
que deja al señor que es bueno
por otro que será malo,
o al menos no sabe bien
lo que ha de hacer, es culpado
mucho más que el que nació
tan hermoso y gallardo
que le obligó su hermosura
a hacerle guerra.
ENDEMON. Es en vano
cuanto has dicho. Aquí he de estar
hasta que este desdichado
cuerpo desampare el alma.
DEMONIO. Llegaréte el cordón santo
de Francisco.
ENDEMON. ¿De invención
te vales? ¡Notable caso!
Quita, quita, que me matas.
VILLANO. ¡Oh, hideputa, el bellaco,
y cómo le hace dar voces!
DEMONIO. Sal presto, digo.
ENDEMON. Si salgo
te ha de pesar, que tengo
de publicar tus agravios
por la risión del Infierno.
DEMONIO. ¡Qué gran tormento que paso!
ENDEMON. ¿Por qué no llamas a Dios
agora, pues eres santo?
ANTOLÍN. El Diablo tiene razón;
ha hablado muy bien el Diablo.
DEMONIO. Nunca para cosas mías,
después que nací, le llamo.
ENDEMON. Pues ¿cómo quieres que salga,
que Dios no me lo ha mandado?
DEMONIO. ¿Cómo? Mandándolo yo
y poniendo aqueste santo
cordón encima de ti.
ENDEMON. ¡Quita, quita, pese a cuantos
tormentos he padecido!
DEMONIO. No te espante si esto hago,
que me oprime Dios.
ENDEMON. Ya salgo.
¿Quieres dejarme, Luzbel?
ANTOLÍN. ¡Oh, cuáles van los demonios
volando por los tejados!

(Suena ruido muy grande.)

VILLANO. A descansar le llevemos.
ANTOLÍN. Mucho puede con el diablo,
padre.
DEMONIO. No puedo conmigo,
que son efetos contrarios.
VILLANO. Denos, padre, aquesos pies.
ANTOLÍN. (No he visto pies tan asados
en toda mi vida.)
DEMONIO. Vayan,

y a Dios le encomienden.
TODOS. Vamos.
(*Vanse. Queda el* DEMONIO.)
DEMONIO. ¡Que yo mismo sea ministro
de mi mal y de mi daño!
¡Que yo a Francisco aborrezca
y por él haga milagros!
Mas ya no importa, que es poco,
que mañana cumplo el plazo
de mi desdicha.
(*Sale el* DEMONIO *segundo.*)
DEMON. 2.º Corrido,
triste, humilde, avergonzado
vuelvo a verte. ¿Qué es aquesto?
¿Qué hábito es éste contrario
a quien eres?
DEMONIO. Goza, amigo,
primero de mis abrazos;
y, en acabándome tú
de contar lo que ha pasado
en Toledo, te diré
la causa de mis agravios
y de mudar el vestido.
DEMON. 2.º Pues estáme atento un rato.
Llegué, como me mandaste,
a Toledo, que no alabo,
que es infamar cualquier cosa
cuando la alaban los diablos.
Entré en San Juan de los Reyes,
monasterio de aquel santo
a quien obedeces tú,
DEMONIO. Porque es causa de mis daños.
DEMON. 2.º Vi salir dos religiosos
con sus sombreros y báculos,
a pie y descalzos. Sentí
que iban a hacer agravio
al Infierno y a dar gloria
al Firmamento más alto.
Seguílos y, al fin, adonde
Guadarrama, río nombrado
que Castilla ensoberbece
sus raudales menos mansos,
paráronse porque vieron
que estaba muy hondo el vado,
evitando ya el pasar
su cristal acelerado.
Usé de astucia. Al momento
me transfiguré en un macho
tan hermoso y apacible,
que los devotos y santos
se persuadieron, humildes,
a pasar en él. Llegaron
y, como astuto, hice yo
del inocente y el manso.
Humillé entrambas rodillas;
subieron, y caminaron
por el río. Y aun apenas
pasan la mitad del vado,
cuando, soberbio, me arrojo
por la corriente nadando.
Temieron el gran peligro;
pero el uno de ellos, ¡rabio
de enojo!; al cuello me echó
un grueso cordón de esparto
de su padre San Francisco.
Mas apenas sentí el lazo
milagroso, cuando vuelvo,
con mansedumbre, a llevarlos.
Paséles el vado, y luego,
cuando pensé que agradados
de mi servicio se fueron (1)
y me dejaron entrambos,
me llevaron a Escalona,
donde un sermón predicaron,
que dió admiración al Cielo
y a los Infiernos espanto.
Volvieron para Toledo,
siempre sobre el triste macho,
cansado ya de sufrir
tal peso y trabajo tanto.
DEMONIO. ¡Ay de mí! Por ti se dijo
aquello del "¡pobre diablo!"
DEMON. 2.º Pues para darme a comer,
cuando yo comiera acaso,
arena y piedras echaban
en el pesebre, y no tanto
sentía esto como ver
la inmundicia de los gatos
entre la arena. Mas quiso
mi suerte que un fraile honrado,
recién venido al convento,
por allí pasase acaso.
Fingí ahogarme, y el fraile,
como vió ahogarse un macho,
sacó de un pequeño estuche
un cuchillo y corta el lazo.
Huyo, dejando el convento,
a tres pies. Llego cansado
de sufrir a carpinteros
y albañiles desalmados
que, por cualquier niñería,
me derrengaban a palos.

(1) Este verso y los nueve que siguen están al margen y de otra letra.

DEMONIO. Gran poder tiene Francisco,
yo lo confieso, aunque callo.
Pues que Dios por él me oprime
a sufrir tormentos tantos,
no porque vengas vencido
no has de ser galardonado.
Mi corona has de ponerte
y el tridente rodeado
de culebras escamosas.

DEMON. 2.º Buen premio de mis trabajos.
Mas ¿cómo este traje vistes?

DEMONIO. Como soy tan desdichado
que le traigo a mi pesar,
escucha. Mas es en vano,
que viene gente. Antolín es
éste.

(Sale ANTOLÍN.)

ANTOLÍN. ¡Suceso extraño!

DEMONIO. ¿Qué es esto, hermano Antolín?

FRAY ANTOLÍN.

Vengo [yo] más contento que un poeta
que ha hecho una comedia. A Federico
le saca la justicia en este punto
a cortar la cabeza.

DEMONIO.

¿Qué [me] dice?
¡Pobre Estarot, y cuál irá el cuitado!
Jamás se ha visto año desgraciado
en demonios como éste.

FRAY ANTOLÍN.

Y el hereje;
que no hay remedio que llame a Jesucristo,
ni decir un Credo solamente.

DEMONIO.

¡Que este Francisco mi valor afrente!

FRAY ANTOLÍN.

Un Cristo le pusieron en las manos
y luego le arrojó como un cohete.
¡Ah, falso, hereje! ¡Vive Dios! Si fuera
seglar agora, aquí, cuando pasara,
le había de meter en la cabeza
seis lágrimas lloradas por el padre
que le nacieran cuernos en la frente
sin ser casado.

DEMONIO.

Mire lo que dice.

FRAY ANTOLÍN.

El clavo de Jahel, sin ser yo ella,
le había de zampar por las orejas;
la espada de Judith por las entrañas;
la daga de Laurencio por el pecho,
y las brasas de Porcia por la boca,
y, finalmente, le arrojara un silbo
que se quedara muerto por un hora.

DEMONIO.

Sin duda que el juicio ha ya perdido.

FRAY ANTOLÍN.

Ya el ruido suena.

DEMONIO.

Ya ha llegado el plazo
de mi oprisión, hermano.
¿Qué le parece?

FRAY ANTOLÍN.

No me meto en eso.

DEMONIO.

Hoy mis culpas en público confieso.

(Salen el GOBERNADOR, FELISARDO, FEDERICO, *vestido de luto, y el* GUARDIÁN *junto de* FEDERICO, *y acompañamiento. Habrá una mesa cubierta de luto.)*

GUARDIÁN.

¡Hermano, por el Dios que tanto alcanza,
que se vuelva a mirar retrato suyo!
¡Confiésese siquiera; a Dios reciba,
y háblele una palabra solamente!

GOBERNADOR.

Déjelo, padre, que viene ya resuelto
a morir de esta suerte. La cabeza
le corten luego, aunque el castigo justo
fuera entregarle al fuego agora vivo.

GUARDIÁN.

¡Hermano de mis ojos, vuelva y mire
este Señor divino que se puso
en esta cruz por él; mire sus manos
derramando corrientes de rubíes
destilados en hilos carmesíes!
Aunque le haya ofendido muchas veces,
una vez sola que "pequé" le diga
Dios le perdonará, que es infinita
su piedad soberana. —No hay remedio.
Désele Dios. Amén.

GOBERNADOR.

Suba al suplicio.

DEMONIO.

¡Hombre, mira que vas de Dios al juicio!

GOBERNADOR.

¡Oh, mi padre fray Diablo! ¿Qué es aquesto?

DEMONIO. Oídme, ciudad de Luca.
Vosotros, estadme atentos,
que ni aquéste ha de morir
ni puede.

GOBERNAD. ¿Qué es esto, Cielos?

DEMONIO. Yo soy el Demonio, a quien
oprimió Dios este tiempo
porque quise derribar
las iglesias y los templos
del seráfico Francisco.

GOBERNAD. ¿Hay semejante suceso?

DEMONIO. Mandóme que me vistiese
este vestido, el cual dejo,
como veis, aquí delante
de vosotros.

ANTOLÍN. No haya pleitos,
señores, por las reliquias.

DEMONIO. Mandóme también que luego
otra casa edificase
y que los diese sustento
a todos los religiosos.
Mandóme que predicase
a Federico algún tiempo.
Prediquéle; mas no quiso
enmendarse. Ya le tengo
en el Infierno. Miralde,
porque toméis escarmiento.

(Aparece un Infierno, y FEDERICO *en una mesa lavándose las manos en fuego.)*

Cuando en este mundo estuvo,
vanaglorioso y soberbio,
a ninguno dió limosna,
que era avariento en extremo
Por eso permite Dios
que, en una mesa de fuego,
esté bebiendo resina
y alquitrán esté comiendo.
Aqueste que habéis traído
es ministro del Infierno
que, para aguardar el plazo,
le saqué para este efecto.
El plazo ha llegado ya.
Prediqué yo y di sustento
al monesterio. Ya hice
la casa. Cumplido dejo
el mandamiento de Dios.
Yo voy rendido y resuelto
a no perseguiros más,
si me persigo a mí mesmo.
Haced lugar y veréis
cómo del mundo me ausento.
Síganme los que quisieren
irse conmigo al Infierno.

(Húndense los DEMONIOS *cada uno por su lado, y salen grandes llamas y ruido.)*

ANTOLÍN. ¡Válgate el diablo, fray Diablo!

GOBERNAD. Maravillas son del Cielo.

ANTOLÍN. ¡Válgate el Diablo mil veces!
Ni me canso ni arrepiento.

GUARDIÁN. ¡Maravillado he quedado!

ANTOLÍN. El hábito guardar quiero
para alzarle por reliquia
a una higuera.

GOBERNAD. A Dios le demos
alabanzas infinitas,
pues tantos son sus misterios,
y al Serafín valeroso.

FELISARDO. Yo a ser el dichoso vengo,
pues hoy será Otavia mía.

ANTOLÍN. Ya quien descubra no tengo
mis secretos.

GUARDIÁN. Noten todos
y miren aqueste ejemplo,
y con el glorioso Padre
que tanto bien nos ha hecho
en este mundo se tenga
gran devoción, pues es cierto
que a los Infiernos oprime.

FELISARDO. Aunque humilde y verdadera,
esta historia se hallará
en las jornadas del Cielo.
Vuesas mercedes perdonen
y nos perdonen los yerros.

FIN. LAUS DEO

En Madrid, a primero de octubre 1630.—DIEGO DE ANUNZIBAY. *(Rúbrica.)*

COMEDIA FAMOSA

DEL

GRAN CAPITAN [1]

[PERSONAS

Alberico, } *caballeros.*
Espinelo, }
Pompeya, } *damas.*
Julia, }
Don Juan.
El Gran Capitán.
García de Paredes.
Morata, *lacayo.*
El rey don Fernando.
El Almirante.
Nuño de Ocampo, *capitán.*
Un Auditor.
Un Embajador.
La Reina Germana.
Un Contador.
El Capitán de la Guarda.
Dos Contadores.
El Rey Luis de Francia.
Un Capitán.
Un Criado.
Acompañamiento.
Soldados.
Músicos.]

JORNADA PRIMERA

(*Salen* Alberico *y* Espinelo, *caballeros.*)

Espinelo.

Puesto que a su fortuna se atreviese
con el valor de su invencible estrella
y de Alejandro la opinión tuviese,
que por el nombre ya se iguala a ella,
saldrá el Gran Capitán, aunque le pese,
aquesta vez de Nápoles la bella,
porque mis cartas van haciendo efeto.

Alberico.

No hay que advertir a hombre tan discreto
Pero presumo que podáis primero
sacar, por más que la calumnia afirme,
a las estrellas fijas del crucero
que entre los astros le llamaron firme:
desengarzar al sol os considero
de aquel engaste azul, sin persuadirme
a que pueda bastar sola una pluma
contra el que enfrena de la mar la espuma.
Corre del Norte al Sur la ilustre fama
de Gonzalo Fernández de tal modo,
que el Grande a voces, como veis, le llama:
y ya lo es tanto, que lo ocupa todo.
Y puesto que la envidia le desama,
y a sus persecuciones me acomodo,
mucho temo al valor de su grandeza.

Espinelo.

No hay en la tierra estado con firmeza.
Yo he escrito al rey Fernando de Castilla,
por muerte de Isabel sin ella agora,
que aquestos reinos a Filipo humilla,
por Juana, de su puesto sol, aurora.

Alberico.

¿Creerálo el Rey?

Espinelo.

No hay amistad sencilla,
amor ni voluntad que sólo un hora
no derribe a los príncipes al suelo
cualquier información, buen o mal celo.
El Rey con éste sospechoso vive,
y del Gran Capitán mil quejas forma,
que su inocencia, fe y lealtad le escribe,
con que en la fama universal conforma.
Mas la satisfacción tan mal recibe,
y lo que todo Nápoles le informa,
por el temor que de su yerno tiene,
que ya de Flandes a Castilla viene,
que sólo quiere que se vuelva a España
y a don Alonso de Aragón envía
con el gobierno de este reino.

Alberico.

Extraña
causa de competencia.

Espinelo.

El Rey porfía
a quedarse en Castilla.

Alberico.

Amor le engaña.

Espinelo.

Por Isabel la posesión tenía.
Si hereda Juana, justamente ha sido
su rey el Archiduque, su marido.

---

(1) A la cabeza del manuscrito dice simplemente: "De Aguayo."

Venga Filipe de Austria, que a su nieto
Carlos no ha de quitarle el rey Fernando
el natural derecho.

ALBERICO.

Vive inquieto;
no dejará Castilla, procurando...

ESPINELO.

Aquí mi información halló su efeto,
y persuadióse el Rey, imaginando
que en el Gran Capitán caber podía
darle este reino al que a reinar venía.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO.

El Virrey, mi señor, dice que al punto
los dos vais a palacio.

ESPINELO.

Los dos vamos
a ver lo que nos manda su excelencia.

ALBERICO.

¡Cosa que haya entendido nuestro trato!

ESPINELO.

Aqueso es imposible, si el Rey mismo
no se lo hubiese escrito ¡vive el Cielo!

ALBERICO.

No puede ser.

ESPINELO.

Es imposible cosa.

ALBERICO.

Nunca tanto os fiéis de la mentira
ni la traición, porque es, si bien se mira,
como moneda falsa, que por eso,
aunque finge el color, no finge el peso.

(*Vanse. Salen* POMPEYA *y* JULIA, *damas.*)

JULIA. Ya, tan española estás,
que todos lo echan de ver.
POMPEYA. Mucho más lo pienso ser
si tú licencia me das.
JULIA. Yo no hablo con malicia
de que quieres a don Juan,
si bien por cuerdo y galán
pone a mis ojos codicia.
En cualquier publicidad
ya te sirve y galantea,
y no es posible que sea
sin tu gusto y voluntad.
POMPEYA. No niego yo que don Juan,
como del Virrey sobrino,
es de mis favores dino
por discreto y por galán.
Pero en Nápoles habrá
otras bellezas a quien
pueda don Juan querer bien
y de mí se olvidará.
Y donde está tu hermosura,
¿no habrá, Julia, que temer?
JULIA. El que así te llega a ver,
mal podrá tener segura,
Pompeya, su libertad,
que eres bella; mas yo sé
que, aunque lo encubras, tu fe
tiene a don Juan voluntad.
Y siendo así, no haces bien;
pues siendo Fabricio Ursino
de tus favores tan dino,
que no hay en Nápoles quien
por discreto y por valiente
se le pueda aventajar, (1)
y de tu amor justamente
a nuestro tiempo, cual sabes,
que te adora y que te dió,
si bien premio no llevó,
de su libertad las llaves.
Pero no fueras mujer,
a no ser mudable, dando
muestras de que estás amando
a quien te ha de aborrecer.
POMPEYA. ¿A Fabricio?
JULIA. A don Juan digo.
POMPEYA. Deja esos celos.
JULIA. No puedo,
que tengo a los tuyos miedo
y al amor por enemigo.

(*Sale* DON JUAN.)

DON JUAN. Dióme aviso de esta junta
Morata, y quise gozar
de tanta ventura y dar
respuesta a vuestra pregunta,
que viene en este papel.
POMPEYA. Siéntese vueseñoría.
JULIA. (¡Ay, celosa fantasía
de un pensamiento cruel!)

(*Siéntanse.*)

DON JUAN. ¿Cómo estáis? Pero recelo
mis horrores, pues estáis,

(1) Falta un verso a esta redondilla.

con los soles que mostráis,
dando envidia al sol del cielo.

POMPEYA. Bésoos las manos; mas ved,
señor, que a do Julia está
ningún sol alumbrará.

DON JUAN. Perdone vuesa merced,
que el estar en casa ajena
me hizo ser descortés.

JULIA. Dios os guarde. (Que no es (*Ap.*.
nuevo en vos doblar mi pena.)

DON JUAN. Digo, en fin, que respondí
a la pregunta de ayer,
como aquí lo podréis ver.

JULIA. ¿Respuesta a pregunta?

DON JUAN. Sí.

JULIA. Veámosla.

DON JUAN. Perdonad,
que vos, señora, esta vez
no habéis de ser el juez
de averiguar mi verdad.
Pompeya me preguntó.

JULIA. Esperad; dígalo ella,
por ver si viene con ella
esa respuesta.

DON JUAN. Eso no;
que necesidad no habrá
de daros satisfacción
donde la justa opinión
tanto de su parte está.
Digo que me preguntó
qué era amor, y respondí
con este soneto ansí.

POMPEYA. Ya quise decirlo yo;
pero por no parecer
descortés, cuando me estáis
honrando, callé.

JULIA. (¡No hagáis, (*Ap.*)
celos, que hoy empiezo a ver
mi muerte, si han de llegar
a quererse bien los dos!)

DON JUAN. No escuchéis.

JULIA. Hablando vos
será forzoso callar.

(*Lee* DON JUAN.)

"La opinión general pinta desnudo
al ciego Amor, y en esto no se engaña,
que cuando de intereses se acompaña
no lo es, ni lo será, ni serlo pudo.

Dicen que es gala al tosco, ingenio al rudo,
propia amistad, correspondencia extraña,
mano al avaro, y al inhábil maña,
freno al soberbio y al cobarde escudo.

Dicen que es un afecto que conquista
la hermosura en quien hace el alma empleo,
sin que prudencia humana se resista.

Yo digo que es amor, y en mí lo veo.
un animal que le engendró la vista,
dió vida el trato y manos el deseo."

JULIA. ¿A ver el papel, que entiendo
que lo decís de memoria?

DON JUAN. Viene Fabricio.

JULIA. (La historia
de su amor voy descubriendo.
Vana esperanza me engaña.)

(*Sale* FABRICIO.)

FABRICIO. No llego a buena ocasión,
pues vuestra conversación
ocupa el valor de España.

DON JUAN. Siempre vos, señor Fabricio,
con el valor que tenéis
tantos favores me hacéis.

FABRICIO. El de esta casa codicio
como el mayor del mayor,
lo que se hablaba.

DON JUAN. Leía
un soneto.

FABRICIO. ¿Trataría
dulces efectos de amor?

DON JUAN. No trataba sus efectos,
sino sus definiciones.

FABRICIO. Tiene mil aplicaciones
y diferentes conceptos.
Aquí se ha echado de ver,
pues sospecho que es favor
en vos lo que en mí rigor
y desprecio viene a ser.
Mas, si conforme al sentir
se pudiera Amor probar,
sé que pudiera callar
quien más supiera argüir
de amor, con el sufrimiento
que en mi corazón está,
de quien saberse podrá
que más amo, pues más siento.

DON JUAN. Si el amor se ha de juzgar
entre los que quieren bien,
por los actos que se ven
de sufrir y de callar,
o por dar al libre viento
desde el alma, por los labios,
quejas, suspiros y agravios,
publicando su tormento,
yo presumo que es mayor

amor el del que callando
está un mismo rostro dando
al desprecio que al favor.

JULIA. Sois vos, don Juan, muy secreto.

POMPEYA. Señor Fabricio, si nace
amor del efecto que hace
el amante en el sujeto,
quiero un argumento hacer.

FABRICIO. Señora Pompeya, estoy
rendido; ventaja os doy,
pero a ninguno en querer.

POMPEYA. Si amase un hombre un sujeto
noble, alto y principal,
¿publicar no sería mal
de su afición el objeto?
Porque si a saberse viene
se puede desbaratar
su afición. Luego en callar
más seguro su amor tiene.
Así, si licencia dais,
ya sabéis...

FABRICIO. Debe de haber
a quien de favorecer,
Pompeya hermosa, gustáis
en este caso; y así,
como de su parte os veis,
la causa que defendéis
os la ha dado contra mí.

DON JUAN. No defiende la señora
Pompeya causa ninguna,
que si defendiera alguna,
fuera la vuestra; y si agora
tuve yo necesidad
de defensa, fué por ver
mi ignorancia y conocer
vuestra rara habilidad.
Y así es justo que presuma
que ventaja me podéis
hacer grande si os valéis
del ingenio y de la pluma.
Yo os la doy en escribir;
pero a ninguno daré
ventaja en la firme fe
con que he sabido sentir.
Las armas he profesado
siempre al lado del Virrey,
mi tío, viviendo en ley
de español noble y soldado.
Vos, aunque sois tan valiente,
a escribir os aplicáis,
que así mejor declaráis
vuestro amoroso accidente.
Cada cual debe seguir
lo que más le ha de agradar:
yo me aplico a pelear,
aplicaos vos a escribir.
Escribid y el premio os den,
pues todos, Fabricio, en suma,
dicen que a Italia la pluma
y a España las armas.

FABRICIO. Bien.

POMPEYA. Muy bien.

FABRICIO. Si tan justa hazaña
para España pretendéis,
sé que en Italia hallaréis
el mismo valor de España.
Letras y armas suyas son,
pues que César, gobernando,
fué con armas sujetando
tanta y tan fuerte nación.
¿Dónde capitanes hubo
más valientes y mejores,
ni qué ciudad senadores
de mayor gobierno tuvo?
¿Quién supo triunfar más bien
trayendo a sus pies postrados
tantos reinos conquistados?

DON JUAN. Por eso agora no hay quien
ya no los ponga en su cuello,
y muchas veces España.

FABRICIO. Eso mesmo os desengaña
de que el tiempo pudo hacello,
mas no faltar el valor
de sus ínclitos varones.

DON JUAN. Ya entonces de otras naciones
victoriosas fué mayor;
dejando los alemanes,
que le pisaron la frente.
España a nadie consiente
hoy mejores capitanes.
Que yo sé que si viviera
César, diera su laurel
al Gran Capitán, y dél
humildemente aprendiera
la militar disciplina.

FABRICIO. Esa es soberbia española;
porque en Italia fué sola,
rara, insigne y peregrina;
de quien todas las naciones
aprendieron.

DON JUAN. No la mía.

FABRICIO. Por ser bárbara podría
decirlo, pues sus pendones
no han llegado por valor,
sino por ventura, aquí.

(Levántanse alborotados.)

DON JUAN. Quien dijeere, si por mí
se ha dicho tan grande error,
que España es bárbara, miente,
y esto afuera probaré
con la espada.

(*Vase.*)

FABRICIO. Y yo seré
quien esta verdad sustente.

(*Hace que se va y tiénenle ellas.*)

No me detengáis, que es justo.

POMPEYA. Suplícoos que os detengáis.

FABRICIO. Vos el honor me quitáis,
Pompeya, por vuestro gusto.

POMPEYA. Engañáisos, y creed
que esto es mirar el honor
de mi casa.

FABRICIO. Ese es error.

POMPEYA. Hacedme a mí esta merced;
que después habrá lugar
de buscarle.

FABRICIO. ¡Vive Dios,
que porque lo queréis vos
se atreve don Juan a hablar
tan soberbio y atrevido!

JULIA. Don Juan se fué, ya podéis
dejarle ir.

POMPEYA. Que miréis
sólo por mi honor os pido.

FABRICIO. ¡Qué buen pago de mi amor,
después de tantos desvelos!
Pues vos me matáis con celos
y él con quitarme el honor.

(*Vanse. Salen el* GRAN CAPITÁN *y* GARCÍA DE PAREDES.)

GARCÍA. Otra vez me vuelve a dar
los pies.

CAPITÁN. Y otra vez abraza,
García, a quien más te quiere.

GARCÍA. ¡Vive Dios!, que con ser patria,
estaba de los cabellos
en España, que las alas
de los vientos, por venir
con mayor priesa, envidiaba.
¿Cómo está vuestra excelencia?

CAPITÁN. ¡Ah, buen Paredes; bien pagas
todo el amor que te tengo!

GARCÍA. ¡Pese a tal! Si la campaña
del mar fuera de enemigos,
no dudes que de mi espada
huyeran las libres olas
y yo volara en el agua.

CAPITÁN. ¿Qué hay en Castilla, García?
¿Es cierto que el Rey se casa?

GARCÍA. No, señor; que ya lo está.
Ya el rey Fernando y Germana
de Fox hicieron las bodas,
con que está toda alterada.
Su legítimo señor,
Filipo, archiduque de Austria,
ya su rey, por su mujer,
la princesa doña Juana,
quiere venir a reinar;
quieren embarcarse a España,
pero Fernando no quiere
salir della, a cuya causa
padece el reino.

CAPITÁN. ¿Qué intenta?

GARCÍA. Intentará gobernarla.

CAPITÁN. Eso ¿cómo puede ser,
si ya sus dueños se embarcan
y dos señores jamás
gobiernan bien una casa?

[GARCÍA.] Con ser inferior al sol
la luna, a las veces anda
opuesta a su resplandor
y eclipsa su noble cara.

CAPITÁN. ¡Grande amor tiene Castilla
al Católico!

GARCÍA. Repara
justamente en que le debe
la grandeza en que se halla.

[CAPITÁN.] El la ha honrado en muchas cosas.
Mas ya que llego a tratarlas,
¿qué hay de las mías, García?
¿Qué dicen de mí? ¿Qué hablan?

GARCÍA. Ya que saberlo queréis,
que, ¡por Dios!, que rehusaba
llegar a hablaros en ellas,
porque me han podrido el alma,
todo es enviar, señor,
mil informaciones falsas
contra vos, estos bellacos,
pícaros, putos, canalla.
¡Por vida de...!

CAPITÁN. Paso, quedo,
García: ya sé quién anda
en estas cosas.

GARCÍA. La envidia
es sombra de vuestra fama.
Bien se me alcanza, señor,
que, como ya han sido tantas
vuestras proezas, algunos
es fuerza que han de envidiarlas.
Como en el verano ardiente

llueve tal vez, y aquel agua
se convierte en sabandijas,
han sido vuestras hazañas;
de cada gota ha nacido
una envidia, porque bajan
del cielo de vuestras glorias,
y porque en él Grande os llaman.
Hacen os cargo, señor,
que al Rey, Archiduque de Austria,
queréis entregar las fuerzas
de Nápoles y Calabria;
que os carteáis con su padre,
porque a vuestra hija trata
de casar con don Fadrique,
hijo suyo, y a esta causa
de Nápoles no queréis
salir tan presto y que aguarda
vuestra fortuna dubdosa
estas ciertas esperanzas.
Que habéis dejado pasar
la persona disfrazada
de don Alonso de Acuña,
cuando Fernando os mandaba
prenderle, porque quería
saber dél, por unas cartas
que llevaba, lo que el yerno
con el Pontífice trata.
Unos rizados mozuelos
que, cuando un hombre les habla,
no ve si habla con ellos
o habla con sus hermanas,
discurrían en la guerra;
por cierto muy buena traza
para hacer un escuadrón:
calzas, cueros, guantes de ámbar,
en una casa donde éstos
a murmurar se juntaban,
decían que no queréis
salir de Nápoles hasta
engrandecer vuestras cosas.
Yo, entonces, saqué una daga,
y atravesando un bufete
adonde jugando estaban,
dije: "El Duque, mi señor,
sirve a Fernando en Italia
de guardarle el reino en paz
mientras estas cosas andan,
y no por otro interés:
el que lo piensa se engaña
o miente. Si está engañado,
mire que, si viene a España,
Nápoles se ha de perder;
si miente, tome esta daga
y sígame." No salieron
las señoras de la sala,
digo, aquellos gentilhombres.

CAPITÁN. ¡Por cierto que yo enviaba
buen embajador en vos!
¿No hay cartas?

GARCÍA. No traigo cartas;
porque todas son lisonjas
y mentiras disfrazadas,
y no hay para qué traerlas
donde se ven las palabras,
como las mías os dieron
verdades tan apuradas;
y a mí me podréis creer,
que no pretendo privanzas,
con el menoscabo vuestro;
ni he rogado que se caiga
este muro sobre vos,
como algunos que, con falsas
cartas, desean poneros
el cuchillo a la garganta.
Y he reparado, señor,
que en cuanto escriben, engañan:
porque si en público alaban,
allá en secreto os difaman;
si una cosa es lo que os dicen
otra tienen en el alma.
No son cartas verdaderas.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Entrad, que el Virrey aguarda.

(*Sale* ESPINELO.)

ESPINELO. ¿Qué me manda vueselencia?

CAPITÁN. Espinelo, yo he sabido
que, engañado o pervertido,
osáis hablar en mi ausencia;
que, aunque sea maravilla
en ver malicia tan clara,
de Juan López de Vergara,
mi secretario en Castilla,
he sabido que escribís
al Rey lo que se os antoja,
con que se altera y se enoja;
pues claramente decís
que yo le quiero entregar
esta ciudad a su yerno,
por donde nuevo gobierno
quiere Fernando enviar,
y aún me dicen que a su hijo
don Alonso de Aragón.
No habéis tenido razón.

ESPINELO. Eso que Vergara os dijo,
si él en Italia estuviera,
le hiciera yo desdecir.
CAPITÁN. No me había de escribir
cosa que verdad no fuera.
Aqueste reino gané
con mi sangre y con mi espada,
y de la lealtad jurada
nunca a Fernando falté.
Es mi Rey y mi señor,
y si él a llamarme envía,
no será por culpa mía,
que será de algún traidor.
Id con Dios, sin replicar,
y enmendaos en escribir,
que es peligroso el mentir
y nunca lo fué el callar.
ESPINELO. Ya he dicho a vuestra excelencia
que a estar aquí el secretario..
GARCÍA. No es el hablar necesario,
sino...
CAPITÁN. ¡Paredes, paciencia!
GARCÍA. Salid fuera, que...
CAPITÁN. ¡García!
ESPINELO. Yo os daré satisfacción,
señor, en otra ocasión.

(*Vase.*)

GARCÍA. ¡Oh, qué paciencia tan fría!
Si vuestra excelencia trata
a estos pícaros así,
¿qué han de hacer? ¿Aquesto oí?
¡Pese a...! ¡Esta flema me mata!
Déjeme vuestra excelencia;
que no quiero más de ver
si aquéste sabe correr.
(*Hace que se va.*)
CAPITÁN. ¡Paciencia!
GARCÍA. ¡Oh, tanta paciencia!
Pues déjeme ver siquiera,
que no le quiero matar,
si aquéste sabe bajar
al patio sin escalera.
Que no le haré mal, por Dios.
CAPITÁN. Eso no quiero creer.
GARCÍA. ¿Cómo no se han de atrever,
si sois desta suerte vos?

(*Sale* DON JUAN.)

DON JUAN. ¿Qué ha hecho vuestra excelencia
a Espinelo, que ha salido
de aquí afrentado y corrido?
CAPITÁN. Sobrino, una diligencia
para templarle la pluma,
porque escribe mal de mí.
DON JUAN. Que le habéis querido aquí
matar va diciendo, en suma.
CAPITÁN. ¿Matar?
GARCÍA. ¿No fuera mejor
que se quejara de veras?
CAPITÁN. Dejalde hablar.

(*Vase.*)

GARCÍA. ¡Que esto quieras!
DON JUAN. Fuése.
GARCÍA. ¿Cómo va de amor?
DON JUAN. Después que os fuistes, García,
muy favorecido estoy.
GARCÍA. Si lo estáis cuando me voy,
venir fué ignorancia mía.
En fin, ¿os hace favor
Pompeya?
DON JUAN. Arrojadamente.
GARCÍA. ¡Bien haya quien ama y siente!
DON JUAN. Luego ¿vos tenéis amor?
GARCÍA. Sí tuviera, que, en efecto,
no soy de piedra, don Juan;
mas esto de otro galán
que pique en lindo y discreto
es cosa que, a cortos plazos,
si verdad no me tratara,
a la mujer desollara
y al hombre hiciera pedazos.
Lo que necesario es
no se compra.
DON JUAN. Así es verdad.
GARCÍA. Pues quitar de voluntad
y poner en interés.
Por el nombre me querían
ver en Castilla las damas,
yo no andaba por las ramas
con algunas que me oían;
mas daba lindo dinero,
y un día una bellacona
me dijo, muy socarrona:
"¡Oh, valiente caballero!
Con razón entre romanos
es tu fama esclarecida,
porque no he visto en mi vida
hombre de mejores manos."
DON JUAN. ¿Qué le distes?
GARCÍA. Cien doblones,
que esto doy, y no desvelos;
pero si me diera celos,
la diera mil bofetones.

(*Sale un* Criado.)

Criado. Una palabra querría
al señor don Juan.

Don Juan. Hablad.

Criado. Aqueste papel tomad,
que quien le firma os le envía.

(*Vase.*)

Don Juan. Id con Dios. (¡Milagro fuera
no hacer este caballero
su obligación! Leerle quiero.
(*Lea.*) "Don Juan, Fabricio os espera
desotra parte del río,
con un amigo no más.")
García, adiós.

García. ¿Dónde vas?

Don Juan. Luego vuelvo.

García. ¿Es desafío?

Don Juan. Es de una dama el papel.

García. No lo dice tu color.

Don Juan. Son efectos de mi amor;
que está desdeñosa en él.

García. Si es cosa de pesadumbre
a estas Paredes podréis
arrimaros, y veréis
saltar de las piedras lumbre.

Don Juan. Ya he dicho que es de una dama.

García. (Lo que me niega don Juan
le diré al Gran Capitán,
que importa a su honor y fama;
que estos pícaros se atreven
a su sangre, viendo ya
que el Rey enojado está,
y cuanto tienen le deben.)

(*Vase.*)

Don Juan. Junto al río dice aquí
que me aguarda; salir quiero,
que Fabricio es caballero
y se quejará de mí.
Mas, de Paredes quisiera
llevar conmigo la espada,
que mi honra apadrinara
y mi lado defendiera.
Mas para dos con razón
basta un Córdoba. Mas creo
que aquéstos tienen deseo
de hacer alguna traición.
Pero de quien soy me espanto.
Salir solo es lo mejor,
que las cosas del honor
no quieren pensarse tanto.

(*Vase. Salen* Pompeya *y* Julia.)

Pompeya. Dé la vuelta el coche luego.

Julia. ¡Perdida vas!

Pompeya. Voy sin mí.

Julia. Este es el río, y aquí
mal templarás tanto fuego,
porque ya desotra parte
Fabricio esperando está
a tu don Juan, y podrá
vengándose en él, dejarte,
que es la venganza mayor
en quien siente.

Pompeya. Dices bien.
Mas yo no vengo a que den
más fuerza por mí al rigor
los dos, sino a ver si puedo
su pesadumbre excusar,
por no dar que murmurar
en mi honor.

Julia. Pienso que es miedo
más al temor de perder
a don Juan, que no a tu honor.
¿No es verdad?

Pompeya. Si tengo amor,
uno y otro podrá ser.
¡Por vida tuya, que estás,
Julia, ya muy maliciosa
en mi amor!

Julia. Estoy celosa,
y no puedo sufrir más.

Pompeya. Pues ¿de qué puedes tener
celos?

Julia. ¿No lo sabes?

Pompeya. No;
que hoy sólo don Juan me habló.

(*Salen* Don Juan *y* Morata, *lacayo.*)

Don Juan. Si después de anochecer
no vuelvo a casa, Morata,
dirás que a Loreto fuí
a una promesa.

Morata. ¿De mí
te guardas?

Don Juan. Si fuere ingrata
mi lengua a tu lealtad,
ya donde voy no te digo;
no puedo, Morata amigo,
que importa a mi calidad,
y esto no es cosa que cabe
en tu valor.

Morata. ¿No? ¿Por qué,
si siempre Morata fué

de tu secreto la llave?
¿No vine de España aquí
contigo y con el Virrey,
tu tío? ¿No tengo ley
de español? ¿Qué has visto en mí?
Si es pendencia, que he notado
en tu rostro no sé qué,
llévame contigo, que
verás lo que hago a tu lado;
y dame tú que me esperen
que a fe que os dé ver y oír.

DON JUAN. Pues tú ¿qué has de hacer?

MORATA. Sufrir
los palos que me cupieren.

DON JUAN. Eres, en fin, un gallina.

MORATA. Peor fuera ser capón
con mala voz.

DON JUAN. Mi afición
ya de enojo desatina.
Lleva el caballo, Morata,
y no me preguntes más,
que me enojaré.

MORATA. Tú harás
alguna cascabelata.
Mas Pompeya viene allí
y Julia; llevo el caballo,
de ti me despido y callo,
y a quien pregunte por ti
responderé que te has ido
a nadar, y si es que más
pregunta, que volverás
cuando Dios sea servido.

(*Vase. Salen el* GRAN CAPITÁN *y* GARCÍA DE PAREDES.)

GARCÍA. Yo os he dicho la verdad
y es, sin duda, desafío:
su color y el poco brío
me han dicho esta novedad.
Mas, por ventura, me engaño
y no es lo que pienso yo,
y aún me dijo quien le vió
que iba solo.

DON JUAN. ¡Caso extraño!
¿Hay desdicha semejante?
¡Que cuando con tal valor
voy a volver por mi honor,
se ponga el mundo delante!
¿Qué se pudiera juntar
que más infame mi fama?
¡De aquesta parte la dama
por quien salgo a pelear,
y désta el Virrey, mi tío!
¿Qué dirá un noble afrentado,
sino que los he llamado
a impedir el desafío?
Entre tanta confusión,
¿qué haré? Mas ya he visto un [barco.

POMPEYA. Señor don Juan, ¿no es razón
que nos habléis?

DON JUAN. (¿Qué he de hacer?)

CAPITÁN. ¡Ah, sobrino! ¿Dónde vais?

DON JUAN. ¡Oh, señor!

POMPEYA. ¿Ya no me habláis?

DON JUAN. ¡Oh, mi señora, tener
deseara más lugar!

CAPITÁN. ¡Ah, sobrino! Oídme a mí,
que os hablo.

DON JUAN. Yo estoy aquí.
¿Qué es lo que quiere mandar
vueselencia? (¡Qué sujeto
estoy!)

CAPITÁN. Perdonad, señora,
que tengo que hablar agora
con don Juan aquí en secreto.
Tomad el coche y volved
a la ciudad.

POMPEYA. La obediencia
es debida a vueselencia.

CAPITÁN. Yo estimo aquesa merced.

POMPEYA. Y porque lo que quería
a don Juan lo hará mejor
ese divino valor...

CAPITÁN. Señora, esta causa es mía,
con lo poco que lo entiendo.
Tomad el coche y partid.

POMPEYA. ¡Guárdeos Dios!

(*Vase.*)

CAPITÁN. Don Juan, oíd
Sobrino, yo no me ofendo
de que sirváis a una dama,
ni de que en esta afición
se ofrezca alguna ocasión
de estos que celos se llaman,
que claro está que ha de haber
celos adonde hay amor,
y aunque por vuestro valor
no seré yo menester,
con todo estoy con cuidado.
Dadme luego aquel papel.

DON JUAN. ¿Qué papel?

CAPITÁN. Yo veré en él
a lo que estáis obligado.

DON JUAN. ¡Señor!

CAPITÁN. Acabemos ya.

DON JUAN. De que os engañen me pesa.
CAPITÁN. ¡Por vida de la Duquesa, que me enojáis!
DON JUAN. Aquí está.
CAPITÁN. Pues dejádmele leer.
DON JUAN. Paredes, ¿qué es esto?
GARCÍA. ¿Yo? Vuestro tío me mandó, a quien debo obedecer, que le acompañase aquí.
DON JUAN. ¿Quién se lo ha dicho?
GARCÍA. ¿En Palacio buscáis eso? ¡Lindo espacio!
DON JUAN. (¡Honra y opinión perdí!)
CAPITÁN. ¡Don Juan!
DON JUAN. ¡Señor!
CAPITÁN. Aquí dice Fabricio Ursino, que salga otro con vos.
DON JUAN. Es verdad.
CAPITÁN. ¿Cómo vais solo?
DON JUAN. Pensaba que bastaba el ser quien soy.
CAPITÁN. Para traidores no basta, y tengo de ser, sobrino, quien vaya con vos.
DON JUAN. No vaya vueselencia, gran señor, que me quitará la fama, pues dirán que vos vencistes. Vaya Paredes.
CAPITÁN. ¿La espada de Paredes no queréis que os quite el nombre en Italia?
DON JUAN. ¡Señor!
CAPITÁN. ¡Paso! Yo lo entiendo. Id, acercad una barca en que pasemos los dos.
DON JUAN. Vuestra exelencia lo manda, mas yo voy con poco gusto.

(*Vase.*)

CAPITÁN. Este, sin duda, pensaba hacer que aquellas mujeres el desafío estorbaran. Perdido está ¡vive Dios! quien pensara que faltara mi sangre en él, pues remedio no falte donde ella falta. ¿Paredes?
GARCÍA. ¡Señor! ¿Qué es esto? ¿Dónde va don Juan? ¿Qué tratas? ¿Qué pretendes?
CAPITÁN. Un barreno he menester.
GARCÍA. ¿Y dejabas ir a don Juan, que le tiene desde las sienes al alma? Mas ¿dónde quieres agora que vaya por él?
CAPITÁN. Aguarda. Allí una barca fabrican y están clavando las tablas; no pueden estar sin él.
GARCÍA. Hay de ellos tanta abundancia en músicos, en poetas, en caballeros, en damas, que lo dudas sin razón.
CAPITÁN. ¿En valientes no?
GARCÍA. ¡Oh! Si hablas de valientes, no sé yo si del barreno te escapas.
CAPITÁN. ¿A mí, Paredes?
GARCÍA. Perdona, que, aunque en ejército mandas, también te huelgas de noche de darte diez cuchilladas.
CAPITÁN. Bien lo dijeras si agora supieras lo que me aguarda. Voy a matar a un sobrino; voy a dar vida a mi fama.

(*Vanse. Salen* FABRICIO *y* ESPINELO.)

FABRICIO.

Hoy mi deseo se verá cumplido.

ESPINELO.

Ya el barco se volvió, y agora quiero,
mientras viene el traidor que os ha ofendido,
saber la causa y estimar primero
el haberme entre tantos escogido.

FABRICIO.

Teneros por valiente caballero
y por mi amigo me obligó. Escuchadme.

ESPINELO.

La verdad brevemente declaradme,
que si vos le tenéis por enemigo,
por sangre del Virrey, también le tengo
por enemigo yo.

FABRICIO.

Vos sois mi amigo,
que hoy en aquesto a declararme vengo.
No era Pompeya tan cruel conmigo,
que de todo os advierto y os prevengo,
antes que el español la visitase.

ESPINELO.

Mala elección, mal gusto que os dejase.

FABRICIO.

Respondió tal vez a un papel mío,
y con risa en los ojos me miraba,
con que amor aumentó mi desvarío,
que la correspondencia me animaba.
Tal vez la margen de este mismo río,
cuando su pie de flores la esmaltaba,
me miró alegre recebir ufano
favores de su vista y de su mano.
Aquí la vi, y aquí la dije amores,
y aquí los escuché, y aquí a mirarme
se pararon las aguas, y las flores
presumo que tuvieron que envidiarme.
Mas todos estos lances y favores
los olvidó Pompeya, y a matarme
se dispuso, pospuesta mi ventura,
que no hay en la mujer gloria segura.
Rigores solos ya en sus ojos hallo;
no sé quién trujo esta española bella,
que, por mi honor, las asperezas callo
que usa conmigo en pago de querella.
A pie le alaba, admírale a caballo,
y, siendo Italia, como veis, tan bella,
España ha de ser fértil en su boca
de cuanto en guerra y paz a un rey no toca
Hoy sobre aquesto el español villano
se alargó de manera en su porfía
que me obligó decir que el rey hispano
como bárbaro en todo procedía.
Pompeya me detuvo...

ESPINELO.

¿Qué?

FABRICIO.

La mano,
pues que fué la respuesta que mentía.
¿Veis aquí la ocasión del desafío?

CAPITÁN (*dentro*).

Gracias a Dios que ya salí del río.

ESPINELO. Un hombre a nosotros viene.
FABRICIO. No es don Juan.
ESPINELO. ¡Extraña cosa!
¿No es éste el Virrey?
FABRICIO. El es.
La infamia queda notoria
de su sobrino.
ESPINELO. El cobarde
se lo ha dicho.
FABRICIO. ¡Qué más gloria
para mí!
ESPINELO. Dices muy bien.
Sin peligro le despojas.

(*Sale mojado el* GRAN CAPITÁN.)

CAPITÁN. ¡Ah, caballeros!
FABRICIO. ¿Quién es?
CAPITÁN. Suplícoles que me oigan.
Este papel se escribió
a mi sobrino, en que nombran
dos a dos el desafío
que están esperando agora.
El me escogió como amigo
que de más cerca le toca.
Embarcámonos los dos:
mas, alteradas las ondas,
y por no saber del remo,
zozobró el agua la angosta
barquilla nuestra. Yo al agua
me arrojé, paséla toda;
mas, por no saber nadar,
en ella don Juan se ahoga.
Yo vengo por él, yo basto
para entrambos, que no importa
que sean dos. Metan mano.
¿Qué aguardan? ¿Qué se alborotan?
ESPINELO. Señor, vos sois el Virrey;
representáis su persona
de Fernando en este reino;
fuera de esto, las victorias
y hazañas vuestras no piden
espadas menos famosas
que de Jerjes y Alejandro.
FABRICIO. Gran Capitán, a quien honra
con aqueste nombre el mundo,
si a las armas que os adornan
habéis dado más banderas
que hay en estos sauces hojas,
¿quién ha de medir su espada
con la vuestra victoriosa?
Veis aquí las dos rendidas.
CAPITÁN. Fabricio, si me reporta
alguna cosa, es venir
a vuestro lado persona
que con su lengua y su pluma
me disfama y me deshonra
con mi Rey, pues me levanta
mil testimonios, que abona
con cautelas y traiciones
y palabras mentirosas.
Esto le ha de dar la vida;
esto que le mate estorba,
pues si le mato dirán
que fué con intención sola

de que mis cosas escriba
que de sus mentiras forja.
Viva y escriba, que pienso
que, aunque mentiras componga,
ha de tener mi verdad
más fuerza que su lisonja.
Y si Dios, por solo un bueno
vida a mil malos otorga,
viva un malo por mil buenos
que en este reino me adoran.
Entre la luna y el sol
¿qué importa que se interponga
la tierra, pues ese eclipse
no dura apenas un hora?
Fernando es sol, yo soy luna,
tú la tierra. Pues ¿qué importa
que pongas sombras al sol
si has de quedarte por sombra?

(*Vase.*)

FABRICIO. ¡Notable suceso!
ESPINELO. Y tal,
que apenas aliento cobra
mi confusión y vergüenza.
FABRICIO. Bien será que te dispongas
a no escribir desde hoy
sino las verdades solas.
ESPINELO. Si ya comencé a mentir
y personas poderosas
me ayudan, que en esta envidia
con mi pluma se conforman,
¿cómo he de volver atrás?

(*Sale* DON JUAN *mojado, con espada desnuda.*)

DON JUAN. Mi fortuna rigurosa
venció mi honor, que del cuello
del alma prende por joya.
Llegué a la orilla nadando;
pero con fuerzas tan pocas,
que apenas tenerme puedo.
Ya en la margen arenosa
me esperan mis dos contrarios.
ESPINELO. ¡Ah, caballero! ¿Qué sombra
es ésta?
DON JUAN. Yo soy don Juan.
¿Qué miran? ¿Qué se alborotan?
Con un amigo venía:
zozobró el barco en las olas;
él es muerto y yo soy vivo.
Mano a las espadas pongan.
FABRICIO. Don Juan, el Gran Capitán
vino aquí. Su generosa
persona, como Virrey,
mi honor a su cargo toma.
Yo estoy satisfecho ya.
DON JUAN. Yo no, Fabricio, que torna
mal, el que es desafiado,
con la sangre sin victoria.
ESPINELO. Mirad que estoy aquí yo
y no he de dejar... Perdona
que riña solo, Fabricio.
DON JUAN. ¿Tú eres? ¡Oh, suerte dichosa!
A Fabricio mataré
por el papel, que fué loca
presunción, y a ti, villano,
porque al Rey, mintiendo, informas.
ESPINELO. ¿Palabras?
DON JUAN. ¡Morid, villanos!
ESPINELO. ¡Tú lo eres!
FABRICIO. No le respondas.
DON JUAN. Agora veréis, cobardes,
si son las palabras obras.

FIN

SEGUNDA JORNADA

de la famosa comedia del GRAN CAPITÁN.

(*Salen el* REY DON FERNANDO *y el* ALMIRANTE.)

REY. Esto me dicen, y temo
que, según soy desgraciado,
se ha de ver aquel Estado
en un miserable extremo
si con tiempo no le acudo
a remediar, porque es
poderoso el interés
en los hombres.
ALMIRANT. Yo lo dudo
que el infinito valor
pueda, del Gran Capitán,
hacer cosas que no están
puestas en razón. Señor,
no lo creáis, que no es bien
con tal sospecha injuriallo,
ni que a tan noble vasallo
tan injusto premio den.
Informaos, señor, mejor
para que podáis quejaros;
que no es bien, sin informaros,
sentir mal de tal valor.
REY. Ved si estoy bien informado,
que a esta carta lo remito,
que de Italia me han escrito.

y es quien me ha puesto el cuidado.
Tomalda, y ved, Almirante,
lo que me escriben ahí,
y ved si el temor en mí
es, según eso, importante.

(*Lee el* ALMIRANTE.)

"El rey Filipo, Archiduque, y el Rey de romanos, su padre, prometen al Gran Capitán, por que tenga en su nombre las fortalezas de Nápoles y Calabria, de irle ayudar en persona y casar a su hija mayor con hijo del rey don Fadrique, haciéndoles reyes, y poner al Gran Capitán en gobernación perpetua de estos reinos."

REY. La firma no la leáis.
ALMIRANT. Ni quisiera, por no ver
hombre que os pudo poner
en la confusión que estáis.
REY. ¿Qué os parece?
ALMIRANT. Que es mentira.
REY. ¿Mentira?
ALMIRANT. Sí, gran señor,
y no debéis al amor
de don Gonzalo esta ira.
Por la cruz de aquesta espada
que miente el que esto os escribe,
y que el Gran Capitán vive
firme en la lealtad jurada.
Pues cuando el Rey de romanos
eso quisiera intentar,
no diera el Duque lugar
a pensamientos tan vanos.
Quien este reino os ganó
y tanto honor os ha dado,
bien merece ser honrado
con el crédito que os dio.
REY. Ya le he mandado prender.
ALMIRANT. Erráis contra vuestro honor
y hacéis un hecho, señor,
que no podéis deshacer.
¡Vive Dios!, que si en prisión
al Gran Capitán ponéis,
que en todo el mundo perdéis
honor y reputación.
¡Ah, envidia, a lo que has llegado!
Basta, que intentas el sol
eclipsar de un español
que tiene el mundo asombrado.
REY. Quedo, Almirante, que luego
haré que ese acuerdo cese.
ALMIRANT. Si un ave, señor, pudiese,
fuera justo darle el pliego.
REY. Yo lo quiero remediar
con darle, Almirante, en pago
el Maestrazgo de Santiago.
ALMIRANT. Los pies os quiero besar.
REY. Yo le tengo amor, y quiero
tenerle siempre a mi lado,
que, estando el reino alterado,
yendo allá quietarle espero,
que en aquestas disensiones
Nápoles es mi sagrado,
y a lo que estoy indignado
me obligan sus dilaciones.
¿Por qué no se viene a España?
ALMIRANT. Porque os sirve bien allí.
REY. No sé si lo crea ansí.
ALMIRANT. Quien os escribe os engaña.
Y tratalde bien ¡por Dios!,
que, si ingrato respondéis,
a Castilla enseñaréis
a ser ingrata con vos.

(*Vanse, y salen el* GRAN CAPITÁN *y* GARCÍA DE PAREDES.)

CAPITÁN. Esto me pasó con él.
GARCÍA. ¿Qué, en efeto se ahogó?
CAPITÁN. García, piénsolo yo.
GARCÍA. ¡Vive Dios! que tan cruel
hecho no intentó jamás
español.
CAPITÁN. Pues ¿yo podía
sufrir una cobardía?
En mi sangre no podrás
culparme, pues eres sabio,
que no era bien que el valor
de que se adorna mi honor
consintiese tal agravio.
¿No me dijiste que estaba
sin color?
GARCÍA. Sí, no hay dudar;
mas también se ha de notar
que el enojo que llevaba
al corazón atrevido,
pudo ser que se llevase
la sange, y así quedase
el rostro descolorido,
o que me engañase yo.
CAPITÁN. Paredes, ya ello está hecho:
no hay que hablarme, que sospecho
que no lo erré.
GARCÍA. ¿Cómo no?
que ¡vive Dios! que hoy has muer-
al caballero mejor [to
de tu sangre, y que es error

no reñir tal desconcierto.

CAPITÁN. En fin, a nado salí
de la otra parte del río.

GARCÍA. ¡Cuál irías! ¡Ya me río
de considerarte allí!

CAPITÁN. Hallé a Fabricio, que estaba
con Espinelo aguardando
como caballero, y dando
muestras de que le esperaba.

GARCÍA. ¡Que no me hubieras llevado
para que yo a esos gallinas
matara!

CAPITÁN. Mal imaginas.
Fabricio es hidalgo honrado,
y dijo que no quería
sacar, porque no era ley,
la espada con su Virrey.

GARCÍA. ¡Oh, qué cortés cobardía!
Siempre el miedo es muy cortés,
bien hablado y comedido.
¿Algo hiciste?

CAPITÁN. No he tenido
manos jamás contra tres.

GARCÍA. ¿Ni les diste un cintarazo
siquiera?

CAPITÁN. Paredes, no,
que un hombre que allí se halló
también me detuvo el brazo.

GARCÍA. ¿Quién era?

CAPITÁN. El Gran Capitán.

GARCÍA. Ya lo echamos a valor.

CAPITÁN. ¿Quién puede vencer mejor?

GARCÍA. Los que rendidos están.
En mi tierra un azotado
dió al verdugo cien escudos
porque se los diese mudos,
que era honrado y delicado;
pero al salir de la puerta
así la mano asentó,
que al primero que le dió
le dejó la espalda abierta.
El hombre volvió del yugo
la cabeza al golpe fiero,
y dijo: "Pues ¿y el dinero?"
A quien respondió el verdugo:
"Todos habían de ser
como éste, y así sabrá
en qué obligación me está
por el dinero de ayer,
que si quedo se los diera
claro está que no podía
conocer la cortesía
de los que adelante espera."
Aplico y digo que yo
les diera tal cintarazo,
que conocieran el brazo
que los demás perdonó.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Aquí ha llegado don Juan.

CAPITÁN. ¿Qué don Juan?

GARCÍA. Cosa que fuese
tu sobrino y que viviese.

(*Salen* DON JUAN *y* MORATA *con una capa y espada en la mano.*)

MORATA. Suspensos de verte están,
y a culparles no me atrevo,
que a no haber también nadado
ya te juzgaban pasado
por el agua, como huevo.

DON JUAN. ¿Quieres callar?

MORATA. Ya doy trazas
de hacerlo. Yo he de buscar,
por si vuelves a nadar,
unas buenas calabazas.

DON JUAN. En el pasado peligro
también nadó vueselencia,
que salir no fué posible
a su lado a la ribera.
Envidia me dió mirarle
sobre las aguas ligeras
cortando, como delfín,
aquellas olas soberbias.
Perdíle luego de vista,
pues casi perdí las fuerzas
de hacer contra la corriente
tan humilde resistencia.
En fin, al cabo de rato,
aunque cansado, a la tierra
pude llegar, dando a Dios
por ello gracias inmensas.
Hallé en ella a mis contrarios
que valerosos me esperan
como celosos novillos
que escarban sobre la arena.
Embestílos animoso,
que no mira la nobleza,
cuando interviene el honor,
ventaja ni diferencia.
Maté a Fabricio, Espinelo
huyó, mas dejóme en prendas
esta capa y esta espada
que trae Morata. —¡Hola! Mues-
A Fabricio le quité [tra.—

del cuello aquesta cadena,
que de que cobré mi honor
por testigo se presenta.
Esto ha hecho quien de vos
tiene en las hidalgas venas
sangre ilustre; mas de veros
dubdar de ella se avergüenza.
Otra vez, cuando el honor
con vos embarcarse quiera,
haced, para que se salve,
más honradas diligencias.
Nunca barrenéis los barcos
adonde el honor navega,
que para viles espadas
esas barrenas son buenas.
En pechos de mis contrarios
sabe mi espada por fuerza
hacer barrenos, y vos
en mi honor hacéis la prueba.
Más agua que allí bebí
sangre a mis contrarios cuesta.
Dos veces sois mi padrino,
una allí y otra en la iglesia.
Para enseñarme a nadar
no fué lición verdadera
irse el maestro y dejarme
sin que supiese la ciencia.
Pero puesto que colijo
que os ofende mi presencia,
para dar la vuelta a España
os vengo a pedir licencia.
Si de mi valor dudáis,
fué de quien vos sois afrenta,
que mal pudo vuestra sangre
dejar de parecer vuestra.
Y otra vez mirad, señor,
que el honor no se sustenta
como corcho sobre el agua
siendo firme como piedra.
Pero, finalmente, soy
el mismo que de antes era,
del Gran Capitán sobrino,
Duque en Terranova y Sesa,
que el agua me echó a la orilla,
no como a persona muerta,
mas como al ámbar más fino.
Guarde Dios a vueselencia.

CAPITÁN. ¡Sobrino, don Juan, sobrino,
hijo!

DON JUAN. Ese nombre pudiera
sólo volverme a tus pies.

CAPITÁN. Dame esos brazos, que llegan
a oscurecer mi valor.

MORATA. Cualquier persona que piensa
que no soy buen nadador,
aquí mi espada le reta.
No nadó Jonás tan bien
cuando iba en la ballena;
que del peje Nicolao
desciendo por línea recta.
Yo le enseñé a mi amo
a nadar, que siempre lleva
calabazas, porque trae
tan vacía la cabeza.

GARCÍA. Valeroso sois, Morata.

MORATA. ¡Pese a tal! ¿Agora llega
a saberlo? Yo y voacé
a otros catorce que vengan.

CAPITÁN. Aquí te estarás, sobrino,
hasta que conmigo puedas
irte a España, que presumo
que ya la ocasión se acerca.

DON JUAN. Tuyo soy.

CAPITÁN. Con mi fortuna,
don Juan, las tuyas consuela,
y no salgas de palacio
por agora hasta que puedas
más libremente.

DON JUAN. Tu gusto
en el mío es ley expresa.

CAPITÁN. Pues, Paredes, ¿qué os parece
de este caso?

GARCÍA. Que quisiera
más ser don Juan este día
que cuanto vale Venecia.
Yo os juro que no he tenido
jamás envidia; mas que esta
valentía de don Juan
hoy me ha dejado con ella.
Yo he hecho mil desafíos
entre naciones diversas,
con tudescos y franceses,
con turcos, medos y persas,
con diablos del mismo Infierno,
y dicha que se parezca
a ésta no tuve, ni he visto
más bien lograda braveza.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Esta carta llegó agora.

CAPITÁN. Mostrad. ¡Plega Dios no sea
la que teme el corazón,
que ya sus males sospecha!

MORATA. ¿Cómo has quedado, señor,
con el Virrey en materia
de nuestro nadar?

DON JUAN. Borracho,
¿quieres callar?
MORATA. Yo quisiera
serlo; mas ¡por Dios! que tú
bonitamente lo cuelas.
DON JUAN. Vete ya, que me amohinas.
MORATA. A nadar a una taberna
quiero ir. ¿Hay quien me compre,
señores, la ropa vieja?

(*Vase.*)

CAPITÁN. ¡Válgame Dios!
GARCÍA. ¿Qué tenemos?
¿Cáese el mundo? Que si vos
hacéis extremos ¡por Dios!,
que anda el mundo en sus extremos.
CAPITÁN. Avísame aquesta carta
que el Rey me manda prender.
GARCÍA. ¡Voto a los diablos!
CAPITÁN. ¡Que ayer
la mía a Fernando parta
con tanta seguridad
y hoy intente mi prisión!
GARCÍA. A vuestra reputación,
grandeza y autoridad
no puede haber cosa alguna
que ofenda, ni Dios lo quiera,
sino que la envidia fiera
emborrache la fortuna.
CAPITÁN. No me ha sacado de mí
cosa como ésta, en mi vida.
GARCÍA. A ser aquí la ofendida
mi persona, fuera ansí,
pues podía, esto que pasa,
sacarme de mis casillas;
pero vos, ni aun de rodillas
saldréis de tan grande casa.
CAPITÁN. Sobrino, venid conmigo,
que quiero al Rey escribir
sobre este caso, y decir,
pues a escribirle me obligo,
que por qué tan conocida
lealtad trata con rigor.
DON JUAN. A vuestro lado, señor,
pretendo perder la vida.
GARCÍA. Y de las ajenas, yo.
os mando un millón entero.
CAPITÁN. Callad, Paredes.
GARCÍA. No quiero.
¡Pesar de quien me parió!
cuando ya tú te amohinas,
que eres la misma prudencia,
¿quieres que tenga paciencia?
¡Pícaros, putos, gallinas!

(*Vanse. Sale* POMPEYA *de hombre.*)

POMPEYA. Noche de estrellas vestida,
encubridora de cuanto
tu negro y oscuro manto
a varias cosas convida.
Amiga reconocida
de ladrones y de amantes,
pues que las luces brillantes
de la luna y las estrellas
con tus negras armas sellas
hasta que el sol le levantes.
Noche, cuya sombra oscura,
a quien huye el resplandor
del sol, pareces mejor
que sus rayos de luz pura.
Antípoda que procura,
ocultando su arrebol,
ser la máscara del sol
y hacer que su luz se vuelva
hasta que a lavarse vuelva
su rostro al mar español.
Noche apacible y serena,
pues fuiste siempre enemiga
de la luz, si es que te obliga
en algo mi amarga pena,
pon las luces en cadena
de las estrellas y luna
porque no pueda ninguna
ver el exceso mayor
con que se atreve a mi honor
una afición importuna.
A saber vengo si es muerto,
o si vive, el que de mí,
y la vida que perdí,
es dueño seguro y cierto.
Tormenta quiero en el puerto
más que bonanza en el mar.
Déjame desengañar,
que una pena que se alarga
es cuchillo que se encarga
de atormentar y matar.
Y si el dolor que padezco
en ti remediar procuro,
a tu negro templo oscuro
mil sacrificios ofrezco.
Bien el favor que merezco
de ti es razón que reciba,
a dármele se aperciba
el renombre que te dan,

porque si vive don Juan
en ti mi memoria viva.

(*Salen* Don Juan, García de Paredes *y* Morata.)

García. No me puedo sosegar.
Don Juan. El amor no da sosiego.
García. Téngole al Gran Capitán
por tantos merecimientos.
Sin esto en toda la noche,
ni en mil ¡por los altos Cielos!,
me he de quitar de esta puerta,
y que si viene el infierno
con más legiones de diablos
que de su alcázar cayeron,
no me he de quitar de aquí
sino mil pedazos hecho.
Morata. ¡Vive Dios! que estoy temblando
y que imagino que huelo
no muy bien, porque en las calzas
no sé qué humedades siento.
Don Juan. Mucho me admiro que haya
quien, con loco atrevimiento,
menospreciando la vida,
se determine a prenderlo,
que es hombre el Gran Capitán
que con sólo el nombre ha hecho
temblar a más enemigos
que hay estrellas en el cielo.
García. Dame, don Juan, que decline
la fortuna, y verás luego
volver a ser tronco humilde
el más levantado cedro.
¿Nunca has oído decir
la fábula del león muerto
tendido en un verde prado
y cubierto de conejos?
Pues tal contemplo a Gonzalo.
Don Juan. No vale agora el ejemplo,
que está vivo el león.
García. ¡Ah, Dios!
¿Vivo llamas al que vemos
desfavorecido ya,
en odio de su Rey puesto?
Ahora bien; a mí me toca
el defender este puesto.
Vete acostar.
Morata. Bien ha dicho.
Ese consejo tomemos.
Vámonos, señor.
Don Juan. ¿Qué es ir?
¿Quiérole, por dicha, menos
que tú?
Morata. No lo digo yo,
más que dejo aquí el pellejo.
Pompeya. Gente parece que sale
de palacio. Yo me llego
a preguntar por don Juan.
García. ¿Don Juan?
Don Juan. ¿Qué hay?
García. Pasos siento
Don Juan. Tenéis razón ¡vive Dios!—
Llega, Morata, a saberlo.
Morata. ¿Para qué quieres que llegue
si, como corren los tiempos,
hay puestas por las esquinas
diez mangas de arcabuceros?
Don Juan. Llega y calla.
Morata. ¡Pese a mí!
Uno, diez, treinta, quinientos.
Más vienen de cuatro mil.
Vámonos de aquí. ¿Qué hacemos?
Como unos gigantes son.
Y hay, señor, gigante de éstos
que de una puñada rompe
cuatro varas a un cimiento.
Don Juan. ¿Ahora temes, gallina?
Morata. Señor, agora no temo,
que días ha que el temor
tengo metido en los huesos.
García. ¿Quién va?—Desvíense allá,
que yo sabré lo que es esto.—
¿Quién va, digo? ¿No responde?
¿No se mueve ese estafermo?
¿Qué aguarda? ¿A que le sacuda?
¿Habla o doile?
Pompeya. ¡Ah, caballero!
Tened la espada ¡por Dios!,
y advertid que no os ofendo.
García. ¿Qué figura? ¿Qué persona?
¿Es de la prisión del huerto?
Porque en nombrando a Gonzalo
caerán todos por el suelo.
¿Es acaso alfiler vivo?
¿Es notifico o prendeldo?
¿Es de *Fustibus et Armis?*
Porque tengo de San Pedro
esto de matar judíos.
Pompeya. De más cerca hablaros quiero.
Acercaos más.
García. ¿Trae, acaso,
para hablar boca de fuego?
Pues tire, que ¡por los santos,
que lo parecen sin serlo!,
que si me yerra...
Pompeya. Advertid
que soy mujer.

GARCÍA. ¿Cierto?
POMPEYA. Cierto.
GARCÍA. Pues ¿veis toda la braveza
de Paredes? En oyendo
mujer parezco gazapo.
POMPEYA. ¡Ah! Muy buena dicha tengo
que seáis Paredes. En vos
arrimar mi dicha quiero.
MORATA. (Arrimarme quiero, madre.)
POMPEYA. Oíd.
GARCÍA. ¿Cuánto va que vengo,
según soy de desgraciado,
a ser alcahuete vuestro?
¿Quién sois, que, siendo mujer,
y que rebozada os veo,
a las puertas del Virrey,
del Gran Capitán, que ha puesto
su nombre sobre los nueve
que el de la fama tuvieron,
presumo que sois la Envidia?
La Envidia sois, que aquí dentro
vive el valor, la lealtad,
la fama de tantos hechos,
la militar disciplina,
la fortaleza, el gobierno,
que tiene puesto en olvido
a los romanos y griegos.
POMPEYA. No creáis que soy la Envidia.
Su bien y aumento deseo.
GARCÍA. Pues si la envidia no sois,
en ese traje, sospecho
que debéis ser la Mentira,
porque dijo de ella un griego
que era hermosa y se vestía
de mil colores diversos.
¿Sois la Mentira por dicha?
Y está bien dicho; pues viendo
sus dichas, desdichas quieren
borrar sus merecimientos.
Pues, Mentira, ¿qué queréis?
Diréis que es Mario, Pompeyo,
Belisario y otros tales.
No decís bien que sirvieron
a repúblicas gentiles
y el Gran Capitán a aquellos
cuyos católicos nombres
quedarán al mundo eternos:
al mejor Rey ¡vive Dios!
que tuvo cristiano cetro,
a quien cobardes engañan
mentirosos, lisonjeros,
diciendo que es desleal
el Gran Capitán.
POMPEYA. Teneos,
que os precipita el amor.
GARCÍA. Ya os conozco en decir eso.
Vos sois la Humildad, sin duda,
que el Gran Capitán le ha puesto
a las puertas de su casa
porque todos entren dentro:
quejosos por mal pagados,
soldados rotos, enfermos,
religiosos, pobres viudas,
mujeres, niños y viejos.
¿No es verdad?
POMPEYA. Yo soy, Paredes,
Pompeya.
GARCÍA. ¡Señora!
POMPEYA. Vengo
sólo a saber de don Juan,
porque me han dicho que es muerto.
GARCÍA. Es verdad.
POMPEYA. ¡Triste de mí!
GARCÍA. Paso; esperad.
POMPEYA. ¿Cómo puedo?
GARCÍA. Que digo muerto de amores.—
Don Juan, allí viene un deudo
de Fabricio. El viene solo.
Haced como caballero.
DON JUAN. ¿De Fabricio?
GARCÍA. (¡Caso extraño!
¡Que por más que huyo de serlo
siempre he de ser alcahuete!
Ya que me vistan merezco
de terciopelo de plumas
fondo en miel.)

(*Vase.*)

DON JUAN. ¡Ah, hidalgo!
POMPEYA. (¡Cielo!
¡La voz de don Juan conozco!)
DON JUAN. El buscarme en este puesto
y a estas horas, ¡vive Dios!,
que por culpable condeno.
POMPEYA. (¡El es! ¡Ay, Dios!) A don Juan
es solamente el que quiero,
que no a vos.
DON JUAN. ¿A qué don Juan?
POMPEYA. Al de Córdoba.
DON JUAN. Recelo
que con engaño venís,
que yo soy el don Juan mesmo
a quien por mí preguntáis.
POMPEYA. Si lo sois, verélo presto
como seáis hombre aquí
para seguirme.

DON JUAN. Yo pienso
que lo soy en todo, tanto
que, si aquí dejo de serlo,
es por lo que en preguntaros
estas cosas me detengo.
Id adelante.

POMPEYA. Seguidme.

(*Vase.*)

DON JUAN. ¡Hola!

MORATA. ¡Señor!

DON JUAN. ¿Qué se ha hecho
Paredes?

MORATA. Ya se partió.

DON JUAN. ¿Que ya se ha ido?

MORATA. Y diciendo
que era alcahuete.

DON JUAN. ¿De quién?

MORATA. Yo no lo sé.

DON JUAN. Este mozuelo
me dice aquí que le siga.

MORATA. No sé qué me ha dicho el eco
de la voz: pero si quieres
que yo sepa este misterio,
déjame que yo le quite
las cintas de los griguescos,
y verás.

DON JUAN. Calla, Morata.
Sígueme, porque sospecho
que es mujer.

MORATA. Dices muy bien;
vamos a verlo de presto,
porque dejarte Paredes
por más imposible tengo
que ser venturoso un sabio
y ser desgraciado un necio.

(*Vanse. Salen el* REY DON FERNANDO *y* NUÑO DE OCAMPO, *capitán, y el* ALMIRANTE.)

REY. Las cartas he recebido
con mucho gusto y contento.

NUÑO. Jamás en su pensamiento
cupo haberos ofendido.

REY. Capitán Nuño de Ocampo,
si el Gran Capitán quisiera
ya él en España estuviera.

NUÑO. No está tan siguro el campo
que sea servicio vuestro
desamparar tan gran plaza;
alguno a Italia amenaza,
que ha envidiado el valor nuestro.
Vos, en efecto, señor,
vais a Italia y lo veréis
por vuestros ojos, y haréis
al Gran Capitán favor,
no mandando que le impidan
residir en Castilnovo.

REY. Ya los decretos innovo
y quiero que se despidan
de llegarme más a hablar
los que mal me informan dél.

NUÑO. ¿Qué capitán más fiel
tenéis en tierra ni en mar?

REY. Dicen que casar intenta
su hija mayor.

NUÑO. No es justo,
Rey poderoso y augusto,
que os pese a vos.

REY. Por mi cuenta,
si de Próspero Colona
se la da al hijo mayor,
merecerá mi favor
el Duque.

NUÑO. A vuestra persona
guarde mil años el cielo
para que le honréis, premiando,
¡oh, católico Fernando!,
el más obediente celo
que se conoce en vasallo
que Rey cristiano ha tenido.

REY. Del Duque estoy bien servido
y determino premiallo,
que a Nápoles voy si aquí
ya tiene Castilla rey;
que ya quiero ser virrey,
pues no soy rey, como fui.
¿Previénese mi partida,
Almirante?

ALMIRANT. Sí, señor:
aunque con tanto dolor
mal llorada y bien sentida.

REY. Castilla, de ti me voy,
aunque me quedo contigo.
¡Trátasme como a enemigo
cuando más honra te doy!
Tu padre y tu amparo soy;
con mi valor te crié:
con mis armas te ilustré,
y tras de tantos enojos,
para sacarme los ojos
un cuervo en tu amor hallé.

Mientras vivió mi Isabel
contenta te vi, Castilla;
Nápoles por mí se humilla
a tu divino laurel;
del moro y hebreo y cruel
salteador limpié tu muro;

ya puede vivir seguro:
¡qué buen galardón me das,
pues cuanto te quise más
en ti más penas procuro!

Mientras que tuviste guerra
buen rey fuí yo para ti,
pues con valor defendí
los límites de tu tierra,
la que agora me destierra
con tan grande tiranía.
Espero en Dios que algún día
ha de volverme a buscar,
aunque el amor del reinar
no consiente compañía.

No me acuerdo haber tenido
descanso en ti siendo rey,
porque de Marte la ley
por aumentarte he seguido;
por mi causa has conocido
un nuevo mundo, que en plata
en ti sus venas dilata;
tu rey es Filipo y Carlos;
pero déjame envidiarlos,
que te amo, aunque eres ingrata.

A embarcarse, finalmente,
se va tu padre y tu amparo;
rey te dejo ilustre y claro,
príncipe en todo excelente.
Ruego al Cielo que en la frente
de Carlos, mi nieto, veas
la corona que deseas
del gran imperio alemán,
que ya mis ojos te dan
lo que no quiero que creas.

(Vase.)

NUÑO. ¿Hay lástima como ver
a un Rey partir deste modo?

ALMIRANT. El tiepmo lo puede todo,
que tiene inmenso poder.

NUÑO. ¿Cosas puede el tiempo hacer
tan notables?

ALMIRANT. El gobierno
de Castilla está en su yerno.
Trocados miro a los dos,
que solamente el de Dios
puede ser imperio eterno.

(Vanse. Sale el GRAN CAPITÁN *solo.)*

CAPITÁN. Cuidados sobre servicios
cuando sois tan mal pagados,
bien es llamaros cuidados
de olvidados beneficios.

Y si olvidados vivís
por envidias de traidores,
ya os puedo llamar temores,
que a darme muerte venís.
¡Quién creyera que sin ley
hiciera el miedo impresión
en el noble corazón
de tan católico Rey!
¡Buen pago, Fernando, dais
al que os está defendiendo,
pues, a envidiosos creyendo,
prenderme agora mandáis!
¡Bien los buenos capitanes
como yo os querrán servir,
si sólo llegáis a oír
a traidores y a truhanes!
Mas en Dios confío, sí,
que se ha de desengañar
el Rey y ha de confesar
el valor que vive en mí.

(Sale GARCÍA DE PAREDES *alborotado.)*

GARCÍA. ¡Esto es hecho!

CAPITÁN. ¿Qué hay, García?

GARCÍA. ¡El diablo! Vuestra excelencia
tiene la culpa, pues quiere
que aquestas cosas sucedan.
¡Lleve el diablo a mi linaje
desde la primer agüela
de Caín, si es que la tuvo
y que yo deciendo della!
¿No hubiera sido acertado
hacer lo que le aconseja
quien bien le quiere, y hacer
que lo que es menos se pierda?
Acabáramos, señor,
de una vez con todas estas
bellaquerías, colgando
dos o tres de esas almenas,
con las cartas al pescuezo,
como cuando alguno afrentan
por vender gato por liebre
y el gato al cuello le cuelgan.
Que ¡voto a...!

CAPITÁN. ¡García! ¡García!

GARCÍA. ¡García! ¡García! Deja
la flema, ¡cuerpo de Dios!,
que ya está todo por tierra.

CAPITÁN. ¿Cómo?

GARCÍA. Está ahí un Auditor,
o calabaza, y no deja
que te metan un papel,
que él mismo darte desea,

de la Corte, y... ¡voto al diablo, que si me enojo...!

CAPITÁN. Pues venga y démele de su mano.

GARCÍA. ¿Consentirás que te prenda si es, acaso, provisión?

CAPITÁN. Pues ¿quién habrá que se atreva a un hombre a quien la fortuna igualó con las estrellas?

GARCÍA. ¡Que agora te estés así con tan grande flema! Apesca a cuantos aduladores en las Cortes lisonjean. Mas para que el Auditor que viene con estas nuevas a darnos este disgusto sin el porte no se vuelva, déjame que yo le coja de la horcajadura, y deja que le arroje en un tejado y en volatín le convierta. Que si párrafo ni ley hubiere que le defienda de volar, sea un gallina, una mandria y una hembra; pues bien sabe el Auditor de la ley *multum* que llega, si no se reduce al acto a ser nada la potencia.

CAPITÁN. Eso no quiero sufrir, García.

GARCÍA. ¿Hay tan linda flema? ¿Qué es lo que dudas, si aquí prenderte de un hombre dejas?

CAPITÁN. ¡Hola! Que entre el Auditor.

GARCÍA. Pues ¡voto a Dios! que si entra, que ni Bártulo ni Baldo le aderecen la cabeza.

(*Sale el* AUDITOR.)

AUDITOR. Después de besar las manos, gran señor, a vueselencia, esta carta es de Fernando.

CAPITÁN. ¿Para mí?

AUDITOR. Vino con ésta del Rey para mí, y me manda ponerla en las manos vuestras. Y así obedezco, señor, como veis.

CAPITÁN. Dentro se encierra una cédula.

GARCÍA. Será en que manda que te prendan.

CAPITÁN. La cédula quiero leer, porque la carta es la letra y firma del Secretario.

GARCÍA. (¡Por Dios, que si el Juez intenta prenderle, que ha de tener la ventana por estrecha!)

(*Lea el* CAPITÁN.)

"Acatando a los grandes servicios que en la conquista de Nápoles y Calabria y en las demás partes tengo recebidos de mi gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa y Terranova, y que no ha recibido premio hasta hoy en la mínima parte que nos ha servido, es nuestra voluntad acudirle con cien mil ducados de ayuda de costa, resignando en su persona, como desde luego le hacemos, el Maestrazgo de Santiago, con todas las rentas a él anejas, y además desto...

No pase más adelante, porque el gusto no me deja de que de mi gran lealtad satisfación el Rey tenga. ¿Hay ventura semejante?

GARCÍA. Los pies mil veces os besa, Gran Maestre de Santiago, esta humilde hechura vuestra. Mil parabienes os doy. ¡Oh, qué famosa encomienda dais esta vez a García!

CAPITÁN. Dártela mayor quisiera. Tomad, señor Auditor, esta cadena, aunque sea menor que la de mis brazos.

AUDITOR. Esa es la mayor cadena que pueden honrar los míos.

CAPITÁN. ¡García!

GARCÍA. ¿Qué mandas?

CAPITÁN. Vuela, por tus albricias, a dar este gusto a la Duquesa.

GARCÍA. ¡Por Dios, que si por ventura no era la cédula buena y es provisión de prisión, y no provisión de hacienda, vuela el señor Auditor!

CAPITÁN. ¿Muy lejos?

GARCÍA. No; legua y media.

FIN

JORNADA TERCERA

de la famosa comedia del GRAN CAPITÁN.

(Disparan dentro, tocan cajas y música. Salen GARCÍA DE PAREDES *y un* EMBAJADOR.)

EMBAJAD. ¡Notable día!
GARCÍA. Hoy veréis
en la ciudad más gallarda,
más bizarra y más hermosa
que se conoce en Italia
los mayores regocijos
que se han visto.
EMBAJAD. De Alemania
de llegar acabo, y quiero
que me refiráis la entrada
del Rey, que aunque de su yerno
soy embajador, la fama
del gran Fernando me ha puesto
grande afición en el alma.
GARCÍA. Partió el Católico Rey
de las costas catalanas
en veinte y cuatro galeras
famosas y bien armadas.
Trujo consigo la hermosa
y católica Germana
de Fox y de Aragón reina
insigne por su prosapia.
Los castillos y los puertos
por donde sus velas pasan
con humildad los saludan
y con amor los regalan.
Descubrieron sus galeras
ayer nuestras atalayas,
y a recebirle salió
la ciudad esta mañana.
Llegaron al puente alegres,
cogidas las velas blancas
con vistosos gallardetes
hechos de colores varias.
Saludólas el castillo,
y antes que echara las planchas,
desde el muelle a la real,
con maderas y con tablas,
sobre barcos amarrados
una gran puente levantan
de alfombras ricas cubierta
por donde los Reyes salgan,
y a un punto desembarcaron
los Reyes, nobles y damas.
A este tiempo los castillos,
los baluartes y cuantas
torres la ciudad tenía
y cuantas naves estaban
en el puerto a un mismo tiempo
tanto número disparan
de piezas, que al mismo viento
tan horrísonos tronaban
que casi dudar hacían
si era el mar de fuego o agua.
En la puerta principal
del puerto, sobre seis altas
y bien fornidas colunas,
dos ricos arcos estaban,
adonde los magistrados,
que ricas telas arrastran,
las llaves le presentaron
en una fuente de plata.
El noble acompañamiento
se fué prosiguiendo hasta
que a recibirle [en] la iglesia
dieron señal las campanas.
Llegó el Cardenal de Borja,
y el de Sorrento con cuantas
dignidades tan ilustres
tiene aquí la Iglesia sancta.
A besar la mano al Rey,
que, dando a todos los gracias,
con tan ilustre ornamento
con toda la ciudad marcha.
Contarte las colgaduras
de las calles y las plazas,
los serafines que había
en balcones y ventanas,
sería cansada cosa:
sólo diré que a la casa
llegó del Gran Capitán,
donde por honra y por paga
de sus servicios se apea
y se aposenta con tantas
muestras de amor, que no quiso
llegar al insigne Alcázar.
Y siendo el Gran Capitán
de la gran reina Germana
digno bracero, la lleva,
dando plumas a la fama
para escrebir los favores
con que los Reyes le ensalzan,
con que los hombres le adoran
y con que a la envidia espanta.

(Música. Sale el REY, *el* GRAN CAPITÁN *de bracero a la* REINA GERMANA, DON JUAN, POMPEYA, *de hombre,* JULIA, *dama, y* MORATA *y acompañamiento.)*

REY. En vuestra casa, Gonzalo,

me aposento con tal gusto
como veis.

CAPITÁN. Señor augusto,
si fuera el alma regalo,
aquí la fénix se hallara,
aquí el palacio de Creso.

REINA. No es el honraros exceso,
sino amor, que no repara
más de en el que vos tenéis.

CAPITÁN. ¡Señora, tanto favor!

REINA. Gran Capitán, este amor
no a mí sola le debéis,
sino a todos, y estimad
que aun de los que habéis vencido
sois amado y sois querido.

REY. Duque, de vuestra lealtad
siempre seguro he vivido.

CAPITÁN. Sólo por serviros callo.

REY. Vos sois el mejor vasallo
que Rey cristiano ha tenido.
Levantaos, gran Condestable
de Nápoles.

CAPITÁN. ¿Aún no entráis
en mi casa y ya pagáis
posada tan miserable
con tan insignes mercedes?

EMBAJAD. ¡Gran Condestable le ha hecho!

GARCÍA. Y aún es poco a tan gran pecho
¡Sí, por vida de Paredes!

REY. Dad a la Reina la mano
y entrad.

CAPITÁN. Mil años, señor,
vivas para dar honor
ese valor soberano.

(Vanse todos; detenga JULIA *a* DON JUAN, *y quede* POMPEYA *y* MORATA.)

JULIA. ¡Detente, don Juan!

DON JUAN. ¿Qué buscas?

JULIA. ¿No me conoces?

DON JUAN. ¿Quién eres?

JULIA. Pareces, Córdoba ingrato,
al dichoso delincuente
que pasando Dios entonces
del palio se favorece.
Al de Fernando te asiste,
seguro sagrado tienes,
tus delitos, enemigo,
te obligan a retraerte
porque no quieres pagar,
no porque pagar no puedes.
Pero si a los pechos nobles
obligaciones presentes
no es posible que las niegues,
si no te tienen por dicha
ejecutado en los bienes,
que obligada me tenías
pueden obligar, las mías
la que fué dichosa siempre.

DON JUAN. Julia hermosa, yo no puedo
negar, ni es bien que lo niegue,
que de mi alma tus ojos
fueron la cárcel alegre.
Mas también sabes, señora,
que aunque amante y diligente
te serví, nunca mi fuego
derretir pudo tu nieve
hasta el punto que supiste,
propia acción en las mujeres,
que me retiro cansado
de escribirte y pretenderte.
Ya el alma, que entonces libre
y aunque fué de tus desdenes
en cárcel de obligaciones,
otro dueño hermoso tiene.
Y pues no puedo servirte,
perdóname, Julia, y vete,
aunque en amor desengaños
son amargos y crueles.

JULIA. Español, ¿eso respondes?
¿Es esto lo que merece
mi afición, que por tu causa
me ha traído desta suerte?
¿De aquese modo en mi cara
me dices que me aborreces?
Pero yo ya sé la causa
que te obliga a aborrecerme,
pues la que es menos escoges
y de lo que es más te ofendes.

POMPEYA. ¿Quién es lo menos, señora?

JULIA. ¿Sois, por ventura, alcahuete
suyo, que lo preguntáis?

POMPEYA. ¡Soy el diablo, que la lleve!
¿Quién es lo menos?

JULIA. Pompeya.

POMPEYA. Luego ¿no se ve que miente
vuestra merced?; que esa dama,
por más que de sí se precie,
la hace muchas ventajas
en hermosa y en prudente.

MORATA. Lo que el lampiñuelo dice
es verdad cuarenta veces,
a pagar de mi dinero,
y el que otra cosa dijere,
cuerpo a cuerpo, en ese campo,
yo le haré que lo confiese.

(Si acaso no vuelvo huyendo,
como siempre me acontece.)
JULIA. Haréos matar.
POMPEYA. ¿Para qué?
¿No ve que tengo parientes
en la Corte?
JULIA. ¿Hay tal maldad?
DON JUAN. Pompeya, ¿qué es esto? ¿Quieres
echarme a perder?
POMPEYA. Bien haces,
amor mío, en detenerme;
que si no...
MORATA. ¡Vaya en buen hora!
Y si quiere darse un verde
y mi amo la tripula,
no faltará quien la ruegue,
que yo también soy de carne.
JULIA. Español, ¿esto consientes?
Pues de mi boca sabrá
hoy el Rey, que ya Rey tiene
Nápoles, cómo a traición
diste a Fabricio la muerte.

(*Vase.*)

DON JUAN. ¡Mientes, vive Dios!
POMPEYA. ¡Aparta!
DON JUAN. ¿Qué quieres hacer?
POMPEYA. Ponerle
cinco sellos en la cara
para que más cuerda llegue.
DON JUAN. ¡Anda, loca!
POMPEYA. Quien no sabe
lo que son los celos, pruebe
lo que es amor; podrá entonces
saber el poder que tienen.
MORATA. Venga la mirlada y traiga
trece o catorce valientes.
Que yo haré...
POMPEYA. ¿Qué harás?
MORATA. ¿Qué haré?
POMPEYA. ¿Qué harás?
MORATA. Huír, como siempre.

(*Vanse. Sale el* REY *y un* CONTADOR.)

CONTADOR.

Por todas estas cartas te suplican
vayas a gobernar, claro Fernando,
a Castilla, que ya toda alterada
no reconoce dueño ni le admite.
Tu hija serenísima en la muerte
del rey Filipo inhábil ha quedado
de gobernar.

REY.

¿Qué? ¿Tanto lo ha sentido?

CONTADOR.

Tanto, que el que tenía está perdido.
Pues siendo así, ya ves que es niño agora
tu nieto Carlos. Vuelve, que te adora
Castilla, gran señor, y no permitas
que en ella pasen cosas inauditas.

REY.

Digo que buscaré el más fácil modo
en sosegando a Nápoles y haciendo
Virrey y General que en ella quede
de Gonzalo Fernández sostituto,
que conmigo me le llevo a España.

(*Salen* ALBERICO *y* ESPINELO.)

ESPINELO.

Entrad, que a nadie su presencia niega.

ALBERICO.

El resplandor de la verdad me ciega.

ESPINELO. Danos los pies, gran señor,
a Alberico y a Espinelo.
REY. Que os estimo sabe el Cielo
por vuestro mucho valor.
ESPINELO. En fin, gran señor, ¿te vuelves
a tu amada España agora,
y este reino que te adora
a dejarle te resuelves?
REY. Esme forzoso tornar
a España, que, en fin, me ama
como a padre y rey me llama
y la tengo de amparar.
ESPINELO. Eres, Católico Rey,
adorado con razón.
REY. Don Alonso de Aragón
queda aquí por mi Virrey.
ESPINELO. ¿Cómo has tomado la muerte
de Fabricio Ursino?
REY. ¿Quién?
ALBERICO. ¿Esto te encubren también?
REY. ¿Murió Ursino?
ESPINELO. Desta suerte:
que mandó el Gran Capitán
que porque no te escribiese
sus cosas, muerte le diese
secretamente don Juan.
REY. ¿Quién es don Juan?
ALBERICO. Su sobrino.
ESPINELO. Esta es la mujer del muerto.

(*Sale* JULIA, *enlutada, con manto.*)

JULIA. (En aqueste engaño es cierto
vengarme ¡Cielo divino!
dame favor con los dos

enemigos del Virrey.
Esto traté, porque al Rey
inciten mejor.)

REY. ¡Por Dios,
que como fuera de mí
estoy! ¿Que Ursino murió?

JULIA. Si tus pies merezco yo,
por quien soy o por quien fuí,
hazme justicia, señor.
Don Juan de Córdoba ha muerto
a mi esposo.

REY. (¡Que encubierto
me tengan tan grande horror!)

JULIA. De noche, con gran secreto
y armas, en mi propia casa
me le mató.

REY. (¡Que esto pasa!)

JULIA. Tú eres Príncipe discreto;
tú, valeroso; tú sabes
las crueldades del Virrey,
castiga, pues eres Rey,
señor, delitos tan graves.
Toma testigos, verás
lo que averiguas en él.

ALBERICO. Si quieres ver si es fiel
tómale cuentas no más.

REY. Vos, mi Contador mayor,
se las tomad.

CONTADOR. ¿Será bien
que cuentas, señor, te den
tanta lealtad y valor?

REY. Haced luego lo que digo.

ESPINELO. Prospere tu vida el Cielo.

REY. Hoy conoceréis mi celo.

(Vanse. Queda el CONTADOR.)

CONTADOR. El que no tuvo enemigo
no tiene virtud ni en él
hubo señal de valor.

(Salen el GRAN CAPITÁN *y* GARCÍA DE PAREDES.)

CAPITÁN. ¿Está aquí el Rey, mi señor?

CONTADOR. Ya se ha entrado, y van con él
del reino algunos varones.
Que hablase a vuestra excelencia
me mandó, y con su licencia,
óigame cuatro razones.

CAPITÁN. No tienes que recelarte,
que si todas las paredes
tienen oídos, bien puedes
dar a Paredes su parte.

GARCÍA. Aún no sabe el Contador
la merced que vos me hacéis.

CONTADOR. Gran Capitán, ya sabéis
que si no hubiera valor
no hubiera envidia.

CAPITÁN. Es verdad.

CONTADOR. El Rey me manda tomaros
cuentas. Yo vengo avisaros
que ha de ser con brevedad,
porque se piensa partir
luego que compuesta quede
la ciudad.

CAPITÁN. A cuanto él puede
mandar sabré yo servir.
Digo que cuentas daré
del dinero que me ha dado,
que en servirle lo he gastado
y en dos reinos que gané.

GARCÍA. ¿Eso respondes?

CAPITÁN. ¿Qué quieres?
Quien bien lo supo gastar
buenas cuentas sabrá dar.

GARCÍA. ¿Cuentas tú?

CAPITÁN. Sí, no te alteres.

GARCÍA. ¿Valdrá lo que el Rey te ha dado
los dos reinos que le das?

CAPITÁN. El me dará lo demás
cuando quedare alcanzado.
Voy a buscar los papeles.

(Vase.)

CONTADOR. Y yo los libros.

GARCÍA. ¿Qué es esto?
¡El Rey en cuentas se ha puesto,
por dos envidias crueles,
con quien le ha dado a temer
de mil contrarias naciones,
y en las remotas regiones
sus armas llegó a poner!
¿Cómo han de poder dos plumas,
con números y con ceros,
reducir los verdaderos
valores a ciertas sumas?
Para poderlos contar
son números infinitos,
más que en el mundo hay escritos
no han de poderlos sumar.
¡Ah, Dios! que la envidia llegue
a tiempo que a un capitán
cuentas pidan a quien dan,
aunque ella misma la niegue,
más nombre por su valor
que Alejandro ni Anibal
y que pueda sufrir tal
el Duque, ¡extraño rigor!.

siendo un hombre a cuya espada
se puede rendir el mundo.
¿En qué bujarrón profundo
vive esta envidia encerrada
que a tal valor no perdona?
Mas que cuenten es mejor
que he muerto a este Contador.

(*Salen* POMPEYA *y* DON JUAN.)

DON JUAN. Mi amor, Pompeya, me abona,
y no quiero que de mí
tan injustas quejas formes
cuando de veras te informes
de que jamás te ofendí.

POMPEYA. ¡Qué bien sabes disculpar,
sin advertir que tu culpa
hallar no podrá disculpa
que por buena pueda dar!
Vino Julia hasta la puerta
de palacio en busca tuya.
¿Qué quieres, don Juan, que arguya
de una sospecha tan cierta?
Mas yo me iré donde más
no me veas, y el creerte
lloraré hasta que la muerte
me acabe.

DON JUAN. ¡Terrible estás!
Ya pienso que no me quieres,
pues no me crees aquí.

POMPEYA. ¿Qué he de creer, si lo vi?

DON JUAN. Terribles sois las mujeres,
y ¡por vida de don Juan!
que jamás pensé ofenderte
con Julia; mas eres fuerte
si injustos celos te dan.

POMPEYA. Bien dices, injustos celos,
porque todos vuestros gustos
es el dar celos injustos.

DON JUAN. No me den vida los cielos
si no siente, gloria mía,
tu pesar; mas ¡por tu fe!
que agora sin causa fué.

(*Salen el* CAPITÁN DE LA GUARDA *y* SOLDADOS.)

C. DE LA G. Dese vuestra señoría
a prisión.

DON JUAN. Pues ¿por qué a mí?

GARCÍA. ¿Qué es esto?

C. DE LA G. Mándame el Rey
prender a don Juan, y es ley
que yo lo ejecute ansí.

DON JUAN. Pues ¿la causa no sabré
de mi prisión?

C. DE LA G. Solamente
obedezco diligente,
que lo demás no lo sé.

GARCÍA. Esto de la envidia arguyo;
mas podéis creer de mí
que no llevarais de aquí
a don Juan sin gusto suyo,
si no fuera porque están
envidiosos vigilantes
sólo por verse triunfantes
todos del Gran Capitán.
Y si aquí a don Juan defiendo,
pensarán que está culpado,
y, con haberle librado,
al Gran Capitán ofendo.

C. DE LA G. No sé si os pida la espada.

DON JUAN. No, porque no la daré,
porque yo no la saqué
contra la lealtad jurada.

GARCÍA. No fuera bien desarmar
a tan noble caballero.

C. DE LA G. Llevaros con ella quiero.

DON JUAN. No tienes que recelar,
Pompeya.

GARCÍA. Y ¿dónde le llevas?

C. DE LA G. A Castilnovo me mandan.

(*Vase.*)

GARCÍA. ¡Buenas nuestras cosas andan!
¡Cuentas, prisiones y pruebas!

POMPEYA. No he de apartarme de ti.—
Decid, García, al Virrey
que vaya a rogar al Rey.

(*Vase.*)

GARCÍA. Y podrá rogar por sí,
que están las cosas de modo
que lo habrá bien menester.
No sé qué tengo de hacer,
que ya va perdido todo.
Mándame hablar la razón
y callar manda el respeto;
a callar estoy sujeto.

(*Sale el* GRAN CAPITÁN *con unos papeles, dos* CONTADORES *con dos libros de caja grandes. Haya un bufete y sillas y recado de escribir.*)

CAPITÁN. Estos mis papeles son.

CONTADOR. Y estos los libros. Aquí
se siente vuestra excelencia.
(*Siéntense.*)

GARCÍA. (¿Y aquí he de tener paciencia,
papelillos ¡pese a mí!?

Ved cómo se van sentando;
ved los librazos que hojean.
¡Que aquestas las hojas sean
que estuvieron relumbrando
dándole eternos blasones
al Gran Capitán, y aquí
estén sujetos ansí
a mal formados renglones!
Ved qué Livio escribe allí
o qué Cornelio discreto;
pero ya podría ser
que allí escribiese Cornelio,
que en las Cortes de los reyes
hay muchos Tácitos de éstos
que para decir quién son
dan plumas al libre viento.
¿Sumar quieren contadores
tus gastos, siendo tus hechos
los que plumas de la fama
en diamantes escribieron?
El que está sentado allí
diera a Jenofonte, griego,
diera a Tranquilo, romano,
materia a libros eternos,
no a contadores de un Rey
a quien traidores pusieron
con el más leal vasallo
indignado y descompuesto.)

CONTADOR. Hácesele a vueselencia
cargo...

GARCÍA. (Ya comienza el pleito.)

CONTADOR. De diez mil escudos de oro
que en Valladolid le dieron,
más veinte mil en Madrid
y treinta mil en Toledo.
A Nápoles le enviaron,
con el capitán Vivero,
quince, y en Alejandría
unos honrados hebreos...

GARCÍA. (Hebreos y honrados, miente,
a pagar de mi dinero,
aunque sus parientes sean;
porque después que pusieron
a Cristo en tanto trabajo
a tal desdicha vinieron,
que no tienen en el mundo
honra, casa, rey ni reino;
y ¡voto a Dios! si arrebato
aquel librazo de en medio,
que le he de abollar los cascos
porque no honre el majadero
a quien Dios quitó la honra.)

CAPITÁN. Señor Contador, dejemos
partidas de diez y veinte.
No hay suma.

CONTADOR. Aquí lo veremos,
que por la plana de atrás
suma este folio primero.

GARCÍA. (¿Hay tan gran bellaquería?
¡Plana de atrás! ¡Vive el Cielo!
que aquestos dos Contadores
hechos están unos cueros!
¿Cuándo Gonzalo Fernández
volvió atrás?)

CAPITÁN. Deje los pliegos,
y vengamos a las sumas.

CONTADOR. Pues que gusta de saberlo
vuestra excelencia, señor,
que bien se ve, por los hechos,
la cólera que ha tenido,
montan los cargos docientos
y setenta mil ducados.

CAPITÁN. ¿No más?

CONTADOR. ¿Y es poco?

CAPITÁN. No creo
que tal reino en todo el mundo
se haya ganado con menos.

GARCÍA. (¡Yo se lo voto a los diablos!
Se quitaba a cuchilladas,
y qué enemigos le dieron.)

CAPITÁN. También traigo yo papeles.

GARCÍA. (Vayan, vayan escribiendo.
¡Papel el Gran Capitán!
Acabóse, aquesto es hecho;
el mundo quiere acabarse.)

CAPITÁN. Memoria de lo que tengo
gastado en esta conquista,
que me cuesta sangre y sueños,
y algunas canas también.

GARCÍA. (Allá decía un discreto
que no venían por años
ni las canas ni los cuernos.
Vese claro, pues el sol
ha tantos años que vemos
y se está tan boquirrubio
como al principio del tiempo.
La luna está toda cana
desde niña, y la nacieron
cuernos aquel mismo día
que en el Cielo la pusieron,
ya más de cinco mil años.)

CAPITÁN. Primeramente se dieron
a devotas religiosas
y a religiosos conventos,
por misas y sacrificios,
doce mil y setecientos

y cuarenta y seis ducados
de limosnas.

CONTADOR. ¿A qué efeto?

CAPITÁN. A efeto de que sin Dios
nunca hay prósperos sucesos.

GARCÍA. Y como demás que entonces
todo andaba tan revuelto,
que un capellán no se hallaba
por un ojo.

CONTADOR. Al paso de esto,
yo aseguro que le alcance.

CAPITÁN. Como se va el Rey huyendo
de tantas obligaciones,
quiero alcanzarle y no puedo.
Más de llevar a caballo
soldados pobres y enfermos,
y de curar los heridos,
veinte mil ducados.

CONTADOR. Bueno.

CAPITÁN. Más que se dieron a espías
en diversas veces, ciento
y setenta mil ducados.

CONTADOR. ¡Jesús!

GARCÍA. (¡San Blas!)

CAPITÁN. Y en correos
que se partían a España,
a Granada y otros reinos,
diez y siete mil ducados
y cuatro reales y medio.

GARCÍA. ¡Voto a Dios! que se le olvidan
más de diez mil y quinientos
que en caballos se gastaron;
que, como era el tiempo recio,
más rocines se morían
que tienen las cuentas ceros.

CAPITÁN. Más que se dió a sacristanes
que en las iglesias tañeron
por las victorias que Dios
fué servido concedernos,
diez mil ducados y treinta
y un real.

CONTADOR. ¿Tanto?

GARCÍA. Sí, que fueron
infinitas las victorias
y andaban siempre tañendo.

CAPITÁN. Oigan, oigan ¡por mi vida!
Más de pólvora, trescientos
y setenta y mil ducados
y tres reales.

CONTADOR. Ya podemos
dejar las cuentas.

GARCÍA. Bien hacen:
enemigos son del fuego.

CAPITÁN. Más de plomo para balas,
treinta y seis mil y seiscientos
y cuarenta y dos ducados.

CONTADOR. No sólo satisfaciendo
va vuestra excelencia al Rey;
mas que no podrá, sospecho,
pagarle con cuanto tiene.

[GARCÍA.] Suplícole que dejemos
(Levántase.)
las cuentas, que quiero hablarle.

CAPITÁN. Pues ¿qué hay de nuevo?

GARCÍA. Que ha mandado el Rey prender
a don Juan.

CAPITÁN. ¿Cierto?

GARCÍA. Y tan cierto,
que, si no fuera por vos,
a los que por él vinieron
yo les diera muchos palos,
porque miré a vuestros pleitos,
al Capitán de la Guarda,
que es mi amigo y vuestro deudo,
y por eso lo dejé.

CAPITÁN. Voy a hablar al Rey.

GARCÍA. Yo entiendo
que será bien menester
que le habléis; pero primero,
señor, a estos contadores
¿no dejaréis que al infierno
los envíe yo a contar?

CAPITÁN. Que digáis eso no quiero.

(Vase.)

GARCÍA. Déjame ¡por vuestra vida!
meterles cuatro cuadernos
de esto de plana de atrás
dentro de los mismos sesos.

CONTADOR PRIMERO.

¿Qué os parece?

CONTADOR SEGUNDOO.

Que estoy maravillado
de las cuentas.

CONTADOR PRIMERO.

¡El Rey!

(Sale el REY.)

REY.

Pues ¿qué hay de cuentas
con el Gran Capitán?

CONTADOR PRIMERO.

Que las ha dado;
mas yo no sé lo que con él intentas.
De espías y de misas ha contado
más que le has dado.

REY.

Pues ¿las misas cuenta?

CONTADOR PRIMERO.

Dice que no hay sin Dios buenos sucesos.

REY.

Tiene razón.

CONTADOR PRIMERO.

Con un millón de excesos
te alcanza en dos partidas tan notorias,
que a solos sacristanes que tañeron
a las fiestas, señor, de sus victorias,
diez mil ducados cuenta que les dieron,
sin más treinta y un reales.

REY.

Justas glorias
sus proezas insignes merecieron.

CONTADOR PRIMERO.

Pues de espías, señor, nos dió sumados...

REY.

¿Cuánto?

CONTADOR PRIMERO.

Cien y sesenta mil ducados.
De pólvora es locura lo que cuenta.

REY.

Debe de castigar malos deseos.

CONTADOR PRIMERO.

Treinta mil y quinientos y sesenta
y tres ducados cuenta de correos,
y añade cuatro reales a esta cuenta
para justificarla.

REY.

Sus trofeos
dan voces contra tanta envidia fiera,
puesto que en balde su valor altera.

CONTADOR PRIMERO.

Si oyeras a García de Paredes
contar cómo las postas se morían,
sospecho que le hicieras mil mercedes.

(*Entran el* GRAN CAPITÁN *y* GARCÍA DE PAREDES.)

CAPITÁN.

García, a España de esta vez me envían.

GARCÍA.

Agora libremente hablarle puedes.

CAPITÁN.

Bravos alientos las verdades crían.—
Aquí, invicto señor, a tus pies tienes
tu hechura.

REY.

¡Oh, Condestable! A tiempo vienes.
¿No sabes como ya me vuelvo a España
y conmigo te llevo?

CAPITÁN.

Iré sirviendo
a vuestra majestad; pero primero
quiero que sepa lo que hablarle quiero,
que este reino famoso, con mi sangre,
y el de Calabria, lo he ganado. Sólo
ha dado una miseria para ello
vuestra real majestad, y estoy tan pobre
que, habiendo consumido aquí mi hacienda,
no me ha quedado un plato, ¡vive el cielo!,
en que comer.

GARCÍA.

Verdad ¡por Jesucristo!

CAPITÁN.

Que a vuestra majestad en este cargo
de Virrey he servido noblemente,
aunque le han dicho que desleal he sido.

GARCÍA.

¿Qué importa que lo digan si han mentido?

CAPITÁN.

A vuestra majestad le han dado cartas
envidiosos de mí, diciendo en todas
que yo le ofendo, y mal le han informado.

GARCÍA.

Sí ¡por vida del diablo!, y son gallinas.

CAPITÁN.

Y que tiene en prisión a mi sobrino
porque muerte le dió a Fabricio Ursino,
no a traición, como dicen envidiosos,
sino como valiente, en desafío.

GARCÍA.

Sí ¡por vida del diablo treinta veces!

REY.

¿Quién es este soldado?

CAPITÁN.

Este es García
de Paredes.

REY.

¿Vos sois aquel sonado?

GARCÍA.

No sé si soy sonado o soy mocoso;

mas sé que he servido ¡oh, generoso
rey de Aragón, de Nápoles! al lado
del mejor Capitán que el Cielo ha dado
a todo el mundo.

REY.

¿Es pobre el buen Paredes?

GARCÍA.

Mas ¿qué quiere? ¿Pedirme algo prestado?

CAPITÁN.

Señor, de fama y de virtudes rico.

GARCÍA.

Más rico soy que vos, Rey poderoso,
porque quien no desea cosa alguna,
dos higas puede dar a la fortuna.

REY.

Pues de renta le doy tres mil ducados.

CAPITÁN.

Y prometo que son bien empleados.

GARCÍA.

Esos gastaré yo, Rey soberano,
con soldados amigos camaradas,
cuyas lenguas, señor, son las espadas,
no como estos bellacos gallinosos.

REY.

Ya sé que mal me informan envidiosos;
pero vamos, que quiero antes que parta
hacer que luego en Nápoles publiquen
un testimonio del valor del Duque,
y por don Juan yo mismo subir quiero,
que soy su Alcaide y vuestro prisionero.

CAPITÁN.

Yo soy tu esclavo.

REY.

Sois mi amigo, Duque.

GARCÍA.

¡Tres mil de renta yo! Brindis, fortuna,
a la salud de todos los amigos,
aunque pese a gallinas y enemigos.

(*Vanse. Salen* POMPEYA *y* MORATA.)

POMPEYA. ¿Qué es lo que dices?
MORATA. Que aprestes
tus cojines y maleta,
que ya está libre don Juan
y a España damos la vuelta.
POMPEYA. En albricias quiero darte,
Morata, aquesta cadena
y estos abrazos amigo.
¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?
¿Que ya está libre mi bien?
MORATA. De suerte que no te vuelvas
loca, has de hacer tu figura,
porque es todo cosa vieja.
El capitán de la Guarda
del Rey la licencia lleva
de soltarle.
POMPEYA. Toma, amigo,
este diamante.
MORATA. Muestra,
que en aquesto de tomar
soy de condición tan buena,
que a nadie dije de no,
y es porque nací una fiesta
del mismo Santo Tomás.
POMPEYA. ¡Ay, amigo! Considera
que sin don Juan yo vivía
como sin agua la tierra,
como sin su luz el sol,
como el fuego sin materia
que consuma, que en faltando
necesario es que él se muera,
y, en fin, como sin mí misma,
que es la cosa de más fuerza.
Voile a ver, Morata. Adiós.
MORATA. ¡Adiós, Nápoles, que os llevan
vuestro mejor bebedor
treinta enemigas banderas
a las castellanas costas,
a las benditas tabernas
del bendito San Martín,
que a todos su capa presta!
¡Adiós, mis bellas madonas!
¡Ay, me que el cor se lamenta!
Enlútense por mí todas
las fregonísimas hembras.
¡Adiós, que voy por el agua,
y plega a Dios no suceda
que en ella agüemos el vino
si el borrico se nos vuelca,
donde este pobre mosquito,
vecino de las bodegas,
lo vaya a ser de las ranas
y en camarón se convierta!

(*Vanse. Tocan cajas. Sale el* REY LUIS DE FRANCIA *y un* CAPITÁN.)

LUIS. Días ha que tuve nuevas
que de Nápoles partía
el rey Fernando, y querría,
por darme de su amor pruebas,

descansar en este puerto
de Marsella hasta que el mar
para poder navegar
de tiempo seguro y cierto.
Y para que la amistad
nuestra confirmada quede,
en alegrías excede
aquesta insigne ciudad
a muchas.

CAP. FR.ª Muestra Marsella
del valor las justas leyes,
pues tres poderosos reyes
se han de aposentar en ella,
dando de su amor fiel
el valor que está mostrando.

LUIS. Embarcóse el rey Fernando,
y juntamente con él
aquel varón singular
que tanto valor encierra,
que siendo rayo en la tierra
lo viene a ser en el mar.

(Disparan.)

CAP. FR.ª Salva es ésta, gran señor.
Sin duda el Rey ha llegado.

LUIS. Bien este puerto ha mostrado
su voluntad y mi amor.

(Música. El REY *y la* REINA *y el* GRAN CAPITÁN *por su bracero;* DON JUAN, POMPEYA *y* GARCÍA DE PAREDES *y acompañamiento.)*

LUIS. Días ha que estaba aquí
esperando a que viniera
vuestra majestad.

REY. ¡Señor,
tanto amor! Fineza es ésa
que dobla mi obligación
y mi justo amor aumenta.

LUIS. ¿Viene vuestra majestad
buena?

REINA. La que a veros llega,
¿cómo puede, Rey famoso,
dejar de venir muy buena?

LUIS. ¡Duque de Sesa!

CAPITÁN. ¡Señor!

LUIS. ¿Cómo venís?

CAPITÁN. Si la Reina
mi señora, respondió
que viene buena quien llega
a veros, ¿qué han de decir
los que son hechuras vuestras?

LUIS. Vos sois el Gran Capitán.

CAPITÁN. Rey Luis, vuestra grandeza
hace humildes los leones
y las águilas soberbias.

LUIS. Si fuérades mi vasallo
yo sé, Gonzalo, que hiciera...

CAPITÁN. ¿Qué hiciérades, gran señor,
con quien hoy los pies os besa?

LUIS. Ganara el mundo con vos.

CAPITÁN. Que le gano es cosa cierta,
pues sois mayor y he ganado
que me honréis desta manera.

LUIS. ¡Hola! Dadnos de cenar.

REY. La Reina no viene buena;
pero verános cenar.

LUIS. Dalde, gran señor, licencia
al Gran Capitán que cene
con nosotros.

REY. Fuera
quitarle ese honor crueldad.
Sentaos, Duque.

(Hayan sacado las mesas con todo aderezo y descubren una vajilla de plata en un aparador. Siéntense.)

CAPITÁN. Si la rueda
se sienta de mi fortuna,
sentaréme a detenerla.

LUIS. Quien vence reyes bien puede
sentarse, Duque, a su mesa.

(Van comiendo y bebiendo con cortesía.)

GARCÍA. ¿Qué dirán los envidiosos,
dime, don Juan, cuando vean
que con tres reyes sentado
está Gonzalo a la mesa?
¡Ah, putos! ¡Por cuantos huesos
de cortesanos entierra
la pretensión y el despacho,
que suele andar con muletas,
que si yo os cogiera aquí...!

DON JUAN. Paso; que los tienes cerca.

GARCÍA. Y ¿quién son, por vida vuestra?

DON JUAN. Alberico y a quien yo
le rompí media cabeza.

GARCÍA. Pues hablen, y ¡voto a Dios!
de romperle la otra media.

(Cantan.)

CANTOR. "Con tres poderosos reyes
está sentado a la mesa
cenando el Gran Capitán
en la ciudad de Marsella;
aquel valeroso Alcides,
de Italia segundo César,
aunque segundo en el nombre,
primero en valor y en fuerzas.
Honrándole estaba el Rey

como a su persona mesma,
que quien a los reyes vence,
también con reyes se sienta."

(*Levántanse.*)

GARCÍA. Las mesas dejan los reyes.

LUIS. Toda esa vajilla es vuestra,
Gran Capitán, disponed
a vuestra voluntad della.

CAPITÁN. Bésoos, gran señor, los pies,
pues me dais tanto que pueda
socorrer a mis soldados.
¡Ea, soldados! Apriesa
entre todos la partid.

MORATA. Ese valor me contenta.
Nadie me llegue aquel frasco
ni aquella cantimploreja
del claretillo, que es mía,
a pesar de cuantos vengan.

(*Vase.*)

CAPITÁN. Reyes famosos, pues hoy
es el día de clemencia,
hacer mercedes a todos,
interponiendo las prendas
y autoridad del gran Rey
que hoy os ha dado esta cena,
pido a vuestras majestades
se sirvan en esta fiesta
de perdonar a don Juan,
que, casado con Pompeya,
le sirve en esta jornada.

REY. Huélgome de conocerla.

REINA. Y yo de hacerla merced.

REY. Sí; mas es razón que advierta
el Duque que también él
ha de hacer lo que aconseja.

CAPITÁN. ¿Cómo, señor?

REY. Perdonando.

CAPITÁN. Pues ¿hay alguno a quien pueda?

REY. Alberico y a Espinelo.

ESPINELO. A tus pies, señor, confiesan
que eres grande, pues la envidia
no pudo romper tus fuerzas.

CAPITÁN. Yo los perdono y suplico
que por amigo me tengan.

GARCÍA. Y aquí DEL GRAN CAPITÁN
ha dado fin la comedia.

FIN

LA GRAN COMEDIA

EL LOCO POR FUERZA

DE

LOPE DE VEGA

PERSONAS QUE HABLAN

LEONARDO, *caballero.*	GONZALO.	*Dos* ALGUACILES.
CLARINDA, *dama.*	BARTOLOMÉ.	CRIADOS *del* JUSTICIA.
FELICIANO.	NICOLÁS.	*Un* MAESTRO *de locos.*
Un ESCRIBANO.	ALBANO, *caballero.*	MARTÍN.
EL JUSTICIA DE ARAGÓN.	ROSELA, *dama.*	OSUNA *retraído.* (1)

JORNADA PRIMERA

(*Salen* FELICIANO, *sin espada, asido de dos* ALGUACILES, *con varas cortas, como se usa en Aragón, y un* ESCRIBANO *y dos* CRIADOS.)

FELICIANO. ¿A un hidalgo como yo
llevan de esta suerte asido?
ALGUA. 1.º Culpad a quien lo mandó.
FELICIANO. ¿Qué delito he cometido?
¿Soy ladrón, señores?
ALGUA. 2.º No.
FELICIANO. ¿Soy homicida?
ESCRIBAN. Tampoco.
FELICIANO. Pues ¿qué soy? ¿Loco?
ALGUA. 1.º Ni loco.
FELICIANO. Pues ¿qué soy? Mas bien lo sé.
ALGUA. 2.º Causa la que distes fué
FELICIANO. A más furor me provoco.
¿Fué causa volver por mí?
¿O eslo el ser forastero
en esta ciudad? No creí
el que un noble caballero
tratara a un hidalgo así.
Yo paso a Italia, y llegué
a Zaragoza esta noche.
¿Por qué me prende? ¿Por qué?
A aquella dama en un coche
a medio camino hallé.
Verdad es que la he servido,
regalado y pretendido:
soy hombre; no es ocasión,
para ponerme en prisión,
decir que soy su marido.
ESCRIBAN. Aquí no hay, señor hidalgo,
que informar ni que decir;
por vuestra fianza salgo;
mirad si os puedo servir
con lo que yo valgo en algo.
Pero dejarse de hacer
lo que el Justicia ha mandado
ya veis que no puede ser,
porque no está averiguado
quién es aquella mujer;
y cuanto más principal
parece a los que la ven
tanto más sospechan mal.
FELICIANO. ¿Pudieran sospechar bien
si fuera el intento mal?
Yo sé bien de qué ha nacido,
que es haberle parecido
a Leonardo como a mí,
y querer...
ALGUA. 1.º No habléis ansí.
FELICIANO. Que me deis lugar os pido
y entre los tres repartáis
esta bolsa, en que lleváis
cien escudos[, si queréis.]
ALGUA. 2.º De suerte que nos ponéis
más sospecha que pensáis.
Cuando fuera esta prisión
por orden nuestra, pudiera
dar el oro tentación,
que es un són que el alma altera,
y no hay quien pierda ese són.
Mas ¿qué disculpa tendría
quien os soltase, mandado
del que a los tres os confía?

---

(1) Intervienen además LISARDO, CELIO, FULGENCIA, una GUARDA de locos, un MUCHACHO, una FRUTERA, TORCATO, MARÍN FÉLIX, BERNAL, ATIÁN, FENICIO y TURÍN.

FELICIANO. (Pues el oro no ha bastado,
bastará la industria mía.)
Que, en fin, ¿no hay remedio?
ALGUA. 1.º No.
FELICIANO. Pues ¿para qué quiero yo
este cuchillo encubierto?

(*Huye* FELICIANO.)

ALGUA. 2.º ¡Muerto soy!
ALGUA. 1.º ¡Ay, que me ha muerto!
ESCRIBAN. ¡A los dos juntos mató!
¡Seguidle!
CRIADO. Vamos tras él.
ALGUA. 2.º Terrible golpe me ha dado!
ALGUA. 1.º ¡Y a mí terrible y cruel!
ESCRIBAN. ¡Estoy del suceso helado!
¡No lo imaginara de él!
¿Mirástele?
ALGUA. 1.º El cuerpo todo.
ESCRIBAN. ¿Dónde el cuchillo traía,
que le encubrió de este modo?
ALGUA. 2.º No sé; a la desdicha mía
este artificio acomodo.
El brazo no le miré.
ALGUA. 1.º Sin duda allí le escondió.
ESCRIBAN. ¡Extraño descuido fué!
Yo no os veo sangre.
ALGUA. 2.º ¿No?
ESCRIBAN. ¡No, por Dios! —Ni a vos se os ve.
ALGUA. 1.º ¿A mí tampoco?
ESCRIBAN. Ni a vos.
Abrid el pecho.
ALGUA. 1.º ¡Por Dios,
que apenas tengo señal!
ALGUA. 2.º ¡Yo, menos!
ESCRIBAN. ¿Hay cosa igual?
Pues yo vi dar a los dos.
ALGUA. 2.º ¡Vive el Cielo, que he caído
en que cuchillo ha fingido
el dedo con que nos dió!
ESCRIBAN. ¡Lindamente os engañó!
ALGUA. 1.º Yo le estoy agradecido.
ALGUA. 2.º Esos engaños me haga.
ESCRIBAN. Mejor fuera haber tomado
los cien escudos.
ALGUA. 1.º No hay paga
que como haber escapado
de un traidor me satisfaga.
ALGUA. 2.º Yo llevo sano el pellejo,
y voy contento.
ESCRIBAN. Si a mí
me pidiérades consejo,
el oro estuviera aquí.
ALGUA. 1.º Ahora bien, mi parte os dejo.
ESCRIBAN. ¿No miráis que os desangráis?
ALGUA. 2.º Yo me huelgo que os burléis.
ESCRIBAN. Mucho sin curar estáis.
ALGUA. 1.º A fe que no le alcancéis
con la pluma que voláis.
ESCRIBAN. Todos corridos estamos.
ALGUA. 2.º Los escudillos os comen.
ESCRIBAN. Mi parte siento; mas vamos
adonde la sangre os tomen.
ALGUA. 1.º ¡Lindamente la tragamos!

(*Salen* LEONARDO, *caballero; el* JUSTICIA *y* CRIADOS, *y* CLARINDA, *dama, con capotillo y sombrero.*)

JUSTICIA. Yo os quiero depositar,
señor Leonardo, esta dama.
LEONARDO. Aunque ofendida en la fama,
con mi hermana puede estar,
porque no puedo creer
defecto de tal persona.
JUSTICIA. Su talle honesto la abona.
CLARINDA. Abóneme el ser mujer;
y para ser amparada
de vuestros nobles aceros,
más pueda el ser caballeros
que el ser yo tan desdichada.
JUSTICIA. Que sois mujer principal
se mira muy bien en vos,
porque parece que Dios
pone a los nobles señal.
Al oro no permitió
que jamás se corrompiese,
sino que permaneciese
en el valor que le dió.
Por excelencia al diamante
tal firmeza quiso dar,
que no le pueda labrar
menos que su semejante.
Y como aquesta excelencia
a una piedra, a un metal dió,
parece que señaló
los nobles en la presencia;
porque a respetarlos mueve,
al que en su vista repara,
un cierto honor, en la cara,
diferente de la plebe.
LEONARDO. No sólo tiene ese honor,
señor Justicia, esta dama,
con que asegura su fama
y informa de su valor;
mas tiénele acreditado
de la gracia y hermosura,

que honestamente asegura
su no conocido estado.
Preguntadle cómo viene
con un hombre y dónde va.

JUSTICIA. ¡Triste por extremo está!

LEONARDO. No dudo que amor le tiene.

JUSTICIA. De vos deseo saber
de dónde sois y a qué vais.

CLARINDA. Todo cuanto preguntáis
os responde el ser mujer.
Mi tierra no importa nada
que la sepáis, y quién soy
menos, pues [que] presa estoy.

LEONARDO. Presa, no; depositada
conmigo, a mi casa vais.
Una hermana tengo allí
para que de ella y de mí
en esta tierra os sirváis.
Si os importa el encubrir
quién sois, al Justicia ruego
que no os lo pregunte. (Hoy llego
poco menos que a morir.
Notable es la gentileza
de esta bella castellana.
¿Qué sol, qué fresca mañana
compite con su belleza?
Bien se ha trazado mi gusto.
A mi casa, en fin, la llevo,
pues, sirviéndola, me atrevo
a suspender su disgusto.
Sabré quien es, y de mí
sabrá mi amor.)

(*Salen los* ALGUACILES.)

ALGUA. 1.° Con cuidado
a tu presencia he llegado.

ALGUA. 2.° Y yo temblando de ti.

JUSTICIA. ¿Por qué razón?

ALGUA. 1.° Aquel preso
se nos fué.

JUSTICIA. ¿Cómo?

ALGUA. 2.° Señor,
la industria vence al valor.

ALGUA. 1.° El fué un extraño suceso.
Tirónos dos puñaladas
con un cuchillo encubierto
y está en sagrado.

JUSTICIA. Por cierto
que sois dos varas honradas.
¡Qué bien empleara el Rey
dos castillos en los dos!

ALGUA. 1.° A fuerza o traición ¡por Dios!
que no hay espada de ley.
El las tiró de manera
que nos contamos por muertos.

ALGUA. 2.° Al dar el golpe soltamos
y él comenzó la carrera,
de suerte que, como el viento,
en la iglesia se metió.

JUSTICIA. Pues iré a sacarle yo,
que de esta burla me afrento.
¡Villanos, gente cobarde!:
¿con amenazas se os va
un preso?

LEONARDO. Si es ido ya
llegaréis, don Pedro, tarde.
Dejadle, que lo más cierto
será ponelle dos guardas.

JUSTICIA. ¿Tú, Leonardo, me acobardas?

LEONARDO. No te acobardo, te advierto.

JUSTICIA. Ahora bien, venid conmigo,
que si os ha burlado ansí,
no me ha de burlar a mí
ni escaparse del castigo.

(*Vase con los* ALGUACILES.)

LEONARDO. Parece que os alegráis
del suceso de aquel hombre.

CLARINDA. De Feliciano, que es nombre
del que vos hombre llamáis,
tengo justa obligación
para alegrarme en su bien.

LEONARDO. Y bien lo dicen también
las lenguas del corazón,
porque en los hermosos ojos
se ve lo que le queréis.
Mas ¿qué obligación tenéis
para sentir sus enojos
y alegraros de su bien?

CLARINDA. Cuando el Justicia, señor,
os nombre por asesor,
os lo diré yo también.
Dejad los nuevos desvelos;
no uséis de tanto rigor,
ni a quien confiesa el amor
le deis tormento con celos.

LEONARDO. Quien de vos no los tuviese
luego que ajena os mirase,
era justo que cesase
para que otra vez no os viese.
No os quiero dar pena aquí,
sino serviros allá.
Por dicha, os obligará,
[para valeros de mí]
que soy noble, como veis,
y a quien el Justicia fía

que os tenga en mi compañía.

CLARINDA. Creo que merced me hacéis;
pero advertid que el amor
no se rinde a la violencia.

LEONARDO. Ya sé yo que es la paciencia
fundamento del favor.

CLARINDA. Amor es niño, y se ablanda
regalado.

LEONARDO. A Amor, señora,
llevo por huésped ahora.
Yo haré lo que Amor me manda.

(Vanse, y salen FELICIANO *y* OSUNA, *retraído.)*

OSUNA.

Si valiera la hoja mil ducados,
la presentara de la misma suerte.

FELICIANO.

Conozco de esos términos honrados
lo que también vuestra persona advierte;
y pues que los hidalgos obligados
sirven el beneficio hasta la muerte,
la espada que a mi lado habéis ceñido
tendréis al vuestro.

OSUNA.

Vuestras manos pido.

FELICIANO.

Dadme los brazos y tocad, que os juro,
por el templo en que estamos, y así el Cielo
me libre y a la prenda que procuro,
de agradeceros este hidalgo celo.

OSUNA.

En esa hoja os doy un monte, un muro.
Merece ¡vive Dios! de terciopelo
camisa o vaina, y de diamante y oro
pomo y contera.

FELICIANO.

Puede abrir un toro.

OSUNA.

Tenedla en algo, que podéis, sin duda,
con ella y una cuenta de perdones,
sacar un alma, aunque de andar desnuda
se ha resfriado en ciertas ocasiones.
Contra los turcos la he tenido en Buda,
y entre los indios. Contra mil naciones
he sido en tierra y mar soldado. El dado
y una mujer me han roto, y soy quebrado.
No digo que yo tenga acción ninguna
ni que quisiera presumir tenella,
a cantar, sin ser gallo, en la tribuna;
pero que estoy como me veis por ella.

FELICIANO.

¿Cómo os llamáis?

OSUNA.

Es mi apellido Osuna;
soy del Andalucía, patria bella;
vasallo del Marqués de Barcarrota,
cerca del mar que a Portugal azota.
A los Portocarreros generosos,
príncipes del valor que el mundo sabe,
sirvieron mis abuelos valerosos.

FELICIANO.

¿Y con qué puesto?

OSUNA.

Fueron de su llave.

FELICIANO.

¿De su cámara?

OSUNA.

No, que los famosos
Marqueses, por honrar gente tan grave,
aunque las llaves, como veis, les dieron,
de su despensa solamente fueron.

FELICIANO.

Queréis decir que fueron despenseros
de los Marqueses.

OSUNA.

Eso mismo digo.

FELICIANO.

Quien mereció servir Portocarreros,
merece ser de todo hidalgo amigo.
Mas porque quiero un rato entreteneros
y descansar con vos, cual vos conmigo,
oíd mi historia, y el secreto encargo.

OSUNA.

Palabra os doy.

Yo haré por no ser largo.

FELICIANO.

Primero día del mes,
en que los perros del Cielo,
que llaman la estrella Siria,
ladran con mayor denuedo;
cuando la Doncella o Signo
tiene con calor soberbio
todo el sol en las espigas
y todo el fuego en el pecho,
cae, Osuna valeroso,
la Víncula de San Pedro,
prisión del divino Apóstol,
o libertad de estar preso.

Cae San Félix también
aqueste día, y sospecho
que por el Pedro y el Félix
llama a esta fiesta Toledo
San Pedro de Sahelices,
porque de este nombre un templo
de esotra parte del Tajo
tiene un monte por cimiento.
Es tanta su antigüedad
de esta ermita que refiero,
que al Pontífice de Roma
suele llamar cura el pueblo,
sacristán al arzobispo
y al rey patrón, y yo creo
que estas cosas tan antiguas
no carecen de misterio.
Como el Tajo cristalino
lava con su curso eterno
los pies de esta santa ermita,
es toda la fiesta en ellos.
Desde las soberbias peñas,
desnudos fuertes mancebos,
saltan al agua atrevidos,
círculos de plata haciendo.
Cuál va en ella disfrazado
con mil vestidos diversos;
cuál va como blanco cisne
los cristales dividiendo;
cuál se zabulle en las ondas
y, reprimiendo el aliento,
como el ánade pintado
sale sacudiendo el cuello;
cuál, azotando las aguas,
alterna los brazos diestros,
y en ella, escribiendo cees,
forma un círculo perfecto;
cuál, puesto en forma de barco,
las manos haciendo remos,
como madeja de seda
devana el agua en su pecho;
cuál, a lo largo tendido,
enseña los pies ligeros,
sustentando con las manos
la pesadumbre del cuerpo.
Muchos van por las orillas
en mil danzas, pareciendo
los mejicanos desnudos
cuando bailaban aceitos.
Cuáles trepan por las peñas
y parecen, desde lejos,
un retrato del diluvio,
de arena y agua cubiertos.
Cuáles, corriendo algún toro,
de su feroz vista huyendo,
se arrojan al agua y burlan,
entre las ondas, sus cuernos.
Cuáles a los labradores,
que están estas fiestas viendo,
meten al agua vestidos
por memoria de San Pedro,
aunque no salen enjutos,
mas de arena y agua llenos,
para que en sus tierras cuenten
qué barbos lleva Toledo.
Las luminarias del monte,
los cohetes y los fuegos,
doblan el campo del agua
las estrellas de los cielos.
En esta fiesta ¡ay de mí!
¡qué principios tan diversos!
pues siendo comedias de agua,
fueron principios de fuego,
vi una dama, vi a Clarinda,
clara como el sol que vemos,
linda como el Cielo mismo
cuando está claro y sereno.
No la vi vestido, Osuna,
que me resistiera, creo.
Vila desnudo, abrasóme;
pero trocamos efectos,
aunque no se fué tan libre
que no llevó pensamientos
que pararon en hacer
rostro a mis locos deseos.
Escribíla, respondióme,
y, al pedirla en casamiento,
teníala prometida
su padre a cierto heredero.
Turbóse, vióme y, turbado,
vila muerta, vióme muerto.
Las bodas se concertaron,
Ibase acercando el tiempo,
víspera del mismo santo
y en la fiesta que refiero,
pero pasados dos años
de aquel primero suceso,
vino con toda su casa
de noche al Tajo, y, fingiendo
que a sus peñas se llegaba,
hallóme echado en el suelo.
Tanto pude con llorar
¡oh, lágrimas, gran veneno!,
que hasta una pequeña aldea
a pie la truje, y volviendo
a la ciudad por amigos,
quiero decir por dineros,

la truje hasta Zaragoza,
puesto que sin casamiento
no le he tomado una mano.
Aquí nos vió un caballero,
que ha dado parte al Justicia,
que me mandó llevar preso;
mas fingiendo ser cuchillo,
con la punta de este dedo
a los alguaciles di
dos golpes en los dos pechos.
Con que a un golpe me soltaron,
y yo, no perdiendo el tiempo,
a esta iglesia me retruje,
donde rezo de amor ciego,
y donde le ruego a Dios,
con justo arrepentimiento,
que a mi me dé libertad
y dé a Clarinda remedio.

OSUNA. Vuestra historia me ha llegado
al alma; pero creed
que he estimado la merced
del habérmelo fiado.
Pensé deciros la mía:
mas no faltará ocasión,
porque siento un escuadrón
de agarrante infantería
que con el Justicia viene.

FELICIANO. Pienso que se acercan ya.

OSUNA. Tomar la puerta conviene,
porque no andemos después
en si estaba dentro o no.

(Salen el JUSTICIA *y los* ALGUACILES.)

JUSTICIA. ¿Aquí decís que se entró?

ALGUACIL. Y es el que en la puerta ves.

JUSTICIA. ¿Ah, hidalgo, hidalgo?

FELICIANO. ¡Señor!

JUSTICIA. No os entréis, seguro estáis.

FELICIANO. Saldré, pues vos me llamáis,
fiado en vuestro valor;
pero pasar del umbral
ya veis que no será justo.

JUSTICIA. Ni yo os quiero dar disgusto,
ni vengo por vuestro mal.
¿Qué delito tenéis vos
que os obligue a retraeros?

FELICIANO. Señor Justicia, temeros,
que sois retrato de Dios.
Soy un pobre forastero,
como veis; no tengo amparo,
pues dondequiera, está claro,
que suele serlo el dinero.
Si me mandasteis prender
porque una mujer quería,
que vine en su compañía
poco más que desde ayer,
y se os antoja pensar
que vivimos mal los dos,
que está en razón, sabéis vos,
temer y mudar lugar.

JUSTICIA. ¿Quién es aquella mujer?

FELICIANO. ¿Ella no lo ha dicho allá?

JUSTICIA. Sí ha dicho.

FELICIANO. Pues claro está
que lo debe de saber.

JUSTICIA. Dice que sois su marido.

FELICIANO. Dirá que yo lo deseo;
pero en peligro la veo
que no será lo que ha sido.

JUSTICIA. ¿Qué peligro?

FELICIANO. El del honor.

JUSTICIA. Pues ¿cómo le ha de perder?

FELICIANO. No más de siendo mujer,
que se le olvide el valor.

JUSTICIA. Pues ¿danle ocasión por dicha?

FELICIANO. Vos sabéis si se la dan,
pues contra su honor están
vuestra fuerza y mi desdicha.

JUSTICIA. ¿Luego a mí me hacéis culpado?

FELICIANO. No digo yo que lo estéis;
pero ¿qué es lo que queréis
a un hombre que está en sagrado?

JUSTICIA. Quiero, por ser forastero,
que no se vaya a quejar
al suyo, ni otro lugar,
mas con justicia primero.

FELICIANO. Pues la que podéis hacer
es darme esa prenda mía,
que mañana en todo el día
sabréis como es mi mujer.

JUSTICIA. Eso no es ejercitar
su justa justicia el Rey.
Si tenéis culpa ¿qué ley
me obliga a no os castigar?
¿Vinisteis embajador
a este reino?

FELICIANO. Si no tengo
culpa, con más leyes vengo
a vuestro reino, señor.

JUSTICIA. Pues si culpa no tenéis,
¿por qué en sagrado os guardáis?
Pues guardándoos confesáis
que mi castigo teméis.
Pero salid, que os prometo
de mirar vuestra justicia.

FELICIANO. Seguro estoy que malicia

no cupiese en tal sujeto;
Pero una vez en prisión
mal negocia el inocente.

JUSTICIA. Mal de la justicia siente
quien pone en ella pasión.
Es la justicia una bella
virgen que con peso igual
premia el bien, castiga el mal.

FELICIANO. Muy bien, mientras es doncella;
mas cuando da libertad
al miedo, interés y amor,
ya no es doncella, señor;
adúltera la llamad.

JUSTICIA. Confieso que estoy corrido
que un forastero se queje
sin causa, y que nos la deje
de no le haber conocido.
Pesadas palabras son,
hidalgo, las que tratais;
pero para que salgáis
con mucha satisfación,
juro, a fe de caballero
y por la vida de un hijo
que tengo, aunque mucho dijo
quien os juró lo primero,
haciendo pleito homenaje,
pena de traidor al Rey,
al Cielo, a mi fe, a mi ley,
a mi honor, a mi linaje,
de no llevaros, hidalgo,
a la cárcel.

FELICIANO. Satisfecho
de vuestra nobléza y pecho,
de esta santa iglesia salgo.

OSUNA. ¡Tente! ¿Qué haces?

FELICIANO. Creer
a un noble lo que ha jurado.

OSUNA. Mira que te han engañado.

FELICIANO. Eso ¿cómo puede ser?

OSUNA. No salgas de estos umbrales;
tente en buenas.

FELICIANO. Noble soy,
y asi, crédito les doy,
Osuna, a los que son tales.

OSUNA. ¿Adónde vas ¡pesia tal!
a esta santa casa ingrato?
Mira que es éste un retrato
del Acates celestial.
Aquí está Dios, aquí hay santos,
aquí hay gran seguridad,
aqui se trata verdad, [tos".
no hay plumas, no hay "sepan cuan-
¿Dónde vas, que has de perderte?

JUSTICIA. ¿Quién es ese hombre?

FELICIANO. Señor,
un retraído.

OSUNA. Su amor
me obliga a hablar de esta suerte.

JUSTICIA. ¡Andá, que sois ignorante!

FELICIANO. Señor, yo fío de vos.

JUSTICIA. Pues mano a mano, los dos
nos podemos ir delante.

FELICIANO. Veis aquí, señor, la espada.

JUSTICIA. Eso no, que no vais preso.

FELICIANO. (¿Hay más extraño suceso?)

JUSTICIA. (Amor, la mujer me agrada,
y aunque a Leonardo no digo
el pensamiento en que estoy,
esta prenda que le doy
es a guardar como amigo,
que, llegada la ocasión,
yo le diré que la quiero.)
Vamos.

FELICIANO. Ya, señor, espero.

JUSTICIA. En mi casa no hay prisión.

(*Vanse y queda* OSUNA.)

OSUNA. Aficionado he quedado
con extremo a este mancebo,
y es muy justo, pues le debo
la afición que me ha mostrado.
Por ver lo que le sucede,
desde lejos voy tras de el,
y iréme a Italia con él
luego como libre quede.
¡Que bien irá, mil veia, (1)
adonde su dama fuere!
Mas mejor sera que espere
a que se oscurezca el dia.
Mas ¿dónde está tu valor,
Osuna? ¿Tú eres el hombre
que ha dado, con solo el nombre,
a todo el mundo temor?
Voy, que no hay suerte infeliz
conmigo cuando me atrevo.
Osuna soy, y aqui llevo
la de Francisco Ruiz.

(*Vase. Salen* CLARINDA *y* ROSELA.)

[ROSELA.] A lastima me ha movido,
Clarinda bella, la historia
que aqui me habéis referido.

CLARINDA. ¡Mirad si es esta memoria
para que la cubra olvido!

---

(1) Así en el original.

¡Mirad si me quejo en vano
y si he de sentir perder
el último bien humano,
que es el hombre a la mujer!

ROSELA. Mucho os debe Feliciano,
cuyas partes considero
y le estoy aficionada.

CLARINDA. Lo menos de él os refiero;
porque diréis que, engañada,
encarezco lo que quiero.
Después de ser bien nacido,
que es primero fundamento
del amor que le he tenido,
tiene un rico entendimiento,
que éste es del alma el vestido
Tiene un término galán,
que a cuantas trata aficiona;
mil bendiciones le dan;
tras su lengua y su persona
los pensamientos se van.
Pero para que se arguya
su talle y gusto y concluya,
la gala y la discreción
vienen a tomar lición
del ejemplo de la suya.

ROSELA. Por pagarte en otro tanto,
Clarinda, quiero que entiendas
que adoro en un hombre cuanto
merecen las altas prendas
que ha conquistado mi llanto.
Es legítimo este amor;
nació de su gran valor
y mi honesto pensamiento,
será el fin el casamiento,
que es, Clarinda, el fin mejor.
No digo que ha de tener
fin el amor, que ha de ser
mayor entonces; mas creo
que le tendrá mi deseo
siendo su propia mujer.
¡Quiera el Cielo que te veas
con tu amado Feliciano
con la quietud que deseas!

CLARINDA. ¿Este, señora, es tu hermano?

ROSELA. Y por que mis dichas creas,
viene mi Albano con él,
que es la prenda que te digo.
Repara, Clarinda, en él.

(*Salen* ALBANO *y* LEONARDO.)

[LEONAR.] Quíseos tratar como amigo
secreto, noble y fiel.

ALBANO. Al fin, ¿la tenéis aquí?

LEONARDO. Sí, Albano.

ALBANO. Y ¿es castellana?

LEONARDO. Y de Toledo, entendí.
Pero, aquí está con mi hermana.
¿Qué decís?

ALBANO. Que un ángel vi.
¡Qué gala! ¡Qué bizarría!

LEONARDO. Que Rosela me ayudase
a conquistarla quería,
o que su desdén templase
contra tanta humildad mía.

ALBANO. ¿No le habéis dicho ese intento?

LEONARDO. No he tenido atrevimiento,
que es, en efecto, mi hermana;
mas ya Amor el paso allana
y es fuerza mi pensamiento.
Licencia os doy para hablar
a Clarinda.

ALBANO. Y la agradezco.
(Más que éste puede pensar.) (*Ap.*)

LEONARDO. Hoy a tus aras me ofrezco
como quien sale del mar.—
Escúchame aparte, hermana.

ALBANO. El depositario vuestro,
bellísima castellana,
por ser tanto el amor nuestro
y nuestra amistad tan llana,
me da licencia de hablaros.

CLARINDA. Aquí estoy para serviros,
Albano, y para escucharos;
no sólo obligada a oíros,
pero forzada a estimaros.
De esta breve junta nuestra
habemos hecho amistad,
como el ejemplo lo muestra:
díjele mi voluntad
y refirióme la vuestra.
Creedla, que la debéis
un incomparable amor.

ALBANO. Muy buena tercera hacéis;
mas merecéisle mayor
por las prendas que tenéis.
¡Bien haya Toledo, amén,
que tales bellezas cría!
Mil almas todos os den,
para que vaya la mía
a vuestros ojos también;
que más quisiera, en razón
de haberlos visto tan bellos
y de tanta perfección,
que se me abrasara en ellos
que ser señor de Aragón.
A Leonardo había culpado,

viniendo con él, señora,
del enojo que os ha dado;
pero discúlpole ahora,
porque me habéis abrasado:
que esa bella luz serena,
donde el mismo Sol se goza,
pienso que por nuestra pena
ha venido a Zaragoza
como vino a Troya Elena.

CLARINDA. Si pasa vuestra razón
el límite que podría
tener en esta ocasión
el hablar por cortesía
y el burlar por discreción,
mostraré con enojarme
que desobligáis mi celo.

ALBANO. Mostraréis con despreciarme
que desestimáis el cielo,
de donde queréis echarme.

CLARINDA. Poca cordura es decir
a una mujer luego amores.

ALBANO. Mayor locura es huír
de pretender los favores
cuando se pueden decir.
Quien comienza a pretender,
luego se ha de declarar,
porque ayuda al merecer,
pues más obliga a pagar
el ser antiguo el deber.

CLARINDA. Dos cosas hacéis mal hechas
en tan loco atrevimiento,
que es tirar al viento flechas,
dejando mi pensamiento
de vuestro honor con sospechas.
La una es ser desleal
a un amigo que tenéis,
y la otra pagar mal
la voluntad que debéis
a mujer tan principal.
Con esto y vuestra licencia,
me voy de vuestra presencia;
porque un término atrevido,
no sólo ofende al oído,
pero gasta la paciencia.

(*Vase.*)

LEONARDO. Paréceme que se va
Clarinda.

ALBANO. Enojada está
de la prisión de su amante.

ROSELA. Ve, hermano y ponte delante;
que es cortés y volverá.

LEONARDO. Voy temblando su desdén.

(*Vase.*)

ROSELA. No temas mujer jamás.

ALBANO. ¿Fuéronse?

ROSELA. ¿Pues no?

ALBANO. (Y también
se fué mi luz.) (*Aparte.*)

ROSELA. ¿Cómo estás,
desde ayer tarde, mi bien?

ALBANO. Ayer me partí de ti,
Rosela, bueno y contento;
hoy no sé qué me sentí.

ROSELA. Mataráme el sentimiento
si falta salud en ti.
¿Qué tienes en esos ojos,
que me miran con disgusto?
¿Andan con nuevos antojos
o, celosos de mi gusto,
tienen sus niñas enojos?
Declárame el mal que tienes;
partamos esa inquietud;
que, si a ser mi esposo vienes,
también entra la salud
en los gananciales bienes.
¡Qué mudo y qué pensativo,
mi bien, estás!

ALBANO. Gran tristeza
me ha dado.

ROSELA. ¡Oh, mal excesivo!

ALBANO. ¡Oh, peregrina belleza, (*Aparte.*)
por quien muero y por quien vivo!

ROSELA. ¿No soy tu belleza? ¡Oh, no!
Si por mí vives y mueres,
efectos que Amor causó,
¿cómo alegrarte no quieres
cuando te lo ruego yo?

ALBANO. Dulcísimo pensamiento,
mirad dónde os empleáis.

ROSELA. Más en la dicha que siento
de saber que vos me amáis
que no en mi merecimiento.

ALBANO. ¿Qué he de hacer, que estoy perdido?

ROSELA. Amarme como yo os amo.

ALBANO. Perdíme por atrevido.

ROSELA. No perdisteis, que yo os llamo,
en fe de ser mi marido.

ALBANO. Mal hice en rendirme luego.

ROSELA. ¿Por qué, si os quiero y adoro?

ALBANO. ¡Qué extraño desasosiego!
Si eres luz o muerte ignoro,
como mariposa el fuego.

ROSELA. No soy sino vuestra vida.
Dejad, mi bien, la tristeza,
que estoy de verlo ofendida.

ALBANO. Una celestial belleza

no puede ser resistida.
Grande mal se me apercibe.

ROSELA. Háblame, mi bien: ¿qué tienes?

ALBANO. ¿En los ojos no lo escribe
Amor?

ROSELA. Si celoso vienes,
la satisfación recibe.

ALBANO. Ninguna cosa me agrada;
que quien da satisfación
ya muestra que está culpada.
(Ella me dió la invención (*Aparte.*)
con que ha de quedar burlada.)

(*Vase.*)

ROSELA. Aguarda, escucha, señor...
¡Ah, celos, fiero rigor!
Al fin sois ángeles malos,
que os echa la honra a palos
de los cielos del Amor.

(*Vase, y salen dos* ALGUACILES, FELICIANO *y un* MAESTRO *del hospital de los locos con un papel*.)

MAESTRO.

Leeré el papel, poniéndole en mis ojos,
porque al señor Justicia se le debe
este respeto, y más en esta casa.

FELICIANO.

¿A qué me traen, si sabéis, señores,
a este hospital a mí? Gracias al Cielo,
salud me sobra ahora, y aunque pobre,
me pudiera curar si me faltara.

ALGUACIL 1.º

Feliciano, nosotros sólo hacemos
lo que nos mandan.

FELICIANO.

¿Qué me mira este hombre,
y con cada renglón de los que lee
se admira de mirarme?
¿Qué oficio tiene este hombre en esta casa?

ALGUACIL 1.º

Pienso que es el Maestro de los locos.

FELICIANO.

¿De los locos? Pues ¿cómo o a qué efecto
el Justicia me envía entre los locos?
¿Es esa la palabra que me ha dado?

ALGUACIL 2.º

La palabra que os dió ya la ha cumplido
de no llevaros a la cárcel pública,
que ésta no es cárcel, aunque lo es del seso,
donde castiga el Rey, ni su Justicia,
porque es jurisdición muy diferente.

MAESTRO.

El papel he leído; bien se pueden
vuesas mercedes ir, y de mi parte
le dirán al Justicia que a mi cargo
queda el remedio de este gentilhombre,
y que, como me manda, a cuantos vengan
a buscarle tendré del mismo modo
y con igual cuidado.

ALGUACIL 2.º

¡Dios os guarde!

ALGUACIL 1.º

Bien nos podemos ir.

ALGUACIL 2.º

Vámonos presto.

(*Vanse.*)

MAESTRO. Teneos vos. ¿Adónde vais?

FELICIANO. Con estos hombres me voy.

MAESTRO. ¡Oh, qué bien!

FELICIANO. ¿Sabéis quién soy?

MAESTRO. Y vos, ¿sabéis dónde estáis?

FELICIANO. El Justicia me envió
con estos hombres aquí:
pero no me dijo a mí
lo que a vos os escribió.
Dadme licencia, que quiero
irme, porque es tarde ya;
lejos mi posada está;
sin esto, soy forastero,
y no sé de esta ciudad
más de la calle del Coso,
donde, cual toro furioso,
corro tanta adversidad.

MAESTRO. ¡Quién ve aquestos desdichados
hablar a veces tan bien!
Dadme esa espada.

FELICIANO. Harto bien...

MAESTRO. Cumplimientos excusados.
¿He de llamar quien la quite?

FELICIANO. Hombre, ¿estáis en vos?

MAESTRO. Ansí
lo estuviérades vos.

FELICIANO. Di:
¿Dónde o cómo se permite
tratarme de esa manera?

MAESTRO. Hermano, por vuestro bien
os ponen aquí.

FELICIANO. ¿De quién

tal desdicha se creyera?
¡Bien la palabra ha cumplido
aquel falso caballero!

MAESTRO. Desceñid presto el acero.

FELICIANO. Ya le veréis desceñido
y aun teñido le veréis
en vuestra sangre villana.

MAESTRO. ¡Cierra esa puerta, Quintana!

FELICIANO. Paso, señor; no cerréis.

MAESTRO. ¡Suelta la espada, borracho!

FELICIANO. ¿Esto sufro?

MAESTRO. ¡Acaba, loco!

(*Salen cuatro locos*, GONZALO, MARTÍN, NICOLÁS, BARTOLOMÉ, *con cuatro palos*.)

GONZALO. ¿Qué es esto?

MAESTRO. ¡A tardar un poco,
yo tengo gentil despacho!

MARTÍN. Padre: ¿quién te ha hecho mal?

MAESTRO. Quitadle la espada a aquél.

FELICIANO. ¿Hay desdicha más cruel?
¿Puede haber desdicha igual?

BARTOLOM. ¡Suelta, loco!

FELICIANO. (¿Qué he de hacer?
Sin duda me han de matar
si no se la quiero dar.
¡Ah, fementida mujer!
¡Ah, traidora; que tú has sido
quien les ha dado ocasión
para hacer esta invención!)

NICOLÁS. ¡Ríndete!

FELICIANO. Ya estoy rendido.

NICOLÁS. ¡Ríndete, Luzbel, que soy
el ángel San Nicolás!

FELICIANO. Rendido estoy; ¿queréis más?
¿No veis que la espada os doy?

GONZALO. Padre, ves aquí la espada.

MAESTRO. Quitadle capa y sombrero.

FELICIANO. ¿Esto hace un caballero
tras la palabra jurada?

GONZALO. ¡Ea, desnúdate, loco!
Daca el sombrero y la capa,
que estás en tierra del Papa.

FELICIANO. Nunca viene el mal por poco.
Ya, hermanos, estoy desnudo.

BARTOLOM. ¿Hermanos? ¿Es cofradía?
Pero su madre o la mía
hermanos hacernos pudo.

MAESTRO. Traed un vestido aquí.

FELICIANO. ¿Aún eso me falta más?
¿Cuándo, fortuna, tendrás
tu mudable rueda en mí?

GONZALO. ¡Oh, qué sabio tan profundo!

MARTÍN. ¿Cómo por locos no vienen
más de cuatro, que se tienen
por los más cuerdos del mundo?

BARTOLOM. Loco, los que están acá
vístense de esta manera;
porque, ¿dónde paño hubiera
para vestir los de allá?

NICOLÁS. Muele el mundo en su tahona
los jüicios de la gente;
el que calla, sufre y miente
de grave y cuerdo blasona:
pero cuando el pan se afina,
nosotros, como más pocos,
somos salvado de locos,
pero allá queda la harina.
Viste, borracho, este sayo.

GONZALO. No ha trocado mal la capa,
pues yo dije que era Papa
y él viene a ser papagayo.

BARTOLOM. Quitadle el cuello.

MARTÍN. ¿Con qué?

BARTOLOM. Con la mano.

MARTÍN. ¿Es palomino?

BARTOLOM. Esotro digo, sobrino.

MARTÍN. ¿Este es cuello?

BARTOLOM. Sí, a la fe.

MARTÍN. Como el estudio mayor
de los hombres suele ser
siempre niños parecer,
pensé que era babador.
Ved qué de casillas tiene. (1)
¿Es pañal?

BARTOLOM. Creo que sí,
o fuelle, que el aire aquí
entrando y saliendo viene.
¿Quién diablos encuadernó
este libro de despensa?

(*Sale* OSUNA.)

[OSUNA.] ¿Qué es lo que el Justicia piensa
que al hospital le envió?
Desde lejos le he seguido,
mas con libertad he entrado,
viendo que estoy en sagrado
y donde lo está el sentido.
Locos andan por aquí:
al Maestro quiero hablar.

MAESTRO. ¿Quién va?

OSUNA. Vengo a preguntar
por un hombre.

---

(1) En 1623 se prohibió el uso de los cuellos escarolados.

MAESTRO. El nombre di.
OSUNA. Es, señor, un forastero
que se llama Feliciano,
que entró ahora aquí.
MAESTRO. Ya, hermano,
daros la respuesta quiero;
que ya os conozco.
OSUNA. ¿El a mí?
MAESTRO. Yo a vos.
OSUNA. Pues ¿de cuándo acá?
MAESTRO. Bien se ve que loco está:
luego en los ojos lo vi.
¿Ministros?
GONZALO. ¿Padre?
MAESTRO. Al momento
ese loco desnudad.
FELICIANO. ¿Hay mayor temeridad?
OSUNA. ¿Hay tal desconocimiento?
Hombre, ¿qué dices?
MAESTRO. Aplico
remedio a tu mal.
NICOLÁS. ¡Ea, presto!
OSUNA. Yo tengo la culpa de esto.
BARTOLOM. Estáte quedo, ¡borrico!
OSUNA. Sacaré, por Dios, la espada.
¡Fuera, perros!
[NICOL.] ¡Oh, qué bien!
MARTÍN. ¡Ríndete, envés de sartén!
La defensa es excusada.
OSUNA. (¡Vive Dios, que han de matarme!
¡El Diablo me trujo aquí!)
Tomad la espada.
GONZALO. Eso sí.
NICOLÁS. Desnúdate.
OSUNA. ¿Desnudarme?
BARTOLOM. Echale ese sayo presto.
OSUNA. ¡Muy bueno, por Dios, estoy!
¿Sabes, villano, quién soy,
que desta suerte me has puesto?
MARTÍN. ¿Sabes tú mi calidad,
mis costumbres y mis tratos?
Pues yo soy Poncio Pilatos,
no más de hasta la mitad;
que de medio abajo soy
el rocín de San Martín.
BARTOLOM. Vos mentís, que ese rocín...
GONZALO. Yo soy, aunque en pelo estoy
como vos; pues ¿tú no ves
que yo soy?
MARTÍN. Con menos voces.
GONZALO. Pues tiremos todos coces
y el padre diga quién es.
OSUNA. [Es cierto] yo se lo creo.
[MAESTR.] Bueno está; todos lo son.
FELICIANO. Perdiendo voy la razón
con las desdichas que veo.
(*Tocan.*)
MAESTRO. Hijos, a cenar tocaron.
NICOLÁS. ¡Ea, locos, a cenar!
MARTÍN. Yo voy a tomar lugar.
(*Vanse.*)
OSUNA. ¡Bueno, por Dios, me dejaron!
Mas, ¿quién ha quedado allí?
FELICIANO. ¿Quién puede ser sino yo?
OSUNA. ¿Es Feliciano?
FELICIANO. Es quien vió
todo el Cielo contra sí.
OSUNA. En medio de mi tristeza
a reír me has obligado.
FELICIANO. Sí, que ves desde el tablado
destos toros la fiereza.
¡Por Dios, que estás de manera
que, a no ser tal mi pasión,
me habías dado ocasión
para que lo mismo hiciera!
¿Por qué te han vestido así,
Osuna, teniendo seso?
OSUNA. ¡Por Dios, que el mismo suceso
iba a preguntarte a ti!
Que debe de ser, sospecho,
costumbre de esta ciudad.
FELICIANO. ¡Extraña riguridad
hoy con mi inocencia han hecho!
OSUNA. ¿Con la tuya?
FELICIANO. Con la mía.
OSUNA. ¿Quédome yo en la posada?
FELICIANO. ¿Qué hará mi Clarinda amada?
OSUNA. ¿Qué hará también mi Lucía?
Mas, mira que no he comido,
y que acaban de tañer.
FELICIANO. Luego ¿tú piensas comer?
OSUNA. Pues ¿de qué sirve el vestido?
¡Vive Dios, que me han de dar
mi ración como a cualquiera!
FELICIANO. Espera.
OSUNA. Que no hay espera.
¿Soy yo loco de ayunar?
¡Por vida de mis cuidados,
que aquesta locura mía
no la han de hacer cada día
con más de cuatro ducados!
Pues ¿bofetadas? Es cosa
sin remedio.
FELICIANO. Ya el humor
se te pega.
OSUNA. Esto es mejor

en desdicha tan forzosa:
por eso al daño te esfuerza
y toma ejemplo de mí.

FELICIANO. ¡Ay, Clarinda, que por ti
vengo a ser *loco por fuerza.*

FIN DE LA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* CLARINDA *y* ROSELA.)

ROSELA. Perdió, como digo, el seso
y el Justicia le envió
donde se aumenta en exceso
la tristeza que le dió
la nueva de tu suceso.
El queda en el hospital.

CLARINDA. No me digas tanto mal,
que no me basta paciencia.

ROSELA. Clarinda, una injusta ausencia
obliga a desdicha igual.
El está sin seso.

CLARINDA. ¡Ay, Cielo!
¿Cómo le podrá tener
quien vive en tal desconsuelo?
Hoy me he de matar y ver
al mejor hombre del suelo.
Haz, Rosela, de manera
que salgamos las dos fuera;
vamos a ver a mi bien,
o permíteme también
que me vuelva loca y muera.
¡Terrible es este rigor!
¿Qué me quiere la Justicia?
En vez de hacerme favor,
¿quién vió, con tanta malicia
castigar un justo amor?
Feliciano es mi marido.
Confieso que me ha sacado
del lugar en que he nacido;
pero, si no me ha forzado,
¿qué delito ha cometido?
Y si esto delito fué,
castíguenme sola a mí:
pues para que libre esté
yo juraré que yo fuí
la que le saqué y forcé.
Todos andan en mi daño,
porque todos me procuran;
porque a todos desengaño,
porque todos se aventuran
por su gusto a un mismo engaño.
El Justicia no la tiene
en su injusta pretensión:
tu hermano a engañarle viene;
pues, teniéndome afición,
en su casa me entretiene.
Albano me ha dicho amores,
cansado de tus favores,
y tú, como ingrata amiga,
porque la sangre te obliga
encubres a tres traidores.
Pues si habéis dado ocasión
para enloquecer mi bien
y le tenéis en prisión,
yo seré loca también,
que cuantas aman lo son.
A ser locos nos esfuerza
un amor, una verdad,
que no hay rigor que la tuerza.
Clarinda por voluntad
y Feliciano por fuerza.

(*Vase.*)

ROSELA. ¡Bien habemos negociado!

(*Sale* LEONARDO.)

[LEONAR.] Pues, hermana, ¿hasle contado
lo que te dije a Clarinda,
para que se ablande y rinda?

ROSELA. Cuerdo consejo has tomado;
contéle todo el suceso,
y cómo sin seso estaba
su querido amante preso.

LEONARDO. ¿Cómo te escuchó? ¿Lloraba?

ROSELA. No; pero ha perdido el seso.

LEONARDO. ¡Válgame el Cielo!

ROSELA. Esto pasa,
y sácala de esta casa,
porque dice mil locuras,
que mal estarán seguras
de lengua que tanto abrasa.
No ha de estar un punto aquí,
o yo no he de estar en ella.

LEONARDO. Duélete, hermana, de mí.

ROSELA. ¿Quieres tú que una centella
levante un incendio en ti?

[LEONAR.] Súfrela, que tiene amor,
y no es mucho que el rigor
de la nueva de su amante
haga efecto semejante,
que es el primero dolor.
Yo te digo que mañana
tenga menos sentimiento.

(*Salen el* JUSTICIA, ALBANO *y* CRIADOS.)

ALBANO. Tened por cosa muy llana
que tiene este pensamiento.

JUSTICIA. ¿Quién os lo ha dicho?

ALBANO. Su hermana

JUSTICIA. ¿Que Leonardo quiere bien
a Clarinda?

ALBANO. Esto he sabido.

JUSTICIA. Quitarésela también.

ALBANO. Mejor la hubiera tenido
no quiero decirte quién.

JUSTICIA. Erré en no dártela, Albano,
que eres hombre más seguro.—
¿Leonardo?

LEONARDO. ¡Señor!

JUSTICIA. (En vano
vencer el rigor procuro
de este desdén castellano.)
No hay averiguar verdad:
a Clarinda me entregad.

LEONARDO. (Estos vienen de malicia;
la capa de la Justicia
encubre la voluntad.)
Señor, en aqueste instante
a mi hermana le reñía,
lo que no es bien que te espante
que, prenda que andar podía,
bien pudo buscar su amante.
Ella no parece en casa.

JUSTICIA. ¿Qué decís?

LEONARDO. Que se nos fué.

JUSTICIA. ¡Justa cólera me abrasa!

LEONARDO. ¿Quieres que por guarda esté
del mismo viento que pasa?
¿Quieres tú que al movimiento
del Cielo le ponga un clavo?
¿Quieres que un rayo violento
detenga cuando más bravo
baja estremeciendo el viento?
¿Quieres que tenga en un ser
las mudanzas de la luna?,
porque eso mismo es hacer
que se pare la fortuna
y se encierre una mujer.

JUSTICIA. Si no fuera el amistad
tanta, Leonardo...

LEONARDO. No creo
que por una liviandad
pueda más tu mal deseo
que mi honrada voluntad.

JUSTICIA. ¿No basta haberme enojado
sino hablar tan libremente?

ROSELA. Si tú te muestras airado
pagaré yo injustamente
el enojo que te ha dado.
Hazme más merced a mí.

JUSTICIA. Por tu respeto, Rosela,
me voy sin vengarme aquí.

(*Vase.*)

ALBANO. (Mal se trazó mi cautela.)

LEONARDO. Albano, escúchame.

ALBANO. Di.

LEONARDO. El Justicia quiere bien
a Clarinda.

ALBANO. Así es verdad.

LEONARDO. Ya tú conoces también
que la tengo voluntad.

ALBANO. Sé tu amor y su desdén.

LEONARDO. Como amigo te diré
un secreto.

ALBANO. Yo seré
un archivo de tres llaves.

LEONARDO. Sé tu pecho.

ALBANO. (Aún no le sabes;
que hoy me ha faltado la fe.)

LEONARDO. A Clarinda tengo aquí.

ALBANO. Luego ¿no está ausente?

LEONARDO. No.

ALBANO. Pues ¿qué has pretendido así?

LEONARDO. Quedarme con ella.

ALBANO. (Y yo
pienso quitártela a ti.) (*Aparte.*)

LEONARDO. Quiero que en tu casa esté:
llévala, Albano, contigo.

ALBANO. Seguramente podré,
que soy, Leonardo, tu amigo.

ROSELA. Muy necio estás hoy.

LEONARDO. ¿Por qué?

ROSELA. Si el Justicia te ha fiado
a Clarinda, como amigo,
y a Clarinda le has quitado,
¿no hará lo mismo contigo,
si está Albano enamorado?

LEONARDO. ¿Enamorado estás de ella?

ALBANO. ¿Yo enamorado? No creas
que es mi prenda menos bella;
que si a Clarinda deseas,
yo sirvo a una clara estrella.—
Rosela, no pensé yo
que en vos sin honra vivía
el que con tanta nació.

ROSELA. Perdonad la ofensa mía,
que la sangre me engañó.
Deseo el bien de mi hermano,

y junto con esto, Albano,
el quitaros la ocasión
de aventurar la opinión
con algún hecho liviano.

(*Vase.*)

LEONARDO. Fuése, y con vergüenza fué.
ALBANO. Dadme, Leonardo, lugar,
que satisfación la dé.
[LEONAR.] A Clarinda os quiero dar;
con vos es mejor que esté.—
¿Fabio?

(*Sale* FABIO.)

[FABIO.] ¡Señor!
LEONARDO. Llama luego
a Clarinda.
[FABIO.] Antes que entraras
la dió un gran desasosiego,
que con sus mejillas claras
convirtió de rosa en fuego;
y creciendo el fuego tanto,
dieron los ojos un llanto
de tanta fuerza sobre él,
que no fué, engendrarse dél
alguna cometa, espanto.
Dijo a Lisardo, en efeto,
dos palabras al oído,
y con el mismo secreto
los dos se han ido.
LEONARDO. ¿Se han ido?
FABIO. Se han ido.
LEONARDO. ¿Tú eres discreto?
¡Bestia! Pues ¿vístela ir
y la dejabas salir?
FABIO. Pues yo, señor, ¿qué sabía?
Lo que a don Pedro fingía
vengo a ver.
ALBANO. (¡Y yo a morir!)
LEONARDO. No puedo, Albano, creer
que la llevase Lisardo
donde se pueda perder.
ALBANO. Siempre es de temer, Leonardo,
la industria de la mujer.
LEONARDO. Sigámosla; por ventura,
no habrán salido del Coso.
ALBANO. (¡Qué poco el contento dura!)
LEONARDO. Del mismo sol voy celoso.
ALBANO. (Yo, loco por su hermosura.)

(*Vanse, y sale* FELICIANO *con vestido de loco.*)

FELICIANO.

Justas quejas derramaba al viento,
en ofensa de amor, Clarinda mía,
sin ver que padecer por vos corría
a cuenta de tan gran merecimiento.
De haberos agraviado me arrepiento
en no estimar el mal que padecía;
que como vuelve el sol la noche en día,
vuelve vuestro valor gloria el tormento.
Quejábame de ver, contra mi fama,
preso por loco el seso, y, en efeto,
conozco que a su premio Amor me llama.
Prisión es justa; que ningún discreto
puede probar que es cuerdo mientras ama
o confesar que no es su amor perfeto.

(*Sale* OSUNA.)

[OSUNA.]

Si estás, Locia, a sombra de algún chopo
de verdes hojas y cortezas lisas,
jabonando en el Ebro tus camisas
o hilando para hacellas algún copo.
Si con algún galán de los que topo
de noche en sombras, sus arenas pisas;
entre tus Juanas, Mengas y Belisas
estás contando fábulas de Esopo,
duélete de este preso desdichado
y perdona al dolor si te importuno:
son las quejas del preso lastimado.
Y por loco me tienen, y ninguno
me ha visto eternamente confiado,
ni le dije a mujer secreto alguno.

FELICIANO. ¿Cómo te va de prisión,
Osuna, en desdicha tanta?
OSUNA. Que el sufrimiento se espanta
y se acaba la razón.
Anda ya el entendimiento
por dar al traste con todo;
porque apenas hallo modo
de sentir el mal que siento.
Trújome Amor a seguir
tus desdichas, mas de suerte
que, dando en la misma muerte,
nunca acabo de morir.
Cuando, por el Rey de España,
algún cosario cruel
me llevara preso a Argel,
fuera por honrosa hazaña;
pero que en una ciudad
de cristianos esté preso
por el seso, siendo el seso
tan común enfermedad,
no puedo tener paciencia.
FELICIANO. Pues ¿qué te diré de mí,

que, entrando con seso aquí,
me le ha quitado el ausencia?
Estoy, Osuna, de suerte,
en males tan inhumanos,
que mil veces con mis manos
me he querido dar la muerte;
porque no puedo creer
que este mal me haya venido
sin que ocasión haya sido
aquella ingrata mujer.
¿Quién duda que dió ocasión,
pues ha sido tan cruel
que un recado ni un papel
ha entrado en esta prisión?
¡Con qué famosa experiencia
y justa desconfianza
pintaron a la mudanza
una mujer en ausencia!
¡Triste de mí, que el suceso
que ahora pasa por mí (1)
y me ha de sacar sin seso.

(Salen el Justicia *y el* Maestro.)

Justicia. No quiero más de saber
si está Feliciano acá.
Maestro. A muy buen recado está.
Feliciano. ¿Qué es esto que vengo a ver?
Justicia. ¿Es aquéste?
Maestro. Sí, señor.
Justicia. Pues ¿cómo va, Feliciano?
¿Qué hay de pleito?
Feliciano. Que está llano
de mi sentencia el favor,
pues el jüez me visita:
pero jüez con pasión
mal juzgará la razón
si la vida no se quita.
Justicia. ¿Yo, jüez apasionado?
Feliciano. Pues ¿no lo dirá el efecto
si has hecho loco un discreto
y un inocente culpado?
Justicia. ¿Tú inocente? Mira bien
que una casa quebrantaste
y una doncella sacaste
de entre sus padres también.
Feliciano. ¿Qué te debo, si es mi esposa?
Justicia. No saber la voluntad
de sus padres.
Feliciano. La verdad
está corrida y quejosa.
También lo está la nobleza
de que rompa un caballero
la palabra, pues primero
ha de perder la cabeza.
¿No me la diste, señor,
de no prenderme?
Justicia. Es así;
pero la que yo te di
cumplíla en todo rigor.
A la cárcel en que tengo
jurisdición te juré
de no llevarte.
Feliciano. Ya fué
cautela, pues a ésta vengo;
y cualquier trato jurado
así a los cielos ofende
como el juramento entiende
el hombre que es engañado.
Justicia. Yo sé que con discreción
averiguo tu delito:
que hay más que piensas escrito
después que estás en prisión.
Ni pienses que vengo aquí
menos que a saber qué has hecho
a Clarinda.
Feliciano. Ya del pecho
hasta la imagen rompí.
Ya quité de la memoria
el altar en que tenía
el ídolo que solía
darme su infierno por gloria.
Pero bueno es preguntarme
por lo que tienes allá;
pues cuando contigo está
vienes de nuevo a engañarme.
Justicia. No disimules, que falta
del depósito Clarinda.
Feliciano. ¡A fe que la industria es linda!
¡A fe que la prueba es alta!
Faltará porque habrás sido
quien de allí la habrás sacado.
Justicia. ¡Qué bien has disimulado
la culpa que habrás tenido!
¿Quién duda que la avisaste
y por tu orden se fué?
Feliciano. Si ella falta, yo no sé
más de que aquí me encerraste;
y como allá competís
sobre quién ha de gozalla,
todos andáis a buscalla
y todos me perseguís.
Justicia. (Si Leonardo me ha engañado
yo sabré presto el suceso.)

(1) Falta un verso a esta redondilla.

Maestro, mirad que el preso
no es loco, sino culpado.

(Vase.)

MAESTRO. Yo tendré cuenta con él.
OSUNA. (Que no me haya conocido
debo al Cielo.)
FELICIANO. ¡Que haya sido
mi desdicha tan cruel!
¡Que ande en tanta perdición
una mujer que es tan bella,
que le pregunten por ella
a un hombre que está en prisión!
Mas no son efectos pocos
para saber que está loca,
pues a buscarla provoca
en un hospital de locos.
Pues, alto; si ya perdida,
Clarinda, su honor perdió,
¿qué seso defiendo yo,
donde he de perder la vida?
¡Afuera, vana esperanza!
¡Afuera, necio valor;
que quien danza con Amor
ha de entender la mudanza!
Hasta aquí, si cuerdo he sido,
sabed que ya no lo soy;
porque si perdido estoy
también lo estará el sentido.
Desharé puertas y rejas
que mi venganza estorbaron,
y porque no se ablandaron
a mis suspiros y quejas.
No ha de quedar cosa en pie,
pues la esperanza cayó;
que al Cielo, donde subió,
no fué menester la fe.
Sombras que me estáis mirando.
quitaos delante de mí.
OSUNA. Feliciano, vuelve en ti.
FELICIANO. ¿Que vuelva en mí? ¿Cómo, cuándo,
si salí para ser vida
del alma de una mujer
que se comienza a perder
o que se acaba perdida?
Si ninguno sabe de ella,
¿cómo volveré yo en mí,
mientras que no vuelva en sí
para que vuelva a querella?
MAESTRO. ¿Este dicen que no es loco?
Sus lunas tiene, ¡por Dios!
FELICIANO. Pues si no tuviera dos,
¿tuviérame nadie en poco?
Mientras fuí presente amante
tuve una luna creciente;
y mientras fuí amante ausente
tuve una luna menguante:
estas dos lunas han sido
las que me han traído aquí.
OSUNA. Furioso está.
FELICIANO. Nunca vi
furioso un hombre rendido.
Pero si crece la injuria,
¿qué mucho que el furor crezca
y que quien tanto padezca
vuelva la paciencia en furia?
Pues furioso estoy de veras,
mataros tengo a los dos.
MAESTRO. ¡Hola! ¿Ministros?
OSUNA. ¡Por Dios,
que das en lindas quimeras!
Mira, amigo Feliciano,
que te echarán en prisión.
FELICIANO. Vanos tus consejos son:
mataréme con mi mano.

(Salen los locos NICOLÁS, GONZALO, BARTOLOMÉ *y* MARTÍN.*)*

NICOLÁS. Pues, padre, ¿quién le hace mal?
GONZALO. ¿Quién le fuerza, padre mio?
BARTOLOM. ¿Quién le enoja, señor tío?
MAESTRO. Nunca he visto furia igual.
Asidle, atadle, que tiene
un demonio revestido.
BARTOLOM. Pues ¿tú te has descomedido
en un día tan solene?
Con el *Ite, missa est*
¡vive Dios! que has de llevar
calabazate y azar.
MAESTRO. Atadle manos y pies.
FELICIANO. Llegad, abejas infames,
a esta colmena de penas,
llevaréis a manos llenas.
GONZALO. Detente y no la derrames,
que habemos de hacer hojuelas.
BARTOLOM. ¡Oh, villano! ¿A mi persona?
¿No ves que soy de corona?
FELICIANO. Pues llega, ¿qué te recelas?
MAESTRO. Asidle juntos.
FELICIANO. Aquí
veréis lo que es el furor
de un hombre que tiene amor.
NICOLÁS. ¡Ay, que me ha muerto!
GONZALO. ¡Ay de mí!

(Entra tras todos.)

MAESTRO. Tras ellos entra furioso.

O todos le han de acabar,
o él alguno ha de matar.

OSUNA. Id, que es amante y celoso:
encerradle si podéis.

MAESTRO. ¡Cómo esas furias amansa
el castigo!

OSUNA. Si descansa,
suplícoos que le dejéis.
Disculpa puede tener
de este hidalgo la locura,
pues es causa la hermosura
y engaño de una mujer.
Pero yo, ¿por qué razón
he venido a tanto mal?

(Salen LISARDO *y* CLARINDA.)

LISARDO. ¿No es famoso el hospital?

CLARINDA. Todas las cosas lo son
de esta ciudad generosa,
y mi desdicha también,
que la historia de mi bien
será en el mundo famosa.

LISARDO. ¿No es octava maravilla?

OSUNA. (¿Quién será tan bella dama?)

CLARINDA. Muy bien cumple con la fama
que tiene en toda Castilla.

LISARDO. Aquí hay un loco.

CLARINDA. Pregunta
si es furioso.

OSUNA. No temáis,
supuesto que en mi veáis
toda la desdicha junta.

CLARINDA. ¿Estáis furioso?

OSUNA. Pudiera,
según es la sinrazón
de verme en esta prisión,
teniendo seso allá fuera;
que ¡vive Dios! que en mi vida
hice coplas, ni serví
a señor necio, ni di
mi hacienda a dita perdida;
ni saqué al campo ninguno
por negocios de mujer,
ni lo que yo pude hacer
quise que hiciese ninguno.
Ni me acompañé de bobos,
ni subí, aunque me importase,
caballo que se empinase,
mula que diese corcovos;
ni hice mal a cordero,
ni tuve en Lod esperanza,
ni quise tomar venganza
sin pasar noche primero.
Ni desprecié a mis iguales,
ni perdí el respeto y ley
a cosa alguna del rey,
aunque fuesen sus reales.
Ni fuí de vidas fiscal,
ni al fuerte mostré desdén,
ni dejé de hacer [el] bien,
ni de guardarme del mal.
Jamás fié de pariente
ni amigo reconciliado,
ni lloré por lo pasado,
ni perdí el tiempo presente,
ni traté amor con doncella
indigna de ser mujer,
ni tomé purga sin ver
que el médico viese hacella.
Ni entré en vado que primero
otro no fuese delante,
ni hice burla a estudiante,
ni di al Banco mi dinero.
Nunca papel he firmado
que primero no leyese,
tiré arcabuz que estuviese
de mucho tiempo cargado,
ni jugué mucho ni poco
con hombre pobre jamás,
y con esto, adonde estás,
me tienen preso por loco.

CLARINDA. ¡Qué propio, Lisardo, es
de un loco decir que es cuerdo!

OSUNA. Basta, que el crédito pierdo:
pero, porque me le des,
pregúntame alguna parte
que toque al entendimiento.

CLARINDA. Los locos hablan a tiento;
pero quiero preguntarte:
¿Cuál es la cosa más loca?

OSUNA. Eso es fácil de saber.

CLARINDA. Pues ¿cuál es?

OSUNA. [¿Cuál?] La mujer

CLARINDA. Volver por ellas me toca.

OSUNA. ¿Puede ser mayor locura
que lavar un negro?

CLARINDA. No.

OSUNA. Pues mujer he visto yo
que hacer lo mismo procura.
La morena que se afeita
¿blanca no se intenta hacer,
y sólo en que da a entender
que es blanca no se deleita?
Los cimientos de hermosura
en tez y dientes están;
si esto acaba el solimán,

¿puede haber mayor locura?
Una pequeña ¿no intenta
parecer grande en chapines,
y desde misa a maitines
por ventura no se asienta?
Pues fiar la autoridad,
que es de la virtud primero
de un corcho, que es tan ligero,
¿no es locura y liviandad?
Si mira en una doncella
que la tratan de marido,
mal hecho y peor nacido,
dice que es ángel y estrella;
y siendo cosa que dura
un siglo, como si fuese
para que una hora viviese,
le quiere, admite y procura.
La casada que mandar
quiere su marido a coces,
y hay sobre esto sangre y voces,
¿puédese cuerda llamar?
Y la viuda que tenía
que comer y se casó
con el que se lo jugó,
por dicha, al segundo día,
¿tiene seso?

CLARINDA. Todas éstas
que tú dices, locas son.
Muchas hay con discreción,
honestamente compuestas:
que es la honesta compostura
de una mujer adornada
una moldura dorada
en un marco de pintura.
Que doncellas o solteras
hayan hecho algún error,
de los hombres es mayor,
que dan las causas primeras.

OSUNA. Ahora vuestra locura
no se ha confirmado poco.

CLARINDA. Sí, pues satisfago a un loco
de una cosa tan segura.
Colgar al rey su aposento,
un caballo enjaezar,
dar a las naves del mar
velas en que juegue el viento,
bordarse el cielo de estrellas,
la primavera de flores;
dar al soldado colores
y engaste a las piedras bellas,
es la mujer componerse.
Y si es loca, el hombre es más,
pues el más cuerdo verás
por la más loca perderse.
Pero dime, cuerdo o loco:
¿conoces un castellano
que se llama Feliciano?

OSUNA. Y no le conozco poco.
Por él estoy de esta suerte;
mas si de burlas entró,
hoy, de una nueva, quedó
todo su seso a la muerte.
Que un Justicia, o sin justicia,
de este reino de Aragón
le dijo cierta razón,
fuese verdad o malicia,
con que, por furioso, creo
que le tendrán bien atado.

CLARINDA. ¿De quién la nueva le han dado?

OSUNA. De su mal logrado empleo:
que dicen que se le ha ido
por ese mundo adelante
con otro segundo amante.
Y aunque a mal tiempo has venido,
yo iré a ver si está encerrado
para que le entres a ver.

CLARINDA. Merced me puedes hacer.

OSUNA. Cierta sospecha me has dado.

(*Vase.*)

CLARINDA. No comienzan mis desdichas,
Lisardo amigo, por poco:
¿fuerza para hacer un loco
tienen las nuevas mal dichas?
Mas una reja han abierto
y un gentil mancebo suena
sobre el hierro una cadena.

(*Esté una reja hacia fuera de vestuario porque se oiga y vea a* FELICIANO, *que estará por dentro.*)

FELICIANO. ¿Quién es la que busca a un muerto?

CLARINDA. ¿Eres tú, solo bien mío?
¿Eres tú, loco adorado?
¿Eres tú, sol eclipsado,
cielo a quien el alma envío,
dulce señor de esta vida
y de este espíritu aliento?
¿Eres tú aquel pensamiento
de mi verdad combatida?
¿Eres tú, columna fuerte,
cuyo amparo me faltó,
porque más pareces yo,
presa y loca por quererte?
¿Cómo es esto, dueño hermoso
de esta esclava? ¿Quién te impide
mis brazos? ¿Tanto divide

la envidia de un poderoso?
¿Tanto puede un gusto injusto?
Dame esa mano, señor.

FELICIANO. ¡Ay, cocodrilo traidor,
que bañas en llanto el gusto!
¿Para qué, serpiente fiera,
la voz del partir, fingida,
vienes a engañar mi vida
para que a tus manos muera?
¿Cómo, tras tantas maldades,
te ha venido a la memoria
aquella amorosa historia
de mis antiguas verdades?
¿De dónde saliste aquí
para aumentar mi dolor,
que no es posible que amor
te diese nuevas de mí?
¿Por dicha te arrepentiste
de haberme tenido en poco,
porque me prendes por loco
después que me enloqueciste?
¿Por dicha el que te ha gozado
se cansó, porque gozó
lo que poco le costó,
que poco es poco estimado?
¿Cómo ha llegado el ruído,
siendo tú ausente, y mujer,
de esta cadena a romper
los candados de tu oído?
¿Por dónde entró mi dolor
a decirte, ingrata, advierte
que queda un hombre a la muerte
loco de tu poco amor?
Y si tu amor es tan poco,
¿por qué nos permite ver,
yo a ti de burlas mujer,
y tú a mí de veras loco?
Pero ya sé que has venido,
siendo tan poco tu amor,
como viene el vencedor
a ver atado al vencido.
Pero si ese nombre tuve,
que estoy desde ahora, advierte,
más loco de aborrecerte
que de quererte lo estuve.

CLARINDA. No pensé, ya que te veo,
del tiempo y del Cielo airado,
que éste te hubiera guardado
a las ansias del deseo.
No pensé que la fortuna,
común a los dos, te diera
ocasión para que fuera
causa de sospecha alguna.
No pensé que, visto el bien,
ya que a los brazos faltara,
al alma se le escapara
por los pies de tal desdén.
Ni pensé, dulce bien mío,
que creyeras de mi honor,
ya que te faltara amor,
tan notable desvarío.
Pero si entonces pensara
que eras hombre, por ventura
no estuviera tan segura
de que tu fe me faltara.
¿Yo, descuidada de ti?
¿Yo, ausente de tu prisión?
¿Yo, mi bien, di la ocasión?
¿Yo, con quien dices, me fuí?
¿Yo, que presa y muerta ahora,
he sido roca en el mar?
¿Yo, sin cesar de llorar,
desde la noche al aurora?
¡Ah, Feliciano! ¡Mal pagas
mi amor con tratarme así!

FELICIANO. Date cuenta a ti de ti,
y a mí no me satisfagas.
¡Ved qué razones aquéllas!
¡Ved que Alsernico al cercado! (1)
¡Ved qué diamante limado
que me está dando con ellas!
¡Ay de mí! Cuando en Toledo
en una reja te vi
estar llorando por mí
de amor, de celos, de miedo,
¡cuán diferente rocío
reverdeció mi esperanza,
que, seguro de mudanza,
bajó de tu rostro al mío!
Pues, Clarinda, si desnudo
en Tajo me halló tu amor,
desnudo quedo en rigor;
lo mismo puedes que pudo.
Si justa mi queja es,
dígalo tu pecho bajo:
allí me diste de tajo
y aquí me das de revés.
Loco por fuerza me has hecho,
siendo yo de voluntad;
pues ten por cierta verdad
que no hay fuerza de provecho.
Como eres ya gran señora
quieres locos en tu casa;
pues, Clarinda, el tiempo pasa,

(1) Así este verso en el original.

huye la edad voladora.
Si vivo, te espero ver
donde me vengue de ti.
CLARINDA. ¡Mi bien, mi bien, oye!
FELICIANO. Di.
CLARINDA. Mira que soy tu mujer.
FELICIANO. ¡Fuego en mí que tal pensé!
¡Fuego en ti que tal dijiste!
¡Fuego, fuego!

(*Vase.*)

CLARINDA. ¿Al fin te fuiste?
LISARDO. Con grande enojo se fué.
CLARINDA. ¿Es posible que he llegado
a desventura como ésta?
¿Es posible, Feliciano,
que aquí llorando me dejas?
¿Es posible que mi honor,
conociendo tú mis prendas,
haya dado, injustamente,
ocasión a tus sospechas?
¿Qué, no merecí llorando
hacer mis lágrimas hierba
que deshiciera estos yerros
y que tu error deshiciera?
¡Oh, cuánto pueden los brazos
más que las palabras tiernas,
pues que le concede el hombre
lo que a las lágrimas niega!
¡A fe que si al cuello tuyo
hiciese de ellos cadena,
que el desdén no se alabara
de la victoria que llevas!
Si eres loco por fuerza,
yo lo seré por ti, de amor, sin ella.
Mátame, y abre un poco,
que no te matarán, pues estás loco.
LISARDO. Señora, advierte que es tarde,
y que es ya mucha licencia,
que se enojará Leonardo
si no vas antes que vuelva.
Ven a casa, y desde allí
haz alguna diligencia
para que te den tu esposo.
CLARINDA. ¿Qué diligencia me queda,
pues aunque de ver mi llanto
cuantos me escuchen se muevan,
dice mi amante cruel
que hice a mi honor afrenta?
Déjame darle una voz
por los huecos de estas rejas.—
¡Feliciano! —¡No!—responde.—
¡No!—, dice el eco en respuesta.
Estoy por volverme loca;
pero será cosa fea
que esto se diga de mí
cuando a ser su mujer venga;
que si no ¡viven los cielos!
que todo el mundo no fuera
parte a sacarme de aquí.
LISARDO. Vamos, señora, que cierran.
CLARINDA. ¡Ay, mi loco por fuerza!
Más loca voy sin ti que tú lo quedas.
aunque es quererte poco
partir con vida donde quedas loco.

(*Sale* OSUNA.)

[OSUNA.] ¡Ce! ¿Qué digo, hermosa dama?
Permitid que hablaros pueda
de parte de un hombre loco,
pienso que por causa vuestra.
CLARINDA. Di que es tarde,
y temprano [a] sus afrentas;
que éstas que me ha dicho llevo
en medio del alma impresas.
Que no quiero que los locos
digan en mi honor sentencias,
que no tome en su locura
a mi deshonra por tema;
que no soy, aunque mujer,
de las mujeres que piensa.
Que si es loco por fuerza,
desde hoy seré por desengaños cuerda:
pues ha tenido en poco
lo que cuerdo estimó cuando está loco.

(*Vase.*)

OSUNA. No suele a los pies volver,
pisado, con mayor furia
el áspid que con la injuria
vuelve al hombre la mujer.
¡Con qué notable mudanza
se parte de esta prisión!

(*Sale* FELICIANO.)

[FELICIA.] ¡Aguarda, dulce ocasión
de mi perdida esperanza!
¡Aguarda, Clarinda mía,
que me han dado libertad
para ver si tu verdad
vive el lugar que solía.
¡Ay de mí! ¿Fuése?
OSUNA. Era tarde
y por eso no esperó.
FELICIANO. ¿Qué, tan presto anocheció
tu sol, que me abrasa y arde?

¡Ay, amigo y compañero,
deste miserable estado:
qué de cosas he pasado
con este viento ligero,
con esta luna mudable,
con esta ausente y mujer!
No sé que tengo de hacer,
en mal tan irreparable;
que si no es perder la vida
no tengo que aventurar.

OSUNA. Aquí la he visto quejar
de tu crédito ofendida.
La mujer, aunque esté clara
su afrenta, y vil deshonor
siente mucho que su error
le diga nadie en la cara.
Y de Clarinda no creo
que te haya ofendido a ti
pues que viene a verte aquí
con tan notable deseo.
Da lugar a tus pasiones:
da tiempo a tus desatinos;
busca mejores caminos
de remediar ocasiones.
Procura salir de aquí,
y deja engaños de amor;
que no es hombre de valor
el que se desmaya así.
Hombre y de bien, es razón
que llore, ¡por mil canastas!,
de mujeres que de castas
buenas para casta son.
¡Vive Dios!, si de cristal
hiciera una mujer bella
el Cielo, y vieras en ella
lo que es bien y lo que es mal,
que huyeras al fin del mundo.
Y por eso has de pensar,
si eres cuerdo, que es el mar,
que nunca se ve el profundo.
Verás el agua que forma
campos de cristal amenos
cuando a los Cielos serenos
en su manto azul conforma.
Pero si Dios le secase
verías, mirando el centro,
tantas sabandijas dentro
que entiendo que te espantase.
El engaño de un mancebo,
ese piensa en la mujer
como ella se deja ver
cuando le sirve de cebo:
vestida, rica, adornada,
llena de oro, afeite y seda,
pero no cuando ella queda...
No quiero decirte nada:
si eres discreto, adivina
y procura libertad.

FELICIANO. Sin duda tu voluntad
a mi remedio camina;
no soy tan rebelde, Osuna,
al consejo y la razón,
que dé mayor ocasión
al rigor de mi fortuna.
Poner quiero en libertad
de este Argel en que he vivido
la razón, pues al sentido
abre puerta la verdad.
Pero ¿cómo podré yo
salir de aquí?

OSUNA. Buen remedio:
industria habrá de por medio,
que a ningún preso faltó.
Dos locos van cada día
a pedir por la ciudad
con una guarda.

FELICIANO. Es verdad.
y que el rector los envía.

OSUNA. Pues no somos conocidos,
negociemos ir los dos
y pediremos por Dios
con estos mismos vestidos,
donde alguna vez daremos
gatazo al que nos llevare,
y buscando quien te ampare
a Castilla volveremos.

FELICIANO. Si en Toledo se supiese
que loco público fuí,
¿qué dirán todos de mí?

OSUNA. ¡Lindo pensamiento es ése!
Mira en qué razón me fundo
(aunque es paradoja de honra),
que si el ser loco es deshonra
no hay hombre honrado en el mun-
Dame alguno que, en efecto, [do
no haya hecho un disparate.
¿No ves que sobre el remate
de un pilar puso un discreto:
"Si en su linaje algún hombre
dice que no puede haber
o pobre o libre mujer,
ponga aquí luego su nombre",
y que pasó Cicerón
por allí, y, mirando un poco,
puso encima: "o algún loco",
y es porque los más lo son?

FELICIANO. ¡Extrañas cosas penetras!
Y yo también he leído,
que anduvo loco fingido
David, en las sacras letras.
¡Gran cosa es la libertad,
procurémosla, que es justo!
Clarinda tiene su gusto,
fácil fué su voluntad.
Tomemos su mismo ejemplo,
que amor, por cosa muy cierta,
dicen que tiene una puerta
de ausencia en su mismo templo.
Por la del deseo vienen
a entrar los que amando valen
y por la de ausencia salen
los que remedio no tienen.
Vamos a buscar la puerta
adonde el remedio está,
que yo sé que la tendrá
este desengaño abierta.

OSUNA. Eso sí, vamos; ¿qué esperas?

FELICIANO. Sígueme.

OSUNA. Verás qué estrago
en los pasteleros hago,
confiteros y fruteras.

(Vanse, y salen ALBANO *con una carta, y* CELIO *y* FULGENCIA, *de camino.)*

ALBANO.

Yo he leído la carta de don Diego
y es la persona, hidalgo, que en el mundo
más quiero, más respeto y más estimo,
y a quien la vida y aun la honra debo.
Es la ocasión, que estando yo en Castilla
tuve cierta cuestión sobre palabras
allá, en el corredor de la pelota
de esa ciudad, y, como forastero,
vi sobre mí gran cantidad de espadas,
pero libróme su valor de todas.
¿Es aquesta la dama que me escribe?

CELIO.

Esta es la dama.

ALBANO.

Dadme vuestros brazos;
que vos seáis mil veces bien venida,
aunque con las desdichas que me cuentan,
que en esta casa os serviremos todos.

FULGENCIA.

Para que más a compasión os mueva,
ilustre Albano, [oíd] mi cruel desdicha
y la ocasión de verme en Zaragoza,
pues no puede decir tanto esta carta.
Estadme un rato atento.

ALBANO.

Que me place.

FULGENCIA.

Sabréis de dónde mi desdicha nace.

Yo soy, caballero noble,
de aquella ciudad famosa
donde la Reina del Cielo,
desde el trono de su gloria
bajó a darle mayor nombre
que tuvieron Memphis, Rodas,
Caria, Epheso, Olimpo, Pharo
y la insigne Babilonia,
que a todas sus maravillas
hace ventaja esta sola,
sin otras cosas ilustres
que su bello sitio adornan.
Allí tuve yo un hermano
que Feliciano se nombra,
aunque infeliz para mí
y para su sangre toda.
Este sirvió a una doncella
discreta, gallarda, hermosa;
mas, como yo, desdichada
en no menos triste historia.
Tuvieron gusto sus padres
en dársela por esposa
a un hidalgo, que tenía
igual hacienda y persona.
Pero sintiendo los dos
tragedia tan lastimosa,
dando una noche lugar,
manto de tan buenas obras,
se huyeron, según se dijo,
a Valencia o Zaragoza,
sin que alcanzarles pudiesen
ni cuadrilleros ni postas.
El hidalgo que esperaba
de aquesta dama las bodas,
quedó corrido, de suerte,
que enfermó de esta congoja.
Pero pensando en venganzas,
le pareció la más corta
servirme a mí con engaños.
¿Quién vió tan injusta cosa?
Yo, triste, mujer al fin
que para disculpa sobra,
no sabiendo que era a quien
mi hermano agravió en la honra,
di crédito a sus palabras;

que hay muchos hombres que lloran
de tema, como de amor
hasta que venganza toman.
Con cédulas y con firmas
de tal manera negocia,
que, en ausencia de mis padres,
una noche temerosa
de relámpagos y truenos
y rayos, a mi deshonra,
de lástima, abrí la puerta.
Mira si hay de hombre memoria,
que para tal tempestad
buscase imagen tan loca.
No pensé yo que los truenos
a sus manos engañosas
dieran lugar; pero fueron
trompetas de su victoria.
Porque, como las ovejas
se meten unas en otras
cuando granizo desnuda
de los árboles las hojas,
así en mis brazos se guarda
de la inclemencia furiosa
con que el Cielo amenazaba
pueblos en tierra, en mar flotas.
Al tiempo, pues, que vestida
de azucenas y de rosas,
en los hombros de la noche
puso los pies el aurora,
serenóse, Albano, el Cielo
y oscurecióse mi honra.
Fuese a su casa Fenicio,
y dentro de pocas horas
me escribió un papel diciendo
que a Aragón tomaba postas
a matar a Feliciano,
que le llevaba su esposa,
y que en habiéndole muerto,
debe de ser que la adora,
me cumplirá la palabra:
¡mira qué bien se conforma!
Celio, que aquí está presente,
vióme una tarde llorosa;
era amigo de mi hermano
(y no de los que hay ahora).
Contéle el caso, y creyendo
que no era la causa poca
para que yo me matara,
cartas de don Diego cobra,
y a Zaragoza me trae,
donde juntamente estorba
mi muerte y la de mi hermano.
Esta es, Albano, mi historia.

ALBANO.

No hubiera piedra, jaspe o bronce duro
que no se enterneciera de escucharla.
Pero porque tengáis algún consuelo,
yo sé dónde veréis hoy a Clarinda,
y sabed que está preso vuestro hermano.
Con que de esa traición está seguro.

FULGENCIA.

¿Dónde pudiera yo tener remedio
sino es en vos, aragonés ilustre?

ALBANO.

Seguidme, por que se haga diligencia
para hallar el ingrato que os deshonra.

FULGENCIA.

Vos sois el dueño de mi vida y honra.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

(*Los dos locos* FELICIANO *y* OSUNA, *y una* GUARDA *con un azote. Ellos traigan alguna fruta, y dos o tres* MUCHACHOS *tras ellos.*)

Dentro. ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!
¡Guarda el loco castellano!
MUCHACH. ¿Es buena la fruta, hermano?
OSUNA. Llégate y haréle un coco.
GUARDA. ¿Qué, no queréis estar quedos?
OSUNA. Pues yo, padre, ¿qué he cogido?
GUARDA. Ahora que te has comido
una pieza ¿finges miedos?

(*Sale una* FRUTERA.)

[FRUTER.] ¡Justicia de Dios!
GUARDA. ¿Qué es esto?
FRUTERA. La fruta me ha derramado.
OSUNA. ¡Miente, que no le tomado
cuarenta peras del cesto!
FRUTERA. ¡Por el siglo de mi abuelo,
que el traidor me ha destruído,
pues tras lo que me ha comido
lo demás rueda en el suelo!
GUARDA. ¿Hay tan gran bellaquería?
FRUTERA. ¡Dadles, quebradles las manos,
que estos locos castellanos
nos destruyen cada día!
GUARDA. ¿Cuál es el que os hizo mal?
FRUTERA. Ese gordo, ese ladrón,
porque tras ser comilón
es loco perjudicial.

Al Rector voy a quejarme;
quejarme quiero al Rector.

(*Vase.*)

GUARDA. Yo te azotaré, traidor.
OSUNA. Poco a poco en azotarme,
que le daré un mojicón
con un pan todo corteza,
que, por mecha, en la cabeza
puedan ponerle un colchón.
GUARDA. ¿A mí, perro, tragaperas?
OSUNA. Hago bien. ¿Compráislas vos?
FELICIANO. Dejadle ya, que ¡por Dios!
que hablemos todos de veras.
GUARDA. ¿Tú también?
FELICIANO. ¡Teneos allá!
GUARDA. No saldréis más.
OSUNA. ¡Malos años!
GUARDA. Que yo diré allá los daños
que habéis hecho por acá.
OSUNA. ¿Qué he hecho yo?
GUARDA. Derramado
una olla de menudo
que un asno hacer no lo pudo.
OSUNA. ¿No ve que soy yo jurado
y que era puerco y mal hecho?
GUARDA. ¿Y el confitero, ladrón?
OSUNA. ¿El no ve que el diacitrón
es caliente para el pecho?
Cuanto y más que no quebré
sino un bote de aceitunas,
porque, por el vidrio, algunas
son grandes a quien las ve.
De suerte que para vellas
saben muy bien destrazallas,
agrándanlas al comprallas
y achícanlas al comellas.
FELICIANO. De las cosas de la plaza
es lindo fïel un loco.
OSUNA. Gente viene. Espera un poco.
FELICIANO. ¡Gran desdicha me amenaza!

(*Salen* FENICIO *y* TORCATO, *viejo, y el* JUSTICIA.)

JUSTICIA. ¿Que de Clarinda sois padre?
TORCATO. ¡Pluguiera a Dios no lo fuera
o, ya que fuí, pareciera
en la virtud de su madre!
Aqueste hidalgo es a quien
yo la daba por marido.
FELICIANO. (A mal tiempo hemos salido.)
OSUNA. (Si hay algo, encúbrete bien.)
FELICIANO. (Este es padre de la dama
que [te] dije.)
OSUNA. (¿Y el galán?)
FELICIANO. (Su esposo.)
OSUNA. (Tras ti vendrán.)
FELICIANO. (Torcato el viejo se llama
y el mozo Fenicio.)
OSUNA. (Aquí
has de ser loco por fuerza.)
FELICIANO. (La necesidad me esfuerza.)
JUSTICIA. Ya os dije que los prendí.
El está en cierta prisión
y ella está depositada.
FELICIANO. ¡Qué buena está la empanada!
"Mi ganado y mi cayado
y mi zurrón, tres enemigos son."
FENICIO. Señor, este es Feliciano. (1)
¡Traidor, de mi honra tirano!
¿Quién de esta suerte te ha puesto?
TORCATO. ¡Cruel enemigo mío! [da?
¿Qué has hecho a mi prenda ama-
¿Cómo ha de cortar mi espada
en tu loco desvarío?
¿Cómo estás [en esa suerte]?
[FENICIO.] ¿Dónde tienes a mi esposa?
FELICIANO. ¡Oh, qué pregunta donosa
para quien está a la muerte!
JUSTICIA. Feliciano, ¿qué quimeras
son éstas con que te burlas?
¿Cómo? ¿De loco de burlas
viniste a serlo de veras?
FELICIANO. Viejo: vos sois mi ganado,
pues, en fin, padre habéis sido
de aquel ganado perdido
por quien perdido he quedado.
Mi cayado fuisteis vos,
Justicia, mal informado,
aunque en torcer el cayado
no parecisteis a Dios.
Mi zurrón vos, mentecato;
porque venir este día
por cosa que ha sido mía
y que hacéis que la trado. (2)
Sin honra, sin ocasión,
sin justicia, me han buscado
jüez, padre y desposado,
de donde es clara razón
que mi ganado, mi cayado
y mi zurrón...
OSUNA. Tres enemigos son.

---

(1) Falta un verso antes de éste para la redondilla.
(2) Así este verso. Sin cambiarlo del todo no es posible hacer que rime y tenga sentido.

[TORCATO.] ¡Bien cobraré yo mi honra
de un loco público!

FENICIO. Y yo,
de un hombre que me ofendió,
satisfaré mi deshonra.

JUSTICIA. Feliciano, del mesón
donde estabas, has pasado.
Lo limpio se te ha pegado.

FELICIANO. Mis tres enemigos son.
Yo soy cuerpo en que vivía
Clarinda.

OSUNA. Es mucha verdad.

FELICIANO. Esta alma, por su beldad,
tres enemigos tenía:
aqueste viejo era el Mundo,
que es quien al mundo la dió;
la Carne éste, que pensó
llevar la suya al profundo:
el Diablo fué este ladrón,
que la llevó al reino eterno,
donde, como en el infierno,
ya no espero redención.
Zurrón de carne cruel (1)
ganado del mundo ingrato;
cayado de garabato
que la llevaste con él,
mirá que en esta prisión,
como por fuerza y forzado
de mi pasión y cuidado,
dije, con mucha razón,
que mi ganado, mi cayado
y mi zurrón...

OSUNA. Tres enemigos son.

TORCATO. Señor, no me mandes ver
desventura semejante.

FELICIANO. (¡A fe que ha sido importante
el fingido enloquecer!)

OSUNA. Y aun a mí, que tengo aquí
dos muertes y estoy temblando.

JUSTICIA. ¿Creeré lo que estoy mirando,
siendo el que la causa di?
¡Pobre mancebo! El más loco
en la prisión cobra el seso
y tú le has perdido preso.

FELICIANO. Pues ¿qué queréis? Si era poco
viendo, mi señor Justicia,
a jugar a la primera
con amor, sospecho que era
fullero y de gran codicia.
Hizo a Clarinda de resto
amor con sus diligencias;
yo mi sentido y potencias,
que es lo más que paso en esto.
Porque lo viese el Crineno:
un siete copas me dió
y un seis envidé, y metió
un tanto de engaños lleno.
Diómelas, y mil tesoros
de mi memoria envidé;
quiso, y de mi firme fe
le entró junto un flux de oros.
Como me vi sin memoria,
hice, de resto mi fe,
barato mi buen juicio,
y dió cartas de mi historia.
Dos caballos que me entraron
hasta a Zaragoza fueron;
quiso, y luego me vinieron
figuras que me engañaron.
Como estaba sin memoria,
envidé de falso el resto,
y él, como estaba dispuesto,
quiso hasta el fin de la historia
Caballos y caballeros
y figuras me engañaron,
que, como el enamorado,
andaban todos ligeros,
y el as de bastos le entró
a amor, que fué vuestro palo,
y fué para mí tan malo,
que al de Olías pareció.
En más locos estoy preso,
aunque me veis libre aquí,
pues todo el resto perdí
y estoy sin blanca de seso.

TORCATO. No me mandéis esperar
a ver tan grande dolor.

FENICIO. Esto no importa, señor,
sino a Clarinda buscar.

JUSTICIA. Venid, que yo sé que ha vuelto
al depósito en que estaba.

TORCATO. ¡Qué brava locura!

FELICIANO. ¡Brava!

(*Vanse el* JUSTICIA, TORCATO *y* FENICIO.)

OSUNA. Notable historia has revuelto.

FELICIANO. Todo ha sido menester,
pues, en efecto, se irán.

OSUNA. ¿Que este tonto es el galán
de aquella hermosa mujer?

FELICIANO. Este es Fenicio.

OSUNA. El parece
un fénix de necedad.

(1) En el original dice "civil" en vez de "cruel"; pero no consuena con "él".

FELICIANO. Ya estamos en la ciudad.
Dime lo que se te ofrece,
para dejar esta guarda
y volver a nuestro ser.
OSUNA. Procuremos ir a ver
aquesta dama gallarda,
que parece forastera.

(*Salen* ALBANO, FULGENCIA *y* LISARDO.)

ALBANO. [Lisardo], Rosela es loca,
pues por fuerza me provoca
a que le requiebre y quiera.
LISARDO. ¡Ah, señor! tu condición
que a cuantas ve quiere bien,
te obliga a tanto desdén
con quien te tiene afición.
Luego que a Clarinda viste
de amores la requebraste,
y cuando a Fulgencia hablaste
eso mismo le dijiste.
(Yo se lo diré a Rosela.)
FULGENCIA. Esta dama esté segura,
que ni él a mí me procura
ni hay en este amor cautela.
Yo busco al esposo mío.
y Albano sólo me ampara.
OSUNA. (¿Qué miras tanto a su cara?)
FELICIANO. (¿Duermo, sueño, desvarío?)
Ahora sí que estoy loco.
¡Traidora hermana! ¿Qué es es-
¿Cómo así tuviste en poco [to? (1)
de tus padres el honor?
GUARDA. Hermana, quítate allá.
ALBANO. Quita de este loco allá.
GUARDA. Teme su furia, señor.
ALBANO. ¿De qué sirve ese castigo?
[FELICIA.] Aquí tengo de matarte.
FULGENCIA. Esto, hermano, escucha aparte,
que tengo que hablar contigo. [los!
FELICIANO. No hay que hablar ¡viven los Cie-
que has de morir en mis manos.
ALBANO. Estos locos castellanos
todos son envidia y celos.
¿Por qué, Guarda, los traéis
sin esposas?
GUARDA. No tenían
furia al tiempo que salían.
ALBANO. Pues ¡por Dios! que me obligáis
a que desnude la espada.—
¡Fuera, villanos, de aquí!

FELICIANO. Agradéceme tú a mí
que en aquesta mano honrada
no tengo otro tanto acero.—
Osuna, ven a buscar
con que me pueda vengar.
OSUNA. Si eres noble y caballero,
espera, con el que viene
a tu lado, un poco aquí.
GUARDA. ¿Que esto me diesen a mí?
FULGENCIA. ¡Ay, Cielos! ¡Qué razón tiene!
GUARDA. No he de pedir más con ellos
si no me los dan atados.

(*Vanse* FELICIANO, OSUNA *y la* GUARDA.)

LISARDO. ¡Qué locos desatinados!
ALBANO. Sosiega los ojos bellos,
que ya se han ido de aquí.
FULGENCIA. ¡Ay! No es vano mi temor.
ALBANO. ¿Cómo?
FULGENCIA. Es mi hermano[, señor.]
ALBANO. ¿Vuestro hermano?
FULGENCIA. Señor, sí.
ALBANO. Pues ¿cómo [está] de esta suerte?
LISARDO. Fué de Clarinda galán.
FULGENCIA. Mis esperanzas están,
si él está loco, a la muerte.
Tras esto, que ha de matarme
es sin duda.
ALBANO. No hayas miedo,
porque remediarlo puedo
no más de con informarme
del estado de su mal,
hasta hacer paces con vos.
Y paréceme ¡por Dios!
que una mujer principal
estará bien retirada
hasta que aquí se procure
que su remedio asegure
la diligencia y la espada.
Tengo seis leguas de aquí
una hacienda en que estaréis.
FULGENCIA. Gran merced, señor, me hacéis,
que tiemblo de verme así.
ALBANO. Pues vamos, donde, después
que estéis con seguridad,
vuelva solo a la ciudad.
FULGENCIA. Mil veces beso esos pies.
ALBANO. Lisardo conoció en esto,
pues no es caso sospechoso.
[FULGEN.] En trance muy riguroso
Fenicio injusto, me has puesto.

(*Vanse los dos.*)

(1) Falta un verso a esta redondilla.

LISARDO. ¿Tan cerca de los balcones
de Roselá, mi señora,
pasas con Fulgencia ahora?
Todo, Albano, eres traiciones;
todo palabras fingidas;
todo gallardos paseos;
todo novedad de empleos;
todo esperanzas perdidas;
todo enojos y desdenes
contra quien adora en ti.

(*Sale* ROSELA.)

[ROSELA.] ¿Con quién das voces aquí?
LISARDO. Con la desdicha que tengo.
Con este Albano, que en vano
te han hecho querer los Cielos.
ROSELA. ¿Tenemos algo de celos?
¿Mira otra mujer Albano?
¿Qué hay de nuevo contra mí?
LISARDO. Ha llegado a Zaragoza
ahora una hermosa moza...
ROSELA. Perdonadle si es así.
LISARDO. Y porque es de Feliciano
hermana, y en busca viene
de cierto galán que tiene,
la lleva a su hacienda Albano;
pero es todo con cautela,
que quiere gozarla allí.
ROSELA. ¡Triste de mí!
LISARDO. Por aquí
pasó a su casa, Rosela,
donde, en caballos o coche,
saldrán al punto.
ROSELA. ¿Qué haré?
¿Cómo, Lisardo, podré
seguir mi sol esta noche?
Antípoda quiere hacella
de mi mundo por matarme,
pues sólo para olvidarme
hace sus Indias en ella.
Celos es todo furor.
LISARDO. Quedo, [que] tu hermano viene.
ROSELA. ¿No sabes tú que no tiene
freno el mar, rienda el amor?

(*Salen* LEONARDO *y* CLARINDA.)

LEONARDO.

Digo que vi a tu padre, y que venía
con él Fenicio, tu primer esposo,
y que propuesto su querella había.

CLARINDA.

Huír de su rigor será forzoso.
Primero que tener su compañía
y a mi primero amor dejar quejoso,
me falte el Cielo y me consuman luego
mis lágrimas con agua, amor con fuego.

LEONARDO.

Pues ¿qué piensas hacer?

CLARINDA.

Huír.

LEONARDO.

¿Adónde?

CLARINDA.

Adonde mi fortuna me llevare.

LEONARDO.

Tu valor a mi lealtad responde;
no hay en el mundo quien mejor te ampare.
Esta montaña de Moncayo esconde,
sin que poder humano le repare,
del gran Lupercio de Latrás la gente,
por que él está de esta corona ausente.
Hale llamado el Rey sobre seguro,
y que está en Portugal tiene por cierto,
por cuya ausencia [manda, pues es muerto.]
Marín de Félix en la guerra experto.
Si te aventuras, como yo procuro,
tendrán en él tus esperanzas puerto,
que te prometo por mi propia mano
sacar de la prisión a Feliciano.
Pues si te llevo donde estés segura
y luego vuelvo por tu amado esposo,
sin que Justicia en otra suerte dura
pueda impedirte tu fortuna honrosa,
¿qué tienes que temer de tu ventura?

CLARINDA.

Fiada en creeros, hombre generoso,
iré contigo al más remoto suelo
que mira el sol en cuanto encubre el Cielo.
Conozco las mercedes que me has hecho,
y, fiando mi honor de tu nobleza,
a la mayor empresa pondré el pecho
que haya cabido en femenil flaqueza.—
Rosela, mi amor no satisfecho
de probar nuevamente mi firmeza,
me lleva a las montañas con tu hermano
huyendo de mi padre y de un tirano.
Queda con Dios, y logre el Cielo santo
tus años, tu valor y tu hermosura.

ROSELA.

Y a ti, Clarinda, te conceda cuanto
pides; tu deseo y tu ventura.

LEONARDO.

Antes que envuelva de la noche el manto
la claridad del sol en sombra oscura,
de la ciudad salgamos.

CLARINDA.

¿En qué iremos?

LEONARDO.

En caballo podrás.

CLARINDA.

Marcha.

LEONARDO.

Marchemos.

(*Vanse.*)

ROSELA. Parece que traza amor,
Lisardo, mi libertad,
pues que con tanto furor
se aparta de la ciudad
el que es guarda de mi honor.
Sola quedo y tengo miedo
de mí, que si sola quedo,
seguiré mi loco amante.

LISARDO. Otro mesón de Atalante
es este amoroso enredo.
¿Cómo seguirle podrás?

FELICIANO (*dentro*). ¿Dan, por Dios?

ROSELA. ¿Quién está allí?

OSUNA (*dentro*). ¿Dan, por Dios?

GUARDA. ¿Qué golpes dan?

LISARDO. Los locos están aquí.

ROSELA. Entren, pues yo lo soy más.

(*Sale* FELICIANO *y* OSUNA.)

FELICIANO. Esté en buen hora, señora.

OSUNA. ¿Hay para los locos algo?

GUARDA. ¿No estaréis con seso ahora?

OSUNA. De donde le venden salgo.
Mas ¿no es aquí donde mora
la encandiladora? (1)

FELICIANO. ¿Queréis dos palabras?

ROSELA. ¿Yo?

FELICIANO. Vos, pues.

ROSELA. Habla, y ten la mano.

FELICIANO. No soy loco.

ROSELA. ¿Cómo no?

FELICIANO. Sabed que soy Feliciano,
aquel que infeliz nació.
Esta Guarda echad de aquí,
que vengo a lo que os diré.

(1) Este verso sobra.

ROSELA. ¡Guarda!

GUARDA. ¿Señora?

ROSELA. Oye.

GUARDA. Di.

ROSELA. Al hospital envié,
porque ayer sus pobres vi,
cierta ropa; ve al Rector
y pregunta si la dieron.

GUARDA. ¿Y estos locos?

ROSELA. Su furor
templaron cuando me vieron;
ir sin ellos es mejor
Yo me entenderé con ellos
hasta que vuelvas por ellos.

GUARDA. Voy a sabello.

(*Vase.*)

ROSELA. Camina.

FELICIANO. Danos, Rosela divina,
capas, espadas y cuellos.
Has de saber que me lleva
un caballero una hermana.
Haz de tu nobleza prueba;
no es la piedad soberana
en nobles mujeres nueva.
Duélete de mí siquiera
por Clarinda, aunque jamás
me hayas visto.

ROSELA. ¡A Dios pluguiera
que no me importara más
que tu honra!

FELICIANO. ¿Cómo?

ROSELA. Espera.—
Lisardo, trae luego aquí
cuellos, espadas y capas
de esa recámara.

FELICIANO. Así,
mi honor, de la muerte escapas.

ROSELA. Ya espero el mío por ti.

FELICIANO. Pues ¿cómo?

ROSELA. Ese caballero
que tu hermana lleva ahora
me dió palabra primero
de ser mi esposo.

FELICIANO. ¡Señora,
basta! Ofenderle no quiero.
Mi hermana quiero cobrar.

ROSELA. A eso iré yo contigo.

LISARDO. Bien os podéis desnudar.

FELICIANO. Desnúdate, Osuna amigo.

OSUNA. ¿Quieres que me eche a nadar?

FELICIANO. ¡Oh, sayo de infamia lleno!
¡Vive Dios, que he de pisarte!

OSUNA. Alguna vez era bueno.
ROSELA. Hoy pienso, Albano, alcanzarte
y darte el mismo veneno.
FELICIANO. Los dos estamos vestidos.
¡Oh, espada, honor de los hombres
por quien no son ofendidos!

(*Salen* CRIADOS *y el* JUSTICIA.)

[JUSTICI.] ¿Quién está acá?
ROSELA. No te asombres.
JUSTICIA. Entrad.
OSUNA. (¡Hoy somos perdidos!) (*Ap.*)
FELICIANO. (¿Cómo?)
OSUNA. (El Justicia. ¡Ay de mí!)
ROSELA. (No hayas miedo, porque creo
que nadie os conozca así.) (*Ap.*)
JUSTICIA. Aunque serviros deseo,
tráeme por fuerza aquí.
¿Dónde está Clarinda?
ROSELA. Fuése (1)
con mi hermano a una heredad.
JUSTICIA. Buscad la casa.

(*Entra un* CRIADO.)

ROSELA. Yo sé
que aprendí a decir verdad
de la sangre que heredé.
JUSTICIA. ¿Quién son esos gentilhombres?
ROSELA. Dos hidalgos catalanes
deudos míos.
JUSTICIA. ¿Y sus nombres?
FELICIANO Yo me llamo Martín Juanes.
(Habla, Osuna, y no te asombres.)

(*A él.*)

OSUNA. Y yo, señor, Juan Martín.
JUSTICIA. ¿De dónde?
OSUNA. De Monserrate.
Nieto de fray Juan Guarín.

(*Sale el* CRIADO.)

CRIADO. No parece.
JUSTICIA. Ni se trate
de buscalla. Fuése, en fin.
CRIADO. Que bala dió a la campaña, (2)
y trujo por grande hazaña
esta carta del correo.

(1) La rima pide "Se fué"; pero entonces el verso es largo. Quizá se escribiría: "¿Dó está Clarinda?—Se fué."

(2) Aquí falta algo, pues resulta demasiado brusca la transición de uno a otro asunto.

JUSTICIA. Y aun es la firma que veo
del mejor hombre de España.
En los ojos, en la frente
la pongo.
FELICIANO. ¿Qué puede ser?
OSUNA. Temblando estoy.
FELICIANO. Claramente
me debe de conocer.
Y no dice lo que siente.

(*Lee el* JUSTICIA.)

"Habiendo muerto Lupercio de Latrás en mi servicio en Portugal, y habiendo sabido de Marino Félix que sus soldados reducidos de él, quieren servirme en Italia o en Flandes, haréis un bando con mi palabra real de que los perdono, y de que conforme a sus calidades los señalaré ventajas, y asimismo daréis orden que marchen a Vinaroz, donde se puedan embarcar en las galeras de don Pedro de Toledo."

OSUNA. No más, ¡oh, piadoso intento!,
¿Para qué tanto mal día?
¿Echaste el bando?
FELICIANO. Está atento.
OSUNA. ¡Oh, si con esto se fuese!
JUSTICIA. Señora, este atrevimiento
perdonad, si sois temida.
ROSELA. El Cielo os guarde, señor,
y os conceda larga vida.
JUSTICIA. En persona iré mejor;
luego ha de ser mi partida.

(*Vase y los* CRIADOS.)

OSUNA. ¿Fuése?
FELICIANO. ¿No lo ves? Señora,
partamos si has de venir.
ROSELA. Tanto su desdén adora
mi amor, que le he de seguir
como a la noche el aurora.
Ven, Lisardo.
OSUNA. Feliciano,
mucho tu amistad me cuesta.
¿He de ir allá?
FELICIANO. ¿No está llano?
OSUNA. ¡Terrible locura es ésta!
Ando tras el viento vano.
Mil malas noches y días
por tu causa voy sufriendo.
FELICIANO. Fía de las prendas mías.
OSUNA. Basta, que te voy siguiendo
como su perro a Tobías.

(Vanse, y salen LEONARDO *y* CLARINDA *de bandoleros; ella con una gorra o bonete con piezas y una pluma grande, de capa de sayal con aforro de tela o primavera, con vuelo de punta, con tahalí, con muchas lazadas de cintas de colores y dos o tres pistoletes.)*

LEONARDO. Gallardamente has corrido.
CLARINDA. Vine en las alas de amor,
ayudándome el valor
de aqueste marcial vestido.
LEONARDO. La divina compostura
de tus partes celestiales
con esas galas marciales
hace mayor tu hermosura.
Ahora sí que es muy cierto
lo que el Petrarca decía:
"A los caminos salía
armado Amor encubierto."
Aunque desos pedernales
el fuego, el plomo, el poder
mejor se puede temer
que de los ojos Laxales
porque mataría más bien
la libertad más segura
el fuego de tu hermosura
y el plomo de tu desdén.
Con flecha y arco mil palmas
Amor, pero ya se vale
de escopetas, con que sale
a ser ladrón de las almas.
CLARINDA. Hácesme merced, Leonardo,
en encarecer mi brío.
¡Ojalá que el dueño mío
que en esta montaña aguardo,
viniese donde pudiera
saltear su libertad!
LEONARDO. ¡Ay de aquella voluntad
que a tu padre resistiera!

(Salen MARÍN FÉLIX, *capitán de los bandoleros, con otros cuatro, todos bizarros;* BERNAL, ATIÁN TURÍN.)

MARÍN FÉLIX.

Mientras que no viniese carta expresa
del mismo Rey, ninguno de vosotros
se atreva de entrar en Zaragoza, amigos.

LEONARDO.

Este es Marín Félix.

BERNAL.

Gente pasa.

MARÍN FÉLIX.

Prevenid las pistolas; mas, teneos,
que me parece nuestra gente misma.
¿Quién va?

LEONARDO.

De paz, amigos.

MARÍN FÉLIX.

¿Es Leonardo?

LEONARDO.

Yo soy, valiente aragonés.

MARÍN FÉLIX.

¿Qué es esto?

LEONARDO.

Venirte a ver, lo primero, y luego
asegurar a este galán hidalgo
que busca en Zaragoza su justicia.
Pon en tu lista aquestos dos soldados.

MARÍN FÉLIX.

Cualquiera de ellos puede serlo mío.

CLARINDA.

Yo tengo gran ventura el serlo vuestro,
a cuyo lado, Capitán famoso,
no hay humano poder que temer pueda.

MARÍN FÉLIX.

A lo que yo he mirado de esos bríos,
más dejáis que temer a quien os mira.
¿Qué es esto?

LEONARDO.

(Escucha aparte.)

CLARINDA.

(¿Dónde
llevas mis locos pensamientos,
perdidos por tan ásperos caminos?
¿Qué fianza me das entre soldados
sin Dios y ajena de virtud alguna
para defensa del honor que guardo
a quien por mí padece tantas penas?)

MARÍN FÉLIX

Ya he entendido el caso, y en mayores cosas
os debo yo servir, señor Leonardo.
Nuestra enramada es ésta. Yo os prometo
que para alojamiento de campaña
no hay más que desear, porque el regalo
de limpias camas y de iguales mesas
no falta. El jabalí, conejos, liebres,
venados, aves, frutas y pan fresco,
con vino que sus dueños nos presentan
donde toméis algún refresco.

LEONARDO.

Vamos,
Clarinda, bella, porque demos orden
en descansar un poco.

CLARINDA.

Los caballos
me dan cuidado.

LEONARDO.

Dejadlos paseando.

(*Dentro* ALBANO *y* FULGENCIA.)

[ALBANO.]

Si hoy [no] te gozo, en vano te pretendo.

FULGENCIA. ¿Tan infame hazaña intenta
un caballero tan noble?
MARÍN. Voces hay junto aquel roble.
FULGENCIA. ¡El Cielo vengue mi afrenta!
MARÍN. Id dos de vosotros, presto.
TURÍN. Por aquí fueron las voces. (1)
Si en tal ocasión le han puesto;
porque después han tratado
de reducir al servicio
del Rey, dan prisa al oficio
en desierto y en poblado.
MARÍN. Pues bien se la pueden dar,
porque pienso que tenemos
nuevas de que a Italia iremos.
BERNAL (*dentro*). ¿Qué viento le ha de alcanzar?
Déjale huír, pues la presa
deja.
FULGENCIA. De mal en mal,
hay un peligro mortal.

(*Salen* FULGENCIA *y los otros dos* SOLDADOS.)

BERNAL. En esa arboleda espesa
que al sol con ramas se opone (2)
hallamos aquesta dama
y un caballero que huyó
luego que estas armas vió.
MARÍN. ¡Tal miedo engendra la fama!
Ella es bella.
FULGENCIA. Si lo fuera
como he sido desdichada,
no fuera gracia alabada
ni Elena fama tuviera.
MARÍN. ¿Quién eres?
FULGENCIA. Una mujer
[que] de Castilla he venido

(1) Falta un verso a esta redondilla.
(2) Verso suelto entre dos redondillas.

siguiendo un traidor marido
ido para no volver.
Este que aquí me traía
era mi amparo, y faltó,
que de muchos me guardó,
pero de sí no podía,
pues por milagro escapé
de sus manos.
MARÍN. Bien podrías
decir que dando en las mías
mayor el peligro fué.
Pues cuando el Cielo te saca
de un atrevido galán,
has dado en un capitán
de bandoleros de saca
de no perder ocasión. (1)
El comenzó la traición,
yo acabo el atrevimiento.—
Metedla en esa enramada.
FULGENCIA. Poco importa ese rigor,
que también mata el dolor
donde hace falta la espada.
Cleopatra halló un áspid fiero,
Porcia brasas, Julia espanto:
pues si un temor puede tanto,
morir del espanto quiero.
Si falta espada, por ella
el miedo a matarme viene,
que para quien honra tiene
basta el temor de perdella.

(*Llévala un* SOLDADO.)

MARÍN FÉLIX.

Pasó el tiempo de grecias y romanas;
es otra edad aquesta diferente;
que ya no hay coroneles castellanos
con laurel en las armas y en la frente.
Tú rendirás las amenazas vanas.—
Al capitán dejad, robusta gente,
que si escapas de mí, más mal te queda.

BERNAL.

Es imposible que escaparse pueda.

(*Salen* ROSELA, *de camino*, FELICIANO *y* OSUNA.)

FELICIANO.

Sin duda que temió nuestra venida,
pues no ha llegado a la guarida Albano.

ROSELA.

Allá le vió Lisardo de partida.

(1) Falta el verso anterior a éste.

MARÍN FÉLIX.

¿Qué gente?

OSUNA.

(Esto es muy bueno, Feliciano.)

MARÍN FÉLIX.

Rendid las armas o rendid la vida.

FELICIANO.

Sed, capitán, con esta dama humano.

BERNAL.

Dad las espadas.

OSUNA.

Detened el fuego.

MARÍN FÉLIX.

A tres robles atad a los tres luego.

(*Atan a los tres.*)

¿Sois castellanos?

FELICIANO.

Somos castellanos.

[OSUNA.]

Yo no soy castellano, caballero.

MARÍN FÉLIX.

Decid quién sois mientras les dais las manos.

OSUNA.

Yo soy un excelente majadero;
que sin ser yo y este hidalgo hermanos,
ni aun amigo, que así decirlo quiero,
porque le vi no fué media hora apenas,
soy mulo de la noria de sus penas.

BERNAL.

Ya están atados.

MARÍN FÉLIX.

A comer nos vamos.

OSUNA.

Oye, galán.

BERNAL.

¿Qué quiere?

OSUNA.

Aquesta hermosa
y yo en ayunas desde anoche estamos.
Tráiganos, si sobrare, alguna cosa.

BERNAL.

Perdigones habrá, cuando volvamos,
asados a la lumbre polvorosa
en aqueste cañón de chimenea.

OSUNA.

Pues sin cenar me acuesto.

BERNAL.

No lo crea.

FELICIANO.

¿Qué te parece de esta desventura,
atada en medio de los dos, Rosela?

ROSELA.

Que ya de mayor mal estoy segura,
y que vuestra desdicha me consuela.

FELICIANO.

Amigo, Osuna, Cielo se conjura.

OSUNA.

¿Hay bestia ni de albarda ni de espuela
que se iguale conmigo y yo con ella?
¿Por qué te sigo yo?

FELICIANO.

Porque es tu estrella.

OSUNA.

¡Oh, pesar de la estrella! ¡Si en mi vida
comiese güevos estrellados!

FELICIANO.

Creo
que no será este bárbaro homicida.

OSUNA.

¿Oísteis contar de un hombre, y yo lo veo
que en viniendo algunas mulas de partida,
aunque fuesen al monte Pirineo,
si estaban de retorno las tomaba
y hasta donde ellas iban caminaba?
Costábale después trabajo inmenso
y dinero el volver; a decir torno,
que [así] fué contigo, y así pienso
que te quise por mula de retorno.
La vuelta Dios la sabe.

FELICIANO.

Por extenso
me cuenta tu intención.

OSUNA.

Con lindo adorno
están aquestas salas para cuentos,
esperando la muerte por momentos.

(*Sale* CLARINDA.)

[CLARIN.] Pienso que me va engañando,
Leonardo, poco fiel
a lo que va procurando.

¿Qué gente?

ROSELA. Cruel. (1)

OSUNA. Este no viene apuntando.—
Si al blanco habéis de tirar,
caballero, no soy yo.

CLARINDA. ¿Qué es lo que llego a mirar?

FELICIANO. O la vista me engañó,
o amor me quiere burlar.

CLARINDA. ¡Válgame Dios! ¿No es aquel
Feliciano? Sí. Y con él
Rosela está.

FELICIANO. (Aunque el vestido
diferencie lo que ha sido,
esta es Clarinda cruel.)

CLARINDA. ¿Eres Feliciano, di,
y Rosela esa mujer?

FELICIANO. ¿Y eres tú Clarinda?

CLARINDA. Sí,
que perdí el seso y el ser,
mas nunca el honor perdí.

FELICIANO. ¿Que no has perdido el honor?
Es imposible, enemiga;
cuando no, por tanto error,
el mismo traje lo diga.
Bandolero salteador,
¿de esta suerte vengo a hallarte?

CLARINDA. ¿Yo, cómo te hallo a ti?
pues cuando vengo a esperarte,
dice esa dama que fuí
tan desdichada en amarte.
Esto debían de ser
tus locuras e invenciones;
querías a otra mujer,
dejándome en ocasiones
que me pudiera perder.
Loco, infame, te fingías
en el hospital los días;
mas las noches, con cuidado,
cuerdo y galán disfrazado,
para gozarla, salías.
¡Mal haya la que por ti,
y por no te hacer ofensa,
se ha visto como me vi;
pero ya, villano, piensa
que no he de ser la que fuí.
¡Vive el Cielo, que a tus ojos
Leonardo me ha de gozar!
Pero no te dará enojos
mientras te dejen mirar
esos divinos despojos.
Que cuando me hayas amado
y no estés del todo ajeno
de algún deseo y cuidado,
¿qué se te da del veneno
con la contrahierba al lado?

FELICIANO. Las veces, fiera mujer,
que me has visto y me has hablado,
mi estrella debe de ser,
han sido estando yo atado
y sin poderte ofender.
En una reja me viste
loco por ti, y aquí ahora
atado por ti, que fuiste
a las palabras traidora,
que con lágrimas me diste.
Dos veces muerto te hubiera
si el Cielo lugar me diera;
entrambas me le ha quitado:
mas si me afrentas atado,
que es poco honor considera
Desde que empezaste a ser
libre en querer a Leonardo,
yo comencé a padecer
hasta la muerte, que aguardo
de manos de una mujer.
Dices que ha sido invención,
para querer a Rosela,
mi locura y mi prisión.
Por disfrazar la cautela
de tu loca perdición,
lo que invención se apellida
es mudar traje y hacer
alguna cosa fingida.
Tú no me hallas de mujer,
yo te hallo de hombre vestida.
Esta sí que es invención,
que no un preso que, ignorando
tu loca transformación,
va con Rosela buscando
su deshonra y tu traición.
Tras mi hermana vine aquí,
que trae engañada Albano;
pero pues te hallo así,
el pedernal de la mano
puedes volver contra mí.
Da fuego, pues fuego das:
apunta al pecho fïel,
donde, a mi pesar, estás;
que yo sé que dando en él
tú misma te matarás.

ROSELA. Clarinda, ¿de mí has creído
que cosa menos que Albano
que me hubiera [aquí] traído?

(1) Verso incompleto.

(*Salen* Marín Félix, Leonardo *y* Fulgencia.)

Leonardo. Conocer a Feliciano
a lo que ves me ha movido.
Deja, Capitán famoso,
de ofender tu gran valor
con hecho tan poco honroso.

Fulgencia. Volved, señor, por mi honor,
de mi hermano y de mi esposo.

[Marín.] Leonardo, el ser yo tu amigo
me mueve a tener respeto.

Leonardo. Yo lo que es razón te digo.

Feliciano. (¡Cielos! ¿Qué es esto?)

Marín. En el sexto
usas de rigor conmigo.
Lo que para ti no quieres
me aconsejas.

Leonardo. ¿De qué modo?

Marín. Porque amando a dos mujeres,
no soy el culpado en todo;
y si lo soy, tú lo eres.

Leonardo. ¿Cómo?

Marín. Clarinda aborrece
tu gusto, y la persuades;
lo mismo a mí me acontece.

Feliciano. (Ojos, aquellas verdades
mil desengaños me ofrece.)

Osuna. (Pero advierte que Fulgencia
es dama del Capitán
y toca en la resistencia.)

Leonardo. ¿Quién son aquéstos que están
atados en tu presencia?

Feliciano. Yo, Leonardo, Feliciano.

Rosela. Yo, tu hermana.

Leonardo. ¿De qué suerte
te trujo el tiempo inhumano
a tanto mal?

Rosela. Vine a verte
y seguí a mi esposo Albano,
que con Fulgencia venía,
siendo aqueste atrevimiento
¡Cielos! la disculpa mía.

Leonardo. Mi amoroso pensamiento
ese ejemplo te daría.
Desata, hermana cruel,
las manos de mi deshonra.

Rosela. Pues ponme al cuello el cordel.

Leonardo. Si Albano ofende tu honra,
yo sabré vengarme de él.

Marín. Fulgencia, quita a tu hermano
el cordel.

Feliciano. Mis manos sueltas,
te van a besar las manos.

Osuna. Yo, que remedo las vueltas,
que soy can de Feliciano,
¿téngome de estar así?

Marín. Desatad ese hombre luego.

(*Sale un* Bandolero.)

[Bandol.] ¿Con tanto descuido aquí
cuando abrasa el monte fuego?

Marín. ¿Fuego?

Bernal. Y que viene tras ti.

Marín. Dime, presto, la ocasión.

Bernal. El Justicia de Aragón
pienso que viene a prenderte.

Marín. ¿A prenderme? ¿De qué suerte?

Bernal. Con un armado escuadrón.

Marín. Caballeros, este es día,
por amistad o por fuerza,
que todos toméis las armas
y que os pongáis en defensa.
Levantar la munición;
tomad pistolas francesas,
vosotras, que en el peligro
también las damas pelean;
aquí os retirad conmigo,
porque desde aquestas peñas
podréis resistir sus fuerzas
sin que recibáis ofensa.
Todos sois ya mis soldados.
¡Ea, castellanos, ea!
pues que libertad os di,
pagadme así por ella.
Aquí tienes, Feliciano,
tu Clarinda, tu Fulgencia.—
Aquí, Leonardo, tu hermana.
Mi gente y yo a la refriega;
bajarán ducientos hombres
mientras hacéis resistencia,
que a venir España ahora
vencieran a Augusto César.

(*Pónense todos a una parte con armas.*)

Feliciano. No tengas pena, señor,
que en sus prisiones te veas,
que yo perderé la vida.

Osuna. ¿Hay más desdicha que aquésta?
Señores, ¿quién me ha traído
en cuatro palmos de tierra,
a ser loco, a ser cautivo
y a ser ladrón, a ser bestia?
¿En mi iglesia no me estaba,
donde, por mi lavandera,
oía todas las tardes
mis vísperas y completas?

¿Quién me trujo a tanto mal
por una amistad ligera?
Pero ¿qué mal no merece
quien se sale de la Iglesia?
Venia a vos, Iglesia santa,
que si otra vez entro en ella,
que del claustro a la tribuna
no me saquen con seis piezas.

(*Sale el* JUSTICIA, FENICIO, *vestido de monte;* ALBANO, TORCATO *y gente, y tocan una caja.*)

ALBANO. En resistencia se han puesto;
mira, señor, cómo llegas.

JUSTICIA. Echa el bando, que no importa.

(*Caja y bando.*)

[UNO.] Pues digo con tu licencia:
"Su Majestad, que Dios guarde,
con su valor y clemencia,
a toda la compañía,
esparcida en estas tierras,
de Lupercio de Latrás,
que en Portugal muerto queda,
hace perdón general
como todos le prometan
servirle en Flandes o Italia;
y dará ventajas nuevas,
conforme a las calidades
de las personas propuestas,
con su palabra real
y lo confirma y lo sella
de su sello y de su nombre,
para que a embarcarse vengan
a Vinaroz, donde aguardan
de Nápoles las galeras."

(*Tornan a tocar.*)

[MARÍN.] Bajad las armas, soldados,
y rendid las escopetas
al Justicia, como yo.

(*Llegando por su orden todos al* JUSTICIA *rindiendo las escopetas.*)

BERNAL. Llegaremos, pues tú llegas.

JUSTICIA. ¿Quién sois vos?

MARÍN. Marín Félix,
que de aquesta soldadesca
fuí seis meses capitán,
del gran Lupercio en ausencia.

JUSTICIA. Yo os recibo.

MARÍN. Estos soldados
quiero que por tuyos tengas.

JUSTICIA. A todos les doy los brazos.

OSUNA. Por cuenta van, como ovejas.

JUSTICIA. ¿Quién eres tú, castellano?

TORCATO. Señor, aquéste se prenda,
que es el que robó a mi hija.

FELICIANO. Tu hija está en tu presencia,
y yo no puedo ser preso
porque soy de la bandera
de Lupercio de Latrás.

OSUNA. Pues esa es cosa muy cierta,
y que ha más de un cuarto de hora
que estamos los dos en ella.
El Rey cumpla su palabra,
pues para cumplirla reina.

JUSTICIA. El hombre tiene razón;
el Rey sale a la defensa. (1)

FULGENCIA. Eso no, que es en mi ofensa;
que Fenicio es mi marido.

JUSTICIA. Con un coche y mis criados
quiero que a Castilla vuelvas.

OSUNA. Y yo, ¿dónde he de volver?
Será lo de adentro afuera,
pues sin qué ni para qué
he pasado tantas penas.

FELICIANO. ¿Con qué quedarás contento?

OSUNA. Con que agrade la comedia,
a lo menos el deseo,
que es éste *El loco por fuerza.*

(1) Aquí faltan versos que justifiquen las palabras de FULGENCIA y otros que aclaren la nueva situación de los personajes y resuelvan el conflicto.

LO QUE PASA EN UNA TARDE ´

COMEDIA DE ESTE AÑO 1617

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

DON JUAN.
TOMÉ.
DOÑA BLANCA.................2.ª y 3.ª jornada.
TEODORA.....................hase de sacar.
INÉS.
GERARDO, *viejo*.
DON FELIPE.................Villegas.
MARCELO....................Pérez.
LEÓN.......................hase de sacar.
JULIO.
[CELIA.]

ACTO PRIMERO

(BLANCA, *dama* [*e* INÉS, *criada*].)

BLANCA. Amores bien empleados,
aunque mal agradecidos,
eso tenéis de perdidos,
que es teneros por ganados.
¿Qué importan gustos pasados,
si los presentes disgustos
son mayores que los gustos
y que el favor el desdén,
pues es perdido mi bien
por entre casos injustos?
Trujéronme posesiones
a tan justas confianzas
y a tan extrañas mudanzas
iguales satisfaciones.
Y como las sinrazones
anticipan desengaños
a la verdad de los años,
siento que la culpa soy,
pues al estado en que estoy
me han traído mis engaños.
Discretos sois, pensamientos:
algo tenéis de adivinos,
pues por tan varios caminos
me dijisteis mis tormentos.
No daros fe mis intentos
fué trataros como a extraños,
pues no puede haber engaños
que más venzan la razón
que pensar que no lo son
donde son los daños, daños.
Entre dudas y recelos
andaban mis gustos ya,
como quien temiendo está
las mudanzas de los Cielos.
Cesen mi amor y mis celos;
no quiero gustos injustos,
llenos de tantos disgustos,
que en siendo la fe dudosa,
anda el alma temerosa
y los gustos no son gustos.

INÉS. ¿Acabó la exclamación?

BLANCA. Ella y mi amor acabaron,
aunque mis celos pensaron
que era inmortal mi afición.

INÉS. Injustos celos te ofenden.
Verdad te trata don Juan.

BLANCA. Yo sé que aun no lo dirán
los ojos que le defienden.
Hombre que sin ocasión
se ausenta, o quiere olvidar
o que le olviden.

INÉS. Es dar
quejas de Amor sin razón;
pues ir a ver unas fiestas
no es delito.

BLANCA. Amando, sí;
que quien ama tiene en sí
todas las fiestas compuestas.
Si son toros, celos son
toros; si cañas, las flechas
de Amor lo son, con sospechas
de que puede haber traición
y importa la diligencia;
que, a fe, que si el juego carga
que es menester buena adarga
con empresas de paciencia.
Pues si comedias, Inés,
¿qué pasos verá mejores
que los que da en sus amores,
donde no es mal entremés
el engañar un marido,
puesto que yo no le tengo;
pero a compararle vengo
con lo que he visto y oído?

Si ver galas, en su dama
las puede ver; si jardines,
¿qué claveles, qué jazmines
como el rostro que se ama?
Si fuentes, ¿cuánto es mejor
ver de unos ojos correr
alguna lágrima y ver
que nace de puro Amor,
que cuantas fuentes y ríos
son mares de Aranjüez?

INÉS. Amor presume tal vez,
por enojos, desvaríos.
Irse a las fiestas, don Juan,
de Castilla no sería
sin obligación.

BLANCA. La mía
le quisiera más galán.
Que a las fiestas de Castilla
no les corre obligación
a los que Grandes no son.

INÉS. Tu enojo me maravilla.

BLANCA. Un hombre particular
como don Juan, ¿a qué efeto?
Pues, Inés, yo te prometo
que me tengo de vengar.
Y que a no vivir aquí,
digo dentro de mi casa,
que tú vieras lo que pasa
por sus fiestas y por mí.

INÉS. Quiéresle como a tu vida
¿y le olvidarás?

BLANCA. No sé.
Pienso que le olvidaré;
que Amor, por venganza, olvida,
y más si a otro Amor la paso.

INÉS. De tu condición lo fío.

BLANCA. Daré gusto al padre mío
si con don Félix me caso,
que son deudos, como sabes,
y, al fin, es un caballero
que no va a fiestas.

INÉS. Yo espero
que apenas, señora, acabes
de dar el sí, cuando estés
arrepentida.

BLANCA. Aquí viene
Julio.

(JULIO *entre.*)

JULIO. Si licencia tiene
quien de algún provecho es,
bien puedo llegar a hablarte.

BLANCA. Nunca de mayor provecho
que agora, pues de mi pecho
mil nuevas tengo que darte.
¿Qué hace don Félix?

JULIO. Al punto
que acabaron de comer
pidieron naipes.

BLANCA. (En ver
que sin alma lo pregunto
dice mi amor que es forzado.)

JULIO. Jugando quedan.

BLANCA. ¿Quién gana?

JULIO. Don Félix.

BLANCA. Luego ¿fué vana
la razón que han inventado
los primeros jugadores?

JULIO. No sé, que de ella me acuerde.

BLANCA. Dicen, Julio, que quien pierde
está bien con sus amores.
Pues si a Félix le va bien,
¿cómo gana?

JULIO. Bien le va,
pues que tú lo dices ya,
siendo, señora, su bien.
Y así, conmigo te envía
aquestos veinte doblones
de barato.

BLANCA. Obligaciones
engendra su cortesía.

JULIO. Díjome que te dijese
que para chapines son
y que pidiese perdón
de que el barato no fuese,
pues era para tus pies
tal, que fueran de diamantes
las virillas.

BLANCA. (No te espantes
que adore a Félix, Inés.
¡Mal haya yo si le quiero!
Venganzas son de don Juan.)

JULIO. Las dos presumo que dan.
Voy a ensillar el overo,
que tenemos esta tarde
más de mil cosas que hacer.
¿Quieres algo responder?

BLANCA. Espera. ¡Así Dios te guarde!
Dale esta banda a tu dueño,
aunque esté mi padre allí,
que no le pesa...

JULIO. ¿Es así?

BLANCA. De ver que este amor le enseño,
y partiendo del barato,
toma estos cuatro doblones.

JULIO. Caigan cuatro bendiciones
sobre ti.

INÉS. No es Julio ingrato.

JULIO. La primera, que jamás
te falten galas, señora,
porque es la cosa que agora
quieren las mujeres más.
La segunda, que bien sientes
que hacen a la edad engaños,
jamás se atrevan los años
a las perlas de tus dientes.
La tercera y la mayor
para venir en quietud,
que te sirva la salud
de solimán y color.
La cuarta, del Cielo imploro
tal marido, que sí harás,
que no se duerma jamás
sin que te haya dicho amores.

(*Váyase* JULIO.)

INÉS. ¿Consolada estás?

BLANCA. No sé.
¿No has visto [a] una vela dar,
cuando se quiere acabar,
falsas llamas?

INÉS. Bien se ve
que son falsas, pues que guardas
el dinero.

BLANCA. Olvido ha sido.
Inés, perdona el olvido.

INÉS. Si das, señora, ¿no tardas?

BLANCA. Toma, Inés, este doblón.

INÉS. ¿Cuatro a Julio y uno a mí?

BLANCA. Tú eres de casa.

INÉS. Es así.

BLANCA. Nunca las mujeres son
con mujeres liberales.

(TOMÉ, *de camino, fieltro viejo, botazas y espuelas.*)

TOMÉ. ¡Gracias a Dios y a mis pies,
perfiladísima Inés,
que los pongo en tus umbrales!

INÉS. ¡Ay, señora! ¡El buen Tomé!

TOMÉ. ¡Oh, doña Blanca! ¡Oh, jazmín!
¡Oh, estupendo serafín!
Dame once puntos de pie.
Para alamares los pido
de aquesta boca. ¿Qué es esto?
¿Carita esconde y da gesto?

BLANCA. Tú seas muy mal venido.

TOMÉ. ¿Cómo puede ser, si ya
dentro del lugar estoy,
y sin albricias te doy
nuevas de que en él está
don Juan, mi señor?

BLANCA. ¿Quién dice?

INÉS. Don Juan.

BLANCA. Pues ¿quién es don Juan?

TOMÉ. Un mozo que, por galán,
todo Madrid le bendice,
y que habrá como ocho días
que se fué dél y de ti.

BLANCA. No me acuerdo si le vi.

TOMÉ. ¿Es así? No le verías,
que celos suelen hacer
la vista gorda; que son
villanos con presunción
que no acaban de creer
que los murmura quien sabe
los principios que tuvieron.

BLANCA. Antes esos merecieron
que su virtud los alabe,
y aquí no hay celos, Tomé,
ni importan comparaciones.
Acortando de razones,
don Juan, tu señor, se fué
a las fiestas de Castilla.
El pájaro, que se vió
solo, del nido voló.

TOMÉ. Tu enojo me maravilla.
¿Lo de los nidos de antaño
su ausencia ha venido a ser?

BLANCA. Pues bien lo puedes creer;
que no hay pájaros hogaño.

(*Váyase* DOÑA BLANCA.)

TOMÉ. ¿No ha sido el que fué a la fuente
mi amo, Inés?

INÉS. Bien se ve.

TOMÉ. Pues cuando de aquí se fué
¿no le dijo: "Bebe y vente"?

INÉS. Estas son iras de amantes.

TOMÉ. Allá un poeta de fama
redintegración las llama
de lo que se amaban antes.
¿Cesará la tempestad?

INÉS. Cesará. Mas, ¿qué hay de fiestas?

TOMÉ. En tragedias como aquéstas
pide llanto y soledad.

INÉS. Ellos harán amistades
y cesarán sus enojos,
que por ser soles los ojos,
serenan las tempestades.
Tú no te fuiste de mí,

pues tu amo te llevó,
ni tuviera causa yo
para quejarme de ti.
Dime las fiestas, Tomé.

TOMÉ. Eso no me toca ya.
Ingenios fueron allá,
y uno entre los muchos fué
de quien se pueden fiar,
aunque ellas tan grandes fueron,
que ilustre materia dieron
a su pluma singular.

INÉS. Mucho tu humildad me agrada.

TOMÉ. Sí; pero debes notar
que estoy ronco de cantar,
y nunca me han dado nada.

INÉS. Hermano, pide y acude.

TOMÉ. Creo que si estornudase
que apenas un hombre hallase
que dijese "¡Dios te ayude!"
Si va a decir la verdad,
yo lo merezco tan poco,
que me tuvieran por loco
si no tuviera humildad.

INÉS. Pues algo me has de decir
de las fiestas de Castilla,
así, con pluma sencilla,
como aprendiendo a escribir.
Sin esperar a la pinta,
caballo ni rey jamás,
algo decirme podrás.

TOMÉ. Oye con musa sucinta
la historia de los lacayos,
que es la que me toca a mí.

INÉS. ¿De los lacayos?

TOMÉ. Sí.

INÉS. Di.

TOMÉ. Oídme, overos y bayos,
blancos, castaños, rosillos,
alazanes y melados,
los que en Parnaso bebéis
y los que bebéis con blanco,
potros de Alcaraz famosos,
rocines de licenciados,
gualdraposos hasta abril
y hasta el octubre descalzos;
los que en calzas y en jubón,
cuando os sacan a los patios,
parecéis devanaderas
de puro secos y flacos.
Oíd, dotorandas mulas
de medicinales amos:
así os purguen zanahorias
y así os convalezcan cardos;
y vosotras, prebendadas,
que con las tocas colgando
parecéis, en mascar hierro,
viüdas del primer año.
Oíd, y no os olvidéis,
cochiferinos caballos,
que en embelecos de hueso
lleváis sirenas al Prado.
Oíd, jerónimas mulas,
y hasta las que tiran carros,
que así las mulas se imploran
como lo piden los casos.
A las fiestas de Castilla
fué el escuadrón más bizarro
que la fama lacayosa
llevó desde el vaso al jarro,
quiero decir desde el Duero
a las corrientes del Tajo.
Tajo, a quien paga tributo
Manzanares, arrastrando
en perejil y jabón
con no pequeño trabajo.
Benito de Talavera,
en Madrid recién casado,
con menos bríos que antes,
salió de encarnado y pardo.
Llevó de su dama al cuello
un listón pendiente al cabo
una cruz, que traer debe
todo casado cristiano.
Vinieron las calzas cortas,
mas como era zambo y alto,
las ligas le parecían
los espolones del gallo.
Martín de la Corredera,
de criminales mostachos,
salió perdonando vidas
y raciones al caballo.
Era su librea azul,
guarneciόla naranjado,
plumas blancas, que servían
de azahar al mismo naranjo.
Las peinaduras de Inés
el negro sombrero honraron
con más liendres que cabellos,
aunque ella le dijo al darlos
que eran las almas de algunos
que en la prisión de sus lazos
penaban por su hermosura.

INÉS. ¡Disculpa extraña!

TOMÉ. Oye un rato
Lorenzo de Fortigueira,
gallego, pero no tanto

que no tuviese en Castilla
como de limosna un cuarto,
entró más galán que él solo,
si bien por ser corto y ancho
era nabo de su tierra,
fértil de hidalgos y nabos.
Su vestido, azul y negro,
colores que se casaron
sin dispensación un día
y quedáronse casados.
Dióle Marina de Otáñez
a la partida un abrazo
y dos torreznos.

INÉS. Favor
cristiano viejo.

TOMÉ. Y que tanto
no le puso en la toquilla
por no manchar lo bordado;
pero púsole en la panza
con esta letra:

INÉS. Ya aguardo.

TOMÉ "Grande amor o gran flaqueza."

INÉS. ¡Bravo poeta!

TOMÉ. Callando,
Inés.

INÉS. Yo, ¿qué digo?

TOMÉ. Aquí
no se ha de mentar el malo.

INÉS. Finalmente...

TOMÉ. Finalmente,
entró Bernal Tolosano,
sangrándose los dos ojos
con los bigotes alzados.
Hizo por todo el camino
a cuatro amigos el gasto,
sin llevar aparadores,
reposteros ni criados.
Fué su vestido pajizo,
leonado, morado y blanco,
colores, no de su dama,
sino del Conde, su amo.
Sacó un listón por empresa
de Catalina de Ramos,
en Manzanares humilde
batanadora de paños.
Siguióle, todo de verde,
el valiente Pero Marcos;
Pero Marcos, hombre zurdo,
pero bien intencionado.
Iba el cuerpo del Marqués
entre verderones cuatro
como entre cuatro cipreses,
porque eran delgados y altos.
Era lacayo tan fuerte,
que a ninguno de su trato
llamó en su vida merced,
sino vos, primo o hermano.
A la segoviana puente,
que con berroqueños brazos,
sin darle ocasión ninguna,
oprime aquel pobre charco,
cuyos ojos no ven río,
por más que estén desvelados,
salió Inés; llevó en los suyos
las aguas que le faltaron,
y dióle cuatro pañuelos
y dos cuellos, que en llegando
abrió con molde y lucieron
por hechura de sus manos.
Aquí favor, dulces Musas,
que entra Colindres gallardo,
valiente por su persona
como Bernardo del Carpio.
Todo vestido de nácar
era un pimiento lacayo,
para sotana bien hecho,
porque era delgado y zambo.
Ninguno al juego de cañas
ladeó más presto, y más bravo
esperó toro, pues dicen
que hasta hoy le está esperando.
Contarte, Inés, por extenso
de tanto famoso hidalgo
nombres, hazañas y galas,
será contar al Parnaso
las plumas; a las medidas,
las faltas; los pesos falsos
a los pulgares, y, en fin,
mis deseos a tus brazos.
Sólo asegurarte puedo
que esta ostentación y gasto
no ha sido por cuenta suya,
sino a costa de sus amos.
No hayas miedo que alguacil
lleve décima en mil años
de ejecución que les haga
por tantas telas y rasos,
ni que se queje oficial
de las hechuras de tantos
vestidos; y tú perdona,
bella Inés, si no me alargo,
que porque viene don Juan
ceso, besando tus manos.

INÉS. Pues no quiero estar aquí,
que pueden cansar a un mármol
preguntas de amante ausente.

TOMÉ. Son necios sobre cansados.

(DON JUAN, *de camino.*)

D. JUAN. ¿Tomé?
TOMÉ. ¿Señor?
D. JUAN. ¿Qué hay de nuevo?
¿Has visto a mi bien?
TOMÉ. Ya vi
a tu bien.
D. JUAN. ¿Y qué hay de mí?
TOMÉ. Que a decirlo no me atrevo.
D. JUAN. ¿Cómo no?
TOMÉ. Los pies le pido,
cara y chapines esconde
y vuelta en nieve responde:
"Vos seáis muy mal venido."
"¿Cómo puede ser, si ya
dentro del lugar estoy
—le dije—y nuevas te doy
de que en él don Juan está?"
"¿Quién es don Juan?"—respondió.
Yo dije: "Un galán que ayer
se partió para volver."
"Pues di que le digo yo
que ya en los nidos de antaño..."
D. JUAN. ¡Oh, qué donaire!
TOMÉ. No sé
si es donaire o lo que fué;
mas, "no hay pájaros hogaño".
Sin esto, entendí al entrar
que don Félix ha comido
con el viejo, y si esto ha sido,
Blanca se quiere casar.
De aquí a la noche ha de haber
espantosas novedades,
que en esto de voluntades
no hay que fiar de mujer.
D. JUAN. Tomé, la que me ha tenido
Blanca no se habrá mudado;
venganzas habrán causado
aqueste fingido olvido.
¿De aquí a la noche amenazas
mi amor con tales sucesos?
TOMÉ. Celos hacen mil excesos.
Tienen diabólicas trazas.
D. JUAN. No hay cosa que me acobarde.
TOMÉ. ¡Mira que Blanca es mujer!
D. JUAN. ¿Qué me puede suceder,
si ha de ser en una tarde?
TOMÉ. En una tarde perdió
Nerón su imperio, y el mundo
Alejandro; el mar profundo
la Armada desbarató
de Jerjes, y Troya fué
en una noche abrasada;
y Roma...
D. JUAN. No digas nada,
que bien lo alcanzo, Tomé;
pero como sé que son
celos, con la misma treta
verás a Blanca sujeta,
dando Teodora ocasión.
Es su amiga, y que me adora
sabes; si Blanca porfía
con don Félix, este día
la abrasaré con Teodora.
TOMÉ. Ya de ese coche se apea.
D. JUAN. Viene a famosa ocasión.
TOMÉ. Los celos el agrio son
del amoroso jalea.
D. JUAN. Querer bien todo es desvelos;
no duerme bien el temor,
porque es un reloj Amor
y el despertador los celos.

(TEODORA *con manto y dos que la acompañen.*—CELIA.)

CELIA. Dicen que vino don Juan.
[TEODOR.] ¿Cómo? ¿En esta casa vive?
D. JUAN. Tan cierto, que él os recibe.
TEODORA. Y que mis brazos os dan
el parabién de venir
con salud.
D. JUAN. Para serviros,
aunque pudiera deciros
que estuve para morir
de la ausencia de esos ojos.
TEODORA. ¡Qué notable novedad!
¿De mis ojos soledad?
¿Vos de mis ojos enojos?
¡Mucho debiera a la ausencia!
Milagros suyos serán,
pues nunca pudo, don Juan,
tanto con vos la presencia.
D. JUAN. Como allá tuve lugar
para pensar la belleza
con que la Naturaleza
os quiso perfecionar,
rindióse mi entendimiento
a tal imaginación,
que es justa mi perdición
por vuestro merecimiento.
Yo vengo a todo dispuesto
cuanto me queráis mandar.
TEODORA. ¿Qué os puedo yo suplicar
que no sea justo y honesto?

Pero, mientras no sois mío,
¿cómo os tengo de creer?

D. JUAN. Confiando que ha de ser
lo que del tiempo confío.

TEODORA. Si el tiempo ha de ser fianza
de tales obligaciones,
mientras llegan posesiones,
¿qué me dais por esperanza?

D. JUAN. Una cédula os haré,
si con otra confirmáis
que sois mía.

TEODORA. Si firmáis
lo que decís, yo seré
la mujer más venturosa.

D. JUAN. ¿Tomé?

TOMÉ. ¿Señor?

D. JUAN. Ve por pluma,
papel y tinta; y presuma
de mi amor Teodora hermosa,
que es mayor que el que me tiene.

TOMÉ. Voy.

D. JUAN. (Todo aquesto es fingido.)

TEODORA. (¡Notable dicha he tenido!)

CELIA. Blanca, mi señora, viene.

D. JUAN. Celos hacen ya su efeto.
Tú verás cómo la trato.

(BLANCA y INÉS.)

BLANCA. ¡Con Teodora aquel ingrato!

INÉS. Por picarte a lo discreto.

BLANCA. Señor don Juan, ¿cuándo ha sido
la buena venida?

D. JUAN. Agora,
con el alba de Teodora,
que es la luz con que he venido.

BLANCA. ¿Vuesa merced trae salud?

D. JUAN. La que ve vuesa merced.

INÉS. (Tal cortesía y merced
cierto que es grande virtud.
No sé cómo son los celos
malquistos y murmurados,
cuando son tan bien criados.)

D. JUAN. Guarden, señora, los Cielos
a vuesa merced.

BLANCA. Ansí
guarden a vuesa merced.

(*Váyase* DON JUAN.)

INÉS. (Pues que viene la merced,
cautivos hay por aquí.)

TEODORA. No pensé que recibieras
tan melindrosa a don Juan.

BLANCA. Pues ¿qué cuidado me dan
ni sus burlas ni sus veras?

TEODORA. Mucho me alegro de ver
que estés ya tan descuidada.

BLANCA. Sólo don Félix me agrada;
de don Félix soy mujer.

TEODORA. ¿Eso es cierto?

BLANCA. A verlo ven.

TEODORA. Luego ¿puedo hablar?

BLANCA. Podrás.

TEODORA. Pues si tú casada estás,
dame, Blanca, el parabién
de que con don Juan lo estoy.

BLANCA. ¿Qué escucho?

TEODORA. Ya es mi marido.

BLANCA. El parabién que te pido
es el mismo que te doy.
(No de balde se ausentaba
don Juan; ¿o fingió ausentarse
para engañarme y casarse?)

TEODORA. (De mí bien segura estaba,
como quien no merecía
verse en él.)

BLANCA. (Ya no hay que aguarde.)
¿Dónde iremos esta tarde?

TEODORA. Ir hacia el Prado querría.

BLANCA. Paréceme que es mejor
ir a la Casa del Campo.

(*Entre* TOMÉ.)

TOMÉ. (Adonde la planta estampo
la suya pone el temor,
porque suele destas cosas
resultar algún pesar.)
El papel traigo a firmar.

TEODORA. Por esas nuevas dichosas
te doy aqueste bolsillo.

TOMÉ. ¿Tiene alma?

TEODORA. Y alma de oro.

TOMÉ. Las negras suelas adoro
de tu blanco zapatillo.
Con alma de oro me agradas,
no porque interés me den,
pero porque no estoy bien
con las cosas desalmadas.
Si otro bolsillo tuvieras,
la cédula que ha firmado
mi señor te hubiera dado.

TEODORA. Dámela, Tomé. ¿Qué esperas?
Que aquí tengo este diamante.

TOMÉ. Tómala, y adiós.

(*Váyase* TOMÉ.)

TEODORA. ¡Ay, cielos!
¡Qué gran bien!

BLANCA. (Pensé dar celos,
como mujer inorante,
y hanme herido por los filos.)

(DON FÉLIX y GERARDO, *viejo.*)

GERARDO. Yo perdí, pero he ganado.
D. FÉLIX. No ha sido de convidado,
Gerardo, nobles estilos
haberos ganado.
GERARDO. Yo,
aunque pierdo, soy quien gana.
D. FÉLIX. Que yo soy es cosa llana,
pues hoy el Cielo me dió
el sí de que será mía
Blanca, mi señora.
GERARDO. El Cielo,
solamente en todo el suelo
hallar vuestro igual podía.
Y estoy contento, de modo
que de mi hijo la ausencia
consuela vuestra presencia.
D. FÉLIX. Honrarme queréis en todo.
TEODORA. Blanca, tu padre y tu esposo.
BLANCA. ¡Señor!
GERARDO. ¿Cómo no has entrado
a verme jugar?
BLANCA. He dado
en un engaño forzoso.
Los que miran se aficionan
a uno de los dos que juegan,
y cuando las suertes llegan
sienten, desean y abonan.
Yo no he querido saber
a cuál de los dos tenía
más inclinación.
GERARDO. ¿Podía
desta suerte responder
el más alto entendimiento?
D. FÉLIX. Es de manera que el mio
se acobarda, aunque porfío
con justo agradecimiento,
y de esta banda y favor
con que me dais esperanza
quiere Amor, que el bien alcanza,
trocar la verde color.
Que quien llega a poseer
ya no tiene que esperar.
BLANCA. (Amor, que me ha de matar,
no me deja responder.
¡Necia venganza he tomado
de mi don Juan!)
GERARDO. En efeto,
queréis parecer discreto.
No parecéis desposado.—
Hija, de que das el sí
al señor don Félix quiero
hacer testigos.
BLANCA. (¡Hoy muero,
Amor! ¿Qué será de mí?)
GERARDO. Ve, Julio, luego a llamar
dos que lo sean.
JULIO. Señor,
¿quién puede serlo mejor,
pues acaban de llegar,
que don Juan y su criado?
GERARDO. Bien será, y conoceréis
a don Juan, en quien tendréis
un güésped y amigo honrado,
que está de aposento aquí.
D. FÉLIX. Ya tengo noticia dél.
BLANCA. (Para vengarme, cruel,
tengo de decir que sí;
que, pues cédula le has dado
de casamiento a Teodora,
tengo de casarme agora
con pecho desesperado
a tus mismos ojos.)

(*Entren* JULIO, DON JUAN y TOMÉ.)

JULIO. Ya
tienes testigos aquí.
D. JUAN. (Blanca se casa. ¡Ay de mí!)
TOMÉ. (Por lo menos, aquí está.)
GERARDO. ¿Señor don Juan?
D. JUAN. ¡Oh, señor!
GERARDO. Vos seáis muy bien venido.
D. JUAN. Tan breve mi ausencia ha sido,
que sólo en vuestro valor
pudiera hallar parabién
de esta venida excusada.
D. FÉLIX. Hoy queda mi dicha honrada,
señor don Juan, pues sois quien
es de mi gloria testigo.
D. JUAN. Yo soy vuestro servidor,
y confieso el grande honor
que gano en ser vuestro amigo.
GERARDO. Excusando cumplimientos,
sabed, mi señor don Juan,
que el uno al otro se dan
palabras y juramentos
de casarse, ya entendéis,
Blanca y Félix.
D. JUAN. Es forzoso
que ella diga que es su esposo,
y que vos me perdonéis,
que si ella no dice *sí*,

¿cómo lo podré jurar?

BLANCA. Sí, digo.

D. JUAN. No hay que aguardar
más esperanzas aquí,
sino tomar posesión.

BLANCA. Con esto, licencia os pido.

D. FÉLIX. ¡Notable mi dicha ha sido!

GERARDO. Félix, las muestras lo son.

(*Todos se entren, y queden* DON JUAN *y* TOMÉ, *diciendo* TEODORA *al salir.*)

TEODORA. Ya la cédula me dió
Tomé, mi bien.

D. JUAN. Sí daría.

TEODORA. Yo voy a firmar la mía.

(*Váyase* TEODORA.)

D. JUAN. ¡Mi muerte injusta llegó!

TOMÉ. ¿No te dije que podían
suceder en una tarde
muchas cosas?

D. JUAN. No hay que aguarde
la loca esperanza mía.
Esto no ha sido venganza,
sino gusto, que el de hacer
Blanca de Félix mujer...

TOMÉ. Habla, señor, con templanza,
que te pueden escuchar.

D. JUAN. ¿Qué importa, si estoy perdido?

TOMÉ. Gente de fuera ha venido.

D. JUAN. No me vendrán a ayudar.

TOMÉ. ¡Vive el Cielo, que es Marcelo,
hermano de Blanca!

D. JUAN. El viene
a buen tiempo; todo tiene
lugar en mi desconsuelo.

TOMÉ. ¡Con qué notable alegría
le abraza toda la casa!

D. JUAN. ¡Toda la casa me abrasa!
¡Muerto soy! ¡Ay, Blanca mía!

TOMÉ. Mira que no es noble intento,
sangre generosa y franca,
que por perder una Blanca
hagas tanto sentimiento.
¡Si perdieras mil doblones...!

D. JUAN. ¡Bestia! Mi dolor no impidas.
¿No ves que pierdo mil vidas,
mil almas, mil corazones?

TOMÉ. Neciamente procediste
en dar luego a Blanca celos,
pues el cebo y los anzuelos,
pensando pescar, perdiste.
¿No fuera mejor callar
y hacer amistad con ella?

D. JUAN. Darle celos fué perdella.
No hay en celos que fiar.

TOMÉ. Ellos son como sangría.
Tal mata y tal aprovecha.

(MARCELO, *de soldado galán, y* LEÓN, *criado.*)

MARCELO. No fué vana mi sospecha.

LEÓN. No hay más cierta profecía
que un celoso pensamiento.

TOMÉ. Marcelo es éste.

D. JUAN. ¿Señor?

MARCELO. Alegrárase mi amor
en este recibimiento
si tales nuevas no hallara.

D. JUAN. ¿Qué? ¿No os agrada el cuñado?

MARCELO. Del cuñado bien me agrado,
aunque nunca me agradara;
mas no de hallaros a vos
desposado con Teodora.

D. JUAN. Desposado no, que agora
tratemos de eso los dos.
Y aunque en cédulas están,
Marcelo, estos casamientos,
yo sé de mis pensamientos
que nunca se cobrarán.
Y seáis muy bien venido
si los habéis de estorbar.

MARCELO. ¿Bien venido a ver casar
cosa que tanto he querido?

D. JUAN. Ya os digo que no ha de ser.

MARCELO. ¿Por qué?

D. JUAN. Porque celos fueron
de ver que a don Félix dieron
vuestra hermana por mujer.

MARCELO. Como yo estuviera aquí,
yo sé que no sucediera.

TOMÉ. ¿Puedo hablar?

MARCELO. Habla.

TOMÉ. Aunque fuera
de cal y canto este sí
se pudiera deshacer.
Hable Marcelo a su hermana,
que tengo por cosa llana
que venga a ser tu mujer.

D. JUAN. Marcelo, pues ya llegamos
a hablar los dos claramente,
y sabes que soy tu amigo
desde que aquí fuí tu güésped,
yo pienso que todo nace
de celos impertinentes.
Negocia que doña Blanca
no se case con don Félix,

que yo te doy la palabra
que no sea eternamente
mi mujer Teodora.

MARCELO. ¿Harás
lo que dices?

D. JUAN. Si tú vieres
lo contrario, desde hoy
quiero quedar por aleve.

MARCELO. Dame los brazos, don Juan,
y haz cuenta que llego a verte
en este punto que amor
en el último me tiene.
Soy tu amigo, y me tendrás
a tu lado en cuanto fuere
de tu gusto, que en tu mano
está mi vida o mi muerte.
De las guerras de Milán
vengo, donde he sido alférez.
Murió don Alonso, gloria
y honor de los Pimenteles,
mozo de grande esperanza,
heroico, invicto, valiente,
a manos de su fortuna,
que sólo pudo vencerle.
Perdí su amparo. Perdió
España un Héctor, un fuerte
Aquiles la guerra; en años
tiernos, un viejo prudente,
a quien temblaba la mar,
los bajaes y bajeles
del turco, sombra de Italia.
Pero estas cosas merecen
la pluma del cordobés
Góngora, ingenio eminente,
no la rudeza del mío.
En fin, yo vuelvo a que cese
la guerra en mí, porque Amor
manda que la espada cuelgue.
Haz tú que me case yo,
don Juan, pues mi pena sientes
por la tuya, que yo haré
que Blanca a don Félix deje;
sí, por la fe de soldado.

D. JUAN. Marcelo, si tú pretendes
a Teodora, será tuya
con que sólo desconciertes
este injusto casamiento.

MARCELO. Tú lo verás.

D. JUAN. Pues advierte
que no pase de esta tarde,
que en una tarde suceden
cosas que no dan lugar
a que en mil años se cuenten.

MARCELO. Blanca viene, vete.

D. JUAN. Voime.
¡Ay, Tomé! ¿Qué te parece?

TOMÉ. Que aún queda sol en las bardas
y de aquí a la noche es jueves.

(*Váyanse.*)

BLANCA. Cuando era justo alegrarte,
dicen que enojado vienes.

MARCELO. Pues ¿cómo quieres que venga?
Don Félix es mi pariente,
y principal caballero
de los mejores Meneses;
mas no le quisiera hallar
casado contigo.

BLANCA. Tienes
poca razón, porque es hombre
que mejor lugar merece.

MARCELO. Ea, Blanca, que yo sé
que algún día, si concede
licencia el honor, estabas
de otro gusto y de otra suerte.
Don Juan te adora, y me ha dicho
que para mujer te quiere,
y que me dará a Teodora
como tú a don Félix dejes.
¡Ay, Blanca! Si puede ser,
de mis desdichas te duele;
si no, haz cuenta que en Milán...

BLANCA. No digas más, pues entiendes
que aunque a Félix adorara
le dejara dos mil veces.
Solicita que don Juan
deje a Teodora, aunque piense
que yo no le quiero bien,
y no habrá bien que desees
que yo no te solicite.

MARCELO. Teodora viene.

BLANCA. Pues vete
hacia la Casa del Campo,
si no es que cansado vienes,
que yo haré que allí la hables.

MARCELO. Será ganarme o perderme.

TEODORA. Mira que las tres han dado,
Blanca, y que la tarde pasa.

BLANCA. Anda alterada la casa
con nuestro galán soldado,
y aun él lo viene de suerte
que pienso que tú has de ser
la guerra que ha de tener
y la causa de su muerte.

TEODORA. ¿De Marcelo?

BLANCA. De Marcelo,

tan amigo de don Juan,
que los dos se matarán
si no lo remedia el Cielo.

TEODORA. Pues ¿quién le dijo tan presto
que nos casábamos?

BLANCA. Yo.

TEODORA. ¿No sabías su amor?

BLANCA. No.

TEODORA. ¡En qué confusión me has puesto!

BLANCA. El, Teodora, me ha rogado
que te ruegue que le quieras,
y, para hablarte de veras,
don Juan palabra le ha dado
de no casarse contigo.

TEODORA. Eso no puedo creer,
que yo he de ser su mujer
y él se ha de casar conmigo,
que las cédulas ya son
una firmada escritura.

BLANCA. Eso en casamiento dura
hasta tomar posesión.
Si don Juan tiene respeto
a su amigo, aunque él te adora,
no será tuyo, Teodora,
porque es traición, en efeto.

(INÉS *entre.*)

INÉS. El coche os está esperando.

TEODORA. Espérate un poco, Inés.—
¿Traición dices?

BLANCA. ¿No lo es?

TEODORA. Ya me voy desengañando
que debe de ser traición;
mas no traición de don Juan.

BLANCA. Vanas sospechas te dan
y celos injustos son.
Yo soy de don Félix ya.

TEODORA. Yo me entiendo; ven.

(*Váyase* TEODORA.)

BLANCA. Ya voy.
De don Félix soy, no soy.

(DON JUAN *y* TOMÉ.)

TOMÉ. Sola doña Blanca está
con la más que limpia Inés.

D. JUAN. ¿Con qué achaque hablarla puedo?

TOMÉ. Yo llego a quitarte el miedo.—
Después de besar tus pies,
dice don Juan, mi señor,
que de darte el parabién
le des licencia, que allí,
con la cara que le ves
de lenguado en oración,
te quiere hablar.

BLANCA. ¿Para qué?

TOMÉ. ¿Para qué? ¡Válgame Dios!
¡Qué rigorazos!

BLANCA. Tomé,
ya está casado don Juan,
y yo me casé también.

TOMÉ. ¿Casado? Es hongo, no hay más.
Si jugando al ajedrez
sólo el mudar una pieza
piensa dos horas o tres
un jugador, quien se casa
¿cómo no lo piensa, eh?

BLANCA. Gran socarrón vienes hoy.

TOMÉ. Dijo un Alfaquí de Argel
que libros y casamientos
se han de pensar años diez,
y que, después de pensado
muchas veces y muy bien,
el libro se ha de borrar
y el casamiento no hacer.
Virgilio tardó tres años
solamente en componer
las *Bucólicas,* que son
églogas o siete o seis;
en las *Geórgicas,* ocho;
once en la *Eneida,* y se fué
a Grecia porque los sabios
le diesen su parecer.
Y siendo el casarse cosa
tan difícil, hay mujer
que sólo pregunta: "¿Es hombre?",
y luego cierra con él.
¿Pues libros? ¡Dios lo remedie
por su infinito poder!
¿Pues versos? ¡Lengua, detente.
bueno está, quédate en pues!
Dirás que el prólogo es necio,
pues todo artificio es.
El Rey, que Dios tiene, (1) Blanca,
gran padre de nuestro Rey,
turbaba con su presencia
a quien hablaba con él,
y porque no se turbase,
en viendo al hombre querer
llegar, la espalda volvía
porque la pudiese ver.
Cobrábase el hombre en tanto
que daba la vuelta él,
que, viéndole poco a poco,

(1) Se refiere a Felipe II, que falleció en 1598.

perdía el miedo, y después
le hablaba menos turbado.
Lo mismo he querido hacer.
Los dos estáis enojados,
turbados con el desdén,
con el amor encogidos,
y por eso es menester
que os miréis primero un rato
por que después os habléis.
¿Qué te parece? ¿No es esto
lo que os importa?

BLANCA. No sé.

TOMÉ. ¡Ea, leona!

D. JUAN. Bien dice
Tomé, señora.

TOMÉ. ¿No ves
la lástima de aquel hombre?
Señora, duélete de él,
que parece galgo enfermo
o especiero mercader
que por su tienda, en la plaza,
echó la villa el cordel.

BLANCA. Demonios, dejadme aquí.

TOMÉ. ¡Madona!

BLANCA. No le hablaré.
Si pensase...

TOMÉ. ¿Qué le digo?

[BLANCA.] ¿Por qué no negocia él
el niño envuelto?

D. JUAN. ¿Yo? Bueno;
en eso pienso.

TOMÉ. ¡Oh, qué bien!
¿Piensa que se lo han de dar
por sus ojos a comer
con una cuchar de alcorza?
Llegue luego a que le den
perdón de sus desatinos;
confiese que es moscatel,
y dígale dos dulzuras.

D. JUAN. ¿Dos? ¿Cómo?

TOMÉ. Azúcar y miel.
Puestos están frente a frente.
¡Cierra España!

BLANCA. (¡Ay, Dios, mi bien!
¿Quién ha de dejar de hablarte?)

D. JUAN. (¡Ay, Blanca!)

TOMÉ. "No le hablaré.
Si pensase..."

BLANCA. ¿Por qué dices
que es Teodora tu mujer?

D. JUAN. ¿Por qué tú lo eres de Félix?

BLANCA. No fué amor, venganza fué.

INÉS. Señora, tu padre llama,
y si aquí te acierta a ver...

BLANCA. Vete a la Casa del Campo,
mis ojos.

D. JUAN. Siguiendo iré
los tuyos.

TOMÉ. Si habían de hablarse,
¿para qué son necios, eh?

FIN DEL PRIMER ACTO

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

MARCELO.
LEÓN.
GERARDO.
BLANCA.
DON JUAN.
TOMÉ.
TEODORA.
INÉS.
DON FÉLIX.

ACTO SEGUNDO

(MARCELO y LEÓN.)

MARCELO.

Esta es, León, la Casa que se llama
del Campo en esta villa, justamente
digna del nombre que le da la fama.
Trujéronle de Italia aquella fuente,
cuya escultura a Praxiteles diera
envidia justa en esta edad presente.
Sale de este jardín la primavera
para llevar a Aranjuez las flores
con que esmalta del Tajo la ribera.
Aquí, como en la tabla los pintores
para labrar allá los cuadros bellos,
parece que previene los colores.

LEÓN.

Bien muestran los jardines que hay en ellos
verde deidad que anima aquestas plantas.
Tan hermoso cristal pasa por ellos.

MARCELO.

Hallo añadido, entre bellezas tantas,
este retrato, en bronce, de Filipo,
de cuya vista con razón te espantas.
Y hacen aquí los jaspes de Lisipo
figuras de Alejandro, conociendo
que en arte y en valor los anticipo.
¿No parece, León, que está diciendo:
"Yo soy nieto de Carlos soberano",
y que le están los bárbaros temiendo?
¿No parece que atado el africano
y el rey del Asia adoran tanto imperio
en el bastón de la derecha mano?
¿No parece que a justo cautiverio,

lo que falta del mundo reducido,
muestran sus armas y su fe el misterio?

LEÓN.

De acero he visto y de valor vestido
al español troyano, a Marte armado
por el diamante cortador temido;
pero ninguno a su valor sagrado
igual en la hermosura y la presencia,
digno de ser temido y adorado.

MARCELO.

Dícenme que el gran Duque de Florencia
fué el dueño de esta máquina sublime,
de las de Roma insigne competencia.

LEÓN.

¡Que tanto el arte un bronce helado anime!

MARCELO.

Parece que, oprimido el gran caballo
entre el bocado y las espumas, gime.

LEÓN.

No pienso que ha tenido el Rey vasallo
que le ame como tú.

MARCELO.

Si yo pudiera
tomar la pluma... Pero adoro y callo.
Pintaba el Mudo entre la envidia fiera
de aquella edad. Murióse el Mudo, y muerto...

LEÓN.

No digas más; llegó tu primavera.

MARCELO.

Y yo llegué de mi esperanza al puerto.

(*Entren* BLANCA, TEODORA *y* INÉS.)

TEODORA. No se puede encarecer
de este jardín la belleza.
BLANCA. En ellos Naturaleza
mostró el arte y el poder.
INÉS. Ya estaba Marcelo aquí.
BLANCA. Mucho, Teodora, mereces;
pero poco le agradeces
que no descanse por ti.
Aquesta tarde llegó,
y sin desnudarse viene,
como ves.
TEODORA. Marcelo tiene,
Blanca, el mismo amor que yo,
porque si él me quiere a mí,
yo quiero bien a don Juan.
BLANCA. Lejos tus intentos van
de lo que has de hacer por mí.
TEODORA. Por ti ¿qué puedo yo hacer?
BLANCA. Querer a Marcelo.
TEODORA. Mira
que pensaré que es mentira.
BLANCA. Yo soy de Félix mujer.
No hay que dudar de que pueda
dejar de ser; ya está hecho;
trato de rendir tu pecho.
Con que pacífico queda
todo el enojo, Teodora,
de don Juan y de Marcelo,
que es mi hermano, y del recelo
que, como ha venido agora
de la guerra, no se pierda
con don Juan. Háblale, pues,
porque esperanza le des.
No seas bárbara, sé cuerda.—
Llégate aquí, mentecato.
MARCELO. Con tanto recelo estoy
de tu ofensa, que no doy
paso que no sea retrato
del que llevan a morir.
TEODORA. Marcelo, si tú vinieras
a tiempo, en mí conocieras
que te deseo servir.
Yo estoy casada. ¿Qué quieres?
MARCELO. ¿Qué dices?
TEODORA. Lo que has oído.
MARCELO. ¿No sabes que te he servido?
TEODORA. No pensamos las mujeres
que hay fe en ausencia jamás.
MARCELO. Porque no sabéis tenella;
pero yo vuelvo con ella.
TEODORA. Marcelo, no puedo más.
No quieras con desengaños,
porque dicen que es de necios.
MARCELO. Necios quieren con desprecios
y discretos con engaños;
mas de que no gozarás
a don Juan estoy muy cierto,
porque antes de un hora muerto
Venus de Adonis, serás.
Transfórmale en flor aquí,
que estos cuadros regaré
con su sangre.

(*Vase.*)

BLANCA. ¡Al fin se fué!
TEODORA. Dios sabe que lo sentí.
Pero ¿qué tengo de hacer
si estoy con don Juan casada?
BLANCA. Cédulas no importan nada.

Deseo, Teodora, ver
la que te ha dado don Juan.

TEODORA. Vesla aquí.

BLANCA. Leerla quiero.

(Lea BLANCA.)

"Yo, don Juan Luis de Vibero,
a Teodora de Luján..."
Pensé ¡por Dios! que dijera
"Salud y gracia: sepades..."

TEODORA. Pues que no te persuades,
lee la cédula entera.

(Lea BLANCA.)

BLANCA. "Doy la palabra de ser
su esposo." Perdona, amiga,
que un hermano a mucho obliga.
Tú no has de ser su mujer.

(Métase la cédula en la boca y huya.)

TEODORA. ¿Qué haces, Blanca? ¿Qué has he-
¿La cédula comes? ¡Cielos! [cho?
Envidia es esto: pues, celos.
sacalde el papel del pecho.

(Vaya tras ella, y salgan DON JUAN *y* TOMÉ.)

D. JUAN. Nunca su verde librea
les dió setiembre mejor.

TOMÉ. Haz de manera, señor,
que aquí ninguno te vea.

D. JUAN. Es imposible, Tomé,
en entrando en los jardines,
aunque esta selva imagines
como la de Arcadia fué.
Sólo te pido que intentes
que pueda hablar a mi bien.

TOMÉ. ¿Cómo quieres tú que den
lugar sus cuadros y fuentes
no habiendo lugar distinto
donde la puedas hablar?

D. JUAN. Si fuera fácil entrar
en el griego laberinto,
no hubiera dado a Teseo
tanta fama el hilo de oro.

TOMÉ. Aquí no hay, hermano, toro,
ni tantos peligros veo,
sino imposibles no más;
pero disfrazarme quiero
fingiendo ser jardinero.

D. JUAN. Pues aquí, ¿cómo podrás?

TOMÉ. Pidiéndole algún vestido
a un hombre que viene aquí
que en la villa conocí.
Y habiendo con él fingido
que soy de los jardineros,
pues no lo han de echar de ver.
Tú te puedes esconder
en esos olmos primeros,
que tengo de poder poco
o a Blanca te he de llevar
donde la puedas hablar.

D. JUAN. Mira, Tomé, que eres loco,
no hagas alguna cosa
que pesadumbre nos cueste.

TOMÉ. Déjame a mí.

(Váyase.)

D. JUAN. Tiempo es éste
¡ay, fortuna rigurosa!,
para darme tu favor.
¡Amor, duélete de mí!
Si honré tus aras, si di
víctima a tu templo. Amor!
¡Ay, fuentes! Si habéis amado
como de Aretusa escriben
en Sicilia, si en vos viven,
flores de este verde prado,
por almas vegetativas
transformados amadores,
ayudad, fuentes y flores,
congojas de amor tan vivas,
que poco favor me dan.
Gerardo y Félix vinieron:
ya no hay huír; ya me vieron.

(GERARDO *y* DON FÉLIX.)

GERARDO. ¿Por acá, señor don Juan?
Güélgome de que tenemos
aquí vuestra compañía.

D. JUAN. Dijéronme que venía
el señor Conde de Lemos
de las fiestas de Castilla,
y quísele recibir;
mas no debe de venir,
y así el bosque y verde orilla
de Manzanares dejé
y entré a ver estos jardines.

GERARDO. Como de marzo en los fines,
pone su florido pie
abril por setiembre en ellos.

D. JUAN. La obligación que tenía,
aunque cansado venía,
me trujo esta tarde a vellos.

GERARDO. ¿Cómo las fiestas han sido?

D. JUAN. Como el dueño, que en grandeza,
ostentación y riqueza
mostrar, Gerardo, ha querido
su piedad y religión.

GERARDO. Fiestas tan bien empleadas
merecen ser celebradas
de algún insigne varón.
D. JUAN. No pocos toman las plumas.
D. FÉLIX. Una noche me alabaron,
que dicen que la imitaron
con inumerables sumas
de artificios de animales.
D. JUAN. La comedia que escribió
el Conde os alabo yo,
porque no le son iguales
las de Plauto y de Terencio,
en los que saben el arte.
Pero quiero en esta parte
pasar su estudio en silencio,
no digan que es afición
de aquel fénix peregrino.
GERARDO. Dicen que Platón divino
hizo tragedias.
D. JUAN. Platón
escribió en su mocedad
tragedias, que es grande honor
de quien las hace.
D. FÉLIX. El valor
que tuvo en la antigua edad
tiene agora en la presente.
GERARDO. Bárbara un tiempo yacía
en España la poesía;
ya está en lugar eminente.
D. FÉLIX. Poetas latinos tuvo
insignes, no castellanos.
D. JUAN. Sin versos italianos
muchos siglos se entretuvo
con sus coplas naturales.
GERARDO. El segundo rey don Juan
las escribió, que hoy nos dan
de su estimación señales.
D. FÉLIX. En loor del Petrarca vi
versos con mucha elegancia
de Francisco, rey de Francia.
D. JUAN. Querría imitar ansí
al César Otaviano,
que en alabanza escribió
de Virgilio.
GERARDO. El celebró
un ingenio soberano.
Mucho me han encarecido
al galán Saldaña.
D. JUAN. Hablar
en el Conde, es dar al mar
agua y luz al sol.
GERARDO. Yo he sido
de parecer que el callar
es la mayor alabanza,
pues donde ninguno alcanza,
¿qué sirve escribir ni hablar?
D. JUAN. Yo voy, con vuestra licencia,
a buscar un criado mío
que dejé orilla del río
para cierta diligencia,
y volveré a veros luego.
GERARDO. Mucha merced nos haréis.
DON JUAN. Arboles, si hoy me escondéis,
sin ser latino ni griego
os haré dos epigramas
en la lengua en que nací,
que aunque latín aprendí,
no están vuestras verdes ramas
en Roma, sino en Castilla.

(*Entren* BLANCA *y* TEODORA.)

TEODORA. ¿Con quién hubieras usado
término de tanto enfado?
BLANCA. El tuyo me maravilla.
Dióme por hermano el Cielo
a Marcelo.
TEODORA. No te dan
las envidias de don Juan
menos causas que Marcelo.
La cédula te comiste
por estorbar que me case,
como si en papel topase
lo que en voluntad consiste.
No me pesa lo que has hecho,
porque su firma perdí,
mas pésame porque ansí
quede su nombre en tu pecho.
BLANCA. Pues ¿qué me ha de hacer su nom-
TEODORA. ¡Ojalá fuera veneno! [bre?
GERARDO. Es de mil virtudes lleno,
muy galán, muy gentilhombre
y muy bienquisto don Juan.
D. FÉLIX. Hacelde nuestro padrino.
GERARDO. Que será justo imagino.
D. FÉLIX. En estos cuadros están
Blanca, mi esposa, y Teodora.
GERARDO. ¡Hija!
BLANCA. ¿Señor?
GERARDO. ¿Qué os parece
este jardín?
BLANCA. Que florece
con mayor cuidado agora,
la segunda primavera,
estos cuadros, donde el arte,
no es sinrazón, que igual parte
con naturaleza quiera.

D. FÉLIX. ¡Qué mucho que estén floridos
siendo de esos pies pisados!
GERARDO. Requiebros tan desposados
bien merecen ser oídos.
Quisiera estar en edad,
señora Teodora, aquí
que os entretuviera así.
Corre el tiempo, perdonad,
pues yo os juro que algún día
fuí tan galán.
TEODORA. ¿Por qué no?
GERARDO. Cosas os contara yo
de requiebros que tenía,
que os dejaran admirada.
Pues cuchilladas sobre ellos
es cosa...
TEODORA. Siempre por ellos
deja la vaina la espada
y el escritorio el dinero.
GERARDO. Era yo terrible mozo.
Aún de contarlo me gozo.
TEODORA. Cuchillo de buen acero
siempre con algo se queda.
GERARDO. Que mal se puede estimar
cuando no llega a cortar
por más que intentarlo pueda.
TEODORA. Gracias tenéis cortesanas.
GERARDO. ¿Gracias yo? Reíos de eso.
Las desgracias os confieso,
porque no hay gracias con canas.

(*Entre* TOMÉ *en hábito de jardinero.*)

Pintaba la antigüedad
muchachas a las tres Gracias.
TOMÉ. (Temiendo voy mil desgracias.
Atrevidos pies, llegad.)
¿No vienen a ver las fuentes
vuesas mercedes?
GERARDO. ¿Sois vos
quien las enseña?
TOMÉ. (Los dos
tenemos que hablar.)
BLANCA. (No intentes
algún desatino aquí.
Habla a Teodora primero.)
TOMÉ. (Hablar a Teodora quiero.)
¿Conoces a Tomé?
TEODORA. Sí.
TOMÉ. Mi señor te quiere hablar.
Haz por irte a esos jazmines
que anda por estos jardines
Marcelo.
TEODORA. Iré si hay lugar,
que tengo que le decir
de Blanca infinitas cosas.
TOMÉ. Serán pasiones celosas.
De ella te puedes reír.
Yo sé que don Juan te adora.
TEODORA. La cédula me tomó
y luego se la comió.
TOMÉ. ¿Comió?
TEODORA. Comió.
TOMÉ. ¿Agora?
TEODORA. Agora.
¿Hay mayor bellaquería?
A reñirla voy, espera.
¡Vive Dios! Si no estuviera...
BLANCA. ¿Ya te has hecho doble espía?
TOMÉ. Va por aqueste arcaduz
el agua. Dime, ¿el papel
te comiste?
BLANCA. Estaba en él
don Juan.
TOMÉ. ¡Oh, amante avestruz!
Cien duraznos se comió
Albino, y quinientos higos;
Domicio, entre sus amigos,
de cenar tanto murió.
Comióse Milón un toro;
un venado Astidamante;
Hércules un elefante,
y a su mujer Polidoro.
Y yo vi un hidalgo un día
que, de hambre o compasión,
se comió la guarnición
de un bohemio que tenía.
Allá fingen los poetas
que Erisistón se comió
a sí mismo, y pienso yo
que hay mil personas sujetas
a comerse con envidia;
que triste solicitud
tanto la ajena virtud
los desatina y fastidia
su misma sangre, y perdido
el ser que el Cielo les dió;
pero papel, no sé yo
cuál hombre lo haya comido.
Aunque no sé dónde oí
que cierta mujer preñada,
con que quedó disculpada
si pasó la historia así,
mordió a un fraile del pescuezo.
Pero esto dejando aparte,
mi señor intenta hablarte.

BLANCA. Disimula.
TOMÉ. Ya bostezo.
Entre esos olmos está.
BLANCA. No puedo ir.
TOMÉ. ¿Cómo no?
Ya tengo trazado yo
de la suerte que será.
La sala del agua es
un engaño, que del suelo,
a quien entra sin recelo,
le arroja desde los pies
tantas fuentes hacia arriba,
que todo en agua le baña.
Tú, en esta sala que engaña,
jugando el agua lasciva,
dirás que así te has mojado,
que te es fuerza descalzarte;
claro está que han de dejarte
algún lugar apartado.
Este los olmos será,
donde don Juan, escondido,
te hablará.
BLANCA. Ya lo he entendido.
TOMÉ. Pues en los de enfrente está.—
¡Donosa bellaquería!
¡Comerse el papel! Por ti
la he reñido.
TEODORA. Escucha.
TOMÉ. Di.
TEODORA. ¿Cómo posible sería
hablar a don Juan?
TOMÉ. En viendo
que Blanca se aparta, irás
donde oculto le hallarás,
que está esperando y muriendo.
TEODORA. ¿En qué parte?
TOMÉ. ¿No te digo
que en los jardines está?
TEODORA. Si se va, yo voy allá.
GERARDO. ¿Sois de aquesta casa, amigo?
TOMÉ. Soy, como ves, jardinero.
GERARDO. Enseñadnos estas fuentes.
TOMÉ. Las llaves de sus corrientes
tengo, y mostrárselas quiero.
Entren en aquesta sala,
verán una fuente en medio.
GERARDO. ¿Vamos, Félix?
D. FÉLIX. Mi remedio
con mi dulce amor se iguala.
TOMÉ. Yo quedo a abrir. Ojo alerta
y a los olmos. Bien se ha hecho.

(TOMÉ *se queda, y entre* MARCELO.)

MARCELO. (¿Para qué dais sin provecho
pasos, esperanza muerta?)
¿Habéis visto, jardinero,
unas damas por aquí?
TOMÉ. ¿Marcelo?
MARCELO. ¡Tomé! ¿Tú ansí?
TOMÉ. Es tu amigo verdadero
don Juan, y me ha disfrazado
para que engañe a Teodora,
que ella piensa hablarle agora
como queda concertado.
Ponte en aquellos jazmines,
y cuando te llegue a hablar
la podrás desengañar
de cuán diferentes fines
tiene don Juan en casarse,
y que de Blanca ha de ser.
Que no se canse en querer
aventurarse en matarse.
La cédula le comió
Blanca; ya no hay qué cumplir.
Tú se lo sabrás decir,
Marcelo, mejor que yo.
Voy, que me aguarda don Juan
donde está el dios de las aguas.
MARCELO. Notables enredos fraguas.
¡Oh, tú, amoroso arrayán,
árbol de Venus sagrado,
dame favor; bellas flores,
si no envidiáis las colores
de aquel mi sujeto amado,
ayudadme, pues nació
amor entre los jardines
de Chipre; blancos jazmines,
mi casta fe mereció,
dirigida a casamiento,
vuestro favor.

(*Entre* TEODORA.)

TEODORA. ¡Mi don Juan!
MARCELO. ¿Así tus engaños dan,
Teodora, voces al viento?
¿A quién llamas, a quién nombras
tuyo, pues no lo ha de ser?
TEODORA. Al campo suelen hacer
los árboles dulces sombras;
pero no sombras de aquellas
que asombran y dan temor.
MARCELO. Un mal recibido amor
sombra puede ser con ellas.
Con razón tu desconcierto
ya como sombra me trata,
que mi amor, Teodora ingrata,

ya es sombra de un hombre muerto.
Terrible estás contra mí
sabiendo que está casado
don Juan.

TEODORA. Si Blanca le ha dado
hoy a don Félix el sí,
¿con quién se casa don Juan?

MARCELO. ¿Qué importa el sí? ¿Tú no sabes
que los sentidos las llaves
de su voluntad le dan
siempre al Amor, y que puede
el sí, que un engaño abrió,
cerrar con un fuerte no
para que imposible quede?
Vuelve a mirar, que un engaño
suele atreverse al honor,
y que es terrible rigor
amor contra el desengaño.
Si el agravio a la mudanza
obliga, tu honor se duerme;
no me quieras por quererme,
sino por tomar venganza.

TEODORA. Yo la tomaré de mí
si es que don Juan me engañó.

MARCELO. Cree que te quiero yo
cuanto él se olvida de ti.

TEODORA. Marcelo, un hombre que sabe
que una mujer quiere bien
y pasa por el desdén
sin que el amor se le acabe,
no es bueno para marido,
que si la mujer es cuerda,
verá que, si se le acuerda,
o no creerá que es querido,
o andará siempre celoso,
o querrá tomar venganza.
Yo he de seguir mi esperanza
o vivas o no quejoso,
y no te pesen mis daños
ni desengaños me digas,
pues tú quieres y te obligas
con mayores desengaños.

(*Váyase.*)

MARCELO.

Seguiré las estampas, áspid fiero,
de tu nieve veloz, para que quedes
laurel aquí, pues al de Apolo excedes,
de cuyos brazos coronarme espero.
Pésame que este sitio lisonjero
te muestre porque vueles cuanto puedes
con arena sutil, verdes paredes
y sendas limpias a tu pie ligero.
Mas no serás laurel para no darme
aquel honor que la virtud procura
si quiero de tus brazos coronarme.
Ni puedo yo tener tanta ventura,
pues antes, por huír y por dejarme,
te querrás convertir en fuente pura.

(*Váyase, y salgan* GERARDO, BLANCA, DON FÉLIX *y* INÉS.)

GERARDO. Pesada burla, aunque ha sido
del agua.

BLANCA. Perdida estoy.

D. FÉLIX. Ninguna culpa le doy
si pára en sólo el vestido.

BLANCA. Cierto que entré con recelo.
El descalzarme es forzoso.

D. FÉLIX. Del agua estoy envidioso.

BLANCA. Para estos olmos apelo,
que he de trocar con Inés
hasta el faldellín.

GERARDO. Pues vamos
donde nos entretengamos
mientras se enjuga los pies.

D. FÉLIX. No hay cosa de que un amante
no haga misterios.

(*Váyanse* GERARDO *y* FÉLIX.)

INÉS. Ya estás
sola.

BLANCA. ¿Podré hablar?

INÉS. Podrás,
que están mil olmos delante.

(*Salgan* DON JUAN *y* TOMÉ.)

TOMÉ. Aquí está.

D. JUAN. ¡Señora mía!

BLANCA. ¡Mi bien!

TOMÉ. ¡Inés de mis ojos!

INÉS. ¡Tomé!

D. JUAN. ¡Oh! Si fueran montañas,
hermosa Blanca, estos olmos,
tan ásperas de subir
que los más ligeros corzos
no hallaran sendas, ni el sol
entrada a sus valles.

BLANCA. ¿Cómo
haremos, mi bien, que tenga
este casamiento estorbo?
Mal hayan, amén, los celos.

D. JUAN. Nunca fueron provechosos.
Esta noche se han de hacer
tus escrituras.

BLANCA. Yo pongo

mi esperanza en tu remedio.

D. JUAN. Blanca, volveréme loco
si el casarte llega a efeto;
y veo el plazo tan corto,
que no puedo hallar industria,
estilo, traza ni modo
cómo dilatarse pueda.

TOMÉ. ¿Y qué hemos de hacer nosotros,
señora Inés, si se casa
Blanca? Porque aqueste tonto
dice que se ha de morir,
y es caso muy trabajoso
quedar[se] viudo de amo
a boca de invierno.

INÉS. En todo
pondrá Amor, Tomé, remedio.

TOMÉ. Si fuera en el tiempo hermoso
que colorean las guindas
y andan alegres los tordos,
pudiera estar desamado,
pero ¿en tiempo de agua y lodo?

INÉS. No tienes razón, que el sol,
de las nieblas vitorioso,
días de pícaros hace.
No hay pared sin siete u ocho,
quitándose la familia
superflua del lienzo roto.

TOMÉ. Pienso que te has visto en ello,
según lo cuentas.

BLANCA. Mi esposo,
don Juan.

D. JUAN. Yo me escondo aquí.

TOMÉ. Venite, Inés, que me escondo.

(DON FÉLIX.)

D. FÉLIX. Perdonad mi atrevimiento,
aunque os parezca enojoso,
que Amor está disculpado
como de yerros de antojos.

BLANCA. De los yerros del Amor
hay disculpa entre hombres doctos,
no de antojos, porque son
para caballos briosos.
Suplícoos que me dejéis.

D. FÉLIX. Mi señora, ¿tanto enojo?
¿No sabéis vos que el Amor
es de su bien codicioso?

BLANCA. Nuestro juego no ha llegado
a estado tan amoroso
que queráis ver la figura
por los pies. No seáis tan tosco
ni grosero. Id en buen hora.

D. FÉLIX. Yo me voy tan vergonzoso
cuanto corrido de daros
causa a un nombre tan odioso.

(*Váyase.*)

BLANCA. Bien puedes salir, mi bien.

(TOMÉ y DON JUAN.)

TOMÉ. Dejo la espada. Entre otro.

D. JUAN. Entraré a tomar la espada
perdido, necio, celoso,
picado, abrasado, muerto.

TOMÉ. Cocido, asado en el horno,
jigote, empanado.

D. JUAN. ¡Ay, Blanca!
perdona si el hilo rompo
a nuestro gusto.

BLANCA. ¿Qué tienes?
¿Ves el enojo que tomo,
las palabras que le digo
y estás, sin causa, quejoso?
¿Llaméle yo? ¿Qué querías
que hiciese?

D. JUAN. ¡Ay, hermoso monstro
de hermosura y de mudanza!
¿Parécete a ti que es poco
que una banda verde mía
que te di, de que me corro,
Félix, por tusón de Amor,
al campo traiga en los hombros?

BLANCA. ¿Agora miras en eso?

D. JUAN. Desde este punto propongo
no darte prenda en mi vida.
Por mejor partido escojo
no verte, para no ver
desengaños tan notorios.
¡Mi banda a Félix!

BLANCA. ¡Qué bien
dasle tú cédulas, loco,
a Teodora de marido
que yo, celosa, me como
por matarme con veneno!
¿Y reparas en que adorno
de tu banda verde el cuello
que fué como capa al toro,
de un marido que aborrezco
y que por ti descompongo
mi valor con su inocencia?
La culpa tengo de todo
por no estar casada ya.

D. JUAN. De tu libertad me asombro.
Yo tengo, Blanca, la culpa.
El hablarme ha sido estorbo
del casamiento que hacía.

Esto pretendiste sólo.
Ya que a Teodora me quitas
y con término engañoso
la das a Marcelo, has hecho,
perdona que así le nombro,
este enredo.

BLANCA. ¿Enredos yo,
cuando por ti me dispongo
a perder padre y hermanos?
No más. Hoy se acaba todo.
No me verás en tu vida.

(*Váyase* BLANCA.)

D. JUAN. ¡Mi bien, mi bien! ¡Que te adoro!
¿Yo a Teodora? Escucha, mira,
espera, advierte, mis ojos.

(*Váyase* DON JUAN.)

TOMÉ. ¿Dónde aquestos locos van?

INÉS. No sé; pero si quisiera
Venus, tempestad hubiera.

TOMÉ. Bien le estuviera a don Juan;
pero tú no te has mojado
con tantas fuentes, Inés.

INÉS. Deja a poetas los pies.

TOMÉ. Pienso que se ha transformado
algún Júpiter en agua
como antiguamente en fuego,
que de amor de Egina ciego
tales pensamientos fragua.

INÉS. ¿En fuego se transformó?

TOMÉ. Si, Inés, que en invierno era
la ninfa. ¡Quién tal creyera!
Entre los pies le metió
el ladrón sutil, Inés.
No despreció la ocasión,
y esta es, Inés, la razón
de las rejuelas que ves.
Porque piensan las mujeres
que en fuego se ha de tornar
Júpiter, para intentar
matrimoniales placeres.
Pero él las piernas les hiere
y en ellas, con mil desdenes,
les pone unas oes y enes
en que dice que no quiere.

INÉS. Elemento más piadoso
es el agua.

TOMÉ. Yo imagino
que, pues ella vence al vino,
es mucho más riguroso.

INÉS. Vence el agua, si se junta
al vino; por hembra.

TOMÉ. ¡Bien!
Y que es problema también,
que es lo mismo que pregunta.

INÉS. No puedo dejar de ir
a saber de mi señora.
¿Si serán las cinco agora?

TOMÉ. Un reloj puedes fingir
en las horas del Amor,
pues hay letras y saeta.

(*Váyase* INÉS. *Entre* DON JUAN.)

D. JUAN. Mal puede durar secreta
la voluntad de un traidor.
¡Ay, Tomé, que no era en vano
mi sospecha!

TOMÉ. ¿Qué tenemos?
Este amor todo es extremos.
O es invierno o es verano.
¿Hate vuelto la cuartana?

D. JUAN. Sí; pero dióme sin frío.
¡Oh! ¡Cómo fué desvarío
poner mi esperanza vana
en Blanca, que solamente
pretendió dar a Teodora
a su hermano, pues agora,
si no lo dice, lo siente.
Mi banda verde le ha dado
a don Félix.

TOMÉ. ¡Vive el Cielo!
que por casar a Marcelo
sospecho que te ha engañado.
Pero ¿cómo puede ser,
que la he visto yo llorar
por ti?

D. JUAN. Yerras en pensar
que lágrimas de mujer
nacen más que por antojos,
y es más llano que la palma
que sin que lo sepa el alma
suelen llorar por los ojos.

TOMÉ. ¡Qué azoticos diera yo
a una mujer que llorara
sin causa!

D. JUAN. Tomé, repara
en que el Cielo las crió
con una blandura tal,
que como criaturas son.

TOMÉ. Caigo en que tienes razón,
que es defeto natural.
A un hombre llamaba "taita"
una mujer hechicera,
y en riñendo, guarda afuera,
sonaba más que una flauta.

Hable divina una altiva
moza, a quien la edad abona;
pero la que es sesentona
¿por qué ha de decir "cheriba"?
Contó por burla un dotor
que una vieja visitaba,
que de edad enferma estaba,
que es la enfermedad mayor,
a unas mozas que allí había,
que el rey había mandado
que nadie tomase estado,
porque al rey no convenía,
con mujer que no tuviese
cincuenta años o sesenta.
Las mozas de a veinte y treinta
dijeron: "Gran yerro es ése,
y el mundo se ha de acabar
y padecer el honor."
La vieja, a quien el dolor
apenas dejaba hablar,
incorporóse en la blanda
cama, y, quitado el dolor,
les dijo: "Señor dotor,
hágase lo que el rey manda."

D. JUAN. Deja, Tomé, necedades
y cuentos fríos de viejas,
y dime qué me aconsejas
entre tantas novedades.
¿Si se harán las escrituras
esta noche?

TOMÉ. Sí se harán.
Mas de mi voto, don Juan,
si dar a Blanca procuras
en qué entender, y por dicha
que te remedien los Cielos,
dale celos.

D. JUAN. Por los celos
estoy en esta desdicha.

TOMÉ. Prosigue, que tiene Amor
más tretas que un ajedrez.

D. JUAN. Con el tiempo, alguna vez
descubra el daño interior.
Mas término de una tarde,
y que ya las cinco son,
o cerca, ¿por qué razón
quieres que remedio aguarde?

TOMÉ. Teodora viene, señor.
Toma mi consejo agora.

[(TEODORA *entre.*)]

D. JUAN. Mirad, hermosa Teodora,
lo que debéis a mi amor.
¿No os dijo que os esperaba
en los jardines, Tomé?

TEODORA. Sí me dijo, y yo os busqué,
porque hablaros deseaba;
pero hallé a Marcelo allí,
que me dijo que casado
estáis con Blanca.

D. JUAN. Ha pensado
que habéis de quererle ansí.
Yo soy vuestro y lo he de ser;
sólo por no ser ingrato
a Marcelo con recato,
señora, os quiero querer
hasta llegar la ocasión
en que todo vuestro sea.

TEODORA. No sé, don Juan, cómo os crea.

D. JUAN. Tomando satisfación
de mi deseo y de mí.
Delante de Blanca, luego,
sólo por Marcelo os ruego
que le entretengáis ansí.

TEODORA. Haré lo que me mandáis.

TOMÉ. (¡Qué fácil es de creer
la más prudente mujer!)

(MARCELO *entre.*)

MARCELO. ¿Cómo, don Juan, aquí estáis?

D. JUAN. ¿Dónde mejor que tratando
de vuestro amor con Teodora?
Decilde, señora, agora,
que os estoy importunando.
Que en esto sólo consiste
el no matarnos los dos.

TEODORA. Rogándome está por vos;
mas yo me siento tan triste,
que le he pedido a Gerardo
que nos vamos.

MARCELO. Mi ventura
vive ya tan mal segura,
que ningún remedio aguardo.
No os vais tan presto por mí,
que yo me iré, si os enfado.
Salid a ese verde prado
si no estáis con gusto aquí,
que estas fuentes...

TEODORA. No porfíes.

MARCELO. Y estos cuadros son bastantes,
ellas con tiernos diamantes
y ellos con falsos rubíes,
a entretener algún rato
la tristeza a que te inclina.
Mira esta imagen divina,
del gran Filipo retrato;
mira este caballo airoso

como, levantando el pie,
debajo el mundo se ve,
aunque sujeto, dichoso.
No hay clavo de los que muestra
la herradura, que en razón
de imperio no sea nación
más sujeta que la nuestra.
Esta basa en que está puesto,
de jaspe y mármol labrada,
es el mundo, que a su espada
se rinde, aunque al suyo opuesto.
Haz cuenta que traen aquí
los indios el estimado
hijo del sol, que ha llevado
a tantas almas tras sí.
Mira del polo oriental
los diamantes, los olores,
y de los mares mayores
perlas, ámbar y coral.

TEODORA. ¿De qué sirve entretenerme?

MARCELO. Pues yo voy a prevenir
en que luego os podáis ir
a matarme y a perderme.

(*Váyase* MARCELO.)

D. JUAN. Notable merced me has hecho
en hacer que este soldado
quede, Teodora, engañado,
quiero decir satisfecho,
que con esto trataremos
nuestras cosas sin enojos.

TEODORA. Si yo viese con mis ojos
tu amor en tales extremos
como yo hiciera por ti,
ninguna mujer viviera
con más contento.

D. JUAN. Si fuera
falso aqueste amor en mí,
¿habíame de atrever
a hablarte donde me viese
Blanca?

TEODORA. ¡Ay, Dios, si verdad fuese!

(BLANCA *y* INÉS.)

BLANCA. No lo acabo de creer.

INÉS. Pues veslos juntos aquí.

BLANCA. Ya me han visto, y por matarme
se hablan y favorecen.

INÉS. Bien presto puedes vengarte.

BLANCA. Llámame a Félix.

INÉS. Yo voy,
que, puesto sobre la margen
de aquella fuente, sospecho
que ayudaba a sus cristales.

D. JUAN. Blanca nos ha visto ya.

TEODORA. Agora quiero que hables.

D. JUAN. Toma aquesta banda mía,
y ojalá fueran diamantes.

TEODORA. Y tú este verde listón.

BLANCA. (¡Cielos, o tenedme o dadme
paciencia en tanto rigor!
¡Qué cosas los hombres hacen!
¡Quién dijera que don Juan,
con libertad semejante,
tratara mi obligación!
¡Mal rayo a todos los mate!
¡Oh, cómo tarda don Félix!)

D. JUAN. Y de nuevo vuelvo a darte,
Teodora, palabra y fe.

TEODORA. Deja, mi bien, que te abrace.

BLANCA. (¿Esto más? ¡Si yo llegase...!
Pero no, que será darle
venganza, y será mejor
que yo me vengue o me mate.)

(DON FÉLIX *y* INÉS.)

INÉS. Aquí mi señora espera.

BLANCA. ¡Félix mío!

D. FÉLIX. Si el que sale
de las tinieblas apenas
puede ver los orientales
rayos del sol, yo que salgo
de tus desdenes mortales
a la luz con que me miras,
¿qué diré ni haré que baste
a resistir tanta gloria?

BLANCA. Si entonces pude enojarme
por aquel atrevimiento
junto a los olmos y sauces,
bien sabéis, esposo mío,
que fué la ocasión bastante.
Dadme perdón, y en señal,
un abrazo.

D. FÉLIX. ¿Qué señales
dará el alma de este bien?
Sois mi esposa, sois un ángel,
sois ninfa de aquestas fuentes,
y mis ojos son los jaspes
adonde ponéis los pies.
Diré dos mil disparates
si no me vais a la mano.
Pero vuestras manos dadme;
imprimiré con mis labios
en ellas sellos tan grandes,
que las obligue a que sean
para mi bien liberales.

D. JUAN. ¿Tomé?

TOMÉ. ¿Señor?
D. JUAN. ¿Qué te dice?
TOMÉ. Que ha sido querer vengarse
y que para a la trocada.
D. JUAN. ¿Quieres que llegue y que acabe
con la espada esta desdicha?
TOMÉ. No veo por dónde baje
algún ángel de comedia,
que te diga: "¡Tate, tate!"
D. JUAN. Pues si me abraso, ¿qué haré?
TOMÉ. Espántome que te abrases
en lugar de tantas fuentes.

(MARCELO.)

MARCELO. Blanca, ya aguarda mi padre
para volver a la villa.
BLANCA. Ven, mi luz, porque no aguarde.
(Dé las manos.)
INÉS. El coche espera, Teodora.
TEODORA. Don Juan, adiós.
MARCELO. Perdonadme,
don Juan, si no me mandáis
que a la villa os acompañe,
que por ver a mi Teodora
obligaciones tan grandes
me manda dejar Amor.
D. JUAN. (¡Que mi paciencia llegase
a sufrir esto, Tomé!)
TOMÉ. (Calla.)
D. JUAN. (¿Qué quieres que calle?
¡Vive Dios, que en estos cuadros
a no ser flores reales,
me espera Orlando Furioso!)
TOMÉ. No hayas miedo que se case.
D. JUAN. No, porque ya está casada.
¡Qué de cosas me combaten!
¡Qué de engaños me persiguen!
¡Qué extrañas dificultades
por instantes se me ofrecen;
pues apenas hay instante
que no tenga otro suceso!
TOMÉ. Ser las mujeres mudables
debe de ser la ocasión.
D. JUAN. Sigue el coche, aunque me maten
TOMÉ. ¡Por Dios, que es cosa terrible
que esto pasé en una tarde!

Fin del segundo acto de LO QUE PASA EN UNA TARDE.

PERSONAS DEL TERCERO ACTO

TOMÉ.	LEÓN.
DON JUAN.	JULIO.
GERARDO.	INÉS.
BLANCA.	TEODORA.
DON FÉLIX.	[NOTARIO.]
MARCELO.	[MÉDICO.]

ACTO TERCERO

(DON JUAN, *vestido de luto, y* TOMÉ.)

D. JUAN. Yo hallé divina invención.
TOMÉ. Pues ¿hay invención divina?
D. JUAN. Cosas que Amor imagina
sobrenaturales son.
Vestirme de luto ha sido
engañar lo imaginado,
porque el sentido engañado
tenga menos de sentido.
Cuando Blanca fuera muerta
¿no era forzoso olvidalla?
TOMÉ. Sí, señor.
D. JUAN. Imaginalla
hará la mentira cierta.
Y así la podré olvidar.
TOMÉ. En fin, ¿te das a entender
que es muerta?
D. JUAN. ¿Qué puedo hacer?
TOMÉ. Y ¿te podrás engañar?
D. JUAN. ¿Eso dudas?
TOMÉ. El remedio
es extremado.
D. JUAN. Ya en ti
consiste que tenga en mí
fuerza tan divino medio.
No me has de decir jamás
que no es muerta.
TOMÉ. ¿Qué hora es?
D. JUAN. Las cinco, y más.
TOMÉ. No me des,
señor, de término más
que lo que falta a la tarde,
si lo pudieres sufrir.
D. JUAN. No estés cobarde en mentir.
TOMÉ. ¿Quién está en eso cobarde?
Fuerza de imaginación
es Amor, y nadie crea
hallar, aunque sabio sea,
más alta difinición.
Porque imagina quien ama
las gracias de lo que quiere,
muere de amor.
D. JUAN. Amor muere
si muere quien ama.

TOMÉ. Es fama
que de la imaginación
son hijos también los celos.

D. JUAN. No se la dieran los Cielos
al hombre sin ocasión.

TOMÉ. ¡Dichoso un tonto, don Juan,
que imagina que es discreto;
porque si ha de hacer efeto,
el mismo gusto le dan
estas imaginaciones
que al sabio; y una mujer
que es fea y se da a entender
que exceden sus perfecciones
a la de más perfección,
aunque la riña el espejo!
Y ¡dichoso el que es conejo
y se imagina león!
¡Dichoso el pobre que piensa
que es rico, y el buen humor,
que, ofendido en el honor,
no imagina que es ofensa!

D. JUAN. Por esa razón, Tomé,
ese tiempo, largo o breve,
cuando imagina el que debe
que ha de pagar, breve fué
el término que le dieron.
Y cuando el que ha de cobrar,
que no acaba de llegar
la escritura que le hicieron...
Pero, dime: ¿qué hará agora
Blanca?

TOMÉ. Luego ¿viva está?

D. JUAN. Descuidéme.

TOMÉ. No podrá
hacer Blanca, mi señora,
cosa ninguna si es muerta.

D. JUAN. Tienes razón. ¿Hay tal cosa?
¡Que una mujer tan hermosa
esté de tierra cubierta!
¡Qué es el mundo!

TOMÉ. Así es verdad.
¡Murió! ¿Qué habemos de hacer?

D. JUAN. ¡Qué lástima ha sido ver
su hermosura y tierna edad
cortadas como la flor!

TOMÉ. ¡Ay!

D. JUAN. ¿Lloras?

TOMÉ. ¿No he de llorar
su mocedad?

D. JUAN. No, que es dar
materia a mi loco amor,
y más la quiero yo muerta
que con don Félix casada.

TOMÉ. ¿Qué fué ver su malograda
edad salir por la puerta
con tanto clérigo y fraile
y hermanos de Antón Martín?

D. JUAN. Yo traigo este luto, en fin,
por ella.

TOMÉ. Bien haces; traile,
y mira si acaso tienes
para misas veinte reales.

D. JUAN. ¡Animo, penas mortales,
contra sus locos desdenes!
Era Blanca una mujer
cruel, mudable, fingida,
porque amaba aborrecida
y daba en aborrecer
si le mostraban amor.

TOMÉ. ¡Qué notables desconciertos!
Que murmurar de los muertos
es gran bajeza, señor.

D. JUAN. Bien dices; pero es querer
que sus mudanzas abone
matarme.

TOMÉ. Dios la perdone,
que era una buena mujer.

D. JUAN. ¿Con quién hablará de mí?

TOMÉ. Si ella al campo Elisio va,
con las almas estará
diciéndoles mal de ti,
o por ventura contando
que es don Félix su marido.

D. JUAN. Eso no.

TOMÉ. Con falso olvido
estás tu amor engañando.
Murmurar los vengativos
dije que eran desconciertos.
No están seguros los muertos.
¿De qué se espantan los vivos?

D. JUAN. Antes es cosa segura
del muerto.

TOMÉ. Engañado estás.

D. JUAN. Nadie a vengarse jamás
salió de la sepultura;
pero un vivo, como hay tantos
que andan de aquí para allí
con chismes...

(GERARDO y MARCELO.)

GERARDO. Déjame a mí,
Marcelo, y no hagas espantos
de que la case a mi gusto.

MARCELO. Si no es el suyo.

GERARDO. Sí es.

MARCELO. Yo sé que mostró después

de dar el sí algún disgusto.

GERARDO. Ya por el notario han ido.

MARCELO. Si este casamiento fuera
con don Juan, Blanca estuviera
bien empleada.

GERARDO. No ha sido
gusto de don Juan jamás.

MARCELO. ¿Qué sabes tú si lo es?

GERARDO. El está aquí; no me des
más pena.

MARCELO. ¿Resuelto estás?

GERARDO. Señor don Juan, ¿qué es aquesto?
¿Vos luto? ¿Por quién?

D. JUAN. Tenía,
señor Gerardo, una tía...

TOMÉ. (Buen remedio para presto.)

D. JUAN. Y al salir de los jardines,
donde esta tarde os hablé,
supe su muerte.

GERARDO. Ese fué
el fin de todos los fines.

D. JUAN. Queríala tiernamente.
Murióse...

GERARDO. ¿Habéis heredado?

D. JUAN. Pleitos.

GERARDO. ¡Pésame!

D. JUAN. Yo he dado
en no lo sentir.

TOMÉ. Sí siente,
que era muy buena la tía.

GERARDO. ¿Qué, de vos no se acordó?

D. JUAN. A otro heredero dejó
hasta el alma que tenía.

GERARDO. ¿Y a vos?

D. JUAN. Sola la memoria,
que hasta lo que yo le di
dió al otro.

GERARDO. Sucede ansí.
Mas Dios la tenga en su gloria
y os dé a vos muy larga vida.
Tengo que hacer, perdonad.

(*Váyase* GERARDO.)

MARCELO. ¿Podré llamar tu amistad
fingida?

D. JUAN. ¿Y en qué es fingida?

MARCELO. Blanca me ha dicho que agora,
testigos fuentes y flores,
dijiste a Teodora amores.

D. JUAN. Si hablé, Marcelo, a Teodora,
fué por dar a Blanca celos,
porque sólo a Blanca adoro,
y de guardarte decoro
hago testigos los Cielos,
que lo que en aquel jardín
pretendí fué ver si acaso
pudiera el dolor que paso
tener o remedio o fin.
Siempre te dije que en ti
mi solo bien consistía.
Haz tú que Blanca sea mía.

MARCELO. Partió mi padre de aquí
por el notario; mas creo
que todo aqueste desdén
de Blanca parase en bien
si supiese tu deseo.
Yo la palabra te doy
de hacer lo más que pudiere.

D. JUAN. Podrás, si Blanca me quiere,
que yo el enojado soy,
hablarla de parte mía,
que yo te pondré a Teodora
en las manos.

MARCELO. Vete agora,
y de mí, don Juan, te fía,
que si ella te tiene amor
no se harán las escrituras.

D. JUAN. Pues ten las tuyas seguras.

MARCELO. Pues adiós.

D. JUAN. ¿Tomé?

TOMÉ. ¿Señor?

D. JUAN. Escondámonos aquí,
que quiero ver qué responde
mi Blanca.

TOMÉ. ¿Escondernos? ¿Dónde?

D. JUAN. Aquí detrás; ven tras mí.

(BLANCA *sale y* DON JUAN *se esconde.*)

BLANCA.

Desdicha ha sido, Inés. ¡Ay, nunca fuera
a la Casa del Campo! Estoy perdida.

INÉS.

Si la verde color le desespera,
¿qué esperanza de amor no fué fingida?

BLANCA.

Excusar el ponérsela pudiera.

INÉS.

Dióle el campo ocasión, pues escondida
la trujo hasta llegar a aquellas flores;
celebran los amantes los favores.

MARCELO.

¿Blanca?

BLANCA.

¿Marcelo?

MARCELO.

Estoy desesperado
de aqueste casamiento de tal suerte,
que no descanso habiendo caminado.

BLANCA.

Marcelo, amor es la prisión más fuerte.

MARCELO.

La culpa tienes de este loco estado
a que me trujo Amor, por ofrecerte
a Félix por mujer.

BLANCA.

La culpa ¡ay, Cielos!
no me la des a mí, sino a los celos.
Y pues todos estamos declarados
que las desdichas tal licencia tienen,
imagina que todos mis cuidados
son de don Juan, y de sus celos vienen.

MARCELO.

Y si son de don Juan tan bien pagados,
¿por qué las escrituras que previenen
se han de hacer con don Félix, Blanca mía?

BLANCA.

Porque es un necio Amor cuando porfía.

MARCELO.

¿Quieres que diga yo que tú le quieres
a don Juan?

BLANCA.

El enojo fué venganza
de su ausencia, que a todas las mujeres,
naturalmente, este defeto alcanza.
Dióme una banda verde; hermano eres;
dila a don Félix, no por esperanza,
sino por prenda ya de amor perdido,
que está más engañado que ofendido.

MARCELO.

¡Cuántas cosas padecen los amantes
sin ocasión, por temas, por porfías
necias, por niñerías semejantes,
que es niño Amor y enseña niñerías
por quién a quién ha de rendirse antes;
muriéndose estarán noches y días!
Bien dicen del Amor y sus desvelos,
que fuera de los brazos todo es celos.
Yo voy a hablarle, y, hechas estas paces,
estorbar la escritura intentaremos.

BLANCA.

Mi Marcelo, si tanto bien me haces,
Teodora es tuya.

DON JUAN.

(¡Ay, Dios, Tomé! ¿Saldremos?)

TOMÉ.

(Si de su firme amor te satisfaces,
¿para qué será bueno que aguardemos?
Pero no, que escucha Blanca.)

DON JUAN.

(Advierte
que vive amor y triunfa de la muerte.)
Hermosa Blanca, en tanto que Marcelo
te habló por mí, te oyeron mis oídos,
y, satisfecho de tu firme celo,
obligaste de nuevo mis sentidos.
Mi bien, perdona si mi mal recelo,
que siempre son los celos atrevidos,
no de mi banda ya, que Amor me manda
que estén mis esperanzas de tu banda.
Azul, siendo ella verde, la volvieron.
Así el color con el temor se pierde;
pero si al alma azul se la pusieron,
ya es bien que de que fué verde se acuerde.
Así flores y plantas se vistieron,
y de ellas esmaltado el campo verde,
se ríe de la nieve y se retira,
que en las cabezas de los montes mira.
Yo seré tuyo si tu fe tan cierta,
como es razón, pagar mi amor pretende,
que no importa el notario si a la puerta
está tu amor y que entre le defiende.
No puede la del alma ser abierta
si el tiempo con su ejército la ofende,
que si la voluntad tiene la llave,
nadie las vueltas de la guarda sabe.

BLANCA.

Mi solo bien, yo siempre te he querido
para honesta cadena de mi cuello;
al sello de tu amor de cera he sido,
aunque de bronce en conservar el sello;
después de haberte sin razón partido,
mis esperanzas suspendió un cabello;
cortóle mi temor, y a la esperanza
sucedió por engaño la venganza.
Mas ya, como amanece el alba y dora
del manto de la noche el negro velo,
salió tu sol y fué tu fe la aurora
que me trujo las nuevas de tu cielo.
Huya mi luz la noche de Teodora
al resplandor de tu divino celo,
que cuando quieren dos, ninguno es uno,
y si es uno el amor, todos ninguno.
Yo voy a ver qué estado, qué sujeto
tiene lo que los dos tienen tratado,

que ser tuya, mis ojos, te prometo,
si viniese el poder de envidia armado.

DON JUAN.

Entra, señora, y mira con secreto
qué sujeto, qué término, qué estado
tiene tu casamiento.

BLANCA.

¡Dios te guarde!

DON JUAN.

¡Qué de cosas he visto en una tarde!

TOMÉ.

Señora Inés, si con ingenio burdo,
porque, en fin, soy poeta de obra gruesa,
por ella le dijese que me aturdo,
¿daría fin a mi amorosa empresa?
Que con tener entendimiento zurdo
bien alcanzo las tretas que profesa.
Más Julios me persiguen que a los prados.

INÉS.

¿Yo a Julio?

TOMÉ.

A Julio tú.

INÉS.

¡Lindos cuidados!

Yo, que tampoco soy muy bachillera
ni sé más de querer a lo cristiano,
te digo que soy tuya y que quisiera
tener el mundo en esta humilde mano.

TOMÉ.

¿No basta que sea tuya Talavera
cuando la friegas?

INÉS.

Pues, adiós, hermano.

TOMÉ.

Yo, Inés, nunca por bandas me amohino,
si ya no fuese banda de tocino.

(*Vanse.*)

TEODORA. Con Blanca dijo Marcelo
que hablabas.

D. JUAN. Dijo verdad,
que él hizo nuestra amistad
con limpio y honesto celo.
Pero, ¿cómo estás aquí?

TEODORA. Convidáronme a cenar.
Que Blanca se ha de casar
y no se ha de hacer sin mí;
bien pudiéramos tú y yo
hacer hoy las escrituras.

D. JUAN. Un imposible procuras.

TEODORA. Luego ¿no?

D. JUAN. Pienso que no.
Que no quiero casamientos
tan cuidadosos y extraños,
que en bien para tantos años
no ha de haber desabrimientos.
Está Marcelo de modo
con lo que trae adquirido
de Milán, que me ha querido
matar, y acabarlo todo.
La cédula me pidió
que me hiciste y se la di.

TEODORA. ¡Ay, don Juan, que no es por mí,
sino por Blanca!

D. JUAN. Eso no.

TEODORA. Los dos os queréis casar,
y andáis con esto engañando
a don Félix.

D. JUAN. ¿Cómo o cuándo?

TEODORA. Pues ¿qué manera de hablar
es decir que por temor
deja un hombre lo que es justo?

D. JUAN. ¡El Cielo sabe mi gusto,
Teodora hermosa, y mi amor!

TEODORA. ¿Y cómo? Pero será
para Blanca.

D. JUAN. Adiós te queda.

TEODORA. Escucha.

D. JUAN. ¿Quieres que pueda
Marcelo, si cerca está,
decir que tan presto quiebro
la palabra que le he dado?

TEODORA. ¿Tu palabra?

D. JUAN. Y lo he jurado.
No piense que te requiebro,
si aquí me ve. ¡Dios te guarde!
Tomé, vámonos de aquí.

TOMÉ. ¿Falta más?

D. JUAN. ¡Pasar por mí
cuanto puede en una tarde!

[(*Vanse.*)]

TEODORA. ¿Qué puede esperar mi amor
entre tantos desengaños,
sino desdichas y daños
que aumenten más mi dolor?
¡Oh, cuánto fuera mejor
que no fuera venturosa
en ser de don Juan esposa!
¡Desdicha fué aquella dicha,
porque la mayor desdicha
es haber sido dichosa!

El me dió aquella esperanza,
cuando de Castilla vino,
sólo para abrir camino
a tanta desconfianza.
Fingir amor fué venganza;
tomarla será buen medio
de amor y temor en medio
con olvidar y callar;
mas si es remedio olvidar,
es muy costoso remedio!

(Don Félix y Julio.)

D. Félix. No vino, Julio, el que tiene
hoy mi remedio en su mano.
Teodora. Este es don Félix, que en vano
las escrituras previene.
Julio. Si el Notario adivinara
tu pena amorosa y fiera,
plumas de su pluma hiciera
y a tu remedio volara.
Pero no puede tardar.
D. Félix. Teodora, mucho me alegro
de que os convide mi suegro
aquesta noche a cenar,
para que seáis testigo
de mi fortuna.
Teodora. No sé
si lo que decís veré.
D. Félix. Luego ¿no os quedáis?
Teodora. No digo
que no me pienso quedar,
sino que no lo veré.
D Félix. ¿Por qué razón?
Teodora. Porque sé
que os han querido engañar.
D. Félix. ¿A mí? ¿Qué es esto?
Teodora. Si están
Blanca y don Juan concertados
de casarse, y engañados
Gerardo y Marcelo os dan
esa palabra que veis,
¿cómo seréis su marido?
D. Félix. ¿Oyes esto?
Teodora. Y sé que han sido
celos.
D. Félix. Si vos pretendéis,
por celos de un caballero
tan noble, obligarme a mí
a algún desatino aquí,
más cuerdo soy. Serlo espero,
y heme corrido de ver
que con tanta libertad
habléis de la calidad
de mujer que es mi mujer.
Id con Dios, que ya el Notario
viene a hacer las escrituras.
Teodora. No pueden mis desventuras
correr tiempo más contrario
que éste de no ser creídas.
¡Desesperada me voy!

(*Váyase* Teodora.)

D. Félix. Algo receloso estoy.
Julio. ¿De quien es Blanca te olvidas?
D. Félix. Julio, no han hecho los Cielos
tan blanca, blanca mujer,
donde no pueda caer
alguna mancha de celos.
La más pequeña se ensancha
en el paño del honor,
que, como es morado Amor,
aun con el agua se mancha.
Don Juan es güésped aquí
y entró primero que yo;
si él en este blanco dió,
estará la mancha en mí.
Blanca con el nombre engaña;
pero ella engañada está,
que no corren blancas ya
después que está rica España.

(*Entren* Blanca *y* Inés.)

Blanca. ¿Blancas no corren? ¿Qué es esto.
señor don Félix? ¿Acaso
os parece el dote escaso?
¿Habláis, por ventura, en esto?
D. Félix. No soy hombre tan grosero
ni tan poco enamorado,
que no hubiera reparado
en vos más que en el dinero.
Y pues algo habéis oído,
sabed que estoy cuidadoso
de don Juan, porque celoso
ya fuera ser atrevido.
Esto me ha dicho Teodora.
Blanca. Celos de amor enemigos
nunca valen por testigos.
Teodora a don Juan adora;
la verdad al tiempo dejo.
D. Félix. El la descubre mejor.
Blanca. Mandó el Consejo de Amor,
si es que Amor tiene Consejo,
que en ninguna información
los celos puedan jurar,
porque suelen levantar
mil dudas a la opinión.

D. Félix. Mandó muy bien. Yo con esto
de vos satisfecho estoy
y a hablar a Gerardo voy.

Julio. ¡Qué desengaño tan presto!

D. Félix. Julio, yo le doy las gracias.
No es bueno novio y recelos,
porque quien entra por celos
suele salir por desgracias.

(*Váyanse los dos.* Don Juan *y* Tomé *sin luto.*)

D. Juan. Esperando, Blanca, estuve;
mal dije, desesperando
diré mejor, que se fuese
este tu esposo engañado.
(¡Engañado, en nada acierto,
si ha de ser mío el engaño!)
Haciendo las escrituras
queda en tu sala el Notario,
y yo quedo ya sin vida,
reducido al postrer paso,
como quien sube a morir
y llega, aunque va despació.
¿Qué piensas hacer?

Blanca. Decir
que estamos los dos casados.

D. Juan. Eso es perdernos y dar
injusto enojo a Gerardo.
Si hallase industria el Amor
para dilatar un rato,
un hora, un instante, un punto
indivisible, mi daño,
eso tengo por mejor.

Blanca. Pues ¿cómo entre males tantos
hallará remedio el bien,
si pasa el tiempo volando?
Tú mira lo que te importa,
sin reparar en mi hermano,
en mi padre, en mi honra y vida,
que aquí estoy.

D. Juan. Estoy pensando
si será bueno impedirte.
Y síguese el mismo agravio;
pues si llevarte es rigor,
que aunque quedemos casados,
será dando causa al vulgo
que murmure nuestros casos.

Tomé. Mas hay un remedio advierte
en los sucesos pasados,
y verás que donde estuvo
más libre el vulgo y más falso,
habló solos cuatro días
y se olvidó en otros cuatro.
Son en Madrid los sucesos,
dígalo un necio o un sabio,
como las olas del mar,
que las que atrás se formaron
a las que delante fueron
van deshaciendo y borrando.
¡Qué discreción es vivir
en pueblos grandes, pues hallo
que los sucesos de hoy
a los de ayer olvidaron!
"No se me da nada—dijo
un hombre en un caso extraño—,
que mañana habrá otra cosa
con que se olvide mi agravio."
Mas, si quieres que te diga
lo que tengo imaginado,
cuando efectivo no sea,
podrá ser que ayude en algo.
Tú has de decir que entre hierbas
que hay en la Casa del Campo
se te antojó comer una,
tan venenosa, que estando
hablando aquí con nosotros
perdiste el seso o que te ha dado
algún mal que, no tan sólo
dilate el presente daño,
mas dé lugar a buscar
remedio con más espacio.

[Don Juan.]

Blanca, no puede ser mejor remedio.

Inés.

¡No hallara industria Ulises más extraña!

Don Juan.

¿Qué piensas? ¿Qué imaginas?

Blanca.

Puesta en medio
de tanto mal, cualquiera bien me engaña.
Si con eso dilato, si remedio
esta desdicha, Amor, te desengaña
que no habrá cosa que por ti no intente.

Don Juan.

¡Tu padre!

Tomé.

¡Grande mal!

Don Juan.

¡Fuerte accidente!

Tomé.

Inés, acude tú; cuenta el suceso.

(Gerardo, Don Félix, el Notario, Julio, Marcelo.)

Gerardo.

¡Hartos testigos hay, gracias al Cielo!

Don Félix.

Y don Juan está aquí.

Gerardo.

¡Don Juan amigo!

Don Juan.

Tuve una carta que volvió mi tía
de un paraxismo que le dió un enojo
y está libre del mal y convalece.

Notario.

Que firme la señora doña Blanca (1)
mande vuesa merced, luego que lea
estos conciertos.

Inés.

No sé cómo sea
posible, que le ha dado a mi señora
un improviso mal.

Gerardo.

¿Mal? ¿De qué suerte?

Inés.

Mil voces di, que imaginé su muerte.
Vino el señor don Juan, y la han tenido
entre él y su criado, que sospecho
que si aquí por los dos no hubiera sido
se hubiera muerto o roto el rostro y pecho

Don Félix.

¡Blanca! ¿De qué ocasión?

Inés.

De haber comido,
¡qué poca discreción y qué mal hecho!,
en la Casa del Campo unas mortales
hierbas que imaginó medicinales.
Pensó que era la angélica o el apio; (2)
hartóse de él, y está de aquesta suerte.

Gerardo.

¡No vienen las desdichas sino en días
que imagináis mayores alegrías!

Don Félix.

¿A quién le sucediera tal desdicha?

Marcelo.

Si fué hierba mortal, no habrá remedio.

Gerardo.

¿Cómo que no, Marcelo? ¡Buen consuelo!
¡Mejor lo hará con mi desdicha el Cielo!

¡Hija! ¿Qué es esto que tienes?

Blanca. ¡Ay, señor; hierbas mortales
que me libran de mil males
y me prometen mil bienes!
¡Estoy muerta! ¡Estoy sin mí!

D. Félix. ¿Qué es esto, esposa?

Blanca. Un mal fiero,
por vos, por vos, majadero
"de los más lindos que vi". (1)

D. Félix. ¡También ha perdido el seso!

Marcelo. (En parte me consolara,
Blanca, si en tu mal cesara
la fuerza deste suceso.)
¿Qué es esto, querida hermana?
¿Cómo estás?

Blanca. (Marcelo, estoy
engañando el día de hoy
y esperando el de mañana.)
Unas hierbas que comí
me han puesto desta manera.

D. Félix. ¿A cuál hombre sucediera
tal desdicha, sino a mí?

D. Juan. (¡Bien finge!)

Tomé. (Para fingir
¿no le basta ser mujer?)

Notario. Esto es fuerza suspender.

Gerardo. Mañana podréis venir,
que espero en Dios no será
más daño que este accidente.

Notario. ¡El Cielo os consuele!

(*Váyase el* Notario.)

Marcelo. ¡Tente!

Gerardo. ¿Qué es esto?

Marcelo. ¡Furiosa está!

Gerardo. ¡Hija! ¿Qué sientes?

Blanca. No sé;
el corazón se me abrasa.
Váyase Félix de casa.

D. Félix. Si vos queréis, yo me iré.

Blanca. Sí quiero; no estéis aquí,

---

(1) Desde aquí vuelve el metro a ser octava real, como al principio, y lo que sigue de estos endecasílabos. Quizás el mismo Lope suprimió algún pasaje, que luego no se cuidó de versificar de nuevo.

(2) También esta octava que sigue está defectuosa.

(1) Imitación del segundo verso de las coplas de *La Bella malmaridada*.

que con veros me matáis,
porque como vos os vais
volveré, sin duda, en mí.

GERARDO. Hijo, parte por un vaso
de triaca, y tú a llamar,
Julio, un médico.

D. FÉLIX. ¡Si dar
remedio a tan triste caso
hoy con mi vida pudiera,
poco el perderla dudara!

(*Váyase* DON FÉLIX.)

INÉS. (En que se vaya repara
todo cuanto mal la altera.)

BLANCA. Ya no lo puedo sufrir.
Mucho del alma me cuesta
el querer disimular
la causa de tanta pena.
Hierbas de Amor me mataron,
flechas tiene Amor con hierbas;
pero las mismas agora
me sirven y me remedian.
Como eran verdes entonces,
puse mi esperanza en ellas,
porque hay mil cosas fingidas
que parecen verdaderas.
"No me aprovecharon,
madre, las hierbas;
no me aprovecharon,
y derramélas."

TOMÉ. (Con seguidillas le ha dado
este mal.)

MARCELO. (¿Quieres que sea
hoy tu médico don Juan?)

BLANCA. (Del médico estoy enferma.
Déjame, Marcelo, aquí.)

MARCELO. (¡Por Dios, que me dan sospechas
que es tu mal fingido, Blanca!)

BLANCA. ¡Oh, qué linda desvergüenza!
¿Quién le mete al preste Juan
en el llanto de Belerma?
¿Sois vos, por dicha, letrado?
¿Sabéis casos de conciencia?
Mirad la vuestra y callad,
que no es muy limpia la vuestra.
Yo me entiendo, y no querría
que otro ninguno me entienda;
que soy ingenio difícil
y escribo de ataracea.
Hay en la Casa del Campo
unas verdes hierbas que echan
flores azules de celos.
¡Necia yo, que comí dellas!
"No me aprovecharon,
madre, las hierbas;
no me aprovecharon,
y derramélas."

TOMÉ. Tiene muy grande razón,
que hay hierbas de mil maneras:
alquimilla, hierbamora,
amaro, hierba doncella;
ésta no es hierba común,
pero hay de ésta contrahecha,
porque hay viejas hortelanas
que están en hacerla diestras;
pie de león, que bien saben
las damas de qué aprovecha;
almoradux, hierba sana,
helecho para hechiceras,
hierba de San Pedro; hay
perejil y hierbabuena,
hierbas de San Juan, cogidas
en el punto que alborea;
acederas, verdolagas,
mastranzo, hierba puntera,
zumaque...

INÉS. ¿Es hierba zumaque?

TOMÉ. No sé; mas ve todas éstas:
"no me aprovecharon,
y derramélas."

(DON FÉLIX *y* JULIO *con un vaso.*)

D. FÉLIX. El médico viene luego,
y aquí está la contrahierba.

GERARDO. Hija, bebe.

BLANCA. ¿Qué es beber?

GERARDO. Triaca magna.

BLANCA. (Más cerca
tengo mi remedio yo.)
¿Matarme queréis? ¡Afuera!

GERARDO. ¿Cómo matarte?

BLANCA. (Si trae
para desdicha tan cierta
el veneno la triaca
a mi mal aumenta fuerzas.)
¡Afuera, digo!

MARCELO. ¿Qué es esto?
llegad todos a tenerla.

GERARDO. Señor don Juan, llegad vos,
que tenéis mejores fuerzas.

D. JUAN. ¡Ea, mi señora Blanca,
teneos!

(*Ásgala por detrás la cintura, y ella diga, volviéndose:*)

BLANCA. (¿Quién hay que tenga
fuerzas sino tú, bien mío,

para detener la rueda
de mi fortuna dudosa?)

D. JUAN. (¡Ay, mis ojos! ¿Quién creyera
que te tuviera en mis brazos?)

GERARDO. Dalde el vaso.

D. FÉLIX. El vaso venga.
Tomad un trago no más.
¡Ea, buen don Juan, tenelda!

D. JUAN. No hayáis miedo que se vaya,
que yo la tengo bien presa.

D. FÉLIX. Señora, tomad un trago.

BLANCA. Ya le tomé, de manera
que pensé no le pasar;
mas ya es poco lo que queda.

D. FÉLIX. Aquí está vuestra salud.

BLANCA. Sí; pero haced que la vea,
que, aunque la siento, los ojos
de que no la ven se quejan.

MARCELO. ¡Hermana, bebe!

GERARDO. ¡Hija mía,
bebe!

INÉS. (Señora, ¿qué esperas?)

BLANCA. (Inés, que vaya adelante
la salud que atrás se queda.)

D. JUAN. (Yo pasaré, Blanca mía,
muy presto donde me veas.)

TOMÉ. ¡Bebe, mi señora, bebe!

BLANCA. Hazme tú la salva.

TOMÉ. Muestra.

BLANCA. ¿Es bueno?

TOMÉ. No es muy allá;
mejor entiendo que fuera
de La Membrilla o de Esquivias.

BLANCA. Ya bebo.

D. FÉLIX. ¡Ya bebe!

BLANCA. ¡Afuera!

(Tome un trago y rocíe a DON FÉLIX.*)*

D. FÉLIX. ¿Esto has hecho?

TOMÉ. Y ¿no es favor
de aquella boca de perlas?
¡Todo vas lleno de aljófar!

D. FÉLIX. Ser del alba me consuela.

TOMÉ. Sí; porque en Madrid de noche
hay perlas, pero son gruesas.

D. JUAN. (¿Cómo estás, señora mía?)

BLANCA. (Mi amor te da la respuesta:
como quien está en tus brazos.
¿Y tú, señor?)

D. JUAN. (Blanca bella,
como quien tiene su bien
y otro ninguno desea.)

BLANCA. (¡Que aquí nos dejen hablar!
¿Hay ventura como ésta?)

D. JUAN. (Blanca, haz cuenta que eres reo
y yo el potro en que atormentan
los jüeces y escribanos,
los que te dicen que bebas.
Confiesa, pues, Blanca mía.)

BLANCA. (Haré lo que tú me ruegas,
aunque eres el instrumento
que con celos me atormentas.)

D. JUAN. (¿Qué confiesas de tu amor?)

BLANCA. (Digo a la primera vuelta
que soy tuya.)

D. JUAN. (¿A la segunda?)

BLANCA. (¿Más quieres? Mucho me aprietas.
Que a don Félix aborrezco.)

D. JUAN. (¿Qué dices a la tercera?)

BLANCA. (Que aunque me den dos mil muer- [tes
no me han de quitar que sea
tu mujer.)

D. FÉLIX. ¡Qué bien la tiene!
¡Es mozo de grandes fuerzas!

MARCELO. Y tan bien, que en todo el mundo
no habrá quien mejor la tenga.

D. JUAN. El médico vino ya.

GERARDO. Pues allá dentro la vea.

BLANCA. (Contigo yo iré.)

D. JUAN. (Algún día.)

TOMÉ. (¿Qué le dice de las hierbas?)

BLANCA. (Que me aprovecharon
y que eran buenas.)

(Llévenla, y queden FÉLIX, MARCELO *y* GERARDO.*)*

GERARDO.

¡Qué buen hombre es don Juan y qué alen- [tado!

DON FÉLIX.

¡Mozo de grandes fuerzas me parece!

MARCELO.

¿Tener una mujer es fuerza?

GERARDO.

Ha dado
más fuerza el Cielo a quien su fuerza ofrece.
Si tener un caballo desbocado
nombre de fuerza y de ánimo merece.
Si enfrenar un león, ¿qué animal fiero
es más fuerte enojado y más ligero?

MARCELO.

Esa es fuerza, señor, de la prudencia.
La fuerza corporal al cuerpo alcanza,
como la que se vió por excelencia
en el gran don Jerónimo de Ayanza.

GERARDO.

Allá en mi mocedad, con eminencia
la tuve yo. Del tiempo la mudanza
todo lo trueca.

DON FÉLIX.

Alcides nuevo llama
al fuerte don Jerónimo la fama.

GERARDO.

Hacía lechuguillas de un trincheo,
y con un dedo de las manos duras
le pasaba. Con brazo giganteo
rompía cuatro fuertes herraduras.

MARCELO.

Yo sé a su muerte un epigrama, y creo
que es excelente.

GERARDÓ.

Dile, si procuras
entretener mi justo sentimiento,
mientras curan a Blanca.

MARCELO.

Estáme atento.
"Tú sola, peregrina, no te humillas,
¡oh, Muerte!, a don Jerónimo de Ayanza.
Tu flecha opones a su espada y lanza
y a sus dedos de bronce tus costillas.
Flandes te diga, en campo, en muro, en villas,
cuál español tan alta fama alcanza.
Luchar con él es vana confianza;
que hará de tu guadaña lechuguillas.
Espera; arrancará por desengaños
las fuertes rejas de tu cárcel fría.
Mas ¡ay! cayó. Venciste. Son engaños.
Pues, Muerte, no fué mucha valentía,
si has tardado en vencerle sesenta años,
quitándole las fuerzas cada día."

GERARDO. Voces parece que dan.
Vamos, don Félix, a ver
si es locura.

D. FÉLIX. Hoy ha de ser
mi muerte.

(*Váyanse* DON FÉLIX y GERARDO.)

MARCELO. Pienso que van
engañados de don Juan.
Si es engaño, es el mayor
que pudo inventar Amor,
temeroso de su daño,
pues dicen que del engaño
fué su primero inventor.
Pero aquí viene Tomé.—
¿Qué hay, hermano?

TOMÉ. Que me envía
en este dudoso día,
que un año pienso que fué,
a que la razón te dé
del engaño fabricado,
don Juan, que de lo inventado
no quiere que estés quejoso.

MARCELO. El cuidado ha sido honroso.

TOMÉ. ¿Y el embeleco?

MARCELO. ¡Extremado!

TOMÉ. Pues yo he sido el inventor
y el que el *Me fecit* pondré
de aquesta pintura al pie,
como tú me des favor.

MARCELO. Yo tengo a don Juan amor,
y como deje a Teodora
Blanca es suya desde agora.

TOMÉ. En eso poco merece,
porque a Teodora aborrece
tanto como a Blanca adora;
y suplícote que des
también para mi afición
favor.

MARCELO. Pues ¿hay ocasión?

TOMÉ. Tantico de amor de Inés,
con que vendrán a ser tres
las bodas, que es lindo alarde:
tú con Teodora, aunque aguarde;
don Juan, Blanca, Inés y yo.

MARCELO. Espera.

TOMÉ. No digas no.

MARCELO. Aún falta más de la tarde.

(GERARDO y DON FÉLIX.)

GERARDO. Basta, Marcelo, que ha dado
en loca tu hermana.

MARCELO. ¡Llegan
aquellas hierbas a hacer
en mujeres grandes pruebas!

D. FÉLIX. ¡Más parece que las hace
mi desdicha en mi paciencia!

GERARDO. Ha dado en decir agora
que ha de matarse.

D. FÉLIX. Y lo hiciera
a no tenerla don Juan.

GERARDO. Pues ha dado en una tema
notable para matarse.

MARCELO. ¿Cómo?

GERARDO. Que si no la dejan
que se case con don Juan,
de los balcones y rejas

ha de arrojarse en la calle.
MARCELO. Pues tú, ¿por qué no remedias
ese desatino?
GERARDO. ¿Yo?
MARCELO. Sí, señor.
GERARDO. ¿De qué manera?
MARCELO. Haciendo que como en burlas
don Juan se case con ella;
que en dándole gusto a un loco
luego al punto se sosiega,
y mientras no se le dan
se mata y se desespera.
D. FÉLIX. Tiene Marcelo razón,
y más si los locos piensan
que lo que se hace de burlas
ha de resultar en veras.
MARCELO. Yo he visto locas que dan
en decir que ellas son reinas,
y que a quien las contradice,
con manos y boca intentan
quitar la vida.
GERARDO. Es verdad.
D. FÉLIX. ¿Qué te parece?
GERARDO. Que sea,
y casémosla entre todos,
para ver si se sosiega.
MARCELO. Tomé viene aquí.

(*Entre* TOMÉ.)

TOMÉ. Ya es ido
el médico; ya le aprestan
su litera.
MARCELO. ¿Es uso agora?
TOMÉ. *Líteras* llaman las letras
los latinos y así van
los que las tienen en ellas;
en los coches van las damas
por quien los hombres enferman,
y así dijo, sea quien fuere,
por médicos y por ellas,
la enfermedad anda en coche
y la salud en litera.
GERARDO. ¿Dejó mandada otra cosa
de la primera receta?
TOMÉ. Sí, dejó.
MARCELO. Pues ¿qué decía?
TOMÉ. Recipis aquis apriesa
de don Juanis de Viberus
con que quedabitur buena.
D. FÉLIX. Yo bien entiendo latín.
GERARDO. Pues ¿quién hay que no lo entien- [da?
TOMÉ. Así lo dicen algunos;
¡Dios sabe lo que les queda!

GERARDO. Venga Blanca luego, Félix.
D. FÉLIX. Ya viene.
MARCELO. Y vienen con ella
don Juan y Teodora. ¡Ay, Cielo,
que aún dice el alma que tema!

(BLANCA, DON JUAN, INÉS, JULIO, TEODORA, LEÓN.)

BLANCA. Dejadme un poco.
TEODORA. Sí haremos,
si te sosiegas.
GERARDO. Tenedla.
D. JUAN. No penséis que me descuido.
¡Dios sabe lo que me cuesta!
BLANCA. Basta que no queréis darme
a don Juan.
D. FÉLIX. ¡Extraña tema!
GERARDO. Hija, ya está concertado;
tu esposo ha de ser, sosiega.
BLANCA. ¿Cómo puedo sosegarme
hasta que de eso esté cierta?
MARCELO. Don Juan, hacednos placer,
que para que Blanca entienda
que la casamos con vos
finjáis que os casáis con ella.
D. JUAN. No me mandéis que eso haga,
¡por Dios!, que son cosas esas
que podían ser de burlas
y venir a ser de veras.
D. FÉLIX. Don Juan, todo esto es fingido.
Casaos por que ella lo crea,
que está en esto su salud.
GERARDO. ¡Ea, don Juan, que si fuera
la mayor dificultad,
diera yo en serviros muestra
del amor que me debéis!
D. JUAN. Pues con un concierto sea:
que para que vea Blanca
que son bodas verdaderas,
también se case Teodora
con Marcelo.
MARCELO. Manifiestas
tu grande ingenio, don Juan;
porque como Blanca vea
que nos casamos los dos,
ha de pensar que es de veras.
GERARDO. Dale, Teodora, la mano.
TEODORA. Aunque con dos mil sospechas,
Marcelo, yo soy tu esposa.
MARCELO. Yo tuyo, Teodora bella.
GERARDO. Hija, Teodora y Marcelo
se han casado; sólo resta
que te cases con don Juan.
BLANCA. Digo que mil veces sea.

D. JUAN. Tomé, Julio, León, Marcelo,
sed testigos que me entregan
Gerardo y Félix a Blanca.
TOMÉ. Los cuatro lo somos.
D. JUAN. Prenda
del alma a quien le costáis
tantos cuidados y penas,
volved en vos, que mi mano
con el alma toda es vuestra.
BLANCA. Marcelo, Tomé, León, Julio,
sed testigos que es de veras
y que estoy en mi juïcio.
LEÓN. Todos lo somos.
BLANCA. Las hierbas
que tomé se me han curado
con esta santa receta.
D. FÉLIX. ¿Habláis de veras los dos?
D. JUAN. Todo es, don Félix, de veras.
MARCELO. ¿Y Marcelo es marido
de Teodora?
D. FÉLIX. ¿Quien profesa
nobleza inventa traiciones?
Gerardo, criados, ¡mueran!
GERARDO. Quedo, Félix, que he entendido
que a don Juan Blanca desea.
BLANCA. No te canses, que soy suya.
D. FÉLIX. Esa palabra me templa.
TEODORA. Marcelo, aunque ha sido engaño
del engaño estoy contenta.
TOMÉ. No os entristezcáis, don Felix;
escoged en lo que queda.
¿Queréis a León o a Julio?,
que yo a Inés de Talavera
le gano la palmatoria
como la de matar candelas. (1)
D. FÉLIX. Todos sois deudos y amigos.
¿Qué he de hacer?
TOMÉ. Prestar paciencia
GERARDO. Luces enciendan.
JULIO. Pues antes
demos fin a la comedia,
porque pase en una tarde
y antes que luces se enciendan.

d e, M. V. c s m p, o.

En Madrid, a 22 de noviembre de 1617.—LOPE DE VEGA CARPIO.

Esta comedia, intitulada LO QUE PASA EN UNA TARDE, se podrá representar, reservando a la vista lo que fuera de la lectura se ofreciera, y lo mismo en los cantares y entremés, en Madrid, a 10 de diciembre de 1617. — THOMAS GRACIÁN DANTISCO.— Vta. H. SALAZAR.

(1) Sobra una sílaba.

COMEDIA FAMOSA

DE LA MAYOR CORONA

DE

LOPE DE VEGA

PERSONAS

Leovigildo, *rey*.
Hermenegildo, } *sus hijos*.
Recaredo, }
Teosindo.
Ormindo.
Rodulfo.
Cardillo, *lacayo*.
Américo.
Ingunda, } *damas*.
Bada, }
Lísipa, }
Ofrido.
Orosio, *obispo hereje*.
Un Angel.
Un Niño.
Músicos.

ACTO PRIMERO

de la Mayor corona.

(*Salen* Ormindo *y* Teosindo *y* Rodulfo, *galanes*.)

Teosindo.

¿En qué vendrá a parar esta locura?

Ormindo.

En elegir mujer que le castigue.

Teosindo.

¡Bárbara sumisión!

Rodulfo.

No halla hermosura
en tantas que le agrade y que le obligue.

Ormindo.

Pues ¿qué procura el padre?

Rodulfo.

El Rey procura
en el discreto intento que apercibe
que venga a ser, Ormindo, alguna de ellas
recíproca elección de las estrellas.

Teosindo.

Princesas de naciones diferentes
admira el Betis en su sacra orilla;
algunas tan perfectas y ecelentes,
que por alta deidad las ve Sevilla.

Ormindo.

¡Bravo rigor!

Rodulfo.

Del Príncipe ¿qué sientes?

Teosindo.

Que su tibieza al mundo maravilla;
que si a (1) tantas bellezas se resiste
en defecto del ánimo consiste.

Ormindo.

Doce son con las dos que entran agora
las que a España han venido.

Rodulfo.

¡Cosa extraña!
¡Como a mujer un hombre se enamora!

Teosindo.

Es el glorioso sucesor de España,
el sol que nace en su rosada aurora (2)
cuando el padre en el mar se asombra y baña.

Rodulfo.

Si a las mujeres tiene tanto miedo,
deje el reino en su hermano Recaredo.

Ormindo.

Dicen, si habla verdad la Astrologia,
que ha de causarle una mujer la muerte,
quitándole la sacra monarquía;
y no es mucho que tema de esa suerte.

Teosindo.

¡No hay estrellas sin Dios!

Rodulfo.

Son armonía
por quien el hombre su grandeza advierte:
que canta el Cielo, en cláusulas de estrellas,
la eterna potestad que puso en ellas.

(1) En el original "en".
(2) En el texto "orilla".

TEOSINDO.

Ya debe de llegar Lísipa hermosa,
pues el Príncipe sale al regio trono.

RODULFO.

Si esta deidad elige por esposa
las pasadas locuras le perdono.

TEOSINDO.

La música en los aires sonorosa
se pierde al sol en lisonjero trono.

RODULFO.

¡Bizarro está el Príncipe!

ORMINDO.

¡Es gallardo!

RODULFO.

El fin de las demás de éstas aguardo.

(*Vanse. Tocan. Salen* LEOVIGILDO, *rey, de barba, bizarro;* HERMENEGILDO, *príncipe, su hijo, y siéntanse en un sitial.*) (1)

LEOVIGILDO.

Los claros y invencibles ostrogodos,
la griega y la romana monarquía
traducieron a España, dando todos
renombre eterno a la grandeza mía.
Desde el peñasco que en soberbios codos
el sol entre sus llamas desafía,
hasta el monte del egicio Alcides
mi majestad con sacro imperio mides.
Todos feudos me dan, todos me llaman
el magno sucesor de Atanarico;
todos me reverencian, quieren y aman
después que de Arrio la verdad publico.
Los suevios y romanos ya me aclaman
el monarca mayor y rey más rico
de cuantos gozan luz del sol agora,
ya en su decrepitud y ya en su aurora.
En veinte mil estados dilatada
es España en dos Estados dividida:
la citerior y la ulterior llamada,
del vándalo y fenicio poseída.
Esta, de plata y de zafir calzada
y de plantas frutíferas ceñida,
siempre verde lisonja del verano,
su Príncipe te nombra soberano.
Esta te llama dueño, ésta te pide
sucesor generoso que propague
la goda majestad que en ti reside,
que no turbe la edad ni el tiempo estrague.

(1) Sale también RECAREDO.

Alba es tu juventud, donde preside
el ardor juvenil y donde halague
lascivo amor angélica belleza,
que es bárbara sin él Naturaleza.
Estas cosas me mueven a que elijas
esposa, Hermenegildo, que dé a España,
que en santidad, eternidad erijas
sucesor que me imite en tanta hazaña.
Ya todas dilaciones son prolijas,
ya es toda remisión necia y extraña.
Princesas, varias Reinas, te previenen,
pues en Sevilla hay diez, sin dos que vienen.

(*Sale* CARDILLO, *lacayo.*)

CARDILLO.

Ya honrando vienen diferentes trajes
las Princesas divinas, matizadas
como el Cielo de auroras y celajes
y de escuadras de gente acompañadas;
y entre perlas, diamantes y balajes,
estrellas de sus soles fulminadas,
dan en sus ojos con valor profundo
si al día más beldad, más bien al mundo.
Llegué a las Cortes, y diciendo que era
tus ratos de placer y tus cosquillas
y una grave y gentil y otra severa,
brotaron en sus rostros maravillas.
La griega a uno mandó que ésta te diera,
que otra lámpara vi con cadenillas,
y la francesa fulminó un diamante
de un rayo de cristal que eclisó un guante.
Riqueza es ser bufón; no hay tal oficio;
todos nos dan, por miedo o por locura,
que si en nosotros ya se premia el vicio,
cuando está la virtud pobre y oscura,
todos los que cursáis este ejercicio
conmigo celebrad vuestra ventura,
que es el que loco os llama y tiene en poco,
dándoos y sujetándoos es más loco.

(*Tocan música y pasen acompañada* INGUNDA *y con ella* [*damas*]: *ella al pasar hace reverencia al* REY *y éntrase.*)

RECAREDO.

¿Qué te parece la francesa hermosa?

HERMENEGILDO.

Otro espíritu nuevo me ha infundido.

LEOVIGILDO.

Si te parece bien será tu esposa.

CARDILLO.

¡Gracias a Dios que esposa has elegido!

HERMENEGILDO.

Señor, si obedecer es ley forzosa,
puesto que el casamiento así es tenido,
en vos con más razón y como es justo,
la voluntad resino con mi gusto.
Vos la esposa me dad de vuestra mano,
de ella penda mi bien o mi mal penda;
ora del Cielo el astrologio vano
ejecute la ley o la suspenda;
ora por ella el bárbaro o tirano
me deje sin imperio y sin hacienda,
y mientan entre tantos imposibles
los astros que se fingen infalibles.
De las doce elegid una, porque aquella
que me diérades vos elegir quiero;
vos la suerte seréis y vos la estrella
que influye amor del alma lisonjero.

LEOVIGILDO.

Será la más gentil y la más bella
mujer.

HERMENEGILDO.

Aquesto solamente quiero:
que la unión más conforme y más segura
consiste en la virtud, no en la hermosura.

LEOVIGILDO.

Suertes tienen de echar, pues llego a verte
con tal resolución.

HERMENEGILDO.

Prenda es del Cielo
la mujer que al marido se da en suerte,
y ansí vendré a perder todo el recelo;
que una mujer me ha de causar la muerte
dice la Astrología; mas yo apelo
a la causa primera, que Dios solo,
brazo es que doma (1) el mar y oprime el polo.

LEOVIGILDO.

Ahora eres mi hijo; ahora puedo
reengendrarte en mis brazos nuevamente:
ahora la corona te concedo
que carga España en mi cesárea frente.
Vamos echar las suertes, Recaredo,
a Hermenegildo, el Rey.

HERMENEGILDO.

Soy obediente.
¿Vos la esposa me dais?

LEOVIGILDO.

Casarte es justo.

HERMENEGILDO.

Quejaos a vos si no saliera a gusto.

RECAREDO.

(Como Ingunda no sea, venturoso,
amor, me he de llamar.)

(*Vanse* LEOVIGILDO *y* RECAREDO.)

CARDILLO.

¡Gracias al Cielo
que ya, menos cansado y enfadoso,
quieres a España dar común consuelo!
¡Gracias a Dios que fuiste para esposo!
Ya, señor, se acabó todo el recelo
que al casarte tenías, aunque un sabio
al casarse llamó el mayor agravio.

HERMENEGILDO.

¿Al casarse?

CARDILLO.

Al casarse.

HERMENEGILDO.

Calla, necio.

CARDILLO.

Pues ¿no es mentís una mujer si sabe
a disgusto con ira y con desprecio?
Y dime: ¿hay bofetón que se le iguale
a una necia si cela y habla recio
aunque el hombre la halague y la regale?
Si al mayor regalo esto se deja,
¿hay palos como ser la mujer vieja?
Luego bien dice el sabio, y más si es pobre
el casamiento, que éste es todo afrentas.
Renombre de animoso el hombre cobre,
que se engolfa a expugnar tantas tormentas.
Sóbreme paz y libertad me sobre.
¡Oh, tú que altivo de esta ley te exentas,
Jove gentil, que es, mira, en sus regalos,
la mujer bofetón, mentís y palos.

(*Sale* RECAREDO.)

RECAREDO. Llegué con mi padre, hermano,
al cuarto do amor encierra
las bellezas peregrinas
por peregrinas bellezas,
los extranjeros milagros
en quien con mayor soberbia
junta marfil para rayos,
guarda cristal para flechas;
que tan valiente en sus rostros
se excedió naturaleza,

(1) En el texto "brazo que egna el mar".

que, admirada en ellas, juzga
soberana omnipotencia.
Salieron a recibirnos,
por epiciclos de puertas,
doce estrellas, porque el cuarto
el firmamento parezca.
Vi en ella un Zodiaco hermoso
con doce imágines bellas,
tórrida zona en que el sol
abrasaría con más fuerza,
aunque pienso que bañaran
con más templanza la tierra,
porque todas parecían
sinos de la primavera.
Lo extraño de los vestidos,
lo diverso de las lenguas,
otra Babilonia forman,
siendo amor gigante en ella.
Salió Tilene divina
en sí trasladando a Persia,
vestida de nácar y oro,
tan gentil y tan honesta,
que a la rosa parecía
que a la aurora se desflueca,
para ser del sol pastilla
ardía en sus conchas tiernas.
Lausinia, de azul, hacía
a los cielos competencia,
siendo, entre estrellas de plata,
cielo del mayor planeta.
Quedé en su vista abrasado,
quedé ciego en su presencia;
mas no es mucho, si me vi
entre el sol y las estrellas
de plata y de naranjado,
que laberintos se mezclan.
Salió el fénix de Alemania,
si en nieve el fénix se quema,
el naranjado color
entre la plata y las perlas;
una naranja la hacía
de escarcha y de flor cubierta,
que por el rostro mostraba
lo dulce de su belleza,
que amor para el apetito
cortó naranja tan bella
de verde laudomia egicia.
Fué un jardín en quien pudiera
perderse mejor que en Chipre
amor sin arco y sin venda.
De verdes plumas también
dilataba en su cabeza
una selva por penacho.
¡Quién se perdiera en tal selva!
De pardo rosado y oro
Clotilde salió y Nerea
de verde mar, porque el mar
manso y templado parezca,
aunque nadie ve sus ojos
que se escape de tormenta,
porque son almas de vidrio
donde las almas se anegan.
Leonora, de amor milagro,
vestida de blanca tela,
sol pareció que, anublado,
en el invierno despierta
en la nieve de los montes,
que sacudir puede apenas
del cabello que el aurora
con dedos de oro le peina.
Posidonia de pajizo,
con mil asientos y piezas,
pirámide parecía
hecho de preciosas perlas.
Teodora gentil, sembrando
su buen gusto en copia siembra
lantejas de plata y oro
en campo de rosa seca.
Estaban tan bien guisadas,
que mil Esaúles pudieran
despreciar su mayorazgo
por tal plato de lantejas.
Camila, gloria de Italia,
de negro espolín cubierta:
burlar quiso tantos días
fingiéndose noche negra,
porque lo negro, escarchado
de plata y oro, acrecientan
tanta hermosura en su noche,
que a oscuras los días deja.
Las que entran y las que salen
con admiración se encuentran,
porque magna conjunción
vimos allí de belleza.
Lísipa en ellas se admira:
Ingunda se espanta en ellas,
y en Lísipa y en Ingunda
ellas quedaron suspensas.
Las suertes propuso el Rey,
y, alegres y satisfechas,
a las suertes remitieron
la dudosa competencia.
Ya están las estrellas juntas,
ya echando las suertes quedan.
Suerte y estrella tendrás,
seis suertes que estrellas echan;

medio soberano ha sido,
pues que quedaron contentas.
Y tú, por suerte, casado,
¡plega al Cielo que la tengas
tan feliz como gloriosa!
dándole a España una reina
dé quien a copias veamos
ángeles que le sucedan.

HERMEN. Recaredo, el casamiento
que Dios de su mano da,
premio y regalo será,
aunque parezca tormento;
que en el casamiento obliga
cuando parece que apremia,
pues con los trabajos premia
como con ellos castiga.
El casamiento ha de ser,
para que de Dios se nombre,
formado de solo un hombre
de quien salga la mujer.
Porque en constando de dos
sin obediencia y respeto,
está en ellos el defecto,
aunque los regale Dios.
Y ansí, resuelto en casarme,
en la esposa que me diere
es justo que considere
que me la da por premiarme.

(*Suena dentro música.*)

RECAREDO. Y que ya Dios te la ha dado
publican las alegrías.

CARDILLO. Las salvas y chirimías
declaran tu nuevo estado.
¡Oh! ¡Qué lástima te tengo,
Príncipe, si llega a ser
loca o necia la mujer!

HERMEN. Para todo me prevengo.

(*Sale* ORMINDO.)

ORMINDO. Ya tienes, señor, esposa.
Albricias pido a los dos.

HERMEN. Yo las mando.

RECAREDO. (¡Plega a Dios
que no sea Ingunda hermosa!)

(*Sale* TEOSINDO.)

TEOSINDO. Ya tienes, señor, estrella,
que en tu sino te acompaña.
Ya tiene Princesa España.

HERMEN. ¿En quién?

TEOSINDO. En Ingunda bella.

RECAREDO. ¡Qué dices!

TEOSINDO. Que llegó tarde,
y que la primera fué.

RECAREDO. (¡Muerto quedo!)

HERMEN. No culparé, (1)
remiso, ingrato y cobarde,
ya al Cielo, pues me da en suerte
la que entre tantas que vi
sola en el alma elegí.

CARDILLO. Si en ella te da la muerte,
hermosa muerte te da
la Astrología, que es bella
Ingunda.

HERMEN. Felice estrella
de mis imperios será.

(*Sale* RODULFO.)

RODULFO. Ya, para darte la mano,
aguarda Ingunda.

CARDILLO. Señor,
ánimo, y vamos.

HERMEN. Amor,
en los orbes soberano
haz feliz suerte la mía,
aunque suerte he de tener
con ella, siendo mujer
que Dios, por suerte, me invía.
Su orden guardo, su ley sigo,
porque ha de ser premio en mí
el casamiento, aunque aquí
El me le dió por castigo.

CARDILLO. Gran valor has menester
si en ella Dios te castiga,
que [a] hacer locuras obliga
cuando es mala la mujer.
Si es necia, es terrible cosa;
es muerte si es presumida;
si es soberbia, es triste vida,
y es infierno si es celosa.
Monte es si da en engordar;
si enflaquece es tentación;
al fin, señor, un melón
vas en Ingunda a comprar.
Dios te la depare buena,
que hay grande dificultad.

HERMEN. Por locura y necedad
tan vil discurso condena.

CARDILLO. ¿Tal nombre le das?

HERMEN. Tal nombre
le doy, que el venir a ser
buena o mala la mujer
consiste sólo en el hombre.

---

(1) Sobra una sílaba. Quizá diría RECAREDO: "¡Muerto estoy!"

CARDILLO. Mi corto ingenio perdona.
TEOSINDO. Desposarte y coronarte
quiere el Rey, pues a llevarte
vamos, señor, la corona.
HERMEN. Yo me acordaré de todos.
Ser quiero al Rey obediente.
ORMINDO. En ti viva eternamente
la majestad de los godos.
RODULFO. Inmortal vengas a ser,
y amado y querido tanto,
que te llamen el rey santo.
HERMEN. Todo Dios lo puede hacer.

(*Vanse todos, y queda* RECAREDO.)

RECAREDO. ¡Que Ingunda en suerte saliese!
Loco estoy, estoy sin mí.
¡Cielos! ¡Que en tantas así
Ingunda su esposa fuese!
¡Que tan divina mujer
la corona así me quite!
¿Quién tal sufre y tal permite?
¡Cielos! ¿Qué tengo de hacer?
¿Impedillo? ¿Con qué fin?
Si no está la culpa en él,
y es mi hermano. Mas de Abel
también fué hermano Caín,
y el primero fratricidio
por invidia comenzó,
y desesperado yo,
con ella y con celos lidio.
¡Que en doce viniese a ser
Ingunda la venturosa!
¿Hay tal desdicha?

(*Sale* BADA *y* LÍSIPA, *bizarras.*)

BADA. Celosa
vengo de aquesta mujer.

LÍSIPA.

Y yo vengo corrida
a apercibir mi muerte y mi partida.
¡Que Ingunda sea casada!
¡Que me hiciese amor tan desdichada!

BADA.

Ver no pienso las bodas,
que infierno han de ser sus fiestas (1) todas.

LÍSIPA.

Aquí, en dolor tan fuerte,
nos podemos quejar de nuestra suerte.

(1) En el texto "vistas".

BADA.

¡Que siendo la postrera,
esta ingrata la suerte mereciera!

LÍSIPA.

Yo corrida he quedado.

RECAREDO.

(¡Que me hiciese [el] amor tan desdichado!)

BADA.

¡Que fuese la dichosa
esta ingrata francesa! Estoy celosa,
y atrevida emprendiera
cualquier agravio que en su daño fuera.

LÍSIPA.

Francesa no la llames,
ni así la gloria de su imperio infames,
que esta tigre de Hircania
espíritu dió a la Austria y Alemania.
Aspides de Borgoña
que anega a España en tósigo y ponzoña.

RECAREDO.

(Si por nacer primero
me prefiere mi hermano... ¡rabio! ¡muero!
¿Quién puso ley tan fiera
que la sangre a la sangre se prefiera,
siendo una misma cosa?
Y que ésta la hace el mundo ley forzosa.
¡Miente el mundo, que es vano
pensar que me prefiera a mí mi hermano!
Excederme no puede;
pero ya que por ley tan vil me excede
y el Imperio me lleva,
¿por qué en Ingunda mi paciencia prueba?
Pero no ha de gozalla.
Campo ha de ser su lecho de batalla
y el tálamo florido
cueva de horror, de basiliscos nido.)

LÍSIPA.

Hoy será la partida.

BADA.

Desesperada parto.

LÍSIPA.

Y yo corrida.

RECAREDO.

(Estas han de vengarme.
De ellas quiero en mis celos ampararme.)
¿Dónde con tanta prisa?
Bien parece que Amor áspides pisa.

LÍSIPA.

Siempre así apresurados,
tras su fortuna van los desdichados.

BADA.

Huír es justa cosa
las desdichadas hoy de la dichosa.

RECAREDO.

Yo pienso que su dicha
se ha de trocar en llanto y en desdicha,
porque del casamiento
sé que está Hermenegildo descontento;
y por la menor cosa
la dejará, eligiendo nueva esposa.

LÍSIPA.

¿Es posible?

RECAREDO.

Esto pasa.

BADA.

¿Que a disgusto se casa?

RECAREDO.

Así se casa
por cumplir por la suerte
el gusto consagrado a ley tan fuerte;
y ansí, si reducille
queréis de este rigor, podéis decille
a mi padre que Ingunda
en las verdades de Arrio errores funda
y que sigue de Roma
la bárbara opinión; cosa que toma
tan mal el Rey, que entiendo
que, luego el matrimonio disolviendo,
ha de hacer que mi hermano
elija otra esposa. Yo me allano
a ayudaros.

LÍSIPA.

Celosas,
las mujeres son sierpes ponzoñosas,
y en rigor tan terrible
no habrá, para vengarnos, imposible.

BADA.

Todas nos juntaremos
y al Rey cuanto ordenas le diremos.
Rigores imagina,
que es traza a nuestros celos peregrina.

RECAREDO.

El caso tendrá efeto
si apenas sabe el alma este secreto.

LÍSIPA.

Piedras seremos.

BADA.

Vamos,
y en todas basiliscos infundamos.
¡Muerta de celos voy!

LÍSIPA.

¡Y yo de invidia!

(Vanse las dos.)

RECAREDO.

¡Qué presto en sus desvelos
se pudieron unir invidia y celos!
Perdóneme mi hermano,
porque es monarca Amor más soberano.
La corona le llevan,
por tantos modos mi paciencia prueban.
¿No bastaba la esposa?
¿La corona también? ¡Ah, rigurosa
ley del tiempo enemigo!
¿Tengo la culpa yo en igual castigo?
Sí, que el nacer segundo
delito es ya que lo castiga el mundo.

(Pasan los tres CABALLEROS *llevando el uno una fuente con tafetán y en ella la corona, y los dos con las espadas desnudas al hombro y descubiertos.)*

Aguardad. ¿Dónde lleváis
la corona?

TEOSINDO. A la cabeza
del Príncipe.

RECAREDO. Si es su alteza
ya Rey, ¿cómo le llamáis
Príncipe?

OSMINDO. Porque no está,
hasta ahora, coronado.

RODULFO. Hoy, con Ingunda casado
Hermenegildo, será
Rey de España.

RECAREDO. Es justa ley,
porque merece mi hermano
en imperio soberano
ser del mundo el mayor rey.
Y ésta que, piadosa, abona
su piedad, virtud y celo,
le dé España hasta que el Cielo
le dé la mayor corona.
Llevarla al Rey, mi señor, *(Tómala.)*
quiero yo.

TEOSINDO. Toma la fuente.

RECAREDO. Si yo la llevo en la frente,
no busquéis plato mejor.

(Pónganse todos de rodillas.)

¿Qué hacéis?

OSMINDO. Tan gran majestad
la corona te ha infundido,
que, alegres, nos ha movido
a adorarte.

RECAREDO. Levantad.

RODULFO. ¡Viva el gran rey Recaredo!

RECAREDO. ¡Vive Dios, que os mate!

TEOSINDO. Espera.

RECAREDO. ¡Ah, corona lisonjera,
muerto entre tus puntas quedo!
Con ellas llevas la palma

(Habla con la corona.)

de mi invicto corazón.
Pero no es mucho, si son
puntas que pasan el alma.
Burlando infundes en mí
otro espíritu, aunque injusto,
pues me alegro y tengo gusto
de que éstos me honren ansí.
A sus voces lisonjeras
por ti crédito estoy dando,
y si esto causas burlando,
¿qué harás, corona, de veras?
Otro parezco que soy.
¡Qué mudanza tan extraña!
¡Tiemble a Recaredo España!

TODOS. ¡Viva Recaredo!

RECAREDO. ¡Estoy
tan trocado con tenella
en mi frente, que acredito
vuestras voces, que permito
que rey me llaméis por ella!
Nuevos pensamientos cría
lo que me suspende ansí.
¡Bien dicen, monstro, que en ti
comenzó la tiranía!
Pero no he de ser tirano,
si en ti la ambición estriba.

TODOS. ¡Viva Recaredo! ¡Viva!

RECAREDO. Decid que viva mi hermano.

TODOS. ¡Viva Hermenegildo!

RECAREDO. Apruebo
con la corona luciente
mi lealtad, siendo la frente
plato en que al Rey se la llevo.

TEOSINDO. ¡Plaza al Rey!

RECAREDO. Lealtad y ley
niega quien eso pregona.
Decid: "¡Plaza a la corona!"
que llevo a mi hermano, el Rey.

(Vanse y salen LEOVIGILDO *y* HERMENEGILDO *y* INGUNDA, *con acompañamiento y con música, y* CARDILLO *sale.)*

LEOVIGILD. La esposa que Dios te invía
es la que tienes presente,
cuya hermosura desmiente
la bárbara Astrología.
Suerte ha sido tuya y mía
la suerte que le ha cabido,
porque aunque ya la ha tenido
con el suceso la advierte
no ha sido suya la suerte,
que nuestra la suerte ha sido.
En ella esposa te doy
que Dios por suerte te ha dado:
suerte ha sido, en que has ganado
y en que yo ganado estoy.
Dividir mis reinos hoy,
mi majestad y decoro
quiero contigo, que adoro
tanto tu obediencia en ti,
que ya tu cabeza aquí
ciñe de diamantes y oro.

INGUNDA. Hoy, por suerte, os he ganado
y en ser, señor, vuestra esposa
yo he sido la venturosa
y vos sois el desgraciado.
Que el matrimonio es estado
de gusto y de perfección
siendo por propia elección;
mas cuando forzado viene
como el nuestro, mucho tiene
de infierno y de confusión.
Hoy una suerte os condena
a un incierto padecer,
porque es suerte la mujer,
tal vez mala y tal vez buena.
Mas, pues el Cielo lo ordena
y ansí os castiga conmigo,
cuando la suerte consigo
con que el premio me señala,
pensad que soy suerte mala
y haréis menor el castigo.

HERMEN. Contento y premiado estoy,
señora, sin mereceros,
que hoy ha sido dicha el veros;
por veros dichoso soy.
Ya en vos adorando estoy,
como el Cielo me lo advierte,
la paz que al tálamo vierte
con suerte siempre dichosa,
porque en suerte tan hermosa
no puede haber mala suerte.

Con soberano arrebol
en vuestro rostro divino
el Cielo me ha dado un sino,
de doce que tiene el sol.
Sino del orbe español
os hace vuestra beldad,
y si la conformidad
en Géminis conocemos,
Cástor y Pólux seremos,
partiendo la eternidad.
Que aunque el casarme he temido
pudo, bella Ingunda, ser
hasta llegaros a ver
y hasta haberos conocido.
Mas ya tan agradecido
al temor que me condena
estoy, que adoro su pena;
que la suerte merecida,
cuando me cueste la vida,
lo juzgaré a suerte buena.

INGUNDA. Ella me ha podido hacer
dueña de tanta ventura,
y entre tan varia hermosura
bien la he habido menester;
y si el hombre da a entender
que la suerte es una acción
sin decreto y sin razón
que la justicia pervierte,
disculpada está la suerte
en hacer de mí elección.
Que es tan necia y lisonjera,
que, sin ley ni fundamento,
desprecia el merecimiento
cuando premiarlo debiera.
Y ansí, si yo mereciera
algo por mí, todo aquello
que hoy me da viera perdello,
que consiste el merecer
de la suerte el no tener
partes para merecello.

LEOVIGILD. Tras las gracias y la mano,
ya la corona os espera.
Subid al solio.

INGUNDA. (¡Ay! ¡Si fuera
Hermenegildo cristiano!
Mas si es su padre arrïano
seguirá su mismo error.)

HERMEN. De vuestras manos, señor,
recibo esposa tan bella.

LEOVIGILD. Dios te la ha dado.

HERMEN. Y con ella
me da la suerte mayor.

LEOVIGILD. Las insignias imperiales
y la corona traed.

HERMEN. Digna es tan grande merced
de manos tan liberales.

LEOVIGILD. Son, hijo, premios iguales
méritos de tu persona.

HERMEN. ¿Quién tu deidad no pregona?

(*Sale* RECAREDO *coronado, y uno con la ropa y otro con el estoque y otro con la alabarda.*)

RECAREDO. Ya la corona está aquí.

LEOVIGILD. Pues ¿cómo traes ansí
en tu frente la corona?

RECAREDO. En una fuente venía,
y parecióme más digno
plato mi frente.

LEOVIGILD. El pensallo
loca inadvertencia ha sido,
si no es bárbara ambición,
que ésta, Recaredo, se hizo
con milagroso artificio.
Sólo es para una cabeza
este peso excelso y rico
que pone partido en dos
la majestad en peligro.
Que es sol para un cielo solo
en su cerco sinifico,
y a quien forma circular
lo dicen sus rayos mismos.
Forma de anillo contiene,
y ansí prender un anillo
dos dedos será en la mano
evidente perjüicio.
Esta pide, finalmente,
la frente de Hermenegildo,
que la que en él es deidad,
en ti viene a ser delito.

RECAREDO. No ambición soberbia y loca,
no bárbaro desatino,
me obliga a ceñir la frente
de diamantes y jacintos.
Lealtad fué y veneración,
que el alma en mi frente quiso
hacerle a mi hermano, el Rey,
a la suya un pasadizo.
Y hasta dársela, bien puede
traerla sin perjüicio,
pues los dos somos hermanos
y los dos somos tus hijos.
Y ansí, bien podía ser
hoy mía, como lo ha sido
suya, si eres tú mi padre
y de una madre nacimos.
De rodillas se la ofrezco,

y si merezco castigo
por traella, como Rey,
humilde a sus pies me rindo.

HERMEN. Del plato de tu cabeza,
hermano, el presente estimo
y della mitad te diera
si fuera justo el partillo.

RECAREDO. Esto fué nacer primero.

LEOVIGILD. Porque primero ha nacido,
loco, para coronallo
de la frente te la quito.

RECAREDO. Bien haces; pero algún día
podría ser que lo mismo
hicieras con él, que ya
mayores cosas se han visto.

LEOVIGILD. Podrá ser estando muerto;
mas no será estando vivo.

HERMEN. Bien podrá, que investigables
son los secretos divinos.

LEOVIGILD. La mano agora le besa,
que él, si fuesen los prodigios
tan grandes, hará otro tanto
entonces.

RECAREDO. Cuanto aquí he dicho
podrá ser.

HERMEN. Porque ser puede,
hermano, no te replico.

LEOVIGILD. Con ella por bien de España
tus sagradas sienes ciño,

(Corónale.)

y a tus pies su majestad
y sus imperios resigno.
Gobiérnales con prudencia,
siendo acérrimo enemigo
de los ignorantes que hacen
de Padre coeterno el Hijo.

(Bésale la mano.)

HERMEN. Será éste de cristianos
protesto.

INGUNDA. (Ciego y perdido
de Arrio sigue con el padre
el bárbaro desatino.
¡Ay de mí!)

LEOVIGILD. Besa su mano.—
¡Viva el rey Hermenegildo
y su esposa Ingunda!

TODOS. ¡Vivan
eternidades de siglos!

LEOVIGILD. Ahora que os dejo, rey
sabio, prudente y bienquisto,
me retiro a Tarragona
y a la muerte me retiro,
ya que estas insignias son
para elegir los oficios
de tu reino.

HERMEN. Queden todos
en los criados antiguos.
Con mi púrpura real
en mi cámara confirmo
a Ormindo, y hago mi estoque,
mi camarero, a Teosindo.

LEOVIGILD. ¿Y a quién haces capitán
de tu guarda?

HERMEN. A quien estimo
como a mí, porque tal carga
digna [es] del mayor amigo.—
De vos, Rodulfo Sisberto,
mi vida y honor confío,
ya que de mi guarda os hago
capitán, para advertiros
que me sirváis con cuidado
en los mayores peligros.

RODULFO. Yo os lo prometo, señor,
defenderos y serviros
hasta la muerte, esmaltado
de sangre mi acero fino.

CARDILLO. Y a mí ¿qué insignia me das?

HERMEN. Escógela tú.

CARDILLO. Ya elijo,
señor, una cantimplora
con que siempre beba pío,
porque si soy tu prior
ansí mi nieve acredito,
como algunos que en la Corte
son carámbanos vestidos.
Mas pues Cardillo me llamas,
te advierto, como Cardillo,
que ya os da voces la noche.

LEOVIGILD. Verdad este loco ha dicho.
El tálamo venturoso
lograd.

TEOSINDO. El concurso a gritos,
pide a su Rey.

LEOVIGILD. Salga al pueblo.
Acompañaldo y seguldo.

HERMEN. Todos quedad con mi padre.

LEOVIGILD. Ninguno quede conmigo.
Ya soy un pobre vasallo
que tu majestad publico.

HERMEN. Dame esa mano.

LEOVIGILD. Eres Rey.

HERMEN. Vos mi padre.

LEOVIGILD. Enternecido
estoy de gozo de veros.

RECAREDO. (¡Ay de mí, que los envidio!)
LEOVIGILD. ¡Viva Ingunda de Austria! ¡Viva
Hermenegildo, su primo!
INGUNDA. Señor, tú te descompones.
LEOVIGILD. Tanto puede el regocijo.

(*Tocan. Vanse. Queda* LEOVIGILDO. *Sale* LÍSIPA *y* BADA.)

LÍSIPA. Ya está solo.
LEOVIGILD. Voy a hacer
que con antífonas y himnos
la Iglesia a Dios le agradezca
estos nuevos beneficios
de darle a España tal Reina
y tal prenda a Hermenegildo.
LÍSIPA. Denos vuestra majestad
licencia para partirnos,
ya que a nosotras la suerte
tan desgraciadas nos hizo.
BADA. Por eso suerte se llama
y por eso le ha cabido
a una cristiana, que intenta,
temeraria, destruíros,
refutando de Arrio santo
los sagrados silogismos.
LEOVIGILD. ¿Cristiana Ingunda?
BADA. Cristiana.
LEOVIGILD. ¿Qué decís?
LÍSIPA. Lo que decimos
es verdad.
LEOVIGILD. Invidia es ésa.
LÍSIPA. No es sino glorioso aviso.
Mira que de Austria y Borgoña
ésta a estorbar ha venido
tu sosiego.
LEOVIGILD. ¡Que es cristiana!
BADA. Oirás a voces decirlo
a sus criados.
LÍSIPA. Y de ella
las dos, señor, lo supimos.
LEOVIGILD. ¡Válgame Dios!
LÍSIPA. ¡Bueno queda!

(*Vanse las dos.*)

LEOVIGILD. Yo he dado heroicos principios
al nuevo Rey en su imperio.
¡Loco estoy! ¡Estoy perdido!
¿Qué he de hacer? Atropellar
las bodas. Venga el obispo
a anular el casamiento,
o, con bárbaro martirio,
muera esta cristiana fiera
si la verdad averiguo.
Por suertes mujer cristiana
de Dios a España no vino,
y pues no vino de Dios,
suerte del Infierno ha sido.

(*Vanse, y sale* HERMENEGILDO *desnudándose y los* CABALLEROS *y* CARDILLO.)

CARDILLO.

Lo que ha de sucederte
diré como Cardillo.

HERMENEGILDO.

Desnudadme.

CARDILLO.

Luego que entres a verte
con la Reina, señor.

HERMENEGILDO.

Glorias, dejadme,
o venid poco a poco,
si ya no pretendéis hacerme loco.
¡Ay, Ingunda divina!
Desabróchame apriesa. ¿No prosigues?

CARDILLO.

Corriendo la cortina,
si la hermosura de sus rayos sigues,
hallarás en su lecho,
medio dormido, al sol en luz deshecho.
Llegarás amoroso
abrasarte en sus rayos, y él, vistiendo
de rosa el rostro hermoso,
halagos y ternezas suspendiendo,
con honesto decoro,
hará el cabello celosías de oro.
Hallaráste anegado
entre los rizos bellos, cuyas ondas,
formando un mar dorado,
abismo te darán en que te escondas,
surcando, satisfecho,
por ellos al marfil blanco deshecho.

HERMENEGILDO.

Gusto me has dado. Tuyo
es todo este vestido.

CARDILLO.

Tus pies beso.

HERMENEGILDO.

Si Amor le restituyo
la gloria que le debo, es poco el seso,
que en tan alta ventura
estar con seso aquí fuera locura.—
Dame esa ropa, Ormindo.
Temblando voy.

CARDILLO.

Yo aguardo lo que falta,
señor, de mi vestido.

HERMENEGILDO.

Pues la suerte me dió suerte tan alta,
¿qué miedo me detiene?

CARDILLO.

Vaya contigo Amor.

TEOSINDO.

Tu padre viene.

HERMENEGILDO.

Decid que recogido
con mi esposa estoy ya.

ORMINDO.

¿Cómo es posible?

HERMENEGILDO.

¡Qué desgraciado he sido!

TEOSINDO.

Amor, cuando desea, es insufrible.

(*Sale* LEOVIGILDO.)

LEOVIGILDO.

Hermenegildo, espera.

HERMENEGILDO.

Ya desnudo me veis.

LEOVIGILDO.

Salíos afuera.

CARDILLO.

(Mi vestido me embarga.
¡Desdichado frión!)

RODULFO.

Confuso viene.

(*Vanse. Queden los dos.*)

LEOVIGILDO.

Ya mi vejez amarga
lamentables sucesos me previene.

HERMENEGILDO.

¿Vos llorando? ¿Qué es esto?

LEOVIGILDO.

En tanto mal tu remisión me ha puesto.

HERMEN. ¿Mi remisión?
LEOVIGILD. Sí.
HERMEN. No te entiendo.
Pero si puedo excusarlo,
no habrá imposible en serviros.
LEOVIGILD. ¡Ay, hijo, dame los brazos!
HERMEN. Ved, señor, lo que he de hacer.
No dudéis ni estéis llorando,
que más que mi vida importa
un átomo de ese llanto.
Si lloráis arrepentido
de haberme este Imperio dado,
desde luego lo renuncio.
Volved a los solios sacros;
vestid la púrpura tiria,
y vuelva a causar espanto,
en la plata de esas sienes,
el oro en lucientes rayos.
Vuestra humilde hechura soy,
y quien me pudo hacer tanto,
también deshacerme puede
con la vida de sus labios.
LEOVIGILD. ¿Eres mi hijo?
HERMEN. Sí soy.
LEOVIGILD. ¿Sigues las verdades de Arrio
como yo?
HERMEN. Y por ellas pienso
morir. Suspenso os aguardo.
¿Qué he de hacer para serviros?
LEOVIGILD. Repudiar y no hacer caso
de Ingunda.
HERMEN. ¿De Ingunda?
LEOVIGILD. Sí.
HERMEN. ¿Cómo? ¿Si me la habéis dado,
señor, por suerte del Cielo
y es prenda de vuestra mano?
LEOVIGILD. Esto ha de ser.
HERMEN. Esto sólo,
cuando os reverencio y cuando
renuncio los reinos, es
imposible el renunciarlo.
LEOVIGILD. ¡Advierte que esa mujer
tu vida está amenazando,
que ha de cumplirse en ella
tantos temidos presagios!
¡Mira que es cristiana!
HERMEN. ¿Y es
de vuestro pecho gallardo
ése el disgusto?
LEOVIGILD. El temor
se engendra en los pechos sabios.
HERMEN. Ya es Ingunda mi mujer;
ya la adoro, estimo y amo,
y será, el morir por ella,
eterna vida y descanso.
Ya resistirme no puedo;
vos me la disteis. Culpado
estáis solamente vos

en este impensado caso.
Remediallo es imposible;
mas será posible, amando
y persuadiendo, vencella,
que Amor nace en los halagos.
Yo la haré que se convierta
a nuestra verdad, dejando
sus errores y locuras,
y si no la satisfago
con halagos, con rigores
haré que deje su engaño.

LEOVIGILD. ¿Dasme esa palabra?

HERMEN. ¡Juro,
en fe de quien soy, de daros
la vida no siendo así!

LEOVIGILD. Satisfecho voy.

HERMEN. ¡Oh, cuánto
la ambición puede en los reyes!

(*Vase* LEOVIGILDO. *Sale* RECAREDO.)

RECAREDO. (Sabrá la verdad mi hermano.
¡Oh Amor! A Ingunda no goce,
que un celoso es temerario.)

HERMEN. ¿Qué es eso?

RECAREDO. Dicen a voces
esos bárbaros criados
de Ingunda que ella es cristiana
y que son ellos cristianos.
Y dicen que por concierto
del Pontífice romano
viene a perturbar la paz
de nuestra Iglesia, alterando
a Sevilla, y no te digo
cosas que aquí te las callo
por nuestro honor. No te fíes
de Ingunda, querido hermano,
aunque es de todos la afrenta
por ser tuyos los agravios.

(*Vase.*)

HERMEN. ¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!
Gustos del Amor ingratos,
¿aun antes de los principios
proponéis fines amargos?
¿Ingunda agravios a mí?
¿Cómo o cuándo? ¡Extraño caso!
Pero sólo el pensamiento
suele en el honor causarlos;
pero sin duda en envidia,
que aún no ha dado el tiempo es-
no pudiendo conocellos, [pacio,
para solo imaginarlos.
Invidia es de mi ventura;
invidia es; ¿de qué me agravio?
En sus dogmas es cristiana,
cosa que aborrezco tanto.
Y la que engañada ansí
sustenta errores tan falsos,
también puede fingir, loca,
la honestidad y el recato.
¡Confuso estoy! ¡Loco estoy!
¿Qué haré? Este es su cuarto
y está sola. Salir quiero
de esta pena y de este encanto.
Este es el retrete adonde
Amor, generoso y casto,
tálamo nos apercibe,
ya de basiliscos campo.

(*Cantan dentro.*)

(*Canta.*) ¿Qué es la inmensa Trinidad?

INGUNDA. Un Dios solo, en quien distintas
tres Personas santas hay.

(*Canta.*) ¡Verdad!

HERMEN. ¿Agora música y voces
cuando aguardándome está?
Correr la cortina quiero
y ver esta novedad.

(*Corre la cortina y está* INGUNDA *elevada sobre una tarima, adonde esté un bufetillo y dos velas con un Cristo y ella medio desnuda y suelto el cabello.*)

(*Canta.*) ¿Quién al Hijo y Dios engendra
en su mente celestial?

INGUNDA. El Padre y Dios sin principio
con alta coeternidad.

(*Canta.*) ¡Verdad!
¿Y el Santo Espíritu Dios,
gracias que a todos los da?

INGUNDA. Del Padre y Hijo procede
en una conformidad.

(*Canta.*) ¡Verdad!
¿Esto es lo que Roma cree?

INGUNDA. Y esto creo, y creo más:
que todo lo que Arrio sigue
es desatino infernal.

(*Canta.*) ¡Verdad! ¡Verdad!

HERMEN. ¡Señora mía!

INGUNDA. ¿Quién es?

HERMEN. Cobarde en su honestidad
he quedado. ¿Quién podrá
veros en clausura igual
que vuestro esposo no fuera?
(Forzoso es disimular. (*Aparte.*)

Que el portento que aquí he visto
me dice su santidad.
Pero si es cristiana, ¿cómo
santa se puede llamar?)

INGUNDA. ¡Oh, Hermenegildo! ¡Oh, señor!

HERMEN. Vuestro esposo me llamad,
que es el más dulce apellido
que agora me podéis dar.

INGUNDA. Si no sois mi esposo, ¿cómo
que os llame esposo mandáis?

HERMEN. ¿No soy vuestro esposo?

INGUNDA. No.

HERMEN. ¿Cómo?

INGUNDA. Esa silla tomad
y lo sabréis.

HERMEN. Mis deseos
ese espacio no me dan.

INGUNDA. Sentaos y escuchadme.

HERMEN. (¡Cielos
no hay duda, cierto es mi mal!)

INGUNDA. Yo soy cristiana.

HERMEN. ¿Cristiana?

INGUNDA. Sí; y no puede ser jamás
matrimonio el nuestro como
vos también no lo seáis.

HERMEN. ¿Yo cristiano? ¡Vive Dios,
fiera, que te he de matar!

INGUNDA. Si a Cristo coeterno adoro,
¿cómo matarme podrás?

HERMEN. ¡Aguarda! ¿Qué es esto?

INGUNDA. Un Dios
sempiterno y celestial.

(*Canta.*) ¡Verdad! ¡Verdad!

ACTO SEGUNDO

(*Sale por una puerta* BADA, *con acompañamiento y por otra* LÍSIPA *de la misma manera.*)

UNO. ¡Plaza a la Reina! ¡Parad!

OTRO. ¡Plaza a la Reina! ¡Tened!

LÍSIPA. Al Rey, que aguardo avisad.

BADA. Si el Rey me aguarda sabed.

UNO. Voy.

OTRO. Voy.

(*Vanse los dos.*)

BADA. ¡Levantad!
Excusada prevención.

LÍSIPA. La tuya es más excusada,
si es mía la posesión.

BADA. Hoy me has de ver coronada,
por justicia y por razón.

LÍSIPA. Calla, loca.

BADA. Tú lo estás.

LÍSIPA. ¿Ansí a la Reina te atreves?
¿Quién vió igual traición jamás?

BADA. Mi rigor haré que pruebes
si en esas locuras das.

LÍSIPA. En coronándome, loca,
pondré en tu cabeza el pie.

BADA. A mí el castigo me toca,
y, en siendo Reina, pondré
el chapín sobre tu boca.

LÍSIPA. Estoy muy alta.

BADA. Yo estoy
desmintiendo nubes bellas,
que estrella del Cielo soy.

LÍSIPA. Pues yo, despreciando estrellas,
al sol desprecios le doy.

BADA. ¡Brava arrogancia!

LÍSIPA. Grandeza
dirás.

BADA. ¡Bárbara! ¿Has sabido
mi majestad y nobleza? (1)

LÍSIPA. Y tú, loca, ¿has conocido
mi poder y mi riqueza?

BADA. Desnúdate, si quedar
no quieres necia y perdida.

LÍSIPA. A mí me han de coronar,
y por no quedar corrida...

BADA. Vete, vete a desnudar.
Mi ventura invidiarás
antes de un hora.

LÍSIPA. Y tú ahora
envidia de mí tendrás.
El Rey me estima y adora.

BADA. A mí el Rey me estima más.

LÍSIPA. ¡Bravo error!

BADA. ¡Locura extraña!

LÍSIPA. Engáñate el parecer.

BADA. A ti el corazón te engaña.

LÍSIPA. Reina de España he de ser.

BADA. Yo he de ser reina de España.

(*Sale* HERMENEGILDO.)

HERMEN. Si estoy ya desengañado,
¿cómo estoy tan temeroso,
tan remiso y tan callado?
Si el que en Dios vive animoso
en Él muere coronado,
si sé que esto es lo mejor,
¿cómo en tanto engaño vivo
con respeto y con temor,

(1) En el texto "grandeza".

y cómo ingrato y esquivo
niego a Ingunda tanto amor?
¿Cómo beldad tan amada
temerario he perseguido,
y cómo así, aprisionada,
está, si soy buen marido,
la más perfecta casada?
Mas ya un ángel celestial,
que de los dos ha nacido,
podrá, en desventura tal,
dando luz a mi sentido,
darme nombre desleal.

LÍSIPA. Dalde a Lísipa dichosa
la mano.

BADA. Dalde la mano
a la que es tan venturosa.

HERMEN. ¡Ay! Pues ya sé lo que gano,
daré la mano a mi esposa.

LÍSIPA. Por mí lo ha dicho.

BADA. Por mí
lo dice.

LÍSIPA. ¡Locos antojos!

BADA. ¡Temerario frenesí!

LÍSIPA. Ya le vi el alma en los ojos.

BADA. Yo en los labios se la vi.

HERMEN. ¿Está firme esa villana
en su loco proceder?

LÍSIPA. Ciega en su opinión romana,
dice que ha de padecer
por la religión cristiana.

HERMEN. ¡Brava constancia!

BADA. Locura
dirás.

LÍSIPA. Beldad mal lograda.

BADA. Premio en su afrenta procura.

HERMEN. Pues hoy la veréis premiada,
si en ella el premio asegura,
que hoy al premio ha de salir
la verdad de tanto yerro,
y el engaño ha de morir,
y a los malos con destierro
y prisión pienso oprimir.
La religión verdadera
en mi reino ha de quedar,
y, a pesar de quien la altera,
la verdad ha de triunfar
aunque en su defensa muera.
Traedme aquesa mujer
que pensaba serlo mía,
que quiero su intento ver.

LÍSIPA. Yo voy.

BADA. Aguarda.

LÍSIPA. Desvía.

HERMEN. Las dos la podéis traer.
Mi potestad, Bada hermosa,
y bella Lísipa, os doy
en su prisión rigurosa.

LÍSIPA. Sin duda su esposa soy.

BADA. ¡Oh! Soy sin duda su esposa.

(*Vanse.*)

HERMEN. Hoy, divina Ingunda, en vos
las estrellas acendientes
se engañan, pues me dan vida
cuando al contrario prometen.
Mas no erró la Astrología,
que si Hermenegildo muere
en su error, por vos en él
a obrar las estrellas vienen.
Por vos muero y por vos vivo
abrasado como el fénix,
burlando incendios sabeos
en holocaustos de nieve.
Por vos Leandro, mi tío,
con razones evidentes,
me ha dado luz de la luz,
que es Dios de Dios, en quien leen
alfa y omega, las causas
por quien principio y fin tienen.
que están la muerte y la vida
de su alfabeto pendientes.
Quiero ver lo que me escribe.

(*Lee:*)

"Sobrino, cuanto pretendas
saber de nuestra verdad,
lo hallarás cifrado en este
Symbolum Sancti Atanasi
qui cumque vult salvus ese
ante omnia opportet ut
teneat catholicam fidem."
Yo os miraré muy despacio.
Pero ya mi Ingunda viene.
Después le leeré, que agora
ver quiero el sol en su oriente.

(*Salen* LÍSIPA *y* BADA *con* INGUNDA *de luto.*)

LÍSIPA. Ya tienes la presa aquí.

HERMEN. (Púrpura hermosa parece
que en bacía de esmeralda,
formada del botón verde,
virgen y flamante sale
a ser del aire pebete.)
Ya vendrás desengañada,
viendo el imperio que pierdes,
de tu error.

INGUNDA. Verdad tan alta
manda que imperios desprecie.
Un Dios sempiterno y solo,
que tres Personas contiene,
la indivisa Trinidad,
no entendidas de la suerte
que Arrio y Nestorio lo afirman,
que estos dogmatistas mienten.
LÍSIPA. ¿Hay tal blasfemia?
BADA. ¿Hay tal yerro?

(Danle las dos una bofetada.)

INGUNDA. Así mi paciencia vence.
HERMEN. Un Dios solo y tres Personas
en la Trinidad entiende
Arrio también; pero son
Padre y Hijo diferentes,
porque el Hijo no es del Padre
consubstancial, al que tiene
esencia por sí.
INGUNDA. Es error
de ese Leviatán serpiente,
que en los montes de Samaria
fuego vierte y rabia vierte.
Ah, monstro de Europa y Asia,
Arrio, a quien decir pueden
con más propiedad *a río*,
donde pie las almas pierden!
Iguales el Hijo al Padre,
el cual en su eterna mente
sin madre lo engendra Verbo
para que después se hiciese
hombre de madre sin padre,
que dos nacimientos tiene
el Hijo en tiempo, y sin él
antes que los siglos fuesen.
Uno el Dios palabra en Dios,
y otro en carne en un pesebre,
quedando su Madre santa
limpia siempre y virgen siempre.
BADA. ¡Basta, bárbara cristiana!
LÍSIPA. ¡Toma, para que te acuerdes
de las locuras que dices!
BADA. ¡Toma, por que no blasfemes!

(Danle.)

INGUNDA. Por la verdad que publico
gloria y no castigo es éste.
Vosotras os ofendéis
cuando pensáis ofenderme,
que soy piedra.
HERMEN. Y yo lo soy,
pues aquí no me enternece.

INGUNDA. Dios, Hermenegildo ciego,
te dió esposa en mí por suerte,
porque la tuviese yo
y porque tú la tuvieses,
y, conociéndole en mí,
vinieses a conocerle.
Y si por esta verdad,
tirano, presa me tienes,
no esperes de mí otra cosa
ni otro propósito esperes.
Dame la muerte, que en mí
es triunfo inmortal la muerte.
HERMEN. Pues si es la muerte tu triunfo,
¿cómo de esa suerte vienes,
con tanta tristeza y luto,
que el triunfador sale alegre?
INGUNDA. Por la católica Iglesia
es la tristeza presente;
por ella es el luto. ¡Oh, santa
ciudad! En trenos lamente
tu nueva trasmigración
el Profeta.
HERMEN. Si pretendes
triunfar, ya ha llegado el día,
y, por que más lo celebres,
hoy será la muerte tuya;
muy bien puedes disponerte.
Apercíbete.
INGUNDA. Sí haré,
y a triunfar volveré alegre.
Aguárdame un breve instante.
HERMEN. ¿Vaste adornar?
INGUNDA. Vestiréme
de bodas; ricas sandalias
me calzaré, porque piense
Betulia que soy Judit,
vitoriosa de Holofernes.
HERMEN. Bueno está. Llevalda.
LÍSIPA. Loca,
calla, que te desvaneces.
BADA. Darás la vida al cuchillo.
INGUNDA. Será dichosa mi suerte

(Llévanla las dos.)

HERMEN. ¿Quién en tan divina ley
no se anima y no se ofende
a morir para vivir
y a reinar aunque no reine?
Perder el reino por Dios
es ganarle y no es perderle.
Hoy la corona de España
por la del Cielo se trueque,
aunque mi padre se irrite

y mis imperios se alteren.
No ha de quedar arriano
que no persiga y destierre,
desde el Alpe hasta los montes
de la Galia narbonense.
Y perdóneme mi padre
que, con tormentos crueles,
me manda que en toda España
vivo cristiano no deje,
que en tan agravada ación
es virtud no obedecerle.
Hoy la católica Iglesia
por mí en España comience,
para que a mi imitación
la amparen todos los reyes,
a quien católicos llamen,
blasón que vendrá a deberse
a Ingunda de Austria, por quien
vida Hermenegildo tiene.

(*Sale* CARDILLO.)

CARDILLO. La novedad que se aguarda
a todo el mundo suspende.
HERMEN. ¿Qué hacen los cristianos?
CARDILLO. Lloran,
sin haber quien los consuele,
porque dicen que es para ellos
el aparato presente.
HERMEN. Y ¿qué hacen los arrianos?
CARDILLO. Andan válidos y alegres,
burlando a los afligidos,
y pues hoy promulgas leyes,
desterrando a los cristianos,
mil cosas impertinentes
y sobradas, es razón
que, con ellos, también eches
de España, por ser figura
que al mundo cansan y ofenden.
En éste el reino te pide

(*Saca un memorial.*)

que, corcovado, no dejes
en ella canalla inútil,
que no sólo come y bebe
lo que siempre le hace falta,
sino que toda va siempre
apercibida de alforjas
donde permite que lleven
las calabazas con vino,
quesos, hogazas y nueces
y otras zarandajas. Dime:
¿hay acción en que aprovecha
estas berrugas del mundo
y de la tierra juanetes,
o estas cepas animadas
sino para que las quemen?
Estos chinches barbadicos
salgan de España, que hieden
a ratones sin corcovas,
por ser el nido en que duermen.

(*Saca otro.*)

Aquí, que ahorques los lindos
te suplican las mujeres,
con que se han encarecido
espejos, untos y aceites.
Manda que sean hombres todos
o que, descaradamente,
pasen de mujeres plaza,
pues procuran ser mujeres.

(*Saca otro.*)

Aquí, las dueñas te piden
que en todo el reino no queden
escuderones Pannucios,
santantones de retretes,
padres del yermo en poblado
que por un escudo venden
la honestidad más templada
y virtud más continente.
Judas del género humano,
aunque de su misma especie,
han nacido gentilhombres
que su apellido desmienten.
Estos son muletas vivas
de un chapín de doce o trece,
de corcho, que por milagro
como tortugas se mueven.
Que es lo mismo que ir guiando
una carreta de bueyes
o un jumento cojo y flaco
por gran lodo cuando llueve.
¡Vive Dios!, que éstos, señor,
un gran castigo merecen.
¡Que haya hombre que flema igual
sufren y no los entierren
vivos!
HERMEN. ¡Bueno vienes!
CARDILLO. A éstos
haz, señor, que los condenen
a gentilhombres de postas,
porque corran y tropiecen.
Nada de los sastres digo,
que han dicho que han de coserme
a puñaladas, y ya
hasta los príncipes mienten.

Expulsa de los palacios
los buscones y insolentes
al Infierno, porque en ellos
beba Bercebú con nieve.
No dejes médico a vida;
sólo las mulas se queden,
que en la facultad que tratan
lo mismo que ellos entienden.
A los reinos enemigos
los invía si ser quieres
dueño de sus monarquías,
que es invialles la peste.
Destierra todo beato,
que éstos los pescuezos tuercen
en las calles, y en las casas
más que grullas los extienden.
Echa maridos piadosos,
aunque, como uno reserves,
que yo en la Corte conozco,
bastara para simiente.
Redímenos de habladores
y de necios finalmente,
arrogantes, presumidos,
cultos y sabios encierre.
Estos y muchos que callo
pide España que destierres
con los cristianos, que ansí
paz y quietud nos prometen.

HERMEN. Y tú, ¿eres cristiano?

CARDILLO. ¿Yo
tenía de ser cristiano?
Mil veces soy arriano;
arriano me engendró
mi padre, y mi madre fué
hija de madre arriana;
arriana fué su hermana,
su tía, su suegra, y sé
por tradición venidera
que mi abuelo y sus hermanos
fueron, señor, arrianos
aun antes que Arrio naciera.
¿Yo cristiano había de ser?
No me lo osara decir
otro que tú sin morir.
Arriano me has de ver
mientras viviera, y mil años
después de muerto también,
que fué muy hombre de bien
Arrio, y en menores paños
yo, señor, le conocí:
niño, joven, hombre y viejo.
Fué gordo y barbibermejo
como una azafrán romí,
y calvo, aunque lo encubría
con un casquete entonado,
que siendo tan hombre honrado
estas tres faltas tenía.

HERMEN. ¡Oh, lisonja! ¡Monstro vil,
que tantas almas condenas
creciendo al Infierno penas
llenas de ambición civil!
¡Lisonja de aduladores
que los palacios arruinan!
¡Más que a sus almas estiman
el gusto de los señores!
Si el ser malos los condena,
¿hay quien sus torpezas siga
y que, ambicioso, les diga
que el ser malo es cosa buena?
En lo justo y en lo injusto
hay quien siga su opinión,
y buenos y malos son
a medida de su gusto.
Al fin, cuanto en ellos ven
hay ambiciosos que aprueben
y así los Príncipes deben
obrar bien y vivir bien.

(*Sale* RECAREDO.)

RECAREDO. A tu majestad esperan
los grandes y el pueblo.

HERMEN. Y ya,
Recaredo, echado está
el fallo.

RECAREDO. Que antes salieran
los cristianos del imperio
acertado hubiera sido.

HERMEN. Remisiones he tenido.
No carece de misterio,
que aunque mi padre me escribe
fiero, enojado y sangriento
que por qué sufro y consiento
cristianos mientras él viva,
y que los destierre luego
y los mate y los persiga,
ser tantos el caso obliga
a remisión y sosiego.
Pero ya resuelto estoy,
y hoy del imperio saldrán
los que engañados están.

RECAREDO. Mil gracias, señor, te doy
por tan gloriosa sentencia.

HERMEN. Alza, que somos hermanos.

DENTRO. ¡Mueran! ¡Mueran los cristianos!

PRIMERO. ¡Misericordia!

SEGUNDO. ¡Clemencia!

HERMEN. ¡Al corazón me han llegado
estos últimos acentos!
RECAREDO. Los arrianos, contentos,
el pueblo han alborotado
y a los cristianos persiguen.
HERMEN. Si están en mi amparo aquí,
eso es perseguirme a mí.
No es justo que los castiguen
hasta promulgar la ley.
DENTRO. ¡Los viles cristianos mueran!
HERMEN. Entren los Grandes que esperan,
y comenzaré a ser Rey.
Las insignias imperiales
me poned. Hoy que comienzo
a ser monarca en España
mi majestad mostrar quiero.
RODULFO. Viste la púrpura y ciñe
la corona y lustra el cetro.
HERMEN. ¡Oh, ceremonias caducas!
¡Oh, mortales embelecos!
¡Oh, monarquías humanas!
¡Fácil sombra! ¡Breve sueño!
RECAREDO. Sube al trono.
HERMEN. Dame, hermano,
los brazos.
RECAREDO. Señor, ¿qué es esto?
HERMEN. Quiero apartarme de ti,
y, como ves, me enternezco.
RECAREDO. ¿Dónde te partes?
HERMEN. A ser
rey, y subiendo yo al reino
y tú bajando a vasallo
nos apartamos muy lejos.
RECAREDO. Pues ¿no eres Rey?
HERMEN. No lo he sido,
y hoy quiero empezar a serlo,
a pesar de miedos viles
que me han tenido suspenso.
Recaredo, adiós, que subo
al más soberano imperio.

(Sube a sentarse con música. Dale RECAREDO *la corona.)*

RECAREDO. Yo [ya] bajo y me levanto
a esos pies, que adoro y beso.

(Llegan todos a besarle la mano.)

El Capitán de la guarda
el acto comience.
RODULFO. Pueblo:
vuestro señor soberano
y nuestro Rey os ofrezco.
En cuanto aquí os propusiere
servildo y obedeceldo,
si no, el castigo os propongo
que resulta de no hacello.
Mirad que a esta sacra insignia
librado su poder tengo,
y con ésta castiga
como con ella da premio.
¿Qué decís?
RECAREDO. Que es nuestro Rey
y que es justo obedecerlo.
RODULFO. Vuestra majestad agora
proponga el glorioso intento.
HERMEN. Invencibles ostrogodos,
cuyos memorables hechos
en bronces son inmortales
y en mármoles son eternos:
Ya sabéis que por varón
de Atanarico deciendo,
deidad en quien Roma admira
la fortuna y el esfuerzo,
y que el magno Leovigildo,
mi padre, viviendo ha hecho
de esta Monarquía en mí
con particular acuerdo
renunciación. Está, pues,
en paz, gobernar deseo
siguiendo la Religión
que adoro y que reverencio.
Y ansí, pena de la vida,
por justa ley que establezco,
mando que de sus provincias
salgan desterrados luego...
RECAREDO. ¡Oh, miserables cristianos!
HERMEN. No digo que salgan ellos.
RECAREDO. Pues ¿quién?
HERMEN. Los que de Arrio siguen
los bárbaros desconciertos.
RECAREDO. ¿Qué dices?
RODULFO. Señor, ¿qué dices?
HERMEN. Que los arrianos fieros
salgan de España.
RECAREDO. ¡Señor,
mira lo que estás diciendo!
¿Los arrianos?
HERMEN. Y aun tú
si a Cristo no haces coeterno
a la persona del Padre
también has de hacer lo mesmo.
CARDILLO. (¿Qué es esto?)
RODULFO. (¡Confuso estoy!)
RECAREDO. (Pienso que ha perdido el seso.)
HERMEN. ¡Viva la Iglesia romana
y Arrio muera!

(Dicen dentro.)

¡Muera!

HERMEN. Versos
y himnos de tan gran vitoria
sean lisonjas del viento.

(Cantan dentro.)

(Cantan.) "*Te, Deum, te, Deum, laudamus;*
te, Dómine, confitemur."

[RODULF.] La novedad me ha dejado
confuso, absorto y suspenso.

RECAREDO. ¿Qué es esto, hermano? ¿Ansí in-
los antecesores nuestros? [famas
¿Así a nuestro padre irritas
para que, airado y sangriento,
de la frente la corona
te quite?

HERMEN. Que estimo y precio
más ser cristiano que ser
dueño de España sin serlo
le dirás, y porque veas
lo poco que perder siento
la que tú adoras y estimas,
en mis pies la pongo, haciendo
en acto tan generoso
de ella tan alto desprecio.
Y dile que ansí la estimo.

(Echa la corona en el suelo.)

CARDILLO. (Enojado está y resuelto.
Puntapié dió a la corona.
El humor seguirle quiero.
Y pues tras el tiempo voy,
yo quiero andar con el tiempo.
Arrio desde hoy me perdone.)

HERMEN. Vosotros, ¿qué decís desto?

RODULFO. Que ha de seguir a su Rey
dice Rodulfo Sisberto
hasta la muerte.

HERMEN. Jamás
yo me prometí lo menos
de tal amigo.

RODULFO. Con esto,
daros del orbe pretendo,
señor, la mayor corona
hasta morir.

HERMEN. Yo lo creo.

TEOSINDO. Nosotros morir contigo
también, gran señor, queremos.
Cristianos somos.

CARDILLO. Y yo
lo soy también, y lo fueron
mis padres, yernos y tíos,
abuelos y bisabuelos,
y con no serlo jamás,
también lo fueron mis suegros.
Luego, señor, que a Arrio vi
tan gordo, calvo y bermejo,
dije: "Para ser muy malo
sólo os faltaba ser tuerto."
Talle de grande bellaco
tenía, zurdo, en efeto;
con barbas de rejalgar
y cabeza de mochuelo.

HERMEN. ¿No eres arriano agora?

CARDILLO. ¿Yo arriano, y más sabiendo
que en Arrio, señor, hallaron
su origen los arrieros?
¡No me lo osara decir
otro en el mundo!

HERMEN. ¿Tan presto
te convertiste?

CARDILLO. Señor,
esto es andar con el tiempo.
Si mañana eres gentil,
lo seré, y si maniqueo,
también, y si curdo, curdo,
que en mí gusto ni ley tengo.
Tu opinión quiero seguir
por ser el bufón primero
que es cristiano.

RECAREDO. (¡Quién pensara
tan miserable suceso!)

(Sale INGUNDA, *bizarra, y las dos con ella.)*

INGUNDA. Ya tan alegre y bizarra
por mi fe a morir vengo.
Vengo al triunfo.

RECAREDO. Por cristiana,
hermosa Ingunda, te pierdo.
Desdichado fué mi amor,
pues dijo verdad mintiendo.

LÍSIPA. Ahora me da su mano.

BADA. Ahora me da su pecho.

HERMEN. Si por el triunfo venís,
con mis brazos os espero,
que en ellos el triunfo está.
Ya soy cristiano; ya puedo,
divina esposa, abrazaros.
Llegad.

INGUNDA. ¿Es cierto?

HERMEN. Y tan cierto,
que los arrianos todos
por vos de España destierro.

Ya vive en mí Cristo y ya
mi ceguedad aborrezco.

INGUNDA. Pues siendo ansí, con la mano
la vida y alma os ofrezco.

BADA. (¿Cómo? ¡Qué corrida estoy!)

LÍSIPA. (¡Pues cómo corrida quedo!)

CARDILLO. (Tripuladas han quedado
como cartas de mal juego.)

RODULFO. Ya los cristianos gloriosos
te aguardan.

HERMEN. Guiad al templo,
donde a Dios demos las gracias
de la redención que os debo.
Al trono de Salomón
salid de la cárcel; premio
que hoy gana vuestra virtud,
bello serafín del Cielo.

INGUNDA. Mujeres fieras, ingratas,
de vosotras no me vengo
por no pareceros, que es
infamia en mí el pareceros,
y porque mi esposo en Cristo
no me da lugar a esto.

DENTRO. ¡Viva Cristo y viva Roma!

INGUNDA. ¡Qué bien suenan estos ecos!

HERMEN. Vamos, nueva Ester de España.

INGUNDA. Venid, católico Asuero.
¡Viva el Rey!
"*Te, Deum, laudamus:
te, Dómine, confitemur.*"

(*Vanse. Tocan música. Quedan las dos y* RECAREDO.)

LÍSIPA. ¡Buenas habemos quedado!

BADA. ¡Esto es mentira!

LÍSIPA. ¡Esto es sueño!

RECAREDO. ¡Mentira es soñada, que hoy
la estoy soñando despierto!

LÍSIPA. Hechizos de Ingunda han sido.

RECAREDO. A España alterar pretendo
contando a mi padre el caso.

BADA. Padre y amor perturbemos.

LÍSIPA. ¡Muera el fiero Hermenegildo
y viva el rey Recaredo!

RECAREDO. Ya vuestras voces me incitan
para un temerario intento.

(*Vanse. Salen* LEOVIGILDO *y* AMÉRICO *y* OFRIDO.)

LEOVIGILD. ¡Dejadme!

AMÉRICO. ¡Señor!

LEOVIGILD. Ya es cierto
mi mal. ¡Oh, fiero homicida!

OFRIDO. Que es sueño, señor, te advierto.

LEOVIGILD. ¿Para qué quiero la vida,
si Hermenegildo es muerto?
Marche apriesa mi escuadrón
a Sevilla.

AMÉRICO. Acreditar
el sueño es superstición.

LEOVIGILD. Los presagios del pesar
profetas del alma son.

OFRIDO. ¿Qué fué el sueño?

LEOVIGILD. Una ave vi
que circos sobre él hacía,
y ésta...

AMÉRICO. Prosigue.

LEOVIGILD. ¡Ay de mí!
un aviso me traía
en el pico de rubí.
Mas un águila cruel
se la quitó de repente,
y arrojándola sobre él,
bañando en rubí su frente,
dió a España un segundo Abel.
Muerto en mis brazos cayó
la mitad del alma mía,
quedando sin alma yo,
y la sangre que vertía,
como veis, me despertó.

AMÉRICO. El sueño es una aprensión
del ánimo en sombras feas,
como lo dice Platón,
que el alma siente en ideas
viva la imaginación.
Quién sueña risa, quién lloro,
quién encima un monte trae,
quién que ya le alcanza un toro,
quién que en un abismo cae,
quién que se ha hallado un tesoro.

LEOVIGILD. Temo a Ingunda. Esto me altera

AMÉRICO. Ingunda ¿qué puede hacer?
Manda tú que luego muera.

LEOVIGILD. Es mujer.

OFRIDO. Por ser mujer
templar su temor pudiera.

AMÉRICO. Y con quince mil arrianos
cerca de Sevilla está,
donde, sin presagios vanos,
a Hermenegildo hallará
atropellando cristianos;
que quien a Ingunda prendió
por darte gusto y por ser
cristiana, a entender te dió
el rigor que ha de tener
con ellos.

LEOVIGILD. Temiendo yo
que son muchos de esta suerte,
bajo a Sevilla a amparalle.
OFRIDO. La imaginación divierte,
pues abril en esta calle
ramos y pensiles vierte,
donde esta aldea con ramos
suple la tapicería.
DENTRO. ¿Qué hacemos que no cantamos?
LEOVIGILD. Esta rústica armonía
en la Corte celebramos;
pero no lleguen aquí:
basta oíllos.
AMÉRICO. Y cantarán
como lo ordenes ansí.
OFRIDO. (¡Triste está!)
AMÉRICO. (¡Tal pensión dan
los imperios!)
LEOVIGILD. ¡Ay de mí!
(Cantan.) "¿Quién pasa? ¿Quién pasa?
El Rey, que va a caza
de cristianos fieros.
Con vitoria vuelva de ellos."

(Suenan cajas.)

LEOVIGILD. ¡Hola! ¿Está loca esta gente?
Decid que está impertinente.
OFRIDO. Serán fiestas peregrinas.
LEOVIGILD. Cajas roncas y sordinas
quitan el gozo presente.

(Tornan a sonar las cajas. Sale RECAREDO.*)*

OFRIDO. Mostrando grande dolor
viene el Príncipe.
LEOVIGILD. Ello es cierto.
Hijo, ¿qué es esto?
RECAREDO. ¡Señor!
LEOVIGILD. ¿Es mi Hermenegildo muerto?
RECAREDO. Mayor es el mal.
LEOVIGILD. ¿Mayor
que morir tu hermano?
RECAREDO. Mayor.
LEOVIGILD. ¿Movió el interés
del imperio algún tirano?
RECAREDO. Más mal hay.
LEOVIGILD. ¿Más?
RECAREDO. Sí.
LEOVIGILD. ¿Cuál es?
RECAREDO. Que Hermenegildo es cristiano.
LEOVIGILD. ¿Cristiano?
RECAREDO. Cristiano.
LEOVIGILD. ¡Bien
el pesar me encareciste,
pues serlo es morir también!
Mayor mal es, bien dijiste.
Mas dime cómo o por quién.
RECAREDO. Por Ingunda.
LEOVIGILD. ¡Loco estoy!
RECAREDO. Con la multitud que ves
me ha desterrado.
LEOVIGILD. ¿Yo soy
Leovigildo? ¿Yo a mis pies
a España postrando estoy?
¿Yo soy brazo poderoso
de la ley que profesaron
Atanarico glorioso
y cuantos le derribaron
de su trono generoso?
No es posible, pues no muero
viendo sacrilegio igual.
¿Qué me detengo? ¿Qué espero?
De mi estandarte imperial
tiemble Hermenegildo fiero.
Saturno tengo de ser,
comiéndomele a pedazos,
y a esa bárbara mujer,
en su lecho y en sus brazos,
átomos he de volver.
Luego a Sevilla marchad,
que he de quitalle a ese ingrato
la vida y la majestad.
¡Romped en él mi retrato
y mi espejo en él quebrad!
¡Muera el que su ley negó
y mis imperios altera!
RECAREDO. (Ya mi venganza llegó.)
¡Muera Hermenegildo! ¡Muera!
LEOVIGILD. Y muera el que lo engendró.

(Vanse. Salgan los que pudieren de bautismo; los REYES, RODULFO, TEOSINDO, ORMINDO *y* CARDILLO.*)*

RODULFO. Ya de la confirmación
el Príncipe el grado goza,
usando Leandro en él
las romanas ceremonias.
Los años viva del ave
que entre cadenas y aromas
espíritu de sus brazos,
púrpura y edad remoza.
Logren vuestras majestades
el ángel en quien Dios copia
sus virtudes, prendas ricas
que a los príncipes adornan.
ORMINDO. Singular su vida sea;
su hermosura, venturosa,

y el mundo a su majestad
sea monarquía angosta.

CARDILLO. ¡Viva el Príncipe cien años!
Que lo demás son congojas,
corrimientos, reumas, tos,
hipocondría y la gota;
boca rapada a navaja,
que no puede si se enoja
mostralle al contrario dientes,
aunque el marfil se los ponga;
donde es dura una papilla
y una breva es rigurosa
y donde juridición
tienen sólo vino y sopas.
Con olas impertinentes
jamás sea mar su boca, (1)
que hay tonto que a su familia
tiene anegada en sus olas.
Donde a todos jamás pida,
que esa es la grandeza propia,
sin imitar en lo triste
a los Príncipes de ahora.
Que habiéndoles Dios criado,
para dar tienen las bolsas
de cal y canto, y tan fuertes
que aun no vuelven lo que toman.
Ya siembra Dios sobre ellos
plagas de halcones y postas,
podencos, sabuesos, galgos,
bufones, enanos, monas,
dueñas y otras sabandijas
que son de su hacienda zorras;
perseguidores crueles
que enriquecen a su costa.
Premie ingenios, honre versos,
no de tortugas sin cola,
que éstos redondillas hacen
tan duras como sus conchas.
Reforme la doñería,
que es la vergüenza tan poca
en España, ya que en ella
tienen dones las corcovas.

HERMEN. Aunque eres frío, por esto
premio has merecido; toma.

CARDILLO. Tienes gusto, al fin, de Rey,
pues bebes con cantimplora.

HERMEN. ¿Dónde se quedó mi tío?

TEOSINDO. Como las cosas reforma
de su iglesia, le llamaron
obligaciones forzosas.

RODULFO. Que perdonaras nos dijo.

(1) En el original dice "mas".

HERMEN. Es justo que se anteponga
la gloria de Dios, Rodulfo,
siempre a las humanas glorias.

ORMINDO. Con él Fulgencio quedaron
y Lisauro.

HERMEN. El uno sobra
para ser luz de la Iglesia
y ser de mi Imperio antorcha.
¿Y Isidro?

TEOSINDO. No estaba allí.

HERMEN. ¿Ahora lágrimas, señora?
¿Qué es esto? Mas si sois alba,
en cuyos brazos se asoma
el sol que ilumina España.
¿Sera su risa ese alfójar?

INGUNDA. Enternézcome de ver
al Príncipe, temerosa
de mi suerte. ¡Ay, prenda mía!

HERMEN. Eso es turbar nuestras glorias.
Dalde, Rodulfo, a mi tía
Florentina.

INGUNDA. Que me roba
el alma parece.

HERMEN. Fialde
de los brazos que le logran,
que ellos mirarán por él
como vos.

(*Toma el niño* RODULFO.)

RODULFO. Y más, si importa.

INGUNDA. ¡Miraldo!

HERMEN. Dios te bendiga
y te dé en paz generosa
con los soberbios y humildes
justicia y misericordia;
a arrianos y rebeldes
católico espanto pongas
de ejemplo con tus virtudes.
Como las llaves de Roma
abran las puertas del mundo
tus águilas vencedoras.
Llevalde.

INGUNDA. Dejad que imprima
en su mejilla (1) otra rosa.
¡Ay, Leovigildo!

HERMEN. Ya basta.
Llevaldo.

INGUNDA. Hice memoria,
en su nombre, de su abuelo.

HERMEN. ¡Ah! ¿Leovigildo se nombra?

INGUNDA. El mayor contrario es suyo.

(1) En el original "ausencia".

HERMEN. Antes por él, si está ahora
con nosotros enojado,
y dicen que no perdona,
con quince mil arrianos,
cristianos de cuantos topa,
ha de perdonarnos, siendo
cristal de su furia loca,
pues viéndose en un espejo
el más cruel se reporta,
cuanto más que al ronco son
de mis cajas y mis trompas
veinte mil hombres limitan
y son cristianos, que sobran
para atropellar tiranos
que a Dios y a su Iglesia enojan.
¡Viva mi Ingunda con vos,
juzgando instantes las horas
en dulce paz, que no quiero
de la fortuna otra cosa!
DENTRO. ¡Arma! ¡Arma!

(*Sale* RODULFO.)

RODULFO. Gran señor,
tu padre los muros postra
de la ciudad, repitiendo
unos, ¡Arrio!; otros, ¡Vitoria!
INGUNDA. ¿Qué dices?
RODULFO. Que la defensa
o la prisión son forzosas.
Sal a que el pueblo te vea,
pues te adora, estima y honra,
y, para animarle más,
ciñe la sacra corona.
INGUNDA. Hoy la constancia y la fe,
dulce Hermenegildo, importa.
La honra de Dios defiendes,
y El volverá por su honra.
HERMEN. Al Príncipe os encomiendo;
guardalde, y adiós, esposa.
INGUNDA. Si yo voy a vuestro lado,
morir por la fe me toca.
Mire Rodulfo por él.
HERMEN. ¡Godos valientes, agora
habéis de mostrar quien sois!
TEOSINDO. Quién somos no nos propongas
para morir por la Iglesia
y por la Patria y la honra.
HERMEN. ¡Al arma! ¡Viva la Iglesia!
INGUNDA. ¡Viva triunfante y gloriosa
Jerusalén, y en su espanto
se confunda Babilonia!

(*Vanse. Tocan arma. Sale* LEOVIGILDO, RECAREDO, AMÉRICO *y* OFRIDO *con las espadas desnudas.*)

RECAREDO. Ya te obedecen los muros
postrando a tus pies sus frentes.
LEOVIGILD. Pues, arrianos valientes,
¡no haya cristianos seguros!
RECAREDO. Los que son diamantes duros
serán sangrientos granates.
AMÉRICO. La vitoria no dilates,
que en verte, señor, estriba.
DENTRO. ¡Viva España!
OTRO. ¡Roma viva!
LEOVIGILD. ¡Qué donosos disparates!
¡Roma en España! Embestid
a estos bárbaros romanos.
RECAREDO. ¡Mueran los viles cristianos!
LEOVIGILD. Y que Arrio viva, decid.
De roja sangre teñid
las calles porque mis pies
usen púrpura después.
Ea, pues, nación gloriosa,
ya la venganza es forzosa,
que el triunfo de todos es.
Hoy, Recaredo, te espera
de España la posesión.
RECAREDO. ¡Viva nuestra religión!
¡Muera Hermenegildo!
TODOS. ¡Muera!
¡Arma!

(*Entranse. Suena batalla dentro. Queda* LEOVIGILDO.)

LEOVIGILD. La batalla fiera
se ha comenzado valiente.
Hallarme quiero presente,
que es en ocasión igual
la vista del general
espíritu de su gente.
Arrio, ¡vitoria, vitoria!

(*Vase. Sale* HERMENEGILDO.)

HERMEN. Volved, cristianos soldados,
no pierda, por mis pecados,
yo el premio y Dios la gloria.
El pecho, por su memoria,
volved al contrario, amigos,
pues son los Cielos testigos
que, cuando inmortal triunfó,
aun después de muerto dió
el pecho a sus enemigos.
El río pasan huyendo,
muriendo más gente en él

que en el combate cruel
ni en el militar estruendo.

DENTRO. ¡Vitoria!

HERMEN. Vivir muriendo
será aquí el triunfo mayor.
Este es cristiano valor.

(*Sale* RECAREDO.)

RECAREDO. ¿Ansí la espalda me das?
¿Dónde, Hermenegildo, estás?

HERMEN. Aquí estoy.

RECAREDO. Rey y señor...

HERMEN. No soy Rey; el que llamaste
soy, que aguardándote estoy;
llega, que cristiano soy,
si por serlo me buscaste.
Si de los godos triunfaste,
aquí, por gloriosos modos,
te aguardan todos los godos,
que, aunque espaldas te mostraron,
en mí su pecho dejaron
para dar pecho por todos.
¡Pelea!

RECAREDO. No haré.

HERMEN. ¿Por qué?

RECAREDO. Porque hay deidad que me incline;
que a un tirano a buscar vine
y a un rey y a un hermano hallé.
En tu ausencia te busqué
como a rebelde y tirano:
mas viéndote aquí me allano,
dándote, por justa ley,
las rodillas como a Rey
y la espada como a hermano.

HERMEN. Oye, vuelve.

RECAREDO. El no volver
es la mayor valentía,
que con la espada este día
te quiero, hermano, vencer.
Porque en llegándote a ver
me infundes respeto tanto,
que de mirarte me espanto.
Y así, no vuelvo a mirarte
aquí, por no venerarte
por Rey y honrarte por santo.

(*Vase.*)

HERMEN. Si es vida la muerte en mí,
¿qué aguardo? ¿qué me detengo?
¿Cómo a mi Iglesia no vengo
muriendo y matando aquí?

(*Entra* ORMINDO *y* TEOSINDO.)

ORMINDO. Camina.

TEOSINDO. El Rey está allí.

ORMINDO. ¿Qué importa?

HERMEN. Aguardad.

TEOSINDO. Ya es tarde.

HERMEN. ¿Huis?

ORMINDO. Mostrarse cobarde
con Dios el hombre es razón,
porque de su indignación
no hay sagrado en que se guarde.

TEOSINDO. Contigo indignado está
porque la verdad negaste
de tus padres, y buscaste
ley que tal pago te da.
Arrianos somos ya,
que Arrio aquí a entender nos dió,
pues con tan pocos venció,
que es su opinión la verdad
y la tuya es falsedad.

ORMINDO. Esto mismo digo yo.

HERMEN. Aguarda.

TEOSINDO. Roma te ampare,
que arrianos somos los dos.

(*Vanse.*)

HERMEN. Todo falte, como Dios
aquí no me desampare.

(*Sale* RODULFO *con el niño.*)

RODULFO. Ya no hay cosa en que repare,
¿por qué seguir ese error?
¡Ah, Hermenegildo! ¡Ah, señor!
Tu padre, porque te asombres,
triunfa con quince mil hombres
del imperio y de tu honor.
Y pues treinta mil y más
quince mil han contrastado,
es cierto estar engañado.
Y pues engañado estás,
así, no pretendo más
seguir tu opinión, y así
te doy el Príncipe aquí,
que cuando hago esta mudanza
te pago la confianza
que en él hiciste de mí.
Tú le ampara y tú le cría,
pues hoy perdernos quisiste:
que la insignia que me diste
te la volveré otro día.

(*Toma el niño.*)

HERMEN. De ti quejarse podría,
Rodulfo, nuestra amistad;
para la necesidad
son los amigos.

RODULFO. Señor,
perdona que de tu error
me vuelvo a nuestra verdad.
Roto queda tu escuadrón
y en ese río anegado,
y los que se han escapado
pocos y míseros son.
Vuélvete a tu religión.
Serás Rey.

HERMEN. Vete, villano;
que más quiero ser cristiano
que Rey sin sello, pues hoy
lo que aquí perdiendo estoy
en nuevo imperio lo gano.

(Vase RODULFO, *y sale* CARDILLO.*)*

CARDILLO. Pues que no se alcanza premio
por seguir la fe de Cristo,
de ser cristiano desisto
y ser moro o ser bohemio.
Y vuelto al arriano gremio,
vengo a renunciar aquí
la cristianería en ti,
porque en la bufonería
de hambre, señor, moriría
todo el tiempo que lo fuí.
Que si esto es viva quien vence,
Arrio es el que vence agora.

(Vase.)

HERMEN. ¡Oh, canalla adulador!
Vuestra infamia os avergüence.
Aquí mi triunfo comience
quedando en Dios vitorioso.

(Sale INGUNDA.*)*

INGUNDA. ¡Dulce esposo! ¡Amado esposo!

HERMEN. De todos desamparado,
aquí vuestro esposo amado
aguarda el Príncipe hermoso,
que sólo en mi compañía
ángel ha querido ser,
y no ha sentido el perder,
por ver que no lo perdía,
la española Monarquía.
Sombra ha sido y sueño ha sido.

INGUNDA. ¡Vos triste, vos afligido
con los regalos de Dios!

HERMEN. Tiniéndoos, mi Ingunda, a vos,
me he ganado y no he perdido.
Pero ¿qué habemos de hacer?

INGUNDA. Pasar el río y juntar
nuestra gente y restaurar
la majestad y el poder.

HERMEN. Cosa imposible ha de ser,
porque lo tiene cercado
mi padre.

INGUNDA. El Jordán sagrado
respetó al pueblo de Dios,
lo mismo hará con los dos
el cristal precipitado.

HERMEN. No soy Josué ni llevo
el Arca de Dios conmigo.

INGUNDA. Llevas este ángel contigo.

HERMEN. A él la vitoria le debo.
Pero... ¡qué alado mancebo
nubes desgaja!

INGUNDA. Al temor
con soberano favor
Dios este auxilio previene.

(Cantan.)

MÚSICO. "¡Bendito sea el que viene
en el nombre del Señor!"

(Aparece un ANGEL *arrodillado en una cruz.)*

ANGEL. Aunque obediente el cristal
limpio pasadizo os diera,
Dios me manda que os sirviera.
Ansí en aquesta señal
pasad el triunfo inmortal
atropellando el temor.

HERMEN. ¿Quién en vos no es vencedor?

INGUNDA. ¿Quién en vos laurel no tiene?

(Cantan.)

"¡Bendito sea el que viene
en el nombre del Señor!"

ANGEL. En este árbol glorioso, (1)
cuya figura excelente
en el desierto Moisés
la general redención
obró del género humano,
piadoso y benigno Dios,
y en él ahora ha querido
libraros de Faraón,
pasad el raudal furioso.

HERMEN. La fe llevo por timón.

INGUNDA. Por blasón llevo la fe,
ángel, buen piloto en vos.

(Pónense en la tramoya. Da vuelta y desaparecen y si no, arrimados al ANGEL, *se cierra la cortina.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

(1) Desde aquí al final del acto no hay rima ni sentido perfecto. Estará interpolado.

ACTO TERCERO

(*Salen* Ingunda *y* Hermenegildo.)

Hermen. ¡Soldados! ¡Amigos!
Ingunda. Basta.
No des voces.
Hermen. Es cansarme.
Ingunda. Que aun el río en roncos ecos
no nos responde en su margen.
Hermen. ¡Todos me han desamparado!
¡Todo ha venido a faltarme
en el reino!
Ingunda. Todo os sobra,
señor, como Dios no os falte.
Suyas son las monarquías,
suyos los imperios grandes,
porque El es solo, a quien (1) tiem-
coronas y majestades. [blan
Hermen. Todo lo conozco, y sé
que podrá, eterno y triunfante,
darme la mayor corona,
aunque ésta ahora me falte.
Ingunda. Cuando portentosamente
nos pasó a esta parte el ángel
te dijo que la traía
para que en ella triunfases.
Y ansí, no te desconsueles,
que es imposible que falte
su palabra.
Hermen. Faltarán
abismos y Cielos antes.
Ingunda. Vuelve a dar voces.
Hermen. Sí haré.
Ingunda. Quizá en tantos estandartes
que se han retirado aquí
habrá alguno que te ampare.
Hermen. ¡Españoles invencibles!
¡Godos valientes! ¿No hay nadie
que a su natural señor
favorezca en este trance?
Volved a embestir valientes,
si os retirasteis cobardes,
que los atrevidos tienen
la fortuna de su parte. [gildo?
¿No hay quien oiga a Hermene-
De treinta mil que ayer tarde
por señor me obedecían,
¿no hay un cristiano constante?
Ingunda. Por ambición o por miedo,
todos siguen a tu padre.
Hermen. Pues ¿qué haremos?

(1) En el original "aunque".

Ingunda. Dulce esposo,
de este peligro escaparte,
y convocar nuestras gentes;
que, como a los reinos pases
de mi hermano, volverás
con Austria, Borgoña y Flandes
a restaurar tus imperios.
Hermen. En aflicción tan notable
imposible me parece.

(*Entra* Américo, Rodulfo, Teosindo *y* Ofrido *y* Ormindo.)

Teosindo. Si se resiste, matalde.
Hermen. ¡Ay de mí! ¡Perdidos somos!
Ingunda. Ya, esposo, al triunfo llegaste.
Hermen. ¡Villanos! ¿A vuestro Rey?
Ingunda. ¿A vuestro Rey? ¡Desleales!
Hermen. ¿A vuestro Rey...?

(*Salen* Leovigildo, Recaredo, Cardillo *y los que pudieren.*)

Leovigild. No hay más Rey,
¡bárbaro!, que yo. ¡Quitalde
las armas!
Hermen. Para ser preso
no importa que me desarmen.
Pero ya a tus pies estoy.
Leovigild. Por que más no te levantes
yo los pondré en tu cabeza.
Hermen. Padre eres.
Leovigild. Llámame alarbe,
llámame monstro sangriento
de los que habitan el Ganges.
Ingunda. También a tus pies se postran
tu nuera y tu nieto.
Leovigild. Espante
hoy mi castigo a la tierra.
De los tres no ha de quedarme
vivo ninguno.
Hermen. Aquí estamos.
Leovigild. ¡Que se me ponga delante
esta enemiga, esta fiera,
ocasión de tantos males!
¡Haréla pedazos!
Hermen. ¡Muera,
como tú la despedaces!
Leovigild. ¿Parécete, loco, bien
haber turbado las paces
de España con tus locuras
y mentidos disparates?
Si es verdad la que profesas,
¿cómo tan poco te vale?

HERMEN. Porque en el mundo jamás
se premiaron las verdades.
En el Cielo está su premio
y de él es bien que se aguarde,
no del mundo, que acredita
mentiras y falsedades.
LEOVIGILD. Luego ¿es verdad la que sigues?
HERMEN. Y tan verdad, que el salvarse
ninguno sin ella puede.
LEOVIGILD. ¡Calla, villano!
HERMEN. ¿Que calle
unas verdades tan sabias,
cuando en alterno las aves
se las cantan a la aurora
en versos que Dios les hace?
Es armonías de esferas,
donde, por modo inefable,
órdenes las zonas son
y son las estrellas trastes;
instrumentos en que siempre
canta esta verdad el aire,
formando en plantas y en flores
acromáticos compases.
En su hermosa poesía
también la escriben los mares,
buscando por los escollos
cristalinos consonantes.
Y, al fin, el orbe que ves
compuesto por cuatro partes
es un divino cuarteto
en que los hombres la canten.
LEOVIGILD. Y tú eres un loco, pues
esas mentiras te traen
a las desdichas presentes.
HERMEN. Triunfo es. Su nombre no infames.
LEOVIGILD. Pues a morir te apercibe
o a confesar que, inorante,
seguiste tu vano error
y nuestra verdad dejaste.
No te fíes en que soy
tu padre, que amor que sabe
disculpar jóvenes yerros,
nunca delitos iguales.
Nuestra antigua religión,
sacrílego, profanaste,
y será, si a ella no vuelves
imposible el perdonarte.
La opinión que de Arrio y Grecia
a Roma oponías antes
vuelve a admitir; no permitas
que así esta mujer te agravie
y que, como la temías,
aquí la muerte te cause.
Hazlo y volverás al reino.
HERMEN. ¿Yo había de condenarme
por cosa que apenas es
sombra leve y vidrio frágil?
Sin mi católica fe
todo el reino es inconstante,
todo es embeleco y sueño.
LEOVIGILD. ¡Basta, loco, aleve, baste!
Hoy perderás con la vida
la corona.
HERMEN. Sus esmaltes
mi fe trocará en estrellas
con que mi esperanza ensalce.
LEOVIGILD. Tú esta verdad, Recaredo
prudente, significaste
cuando en tu frente traías
la corona para honrarle.
Y ansí, ahora de la suya
a la tuya se traslade.
(Pónele la corona.)
porque ganes lo que él pierde
y el reino y mi gracia ganes.
HERMEN. Plato mi cabeza ha sido
que a mi hermano se la trae.
LEOVIGILD. Tu Rey dirás.
HERMEN. Mi Rey digo.
LEOVIGILD. Llega, bárbaro, a besalle
la mano.
HERMEN. Goces, señor,
desmintiendo eternidades,
la corona, que en tu frente
es sol con que al mundo abrases.
A ti te viene nacida,
si a mí me venía grande.
Mas no es mucho, si hizo el Cielo
que para ti se cortase.
La Monarquía española
vale, su precio es notable;
pero advierte que sin fe
pesa mucho y nada vale.
LEOVIGILD. En una torre del muro
les dad miserable cárcel,
donde, pena de la vida,
ninguno les vea ni hable.
Afligidos con cadenas
y cien soldados los guarden,
Argos del mundo, de quien
los átomos no se escapen.
RECAREDO. Bien merece igual castigo
el que imperio semejante
pierde por casos inciertos,
medroso de condenarse.

CARDILLO. Vuelve a tus reinos y pide
que la conciencia te ensanchen
los que calidad y hacienda
adquieren por modo infame.
Consuélente los fulleros
que con la espada, sin naipe,
dejan a un hombre sin vida
y a un santo dejan en carnes.
Si todos el fin temieran,
ya estuvieran las ciudades
despobladas, porque en ellas
sólo los engaños valen.
LEOVIGILD. Todo ha de faltarte hoy.
HERMEN. Como Ingunda no me falte
con mi hijo, todo aquí
con los dos viene a sobrarme.
Todos los bienes que tengo
llevo conmigo. Llamadme
filósofo de la fe.
LEOVIGILD. De los brazos de la madre,
Rodulfo, el hijo le quita
porque el corazón le falte.
HERMEN. Tú habías de ser, Rodulfo,
el que había de robarme
el alma; siempre de ti
temí crueldad semejante.
LEOVIGILD. Llevalde y matalde.
HERMEN. A mí,
bárbaros, podéis matarme.
Dejad el ángel.
LEOVIGILD. El Cielo
jerarquías le dé al ángel.
HERMEN. Es de nuestra guarda.
LEOVIGILD. Ansí
no tendréis ángel que os guarde.
INGUNDA. Si te endurece el rigor,
tu mesmo nombre te ablande.
Leovigildo es como tú.
Mírate en tu misma imagen
y verás que a ti te ofendes
en tu nieto.
LEOVIGILD. ¡Calla, infame!
¿Mi nieto había de ser
un vil aborto de un áspid?
Pedazos le pienso hacer
yo también.
HERMEN. No maltrates
la prenda que tú me diste
y que por suerte me cabe,
ni a tu nieto.
LEOVIGILD. Si es mi nieto,
yo derramaré la sangre
que de esta enemiga tiene;
y porque te desengañes
ha de morir si no dejas
ese error.
HERMEN. No me amenaces
ni asombres.
LEOVIGILD. Por tus locuras
morirá.
HERMEN. Pues no dilates
la ejecución; muera luego,
que no hay rigor que me espante.
Y si te falta instrumento,
sacaré la daga, y dale,
ejecuta tu rigor,
toma para que le mates.
LÍSIPA. ¿Qué más hiciera una fiera?
BADA. ¿Fuera más cruel un áspid?
Y ¿qué más hiciera un loco?
que este nombre puede darle
el que por casos inciertos
hace desatinos tales.
LEOVIGILD. Llevalde.
INGUNDA. Deja, Rodulfo,
que le bese y que le abrace
por despedida.
RODULFO. No puedo.
HERMEN. ¡Que en afición semejante
ansí, Rodulfo, me niegas!
RODULFO. Tú estas afrentas buscaste.
Tuya es la culpa, y ansí
es bien que la pena pagues.
TEOSINDO. Vamos.
HERMEN. ¿Tú presos nos llevas?
TEOSINDO. Soy vasallo, y no te espante.
HERMEN. ¿Y tú, Ormindo?
ORMINDO. A mi Rey sirvo.
HERMEN. Pues servilde y contentalde,
que las lisonjas caminan
al són que el tiempo les hace.
Ya, hermano, tu frente ciñe
la que tanto deseaste.
Mil años feliz la goces
y Dios mil años te guarde.
RECAREDO. Tú la perdiste por loco
para que yo la gozase,
y pues tú la culpa tienes
no te quejes ni te espantes.

(Llévanlos TEOSINDO *y* ORMINDO.*)*

LEOVIGILDO.

Enternecido quedo,
que, en efeto, soy padre, Recaredo.

RECAREDO.

Pues sus yerros perdona,
que yo pondré a sus plantas la corona.

LEOVIGILDO.

Por la parte que tengo
de padre, estas ternezas le prevengo;
mas por la parte ahora
de nuestra religión, que España adora,
me importa ser severo,
y así el delito en él castigar quiero,
dando de religioso
ejemplo al mundo por varón glorioso,
en que el pueblo romano
de nuevo admire otro español Trajano.
Como padre lo quiero
y como Rey lo oprimo justiciero.
De sus engaños ciegos
saldrá con amenazas y con ruegos
o con fieros castigos.
Trazas buscad en reducille, amigos.

LÍSIPA.

Reducille no esperes
mientras presa con él a Ingunda vieres.
Quítala de sus ojos
y olvidará tan bárbaros antojos.

LEOVIGILDO.

Bien dices: apartalla,
dalle muerte o de España desterralla
importa luego.

BADA.

Y luego,
en la cárcel las dos, si Amor es fuego,
con fingidos amores
trocaremos en glorias sus rigores.

LEOVIGILDO.

Muy bien me ha parecido.

(*Salen* TEOSINDO *y* ORMINDO.)

TEOSINDO.

Ya queda preso.

LEOVIGILDO.

Y ¿queda reducido?

ORMINDO.

Antes, firme y constante,
promete ser durísimo diamante.

LEOVIGILDO.

Pues ablandarle quiero
con la inocente sangre de un cordero.
Mata, Rodulfo, al niño.
Grana sea el que fué cándido armiño;
que con igual tormento
ha de morir o ha de mudar intento.

[CARDILLO.]

Yo a vencelle me allano.
Haz que me lleven preso por cristiano,
donde, embustes fingiendo,
desengañarle y contrastar entiendo,
o no seré Cardillo.

LEOVIGILDO.

Vamos a castigallo o reducillo.
El hijo de esta fiera,
para infundille espanto, luego muera,
aunque sea mi nieto,
que por mi ley mi sangre no respeto,
que aquí el valor estriba.

TODOS.

¡Viva el gran Leovigildo!

LEOVIGILDO.

Pueblo: ¡viva
el magno Recaredo!
Que yo con tanto mal vivir no puedo
en pena tan extraña.

TODOS.

¡Viva el gran Recaredo, rey de España!

(*Vanse, y salen* HERMENEGILDO, *cargado de cadenas, y* INGUNDA *ayudándole.*)

INGUNDA.

Si la culpada soy, amado esposo,
partamos las cadenas:
no tenga yo la culpa y vos las penas;
que en acto tan heroico y generoso,
donde el triunfo es forzoso,
no quiero ser vencida,
siendo yo la mitad de vuestra vida,
y así en las aficiones
partamos como el alma las prisiones.

HERMENEGILDO.

¡Ay, Ingunda! ¡Ay, esposa mía! ¡Ay, pren-
Estos fieros enojos [da mía!
gloria y gusto son a vuestros ojos
y la prisión soberbia monarquía.
La dulce tiranía
de su cristal confieso
que indigno y corto amor me tiene preso,
y así en amantes lazos
troquemos las cadenas en los brazos.

(*Abrázanse.*)

INGUNDA.
¡Ay, prisión amorosa!

HERMENEGILDO.
¡Ay, lazo hermoso!

INGUNDA.
¡Quien presa se viera así, estuviera
toda una eternidad!

HERMENEGILDO.
¡Quién preso estuviera
siempre tan satisfecho y tan dichoso! (1)

INGUNDA.
¡Ay, mi bien! ¡Qué apacibles cadenas!

HERMENEGILDO.
¡Qué dulce padecer! ¡Qué alegres penas!

INGUNDA.
¡Muera en prisiones tales!

HERMENEGILDO.
¡Sean en mí estos lazos inmortales!
Aunque sin vuestro hijo,
turbarnos quiso Amor el regocijo.

(*Salen* TEOSINDO *y* ARMINDO *y uno con una alabarda, y ellos con toallas y sin sombrero, y* RODULFO *con una fuente cubierta.*)

TEOSINDO. ¡Rigor extraño!
ORMINDO. Confieso
que es temeraria crueldad.
RODULFO. Hoy ha de perder el seso.
TEOSINDO. Con esos platos pasad.
INGUNDA. Gente viene.
HERMEN. ¡Hola! ¿Qué es eso?
ORMINDO. Señor, las viandas son,
que ya en la mesa os esperan.
HERMEN. Aliviaran el perdón
si cristianos los sirvieran
con menos ostentación.
TEOSINDO. Pues que no hallan cristianos,
cosa imposible ha de ser.
HERMEN. Volved los platos, villanos,
que nada pienso comer
que me sirvan arrianos.
ORMINDO. Ya no hay persona en España
que no lo sea.
HERMEN. Ya sé
que es la ambición tan extraña,
que, engañándose en la fe,
en las virtudes se engaña.
Hoy la lisonja os condena,
y por ella merecéis
más castigo y mayor pena,
pues las conciencias ponéis
en la voluntad ajena.
Volved, vasallos ingratos,
los platos que habéis traído
y excusad los aparatos,
que yo solamente pido
más lealtad y menos platos.
RODULFO. Este para ti se ha hecho,
y el no admitille es en vano.
HERMEN. Ya su amargura sospecho,
que el ser plato de tu mano
ha de hacerme mal provecho.
RODULFO. Antes, su misma sazón
te ha de admirar. Toma.
(*Descubre la cabeza del niño.*)
HERMEN. ¡Ingrato,
sin lealtad ni religión!
¿Qué plato es éste?
RODULFO. Es un plato
guisado en tu corazón.
Plato es de un ángel.
HERMEN. ¡Oh, exceso
de la más atroz fiereza!
¡Muerto soy!
INGUNDA. Señor, ¿qué es eso?
HERMEN. ¡Ay de mí!
INGUNDA. ¿Qué es?
HERMEN. La cabeza,
Ingunda, de mi proceso.
Proceso es una evidencia,
conclusa la causa tiene;
moriré sin resistencia,
pues en la cabeza viene
el fallo de la sentencia.
Deme la muerte inclemente
sentencia y rigor igual,
pues hoy aprueba y consiente
proceso tan criminal,
cabeza tan inocente.
Ofrenda inocente y santa,
cuya muerte maravillo,
donde es la presteza tanta
que a un tiempo leche y cuchillo
admiro en vuestra garganta,
y tan apriesa al pasar

(1) Este pasaje se habrá escrito así:
"INGUNDA. ¡Quién presa así se viera
toda una eternidad!
HERMEN. ¡Quién estuviera
siempre tan satisfecho y tan dichoso!"

es del cuchillo cortada,
que al venirse a derramar
de teñirse colorada
aún no le han dado lugar.
Leche es la sangre que os baña,
Abel de mi corazón,
siendo por tan torpe hazaña
la tierra de promisión
vuestra garganta en España.
¡Ah, tigre en obras y acciones!
que padre no he de decirte;
aunque en tal trance me pones,
en lugar de maldecirte
te quiero dar bendiciones.
Bendígate el Cielo, amén.
Plantas, aves, fieras, hombres,
mil alabanzas te den.
Dios te ensalce con renombres
y te bendiga también.
Y hagan a Dios más Abeles
con vos, inocente Abel.
Pero ya, gentes infieles,
hubo un abuelo fiel,
si hubo misterios crueles;
¡vive Dios!, que he de vengar
en vosotros su inocencia.
Con ésta os he de matar.

(*Toma el alabarda y viene.*)

TEOSINDO. Ven.

ORMINDO. ¡Huye!

RODULFO. En mí la sentencia
puedes aquí ejecutar;
pero al Rey obedecí.

HERMEN. Esta cuchilla, alevoso,
divida tu frente aquí.
Pero... quiero ser piadoso
por no parecerme a ti.
La paciencia ha de triunfar.
¡Alza!

RODULFO. ¡Señor!

HERMEN. Vete, ingrato,
y eso te puedes llevar,
y advierte que no te mato
porque te puedo matar.
Mi clemeencia te perdona
cuando más ingrato fuiste.
Lleva, pues, ésta te abona,
ésta, con que prometiste
darme la mayor corona.

(*Dale el alabarda.*)

RODULFO. Y aun te la prometo dar
con ella.

HERMEN. Vete, sin ley,
que es necio el lisonjear
hoy al Rey, que esto es ser Rey
y que esto es saber triunfar.
Mi Dios, ¿qué es esto? ¿qué es esto?
¿Tan presto tanto rigor?
¿Tanto castigo tan presto?
¡Ya no hay paciencia!

INGUNDA. Señor,
¿vos triste y tan descompuesto?
¿Vos dar voces? ¿Vos perder
la paciencia, cuyo nombre
inmortal os ha de hacer?
Ved que me tendrán por hombre
y que os tendrán por mujer.
Mías las lágrimas son
y vuestro el valor perdido.
Triunfad en esta aflición,
que Dios en ella ha querido
probar vuestro corazón.
Alma es mía este ángel bello
como vuestro, y sufro y callo,
y pues triunfamos en ello,
cantad a Dios el ganallo
y no lloréis el perdello.
Si es el altar más propicio
siempre un corazón sincero,
en él, con piadoso oficio,
de este inocente cordero
a Dios le haced sacrificio.
Halle el rigor resistencia
por tan invencible modo
y por tan alta excelencia,
pues se viene a perder todo
si se pierde la paciencia.
¿Qué es un reino y qué es un hijo?
Por Dios su triunfo cantad,
que en vuestro llanto me aflijo,
que aquí es gloria la crueldad
y la pena es regocijo.
Si a Dios agradar queréis, (1)
quien sirve en nada repara;
si le servís, no lloréis,
porque es echarle en la cara
el servicio que le hacéis.

HERMEN. Sólo consolarme vos
podéis en pena tan fiera.

INGUNDA. Juntos estamos los dos,
y cuando nos dividiera
regalos fueran de Dios.

---

(1) En el original "podéis".

(*Sale* Recaredo *y algunos de acompañamiento.*)

Recaredo. En medio de mi grandeza,
majestad, pompa y poder,
me ha podido entristecer
tu aflición y tu tristeza.
Y ansí vengo, como ves,
a consolarte y pedirte
y, como hermano, advertirte
que a tantos engaños des,
Hermenegildo, de mano,
volviendo a tu antiguo honor
y a ser del mundo señor,
honrando el nombre arriano.
Mira la torre en que estás
donde tu cabeza apenas;
mírate en tantas cadenas
y en tanta infamia, que es más.
Mira a Dios contigo airado,
mira tu padre ofendido,
mira un reino que has perdido
y un infierno que has ganado.
Vuelve, Hermenegildo, en ti,
aplaca a Dios, que perdona
con clemencia, y la corona
de España tendrás ansí,
que desde luego te doy.
Y aquí, postrado a tus pies,
con la majestad que ves,
tu mayor vasallo soy.
Todos los pies le besad
a Hermenegildo, mi hermano,
y por el pueblo arriano
la vitoria celebrad.

(*Cantan dentro.*)

Músico. ¡Viva Hermenegildo,
que es rey de España,
porque al padre obedece
Dios le levanta!
De esta gran vitoria
que Arrio en él alcanza,
a pesar de Roma,
dalde a Dios las gracias.

Hermen. Callad, monstros del Infierno,
que a Dios la gloria conquisto.
Padre y Dios honra a un Dios Cris-
Hijo del Padre coeterno. [to.
En éste se encierra todo,
sin división en la esencia;
que una sola omnipotencia
son por inefable modo
las dos Personas distintas,
y aunque distintas las dos,
no es distinto el ser de un Dios
en ellas.

Recaredo. Ideas pintas,
loco, [en] tu imaginación
a tu gusto; pero advierte
que ha de causarte la muerte
en larga y fiera prisión.
Hasta aquí, compadecido
de verte, bárbaro, ansí,
la corona te ofrecí;
pero, ya de ti ofendido,
solos disgustos te ofrezco,
iras y persecuciones.—
Doblalde aquestas prisiones.

Hermen. Más con tu enojo merezco.

Recaredo. Pues porque merezcas más,
lo que mi padre os ordena
haced.

Américo. Más que en esa pena
en otra merecerás,
porque el Rey...

Ingunda. Monstruo le di,
que mató a su semejanza
por una torpe venganza
si pido venganza ansí.

Hermen. ¿Qué manda el Rey?

Américo. Que llevemos
a Ingunda, de quien sospecho
que hará lo mismo que ha hecho
de tu hijo, y no podemos
dejalle de obedecer.

Hermen. Esto es si licencia os doy.
¿No sabéis, viles, quién soy
y que Ingunda es mi mujer?

Américo. Y aun por eso la prendemos.

Hermen. ¡Vive Dios, que si llegáis!...

Recaredo. ¡Basta!

Hermen. No basta.

Ingunda. No hagáis,
dulce esposo, esos extremos,
que si mil vidas tuviera
las ofreciera por vos.

Recaredo. Asilda y llevalda.

Ingunda. Adiós.

Hermen. Ministro infernal, espera,
aguarda, mira que Ingunda
es mi alma, no la llevas.
Oye.

Ingunda. En tan heroicas pruebas
hoy tu paciencia se funda.

Hermen. ¿Ansí, mi Ingunda, me dejas?
Crueldad parece.

INGUNDA. Señor,
antes es sobra de amor,
aunque de mi amor te quejas.
Aquí importa ser cruel
para ser piadosa.

HERMEN. Espera.

INGUNDA. Si aquí esperara perdiera
de esta vitoria el laurel.
Austria soy; viva en España
el nombre de Austria por mí,
dándole, rubí a rubí,
alma a la mayor hazaña,
en mí comience la fe
a esmaltar su sangre en ella,
que, como cándida estrella,
memoria inmortal me dé.

RECAREDO. Pues a morir vas.

INGUNDA. Dichosa
yo que a triunfar de ti voy.

HERMEN. Lágrimas, peñasco soy
y esta es fuente sonorosa.
Perdóname esta terneza,
que parece que en los dos
ha querido, esposa, Dios
mentir la naturaleza.
Pero, pues vas a morir,
lleva mi vida al castigo,
porque muriendo contigo
contigo vuelva a vivir.

INGUNDA. Y yo mi vida te dejo
para que te infunda y dé
mi fortaleza y mi fe
como cristalino espejo.

(*Vanse todos, llevándola. Queda solo* HERMENEGILDO.)

HERMEN. Señor, perdonad si lloro,
que son las fortunas tantas,
que al sentimiento se atreven,
y, aunque es de piedra, lo ablandan.
Dadme más de Job u dadme
menos aflicciones. Basta
que cuanto me distes pierda,
aunque de paciencia salga.
Si dijistes por David
que la medida se hallaba
en el corazón del vuestro
por ser vuestra semejanza,
dadme a mí su corazón
donde quepan las desgracias,
que el mío me viene estrecho
y el pecho me despedaza.
Mas perdona, que el Amor
estos desatinos causa;
disculpaldos y sufrildos,
pues sois Vos el que más ama.
Poco golpe fué perder
la monarquía de España,
y el golpe, Señor, del hijo
no pasó de las entrañas.
Mas ¡ay! que el golpe de Ingunda
es golpe que llegó al alma,
y ansí son pedazos suyos
los que parecen palabras.
¡Ay, prenda del alma mía!

(*Aparece un* ANGEL.)

ANGEL. ¿Hermenegildo?

HERMEN. ¿Quién llama?

ANGEL. Quien por abismos de nubes
ansí a consolarte baja.
Glorioso es tu sufrimiento
y divina tu constancia
por quien porque el que hoy desprecias
mayor imperio te aguarda.
Quiere Dios que te atropellen
cuando defiendes su causa,
no es sin providencia eterna,
cuyos secretos no alcanzas.
Al fin por ti y por tu esposa
logrará la Iglesia santa
en España eternamente
cristianísimos monarcas
que, con el sacro apellido
de católicos, deshagan,
como el sol, oscuras nieblas
de apóstatas heresiarcas.
Y aunque por pecados suyos
triunfe por traidoras armas,
de España ahora, habrá reyes
siempre de tu ilustre casa.
Que tu fe amparará en ella,
y, por debelle a los Austrias,
Dios esta sangre que tiene
rubíes que su Iglesia labran,
los trasladarán a Imperio
con siempre heroicas hazañas,
con memorables virtudes
y inmortales alabanzas.
Entre ellos venera ahora
estos dos sacros jerarcas,
que de tu esposa y de ti
han de ser vivas estampas.

(*Aparecerá en lo alto* FILIPO TERCERO *y* MARGARITA *en dos sillas, y en otra, un poquito más abajo* FELIPE CUARTO, *con sitial, poniendo la corona los dos.*)

Llamaráse Hermenegildo,
como tú, y ella, del nácar
de Alemania, Margarita,
y perla preciosa y sacra.
Estos dos ángeles bellos
que a ti y a Ingunda retratan,
de los años mismos vuestros,
buscarán eterna patria.
Llevaráse Margarita
Dios por castigar a España,
y llorará Hermenegildo,
como tú, también su falta.
Y el santísimo después,
como la flor que en el árbol (1)
nacer y morir a un tiempo
con soberanas fragancias,
de virtudes hará el reino
mar de lágrimas amargas,
que fueran en él eternas, (2)
que así las grandezas pasan,
porque en siete pies de tierra
mentidas deidades paran,
que los imperios de Dios
son los que jamás se acaban.
Esto ganas si esto pierdes.
Consuélate si esto ganas.

(Desaparece con música.)

HERMEN. Salve, sacro Hermenegildo;
salve, Délbora cristiana,
obra del rosado fénix
que vuestros años restaura
y en quien mi fe desde hoy tiene
fundadas las esperanzas,
que han de ser sacros laureles
y han de ser triunfantes palmas.

(Salen AMÉRICO *y* OFRIDO *con* CARDILLO, *preso, de ciego, y* OROSIO, *obispo hereje.)*

OFRIDO. Defiéndale Hermenegildo,
que sus errores alaba.

HERMEN. ¿Qué es eso?

CARDILLO. Cardillo soy,
que porque digo que es falsa
la opinión de Arrio, que siguen,
así, señor, me maltratan.

HERMEN. ¿Qué? ¿La católica fe
sigues?

CARDILLO. Si ella a ciegas anda,
también yo la sigo a ciegas,
porque la vista me falta,
y éstos me dicen que ha sido
castigo de esta mudanza.

OFRIDO. Castigo es, porque has negado
la opinión de Arrio, que trata
a los sacrílegos Dios
ansí.

HERMEN. ¡Callad, infame, canalla!

OROSIO. Detén las manos, advierte
que a un pontífice maltratas
de la Iglesia.

HERMEN. ¡Infame, mientes!

OROSIO. De Grecia soy patriarca
y arzobispo de Sevilla.

HERMEN. ¿Obedeces la tiara
romana?

OROSIO. No; que antes soy
quien sus errores contrasta.

HERMEN. ¡Ah, ponzoña de la Iglesia
adogmatista!

CARDILLO. La traza
para vencelle es famosa,
que Dios la vista me guarda
y veo más bien que un necio
cuando mira ajenas causas.

OROSIO. Pues para que eches de ver
que en esa opinión te engañas,
hagamos aquí la prueba.

HERMEN. ¿Con la Iglesia en pruebas andas?
Y con la fe los que creen,
sin prevenciones se salvan,
y ansí sin ojos la pintan.

OROSIO. Pues bien la fe acreditaban
los Apóstoles con obras
y maravillas extrañas.
Y ansí, si a este miserable,
a quien su pecado agravia,
la vista le diere en nombre
de la religión que guarda,
¿seguirás la verdad?

HERMEN. Yo,
aunque tengo confianza
de Dios, de mí no la tengo.

OROSIO. Ya temes, pues te acobardas.
Pues yo quiero hacer la prueba
por que de tu engaño salgas.—
Hombre, ¿quieres ver en nombre
de Arrio y su opinión?

CARDILLO. Sagrada
cosa es la vista. Ver quiero,
aunque a oscuras bien me hallaba,
porque excusaba de ver
brujas, demonios, fantasmas

(1) "Arbol" no es el asonante propio. Faltan versos.

(2) También aquí parece faltar algo para el sentido.

del mundo, que esos en pie
que a cuantos los miran matan
con bárbaras dagas; viudos
que se disfrazan con barbas;
también me excusan de ver
boquifruncidas con sarna,
pues cuando ríen o miran
hacen como el que se rasca;
no veré tontorotones,
sombreros de piedra, estatuas
que piensan que la grandeza
está en la mala crianza.
No veré gordos que son
ganapanes de sus panzas;
servicio con zaragüeles,
y muladares con capas.
Patituertos no veré,
ni veré mujeres flacas,
ranas en pie, mimbres vivas,
monos sin cola y con habla.
No veré enanos ni dueñas
ni otras sabandijas varias
que en el mar de los palacios
son miserables urracas. (1)
Ni veré mujeres peces
que, enharinadas, aguardan
[a] que las frían en su aceite,
siendo sartenes sus caras.
Ni veré si el tabernero
hace tarascas de agua
el vino, y si hay en él moscas,
que es la más fiera desgracia.
Al fin, no veré visiones
en las calles y en las plazas,
y haré versos y coplitas
del perro del rey que rabia;
pero, con todo, quería
ver.

OROSIO. Pues Dios, hombre, te manda
que abras los ojos en nombre
de la opinión soberana
de Arrio.

CARILLO. No puedo, no puedo.
¿Mas si ciego me quedara?

OROSIO. ¿De veras? Abre los ojos.

CARDILLO. Imposible es que los abra,
aunque más haga. Ello es hecho
¡vive Dios!, que se fué a Francia,
como lamparón, la vista.

OROSIO. Abre los ojos, acaba.

CARDILLO. No puedo.

OROSIO. ¿Qué dices?

CARDILLO. Digo
que voy, viniendo por lana,
trasquilado.

HERMEN. Si es verdad
la que engrandeces y cantas,
¿cómo no le has dado vista?

OROSIO. (Corrido estoy. ¡Dios le ampara!
La que Hermenegildo sigue
es la verdad; mas callarla
quiero para conservar
mi autoridad y mi fama.
Confuso estoy. ¡La vergüenza
de su presencia me aparta!)

(*Vase.*)

CARDILLO. Orosio, arzobispo Orosio.

HERMEN. Fuése sin hablar palabra.

CARDILLO. Fuése y a oscuras me deja.
¿Hay tan gran maldad? Aguarda
Orosio: dame mi vista,
dame mi vista. ¡Oh, falsas
experiencias, que a los ojos
me habéis salido! A tus plantas,
perdón pido, Hermenegildo,
de mi engaño, que pensaba
con él reducirte al gremio
de tu padre: pero guarda
Dios semejantes castigos
para acreditar sus causas.
Con vista vine y estoy
sin ella; justa venganza
de mi culpa. ¡Perdón pido,
y la vista que me falta!

HERMEN. Esa quiere Dios que pierdas
para dártela en el alma.
Ten firme esperanza.

CARDILLO. ¿Ahora
me pagas con esperanzas?

HERMEN. Amigo, llora tus culpas.

CARDILLO. ¡Yo estoy bueno!

HERMEN. Amigo, aguarda.

CARDILLO. ¿Hay por allá por ventura
alguien que mi vista traiga,
que se me ha caído y voy
buscándola?

(*Salen* LÍSIPA *y* BADA.)

LÍSIPA. Aparta.

BADA. Aparta.

CARDILLO. Mi vista busco.

BADA. Podrías
mal en dos ciegas hallarla.

---

(1) En el texto "resacas".

LÍSIPA.

Sentida, Hermenegildo, de tus penas,
a darte libertad y imperios vengo,
trasladándole al alma esas cadenas,
puesto que en crueldad presas las tengo.
Fénix soy del Ofir, de cuyas venas,
para coturnos a esos pies prevengo
lágrimas de oro como el sol estrellas,
en sangrías riquísimas y bellas.

La Grecia me obedece, en quien admiro
gloriosas y imperiales ceremonias,
donde el mar, en gavetas de zafiro,
diamantes cría y guarda calcidonias.
Rodas me da su estatua, y su pez, Tiro,
vergüenzas de púrpuras sidonias,
que en sus escamas coloradas quedan
porque sacras después vestirme puedan.

Perlas rinde a mis pies la ausonia playa,
vírgenes en clausura de colores
en cándido algodón copos Acaya
y abriles amor en cárceles de flores.
Pebetes son los montes de Pancaya,
que holocaustos me dan, sudando olores,
hielo limpio que impirio de luz goza
las águilas que tiran mi carroza.

Sin ochenta provincias tributarias
pendientes del aliento de mis leyes,
Babilonia me sirve y rinde parias,
y en coral, plata y oro nueve reyes,
juzgándome deidad, acciones varias,
sacrificios me dan de ardidos bueyes,
donde el gigante Elor, en parda nube,
redimido del fuego, al sol se sube.

Esto todo te ofrezco por que dejes
esa fiera mujer, que es tu homicida,
y en tálamo gentil mi amor festejes,
que prometo pagarte, agradecida,
sin que de celos ni desdén te quejes.
Esto tuyo será, como mi vida,
siendo tuya también, del mismo modo,
mi libertad, que vale más que todo.

BADA.

No tan soberbia yo, ni tan altiva,
si dejas esa Circe de Alemania,
ceñida de ciprés, palma y oliva,
te ofrezco la apacible Mauritania.
En ella, en edad siempre primitiva,
mansas te rendirán tigres de Hircania
sus varïadas felpas con que puedas
menospreciar las púrpuras y sedas.

El pesado avestruz te dará plumas
que hagan nidos de cisnes tu cabeza,
o estanques de cristal, cuyas espumas
desafíen al viento en ligereza.
Y cuando competir galán presumas,
con las palmas en pompa y en riqueza,
sin robar a los montes su tesoro,
sus dátiles harás asientos de oro.

Los sueltos dromedarios y camellos
y el fénix te dará la Libia seca,
y mis ganados, si quisieres vellos,
ríos de leche y montes de manteca.
Rústicos obeliscos como bellos
babilonias de flor que en miel se trueca,
que, despreciando cristalinas orzas,
las piedras hace almíbares y alcorzas.

Dará en rústicos lienzos y algodones
ley a muchos vasallos tu justicia,
cuyas pocas y breves poblaciones
no han turbado el acero y la milicia.
Y entre el oro y [la] plata que a montones
en sus fértiles campos desperdicia,
mi libertad te ofrezco, si hay en ella
más calidad que en Mauritania bella.

LÍSIPA.

¡Qué pobre y qué cansada!

BADA.

Y tú qué loca.

LÍSIPA.

¡Donosa Mauritania!

BADA.

¡Altiva Grecia!

LÍSIPA.

Mauritania y desierta, cosa poca.

BADA.

Grecia y tantas provincias, cosa necia.

LÍSIPA.

Aquí este desengaño al Rey le toca.

BADA.

Ahora se verá lo que desprecia.

(Vase HERMENEGILDO *sin hablar palabra.)*

LÍSIPA.

Con la espalda responde

BADA.

¡Cosa extraña!

LÍSIPA.

De esta suerte a las dos nos desengaña.

CARDILLO. A oscuras habéis quedado
como yo.

LÍSIPA. ¿Hay tales locuras?

CARDILLO. Hagamos un baile a oscuras;
yo les guiaré el cruzado.
¿Quieren que hagamos coplitas,
señoras, de este desprecio?

LÍSIPA. ¡Vete, loco!

BADA. ¡Vete, necio,
que a más venganza me incitas!

CARDILLO. Si a cólera te provocas,
a tiento me quiero entrar.
¿Hay quien me mande rezar
el desprecio de dos locas?

(*Vase.*)

LÍSIPA. Corrida estoy.

BADA. Yo perdida.

LÍSIPA. Mejores Pascuas pensé
darle a mi perdida fe.

(*Sale* LEOVIGILDO *y* OROSIO.)

LEOVIGILD. Hoy ha de quedar vencida
su pertinaz opinión.—
Lísipa y Bada, ¿qué es esto?

LÍSIPA. Este fiero nos ha puesto
en tan grande confusión,
pues todos nuestros intentos
con su constancia ha vencido.

BADA. Venganza, señor, te pido.

LEOVIGILD. Sus obras y pensamientos
pienso esta noche vencer,
que, pues es pascua de flores,
mañana, con mis rigores,
púrpuras las he de hacer.
Entrad adentro las dos,
importunas y molestas,
con regocijos y fiestas,
diciendo que hacéis a Dios
este aplauso por ver que hoy
nuestra vida ha reparado
y muerte a la muerte ha dado
resucitando.

LÍSIPA. Yo voy,
pues tu licencia me das,
a irritallo.

BADA. Yo a vencello.

LEOVIGILD. Llevad música.

BADA. Su cuello
preso en mis brazos verás.

LÍSIPA. ¡Ay, tirano amor! Contigo
he de morir o triunfar.

(*Vase.*)

BADA. ¡Ay, amor, he de acabar,
o tú has de acabar conmigo!

(*Vase.*)

LEOVIGILD. Entrad vosotros también
a decir que se aperciba,
y que confiese y reciba
el Cuerpo de Cristo, en quien
nuestra vida se repara,
cumpliendo con el preceto
de la Iglesia y el decreto
de su romana tiara.
Y de la griega opinión
el arzobispo celebre
el sacramento en que apruebe
mi gusto. Será pasión
la Pascua, en él, de tal suerte,
que, lo que alegre y florida
es la pascua de la vida,
la venga a ser de su muerte.
Con majestad y valor
entrá, atropellalde luego,
pues lo del fingido ciego
me confesáis que fué error.

OROSIO. Yo entro luego. (¡Muerto voy!)

LEOVIGILD. Tan padre como enemigo,
mi sacrílego castigo
un hijo llorando estoy.

(*Vanse. Sale* HERMENEGILDO *y* CARDILLO, *como ciego.*)

CARDILLO. Ya que la vista me debes,
dámela, señor, sirviendo
de mi báculo y arrimo.—
¿Hay quien mande rezar...

HERMEN. ¡Bueno
estás!

CARDILLO. ...la vida y martirio
de San Hermenegildo? (1)

HERMEN. Quedo.

CARDILLO. Este es mi quedo.

HERMEN. ¿Yo santo? ¿Qué es lo que dices?

CARDILLO. Como Cardillo, ya veo
tu imagen en esta torre
y en ella un ilustre templo,
donde Sevilla te adore,
y me parece que rezo
tus milagros y tu vida.

HERMEN. ¡Mucho ves para estar ciego!

CARDILLO. Aunque lo estoy, desde aquí
estoy divisando atento

(1) Este verso y el siguiente son incompletos.

un necio, porque ya se hallan
a ojos cerrados los necios.
¿No es verdad?

HERMEN. Los que se salvan
son, amigo, los discretos.
Reclinémonos un poco.

CARDILLO. ¿Dónde?

HERMEN. Aquí mi cama tengo.

CARDILLO. ¿Qué es esto?

HERMEN. Sarmientos son.

CARDILLO. ¿Sarmientos? ¿Tú en sarmientos?
¿De Rey paraste en racimo?

HERMEN. Y aun tal cama no merezco.

CARDILLO. ¡Que de un monarca de España
esto se crea!

HERMEN. El remedio
del mundo se obró esta noche
acreditando el misterio
de la Pasión, porque puso
la Resurrección el sello
en las obras inefables
y en los heroicos portentos
de Dios. Esta noche a voces
los ángeles van diciendo
himnos y antífonas santos.

LÍSIPA (*dentro*). Proseguid.

CARDILLO. ¿Aquí instrumentos?

HERMEN. Los que me guardan serán
para darme, que esto pienso.

(*Entra* BADA, LÍSIPA, TEOSINDO. *Canta el* MÚSICO.)

(*Cantan.*) "Solía que andaba
el que ingrato es hoy,
solía que andaba
y ahora no."

LÍSIPA. Escaparte es imposible
de mi amorosa pasión.

BADA. Mío serás en mis brazos.
Mas ¡ay de mí! Ciega estoy.

LÍSIPA. No es mucho, si aquí te cubre
tan soberano esplendor.

BADA. Cobarde estoy y confusa.

LÍSIPA. Infiernos, hoy nieve soy.

BADA. Mucho a Dios en él admiro.

LÍSIPA. En él temo mucho a Dios.

HERMEN. ¿Qué os suspendéis? Proseguid,
amigos, vuestra canción,
que esta es noche de alegría.

LÍSIPA. Y de vergüenza en las dos.

(*Vanse.*)

TEOSINDO. Por que cumplas con la Pascua,
al Arzobispo traemos
con la Comunión.

HERMEN. ¿A quién
tan gran beneficio debo?

TEOSINDO. A tu padre.

HERMEN. A su piedad
y a su amor se lo agradezco.
¿Viene Leandro, mi tío
o viene mi tío Fulgencio?
¿Viene Ilefonso o Isidro?

(*Entra* RODULFO *y* OROSIO, *y otro que trae delante el alabarda.*)

RODULFO. ¡Plaza!

OROSIO. Yo soy el que vengo.

HERMEN. ¿A qué vienes?

OROSIO. A pedirte
que confieses.

HERMEN. Vete, cruel; (1)
de la Iglesia fiera arpía,
que ensucias con tus intentos
las mesas en que Dios hace
plato de su sangre y cuerpo.

OROSIO. ¿Ansí el respeto me pierdes?

HERMEN. Vete, demonio, al Infierno.
Que te haré dos mil pedazos.

RODULFO. ¡Tente!

OROSIO. ¡Que me mata!

(*Sale* LEOVIGILDO.)

LEOVIGILD. ¿Qué es esto?

HERMEN. ¿Qué ha de ser? Triunfar por

OROSIO. ¡Con tan bárbaro desprecio [Dios.
me ha tratado!

HERMEN. Y pienso hacer,
ingrato padre, lo mesmo
con los que tu engaño siguen,
con los que aprueban tu yerro.

LEOVIGILD. ¿Hay tan inorme locura?
¿Hay tan fiero atrevimiento?
Hoy has de morir.—¿Rodulfo?

RODULFO. ¿Señor?

LEOVIGILD. ¡Matalde, villano!

HERMEN. ¡Mátame, ingrato Sisberto!

RODULFO. Ansí aquí te satisfago
y ansí a mi Rey obedezco.
Desta suerte te la vuelvo.

HERMEN. Hasta la muerte dijiste.
Bien cumpliste el juramento.

RODULFO. También con ella te doy
la mayor corona.

(*Entrase tras él.*)

---

(1) No es ""cruel" asonante propio, que debe ser "eo".

HERMEN. ¡Muerto
soy!
LEOVIGILD. Yo también lo soy,
que aunque te mate, lo siento.
TEOSINDO. ¿Quién vió tan míseras Pascuas?
CARDILLO. ¿Quién tan trágico suceso?

(*Sale* RECAREDO *y los demás con* INGUNDA, *presa. Sale* HERMENEGILDO *y cae en los brazos de* RECAREDO.)

RECAREDO. Ya traemos esta ingrata
para que en largo destierro
salga de España.
HERMEN. En tus brazos
salgo a morir, Recaredo,
para que te dé mi sangre
divino conocimiento
de la verdad por quien vivo,
cuando imaginas que muero.
RECAREDO. ¿Qué es esto?
INGUNDA. ¡Válgame Dios!
HERMEN. Dar en mis rubíes sangrientos
muros a la ciudad santa
de Jerusalén en ellos.
Hermano, al Fénix imita
abrasado, pues soy fuego.
INGUNDA. ¡Ay, mártir santo!
HERMEN. ¡Ay, mi Ingunda!
A vos estos triunfos debo.
Dadme los brazos.
LEOVIGILD. ¡Ay! Y yo
de mi crueldad me arrepiento.

(*Aparece el* NIÑO *arriba de gloria, con la cabeza en la mano.*)

NIÑO. Subid, subid, padre, al premio.
HERMEN. ¿Quién eres?
NIÑO. ¿No me conoces?
Soy un ángel, que mi abuelo
le ofreció a Dios, que en las manos
mi cabeza ansí le ofrezco.
LEOVIGILD. Perdóname, ángel hermoso.
NIÑO. Seré con Dios ángel vuestro.
INGUNDA. ¡Ay, hijo! ¡Dichosa yo,
que ansí os gano cuando os pierdo!
NIÑO. Subid, padre, que os aguarda
con palma y corona el Cielo.
CARDILLO. ¡Señor, duélete de mí!
¡Dame vista!
HERMEN. El cristal tierno
baña en mi sangre y verás,
pues de ella se esmaltó el suelo.

(*Aparece arriba la Santísima Trinidad como la pintan; el* PADRE *que tiene al* HIJO *crucificado entre sus brazos, y el* ESPÍRITU SANTO *como paloma, y dos* ANGELES *tiniendo una corona, la cual, subiendo, llega a meter la cabeza* HERMENEGILDO.)

ANGEL. La verdad que has defendido,
Hermenegildo, en el suelo
con tu sangre, premia Dios,
pues por el perdido imperio
gozas la mayor corona
en los inmortales reinos.
HERMEN. En vuestras piadosas manos
el mi espíritu encomiendo.
Perdonad mis enemigos.

(*Muere arriba. Cúbrese todo.*)

INGUNDA. En aquese imperio eterno
rogad por mí. ¡Adiós, esposo!
RECAREDO. ¡Otro con su sangre quedo!
LEOVIGILD. ¡Otro con su sangre soy!
RODULFO. ¡Otro soy y otro parezco!
OROSIO. ¡Viva Cristo!

FIN

COMEDIA FAMOSA

DE

LA MAYOR DICHA EN EL MONTE

DE

LOPE DE VEGA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

TRAJANO, *emperador.*
TEOPISTE, *dama.*
LUCRECIA, *criada.*
Dos HIJOS *de* PLÁCIDO:
AGAPIO *y* TEÓFILO.
Un SOLDADO.
PLÁCIDO.
CLAUDIO *y el* DEMONIO.
RAPATRAMA, *gracioso.*
Un ANGEL.
Un PIRATA.

JORNADA PRIMERA

(*Dentro* PLÁCIDO.)

Rayo del firmamento,
desasido planeta de su asiento,
o ciervo en lo aparente,
pues todo lo retratas juntamente,
por Apolo sagrado
que aqueste monte dejarás manchado
rendida tu fiereza.

(*Sale vestido de caza, con un venablo.*)

Mas por aquí se entró; de esta maleza
se guarda atrincherado.
Pero ¿no es el que miro si embrazado,

(*Va a tirar. Aparece un Cristo.*)

el impulso no altivo
que entre sus dos marfiles apercibo,
que un leño se levanta
a quien otro le cruza la garganta
y en pequeña escultura
de un hombre una figura
que de manos y pies en él clavado
parece, por lo unido, que es pintado;
cuyas cuatro roturas o barrenos
de sangre se ven llenos,
y se va deslizando
cortina de carmín le va ocultando?
Desnudo el cuerpo tiene,
y al derecho costado se previene,
no con poca pujanza,
el golpe de una pica u de una lanza,
que en un rendido corazón se emplea,
y campos de azucena bermejea.
Y entre tanta escarlata
se mezclan blancos de bruñida plata
los niervos estirados,
las arterias y güesos desquiciados,
las carnes doloridas.
Concurren en un ser tantas heridas,
de algún verdugo plaga,
que parecen, por juntas, una llaga,
cuyas bocas sangrientas
hidrópicas admiro, pues sedientas
se beben los ajenos carmesíes,
estándose anegando en sus rubíes.
Pues el ver apasiona
que tiene por corona
unos juncos marinos o cambrones,
cuya fatal escuadra
las sienes le taladra:
y por entrarse juntas,
como en ella no caben tantas juntas,
sin perder de su intento,
en sí mismas prorrumpen el tormento.
El cabello castaño y ondeado,
la nariz afilada
de corales bañada:
pálidas y amarillas,
hundidas en sí mismas las mejillas,
de golpes u de agravios:
lirios son o violetas sus dos labios,
si bien de ellos desnudos;
los dientes traspillados y menudos,
y sus ojos topacios eclipsados,
hacia el centro del alma sepultados.
En fin, está de modo
amancillado todo,
con uno y otro golpe repetido,
que a dolor me ha movido,
y en tanto desconcierto
vivo le admiro y le venero muerto,

y prorrumpo en mí a llanto.
Dime quién eres, que sufriste tanto.

(*Adentro la voz del* CRISTO.)

El Dios soy del cristiano (1)

PLÁCIDO.

Pues ¿qué, Señor, intentas,
que, al corazón asientas
con divino agasajo
a que pase por ti cualquier trabajo?

VOZ.

Es, Plácido, mi intento,
que en vital sacrificio
bautizándote goza el beneficio.
Búscate, valeroso,
la gloria en lo fatal, en lo penoso.

(*Desaparece.*)

PLÁCIDO.

Por rumbos encontrados
el ciervo fatigando va los prados,
y el Dios crucificado, que ya adoro,
sube a los solios que produce de oro.
Y los rayos de Febo, entre sus rayos,
trémulos padecieron con desmayos.
Dios eres verdadero,
pues con dejarte ver en un madero,
al concepto de Dios tan encontrado,
de ti sólo amparado,
de deidades desnudo,
vienes a que te adore, no lo dudo,
por que si no lo fueras,
al abonarte Dios muchos trujeras.
Y así, más te acrisolo,
pues sólo Dios se pudo venir solo.
Felice montería,
pues por ella gocé un feliz día.
¡Oh, soberano abismo!
Iré contento y buscaré el bautismo.

(*Vase. Sale* TEOPISTE, *el cabello suelto, a medio vestir, retirándose como acobardada, siguiéndola el* DEMONIO.)

TEOPISTE. ¿Quién eres, joven gallardo,
que me interrumpes la siesta,
pues cuando al sueño entregada,
recogidas las potencias,
no usando de lo vital,
de la muerte imagen era,
acercándome cuidados
a confusiones me acercas,
sin que te impidan el paso
lo claustral de tantas puertas,
que en la ausencia de mi esposo
aun no las entran sospechas?
Ignorando, pues, quién eres,
sólo con verte ¡qué pena!
se me embargan las acciones
y, destronzada la lengua
al articular la voz,
balbuciente titubea,
sin saber si esto procede
de temor u reverencia.

DEMONIO. Hermosísima Teopiste,
yo soy el dios que veneras
de Júpiter en la estatua.
Tu virtud y tu nobleza,
en el gran solio que vivo,
despertaron mis proezas,
para que no se malogren
con fantásticas quimeras,
con aparentes encantos
de mal formadas ideas,
que en la campaña del viento
una ilusión vistió lenguas.
¡Qué artículo! ¡Qué dolor!
La nueva ley... ¡Qué violencia
es privarme de los míos
cuando su Dios me confiesan
en fin, el Crucificado,
que todos los tuyos niegan
justamente, pues no es bien
que a un hombre objeto de afrentas,
escarpiado en un madero,
que es la desdicha postrera,
se dé alguna adoración!
¿Qué vitoria fué? ¿Qué empresa
escandalizar ciudades
publicando una ley nueva,
en quien él se aclama Dios,
pues es la última soberbia?
Habló a Plácido, tu esposo,
y persuadió que siguiera
una doctrina que gozan
todos los que se confiesan.
El vencido del engaño
viene con esta cautela,
para que tú, con tus hijos,
os signéis en su bandera.
A este fin he venido,
dejando aquestas eterias
habitaciones del cielo,
efectos de mi grandeza.
Ya te he propuesto el peligro;
tu daño, pues, considera,

(1) Falta un verso antes o después de éste.

porque, si frágil, admites,
si imprudente, te careas
de tu esposo a los engaños
que bárbaramente asienta,
conocerás en mi enojo,
que mis piedades violenta,
una desastrada vida
de infortunios y miserias.
(Sí, porque Dios me permite
que sobre aquestos dos llueva
mi brazo estragos fatales
de desdichas y tragedias.
Acaso por sublimarlos
se resisten con paciencia,
que sin divinos designios
solamente los penetra.
Porque si amante y benigno
Dios de bondades eternas
se llevó a los que me sirven,
también los cielos y tierra
trastornaré contra aquellos
que me niegan la obediencia.)

TEOPISTE. Suspende, señor, suspende
de tus iras la violencia,
pues aun en amago espantan.
Toda el alma te venera,
prometiéndote constancias
y votándote firmezas.

DEMONIO. Esas quiero que me guardes,
y verás lo que granjeas.
Pero tu esposo ha venido,
vénzale tu fortaleza.
Por que mejor lo consigas,
te asistiré a la pelea,
para ti estando visible,
no a tu esposo, que en tinieblas,
tiniendo el alma ofuscada,
no ha de ver del sol la esfera.

(*Sale* PLÁCIDO *como antes, sin venablo.*)

PLÁCIDO. Teopiste, ¿cómo así estás?
¿Qué turbación es aquésta?
El rostro descolorido,
¿qué es lo que miras? ¿qué pien-
tan hallada en las congojas [sas,
como perdida en ti mesma?
Cómo se conoce bien
que ignoras la dicha nuestra,
pues si supieras ¡ay, Cielos!

DEMONIO. Advierte, Teopiste bella,
que tu perdición propone.
Respóndele y no le temas,
que yo te asisto de escolta.

TEOPISTE. Ya sé, esposo, a lo que vas.

PLÁCIDO. ¿Qué es saber, cuando aun apenas
fuimos testigos del caso
tan sólo yo y una fiera?

TEOPISTE. ¿Tú y la fiera solamente
no más?

PLÁCIDO. Y Dios, que Dios era.

TEOPISTE. Detente, no digas más,
que el hombre que Dios veneran
los cristianos, ¡qué aversión
tan afianzada en cautelas!
te dijo que le siguieses.

PLÁCIDO. ¿Quién, mujer, te dió esas nuevas?

TEOPISTE. El que nada se le oculta.

PLÁCIDO. Pues ¿cómo de El, di, blasfemas?

TEOPISTE. De aquese que Dios aprende
tu delirio y pasión ciega
blasfemo: mas no de aquel
que los nuestros reverencian
desde que el dios Jano vino
sobre los montes de Armenia,
en aquella arca embreada,
segundo Adán de la tierra.

PLÁCIDO. También tuve yo ese engaño,
Teopiste: mas mira, piensa
que era Dios el que me habló,
pues cuando a su ley me esfuerza,
no me propuso contentos,
no alegrías, no riquezas,
sino trabajos y afanes,
y es clara la consecuencia,
que ley que está tan guardada
de congojas y de penas,
en lo difícil de entralla
se infiere lo grande de ella.

DEMONIO. (¡Aquí de todo el Infierno,
que Dios le infunde elocuencia!)

TEOPISTE. Prevenirte esos trabajos
fué diabólica advertencia,
porque, si como le sigues,
al Dios verdadero dejas,
y él irritado, es forzoso
que males sobre ti vengan,
quiere que los atribuyas,
cuando triste los padezcas,
no a venganzas del que es dios,
del que no lo es a finezas.

PLÁCIDO. No en vano después que entré,
Teopiste, aquí, el alma tiembla,
que aquese razonamiento,
aunque es grande tu prudencia,
algún sofístico encanto
para tu mal te le enseña.

TEOPISTE. Pues si rebelde porfías,
si obstinado perseveras
en delirio tan frustrado,
en una pasión tan ciega,
yo te aseguro que a Dios,
a mí y a tus hijos pierdas.
(Hace que se va.)
PLÁCIDO. Aguarda, Teopiste, esposa;
contigo el alma me llevas.
(Vuelve.)
DEMONIO. (Vencido casi se tiene.
¡Ah, mujer! Si consiguieras
esta vitoria, más fuerte
a mi intento parecieras
que Eva con el primer hombre,
si bien fué grande la impresa.)
TEOPISTE. Es en vano persuadirme
si esa vana ley no dejas.
PLÁCIDO. ¿Ley vana llamas la que es
tan copiosa, tan inmensa,
que todo el género humano
se puede salvar con ella?
TEOPISTE. Metáforas son y enigmas
esas razones propuestas.
PLÁCIDO. No es mucho que no lo alcances
mirándote tan a ciegas,
que son del sol sus efectos
que para verse en su esfera
sin que sus rayos molesten
y sus luces nos ofendan,
en el cristal, en sus ondas,
se ve su cambiante crencha.
Toca el cristal del bautismo
y, como tu le poseas,
verás en sus aguas vivas
de amor la mayor fineza,
pues que de Dios la bondad,
que a nuestro bien se carea,
de ese alcázar de zafir
te adoptará su heredera.
TEOPISTE. Pienso que el alma se inclina
a las razones que enseñas.
DEMONIO. (¡Qué propia fué la inconstancia
en las mujeres!— ¿Qué intentas?
Que tus ruinas solicitas
si procuras mis ofensas.)
PLÁCIDO. En fin, venció la razón,
que no era bien que estuviera
la beldad más soberana
sin la deidad más suprema.
DEMONIO. (Mira no te determines.)
PLÁCIDO. ¿No te resuelves? ¿Qué piensas?
Tu dicha estás retardando.
DEMONIO. (Mira que a tu mal te acercas.)
PLÁCIDO. Sígueme, hallarás tu vida.
DEMONIO. (Y tu muerte si me dejas.)
TEOPISTE. ¿Cómo podré salir de esto?
PLÁCIDO. ¿Quién te suspende y te lleva?
¿Con qué frenesí batallas,
pues que tanto te enajenas?
TEOPISTE. Digo, esposo, que a tu Dios.
DEMONIO. (Aguarda, mujer, espera;
¿ya te has resuelto a dejarme?
Pues agora experimenta
lo fatal de mis venganzas.
Escúchame bien. ¿Te acuerdas
(Cógela del brazo.)
que tus primeros amores,
que tus primeras finezas
fueron con Claudio, de quien
aún tu esposo recela,
porque los dos compitieron
galanteos, mas la empresa
Plácido la consiguió?
Pues por que mis iras veas,
le he de perturbar la vista
con reflexiones de expresas
especies que, en su sentido,
de Claudio con odio observa,
porque dejándome ver
por su enemigo me tenga,
y a ti te cueste la vida
cuando, prorrumpiendo en quejas,
yo me desate en el viento
porque afligida padezcas
en las furias de un celoso
de un agravio en la inclemencia.)
PLÁCIDO. Prosigue, Teopiste, di:
¿al Dios que adoro veneras?
¿Quién te acobarda a decillo?
DEMONIO. Yo, por anular la necia
(Déjase ver de PLÁCIDO.)
presunción de tus engaños,
y también por que no pierdas
el sujeto que más quiero,
que la idolatro en idea.
PLÁCIDO. Pues ¿cómo, Claudio, tú aquí
te atreves con tal soberbia
a estorbarme los intentos
encubierto en mi presencia
con diabólicos encantos?
Cuando sobre las almenas
de Jerusalén me viste,
que con invencible fuerza
de sus vecinos hebreos

tantos arrojé a la tierra
que se llegó a persuadir
que de esa cerúlea esfera
tornaba Dios arrojar
los que quedaron en ella.
¿Y con mi esposa aquí solo?
¡Que lo articule la lengua
y que no me caiga muerto
¡ay, Cielos!, porque una afrenta
es mejor para sentida
adentro que dicha afuera!
Y así, desnuda la espada
porque ha de vengar mi ofensa
los agravios que me has hecho.

TEOPISTE. ¿Hay tribulación como ésta?

DEMONIO. ¡Cómo gastas arrogancias!
¡Cómo apuras mi paciencia,
porque adviertes tu sagrado,
quien con mirar me sosiega.
(Con aquesto más le irrito
para que Teopiste muera,
siendo causa su venganza
de que bautizarse pierda.)

TEOPISTE. Advierte, esposo, señor...

PLÁCIDO. Mi cocodrilo o sirena,
no me mates con tu llanto
hasta que vengarme pueda.—
¿Cómo el acero no esgrimes?

DEMONIO. Porque es crueldad manifiesta
que en un muerto en el honor
nuevos agravios pretenda.

PLÁCIDO. Pues será de aquesta suerte.
(*Acomete a él.*)

DEMONIO. Quien hizo que no me vieras
quiere que yo no te mate
para que viviendo mueras.

(*Vase.*)

PLÁCIDO. ¡Qué propio que es del cobarde
el ofender con la lengua
cuando se juzga seguro!
Desatóse como niebla.—
Y tú, causa de mi agravio,
¿no me dirás...

TEOPISTE. ¡Qué tristeza!

PLÁCIDO. ...por qué fácil me ofendiste
amparada de cautelas,
fingiéndote ser leal;
áspid oculto en la selva,
que se equivoca en sus flores,
ramillete que se ondea
y es, al tocarle, veneno
y tósigo cuanto encierra?

TEOPISTE. Mira, señor, que te engañas,
que la cándida azucena
que a la aurora aljofarada
se ve esmaltada de perlas
desarrollando el capillo
almohada de blanca tela,
en quien Apolo, su amante,
suele reposar la siesta,
no tan intacta se mira,
no tan pura se despliega
como yo vivo en tu honor.

PLÁCIDO. Pues ¿cómo negarlo intentas?

TEOPISTE. Era un espíritu errante
de los que el pueblo venera,
alma y voz de sus estatuas
que, por que no te creyera,
me amenazó con la muerte.
Pues dime, señor, si fuera
Claudio, como tú aprendiste,
¿no sabes que es cosa cierta
que es noble? Pues si lo es,
¿no implicaba a su nobleza
que me arriesgara al peligro
y que cobarde se fuera?

PLÁCIDO. ¿Aún celos me das con él?
Pues yo, con aquesta daga,
te le he de sacar del alma
para borrar mis afrentas.

TEOPISTE. ¡Válgame el Dios que tú adoras!

(*Baja un* ANGEL *en un bofetón, y en la mano derecha tray una hacha encendida y con la izquierda suspende el golpe.*)

ANGEL. Protector a tu inocencia,
un Paraninfo te asiste.

TEOPISTE. ¡Qué ventura!

PLÁCIDO. ¡Qué fineza!

ANGEL. Plácido, si fué un Demonio
quien, con falsas apariencias,
vuestra quietud perturbó
y de Dios la providencia
quiere que yo venga a ser
iris de paz, que serena
la tempestad de los celos,
vengo con aquesta luz
a guiaros al bautismo.
Y no es esta la primera
vez que un Angel ha bajado
[a] asegurar la pureza
de una consorte a su esposo.

PLÁCIDO. Tanto el alma se sosiega,
amable nuncio divino,
de las infaustas sospechas

que en ejecución ponía,
que se calmó la tormenta
en quien de mi honor la nave
fluctuaba ya deshecha.

TEOPISTE. ¡Qué soberano reparo!
Quien se afianzó en las tutelas
de las piedades de Dios,
tuvo segura la empresa.

ANGEL. Venid, seguidme los dos,
porque con la antorcha sea
paje de hacha que os conduzca
a la mayor dicha vuestra.

(*Valos alumbrando y éntranse los tres, y salen* LUCRECIA *y* RAPATRAMA.)

LUCRECIA. Era tiempo que vinieras.
Ya no me hallaba sin ti.

RAPATRAM. El primer lacayo fuí
que le quisieron de veras.
Derretido por ti estoy;
este es cristal más que humano.
(*Coge la mano.*)

LUCRECIA. Cuanto más te doy de mano,
menos de mano te doy.
De estas cosas bien se infieren,
pues sobran ejemplos hartos,
que nunca se quieren cuartos
de quien los cuartos se quieren.
La experiencia lo dirá
que mucho te quiero, pues
no quiero que tú me des,
porque de ti se me da.

RAPATRAM. Más a tu persona quiero
que a la mejor dama en Roma,
que la mejor dama toma,
mejor que un favor, dinero.
Y advirtiendo que se excusa
en socorrerla al instante,
preceptora de su amante,
le enseña muy bien la musa.

[LUCREC.] Declinando con primor,
si apeteces que me llame
yo tu dama, dame, dame,
y si no, busca otro amor.
Mas ¿dónde están mis señores?

[RAPATR.] ¿Si nos habrán escuchado
y nos echarán de casa?

LUCRECIA. Eso no te dé cuidado,
que ha buen rato que salieron.
Porque Plácido, tu amo,
yendo a caza, vió en el monte
un ciervo, entre cuyos ramos,
escarpiado en un madero
le habló el Dios de los cristianos.
Vino y díjolo a su esposa
y a sus hijos, y los cuatro
se fueron a bautizar.
Y el corazón me han robado
a que también les imite,
que es un Dios muy para amado.
Y así, amigo Rapatrama,
si me has de querer, casarnos
y ser cristiano conmigo;
si no quieres, no hay que hablarnos.

RAPATRAM. Pues ¿hay más de cristianarme
y aumentar al calandario,
de muchos dioses que adoro?
Uno más chico pecado.

LUCRECIA. Sí; mas piensa que es un Dios
que ha de ser solo adorado.

RAPATRAM. ¿Para casarme adorar
deidad que habita en venados?
No estoy de ese parecer.
¡Mal año para el presagio!
Eso es mostrarme el peligro
antes que llegue el agravio.
No, Lucrecia, ¡por tu vida!,
que me des por excusado,
que aunque es verdad que te quiero,
es el agüero muy malo.

LUCRECIA. Si eso temes, ¿cómo adoras
a Júpiter? Pues es llano
que para robar a Europa
fingió ser un toro manso.

RAPATRAM. ¡Qué boba que eres, Lucrecia!
Por ser caso tan extraño
se merece adoración.
Era dios y hizo un milagro.

LUCRECIA. Pues farfallota o bufón,
no hay que mirarme. ¡Ah, locaino!
Pero mis señores vienen.

RAPATRAM. Qué presto que han despachado.

(*Sale* SAN EUSTAQUIO, TEOPISTE *y sus dos hijos,* AGAPIO *y* TEÓFILO, *pequeños.*)

[EUSTAQ.] Troqué de Plácido el nombre
en la pila del bautismo
por Eustaquio, y aunque el mismo
soy, con la fe soy otro hombre.

En caja tersa, en seno nacarado,
naturaleza qué prodigios cría,
junta el rocío que el aurora envía
con el fuego del sol más acendrado.
De esta oposición, pues en sumo grado
como competidores a porfía,

perla engendran con tanta bizarría,
que llegan a dudar si la han formado
del agua elemental que Dios eleva,
con fuego de su fe, que se introduce
en el alma obediente al albedrío.
Tanto el afecto de su ley me lleva,
que a veces a la duda me conduce
si el amor que me abrasa es hijo mío.

TEOPISTE.

Bruta atalaya, inacesible peña,
se descuella a los páramos del viento,
y aunque encubra por cátedra y asiento
una águila imperial, no la desdeña.
Desde ella a sus hijuelos les enseña,
al que quiera, al sol mire tan atento,
que le sirven sus rayos de alimento;
mas al que se acobarda le despeña.
Desde la piedra del bautismo santo
águila en sus cristales renacida,
sólo con Dios se ocupa mi albedrío.
Pero si de este soberano encanto
se sabe algún intento, enfurecida
de mí le arrojo como que nó es mío.

[EUSTAQ.] Agapio, Teófilo, amados
hijos de mi mismo aliento,
¿no sentís algún contento
de ver que estáis bautizados?

AGAPIO. Yo, padres, en esta edad,
¿qué es lo que decir podré?
A todo diré no sé.
Ya hablaré con propiedad.
Pero si el que nada sabe
en todo está como ciego,
y que a saber nada llego,
mucho de serlo me cabe.
Buen cristiano así seré,
sin curiosidad ni antojos,
pues me conozco sin ojos
para no errar en la fe.

TEÓFILO. Yo siento, padre y señor,
del alma en el breve centro
un gran placer, y hacia dentro
juzgo de aquéste el autor,
y por esto yo quisiera
adentro estar tan atento
que aun me moleste el aliento
porque respira allá fuera.

EUSTAQUIO. A confundirme llegáis
y afirmarme más con Dios,
considerando en los dos
lo que decís, lo que habláis.
Y entre tan grande placer
algún cuidado me asiste,
hermosísima Teopiste,
cuando me pongo a atender
que zozobrara este gusto,
pues Dios me lo dijo ansí,
con trabajos ¡ay de mí!
que yo por mí de ellos gusto.
Sólo dos puedo temer,
amada esposa, por vos,
y como somos los dos,
según lo llego a entender,
en bien pacífica calma,
un impulso, una razón,
una vida, un corazón
y dos cuerpos con una alma,
juzgo por bien imposible
que yo los sufra y los pase,
sin que también os traspase
de su rigor lo terrible.
Pluguiera a Dios no os amara,
porque, distintos la suerte,
a mí por mí diera muerte
y a vos por vos no os trocara.

TEOPISTE. No, Eustaquio, no es ese amor,
porque si amor me tuvieras,
aqueso no me dijeras
pensándome hacer favor.
Pruébote la consecuencia.
Amar yo no es otra cosa
que procurar, afectuosa,
con la mayor diligencia,
el gusto, el bien, el placer,
la vida, interés y honor,
cualquier cosa de valor
a aquel que llego a querer.
Esto supuesto se quede,
y paso más adelante.
Doy, pues, que aquese brillante
zafir que él solo se excede,
de sus polos desasido,
de sus ejes desquiciado,
contra los dos conjurado,
nos amenace ofendido,
al fin, del daño más fuerte
de ser temporal se alaba;
todo con la vida acaba,
todo cesa con la muerte
y todo aqueste rigor,
todo este afán referido,
si está por Dios padecido,
él es tan grande Señor,
que aun más de lo que es abona,
previniendo piadoso

al tránsito doloroso
duplicada la corona.
Y aquesto, Eustaquio, es de fe,
pues ve qué buen agasajo
es, por quitarme un trabajo
que aún no ha llegado y se fué,
por la brevedad que pasa,
un premio sin evasión,
un eterno galardón
y una gloria tan sin tasa.
Y así por mí, si por vos,
pues que convenís en esto,
cuanto más viniere presto
más bien estaré con Dios.

(Oyese un gran ruido de tempestad, que dure algún tiempo.)

EUSTAQUIO. ¡Jesús, qué tumulto airado,
qué terrible tempestad!
El día en la oscuridad
parece que se ha negado.

RAPATRAM. Temblando estoy del demonio.
El hace aquesto, es muy llano.

LUCRECIA. Promete serás cristiano
y admíteme en matrimonio,
y no tendrás que temer.

RAPATRAM. Todo por uno se aprueba
de que el Demonio me lleva
si me lleva una mujer.

(Sale un CRIADO.*)*

CRIADO. ¿Qué haces, señor, descuidado,
cuando de esa ardiente esfera
un rayo dió en tu panera
y todo el trigo abrasado
y por ese viento vano
sube en llamas convertido?

(Vase.)

RAPATRAM. ¿Este fruto habéis cogido?
No en mi vida sea cristiano
ni dejar mi religión.
Así a sus amigos premia.
Desvíate allá, Lucrecia,
que güeles a chicharrón.

EUSTAQUIO. Ya, Señor, Dios soberano,
con abrasárseme el trigo,
conozco que soy tu amigo,
nuevas atenciones gano,
pues que, liberal tu mano,
necesita el ansia mía
que con devota porfía
el pan te pida de hoy más,
y juzgas que no lo das
si no lo das cada día.
El pan es para vivir,
con él la vida se pasa,
y por eso Dios le abrasa,
con que me viene a decir
que lo que yo he de asistir
está sólo en su piedad,
para que mi ceguedad,
con algún deslumbramiento,
no atribuya al istrumento
lo que debe a la deidad.

(Sale otro CRIADO.*)*

CRIADO. ¿Señor?

EUSTAQUIO. ¿Qué ha sucedido?
Dime lo que te acobarda.

CRIADO. Los criados que de guarda
en tus tierras han servido
a todos la peste ha herido,
todos muertos se han quedado.

EUSTAQUIO. ¡Dios por ello sea alabado!
¿Hay más?

CRIADO. Sí, señor.

EUSTAQUIO. Pues di.

CRIADO. Que una tempestad que vi
todos tus campos taló.

(Vase.)

EUSTAQUIO. Con eso Dios me libró
del afán que merecí.

TEOPISTE. Luego viene a ser favor
el habérnoslo quitado,
pues nos ahorra el cuidado
y nos duplica el valor.

RAPATRAM. En que aquéstos son regalos
se han empeñado los dos.
Locos están, pues a Dios
quieren que regale a palos.

TEOPISTE. En fin, esposo, ¿qué haremos
pues que tan pobres quedamos?
¿Dónde quieres que nos vamos,
o adónde quieres que estemos?

EUSTAQUIO. Vivir en Roma, Teopiste,
no me parece acertado,
por la razón que tu estado.
¡Grande tristeza me asiste! *(Ap.)*
Pasemos a otra región,
que, no siendo conocido,
en un oficio abatido
¡ay, prendas del corazón!,
procuraré que pasemos
viviendo de mi sudor.
(Mucho me falta el valor;

mas, penas, disimulemos.)
No siento la cobardía:
mi esposa, y sea peor,
que me aqueje su dolor
o me mate el ansia mía.

TEOPISTE. (Por más que encubrir intento *(Ap.)*
de este infortunio el rigor,
ni bríos tengo al dolor
ni fuerzas al sentimiento.)

EUSTAQUIO. ¿Es posible que han de verte
a pie caminar mis ojos
por entre breñas y abrojos
sin que el ansia de atenderte
basilisco no me sea
que, entrándome al corazón,
muera de aquella pasión?

TEOPISTE. Más congoja es que te vea
yo como dices a mí,
habiéndote visto entrar,
gloria de Roma, a triunfar,
sólo vencido de ti.
Por tu vida triste calma,
que no apures la ocasión
liquidando el corazón
por las ventanas del alma.
(Aunque refrenallo intento
los párpados se humedecen;
congoja a congoja crecen.)

EUSTAQUIO. (Pero mis penas desmiento *(Ap.)*
esforzándola a sufrir,
que es el ejemplo muy fuerte,
que si ella llorar me advierte,
¿qué le queda que sentir?)

TEOPISTE. (Mas separarme es forzoso *(Ap.)*
porque Eustaquio no lo sienta.)

EUSTAQUIO. Señora, grave tormenta
y trance bien congojoso.
Teopiste, ánimo, brío,
que por Dios lo padecemos;
muchos males esperemos.

TEOPISTE. Vengan todos, que confío
que El nos ha de dar valor
a padecer y sufrir.

EUSTAQUIO. (Aunque quiero desmentir *(Ap.)*
las ansias de mi dolor,
no puedo, porque las siento
más en mi esposa que en mí.
Quiero apartarme de aquí,
que ya me falta el aliento.)

TEOPISTE. ¿Cómo me escondes la cara?
¿Aun no tengo ese consuelo?

EUSTAQUIO. Voy fuera. ¡Qué desconsuelo!

TEOPISTE. Señor, primero repara...

EUSTAQUIO. No hay que reparar. Adiós.
Presto a verte volveré.

TEOPISTE. Dios fortaleza nos dé.

EUSTAQUIO. Dios nos consuele a los dos.

RAPATRAM. Yo haré de mi ley alarde
como Dios me guarde el juicio.

LUCRECIA. Para aquese beneficio
la petición llegó tarde.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

SEGUNDA JORNADA

(Salen SAN EUSTAQUIO, TEOPISTE *y sus dos hijos y* RAPATRAMA.)

EUSTAQUIO. Cansada, esposa, vendrás,
porque es la tierra fragosa
y hemos caminado mucho.

TEOPISTE. Si lo emprendiera yo sola
sintiéralo; mas con vos,
y por Dios, la pena es gloria.
Ninguna fatiga siento.

RAPATRAM. Pues a mí muchas me sobran,
que estos caballos de a pie,
aunque es verdad que no trotan,
tal vez quieren refrescar,
y siendo así que una gota
no tenemos del licor
que se chifla y que se sopla,
agarrada a cada pie
pienso que traigo una bota,
y más que todo esto siento
que se me quedase en Roma,
con sus padres, mi Lucrecia,
que era alivio a mis zozobras.

EUSTAQUIO. ¿Y vosotros, hijos míos?

AGAPIO. Algo el andar nos congoja;
mas Dios, que gusta de aquesto,
nos anima y nos conforta.

EUSTAQUIO. El sea alabado por siempre,
que me dió hijos y esposa
que, disimulando penas,
con su gusto se conforman.

RAPATRAM. Siempre están a mediodía
mis tripas que se alborotan,
que es república neutral
y se amotina por horas,
y así vamos a comprar
algo que estos niños coman.

EUSTAQUIO. En este apacible sitio
que de enebros se corona,

siendo frondosos montados
que al sol se oponen en tropas,
porque de él la batería
que se precipita a bombas
no abrase tanta esmeralda
y no queme tanta alfombra,
puedes, Teopiste, quedarte
junto a esa fuente sonora
que deleita y que divierte
desparramando su aljófar,
mientras que vamos los dos
a ver si acaso se topa
en el lugar un barquero
que de esta orilla a la otra
pase esta humilde familia.

TEOPISTE. Pues vete, esposo, en buen hora,
que tus dos hijos y yo
nos quedaremos a solas.
Vaya con vosotros Dios.

RAPATRAM. El te guarde y dé su gloria.

(Vanse.)

TEOPISTE. Sentémonos a esta fuente
que como plata atesora,
cuidadosa de su dicha,
ni un instante reposa.

AGAPIO. ¡Ay, madre, qué lindo fresco!
A dulce sueño provoca.

(Echanse en la falda los dos hijos.)

TEOPISTE. A quien buena gana tiene
cualquiera salsa le sobra.
Ya se han quedado dormidos,
y esta estancia promontuosa
me asegura que yo pueda
acompañarlos sin nota.

(Duérmese TEOPISTE. *Sale un* PIRATA *con una pistola.)*

PIRATA.

A la fragata dejo
amarrada a un escollo de ese espejo
que hecho lienzo de plata
él mismo se bosqueja y se retrata
por hallar una fuente
que me dé su corriente
y a mitigar en ella
el ardor de una sed que me atropella.
Ameno sitio, umbroso,
¡qué enlazado! ¡qué ameno! ¡qué frondoso!
Pero ¿qué es lo que advierto,
Júpiter soberano? ¿Estoy despierto?
Aquí reposa una mujer dormida,
y a un mismo tiempo causa muerte y vida.
Del cristal en la fuente
su beldad se repite vivamente.

(Está reclinada sobre el brazo.)

Sobre el brazo inclinada
se ve el aurora en rosicler bañada,
que en su divina esfera
ya me parece sol, ya primavera.
¿Quién aquí te ha traído
con esas prendas de tu dulce nido,
siendo tregua tu aliento en quien reposa,
vertiendo grana la purpúrea rosa?
Pero ¿en qué me acobarda
a gozar esta dicha que me aguarda?
¡Júpiter soberano!
¡Peregrina beldad!

(Cógela de la mano, y ella se despierta.)

TEOPISTE.

¡Ay! ¿Quién la mano
me toca de esta suerte?
¡Qué susto! ¡Qué zozobra! Lance fuerte.
Dime quién eres, hombre,
que así te has atrevido.

PIRATA.

No te asombre,
a tus verdes abriles
lo que se acasionaron por pensiles.
Más te aumentas hermosa
con cubrirte de nácares ansiosa.
Temiendo tus agravios,
para quejarte, toda te haces labios.

TEOPISTE.

Como muerta he quedado.

PIRATA.

Eso te gané yo de adelantado.

TEOPISTE.

Pues las manos me suelta,
que a morir ¡vive Dios! estoy resuelta
si alguna grosería
solicita emprender tu tiranía.
Además que mi esposo
tardar no puede ya, que cuidadoso
se llegó a aquella aldea.

PIRATA.

Dudo que aquesto como dices sea,
Ningún temor dispierto.
¿Qué me puede ofender si está ya muerto?
No resistas, esquiva, tanto,
excusado es tu decoro, cuando
por cielo y por deidad te adoro.

TEOPISTE.

Primero has de matarme.

(Mas ya veo quién puede asegurarme.)
¡Dios! valor en mí vierte.
Mi intento he conseguido de esta suerte.)
(*Quítale la pistola de la cinta.*)

PIRATA.

¿Qué es, mujer, lo que has hecho?

TEOPISTE.

Defender vida y honra a tu despecho.

PIRATA.

Más con eso me irritas.
Si te atreves tu muerte solicitas.

TEOPISTE.

Sólo dudo arrojarme,
no por temer la muerte que has de darme,
por el impedimento
que puede conseguírsele a mi intento.
Esta roca es bien rara,
pues a mi honor sin conocerme ampara.

PIRATA.

¡Vive Dios, que me abraso!

TEOPISTE.

Más propiamente lo dirás si un paso
mueves; a mi despecho,
taladrarte con plomo tengo el pecho.

(*Sale* EUSTAQUIO *congojoso.*)

EUSTAQUIO.

¡Lo que me he apresurado!
Casi he venido como arrebatado.
Teopiste, dilo presto, ¿qué es esto? (1)
¿Cómo estás de esa suerte?

TEOPISTE.

(Disimular intento,
porque fuera mayor el desacierto (2)
si yo se lo dijera,
pues en otro peligro me metiera.)
Señor, aqueste hombre,
perdone sabio a quien ignora el nombre,
a beber a la fuente
llegó tan libre y impensadamente,
que viéndole a mi lado,
yo sola y el lugar acomodado
a cualquier desafuero,
de tanto riesgo asegurarme quiero. (1)
Y habiendo reparado
que al bajarse a beber ésta ha dejado,
de improviso la tomo,
tiro la llave y guárdome su plomo,
que, aunque no dijo nada,
poco importa pecar de adelantada,
que la ocasión alienta
al hombre aún más allá de lo que intenta.
Esto es, en suma, todo
la causa; siento hallarme de este modo.
La pistola pedía,
y dársela hasta verte no quería.

PIRATA.

(¿Hay mayor excelencia?
Con su beldad compite la prudencia.)

AGAPIO.

(¡Ay, Jesús, qué mentira!
Aquesto dijo porque padre mira.)

EUSTAQUIO.

(Con esto he sosegado. (*Aparte.*)
Nunca me conocí tan reportado.)
Pues vuélvele, Teopiste,
a ese señor sus armas. (Mal resiste
el alma este contento.)

PIRATA.

(Más con esto mi amor siente el tormento.)
Salí de mi fragata
que cisne vuela en este mar de plata,
a beber a la fuente,
y aquesto sucedió tan brevemente,
que pienso que fué sueño.
(No fué poco librarme de este empeño. (*Ap.*)
si bien de amor me abraso.)
Soy mercader, y para Egipto paso.

EUSTAQUIO.

¿Que camináis a Egipto?

PIRATA.

Mediante Apolo, aqueso determino.

EUSTAQUIO.

Ese es nuestro camino,
y algún vaso aguardar me determino.

PIRATA.

(¡Ah! Si yo consiguiera (*Aparte.*)
hacer que en la fragata se metiera!
Mucho lo desconfío.)

---

(1) Quizá se escribiesen estos dos versos así:
Teopiste, dilo presto:
¿Cómo estás desa suerte? ¿qué es aquesto?
(2) Será "descontento", y no "desacierto".

(1) En el original, "puedo".

¿Para qué aguardáis otro estando el mío
tan desembarazado?

EUSTAQUIO.

Con tan grande favor quedo obligado.

TEOPISTE.

(No [es] esta opinión mía.
Temo de aquéste alguna alevosía;
mas yendo con mi esposo,
no me acobarda nada peligroso.)

PIRATA.

Pues voy a ver si viene
un amigo que sólo nos detiene.

(*Vase. Sale* RAPATRAMA *con unas alforjas.*)

RAPATRAMA.

De este lugar infiero
que está en él el Demonio por ventero.
¿Hay tal lo que han llevado
y más lo poco que han [aquí] dejado?

(*Sale el* PIRATA.)

PIRATA.

Ya embarcarnos podemos.

RAPATRAMA.

Oyen vustedes, ¿[antes] no comemos?

PIRATA.

(Como ella entre primero,
mi mayor dicha conseguir espero,
pues retirando el vaso,
robar tengo el incendio en quien me abraso.)

(*Entranse todos, y queda solo* RAPATRAMA.)

RAPATRAMA.

¿Por adónde ha venido
aqueste figurón entremetido?
Su dinero éste ahorra
y en aqueste viaje mete gorra.
Hay de esta suerte algunos
que a tiro de arcabuz, por importunos,
güelen cualquier comida,
viniendo a ser gorrones de por vida.

(*Mira adentro.*)

Ya Teopiste ha saltado.
Quiero ir no me dejen olvidado.

(*Adentro* VOCES.)

VOZ. ¡Iza!
VOZ. ¡Zaloma!
VOZ. ¡Leva!
EUSTAQUIO (*adentro*). Tened esa fragata,
que toda el alma me lleva,
o por estos golfos de agua
entraré a morir por ella.
TEOPISTE (*ad.*). ¡Esposo! ¡Eustaquio! ¡Señor!
¿no ves que te desesperas
y que a Dios así le ofendes?
AGAPIO (*adentro*). Madre mía, que nos deja
y se va. ¿Qué hemos de hacer?

(*Descúbrese en lo alto la fragata con el* PIRATA. TEOPISTE, *dos* REMEROS, *y salen al tablado* EUSTAQUIO, *sus hijos.*)

EUSTAQUIO. Deme Dios su gran paciencia,
que bien menester la tengo.
TEOPISTE. Sólo, Eustaquio, te consuela,
en tanto mar de desdichas
y en tanto golfo de penas,
que no pierdas el honor,
porque Dios, sabio, tantea
con el sujeto el trabajo,
y ése, insufrible, me fuerza.
Pero Dios nos está amando,
pues de nosotros se acuerda;
digo, los santos trabajos
de su amor clara evidencia;
no ha de querer apurarnos
para que todo se pierda.
EUSTAQUIO. Pirata, que cauteloso
me robas la mejor prenda;
aunque Dios permite agravios,
es juez y castiga ofensas.
TEOPISTE. ¡Adiós, Eustaquio! ¡Adiós, hijos!
PIRATA. Infame canalla, rema,
que retardándome estás
las glorias que se me acercan.

(*Cúbrese la fragata.*)

TEÓFILO. ¡Ay, padre! ¿No ha de volver?
EUSTAQUIO. ¡Ay, honor, cuál titubeas,
fluctuando en dos peligros!
¡Qué desdicha! ¡Qué inclemencia!
¿Hay dolor como el que sufro?
Que me roben con cautela
la vida ¡pluguiera a Dios!,
con eso no padeciera
tanta lluvia de pesares,
tanta tempestad de penas.
Aquella montaña altiva
que con ceño al cielo trepa,
desasida de sí misma
sobre mí no se cayera
y acabara con un golpe
tanto golpe de miserias.
Pero tente, lengua mía,
que tus dichas atropella,
no malogre tu ventura

colérica mi advertencia.
Mártir soy en el honor,
pues la fatiga postrera
el mayor mal de los males,
que todo muriendo cesa,
y aquésta, como es infamia,
achaques tiene de eterna.
¿Hay martirio como el mío,
de que un hombre honrado vea
a su esposa en brazos de otro
y que ha de tener paciencia?
Por ser cristiano y saber
que el Dios que por Dios confiesa,
para que no me extrañase,
cuando padecer me viera,
en la tabla de la Cruz
de los mártires idea,
se pintó al vivo tan muerto,
si bien muerto de clemencia,
que el pincel del padecer
con las colores de afrentas,
no lleva a imitar un rasgo
de tantas como él ostenta.
Mas ¡ay, dolor! a la vista
se pierden los que la llevan,
pareciendo, por lo lejos,
la fragata que navega
cómo los celos y mar
se visten de una librea.
Si mar que corre del fin,
si cielo que nube vuela.
Ya se borró de la vista
y mis ansias cobran fuerza.
¡Ay, corazón! Que no cabes
en tu esférica caverna,
y derretido en el fuego
que en las congojas te engendras
animado eres arroyo
que del cuerpo, por las venas,
subes trepando a los ojos,
y, como fueron las puertas
por donde sentí mi agravio,
por que se mire por ellas,
del veneno atosigadas
vuelven huyendo a su esfera
a que les sirva sepulcro
quien fué su cuna primera.

RAPATRAM. ¿Acabaste de llorar?
Mira que es grande imprudencia
que llegues a sentir tanto
el que la mujer te llevan.
¡Cuántos me están escuchando
que a gran dicha lo tuvieran!

EUSTAQUIO. ¿Adónde iré, Cielo santo?

AGAPIO. Vámonos tras ella.

RAPATRAM. Fuera gentil pepitoria
por tantos mares y tierras,
sin saber adónde y cómo.
Demos a Roma la vuelta,
que tengo miedo a este monte,
albergue de tantas fieras.
Solamente no habrá lobos,
porque del agua reniegan.

EUSTAQUIO. Paréceme, Rapatrama,
que este río que atraviesa...
por la falda de este monte
pasemos.

RAPATRAM. ¿Aqueso piensas?
¡Ay, señor! Perdiste el juicio
o si no te desesperas.
El Diablo me trujo acá.
¿Qué barcos o qué galeras
tenemos para pasarle?

EUSTAQUIO. Llevaré estos dos a cuestas,
uno a uno. Tú. a mi lado,
te vendrás la vez postrera.
Yo me voy a desnudar.
Aquí, con éste, me espera.

(*Vase* AGAPIO.)

RAPATRAM. Ya se fué. Con las alforjas

(*Va desvalijando las alforjas, sacando lo que va diciendo.*)

quiero ajustar cierta cuenta,
que él por el río allá, nada;
yo algo, acá, por la ribera.
No es muy blanco el señor pan;
las aceitunas se acuerdan
de Crispín y Crispiniano,
porque me saben a suela;
Argos se parece el queso,
con que bien claro se prueba
que las hermanas Cabrillas
tienen con él parentela.
Oyes, digo que es cabruno,
porque eres bobo y lo entiendas.
Aquesta bolsa de Baco,
que bota quieren que sea,
no hay remedio que esté blanca
por más y más que la cuelan.
¡Válganme cinco mil dioses,

(*Bebe.*)

que bien que sabe! Recrea.
Otra vez, alto, arribita.

(*Desentona la voz.*)

¡Qué gustoso se despeña!

Pero ¡ay, ay, ay! que me caigo;
todo el campo se voltea,
cómo se mece y columpia
y me duele la cabeza.
¡Cosa que me emborrachara!
No, en mi vida de mil leguas,
porque como con la honra
no puede haber epiqueya,
ninguno mejor que naide.
Pero, chulo, ¿a quién entierran
que vienen con tantas hachas?
Parece que va de veras.
¡Qué amargor tengo en la boca!
Con esto se azucarea. *(Bebe más.)*
Mas ¡voto a Dios! ¡voto a Dios!
que este vino de la venta
me ha encantado con hechizos.
Ni sé si en cielo o en tierra
estoy. Dime ¡por tu vida!,
¿quién me ha llevado las piernas
y ha dejado los zapatos?

TEÓFILO. ¿Pues las piernas no son éstas?

RAPATRAM. ¿Aquéstas son? ¡Qué mentira!
Pero, vaya, de merienda
¿es aqueste pan o queso?
¡Cómo güele, si vivieran
ratones, yo soy buen gato!
¡Ay, Apolo, el alma tiembla!

(Sale un león poco a poco.)

Para ratón es muy grande.
¡Barrabás, los ojos que echa!
El Diablo que le esperara:
mas que de todo dé cuenta.
Si me sigue, al agua me echo.

(Vase.)

TEÓFILO. ¡Padre, padre, que me llevan!

(Coge el león al muchacho, y sale EUSTAQUIO *en calzoncillos y camisa.)*

EUSTAQUIO. ¿Hay más trabajos, Señor?
Teófilo es el que se queja.
Mas ¿aquí no quedó? ¡Ay, cielos,
de nuevo el dolor se aumenta!
¡Teófilo! ¡Teófilo! ¡Hijo!
No responde. ¡Qué tristeza!
¿Aun no hay alguien que me escuche
por que no se compadezca?
Que es alivio, y Dios no quiere
que aun ese alivio yo tenga.
No estará aquí. ¡Qué tormento!
¿Si lo llevó alguna fiera
y, como es tierno cordero,
en sus carnes se apacienta?
Detente, bruto feroz,
si es lo que el alma piensa,
que de él desgarras las carnes
y el corazón me atraviesas.
De esotra parte del río
Agapio aguardando queda;
de aquí se ve dónde está;
mas otra desdicha nueva.

(Mira hacia el vestuario.)

Un oso con él se abraza
como si fuera colmena,
y, levantándole en peso,
por entre riscos y breñas
corriendo, para encubrirse,
toda mi vida atormenta.

(Dentro AGAPIO.*)*

AGAPIO. Padre y señor, ¿dónde estás?
¡Que me matan! ¡Que me llevan!

EUSTAQUIO. ¿A qué aguardo? Voy tras él.

VOCES *(dentro)*. Cercalde, no se nos pierda.
Baja al valle.

VOZ. ¡Al monte! ¡Al monte!

EUSTAQUIO. Si el paso hacia allí se alienta,
si estas voces le embarazan,
si es Teófilo causa de ellas.
Si paso de la otra parte
es frustrada diligencia,
porque vuelva una desgracia
y tarde un remedio llega.
¿Qué he de hacer? ¡piadoso Dios!
Ved que me anego en las penas.
¡Ay, Agapio! Te perdí,
aquesta desdicha es cierta,
de un animal en los brazos.
¡Qué brazos tan sin clemencia!
¿Si agora se está trinchando?
¡Que de aprendello no muera!
Quiero llamar a Teófilo,
puede ser que a la voz venga.
¡Teófilo!

RAPATRAM. ¡Teófilo!

EUSTAQUIO. ¡Ay, Dios!

RAPATRAM *(dentro)*. Pienso que el eco resuena
en las bóvedas del monte
o en las grutas de estas peñas.

EUSTAQUIO. Toda asombros es mi vida,
toda prodigios la tierra.
¡Teófilo!

RAPATRAM. ¡Teófilo!

EUSTAQUIO. Rapatrama es éste. Intenta,
como yo, que le responda.

Llamarle quiero. Las nuevas
me dará de lo que pasa.
Pero pienso que ya llega
de mis voces conducido.

(*Adentro* RAPATRAMA, *asomándose.*)

RAPATRAM. Oye, ¿está?
EUSTAQUIO. Sal acá fuera.
RAPATRAM. ¿Cómo? Diga si está ahí,
y esto ha de ser muy de veras,
un ratón como un león.

(*Sale.*)

EUSTAQUIO. Ven, que me mata tu flema.
RAPATRAM. Uno que vino a comer
con una cara de suegra.
Eché a correr por no verle,
y aún corriendo me estuviera
si no escuchara tu voz.
Tal era su cara buena.
EUSTAQUIO. ¿Y Teófilo?
RAPATRAM. Aquí quedó.
EUSTAQUIO. ¿Quién duda que hizo en él presa?
Da al Demonio Dios licencia,
como la vida no quite,
a Job, que en todo le imite,
usa de toda violencia;
y con saber que hay paciencia
más que todo a un deshonor,
provoca en él su rigor,
no llega, al precepto, atiende,
pues en la vida le ofende
si le ofende en el honor.
Y aún es de más excelencia,
por tal el hombre lo siente
que es la vida un acidente
y de ella el honor la esencia;
luego ansí que con violencia
me la quitaron, me privo
de la que es vida y recibo
neutral martirio, tan cierto,
que lo juzgo como muerto
y lo siento como vivo.
Y en tanta congregación
de infortunios y de males,
los hijos, que son vitales
pedazos del corazón,
no sin divina atención,
también, Señor, los perdí,
porque no quedase en mí,
según de mudado estoy,
ni vida por lo que soy
ni señal de lo que fuí.
RAPATRAM. Señor: ¿dónde está el vestido,
que pareces marinero?
EUSTAQUIO. El río me le llevó.
RAPATRAM. Pues, señor, yo estoy dispuesto
de seguirte hasta la muerte.
EUSTAQUIO. Pues vamos, y en algún pueblo
de éstos que están por aquí
entrambos procuraremos
servir [a] alguien, porque así
lo que nos resta pasemos.
Si bien tengo gran fe en Dios,
que ha de servirnos con celo.

(*Vanse. Sale el emperador* TRAJANO, *leyendo una carta, y* CLAUDIO, *que es el que hizo el papel del* DEMONIO.)

CLAUDIO. ¿No me dirás, gran señor,
qué te escriben del Oriente?
Que aunque tú, siempre prudente,
ostentando tu valor,
intentas disimular
la fuerza de tus enojos,
te estoy leyendo en los ojos
que es nueva de algún pesar.
TRAJANO. Concédote que es verdad.
Algún tanto me ha inquietado,
y lo que aumenta el cuidado
que pide gran brevedad
el que se remedie el mal,
porque del Asia las gentes,
los partos, inobedientes
a mi corona imperial,
por mí tres veces vencidos,
cuarta vez se han rebelado,
y con furor impensado,
de su enojo persuadidos,
ochenta mil combatientes
a sangre y fuego la guerra
entran talando la tierra
de los que están obedientes.
Y más a sentirlo vengo,
según las cosas están,
la falta de capitán,
que en Roma ninguno tengo
a quien poderle encargar
empresa tan importante,
y será bien que al instante
se le vaya a castigar.

(*Quédase* TRAJANO *pensativo.*)

¡Válgame Apolo sagrado!
¡Qué infeliz es mi memoria,
pues viéndome en tanta gloria,
hasta hoy no me he acordado

de un Capitán valeroso
que fué grande amigo mío,
de cuyo esforzado brío
estuvo el mío envidioso
cuando Tito y Vespasiano
al hebreo guerra dieron
y el templo le destruyeron,
que llora siempre, aunque en vano.
De Roma era natural,
rico y de linaje altivo.
¡Ah, si fuese agora vivo,
fuera el remedio total!
Claudio, ¿por ventura sabes
si en Roma está un Capitán
a quien pienso llamarán
Plácido?

CLAUDIO. Infortunios graves
de Roma le han desterrado
con sus hijos y mujer.
Pienso que se fué a esconder
de Egipto en lo retirado.
Que vino a mucha pobreza
y se fué por no ser visto.
(¡Mal mi pasión la resisto! *(Ap.)*
¡Cómo tuviera a fineza
que Trajano me mandara
irle a buscar, porque viera
de mi amor la ardiente esfera
y el alma se sosegara
en la imagen de su fe,
de Teopiste en la belleza!)

TRAJANO. Pues luego hacia Egipto ve
con la posible presteza,
y lleva gente contigo,
por que, repartidos todos,
le busquen por varios modos.
Porque si verle consigo,
te prometo un gran favor
en premio de tu cuidado.

CLAUDIO. Pues con aqueso esforzado,
no te desveles, señor,
que como Plácido viva
le he de traer, ¡vive Apolo!

TRAJANO. Pues yo pienso que en él solo
aquesta vitoria estriba.
Y así, vamos a escribir
por que le lleves un pliego.

(Vase.)

CLAUDIO. Mariposa soy que al fuego
de su amor he de morir.
¡Albricias, Fortuna mía,
pues voy a ver a Teopiste,
quien cuanto más se resiste
mayores afectos cría!

(Vase, y sale SAN EUSTAQUIO, *de ganadero, con un cayado.)*

SAN EUSTAQUIO.

Empinadas montañas,
que del zafir eterno sois Atlante,
sustentándole apenas
a mi ganado errante
por aquestas campañas
que, de esmeraldas llenas,
búcaros sois de la florida aurora,
para beber lo que trempano llora.
Tres lustros han pasado
que gobierna el ganado mi cayado;
al pasto le conduce
y en lo aparente por aquí produce
con su blanco algodón puesto con nieve
cuando animado de mi voz se atreve.
Aquí paso mi vida
olvidado de mí tan pobremente
como pastor que guarda
esta hacienda adquirida,
que de ella aumento aguarda
quien mi vida sustenta,
no siendo aquesta mi menor tormenta,
que servir quien mandaba
mucho del sufrimiento al hombre acaba.
Mas para no anegarme,
siempre, mi Dios, sois norte a consolarme
a quien mi espera, aguja de tus rayos,
surca en consuelos lo que ve en desmayos.
Mas lo que más me ofende
es la memoria de mi esposa amada
y de mis dos hijuelos.
¡Qué penetrante espada
que el corazón me hiende
en continuos desvelos!
De los hijos no es tanto,
que si ya muertos son, enjugo el llanto;
mas mi esposa Teopiste
es la congoja que mayor me asiste.
¡Oh, Señor! ¡Si supiera,
por que deste cuidado me librara,
y muerta o viva siempre os alabara!

(Sale CLAUDIO, *de bandolero.)*

CLAUDIO. A la falda de este monte
humilde le besa el pie,
una aldegüela de aquestos
hombres mi albergue fué.
Llegué con mi compañía,

por Plácido pregunté,
y después de algunas señas
que vive aquí me informé
apacentando ganado
quien de Marte asombro fué.
Porque viva la malicia
en los villanos se ve,
no me atreví a preguntar
por la Venus más cruel.
Con el traje de bandido
me he querido guarecer,
porque si el fin no consigo,
bajando al lugar podré,
quitándome este disfraz,
dejarme de él conocer.
¡Ay, prenda del alma mía,
Teopiste, si te hallaré!

EUSTAQUIO. ¿Quién aquí nombró a Teopiste?
¡Un hombre, y, al parecer,
es bandido de estos montes!
¿Qué intento puede tener?

CLAUDIO. Un pastor he descubierto,
aquéste preguntaré
si vive la que idolatro,
muerte y vida de mi ser.—
Pastor, que Júpiter guarde,
si sabéis, ¿no me diréis
adónde Plácido está?

EUSTAQUIO. (Negarme quiero y saber
por qué a Teopiste nombró
y a qué fin me quiere ver.)
Compañero suyo soy
y su más amigo fiel;
presto vendrá adonde estamos.
Mas, pienso que a una mujer
llamábades cuando os vi.

CLAUDIO. Juzgastes mal; sólo fué
una exclamación del alma.

EUSTAQUIO. Luego, ¿mucho la queréis?

CLAUDIO. Más que a mi vida la estimo.

EUSTAQUIO. ¿Y no os paga?

CLAUDIO. Es con desdén.

EUSTAQUIO. Y a vista de no quereros,
¿con amor permanecéis?
Que engendra el desaire olvidos.

CLAUDIO. En mí no lo puede haber,
que dejo a veces quererla
por poderla más querer.

EUSTAQUIO. (Aunque cubierta la cara,
por el talle y voz diré
que es aquéste mi enemigo
Claudio, que debió saber
que en este monte vivía
con pobreza y mendiguez,
y juzgando que mi esposa
conmigo está, ¡qué altivez!,
debe de querer roballa,
pues que de su boca sé
que esta su pasión antigua,
aunque ciega, vive en él.)

CLAUDIO. (Muriéndome estoy de pena
por alcanzar y entender
si Teopiste vive o muere.
Con cautela lo sabré.)
¿No era Plácido casado?

EUSTAQUIO. (¡Qué presto llegó a verter *(Ap.)*
el veneno que guardaba!
Pero yo le apagaré
la llama como me abrasa.)
Días ha que su mujer
murió ahogada de congojas.

CLAUDIO. ¿Sabéislo bien?

EUSTAQUIO. Bien lo sé.

CLAUDIO. ¿Que se marchitó su abril?
¿Que faltó su rosicler?
Pues ¿para qué quiero vida,
que jamás podrá tener
consuelo a tanta desdicha?

EUSTAQUIO. (Del pesar y del placer *(Aparte.)*
no es éste el menor tormento.
¿Qué ¡Cielos! tengo de hacer?
Si me doy por entendido,
me obligo luego a emprender
la venganza de este agravio.
Si lo disimulo, a ser
viene infamia. ¡Qué fatiga!
¡Nunca tan sin mí me hallé!)

CLAUDIO. (Este pastor... Yo estoy ciego.
pues que no lo reparé,
se ha demudado y me mira.
Si es Plácido... ¡Ay, Dios! El es,
aunque los años labraron
tan otro su parecer.
¡Oh, mal haya mi pasión!
¡Qué presto que me arrojé!)

EUSTAQUIO. (¡Mucho mira, y es posible
que me venga a conocer,
empeñándonos los dos,
sin podernos socorrer,
en que él acabe conmigo
o que yo acabe con él.)

CLAUDIO. (El es osado y valiente,
y celoso, es de temer
cualquiera resolución.
Así de aquesto saldré.)
Mucho tarda, y pues no viene,

cuando venga le diréis
que Claudio...

EUSTAQUIO. ¡Muere a mis manos,
traidor!

(*Saca la espada.*)

CLAUDIO. ¿Qué es esto que hacéis?

EUSTAQUIO. Perdonad, que fué un delirio,
que, sin poderme valer,
me arrebató los sentidos.

CLAUDIO. Pues la espada me volved.
(¡Qué justamente temía!) (*Aparte.*)

EUSTAQUIO. Tomalda; pero atended
(Si él en que es Claudio se queda
lo echamos todo a perder.) (*Ap.*)
que soy tan amigo suyo,
que porque ese Claudio sé
que le ha intentado agraviar,
iba a mataros por él.

CLAUDIO. Decid, pues, a vuestro amigo
que el que dije, ya entendéis,
con un pliego de Trajano
General le viene a hacer
del Oriente contra el Parto.

EUSTAQUIO. (Y de aquesto inferiré
que es, mi Dios, de vuestra mano.)

CLAUDIO. ¿Qué dices?

EUSTAQUIO. Que le diré...

CLAUDIO. Lo que os he dicho.

EUSTAQUIO. Eso sí.

CLAUDIO. Pues en aqueste primer
lugar nos hallará a todos.
(El disfraz me quitaré.
¡En mucho aprieto me vi!)

EUSTAQUIO. (¡Gran auxilio de Dios fué
el que yo no le matara!)

CLAUDIO. Al monte a buscarle iré.

EUSTAQUIO. No me parece acertado.
No es menester que os canséis.

CLAUDIO. Pero ¿qué diré a Trajano?

EUSTAQUIO. Por Plácido, le diréis
que aceta el bastón, y yo
por vos lo aceto y por él,
que es muy mi amigo y mi deudo,
puesto que pastor me veis.

CLAUDIO. Pues las romanas legiones,
cuando en su poder estén
los despachos del Senado,
le vendrán a obedecer.

EUSTAQUIO. El irá a besar la mano
al César, y yo seré
quien de la embajada vuestra
los fines le dé a entender.

CLAUDIO. (Por su honra disimula.) (*Aparte.*)

EUSTAQUIO. (Por ser quien soy, callaré.) (*Ap.*)

CLAUDIO. Si vence al Persa es gran dicha.

EUSTAQUIO. Su valor sabrá vencer
mayores dificultades.

CLAUDIO. ¿Mayores?

EUSTAQUIO. Sí; mayor es
la vitoria de sí mismo
que otra alguna.

CLAUDIO. (Dice bien.) (*Ap.*)
Adiós, pastor entendido.
Hasta volvernos a ver.

EUSTAQUIO. A mí no me veréis más.
Con Plácido sí os veréis,
y él os buscará en la guerra.

CLAUDIO. Quedad a Dios.

(*Vase.*)

EUSTAQUIO. Adiós, pues.
¡Oh, soberanos juïcios!
¡Otra vez, Señor, queréis
darme la dicha en el monte,
donde la primera hallé!
Mas, quizá por este modo
queréis que llegue a tener
de mis ya perdidas prendas
la noticia que no sé.
Dicha será y favor grande;
mas también me acuerdo que
me convidasteis entonces
a sufrir y a padecer.
Vuestra voluntad se haga,
que en la guerra ya tendré,
al estruendo de las armas
y del furor al tropel,
en asaltos y batallas,
ocasión de merecer.
Y quien en fe de los dioses
supo ejércitos vencer,
mejor lo hará peleando
por vos y por vuestra fe.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

(*Salgan el* EMPERADOR *y* CLAUDIO *y* PLÁCIDO *y* RAPATRAMA *y acompañamiento.*)

EMPERAD. Plácido, de tu vitoria
noticias bastantes tengo.
Sé que acetaste el bastón
cuando, pobre en el desierto,

estàbas, y te elegí
contra los persas soberbios
(de los dioses inspirado)
por General del Imperio.
Que fué Claudio quien te habló
en mi nombre, y sé que luego
con las legiones romanas,
de que Claudio te hizo dueño,
partiste, marchando en tropas;
marchaste, partido en tercios.
Sé que diste la batalla
en los campos damascenos,
que de Júpiter al rayo
y que de Marte al estruendo
se estremecieron los montes
y unos con otros se dieron.
Sé que venciste a los persas.
Sé que vencidos huyeron,
quedando el laurel romano
vitorioso por tu esfuerzo.
Sé lo que debo a tus armas.
Sé lo que debo a tu aliento.
Sé que vuelves vitorioso,
y sé que excuso con esto
una relación pesada
de la dicha y del suceso.
Tú has de saber (esto importa)
que son los dioses supremos
más dueños de la vitoria
que tú y tus soldados mesmos,
mucho más que esto y que Roma.
Todo lo he dicho con esto.
Que sobre fortuna y hado,
sobre valor y ardimiento
de ejércitos numerosos,
la religión es primero.
Y pues con tantas ventajas
vitorioso a Roma has vuelto,
sacrificar a los dioses
tú, el Senado y yo debemos,
reconociendo el favor
de aquel sagrado Colegio
que, sin dependencia humana,
obra tan altos misterios.

PLÁCIDO. Señor, ya que lo has sabido
todo, y que a tus plantas vengo
para recibir aplausos
que ni pido ni merezco,
más te queda por saber.

EMPERAD. ¿Más?

PLÁCIDO. Mucho más. Lo primero,
que Plácido no me llamo,
sino Eustaquio, porque habiendo
mudado vida, mudé
nombre, y aunque soy el mesmo,
no soy el mesmo.

EMPERAD. ¿Por qué?

PLÁCIDO. Porque soy cristiano y tengo
con el bautismo otro nombre,
otra luz, otro pretexto,
otra Religión, que adoro,
aunque al Imperio obedezco.

EMPERAD. Mira bien, Plácido; mira
lo que dices.

PLÁCIDO. Ya lo veo.

EMPERAD. ¿A tus dioses has dejado?

PLÁCIDO. Ni los busco ni los dejo;
pero busco una verdad
y busco a un Dios verdadero.
Busco a Cristo.

EMPERAD. ¿A Cristo buscas?
¿A un hombre que en un madero
padeció muerte?

PLÁCIDO. Por mí,
por ti y por todo su pueblo.
Dios era Cristo, y aunque hombre,
estaban en un sujeto
el ser humano y divino.
Sólo Dios pudo hacer esto.
Murió en la cruz lo mortal,
pero no murió lo eterno.

EMPERAD. ¿De los dioses te desvías?
¿Su poder niegas? ¡Blasfemo!
Tú lo mirarás mejor,
que tus enigmas no entiendo.
Si hombre, ¿cómo Dios? ¡ingrato!
y si Dios, ¿cómo hombre? ¡necio!
Quédate, y piénsalo bien;
mira por ti, que ya temo
ver malogrado en tu muerte
lo que te estimo y te quiero.

(Vase.)

CLAUDIO. ¡Bárbaramente discurres!
¡Contra el divino decreto
del César necio porfías!
Quédate para grosero.

(Vase.)

RAPATRAM. Señor, tu victoria estragas,
mucho te alejas del premio;
mira que, enojado el César,
que estima tus altos hechos,
trocará el amor en ira,
la estimación en desprecio,
y seremos tú y los tuyos
de la indignación trofeos.

Adoremos a los dioses,
aunque sea de cumplimiento.
Señor, Plácido, o Eustaquio,
o si es esto u aquello,
vivamos, que poco importa
dalle a Júpiter de miedo
una falsa reverencia
y una vaca o un becerro.

PLÁCIDO. ¡Calla, bárbaro! ¿Eso dices?
La fe que adoro y profeso
no teme la muerte.

RAPATRAM. Yo
soy un menguado y la temo.
Volverá el César, y a ti
mandará llevarte preso,
como noble, al Capitolio,
a mí me pondrá en un cepo
con una cadena al pie
y una argolla en el pescuezo.
Vendrán un par de sayones
visajes haciendo y gestos,
con el brazo arremangado
y arremangado el acero
de sus tajantes cuchillas,
y al son de los instrumentos
que roncan hacia la muerte,
nos cortarán de un voleo
las cabezas, dando al campo
esmalte crudo y sangriento,
y lo que el Persa no pudo
hacer en ti, lo harán ellos.

PLÁCIDO. De cuanto diciendo estás
cuidado ninguno tengo.

RAPATRAM. ¿No? Pues en verdad, señor,
que es muy para tenerlo.

PLÁCIDO. Sólo Teopiste y mis hijos
cuidado darme pudieron;
no la vida, que la vida
no es más que un poco de viento;
mayormente, mayormente,
cuando por mi Dios la ofrezco,
que quiso perder la suya
por pagar yerros ajenos.
¡Teopiste mía! ¿Dónde estás?
¿Dónde estáis, pedazos bellos
del corazón que os adora
en tanto dolor deshecho?
Mas ¡ay! que de aquellos fieros
despedazados y muertos
vorazmente a su fiereza
serán precioso alimento,
y Teopiste del cosario
pirata será trofeo,
quedando yo con la vida
para mayor sentimiento.
¡Señor, pues sois tan piadoso,
doleos de mi mal; doleos
de un triste, que sólo en ellos
tiene su mayor consuelo!
¿Para qué le dais vitorias
a un desdichado, que, lleno
de pesares, se atropellan
unos en otros los riesgos?
A las armas de los Persas
me arrojé, atrevido y ciego,
por ver si encontraba en ellas
y en la muerte algún sosiego,
y me librastes de todo,
como si en todo el progreso
de mi vida fuera ya
mi vida de algún provecho.
¡Señor: desde lo profundo
os llamo, que me oigáis quiero!
¡Ah! Oídme, pues yo os oí
entre las armas de un ciervo.
Mujer y hijos os pido,
no Estados, grandezas, reinos,
sino aquella prisión dulce,
aquel dulce yugo honesto
donde me pusisteis vos
para amaros y ofreceros
tantas vidas cuantos tiene
átomos el sol del Cielo.

RAPATRAM. Señor: yo pienso que estás
dando voces en desierto,
que ese Dios a quien veneras
y adoras, si bien me acuerdo,
te ofreció trabajos muchos,
no alivios, no, ni consuelos.

PLÁCIDO. Pues vengan trabajos tantos
que hagan en mí contrapeso
a los de Job; vengan males,
que a padecerlos me ofrezco
por su amor.

RAPATRAM. Atiende, escucha;
que voces oigo en el viento.

(Cantan dentro.)

"Tus hijos y mujer viven,
y para mayor favor
tu esposa observa el honor
y a tus brazos se aperciben."

PLÁCIDO. ¿Quién por senda tan extraña
canta con tan dulce acento?
¿Quién me asegura el contento?
Pero el deseo me engaña,
que no soy yo tan dichoso

ni tanto bien merecí.
¡No es posible!

RAPATRAM. Yo lo oí.

(Salga un ANGEL, *en forma de pastor.)*

PLÁCIDO. ¿Quién eres, mancebo hermoso?
¿Quién eres, luz celestial,
que en ese tosco ropaje
tanto divino celaje
desmientes con el sayal,
tan en todo peregrino,
tan divino y tan humano,
que te vistes de villano
por encubrir lo divino?

ANGEL. Soy, amigo, un buen pastor,
como lo prueba el pellico,
y aunque mi padre es muy rico,
así me vistió el Amor.
Apaciento mi ganado
en este valle sombrío,
y aunque todo el hato es mío
y tengo dél gran cuidado,
se me suelen desmandar
las ovejas de tal suerte,
que me ocasionan la muerte
por haberlas de buscar.

RAPATRAM. Y quien cantaba ¿erais vos,
zagal hermoso?

ANGEL. Yo era.

RAPATRAM. ¡Quién otra vez os oyera!

ANGEL. ¿Cantaba bien?

PLÁCIDO. ¡Sí, por Dios!
Y lo cantado ¿es verdad?

ANGEL. Como tú Plácido eres,
y sé muy bien lo que quieres,
pues sola es tu voluntad
saber si Teopiste vive,
pues vive y viven también
tus dos hijos.

PLÁCIDO. Tanto bien
sólo de Dios se recibe.

ANGEL. Ya todos tres a tus brazos
llegan, contentos y alegres.
Recíbelos, y con ellos
a ver el Senado vuelve,
que ya por vitoria tanta
premio y corona te ofrece,
mas con trabajos tan grandes,
que, sufridos, te prometen
mayor triunfo, más vitoria
y más seguros laureles.
¡Queda en paz!

(Vuela por una tramoya.)

PLÁCIDO. ¡Fuése y dejóme
sin el consuelo de verme!

(Salgan TEOPISTE *y sus dos hijos,* AGAPIO *y* TEÓFILO, *ya grandes.)*

TEOPISTE. Aquí el pastorcillo hermoso
nos dijo en cláusulas breves
que mi esposo y vuestro padre
estaba.

PLÁCIDO. ¡Señor, valedme
hasta que por vuestro amor
rinda la vida a la muerte!

PRIMERO. Caballeros, ¿nos sabrán
decir dónde hallarse puede
el General del Imperio?

RAPATRAM. Por ti pregunta esta gente.

TEOPISTE. Por Plácido preguntamos,
si bien otro nombre tiene.
Por Plácido u por Eustaquio.

RAPATRAM. ¿Hasta cuándo ha de tenerte
embelesado el pastor?
Vuelve en ti, señor, y vuelve
a ver aquestos soldados,
que a verte y hablarte vienen.

PLÁCIDO. ¿Quién me busca? Mas ¡ay, Dios!
¡Qué alegría el alma siente!
¿Quién sois, señora? ¿Quién sois,
caballeros?

TEOPISTE. Quien previene
la mayor dicha en hallaros.

PLÁCIDO. ¡Teopiste! ¡Oh, cuánto se debe
a un Dios tan piadoso y santo!

TEOPISTE. Esposo, ¿en qué te detienes?
Tu esposa y tus hijos somos.

PLÁCIDO. ¡Amadas prendas, hoy llegue
mi fin; muera en paz, Señor,
según tu palabra!

TEOPISTE. Advierte
que han sido soldados tuyos
los dos que presentes tienes.

PLÁCIDO. ¡Hijos de mi corazón,
(Abrázalos.)
abrazadme muchas veces!

AGAPIO. ¡Padre mío, la mayor
ventura nos acontece,
pues tras de tantas fortunas...

TEÓFILO. Tras de tantos accidentes...

AGAPIO. Males, desdichas, trabajos...

TEÓFILO. Al fin llegamos a verte...

AGAPIO. General del sacro Imperio...

TEÓFILO. Vencedor de tantas gentes...

AGAPIO. Cuya victoria ha de dar...

TEÓBILO. Laurel sagrado a tus sienes. .

AGAPIO. ¡Gloria a Roma, al mundo espanto!
TEOPISTE. ¡Todo a la virtud se debe!
PLÁCIDO. No, sino a Dios, de quien viene
todo el bien; cuyo favor
siempre suyo y grande siempre,
me acobardaba por grande
para que no la dijese.
¡Qué buenos mozos que estáis!
¡Dios en su gracia os conserve!
RAPATRAM. ¿No habrá, como de barato,
para un pobre mequetrefe
media docena de abrazos,
que por su amor lo merece?
TEOPISTE. ¿Es Rapatrama, señor?
RAPATRAM. Sí, señora, aunque pobrete.
Arrójeme aquesos brazos.
(*Abrázala.*)
¡Qué graves que están vuecedes!
¿No se acuerda del ratón?
TEÓFILO. Ni sé tampoco quién eres.
RAPATRAM. Abrácenme y lo sabrán,
que a fe que mucho me deben.
¿Han visto lo que han crecido
en un día solamente?
EUSTAQUIO. ¡Quince años llamas un día!
RAPATRAM. ¡Vive tal! que me parece
que esta tarde ha sido todo.
EUSTAQUIO. Ahora bien, por que se aumente,
aunque parece imposible,
el gusto que el alma tiene,
nos contad de vuestras vidas
lo que ha que estamos ausentes.
TEOPISTE. Pues me toca a mí primero,
el hablar, esposo, atiende.

Ya me viste robar en la fragata
por aquel trato doble y alevoso
de aquel intruso amigo (al fin pirata),
con uno y otro remo, presuroso,
del fin nadaba en piélagos de plata.
Lloran mis hijos, trance doloroso;
sientes la injuria, vanme violentando,
quedas muriendo y pártome expirando.

Engólfome en el mar, falta tu vista,
siento tu ausencia, mi desgracia lloro,
temo el peligro, no hay quien le resista,
sólo conmigo se halla tu decoro,
frágil el muro, fácil la conquista,
prenuncios a mi honor de su desdoro,
y entre tanta fatiga, desconsuelo,
sólo se descubría el mar y el cielo.

Mas para afrentar mi pesadumbre,
a breves giros (¡qué desdicha extraña!)
un promontorio se descubre, cumbre
verde, a la vista toda su campaña
para que su pasión más se deslumbre.
Campo le elige de su infame hazaña;
manda bogar allá, y, a mi despecho,
aun antes de llegar lo dió por hecho.

Y aborda en tierra y sácame consigo,
llevándome, violenta, de la mano,
y de unos sauces al pequeño abrigo
acariciarme procuraba en vano.
Yo, que le considero mi enemigo,
a nuestro Dios invoco soberano,
y a mi acento obedientes los dos Polos
crujieron entre sí, riñeron solos.

Con vaivenes la tierra se estremece,
el cielo se encapota, fuego esgrime;
el mar con nuevas ondas se embravece.
Eolo brama y la montaña gime;
en mi defensa un ángel aparece,
que al Pirata con valor reprime
intrépido, cayó, y, en un momento,
él difunto quedó, yo volé al viento.

Porque del Paraninfo arrebatada
por la región del vago firmamento,
exhalación me penetré animada,
y en una aldea, sin decir su intento,
el Angel me dejó desconsolada.
Siento necesidad ¡oh, qué tormento!
Conjeturo que no sin fin el Cielo
allí me trujo; espero su consuelo.

El no tener esposo me violenta
que sirva humilde en una hospedería
de peregrinos que el lugar sustenta.
Lustros tres aguardé de día a día,
hasta que hoy en mi casa se aposenta
un capitán con éstos, que a porfía
la causa descubrieron de mi gloria.
El epítome es éste de mi historia.

AGAPIO.

Apenas me dejaste en la ribera,
cuando a mares lloré que me quedaba,
porque voraz un oso, bestia fiera,
que, hechas de él celosías, acechaba
por unas zarzas, me asaltó ligera.
Y abrazado conmigo me llevaba
como a pájaro el águila que, errante,
rompe el viento con pico de diamante.

Mas duróla la presa espacio breve,
porque de nuestro Dios la Providencia,
a quien este favor mi vida debe,
trujo unos labradores que, a clemencia
movidos todos, porque no me lleve,
le cercan para hacerle resistencia,

y viéndose de tantos acosado,
me deja libre y parte denodado.
Y de estos labradores, el más rico
el Cielo le eligió por mi tutela;
voy creciendo en su casa, yo me aplico
al trabajo, en quien él más se desvela,
si bien el natural mío le implico,
que de Marte el estruendo le consuela,
y así, viendo hacer levas para Oriente,
yo me temí de mí por lo valiente.
Parto a la guerra, alístome soldado,
sigo tu gente, entro en la batalla,
cierran los campos, yo, de ti informado,
rayo me juzgo en la cruenta valla.
Grande estrago emprendí embarazado,
al hacerle mayor el paso se halla,
que mi fatal acero victorioso
la sangre que vertió me impedió foso. (1)
Vencen los nuestros; huye el enemigo,
que cobarde los tercios desenlaza,
y yo en su alcance la derrota sigo.
Gozas aplausos que mi afecto abraza;
vuelves a Roma, yo también contigo;
mandas hacernos alta sabia traza
para que celebremos el trofeo
de mi dicha mayor, pues los tres veo.

TEÓFILO.

Igual fortuna hoy puso el Cielo,
sin que a los dos diferenciase en nada,
y así será cansado mi desvelo,
pues mi vida en la tuya está copiada,
que cuando aquel león ¡qué desconsuelo!
me llevaba manjar a su morada,
los que a ti te ampararon labradores
fueron para conmigo unos pastores.

EUSTAQUIO. Feliz quien por vos, mi Dios,
cualquier trabajo padece,
remunerándole en vida
aun con doblados placeres.
Venid y descansaréis
donde haré que se festeje
la mayor dicha del monte
donde hallé todos mis bienes.

(Vanse. Salen TRAJANO *y* [*el* DEMONIO] *de soldado.)*

TRAJANO.

Grande victoria ha sido.

CLAUDIO.

Una de las mayores que has tenido,
para eterna memoria,
por ser tan prodigiosa la victoria,
de Plácido es la dicha.

TRAJANO.

¡Gran soldado!

CLAUDIO.

Sus dos hijos y [su] mujer [ha] hallado.
(Oyese un clarín.)

TRAJANO.

Este clarín ostenta
que en Roma entra triunfante, con que aumenta
todo su regocijo,
que al fin le mirará natural hijo.
Ahora irá al Capitolio
de nuestro gran dios Júpiter, el solio
donde incienso derrame
y de aquesta victoria Dios le aclame,
que aquesta reverencia
antes que a mí se da a su Omnipotencia.
Porque el culto sagrado
viene a ser del imperio lo animado,
pues mediante él recibe
cualquier gloria que goza mientras vive;
y esto es tan importante,
que no podrá sin ello ser constante,
pues la gente más fiera
alguna cosa por su dios venera;
que aunque falsas deidades,
importan que los tengan sus ciudades,
pues como verdaderos
su ceguedad aprehende, desafueros
evitan, advertidos,
por no dejar sus dioses ofendidos.
Que temen sus rigores,
y aunque éstos malos son, fueran peores,
que crece la malicia
al paso que Dios falta y su justicia.
Como tan presto viene
alguna novedad, esto previene.

CLAUDIO.

(Esta ocasión no es mala;
Etnas y Monjibelos mi ira exhala
contra aqueste cristiano,
que irrita el poderío de mi mano.
Pero ¡ay! a mi esperanza
que le queda vibrar solo una lanza,
para cuyo decreto
de Claudio, ya difunto, en el sujeto
que en el campo yacía,

(1) Así en el original.

espíritu le informa el ansia mía,
porque de aquesta suerte
goce cadáver duplicada muerte.)

TRAJANO.

¿Qué es lo que estás pensando?

CLAUDIO.

Conmigo mismo estaba batallando.
Si era, bien lo dijera.

TRAJANO.

Pues ¿a mí me lo ocultas?

CLAUDIO.

No quisiera
con la nueva enojarte.

TRAJANO.

Antes me ofendes no dándome parte
de lo que ha sucedido.

CLAUDIO.

Pues escucha, señor, lo que he sabido.
Que Plácido, cristiano,
invoca a Jesucristo soberano.
Sólo el nombre bastara,
si yo fuera mortal, que me matara;
y, por que más te asombre,
de Plácido en Eustaquio mudó el nombre,
y de aquesta victoria,
al que por Dios venera da la gloria.

TRAJANO.

Ya los vi, y oí más claramente,
pues a Júpiter culto reverente
en el templo no ha dado;
mas si no muda intento, castigado
le dejaré de suerte,
que me pague la ofensa con su muerte.

(*Sale* SAN EUSTAQUIO, *con corona de ramos, bastón;* TEOPISTE, HIJOS, RAPATRAMA.)

TRAJANO.

La palabra primera,
que impaciente mi cólera te espera,
es que luego me digas
por qué de nuestro dios te desobligas.
A un favor tan inmenso
no yendo al Capitolio a darle incienso
cuando aquesta victoria
toda se la debemos a su gloria.

EUSTAQUIO.

(¡Dios mío, dadme aliento,
que por Vos al martirio me presento!)

TRAJANO.

¿Cómo has enmudecido?

EUSTAQUIO.

Pues no por falta de valor ha sido.
Grande ingratitud fuera
si, como dices, por tu dios hubiera
gozado la victoria
y agora le quitara yo la gloria. (1)

TRAJANO.

¿A quién se la atribuyes?
Y mira que te quiero y te destruyes
si con labios profanos
niegas a nuestros dioses soberanos.

EUSTAQUIO.

¿Cómo han de ser deidades
los que padres hubieron de maldades,
en tantos desaciertos
confiesas vivos y ellos arden muertos?

TRAJANO.

¿Cómo el furor resisto?

EUSTAQUIO.

Sólo es Dios verdadero Jesucristo.
Pues, por que más te asombre,
se vive en un sujeto Dios y Hombre.

TRAJANO.

¿Que mi enojo esto aguarda?—
¡Hola, soldados, gente de mi guarda!—
Tú verás mi castigo.

EUSTAQUIO.

No te temo, que Dios está conmigo.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLDADO.

¿Qué es, señor, lo que quieres?

TRAJANO.

Si no desistes de tu intento, mueres.

EUSTAQUIO.

Son tus intentos vanos,
que a Cristo adoro, Dios de los cristianos.

TEOPISTE.

También los tres a El mismo
confesamos por Dios desde el bautismo.

AGAPIO.

Sólo es Dios verdadero
quien por todos se puso en un madero.

---

(1) Tachados estos dos versos que siguen:
Y su autor la negara;
luego, dándola a Júpiter pecara.

[TEÓFILO.]

Del uno al otro Polo,
debe ser adorado por Dios solo.

TRAJANO.

Todos, con un decreto,
despechados me pierden el respeto.
Quitalde esa corona,
(*Vánselo quitando como lo dice.*)
pues que no la merece quien baldona,
temerario y blasfemo,
lo inmortal de los dioses que yo temo,
y esas insignias reales
que le dieron las armas imperiales,
despojas al momento.

EUSTAQUIO.

Ya otro papel por Vos, Dios, represento.

TRAJANO.

Aunque estoy tan airado,
no obstante, si conoces tu pecado
y a Júpiter adoras,
con mayores aumentos te mejoras.

EUSTAQUIO.

Si todo cuanto Delo
en carroza de luz circunda el cielo
y registra en la tierra
con los tesoros que avarienta encierra
a mis pies arrojaras,
un punto de mi ley no me apartaras.

TRAJANO.

Mal mi poder se advierte.
Yo te apartaré de ella con la muerte.

EUSTAQUIO.

No tendrás esa palma,
que es carácter y vive con el alma.

TRAJANO.

Si parecer mejora (1)
con sus hijos, si a Júpiter adora
prudente y advertida,
no solamente quedará con vida,
mas, pródiga mi mano,
a trono subirá tan soberano,
que a ser origen venga
del linaje mejor que Roma tenga.

TEOPISTE.

Yo, señor, y mis hijos,
estaremos en nuestra ley tan fijos,
que ninguna violencia
nos pueda contrastar su reverencia.

AGAPIO.

Y los dos respondemos
que por vivir en ella moriremos.

TRAJANO.

Pues ¿qué, dioses, espero,
cuando no puedo, afable ni severo,
revocar otro intento?
Ya agotado me habéis el sufrimiento;
ya no hallaréis clemencia;
antes contra vosotros, mi impaciencia
tempestades fulmina,
rayos arroja y muertes determina.
Para mayor estrago,
de los leones los echen en el lago.

CLAUDIO.

(Válgame aquí mi ciencia, (*Aparte.*)
que se goza tan viva la excelencia
como en aquel instante
que fuí del Cielo su mejor diamante.)
(Escúchame primero.
Ya sabes cómo Eustaquio es caballero,
y su honor y su fama
siempre en Roma estribó luciente llama.
Que Teopiste, su esposa,
tan recatada, se negaba rosa,
que a los rayos del día,
porque eran de un planeta se escondía.
Pondera este recato
y verás cómo yo vencerle trato.
Finge que, por honrarme,
por mujer a Teopiste quieres darme.
Quítasela del lado
y di que se ejecute lo mandado,
verás cómo al momento,
tanto le martiriza este tormento,
que, con cólera ciega,
por no sufrille, de su Dios reniega.)

TRAJANO.

(¡Oh, qué bien lo has pensado!
No en balde, por tu ingenio, te he estimado.
Quiero hacer la experiencia.)
De Teopiste suspende la violencia
en el propuesto estrago;
sólo a Eustaquio y sus hijos lleva al lago,
porque así como muera
despedazado Eustaquio, luego adquiera
Teopiste por esposo
a Claudio, que en tálamo dichoso,
gozando su hermosura,

(1) Aquí falta algo: pues, como se ve, habla el Emperador a la mujer de Plácido.

la vendrá a persuadir cómo es locura
de que el Crucificado
por verdadero Dios haya adorado,
porque de esta manera,
conociendo su error, viva y no muera.

EUSTAQUIO.

(¡Qué golpe tan activo!
Sueño debe de ser, pues que estoy vivo.)

TEOPISTE.

(¿Es verdad lo que escucho? *(Aparte.)*
No, que para vivir es golpe mucho,
y pues que no me he muerto,
seguramente infiero que es incierto.)

TRAJANO.

Apartalda, pues, de ellos.

EUSTAQUIO.

Antes de todos tres corta los cuellos,
quitándome la vida,
que ella está de su moble desasido. (1)

AGAPIO.

(Que esto los dos suframos *(Aparte.)*
cuando de ser valientes reventamos,
por tenerle respeto
de que es nuestro señor.)

TEÓFILO.

(Duro decreto,
que si él no me templara,
todo el palacio al Tiber arrojara.)

CLAUDIO.

Quien su honor así estima,
no mete confusión, no causa grima.
¡Que tanto de él se aqueje
y que esa nueva religión no deje!

EUSTAQUIO.

No, porque es mi alimento.

TRAJANO.

Pues llevad a los tres luego al momento,
y tú quita a Teopiste
del lado de ese hombre, que insiste
a mayores enojos.
Desapropiarle de ella ante sus ojos.
Tomalda de la mano.

TEOPISTE.

¡Que aquesto consintáis, Dios soberano!

(1) Así en el original.

EUSTAQUIO.

Mucho este lance apura
todo mi sufrimiento y mi cordura, (1)
Señor.

TRAJANO.

¿Qué es lo que intentas?

EUSTAQUIO.

No lo sé; sólo sé que me atormentas
con martirio excesivo,
pues me quitas la vida y dejas vivo.

TRAJANO.

Depón el devaneo
de aquesa ley que os enseñó el Hebreo.

EUSTAQUIO.

Caso juzgo imposible.

TRAJANO.

Más es, al ser de noble incompatible,
no evitarse el afrenta.
Mas, pues, tu ceguedad a esto te alienta,
¿quién, Claudio, te acobarda
a gozar esta dicha que te aguarda?

CLAUDIO.

(Yo me voy retardando;
como al último lance voy llegando;
tocarla no quisiera
por no verme abatido y que él venciera;
pero ya me es forzoso.)
(Vala a coger la mano; ella la tira y se la evita.)

TEOPISTE.

Yo sólo doy la mano al que es mi esposo.

CLAUDIO.

Sabré desenlazarla
de aquese estrecho nudo.

AGAPIO.

Si a tocarla
llegares despechado,
saldré contigo; desde aquí, abrazado,
te arrojaré tan alto,
que vuelvas viejo al acabar el salto.

TRAJANO.

¡Insolente, atrevido!
¿La reverencia así me habéis perdido?—
Llevad los tres.

(1) Siguen, tachados, estos dos versos:
¡Qué crueldad tan vehemente!
¡Y que no me derrote este accidente!

TEOPISTE.

Primero
morir en brazos de mi esposo quiero.
No podrá haber violencia
que me pueda quitar de su presencia,
porque éstos serán lazos
indisolubles, menos que a pedazos
no puedan arrancarme.

EUSTAQUIO.

Tan firme he de quedarme
ahora con mi esposa,
que entrambos parezcamos una cosa.
Y así te determina
o al favor o a la ruina,
a mi vida o mi muerte,
como yo de esta suerte,
de mi honor persuadido
haya con él cumplido.
Y pues entrambos fuimos
en la guerra consortes y estuvimos
por diversas regiones,
no te pido, señor, que me perdones,
solamente te pido
que a esta racional yedra muera unido.

CLAUDIO.

(De escucharle, Trajano,
algo se han enternecido, y, más humano,
permitírselo intenta
y todo me fatiga y me atormenta.)

TRAJANO.

Concedértelo quiero;
pero no he de ser menos justiciero.—
Quitaldos de mis ojos,
que solamente verlos me da enojos.

EUSTAQUIO.

Como Dios nos asista,
ninguna falta nos hará tu vista.

CLAUDIO.

(Pues así disfrazado,
en ser hombre y demonio me he empeñado
hasta el último instante.
De las vidas de aquéstos yo constante
tengo de acompañarlos,
aunque no saque más que atormentarlos.)

(Lleva CLAUDIO *a* EUSTAQUIO, TEOPISTE *y* HIJOS, *quedándose* TRAJANO, SOLDADO *y* RAPATRAMA.)

RAPATRAMA.

¡Ay, qué solo me quedo
con este Faraón! Callé de miedo
para que no me viera,
y el diablo lo dispuso de manera,
o mi poca fortuna,
que seré de esta cena la aceituna.
Hago que no le veo,
y hacia la puerta guío mi paseo.

TRAJANO.

Que mi crueldad no asombre.
Todos han de morir; también ese hombre.
¿Vos no sois su criado?

RAPATRAMA.

Lo más del tiempo yo me he sustentado,
y eso no lo celebra,
que serlo puedo a modo de Ginebra,
donde cada uno vive
dado a la ley que por mejor recibe.

TRAJANO.

Echalde en la leonera.

RAPATRAMA.

Un mosquito me sobra si eso fuera,
porque estoy inocente,
y te hallarás Herodes de repente.
Advierte: mis señores
hacen número cuatro en tus rigores,
luego no es buen distinto
que me mandes matar y hagas el quinto.

TRAJANO.

Ejecuta el mandato.

(Vase.)

RAPATRAMA.

Este perdonavidas de barato
tan cristiano me ha visto,
que me envía a cenar con Jesucristo.

(Salen SAN EUSTAQUIO, TEOPISTE, *sus hijos, como en parte oscura.)*

EUSTAQUIO. En esta prisión oscura,
donde la noche se acuesta
albergue de miserables,
teatro de la fiereza,
a los cuatro ¡qué gran dicha!
por instantes nos espera
un lauro a poco trabajo,
una gloria a poca pena.

(Adentro una voz sale.)

VOZ. Allá va ese compañero.

RAPATRAM. Lo mismo a ti te suceda.
Allá va, lobos le coman,
por mí se dijo esta letra.
Para llamar a uno feo
le dicen que es león de piedra.
Si aquéstos de piedra fuesen,
qué hermosos me parecieran.

Que me hagan a mí cristiano,
¡juro a Dios! aunque no quiera,
y que me cueste la vida
sin que el pecado cometa...
Hechicera es esta ley,
bien claramente se prueba,
pues cuando más la aborrezco
me estoy muriendo por ella.

EUSTAQUIO. No estamos los cuatro solos,
porque allí un hombre se queja,
y debe de ser cristiano
que a nuestra muerte condenan.

RAPATRAM. Pasos siento, y de temor
las tripas contrapuntean,
sin ser pasos de garganta
que me ahogan y atormentan. (1)

TEÓFILO. ¿Hacia dónde, padre, está,
pues habrá visto la puerta
por donde entran los leones?
Que quiero con diligencia
buscallos para que en mí
ejecuten su fiereza,
por si acaso, satisfechos
de mí, estorbo que os ofendan.

AGAPIO. Eso a mí me toca solo,
que a la razón más se llega,
que aquel que nace primero
también al morir lo sea.
Y para ahorraros el susto
que os darán cuando a mí vengan
quiero llamar al leonero
para que me dé licencia
de que éntre adonde están,
porque mi mucha fineza
en lances de nuestro amor
no puede sufrir espera.

TEÓFILO. Aqueso parece, hermano,
si a buena luz se contempla,
más golpe de emulación
que arrojo de fortaleza,
que antes que yo lo dijese,
a lo que mi amor me esfuerza,
no te atrevías osado,
con lo cual se manifiesta,
o que de mí lo aprendiste,
o que sólo me remedas,
y para que no me iguales,
yo acabaré aquesta empresa.—
¡Ah, leonero! ¿Dónde está?

AGAPIO. ¡Ah, leonero! Abre la puerta.

TEOPISTE. ¡Hijos míos! ¿Dónde vais?

EUSTAQUIO. ¿Qué travesura es aquésta?

TEÓFILO. Pero yo la buscaré
y, en encontrando con ella,
con el fuego que me abrasa
la he de quemar la madera
y la he de entrar el primero.

AGAPIO. Diránoslo la experiencia.

RAPATRAM. (Aquéstos son mis señores.
No hubiera aquí una taberna
donde, haciéndome mosquito,
los leones no me vieran.)

TEOPISTE. Una puerta siento abrir.
Deben de salir las fieras.
Eustaquio, llégate a mí
para que en tus brazos muera.

EUSTAQUIO. No temas que Dios nos deje
en ocasión como aquésta.

AGAPIO. Agora veré tus bríos.

TEÓFILO. Agora veré tus fuerzas.

TRAJANO. Por aquesta claraboya,
por donde claridad entra
aquesta lóbrega estancia,
tengo de ver la tragedia
de estos rebeldes cristianos,
a ver si el que Dios confiesan
es poderoso a librarlos.

RAPATRAM. ¡Barrabás! ¡Qué horribles bestias!

(Salen dos leones y salen al encuentro los hijos, y ellos se echan a los pies.)

TRAJANO. ¿Qué prodigio es el que miro
contra toda mi potencia?
Los que leones salieron
lebreles sus plantas besan.

TEÓFILO. ¿Quién os acobarda, brutos?
Yo os convido a la guerra.

AGAPIO. Y yo a furor os provoco,
os humilláis como ovejas.

TEOPISTE. Grande es el Dios que adoramos,
autor de cielos y tierra.

TRAJANO. Cristianos, encantadores,
que a la misma fortaleza
adormecéis hechos Circes,
reprimís hechos Medeas,
yo os inventaré un martirio
que venza vuestras cautelas.
Al toro de metal luego
se entreguen: sus vidas sean
estrago del fuego y lloren
todo en cenizas envueltas.

(Quítase TRAJANO, *cierran la ventana y éntranse los leones.)*

(1) Tachado: "unos que a mí me solfean".

EUSTAQUIO. Al arma, pues, prendas mias,
pues que la batalla es cierta.
Busque el tirano tormentos,
atrocidades prevenga,
que con Dios nuestra constancia
ha de vencer su fiereza.
Porque un corazón altivo,
cuando de amante se precia,
en los fracasos mayores
acrisola su fineza.

TEOPISTE. No hay, esposo, que dudar
sobre la firmeza nuestra.
Llueva el tirano rigores,
su poder granice penas,
que a tanta lluvia de enojos
seré un mar que se las beba,
un fuego que las enjugue
y un escollo que las venza.

AGAPIO. Pues los dos, como hijos tuyos,
espejos que representan
de tu valor la osadía,
daremos de serlo muestras.

(Adentro una voz.)

VOZ. Plácido y sus compañeros
hacia esta puerta se vengan.

EUSTAQUIO. Vamos luego a padecer
por que el Emperador vea
que en nuestras almas su imperio
no tiene alguna potencia.

(Entranse los tres.)

RAPATRAM. De haber yo callado tanto
me saqué por consecuencia
que, pues estaba sin tabla,
me daban por cosa muerta.
¿Mas que me sacan de aquí
a poner en talanquera
para que, en público, a todos
les enseñe yo la lengua?
Ya no fuera tanto mal
echarme hacia galeras,
donde a pelar verduras
fuera esto de mi tarea,
y en cardenales de azotes
me hiciera muy depriesa. (1)
Pero, si mal no lo advierto,
la puerta se dejó abierta.
¿Si se ha olvidado de mí?
Ahora bien, hago la prueba.
Mi papel se acabó aquí.
Adiós, hasta otra comedia.

(Vase. Sale TRAJANO y un SOLDADO.)

(1) Tachados en el original otros doce versos.

TRAJANO.

Por Júpiter, que vive soberano,
que me quita el aplauso y el trofeo
esta ley abomino del cristiano, .
pues si apagarla quiere mi deseo
aplicando los medios ido (1) ufano,
en sepulcros la juzgo de Tifeo,
donde murieron dos con pena tanta,
un ejército de ellos se levanta.

(Sale CLAUDIO.)

CLAUDIO.

Cúbrame del Infierno el triste manto.
De mí reniego, pues quedé vencido,
y, por que más se me acreciente el llanto,
a que diga a Trajano me ha impelido
Dios los méritos del que aclamo santo.

TRAJANO.

¿Cómo así vienes? Di, ¿qué ha sucedido?

CLAUDIO.

(No puedo desmentir el sentimiento.) *(Ap.)*
Pero escucha, señor.

TRAJANO.

Ya estoy atento.

CLAUDIO.

Era del día la hora más luciente
en quien se mira el sol tan elevado,
que montante al Ocaso y al Oriente
priva de sombras al mayor collado.
Tan perpendicular su imperio ardiente
en átomos bajaba desatado,
que, viendo que las horas nos ordena,
reloj al mundo le juzgué de arena.
En este tiempo el fúnebre teatro,
ostentando constancia y osadía,
Plácido y sus consortes, todos cuatro,
llegaron a parar en quien se vía,
en un círculo como anfiteatro,
un gran toro de Roma, que podía
de Dédalo estimarse arquitectura,
o a Troya renovar su desventura.
Una puerta tenía, no pequeña,
por quien, feroz verdugo denodado,
a los cristianos hospedar se empeña.
Consíguelo, y, habiéndolos cerrado,
a toda prisa les aplica leña:
pone fuego, que, ardiendo en la retama,
ruidoso batallón forma su llama.
Crece el ardor vehemente cada instante,
con culebras de fuego al cielo aspira;

(1) Así en el original.

el viento bate en él, y el más pujante
monte se aclama; pero sube pira,
y el bruto de metal, siempre constante,
ya de llamas envuelto no se mira,
que sólo tanto afán sufrir pudiera
con cuatro vidas quien de bronce fuera.
Consúmese la leña, cesa el fuego,
falta el humo, todo se sosiega,
al vaso de metal curioso llego,
de quien por los resquicios...
con ímpetu ciego.................. (1)
Mándole abrir, y miro que se anega
en muchos días, porque a sus crisoles
concurrieron por causa cuatro soles.
Y cuando a todos les consideraba
en cenizas, en polvos desatados,
cualquiera de ellos sin agravio estaba,
como en lecho de armiño recostados.
Su rostro rosicler tan vivo estaba,
que pudieran culparles de callados,
pues de sueño, juzgando que lo hacían,
los quisieron llamar por si dormían.
Porque no juzgues que lo hiperbolizo,
o que al verlos mis ojos se engañaron,
o que afecto a su ley los solemnizo,
haré que desde aquí, como quedaron
en el soberbio monte Pincio, al frizo
de esa floresta, tu vista les atienda.
Con que así, este lienzo se desprenda.

(*Cae un lienzo que estaba pintado en forma de pared y descúbrese un monte, en quien estarán los cuatro* SANTOS, *bajando a este tiempo dos* ANGELES *cantando alternative "pretiosa in conspec. Domini mors Sanctorum eius"; rematándolos dos coronas "Gloria Patri, sicut erat".*)

TRAJANO. ¡Viven los dioses sagrados
que es encanto cuanto miro,
cuanto se ve y cuanto escucho!
Mas de esta espada los filos
probarán si es ilusión
representada al sentido.

SOLDADO. ¡Tápase! ¡Qué admiración!
¡Otra vez volvió a su sitio!

TRAJANO. ¿Adónde el monte se fué,
en cuyo espacio florido
sacaran los cuatro cuerpos?
Mas todos fueron hechizos
de aquestos magos cristianos.
Y tú, Claudio, que, vencido
debes de estar de su engaño,
pues causa de aquesto has sido,

(*Hácele invasión, y él en un torno da la vuelta y y sale una estatua de difunto.*)

¡muere a manos de mi enojo!
Pero ¡qué nuevo prodigio!
¡Claudio se ha vuelto cadáver,
y, desplomado edificio,
busca el centro de la tierra
y asombros tan repetidos!

CLAUDIO (*adentro*). Trajano, adora tus dioses,
que solos son odios míos,
con que las almas y cuerpos
de tantos llevo al abismo.

(*Húndese la estatua y sale fuego.*)

TRAJANO. ¡Todos asombros, portentos,
son los que advierto y registro!
Mas, ¡vana ley del cristiano!
no han de poder tus delirios,
apariencias y tramoyas,
vencer los intentos míos.
Mas es la verdad tan fuerte
y puede tanto conmigo,
que en mí no puede faltar
para decir lo que he visto
de asombros, de confusiones,
de temores, de prodigios.
La verdad sea en mi lengua
verdadero y fiel testigo,
y sin ofender lo sacro
de los dioses a quien sirvo,
confiese, como española,
o la culpa o el delito:
Plácido murió a mis manos,
su mujer y sus dos hijos:
mayor victoria fué aquésta
que haber al Persa vencido.

(*Salgan* SOLDADOS.)

PRIMERO. ¿Qué es esto, señor? ¿Quién turba
tu quietud?

EMPERAD. Sentir, amigos,
ver que un Capitán de Roma
morir valeroso quiso
con oprobio de mis dioses,
dando al cristiano motivo
para que diga y se alabe
en los venideros siglos
que ese Plácido, ese Eustaquio,
de Roma bastardo hijo,
venció a Trajano y halló,
en su fe sola encendido.
La mayor dicha en el monte
y la gloria en el martirio.

FIN

(1) Ilegible lo demás de estos dos versos.

COMEDIA NUEVA

DE

LA MAYOR HAZAÑA DE ALEJANDRO MAGNO

DE LOPE

HABLAN EN ELLA

Alejandro.
Efestión, *almirante.*
Parmenión, *condestable.*
Clito, *camarero.*
Campaspe, *dama.*
Pirene, *su criada.*
Epaminondas, *tebano.* (1)
Timoclea, *tebana.*
Darío, *rey de Persia.*
Epitridates, *su jersey.*
Hércules, *tebano.*
Dos Embajadores *de Grecia.*
Apeles, *pintor.*
Bufo, *lacayo.*

[JORNADA PRIMERA]

(*Salen* Alejandro, Parmenión (2), Efestión *y* Clito, *y aparece* Alejandro *en un trono y* Clito *con una corona en una fuente.*)

Efestión.

Macedonia, señor, su Rey te llama.
Ciñe la invicta y generosa frente,
por que se sepa tu gloriosa fama
del negro ocaso hasta el dorado Oriente;
pues eres de tal tronco feliz rama,
como él serás en gobernar tu gente,
yo por Rey te obedezco, y ruego al Cielo
que por tal te obedezca todo el suelo.

Clito.

Yo también beso tu valiente mano,
que terror ha de ser en mar y en tierra,
de mar y tierra, que aunque soy anciano,
te prometo servir en paz y en guerra
como al Rey, mi señor, que algún villano
en un sepulcro su valor encierra.
¡Tu padre era, señor, nada te impide!
¡Venga tu sangre, que venganza pide!

Alejandro.

Ya, queridos vasallos, que sujeto
sólo me miro a mí; ya que mi mano
el cetro regio goza, yo os prometo
de mostrarme con todos tan humano,
que todos me tengáis por vuestro objeto.
Premio al bueno daré, fin al tirano,
y en todo cuanto pueda, siendo justo,
haré, vasallos, sólo vuestro gusto.
Y agora, por que, en fin, de mi grandeza
todos participéis, haceros quiero
merced. Efestión, de la grandeza
de Almirante gozad, que así os prefiero
por viejo.

Efestión.

Guarde Dios a vuestra alteza.

Alejandro.

Y vos, Clito, seréis mi camarero.

Clito.

Beso tus pies, señor, que de tu mano
pudo venirme don tan soberano.

Alejandro.

Todo el mundo tener solo quisiera
para daros a todos, y aun sospecho
que para daros yo pequeño fuera,
porque es mayor mi generoso pecho.
Si pudiera, vasallos, os hiciera,
pues para todos era el mundo estrecho,
a cada uno rey de todo el mundo,
y aun corto premio a vuestros hechos fundo.

Clito.

Dueño te espero, ver de aquéste entero,
por fuerte Marte, por discreto Apolo
y por el rayo de tu fuerte acero.
Desde este polo al contrapuesto polo
que han de tener tu invicta diestra espero,
y que has de ser, como mereces, solo,
si no lo estorba la atrevida Parca,
de todo el orbe el imperial monarca.

Efestión.

Yo, señor, como viejo, os aconsejo.
Quien mató a vuestro padre, cosa es cierta
que os querrá deshacer como a su espejo.
No dejéis puerta a vuestro mal abierta;

(1) Le llama Efaminundas.
(2) Este sale después.

temad, pues mozo sois, este consejo.
A quien fuere leal abrid la puerta
del vuestro sacro amor; mas a traidores,
la del castigo justo y los rigores.
Empiece ya a temer vuestra braveza
tu astro contrario, fiero y arrogante;
no acredite segura su cabeza;
sepa que es Alejandro el sumo Atlante
de toda Macedonia y su grandeza.
Esculpa el tiempo en tablas de diamante
rindiendo persas, allanando montes
y descubriendo varios horizontes.

ALEJANDRO.

Llegad, Efestïón, dadme los brazos,
que me infunde valor aquese brío.
Fírmese mi amistad con estos lazos.
Yo haré que tema mi valor Darío,
o haré su gente y su valor pedazos.
Ya me parece el mar pequeño río
para que en él navegue mi pujanza,
que a ser deidad divina se abalanza.
Perdone Marte, Júpiter perdone,
que, en vistiendo la cota relumbrante,
pienso que Marte soy; mi ser me abone
si me imagino Júpiter tonante.

EFESTIÓN.

La heroica fama tu valor pregone,
tebano Alcides, aunque más pujante;
nunca se atreva a tu poder la muerte;
iguale a tu valor tu buena suerte.

(*Salen* APELES *y* BUFO.)

APELES.

Tu majestad, señor, me dé sus plantas.

ALEJANDRO.

Alzate, Apeles; pídeme la mano.

APELES.

Con ella al alto Cielo me levantas.

ALEJANDRO.

Tu pincel precio, Apeles soberano.

APELES.

¿Quién podrá agradecer mercedes tantas?

ALEJANDRO.

Con tan fuertes vasallos, caso es llano
que ha de ser inmortal mi buena suerte
aunque le pese a la atrevida muerte.
No habré yo menester que mi renombre
escriba el tiempo en siglos dilatados
para que al mundo mi valor asombre,
pues han querido mis felices hados
que tenga, Apeles, como vos, un hombre
que mis hechos escriba señalados,
y otro con que a mil reyes me anticipo,
que los esculpa en bronce, que es Lisipo.

(*Sale* PARMENIÓN.)

PARMENIÓN.

Dame tus pies, señor.

ALEJANDRO.

Alzad del suelo,
Condestable.

PARMENIÓN.

Señor, beso tu mano.

ALEJANDRO.

¿Qué hay de Tebas?

PARMENIÓN.

Su triste fin recelo,
que tiene en todo proceder villano.

ALEJANDRO.

¿Qué es lo que dices?

PARMENIÓN.

Que se opone al cielo
de tu poder altivo y más que humano.

ALEJANDRO.

Temo que Tebas enojarme intente.

PARMENIÓN.

Escúchame, señor, atentamente.

Yo a Tebas parte le di
de la fúnebre tragedia
del Rey tu padre Felipe,
y le avisé que viniera
a obedecerte por Rey
con la circular diadema
que coronase tu frente,
cetro que honrase tu diestra.
En lugar de lutos tristes
se vistió aceradas grevas.
Todo es armas, todo es fuego,
todo confusión y guerra.
Hizo tocar una caja
Epaminondas, soberbia,
con que juntó, para hablarlos,
todos los grandes de Tebas.
"Bravos tebanos—les dice—,
defensa de vuestra tierra:
ya no es razón que sufráis
una tan prolija afrenta,
como es que tan fiero Rey

mande y rija vuestras fuerzas.
Tebas, valientes soldados,
tiene bastante defensa
para contrastar a Marte,
si sujetarla quisiera.
¡Libertad! ¡viva la patria!
si a Macedonia le pesa,
que no es razón que su Rey
por sus vasallos nos tenga,
cuando hay en Tebas quien ser
rey de Macedonia pueda.
Filipo murió, en efeto;
Alejandro, es cosa cierta
que le sucede al imperio;
reine, por cierto, en su tierra.
Mostrad esos fuertes pechos,
regid vosotros la vuestra;
iguales en valor somos.
¡Tema Macedonia, tema,
que yo os juro defender,
que basto para defensa,
no de Tebas, mas del mundo."
¡Oh, qué arrogante soberbia!
Promulgó, en fin, su traición
y acabó de hablar apenas,
cuando todos, por su rey,
le veneran y respetan
y prometen ayudalle
con armas, vidas y haciendas,
aunque Júpiter airado
vibre lanzas, rayos llueva,
escriben para este efeto
también Atenas y Grecia,
y las dos contra tu nombre
conjuradas se revelan.
Yo que lo supe, inflamado
el pecho con las centellas
que me exhalaba un volcán
de amor y de lealtad sincera,
de cólera ciego y loco
solté al caballo las riendas,
y, terrible como airado,
fuí a reprender su insolencia.
Díjeles que eran traidores
y que tu furia temieran,
pues era fuerza que, airado,
castigaras la bajeza.
Y que cuando tú por ti
castigarlos no quisieras,
bastaba yo para darles
de esas infamias la pena.
Ellos quisieron matarme;
mas yo, con honrada fuerza,
herí algunos; defendíme,
y he venido a tu presencia.

EFESTIÓN. ¿Hay tan extraña maldad?

CLITO. ¿Hay más infame bajeza?
Yo, señor, aunque el menor,
si me concedéis licencia,
iré a vengar vuestra injuria.

PARMEN. Yo les daré aquella pena
que sus delitos merecen
si vuestra divina alteza...

ALEJANDR. Basta, vasallos, no más;
conozco vuestra nobleza,
yo el primero he de salir
a campaña en cualquier guerra
y Bucéfalo el primero
tiene de animar mi empresa.
En desnudando la espada
Tebas tema, el mundo tema,
mas primero he de valerme,
vasallos, de mi clemencia:
vaya Efestïón al punto
y hable de mi parte a Tebas.

EFESTIÓN. Iré a obedecer tu gusto,
que en ir tu grandeza muestras,
como hijo del gran Filipo
a quien los Elíseos tengan.

ALEJANDR. Y, entre tanto, Parmenión,
quiero ejercitar la diestra
con el venablo, matando
en aqueste monte fieras.
Apercíbase mi gente.

PARMEN. Haráse como lo ordenas.

ALEJANDR. ¡Triste de ti si me mueves
a que te castigue, Tebas!
Apeles, vente conmigo.

APELES. Gran señor, aunque tu alteza
me honra por el arte vida,
también este pecho encierra
valor para ser soldado
y defender tus fronteras.

ALEJANDR. Capitán os hago, Apeles.

APELES. Tu fama he de hacer eterna.

(Vanse todos y queda BUFO *solo.)*

BUFO. Que haya hombres en el mundo
(¡pierdo el juicio!) que se huelgan
de ir a la guerra, pudiendo
en la paz tranquila y quieta
vivir y beber, no sangre,
mas cosa que lo parezca.
¿Hay cosa como la paz,
apacible, santa y bella,
venerable más que humana

y por extremo discreta?
No está temiendo que toque
el contrario la trompeta
y que de una cuchillada
le deje sin una pierna;
que le hase (1) de sentido
una penetrante flecha,
Marte por quien es me libre
mientras yo me libro de ella.

(*Vase, y sale* CAMPASPE *de cazadora, con arco y flecha en la mano, y* PIRENE, *su criada.*)

CAMPASPE. En este bosque umbroso
paso, Pirene, el día,
de Macedonia ausente y olvidada,
después que el riguroso
hado y desdicha mía
huérfana me dejaron sin mi amada
madre, porque ya nada
me diera algún consuelo,
fuera de aquestas aves
que con picos suaves
siguen este arroyuelo
que viendo que no imita
su voz, corrido ya se precipita.
Dióme el Cielo belleza
y nobleza tan grande,
que no pudiera ser mayor, Pirene,
mas no me dió riqueza,
y como aquésta mande
todo el poder que la nobleza tiene,
quien a ser rico viene
quiere alcanzar con ella,
aunque el hado inhumano
le haga rico villano,
la más subida estrella,
y después de alcanzada,
Pirene amiga, no se encubre nada;
aquí de aquesta suerte
pienso pasar la vida
hasta que quiera Júpiter sagrado
que la acabe la muerte.

PIRENE. Yo, señora querida,
espero en él que te ha de dar estado
tan digno y levantado
como merece sólo
aquese rostro bello
y ese hermoso cabello
que enamorara Apolo
si en laurel no temiera,
celoso Jove, que lo convirtiera.

(1) Así en el original. Pudiera ser "prive".

CAMPASPE. ¡Qué espantoso jabalí
que viene hacia acá, Pirene!

PIRENE. Alas en las plantas tiene
y más parece neblí.
¡Huye, señora, que llega!

CAMPASPE. Esconderme quiero aquí.

(ALEJANDRO, *arriba.*)

ALEJANDR. Herido va el jabalí.

CAMPASPE. Ya pasó; yo estaba ciega.
Quiero, en aqueste cristal,
pie de esta encumbrada roca,
prestar aliento a mi boca.

ALEJANDR. El era bravo animal.

CAMPASPE. Casi a salir no me atrevo.
¡Válgame Febo divino!
En este orbe cristalino
se ve un hermoso mancebo.
¡Qué bizarro! Clara fuente,
¿quién en tus ondas pintó
este Narciso? Mas no,
comparación no consiente.
Ya me espanto, que temor
no tengo con lo que veo;
mas se me ha quitado, creo,
el temor con el amor.

ALEJANDR. Mal el venablo tiré,
pues que le pude acertar
y no le pude matar.

CAMPASPE. Parece que ya se fué.
Ya vuelve. Si es ilusión
de mi loco pensamiento.
Pero ¿qué miro o qué intento?
¿Qué me quieres, corazón?
Si intenta el sol luminoso,
que mis tristes penas siente,
mostrarme en aquesta fuente
quien tiene de ser mi esposo,
venturosa yo sería
si este mancebo lo fuera.

ALEJANDR. ¡Quién en este campo hubiera
armada una infantería
de belicosos soldados!

CAMPASPE. Sin duda sobre esta peña
está el que la fuente enseña;
pero mis ojos, turbados,
no le pueden ver, y así
buscarle será mejor.

(*Vase.*)

ALEJANDR. Cansado estoy, y el calor
tiene más vigor aquí.
Quiero bajar esta cuesta.

Allí está una casería
y hacia allí una fuente fría
entre una hermosa floresta.
A verla los pasos guío,
donde podré descansar.

(*Arriba* CAMPASPE.)

CAMPASPE. No fué grande desvarío
venir a un hombre a buscar.
Cansada estoy de subir
hasta aquí.
ALEJANDR. Quiero romper
este cristal y beber.
CAMPASPE. ¿Qué me pudiera decir
quien me viera de esta suerte?
ALEJANDR. ¡Válgame Júpiter santo!
Blasona, pues que me espanto,
suprema mujer, de verte.
¿Eres Venus que te cría
otra vez aquesta fuente
para matarme? Detente.
Yo me rindo, fuente fría.
De entre el hielo salió fuego
para abrasarme de amor.
CAMPASPE. Digo que oigo hablar, honor.
ALEJANDR. Ya de amores estoy ciego.
No es bien, fuente que me espante,
pues tanto mi amor la apoya,
que esté tan divina joya
engastada en un diamante.
En el alma te engastara,
mujer, si viva te viera,
y aun no digno engaste fuera
para joya que es tan rara.
CAMPASPE Quiero a mi quinta volverme.
ALEJANDR. Aguarda, que ya te fuiste,
pues donde tú te perdiste
no será mucho perderme.
Escucha, señora mía.
No me espanto, yo estoy ciego,
que no te abrase mi fuego
si estás en el agua fría.
Mas el fuego que se ofrece
para matarme inhumano
es de alquitrán, y está llano
que más con el agua crece.
Yo he de estar de aquesta suerte.
CAMPASPE. ¡Qué galán! ¡Qué gentil hombre!
ALEJANDR. No te espantes que me asombre,
¡oh, nueva Dafnis! de verte.
Fieras viniendo a matar
aqueste brazo sujetas;
esos ojos o saetas
me mataron con mirar.
Quién eres, señora, di,
para que esté satisfecho
que ha sido valiente el pecho
a quien mi valor rendí.
CAMPASPE. Cazador gallardo,
que ser merecéis,
como de mi alma,
de los hombres rey,
soy de Macedonia.
El hado cruel
me llevó a mis padres
y sola quedé,
doncella y hermosa,
y pobre también.
¡Mirad qué tres cosas
en una mujer!
Juzgándome sola
mi patria dejé,
y a este altivo monte
me vine a tener
hospedaje pobre
en aquel que veis
sitio deleitoso,
aunque corto es.
Con una criada
vivo, sin temer
que dé con mi honor
un hombre al través.
De esta aguda flecha
no hiciera que esté
segura ¡ay de mí!
que va en parecer.
Yo vivo tan libre
en este vergel,
mal dije, vivía,
que ya sujeté
a tu gentileza
mi libre poder.
De mis nobles padres
tan sólo heredé
la mayor nobleza
que ha tenido rey.
Mas como sujeta
vive al interés,
temo que igualarme
quiera su poder
con quien no merezca
estar a mis pies.
Llámome Campaspe.
Pues quien sois sabéis,
sepa yo quién sois,
aunque ya lo sé.

ALEJANDR. Yo soy, cazadora,
milagro del suelo,
mereciendo ser
deidad de los Cielos,
el Magno Alejandro
que, por un suceso
desdichado, goza
macedonio reino.
Envidioso el día
que nace, su templo
convirtió en cenizas,
¡oh trato fiero!
que su diosa estuvo,
dicen los Efesios,
presente en el parto
de mi madre. Luego
consultó mi padre
sacros agoreros,
que de mí contaron
extraños portentos.
Nací con insignias
de león soberbio,
y aleonado ves
el rico cabello.
Un fuerte caballo
a mi padre dieron,
rozagante y bravo,
hijo de los vientos.
Corpulento talle,
extraño pellejo,
flamígeros ojos,
espacioso pecho;
trepado de lomos,
corta oreja y cuello,
populosas clines
que peinaba el viento;
pequeña cabeza,
encendido aliento,
el pisar lozano
y el mirar soberbio.
En medio tenía
el copete bello,
fuertes, como extraños,
dos hermosos cuernos.
Por rey de animales,
en el muslo izquierdo
tiene una corona
por hermoso yerro.
Si la planta asienta
la alza tan ligero,
que casi desdeña
que la bese el suelo.
Este, pues, feroz,
arrogante y fiero,
jamás consintió
el jinete diestro.
Viendo que no sufre
espuela ni freno,
le desprecian todos,
yo sólo le aprecio.
Consultó el oráculo,
mi padre, de Delfos,
y de la respuesta
quedó más suspenso.
Díjole: "Filipo,
sabrás que el primero
que aqueste caballo
tuviese sujeto,
gozará del mundo
propagado imperio,
venciendo sus armas
enemigos reinos."
Cumplí a la sazón
diez años, entiendo
por agora veinte
no cabales tengo.
Supe la respuesta
y, de valor lleno,
dije: "Si yo fuera
este caballero..."
Cierto alegre día
para mí, salieron
mi padre y sus grandes
al valle de Venus,
que era donde estaba
el Pegaso nuevo,
digo en ligereza
y en airoso cuerpo.
Juzgué que trataban
echar el protervo
caballo a las fieras.
Escuchélo, y llego,
de él compadecido,
altivo, diciendo:
"¡Qué caballo pierden,
gran señor, aquéstos,
porque, en fin, no saben
sujetar sus fieros,
que causan temor
y que yo no temo!"
Díjome mi padre:
"Vuestros años tiernos,
Alejandro, son,
duros vuestros pechos."
Yo, entonces, corrido
y de valor ciego,

de las bellas clines
furioso le tengo.
Vi que se espantaba
de su sombra él mesmo,
y al rayo del sol
le pongo dispuesto.
Y apenas le vi
no, en fin, tan inquieto,
cuando salto en él
igualando al viento.
Turbóse, corrió
por un largo trecho.
Terciéme la capa,
caléme el sombrero
y paré, en su curso,
un rayo del Cielo.
Vuelvo donde estaba
mi padre perplejo,
con la misma furia
airoso corriendo.
Tiré de las clines,
túvele sujeto
como si le hubiera
de alabastro vuelto.
Deténgole, pára,
pico, corro, vuelvo,
entro en Macedonia,
y todos, suspensos,
en mis años miran
un Marte sangriento,
que alcanzo, tan mozo,
tan grande trofeo.
Entré por palacio,
salté de él al suelo,
llegué donde estaba
mi padre, contento
echóme, llorando,
los brazos al cuello.
Díjome: "Alejandro,
para ti es estrecho
sitio Macedonia;
conquista hemisferios.
Ya el mando te espera
para ser su dueño,
pues será tu espada
de los hombres miedo,
invidia de Marte,
de Júpiter celos."
Mas ¿cómo podré,
rendido y sujeto,
a esa gallardía
y ese rostro bello
ser lo que los hados
de mí previnieron?
Mas ¿qué mayor gloria
que este vencimiento?
A mí me he alabado,
que es triunfo viendo
del gusto vencido
alabar al preso,
que para alabaros,
señora, sospecho
que el callar es justo
para no ofenderos.
Pues que vi en el agua
la causa en que peno,
dadme aquestos brazos,
templaréis mi fuego.

CAMPASPE. No puedo negaros
lo que yo deseo.

(Dentro con cajas y mucho ruido.)

DENTRO. ¡Arma y guerra! ¡Guerra!
ALEJANDR. ¡Válganme los Cielos!
CAMPASPE. ¿Qué es aquesto? ¡Ay, triste!
ALEJANDR. No temas, pues tengo (1)
este acero al lado
y a ti te defiendo.
CAMPASPE. Yo voy, gran señor,
a saber qué es esto.

(Vase.)

DENTRO. ¡Arma! ¡Guerra! ¡Guerra!
ALEJANDR. ¡Qué feroz estruendo!

(Descúbrese HÉRCULES, *tebano, vestido de pieles, con una maza en la mano y una camisa, sangrienta a puñaladas, en otra.)*

HÉRCULES. ¡Oh, valiente sucesor
de mi belicoso origen,
a quien ya, como a mí, tiemblan
del orbe y mar los confines!
cuando apenas la cabeza
del laurel altivo ciñes
y aprieta la fuerte mano
el cetro que el mundo rige,
en vez de vengar tu padre,
que justa venganza pide,
¿a unos hermosos ojuelos
toda tu grandeza rindes?
Mira tu valor; advierte
que has de ser segundo Alcides,
y aun sin segundo, si intentas
subir al Cielo tu timbre.

(1) En el original, "temo".

Mira esta sangrienta veste
del valeroso Filipo;
advierte que Tebas, Grecia
y todo el mundo compite
en quién primero el laurel
de la cabeza te quite.
Con este brazo valiente,
con esta clava terrible
he sembrado el mar y tierra
de granates y rubíes,
que cada gota de sangre,
como con razón se quite,
ha de tener este precio,
y aún es, Alejandro, humilde.
Como yo tienes de ser
si quieres serlo invencible,
como a mí te han de temer
si tu valor lo permite.
Deja los tiernos abrazos,
el lustroso acero viste,
no pienses que han de valerte
de tu clemencia apacible
y de tu sacra nobleza
aquesos vasallos viles.
Con la espada podrás sólo
a su traición poner límite,
y hacer que te tema Grecia,
que ya libertad repite.
Queda en paz. Procura ser
lo que has de ser, por que envidie
tu valor Marte y el mismo
Júpiter [te sea] accesible.

(*Desaparece con ruido.*)

ALEJANDRO.

Como el tuyo será, Hércules, (1) fuerte
ese valor si quieres que lo sea.
Vivo otra vez quisiera, Alcides, verte;
pero el Cielo querrá que el mundo vea
que aqueste acero es rayo fulminante
que tu valor consuma, y que desea,
aunque valiente, ser tan arrogante.
Teme, traidora Tebas, mi pujanza;
mi voz te admire, mi mirar te espante.
Yo tomaré de ti tanta venganza,
que al mundo asombre, admire al Cielo santo,
para que inmortal quede mi alabanza.
Airado causaré tan grande espanto
como suelo, apacible, dar contento,
y dejaré anegado en triste llanto

(1) En el original: "Como el mío será Alejandro fuerte."

tu, atrevido y traidor atrevimiento,
que a Júpiter enoja refulgente
y a mí, que Marte soy, fiero sangriento.
Marche mi fuerte y belicosa gente.
¡Al arma, capitanes! ¡Cierra! ¡Cierra!
que hoy he de ver mi sol resplandeciente.

(*Vuelve a salir* CAMPASPE.)

CAMPASPE.

Algún cuidado tu valor encierra.
Todo el monte está quieto y sosegado,
gran señor, sin haber señal de guerra.
No tenga vuestra alteza más cuidado,
que fué imaginación sin duda alguna.

ALEJANDRO.

A un tiempo estoy feroz y enamorado.
Oscurece tus rayos, blanca luna,
por que pueda vengar mi agravio justo
a que la infame Tebas me importuna.

CAMPASPE.

Cese ya, gran señor, vuestro disgusto.

ALEJANDRO.

¡Que un tebano traidor tan solamente
se opone a mi braveza y nombre augusto,
y de aqueste valor a la corriente!
¡Al arma, capitanes! ¡Muera Atenas!

CAMPASPE.

Advierte, rey supremo...

ALEJANDRO.

¡Que consiente
mi eminente valor tan viles penas!
¡Capitanes, al arma! ¡Muera! ¡Muera!

CAMPASPE.

¡Amor, a qué rigores me condenas!
¡Alejandro!

ALEJANDRO.

¡Oh, conquista dura y fiera! (1)
Aquí me llama Amor, y en esta parte,
blandiendo el fuerte y arrogante acero,
me mira airado el furibundo Marte.
Pero bien podré yo tener si quiero
valor y amor, pues es capaz mi pecho
para aquesta grandeza y todo entero
el mundo para mí me viene estrecho.
Amor he de tener y valor tanto,
como estoy de mí mismo satisfecho,
que al dios Cupido admire sacrosanto
y al enemigo más valiente espante.

(1) Faltan dos versos después de éste.

Mitigarás mis penas entre tanto
que no visto la cota relumbrante,
y aun en la guerra contra el enemigo
me servirás de flecha penetrante,
pues le daré con más rigor castigo
por haberme privado de tus ojos,
que, como a los de Febo, adoro y sigo.

CAMPASPE.

Con aquesto mitigas mis enojos.

(*Sale* APELES.)

APELES.

¡Oh, gran señor!

ALEJANDRO.

¡Apeles!

APELES.

¿De qué cielo
tu majestad bajó tales despojos
que esta estatua parece de su velo?

ALEJANDRO.

Otro mayor cuidado tengo agora,
aunque éste es grande, que me da desvelo.
Lleva a palacio aquesta bella aurora
mientras rigiendo mi poder la muerte,
la infame Tebas su delito llora.

(*Vase.*)

APELES.

Dueño de ella y del mundo pienso verte.

Si echo, señora, de ver
que a quien rige el orbe entero
le tenéis por prisionero
y me quisisteis vencer,
viendo mis nuevos cuidados,
bien puede decir mi suerte
que os parecéis a la muerte
en el igualar estados.
Muerte y amor en rigor
se parecen de tal suerte,
que a veces amor es muerte
y a veces la muerte, amor.
Atropos jamás perdona
pobre sayal ni laurel,
ni tampo Amor cruel
ni al sayal ni a la corona.
Una diferencia halló
un sabio que la interpreta,
y es que ella al Cielo respeta
y el amor ardiente, no.
Si me habéis muerto de amor,
decir que vuestra beldad
me rindió, no es deslealtad
contra mi altivo señor.
Que supuesto que aun al Cielo
no le guarda ley Amor,
no será trato traidor
no guardarla a un rey del suelo.

CAMPASPE. Yo hallé bastante sujeto
para emplear mi belleza,
y con razón a su alteza
le quiero bien y respeto.
Haced lo propio, y mirad
que es tarde.

APELES. Yo iré a serviros.

CAMPASPE. Y también quiero advertiros
que es amarme necedad.

(*Vase.*)

APELES.

¡Qué presto que se ciega el más prudente
viendo una bella y celestial pintura!
¡Qué bien le llaman al Amor locura,
instantáneo furor, fuerte accidente,
Cogióme una belleza de repente,
no pude discurrir en mi cordura.
Mas ¿qué mucho ¡ay de mí! si una hermosura
a Júpiter sujeta omnipotente?
Miré, cieguéme, en fin, quedé vencido.
Tengo un rey por contrario altivo y fuerte.
A eternos celos quedo condenado,
pues jamás he de ser sino vencido,
ni podrá desear mi triste suerte
mayor ventura que no haber mirado.

(*Vase. Salen* EPAMINONDAS, EFESTIÓN *y gente.*)

EFESTIÓN.

Esto mando mi Rey que te dijera.

EPAMINONDAS.

Lo que tengo de hacer he respondido.

EFESTIÓN.

Que mejor lo pensárades quisiera.

EPAMINONDAS.

Ya lo tengo pensado y advertido.

EFESTIÓN.

La espada saca ya Alejandro fiera.

EPAMINONDAS.

A nadie teme mi valor temido.

EFESTIÓN.

En el campo verás su valentía.

(*Vase.*)

EPAMINONDAS.

En el campo verás también la mía.

(*Sale* TIMOCLEA.)

TIMOCLEA. Epaminondas valiente,
lustre y honor de tu casa,
que mereces que de bronce
te alce templos la fama.
Tú, por quien aun las mujeres
desnudan fuertes espadas
animadas de tu voz
para defender su patria.
Yo, Timoclea valerosa,
más que la tebana clava,
que esta alabanza en mujer
no puede ser arrogancia,
junté, para defenderte,
trecientos soldados de armas
tan valientes, que ya temen,
con ser fuertes, su pujanza.
Marchando vienen al son
de las sonorosas cajas,
que, como ven su valor,
ya de animarlos se cansan.
Con éstos y los que tienen
tus belígeras escuadras,
¿quién podrá?

DENTRO. ¡Al arma, que llega
Alejandro a las murallas!

ALEJANDR. (*dentro*). ¡Al arma, soldados fuertes!
¡Muera Tebas! ¡Arma! ¡Arma!

TIMOCLEA. Ve presto; anime tu voz
y tus valientes hazañas
tus valerosos soldados.

EPAMIN. ¡Viva Tebas! ¡Cierra! ¡Al arma!

(*Vase.*)

TIMOCLEA. Ya los fieros escuadrones
furiosamente se traban;
animosos y soberbios
rasgan petos, quiebran lanzas.
Unos dicen: ¡Viva Tebas!;
otros, ¡Alejandro! claman;
unos, animosos, hieren;
otros, ofendidos, matan.
¡Qué valeroso Alejandro
discurre por la campaña
en un caballo feroz
que por viento alienta llamas!
Un rayo ardiente parece
su acero, que fuego saca
de los lucientes arneses
y entre su fuego se abrasan.
Todo el ejército, fiero,
rompe, destroza y maltrata;
ya no hay jinete que quiera
oponerse a sus hazañas.
¡Socorro, Júpiter santo,
que este rayo, que en pujanza
a los de tu esfera vence,
todo lo destruye y tala!
Mas un fuerte caballero,
que con las voces levanta
los ánimos de los suyos,
le presenta la batalla.
Todos [a] Alejandro cercan.
Milagro será si escapa
con la vida en tal aprieto.
¡Oh, Epaminondas! La fama
haga eterno tu renombre.
¡Qué valiente cuchillada
dió en el yelmo de Alejandro!
Mal su destreza le ampara,
que mal podrá defenderse
la cabeza sin celada.
¡Qué portentoso caballo!
Con dos rígidas guadañas
que lleva en la dura frente,
los paveses despedaza,
y, defendiendo a su dueño,
con los bufidos espanta.
No queda soldado a vida.
¡Oh, brazo, que no te cansas!
Sólo queda Epaminondas
con Alejandro en campaña.
¡Qué diestramente pelean!
¡Oh, Apolo! ¿Hay ventura tanta?
Cayó Alejandro en el suelo.
El caballo se levanta,
y con el de Epaminondas
más arrogante se traba.
Cayó. Matóle el caballo.
¡Oh, qué notable desgracia!
¡Amparadnos, santos Cielos,
que ya la vitoria cantan!

(*Vase. Salen peleando* ALEJANDRO *y* EPAMINONDAS.)

EPAMINONDAS.

Alejandro, detén la fuerte espada.

ALEJANDRO.

¡Muere, traidor!

EPAMINONDAS.

¡Socorro del Cielo pido!

(*Cae muerto. Salen* CLITO, EFESTIÓN *y* PARMENIÓN.)

EFESTIÓN.

Ya la vil Tebas queda castigada.
Ya ese valor al bárbaro ha rendido,
que se opuso a tu frente coronada,
que de la quinta esfera envidia ha sido.
A nacer vuelvan otra vez gigantes
para que, como Jove, los espantes.

ALEJANDRO.

Acometió Bucéfalo tan fuerte
al son, vasallos, de la presta trompa,
que con sólo mirar daba la muerte.
No hay armas que no hienda, raje y rompa.
Mas ¿cómo se alborotan de esta suerte?

(*Ruido. Salen* SOLDADOS *con* TIMOCLEA, *presa.*)

SOLDADO.

Perdona, bravo Rey, que te interrompa.
Esta mujer mató nuestro caudillo.

ALEJANDRO.

Y ¿por qué?

TIMOCLEA.

Ya, señor, quiero decillo.

Yo soy la infeliz Timóclea,
hermana del gran Teágenes,
que por la griega corona
muriendo vertió su sangre.
Nací en Tebas ¡ay de mí!
con mil infaustas señales,
que cuando hay grande hermosura
ha de haber desdicha grande.
Acometió tu furor
nuestros muros de diamante.
Mas es ese fiero acero
contra el diamante Anaxarte,
que a los primeros encuentros
los tebanos, arrogantes,
fueron perdiendo en un punto
de su valor los quilates.
Yo, desde el alto palacio,
desde una ventana, grave,
te vi, gran señor, vencer
nuestros soldados cobardes;
pero mal dije, valientes,
que basta que tales mates,
por que ha menester, señor,
si tienen de contrastarte,
producir naturaleza
por enemigos gigantes,
que de otro modo no es bien
que el sacro Júpiter se arme
y que saque de la vaina
el acero penetrante.
Viendo, en fin, que la victoria
iba aclamando tu parte,
y que ya nuestro escuadrón
comenzaba a retirarse,
fuí donde estaban mis hijos
por guardarlos como madre.
Entré en mi casa, señor;
eché a la puerta la llave,
y vi al airado tropel
de tu gente apoderarse,
como vencedor, en fin,
de nuestros antiguos lares.
"¡A las doncellas hermosas,
que las fuercen o las maten!",
dijo un capitán, que fué
el que maté por vengarme.
Este, pues, entró en mi casa
tan impío y tan infame,
que sin temer a los dioses
ni respetar sus altares,
empezó con mil lucidas
palabras a maltratarme,
pidiendo que diese puerta
a mi honor inexorable.
Fuí de roca en las palabras;
mas no es defensa bastante,
que por eso las mujeres
son humildes y cobardes.
Remitió, en fin, a las fuerzas
el borrar la bella imagen
de mi honor. En fin, cumplió
su gusto con mis pesares.
Pidióme después mis joyas.
¡Mira qué afrenta tan grande!
pedirme joyas después
que me hurtó la que más vale.
Llevéle a un jardín florido,
adonde una fuente amable, (1)
un pozo lleno, profundo,
de divididos cristales.
Díjele que allí escondí
mis ajorcas y collares
y toda mi hacienda, viendo
nuestra desdicha notable.
El entonces asomóse;
mas yo, vengando mi ultraje,
asiéndole por los pies,
le dejé precipitarse.
Quiso nadar, y tirando
piedras, loca de pesares,

(1) Así en el original.

vengué, señor, con su muerte
la injuria de mi linaje.
A tus pies estoy postrada
para defenderme inhábil.
Aquí estoy. Corta mi cuello
si merezco que me mates.

ALEJANDR. Por Apolo, que dijera
que tú me diste mi ser
¡oh valerosa mujer!
si Olimpas no me le diera.
Que cupo en tu hermoso pecho
tan extremado valor,
que aquesa esfera de amor
le quitó a Marte tal hecho.
Que ese divino traslado
de Venus bella...

TIMOCLEA. Repara
que a ti también te matara
si me hubieras afrentado.

(Ruido dentro. Salen APELES *y* BUFO *con un paño en la cabeza, como que está herido.)*

[APELES.] Ya de la traidora Tebas
la máquina levantada,
queda en el suelo postrada
de tu justo agravio en pruebas
Sólo de Hércules el templo
y de Píndaro la casa
por ti, señor, no se abrasa,
porque den honroso ejemplo.

ALEJANDR. ¿Qué tienes, Bufo? ¿Te hirió
el enemigo?

BUFO. Señor,
no, porque, en fin, su furor,
aunque quiso, no me halló.
Una teja de un tejado
me pudo descalabrar
porque me quise pagar
sin que hubiera trabajado.
Que aun las piedras de la calle
no consienten ¡ay de mí!

APELES. (Calla, que está el Rey aquí.)

BUFO. (Dile a la herida que calle.)

ALEJANDR. Pena me da, Tebas, verte,
y aun lágrimas; mas es justo
que delito tan injusto
se castigue de esta suerte.
A ti, señora, te doy,
por que vengaste tu afrenta,
seis mil talentos de renta.

TIMOCLEA. Rendida a tus pies estoy.

ALEJANDR. Y aún no es grande galardón
de tan varonil hazaña.

TIMOCLEA. ¡Qué grandeza tan extraña!
¡Qué divina perfección!

CLITO. Témate el mundo, señor.

ALEJANDR. Con las armas, Clito, haré
que me tiemble, y aun será
quien le rinda.

PARMEN. De temor
hoy Macedonia se priva,
pues que victoriosos vamos.

ALEJANDR. Marchad.

CLITO. Y todos digamos:
¡Alejandro viva!

TODOS. ¡Viva!

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

(Salen CAMPASPE *y* PIRENE.*)*

PIRENE. ¿Qué tienes, señora mía?

CAMPASPE. Tristeza y amor.

PIRENE. ¿Por qué?
Cuando se paga una fe
causa amor más alegría.
De otro secreto dolor
nacerá tanto pesar,
que al amor le llaman mar.

CAMPASPE. Cuidados son de mi honor.
¿Quién duda, amada Pirene,
que, aunque el dueño de mi ser
tiene tan grande poder
y tanta nobleza tiene,
viéndome, en fin, no casada
en tanta desigualdad,
digan que mi honestidad
está perdida y manchada?

PIRENE. Antes, señora, sospecho
que de Apeles el amor
ha templado tu rigor
y ha sujetado tu pecho,
y también...

CAMPASPE. Tente, Pirene,
que sin recebir pesar
no puede aqueso escuchar
quien honra y nobleza tiene.
Decir que quisiera ser, (1)
que, en fin, el honor me llama,
más que de Alejandro dama
de un noble pintor mujer,
no fué ofender a mi dueño,

(1) En el original, "decir quesisiera ser".

mas solamente temer
que el Rey podrá aborrecer
el firme amor que le enseño.
Que como es tan inconstante
el tiempo, hoy solemos ver
al que no amaba, querer,
y sin amor al amante.
Y por eso no he querido
a Apeles desengañar,
que el Rey me puede olvidar
y él puede ser mi marido.

PIRENE. Perdona si te ofendí.
que Alejandro viene a hablarte
y quiero sola dejarte.

(*Vase.*)

CAMPASPE. Si es firme, dichosa fuí.

(*Sale* ALEJANDRO.)

ALEJANDR. Campaspe del alma mía,
¿cómo estás?

CAMPASPE. Buena, señor.

ALEJANDR. Verte me da más amor
como el sol más luz al día.
Si ausente estoy de tus ojos,
fuera de la guerra, todo
me da tristeza, de modo
que padezco mil enojos.
Siéntate a mi lado aquí;
(*Siéntanse.*)
dame una mano, que, bella,
cayó del cielo esta estrella
hecha rayo para mí.
Triste parece que estás.

CAMPASPE. ¿Yo, señor?

ALEJANDR. Dasme disgusto,
que si tú no tienes gusto
no le tendré yo jamás.
Yo confieso que estoy loço
por tu divina belleza,
y que es premio mi grandeza
para tu hermosura poco.
Sola el alma que te he dado
que en pago recibas quiero,
que éste es, mi bien, el primero
del cielo de mi cuidado.
Di la causa de tu pena.

CAMPÁSPE. Toda nace del amor
que tengo al vuestro, señor.
Estoy de favores llena.
Es vuestra alteza el amante
y yo una humilde mujer
para tan alto poder.
Y el tiempo, siempre inconstante,
el amor grande que os tengo,
mezclado con el temor,
suele darme algún dolor.

ALEJANDR. Con llanto mi enojo vengo.
(*Llora.*)

CAMPASPE. ¡Ay, Dios, señor! ¿Qué, lloraste?

ALEJANDR. Con aqueso que dijiste
toda el alma me afligiste
y mis penas recordaste.
Gran mal es que el tiempo fiero
y la muerte de repente
han de atajar la corriente
de este amor y de este acero.
¡Oh, fiera Parca atrevida!
¿Que es posible ¡gran rigor!
que ha de sobrarme el valor
y ha de faltarme la vida?

CAMPASPE. Señor, la Parca que dió
al gran Alcides la muerte
le quitó la vida fuerte,
pero las hazañas no,
porque quedó su valor
en los cielos esculpido.

ALEJANDR. Sí; mas, dime dónde ha habido
como Homero historiador.
Si yo tuviera tal pluma,
fuera mi bien sin igual,
mi valor fuera inmortal
de mis hazañas la suma...

(*Sale* APELES.)

APELES. Alejandro venturoso.
(Solamente en poseer (*Aparte.*)
esta celestial mujer
yo estoy muriendo celoso.)

ALEJANDR. Dame los brazos...

APELES. (¿Qué veo?)

ALEJANDR. ...por que mi pena mejores.

APELES. Señor, dos Embajadores.

ALEJANDR. ¿Qué dices, Apeles?

APELES. (Creo
que me tienen de acabar.)
Dos Embajadores griegos
te quieren, señor, hablar.

ALEJANDR. Vete, Campaspe, que aquí
le doy de mano al amor,
aunque agora tu valor
queda, como siempre, en mí.

CAMPASPE. El mandarlo vuestra alteza
a obedecerle me allana.

APELES. (¡Ay, belleza soberana!)

ALEJANDR. (¡Qué soberana belleza!)

(*Salen* PARMENIÓN, EFESTIÓN *y dos* EMBAJADORES *griegos.*)

GRIEGO 1.º

Supuesto que aventaje
a nuestro yerro tu real clemencia
y que del cielo baje
aquesta sacrosanta preminencia,
que ésta, señor, te pida,
no te espante, la Grecia arrepentida.

GRIEGO 2.º

Tebas la causa fiera
fué, con su infame y desleal bajeza,
que Atenas se atreviera
a tu más que divina fortaleza.
Ya quedó castigada.
Detén, señor, tu vengativa espada.

ALEJANDRO.

No os diera yo castigo
hasta rogaros con la paz primero.
A perdonar me obligo
antes que a castigar con el acero.
que a Tebas de esa suerte
la avisé, pero luego la di muerte.
Alzaos, que yo contento
os perdono, olvidando mis enojos;
mas por que de escarmiento
de mi furor os sirvan los despojos,
quiero un retrato daros,
si no mi original, para miraros.

EFESTIÓN.

Dicen, señor, que intenta
borrar tu fama con valor Darío,
y que más acrecienta
su loco, fiero y arrogante brío
el ver tu fuerte espada
de sus vanas soberbias olvidada.
Pues es gran desatino
dudar que está en tu mano la victoria.
Lleve el mar cristalino
hasta sus reinos tu suprema gloria,
y juzguen sus intentos
que castigas los propios pensamientos.

ALEJANDRO.

Apercíbase el parche
y mi gente se ordene tan valiente,
que espante cuando marche,
como cuando acomete de repente.
Porque, como en el cielo,
no han de alumbrar dos soles en el suelo.—
No os vais, Embajadores,
hasta mañana, porque daros quiero
lo que os dije.

GRIEGO 1.º

Tus loores
la eternidad pregone al mundo entero.

GRIEGO 2.º

Seas Héracles solo
desde este polo al contrapuesto polo.

(*Vanse. Salen* DARÍO, EPITRIDATES *y gente.*)

EPITRIDATES.

Junto tiene Rosaces un ejército
de tan grande valor, que si quisiera
contrastar en su esfera al mismo Marte
no la juzgara el mundo por quimera (1)
como la de los bélicos gigantes,
que vengarse de Júpiter quisieron.

DARÍO.

Antes, Epitridates, por bajeza
tiene tal prevención mi fortaleza.
Para un loco atrevido, ¿aqueste brazo
ha menester aquesas prevenciones?
¿Para un cordero solo mil leones?

EPITRIDATES.

Aunque es poca su edad, dice su fama
que admira su valor y su grandeza.
Dicen, señor, que en Tebas el ejército
por todas partes le cercó de suerte
que no daba lugar a su defensa.
Y que en aqueste punto Epaminondas,
de una segura y fuerte cuchillada,
le dejó la cabeza sin celada.
Y que, viéndose así, con espantosa
destreza en tales años y tal pecho,
se defendió de todos, y, venciendo,
cesó, con su victoria, el fiero estruendo.

DARÍO.

¿Qué rostro tiene?

EPITRIDATES.

Si por dicha quieres
verle, podrás en un retrato bello,
que Apeles, un pintor famoso suyo,
con diestra mano y con sutil estilo
sacó tiniendo al mismo por estampa.

DARÍO.

Muéstrale a ver. ¿Que aquéste es tan valiente?

(1) En el original, "soberbia".

Miente la fama, y aun el mundo miente.
Bajeza es de mi propio pensamiento
pensar que éste se opone a mi braveza.

EPITRIDATES.

Dicen que es de la tierra fiero azote.

DARÍO.

¡Por Apolo divino! ¿Que le azote
este rostro consiente la celada?
Estas manos, que siempre en blando guante,
adobadas como él, ¿se han defendido
al parecer del aura delicada?
Apretarán la espada con el guante,
uno de acero y otro de diamante.

EPITRIDATES.

Con todo, gran señor, es justa cosa
que vaya la defensa prevenida,
que tiene capitanes Alejandro,
cuando él por sí no tenga tanta fuerza,
como era necesario a tu pujanza,
que cuando dicen que a la fuerte Italia
venció Eneas, también dice su gente
que sin ella vencerla no pudiera.

DARÍO.

Tienes razón, Epitridates. Luego
se prevenga mi gente, por que vea
Macedonia mi furia a pesar suyo.
Pero mejor, si no me engaño, fuera
que fueras de mi parte y que le dieras
un embajada para ver si quiere
paces conmigo y ser mi tributario,
que, como acetar quiera este partido,
por hijo le tendré, y haré que teman
su valor por el mío.

EPITRIDATES.

En esto aciertas,
porque él, viendo tu valor altivo,
te tiene de agradar.

DARÍO.

Parte al instante.

EPITRIDATES.

A obedecerte voy.

(*Vase.*)

DARÍO.

Si no le advierte
que le he de dar inominiosa muerte.

¡Qué buen talle de mancebo
que tiene Alejandro! A fe
que aunque mi contrario fué
su gran gentileza apruebo.
Para un Adonis amante
tiene traza; pero no
para hacer lo que intentó
y para ser arrogante.

(*Sale* FELICIA.)

FELICIA. (Un retrato está mirando
suspenso. ¡De celos rabio!)

DARÍO. El será mi prisionero.

FELICIA. (¡Ay de mí!)

DARÍO. ¿Qué estoy dudando?
En sabiendo que mi nombre
tiembla el mundo y que mi fama
el invencible me llama,
imagino que se asombre.
Y también Epitridates,
que es valiente, le dirá
quién soy y descubrirá
de mi valor los quilates.
Con esto me temerá
y será mi tributario.

FELICIA. ¡Ah, traidor! ¡Ah, infame Dario!

DARÍO. ¿Aquí tu belleza está?
Felicia mía, mi bien,
¿qué tienes? Vuelve a mirarme.
¿Quieres por dicha enojarme?
¿Conmigo tanto desdén?
¿De qué nacen los desvelos?
Que por Febo luminoso
que me tienes cuidadoso.

FELICIA. (Presentarélo a mis celos.)
Si te miro en mi presencia
con un retrato de quien
perturba todo mi bien,
¿cómo he de tener paciencia?
¿Qué me dijeras a mí
si con él a mí me vieras?
¿Qué dijeras y qué hicieras?
Júzgate también a ti.
No me esperes ver contenta,
pues me tratas de esta suerte
y tu rigor darme muerte
tan fiera y cruel intenta.
¿Yo soy, ingrato, tu esposa?
Miente quien lo dice, miente.
Porque no hicieras...

DARÍO. Detente.
¿Qué es tan fiera?

FELICIA. Estoy celosa.

DARÍO. Si no supiera que Amor
te hace necia, me enojara.
En que te adoro repara

y conoce mi valor.
No es retrato de mujer,
que es de Alejandro.

FELICIA. (Su fama (*Ap.*)
tiene encendida una llama
adonde me siento arder.
¡Quién le viera!) Yo sospecho
que me engañas.

DARÍO. Verdad digo.
Será el retrato castigo
por que conozcas mi pecho.
Vesle aquí.

FELICIA. (¡Válgame Febo!
¡Qué notable gentileza!
¡El sujetó mi belleza!)
Dicen que es Alcides nuevo.

DARÍO. Poco entendimiento tienes,
eso oyéndote decir;
eso no te quiero oír.
Voime.

(*Vase.*)

FELICIA. ¿Qué mayores bienes,
ni qué más rico tesoro
nunca me pudieras dar,
pues que me dejas lugar
para hablar a quien adoro?

¡Divina tabla, celestial pintura
de aquel original del alma mía!
De tal valor, de tanta gallardía,
¿qué mujer ha de haber libre y segura?
Como en la marcial libre y segura (1)
vences la más robusta valentía
que en los hombres su ser altivo cría,
vences en las mujeres la hermosura.
¿Quién, como aquel que al mármol adoraba,
fuera dichosa cuando [a] amarte vengo?
¿Quién en original te convirtiera,
tabla de aquel que tanto deseaba?
¿Quién pudiera infundirte ésta que tengo,
por que a los dos un alma nos rigiera?

(*Vase, y salen* EFESTIÓN *y* PARMENIÓN.)

PARMENIÓN.

Ya quisiera, Almirante, que su alteza
diera velas al viento y sujetara
del soberbio Darío la fiereza
con su poder altivo y fuerza rara.
Por cierto, gran valor, grande nobleza
encierra su magnánima y preclara
condición y aun admira en años veinte
verle tan gentil hombre y tan valiente.

EFESTIÓN.

Y lo que es justa cosa que me espante
es ver para la guerra su cuidado,
siempre tan firme, siempre tan constante,
con estar de Campaspe enamorado.
Que cuando fué de Venus Marte amante,
le aprisionó Vulcano descuidado.
Que siempre el dios Cupido debilita,
Sansón testigo, a quien las fuerzas quita.

(*Tocan dentro alarma.*)

PARMENIÓN.

¿Cajas entre tapices y doseles
en Palacio? ¿Qué es esto?

EFESTIÓN.

La prudencia
de nuestro Rey, de quien retrata Apeles
armada la flamígera presencia
al compás de la caja los pinceles
consagran en la tabla la presencia,
no de un Marte sangriento, fiero, airado,
sino de un Alejandro desatado.
Los dos embajadores a los lados,
las rodillas en tierra, no se atreven
casi a mirar sus ojos enojados,
que contra su delito rayos mueven,
por no quedar o muertos o asombrados.
Alejandro los habla porque aprueben
ellos mismos su fuerza peregrina.

PARMENIÓN.

Corramos para oírle esta cortina.

(*Córrenla y descúbrese* APELES *retratando* [a] ALEJANDRO, *que estará armado y con la espada en la mano, feroz, y a sus lados los dos* EMBAJADORES.)

ALEJANDR. Yo soy Alejandro magno,
si no en la edad, en los hechos,
que por ellos mis contrarios
aqueste nombre me dieron.
No soy hijo de Filipo,
sino de Jove supremo,
que él solo pudo infundirme
este valeroso aliento.
De diez años sujeté
un fiero animal soberbio,
Bucéfalo, que el de Alcides
no fué monstruo tan horrendo.
Con estas armas brillantes,
con este luciente acero,
me temerán mis contrarios,

(1) Así en el texto; pero quizá deba leerse "guerra y ventura".

cuando yo a ninguno temo,
o ¡vive Júpiter santo,
a quien por padre respeto!
de contrastar cuantos haya
fuera de su sacro reino.
¿Quién ha de aguardarme a mí,
armado en el campo, viendo
que son dos rayos mis manos
y que son mis voces truenos?
Pues ¿cómo vosotros, viles...?

GRIEGO 2.º Señor, detente, que creo
que si prosigues, nos des
la muerte que merecemos.

ALEJANDR. Tenéis razón. Mi retrato
es aquéste, que os entrego
porque a Grecia le llevéis;
y si anhelaseis intentos
otra vez de rebelaros
esta tabla os ponga freno,
contemplándome furioso,
como aquí lo represento.
Idos en paz y temedme
enojado.

GRIEGO 1.º El santo Cielo
te guarde infinitos años,
señor, para amparo nuestro.

(*Vanse.*)

ALEJANDR. ¡Vasallos míos!

EFESTIÓN. Estamos
admirados, señor, viendo
tu severidad notable
y la prudencia advirtiendo
con que a éstos has castigado,
que de verte van suspensos.

ALEJANDR. Retrata también, Apeles,
a mi valiente Bucéfalo.

APELES. Haré tu gusto, señor.

ALEJANDR. Bien armado me parezco:
si permitido me fuera,
siempre con la gola y peto
anduviera, despreciando
los vestidos de más precio.

APELES. (¡Ay, Amor! ¿Por qué me matas?
¡Terrible contrario tengo!)

(*Sale* CLITO.)

CLITO. Aquí, gran señor, está
del fuerte persiano imperio
un embajador, que quiere
hablarte.

ALEJANDR. Pues entre luego.

(*Sale* EPITRIDATES.)

EPITRIDAT. ¡Guárdete el sagrado Apolo!

ALEJANDR. Toma, embajador, asiento.

EPITRIDAT. (¡Armado me ha recibido!
¿Qué es aquesto, santos Cielos?)

ALEJANDR. Prosigue y di tu embajada.

EPITRIDAT. (¡Por el sol, que pone miedo!
Mas Epitridates soy;
hablarle quiero resuelto.)
El invencible Darío,
de todo el persiano reino
absoluto Rey, temido
por sus intrépidos hechos,
tiniendo ya apercibido
en sus reinos un ejército
para castigar cruel
tus atrevidos intentos,
que son contra su corona,
según allá le dijeron,
si también en vuestros fuerzas
contra las suyas soberbios;
habiendo visto un retrato
de tu generoso aspecto,
que Apeles, un pintor tuyo,
hizo sentir, siendo lienzo,
y habiendo advertido en él
tu gentileza, tu cuerpo,
tu inusitada experiencia
y que eran tus años menos,
me mandó que te avisase
que te dejará en tu reino
y que hará que por el suyo
tengan a tu nombre miedo,
y perdonará la injuria
con que, atrevido y mancebo,
intentaste profanar
la braveza de su pecho,
si con parias le veneras,
a su voluntad sujeto,
y dejas el comenzado,
atrevido y loco intento,
y que, si no, te apercibas,
porque...

ALEJANDR. Basta ya. ¿Qué es esto?

EPITRIDAT. Esto manda que te diga.
(¡Temblé, por Apolo inmenso!)

ALEJANDR. Si como eres uno solo,
fueras todo aqueste ejército
que has pintado, embajador,
te hubiera pedazos hecho.
Como a un hombre te perdono,
aunque has sido tan soberbio,

que has parecido no solo,
sino Dario con su reino.
Vete y dile que me aguarde
pisar sus playas tan presto,
que respete, acelerado,
destos brazos el esfuerzo.
Y no me juzgue en los años,
que aunque en ellos soy mancebo,
soy en las fuerzas gigante,
soy atlante, soy infierno.
Que a ti no te doy la muerte
por que le digas aquesto,
que la mereciste hablando,
viéndome armado, soberbio.
Vete al momento; no aguardes,
que estoy airado y sospecho
que vengaré en ti mi enojo.

EPITRIDAT. Voime, señor.

ALEJANDR. Vete luego.

(*Vanse todos, y salen* CAMPASPE *y* PIRENE.)

CAMPASPE. El Rey a Persia se va.

PIRENE. ¿Tan presto?

CAMPASPE. Pirene, sí.
Y quedo sin él sin mí.

PIRENE. Pues ¿tanto lo sientes ya?

CAMPASPE. Tanto, que si ser pudiera,
pues quedo sin él en calma
y le sigo con el alma,
con el cuerpo le siguiera,
arriesgándome por él
contra el enemigo osado,
sin que temiera a su lado
el peligro más cruel.

PIRENE. ¿Sabes qué veo?

CAMPASPE. ¿Qué ves?

PIRENE. Que cada día le vas
queriendo, señora, más.

CAMPASPE. ¡Ay, Pirene! Verdad es.
Que aunque siempre fué mi intento
que no venciese a mi honor,
aunque es tanto su valor,
sin mediar el casamiento,
su trato, su gentileza,
su valiente corazón,
su rostro, su discreción,
sus palabras, su llaneza,
rendida, en fin, me han tenido
a quererle, sin tener
el bien de ser su mujer
y que fuera mi marido.
Soberbia fué pretender
tanta grandeza mi amor;
mas como es sujetador
del más antiguo poder,
pude tener esperanza
de verme en tanta grandeza.

[PIRENE.] Fiábaste en tu belleza,
que imposibles alcanza.

[CAMPAS.] Que quisiera, no te espante,
como he dicho, y no me olvido,
más a Apeles por marido
que a Alejandro por amante.
Porque ha estimado a mi honor
de suerte mi pensamiento,
que no me ha dado contento
sin mezcla de algún dolor.

PIRENE. Alejandro viene ya
a despedirse de ti.

CAMPASPE. El alma me deja a mí,
aunque él, Pirene, se va.

(*Vase* PIRENE *y sale* ALEJANDRO.)

ALEJANDR. ¿Campaspe?

CAMPASPE. ¿Señor?

ALEJANDR. Aquí
tienes asiento a mi lado.
Ya veo que este cuidado
tendrás, que me mata a mí.
Ya ves que no puede ser
menos, mi bien, que la fama
en aquese mar me llama
para matar y vencer.
¡Por Apolo, que gustara
de andar delante de ti
de rodillas, porque en mí
es deidad tu beldad rara.
Que si en templos de oro y jaspe,
a Venus, por bella diosa,
la reverencian hermosa,
más que Venus es Campaspe.
Un rey te trairé cautivo
por alfombra de tus pies,
pues yo de aqueste interés
con adorarte me privo.
No llores.

CAMPASPE. Señor, no puedo.

ALEJANDR. Que me enterneces advierte.

CAMPASPE. Quedo sujeta a la muerte,
pues de vos ausente quedo.
Suele estar un verde prado
bello, alegre, con el sol,
y en faltando su arrebol
queda triste y deslumbrado.
Yo lo he sido hasta que agora
me dejáis, siendo mi Febo.

ALEJANDR. No es, Campaspe, caso nuevo
que llore al sol el aurora.
Dame esos brazos que adoro,
que es sinrazón no coger
esas perlas y perder
tan extremado tesoro.

(*Abrázanse y sale* EFESTIÓN *como de general y con un bastón en la mano.*)

EFESTIÓN. Pues, señor, ¿de aquesa suerte
está vuestra majestad
cuando, airado con los aires,
le da mil voces al mar?
¿Cuando ha de llevar por alma
un rígido pedernal,
a mujeriles ternezas
le da espacioso lugar?
Bella, por cierto, es Campaspe;
mas la fama universal
es más hermosa, y más bello
un ejército marcial.
No los amores alcanzan
la suprema dignidad
de las hazañas de un rey,
sino sólo el pelear.
¡Gentiles armas, por Dios,
de un sangriento capitán:
una boca de rubí
y unas manos de cristal!
¡Ea, señor! Vuestra alteza
deje a Cupido rapaz.
A Marte siga en su esfera
y a Neptuno por el mar,
que aunque de la guerra ardiente
vuestra majestad jamás
perdió el bélico cuidado,
aunque enamorado está,
en el conservar las cosas
está la dificultad;
que, al fin, se canta la gloria,
y lo ha de ser inmortal.
Que espero que vuestra alteza,
tanta tiene de dejar
que no la borre el olvido,
aunque lo intentase más.
ALEJANDR. Noble Efestión, valiente,
milagro de mi amistad,
no me culpéis, que, en efeto,
bien sabréis lo que es amar.—
Mientras me voy a la guerra
queda, mi Campaspe, en paz.
CAMPASPE. Allá me lleváis el alma.
ALEJANDR. Toca a embarcar y a zarpar.

(*Entranse* EFESTIÓN *y* ALEJANDRO, *y tocan dentro cajas, y salen* BUFO *y* APELES.)

BUFO. En fin, ¿acá nos quedamos?
APELES. Sí, Bufo.
BUFO. No has hecho mal.
APELES. Por sólo ver si podré
en esta ausencia ablandar
esta esfinge.
BUFO. Yo me huelgo
por una cosa no más.
APELES. ¿Por qué?
BUFO. Por sólo no verme
sobre los brazos del mar.
Que si él quisiere, me suelte
y no me levante más.
APELES. Aquí está mi bien.
BUFO. ¡Qué triste!
APELES. ¡Quién duda que sentirá
que se fuese quien me mata!—
De celos, señora, igual
quisiera ver con mi amor,
el que nunca me mostráis.
CAMPASPE. ¿No os habéis ido a la guerra?
BUFO. Mejor estamos en paz.
APELES. Otra tienen mis sentidos,
que me inquieta mucho más,
y en paz ha de convertirla
vuestra divina beldad.
CAMPASPE. Agora estoy indispuesta
y algo triste. Perdonad.

(*Vase.*)

APELES. Esto es buscar imposibles.
¿De qué me sirve cansar,
pues no saco de su vista
sino mi muerte fatal?
Ve al punto, apréstame un barco,
porque en él quiero alcanzar
a las naves. ¡Ay, ingrata!
BUFO. ¡Ay, qué grande necedad!
APELES. Pues aquí no alcanzo nada,
quiero en la guerra alcanzar
fama a mi casa y mi nombre.
BUFO. ¡Lindo frenesí te da!
APELES. Haz lo que digo al momento,
que ya enojándome estás.
BUFO. ¿No ves que las naves vuelan
llevadas de un huracán
y caminan con tormenta
por medio del ancho mar?
APELES. ¡Vive el sol, que he de seguirlas,
en un barco, en un blandal,
en un leño, en una tabla!

BUFO. Si te quieres anegar,
no tengo yo por agora
tal pensamiento: demás,
¿qué damos a tus deseos?
¿Ha sido tan pertinaz
Campaspe en el despreciarlos
para que te quejes ya?
Mil esperanzas te ha dado,
y es dura cosa intentar
alcanzarlo todo junto.
Aguarda, ¡cuerpo de tal!,
que poco a poco hila el copo
la vieja.
APELES. Dices verdad.
BUFO. Pues si la digo, ¿por qué
contra lo que digo vas?
APELES. Quiero aguardar hasta ver
qué fin mi muerte tendrá.

(Vanse, y salen DARÍO, EPITRIDATES *y* FELICIA.)

DARÍO. ¡Por el sol, que estoy corrido
de pensar su atrevimiento!
Que aunque el pago merecido
tengo de darle a su intento,
es valor ser atrevido,
y aunque muera, ha de quedar
con este honor que ha quitado
a mi valor esforzado.
Mas si yo lo he de matar,
morirá por fuerza honrado.
¡Que se atreviera a venir
contra Persia! ¡Pierdo el seso!
FELICIA. ¿Eso te dejas decir?
¿Para qué haces caso de eso,
si le tienes de rendir?
EPITRIDAT. No están seis millas del puerto,
y es la más valiente Armada
que en sus hombros levantada
vido el mar.
DARÍO. Cairáse muerto
en mirando aquesta espada:
que esto no lo dudo yo.
Mas jamás imaginó
mi furor que a él se atreviera
nadie, aunque un Alcides fuera,
y este loco se atrevió.
FELICIA. Pues ¿qué quisieras hacer?
DARÍO. Ir yo a su reino a buscalle,
y entre el fiero acometer,
entre su mismo poder,
vengar mi enojo y matalle.
Que poco me puede honrar,
aunque yo mi honor vengase
y al Cielo le levantase,
si él me ha venido a buscar
para que yo le matase.
Demás, que aunque es gran locura,
suelen, Felicia, afirmar
que en cualquier batalla dura
está la gloria en osar
y en el vencer la ventura.
Esto siento.
FELICIA. Pues advierte,
Dario, que es razón amarte
y aguardar aqueste Marte,
si para ti menos fuerte,
para que puedas vengarte.
(Que ruego al Cielo que sea *(Ap.)*
al revés, por que yo vea
vencedor de mi ciudad,
como de mi voluntad,
a quien el alma desea.)
EPITRIDAT. Algunas velas, señor,
se van descubriendo ya.
DARÍO. Jamás temió mi valor.
EPITRIDAT. Y el mar turbándose va,
por ventura, de temor.
DARÍO. ¿Cómo tan presto ha venido?
EPITRIDAT. Porque así como le di
tu embajada, al punto vi
su ejército prevenido
para venir contra ti.
Y aun armado la escuchó.
Y aunque no soy el soldado
que menos ha peleado
y tu reino defendió,
temí mirándole armado.
Esto digo por que vayas
a detener la corriente
de este mancebo valiente
antes de que en esas playas
anegue en sangre tu gente,
que ya viene tan cargado
de despojos que ha ganado,
gran señor, con pelear,
que no le puede llevar
el arrogante salado.
DARÍO. ¡Por Febo claro y divino,
que jamás osar pudiera,
ni aun lo pensara imagino,
que a hacer tan gran desatino
ningún hombre se atreviera!
¡Cercar a Persia! ¡Reniego
del mismo Júpiter!
FELICIA. Tente.
DARÍO. ¡Ya me abraso en vivo fuego!

¡Miren qué Alcides valiente,
sino un Alejandro ciego!

FELICIA. Los Gigantes se atrevieron
al Cielo, y aun le quisieron
desbaratar, arrogantes;
mas dos rayos fulminantes
su soberbia deshicieron.
Y agora sólo atribuye
a arrogancia su furor
todo el mundo, gran señor.

EPITRIDAT. Quien acomete y luego huye
poco tiene de valor.

DARÍO. ¿Qué importa quedar rendido,
si mi valor le venció,
vencedor jamás vencido
si acometiendo borró
la infamia de haber huído?
Mas, prevéngase mi gente,
que no ha de volver soldado,
si no es muerto, al mar salado;
que yo he de ser el valiente,
aunque él ha sido el osado.
Tocad con pechos atroces
las cajas de valor llenos,
por que sus parches feroces
nos animen con sus voces,
los espanten con sus truenos.

EPITRIDAT. Ya se acercan.

DARÍO. Pues tocad
al arma para vencer
esos viles y cerrad
las puertas de la ciudad,
aunque no era menester.

EPITRIDAT. Ya echan áncoras en tierra
y el mar de sí los destierra
en los bateles cargados.

DARÍO. ¡Ea, valientes soldados,
tocá al arma! ¡Guerra! ¡Guerra!

(*Entranse, y queda* FELICIA.)

FELICIA. ¡Ay, Amor! ¡Así jamás
resista tu flecha ardiente
el corazón más valiente,
que ya que a Alejandro das
valor, le des a su gente!
¡Venza Alejandro, Fortuna!
¡Estrellas, sol, clara luna,
dalde victoria a mi amante!
¡No habrá dicha semejante
para mi pecho ninguna!
Pero, si en mi mano está
dársela, ¿qué me acobardo?
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?
El remedio pienso ya,
y ya sospecho que tardo.
Un papel le escribiré
diciéndole la flaqueza
de la ciudad, por que dé
el asalto, que en mi fe
puede tanto tu belleza,
y a más de aquesto, la puerta
le abriré de la ciudad:
tendrá la victoria cierta,
pues que ya su majestad
tiene la del alma abierta.

(*Vase. Salen* ALEJANDRO, EFESTIÓN, *como cojeando, que trae gota,* PARMENIÓN *y* CLITO, *después de haber dicho dentro.*)

CLITO (*dentro*).

¡Echa el áncora al mar!

PARMENIÓN.

¡Aferra, aferra!

CLITO.

¡Dobla el cabo y la vela!

PRIMERO.

¡Cía, cía!

SEGUNDO.

¡Da la banda al batel!

PARMENIÓN.

¡Tomemos tierra!

ALEJANDRO.

¡Oh, para mí, dichoso y claro día!
aunque me espera temeraria guerra,
que no teme mi pecho y mi osadía.
¿Salió ya Efestión?

EFESTIÓN.

Ya, señor, vengo
donde todo mi bien y amparo tengo.

ALEJANDRO.

¡Ya es tiempo, capitanes valerosos,
que mostréis el valor de vuestro pecho!
¡Ya del mar en los brazos espumosos
mil valientes hazañas habéis hecho!
¡Ya a mi acero y los vuestros animosos
les viene el reino macedonio estrecho!
¡Ya intentamos vencer aquesta tierra
con fieras armas y insufrible guerra!
¡Hoy es razón que entienda el mundo entero
que no hay para nosotros defendida
parte ninguna, porque aqueste acero
la ha de tener a su poder rendida!

¡Hoy el soberbio y arrogante fiero
Dario su Persia humilde y abatida
ha de ver a mis plantas su grandeza
humillada a mi suma fortaleza!
¡Envidiad del gran Hércules la fama,
de quien el docto Homero ha celebrado
de aquel valor la siempre ardiente llama,
de quien los enemigos han temblado!
¡A ser valiente su valor me llama,
y así...

EFESTIÓN.

Señor, el tiempo no ha llegado
en que la espada saques atrevida.
Tienes mi condición bien conocida.
De honrada envidia se me abrasa el pecho
cuando advierto el valor de Hércules fuerte,
y quisiera al momento, a mi despecho,
a veces alcanzar tan rica suerte.
Imaginaba el muro ya deshecho
y a mí dando cruel y justa muerte
a los persas, rindiendo, derribando,
y a su Rey arrogante sujetando.

PARMENIÓN.

Paréceme, señor, que vuestra alteza
podrá ya acometer.

ALEJANDRO.

Pues ¿qué os parece,
amigo Efestïón?

EFESTIÓN.

La fortaleza
de la ciudad es grande; mas se ofrece
mi espada a sujetarla a esa grandeza.

ALEJANDRO.

Más el amor que os tengo siempre crece. (1)
¿Cómo estáis de la gota?

EFESTIÓN.

Algo indispuesto;
mas aunque los pies tengo de esta suerte,
tengo los brazos sanos, que con esto
estoy para la guerra firme y fuerte,
así no podré huír, pues en un puesto
habré siempre de estar.

ALEJANDRO.

Daros la muerte
pudieran de esa suerte, y yo la estimo
más que la propia mía.

EFESTIÓN.

Más me animo.

(1) Faltan los dos últimos versos a esta octava.

ALEJANDRO.

¿Qué ruido es éste entre la gente mía? (1)

(*Salen* SOLDADOS *con otro* PRESO.)

PRIMERO.

Han prendido, señor, aqueste espía.

ESPÍA. En este papel verás,
señor, que están engañados.
ALEJANDR. Muéstrale a ver de quién es.
ESPÍA. El te lo dirá más claro.
ALEJANDR. Lee, Clito.
CLITO. De mujer
es la letra.
ALEJANDR. Ya te aguardo.

Lee CLITO.

"El amor que tengo a vuestra real majestad, causado de su ilustre y gloriosa fama, que ya no sólo en Persia, mas en las partes más remotas del mundo se conoce, me obligan a desear ver mi patria rendida por quien me tiene de la misma suerte. A la parte siniestra del muro está un baluarte al parecer fuerte, que es el más flaco y menos defendido que tiene la ciudad. Por él podrá vuestra majestad dar el asalto, que también mandaré abrir un portillo, por donde con más facilidad la entre solo a fin de que pague esta afición.—FELICIA, *reina de Persia.*"

ALEJANDR. Notable efeto de amor.
Cierto que estoy espantado.
EFESTIÓN. Todo, señor, lo mereces.
El sol te guarde mil años.
PARMEN. Ya está a tus plantas valientes
todo el imperio persiano.
ALEJANDR. ¿Efestïón?
EFESTIÓN. ¿Gran señor?
ALEJANDR. Mientras que doy el asalto
os podéis aquí quedar
en conserva.
EFESTIÓN. El Cielo santo
sabe, señor, que me pesa
de faltar de vuestro lado;
mas aquesta enfermedad
me aflige.
ALEJANDR. Pues entre tanto
me habéis de ver pelear.
CLITO. Señor, por aqueste lado
se tiene de acometer,
que es el más débil y flaco.

(1) En cambio a éste le sobran dos.

ALEJANDR. Ni las armas me dan miedo,
ni de traiciones me valgo;
en sacando yo la espada
es lo más fuerte más vano.
Arrimad por esa parte
escalas.
CLITO. ¡Señor!
ALEJANDR. Vasallos,
lo que yo digo ha de ser
para mi fama trabajo.
No quiero que diga el mundo
que le gané Persia a Dario
por traiciones, cuando puedo
ganársela peleando.
¿Qué receláis, cuando viene
la ventura de Alejandro
con vosotros? ¿Qué teméis
cuando rijo aqueste brazo?
ESPÍA. Es lo más fuerte esa torre.
ALEJANDR. No importa, que en breve rato,
aunque os parezca de bronce,
la veréis hecha pedazos.
Y al que por aquesa parte
me diere el feroz asalto,
le colgaré de una entena
por Apolo sacrosanto.
¡Esto es lo que importa, amigos!
¡Aquesto importa, vasallos!
Seguidme.
CLITO. Todos te siguen.
ALEJANDR. ¡Ea, valientes soldados!

(*Entranse todos con las espadas desnudas y queda* EFESTIÓN *solo.*)

EFESTIÓN. ¡Oh, valeroso mancebo,
de quien el mundo ha contado
hazaña tan peregrina,
aunque entre Alcides tebano.
Ya acomete valeroso;
ya va la escala trepando;
ya la entrada le defienden
los pertinaces contrarios.
¡Qué advertido se defiende
y cómo ofende gallardo!
¡Qué de enemigos derriba
con los reveses y tajos!
¡Por Apolo! que de verle
en vivo fuego me abraso.
¡Ah, pies, que no me dejáis!
Ya a la muralla ha llegado;
mas no le dejan subir,
que son muchos los contrarios.
En grande peligro está.
Cayó de la escala abajo.
Todos se arrojan sobre él.
Voy a defenderle. ¡Ay, hado (*Cae.*)
riguroso, que no puedo!
¡Que le matan! ¡Cielo santo!
¡Que matan a vuestro Rey!
¡Ah, macedonios soldados!
¡Defendelde, que le matan!
Todos están peleando
para socorrerle, ¡pies
me faltan ¡de enojo rabio!
cuando me sobran valientes
para defenderle, manos!
Mas ya parece que vuelve
otra vez a retirarlos.
Eso sí ¡viven los Cielos!,
que venga bien sus agravios.
Ya le vuelven las espaldas,
que los macedonios bravos
le acuden y le defienden,
que son de su diestra rayos.
Ya salen de la ciudad
los persas alborotados,
y Dario viene furioso
dejando los muros altos.

(*Vase. Salen* ALEJANDRO *y* DARÍO.)

ALEJANDR. Gracias al sol luminoso
que una vez nos encontramos,
que lo deseaba ya.
DARÍO. Yo también lo deseaba,
y agora verás quién es
el que llama el mundo Dario.
ALEJANDR. Esto lo dirán las armas.
DARÍO. No son armas ni son rayos
las mías. (*Pelean.*)
ALEJANDR. Bien te defiendes.
DARÍO. De tu braveza me espanto.
¡Detente, pues, que caí!
ALEJANDR. ¡Muere!
DARÍO. ¡Detente, Alejandro,
que estoy rendido a tus pies,
y el olvidar los agravios
es propio de heroicos pechos!
DENTRO. ¡Victoria! ¡Viva Alejandro!
ALEJANDR. Dame las armas.
DARÍO. Aquí
las rindo a tus pies. ¡Ay, hados
rigurosos, y que poco
amparáis a un desdichado!
ALEJANDR. Mi gente es la victoriosa,
y por eso te he dejado

con la vida, y me contento
en llevarte por esclavo.
Alzate.

(*Salen* CLITO, PARMENIÓN *y* EFESTIÓN, *y* FELICIA *presa, y todos los que pudieren.*)

PARMEN. Señor, ya queda
por tuya Persia.
ALEJANDR. ¡Oh, vasallos!
CLITO. Y ésta es Felicia, su reina.
ALEJANDR. (Es hermosa.)
FELICIA. (¡Qué bizarro!)
ALEJANDR. Si quieres la libertad,
yo te la doy.
FELICIA. Poco pago
es ese de mi afición...
ALEJANDR. ¿Cómo?
FELICIA. ...si estás procurando
que me aleje de tus ojos.
DARÍO. ¿Esto más? ¡Ah, dioses falsos!
¡Presa mi esposa!
ALEJANDR. A embarcar,
que el alma se va abrasando
por ir a ver a Campaspe.
EFESTIÓN. Toca a embarcar.
ALEJANDR. Toca y vamos.

JORNADA TERCERA

(*Salen* APELES *y* BUFO.)

APELES. ¡Ay, Bufo! Cuando pensé
que Campaspe, estando ausente
el que me mata, presente
galardonase mi fe.
Cuando aguardé que cesara
mi locura, y que ella, en fin,
diera a mis desdichas fin
y mi voluntad pagara,
hallo que más me desprecia
y me muestra más rigor.
BUFO. ¿Qué quieres? Ella, señor,
al gran Alejandro precia.
Harto te lo he aconsejado
que dejaras de querer
a esta Anajarte mujer.
No hay remedio; estás picado,
y no quieres acabar
de conocerte y de ser
necio; siempre has de querer
cantar mal y porfiar.
APELES. En Macedonia quedé
por un loco pensamiento,
salióme vano mi intento;
de ir a la guerra dejé
por aquésta endurecida.
¡Ah, qué mal hice ya, honor!
BUFO. No has hecho cosa mejor
en los días de tu vida.
A la guerra y luego ir
por mar. Mire qué dos cosas
tan lindas y apetitosas
para quien quiere vivir.
APELES. Sólo amor pudiera hacer
tan grande afrenta a mi honor.
BUFO. Ruego que tengas amor
siempre que hubiese de ser,
porque no vamos allá.
APELES. Eres villano, en efeto.
BUFO. Soy, en efeto, discreto.
Cualquiera lo juzgará.
APELES. Eres cobarde.
BUFO. Es engaño.
Nombre que le suelen dar
de valiente al que guardar
sabe su vida del daño.
Pues a quien más justamente
le da este nombre la tierra
guardóla de mar y guerra;
luego yo soy el valiente,
pues que peligro también
el mar para hombres humanos,
que cuando llega las manos
no hay sino ponerlas bien.
Fuera de él me ha parecido
que está más cierto el vivir.

(*Salen* PIRENE *y* CAMPASPE.)

CAMPASPE. ¡Ay, Pirene! Ha de venir
si por ventura ha vencido.
PIRENE. No lo dudes.
CAMPASPE. ¡Ah, señor!
APELES. ¿De qué ha servido matarme,
entretenerme y dejarme
agora con tal rigor?
¿No valiera más decir
desde el principio que no
y, desengañado yo,
acabara de morir?
¿De qué ha servido mostrarme
amor, suspenso tenerme
y, en efeto, entretenerme
hasta aquí para matarme?
CAMPASPE. ¿Por qué quieres que desdén
jamás te mostrase yo?

Que, ¿a qué mujer la pesó,
di, que la quisiesen bien?
Cuanto y más que ser pudiera
que Alejandro se cansara
de quererme y me olvidara,
pues la fortuna [es] ligera;
y entonces pudiera ser
que, viéndome despreciada
del Rey y de ti adorada,
quisiera ser tu mujer.
Veo que me tiene amor,
aunque tú me quieres bien;
pues si [he] de escoger, también
es Alejandro mejor,
que a más de ser gentilhombre,
galán, valiente, discreto,
es rey, a nadie sujeto,
que basta serlo este nombre.

APELES. Pues por lo que te he querido,
una mano me has de dar,
con que empieces a pagar
todo este tiempo perdido.

CAMPASPE. Tente; mira...

BUFO. ¿Y la taimada?
Deme aquesa mano presto,
o derribaréla el cesto.

PIRENE. Daréle una bofetada.

APELES. Templa con aquesa nieve
este fuego que me abrasa.
Tenme lástima.

CAMPASPE. Ya pasa
de traidor el que se atreve
de aquesa suerte a su Rey.

APELES. ¡Vive el sol! que me has de dar
una mano, y no has de hallar
en hombre celoso ley.

CAMPASPE. ¡Detén la mano, traidor!

PIRENE. Vaya el picarón despacio,
que le pegaré.

BUFO. En palacio
suenan cajas.

PIRENE. Señora, su alteza viene.

CAMPASPE. (¡Turbada estoy!)

APELES. (¡Muerto soy!)

PIRENE. Vente, señora.

CAMPASPE. Ya voy.
Cierra esa cuadra, Pirene

(Entranse todos y queda BUFO.)

BUFO. Aguarda; cerró. ¡Ay de mí!
¡Qué bien aviado quedo!
¡Muriéndome estoy de miedo!
Esconderme quiero aquí.

(Escóndese detrás de un tapiz, y van saliendo ALEJANDRO, EFESTIÓN, DARÍO, FELICIA, CLITO *y* PARMENIÓN.)

ALEJANDRO.

Gracias se den a Apolo sacrosanto,
que venció a Persia nuestra fuerte armada,
del mar defensa, de la tierra espanto.

EFESTIÓN.

Adonde va tu valerosa espada,
señor invicto, la victoria honrosa
viene desde el principio declarada.
No hay cosa para ti dificultosa.
Tiémblate el Persa, el Cita, el Garamanto,
que ha de rendir tu mano poderosa.

ALEJANDRO.

Todos mostrasteis bien, vasallos, cuánto
puede cuando os anima aqueste acero,
como la tierra en el profundo Janto.

BUFO.

(No puedo, en fin, aunque escaparme quiero.
¡Quién fuera hormiga! ¡Quién mosquito fue-
[ra!)

ALEJANDRO.

Avisad a Campaspe que ya muero
por ver su gran beldad.

BUFO.

(¡Ah, suerte fiera!
Ellos me han de sentir, que estoy sentido.
Una pastilla aquí tener quisiera.)

PARMENIÓN.

¿Quién está aquí?

BUFO.

(¡Por Dios, que me han olido!)

ALEJANDRO.

¿Qué es eso?

BUFO.

(Agora sí que he de dar prueba
de quien soy. ¿Quién en esto me ha metido?)
Vine a darle el alegre y dulce nueva
a Campaspe, señor, de tu venida.
(Qué bien que me escapé.)

ALEJANDRO.

Pues mal se prueba
lo que me dices.

BUFO.

(Ya cobré la vida.)

ALEJANDRO.

Pues di, ¿por qué te andabas ocultando?

BUFO.

(Agarróme otra vez. Ya está perdida.)
Sirvo a Apeles, señor; y como ando
detrás de ser pintor, para pintalla
andaba aquella mona dibujando
que tiene aquel tapiz.

ALEJANDRO.

Pues ve a sacalla. (1)

DARÍO.

(¡Ay, hado infame, endurecido y fiero!
¡Yo cautivo y con vida!)

FELICIA.

(Grande ha sido
mi dicha, pues estoy adonde espero
vencer un capitán jamás vencido,
un Júpiter, un Marte enamorado,
que hermosura y mujer ¿qué no han podido?

(*Sale* CAMPASPE.)

CAMPASPE.

Sea vuestra majestad muy bien llegado.

ALEJANDRO.

Tú, Campaspe querida, bien hallada.

DARÍO.

(¿No hay muerte para un hombre desdichado?)

FELICIA.

(Yo he sido por extremo desdichada.
Nunca hubiera venido donde veo
tan gran competidor. Ya, ¡suerte airada!
ya desfallece todo mi deseo
y de celos me abraso.)

ALEJANDRO.

Ya a tus plantas,
aunque es indigno de tan alto empleo,
les traigo un rey.

CAMPASPE.

¡A mí mercedes tantas!
Mas pues vos me estimáis no es bien me es-
[pante.

ALEJANDRO.

Llégate, Dario.

DARÍO.

Al cielo me levantas.

(1) Faltan dos versos para completar el terceto.

EFESTIÓN.

(De mala gana llega el arrogante.)

DARÍO.

(Rabiando estoy ¡por Júpiter divino!
¿No hay para un triste un rayo fulminante?)

ALEJANDRO.

Llevalde a una prisión.

DARÍO.

A ti me inclino,
pues he venido a ser tan desdichado.

ALEJANDRO.

Así castigaré su desatino.—
No sientas ver tu esposo en ese estado,
pues tendrás mi palacio por el tuyo
y a mí en lugar de esposo.

FELICIA.

Pues me has dado
tal favor, mi placer me restituyo.
Adoro el cautiverio y las prisiones.

CAMPASPE.

Dar puede vuestra alteza lo que es suyo;
mas lo que no, no son justas razones.

ALEJANDRO.

Estos son cumplimientos solamente.

FELICIA.

(¡Ay, enemigo amor, en qué me pones!)

ALEJANDRO.

Tú sola eres corona de mi frente.

CAMPASPE.

Esclava soy, señor, de vuestra alteza,
que no es bien que otro bien mayor intente.

ALEJANDRO.

Eres todo mi bien y mi riqueza.—
Y dime, amigo, ¿dónde queda Apeles?

BUFO.

No ha sabido que vino tu grandeza
y que los Persas sujetó crueles;
mas por que sepa una valiente hazaña,
o un milagro, señor, de sus pinceles,
tu majestad, pintó con fuerza extraña
a Bucéfalo fuerte, con delgado
pincel, entre la espuma que le baña,
que de aquésta se cubre todo cuando (1)
acomete al ejército turbado.

(1) Faltan versos en este lugar, pues se altera la rima.

Acabado, señor, quedó mirando
Bucéfalo el retrato, y, más furioso,
acometió con él, imaginando
que le aguardaba fiero y belicoso
y que era verdadero.

ALEJANDRO.

¡Acción extraña!

BUFO.

Desbaratólo, en fin.

ALEJANDRO.

¡Caso espantoso!

(*Sale* APELES.)

APELES. Deme los pies vuestra alteza.
ALEJANDR. Pídeme, Apeles, los brazos.
Estoy entre tales lazos
en la más alta grandeza.
ALEJANDR. Bufo agora me contó
de Bucéfalo una hazaña
notable.
APELES. Fué cosa extraña.
BUFO. Y aun a su dueño imitó.
ALEJANDR. ¿Cómo?
BUFO. Vió que vuestra alteza
iba a Dario a castigar
por no dejarle lugar
de soberbia a su grandeza,
y que dijo que en el suelo
dos no habían de reinar,
como no puede alumbrar
sino un sol en el cielo,
y así no quiso que hubiera
Bucefalito también
otro pintado de quien
tu majestad se sirviera.
ALEJANDR. Que él te lo dijo parece.
BUFO. Yo lo pude conocer,
porque así llego a saber
cada vez que se me ofrece,
o me mandan que lo haga,
la edad que un caballo tiene,
cuando bostece o le enfrene
para que me satisfaga.
Demás, que puede advertir,
señor, vuestra majestad,
que la soberbia y verdad
no se pueden encubrir.
ALEJANDR. Tienes razón, despejado
caballero.
FELICIA. (¡Ay de mí!
¡Qué desdichada que fuí!
¡Ah, enemiga voluntad!)
ALEJANDR. ¿Efestión?
EFESTIÓN. ¿Gran señor?
ALEJANDR. ¿Cómo os sentís? ¿Cómo estáis?
EFESTIÓN. Bueno, pues que me mostráis
por sanarme, tanto amor.
ALEJANDR. Pues idos a descansar,
que vendréis cansado.
EFESTIÓN. Voy
[luego] a obedeceros.

(*Vase.*)

CAMPASPE. Hoy
cesó todo mi pesar.
ALEJANDR. Tú retrata a mi Campaspe.
CAMPASPE. ¿Tanto me quieres honrar?
ALEJANDR. No en tabla; pero fijar
te quisiera en bronce o jaspe.
FELICIA. (De celos estoy rabiando.)
APELES. (¿Hasta cuándo he de morir?)
BUFO. (Tú has de olvidar o sufrir.) (*Ap.*)
ALEJANDR. Felicia me está mirando.
Id, pues, los dos.
CAMPASPE. Yo, señor,
no quisiera.
ALEJANDR. Calla, necia;
¿sabes lo que a ti te precia
y hallas dudas en mi amor?
CAMPASPE. ¡Como es tan grande tu pecho...!
ALEJANDR. Aunque es tanta su grandeza
es tan grande tu belleza,
mi bien, que te viene estrecho.
No cabrá nadie contigo.
CAMPASPE. Las dos, por lo menos, no.
ALEJANDR. Sólo a ti te quiero yo,
que eres mi luz.
CAMPASPE. Eso digo.

(*Vanse* APELES *y* CAMPASPE *y* BUFO.)

ALEJANDR. ¿Qué tienes, Felicia bella?
FELICIA. Tristeza y amor.
ALEJANDR. Pues bien,
¿quién la causa?
FELICIA. Tu desdén,
que mi afición atropella.
ALEJANDR. Si es porque tu esposo está
en prisión, consuélate.
FELICIA. Una mal pagada fe
estos pesares me da.
De Persia reina nací,
y, en fin, señor, por quererte,

y que no me pesa advierte,
dejo de ser lo que fuí.
Siendo esclava tu beldad,
más que a mí misma la quiero;
también te adoré primero,
pues te daba mi ciudad;
porque en mi pecho arguya
quien el alma te rindió,
que no quise tener yo
cosa que no fuese tuya.
No siento, no, que dejé
mi patria; sólo pesar
me da, señor, no mirar
galardonada mi fe.

ALEJANDR. Pues ¿qué pretendes de mí?

FELICIA. Que pague mi voluntad,
gran señor, tu majestad,
pues el alma le rendí.

ALEJANDR. ¿Y Dario?

FELICIA. Darle la muerte.

ALEJANDR. No es justo.

FELICIA. Fuéte infïel.

ALEJANDR. Soy piadoso.

FELICIA. Antes cruel.
No te excuses de esa suerte
para no pagar mi fe,
que si 'es, señor, olvidarte
imposible, por gozarte
lo que quisieres haré.

ALEJANDR. ¡Loca estás!

FELICIA. Enamorada
de tal suerte, gran señor,
que, por pensión de mi amor,
estoy loca y despreciada.

ALEJANDR. Felicia, a más de querer
a Campaspe más que a mí,
también no te quiero a ti,
porque el mundo ha de tener
que escribir aquesta hazaña
de mi encumbrado valor:
que [es] resistirse al amor
la más difícil y extraña.
No te quiero porque quiero
que el mundo diga de mí
que a mí propio me vencí
cuando le vencí primero.
Y porque huír es razón
en trances de aqueste modo,
hoy sólo a huír me acomodo,
será el más alto blasón.
Pues que después de vencer
a mis fuertes enemigos,
de mis hazañas testigos,
he huído de una mujer.

(*Vase.*)

FELICIA. Escucha, señor, ¡ay, Cielos!
que no basta despreciarme,
sino también abrasarme
con vivas llamas de celos.

(*Descúbrese una cortina donde estará* APELES *retratando a* CAMPASPE *en un naipe o otra cosa semejante.*)

CAMPASPE. Vuelve al pincel. Ten cordura.

APELES. Aun no distingo el color,
que me ciega el resplandor
de tu divina hermosura.

FELICIA. Aquí retratando está
Apeles a mi enemiga.

CAMPASPE. Tu [mirada] me fatiga.

APELES. Ella la vida me da.
Por merecer bien la palma,
en mí te quiero mirar,
que te quisiera pintar
como te tengo en el alma.
Que si en aqueste nivel
retratara tu belleza,
rindiera naturaleza
los suyos a mi pincel.

FELICIA. De amores trata con ella.
Estos celos te agradezco.
Padezca por quien padezco.

APELES. Jamás te he visto tan bella.
De flecha sirve el pincel,
que, arbolado con mi amor,
le tiro a tu resplandor
y a mí se vuelve cruel.

FELICIA. Lugar tengo de vengarme.
¡Por el sol! que he de llamar
al Rey y me he de vengar.

CAMPASPE. ¿Quieres, por dicha, enojarme?

FELICIA. ¿Qué lo dudo? De esta suerte,
pues me dió celos a mí
y tan desdichada fuí,
le tengo de dar la muerte.
Vengaréme de Campaspe,
pues ella la causa ha sido
que a Alejandro ha convertido
en las entrañas de un jaspe.
De Apeles, porque pintó
de aqueste feroz ingrato
un animado retrato
que sin alma me dejó.
De mí, pues he de enojar

a Alejandro, que está en mí;
que así se ha de vengar de sí
el que se quiere vengar.
A todos daré castigo
con mis celos temerarios,
que por matar dos contrarios
puede matarse un amigo.

(*Vase.*)

CAMPASPE. ¿Estás en ti?
APELES. No lo sé,
que cuando te miro a ti
no estoy, mi Campaspe, en mí.
CAMPASPE. A Alejandro le diré
tu locura y disparate.
APELES. Yo diré que mi locura
nació de aquesa hermosura.
Podrá ser que no me mate.

(*Sale* ALEJANDRO.)

ALEJANDR. Que viniese a la oficina
donde tiene sus pinceles
el diestro pintor Apeles
dijo Felicia. Divina
está Campaspe. ¡Qué atento
color Apeles ofrece
a su rostro, que parece
que la pinta el pensamiento!
Clavados, por más grandeza,
tiene, de sus resplandores
el pincel en los colores,
los ojos en su belleza.
APELES. Mírame, porque mejor...
CAMPASPE. Ya te miro.
APELES. Y más me admiras.
Si esos dos rayos me tiras,
¿no has de abrasarme en amor?
ALEJANDR. ¿Qué es esto? De celos muero.
APELES. Como adagio suele ser
el pintar como querer,
te pinto como te quiero.
Vesle aquí.

(*Dale el retrato.*)

CAMPASPE. Teme tu muerte.
APELES. No la temo.
ALEJANDR. No le mato.
CAMPASPE. Premio merece el retrato.
APELES. Dos mil hiciera por verte.
ALEJANDR. Mas aún no ve mi valor
causa para darle muerte.
Que ella le desprecia, advierte,
y que él me tiene temor.
Mas ¡vive el sol! que la fuerza
para que le quiera bien. (1)
Quiero imitar al león,
pues estos celos resisto,
que huye de quien no le ha visto
por valiente inclinación.
APELES. Págame con una mano
este retrato, mi bien.
CAMPASPE. Y te haré matar también;
detén la mano, villano.

(*Vase* CAMPASPE. *Sale* BUFO, *y* ALEJANDRO *está en parte que no le puedan ver.*)

ALEJANDR. ¡Bien ha pagado mi amor
Campaspe! ¡Qué justamente
de mi poder eminente
su belleza hago señor!
Como sin vida ha quedado
mi Apeles. Dársela quiero.
Mas ¡ay de mí!, que ya muero
sólo de haberlo pensado.
BUFO. Señor, ¿qué tienes? ¿No hablas?
¿Cómo estás de aquesa suerte?
ALEJANDR. (Quiero escuchar lo que dice,
pues esta ocasión se ofrece.)
APELES. Perdone tu majestad,
que yo no quise ofenderte,
y si por dicha lo está,
aquí estoy; deme la muerte.
BUFO. ¡Por Apolo, que [ya] sueña!
¡Qué lindo miedo le tiene!
APELES. ¡Perdóname, gran señor!
BUFO. Bufo soy. Aguarda. Tente.
APELES. ¡Bufo! Pues dime, traidor,
¿cómo a mi Campaspe quieres?
BUFO. ¡Cosa que por disculparte
algún artificio intentes!
¿Yo a Campaspe?
APELES. Yo diré
al Rey que por ella mueres.
BUFO. ¡Ay, señores! ¿Yo por ella?
¡Mejor el diablo la lleve!
Mal por mal, antes quisiera
ser el Rey, y concederte
el perdón que me pedías
que amante... (2)
APELES. ¡Ay, Bufo! Yo estoy sin seso.
Loco estoy. Quiero que cese

(1) Faltan los dos últimos versos de esta redondilla.

(2) Falta lo demás del verso. Diría "te concediese".

hoy mi amor, locura y vida,
pues de todo es al fin la muerte.
A Alejandro he de decille
que así Campaspe me tiene,
que la adoro y que me mate.

BUFO. Aun eso, señor, parece
que se puede tolerar;
mas no el intentar hacerme,
a costa de mis costillas,
su amante tan de repente.

APELES. Hoy, sorda esfinge de mármol,
advierte lo que me debes.
Quiero morir por tu amor,
aunque he de sentir perderte
más que la muerte cruel
que mi desdicha merece.

(*Vanse y queda* ALEJANDRO.)

ALEJANDR. Puesto entre amor y entre honor,
mil pensamientos me advierten,
luchando mi entendimiento
con sus razones ardientes.
Dice Amor: "¿Cómo es posible
que dar a un pintor intentes
el cetro de aquesas manos,
la corona de esas sienes,
cuando sabes que es Campaspe
el imperio que más quieres,
y que es, de todas tus glorias,
triunfos, coronas, laureles,
el templo donde se rinden,
la víctima a quien se ofrecen;
cuando sabes que te adora
más que a las aguas los peces,
más que al cielo las estrellas,
que si él se mueve, se mueven
con tan inmóvil firmeza
que a la suya se parecen?
¿Quieres darla ajeno dueño,
y le permites que trueque
triunfos, cetros y coronas
por colores y pinceles?
¿Y consentirás que baje
desde el palacio eminente
de un Rey, de un pobre pincel
al mísero y triste albergue?"
Tiene razón el Amor.
¿En qué pecho caber puede
que le dé yo tantos males
a quien me dió tantos bienes?
"No es justo, señor: escucha
—dice el Honor—, no te ciegues,
que aquestas glorias del mundo
son aparentes y breves.
Si estás promulgando y dices
que inmortal fama pretendes
y que no procuras gustos,
sino aquésta solamente,
¿qué importa que hayas vencido
los contrarios más valientes,
cuando agora, bravo rayo,
a ti propio no te vences?
Esta es la mayor victoria
de quien alcanzar pretende
fama que el tiempo no borre,
que la envidia no entorpece.
Si no quieres ser famoso,
no te aconsejo que intentes
dar a un pintor a quien amas,
y más a quien es la fénix
de discreción y belleza.
Mas, mira, piensa y advierte
que si estos fines deseas,
con aquesta hazaña puedes
tenerlos, que la mayor
es a sí mismo vencerse."
¿Tiene justicia el Honor?
"Señor, escucha; no tiene.
¿Tú has de sufrir que merecen
ajeno dueño ponerse
al lado de quien le da
la gloria de tantos bienes
como tiene de alcanzar
al compás que tú los pierdes?
¿Tú has de consentir que dé
en un vaso de claveles,
esmaltado con jazmines,
Campaspe a un pintor que quiere (1)
el néctar de amor sabroso
que aspira su aliento [leve.]
¿Tú has de sufrir que le ciña
con dos columnas de nieve,
que el templo de su ventura
por largos años sustenten,
que una mujer ofendida
la nieve diamante vuelve? (2)
¿Tú has de sufrir..." Basta ya,
Amor, no me mates; tente,
que me tienes sin sentido.
¡Júpiter santo, valedme!

(*Sale* EFESTIÓN.)

EFESTIÓN. (¡Qué triste está!) Gran señor,

(1) En el original "priene".
(2) Todo este pasaje es oscuro.

¿qué tiene tu sacra alteza?
¿Poder tiene la tristeza
contra tu altivo valor?
Grande ha de ser el dolor
que sujeta tu poder,
porque acabar de vencer
y estar triste de esa suerte,
como mi esperanza advierte,
por mucha causa ha de ser.
La suerte de un capitán,
el contento, lauro y gloria,
consiste en una victoria,
que allí sus dichas están.
Pues cuando adelante van...

ALEJANDR. ¡Ay, Efestión! Yo te pido
que me escuches, que he tenido
guerras [de] Marte y Amor:
en aquéllas vencedor,
y en ésta soy el vencido.

EFESTIÓN. Pues ¿eso le da cuidado,
gran señor, a vuestra alteza?
¿Eso tan grande tristeza?
¿A ese valor, que ha inundado
el mundo ha de haber estado
de mujer que su albedrío
no rinda alto señorío,
a ese talle, a ese valor?

ALEJANDR. Luchan mi amor y mi honor
para más tormento mío.
Mas, por que no estéis así,
quiero deciros mi mal,
que es, amigo, sin igual:
es un fuego, un frenesí.
Yo he querido más que a mí
a Campaspe, y ya mi suerte
me condena a eterna muerte,
pues que la vengo a perder
a pesar de mi poder,
que es honor contrario fuerte.
Que la quiere Apeles sé
con fuerza de amor extraña,
y como con esa hazaña
acreditarme podré,
quise dársela; mas fué
tanto el poder de mi amor,
que impidió que mi valor
dejase eterno mi nombre,
porque vencerse a sí un hombre
es la victoria mayor.

EFESTIÓN. Si esta hazaña milagrosa,
que acreditarte pudiera,
en otro pecho cayera,
fuera más dificultosa.
Porque la más ardua cosa
es vencerse un hombre a sí;
pero como siempre en mí
la lealtad firme ha vivido,
no es nada lo que has vencido
si no te vences a ti.
Tebas tuvo gran valor,
Persia fué ciudad valiente;
pero tu acero luciente
de ellas vino vencedor.
Luego, en efeto, señor,
tú el más valeroso fuiste,
pues cuando hacer más quisiste
¿no harás más, pregunto yo,
en vencer al que venció
todo lo que tú venciste?
Sepa vuestra majestad
que en cualquier hecho hazañoso
es el más dificultoso
sujetar la voluntad.
Digno de inmortalidad
será si queda vencido
ese contrario atrevido.
Aqueste es mi parecer:
que no es bien que a una mujer
esté Alejandro rendido.

ALEJANDR. Dices bien, Efestïón.
Parte y dila que la quiero
casar con Apeles. (¡Muero
de tristeza y aflicción!)

EFESTIÓN. Hacer tu gusto es razón.

ALEJANDR. Escucha, espera.

EFESTIÓN. ¡Señor!

ALEJANDR. Ha de acabarme el dolor.

EFESTIÓN. ¿Tu majestad de esta suerte
ha de estar?

ALEJANDR. Amor es fuerte.

EFESTIÓN. Más fuerte ha de ser Honor.
Yo, señor, nunca creyera,
¿qué es creyera?, ni aun pensara
que Honor vencer no pudiera
porque Amor le contrastara.

ALEJANDR. Ve y dile, ¡ay, fortuna avara!,
a Campaspe que no espere
verme, pues mi suerte quiere...

EFESTIÓN. Oye. ¿Así te contradices?

ALEJANDR. La matas si se lo dices,
y me matas si ella muere.

EFESTIÓN. Yo se lo voy a decir.

ALEJANDR. Espera.

EFESTIÓN. No hay que esperar.

(Vase. Sale FELICIA.)

FELICIA. (Agora le puedo dar
mis desdichas a sentir.)
ALEJANDR. ¡Hoy me condeno a morir!
FELICIA. ¿Señor?
ALEJANDR. ¿Qué quieres? (¡Ay, Cielos!
¡Ay, Campaspe!)
FELICIA. (¡Ay, fieros celos!)
ALEJANDR. ¿Qué quieres?
FELICIA. Nada, señor;
que ¿dónde cabrá mi amor,
si estás lleno de desvelos?
ALEJANDR. ¿Con eso vienes ahora? (1)
Deja esa loca porfía
y vete.
FELICIA. Señor, escucha.
ALEJANDR. ¡Ay, Sol! ¡Mi desdicha es mucha!
FELICIA. ¡Ay, Sol! ¡Mayor es la mía!
ALEJANDR. ¿Cómo puedo yo, ¡ay de mí!,
dar el alma con que vivo?
Si de tanto bien me privo,
la vida también perdí.
Sin alma, ¿podré tener
vida? Claro está que no.
Pues ¿he de matarme yo
y tan cruel he de ser
que quiera darle la muerte
a quien me ha dado la vida?
¿A mi Campaspe querida
he de tratar de esta suerte?
Mataré a Apeles.
FELICIA. ¿Quién vió
tormento como el que tengo?
ALEJANDR. Ya yo con su muerte vengo;
con la de Campaspe, no.
FELICIA. (No sé de qué nacerá
su tristeza.) ¿Gran señor?
ALEJANDR. (¡Ay, qué insufrible dolor!)
Llégate, Felicia, acá.
¿Es razón que yo le dé
a un pintor lo que más quiero?
Dilo tú.
FELICIA. (¡De celos muero!
¡Ay, triste! ¿Qué le diré?)
Yo, señor, te tengo amor.
ALEJANDR. Dirás que es injusta ley
que quiera morir un Rey
por dar la vida a un pintor.
No hay duda: tienes razón.
Mas, muera mi amor, Felicia,
y viva honor, pues codicia
éste solo mi opinión.
¡Alejandro muera, y muera
Campaspe! Mas, ella no.

(*Sale* CAMPASPE.)

CAMPASPE. Quien aquesto a ver llegó
¿qué más desdichas espera?
FELICIA. (Allí mi enemiga viene.
Deme el Cielo sufrimiento.)
ALEJANDR. (A renovar mi tormento
venga quien sin mí me tiene.)
CAMPASPE. Luego que vi, por mi mal,
en tu palacio a Felicia,
me pronostiqué mis males
y mis fúnebres desdichas.
Dices que por alcanzar
inmortal nombre me olvidas,
y me entregas a un pintor.
¿Qué mayor desdicha mía?
No digas sino que vino
para quitarme la vida
quien en tus celos me enciende
y quien en mi amor te enfría.
Esto has de decir, señor,
qué basta para que digan
que te venciste a ti propio,
que es la victoria más rica.
No digas que me adorabas
y que de mi amor te privas
por alcanzar fama ilustre
en edades infinitas.
¿En qué te ofendí, señor,
que así la vida me quitas?
No adulteres de esa suerte
el amor que me tenías.
Mire vuestra majestad
que antes llamarle solía
esposo, que le he querido
más que al sol el claro día,
que sin él todo será
para mí noche sombría,
que está mi alma en su pecho,
que la suya algunos días
la he tenido yo en el mío
sin temor de esta desdicha.
Y advierta también tu alteza
que no es razón que se diga
que después de haber gozado
de mil gustos el almíbar
Campaspe con vuestra alteza,
de un pintor está cautiva,
que no hay mayor cautiverio
que una amarga compañía.

(1) O sobra este verso o faltan tres para formar redondilla, que es el metro que sigue ahora.

O confiese, por lo menos,
que es más felice Felicia.

FELICIA. (¡Pluguiera a Dios que lo fuera!)

ALEJANDR. ¿Quién ha de haber que resista,
¡ay, Campaspe de mis ojos!,
las lágrimas que destilan
los tuyos? Son jaras fieras
que el corazón me lastiman.
¿Qué bronce? ¿Qué duro mármol
ha de haber que no se rinda?
Dame esos brazos, que en ellos
está cifrada mi dicha.
No quiero más gloria ya
que tu hermosura divina.

CAMPASPE. En ellos cesó mi pena.

FELICIA. (¿Qué ha de hacer quien esto mira?)

CAMPASPE. ¿He de tener más mudanza?

ALEJANDR. (No sé.) (*Ap.*) No, prenda querida.
mientras viva seré tuyo.

CAMPASPE. Y yo tuya mientras viva.

(*Vanse.*)

FELICIA. ¿Que con aquestos agravios
no aborrezco? ¡Ah, suerte esquiva!
Lléveme el centro entre sus densas iras,
que es menos mal que amar aborrecida.

([*Salen* APELES *y* BUFO.])

APELES. Dame, amigo, aquesos brazos;
pídeme el alma y la vida,
que para nuevas como éstas
aun son pequeñas albricias.

BUFO. No cómo con almas yo.
¡Qué linda mercaduría!

APELES. ¿Es posible que Alejandro
se dolió de mis fatigas
y que a Campaspe me da
y de la muerte me priva?
¿Que es posible que he de verme
gozando de sus caricias?
¡Ah! ¿Quién te lo dijo?

BUFO. Señor,
Efestïón lo decía
a Campaspe.

APELES. ¡Estoy sin seso!

BUFO. Mira que está aquí Felicia.

APELES. No importa. Goce también
de mis sumas alegrías.

FELICIA. (Si no me vengare. ¡Ah, Cielos!)

APELES. ¿Qué tienes, bella Felicia?

FELICIA. Aquí en mi presencia darle,
Alejandro, a mi enemiga
los brazos, dando un infierno
celoso a mi triste vista.
Y no solamente aquesto,
sino también, ¡ay, desdicha!,
decirle: "Tuyo seré,
mi Campaspe, mientras viva."
¡Ay, Campaspe venturosa
y ay desdichada Felicia!
Cegad ojos, pues que visteis
tan grande desdicha mía.
Y abrásenme del Cielo [ya] las iras,
que es menor mal que amar aborrecida.

(*Vase.*)

APELES. ¿Qué? ¿Cómo es aquesto, Bufo?

BUFO. Señor, se arrepentiría.

APELES. ¿Cómo? ¿Te burlas de mí?
Loco estoy, y así te incita
mi locura a que me burles
con esperanzas fingidas.
Mas bien haces. Si estoy loco,
¿para qué quiero la vida?
La muerte es fin de los males;
ella ha de acabar mis días.
Alejandro, dame muerte,
pues la tengo merecida.

BUFO. ¡Aguarda!

APELES. No me detengas,
que te daré mil heridas.
A Alejandro he de decirle
lo que puede mi desdicha.

BUFO. Quiérole seguir, que creo
que tras su muerte camina.

(*Vanse. Salen* ALEJANDRO, CAMPASPE, PIRENE, DARÍO, EFESTIÓN, PARMENIÓN *y* CLITO.)

ALEJANDR. Hoy, vasallos, quiero hacer
mercedes con franca mano.

CLITO. Todo el orbe, soberano
tu nombre tiene de ver.

ALEJANDR. Sólo quise sujetar
a Dario para pagaros;
todas mis riquezas daros
y mis larguezas mostrar.
No quiero del mundo más
que fama; aquésta procuro.
Por ésta no está seguro
de mi braveza jamás,
que como el tiempo es ligero
en que tengo de reinar,
quiero en aquéste dejar
hazañas al venidero.
Bien podéis ya comenzar

a pedir lo que queréis;
pero no me pediréis
tanto como os quiero dar.
¡Ah, mi amigo Efestïón!

EFESTIÓN. No quiero, señor, riqueza
ninguna cuando tu alteza
me muestra tanta afición.

ALEJANDR. De renta diez mil talentos
os doy.

EFESTIÓN. ¡Detente, señor!

ALEJANDR. No detengas mi valor,
que haré de los dieces cientos.

CLITO. ¡Bravo dar!

PARMEN. ¡Rico tesoro!

CLITO. No tiene hacienda su intento
para dar.

PARMEN. Cada talento
son diez escudos de oro.

ALEJANDR. A Parmenión otro tanto;
lo mismo a Clito.

CLITO. Señor,
admiro tu gran valor.

PARMEN. ¡De tu largueza me espanto!

[ALEJAN.] A ti, Felicia, te doy
(por lo bien que me has querido)
con libertad tu marido.

DARÍO. A tus pies postrado estoy,
y lo estaré hasta que dé
la Parca fin de mi vida,
y tu fama esclarecida
desde hoy más pregonaré.
Y tendrás en cuanto intente
tu pecho en toda ocasión
otro amigo Efestïón
y otro Alejandro valiente.

FELICIA. (Yo, señor, aún padezca (*Aparte.*)
la muerte que estoy temiendo.
Cuando estoy de amor muriendo,
¿es bien que te lo agradezca?)

ALEJANDR. Reconóceme con parias,
Dario, y vuélvete a regir
tu reino.

DARÍO. Sólo a decir
estas larguezas cesarias.

ALEJANDR. A ti, Campaspe, te doy...
Pero ya el alma te di,
que es lo mejor que hay en mí,
diré todo lo que soy.

(*Salen* BUFO *y* APELES.)

BUFO. ¡Detente, señor! ¡Espera!
¡Mira dónde vas! ¡Aguarda!

APELES. ¡No me detengas!

ALEJANDR. ¿Qué es eso?

BUFO. ¡Qué fineza tan extraña!

APELES. Yo, señor, vengo a decirte,
aquí, postrado a tus plantas
que soy traidor; que desnudes
siempre tus temidas armas;
que me quites esta vida,
que inmortal muerte me causa;
que vivir como yo vivo
es la muerte más airada.
No he de decir la traición
que os pide justa venganza,
y más que el morir sintiera,
gran señor, el declararla,
que aunque es verdad que disculpan
mi delito muchas causas,
por ser contra vuestra alteza,
cualquiera disculpa es vana,
que ya me hubiera a mí mismo
quitado, señor, el alma,
si no temiera que, airado,
Júpiter me castigara,
y que entre horribles tormentos
y en sus penetrantes llamas
a padecer de Aqueronte
me arrebatara la barca.
Respetando de tu alteza
a las soberanas aras
estando siempre muriendo
por no denotar mis ansias.
Pero ya que no hay remedio,
pues con la muerte se acaban
todas las desdichas, vengo
de mi traición por la paga.
Una vez vengo a morir,
para que no muera tantas.
Piedad será darme muerte;
aquí mis yerros la aguardan.
No excuse tu majestad
este don, que por las sacras
deidades del Cielo santo,
del Sol, la Luna y las claras
estrellas, y por los dioses
Venus, Palas y Diana,
que merezco aquesta muerte,
que tengo tan deseada,
porque te intenté quitar
una prenda que no iguala
a su valor la mejor
que tu majestad alcanza.
Quísete quitar la vida,
el ser, la riqueza, el alma,
el imperio, que de todo

es una cifra gallarda.
Acabe ya vuestra alteza,
saque la tajante espada
y divida mi infeliz
cabeza de mi garganta.

ALEJANDR. ¡Ay, Apeles! Tus razones
me dicen bien declaradas
que ésta ha de ser de Alejandro
la más celebrada hazaña.
Bien la muerte merecías,
pues, en efeto, me pagas
la afición que te he tenido
con ingratitudes tantas.
En mi vida te ofendí;
tú, con ofensa tan clara,
me quitas todo el poder
que mi majestad alcanza.
Bien sé que el delito es grande
que has hecho, aunque tú le callas,
que esta hazaña a que me obligas
ya la tengo bien dudada.
Yo te doy a mi Campaspe,
que [es] como arrancarme el alma.
Y daréla dando fin
a todas mis esperanzas.
Yo te la doy por esposa,
que en dando esta prenda nada
tiene mi poder que dar,
todo con ella se acaba.
Vencí a Tebas, sujetaron
a la gran Persia mis armas,
a Grecia y a Atenas hice
que temieran mi pujanza.
El enemigo más fuerte
me ha temido en la campaña.
Restituíle su reino
a Dario con mano franca,
y otras hazañas notables
que merecen lauro y palma.
Pero como ésta ninguna.—
¿Campaspe?

CAMPASPE. ¿Señor?

ALEJANDR. ¿Qué aguardas?
Dale la mano.

CAMPASPE. ¡Señor!

ALEJANDR. No repliques.

CAMPASPE. Oye.

ALEJANDR. ¡Calla!
Dale la mano al momento.

APELES. ¡Grande es mi dicha!

CAMPASPE. Que haga
tu gusto es bien.

ALEJANDR. Mi disgusto
dirás mejor. ¿Hay desgracia
más notable que la mía?
De renta doy a tu casa
diez mil talentos, Apeles.

APELES. Tu grandeza el mundo canta.

BUFO. ¿No te acordarás de Bufo?

ALEJANDR. ¿Qué me pides?

BUFO. Que me hagas
blando cúyo de Pirene.

ALEJANDR. Yo te la doy. —¿A qué aguardas?

BUFO. Mujer sin dote, señor,
es como pan sin vianda:
que en el tiempo de más hambre,
ya que por ella no enfada,
al engullir se atraviesa,
como si fuera coraza.

ALEJANDR. Tres mil talentos te doy.

BUFO. Tómolos, y aquí se acaba
del invencible Alejandro
La más valerosa hazaña.

LAUS DEUS

COMEDIA FAMOSA

DE

LA MEJOR ENAMORADA LA MAGDALENA

DE

LOPE DE VEGA

PERSONAS

Julio [o] Camilo. (1)
Josefo.
Máximo.
Lázaro.
María Magdalena.
Clavela.
Dos Pajes.
Alejandra.
Rabí Moisén.
Mingo Bermejo, *labrador.*
Machuches, *labrador.*
Juan [Coloreno] y Marcos de la Viña.
Claudio.
Un Cónsul de Roma.
Santa Marta.
Octavio.
Adias.
Silech.
Cristo.
Simón.
Isaac.
Simón, *criado.*
Lauro, *ciudadano.*
El Conde de Marsella.
La Condesa de Marsella (1).
[Alech.]
[Teodoro.]

[JORNADA PRIMERA]

(*Salen* Josefo *y* Julio Camilo, *y dice* Josefo:)

Josefo. ¿Faltan en Jerusalén
mujeres, Julio Camilo,
que con más famoso estilo
materia a vuestro amor den?
Mal el sujeto mostráis
de la amistad que tenéis,
si [a] Alejandra amáis y veis
la muerte que a mí me dais.
¿Es buena correspondencia
tratarme de aquese modo
y que busquéis nuevo todo
para nuestra competencia?
Mirá que en nuestra amistad
no seguís lo que yo sigo,
y esa no es ley de amigo,
sino ley de liviandad.

Julio. Antes vos muy mal seguís
la amistad que me tenéis,
pues vuestro bien pretendéis
y mi sospecha admitís.
Y ansí, para que no vaya
vuestra amistad adelante,
aunque os preciéis de arrogante,
no paséis de aquesta raya;

(*Hace una raya.*)

porque si de ella pasáis,
o venís por esta calle,
yo os daré, aunque ahora calle,
el premio que vos buscáis.

Josefo. Camilo, en esta ocasión
no es de hombre docto y prudente
querer mostrarse valiente
con sombras de fanfarrón;
que aunque queréis siempre vos
vuestra sangre mejor sea,
la que yo tengo de hebrea
nos hace iguales los dos;
y esto sin adelantarme,
como muestro...

Camilo. Paso, paso;
porque no hago de eso caso,
que entonces querré vengarme.
No paséis de aquesta raya,
que [os] importa a vos y a mí.

Josefo. Hablarme, Camilo, así
parece pasa de raya.
Pero, pues sois tan valiente,
las espadas lo dirán,
que ya en ocasión están.

Camilo. Aguarda, que sale gente;
que ha de ser donde no vea
persona aquí si reñimos.

(*Sale* Lázaro *y* Magdalena, Máximo *y* Clavela, *dos* Pajes *que alumbran con hachas.*)

Josefo. En eso los dos cumplimos
lo que el gusto nos desea.

Lázaro. Hemos llegado de noche.

(1) Como son en realidad dos textos los de esta comedia, hay algunos nombres duplicados. A este personaje unas veces le llama por su nombre y otras por el apellido. Los de los pastores están también alterados.

MAGDAL. Sí, pero poco me agrada.
Lo que más, señor, me enfada
fué venirnos en [el] coche;
que por no me marear,
hermano, en él no viniera,
que sólo por eso diera
algo que pudiera dar.

LÁZARO. Hermana, eso es ansí;
pero en aquesta ocasión
vais contra alguna opinión
de los que viven aquí.
Que como es Corte y Magdalo
es más recogido y bueno,
de esos muchos gustos lleno
y de mucho más regalo.
Aunque es un gusto sin tasa,
sin llegarte a marear,
porque sólo [es] caminar
por la tierra en una casa.

MAGDAL. Hermano, no es la razón
ésa que deciros quiero;
pero venir a un cochero
sujeta, me da pasión,
que ya se trastorna el coche;
ya tiene que ha de rezar;
luego, en llegando al lugar,
andemos, que no es de noche;
y más si es impertinaz
el cochero, es gran pasión:
mejor en otra invención
camino, aunque cueste más.

LÁZARO. ¡Muy bueno estuvo el discurso!
De suerte, hermana, tratáis
esas cosas, que me dais
a entender que tenéis curso
de ellas, pues venís cansada.
Ya dentro en Jerusalén
estamos; vamos también,
Magdalena, a la posada,
donde quedaréis las dos
con Clavela, mientras voy
a negociar, pues yo soy...

MÁXIMO. Pues, Lázaro, adiós.

LÁZARO. Adiós.

MÁXIMO. ¿Cuándo, mi bien, te hablaré?

MAGDAL. Yo buscaré la ocasión.

MÁXIMO. ¡Qué buenos mis bienes son!
Luego, ¿otra vez te veré?

MAGDAL. Sí, Máximo; yo quisiera
que esta jornada durara
un siglo, si te gozara
y por momentos te viera.

LÁZARO. Vayan las hachas con vos.

MÁXIMO. De aquí, a fe, no pasaré.
Allá os acompañaré.

LÁZARO. No, Máximo: adiós.

(*Vanse* LÁZARO, MAGDALENA *y* CLAVELA.)

MÁXIMO. Adiós.
¿Hay tan divina belleza?

JOSEFO. ¿Hay tan famosa figura?

CAMILO. ¿Hay tan extraña hermosura?

JOSEFO. ¿Hay tan grande gentileza?

MÁXIMO. ¡Por Dios, que muero por ella!

JOSEFO. ¡A fe, que quedo picado!

CAMILO. Déjame a mí en excusado.

MÁXIMO. ¿Hay hermosura tan bella?

CAMILO. ¿Qué gente?

JOSEFO. ¿Qué gente va?

MÁXIMO. ¿Es Julio Camilo?

CAMILO. Sí;
¿es Máximo?

MÁXIMO. Estáis aquí
¿y no me habláis? ¡Bueno está!

CAMILO. ¿Qué gente [es] ésta, decí,
que ahora pasó?

MÁXIMO. Pues ¿no
conocéis la que ganó
tan grande fama por sí?
Son Lázaro y Magdalena,
que hoy llegaron de Magdalo, (1)
y dejando su regalo
vivir en la Corte ordena
Magdalena, por gozar
de la Corte, que es su gusto:
hallélos, con gran disgusto,
a la puerta del lugar.
Mareóse Magdalena
de venir dentro en el coche,
y por ser ya muy de noche
y hallarlos en tierra ajena
los acompañé hasta aquí.

CAMILO. ¿Tan hermosa es?

MÁXIMO. ¡Por Dios,
que es única y sola!

CAMILO. Y vos,
¿llevaréisme allá?

MÁXIMO. Yo, sí.
Y ansí quiero adelantarme;
y porque en ella contemplo,
junto del famoso templo,
Camilo, podéis hallarme.
Adiós.

(*Vase.*)

---

(1) El original dice "Madnalo".

CAMILO. El vaya con vos.
Si yo gozo a Magdalena
saldré de gusto y de pena.
Pero, pues solos los dos
quedamos, en buen estado
se queda nuestra pendencia.

JOSEFO. Digo que en mi competencia
que ya por mí se ha quedado.
Ama [a] Alejandra, Camilo;
amalda.

CAMILO. Amalda vos.

JOSEFO. ¡Bueno! ¡Oh, qué bueno, por Dios!
Llevaldo por buen estilo.

CAMILO. Amalda; que a Magdalena
sólo estimo y sólo quiero.

JOSEFO. Eso no, pues que el acero
de la espada no lo ordena.

CAMILO. Yo os dejo por fanfarrón,
necio, tonto y arrogante,
hasta malo para amante,
pues que dejáis la ocasión.

(*Vase.*)

JOSEFO. Ios, que aunque me hacéis guerra
ya si vuestro amor se fragua
haré una raya en el agua,
pues la hicisteis en la tierra.

(*Vase. Salen* LÁZARO *y* MAGDALENA *y* CLAVELA.)

LÁZARO.

Del gran César, [emperador Tiberio,]
en este punto recibí una carta,
en que me dice con mayor misterio
que al momento a su ejército me parta;
y estando, hermana, en Roma, que es su im-
antes escribo [a] Máximo y [a] Marta [perio,
porque con ésta sólo nuestra ausencia
pueda hacer a los llantos resistencia.
Habrélo de cumplir, querida hermana;
que soy vasallo y cumplo lo que debo,
y si es ansí, tu pena y llanto allana,
que a dejar lo que manda no me atrevo.
Parto con la esperanza muy ufana,
porque no es en los nobles uso nuevo
seguir lo que le mandan, y ansí hallo
que es muy mayor la culpa del vasallo.
Sólo siento dejarte aquí en la Corte
sola, sin Marta y sin más compañía,
y no poder dar a tu pena un corte
para que se renueve tu alegría.
Y más siento otra cosa; que en la Corte,
noche de bienes y de males día,
que todo lo destruye y lo destroza,
y eres muy rica tú, discreta y moza.
Y como, al fin, la Corte es una pena
y un laberinto donde naide sale,
con gran disgusto parto, Magdalena,
y no hay dolor que a mi tormento iguale.
Aquí todo lo bueno se enajena;
el docto mengua donde el necio vale:
todo es disgustos, todos pensamientos
para se acrecentar los descontentos.
En fin, parto fiado en tu prudencia:
dame los brazos, Magdalena mía.

MAGDALENA.

¿Cómo podré sufrir tan larga ausencia,
(*Abrázale.*)
hermano, si eres tú bien y alegría?

LÁZARO.

Desconfiado voy, que la presencia
de tu hermosura al gusto no desvía;
pero muy confiado en que te dejo
las virtudes de Marta por espejo.

(*Vase.*)

MAGDAL. Tarde el consejo llegó.
Ya llegó el consejo tarde.
¡Afuera, temor cobarde!
Luego ¿no soy rica yo?

CLAVELA. Sí, señora; no procures
pasar ansí por la vida,
que no habrá nadie que impida
que tú tu amor asegures.
¿No eres moza, hermosa y rica?
Pues goza tu amor primero,
antes que el caduco enero
quite el bien que hoy te publica.
Goza, señora, de amor
y los desvaríos deja,
pues que con causa se aleja
de ti la pena y dolor.
Porque hay más de cuatro viejas
que, cuando mozas se hallaron
porque al amor no gozaron,
se están pelando las cejas.

MAGDAL. Clavela, graciosa estás:
mucho me agrada tu humor.

CLAVELA. Goza, señora, tu amor
y no quieras buscar más.
Y si procuras los hombres,
no procures uno solo,
que del uno al otro polo
los hay de diversos nombres.
Haz de todos una prueba;

busca, señora, el placer;
que siempre es bueno tener
a la mesa fruta nueva.

MAGDAL. Graciosa estás por extremo.
El espejo puedes darme,
porque quisiera tocarme;
mas ¿qué es lo que yo en mí temo?

CLAVELA. Deja las melancolías;
toma el espejo, señora;

(*Dale el espejo.*)

no te entristezcas agora,
procura tus alegrías.

(*Vase.*)

MAGDAL. Vení acá, cabellos míos,
más hermosos y más bellos
que los del sol cuando esparce
el Cielo de ellos cubierto.

(*Canta* CLAVELA *de adentro.*)

CLAVELA. "Estima mucho tus rayos
y procura tus cabellos,
que debajo de los pies
de un hombre los verás puestos.
Porque aunque hagas siete trenzas
por los siete vicios hechos,
has de estimar que se pongan
debajo de sus pies bellos.
Y tendrás a mucha dicha
el llegar a merecerlo;
porque cabellos tan malos
bien se parecen cabe ellos."

MAGDAL. ¿Qué es aquesto que me cantan?
¿Qué es esto que escucho? ¡Cielos!
¿Yo mis cabellos debajo
de los pies de un hombre? ¡Bueno!

(*Cantan.*) "Estarán junto a sus pies
enjugando el sudor de ellos,
y en medio de dos ladrones
le has de hallar que está muriendo
y tendrásle tanto amor,
que bebas por él los vientos,
siguiendo tú sus pisadas
sólo por llegar a verlo."

MAGDAL. ¿Yo amor a un ajusticiado? [esto?,
¿Yo amor a un hombre, ¿qué es
que, en medio de dos ladrones,
he de ver que está muriendo?
¿Yo le tengo de buscar?
¡Por mi vida, que está bueno!
No ha de entrar en esta casa
quien no fuere caballero.

(*Cantan.*) "Abrazada con su cruz,
perdón le estarás pidiendo
de tus culpas infinitas
y de tus pecados hechos."

MAGDAL. ¿Yo le he de pedir perdón?
Ya lo tomo por agüero.—
¡Hola, Clavela! ¡Hola! ¡Hola!
¿Nadie me responde? ¡Cielos!
Pero a mí ¿qué me da pena,
si están cantando allá dentro
mis doncellas lo que saben?
¿Yo me aflijo? ¡Bueno, bueno!—
Vení acá, vaso precioso;
vení acá, famoso ungüento,
porque os queréis poner todo
encima de mis cabellos.

(*Toma un vaso que tiene y se irá quitando dél ungüento y poniendo por los cabellos así como fueran cantando.*)

(*Cantan.*) "Ese vaso de alabastro
llevarás de olores lleno
para darlos a los pies
que han de limpiar tus cabellos.
Has de estar en un sepulcro,
su divino cuerpo ungiendo
con ese vaso precioso,
guardando siempre su cuerpo."

MAGDAL. ¿Yo he de andar por los sepulcros
los cuerpos muertos ungiendo?
¿Yo? ¿Qué es esto que me dicen?
Pero ya no lo consiento,
si es Clavela.—¡Ah, Clavela!
¿No me oyes? ¡Este es sueño!

(*Sale* CLAVELA.)

CLAVELA. ¿Qué es lo que tienes, señora?

MAGDAL. Di: ¿quién cantaba allá dentro?

CLAVELA. Ninguno allá te cantó.

MAGDAL. Pues, dime: aquestos cabellos
¿son para limpiar los pies
de algún hombre?

CLAVELA. No por cierto.

MAGDAL. Pues agora oí una voz
que me dijo que con ellos
los pies limpiaré de un hombre
entre dos ladrones muerto.
¿Parécete a ti que es justo?

CLAVELA. Mas, ¿que te estabas durmiendo?

MAGDAL. Si yo durmiera, Clavela,
no sintiera lo que siento.

CLAVELA. Deja todos los enojos
y dame licencia presto

para que éntre un mercader,
que habrá que vino un momento,
que trae, señora, joyas
de gran valor y de precio,
si tú las quieres comprar.

MAGDAL. Dile que entre.

CLAVELA. Voy de presto.

(*Vase.*)

MAGDAL. ¿No es bueno que me turbé
y aun pienso agora que sueño?
Sombra fatal, ¡oh, mentistes
lo que en la voz me dijeron!

(*Sale* CLAVELA *y* JOSEFO *con una caja de precio.*)

CLAVELA. Aquí está el mercader.

MAGDAL. ¿Qué joyas traéis, mancebo?

JOSEFO. Aquí dentro podéis ver... (*Dale una caja.*)
(¿Cómo a decirle me atrevo
lo que yo traigo a vender?)

CLAVELA. Mira, señora, lo que es.

MAGDAL. Muchas joyas hay aquí.

JOSEFO. (Yo haré, ingrata, aquesta vez
que te goce y busque ansí,
pues te vence el interés.)

CLAVELA. Aquésta es una cadena
llena de esmaltes y fuerte.

JOSEFO. (Con otra cadena ordena
darme el Amor dura muerte,
pues que mi vida encadena.)

CLAVELA. Aquéste es un corazón.

MAGDAL. Hechura de buen maestro.

JOSEFO. (Con él en esta ocasión,
siendo tú ingrata, demuestro
si yo te tengo afición.)

CLAVELA. ¡Ay, qué arracadas tan bellas!

MAGDAL. ¡Qué cosa tan bien labrada!

CLAVELA. ¡Lindas hechuras y bellas!

MAGDAL. Tiene en dos gallos cifrada
un Marte de sus querellas.

CLAVELA. Pues ¿por qué de leer le dejas?
Léele al fin, señora mía. (*Lee* MAGDALENA.)

MAGDAL. "Gallos pongo a las orejas
porque de noche y de día
se pueden cantar mis quejas."—
¿Por qué precio se darán,
mancebo, aquestas joyas
que en aquesta caja están?

JOSEFO. (Amor, si mi amor apoyas
mil alabanzas te dan.)
Este papel lo dirá:
quedaos, mi señora, adiós.

MAGDAL. Ven acá.

CLAVELA. ¡Qué bueno está!
¿Si nos quedamos las dos
y se queda el oro acá?

MAGDAL. Luego, de mí ¿qué dirán?

CLAVELA. Señora, a decir me atrevo
que nada.

MAGDAL. Buenos están.
Mas ¿dónde es este mancebo?

CLAVELA. ¿Dónde? Del tribu de Dan.
Estos galanes ignoro
por qué su vergüenza espanta
y tienen tanto tesoro,
porque es muy buena la planta
que nos da su fruto en oro.
Señora, estos que se van,
si en tu casa los recoges
muchas joyas te darán,
porque amantes y relojes
no se estiman si no dan.

(*Salen* JULIO CAMILO *y* MÁXIMO.)

MÁXIMO.

Tráigoos a ver, Camilo, la más bella
mujer que en vuestra vida conocistes
en quien adoro y tengo la esperanza;
cuya presencia alabo de contino,
de cuyo amor recibo tanto gusto.—
Mi bien, mi gusto, mi contento y gloria,
vengo a enseñar a quien de amor me mata.

CAMILO.

Y yo vengo a morir con sólo verlo.

MAGDALENA.

¿Es Máximo?

MÁXIMO.

Es la luz de aquestos ojos.

MAGDALENA.

Vengáis en hora buena, que ya había
mucho tiempo que estábades sin verme.

MÁXIMO.

A mí me pareció cada hora un siglo.
Pero, para principio de mi gusto,
dadme esos brazos, Magdalena bella;
fruto del alma, dadme un solo abrazo,
que muero por gozar de tu hermosura.
Dadme un abrazo. (*Abrázanse.*)

CAMILO.

(¿Abrazo? ¡Santos Cielos!
Muero de amor y me deshago en celos.)

MÁXIMO.

Quisiera yo, mi bien, para ofrecerte
de las plumas del fénix las más ricas;
pero, dejando atrás los imposibles,
tengo para ofrecerte dos vestidos,
ambos de tela sobre nácar fina,
dándome el oro Arabia, plata Tarso,
esmeraldas el mar, y de las minas
las perlas y topacios de más lustre.—
Y tú, Clavela, para dar principio
a la paga, te doy aqueste anillo.

(Dale el anillo.)

CLAVELA.

Máximo, vivas infinitos años.

CAMILO.

Quien no tiene que dar y es [solo un] pobre
razón es, pues no tiene, que no cobre.

MÁXIMO.

Prevenido un sarao tengo, señora,
y quiero que acá vengan caballeros,
por que tengan envidia de mi gusto.
Llama tú tus amigas y las damas
que debes conocer, mi Magdalena.

MAGDALENA.

¿Saraos hoy en mi casa?

CLAVELA.

Sí, señora,
por que a ti te conozcan en la Corte.

MÁXIMO.

Dadme, mi bien, un guante, prenda mía,
que los vestidos vienen esta noche.

CLAVELA.

Dale, señora, el guante. ¿En qué reparas?
¿Tan malo es por un guante dos vestidos?

MAGDALENA.

Toma, mi bien, y créeme que quisiera

(Deja caer un papel.)

que de mayor estima el guante fuera.

(Vanse MAGDALENA y CLAVELA.)

CAMILO. ¿Hay más venturoso amante?
¡Qué pronto el bien alcanzó!
Pues sacando le cayó
este papel con el guante.

MÁXIMO. ¿Papel? Dad acá, leerélo.

CAMILO. Luego. ¿Vengo yo sin ojos
y habré menester antojos
para leerlo? Verélo,
y luego lo podéis ver.
¿Impórtaos algo?

MÁXIMO. A mí, sí.

CAMILO. Pues también me importa a mí,
que sabéis si a esta mujer
la estimo, la quiero, adoro
desde que yo la miré,
y tengo en ella mi fe.

MÁXIMO. Yo lo que decís no ignoro;
mas si sabéis que primero
la amé yo...

CAMILO. Pues si es ansí,
troquemos, Máximo, aquí,
que en eso serviros quiero.
Dadme el guante y os daré
el papel, porque, trocado,
ni vos quedéis enojado,
ni yo quedo en menos fe.

MÁXIMO. Camilo, de caballero
no puede ser lo que habláis,
pues que conmigo tratáis
ese término grosero;
y ansí, la espada dirá
cuál de los dos lo merece.

CAMILO. ¿Sabéis lo que me parece?
Que mal en esto os irá.
Pero, pues sois arrogante,
hoy vuestro esfuerzo veré,
y espero que os dejaré
sin daros papel ni guante.

(Echan mano a las espadas y salen MAGDALENA y CLAVELA al balcón.)

CLAVELA. En la calle hay cuchilladas:
sal a verlas, mi señora,
porque suceden agora.

MAGDAL. ¡Linda danza ésta de espadas!
¿No es Máximo aquél?

CLAVELA. Sí, a fe.
Y el otro merece nombre
de valiente.

(Entranse los que riñen.)

MAGDAL. Algún hombre
que se mate me holgaré.
Que una dama, cuando es bella
y pretende cobrar fama,

se han de matar por la dama
dos o tres hombres por ella.

(*Sale* CAMILO.)

CAMILO. Veréis agora, arrogante,
si por no ser homicida
os dejo la espada y vida;
pero vos papel y guante.
CLAVELA. Ya vuelve, señora mía,
y que [ya] llamarle quiero.—
¿Caballero, caballero?
¿No responde? ¿En qué se fía?
¿Ah, galán?
CAMILO. ¿Quién es quien llama?
¿Es Magdalena?
MAGDAL. Yo soy.
Subí acá arriba.
CAMILO. Ya voy.
El mundo ensalce mi fama.
CLAVELA. ¿Estás en ti, di, señora,
que llamas sin ocasión
a un hombre?
MAGDAL. Finezas son
del amor que empieza agora.

(*Vanse. Sale* JOSEFO *y* ALECH, *padre e hijo, tirándole una cadena que trae en la mano.*)

JOSEFO.
Suéltame, padre, presto la cadena.

ALECH.
Hijo perdido ya de todo tiento.

JOSEFO.
Más, mucho más, merece Magdalena,
que es mi gusto, mi bien y mi contento.

ALECH.
Luego ¿ésa es a quien, desenfrenado,
las joyas diste ayer de mi aposento?

JOSEFO.
Suéltala, padre, no seas porfiado.
¡Qué propio es en los viejos la codicia!

ALECH.
¿Todavía no estás desengañado?
¿Tan adelante pasa tu malicia?

JOSEFO.
Suéltala, padre, porque naide entienda
que eres tú sólo monstro de avaricia.
¿No soy tu hijo? ¿Mía no es tu hacienda?

ALECH.
Aún no soy muerto yo para que heredes,
ni aún el punto ha llegado de tu enmienda.
Que después de morir, creer puedes
no llegue a tanto extremo tu malicia
para que tan atrás en bienes quedes.

JOSEFO.
Suélta[la ya;] no muestres tu codicia.
Suéltala, ingrato; suéltala, tirano;
(*Suéltala.*)
suéltame la cadena.

(*Vase.*)

ALECH.
¿No hay justicia?
¿Ansí, teniendo término villano,
hijo, me tratas tan rebelde y fuerte,
poniendo tú en mí mismo dura mano?
¡Ah, Magdalena! Si vas de esta suerte,
mejor fuera quedarte allá en Madrialo, (1)
o te acabara, sin llegar, la muerte.
Tú de la corte buscas el regalo;
a Lázaro escribiré para que entienda
que el honor al bien de Marta iguala.
Si no es ansí, vendré a perder mi hacienda,
pues tengo un hijo que de sí destierra
el bien, el gusto y natural enmienda.
El del honor que Magdalena encierra
he de decir para que tú te acuerdes,
que honor que Lázaro hoy gana en la guerra,
tú, por tu desvergüenza, acá lo pierdes.

(*Vase. Salen* CLAVELA, MAGDALENA *y* CAMILO.)

MAGDAL. Eres galán y discreto,
y ansí, en aquesta ocasión,
te he entregado el corazón,
siendo tú mismo su objeto.
Quiérote bien por extremo;
en ti puse mi querer
de suerte, que tú has de ser
el fuego en que yo me quemo.
CAMILO. Señora, para serviros
mucho más puedo hacer [yo,]
pues mucho el alma ganó
en buscaros y admitiros.
Sois mi bien, sois mi consuelo,
mi gusto, mi pensamiento,
al fin, todo mi contento,
pues sois sol de nuestro cielo.

(1) Así en el texto: el verdadero nombre es Mágdala.

MAGDAL. Al sarao puedes venir,
que contigo danzaré.
CAMILO. Digo que asina lo haré,
si en esto te he de servir.
MAGDAL. Y por conocerte bien
y mi amor no se trasnoche,
al sarao de aquesta noche
con esta banda aquí ven
y danzaremos los dos.
CAMILO. Yo voy muy agradecido,
y del bien que he recibido.
Adiós, mi bien.
MAGDAL. Ve con Dios.
CLAVELA. ¿Qué has hecho, dime, señora,
o por qué causa le diste
la banda que te pusiste?
MAGDAL. Amor me lo manda agora;
que son extremos de amor
todos los que ves hacer,
porque es amor un placer
que nunca tuvo dolor.

(*Sale* ALECH, *viejo.*)

ALECH. ¿Sois vos, por ventura, aquella
de quien nos cuenta la fama
ser la más hermosa dama,
la más prudente y más bella?
¿Sois María Magdalena?
MAGDAL. Yo soy. ¿Qué es lo que queréis?
ALECH. Quiero sólo que escuchéis
mi llanto, disgusto y pena.
Tengo un hijo que os adora;
pero de eso no me espanto,
que podéis, señora, tanto,
que cualquiera se enamora.
Digo que si por espejo
todas las cosas tenéis,
que es gran razón que escuchéis,
pues soy viejo, mi consejo.
Mirad que dicen de vos
cosas, bella Magdalena,
que todos merecen pena
que os ven, de no amar a Dios.
Mirad que de vos se aparta
todo el bien y el mal se allana,
que sois de Lázaro hermana
y también lo sois de Marta.
Mirad que con el amor
que a todos siempre mostráis,
que por vuestra parte echáis
a perder todo el honor.
Mirad que de sangre real,
Magdalena, descendéis,
y que, al fin, por vos perdéis
vuestro bien, no vuestro mal.
Mirad que en todas las plazas,
en las calles, dais, señora,
mucho que notar agora
[y] en los lugares y casas.
Mirad que ya en vos se piensa
y que el mundo mala os llama,
y por las calles la fama
es ardor a la vergüenza.
Y si no os parecen buenos
consejos, amor tratad;
mas solamente dejad
a mi hijo por lo menos.
¿Qué decís con tal desprecio?
MAGDAL. Que a quien, sin pedirlos, da
consejos, bueno será
el dejarle para necio.
ALECH. ¡Ah, Magdalena, que aparta
su honor ya del pensamiento!
Pero voy en un momento
para escribir una carta
a Lázaro, porque ansí
gano mucho y poco pierdo,
y ando, con hacello, cuerdo.
¡Pobre mujer! ¡Ay de ti!

(*Vase y sale* ALEJANDRA *y* JULIO CAMILO.)

CAMILO. ¡Por Dios, que estás enfadosa!
ALEJAN. ¡Muy buena la banda está!
¿Es favor? Favor será
de otra dama más hermosa.
CAMILO. Déjame y no me aflijas,
pues que sólo a ti te quiero.
ALEJAN. Mira que por ti me muero
y quiero mi amor colijas.
Dame, pues amor lo ordena,
y a mí a que lo comete (1)
aquesa banda, y daréte
por ella aquesta cadena.
Mira que el alma te adora;
dame la banda y diré (2)
que yo te la volveré
antes que se pase un hora.
Mira que tengo sabido
que la amas; ten sosiego...
CAMILO. ¡Ruego al Cielo!...
ALEJAN. Deja el ruego
y dame lo que te pido.
La cadena te daré.

---

(1) Así en el original.
(2) Así en el texto.

CAMILO. (Ahora bien, para jugar
la banda quiero dejar
por que la cadena dé.
Que siempre al juego me entrego,
y quedaré despicado,
porque contino el [picado] (1)
tiene las armas en juego.)
Pues si dices tú que a mí
en un hora volverás
la cadena, ¿es lo más
que tú [te] la prendes?

ALEJAN. Sí.

CAMILO. Una dama, porque quiere
darle agora un picón
a un amante valentón,
me dijo que la trujere.
(Y ansí bien puedo a las dos
engañar de esta manera,
pues no será la primera
vez.) Mi bien, adiós.

ALEJAN. Adiós.
Ve, que no te alabarás
de haberme dejado en pena,
y en pensar que en la cadena
llevas ganado lo más;
porque yo enredo haré
que te venga a costar caro,
que de sólo éste me amparo
para que celos te dé.

(*Vase. Salen* MÁXIMO *y* JOSEFO.)

MÁXIMO. Esta fué poca ventura.

JOSEFO. ¿Que vistes estar delante
Magdalena cuando el guante
os tomó?

MÁXIMO. Quien más procura,
en esto viene a parar
mientras no pasa de aquí.

(*Sale* TEODORO.)

TEODORO. ¿Está aquí Josefo?

JOSEFO. Sí.

TEODORO. A solas os quiero hablar.

MÁXIMO. Pues habláis solos los dos,
quiero pasar adelante.

JOSEFO. Luego os sigo, en un instante.

TEODORO. Díjome, señor, que a vos
Magdalena aquesta banda
os diera.

JOSEFO. ¡Oh, caso extraño!
Aún parece un duro engaño,
según mi bien en mal anda.
¿Hay tal bien? ¿Hay tanta gloria?
¿Magdalena?

TEODORO. (Si dijera
Alejandra, no mintiera.)

JOSEFO. ¿Qué, tiene de mí memoria
Magdalena en mis despojos?
Mas, porque mejor se entienda
amor, en vez de la venda,
ponte esta banda a los ojos.

(*Vanse. Salen* ALEJANDRA, MAGDALENA *y* CLAVELA.)

MAGDAL. Al sarao quise llamaros
por tan vecina y tan dama
y por vuestra mucha fama,
y también para obligaros
a que aquí me conozcáis.

ALEJAN. Es porque merced me hacéis.

MAGDAL. Vos, señora, merecéis
mucho más, porque buscáis
quien os sirva y quien os ame.

ALEJAN. Sentémonos, Magdalena,
porque ya el sarao se ordena,
y es bien, señora, se llame
al músico. Mas ya viene.

MAGDAL. Suplícoos yo que os sirváis
de mi casa.

ALEJAN. Bien andáis
para quien tal falta tiene.

(*Junto de* MAGDALENA, *con la banda, entra el músico tocando; salen dos* HOMBRES *y dos* MUJERES *danzando, los hombres con máscaras, y después de danzar sale* JOSEFO *y siéntase junto a* MAGDALENA, *con la banda.*)

MAGDAL. Yo quiero danzar con vos.

JOSEFO. Yo voy, señora, a sacaros.

(*Va* JOSEFO *a danzar y haciendo la reverencia.*)

MAGDAL. Yo a vos quiero convidaros.

ALEJAN. Pues vamos luego las dos.

(*Sale* MÁXIMO *y* CLAUDIO.)

MÁXIMO. ¿Hay [tal] desdicha? ¿Hay tal pe-[na?
¿Tú no dices que no vido
la banda?

CLAUDIO. Así lo [he] oído;
pero aquí con Magdalena
Josefo danzando está.

(*Vase. Sale* JULIO CAMILO; *todos como de sarao.*)

JULIO. La banda le dió ¡Ah, ingrata!
¿De aquesta suerte se trata
a quien favores te da?

(1) En el texto "jugador", que no rima ni hace verso.

Mas la culpa no fué ajena,
pues sólo me culpo a mí,
que [a] Alejandra se la di
dándomela Magdalena.

ALEJAN. (Ya alguno tiene desvelos
con la banda, y he de dar
dentro en ella [rejalgar]
con una banda de celos.)

MÁXIMO. (Buena ocasión se me ofrece,
aunque parece cruel;
pero no conozco de él
que de mis bienes supiese.
La banda quiero quitarle.)
¡Suelta la banda, tirano!
(*Arremete a quitarle la banda.*)

JULIO. ¡Suelta la banda, villano!

MAGDAL. Quiero. Alejandra, ayudarle.

JOSEFO. ¿Quién sois?

CAMILO. Máximo y Camilo.

JOSEFO. Di, cruel, ¿no me mandaste
(*A* MAGDALENA.)
aquesta banda y dejaste
de hacer este falso estilo?

MAGDAL. ¿Yo, cruel? ¿Cuándo te vi?

JOSEFO. (En gran confusión me han puesto.)

JULIO. Alejandra, ¿qué es aquesto?

ALEJAN. Esto es vengarme de ti.
Esto a entender te dará
qué bien puedes tú tener
de seguir una mujer
que ves que a tantos se da.

(*Vase.*)

MÁXIMO. Quédate con Dios, ingrata,
pues que ya esto [sé] que das;
que no quiero querer más
quien se vende tan barata.

(*Vase.*)

JOSEFO. Quien en estos pasos anda
su honor ha menospreciado,
pues con esta banda ha echado
todo su honor a una banda.

(*Vase.*)

CAMILO. Pensaba ser en tu amor
como en los cielos Apolo,
singular, único y solo;
mas pues tantos tu favor
gozan, quédate, tirana,
que no quiero pretender
alcanzar una mujer
que para todos se allana.

(*Vase.*)

MAGDAL. ¿Este es el mundo, Clavela?
¿Esto son todos sus gustos?
Mas ¿qué [no] tendrá en disgustos
quien por ellos se desvela?

CLAVELA. Pues ¿eso te da cuidado?
De poco, señora mía,
cobras la melancolía.
Deja que se haya pasado
esta nube de recelos;
pasará aqueste arrebol
y verás salir el sol
con menos nubes de celos.

FINIS ÓPERA

SEGUNDA JORNADA

de LA MEJOR ENAMORADA, LA MAGDALENA.

(*Salen como de alarde algunos* SOLDADOS *y después de salir algunos sale* LÁZARO *y un* CÓNSUL *detrás.*) (*a*)

CÓNSUL. Roma, por que se acreciente
la grandeza de su alarde,
instituyó sabiamente
castigos para el cobarde
y premios para el valiente.
Siguió en esto el parecer
que mejor se dió a entender,
y ansí, Lázaro, procura, (1)
por que goces tu ventura,
romano te quiero hacer.
Tú mereces mucho más,
y asina de no hacer tuerzo, (2)
lo que me mandan y más,
porque muestras de tu esfuerzo
mejor que ninguno das. (3)
Hoy, para ensalzar mi nombre,
de Cónsul me da renombre,
y pues que Roma te abona,
te he de poner la corona
(*Pónele una corona* (4) *de laurel.*)
para que tu esfuerzo asombre.

(*a*) Las variantes en esta jornada y la siguiente corresponden al segundo manuscrito, que llamaremos B, cuando haya que distinguirlo del primero, o sea A.

(1) Y como tu bien procura.

(2) Y con esto hacer, no tuerzo.

(3) Pues de tu valor y esfuerzo
a Roma las muestras das.

(4) Con grama de laurel.

Y pues que en aquesto gano (1)
lo que tú debes saber,
y te corono, y no en vano,
pues te quiere Roma hacer,
siendo tú hebreo, romano. (2)
Y pues que a su cargo toma
la cerviz que nadie doma,
y de ello el bien en ti estriba,
romanos: ¡Lázaro viva
por ciudadano de Roma! (3)

(*Dicen todos lo propio.*)

LÁZARO. ¡Gracias a Dios que alcancé
lo que yo más deseaba
y por romano quedé.

CÓNSUL. Roma en aqueso ganaba
lo que hoy a todos diré.
Bien, Lázaro, te enriqueces
en los bienes que floreces,
y ansí tienen de ser buenos,
aunque es eso lo de menos
para lo que tú mereces.

(*Tocan y vanse todos y queda* LÁZARO *solo.*)

LÁZARO.

Bien, Roma, los que sirven los abonas, (4)
aunque la cara a la ocasión se hurta;
el honor vuelves cuando alguno lo hurta,
y su valor por todo lo pregonas.
Tú levantas al cielo las personas
cual un nuevo Alejandro o cual Yugurta;
de robles, de laurel, de grama y murta
pones en sus cabezas mil coronas.
Formas con sus ejércitos crueles
quien se levante, pues mereces, Roma,
que el Cielo mismo tu valor ampare.
Y pues que me coronas de laureles,
tu famosa cerviz que naide doma,
al cielo subiré si no bastare.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Agora llegó un correo
en el traje y habla hebreo,
que, sin aguardar respuesta,
me ha dado, señor, aquésta
para ti.

(*Vase dándole una carta.*)

LÁZARO. El gran deseo
que he tenido de saber
de Magdalena y de Marta
aquesto debe de hacer.
La carta quiero leer.

(*Abre la carta.*)

Sin firma viene la carta. (1)
Leo, pues, mas con cuidado
de ver lo que viene en él,
y, estando tan apretado,
más temor me da un papel
que me diera un campo armado.

(*Lee la carta.*)

"Lázaro: Vuelve a tu tierra,
porque tu casa se abrasa,
y habiendo guerra en tu casa,
¿por qué buscas otra guerra?
Tu hermana el honor destierra
que dentro en su pecho mora;
Vesta fué, pero ya es Flora.
Ven a restaurar tu fama,
porque tu hermana se llama
la pública pecadora."
A buen tiempo habéis llegado,
carta, y a buena ocasión,
cuando tengo el galardón
de mi esfuerzo y de mi estado. (2)
Honra, en mal habeis parado;
que pues del bien os reserva
y para el mal os preserva,
no es honra, sino dolor.
Mas ¿qué puede ser honor
que viene a parar en hierba? (3)

(*Arroja la corona.*)

---

(1) Yo, Lázaro, en esto gano
lo que Roma ha de saber.
(2) Siendo extranjero, romano.
(3) Falta este verso en el ms. A. Suplido por B.
(4) Roma triunfante, ¿a quién no galardonas?

(1) Después de este verso sigue en B:
¡Cielos! ¿qué puede esto ser?
Fuése el correo y el paje
también; ¡oh terrible pena!
¿Si es por hacer de mí ultraje,
si es algo de Magdalena,
adonde mi honor se abaje?
Temblando estoy de recelo;
¿qué puede todo esto ser?
¡Santo Cielo! a vos apelo;
que nada pueda leer,
que sienta mi honrado celo.
Leeré con más cuidado...
(2) Que por mi esfuerzo he ganado.
(3) Después de ésta sigue en B esta otra décima:
Roma, tirana esta vez,
para darme más asalto,
subiste el valor más alto
puesta la honra a los pies.
¡Oh, malhaya el interés
de tu terrible ambición.

Arrójete mi locura,
que no es bien que un hombre lleve
bien que se acaba tan breve
y mal que ha tanto que dura. (1)
Loca hermana: tu hermosura
pone a mis hazañas tasa,
que es horor que presto pasa
y honra que nunca fué buena, (2)
pues es mala la honra ajena
cuando la propia se abrasa.
Aguárdame, hermana vil,
porque he de hacer, por tu mal,
este acero criminal
en tus entrañas sutil.
¡Afuera, trofeo gentil,
que voy a vengarme agora,
y no he de vivir un hora,
que no es bien, si tiene un hombre
viva una hermana con nombre
de pública pecadora!

(*Vase. Salen* MAGDALENA, JULIO CAMILO *y* CLAVELA.)

CALVELA. No haya más, por vida mía; (3)
mi señora, no haya más,
porque si en aquesto das
es quitar el alegría.
Deja esos vanos enojos.—
La rodilla en tierra pon
y pídela allí perdón.
Mírala con buenos ojos.—
Y tu, señora, no seas
tan cruel; vuelve a miralle;
procura, señora, amalle,
pues es lo que tú deseas.
¡Ea! pasen los enojos,
que parece grande mengua
que esté callando la lengua
si lo declaran los ojos.

CAMILO. Déjala, porque bien sabe
ella con quién hace aquesto,
y, con el semblante honesto, (1)
ceño quiere mostrar grave.
Doleràla la cabeza,
que no está Josefo aquí;
daráse muerte.

MAGDAL. Es ansí,
pues sólo en veros me pesa. (2)

CAMILO. Quien da favor a un galán
que una rueca mereciera,
¿tengo de hablar? antes fuera,
donde mis males están.

MAGDAL. ¡Pluguiera a Dios que le amara
y que nunca a ti te viera,
que entonces yo tuviera (3)
quien me sirviera y amara!
Pésame que aquí no está,
porque a estar, a tu pesar
favor le hubiera de dar.

CAMILO. Pues podrá ser...

(*Finge que se va.*)

CLAVELA. Vuelve acá;
porque aunque agora se escapa,
aunque en huír se resuelva, (4)
no es necesario [a] que vuelva
que le tiren de la capa.
Vuelva acá, señor famoso, (5)
no vaya de esa manera.

CAMILO. (¿Quién ha visto tal tercera?)

CLAVELA. ¡Qué galán tan enfadoso!
¡Ea, llegue, llegue acá!

CAMILO. A no ser tú no lo hiciera.

CLAVELA. Venga, que de esta manera
luego en la paz se hallará.

CAMILO. ¿Quiéresme bien?

MAGDAL. Un poquito.

CAMILO. ¿Darásme más celos?

MAGDAL. No;
mas no venga a saber yo
que tú quieres infinito
a Alejandra.

CAMILO. No sabrás,
aunque el amor me lo impida,
ni tú celos, en tu vida,

---

que, pues en esta ocasión
es tu honra, en tantas molestias
grama, sustento de bestias,
los que te aman bestias son.

(*Arroja la corona.*)

(3) Honor que pasa tan breve
y afrenta que tanto dura.

(2) Que pues deshonras mi casa,
aquesta honra no es buena.

(1) Este pasaje está así, en B:

CLAVELA. ¡A fe que no han de pasar
adelante los enojos!
MAGDALENA. Cuando tal vieren tus ojos,
los míos ciegue un pesar.
CLAVELA. No haya más, por vida mía;
acábese el mal agora,
si aquesto buscas, señora,
buscas muy poca alegría.

(1) Verso suplido por el Ms. B.
(2) Que no verle aquí me pesa.
(3) Que quizá con él tuviera.
(4) Y en irse de aquí resuelva.
(5) ¡Ea! no sea melindroso.

con Josefo me darás.
Porque ansí todo el dolor
se pasa y me satisfaces.

CLAVELA. ¡Qué alegres son unas paces
tras unos celos de amor!

MAGDAL. Vete, mi amado Camilo, (1)
porque si mi hermana viene,
como tanta virtud tiene,
lo tendrá por mal estilo.

CAMILO. Yo voy, mi bien. Queda adiós.

(Vase.)

MAGDAL. Vete tú con Dios, mi bien.—
Clavela, hablemos también
de Dios, pues juntas las dos
[nos] quedamos.

CLAVELA. Sí, por cierto.
En verdad que era bien justo.
Trata, señora, tu gusto;
deja aquese desconcierto.
Con buena melancolía
empezábamos, a fe.
Deja aquello, que yo sé
que todo eso es fantasía.

MAGDAL. ¡Ah, Clavela! Que de Marta
son tan dulces las razones,
que ablandan los corazones.

CLAVELA. Aquese disgusto aparta. (2)

MAGDAL. Cada vez que Marta viene,
Clavela, en el corazón
siento una grande afición
del mucho amor que me tiene.
¡Qué de aldabadas me da
el corazón por momentos!
Siento dentro unos contentos
en que parece que está.

CLAVELA. ¡Buena estás, por vida mía!
¿Dónde predicas mañana?
Deja la pasión de hermana;
quita la melancolía.

MAGDAL. Sí hará, Clavela, que es poca;
y aquesto de devoción
nunca me entró al corazón,
aunque me llegue a la boca.

CLAVELA. Eso sí que es ocasión
que siempre se da a entender.
Búscate nuevo placer
y deja la devoción.
Tú y Marta, de quien arguyo
tenéis dos gustos las dos;
pero aunque el suyo es de Dios,
a fe es más gustoso el tuyo.
¿Por qué ha de andar como viuda
una mujer que es doncella,
hermosa, discreta y bella?
¿Por qué de intento no muda?
Que, al fin, parece muy mal
andar buscando trabajos,
vestirse toda de andrajos,
de hospital en hospital.

(Sale MARTA.)

MARTA.

Emperador del cielo y de la tierra,
divino Querubín del Arca santa
adonde todo nuestro bien se encierra
y hasta su mismo cielo nos levanta:
aquesta alma librad, que vive en guerra;
ésta, cuya deshonra al mundo espanta.

---

(1) Los diez versos anteriores son del Ms B., porque en el otro están mal dispuestos, aunque casi son los mismos, faltando sólo las palabras "A Alejandra".

(2) Desde aquí es muy grande la alteración en B, aunque se conserva la mayoría de los versos.

CLAVELA. Aquese discurso aparta.
Tú y Marta, según arguyo,
tenéis dos gustos las dos;
pero, aunque el suyo es de Dios,
tengo por mejor el tuyo.
Buena ocasión es aquella
para quien intentos muda.
¿Por qué ha de andar como viuda
una mujer que es doncella?
Antes es justo que cobres
asco de tantos trabajos;
toda cargada de andrajos,
de mendigos y de pobres,
y a todos por este mal,
y a mi señora al doble,
que ande una mujer tan noble
de hospital en hospital.

MAGDAL. Cada vez que Marta viene,
Clavela, en el corazón
siento una grande afición
del mucho amor que me tiene.
¡Qué de aldabadas me da
el corazón por momentos
cuando de sus pensamientos
siempre que conmigo está
me da parte! Ella es mi hermana,
mi descanso y mi alegría.

CLAVELA. ¡Buena estás, por vida mía!
¿Dónde predicas mañana?
Déjalo, que te desvía
del amor y de sus gustos;
no procures más disgustos,
basta la melancolía.

Libralda, gran Señor, mirad por ella,
que va perdida por los gustos de ella.

MAGDALENA.

¡Querida hermana!

MARTA.

¡Hermana de mi vida!
Tú, que siguiendo vas tan mal camino,
siendo por ti de ti misma homicida
siguiendo tu furioso desatino.
Ama a Dios, bella hermana; al mundo olvida,
y procura gustar su amor divino,
que si una vez le buscas, te prometo
que seas en buscalle un gran sujeto.
Búscale, hermana, al Cristo; deja el vicio;
busca el Pastor divino, hermana mía;
no des de tu flaqueza claro indicio;
no muestres en hacerle fantasía;
no tengas tus deleites por oficio;
busca a tu Dios y cobra tu alegría,
que, aunque agora te aguarda manso y tierno,
deleites breves trueca en fuego eterno.
Razón es que tus bienes autorices
y que tu alma a su clamor recuerde.

MAGDALENA.

¿Qué me quieres, hermana? ¿Qué me dices?
¿Del Infierno procuras que me acuerde?
Cuando el tiempo borrase los matices
que con el tiempo la hermosura pierde,
entonces son muy buenos los trabajos;
que el camino del Cielo tiene atajos.
¡Si supieras, hermana, en qué me fundo:
cuánto provoca una curiosa gala (1)
y los regalos con que busca el mundo!
Cuánto a todo levanta y lo exhala
un nuevo Apolo, un Marte sin segundo,
que todo lo más bello en todo iguala,
yo prometo que, al fin, no lo dejaras,
antes lo pretendieras y buscaras. (2)

MARTA.

¡Oh, hermana! Si supieses qué perdida
estás, sin ser del mismo Dios ganada,
y aun con aqueso cómo no te olvida
el Rey del Cielo y Majestad sagrada;
y antes que otra ocasión decirlo impida,
pues dices que un buen talle a ti te agrada,
óyeme, hermana, atenta; un poco escucha,
y contaréte su hermosura mucha.
Alto de cuerpo, alegre y soberano; (1)
mas no tan alto como bien medido;
cabello del color del avellano,
cuando el fruto nos da más escogido,
baja por las orejas crespo y llano,
y de allí, por los hombros esparcido,
rayos parece que le traen sol bello,
porque contiene un sol cada cabello.
Frente espaciosa, larga, en compostura;
los ojos son dos cándidas estrellas,
cuyas divinas aras y hermosura (2)
tienen también compuesta la estatura;
cejas que tiene el sol envidia de ellas,
tanto, que se [le] quitan mil enojos
[a todo aquel a quien] mira[n] sus ojos.
La gracia que la cara le autoriza
muestra los bienes que por él se aumentan,
yendos (3) ya con ella nos avisa
que los que más le ofenden más le afrentan.
Afilada nariz, boca sin risa;
porque, según los que le tratan cuentan,
nunca creyó reír; llorar sí, y tanto
que cualquier compasión le mueve a llanto.
Oyele, Magdalena, gime y llora;
llama a Dios, Magdalena de mis ojos;
su divina presencia y vista adora;
saca de aquesta guerra los despojos.

MAGDALENA.

Que no es tiempo de oír sermón agora,
que hace mucha calor.

---

(1) Este verso es de B. En A dice:

Cuánto alegra una furiosa gala.

(2) En B éste y los cinco versos anteriores están así:

Y los regalos que me ofrece el mundo
y a cualquiera que con ellos se regala
un nuevo amante, Adonis sin segundo,
no tuvieras mi vida por tan mala;
antes sé bien de ti, si la gustaras,
que más la pretendieras y gustaras.

(1) Este pasaje está en B así:

Tiene proporcionada la estatura:
alto de cuerpo, humilde y soberano,
mas no tanto que impida la hermosura.
Cabello del color del avellano,
que, con muy adornada compostura,
le baja por los hombros crespo y llano,
de quien recibe Febo luz en vello,
porque contiene un sol cada cabello.
Frente espaciosa, descubierta y lisa;
ojos que con mirar el gusto aumentan,
muy claros y serenos, con que avisa
que los que más le ofenden más le afrentan.
Afilada nariz, boca sin risa,
porque, según los que le siguen cuentan,
nadie le vió reír, llorar sí, y tanto,
que cualquier compasión le mueve a llanto.

(2) Falta el verso que debía seguir a éste.
(3) Así esta palabra en el original.

MARTA.

Menos enojos;
a fe que lo has de hacer por darme gusto;
a Dios no trates con rigor injusto.
Lo menos es que a mí a decir me esfuerza,
en el templo predica cada día,
razón es que le oigas y que tuerza
en esto tu deleite, hermana mía.

MAGDALENA.

¿No es bueno que he de oír sermón por
[fuerza?
Clavela, dame un manto, pues porfía.

MARTA.

Divino Emperador, autor de vida,
aquesta alma ganad, que anda perdida.

(Vanse. Salen JOSEFO *y* MÁXIMO.)

JOSEFO.

¡Bueno estuvo el picón de aquella noche!
Con la banda nos dió muy buen disgusto.

MÁXIMO.

A mí me cupo parte de la pena
pues me quedé con el picón a cuestas.

JOSEFO.

No estuvo buena traza ¡vive el Cielo!,
que para darnos celos fué lo propio. (1)

(Sale OCTAVIO.)

OCTAVIO.

¡Magdalena en sermón! ¿Hay tal grandeza?

JOSEFO.

Octavio, ¿qué es aquesto? ¿Qué cuidado
os da tanta pasión? Decildo presto.

OCTAVIO.

Que agora en este punto Magdalena
vi que estaba en sermón, y me parece
que más lo debe hacer por gallardía
y llevarse tras sí los boquirrubios,
renacuajos amantes y otros hombres
de que ella gusta mucho por extremo,
que por oír sermón, que ¡vive el Cielo!
que en su vida lo oyó, según me dicen.

MÁXIMO.

¿Mas que no la convierta este profeta
con lo que dice en sus palabras dulces?

JOSEFO.

En eso estaba esotra, ¡vive el Cielo!
Aunque volviere Elías de la parte
adonde fué en el carro, no convierta
semejante mujer tan pecadora.

MÁXIMO.

¿No convirtió a Mateo el trapacista
haciendo que dejase por los cambios
el cambio que hoy alcanza con más fruto?

JOSEFO.

¡Por Dios, no la convierta; buena es ella,
sino el Mesías que Israel espera!

MÁXIMO.

¿No oís decir de la Samaritana
que, con tener siete hombres, convertida,
en una cueva está llorando siempre?

JOSEFO.

Si aquésa tuvo siete, aquésta tiene
setenta, si no son ya setecientos.
Pero ésta debe ser; irme pretendo
para que no me vea y me conozca.

(Vase JOSEFO *y sale* MAGDALENA *quitándose los vestidos,* (1) *y* CLAVELA.)

MAGDALENA.

Emperador divino;
Señor de los ejércitos del Cielo, (2)
sigo vuestro camino,
adonde hallo mi gusto y mi consuelo;
que siempre el que lo sigue
cosa no puede hallar que le fatigue.
¡Qué amor tan verdadero!
¡Qué palabras tan dulces y amorosas!
Vuestro camino quiero
y dejaré las sendas peligrosas,
porque vuestro camino
es sólo el amoroso y el divino.
¡Qué fuego que me abrasa!
¡Agua, santo Señor, que el alma [es] fragua!
¡Agua que ponga tasa
a tanto fuego! ¡Que me abraso! ¡Agua!

---

(1) Después de este verso siguen en B éstos:

Toda Jerusalén anda tras ella,
admirados de ver tanta hermosura.
MÁXIMO. Brava tropa la sigue de galanes.
JOSEFO. Eso sí, que es lo que ellos más procuran:
no haya miedo ¡por Dios! que ella haga
[cuenta
de nosotros, que fuimos los primeros.

(1) *Destocándose, y* CLAVELA.

(2) Señor de los ejércitos del Cielo,
cuyo amor peregrino
bajar os hizo desde el Cielo al suelo,
ya vuelvo, que el que os sigue
cosa no puede haber que le fatigue...

¡Agua, si el agua ablanda,
que el fuego en que me quemo lo demanda!
Ropa de mi alegría
que un tiempo fuiste, ¡afuera, ropa vana!

CLAVELA.

¿Qué haces, señora mía?
¿Qué es esto? ¿Ya contigo tan tirana?

MAGDALENA.

Si la casa se abrasa,
¿la ropa no es muy bien sacar de casa?
Si Cristo, esposo mío,
ansí me abrasa en fuego de tal gloria,
no es bueno el desvarío,
ni le quiero tener en mi memoria. (1)
¡Afuera, ropas vanas,
que sois pesadas, cuando sois livianas!
Y vos, lazos, que fuistes

(*Ase de los cabellos.*)

lazos para enlazar tan mal sosiego,
[y] que a tantos prendistes,
yo no quiero que os queme tan buen fuego.
¡Agua, si el agua ablanda,
que el fuego en que me quemo lo demanda!

(*Vase quitando las trenzas.*)

Ropas, salid afuera,
que por sacaros ya mi alma llora
y veros no quisiera.

CLAVELA.

¿No miras dónde estás? Dime, señora.

MAGDALENA.

Por Dios quiero ser loca,
pues mi ventura es mucha, que fué poca.

MÁXIMO.

Magdalena, ¿qué es esto? (2)
¿Haces aquí a tus locuras resistencia?
Mira que es muy molesto.

MAGDALENA.

Ministros de tormento y pestilencia,
dejadme, pues condeno
vuestras aguas sabrosas por veneno.

(1) ¿No es grande desvarío
querer quitar a Dios de la memoria?
(2) MÁX. Divina Magdalena,
mira que aquí conviene la prudencia;
sácate de esta pena.
MAGD. Ministros de tormento y pestilencia
dejadme, que ya vivo.
No es este fuego ya de amor lascivo.

MÁXIMO.

Sin duda convertida
viene de este Profeta, como os digo,
y muy arrepentida.

OCTAVIO.

Partámonos de aquí, Máximo amigo,
que ser buena no hay duda (1)
la que tan presto de su intento muda.

(*Vanse* MÁXIMO *y* OCTAVIO.)

CLAVELA.

¿No miras lo que dicen?

MAGDALENA.

No miro más que a mí, que basta aquésto.
Que ellos se contradicen (2)
y dirán hoy de sí, a fe, más presto.

CLAVELA.

Llamar a Marta quiero.

(*Vase.*)

MAGDALENA.

Por Vos, divino Dios, me abraso y muero.
A Vos sólo procuro;
a Vos, mi bien, Señor y Dios, me inclino,
cuya defensa y muro
me alivió de este fuerte torbellino;
y, al fin, si he de buscaros,
desde [este] punto voy a procuraros.
Por Vos quiero perderme,
que perdida por Vos he de ganarme.
A Vos quiero volverme,
y en el fuego divino he de abrasarme. (3)
¡Agua, si el agua ablanda,
que el fuego en que me quemo lo demanda!

(*Vase. Salen dos* PAJES *llamados* ADIAS *y* SILECH.)

SILECH. Comiendo está con los tres
ese divino Profeta,
a quien el mundo respeta
porque digno de ello es.
ADIAS. Silech, todo aqueso entiendo
cosa extraña y peregrina.
SILECH. Corred aquesa cortina
y los hallaréis comiendo.

(*Corren la cortina y dentro de ella están* CRISTO, SIMÓN, ISAAC *y* RABÍ MOISÉN.)

(1) Que está loca, sin duda,
quien en la calle a voces se desnuda.
(2) Locuras no desdicen
de amor de esposo que es blando y honesto.
(3) Si en esa fuente viva he de bañarme.

SIMÓN. Con tan grande convidado,
Maestro, vengo a ganar
lo que no pude alcanzar
en todo lo que he alcanzado.

CRISTO. Simón, mi amor no es injusto,
y soy vuestro convidado
para comer un bocado
a medida de mi gusto.

(Alza los ojos al Padre y levanta las manos.)

ISAAC. Maestro, bendecid aquí
la mesa, santo Maestro.

(Sale MAGDALENA *con el vaso y descabellada.)*

MAGDAL. Aquí, divino Señor,
para suplicaros vengo
que a mí me oigáis como Rey,
pues que ya hablaros no puedo
con la mucha multitud
de mis pecados inmensos.
Mas ¿por dónde empezaré?
¿Cómo podré, santos Cielos?
Que como él es Dios, yo nada,
aun a llegar no me atrevo.
Mas Vos, santo Emperador,
como sois tan manso y bueno,
podrá la misericordia
con Vos mucho, como hebreo.
Pero ya quiero llegar,
pues por las espaldas puedo
llegar a besar los pies
de mi divino Maestro.

(Arrójase a los pies de CRISTO.)

Pies que por pies me prendistes;
pies soberanos, ya llego
para que no os vais por pies,
pues que por los pies os tengo.
Pies divinos, con mis ojos
os quiero lavar, pies buenos,
que sois pies por donde alcanzo
salir de tanto tormento.
Pies, pues mis ojos os lavan,
decilde allá, a vuestro dueño,
que yo me llego a lavaros
con mucho arrepentimiento.
Pies de mi Cristo piadoso;
divinos pies de un Dios bueno;
pies que por pies me ganasteis,
y pies que sin vos me pierdo,
con este ungüento he de ungiros,
vení acá, precioso ungüento,
porque he menester agora
vuestros olores diversos.

(Va poniendo por los pies el ungüento.)

Ya por los pies vuestro fruto
estoy por ellos poniendo
para que de mi salud
me sirva sólo ponerlo.
Mis culpas limpio en los pies,
que ofenden mucho en extremo
mis culpas y mis pecados,
santos pies, a vuestro dueño.
Ya, pies, no os podéis huir;
de paz he de daros beso,
porque, como soy de paz,
daros las llaves prometo. (1)
Y aquí me dejáis ver sola
No más guerra, porque pienso
que yo quedaré sin nada
y Vos llevaréis el premio.
Pies divinos, todo paz,
ya sólo la paz pretendo,
que en la guerra todo es penas,
disgustos, ansias, tormentos.
Ya mis ojos os lavaron;
ya os ungí con el ungüento;
ya voy quedando con paz,
pues que de paz os di el beso.

SIMÓN. (¿No es aquéste el gran Profeta
a quien llama Cristo el pueblo,
el que pone freno al mar
y que hace parar los vientos?
¿No es éste el que dicen todos
que es el Dios más verdadero,
aquel que llaman Jesús,
solo Dios y solo eterno?
Pues si es ansí, si es Dios todo
y esto fuera verdadero,
no consintiera llegar
así esta mujer, que pienso (2)
que sus culpas infinitas
y sus pecados inmensos,
los desatinos formados,
sus trazas y sus enredos,
sus engaños, sus mentiras,

---

(1) Alzo de mi mal el cerco.
Ya, pies, me dejáis vencida.

(2) Este pasaje así en B:
No consintiera llegar
así esta mujer que vemos
tan indigna de tocarle,
pues todos la conocemos
por pública pecadora;
y así, con tantos enredos,
engaños, trazas, pecados,
daños, culpas y deseos,
¿cómo es digna de llegar
a un profeta tan supremo?

sus daños y sus deseos,
no son dignos de llegar
a un Profeta tan supremo.)

CRISTO. Simón, una cierta duda
se me ofreció, y ansí quiero
que me respondas a ella.

SIMÓN. Yo responderé, Maestro,
a lo que me preguntares
lo que mi corto talento
pudiere alcanzar. Pregunta,
que yo responderé presto. (1)

CRISTO. En una ciudad famosa
hubo un acreedor un tiempo,
a quien dos deudores pobres
debieron unos talentos,
y fué tanta la pobreza,
que pagarle no pudieron
cincuenta talentos uno;
pero el otro hasta quinientos.
Y el acreedor era rico, (2)
y conociendo que aquéllos
nada pagarle podían,
les perdonó los talentos.
Ahora quiero saber
el que quedó más sujeto
a tenerle más amor.

SIMÓN. Fácil te respondo a éso,
que aquel a quien perdonó
más cantidad de dinero,
ése está más obligado.

CRISTO. Hablaste como discreto.
Pues asina esta mujer,
viendo cómo es uso nuevo
al que tiene convidado
dar aguamanos primero,
y que tú no me mandaste
dar aguamanos, ni menos
ungir con olio mis pies,
ni de paz me diste beso,
ella con lo que debía
cumplió, pues ha estado haciendo
sus ojos dos ríos de agua
para que me lave en ellos.
Con un olio muy precioso,
de mil olores diversos,
para darme mayor gusto
estuvo mis pies ungiendo.
Y pues muestra con su amor (1)
que en cosas del universo
no puede pagarme a mí
las ofensas que me ha hecho,
viene a arrojarse a mis pies,
que es el amor más perfecto
que muestra tenerme a mí,
y ansí [yo] no la condeno;
antes, Simón, la perdono
sus pecados y defetos.—
Mujer, levanta que ya
de pena y culpa te absuelvo.

MAGDAL. Albricias, alma dichosa;
albricias, dichoso cuerpo,

(1) Que yo a responder me atrevo.

(2) Este pasaje en B está así:

Era el acreedor muy rico,
y, conociendo que aquéllos
nada pagarle podían,
con pródigo y largo pecho,
para mostrar bien quién era,
les perdonó los talentos,
volviéndoles, sin pagarle,
su obligación al momento.
Bien sabes que amor con causa
es digno de mayor premio,
y, mientras tiene amor, más,
más se obliga a conocerlo.

(1) En B, por cuyo manuscrito se han enmendado algunos evidentes errores del texto, sigue así:

Todo aqueste amor me muestra,
porque fué deudora un tiempo
de pecados contra mí
y de ofensas que me ha hecho,
enseñándome en su amor
que en cosas del universo
no puede pagarme a mí
lo que por ella padezco,
viene a arrojarse a mis pies,
que es el amor más perfecto
que a mí me puede tener,
y así yo no la condeno,
antes, mirando su amor,
me paro tan blando y tierno,
que si ella llora, yo lloro,
que es de mi costumbre hacerlo.
Quiero agora perdonarla,
pues ves muy bien lo que ha hecho,
la grande carga que tiene
de sus pecados inmensos.—
Alzate, mi Magdalena;
María, alza del suelo;
tus pecados te perdono;
de culpa y pena te absuelvo.

MAGDAL. Albricias, alma dichosa;
albricias, dichoso cuerpo,
que hoy por los pies he ganado
el primero jubileo.
A mudar de traje voy,
que, pues para Dios me vuelvo,
quiero andar de la librea
que traen sus compañeros.
(*Vase la* MAGDALENA.)

que hoy por los pies he ganado
el primero jubileo.

(*Vase.*)

ISAAC. ¿Quién es éste que perdona
pecados, Simón maestro,
y que le quita el oficio
al Dios que gobierna el Cielo?

[RABÍ.] (1) ¿Un hombre perdona culpas?
Castigo caiga en el suelo
para que sólo castigue
tan notable atrevimiento.

CRISTO. Quédate con Dios, Simón.

SIMÓN. Pues ¿asina os vais, Maestro?

CRISTO. A cumplir lo que mi Padre
me manda.

SIMÓN. Seguiros quiero.

(*Vanse* CRISTO *y* SIMÓN.)

RABÍ. ¿Quién es éste que perdona
pecados, Isaac? ¿Qué es esto?

ISAAC. El fin de todas las cosas
con su muerte lo veremos.

RABÍ. Vamos; para prevenirlo
vamos allá en un momento.

ISAAC. De rabia me abrasa el alma.

RABÍ. De rabia me abrasa el pecho.

(*Vanse. Salen* OCTAVIO *y* JULIO CAMILO.)

JULIO. ¡Magdalena convertida
sólo porque tenga enojos
la luz que fué de estos ojos
y la vida de esta vida!
Pues ¿cómo es posible, ingrata
que ansina mi amor pagaste?
¿Cómo tan mal me trataste?
¿De aquesta suerte se trata
quien por ti quiso vivir?
Dejad que muera de pena,
que vivir sin Magdalena
no es vivir, sino morir.

OCTAVIO. Dejaos de esos desatinos,
porque son muy excusados;
buscá otros nuevos cuidados
y de vuestro gusto dignos.
Volvé otra vez a querer
a Alejandra.

JULIO. ¿De qué suerte,
si yo solo le di muerte
con amar esta mujer?

(1) En el texto dice SIMÓN; pero no parece propio de él este lenguaje.

OCTAVIO. Con dalle un hora de celos,
procurando de otra parte
una nueva traza o arte
para que la deis recelos, (1)
porque los que no procuran,
nunca vienen a ganar.
Volvelda otra vez a amar,
si esperanzas aseguran.

JULIO. En hacer eso imagino.

OCTAVIO. Andad; volvelda a querer,
que todo eso puede hacer
un celoso desatino.

(*Vanse. Salen* MARTA *y* MAGDALENA *de la mano, vestidas de pardo, con el vaso en la mano.*)

MARTA. Ven, pues, esposa de Cristo;
ven, amada del Señor,
pues te tiene tanto amor (2)
como en tus penas le has visto.

MAGDAL. En vano el llorar resisto,
Marta, hermana de mi vida;
porque nada se me olvida
de los pecados que he hecho.

MARTA. Ven conmigo, que sospecho
que eres ya de Dios querida.

(*Sale* LÁZARO.)

LÁZARO. Honra, despacio venís
y me traéis apretado;

(1) Para aplacar sus recelos.
Y no por una mujer
hagáis tantos desvaríos,
que no son esos los bríos
que en vos, Julio, se han de ver.

(2) Desde aquí sigue en B de este modo:
como en la ocasión he visto.
Ven, hermana de mis ojos.

MAGDAL. Ya voy, hermana querida,
causa de que tengo vida
y fin de tantos enojos.

MARTA. Dame tus brazos, hermana.

MAGDAL. Mil veces te los daré,
pues por ti el mundo dejé
con que vivo tan ufana.

(*Sale* LÁZARO.)

LÁZARO. ¡Ay, mi honra y perdida fama
qué despacio que venís,
aunque a la posta os partís
buscando quien os infama.
Honra, ya el amor os llama.
¿Qué es lo que decís, amor?
Que perdonarle es mejor,
aunque es justo se desangre,
porque las manchas de sangre
sacan las manchas de honor.

pues despacio habéis llegado,
aunque a la posta venís.
Y vos, honor, ¿qué decís?
Que pues tiene tanto amor
tu hermana a su deshonor
que es justo que se desangre,
porque las manchas de sangre
sacan manchas del honor. [visto?
Mas, ¡Cielos! ¿qué es lo que he

MAGDAL. Ya, hermana, me ha conocido, (1)
pues tengo por apellido
la enamorada del Cristo.

LÁZARO. (En vano el puñal resisto;
pero ¿cómo tembláis, mano,
de esta suerte?)

MARTA. ¡Dulce hermano!

LÁZARO. ¡Mi querida y bella Marta!

MAGDAL. Dame esos pies.

LÁZARO. Presto aparta,
que será tu ruego en vano.

MARTA. ¿A tu hermana?

LÁZARO. ¿Cómo hermana?

MARTA. La más querida del Cielo;
la que ha de ser mi consuelo,
y la que se guarda ufana
de la fruta más temprana
que Dios para sí cogió.
A quien Dios ya perdonó;
la que es de Dios más querida;
la que nunca a Dios olvida, (2)
pues que siempre le buscó.

LÁZARO. Hermana, yo te perdono,
pues que Dios ya te abonó,
y no quiero juzgar yo
si fué malo aqueste abono.
De tu valor te corono,
que, pues la santa persona
ser hijos de Dios pregona,
yo te perdono en su nombre,
que no es bien castigue un hombre
pecados que Dios perdona.
Levántate de mis pies
y salgamos de la Corte,
porque quiero dar un corte
a tus males esta vez.
No es bien que en la Corte estés,
busquemos nuevo sosiego;
vamos a Betania luego
y acabe la desventura, (1)
que en la Corte la hermosura
es hacienda en mar o en fuego.

(1) Este verso y el siguiente en B así:
Mis hermanas éstas son.
MAGDAL. Ya yo tengo por blasón.
(2) La que nunca de él se olvida
después que ya le buscó.
¿No basta ver ese traje,
esta tan grande humildad,
que descubre la verdad
porque tu cólera ataje?
Que más honra tu linaje
con verla de esta manera,
que si de otra suerte fuera
con sus galas e invenciones,
y más que si en ocasiones
mucho más honor tuviera.
LÁZARO. Hermana, yo le perdono, *etc.*

(1) Acábese tu locura.

TERCERA JORNADA

de LA MEJOR ENAMORADA, LA MAGDALENA.

(*Salen* JOSEFO *y* MÁXIMO.)

MÁXIMO. Confuso estoy. Proseguid.

JOSEFO. De aquesta suerte en Betania
los tres hermanos vivían,
Lázaro, María y Marta.
En sus virtudes y bienes
Marta siempre se ocupaba,
y Magdalena en servir
a Dios, que es lo que más ama;
Lázaro en sus hidalguías
y en las virtudes andaba,
sirviendo a Dios, porque asina
mucho más con Dios alcanza.
Y sucedió, pues, que estando
Lázaro echado en la cama,
le dió un terrible accidente,
y ansí, Magdalena y Marta,
a Jerusalén al punto
cierto correo despachan,
escribiendo a su Maestro
una breve y corta carta.
Leyóla el Maestro, y sólo
decía en breves palabras:
"Quien más amas está enfermo.
Partí al momento a Betania."
Tardó por llegar tres días,
y, cuando llegó, ya estaba
Lázaro en la sepultura.
Halló muy triste la casa
y cercada de judíos,
que a las dos acompañaban,
dándole aliento en sus penas.

Todos de Dios murmuraban
porque, siendo hijo de Dios,
cómo no resucitaba
a Lázaro, que es su amigo.
Todos juntos le llamaban.
Llegó Dios en este punto
adonde Lázaro estaba
enterrado, y allí Dios
dijo: "La piedra levanta."
Y en diciendo aquesto, al punto,
sólo en oír su palabra,
la piedra se levantó
obediente a su ley santa.
Y luego, alzando los ojos
a Dios, que el Padre llamaba,
dijo: "Lázaro, revive",
y Lázaro se levanta
con las ataduras todas,
con el sudario y mortaja,
dándole los tres a Dios
infinitas alabanzas.
Quedaron, pues, los judíos
llenos de pavor y rabia,
y procurando con tino
tomar de aquesto venganza.
Dios, pasando por allí,
a todos los vesitaba,
porque con ellos tenía
gusto alguno en tantas ansias.
Magdalena sólo en Dios
y sus cosas se ocupaba,
y Marta la reprendió,
porque la vido asentada
a los pies de Dios, y Dios
dijo con breves palabras:
"No reprendas mi querer, (1)
porque más importa, Marta,
la salud y vida suya
y la salvación del alma." (2)
Fueron corriendo los tiempos,
y a tanto extremo llegaba
el odio de los judíos,
que darle muerte intentaban.
Vendióle uno de los doce
de quien Dios se acompañaba
en sólo treinta dineros
a aquesta infame canalla.
Yo de su muerte no os cuento,
que, aunque fuera de la patria
habeis estado y ausente,
es su muerte tan nombrada;
los llantos de Magdalena
que a su cruz divina y santa
hizo cuando Dios murió
delante de aquella escuadra,
que no os lo digo por no
enfadaros. Esto basta
para quien lo entiende todo
y en Jerusalén se alcanza.

MÁXIMO. En verdad que estoy suspenso
de oír cosas tan extrañas.

JOSEFO. Entre todas las que he dicho
sólo por deciros falta
que dicen que al tercer día,
que con aquéste se acaba,
resucitará tan Dios
como de antes Dios estaba.
Y si este Dios resucita, (1)
os doy, Máximo, palabra
que he de renovar mi vida,
y que ha de ser tan contraria
hasta la que aquí he tenido,
que dé ejemplo en muchas cau-
[sas. (2)

MÁXIMO. Temblando voy de temor.
¡Qué confusa llevo el alma!

(*Vase.*)

JOSEFO ¡Ay de ti, Jerusalén,
qué de males te amenazan!

(*Vase, y sale* MAGDALENA.)

MAGDAL. ¡Cielo santo y poderoso,
el pecho tengo apretado,
y pienso que me han hurtado
a mi Señor y mi esposo.
En trance tan peligroso
todo mi bien se me muda,
que me le hurtaron no hay duda,
pues que mi Señor no hallé,
y asina por mí diré:
"Quien madruga, Dios le ayu-
[da." (3)

---

(1) Deja estar, Marta, a María.
(2) B añade estos dos versos:
que todas las demás cosas
en que ha de estar ocupada.

(1) Si es ansí que resucita.
(2) B añade estos otros dos versos:
Porque la vida es un humo
que en un momento se pasa.
(3) Después de esta décima hay en B esta otra:
Pensé que se hallara aquí,
y pensé en tanto cuidado,
que naide (*sic*) os hubiera hurtado.
Pero ¿qué pensé ¡ay de mí!?
Pensé lo que nunca vi

Que no tengo amor declara
el alma, y lo considera
que si firme amor tuviera
nunca de aquí me quitara.
¿Quién mi Señor me tomara?
¿Quién me ha hurtado a mi Señor?
¿Quién mi soberano amor
me hurtó en aquesta ocasión
que me llega al corazón
la fuerza de este dolor?

¿Quién con tan grande osadía
tuvo atrevimiento tal
para renovar mi mal
y acabarme mi alegría?
¿Quién a la esperanza mía
ansí de aquí me llevó?
Mas ¿cómo acá me dejó
sin que me llevase allá,
que dejó lo malo acá
y, al fin, mi Señor me hurtó?

(*Salen dos* ANGELES *junto al sepulcro.*)

ANGEL 1.º ¿Para qué lloras, mujer?
que no aprovecha el llorar.
MAGDAL. Porque no he podido hallar
a mi Señor.
ANGEL 1.º ¿Qué has de hacer?
MAGDAL. No me lo habrán de volver
quien le tiene, porque ansí
culpo yo la suerte en mí
y a mí misma me condeno.
ANGEL 1.º Mujer, Jesús Nazareno
resucitó; no está aquí.

(*Entranse los* ANGELES, *y sale* NUESTRO SEÑOR *vestido de hortelano.*)

MAGDAL. ¡Buena sin Vos he quedado,
soberano Emperador,
pues Vos os fuisteis, Señor,
y asina me habéis dejado!
Ya, corazón, apretado
estáis de penas y daños,
ya los bienes son extraños
y no hay nadie que los goce,
pues ninguno se conoce
si no es en los desengaños.
CRISTO. Mujer ¿por qué lloras tanto?
MAGDAL. Porque mi Señor me hurtaron.
Como sin El me dejaron
detener no puedo el llanto.
Pero de verte me espanto,
hortelano, puesto aquí.
Pero ¿tú sabes de El, di?
¿Adónde le puedo hallar
para que venga a ganar
lo que en un punto perdí?
CRISTO. Magdalena, mira bien
y verás quien has buscado,

(*Cáele el gabán y la montera, y quédase de resurrección, con una cruz en la mano.*)

pues con hallarlo has ganado
de albricias un grande bien.
Yo te busco a ti también
porque te procuro a ti;
pero, pues que Yo te vi,
justo es, en tanto pesar,
que Yo te venga a buscar,
pues tú me buscas a Mí.
MAGDAL. ¡Pies divinos, soberanos!
(*Allégase a los pies de* CRISTO.)
CRISTO. Detente en tus desconsuelos,
que aún no he subido a los Cielos
y no procuro tus manos.
Ve y diles a mis hermanos,
que buscándome andarán,
pues aguardándome están
para que todo se crea,
que vayan a Galilea,
donde todos me hallarán.

(*Vase.*)

MAGDAL. Con contento me conquisto
a mí misma en tanta gloria,
cuando vuelva a la memoria
mi Dios, mi Jesús, mi Cristo.
Yo misma no sé qué he visto
¡ah, Señor! que más me agrada;
mas, pues en esta jornada
ya tal bien vine a gozar,
con razón me he de llamar
la mejor enamorada.

(*Vase. Dicen unos labradores de adentro*: "Aba el dragón", *y salen todos que son cuatro*: MINGOS BERMEJO, MACHUCHES, JUAN COLORENO *y* MARCOS DE LA VIÑA.) (1)

---

sin hacer de ello desprecio,
como de contino es precio.
Pensé, pero no os hallé,
y al fin, ¿qué es lo que pensé?
Pues todo "pensé" es muy necio.

(1) En B los pastores son DOMINGO BERMEJO, JUAN DE LA VIÑA, MARCOS DE LA PUEBLA y ALFONSO HERNÁNDEZ, y empieza la escena así:
MARCOS. ¿Hay tan grande desventura?
ALFONSO. ¿Hay tal desdicha?
JUAN. Y no poca.
Fuego arroja por la boca
este dragón criatura.

MINGOS. Lleguémonos, pues, allá
y cojamos al dragón,
que vos, con vueso lanzón,
lo aguardaréis por acá.
MARCOS. ¡Ah, quién le diera, par Dios,
en medio del pestorejo!
MINGOS. ¿Mas que no puede un concejo,
y aunque se juntaran dos,
con este fiero tributo?
MACHUCH. Pues ¡par Dios! que con la cola
de una rebanada sola
mate un hombre.
JUAN. ¡Oste, puto!
MACHUCH. ¡Mal haya quien le engendró
con el tarasco ruín,
que me mató a mi mastín
y de un golpe lo comió.
JUAN. Vamos con nuesos cayados
y la vida le quitemos
dándole bien.
MACHUCH. Si volvemos...
JUAN. ¿Cómo volver?
MACHUCH. Derrengados. (1)
MARCOS. Que todo nueso concejo
no mate aqueste animal...
¡Vive Dios que lo hace mal,
y que por eso lo dejo!
MACHUCH. No hará en mayor igualdad
todo eso por nueso Dios.
MARCOS. ¡Ay, lo que dijo de Dios!
MACHUCH. Yo digo mucha verdad;
y ansí, si os dan mal ejemplo
mis palabras, todos vamos
y, coronado de ramos,
le sacaremos del templo.
Y si el animal con eso,
visto lo que en ello medra,
aunque esté hecho de piedra,
no le come como queso,
yo diré que soy mal hombre.
MARCOS. Cállate, necio, brasfemo,
que de sólo oíllo temo
que al dragón ¡par Dios! asombre.
MACHUCH. Pues vamos, que si en mi burra
no le llevase, diré,
hasta que le mate, a fe,
que el dragón me le espachurra.

(*Vanse. Sale el* CONDE DE MARSELLA *y* CARDENIO, *su criado.*)

(1) JUAN. ¡Vive Dios, que asina masca:
devoró a vueso Sansón
como si fuera turrón
aquesta fiera tarasca!

CONDE

En todo lo que tengo prevenido,
Cardenio, de la muerte de mi esposa,
es lo acertado y lo mejor cumplido.
Que pues mi Estado sabes que no goza
de heredero ninguno, me conviene
tenello, pues en él mi bien reposa.
Que visto que mi Estado no lo tiene,
todo, con gran soberbia y arrogancia,
para darme la muerte se previene.
Porque, después de muerta, el Rey de Fran- [cia
quiere que [yo] me case con su hija,
y hace en que sea ansí muy grande instancia.

CARDENIO.

Mejor de tu valor, señor, se elija
que mandes que dé muerte a la Condesa,
porque el alma con eso se me aflija.
(*Échanse de rodillas.*)
Por los dioses, señor, al que profesa
de nuevo aquí en tus reinos a adorarse,
que muerte no la des con tanta priesa.

CONDE.

¡Cómo viene, Cardenio, a declararse
del valor del vasallo la acogida,
y dónde en la ocasión pudiera hallarse!

CARDENIO.

Pues que te prometí atajar la vida
de lo que tanto mal pone en tu casa
y a vos el Cielo su crueldad impida.

(*Vase.*)

[CONDE.]

Como aquesta mujer pone al bien tasa. (1)

(*Sale* SIMÓN *y* ADIAS.)

SIMÓN.

Aquí está el Conde.

CONDE.

Simón, de las apuestas
me contad y las cosas de la caza.

SIMON.

Garzas hay descubiertas, redes puestas,
conocidas las cuevas y venados;
sólo falta que escojas sobre aquéstas
a cuáles más se inclinan tus cuidados.

CONDE.

A que se corra un jabalí primero.

(1) En ambos manuscritos está igualmente viciado este pasaje.

SIMÓN.

Estén los perros a ello aparejados.

CONDE.

Aquesta tarde toda cazar quiero.

(*Salen los cuatro* VILLANOS, *uno con una guitarra otro danzando, otro con el dios Pan, que será una estatua, y vienen cantando.*)

"Hagan todos fiesta
al dios Pan, pastor;
dancen y bailen
y canten hoy."

JUAN. Aquí le quiero poner,
que aún no es tiempo que combata
con el dragón.

MACHUCH. Si él le mata,
honrado debe de ser;
mas ¡par Dios! que no le maten
ni aun seis dioses.

JUAN. Bien están.
A fe que le matarán
cuando con el dragón traten.

CONDE. ¿Quién son aquéstos que cantan?

SIMÓN. Hablá al Conde.

MACHUCH. ¿El Conde?

SIMÓN. El Conde.

MACHUCH. Hábralo tú, pues adonde
ellos están no se espantan.

MARCOS. Sabrás, pues, señor, que aquí
una carta te traemos,
en que queremos... queremos...

CONDE. Sosegaos, y proseguí.

MACHUCH. Sabrá su monstruosidad
que un animal de la tierra
en nuesa tierra hace guerra...
¡Juro a Dios que es gran verdad!
Porque su abominación
nos saque de tanta pena
y nos quite la cadena
de aqueste fiero dragón.
Que [es] tan grande el animal
como vos, y de esta suerte
nos procura dar la muerte
haciéndonos mucho mal.
Ello la carta, heisla ahí,
(*Dale una carta.*)
allá lo habed vos con vos;
miralda, que ¡juro a Dios!
que lo haréis muy mal ansí.
De parte de mi concejo,
y la escribió el escribén,
que es un hombre muy de bien.—
¿No es ansí, Mingos Bermejo?—
Juro a Dios que es muy honrado
y que por tal le tenemos:
que es muy honrado sabemos,
lo demás no da cuidado.
Líbrenos de este animal (1)
y de su mala arrogancia.
"Para el Conde: fecho en Francia.
Dios os guarde. Porte un real."

CONDE. ¡Qué rustiquez tan donosa!

(*Dicen dentro:*)

¡Hola, que la mar los traga,
y que pedazos se haga
la nave que se le acosa!

MAGDAL. ¡Gracias a Dios que llegamos
a las orillas de tierra
y salimos de la guerra.

[LÁZ.] (2) ¿Qué es esto? ¿En qué tierra es-
[tamos?

(*Sale* LAURO.)

LAURO. Conde invicto de estos reinos,
ven y verás en tu tierra
la cosa más milagrosa,
más conocida y más cierta
que hayas en tu vida visto.
Seis hombres de ajenas tierras,
en quien los dioses parece
que, por usar de clemencia,
se encerraron para darte
gusto y quitarte de pena,
pues vienen a aposentarse
al Condado de Marsella
para honrar toda tu patria
y darnos aliento en ella,
vestidos de peregrinos,
ya llegan a tu presencia.

(*Salen* LÁZARO, MARTA *y* MARÍA MAGDALENA, *y échase de rodillas el* CONDE.)

CONDE. (Dioses son todos, sin duda,
pues lo dice su librea.)

MAGDAL. Oyenos, Conde, y aguarda.
Señor Conde de Marsella...

CONDE. (Dioses son, pues me conocen
sin haberme visto.)

MAGDAL. Espera,
que todos somos mortales
y más malos de la tierra.

(1) Este y los cuatro versos anteriores supli-dos según el Ms. B.

(2) En el original CONDE; lo que no puede ser.

Solamente a ti venimos
a decirte que no creas
en esos dioses que adoras,
pues son estatuas de piedra. (1)
(*Alzase el* CONDE.)

CONDE. Agora digo que sois
blasfemos, gente perversa,
pues no adoráis a los dioses
ni conocéis sus grandezas.
Júpiter, ¿qué es de tus reinos?
¿Cómo, Apolo, no los quemas?
Mas, pues son todos blasfemos,
¡mueran todos!
(*Dicen todos*:)
¡Mueran! ¡Mueran!

LÁZARO. Aguarda, Conde, que en vano
contra los Cielos peleas;
que vienen a defendernos
de tu gente torpe y ciega.
Escucha, y presto sabrás
si la divina ley nuestra
es muy mejor que la tuya,
pues es de Dios suma esencia.
Vistióse Dios de hombre solo
para la redención nuestra;
murió en la cruz, que por eso
la santa ley se profesa.
Resucitó al tercer día,
y, para que sólo entiendas
a lo que venimos todos,
te lo he de contar, espera.
Volvió a subir a los Cielos
Dios, y se puso a la diestra
de su Padre, porque ansí
es la ley de su Iglesia.
Vino el Espíritu Santo,
bajando en forma de lenguas,
para darnos más consuelo,
que era poco y mucha pena.
Subió a los Cielos eternos
aquella divina Reina
que, para nuestro remedio,
el mismo Dios nació de ella.
Quedaron los doce santos
Apóstoles, que en la tierra
prediquen la ley de gracia,
pues, muriendo Dios, fué muerta
la ley escrita, y ansí,
por las provincias diversas,
de dos en dos se reparten
y a nós nos cupo tu tierra.
Todos los cristianos prenden,
y, hallado también Esteban,
lo mataron a pedradas,
que fué cosa clara y cierta.
El, de la Iglesia de Dios,
fué la primer fruta nueva,
que, aunque estaba apedreada,
la puso Dios a su mesa.
Huyendo todos venimos
en esta nave pequeña,
que somos por todos seis,
Marta, María Magdalena,
Maximino, con los otros
dos que en la nave se quedan.
En la mar, como es sabido,
tuvimos esta tormenta,
quebrándose las escalas,
hundiéndose las entenas;
que aqueste peligro corre
el que por la mar navega.
Ya la ley de Dios te dije, (1)
y para que mejor creas
quién es Dios, "Estatua vil,
cae al momento por tierra".

(*Cae el dios Pan, y sale una cruz de la tierra.*)

Mira como todo es cierto.

CONDE. Justo es que todo esto crea,
porque a ser Dios esta estatua
y las demás, no cayeran
de aquesta suerte en el suelo.
Digo que estatuas son muertas,
y ansí digan todos juntos:
¡Los dioses y estatuas mueran!

TODOS. ¡Mueran!

CONDE. ¡El Crucificado viva!

TODOS. ¡Viva!

MACHUCH. ¡Hola, Juan! Mira qué es esto
que de la tierra salió.—
¡Hola, Marcos! Mira aquesto.
Llevemos aquesta cruz.
Cógela, Marcos.

MARCOS. Bien piensas.
(*Va a cogella, y no puede.*)
Yo la voy a coger. Ten,
que me abrasa una centella.
¡Que me abraso! ¡Que me quemo!
(*Vase y* MACHUCHES.)

CONDE. Vení, amigos, a Marsella,
y todos venid conmigo.

MAGDAL. No, Conde, que el Cielo ordena
que allá no vamos contigo

(1) Falta este verso. Suplido por el Ms. B.

(1) Ya a lo que vengo te dije.

y quiere de otra manera
que quedemos. Vaya Lázaro
a predicar a tu tierra,
porque ansí lo ordena Dios.
Y, Marta, porque se crea
mejor sus leyes divinas,
vaya a matar esa fiera,
que bien puede, aunque mujer,
porque harta defensa lleva
en la cruz y agua bendita;
y yo, pues que Dios lo ordena
que me quede sola, quiero
quedarme entre aquestas peñas,
donde alabaré su nombre
y su soberana esencia.

(*Salen* MACHUCHES *y* MARCOS, *y* CARDENIO, *como que se traen corriendo, y la* CONDESA.)

MACHUCH. Andad, bellaco, ruín:
que os han echar a galeras,
pues sois tan grande bellaco.
Castigue su menudencia
este bellaco, que quiso
echar agora a la fiera
esta mujer tan humilde.
CONDE. ¡Ay, mi inocente cordera!
Yo tengo la culpa toda,
pues con presunción soberbia,
viendo faltar heredero
en mi Estado, en mi tierra,
os mandé echar al dragón.
MAGDAL. Pues, Condes, ya Dios ordena
daros por vuestro consuelo
un hijo santo, que sea (1)
un rayo que alumbre al mundo,
siendo Patrón de su Iglesia.
CONDESA. Conde de los ojos míos,
pues Dios asina lo ordena,
vamos con la compañía (2)
todos juntos a Marsella.

(*Vanse, y quedan los* LABRADORES.)

MACHUCH. Aun Condesa la llamó.
MARCOS. Talle tiene, y aun de reina.
JUAN. Marcos, ¿habéis visto aquello,
que ha salido de la tierra,
que diz que se llama cruz,
y que un señor murió en ella
que se llama Cristo?
MACHUCH. ¿Hay tal?
MARCOS. Llevémosla a muesa tierra. (1)
MACHUCH. Y decí: ¿Qué es de dios Pan?
JUAN. Que al dios tragóse la tierra.
MARCOS. Pues todos juntos cantemos
en las alabanzas della,
y llévatela tú, Marcos,
pues llevando esta bandera,
en lugar del dios a voces,
cantemos de esta manera:

(*Lleven la cruz y van cantando y danzando.*)

"Esta sí que se lleva la gala,
que es la cruz en que Dios murió,
éste sí que se lleva la gala,
que los otros árboles no."

(*Vanse todos cantando. Sale* LÁZARO (2) *y* SIMÓN.)

SIMÓN.

¿Qué es esto, Lauro? ¿Tantas novedades,
tan grandes alborotos en Marsella?
¿Qué puede ser aquesto?

LAURO.

Hoy el Conde
viene con presupuesto muy terrible
de derribar los dioses por el suelo
y poner la señal que de la tierra
salió cuando cayó de los villanos
el dios que haciendo fiesta le venían.

SIMÓN.

Luego ¿pensáis que aquestos hechiceros
que engañaron al Conde y la Condesa,
no son encantadores, por lo menos,
que con sus falsedades y embelecos
quieren postrar los dioses por la tierra
y levantar el árbol que cruz llaman
por insignia de un Dios que murió en ella?
¡Desdichada de ti; pobre Marsella!

---

(1) Falta este verso. Suplióse por el Ms. B.; y se enmendó el anterior, que decía:
"para daros más consuelo".
(2) Vamos con la compañía;
porque yo quiero que sean
espejos en que me mire.
Partamos, Conde, a Marsella.

(1) ALFONSO. Vamos todos, y veréis
matar al dragón o fiera.
JUAN. ¿Quién le ha de matar, Alfonso?
ALFONSO. Pues ¿no lo sabéis? Aquella
mujer que de aquí se fué.
JUAN. Al ir para nuesa tierra
todo me lo has de contar.
ALFONSO. Llevemos todos la cruz;
llevemos en hora buena
y en lugar de nueso Dios
cantemos desta manera:

(2) En B dice "Lauro", y Lauro pide el verso que sigue; y así se corrige.

(*Salen* MARCOS *y* MACHUCHES.) (1)

MACHUCH. ¡Ay, borrica de mi vida;
muerta en la flor de tu edad!
MARCOS. Eso sí: llorad, llorad.
MACHUCH. ¡Ay, mi borrica, comida
del dragón! ¡Ay, burra parda,
que ansí el dragón te tragó!
MARCOS. ¿Comióla?
MACHUCH. Sí; la comió
con las cinchas y la albarda.
Iba cargada de leña;
estaba el camino malo;
dila, porque andase, un palo,
y cayendo de una peña
hasta el río no paró,
y hasta acabar con su fin.
Mas la tarasca ruín
entera se la comió,
sin decir: "Dios vaya." "Y lejos
—le dije—pues despachurra,
señor tarasco, a mi burra,
déjeme los aparejos."
Mas, "a esotra puerta..."
MARCOS. Oí:
luego ¿no había cerrado?
MACHUCH. ¡Par Dios! El marzo pasado
cerró, porque yo lo vi.
Mas, ¡par Dios! que era muchacha.
MARCOS. Luego no lloréis.
MACHUCH. Sí quiero:
que fué mi mal el primero.
MARCOS. ¡Par Dios; si asina despacha
los más asnos del lugar, [cos. (2)
que hay muchos, habrá muy po-
MACHUCH. Suénale, ¡par Dios!, los mocos,
sin llegarlos a limpar. (3)
¡Ay, mi borrica, querida
de los burros del lugar,
a quien solían cantar,
lo que nunca se me olvida,
en el sotillo sus quejas.

(1) En B "Sale Marcos y Juan, como que viene llorando".

(1) MARCOS. ¡Par Dios! Si ansina despacha,
aunque está lleno el lugar
de asnos, que queden pocos.
(2) Sin llegarlos a limpiar.
De tal suerte la querían
los borricos del lugar,
que en el soto y junto al mar,
cada vez que la veían
contaban males y quejas.
MARCOS. Pues ¿cómo se las contaban?
JUAN. Como luego rebuznaban,
empinando las orejas.

MARCOS. Pues ¿cómo se las cantaban?
MACHUCH. Como luego rebuznaban
alzándose las orejas.

(*Sale* CARDENIO.)

CARDENIO. ¿Hay tan grande maravilla?
SIMÓN. Cardenio, decid: ¿qué es esto?
CARDENIO. Vení, si queréis ver presto.
LÁZARO. (1) ¿Habéis visto, Simón, tal?
CARDENIO. Que aquella mujer que vistes
que ya mató el animal.
LÁZARO. (1) Vamos a verla, Simón.
SIMÓN. No en vano hoy os persuadistes
a que era todo verdad
lo que os conté.
MARCOS. ¿Ya murió?
CARDENIO. Sí, hermano.
MARCOS. Diz que acabó
ya el animal.
MACHUCH. Pues, dejad:
que si yo nuevos intentos
busco, la tengo de ver;
¡par Dios!, que no ha de comer
más albardas ni jumentos.
LÁZARO (1) Vamos a verla, Simón.

(*Da vuelta un palo, donde viene encima de él.*) (2)

CARDENIO. Bien os podéis detener,
pues de aquí la podéis ver
todos en esta ocasión.
MACHUCH. Vamos, porque en su alabanza
todos hemos de cantar.
¡Por Dios, que le he de sacar
mi borrica de la panza!

(*Vanse. Un animal con siete cabezas y* SANTA MARTA *encima con una cruz y una caldera de agua bendita. Dice el* CONDE DE MARSELLA *de adentro*:)

CONDE. Háganse todos pedazos,
que no quiero más su guerra;
no se gobierne mi tierra
con tan torpes embarazos.

(*Salen la* CONDESA *y el* CONDE, *y* LÁZARO, *vestido de obispo.*)

LÁZARO. Muy grande premio alcanzastes
con lo que habéis hecho, Conde;
y todo esto corresponde

(1) LAURO en B.

(2) En B la acotación dice: "Da vuelta un palo que trae un animal con siete cabezas, y MARTA encima, con una caldera de agua bendita y una cruz en la otra mano, y dice después de haberse corrido la cortina, JUAN:
"Vamos, porque en su alabanza..."

a aquel valor que mostrastes
cuando el ídolo cayó.

CONDE. Ya pues estos vanos dioses
como de mi tierra alojes (1)
todos los he echado yo.
Quiero irme a Jerusalén,
a ver el santo lugar
donde muerto llegó a estar
aquel soberano bien.

CONDESA. Yo me ofrezco a acompañaros.

LÁZARO. Ya vuestro valor se aumenta,
y de aqueso se contenta
Dios para más esforzaros.

CONDE. Pues, alto; démonos prisa. (2)
que hoy nos hemos de partir,
pues que me queréis seguir
vos, bellísima Condesa.
¡Hola! Aprestad un navío,
que hoy nos hemos de embarcar

CONDESA. ¡Que he de adorar el lugar
donde moristeis, Dios mío!

CONDE. Pedro, llavero de Dios:
¡que yo os he de conocer!

CONDESA. ¡Cristo! ¡Que tengo de ver
adónde estuvistes Vos!

CONDE. Lázaro, nuestra partida
luego pienso que será,
pues aparejada está,
si no hay cosa que lo impida.
Mi condado os encomiendo
y que lo vais gobernando,
los cristianos animando
y los demás convirtiendo;
que bien podemos los dos,
Condesa, luego partir,
y vos, pues que no habéis de ir,
os podéis quedar con Dios.

LÁZARO. El os guarde y acompañe
y os traiga a vuestra Marsella,
para que no halléis en ella
cosa que en algo os engañe.

(*Sale* MAGDALENA.)

MAGDALENA.

¿Adónde, Esposo santo,—Esposo casto,
le estaréis dando el pasto—en dulces quejas
a las santas ovejas—que guardáis?
¿Dónde, mi Dios, estáis—porque no os veo,
y es tan grande el deseo—que yo tengo
de veros, que ya vengo—por miraros
y a sólo enamoraros—con mis ojos,
y saque los despojos—de esta guerra
adonde el bien se encierra—y no los males,
los bienes eternales—son los vuestros,
porque todos los nuestros—son mudables
y todos variables—en un punto,
porque cuando está a punto—la esperanza,
entonces de mudanza—se apercibe;
nadie seguro vive—en esta vida;
todo lo bueno olvida;—mas ya es hora
de completas, oíldas,—alma, agora.

(*Alzase un poco de un tafetán y entra* MAGDALENA, *y después de entrarse levanta todo y aparécese en lo alto* DIOS, *de resurrección, y dos* ANGELES, *y bajan los* ANGELES *mientras cantan un poco de completas y suben a la* MAGDALENA, *y después de subida dice* DIOS:)

CRISTO. ¿María? (1)

MAGDAL. ¿Qué es lo que escucho?
¿No es mi Jesús el que llama?
¡Pies divinos!

CRISTO. ¿Quién te ama?

MAGDAL. Vos, Señor.

CRISTO. ¿Y tú a mí?

MAGDAL. Mucho.

CRISTO. No llores tanto, María.

MAGDAL. Señor, dejar de llorar
es para mí gran pesar,
y llorar grande alegría.

CRISTO. María, menos enojos;
y estos cabellos que ves,
con que enjugaste mis pies,
hoy quiero enjugar tus ojos.

MAGDAL. ¿Cuándo de vuestra belleza
he de gozar sin mudanza?
Porque amor si esperanza
no es amor, sino tristeza.

CRISTO. Hoy, María, pues te agrada
mi presencia, he de hacer
que los Cielos han de ver
la mejor enamorada.

(*Vuelvan a bajar la* MAGDALENA *tocando chirimías y canten en llegando abajo ¡Aleluya! y después dice la* MAGDALENA:)

---

(1) Como de mi tierra azones
los pretendo hoy echar yo.

Como se ve, esta variante dista mucho de aclarar el pasaje.

(2) CONDE. ¡Hola! Aprontad un navío,
que hoy habemos de partir,
pues vos me queréis seguir,
que sois el descanso mío.
Pedro, llavero de Dios,
¡que os tengo de conocer!...

(1) B añade: "Tocan chirimías."

MAGDAL. Cuerpo, pues quedáis en calma,
os quedad, cuerpo, con Dios;
que es fuerza partir sin vos,
pues de vos se aparta el alma.

(Vuelva a caer el tafetán encima y grita de adentro un pastor que se llama MARCOS:)

MARCOS. ¡Hola! ¡Que se hunde la nave,
y que van todas quebradas
las velas, y lastimadas
las entenas y las jarcias!

(Salen MACHUCHES, MINGOS BERMEJO, JUAN CORALERO *y* MARCOS DE LA VIÑA.)

MACHUCH. ¿Qué nave es ésta, Bermejo?
MINGOS. ¿No la veis puesta en la playa?
JUAN. Parece que el mar al Cielo
le quiere poner escalas.
MARCOS. ¡Por Dios!, que ha salido de ella
un hombre con una dama,
y que la trae en los brazos.

(Salen el CONDE *y la* CONDESA.)

JUAN. Ya llegan a las cabañas.
CONDE. ¡Animo, bella Condesa,
que ya estamos en la playa!
MARCOS. Lleguémonos allá todos,
si os mueve piedad humana.
CONDE. Aquí hay pastores, mi bien.
CONDESA. Nada con esto se paga.
MACHUCH. Porque ya de ver echamos
que sois gente muy honrada,
cuando os quisiereis servir
de nuestras pobres cabañas,
aquí hallaréis voluntad,
aunque, a Dios gracias, no falta
que comer cuando nos sobra.
CONDE. ¿Cómo esta tierra se llama?
¿Qué nombre tiene esta tierra?
MARCOS. Esta es Marsella de Francia.
CONDE. Por tan famoso milagro,
mi Condesa, demos gracias
al Señor, que nos volvió
a la venturosa patria
adonde tiene su cueva
la divina enamorada;
la santa que a nós nos guía,
una gran santa...
MACHUCH. Y ¡qué santa!
La enamorada del Cielo
por sobrenombre la llaman.
CONDE. ¿Queréis guiarnos, pastores,
a su dichosa cabaña?
JUAN. A tiempo llegáis, señor,
cuando aprieta su jornada
para el Cielo, porque ha mucho
que una enfermedad muy larga
no la deja. Esta es la cueva.
CONDE. ¿Hay más venturosa patria?
MACHUCH. Quién sois nos decid, ¡por Dios!
CONDE. Vuestros Condes somos; basta.
MARCOS. Luego en el traje parece
que sois gente muy honrada.
Dadnos a besar los pies.
(Echanse todos.)
CONDE. Alzaos del suelo, que el alma
ya por ver a Magdalena
no sosiega ni descansa.
Abrid aquesa cortina,
veremos si es cosa clara
lo que vosotros decís.
CRISTO. ¡Ay, divina enamorada!
Sube, mi querida esposa
y paloma regalada (1)
CONDESA. ¡Ay, qué amores tan suaves!
¡Qué tiernas son sus palabras!

(Abren la cortina; está la MAGDALENA *de rodillas. Va subiendo un alma vestida de blanco, y levántase un tafetán, donde [está] un niño crucificado. Va uno bajando y otro subiendo, y en llegando uno a otro, se abraza la* MAGDALENA *a los pies de la cruz y* CRISTO *extienda los brazos y abraza el alma de* MAGDALENA. *Y vuelva a subir hasta donde estaba la cruz, y cae el tafetán encima, y dice el* CONDE:)

CONDE. ¿Hay más venturosa tierra?
¿Hay más dichosa comarca?
Indigna eres, Marsella, (2)
de tener tan grande santa.
Para celebrar su entierro
hoy se junte la comarca,
y aquí dé fin con aquesto (3)
la mejor enamorada.

FINIS OPERIS

(1) "Mi mejor enamorada."
(2) Isigne eres mi Marsella
de tener tan grande santa.
(3) Y aquí da fin, que ya es justo.

EL PODER EN EL DISCRETO

COMEDIA

1623

Jesús, María, Joseph. Angel Custodio.

HABLAN EN ESTE ACTO PRIMERO

M.ª Calderón...........	SERAFINA, *dama*..........	Jusepa.
Doña Isabel...............	ROSELA, *criada*.......... .	
Lescano....................	TEODORO, *rey de Sicilia.*	Bracamonte.
Morales......................	CELIO, *de su cámara*......	Arias.
Castro....................... .	ALEJO, *criado de* CELIO.	Triviño.
Suárez......	EL CONDE DE AUGUSTA.	Morales.
	PERSEO, *criado del* CONDE.	
	FLORA, *dama*........!........	Mariana.
	LEONCIO, TANCREDO, *criados del* REY.	

ACTO PRIMERO

(SERAFINA, *dama, y* ROSELA, *criada.*)

SERAFINA. No hay caballero ni dama
que me entretenga mejor.
ROSELA. Querría, quien tiene amor,
hablar siempre de quien ama.
SERAFINA. Mira si viene o si llama.
ROSELA. Ni llama Celio ni viene.
SERAFINA. Amor, Rosela, entretiene
desta suerte su pasión,
que en esta imaginación
todos los sentidos tiene.

Que no pudiendo admitir
cosa que les dé placer,
los ojos querrían ver
y los oídos oír.
No se puede difinir
Amor con más perfeción
que de la imaginación
llamarle eterno tirano,
a quien se resiste en vano
la fuerza de la razón.

Como a quien ama un sujeto
bajo da pena pensar
en él, así suele dar
el alto un placer perfeto.
Celio es noble y es discreto,
Celio es gallardo y galán,
y así de pensar me dan
tal gloria mis pensamientos,
que, pensando en él atentos,
no en mí, sino en él, están.
ROSELA. Amor fundado en razón
no se le puede negar,
señora, que vino a hallar
su debida perfeción;
y más si tan justos son
los deseos, que este intento
se dirige a casamiento,
que entre gente de valor
no puede tenerle Amor,
que tiene otro pensamiento.
SERAFINA. Aguardo al Conde, mi tío,
que ya me escribe que viene,
que, muerto mi padre, tiene
las llaves de mi albedrío.
No dudo que será mío
Celio, a quien el Rey desea
honrar tanto, que hay quien crea
que son un alma los dos.
ROSELA. Así es verdad. ¡Quiera Dios
que en tal estado te vea!

(CELIO, *privado del* REY; ALEJO, *criado.*)

ALEJO. ¿No habemos de llamar?
CELIO. No.
ALEJO. ¡Bueno vienes de ese modo!
CELIO. Adonde se pierde todo,
¿qué respeto se guardó?

Apártate allí, que yo
llegaré desesperado.

ALEJO. ¡Lástima, señor, me has dado!

CELIO. Tenla de mi muerte, Alejo.

ALEJO. ¿No puedo darte consejo?

SERAFINA. ¿Celio?

CELIO. ¿Señora?

SERAFINA. ¿Turbado?

CELIO. Parécete que es razón,
pues acabo de perderte.

SERAFINA. ¿Tú, Celio, a mí? ¿De qué suerte?
Pues en aquesta ocasión
menos imposibles son
helar el fuego y arder
la nieve.

CELIO. Pues lo has de ver.
¿Para qué tan firme estás?

SERAFINA. ¿Es ausencia?

CELIO. ¡Mucho más!

SERAFINA. ¿Más, Celio? No puede ser.
¿Cásate el Rey por ventura?

CELIO. No me casa el Rey.

SERAFINA. Pues bien;
¿cuándo, por qué, cómo, quién
quitarme tu bien procura?

CELIO. Otra mayor desventura
que ausencia y que casamiento.

SERAFINA. Pues habla.

CELIO. ¡Qué sentimiento!

SERAFINA. No tienes, Celio, razón.
Habla, que no es discreción
matar el entendimiento.

CELIO. Aquella hermosa mañana
que todo el mundo celebra,
porque parece que todo
se alegra y se goza en ella;
cuando el sol, agradecido,
viste de colores nuevas
los rayos de su corona
y madruga para verla;
cuando la rosada aurora,
coronada la cabeza
de más flores se levanta
para vestirlas de perlas;
cantan más presto las aves
y van las fuentes risueñas
dando cristal a los prados
y pies de vidrio a las hierbas;
la mañana, en fin, en quien
nació aquel niño profeta,
ángel de los altos montes,
deidad de las rudas fieras,
saliste al mar, Serafina,
presumo que a ser sirena,
aunque Scila para mí,
pues de Sicilia se cuenta.
Ibas en un coche abierto,
y, quitada la cubierta,
sólo mostraba los arcos
del cielo de tu belleza.
Gran señal de gran calor,
¿quién habrá que no la tema
cuando, estando el cielo raso,
no hay nube que al sol ofenda?
No sé qué traje llevabas,
que, cuando no amaneciera,
pudieras servir de sol
y dar rayos a la tierra.
No sé por dónde caían
unas descompuestas trenzas,
que tal vez hay hermosura
en las cosas descompuestas.
¿Dónde hallaste los colores
que llevabas? ¿Qué azucenas,
qué rosas te las prestaron?
O ¿tú se las diste a ellas?
Pero, ¡ay Dios! ¿de qué me sirve
tenerte tanto suspensa,
pintándote dos mañanas,
que dos, Serafina, eran?
Rebozado andaba el Rey
por la arenosa ribera
en un coche; ya lo he dicho;
ya entenderás lo que queda,
y lo que queda es de suerte
que queda el alma suspensa,
pues por que Amor se recoja
tocan celos a la queda.
El Rey te vió, Serafina;
en ti reparó, y apenas
te vió, cuando en mis colores,
si él me mirara, te viera.
A los dos te trasladaste,
mas con esta diferencia:
que a él en amor y a mí en celos
a él con gusto, a mí con pena.
Díjome: "¡Qué hermosa dama!
¿Conócesla?" "Forastera
me parece—dije yo—,
que el traje no es de esta tierra."
"No he visto dama en Palermo
—respondió—con tal belleza."
Repliqué: "¡Notable agravio
de tantas damas tan bellas

que hoy han salido a la mar!"
Respondióme: "No lo creas;
que yo sé que, preguntadas,
lo mismo dijeran ellas;
aunque esta verdad su envidia
pocas veces lo confiesa,
que dan celos, sin galanes,
las hermosas a las feas."
Con esto, yo procuraba
divertirle; mas la fuerza
de tu hermosura le hacía
seguir, ¡ay, Dios!, tus estrellas.
Enseñábale otras damas,
loando su gentileza,
y él, siempre firme, al cochero:
"Vuelve, sigue, da la vuelta."
Finalmente, llamó un paje
y le preguntó quién era,
a quien no pude enseñar
a mentir, haciendo señas.
"Serafina—dijo luego—,
hija de Alejandro Estela,
del Conde de Augusta hermano,
General de tus galeras."
"¿Es casada?"—replicó.
"No, señor—dijo—, que espera
al Conde, que está sin hijos,
y Serafina le hereda."
Que no le dijese nada
le mandó; fuése, y más cerca
te siguió, como a su dueño,
que no hay mal que no prometa
su amor. Mis celos y el sol
iban cobrando más fuerzas.
Todo abrasaba y a todo
me faltaba resistencia.
Tronaba la artillería
de la mar y de la tierra,
correspondiéndose a tiros
las naves y las almenas.
¡Oh, cuántos suspiros tristes
vieron mis ansias secretas
morir del alma a la boca
como en el aire centellas!
Enseñábale las naves,
unas llenas de banderas
y otras de mil estandartes
por las cruzadas entenas.
Pero no le divertía;
hasta que, dando la vuelta,
te entraste en Palermo, y yo
me alegré de ver tu ausencia,
que hay estados en Amor
que quien adora desea
no ver lo mismo que adora,
para que otros no lo vean.
No te he dicho desde entonces
cosa alguna, aunque pudiera,
por no alterarte la sangre,
que un Rey la mueve en las pie- [dras.
Pero ya que es fuerza, digo
que el rey Teodoro, que reina
en Sicilia y en mi pecho,
te adora y servirte intenta.
Verdad es que ha procurado
resistirse con prudencia,
hasta que ya se ha rendido
a verte, para que sepas
este pensamiento suyo;
y de suerte le respeta
mi alma, que he de callar,
Serafina, aunque me muera.
Al principio de tu calle
cerrado en un coche queda,
porque delante me envía
a que te pida licencia.
Recibe al Rey de visita,
Serafina, y sin que pierdas
de tu valor, ama al Rey,
que esto es lealtad y esto es fuerza.
Está prevenida a todo
mientras llevo la respuesta,
que pues que ya te he perdido,
de nadie será la ofensa;
porque como con el Rey
no puede haber competencia,
rindo las armas y el alma.
la espada asiento y él entra.

(*Váyase* CELIO.)

SERAFINA. ¿Qué es esto, Alejo?
ALEJO. Señora,
efetos de un grande amor
y haber un competidor
que toda Sicilia adora.
SERAFINA. Pues ¿en qué soy yo culpada,
que me trata Celio así?
ALEJO. Debe de culpar en ti
lo que en la muerte la espada;
porque culparla es locura
muerto el hombre, y así es ley
injusta, si has muerto al Rey,
culpar Celio tu hermosura;
pues ella debe de ser

la espada que le mató,
que el Amor te la pidió,
como suele acontecer
pedirla un hombre a su amigo,
sin saber para lo que es,
y haber con ella después
muerto en campo a su enemigo.

SERAFINA. ¡Sus desatinos me admiran!

ALEJO. Como a perro le sucede,
que se venga, aunque no puede,
en las piedras que le tiran.
No puede tomar venganza
del Rey, que fuera locura,
y véngase en tu hermosura.

SERAFINA. ¡Hoy se perdió mi esperanza!
¿Hay fortuna tan cruel?

ROSELA. El Rey viene.

SERAFINA. ¡Estoy sin mí!

ROSELA. Disimula.

ALEJO. Vuelve en ti,
que viene Celio con él.

(*El* REY DE SICILIA *y* CELIO.)

REY. ¿En esta cuadra?

CELIO. Aquí está.

REY. ¿Es aquélla?

CELIO. Sí, señor.

SERAFINA. (¡Temblando estoy!)

CELIO. (¡Qué rigor!)

REY. (Pienso que me ha visto ya.)

SERAFINA. Deme los pies vuestra alteza.

REY. Serafina, levantaos.

SERAFINA. Dádmelos primero.

REY. Alzaos.

SERAFINA. (¡Qué desdicha!)

REY. (¡Qué belleza!)—
¿Celio?

CELIO. ¿Señor?

REY. ¿No es razón
que la autoridad del suelo
se rinda a prendas del Cielo:
hermosura y discreción?

CELIO. ¿Ya te parece discreta?

REY. El modo lo da a entender.
¡Turbado estoy!

CELIO. ¿El poder
se turba? Acción imperfeta.

REY. Como a nuestra vida humana
no es precisa esta pasión,
temer no es imperfeción
la dignidad soberana.
Todas las demás pasiones
que conservan el sujeto
son forzosas, que, en efeto,
son naturales acciones;
pero decir el que ama
a quien ama su deseo,
como no es forzoso, es feo
y avergüenza el ver que infama.

CELIO. Basta; que en filosofía
quieres fundar el temor.

REY. Por defender el valor,
que ha mostrado cobardía,
dile tú, pues yo no acierto,
mi pretensión, mis enojos;
que tiene un rayo en los ojos,
con que al llegar me divierto;
que creo que esta visita
será no más de mental,
que un no sé qué celestial
ánimo y vista me quita.

CELIO. Yo, que no siento pasiones
de Amor, bien podré llegar.

REY. Mira, Celio, que en mirar
a gran peligro te pones.

CELIO. Yo te aseguro el respeto
y el estar de Amor seguro.

SERAFINA. ¿Celio?

CELIO. ¿Señora? ¡Qué duro
trance sirvo! ¡Estoy sujeto!

SERAFINA. ¿A qué vienes?

CELIO. A tratar
[de] que con mucho valor
te agrade el Rey, mi señor.

SERAFINA. ¿Cómo me puede agradar?

CELIO. Con tantos merecimientos
que, cuando no fuera Rey,
quererle era justa ley.

SERAFINA. ¡Bajos son tus pensamientos!

CELIO. Yo debo aquesta lealtad,
y tú también.

SERAFINA. ¿Yo? ¿Por qué?

CELIO. Porque es tu Rey.

SERAFINA. Quien lo fué
del alma y la voluntad
vive en ella, y no es razón
que dos reyes, si se encuentran,
pongan en el alma que entran
dividida confusión.
En fin, ¿qué piensas hacer?

CELIO. Suplicarte que le quieras.

SERAFINA. No pienso que hablas de veras.

CELIO. Pues en esto ¿puede haber
algún género de engaño?

SERAFINA. Sí, porque es dificultoso
el entender a un celoso
hasta ver el desengaño.
CELIO. Ahora bien: el Rey espera;
diréle que llegue a hablarte.
SERAFINA. En mí yo no tengo parte.
Tuya soy, que viva o muera.
CELIO. Señor, dice que agradece
como puede tu afición;
que su estado y su opinión
la estima que ves merece;
que si te quieres sentar,
que le pesa el verte así.
REY. Debe de haber visto en mí
que me quiero desmayar.—
¡Condesa!
CELIO. Responde.
SERAFINA. ¿Yo?
REY. De Rosalba lo sois ya.
ALEJO. (¡Bien entra, pues luego da!)
ROSELA. (¡Dando como Rey entró!)
CELIO. (Bésale los pies.)
SERAFINA. ¡Señor,
tanta merced sin haberos
servido!
REY. El llegar a veros
tengo a tan grande favor,
que cuando a Sicilia os diera
quedara corto, y también
es justo que premio os den
por la obligación primera
de los servicios que debo
a vuestro padre y al Conde,
vuestro tío.
SERAFINA. Corresponde,
gran señor, premio tan nuevo,
pues sin pedir me le dais,
a vuestro augusto valor.
REY. Yo os tengo notable amor.
SERAFINA. Mi casa y mi padre honráis.
REY. Pero ¿quién como vos puede
merecer mi voluntad?
SERAFINA. En serviros mi humildad
todas las del mundo excede.
REY. Oídme cerca.
SERAFINA. Decid.

(*Los dos hablan.*)

CELIO. (¿Esto veis, sentidos míos,
sin que digáis desvaríos?
Pero, la causa advertid.
¡Alma, callad y sufrid!
¿Cómo puedo? ¡Que me abraso
sirviendo, no es nuevo caso!
¡Mirad que al Rey quiero bien!
¡Pasad por su amor también,
pues yo por mis penas paso!
¿Es posible que he de ver
tanto mal, ojos hermosos?
¡Si hay infierno de celosos,
el mayor debe de ser!
No me quejo del poder;
yo le venciera; en rigor,
queja tengo de mi amor,
digo, del que tengo al Rey,
que en hombres de buena ley,
después de Dios el señor.
Pero, cuando el Rey supiera
que yo a Serafina amaba
y que por él la dejaba,
claro está que me la diera.
Pero nunca el Cielo quiera
que le quite al Rey su gusto,
y pues que por él es justo
la misma vida perder,
el perder una mujer
¿por qué me ha de dar disgusto?)
REY. Con esto voy satisfecho.
SERAFINA. Y yo de vuestro valor
lo quedo.
CELIO. (¿Tendrále amor?
¡El lo merece! ¡Esto es hecho!)
REY. Vamos, Celio.
CELIO. Ya sospecho
tu gusto.
REY. ¡Mujer divina!
CELIO. ¿Concede o niega?
REY. Imagina,
Celio, pues eres discreto,
que, en perdiéndome el respeto,
me lo dirá Serafina.

(*Váyase.*)

SERAFINA. ¡Celio! ¡Celio!
CELIO. ¿Qué me quieres?
SERAFINA. Que me escuches.
CELIO. ¿Para qué?
¿No eres mujer?
SERAFINA. Sí.
CELIO. Yo sé
que eres mujer y quién eres.
SERAFINA. ¿No hay diferencia en mujeres?
CELIO. Confieso la diferencia,
en más o menos licencia;
pero a la de mejor ley

no la prueben con un Rey,
que le faltará prudencia.

(*Váyase.*)

SERAFINA. Alejo, dame un remedio.
ALEJO. ¿Qué remedio puedo darte?
SERAFINA. Luego ¿no puede ser parte,
que esté mi honor de por medio?
Diréle al Rey que yo adoro
a Celio.
ALEJO. Será locura.
SERAFINA. Pues en tanta desventura
¿qué haré, que el remedio ignoro?
A escribir a Celio voy
que se lo quiero decir.

(*Váyase.*)

ALEJO. No te lo ha de consentir.—
Y ella, ¿qué hace?
ROSELA. Aquí me estoy
ALEJO. ¿Cómo no me ha dicho nada?
ROSELA. ¡Querrá que yo le requiebre
por lindo, y que le celebre
la carita embalsamada!
Que dicen que se usa ya
que les digamos amores
después, que rizos y olores...
ALEJO. No lo digas; bueno está,
siquiera por el honor
del género masculino,
demás, que vino y tocino
son los rizos de mi humor.
Cuando el alba lisonjera
sale en bragas de marfil,
con un queso de un pernil
me pongo una bigotera.
Y en vez de las cintas dos,
a cada remate un trago
del Santo que, en el cuartago,
partió la capa con Dios.
Aquí mis rizos se acaban.
ROSELA. ¡Oh, qué gentil bigotera!
ALEJO. ¡Bueno fuera que yo fuera
de unos tontos que se alaban
de que les dicen amores
las mujeres! Yo no sé
más de dar.
ROSELA. Pues como dé,
mal año para las flores.
Toque, y suya.
ALEJO. De doncellas
de señoras soy medroso.
ROSELA. El casamiento es forzoso.
ALEJO. ¿Forzoso? ¿Con quién?
ROSELA. Con ellas.
ALEJO. ¡Ay!
ROSELA. ¿Qué te ha dado?
ALEJO. Un dolor.
ROSELA. ¿Tan presto?
ALEJO. ¡Morir me siento!
ROSELA. ¿De qué mal?
ALEJO. De casamiento.
ROSELA. ¿Ese es mal?
ALEJO. ¡Ay! ¡Un dotor!

(*El* CONDE DE AUGUSTA, PERSEO *y* CRIADOS, *de camino.*)

CONDE.

¡Bien lo ha hecho la mar!

PERSEO.

Dejóla el viento
ser señora del agua, con quien tiene
eterna enemistad.

CONDE.

Todo elemento
a ser contrario de los otros viene.
Nunca a Palermo vine más contento,
que parece que sólo me detiene
en esta edad, casando a Serafina,
fundar mi sucesión en mi sobrina.
No la he visto, Perseo, desde el día
que Alejandro murió, mi amado hermano.
Alaban su hermosura y bizarría,
que no fué para mí lisonja en vano.

PERSEO.

Y más su discreción y cortesía,
que en parte excede a todo el bien humano;
que dar Naturaleza es gran ventura
con gran entendimiento la hermosura.

CONDE.

Antes vemos mil veces la belleza,
cual suele ser en mármol un retrato,
para ofensa mayor de la nobleza,
pasar sin alma de la vista al trato.
Mas cuando concedió Naturaleza
que no se muestre a su pincel ingrato
el ingenio, que todo lo asegura,
entonces es perfecta la hermosura.
Hablaré con el Rey, que el rey Teodoro
a los servicios de mi hermano debe
que viva Serafina en el decoro
que de justicia a nuestro honor le mueve.

Yo no tengo otro bien ni otro tesoro
que por consuelo de mis años lleve.
Así felicemente mi partida
el término dispone de la vida.

PERSEO.

Cuando, por ser tu sangre, Serafina
no mereciera, Conde, ese cuidado,
de Alejandro el valor a verla inclina
en la felicidad de un alto estado.

CONDE.

Al mismo Rey merece mi sobrina
y a falta suya, a Celio, su privado.
Yo haré, si de mi amor está segura,
que iguale con la dicha la hermosura.

(*El* REY *y* CELIO.)

CELIO. ¿De esa manera te sientes?
REY. Es imposible alegrarme.
Si tú quieres remediarme,
no hay otro medio que intentes.
CELIO. Pues ¿ya no quieres a Flora,
que tanto amaste algún día?
REY. Celio, cuanto amar solía
todo lo aborrezco agora.
¡Vine muerto! ¡Estoy sin mí!
Conozco que es imprudencia
no ponerme en resistencia,
aunque me muriese ansí.
Pero si pruebo y no puedo,
¿de qué me quejo?
CELIO. Señor,
si resistes tanto amor,
a tu salud tengo miedo.
No te fatigues; pues eres
absoluto en el poder,
no es mucho agora vencer
poderoso las mujeres.
Reyes, sabios Capitanes,
en sus Estados se vieron,
y algunos de ellos hicieron
femeniles ademanes.
No pierdes nada conmigo
ni con nadie, que el temor,
mientras no ofende el honor,
¿a quién daña?
REY. ¡Ay, Celio amigo!
Parece que el sujetarse,
él, que todo lo sujeta,
ha sido acción imperfeta,
que puede en un Rey culparse.
Pero si un ángel que vi
es más que yo poderoso,
rendirme a su rayo hermoso
¿no será defeto en mí?
¡Serafina! Con temor
la nombré.
CELIO. ¡Perdido estás!
REY. ¿Qué quieres? ¡No puedo más!
CELIO. (¿Qué haré yo con tanto amor?)
REY. ¡Serafina...!
CELIO. Di adelante.
REY. No es casada.
CELIO. Así es verdad.
REY. Pues ¿por qué mi voluntad
no ha de hallar su semejante?
Si no hay padre ni marido,
ni aun galán, ¿qué temo yo?
CELIO. Galán, no sé.
REY. ¿Cómo no?
CELIO. No digo que lo he sabido;
pero por ver que mujer
tan bella será querida
de alguno.
REY. No está mi vida
para pensar ni temer.
Deja con necios recelos
de decir lo que no sabes,
que amor de personas graves
no se acompaña de celos.
Y ¡vive Dios, que si hubiera
quien a Serafina amara,
que mil vidas le quitara!
CELIO. ¿Quién, gran señor, se atreviera
a darte celos a ti?
(¡Qué cuerdo he sido en callar!)
REY. Las joyas puedes llevar
en la caja que te di,
y dile de parte mía,
Celio, que muriendo estoy.
CELIO. Luego a llevárselas voy.
REY. Si llegare, Celio, el día
en que la obligues a verme,
tuya es Sicilia.

(*Váyase el* REY.)

CELIO. ¿Qué haré?

(*Entre* ALEJO.)

ALEJO. Albricias, Celio.
CELIO. ¿De qué,
si hoy me resuelvo a perderme?
ALEJO El Conde de Augusta vino.
CELIO. ¿Posa en casa de mi bien?

ALEJO. ¿Eso preguntas?
CELIO. No estén
mis dichas tan de camino;
paren aquí, pues el Conde
ha de impedir el intento
del Rey.—Mas ¿qué pensamiento
tan bajamente responde
a tantas obligaciones
como tengo al Rey? No creo
que hable yo, dulce deseo,
porque en bajezas me pones.
Viva el Rey y muera yo.
ALEJO. ¿Qué dices?
CELIO. Que me ha pesado
de que el Conde haya llegado
y de darte albricias no.
Este diamante te dan
mis celos, porque ha venido
el Conde, que no me olvido
de la pena que me dan.
Y mi lealtad tan debida
al Rey, que a quien es responde,
de que haya venido el Conde
hoy te quitara la vida.
Vamos, Alejo, a llevar
las joyas que el Rey me dió.
El Rey es rey; yo soy yo.
Servir, morir y callar.
ALEJO. Basta, que has perdido el seso.
CELIO. Mientes, Alejo, que estoy
más en mí siendo quien soy
que con otro mal consejo.
Esta determinación
es de un hombre bien nacido.
Sea el Conde mal venido.
A pesar de mi pasión,
yo voy a solicitar
de Serafina el amor
para el Rey.
ALEJO. ¿Eso es, señor,
servir, morir y callar?
Principios son de locura
lo que intentas, ni podrás
salir con ello. ¡Si estás
adorando su hermosura!
Si te ausentaras, creyera
tu olvido; pero es crueldad
hablar y ver con lealtad
y solicitar que quiera
al Rey lo mismo que adoras
y que se muere por ti.
CELIO. Alejo, déjame aquí
con tus palabras traidoras,
que yo veré y hablaré
a Serafina, a pesar
de mi amor, hasta olvidar
cuanto en tres años amé.
Camina, que mi valor
no teme ya su hermosura.
ALEJO. Ya sé yo el tiempo que dura
el ánimo en el Amor.
No le des al Rey lugar.
Mira que es mejor consejo
decirle tu amor.
CELIO. Alejo:
servir, morir y callar.

(*Entre el* CONDE, SERAFINA, ROSELA, CRIADOS.)

CONDE.

Querer encarecerte fuera en vano
el contento que tengo sólo en verte,
retrato y vida de mi muerto hermano,
nacida, como Fénix, de su muerte.
Si después que te vi, fuera en mi mano
darte el imperio y la más alta suerte,
no dudes de mi amor, pues me parece
que el rey Teodoro apenas te merece.
Pon los ojos, sobrina, en el estado
más alto, más heroico, más sublime;
que de él te honraré yo.

SERAFINA.

Pues has llegado,
que no hay cosa, señor, que en más estime,
vivirá tu valor, aunque heredado
de una mujer; tal luz, tal fuerza imprime
la que de ti resulta al pecho mío.

CONDE.

Mayores prendas de tu ser confío.
Dicen que el Rey te ha dado, con la villa
de Rosalba, sobrina, de Condesa
el título. No ha sido maravilla:
bien se lo debe a la menor empresa
de Alejandro, tu padre, a quien se humilla
aun hoy el mar que estas murallas besa;
que, con ser agua, no pondrá en olvido
haberlas de los turcos defendido.
Aquí temieron su famosa espada
sus lunas, sus banderas y faroles,
resplandeciendo su persona armada
ya en almena y ya en estanteroles.
Aquí más de una flámula colgada
de las turcas entenas y penoles

adorna de Palermo y de Mesina
de algún templo la máquina divina.
Yo voy a hablar al Rey, para que entienda
la causa por que vengo, que no es justo
que de casarte yo sin él se ofenda.

SERAFINA.

Bien haces de excusar al Rey disgusto.

(*Váyase el* CONDE.)

¡Ay, Rosela! ¡Que el Rey mi amor pretenda
y que yo tenga en Celio puesto el gusto!
¿Qué fin tendrá?

ROSELA.

No sé; mas sé que viene.

SERAFINA.

Tendráme firme quien el alma tiene.

(CELIO *y* ALEJO.)

CELIO. Con ánimo de no verte,
puesto que viéndote estoy,
vengo a verte, y luego voy
desde verte hasta mi muerte.
No te veo por hacerte
servicio o gusto, que creo
que veo lo que no veo
o que el alma no te vió,
pues no es posible que yo
te pueda ver sin deseo.
En fin, yo que te estoy viendo,
tan otra te estoy mirando,
que no te veo, pensando
que de mirarte me ofendo.
Y si me ofendo, no entiendo
cómo es posible que vea
lo que aborrece y desea
el necio amor que resisto,
si no es que, habiéndote visto,
aun a los ojos no crea.
¿Eres tú? Mas, no respondas,
que no vengo por respuestas,
para mí ya tan molestas,
que es mejor que las escondas.
Mas para que correspondas
al odio que te merezco,
te digo que te aborrezco.
Miento, que no puede ser
el llegarte a aborrecer
cuando la vida te ofrezco.
Pues ¿qué tengo? Ya lo sé:
un amor arrepentido,
no por haberte querido,
mas porque no te querré.
Y tuya la culpa fué,
pues que la ocasión has dado
a quien venir me ha mandado
a una empresa tan odiosa,
pues si no fueras hermosa
no fuera yo desdichado.
El Rey me manda, ¡ay de mí!,
que solicite tu gusto.
Yo no sé darle disgusto;
morir, Serafina, sí.
La caja que ves allí
es toda un fino diamante;
mas ninguno tan constante
en sufrir y en no romper
como yo, que vengo a ser
el tercero y el amante.
De ella te sirve, y procura
el no ser ingrata al Rey,
porque mi lealtad es ley
contra tu misma hermosura.
Y pues la más firme dura
hasta morir, yo te advierto
de que ser yo muerto es cierto.
Bien puedes al Rey querer,
pues es imposible ver
un hombre después de muerto.

(*Váyase.*)

SERAFINA. ¡Celio! ¡Celio!—Dale voces,
Rosela.

ROSELA. Si al viento excede,
¿qué importa?

SERAFINA. Alejo, ¿esto puede
sufrirse?

ALEJO. ¿No le conoces?

SERAFINA. ¿Hay tal manera de entrar
y de volverse a salir?

ALEJO. Lo que te viene a decir
él lo debe de estudiar.
¡Parece predicador
que nunca aguarda respuesta!

SERAFINA. Treta de matar es ésta;
mas nunca vista en Amor.

ALEJO. Añade representada,
porque no piensen que es hecha.

SERAFINA. Yo tengo, Alejo, sospecha
que esta plática estudiada
debe de ser que ha tenido
gusto en otra parte ya,
y con esto al Rey le da

lugar su amor o su olvido.
Dime toda la verdad
y ten compasión de mí.
¿Quiere bien?

ALEJO. Señora, sí;
pero a su misma lealtad.

SERAFINA. ¡Qué lealtad! Si él me quisiera,
ni al sol permitir dejara
que un cabello me tocara
ni desde el Cielo me viera.
No, Alejo; no vamos bien.

ALEJO. Toma la caja, señora,
que yo iré a buscarle agora
y le reñiré también
este dar al Rey lugar.

SERAFINA. ¿Qué es tomar? ¡Vete de ahí,
que no hay oro para mí
que a Celio pueda comprar!
¡No son precios semejantes
dignos de mi honesto celo,
cuando de estrellas del Cielo
se hiciera el Rey los diamantes!
Dile a Celio, si él te oyere,
que él solo es diamante mío,
y que éstos del Rey le envío
para la dama que quiere.

ALEJO. ¿Qué haremos?

ROSELA. Que se los des.

(Váyanse SERAFINA *y* ROSELA.)

ALEJO. Todo aquesto va perdido.
Escucha. (¡Las dos se han ido!
Bulléndome están los pies.
¡Soy noble! ¡Afuera codicia!
¡Treinta mil escudos son!
(¡Oh, qué gentil ocasión
para un gato de Galicia!)

(Entren el REY *y* FLORA, *dama.)*

FLORA: No le puede suceder,
señor, a mujer ninguna
más desdichada fortuna
que llegar hasta perder
el sentido por querer
una cosa desigual;
mayormente, siendo tal,
que aun los ojos no la ven.

REY. Flora, yo te quiero bien,
¿para qué me tratas mal?

FLORA. Bien sé que os debo afición,
que fué causa de mi daño,
pues llegué con este engaño
a tan loca pretensión.
Los grandes señores son
tan amigos de su gusto,
que, sea justo o injusto,
disponen la voluntad
a cualquiera novedad,
cause o no cause disgusto.

REY. Pues ¿qué presumes de mí,
que, como sabes, te adoro?

FLORA. Cuando os amé por Teodoro,
mujer ignorante fuí.
¡No sé cómo no entendí
que a un Rey de Sicilia amaba!
Pues en el peligro estaba
de tanta desigualdad.

REY. ¿Qué importa la majestad,
si es la voluntad esclava?

FLORA. Yo me entiendo, y vos sabéis
la causa de mis enojos,
pues la remito a los ojos
a quien tanto agravio hacéis.
Tan alto estado tenéis,
que no tengo atrevimiento
de deciros lo que siento;
siendo mi mal tan extraño,
que con sombras de mi engaño
da luz a mi entendimiento.
Es una imaginación,
donde Amor está pintando
más fantasías que cuando
falta al alma la razón.
Es una escura ilusión,
donde mil fantasmas veo;
es un ardiente deseo
de saber lo que imagino,
y un pensamiento adivino
de lo mismo que no creo.
A mí propia estoy negando
la envidia que tengo en mí,
pues no envidié lo que vi
y lo envidio imaginando.
Es un mal que estoy pensando
que es remedio y es rigor.
Es Amor y no es Amor,
aunque tanto lo parece,
que sólo porque entristece
le diferencia el temor.
Es un correo que lleva
falsas nuevas todo el día.
Es una loca porfía,
que ninguna verdad prueba.
Una pena siempre nueva,

fundada en vanos antojos.
Es una guerra de enojos
dentro de la misma casa,
y un pleito antiguo que pasa
entre la duda y los ojos.
Finalmente, mis desvelos
causa mi amor desigual;
yo presumo que este mal
debe de llamarse celos.
El nombre os he dicho. ¡Ay, Cielos!
Pero bien es que sepáis
que de celos me abrasáis
y que pretendéis mi fin,
pues que con un serafín
celos de fuego me dais.

(*Váyase.*)

REY. Fuése corrida de haber
declarado el sentimiento
que tiene de Serafina.
¿Quién la habrá dicho que quiero
a Serafina, pues sólo
a Celio me he descubierto?

(CELIO *entre.*)

Alguno me ha visto entrar
en su casa.

CELIO. Triste vengo,
aunque a Serafina hablé.

REY. ¿De qué vienes triste, Celio?

CELIO. El Conde de Augusta vino
a tratar el casamiento
de Serafina, y la casa
está en vísperas de dueño,
y agora el Conde lo es.
Habléla con este miedo.
Hubo tan poco lugar,
que hasta las joyas me vuelvo
por esta causa que digo
y por no sentirme bueno,
que no lo estoy estos días.

REY. ¡Qué buena jornada has hecho!
Pues ¿qué te dijo de mí
la Condesa?

CELIO. Aquel respeto
que a sí misma se debía
debió de ponerla miedo.
¿Piensas tú que tu poder
se extiende más que a los cuerpos?
Sólo Dios reina en las almas.

REY. ¡Nunca te he visto tan necio!
Serafina ¿no es señora
de su albedrío?

CELIO. No niego
que se rinde el albedrío.

REY. Pues yo presumo que tengo,
para merecer su gusto,
algunos merecimientos.

CELIO. En esta parte, señor,
no quise ser lisonjero.
Yo te he dicho lo que pasa.

REY. Si aventuro vida y reino,
la tengo de conquistar.

CELIO. Y podrás con mucho menos.

REY. ¡Parece que estás temblando!
¡Descolorido te has puesto!
¿Qué tienes, Celio?

CELIO. Señor,
perdóname, que no puedo,
de un accidente improviso,
tenerme.

REY. ¡Extraño suceso!
Asiéntate en esta silla.
¡Hola! ¿Leoncio? ¿Tancredo?

(*Estos salgan.*)

LEONCIO. ¿Señor?

TANCREDO. ¿Señor?

REY. Hale dado
un mal de improviso a Celio.

LEONCIO. ¿Celio?

TANCREDO. ¡Ah, Celio!

CELIO. Ya no es nada.

REY. ¿Cómo no? Llevalde luego
donde con mi propia sangre
se procure su remedio;
porque en llegando a la vida
de Celio, piérdase el reino,
piérdase la propia mía.

CELIO. La tierra que pisas beso.
Fué accidente; ya pasó.
Conozco lo que te debo,
y de que no soy ingrato
hago testigos los Cielos.

REY. Mira, Celio, que tu vida
es todo el bien que yo tengo.
¿Qué tienes? ¿Qué sientes? Habla.
Rey soy.

CELIO. Señor, ya estoy bueno.
Y cuando fuera mi mal
el mayor del mundo, pienso
que la merced que me haces
me diera remedio luego.

REY. ¡Por vida de Serafina!,
que es el mayor juramento,

que estimo tu vida en tanto
como la suya.

CELIO. Yo creo
que con el alma te pago,
y es corto encarecimiento.

REY. Descansa, Celio.—Y vosotros
venid a avisarme luego
de cómo se siente.

CELIO. ¡Guarde
un siglo tu vida el Cielo!

REY. Será guardando la tuya.

(*Váyase.*)

LEONCIO. Vamos, Celio.

CELIO. Caballeros,
dejadme solo, que estoy
triste no más, y no enfermo.

TANCREDO. Si es tristeza, ¡adiós!

LEONCIO. ¡Adiós!

TANCREDO. (¡No sé lo que juzgue de esto!)

LEONCIO. (Yo sí, Tancredo, que, en fin,
adonde hay privanza, hay celos.)

CELIO.

¿Qué haces, pensamiento? —Estoy pensando
que no tiene remedio tu tormento.—
Pues no quiero que pienses, pensamiento,
que con pensar me estás atormentando.—
Celio, si quieres tú morir callando,
¿qué importa que yo piense lo que siento?—
No tengo para hablar atrevimiento,
aunque pudiera yo vivir hablando.—
¿Pues no es discreto el Rey?—Sí que es dis-
Pero quiéreme bien, y es caso injusto [creto.
quitarle el gusto a un Rey, Rey en efeto.—
El dejará su gusto por tu gusto.—
Más quiero yo morir con mi secreto
que no vivir después con su disgusto.

FIN

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

LEONCIO.	CELIO.	ROSELA.
TANCREDO.	FLORA.	FENISA.
Los MÚSICOS.	SERAFINA.	LELIO.
El REY.	ALEJO.	*El* CONDE.

Jesús, María, Joseph, Angel Custodio.

ACTO SEGUNDO

(*El* REY, CELIO, LEONCIO, TANCREDO, *los* MÚSICOS.)

REY. Siéntate; no estés ansí.

CELIO. ¡Tanto favor, gran señor!

REY. No es esto hacerte favor,
sino estar mi vida en ti.

CELIO. No hay tanta flaqueza en mí.

REY. Siéntate, que no hay flaqueza
que se iguale a la tristeza;
que una gran melancolía
a la mayor monarquía
derriba la fortaleza.

CELIO. Mi enfermedad te obedece,
que no, señor, mi humildad.

REY. Si Amor es enfermedad,
quien ama también padece.

CELIO. ¡Venturoso el que merece
tales honras de tu boca!

REY. Esto a mí, Celio, me toca.—
Cantad, puesto que se diga
que la música fatiga
y a más tristeza provoca.

(*Canten.*)

"Gil, no me dejan hablar,
yo moriré de temor,
que no hay tristeza en Amor
como sufrir y callar;
que tarde remedio espera
quien calla y no se declara,
que yo pienso que si hablara
hasta las piedras moviera.
El callar me ha de matar
sufriendo tanto rigor,
que no hay tristeza en Amor
como sufrir y callar."

REY. Entretenelde entre tanto
que a escribir dos cartas voy.

(*Váyase.*)

LEONCIO. Tancredo, admirado estoy
de ver tanto amor.

TANCREDO. Es tanto,
que a todos nos causa espanto.
Mas, ¿de qué procedería
tan fiera melancolía?

LEONCIO. No lo ha querido decir.

TANCREDO. Temo que se ha de morir.

LEONCIO. Mucho al Rey le pesaría.

TANCREDO. ¿Qué fiesta no se ha inventado
para poderle alegrar?

LEONCIO. ¿Tristezas pueden matar
a un dichoso en tal estado?

TANCREDO. El bien del mundo es prestado.
No hay firme ningún contento.

CELIO. Caballeros, yo me siento
mejor; bien os podéis ir
y al Rey, mi señor, decir
que salir al mar intento.

Id con Dios. Alegre estoy.

LEONCIO. ¡Qué buenas nuevas serán!

TANCREDO. Vamos.

(Váyanse.)

CELIO. Ya todos se van.—
Gracias, pensamiento, os doy
por la tristeza de hoy.
Matadme, acabad conmigo,
que, como fingido amigo,
os traigo siempre a mi lado,
pues me vendéis obligado
y sois de mi mal testigo.
Acabadme. ¿Qué aguardáis?
Ya hace un mes que no veo
la causa de este deseo
con que matándome vais.
Mirad que si me matáis,
descansaremos yo y vos.
Acabadme ya, ¡por Dios!,
que no es bien vivir así:
yo por vos y vos por mí,
sin esperanza los dos.
Al Rey debéis amor justo
y agradecimiento igual,
que no habéis de pensar mal
para quitarle su gusto.
Dadme más fuerte el disgusto
con pensar en la hermosura
que perdéis, y el Rey procura
que un desdichado y celoso
con pensar que fué dichoso
tendrá la muerte segura.

(ALEJO *entre.*)

ALEJO. Como yo no puedo entrar
donde estás algunas veces,
dejo de darte mil nuevas.

CELIO. Alejo, ¡a buen tiempo vienes!
¡Expiraba de tristeza
viendo tan grandes mercedes
en un Rey, y que mi amor
al lado del suyo crece!
¡Está desasosegado
por Serafina de suerte,
que temo una gran desdicha
si mi amor le descubriese!
Por otra parte, me muero
desesperado y ausente,
que si viera a Serafina
no fuera mi mal tan fuerte.
He dado en no verla, Alejo,
y dice Amor que no puede
sufrir su ausencia.

ALEJO. ¡Tú estás
a peligro de perderte!
Mira, señor; no presumas
que hombre que quiere y le quieren
puede olvidar sin agravio,
que Amor entra fácilmente,
pero muy difícil sale;
y más si el ejemplo adviertes
de aquel viejo y del mancebo,
en fuerzas tan diferentes,
que apostaron cuál primero
la cola arrancar pudiese
a un caballo. El fuerte mozo
tiraba valientemente
de toda junta, y el viejo,
cerda a cerda. Ya me entiendes.
Querer arrancar a Amor
de un golpe, yerro parece.
Día a día es lo mejor,
que poco a poco se vence.
No te quites de una vez,
pues por no verla padeces,
la vista de Serafina.
¿Es mejor que salgan y entren
Tancredo y Leoncio a verla
con recados del Rey siempre,
y que te mueras de triste?

CELIO. ¿Podré yo, sin ofenderle,
verla alguna vez?

ALEJO. ¡Pues no!;
una y muchas veces puedes.
Hoy pasé por su balcón,
y de la suerte que suele,
por celajes de oro y nácar
salir el sol al Oriente,
vi que asomó la cabeza,
y pensé que mil claveles
y azucenas me arrojaban
sus mejillas y su frente.
Abrió una rosa de nácar,
y admiréme que tuviese
dentro un coro de jazmines;
sin poesía, boca y dientes,
y dijo: "¡Ah, señor Alejo,
tanto olvido! ¿En qué le ofende
esta casa? Por ventura,
¿dan veneno estas paredes?"
"Bien sabe vueseñoría
—dije yo—que Alejo tiene
los clavos de sus virillas
en la faz por clavos y eses."
"Suba, suba, caballero"
—replicó—. Subí...

CELIO. ¡Detente,
que me va temblando el alma!
ALEJO. Pues oye más y no tiembles.
Hízome sentar...
CELIO. ¿A ti?
ALEJO. A mí. Pues ¿qué te suspendes?
Luego comenzó la historia
de su amor y tus desdenes;
la disculpa de que el Rey
la amase y la pretendiese;
tu crueldad en ausentarte;
y aquí, señor, vi dos fuentes
de aljófar regar dos prados
de manutisas y nieve.
Sacó un lienzo, en que caían,
y enternecíme de suerte
que, en pucheros, como niño,
sorbí el aliento dos veces.
Vino el Conde; levantóse
turbada del accidente,
y cayósele en el suelo
el lienzo. Llegué y pesquéle.
CELIO. Pues ¿de esa suerte le traes,
perro infame?
ALEJO. Pues ¿qué quieres?
CELIO. Una caja de diamantes
pienso que no le merecen.
¿Tan gran tesoro en tus manos?
Muestra.
ALEJO. Si tú le encareces
de ese modo, ¿no es razón
que alguna cosa te cueste?
CELIO. No; pues le traes ansí.
ALEJO. ¿Qué querías que le hiciese?
¿Algún relicario de oro?
CELIO. ¿Las lágrimas del sol vienen
sino en urna de cristal?
ALEJO. ¡Desdichado del que fuere
criado de algún amante:
pues cuantos servicios deben
pagan en cristales y urnas!
CELIO. Deja, Alejo, que le asiente
sobre el corazón. ¡Ay, Dios,
que como el aurora llueve
sobre las flores, así
el corazón reverdece!
Esta noche voy a ver
su casa; tal fuerza tiene
la epítima que me has dado,
tan nueva y tan excelente,
que es quinta esencia del sol.
ALEJO. ¡Lindo humor te desvanece!
¿Sus ojos de Serafina
haces alquitaras?
CELIO. Tenme
hábito de noche, Alejo:
no quiero morir de ausente.
Yo no he de ofender al Rey
porque sus paredes bese,
porque adore sus ventanas,
porque sus puertas requiebre.
¡Vamos, vamos!
ALEJO. ¿No me das
cualque porte del presente?
CELIO. Después, después.
ALEJO. Pues después
que las lágrimas se sequen
sabrás que de las narices
del sol al lienzo decienden.
Agradece a un romadizo
este llanto.
CELIO. Alejo, mientes;
porque no me alborotaran
el alma, que ya las bebe,
a no ser perlas del alba,
que por mi ausencia las vierte.

(FLORA y SERAFINA; ROSELA y FENISA, *criadas*.)

SERAFINA. Conozco la obligación
en que con esta visita
me habéis puesto, aunque me quita
parte del gusto, en razón
de vuestro desasosiego.
FLORA. Antes no puedo obligaros,
cuando pienso que a enojaros
con celos tan necios llego.
Mas si tal vez, Serafina,
no de experiencia el rigor,
pero leyendo de Amor
historia humana o divina,
habéis visto sus secretos,
yo quedaré con disculpa,
que donde el Amor no es culpa,
no lo han de ser sus efetos.
Efetos son del Amor
los celos que como causa
formal los engendra y causa,
dando materia el temor.
Amo al Rey; temo perder
al Rey.
SERAFINA. Estáis disculpada.
FLORA. Fuí también del Rey amada
antes que os viniese a ver.
Inquieto vive por vos;
yo, olvidada y tan perdida,
que me ha de costar la vida.

SERAFINA. Así la gocéis los dos
como venís engañada.
No digo en que el Rey me quiera,
que no lo sé, aunque pudiera
escucharle disculpada;
pero en pensar que ha de hallar
lugar aquí su deseo,
si bien es más alto empleo
que se puede imaginar.
Mas donde hay desigualdades,
muchos imposibles pone,
porque el Amor se compone
de dos juntas voluntades.
Están la suya y la mía
con tal diferencia, Flora,
como de la tierra agora
el claro sol se desvía.
Mirad si vuestra sospecha
ha sido sin ocasión.

FLORA. Con esa comparación
no quedo muy satisfecha;
porque el sol la luz que encierra
desde el cielo al suelo aplica,
su calor le comunica,
y así se junta a la tierra.
Si el Rey es sol, y los dos
tan distantes como el suelo
del cielo, desde ese cielo
podrá repartirse en vos.
Y si el sol veros porfía,
aunque me diga que no,
estaremos vos y yo
como la noche y el día.
Dará sus rayos primeros
en mí, si es sol de las dos,
y seréis sus Indias vos,
que vendrá de noche a veros.

SERAFINA. ¿No tengo yo libertad
para no ser siempre día?

FLORA. ¿Cuándo, Serafina mía,
hubo en Rey dificultad?

SERAFINA. Yo os sufro como a celosa.
Sentaos, que os quiero decir
con lo que habéis de vivir
segura y no sospechosa.—
Llega esas sillas, Rosela.

FLORA. No sé si os he de creer;
que Amor me manda tener
toda verdad por cautela.

(*Siéntanse, y hablen quedo.*)

FENISA. Rosela amiga, mi ama
ha venido aquí muy necia;
si bien de saber se precia
muy bachillera y muy dama.
Quísola el Rey; no la quiere;
porfía, y hale cansado
con celos.

ROSELA. El Rey ha dado
hasta fingir que se muere
en vencer la voluntad
de la Condesa: mas creo
que ha de tener su deseo
notable dificultad.
Pero sus cosas dejemos,
o venza o no venza el Rey,
que Amor nunca tuvo ley,
y de las nuestras tratemos.
¿Cómo te va, mi Fenisa,
con aquesta melindrosa?

FENISA. No sé; como está celosa,
todos vivimos aprisa.
¡En mi vida vi mujer
tan enfadosa y cansada!

ROSELA. Pues estotra, ¡qué endiosada
imagen se quiere hacer!
¡Cuál me trae a mí, Fenisa,
con su limpieza y sus galas!
Quebradas tengo las alas;
que Flora es cosa de risa
para melindres y enfados
de la Condesa.

FENISA. No sé:
como grulla, duermo en pie,
desvelada en sus cuidados.
Todo es doblar y limpiar:
daca un espejo, una silla,
el peine, el molde, la arquilla,
peinar, tocar y rizar.
¡Bien haya la que inventó
los moños! que en el copete
se encajan como un bonete;
¡qué de cuidados quitó!
Allí queda una mujer
armada con su celada,
rubia, o negra, o naranjada,
que no tiene más que hacer.
De aquestos moños decía
un hombre alabanzas grandes:
que eran como olla de Flandes,
que de una vez se ponía
para toda la semana.

ROSELA. Dejando las necias cosas
de estas diosas enfadosas,
¿cómo va, Fenisa hermana,

de esto que llaman Amor?
¿Quieres algo? ¿Tienes algo?

FENISA. Allá me mira un hidalgo
de éstos de pecho de azor,
relevado de barriga,
caballero guedejoso,
prosista, billeteroso,
bravo de medalla y liga.
Tercia cadena y no toca.

ROSELA. Pues no te toque.

FENISA. No hará.

ROSELA. ¿Hace versos?

FENISA. Claro está.

ROSELA. Dale al Diablo, y punto en boca,
que se levanta mi ama.

FLORA. Yo quedo muy satisfecha.

SERAFINA. No hay de qué tener sospecha.

FLORA. Mintió, Condesa, la fama.

SERAFINA. ¡Si pintara a la mentira
con sus alas la pintara!

FLORA. Aquí mi cuidado para.

SERAFINA. ¿Rosela?

ROSELA. ¿Señora?

SERAFINA. Mira
si está el coche apercibido.

FLORA. Aquí os habéis de quedar.

SERAFINA. Yo os tengo de acompañar.

FLORA. Que me deis licencia os pido
que muchas veces os vea.

SERAFINA. Como sin celos vengáis.

FLORA. Ya vos de vos me los dais.

SERAFINA. Con eso haréis que lo crea.

(CELIO y ALEJO, *de noche.*)

CELIO. Pon la linterna en el suelo,
sin que se vea la luz.

ALEJO. Como es Amor avestruz
que traga yerros recelo,
porque no puede servir
traer a estas horas lumbre
si no es para pesadumbre.

CELIO. Ya que no tengo de oír,
quiero, Alejo amigo, ver.

ALEJO. Pues ¿qué has de ver?

CELIO. Estas puertas,
estas ventanas, que, abiertas
esferas pudieron ser
de aquel sol que me abrasó,
y para escribir en ellas:
"Aquí, sin ver sus estrellas,
Celio, de noche, llegó."

ALEJO. ¿Aquí quieres escribir?

CELIO. Sí, porque mi muerte crea
Serafina, cuando vea
que aquí me vengo a morir.
Pero, ¿no es mejor llamar
y entrar y ver a mi bien?

ALEJO. Sí, pues sabes que tan bien
te han de recibir y hablar.
¿Por qué piensas que abre agora
la puerta cualquier mujer
tan presto?

CELIO. Debe de ser
porque a quien la quiere adora.

ALEJO. No, señor; mas porque pasa
quien puede velle y notalle,
y más afrenta en la calle
un hombre que cuatro en casa.
Llama, y no des ocasión
a que en la puerta te vean.

CELIO. Ya las manos lo desean,
pero tiembla el corazón.
Llamo; pero ¿cómo puedo?

ALEJO. ¿Quién te estorba?

CELIO. El Rey, que aquí
me parece que le vi,
y me da respeto y miedo.
Pero ¿en qué le ofendo yo?
¿No era Serafina mía?
Entro...

ALEJO. ¿Llamaré?

CELIO. Desvía,
que yo llamaré. Mas... no.

ALEJO. El eco te ha respondido.
Déjame llegar.

CELIO. ¡Detente!
Pero, ¿cómo vivo ausente
de un solo bien que he tenido?
¡Ay, puertas, dejadme entrar!

ALEJO. Sin llamar no puede ser.

CELIO. Bien las puedo enternecer
con suspirar y llorar,
pues son de mi cielo puertas,
que las del Infierno vió
un hombre, porque cantó,
con ser de diamante, abiertas.
¡Puertas, dejadme siquiera
que os bese!

ALEJO. Igual es entrar,
y al dueño...

CELIO. ¿Quieres callar?

ALEJO. Y aun irme a acostar quisiera.
Andaba un demandador
con una imagen un día,

y a quien le daba decía:
"¡Dios se lo pague, señor!"
Mas al que sin dar llegase
decía al que la besaba,
en viendo que no le daba:
"¡Como si no la besase!"
Entra, que allá dentro está
la imagen.

CELIO. Demandador
importuno, mi temor
no quiere consejos ya.

(*El* REY, LEONCIO *y* TANCREDO, *de noche.*)

REY. Ya os he dicho que he sentido
gente.

LEONCIO. En las puertas la veo.
¡Galán tiene Serafina!

CELIO. ¡El Rey, Alejo! ¿Qué haremos?

ALEJO. Déjame atar esta liga
a la linterna.

CELIO. ¡Ah, qué intento!

ALEJO. Fingiré que soy demanda,
el capote por el cuello;
tú, con las espadas, parte
por detrás de mí tan presto
cuanto llegaren a mí.

CELIO. ¡Qué confusión!

ALEJO. ¡Huye luego!

TANCREDO. ¿Qué gente?

CELIO. ¡Valedme, pies!

REY. Seguid aquel que va huyendo.

(LEONCIO *y* TANCREDO *sigan a* CELIO *y el* REY *llega a* ALEJO.)

O prendelde o matalde.
¿Quién va? ¡Qué extraño suceso!

ALEJO. ¡Para San Zoílo, abogado
de los riñones!

REY. ¿Qué es esto?

ALEJO. ¡Al bendito San Zoílo!

REY. Quita la luz, ¡majadero!

ALEJO. ¿Sois vos el que lo pregunta?
(¡Ay, la linterna me ha muerto!)

REY. ¡Qué manera de demanda!
Nadie, de noche, en Palermo
pide a tales horas.

(LEONCIO *y* TANCREDO *vuelven.*)

LEONCIO. Basta;
que dejaba atrás el viento.

REY. ¿No le pudistes coger?

TANCREDO. ¿Cómo cogerle? No pienso
que más veloz vuela un ave.

ALEJO. ¿Dan limosna, caballeros,
al bendito San Zoílo?

REY. ¡Prended ese hombre!

LEONCIO. ¡Teneos!

ALEJO. Yo no me caigo, señor.

REY. Este es criado sospecho
de aquel hombre que se huyó.
Di quién era.

ALEJO. ¿Yo?

ALEJO. Di presto.

ALEJO. A darme llegó un ochavo,
y como os vió, tuvo miedo;
que yo no le vi en mi vida,
ni sirvo, ni sé más dueño
que al bendito San Zoílo.

REY. Llevalde a la torre preso,
que él dirá quién es el hombre
después que le den tormento.

TANCREDO. Este mozo, o yo me engaño,
sirve de lacayo a Celio.

REY. ¿A Celio?

ALEJO. ¿Yo, a Celio?

TANCREDO. Sí.

REY. No niegues, ¡perro!

ALEJO. ¿Qué perro?
No he visto perro ninguno.

LEONCIO. ¿Háceste loco?

REY. (Sospecho (*Aparte.*)
que no es sin causa el estar
Celio triste: él tiene celos.
¡Vive Dios!, que es Serafina
prenda suya. Mas no creo
que, amándole yo, callara;
o calló por mi respeto.
Pues yo he de hacer de manera
que, con engaños y enredos,
me confiese la verdad,
que no es sin causa el desprecio
con que una mujer me trata,
a quien adoro y deseo.)
Hombre, ¿es Celio tu señor?

ALEJO. En mi vida he visto a Celio.

REY. Mira que soy el Rey. Mira
que soy airado, soberbio.

ALEJO. ¡Por esta bendita imagen
de San Zoílo, que llego
agora a pedir aquí!

REY. ¿Qué es de la imagen?

ALEJO. Al tiempo
que me diste el cintarazo
me la echaste de boleo
en uno de estos tejados.

REY. ¡Bueno ha sido el juramento!
Esta noche en la garrucha
le poned.

ALEJO. ¡Ah, pobre Alejo!
¡Ah! ¡Paciencia! ¡Dios me ayude!

LEONCIO. ¿Qué es "¡Ah! Paciencia!"?

ALEJO. Hoy perezco,
aunque dicen que van horros,
poetas y carpinteros.

(CELIO *solo.*)

CELIO. ¡Qué triste noche he pasado!
¡No sé cómo vengo aquí
ni lo que ha de ser de mí!
¡Preso Alejo! ¡El Rey airado!
Que supuesto que es honrado,
al fin es hombre de humor,
y la esencia del rigor,
un poderoso ofendido,
con que todo lo he perdido
si se descubre mi amor.
Pierdo al Rey por los recelos
de mi lealtad, y también
a Serafina, mi bien,
pues la han de guardar mis celos.
Piérdome a mí, si los Cielos
no remedian la pasión
del Rey, cuya discreción
algún consuelo me diera
si Amor discreción tuviera,
que los que aman no lo son.
¡Qué mal acuerdo tomé
en ir a hablar con sus puertas,
pudiendo verlas abiertas,
aunque por lealtad no entré!
Desdicha de amores fué,
que siempre son desdichados,
porque, mal aconsejados,
intentan tantos errores,
que no puede haber amores
ni discretos ni templados.

(ROSELA, *con manto.*)

ROSELA. (Ayudó mi atrevimiento
mi fortuna.) ¿Celio?

CELIO. ¿Quién?

ROSELA. Rosela.

CELIO. ¿Aun aquí también
aumentáis mi sentimiento?

ROSELA. Vengo a darte este papel.

CELIO. Mira que han de conocerte
y darás causa a mi muerte.

ROSELA. ¡Qué buen porte me das de él!

CELIO. Muestra.

ROSELA. ¡Qué terrible estás!

CELIO. Rasgaréle de este modo
para que acabe del todo
mi pena, o me mate más.

ROSELA. ¿El papel rasgas de quien
aun el Rey le respetara?

CELIO. Esa es la causa, y repara
que si conmigo te ven
nos han de quitar la vida.

ROSELA. Voime tan desconfiada,
cuanto de verte, agraviada,
y de servirte, corrida.
Que en cortesía siquiera
debieras ver el papel,
si no responder a él,
ingrato término fuera.
¡Engañaste mi esperanza!
¡Despreciaste su favor!
Sois hombres, y del mejor
no hay tener más confianza.

(*Vase.*)

CELIO. Ya se fué. Salid, papel,
daré mil besos en vos.
Solos estamos los dos,
que no soy yo tan cruel.
Otró rasgué, que no fuera
tan tirano de mí mismo,
pues por vos hasta el abismo,
aunque me abrasara, fuera.
¡Ay, papel, que en tales manos
estuvistes! Aun la nema
rasgar es justo que tema.
Dejadme, temores vanos.

(*Lea.*)

"¿Qué te hecho yo, bien mío?
¿Por qué me tratas ansí?..."
¡Jesús! ¿Esto viene aquí?
¡Soy piedra! ¡Soy mármol frío!

(*Lea.*)

"Si por ser tal que merezco
que un rey me quiera me dejas,
mira que de mí te quejas
por lo que bien te parezco.
Vuelve en ti, porque yo en mí;
mira que es injusta ley,
pues si no agradara al Rey,
¿cómo te agradara a ti?
Que yo no quiero, imagina,
al Rey, mereciendo amalle..."

(*El* REY *entre y deje de leer* CELIO.)

El viene. Bastó nombralle
por boca de Serafina.

(*El* REY *entre.*)

REY. Celio, ¿qué estabas leyendo?
CELIO. Unos versos que me han dado.
REY. Muestra.
CELIO. No muestran cuidado,
por lo que de ellos entiendo.
REY. Los poetas sicilianos
se precian de su rigor.

(*Lea el* REY.)

CELIO. (Basta, que me ha hecho Amor
lindo jugador de manos.
A todos trueco papeles,
a todos ando engañando.
¡Cuando, Cielo, saldré, cuándo.
de fortunas tan crueles!
¡Ay, papel! ¿De qué ha servido
haceros el alma fiesta,
si es fuerza que la respuesta
muestre desamor y olvido?)
REY. No están malos, ¡por mi vida!
¿Quién es su autor?
CELIO. Es Liseo.
REY. Parece que a mi deseo
midió la pluma ofendida,
que lo estoy, Celio, de suerte,
del desdén de Serafina,
que a aborrecerla me inclina;
tanto de mi error me advierte.
CELIO. ¿Aborrecerla, señor?
REY. (Hoy pruebo si éste la quiere.)
Entre los desprecios, muere
el más verdadero Amor.
Tiéneme ya tan cansado,
que no pienso que soy yo
el que a Serafina amó
con amor tan abrasado.
Sin esto, la sinrazón
de olvidar a Flora, ha sido
parte a ponerla en olvido,
parte a estimar su afición.
Quédese allá para necia,
pues no supo conocer
ni mi amor ni mi poder,
que con desdenes desprecia.
Al fin, Flora fué primera
verdad de mi voluntad;
lo demás fué novedad,
necedad decir quisiera.
En fin, Celio, a Flora adoro;
no he de ver a Serafina.
CELIO. Flora de tu amor es digna
y de tu real decoro;
pero ¿cómo puede ser
que olvides a la Condesa,
que, aunque es difícil empresa,
todo se rinde al poder?
REY. ¿Quieres tú que sufra yo
tantos desprecios en mí?
Dilaciones, Celio, sí;
pero libertades, no.
Acabóse; no hay que hablar.
Odio se ha vuelto el amor.
(Mudado se le ha el color;
no puede disimular.
¿Qué más prueba que el semblante?
¿Qué más ciencia que la risa
de los ojos? Tan aprisa
muda color un amante.
¡Qué presto de la tristeza
en que ha vivido salió!
¡Que esto no entendiese yo!
¡Vive Dios, que fué rudeza!
A los dos pudo mudar
la prueba, viniendo a ser
para Celio de placer
y para mí de pesar.)
CELIO. (Cielo, si hablaros pudiera
sin que el Rey lo imaginara,
de una ventura tan rara
gracias con la lengua os diera;
pero pues hablar no puedo,
con toda el alma os las doy.)
REY. (Confuso y celoso estoy;
triste y enojado quedo.
¡Ah, celos! Todo es querer
ver, saber y averiguar,
y todo después pesar
acabado de saber.)
Ven, Celio, que quiero darte
un recado para Flora.
CELIO. Libre te quisiera agora
y con gusto de casarte;
pero si es entretenerte,
Serafina merecía
tu amor.
REY. ¿Por qué?
CELIO. Porque había
de rendirse y de quererte.
REY. ¿Luego podré porfiar?
CELIO. Como tú fueres servido.
REY. (¡Por Dios! que me ha parecido
que no la debe de amar.)

(SERAFINA y ROSELA.)

SERAFINA. ¿Que rasgó el papel?
ROSELA. Apenas
se le di, cuando le hizo
pedazos.
SERAFINA. ¡Bien satisfizo
su obligación y mis penas!
ROSELA. Si tú su lealtad condenas,
él adora su lealtad.
SERAFINA. No es lealtad, es necedad,
y, pues me ha dado ocasión,
hoy sabrá el Rey la razón
de no admitir su amistad.
¡Mi papel hecho pedazos!
¡Vive Dios, que he de decir
que he tenido, aunque es mentir,
a Celio...
ROSELA. ¡Calla!
SERAFINA. ...en los brazos!
¿Tengo yo de aguardar plazos
para tan justa venganza?
¿Ya no es muerta mi esperanza?
¿Qué tengo más que esperar,
o qué fortuna mudar
después de tanta mudanza?
Celio me aborrece.
ROSELA. ¿A ti?
SERAFINA. Sí; que si amor me tuviera
Celio, mil vidas perdiera
antes que perderme a mí.
¡Loca estoy! El rasga ansí
mi papel, mis pensamientos,
yo rasgaré sus intentos
y luego mi corazón,
por que salga la ocasión
de sus mismos fundamentos.

(*El* CONDE.)

CONDE.
Con el cuidado de tu amor, el mío
no sosiega, Condesa, ni se atreve.

SERAFINA.
(¡A qué tiempo me viene este descanso!)

ROSELA.
(Disimula, señora.)

SERAFINA.
(¿Cómo puedo?
¿Qué? ¿Le diré mi pena? Tengo miedo.)
¿Dónde has estado?

CONDE.
De palacio vengo.

SERAFINA.
¿Hablaste al Rey?

CONDE.
No pude; pero estuve
mirando entre tan nobles caballeros
a quién para tu dueño escogería.

SERAFINA.
(¡Rasgó Celio el papel, Rosela mía!)

ROSELA.
(¿En eso estás pensando agora?)

CONDE.
Pienso,
Condesa, en tu remedio y en mis años.

SERAFINA.
El más seguro amor es todo engaños.

CONDE.
Miré despacio a Otavio, gentil mozo,
pero de poco asiento y sólo el bozo.

ROSELA.
Esa falta le hallo.

CONDE.
Miré a Tancredo.

SERAFINA.
(¡Que rasgó mi papel! ¡Perdida quedo!)

CONDE.
Parecióme diverso de mi gusto,
y de mayor edad Leonardo; Augusto
muy preciado de sí; no vi a Marcelo,
de quien me dijo mucho bien Leonelo;
mas si digo verdad, llevó mis ojos
tras sí...

SERAFINA.
(Quien rasga ¡ay Cielo! sin enojos
un papel, o aborrece o lo desea.)

CONDE.
¡Qué divertida estás! ¿Oyes qué digo?
Que me llevó los ojos Celio.

SERAFINA.
¿Cómo?

CONDE.
Celio digo, Condesa, que me agrada,
así por su buen aire y gentileza,
acompañado de modestia y gracia
y no menos sutil entendimiento,
como por lo que el Rey le estima y quiere.

SERAFINA.

Ya sabes que a tu gusto se prefiere
mi propia vida. Intenta hablarle y mira
si tiene intento de casarse agora.

CONDE.

Más atenta me escuchas que solías.

SERAFINA.

Como te vi con gusto.

CONDE.

Sí verías.
Voy a buscar a Celio.

SERAFINA.

No replico.

CONDE.

Con la gracia del Rey será muy rico.

(*Vase.*)

ROSELA. Admirada estoy de ti.
SERAFINA. No puedo disimular.
Aprende, Rosela, a amar
y disculparásme a mí.

(LELIO, *criado.*)

LELIO. Celio, señora, está aquí.
SERAFINA. ¡Qué dices, Lelio! ¿Estás loco?
LELIO. No solías en tan poco
tener sus visitas.
SERAFINA. Mira
que la novedad me admira.
LELIO. ¿A novedad te provoco?
SERAFINA. A novedad me provocas.

(CELIO *entre.*)

CELIO. Cuando está loco el deseo
sean, mi bien, pues te veo,
todas las acciones locas.
SERAFINA. ¿Tú me hablas? ¿Tú me tocas?
¿Qué es esto?
CELIO. Si en mi alegría
no ves, Serafina mía,
el buen estado en que estoy,
nuevas de que soy te doy
tuyo, como ser solía.
El Rey, viendo tus desprecios,
ha vuelto a querer a Flora,
que los desprecios, señora,
dice que son para necios.
Yo, de quien no fueran precios
alma y vida para dar
porque te viera olvidar,
viendo que ya no le ofendo,
te vuelvo a ver, porque entiendo
que ya no te piensa amar.
Y siendo ansí, me parece
que nos casemos, mi bien;
pues el casarnos también
más seguridad ofrece.
Dice el Rey que te aborrece:
salí de la obligación
del respeto y la razón,
del servir y agradecer,
pues siendo tú mi mujer
prendas para siempre son.
Mas porque no le remueva
el humor celosa rabia,
sería prevención sabia
que en público no me atreva.
Si el Conde, mi bien, nos lleva
a una aldea y nos desposa
de secreto, es fácil cosa
aplacar al Rey después;
que lo que ofensa no es
tiene disculpa animosa.
SERAFINA. ¡Qué de cosas que has pensado
sin hacer cuenta de mí!
¡Mucho se implican en ti
ser discreto y confiado!
¿Qué galán dama ha dejado
sin razón, con tal desprecio,
haciendo más alto precio
del favor que del Amor,
que piense hallarle mayor
cuando vuelve a ser tan necio?
¿Qué te hizo mi inocencia?
¿En qué te pude cansar,
que te fuiste a retirar
a tu lealtad y obediencia?
Quien sabe hacer resistencia
al Amor, Celio, no ama.
Mucho tu verdad infama,
que mejor sabrá olvidarme
propia mujer quien dejarme
pudo cuando fuí su dama.
CELIO. ¡Bien mío y todo mi bien,
que otro bien no he tenido,
no fué el retirarme olvido,
pues que vos sabéis por quién.
Cese el injusto desdén,
y dadme el castigo aquí
de que con lealtad serví,
como perderos no sea.
SERAFINA. ¿Cómo quieres tú que crea
que tú te acuerdas de mí?

¿Entraba con la lealtad
del Rey el ser tan cruel
que rasgases mi papel?

CELIO. ¿Yo, tu papel?

SERAFINA. ¿No es verdad?

CELIO. Mírale aquí, en la mitad
de mi pecho, que otro fué
el que a los ojos rasgué
de Rosela.

SERAFINA. ¿A ver?

CELIO. Advierte
que antes me diera la muerte.

SERAFINA. Conozco, Celio, tu fe.

CELIO. Conmigo siempre ha dormido,
él me dió vida y aliento.

SERAFINA. Y aquesto del casamiento
¿cómo ha de ser?

CELIO. Como ha sido.

SERAFINA. El Conde habrá presumido
que te quiero, porque quiere
casarme contigo.

CELIO. Adquiere
un esclavo en mí.

SERAFINA. Ya estoy
desenojada.

CELIO. Y yo soy
quien por esos ojos muere.

(Éntrense, y salgan el REY, LEONCIO *y* TANCREDO.*)*

REY. ¿Qué? ¿No quiere confesar?

LEONCIO. Si le das dos mil tormentos
no ha de decirte quién era.

REY. Traelde. ¡Extraño suceso!
¡Estoy puesto en confusión!
Que por una parte veo
a Celio triste, sin causa,
si no se la dan mis celos;
por otra, alegre de darme
con tal libertad consejo
para amar a Serafina;
efetos que en un sujeto
implican contradicción.

(ALEJO *entre dos* GUARDAS.)

TANCREDO. Aquí, señor, está Alejo.

REY. ¿Alejo?

ALEJO. ¿Invicto señor?

REY. Yo pienso que no seremos
amigos.

ALEJO. Por mil razones
que no lo seremos creo.
La amistad se hace entre iguales:
tú eres Rey; yo, un escudero;
la amistad se hace entre sabios:
tú eres sabio, y yo soy necio;
la amistad se hace entre ricos:
tú eres rico; yo, pobreto,
o entre buenos, o entre malos:
yo no soy malo ni bueno.

REY. ¿Serviste a Celio?

ALEJO. No sé
que haya más Celio que el Cielo.

REY. Pues ¿quién huyó aquella noche,
cuando, con tal falso enredo
del bendito San Zoílo,
te aprovechaste, pidiendo?

ALEJO. No le conozco, señor.

REY. ¡Oh, perro! Llevalde presto
y ahorcalde de una almena.

ALEJO. ¿Señor?

REY. ¡No hables!

ALEJO. No quiero
hablar, si de mí te ofendes;
sólo te suplico y ruego,
no por mi vida, que yo
muero inocente y contento,
por vida de Serafina,
que me otorgues, ya que tengo
de morir, sola una cosa.

REY. Por esa vida la aceto.

ALEJO. Que me dejen escoger
la almena, en todo este lienzo
del muro, que más me agrade.

REY. Digo que yo lo concedo.

ALEJO. Pues vamos, que de esto solo
voy contento.

REY. (¡Si no pierdo
el seso por este amor,
que soy de piedra sospecho!
¿Hay mal como aqueste mío?
¿Posible es que mi deseo
tenga un imposible fin?)—
Leoncio, ¿dónde está Celio?

LEONCIO. ¿No te acuerdas que no está
Celio desde hoy en Palermo,
que fué a olvidar la tristeza
a los jardines de Alfredo?

REY. Ya me acuerdo que le di
licencia; mas no me acuerdo
de mí mismo, y más si es causa
de todo el mal que padezco.
Que ame, despreciado, un Rey,
y no se valga, pudiendo,
de la fuerza. ¡Extraña cosa!
No se alaben los que fueron
poderosos a vencer

indios y bárbaros reinos,
tigres, sierpes y leones,
sino aquellos que pudieron
vencer su propio apetito,
rendir su propio deseo.

(TANCREDO *entre.*)

TANCREDO. Diez vueltas ha dado al muro
por las almenas, Alejo,
y dice que no le agrada
ninguna de ellas, diciendo
que una es alta y otra es baja;
otra, que tiene agujeros;
otra, hierba, y que se está
otra, de antigua, cayendo.
En fin, ninguna le agrada.
REY. ¿Hay más extraño suceso?
¡Traelde!
TANCREDO. Yo voy por él.
REY. ¡Este hombre es leal y es cuerdo!
Con la lealtad ha servido
a Celio, si es que es su dueño,
y vencido mi rigor
con la industria del ingenio.

(ALEJO y GUARDAS.)

ALEJO. ¿Qué manda tu majestad?
REY. Hombre, ¿qué enredos son éstos?
¿Ninguna almena te agrada?
¿Cómo en las muchas que veo
no determinas alguna?
¿Qué engaño es éste? ¿Eres grie-
ALEJO. ¿Parécele que es muy fácil? [go?
A cuantos me están oyendo
se lo doy, de dos la una.
TANCREDO. Escoge presto.
ALEJO. No acierto.
REY. ¿Cómo no?
ALEJO. Pues eres Rey,
por tu real juramento,
debes cumplir tu palabra.
REY. ¿Cómo aqueste engaño has hecho?
ALEJO. Porque como yo conozco
tu discreción, era cierto
que dilatando la vida
algún espacio de tiempo
te habías de arrepentir,
y como Rey, en efeto,
perdonar, como lo hace
el león al vil cordero;
porque soy un gusarapo
compuesto de hombre y conejo,
donde manchara las uñas
el águila de tu imperio.
REY. Dejalde ir libre.
ALEJO. Eres Rey;
mil veces los pies te beso.
REY. ¡Hola!
ALEJO. ¿Señor?
REY. Advertid
que ha de ser con un concierto:
que no habéis de pedir más
para San Zoílo.
ALEJO. Dejo
la demanda.
REY. Esto os aviso,
que almenas es lo de menos.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

PERSONAS DEL TERCER ACTO

El CONDE.	CELIO.
SERAFINA.	*El* REY.
ROSELA.	LEONCIO.
FENISA.	TANCREDO.
FLORA.	ALEJO.

Jesús, María, Joseph, Angel Custodio.

ACTO TERCERO

(*El* CONDE *y* SERAFINA.)

SERAFINA. Al mayor descanso llego
que puedes haberme dado.
CONDE. Ya con haberte casado
pudiera tener sosiego;
pero el no ser con licencia
del Rey y secretamente,
hace a todo el bien presente,
Serafina, resistencia.
SERAFINA. Cuando el Rey, Conde, se enoje,
nos queda la confianza
de que la mucha privanza
de Celio le desenoje.
Favorece esta opinión
que se enojan los discretos
con diferentes efetos
de aquellos que no lo son.
El Rey lo es, y a los sabios
no vence tanto la ira.
CONDE. Si el entendimiento mira
con más honor los agravios,
tendrá mayor sentimiento
quien los entendiere más.
En fin, consolada estás
y alegre del casamiento,

y de ser tan acertado
soy de tu misma opinión.
Si bien la imaginación
del Rey me ha puesto en cuidado:
mas, como tú dices, creo
será fácil de aplacar,
pues los dos le podéis dar
la disculpa en el deseo,
y decir que fué el casaros
en aldea y en secreto
por los gastos, que, en efeto,
pueden con él disculparos.
Que la mucha ostentación
empeña y cansa, y quien ama
lo que ha de poner desama
en su gusto dilación.

(*Váyase.*)

SERAFINA.

¡Dichosa fué mi estrella, pues merezco,
Celio, ser tu mujer; que de esta suerte
no teme el alma que podré perderte
ni estima los rigores que padezco.
A todo mal por tanto bien me ofrezco;
que en la temeridad de resolverte
entre peligros que amenazan muerte,
tu amor, tu fe conozco y agradezco.
Morir, Celio, por ti vivir se llama.
Tú, si a enojarse el Rey contigo viene,
ponme la culpa a mí, contra mi fama.
Mas poca diligencia te conviene,
que el Rey disculpará tu amor, pues ama;
que sólo culpa Amor quien no le tiene.

(*Entre* CELIO.)

CELIO. De manera vengo a verte
que apenas llego con vida.
¡Ay, Serafina querida,
qué cerca estoy de mi muerte!
Si me aventuré a casar
fué porque el Rey te olvidó,
o porque Amor le engañó
con atreverse a olvidar.
De tus desprecios cansado,
volvió a Flora, y sólo ha sido
para volver más perdido,
más loco y determinado.
No sé qué habemos de hacer,
pues me ha mandado avisarte
de que viene a visitarte.

SERAFINA. ¡Qué poco dura el placer!
¡No hay cometa por el viento
que pase con más rigor,
y más en gustos de Amor,
donde es güésped el contento!
¿Agora, Celio, se acuerda
el Rey de mí?

CELIO. Ya ha llegado,
que Amor, que duerme enojado,
tal vez rendido recuerda.
En mayor peligro estoy
después que soy tu marido,
pues puedo ser ofendido.

SERAFINA. No puedes; que soy quien soy.

(*El* REY.)

REY. ¡Con notable admiración
estarás de verme aquí!

SERAFINA. Sí estoy, después que te vi
con tanta resolución.

REY. ¿No has visto, alegre, probar
un enfermo, Serafina,
una inútil medicina,
con que pensaba sanar,
y no queriendo los Cielos,
arrojalla con rigor?
Pues así pensó mi amor
curarse, dándote celos.
Pero viendo tu crueldad,
cuando a olvidar me resuelvo,
arrojo a Flora y me vuelvo
a la misma enfermedad.

SERAFINA. Pues, señor, muy tarde vienes.

REY. ¿Por qué?

SERAFINA. Porque estoy casada.

REY. ¿Casada?

SERAFINA. Y bien empleada.

REY. ¿Mayor mal que tus desdenes?
Pues ¿sin darme parte a mí?

SERAFINA. Temiendo que lo estorbases,
fué en secreto.

REY. ¡Que te cases
sin mi gusto!

SERAFINA. Esto temí.

REY. ¿Supístelo, Celio?

CELIO. ¿Yo?
(¡Temblando estoy!)

REY. ¿Tú has tenido
sin mi licencia marido?

SERAFINA. Amor licencia me dió.

CELIO. (¿Qué dice aquesta mujer,
que me ha quitado la vida?)

REY. El alma tengo ofendida
de tu injusto proceder.
¿Sabe el Conde el casamiento?

SERAFINA. El le ha hecho.

REY. ¡Es un traidor!
CELIO. Mucho me admiro, señor,
de tu grande entendimiento.
Serafina te ha burlado.
SERAFINA. No he burlado; esto es verdad.
REY. ¿Hay mayor temeridad?
SERAFINA. La tuya me ha disculpado.
¿Pedísteme tú licencia
para olvidarme?
REY. Yo no.
SERAFINA. Ni para casarme yo.
REY. Tú me debes obediencia.
SERAFINA. Y tú a mí, si me querías,
y quien ama está sujeto.
CELIO. Señor, pues eres discreto,
culpa tienes, ¿qué porfías?
REY. Digo que tiene razón,
y que es la primer mujer
que no ha sabido querer
con celos sin ocasión.
SERAFINA. Vuélveste a Flora, sin darme
parte, queriéndome bien,
¿y quieres que te la den
mis celos para casarme?
REY. ¿Celio?
CELIO. ¿Señor?
REY. Yo he tenido
la culpa.
CELIO. Dices verdad.
REY. Tendríame voluntad
y sintió mi necio olvido.
CELIO. No dudes de que nació,
el casarse, de tus celos.
(¿En qué ha de parar? ¡Ay, Cie-
[los!)
REY. ¡Que no lo supiera yo!
Pero, dime, Serafina,
¿quién fué de tu posesión
merecedor?
SERAFINA. Un varón
de Casa San Severina.
REY. ¿Dónde está?
SERAFINA. Ayer se partió
a Nápoles.
REY. ¿No está aquí?
SERAFINA. No, señor: vendrá por mí
de aquí a un mes.
REY. (¡Dichoso yo,
Celio!)
CELIO. (¿Qué es esto? ¿Qué ha hecho
esta mujer? ¡Muerto soy!)
REY. (Perdido estaba, y ya estoy
de mi agravio satisfecho.
Que Serafina casada
y su dueño, Celio, ausente,
no hay resistencia que intente
de mi valor obligada.
Quédate aquí, y de mi parte
todo este reino le ofrece,
que un Rey disculpa merece.)

(*Vase.*)

CELIO. Y a ti ¿quién puede culparte?
Lo que dices le diré.—
¿Qué has hecho? ¿Por qué has
[querido
matarme?
SERAFINA. Yo he procedido
con honra, firmeza y fe.
CELIO. ¿Cómo, si el Rey determina
vencerte desobligada
de tu honor?
SERAFINA. ¡Siendo casada,
ya sin honor me imagina!
CELIO. Los hombres sólo el primero
piensan que es honor.
SERAFINA. Mayor
es, Celio, el segundo honor,
que hay agravio de tercero.
Una doncella se ofende
a sí; pero una casada,
a sí y a su dueño.
CELIO. ¡Honrada
respuesta, si te defiende!
Cuando yo era tu galán,
sólo el gusto me ofendía
el Rey; mas ya, prenda mía,
diversos celos me dan,
pues ya me ofende el honor.
SERAFINA. ¿Qué honor?
CELIO. El ser tu marido.
SERAFINA. ¿Pésate de haberlo sido?
CELIO. No sé.
SERAFINA. ¡Qué necio rigor!
Pues esa desconfianza
por mi parte vive en ti,
óyeme esto sólo.
CELIO. Di;
darás vida a mi esperanza.
SERAFINA. ¿Qué tengo de responder
al Rey?
CELIO. Lo que tú quisieres,
que de las propias mujeres
no se toma parecer.
Lo que obliga a quien se casa.
SERAFINA. Esto no corre por mí
desde aquí, sino por ti.

Mira por tu honor y casa.

(*Váyase.*)

CELIO. ¿Cómo? Aunque propio interés,
sin duda que se ha corrido
de los celos que he tenido.
Tiene razón, que es quien es,
que ponga el mundo en los pies
de una mujer, ¡fuerte cosa!,
a la opinión más famosa,
al honor de mayor nombre,
sin que tenga culpa un hombre!
¡Oh, ley injusta y forzosa!
¡Oh, invención de algún traidor!
¡No sé qué tengo de hacer,
pues me dice mi mujer
que mire yo por mi honor!
Diré al Rey con tanto amor,
persona tan poderosa,
mi estado y pena celosa.
Bien será. Mas... no será.
¿Qué haré? ¡Mi mujer es ya!
¡Oh, ley injusta y forzosa!
Si le digo que yo soy,
cuando ya se determina,
marido de Serafina,
causa a mi muerte le doy.
Pero ¿en qué dudas estoy,
si sé el valor de mi esposa?
Mas... no hay mujer valerosa
al poder y a la porfía.
Pues ¿qué he de hacer, si ya es [mía?
¡Oh, ley injusta y forzosa!

(FLORA *y el* REY.)

FLORA. Que no hay templar mis enojos
en cosas que son tan claras.
REY. ¡Oye!
FLORA. ¡Suelta!
REY. ¿En qué reparas?
FLORA. ¿Celos a mí y en mis ojos?
REY. Es verdad que a Serafina
he visto; pero ¿no es bien
que le diese el parabién?
FLORA. ¿Qué parabién? Imagina
que entiendo ya tus engaños.
¿Para qué volviste a darme
más pena, para dejarme
con mayores desengaños?
REY. Pues ¿no crees que es casada?
FLORA. ¿Casada?
REY. Casada es ya.
FLORA. Luego por eso estará
más defendida y guardada.
REY. Siendo quien es Serafina,
no tienes, Flora, razón.
FLORA. Y ¿con quién?
REY. Con un varón
de Casa San Severina.
No estés celosa, que yo
casada la aborrecí.
FLORA. Ella dirá agora sí,
si entonces dijo que no.
REY. ¿Qué importa, si la aborrezco?
Y el no te haber visitado
no es porque ella se ha casado,
mas porque a mi reino ofrezco
esperanzas de casarme,
que me matan cada día,
y porque es razón, querría
no olvidarte, retirarme.
Bien sabes que no te debo
más que amor.
FLORA. Así es verdad.
REY. Pues templa la voluntad,
o con pensamiento nuevo,
o con casarte, que yo
te casaré de mi mano;
que el reino, Flora, es muy llano
que no ha de decir que no.
Nápoles me está ofreciendo
una de sus dos Infantas.
FLORA. Señor, en fortunas tantas,
seguir la menor entiendo.
Mas ¿con quién quieres casarme?
REY. Con quien más quiero, en que creo
que muestro más mi deseo,
porque darte a Celio es darme.
FLORA. ¿A Celio?
REY. Pues ¿quién mejor
puede merecerte, Flora?
FLORA. Digo que muestras agora
a mí y a Celio tu amor.
No respondo, vergonzosa.
Mas ¿de qué me das marido
de tu mano?
REY. Yo he querido
que se emplee, Flora hermosa,
tal hombre en tan bella dama;
y así, de mi amor se infiere,
dando el hombre que más quiere
a la mujer que más ama.

(*Ella se va y* CELIO *entre.*)

CELIO. ¿Puédote hablar?
REY. Ya se fué

Flora, que me cansa el alma.
CELIO. Más te cansaré yo agora
con respuesta tan cansada.
REY. Pues ¿qué dice Serafina?
CELIO. Que dos mil mundos no bastan
para que olvide el honor
que ha conservado su casa.
REY. ¡Brava Lucrecia!
CELIO. Esto dice,
y que a su marido aguarda.
REY. ¡No importa! Usar del poder
adonde Amor no halla entrada.
CELIO. ¿Del poder?
REY. Del poder, pues.
CELIO. ¿Tuyas son esas palabras?
REY. Y esas respuestas ¿son tuyas?
CELIO. Bien dices.
REY. ¿Sirves o mandas?
CELIO. El criado más discreto
tal vez a su dueño enfada
con alguna impertinencia
que por descuido le causa.
Dame los pies y perdona.
REY. Alza del suelo, levanta,
y mira que te he casado.
CELIO. ¿Casado? Pues ya me casas,
no me tienes mucho amor,
pues, en fin, de ti me apartas,
o por lo menos confiesas
que ya no se te da nada
de que el amor que te tengo
en otras cosas reparta.
REY. Estame bien, pues me caso,
que te cases.
CELIO. No pensaba
que estaba tan adelante
el casamiento que tratas.
REY. En Nápoles me dan prisa;
Sicilia, Celio, me mata.
Cásate, pues yo me caso,
y nuestro amor se reparta.
CELIO. ¿Con quién me casa su alteza?
REY. Con Flora.
CELIO. ¿No fué tu dama?
REY. Quíteme el Cielo la vida
si los términos de hablarla
excedió mi amor jamás,
y, por la cruz de esta espada,
que puedes seguramente
darle tu honor y tu alma,
o no soy, Celio, quien soy.

(*Váyase.*)

CELIO. Que tú me lo mandes, basta.
¿Alejo? ¿Alejo?

(*Entre* ALEJO.)

ALEJO. ¿Señor?
CELIO. Hoy, con una ardiente bala,
me ha muerto el Rey.
ALEJO. ¡San Antón,
San Dimas, Santa Susana!
CELIO. El Rey me casa con Flora,
y estoy casado.
ALEJO. Repara
en que el casamiento aforras
con otra tela más baja.
CELIO. Si el casamiento no aceto,
es fuerza decir la causa,
y es fuerza darme la muerte.
ALEJO. De cualquier cosa te matas.
Dicen que una vez cayó
una mosca en una taza,
y que al gran Júpiter dijo,
tiniendo a la boca el agua:
"Contenta, dioses, muriera
si en el mar me sepultara
vuestro rigor. Sólo siento
morir en ondas tan flacas."
Respondió Júpiter: "Mosca,
para tus pequeñas alas
sobra esa taza en que mueres;
dame gracias, que es de plata."
Pienso que me has entendido.
CELIO. Si el Rey me mata, ¿es ganancia
que sea el sepulcro de oro?
¿Daréle por eso gracias?
ALEJO. Dígolo porque te ahogas,
señor, en poca distancia;
que todo tiene remedio.
CELIO. ¡Remedio a la muerte llamas!
ALEJO. Dile al Rey con gran vergüenza
que con Flora te casaras
a estar seguro de ti.
CELIO. No entiendo.
ALEJO. ¿Discreto y tardas?
Di que médicos te han dicho,
respeto de ciertas causas
frígidas que constituyen
debilidad y te apartan
del marital contubernio,
que morirás, si te casas,
dentro de cuatro o seis días,
y que de este mal estabas
con hipocondrias tristezas
que mil veces te desmayan.

Que pues el Rey te vió ansí
con segura confianza,
verá que aqueste remedio
tu casamiento dilata.

CELIO. Demonio debes de ser.

ALEJO. Ninguna industria más rara
que fingir esta flaqueza,
que si el Rey también se casa,
olvidando a Serafina,
¿qué importa que esté casada
contigo ni con el turco?

CELIO. Por lo menos, su desgracia
excuso entre tanto.

ALEJO. El Rey,
aunque es altivo y se enfada,
tiene lindo entendimiento
y el enojo se le pasa.

CELIO. Dios me libre de tratar
con quien los agravios guarda;
que quien puede y no perdona,
mucho su nobleza agravia.

(FLORA, SERAFINA, FENISA *y* ROSELA.)

SERAFINA. Mucho me obligáis también
en verme otra vez sin veros.

FLORA. Condesa, no era quereros
no daros el parabién.
Gocéis mil años de quien
ha sido tan venturoso,
que mereció ser esposo
de tal gracia y hermosura.

SERAFINA. Para mí fué la ventura,
que Otavio no fué el dichoso.

FLORA. Dícenme que es un varón
de Casa San Severina;
pero también, Serafina,
que me paguéis es razón,
pues que nuestras bodas son,
a un tiempo.

SERAFINA. Las voluntades
como nuestras amistades,
conformaron las estrellas,
y deben de ser por ellas
tan conformes igualdades.
¿Casáis en Italia? ¿Acaso
en Sicilia? Que deseo
que esté cerca vuestro empleo.

FLORA. Aquí, señora, me caso.
Y os prometo que si paso
a imaginar mi fortuna,
que no le ha igualado alguna,
porque adoraba en secreto
un hombre noble y discreto
sin esperanza ninguna,
y ese mismo el Rey me ha dado,
con título de Marquesa
de Liva, que, en fin, Condesa,
lo que me quiso ha mostrado.

SERAFINA. ¿Quién es?

FLORA. Celio, su privado.

SERAFINA. ¿Celio? ¡Qué buen casamiento!

FLORA. Su brío y su entendimiento
no han menester su privanza;
en tan perdida esperanza
halló el Rey mi pensamiento.

SERAFINA. Mil parabienes os doy.

FLORA. Bien podéis de tanto bien,
que por muchos que me den
en más bien y gloria estoy.

SERAFINA. Yo tan desdichada soy,
que temo al Rey por instantes.
Sus amores arrogantes
me han de quitar los sentidos,
porque no son los maridos
como los tiernos amantes.
Hacedme placer de ser
mi güéspeda mientras viene
mi esposo, porque el Rey tiene
juntos amor y poder.
Y como él os venga a ver
conmigo, tendrá respeto
a vuestro amor, que, en efeto,
siempre se tiene al amor,
que, fuera de su valor,
es un príncipe discreto.
Con esto le entretendré
hasta que venga mi Otavio,
que, si no, cierto es mi agravio.

FLORA. Vuestra defensa seré
y con vos me quedaré
a serviros, que es razón.

SERAFINA. Haréisme en esta ocasión,
Flora amiga, el mayor bien.

FLORA. Yo haré que iguales estén
su amor y su discreción.—
Fenisa, di a los criados
que me manda la Condesa
servirla.

SERAFINA. Humildad es esa
que os merecen mis cuidados.

FENISA. ¿Cuándo vendrán?

FLORA. Descuidados
pueden descansar agora.

SERAFINA. Rosela, mira que Flora
queda a ser dueña en mi casa,
aunque con Celio se casa.

ROSELA. Desde hoy más sois mi señora.
SERAFINA. (En donaire me ha caído
ver que el Rey la haya casado
con Celio, tan descuidado
de que es Celio mi marido.)
ROSELA. (Dicha en que venga has tenido.)
SERAFINA. (Hasta ver el desengaño
pienso dilatar mi daño,
porque para un gran poder
no hay defensa en la mujer
más segura que el engaño.)

(*El* REY *y* CELIO.)

REY.

Con menos gusto vienes. ¿Qué has tenido?
¿Qué tienes, Celio amigo? No andas bueno
que parece que estás descolorido.
¿Vuélvete el mal?

CELIO.

Estoy de males lleno.

REY.

¿No estaban tus tristezas en olvido?

CELIO.

A mayores tristezas me condeno.

REY.

¡Bravo rigor!

CELIO.

Perder la vida es poco.

REY.

Un triste no está lejos de ser loco.

CELIO.

Pesares tengo yo, señor invicto,
que ojalá se contenten con el seso.

REY.

A ingratitudes de mi amor remito
de tu silencio el atrevido exceso.

CELIO.

Apenas a la lengua le permito
lo que con toda el alma te confieso,
por ventura ocupado de vergüenza.

REY.

No hay imposible que el Amor no venza.
Si me debes ¡oh, Celio! el que tú sabes,
¿por qué me niegas la ocasión que tienes
de tristezas tan ásperas y graves?

CELIO.

De mil maneras a obligarme vienes,
y aunque, señor, de aborrecerme acabes,
no quiero que de ingrato me condenes.
Yo te diré mi mal.

REY.

No le hay tan fuerte
que me pueda obligar a aborrecerte.

CELIO.

Si tienes gusto de que yo me case
y no puedo casarme, ¿será justo
que me tengas amor?

REY.

Como no pase
la causa, Celio, a ser contra mi gusto,
ninguna puede ser que me obligase
a mostrarte jamás algún disgusto.

CELIO.

¿Contra tu gusto yo?

REY.

Pues eso digo,
que no es quitar el gusto ley de amigo.

CELIO.

(¡Oh! ¡Cuánto hubiera errado en declararme!
¡Lengua, no os atreváis, pues es perderme,
que si con esto el Rey llega a avisarme,
sospecho que ya debe de entenderme.)

REY.

Aunque ninguno puede a mí quitarme
el gusto, amigo Celio, es ofenderme
intentarlo a quien yo tengo obligado.

CELIO.

Confieso que el silencio me ha culpado.
Que con esto mil cosas imaginas
que son de mi ocasión muy diferentes.

REY.

Pues ¿por qué con razones peregrinas
me das causa a pensar lo que no sientes?

CELIO.

Ya que a decirte la verdad me inclinas,
porque a mi amor ningún agravio intentes,
sabe, señor, que nace mi tristeza
del que me pudo hacer Naturaleza.
No me puedo casar, porque me advierte
la medicina que ese mismo día
será el primero paso de mi muerte.
¡Flaqueza extraña, por desdicha mía!
De esta imaginación estoy de suerte,
que de todo contento me desvía,
obligando a silencio mi secreto.

REY.

Pues ¿a mí qué me importa tu defeto?
¡Vive Dios! Que te diera el reino agora,
yo me entiendo por qué.

CELIO.

(Si hubiera hablado.
¡Oh, cuánto el hombre el pensamiento ignora
del más amigo!)

REY.

Gran placer me has dado.
Ahora bien; casaré con otro a Flora,
aunque ella te miraba con cuidado,
lejos de imaginar tus pocos bríos.

CELIO.

No le digas, señor, defetos míos.

REY.

¿Yo? ¿Para qué? Pero, dejando aparte
estas cosas, que, en fin, ya me quitaron
las causas de enojarme y de cansarte,
¿qué hay de los ojos que mi mal causaron?

CELIO.

No sé yo qué respuesta puedo darte
después de las porfías que pasaron
entre los dos. Si tan airada y necia
de despreciar tu majestad se precia.
Dice que antes de agora te quisiera;
pero que ya el honor de su marido
la obliga a defender de otra manera
que pueda ser notado y ofendido.

REY.

Celio, escúchame un rato y considera
este discurso con atento oído,
digno, a mi parecer, de alguna estima.

CELIO.

Atento escucho, y todo me lastima.

REY.

Sabe que hay dos maneras de maridos.
Unos, a quien su honor, entendimiento,
talle y autoridad, ser ofendidos
defiende a todo injusto atrevimiento;
otros, por su bajeza conocidos
de tan poco valor y sentimiento,
y en su casa y mujer tan descuidados,
que aun lo merezca ser de sus criados.
Esto se entiende con dejar aparte
la ley de Dios, porque a ninguna ofensa
da licencia jamás; pero es mostrarte
lo que el discurso de los hombres piensa.
Guardando, pues, de este respeto el arte,
veré el marido de su honor defensa,
y conforme le viere, te prometo,
Celio, tener o no tener respeto.
¿Hasme entendido?

CELIO.

Dame muchas veces
esa mano a besar, porque has pensado
discurso tan discreto, que mereces
por él ser otras tantas laureado.
¡Oh! ¡Qué bien los maridos encareces
que merecen respeto, y cómo has dado
el lugar que se debe a los indignos.

REY.

Tiene el respeto aquestos dos caminos.

CELIO.

Otro fuera, señor, que se valiera
de su poder para intentar su gusto.
¡Qué bien tu entendimiento considera
quién merece respeto y quién disgusto!

REY.

Parte a saber si vino o si está fuera.
Lleva a Leoncio, a Liriodor o Augusto
por que me avisen de que ya es venido,
mientras está contigo entretenido.
Que yo le quiero ver, y ¡vive el Cielo!
de no ofenderle, si me agrada el hombre,
aunque me muera en tanto desconsuelo,
que mi tristeza a todo el reino asombre.

(Váyase.)

CELIO.

Dejóme el alma convertida en hielo,
si una piedra merece de alma el nombre,
que piedra es ya quien tiene en tal tormento
vivo el dolor y muerto el sentimiento.
¿Qué haré para mostrar este marido
al Rey, si lo soy yo, pues engañado
de la fingida traza de su olvido
con lo que tanto adora estoy casado?
¿Cuál hombre pudo estar arrepentido
de haber tomado tan dichoso estado,
queriendo a su mujer, sino yo solo,
el ejemplo mayor de polo a polo?
Estoy para matarme de afligido,
estoy por ausentarme de turbado;
mas no merece Serafina olvido
y mereciera yo quedar culpado,
que un ausente, no digo que ofendido,
pero que está en potencia de agraviado,

y basta honor imaginar la ofensa,
porque ése está ofendido que lo piensa.
¡Aconsejadme, dulces ojos míos
que amanecéis tan bellos a mis ojos,
que me aconseja el alma desvaríos,
el Rey engaños y el ausencia enojos!
La tierna edad, los poderosos bríos
que ofrecen siempre fáciles antojos,
amenazan mi vida. ¡Oh, vida nuestra!
¡Ay, ojos, defended vida tan vuestra!
Escondedme del Rey en el sagrado
de su divina luz. Mas ¿cómo puedo
si os tiene como espejo, y, siendo hallado,
por la misma razón perdido quedo?
Buscar vuestro marido me ha mandado.
Voile a buscar; de hallarle tengo miedo;
hállome a mí; yo soy. ¡Ya estoy perdido!
¡Oh! ¡Cuántas cosas piensa un afligido!

(*Salgan* Alejo *y* Rosela.)

Rosela. De gran peligro saliste.
Alejo. Nunca he tenido lugar
de podértelo contar.
Rosela. Perdida estuve de triste.
Alejo. Todas lo decís ansí;
pero ninguna lo siente.
Rosela. Estoy por decir que miente.
Alejo. Será trasladarte a ti.
Rosela. Cuando las nuevas me dieron
de que ahorcarte de una almena
te llevaban, con la pena
los platos se me cayeron
que la Condesa comía,
y yo la estaba sirviendo
entre llorando y diciendo
tu desventura y la mía.
Y aquella noche te vi
en sueños con una soga,
como cuando ya se ahoga,
Alejo, el que muere ansí.
Dióme tan gran pesadilla,
que desperté dando gritos.
Alejo. No fueron más mis delitos
que la nueva maravilla
de ver callar un criado
hasta llegar a morir
por no llegar a decir
que era Celio el disfrazado.
Dióle al Rey notable pena:
pero con una invención
engañé su discreción
sin que me agradase almena.
El, en fin, como piadoso
príncipe, me perdonó.
Rosela. ¿Qué? ¿ninguna te agradó?
Alejo. ¿No te parece forzoso?
Rosela. Están las murallas llenas.
Alejo. Escoge si te acomodas.
Ojalá que hicieran todas
valonas de las almenas.
Tenéis ánimo extremado,
porque cualquiera mujer
volará, si es menester,
por encima de un tejado.
Ser ángeles presumí
por burlas de Amor ligeras;
mas yo lo creo de veras
después que volar os vi.
Poco había que fiar
del andar de una mujer.
Mirad qué habemos de hacer
después que sabéis volar.

(Leoncio *y* Celio.)

Celio. Vuelve, Leoncio, y dirás
con brevedad a su alteza
que ya vino su marido
de la señora Condesa,
que entretenido conmigo,
mientras que viene, le dejas,
porque ya le he visto yo.
Leoncio. Diré al Rey que con él quedas.
Celio. Bien puedes, y no te tardes,
por que no se salga fuera.
Leoncio. Yo voy.

(*Váyase* Leoncio.)

Celio. ¿Qué hay, Alejo amigo?
Alejo. Aquí hablaba con Rosela
de las desgracias pasadas.
Celio. ¡Pluguiera a Dios que lo fueran!—
Mira, Rosela, qué hace
mi esposa.
Rosela. Pienso que ordenan
ella y el Conde, su tío,
hacer de Palermo ausencia.

(*Váyase.*)

Celio. ¡Ay, Alejo! A cuánto mal,
sin mi culpa, me condena
el poder de un rey amante.
Alejo. ¿Contástele la flaqueza
de tu persona?
Celio. Quería
decir al Rey que yo era
marido de Serafina,

y puso freno a mi lengua,
en medio de las razones,
el grande amor que la muestra.

ALEJO. ¿Qué? ¿Tan grande amor la tiene?

CELIO. Muérese, Alejo, por ella.

ALEJO. De lo que es el no casarte
¿no recibió pena?

CELIO. ¿Pena?
Antes pienso que fué causa
de quitarle la sospecha,
si alguna tuvo de mí,
pues la tengo de que piensa
que yo adoro a Serafina,
y adórola de manera
que me ha de costar la vida,
pues en llegando a la fuerza,
será fuerza declararme
y fuerza que el Rey lo sepa,
y fuerza que el Rey me mate,
pues será fuerza que venza
el que más fuerzas tuviere.

ALEJO. Flora viene.

CELIO. A tiempo llega,
que no ha de escuchar de mí
sino desdichas y penas.

(FLORA.)

FLORA. ¿En esta casa, señor?
Novedad me ha parecido.

CELIO. El Rey, que la causa ha sido,
os respondiera mejor.
Tiene a Serafina amor;
aunque de casarse trata,
llama a la Condesa ingrata
por el que tiene a su esposo,
y, en fin, como está celoso,
el casamiento dilata.

FLORA. Comoquiera, le agradezco
el veros en ocasión
que os merezca mi afición
lo que por mí no merezco.

CELIO. Señora, el alma os ofrezco
por ese inmenso favor.

FLORA. Aunque es atrevido Amor,
mucho más en los casados,
que, como están disculpados,
pierden respeto al honor,
ya, como sois mi marido,
os hablo con libertad.

CELIO. Antes hay dificultad
en serlo y no haberlo sido.
Con esto licencia os pido,
que Alejo os dará razón
de la forzosa ocasión
por que no lo puedo ser.

(*Váyase.*)

FLORA. ¿Qué es esto, Alejo?

ALEJO. Tener
cierto mal de corazón.

FLORA. ¿Cómo mal?

ALEJO. ¿Nunca has oído
los desmayos que le dan
aqueste pobre galán?

FLORA. Y los he visto y sentido.

ALEJO. Pues todos han procedido
de flaquezas naturales,
y se conforman iguales
los físicos en su muerte
si ejercita de otra suerte
las leyes matrimoniales.

FLORA. ¿Este mancebo es enfermo
de males tan exquisitos?

ALEJO. Como de esos mancebitos
son como padres del yermo,
no hay dama en toda Palermo
que no tenga compasión.

FLORA. No respondo, ni es razón;
pero no quiero marido
que tenga, o haya tenido,
desmayos de corazón.

ALEJO. Dice Galeno, señora,
que el hombre que *desmayatus*
pretendiere ser *casatus,*
morietur de cantimplora.
Donde *frigíditas* mora
nemo, prosigue, *casetur,*
porque no se *desmayetur;*
que *cabalerus galantis*
aun *mulieribus estantis*
es bien que *fortis mostretur.*

FLORA. Sin que Galeno lo diga
le excusaré de ese daño.
Mi suceso ha sido extraño.

ALEJO. Esto que digo le obliga.

FLORA. Que no soy, Alejo, amiga
de tanta satisfación.
Basta mal de corazón.

ALEJO. Si a Galeno no creyeras,
vieras a Hipocrás, y vieras
que tiene Celio razón.

(*El* CONDE *y* SERAFINA.)

CONDE. ¡Qué confusión tan extraña!

SERAFINA. En la manera que puedo,
si es lícito arrepentirme,

presumo que me arrepiento.
CONDE. Mira que está Flora aquí.
FLORA. Condesa amiga, ¿qué es esto?
SERAFINA. Viene a visitar el Rey
a mi marido, y no tengo
marido para visitas,
que está de sufrirlas lejos.
FLORA. Achaques son para verte.
SERAFINA. Yo pienso que los entiendo.
CONDE. Presente estoy, Serafina;
yo sé que tendrá respeto
a mi sangre y a mis canas.
SERAFINA. Es mancebo tan soberbio,
que, en quitándole su gusto,
a su poder tengo miedo.

(*El* REY, CELIO, LEONCIO *y* TANCREDO.)

REY. ¿Condesa?
SERAFINA. ¿Invicto señor?
REY. A ver vuestro esposo vengo
y a honrarle, pues es tan justo.
SERAFINA. ¡Gran favor!
REY. Todo lo debo
a vuestro padre, y los míos,
a vuestros nobles agüelos.
CONDE. Deme los pies vuestra alteza.
REY. ¡Conde amigo!
CONDE. ¿Satisfecho
de mi voluntad estáis?
El alma en los ojos muestro.
Las honras que a mi sobrina
y a su casa hacéis merezco,
por servicios no, señor,
pero por buenos deseos.
Mis estados y mi casa
con vuestra licencia dejo
en la suya a su marido,
valeroso caballero.
De esto con ella trataba.
REY. Que será su esposo entiendo,
pues que fué de vuestra mano,
de tales merecimientos.
Verle quiero. ¿Dónde está?
(*Túrbanse todos.*)
SERAFINA. ¡Señor!...
CONDE. ¡Señor!...
REY. ¿Qué es aquesto?
Celio, ¿dónde está su esposo?
CELIO. Aquí, señor.
REY. Venga luego.
CELIO. Entre nosotros está.
REY. Pues ¿cómo, si no le veo?
CELIO. Sí ves, señor.
REY. ¿Quién es?
CELIO. Yo.
REY. ¿Qué dices? ¡Viven los Cielos!
Que estoy...
CELIO. Oye dos palabras.
REY. ¿Qué puedes decir?
CELIO. Al tiempo
que miraste a Serafina,
era yo su amado dueño.
Al principio, por su honor
tuve tanto amor secreto,
que no era justo decirte
su favores y mis celos.
Después, por no darte enojos,
tu grande amor conociendo,
me dejé morir de triste;
con lealtad que al tuyo debo,
no vi más a Serafina.
Engañásteme diciendo
que amar a Flora volvías,
cansado de sus desprecios.
Con esto, amándola yo,
y tus desdenes creyendo,
volví a quererla, engañado
de ti mismo, a quien apelo.
Caséme secretamente,
a tus bodas remitiendo
el perdón de no pedirte
licencia, tiniendo miedo
que te volviese el amor,
como sucede con celos.
Culpas de amantes, al fin,
que, aunque dorados, son yerros.
Con esto no te serví
en hacer el casamiento
de Flora, que no por ser
de mi persona defeto.
Veme aquí puesto a tus pies,
conociendo que merezco
la muerte.
REY. Celio, levanta;
levanta, Celio, del suelo.
La discreción y el poder
conmigo están compitiendo.
Sobre el agravio no importa,
porque el mayor que me has hecho
es que, sabiendo mi amor,
no me hubieras descubierto
que amabas a Serafina,
pues se excusaran con eso
mis pesares y los tuyos,
pues yo por ti los padezco
y tú, sin causa, por mí.

Crueldad fué; pero, en efeto,
la esperanza que te ha dado
mi valor y entendimiento
me obliga a valerme agora,
más que del poder que tengo,
de la discreción, y ansí,
dándote perdón, apruebo
el casamiento.

CELIO. Esos pies,
y aun la misma tierra beso.

CONDE. Hazañas de tu valor.

REY. No quise vengar soberbio,
sino discreto vencer.
A Flora, que honrar deseo,
doy a Leoncio.

ALEJO. Y a mí,
¿qué me das?

REY. Oficio, Alejo,
de alcaide de esta ciudad,
porque tengas, si me ofendo,
almenas de que escoger,
y a Rosela, que te veo
con alguna inclinación.

ALEJO. Será almena de mi cuello.

CELIO. Abrazadme, esposa mía.

SERAFINA. Yo lo haré; pero primero
doy con reverencia fin
al *Poder en el discreto.*

FIN

Laudetur Xpo. et eius mater M. M. sine macula concepta.

En Madrid, a 8 de mayo de 1623.—LOPE DE VEGA CARPIO.

Vea esta comedia Pedro de Vargas Machuca.—(*Hay una rúbrica.*)

No tiene esta comedia, que intitula Lope de Vega Carpio, su autor, *El poder en el discreto*, cosa por que no pueda representarse, sino muchas de ingenio y entretenimiento apacible y honesto; está con mucho decoro y buen ejemplo el amor en este Rey que introduce, y todo en el estilo dulce y suave tan natural en este autor. Puédese representar. En Madrid, 18 de enero de 1624.—*Pedro de Vargas Machuca.*

Dase licencia para representar esta comedia intitulada *El poder en el discreto* en Valencia y setiembre a. ii. de 1625.—*Doctor Garcés.*

Esta comedia intitulada *El poder en el discreto* se puede representar, reservando a la vista todo lo que no fuere en su leetura. Firmado. Zaragoza, y enero a 2 de 1626.—*El doctor Paco Cordero.*

EL REY POR SEMEJANZA

[PERSONAS

El REY ANTÍOCO, *de Asiria.*
ALBERTO.
FILIPO.
AURELIO.
EL CONDE ARNESTO.
JULIA, *dama.*
LA REINA.
ROBERTO.
EL DUQUE FEDERICO.
EL MARQUÉS FABRICIO.
ALTEMIO, *labrador.*
EL PRÍNCIPE JACOBO.
RISEO, *labrador.*
ARCANO, *soldado.*
TEODORA, *viuda.*
CEILÁN, ALÍ, } *moros.*
Un CRIADO.
GRANDES.
GENTE.]

ACTO PRIMERO (1)

(*Salgan el* REY ANTÍOCO (2), *de Asiria, vistiéndose;* ALBERTO, FILIPO, AURELIO, *el* CONDE ARNESTO *y un* CRIADO.)

REY. Creo que no has de acabar,
Alberto, en toda tu vida.—
Hazme, Filipo, ensillar
el alazán.
FILIPO. ¿A la brida?
REY. ¡Muerto estás por preguntar!
FILIPO. Perdona.
REY. ¿No hay quien me dé
aguamanos? ¿En qué estás
pensando?
ALBERTO. Yo imaginé...
REY. ¡No vi tal flema jamás!
¿En qué piensas? Anda, ve.
FILIPO. ¡Grande, Aurelio, es la privanza
del Conde acerca del Rey!
AURELIO. ¿Quién con él lo que él alcanza?
REY. Yo moriré contra ley
en brazos de mi esperanza.
CONDE. ¿Cómo? ¿Que no olvidarás
esa pasión? Vuelve en ti.
¡Terrible, señor, estás!
REY. Es, Amor, su intento (3) en mí;

(*Sale* JULIA, *con fuente, toalla y jarro.*)

no sabe volver atrás.
JULIA. No me puedo detener.
REY. ¿Sabes, Aurelio, qué hora
es?
AURELIO. Las dos.
REY. No puede ser;
que pues sale el alba agora,
ahora empieza [a] amanecer.—
¿Julia hermosa...?
JULIA. ¿Señor mío?
REY. (¡Bello rostro!)
CONDE. (¡Celestial!
¡Bravo talle, hermoso brío!)
REY. (¡Ardo y tiemblo; que mi mal
comienza por calofrío!)
¿Dónde está la Reina? ¿Almuerza?
JULIA. Comiendo queda un bocado.
REY. (Paso, Amor: con menos fuerza.
Mas es villano, y rogado,
un villano, más se esfuerza.)
JULIA. Dame, pues, si eres servido,
licencia para ir a dalla
aguamanos.
AURELIO. Vas perdido.
REY. Ve tú, y traime una toalla
y el agua. (Estoy sin sentido.)
¡Que para darme aguamanos
sea menester un mes!
(¡Ay, deseos inhumanos!)
¿Vienes? Recia cosa es
servirse de estos villanos.
JULIA. ¿Qué hacéis? Si su alteza manda,
yo estoy aquí; si por dicha...
REY. ¿Yo? ¡Jesús!
CONDE. ¿Tras de eso anda?
REY. Tendrélo a muy buena dicha.
AURELIO. (Ya parece que se ablanda.)
REY. No tuvo Rey ni Marqués

(*Toma* AURELIO *la fuente y* JULIA *echa agua manos.*)

tal gentilhombre de copa:
dicha de Antíoco es.
¡Quién fuera señor de Europa
para ponella a esos pies!
JULIA. Acertar, señor, querría
a servir tantas mercedes.
REY. Yo sé que diera este día,
el que robó a Ganimedes,

(1) El original dice: "Acto primero del rey por semejanza compuesta por Graxales."
(2) Al principio le llama "ANTIOQUIO"; pero luego "ANTÍOCO".
(3) Enmendado: su primitivo texto decía "deseo".

su ventura por la mía.

JULIA. Acábese de lavar, vuestra alteza.

REY. (Este descuido temo que me ha de acabar; que estoy tan ciego y huído que no entiendo mi pesar.)

(*Sale la* REINA.)

REINA. ¿Dónde está el Rey?

REY. Vos seáis, Reina hermosa, bien venida.

REINA. ¡Bien entretenido estáis! ¡Agrádame, por mi vida! ¡Gran servicial alcanzáis!— Y vos, ¿sabéis que os estaba aguardando?

JULIA. Sí, señora: que soy tu hechura y esclava. Pero el más discreto ignora. Erré sin pensar que erraba. Ibate a dar aguamanos; pidióme que se la diera tu esposo; troqué las manos. Si erré, mi yerro pondera con mis pensamientos sanos.

REINA. ¿Aguamanos os pidió, y dáisela?

JULIA. Caso es llano.

REINA. Antes, imagino yo que le dais ripio a la mano en la obra que empezó.

JULIA. Advierte, señora mía...

REINA. Basta.

JULIA. Escucha una palabra.

REY. ¡Oh, qué cansada porfía!

REINA. Es la obra que se labra de piedra o de cantería. Mas, donde el Amor gobierna y un tan gran maestro está y un peón, dama tan tierna, de piedra viva será por que sea más eterna.

REY. Señora, acabemos, pues.

REINA. Entraos vos, Julia, allá dentro.

REY. ¡Grande mi paciencia es!

(*Hace una reverencia y éntrase* [JULIA].)

CONDE. Pase.

REY. (¡Ay, que es Julia mi centro!)

REINA. Bien os lavaréis después; no tenéis, Rey, de qué estar tan triste. ¡Jesús! ¿Queréis que os la vaya yo a llamar?

REY. Ya os digo que me dejéis. ¿Queréisme, Reina, dejar? Dejadme de perseguir.

REINA. ¿De qué manera os persigo?

REY. ¿Esto tengo de sufrir? ¡Dejadme, dejadme, digo!

REINA. Basta; ya me quiero ir. ¿Tan hermosa es Julia?

REY. Tanto.

REINA. ¿Tan fea soy yo?

REY. No sé: y aquesto no os cause espanto; que como nunca os miré de asiento, no supe cuánto.

ALBERTO. Aquí está el agua.

(*Sale* ALBERTO *con recaudo de lavar.*)

REY. ¿Con eso vuelves a cabo de rato? Creo que has perdido el seso.

REINA. ¡Ea, la verdad! ¿Fué trato de los dos?

REY. ¡Extraño exceso!

REINA. Que ir Alberto y no volver, es bien claro testimonio. Triste estáis: ¿queréisla ver?

REY. ¿Quieres dejarme, demonio? ¿Quiéresme dejar, mujer? ¡Por vida de mi corona que estaba...! (*Dale un bofetón.*)

REINA. ¿A mí aquesto? ¿Es ley?

CONDE. No anduviste bien; perdona.

REY. Vamos.

[FIL.] Mal ha hecho el Rey.

ALBERTO. Mal anduvo.

AURELIO. ¿Quién lo abona?

(*Vanse todos. Quede sola la* REINA.)

REINA. ¿Qué terremoto de tierra es éste, que es más pesada que la que la esfera encierra, que de su centro arrojada me hace sangre, fuego y guerra? ¿El Rey a mí, bofetón? ¿Bofetón, por Julia, a mí? ¿Tanto puede una afición? Agravio es; mas tras de sí viene la satisfación. Morirá el Rey, ¡vive el Cielo!, aunque con diversos nombres infame mi nombre el suelo: que para mujeres y hombres

se hizo la ley del duelo.
¿Conmigo estas sinrazones?

(*Sale* ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Qué ha sido esto?
REINA. ¿Qué ha de ser,
Roberto?
ROBERTO. No te apasiones.
REINA. Aquí lo podrás leer.
En estos cinco renglones,
de aquestas letras escritas
en la mitad de este pliego
que tú tanto solicitas
lo sabrás, si no estás ciego,
que quiero me lo repitas.
Quísome poner color,
el Rey, contra mí indignado;
y por mostrar su rigor
me la puso en este lado
toda. ¡Qué terrible error!
Y sin ser Rey de Aragón,
me puso a fuerza sus barras
a' un lado de mi blasón;
y, en fin, por dote y por arras
me ha dado...
ROBERTO. ¿Qué?
REINA. Un bofetón.
ROBERTO. ¿Bofetón?
REINA. Roberto amigo,
¡el Rey ¿de qué te suspendes?
muera!
ROBERTO. Justo es el castigo.
REINA. Días ha que me pretendes;
yo me casaré contigo.
Mi deudo eres, y el mejor
que tengo, discreto y sabio.
Mata al Rey, que aunque es señor,
en venganza de mi agravio,
no es ser, Roberto, traidor.
ROBERTO. No prosigas, para; mal
conoces de mi firmeza
el proceder inmortal
que ha obrado en mí tu belleza
desde su alto tribunal.
¿Hoy va el Rey a montería?
REINA. Ya se queda apercibiendo,
que a caza va.
ROBERTO. Reina mía,
toda la tropa de estruendo
salió al apuntar del día.
Allá buscaré ocasión,
que es buena ocasión el monte
para tu satisfación.
REINA. Pues ¿a qué aguardas? Disponte,
pues te anima mi afición.
ROBERTO. Una merced me has de hacer.
REINA. Pide. ¿Qué dudas? ¿Qué esperas?
ROBERTO. A Julia no has de ofender.
REINA. Los pensamientos me alteras
en nombrarme esa mujer.
ROBERTO. Es mi deuda, y no ha tenido
culpa, pues, contino esquiva,
se ha guardado y defendido.
REINA. ¡Muera el Rey, y Julia viva!
ROBERTO. Yo lo acepto por partido.
REINA. Rey de Asiria te verás.
ROBERTO. Ser tu esposo es lo que estimo.
REINA. ¿Cómo, primo, no te vas?
ROBERTO. Mucho gano en ser tu primo,
pero en ser tu esposo más.

(*Vanse. Salgan el* DUQUE FEDERICO *y el* MARQUÉS FABRICIO *y otros* GRANDES.)

DUQUE.

Al fin, el Rey, por ocasión de Julia,
o porque le pidió la Reina celos,
le dió, en el corredor, presentes todos
sus criados y pajes...

MARQUÉS.

Ya sabemos
lo que pasó, que ya es el caso público.

DUQUE.

Grandes somos del reino y defensores,
y más grande la ofensa que a la Reina
le ha hecho el Rey. Obligación tenemos
de volver por su honra y aun por ella.
Juntémonos mañana de secreto
en vuestra casa o en la mía, y demos
orden de remediar tan grande insulto,
por que no venga a más su atrevimiento.

PRIMERO.

Dice muy bien el duque Federico.

MARQUÉS.

Mucho temo a la Reina, que es colérica.

DUQUE.

Cólera de mujer luego se pasa.

MARQUÉS.

Las que de celos son, son fuego en pólvora.

SEGUNDO.

¿Qué puede hacer la Reina? ¿Ha de matalle?

MARQUÉS.

Ello dirá; no sé...

DUQUE.
Mañana, todos,
en casa del marqués Fabricio.

MARQUÉS.
¡Alto!

PRIMERO.
Mal lo hizo el Rey.

SEGUNDO.
Está de seso falto.

(Vanse, y suena dentro ruido de caza, diciendo:)

PRIMERO. El Rey le tiró el cuchillo
de monte.

SEGUNDO. Herido va.

TERCERO. No hay hombre que tenga ya
aliento para seguillo.

PRIMERO. El Rey y Roberto van,
el monte adentro, tras él.

TERCERO. Llamad aquese lebrel.

SEGUNDO. ¡To, Varcino! ¡Capitán!

(Baja el REY *rodando por una peña del monte, y diciendo la última copla se entra rodando.)*

REY. ¡Jesús, Jesús sea conmigo!
¡Muerto soy! ¿Por qué me has [muerto?
¿Por qué me has muerto, Roberto?
¡Ah, traidor! ¡Ah, mal amigo!
¡Válgame Dios!

(Entrase y sale ROBERTO.*)*

ROBERTO. Esto es hecho.
Detenerme aquí es error.
¡Ah, lo que puedes, Amor,
y más dentro de mi pecho!
Maté a mi Rey natural:
mi Rey era, no lo niego;
que, aunque Amor me tiene ciego,
confieso que es grave mal.
Obras y traiciones son
señas que es traidor sin fe,
porque, como apenas ve,
siempre acomete a traición.

(Vase. Salgan la REINA *y* ALBERTO *solos.)*

REINA. Al pie de esta clara fuente
quiero la tarde pasar.
Recójase aquesa gente.

ALBERTO. ¿Sola te quieres quedar?

(Vase.)

REINA. ¡Cómo eres impertinente!
A esta casa de placer,
aunque no lo es para mí,
me he venido desde ayer
pensando poder aquí
mi tristeza entretener.
Pero si la fuente corre
por entre guijas de plata,
el olmo imita a la torre,
el laurel a la escarlata,
de que se avergüenza y corre.
¿De qué sirve en caso tal
darle a este valle a entender
mi tristeza desigual,
si no me ha de responder
si hice bien o si hice mal?
Dióme el Rey un bofetón;
hice buscarle la muerte
a Roberto con pasión,
que, como es amante fuerte,
lo pondrá en ejecución.
Mas, si va a decir verdad,
apenas se lo mandé
cuando mudé voluntad:
pero no quise, error fué,
dar muestras de liviandad.

(Entra ROBERTO.*)*

ROBERTO. Ya yo, señora, he cumplido
la palabra que te he dado.

REINA. ¿Es muerto el Rey mi marido?

ROBERTO. De un risco alto despeñado
y en un río sumergido.
Siguiendo un ciervo ligero,
apartado de los suyos,
la muerte por compañero:
que en los pensamientos tuyos
iba afilando mi acero,
nos vimos en un umbrío
monte o sierra levantada,
con más que defensa brío,
sobre una peña tajada
a cuyos pies lava un río,
desde donde le arrojé
y vide hecho pedazos
abajo, de que doy fe
do le recibió en los brazos
el río.

REINA. ¡Ay, primo! No sé...

ROBERTO. Y porque nadie de mí
tuviese que sospechar,
a toda prisa volví.
Y puesto en cierto lugar
adonde la gente oí,
que, como buenos vasallos,

buscando a su Rey venían,
y sacando los caballos,
que de cansados podían
movellos ni meneallos,
el mío maté, fingiendo
haber sido la ocasión
de no ir a mi Rey siguiendo,
que en un mestizo frisón
iba [en] el ciervo hiriendo.—
Parece, Reina, que estás
melancólica.

REINA. En mi vida
lo estuve, Roberto, más.

ROBERTO. ¿Estarás arrepentida?
Sí, arrepentida estarás.

REINA. No tengas por acertado
el que primero no mira
lo que ha de hacer con cuidado,
ni al que al tiempo de la ira
venga su pecho indinado;
que si es agravio de honor
el que sigue (1) sin enojo
se podrá vengar mejor;
y si no lo es, verá al ojo
su ceguedad y su error.
Yo, al fin, como, al fin, mujer,
a quien negaron los Cielos
del ánimo su poder,
vengué mi agravio en mis celos,
y heme venido a perder.
Pero ¿qué agravio fué dar
a una mujer un marido
un bofetón, de pesar
y de cólera movido,
para mandarle matar?

ROBERTO. No prosigas, que ya veo,
Reina, que es por no acudir
a tu fe y a mi deseo:
hícelo por te servir;
¡yo he echado muy buen empleo!
Palabra de ser mi esposa
me diste en tan dura suerte,
cual la mía rigurosa.
Yo al Rey he dado la muerte:
hazaña vil y afrentosa:
el Rey por mí está sin vida
sumergido y despeñado:
tú has de cumplirme, homicida,
la palabra que me has dado,
o me ha de costar la vida.

(1) En el original, en lugar de "sigue" dice "y el le sirve", lo cual no forma sentido.

(*Entra* FILIPO.)

FILIPO. ¿Ha sabido vuestra alteza
cómo el Rey, siguiendo un ciervo
de notable ligereza,
se perdió ¡suceso acerbo!
de ese monte en la aspereza?

REINA. ¿El Rey?

FILIPO. Tres días con hoy
ha que falta de los suyos.

REINA. Confusa de oírte estoy.

FILIPO. Con los pensamientos tuyos
al mar en lágrimas voy.

REINA. Y a eso el vulgo, ¿qué dice?
¿Sospéchase que le han muerto?
¿Y quién?

FILIPO. No te escandalice.

REINA. Dilo.

FILIPO. Tú, Reina, y Roberto.

REINA. La razón lo contradice.

FILIPO. Porque darte el bofetón,
conocer todos, señora,
tu terrible condición
y que Roberto te adora,
es bastante presunción;
y, si no me engaño, oí
que trataban de prenderte.

REINA. ¿A mí?

FILIPO. A Roberto y a ti.

REINA. ¿Qué dices, Filipo? Advierte...

FILIPO. Esto, señora, es ansí.

REINA. ¿Yo muerto al Rey? ¿Presa yo?
¿Hay más notable insolencia?

FILIPO. Para agora es la paciencia
de que el Cielo te dotó. (1)

REINA. ¿Que aquesto de mí se entienda?
No me falta algún cuidado:
temor tenga no me prenda.

ROBERTO. Al vulgo desenfrenado,
¿quién ha de tener la rienda?
Con tu licencia he de ir,
señora, a saber lo que es.

FILIPO. Temo te has de arrepentir.

ROBERTO. ¿No ves tú que es muy después
el hacer que no el decir?

REINA. Con la respuesta te espero.

ROBERTO. Por allanar tu desdén
ponerme a tu riesgo quiero.

REINA. Que todo se ha de hacer bien.

ROBERTO. Yo parto.

REINA. Parte ligero.

(1) Falta un verso para la quintilla.

(*Vanse y sale* Altemio, *labrador: hale de hacer el mesmo que* [*haga*] *el* Rey, *y la* Reina.)

Altemio. ¡Gracias a Dios que me vi
libre de cabras y bueyes!
¡Qué invidia tengo a los reyes
desde el día en que nací!
¡Pardiez! que diera por sello
el gabán y la montera.
Mas ¡arre allá! si quisiera
tomarlo el otro por ello.
Mientras más sé, más ignoro.
¿Quién había de dar ¡qué dio-
por una montera pobre [bre (1)
una corona de oro?
¡Arriedro vaya el Demonio!
¿Y quién por este gabán
un ropón con pasamán
de levantar... testimonio?
Mas ¿por qué tanto desprecio?
Yo sé que si el Rey supiera
lo que es serlo, que él la diera
y aun por mucho menos precio.
Por no perderle a mi padre
el respeto natural,
dejo el humilde sayal,
dejo amigos, padre y madre.
Porque es tal su condición,
que me acosa cada día;
y como es peor la mía,
quise huír de la ocasión.
Porque es mucho mejor cuenta,
por respetarlo, dejarlo,
que en su presencia afrentarlo,
si es que el hijo al padre afrenta.

Reina. ¡Cielos! ¿El Rey no es aquéste?
¡El es! ¡De jüicio salgo!)

Altemio. ¡Pardiez, que he de ser hidalgo
aunque la vida me cueste!

Reina. (¿No es aquel su rostro? Sí.
¿No es su talle aquél? También.)

Altemio. Mas yo soy hombre de bien;
poco dista el Rey de mí.

Reina. (Digo que es él. ¿Si me engaño?
Libre tengo mi sentido.
Pero ¿Antioquio vestido
de un gabán de tosco paño?
¿Si con el miedo y temor,
Roberto, que es justa ley,
que para matar un rey
quiere divino valor,
pensó, si se atrevió a tal,
cuando le echó del repecho
se había pedazos hecho
y no le hizo ningún mal;
y habiendo, como lo piensa
el vulgo, el Rey sospechado
ser yo la causa, alumbrado
de mi cólera y mi ofensa,
de esta manera encubierto
viene a inquirir la verdad,
vengando a su voluntad
y cólera en mí [y] Roberto?
Esto es, sin duda ninguna;
pero, sea lo que fuere,
yo le he de hablar, si él me quiere
hablar. ¡Ayuda, Fortuna!)
(*Llega a abrazarle.*)
¿Rey, mi señor?

Altemio. ¿A mí?

Reina. Sí.
¿Qué ha sido aquésto?

Altemio. ¡Señora...!

Reina. ¿Dó habéis estado hasta agora?

Altemio. (¡Esta mujer no está en sí!)

Reina. ¿Qué os habéis hecho, que en tantos
días no habéis parecido?
¿Qué traje es ese y vestido?

Altemio. (¿Qué es aquésto, Cielos santos?)
¡Señora!...

Reina. Pues ¿cómo? ¿Abarcas?
¿Gabán de sayal lobuno
vos, señor? ¿Vos, siendo uno
de los mayores monarcas?
¿Es el cetro, es el cayado
que norte de Africa era?
¿La corona esa montera?
¿En qué, señor, habéis dado?
Si es por darme en qué entender,
paso, aunque mayor destreza
ha menester vuestra alteza
para haberlo de creer.

Altemio. ¿Yo alteza? ¿Yo rey?

Reina. ¡Muy bueno
es esto!

Altemio. ¿Yo rey? ¡Pluguiera
a los Cielos que lo fuera!
Vuestra locura condeno.

Reina. ¡Qué bien lo disimuláis!

Altemio. ¿Yo disimular? Ya os digo
que os engañáis.

Reina. Pues ¿conmigo?

Altemio. ¡Juro a Dios que os engañáis!
Porque en mi vida lo fuí

(1) En el original "robre". Puede que la frase sea "¡pardiobre!"

ni sé de eso más que un cesto.

REINA. (¡Válgame Dios! ¿Y qué es ésto?
¿Cómo es ésto? ¿Estoy en mí? *(Ap.)*
Pues ¿conmigo? ¿Para qué?

ALTEMIO. ¿Queréis que lo sea, vos?
Pues ¡a la mano de Dios!
Yo, señora, lo seré.
Pero yo, señora, os juro
que no es mayor mi linaje
de lo que muestra mi traje,
que uno y otro es bien oscuro;
y que soy un hombre bajo,
con bríos de caballero,
hijo de un pobre vaquero
que vive de su trabajo;
y, en fin, quiero ansí decillo,
que el honor me obliga a ésto.

REINA. (¡En gran confusión me ha puesto
el ver este hombre y oíllo! *(Ap.)*
¿Quién duda que ser podría?
Que hombres el mundo ha tenido
uno a otro parecido
en talle y fisonomía.
Y si aquéste, como dice,
no es el Rey, sino un villano,
el remedio está en la mano
para enmendar lo que hice.)

ALTEMIO. Ya [a] lo que obligado estoy
hice de mi parte; agora
ved lo que mandáis, señora,
que el rey vuestro esposo soy.

REINA. Ya, amigo, estoy satisfecha
de que no eres quien pensé:
perdona si te cansé
con mi prolija sospecha,
que es la semejanza tanta
que al Rey, mi marido, tienes
en ese traje que vienes,
que a mí me admira y espanta.

ALTEMIO. ¿Con esto me sale agora?
Hame estado, desde cuando
llegué aquí, crucificando,
que pienso que ha más de un hora,
con que soy el Rey, su esposo,
y cuando ya en serlo estoy
¿sale con que no lo soy?
¡Por mi fe, cuento [es] donoso!

REINA. No te pese de no sello,
que, antes, por aquesa vía,
has de ser rey este día
si eres hombre para ello.
¿Cómo te llamas?

ALTEMIO. Altemio.

REINA. ¿De dónde eres?

ALTEMIO. De un lugar
que se llama El Espinar,
de tu corona y tu gremio.

REINA. Digo, Altemio, que te creo.
¿Tienes padre vivo?

ALTEMIO. Y madre.

REINA. ¿Cómo se llama tu padre?

ALTEMIO. Llámase...

REINA. ¿Cómo?

ALTEMIO. Riseo.

REINA. ¿Eres el Rey, mi marido,
o eres Altemio de veras?

ALTEMIO. Déjate de esas quimeras,
Reina, que es tiempo perdido.

REINA. Temo...

ALTEMIO. No tienes de qué.

REINA. Temo descubrir mi pecho.

ALTEMIO. Cuando a mí lo hubieras hecho,
piensa que a esa roca fué.

REINA. Como digo, habrá tres días
que el Rey se perdió cazando
la fiera adentro, trocando
en pesar mis alegrías.
De lo cual, el vulgo loco,
hallando por presunción
darme el Rey un bofetón
antes de ir a caza, un poco,
contra Roberto, que es hombre
de más opinión y fama,
y con voz de que me ama
en defensa de mi nombre,
que, aunque mozo, es recatado,
da en afirmar que Roberto,
por mi mandado, le ha muerto
en ese monte intrincado.
Que es potro sin rienda suelto;
y a tanto ha llegado ya
esta sospecha, que está
para prenderme resuelto.
Tú le pareces de suerte
al Rey, que no habrá hombre hu-
que con el cetro en la mano [mano
haga mudanza de verte.
¿Atreveráste a ser rey?

ALTEMIO. Muy bien dijiste; acertaste
en decir "atreveráste",
visto el rigor de la ley.
Pero, con todo, haz tu hoy
por mi gusto, y en tu abono,
que yo pise el real trono,
verás el trueno que doy.

REINA. Tu virtud me da noticia
de eso.

ALTEMIO. Está certificada
que no ha de verse envainada
la espada de la justicia.
Porque el juëz, como yo,
obra más amedrentado
con ella que castigado
al reo que convenció.
En esto ¿quién pone duda,
señora, ni inconveniente,
que la espada del valiente
es más temida desnuda?

REINA. Pues qué, el juez, yo lo ignoro,
¿se ha de atrever a envainalla?

ALTEMIO. Más de dos, por no gastalla,
porque es la vaina de oro.

REINA. Mucho me agradas, Altemio,
con tus razones.

ALTEMIO. Propicio
estaré yo a tu servicio
mientras viva.

REINA. Espera el premio.

ALTEMIO. ¿Parezco al Rey?

REINA. De manera,
que aquí estoy contigo hablando
y estoy si eres él dudando.
Esto, amigo, considera.

ALTEMIO. Mira lo que haces.

REINA. Ya
lo he visto; pierde cuidado,
que puesto que yo he dudado,
nadie en ello dudará.

ALTEMIO. Otro inconveniente he hallado.

REINA. Dile.

ALTEMIO. No saber leer
ni escribir.

REINA. De no saber
leer no tengas cuidado;
aunque para un memorial
de importancia y de secreto
sería de mucho efeto;
mas yo seré tu oficial.
Los demás al secretario,
que en leerlos se desvele
e informe, que es lo que suele
hacer el Rey de ordinario,
porque acostumbraba hacello.
El escribir importaba;
pero el Rey no acostumbraba
firmar sino con su sello;
y ansí tú podrás firmar
con él, porque estando ya
en costumbre, como está,
no tendrán que sospechar.

ALTEMIO. ¡Alto, pues!

REINA. Vente conmigo.
¿Quién eres?

ALTEMIO. Tu esposo soy.

REINA. ¿El Rey?

ALTEMIO. ¿No ves que me voy,
Reina, burlando contigo?

(*Vanse. Salgan el* DUQUE *y los demás* GRANDES *y gente.*)

MARQUÉS. Yo no soy de parecer,
Duque, que aquesta prisión
se ponga en ejecución,
ya que se ha dado a entender
que haber el Rey la violenta
mano puesto de atrevido,
supuesto que entre marido
y mujer nunca fué afrenta,
no es, Duque, indicio bastante
para arrojarse a prendella;
pues cuando haya contra ella
ése y otro semejante,
está en su favor propicio
el sincero y firme amor
que tuvo al Rey, mi señor,
que anula cualquier indicio.

DUQUE. Si vueseñoría no gusta
de ello, bien podrá volverse,
que la prisión ha de hacerse
ora sea justa o injusta.

(*Sale* ROBERTO.)

ROBERTO. Como el hijo regalado
a quien mandó ir fuera el padre,
y porque vuelva, la madre
le muestra del pan pintado,
que apenas fué oído o visto,
cuando vuelve donde están,
que la codicia del pan
le hizo liberal y listo,
ansí yo, niño de amor,
cebado de un favor fuí,
donde la muerte al Rey di
por gozar de aquel favor.

DUQUE. Sea vuestra excelencia preso.

ROBERTO. ¿Por qué?

DUQUE. No pregunte nada.

ROBERTO. ¿A mí?

DUQUE. Deme a mí la espada.

ROBERTO. Pero ¿por qué? ¡Extraño exceso!

DUQUE. Ya le he dicho a vuexcelencia
que no pregunte por qué.

ROBERTO. (No oso responder, ni sé (*Aparte.*)
si es temor o si obediencia.
No hay arma que no me asombre,
ni hombre de quien no me guarde.
¡Válgame Dios! ¡Qué cobarde
hace la traición al hombre!
Pensé poder obligallos,
llegando, con mi obediencia,
o con mi brío y presencia,
por lo menos, asombrallos,
y apenas oí la voz
del Duque, cuando rendí
la espada, y enmudecí
más blando y menos feroz.)

(*Sale la* REINA *y* FILIPO.)

MARQUÉS. ¿A qué aguardamos? Entremos.
REINA. ¿A mí el duque Federico?
FILIPO. De aquesto te certifico.
REINA. ¿A prenderme?
DUQUE. ¡Alto! ¿Qué hacemos?
Perdóneme vuestra alteza,
que mis deseos son buenos;
pero no puede ser menos.
REINA. ¿Qué es esto? ¡Gentil bajeza!
DUQUE. Denle a su alteza al momento
un hacanea en que vaya.
REINA. ¿Cómo? (¡Que en aquéstos haya
semejante atrevimiento!
Hasta ver en lo que pára
tengo de disimular.)
¿Dónde me queréis llevar?
¿Qué es ésto?
ROBERTO. (¡Oh, belleza rara!)
DUQUE. A la corte.
REINA. Por agora
yo no tengo voluntad,
Duque; dejo a la ciudad.
ROBERTO. (Más hermosa es que la aurora.)
DUQUE. [No] es caso de admiración
no tenerla, claro está,
que nunca ninguno va
con su gusto a la prisión.
Téngala su alteza o no...
REINA. ¡Hola! ¿Qué osadía es ésa?
DUQUE. Sea vuestra alteza presa.
REINA. ¿Estáis locos? ¿Presa yo?
¿Yo? ¿Yo?
DUQUE. Vuestra alteza, pues.
REINA. ¿Quién lo manda?
DUQUE. El reino todo.
REINA. ¿Todo el reino? De ese modo
grande mi delito es.—
¿Roberto?
ROBERTO. ¡Reina excelente!
REINA. ¡Sin espada! ¿Cómo es eso?
¿También va Roberto preso?
DUQUE. También.
REINA. ¿Por ser mi pariente?
¿No sabría yo que ha sido
el delito que los dos
contra el Rey y contra Dios,
Duque, habemos cometido?
DUQUE. Allá, Reina, lo sabrás.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Aquí está ya el palafrén.
DUQUE. Suba su alteza.
REINA. Está bien.
DUQUE. Suba, no tardemos más.
REINA. Duque, con menos rigor.
DUQUE. ¿Haráme ser descompuesto?

(*Sale* ALTEMIO, *vestido de rey.*)

ALTEMIO. ¿Qué grita es ésta? ¿Qué es esto?
DUQUE. ¡Jesús!
MARQUÉS. ¿No es el Rey?
TODOS. ¡Señor!
CONDE. Dadnos los pies.
ROBERTO. Yo callo,
mientras no me certifico.
REINA. Es el Duque Federico
un muy honrado vasallo.
Ha hecho por vuestra falta,
señor, muy gran sentimiento.
ALTEMIO. Ya sé que es el fundamento
donde mi reino se exalta.
Levantaos, Duque, del suelo.
REINA. Debéisle al Conde, señor,
Arnesto, muy grande amor.
ROBERTO. (¡El Rey! ¿Es posible? ¡Cielo!) (*Ap.*)
ALTEMIO. Alzaos.
REINA. Del Marqués Fabricio
no quiero deciros nada.—
Dalde a Roberto su espada,
Duque.
ROBERTO. (¡Yo pierdo el juicio!)
DUQUE. Perdone vuestra excelencia.
ROBERTO. ¡Gracias a Dios que el Rey vive!
REINA. (¡Con qué amor que los recibe!
El hombre tiene prudencia.) (*Ap.*)
ROBERTO. (¿Llegaré? Sí... Pero, no; (*Aparte.*)
miedo de verle recibo;
pero pues él está vivo,
no le eché del monte yo.
Aventurarme pretendo,

como los demás, y hablalle,
que en su rostro y en su talle
veré luego si le ofendo.)
Dame tus pies.

REINA. Es mi primo,
Roberto, y por eso callo.

ALTEMIO. Eso es para más honrallo,
y ansí mucho más lo estimo.

ROBERTO. (¡Con buenos ojos me mira! (*Ap.*)
O es sueño haberlo yo muerto,
o él no es el Rey, esto es cierto,
o disimula la ira.
¿No le eché del monte abajo
hasta la madre del río?
Con el pensamiento mío
a otro Sísifo aventajo.)

CONDE. ¿Cómo, señor? ¿En qué parte
tanto tiempo habéis estado,
que por más que os han buscado
de hallaros no hallaron arte?

ALTEMIO. Siguiendo un ciervo veloz
por lo agro de esa sierra,
que, como a Anteo, la tierra
le daba aliento mi voz,
me hallé, no lo sé decir,
emboscado en un lugar,
adonde, si supe entrar,
jamás acerté a salir,
hasta que ayer, por la tarde,
loco de otero en otero,
vi un mancebo ganadero
tras una vaca cobarde.
Llaméle: vino volando;
que, aunque rústico en el corte,
tenía humos de Corte
y conocióme en llegando.
Dile de mi suerte cuenta
y díjele cómo había
dos días que no comía.
Sintió mi mal, por afrenta;
llevóme a su choza, adonde
dormí y cené aquella noche,
por ser ya el tiempo que el coche
de Apolo en el mar se absconde;
y ensillándome una yegua,
antes que el sol otra vez
dorase al mundo la tez,
estaba de aquí una legua.
Pero, por no le causar
al reino algún alboroto
y venir cansado y roto
quise con la noche entrar.

REINA. (Mejor de lo que pensé (*Aparte.*)
lo finge su gravedad;
basta para hacer verdad
lo que en la vida lo fué.)

DUQUE. ¡Muy bien anduvo el villano!

CONDE. Yo sé que el premio fué tal.

ALTEMIO. Mi cetro tuve, real,
para dársele en la mano;
porque, aunque fué pensamiento
difícil de ejecutallo,
tuve por honra intentallo
por ser de agradecimiento.
Una cadena de oro
le di y un blanco diamante,
que ha dicho algún ignorante
vale más que mi tesoro;
y, al fin, amigable y grata
mi larga voluntad, Conde,
mina abundante de donde
podrá sacar oro y plata.

REINA. (Roberto, ¿no me dijiste
(*Aparte a* ROBERTO.)
que ejecutaste su muerte?)

ROBERTO. (No sé lo que responderte.)

REINA. (Basta; engañarme quisiste.)

(*Salga el* PRÍNCIPE JACOBO, *hijo de* ANTÍOCO *y de la* REINA, *galán.*)

PRÍNCIPE. ¡Oh, padre!

ALTEMIO. ¡Oh, hijo!

PRÍNCIPE. ¡Señor!,
¿vivo? ¿Cómo? No lo creo,
por más que engaño el deseo,
que es muy incrédulo Amor.

ALTEMIO. Vivo estoy, pues vedme aquí,
gracias al que me dió vida.

PRÍNCIPE. ¿Distes alguna caída?

ALTEMIO. Antes, Príncipe, subí.

PRÍNCIPE. ¿Fué por algún monte arriba?

ALTEMIO. Por un monte coronado
subí, aunque algo violentado,
que todo en ventura estriba.
Yo vengo algo mal dispuesto
y querría descansar;
que cansancio y mal pasar
me han rendido y descompuesto.
Muy bien os podéis volver;
porque por algunos días
quiero en estas caserías
el ánimo entretener.

CONDE. Tu hechura somos; forzoso
será que te obedezcamos;
como nos mandas, nos vamos.

ROBERTO. (¡Caso extraño y prodigioso!)

DUQUE. Perdona el atrevimiento,
Reina, y nuestro celo abona.
REINA. No es yerro el que a la corona
ampara con fundamento.
La causa ha sido de suerte
que a tal exceso obligó:
ni fuera discreta yo
a sentirlo de otra suerte.
Y ansí, Duque, yo os perdono.
Levantaos.

(*Levántanse los* GRANDES *y vanse. Quedan la* REINA *y* ALTEMIO.)

ALTEMIO. ¿Qué le parece
a su alteza?
REINA. Que merece
tu gravedad mayor trono.
Ya te vengo a conceder
la buena eleción que hice.
Vamos.
ALTEMIO. No te escandalice
lo que me vieres hacer.

FIN DEL ACTO PRIMERO

La famosa comedia del REY POR SU SEMEJANZA, *de Lópe Félix Vega Carpio. Con nombres de autores* (1).

FIGURAS DESTA COMEDIA

ANTÍOCO, *Rey de Asiria*.
ALBERTO.
FILIPO.
AURELIO.
Un CRIADO.
EL DUX FEDERICO.
MARQUÉS FABRICIO.
DUQUE.
LA REINA.
ALTEMIO, *labrador*.
EL PRÍNCIPE JACOBO.
JULIA, *dama*.
RISEO, *labrador, padre de* ALTEMIO.
CONDE ARNESTO.

ACTO SEGUNDO

de EL REY POR SEMEJANZA EN ASIRIA.

(*Salgan* ALTEMIO, AURELIO, FILIPO, ALBERTO, *con unos memoriales. Siéntase* ALTEMIO.)

AURELIO. Esta es la limosna que hace
vuestra alteza de dos mil
doblas a señor San Gil,
obra que a Dios satisface,
para ayuda a levantar
la obra que se cayó.
ALTEMIO. ¿Cómo? ¿No la mandé yo,
decí, a mi costa labrar?
AURELIO. No, señor.
ALTEMIO. Pues, secretario,
hágase a mi costa propia,
que ahí se emplea bien la copia
de las rentas de mi Erario.
ALBERTO. ¿Quién al Rey, Filipo, ha hecho
tan limosnero y tan santo?
FILIPO. De eso me admiro y espanto.
ALBERTO. Trocado está su mal pecho,
pues vi que para mandalle
dos mil ducados ayer
a San Gil, fué menester
dos mil memoriales dalle.
AURELIO. Esta es la merced, señor,
que al Conde Arnesto le hiciste.
ALTEMIO. ¿Y es, Aurelio?
AURELIO. ¿No le diste
para él y su sucesor,
o sucesores, de renta,
sobre tus rentas reales
dos mil ducados?
ALTEMIO. Tú sales
de seso, Aurelio, en mi afrenta.
Pues ¿qué valen, cada un año,
las del Conde en sus Estados?
AURELIO. Valdránle cien mil ducados,
y no pienso que me engaño:
y cincuenta mil tenía
y tantos, antes de entrar
en tu servicio, y privar.
ALTEMIO. ¡Grande es la largueza mía!
¡Cien mil! Y ¿qué me valdrán
los míos, Aurelio, a mí,
que para aumentar así
los suyos, menguado habrán?
AURELIO. Para ser tú Rey, y él Conde,
menos tienes que no él.
ALTEMIO. Pues cobraréle yo de él,
si él a quien es corresponde.
AURELIO. De aquesto te certifico.
ALTEMIO. Justo es que mi hacienda cobre;
que no es justo esté un Rey pobre
por hacer a un Conde rico.
Rompe ese papel.
AURELIO. Primero
es bien que adviertas, señor,
que tu palabra es tu honor.
ALTEMIO. Pues ¿qué honor perder espero?
No me acuerdo de haber dado
esa palabra hasta hoy;
y si la he dado, no estoy

(1) Faltan esos nombres. Este encabezado es de letra distinta del texto, pero del siglo XVII.

a sustentarla obligado,
que es en todo contra ley,
y en daño de la corona,
y el defenderla le abona
en aqueste caso al Rey.
Bueno es que un Rey, como yo,
que dé; y no tan de ordinario
que le sea necesario
después pedir lo que dió.
Que más llegado a la ley,
si os parece, Aurelio, hallo
que pida al Rey el vasallo,
y no al vasallo su Rey.

ALBERTO. (¿Hay más extraña mudanza,
Filipo?)

FILIPO. (Pues con Arnesto,
el Conde, se ha descompuesto,
¿qué hay que fiar en privanza?
Ayer un Sardanapalo,
pródigo, injusto y vicioso,
hoy Trajano virtuoso.
¿Hoy tan bueno, ayer tan malo?)

AURELIO. Aquéste es de aquel soldado
que, yendo, señor, contigo,
estropeó el enemigo
en el reencuentro pasado.

ALTEMIO. ¿Qué le he mandado yo dar
a ése?

AURELIO. Veinte ducados,
que es el sueldo de soldados,
donde los quiera tomar;
y ciento y treinta de ayuda
de costas.

ALTEMIO. Muy poco es.

AURELIO. ¿Poco dices?

ALTEMIO. Poco, pues.

AURELIO. Tú lo mandaste, sin duda.

ALTEMIO. Dadle doblado su sueldo,
y cuatrocientos escudos
de ayuda de costa.

FILIPO. Mudos
nos tiene.

AURELIO. Se hará. (1)

ALTEMIO. Haceldo.
¿Qué es eso?

AURELIO. Estas, señor, son
mil doblas que cada un año
mandaste dar a Coraño,
tu truhán.

ALTEMIO. ¡Gentil razón!
¿Mil doblas? ¿Mil a un truhán,
de renta? Pues ¿qué he de dalle
que baste, Aurelio, a premialle,
a un soldado, o capitán,
que, después de haberme hecho
de mil Estados señor,
sin que pudiese el temor
hallar entrada en su pecho,
escapa, casi en pedazos,
y de roto, sin pellejo,
pobre, desvalido y viejo,
si con piernas, no con brazos?
Será, Aurelio, menester
empeñar en caso tal
mi patrimonio real
para le satisfacer.
Haz, Aurelio, se le den
cien escudos a ese hombre
de renta, que con su nombre
es renta que suena bien.
Que no sólo he de mirar,
Aurelio, el servicio hecho,
sino al hombre que le ha hecho,
para haberle de premiar.
Que aunque el servicio sea igual
en dos, mirado en rigor,
tiene mucho más valor
en el hombre principal.

(Entra el CONDE.*)*

CONDE. ¿Qué hace su alteza?

FILIPO. Aquí está.

CONDE. ¡Oh, señor!

ALTEMIO. ¿Quién es?

FILIPO. El Conde.

CONDE. Yo soy.

ALTEMIO. ¿Vos?

ALBERTO. No le responde
como suele.

FILIPO. ¡Bueno va!

CONDE. Eche vuestra alteza aquí
su sello.

(Dale un pliego de papel blanco.)

ALTEMIO. Este es papel blanco.

CONDE. ¿Pues es nuevo (1) darme en blanco
su alteza su sello a mí?

ALTEMIO. ¿Deja, por eso, de ser
hecho muy perjudicial
a mi corona real?
¿No es muy claro de saber?
¿Bien es, si en él no hay lealtad.

(1) En el original "Ansí se hará"; pero el verso resulta muy largo.

(1) En el original "bueno".

que el Rey fíe de un vasallo
su reino, y por sólo honrallo
arriesgue su majestad?
¿No sabrá mejor juzgar
un Rey, vedlo, Conde, vos,
que es inspirado de Dios,
que un hombre particular?
Pariente, el vulgo comienza
a mormurar con espanto
de nuestra amistad, que a tanto
llega ya su desvergüenza.
Estaos, Conde, en vuestra casa
y excusaos, desde este día,
de no venir a la mía
entre tanto que esto pasa.

CONDE. Pues ¿cómo?

ALTEMIO. Haced lo que os digo
y creed, no dudéis de ello,
que soy, en no querer sello,
más que nunca vuestro amigo.
Pues, si hoy perdéis en mí uno,
mil por uno granjearéis;
que, aunque pensáis que tenéis
muchos, no tenéis ninguno.

CONDE. ¿Yo, yo, señor, enemigos?

ALTEMIO. ¿Veis como estáis engañado?
¿Cuándo, Conde, hubo privado
de Monarca con amigos?

CONDE. Yo los tengo.

ALTEMIO. No creáis tal,
que aunque os honran y acompañan,
Conde, todos os engañan
y todos os quieren mal.
Aquél, porque en su locura
fundaba (1) su pretensión,
sin justicia ni razón,
no tuvo con vos ventura.
Aquéste, porque le distes
todo lo que pretendía,
que allí la invidia se cría
en la merced que le hicistes.
Porque está ya el mundo tal,
Conde amigo, que también
se ofende el hombre del bien
como se ofende del mal.

CONDE. Sí, mas...

ALTEMIO. Esto nos conviene;
aunque mucho más a vos,
pues la amistad de los dos
por vos menos fuerza tiene.
Que, al fin, sois lo más delgado,
y el vulgo, para vencer,
no tiene de acometer
por lo más fortificado.
Ios a descansar.

CONDE. No quiero
replicarte.

(Vase.)

ALBERTO. ¿Fuése?

AURELIO. Fuése.

ALTEMIO. Y ¿qué memorial es ése?

FILIPO. Este sí es Rey verdadero.

AURELIO. Aquéste es de los vasallos
de los señores, señor,
de tus reinos; en rigor
indignos de gobernallos.

ALTEMIO. ¿Qué piden?

AURELIO. Lo que contino:
que pongas, señor, remedio,
metiéndote de por medio,
en daño tan peregrino.
Porque son tantos los pechos,
tributos e imposiciones,
agravios y vejaciones,
con que los tienen estrechos,
echándoles cada día
a fin de los consumir,
que no lo pueden sufrir.

ALTEMIO. ¿Todavía?

AURELIO. Todavía.

ALTEMIO. Muy mal lo hacen conmigo
los señores de mi reino.
¿Reino, por dicha, o no reino,
pues no temen mi castigo?

(Salga la REINA.)

REINA. ¿Dónde está el Rey?

ALTEMIO. ¡Oh, señora!

REINA. Rey y señor...

ALTEMIO. Reina mía:
a no salir tan de día
os tuviera por la aurora.
Sentaos.

REINA. Retórico estáis.

ALTEMIO. Es gran retórico Amor.

REINA. Hacéisme tanto favor,
que temo que me engañáis.

ALTEMIO. Pues creed que no os engaño
en lo que os digo, y que son
mi lengua y mi corazón
cortadas de un mismo paño.
Y ansí, ni en favor ni en mengua,
si el corazón no la mueve,

(1) En el texto: "fundólo".

jamás, señora, se atreve
hacer su oficio la lengua.
Vuestro soy; no dudéis de ello.

REINA. ¿Mío? Esa es falsedad.

ALTEMIO. Testigo es de esta verdad
lo mucho que gano en ello.

REINA. ¡Tierno estáis!

ALTEMIO. Soy blanda cera
al sol, y aunque ivierno tarde,
de manera abrasa y arde
que bronce me enterneciera.
Yo he visto salir al sol,
cuando sale más bizarro
sobre su triunfante carro
y nubes de su arrebol.
Yo he visto a Diana hermosa
creciente en el Cielo franco,
y he visto al jazmín (1) más blanco
de verse junto a la rosa.
Yo, a los pájaros ufanos,
casi al despuntar del alba,
al sol hacerle la salva
con cantares soberanos.
Yo he visto al bello Calixto,
entre los demás luceros;
pero cuando llego a veros,
me olvido de cuanto he visto.

REINA. Pues yo bien puedo decir
que desde que supe amaros,
por no dejar de miraros,
nunca he visto al sol salir.

ALTEMIO. Muy diferente en los dos,
según eso, está el deseo;
que yo, cada vez que os veo,
le veo salir en vos.
Vuestro soy hasta la muerte.

REINA. Y yo vuestra mientras viva.

ALTEMIO. ¿Mía?

REINA. ¿Quién lo duda?

ALTEMIO. Altiva
está de ufana mi suerte.
¿Que sois mía?

REINA. Caso es llano.

ALTEMIO. ¿Es posible?

REINA. ¿Eso dudáis?

ALTEMIO. ¡Loco estoy!

REINA. Bien lo mostráis.

ALTEMIO. Dadme, mi bien, una mano.

REINA. Salíos todos allá fuera.

(*Vanse. Quedan los* REYES.)

ALTEMIO. Ya no hay que tener temor,
pues me da la mano Amor
para subir a su esfera.
¡Oh, mano! ¡Oh, puro cristal!
¡Oh, nieve donde me abraso!

REINA. Pues, Altemio: paso, paso.

ALTEMIO. Estoy, señora, mortal.

REINA. Famosamente de bien
significas tu pasión; (1)
bien sigues una afición:
sin duda has querido bien.

ALTEMIO. ¿Yo, fingir?

REINA. Porfía, [porfía,]
que finges bien.

ALTEMIO. No me asombres.

REINA. Si así son todos los hombres,
¡mal haya quien de ellos fía!

ALTEMIO. ¿Yo, fingir?

REINA. Pues ¿quién mejor
sabe fingir ni mentir
que tú? Nadie.

ALTEMIO. ¿Yo, fingir?
Agravio es contra mi honor.
¿Quién te ha dicho esa mentira?

REINA. ¿Mentira? Luego ¿no ha sido
amor, Altemio, fingido
tu amor?

ALTEMIO. Reporta la ira
y dame, Reina, a entender
cómo se finge el Amor;
porque, aunque no soy traidor,
lo he deseado saber.

REINA. Bien está; suelta la mano,
villano; que bien se ve,
pues te vas a ella del pie,
que eres, Altemio, villano.

ALTEMIO. ¿Tan fiera?

REINA. Luego ¿entendiste
que el amor que te he mostrado
no era amor disimulado?

ALTEMIO. ¡Y qué al vivo lo fingiste!
¿Qué mucho que yo entendiera
que no lo era por mi muerte?
Sí, tú lo finges de suerte
que aún no creo que lo era;
porque, como yo lo ignoro,
no creí que hubiera quien
supiera fingir tan bien,
pasar alquimia por oro.
Entrambos nos engañamos:
yo en darte crédito así,

(1) El original dice "jardín".

(1) En el original "afición".

y tú en no creerme a mí:
pagados, Reina, quedamos.
Tú juzgaste por tu pecho
el mío, gran desvarío;
y yo el tuyo por el mío:
mal hice, no fué bien hecho.
Volvamos, Reina, a juzgar
yo mi pecho por el tuyo
y tú el tuyo, bien arguyo,
por el mío, si hay lugar.
Y si acaso te encrueleces,
porque te pierdo el decoro,
creerás que yo te adoro,
y yo que tú me aborreces.

REINA. De oírte he quedado en calma.
¡Suelta la mano, villano!

ALTEMIO. No quiero; mantenme mano,
pues que me has ganado el alma

REINA. ¿Quién te ha dado atrevimiento
para atreverte, traidor,
a las puertas de mi honor
con aqueste pensamiento?
¿Qué viste en mí, que creíste
que no era satisfación, (1)
donde te desvaneciste?
¿Qué error, qué desenvoltura
viste en mí, que te dió alas,
Icaro, que a Icaro igualas,
para intentar tal locura;
que lo deseo saber?

ALTEMIO. Ninguna; nadie lo ignora;
que en ti no pudo, señora,
desenvoltura caber.
Que si tu pecho conquisto
y a quererte me atreví,
más ha sido verme a mí
que no por lo que en ti he visto.
Vite, para mis enojos,
un día fiero y cruel,
no sé si con la luz de él
o con la de aquesos ojos.
Quise arrojarme a quererte;
vi tu gravedad; volví
los ojos a verme a mí,
medroso de merecerte.
Halléme de oro cargado;
señor, majestad y alteza;
coronada la cabeza
y con tu ser igualado;
volví otra vez a mirarte,
olvidado del sayal;
vime, cual digo, tu igual
y arrojéme a idolatrarte.

REINA. Pues vuelve a mirarte y mira
que eres un villano tosco,
Altemio, y que te conozco
y todo eso es mentira.
Vete, Altemio, poco a poco.

ALTEMIO. Mal puedo.

REINA. Por mi corona.

ALTEMIO. He de adorarte; perdona.

REINA. Basta; voime, que estás loco.

(Vase.)

ALTEMIO. ¿Qué es aquesto? ¿Quién trocó
mis humildes pensamientos
en locos atrevimientos
y a mí de mí me sacó?
¿No soy Altemio, un pastor
pobre, humilde y desvalido,
al pie de un monte nacido,
de su condición y humor?
¡Válgame Dios, en qué he dado!
Mas no lo debo de ser,
que ya en el mundo es nacer
mudar un hombre de estado.
Pero ¿qué mucho que un hombre,
si ayer se vió de él ajeno,
hallándose hoy de oro lleno,
se desvanezca y asombre?
Si un árbol desnudo y seco,
florido en la primavera,
no parece el mismo que era
según está grave y hueco,
sin duda aguardaste a verme,
amor tirano y sin ley,
con pensamientos de rey
para ver de acometerme.
Que mientras cabras seguía
no viniste, bueno o malo;
porque en el ocio y regalo
es donde el Amor se cría.

(Vase. Salgan los GRANDES *del reino, el* DUQUE, *etcétera.)*

DUQUE.

¿Qué nos puede querer el Rey?

ROBERTO.

El Conde
Arnesto lo dirá, como quien sabe
todos los aposentos de su pecho.

CONDE.

Ya, Roberto, ese tiempo se ha pasado,
pues ni yo soy quien fuí, ni el Rey quien era.

(1) Falta un verso a la redondilla.

ROBERTO.

¿Qué decís?

CONDE.

Luego, ¿no lo habéis sabido?
Ayer, yéndole a hablar, como solía,
fiado en la merced que me hizo siempre,
entré a verle, y tomando por achaque
no sé qué disparates y quimeras,
sin más causa y razón que la mudanza,
me mandó expresamente que me fuera
a descansar.

ROBERTO.

¿Burláis?

CONDE.

¡Muy bueno es eso!
Si los ojos testigos fidedignos
no me certificaran que es, Roberto,
el mesmo que antes era, imaginara
que no era el Rey Antíoco de Asiria
el que hoy la rige, nos gobierna y manda,
vistas las novedades que se han visto.
Las casas de placer, cuyos jardines
se atrevieran al mesmo Paraíso,
adonde celebró banquetes tantos,
las ha mandado dar a religiosos.
Todo le ofende, nada le da gusto;
hoy aborrece lo que ayer quería;
ya no sale de noche como de antes
a inquietar la ciudad y sus doncellas.
Las mercedes superfluas que otras veces
le vi hacer sin fundamento alguno,
son ya limosnas grandes que hace a pobres;
las mujeres, que un tiempo eran sus ídolos,
en cuyo vicio pareció Heliogábalo,
harpías y demonios le parecen.
Los banquetes costosos y superfluos,
ayunos, oraciones y plegarias;
para concluír y encarecello,
ama [a] la Reina y aborrece a Julia.

DUQUE.

Dícenme, pues, que no duerme con ella.

CONDE.

Es terrible mujer la Reina, y mientras
le durare el enojo, no me espanto
que le niegue la cama, por vengarse.

ROBERTO.

Notable trueco ha sido.

CONDE.

No os espante,
que de Nerón se cuenta que fué un príncipe,
en los primeros años de su imperio,
más justo que hasta entonces había visto
Roma, con ser su antecesor Augusto; (1)
y en medio de este extremo de justicia,
se trocó, sin pensar, a los extremos
de su mucha crueldad y tiranía.

DUQUE.

Contrario de Nerón es nuestro Antíoco,
según eso, pues siendo un rey vicioso
en los principios de su edad primera,
ha trocado en aquésta los extremos.

MARQUÉS.

El Rey viene.

ROBERTO.

¿Qué es él? Nadie se altere.

CONDE.

Agora se verá lo que nos quiere.

(*Salen* ALTEMIO *y el* PRÍNCIPE. *Siéntanse.*)

ALTEMIO. Venid, Príncipe.
PRÍNCIPE. ¿Qué manda
vuestra alteza?
ALTEMIO. Solamente
que os halléis aquí presente.
DUQUE. (¡Terrible es! ¡Terrible anda!)
PRÍNCIPE. Tu gusto, señor, es ley:
manda.
ALTEMIO. Quiero que aprendáis,
para cuando lo seáis,
de mí, Príncipe, a ser rey.—
Duque, Roberto, Marqués,
parientes, amigos míos,
alzad del suelo, cubríos.
MARQUÉS. Danos a besar los pies.
ALTEMIO. Yo estoy con necesidad
muy grande, y he menester
saber (2) quien ha de tener
firme en pie la majestad.
Paréceme justo, digo,
que sería buena obra
que de la renta que os sobra
partáis, parientes, conmigo.
Porque no es razón, teniendo
tan poderosos vasallos,
que esté un rey, por no enojallos,
necesidad padeciendo.
Que aunque todos mis Estados
me rinden oro sin cuenta,

(1) En el texto "Trajano".
(2) En el texto original "tener".

no alcanza al gasto la renta
con docientos mil ducados.
Con ésto sólo quisiera,
parientes, que me acudáis
cada uno, si gustáis,
y cosa posible fuera.
A poco cabéis, y ansí
habrá paz entre nosotros,
pues cuando os falte a vosotros
podréis pedírmelo a mí.

DUQUE. Tiene razón vuestra alteza,
que ya vemos que está pobre,
y que no es bien que nos sobre
estando en tanta pobreza.
Pero mil inconvenientes,
con ser el caso tan justo,
nos le muestra tan injusto
con razones evidentes.
Si, en buena conformidad,
vuestra alteza ha menester
nuestra hacienda, puede hacer
de todas su voluntad.
Yo, por todos, desde aquí
se las ofrezco y presento,
que este noble pensamiento
sé que no está sólo en mí.
Pero por obligación,
que allí el vulgo pecho llama,
no da honra, pero infama
nuestra grandeza y blasón.

ROBERTO. Lo mesmo que el Duque dice
digo yo y los que aquí estamos.

MARQUÉS. Su parecer aprobamos.

CONDE. Y es justo que se autorice.

ALTEMIO. Si sólo eso os da cuidado,
yo no lo pido por pecho.

DUQUE. Lo que el Rey pide de hecho
pecho es, señor, disfrazado.

ALTEMIO. ¿Qué importa, cuando lo sea?

DUQUE. ¿Cómo qué importa, señor?
Perder todo nuestro honor,
y el perderle es cosa fea.
Que el pedir a sus vasallos
un rey lo que no está bien,
resuelto en que se lo den,
no es pedir, sino forzallos.

ALTEMIO. Basta, basta, basta haber
dado a entender vuestro pecho;
ya yo estoy de él satisfecho;
pero esto, en fin, ha de ser,
y lo querré.

DUQUE. No importa nada
querer, señor, vuestra alteza,
supuesto que es la cabeza,
si a todo el cuerpo no agrada.

ALTEMIO. ¿Sabéis que soy vuestro Rey?

CONDE. Nosotros Grandes del reino.

ALTEMIO. Sí, pero yo solo reino.

MARQUÉS. Ajustándote a la ley.

ALTEMIO. Esto es ser rey. ¿Quién os da
licencia para atreveros
a tan grandes desafueros?
El cetro en mi mano está,
¿qué atrevimiento es aquéste?

ROBERTO. Esto no es atrevimiento.

ALTEMIO. Yo haré que sea escarmiento
y más de dos vidas cueste.

DUQUE. Vuestra alteza haga su gusto,
que yo, a trueco de vivir,
no tengo de consentir
en negocio tan injusto.

(Vase.)

CONDE. Yo digo lo mesmo.

(Vase.)

MARQUÉS. Y yo.

ROBERTO. El Duque anduvo muy bien.

MARQUÉS. Yo lo apruebo.

(Vase.)

ROBERTO. Y yo también.

PRÍNCIPE. ¿Para esto me llamó?

ALTEMIO. ¿Aurelio?

AURELIO. ¿Señor?

ALTEMIO. Escucha.

AURELIO. ¿Qué mandas?

ALTEMIO. Llega al oído.

(Habla al oído.)

ALBERTO. Mucha paciencia ha tenido
el Rey.

FILIPO. Su paciencia es mucha.

PRÍNCIPE. Si con aquestos ejemplos
a ser rey me has de enseñar,
bien me podrán levantar,
como a los antiguos, templos.

AURELIO. Haráse como lo mandas.

ALTEMIO. Mira que amanezca hecho.

PRÍNCIPE. ¡Por mi fe, gallardo pecho!
Camina. ¿Cómo no andas?

ALTEMIO. El noble ansí da los frutos.

PRÍNCIPE. ¡Bueno es querer enseñarme
a ser un rey justo y darme
lecciones de echar tributos!
¡Bueno es!...

ALTEMIO. ¿De qué mormuráis?

Nunca condenéis las cosas,
aunque os parezcan viciosas,
hasta que su fin veáis.
Porque mil cosas parecen
virtuosas comenzadas
que ya, después de acabadas,
se aniquilan y oscurecen,
y muchas, al parecer,
tienen [un] principio ruín,
y miradas en su fin
no se dejan conocer.

PRÍNCIPE. ¿Qué he dicho yo?

ALTEMIO. Recogeos.
Yo sé bien lo que habéis dicho.

(Vase.)

Amor, con este entredicho
bien medirás mis deseos.
¿Qué piensas de mí hacer
sobre la cumbre del cielo
do estoy, tan lejos del suelo,
cuanto cerca de caer?
Yo no tengo de parar
si mi cetro no está quedo:
subir a más ya no puedo;
luego es forzoso bajar.
Busco medio y no le hallo
para matar al deseo
con lo mesmo que deseo; (1)
pero todo es imposible
para mí; pues si alcanzallo
es imposible, olvidallo
tampoco es cosa posible.
Mas yo parezco de suerte
al Rey, que ella misma hoy
está en duda si lo soy
con ser causa de su muerte.
¿Qué mejor remedio para
salir con mi pretensión?
Notable imaginación;
grande hecho; hazaña rara.
Valerme de ella pretendo,
que aquí no es traición el dolo.

(Entra la REINA.*)*

REINA. ¿Está vuestra alteza solo?

ALTEMIO. Ya el sol viene amaneciendo.
¿Cómo lo puedo yo estar,
pues no me aparto de vos?
Solos estamos los dos.

REINA. ¡Qué bien sabéis granjear!

ALTEMIO. Pues si granjear supiera,
¿quién más dichoso que yo?

REINA. (¿Es posible que este no
es el Rey? ¡Desdicha fiera!)
Mientras más me aseguráis,
os creo con más temor.

ALTEMIO. De eso se agravia mi amor.

REINA. En efeto, ¿vos me amáis?

ALTEMIO. Si no fuera más que amaros,
señora, el quereros bien,
no me ofendiera el desdén
que me obliga a idolatráros.

REINA. Si el temor lugar me diera
para creeros, ninguna
de las que aman su fortuna,
más que yo dichosa fuera.
Pero como me ve incierta
de vuestro amor mi ventura,
yendo a entrar, quieta y segura,
se vuelve desde la puerta.

ALTEMIO. Testigo, señora, es Dios
de mi amor.

REINA. ¿Y si mentís?

ALTEMIO. ¿Yo?

REINA. Mirad lo que decís.

ALTEMIO. Mirad lo que decís vos.

REINA. Yo os amo: esto es lo que digo.

ALTEMIO. Yo os adoro.

REINA. No mintáis;
mirad que conmigo habláis.

ALTEMIO. Mirad vos que habláis conmigo.

REINA. Con vos hablo, no estoy ciega.

ALTEMIO. Pues dadme dos mil abrazos.

REINA. ¡Ay, Jesús! Detén los brazos.
¿Qué furor tu seso ciega?

ALTEMIO. ¿Qué sobresaltos son éstos?
Amor, ¿por qué [a] cada rato
me has de tocar a rebato?
Falsos son tus pensamientos; (1)
ya no hay que disimular:
baste, hablemos claro, baste.
El Rey soy, a quien mandaste,
tirana Reina, matar.
Y si yo he disimulado
hasta agora, sólo ha sido
por saber lo que he sabido
en Altemio transformado.
Antíoco soy, tu esposo,
no Altemio, pobre villano.

(Hace que se va y tiénele ella.)

REINA. ¡Esposo, oye, ten la mano!

(1) Falta un verso para acabar la cuarteta.

(1) No consuena con "éstos".

¿Qué es esto, Cielo piadoso?
¡Señor, Rey, esposo, aguarda,
mi bien!

ALTEMIO. ¿Qué es lo que me quieres,
infamia de las mujeres,
que mi venganza se tarda?

(Vase.)

REINA. Oye, Rey, esposo, advierte.
Ya el alma a temer comienza,
más movida de vergüenza
que del temor de la muerte.
Este dice que es el Rey,
y aunque quiera porfiar
no se lo puedo negar,
¡oh, qué rigurosa ley!
porque aunque yo en mi favor
tenga haberme confesado
que su linaje y estado
no es más que de labrador,
tiene de su parte hecha
tan legítima probanza
con su rostro y semejanza,
que deshace la sospecha.
Mas sea el Rey o sea Altemio,
que tan malo es que sea el uno
como el otro, si ninguno
me ha de dar palma ni premio,
pues si es el Rey, por mi error
no está segura mi vida;
si Altemio, seré querida,
pero a riesgo de mi honor.
Porque gozarme un villano
con título de mi esposo,
es caso vil y afrentoso
en sí, aunque no esté en mi mano.
Perdida soy. ¿Qué he de hacer?
¿No podría (1) saber yo
si aquéste es el Rey o no?
Mas ¿cómo lo he de saber?
Mas ¿no me dijo que tiene
padre, dónde vive y cómo
se llama? Hoy, sin duda, tomo
puerto: es traza solene.
¡Hola!

FILIPO. ¿Señora?

REINA. ¡Oh, Filipo!

FILIPO. Tu hechura soy.

REINA. Ya tú sabes
que de mis secretos graves
entre todos te anticipo.
A mí me importa, en efeto,
la vida y todo el honor
verme con un labrador,
y esto con mucho secreto.
Ven conmigo y te diré
su nombre, casa y lugar.

FILIPO. Bien puedes de mí fiar,
que con secreto lo haré.

(Vanse, y salen ROBERTO *y* JULIA, *dama.)*

JULIA. Pues ¿la Reina?

ROBERTO. Ya no reina,
a lo menos en mi pecho,
después, Julia, que te he hecho
de mi pecho y alma reina.

JULIA. No te entiendo.

ROBERTO. Donde amor
no reina, habla muy oscuro.

JULIA. ¿Es griego?

ROBERTO. Yo te lo juro,
y más si lo es de traidor.
Ya sé que quieres al Rey
agora que no te quiere.

JULIA. También tú, claro se infiere,
me quieres por esa ley.
Verdad que el Rey, bien dijiste,
me ama, y yo le desprecié,
que fué cuando yo te amé
y cuando me aborreciste.
Mas helóse en mi desdén,
cuando me abraso en sus llamas,
que es al punto que me amas
y te aborrezco también.
Déjame tú a mí de amar,
pues tan fácil te parece,
y no a la que te aborrece
pretendas a su pesar.

(Vanse, y salen los GRANDES.)

DUQUE. ¡Vengo loco!

MARQUÉS. ¡Yo asombrado!

CONDE. ¡Yo quiero hablar y no acierto!

ROBERTO. ¿Caballeros?

DUQUE. ¡Oh, Roberto!

ROBERTO. Contadme lo que ha pasado.

DUQUE. Pues ¿preguntas de esa suerte?
¿No habéis visto el gran teatro
adonde de todos cuatro
se representa la muerte?

ROBERTO. ¿Qué decís?

DUQUE. Pues ¿no ha mandado
hacer, a su modo y traza,

(1) En el original "¿Cómo podré", que desluce la expresión del pensamiento.

en la mitad de la plaza
un cadahalso enlutado?

ROBERTO. ¿Burláis?

CONDE. Aquesta mañana,
no es burla, a fe, amaneció
hecho.

ROBERTO. ¡No lo he visto yo!

MARQUÉS. ¡Oh, qué quimera tan vana!

ROBERTO. ¿Y de quién habéis sabido
que ese teatro funesto
para los cuatro se ha puesto?

DUQUE. De haberle ayer ofendido.

ROBERTO. No tengáis temor que a tal
se atreva.

MARQUÉS. No seso fuera,
si fuera el mesmo que era,
que da forma el natural.

DUQUE. Si ello va a decir verdad,
yo le he cobrado temor.

MARQUÉS. Yo pienso que aún es mayor
el mío que su crueldad.

CONDE. Callo por no oscurecer
a mi honor, que es mi contrario.

ROBERTO. El es hombre temerario.

DUQUE. Con eso se hace temer.

(Salgan ALTEMIO *hablando con* AURELIO *y el* PRÍNCIPE *con* ALBERTO.)

PRÍNCIPE. ¿A quién no ha de alborotar
ver un cadahalso, Alberto,
todo de luto cubierto
en semejante lugar
sin saber para quién es?

ALBERTO. Por ahí, señor, se dice
ya...

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

ALBERTO. No te escandalice.

PRÍNCIPE. Dilo, acaba.

ALBERTO. Escucha, pues.

ALTEMIO. ¿Y el verdugo?

AURELIO. Ya, señor,
en ese cadahalso espera.

ALTEMIO. Bien está. De esa manera,
¿preveniste al confesor
que los ha de confesar?

AURELIO. Dos frailes están aquí.

CONDE. (Fuera estoy, Duque, de mí.)

ALTEMIO. Hazlos, Aurelio, llamar.

AURELIO. ¿A todos?

ALTEMIO. Al conde Arnesto,
a Roberto y al Marqués,
y al Duque, acabemos, pues.

DUQUE. (¿En qué ha de parar aquesto?
El cadahalso en la plaza
de luto negro vestido;
el verdugo apercebido,
y el confesor. Esta es traza.)

ROBERTO. (¿Es posible, no lo creo,
que ha de tener brío y pecho
para emprender tan gran hecho
el Rey?)

CONDE. (Yo sí, que lo veo.
Mi voto es que concedamos
con tan pequeño interés,
pues con lo quende es (1)
con lo que nos excusamos.
Que, pues, sabiendo tan claro
quien somos y que podemos
resistirnos, si queremos,
pues somos del reino amparo,
se atreve, Duque, a emprendello
y en ello mismo mostrarse,
sin duda debe de hallarse
con potestad para hacello.)

DUQUE. (El Conde tiene razón.)

(Ha estado hablando el REY *con el* PRÍNCIPE.)

ALTEMIO. Ya os digo que no juzguéis
las cosas como las veis
hasta su resolución.

DUQUE. ¿Qué nos manda vuestra alteza?

ALTEMIO. ¡Oh, Duque! ¿Habéisos mirado
bien en lo que os he impetrado?
Cubrid todos la cabeza.

DUQUE. Ya hemos mirado, y vemos
que es razón obedecerte.

CONDE. (¡Ah, lo que puede la muerte!)

MARQUÉS. Todos, señor, pretendemos,
con pecho y voluntad grata,
servirle; mas bien pudiera
tratarnos de otra manera
su alteza, que no nos trata.

PRÍNCIPE. (¡Muy buen modo es de obligallos
la muerte! ¡Bueno!)

CONDE. A nosotros...

ALTEMIO. Yo os trato como vosotros
tratáis a vuestros vasallos.
Si vosotros me enseñáis
a echarles (¡honrosos hechos!)
cada día nuevos pechos,
como, sin Dios, les echáis,
forzándolos a venir,
cuando no por bien, en ello,
por verse el cuchillo al cuello,

(1) Así en el original. No atinamos a enmendarlo.

cosa indigna de sufrir,
no es mucho que con tan diestros
maestros yo haya aprendido,
de las lecciones que he oído,
una contra mis maestros.
Que aunque jamás [a] saber (1)
estas cosas me acomodo,
sabéisme enseñar de modo
que lo he venido a aprender.
Y el discípulo que es diestro
en la esgrima, con la herida
de su maestro aprendida
suele herir al maestro.
¿Creéis tener potestad
vos, Conde, en vuestros vasallos
de oprimillos y vejallos
sin tener necesidad,
siendo no más de un señor
de mi reino, y no queréis
que yo, Rey, como sabéis,
sin conocer superior,
que en mis vasallos la tenga
para intentar otro tanto?
Si en lo uno no os espanto,
lo otro es bien que os convenga.
Tratad, Conde amigo, vos
a vuestros vasallos bien
y tratareos yo también
como me lo manda Dios.
El servicio que me hacéis
os remito, que mi intento
sólo fué con fundamento
que en aquesto os enmendéis.
En paz gozad vuestras rentas;
mas de camino os advierto
que será mi enojo cierto
si no os reducís.

DUQUE. ¿Qué intentas?
De otro segundo Trajano
has de alcanzar el renombre:
que bien es que al mundo asombre
un pecho tan justo y llano.
Por tan extraño camino
nos obligas que sospecho
que gobierna tu real pecho
el Espíritu divino.

MARQUÉS. Conclúyenos de manera
nuestro propio sentimiento,
que es ley este mandamiento,
cuando tu gusto no fuera.

(1) En el original "aprender", con lo que repite luego la palabra.

No sólo no añadiremos,
como mandas, nuevos pechos,
mas de los justos derechos
mucha parte quitaremos.

ALTEMIO. Con esto quedo obligado
a cualquier satisfación
y a haceros la refacción
de lo que fuere quitado.

ALBERTO. ¡Gran virtud!

AURELIO. ¡Gran traza!

ROBERTO. ¡Altiva!

ALTEMIO. ¿Qué decís, Príncipe, de esto?

PRÍNCIPE. Que ascendí, echado el resto.

DUQUE. ¡Antíoco viva!

TODOS. ¡Viva!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

de EL REY POR SEMEJANZA, EN ASIRIA.

(*Salgan la* REINA, FILIPO *y* RISEO, *labrador, padre de* ALTEMIO.)

RISEO. Dame tus pies a besar.

REINA. Levanta, amigo, del suelo.

RISEO. Prospere tu vida el Cielo.

REINA. ¿Vídote el Rey al entrar?

FILIPO. Nadie, señora, me vido.

REINA. Agradecida te estoy,
Filipo.

FILIPO. Tu hechura soy.

REINA. Basta; bien se ha parecido.
Yo me acordaré de ti.
Llámame, Filipo, acá
al Rey.

FILIPO. Voy.

RISEO. (¿Qué me querrá?)

REINA. Dile que le espero aquí;
que tengo a solas con él
un negocio de importancia.

FILIPO. Yo haré en que venga, instancia,

REINA. Eres [un] criado fiel.

RISEO. (¿Para qué podrá querer
a un humilde labrador,
tan humilde y sin valor
que apenas se deja ver?)

REINA. ¿Cómo te llamas?

RISEO. Riseo.

REINA. ¿Tienes hijos?

RISEO. No solía;

señora, que uno tenía,
pero ya sin él me veo.

REINA. ¿Murió?

RISEO. Hizo un desconcierto,
y fuéseme por ahí,
que es lo mesmo para mí,
señora, que haberse muerto.

REINA. ¿Era su nombre?

RISEO. ¿Su nombre?
Altemio.

REINA. (Verdad me dijo.
Altemio, sin duda, es hijo,
como dijo, de este hombre;
no, como me dice ahora,
mi esposo.) Pues ¿qué ocasión
le movió a esa sinrazón?

RISEO. Sólo reñirle, señora,
sus liviandades; matóme
un toro de una pedrada,
el mejor de la manada,
sin qué ni por qué; temióme.
Y porque no le riñera,
dejóme solo y se fué
por ahí, donde no sé.

REINA. ¡Valiente soldado era!

RISEO. Era un Locifer.

REINA. ¿Un toro
de una pedrada?

RISEO. Sansón
desquijaraba un león
con las manos.

REINA. No lo ignoro.

RISEO. Hombre era que clavaba
al novillo más valiente
una pedrada en la frente,
si a la frente le tiraba.
Pero no quiero alaballe,
que es mi hijo.

REINA. Bien dijiste.
Gallardo hijo perdiste;
razón tienes de lloralle;
con justa razón suspiras.
(Venciéndome va este hombre
con sus hazañas y nombre.
Amor, espera: ¿a quién tiras?)
Y ¿qué habrá que te dejó,
y se fué?

RISEO. Cosa de un mes.

REINA. (No hay que dudar, él es.
Fuera de que ayer me habló
más fiero que un áspid libio,
cuando me dijo que era
el Rey; y hoy vuelto de cera,
con más amor y más tibio.)
¿Conocerásle, si acaso
tuvieras dicha de velle?

RISEO. Pues ¿no había de conocelle?
¿Qué duda tiene?

REINA. Habla paso.

(*Entra* ALTEMIO.)

RISEO. (¡Cielos! ¿No es éste mi hijo?
El es, aunque más compuesto.)

ALTEMIO. (¡Mi padre aquí! ¿Cómo es esto?)

RISEO. (Renazca en mí el regocijo.)

REINA. (¡Qué bello talle! ¡Qué brío!
Ya de que [lo] sea me ofendo.)
¿Quién es?

ALTEMIO. (Ya lo que es entiendo.)

RISEO. Hijo, Altemio, ¡oh, hijo mío!

(*Quiere abrazarle.*)

ALTEMIO. ¿Qué dices, hombre?

RISEO. Señor,
que muchos años te goces.
¿A tu padre no conoces?

ALTEMIO. ¡Este es loco! ¡Extraño humor!

RISEO. Su rostro dice que es él;
mas si su rostro lo dice,
su trato lo contradice,
que para serlo es cruel.
Pues no es mi hijo en el trato,
no lo es en el rostro y nombre;
que el trato da forma al hombre,
no el rostro agradable y grato.
Perdona si te ofendí.—
¿No me dijiste, señora,
que era Altemio, pues?

REINA. Ahora,
mas que no lo sea así.

ALTEMIO. ¿Quién es aqueste villano?
(Mira si te soy leal,
Amor, pues al paternal
doy por tu causa de mano.)

REINA. ¿No conoces a tu padre?

ALTEMIO. Pues ¿cómo he de conocelle,
Reina, si tengo de velle
juntamente con mi madre?

REINA. Luego ¿no es tu padre aquél?

ALTEMIO. ¿Cuál?

RISEO. Yo. Pero no lo soy;
pues estando como estoy
aquí, preguntas por él.

ALTEMIO. ¿Tú eres mi padre?

RISEO. No sé.
¿Y tú, mi hijo?

ALTEMIO. Eso dices.
RISEO. Pues si tú lo contradices,
¿cómo yo lo afirmaré?
Antes que tú *no,* iba yo
a decir *sí,* mas temí
toparme con él, y así
me quedé entre el sí y el no.
¿Que no eres Altemio?
ALTEMIO. ¿Estás
en ti? (Mal dije, mal hago;
mal a mi padre le pago.)
REINA. Riseo, basta, no más.
Repórtate, que es el Rey.
RISEO. Pues ¿a qué efeto me dijo
su alteza que era mi hijo?
ALTEMIO. (¡Ah, mi padre! ¿Aquesto es ley?)
REINA. Sólo por ver si caías,
siendo padre, en el engaño.
Dijéronme, caso extraño,
por muy cierto, que tenías,
y no mintieron en ello,
un hijo tan parecido,
Riseo, al Rey, mi marido,
que era confusión el vello.
Y deseé de saber,
por ser de creer tan agro,
un semejante milagro,
y invié a llamarte ayer,
sólo por certificarme
si era mentira o verdad.
ALTEMIO. (¡Ah, mi padre! ¿No es crueldad?
Amor ha de perdonarme.)
RISEO. También a mí me dijeron,
ciertos hidalgos, un día
que Altemio al Rey parecía,
de que admiración tuvieron.
REINA. (Sin duda alguna es mi esposo:
y, dado que no lo sea,
Amor manda que lo crea,
y ansí creerlo es forzoso.)
ALTEMIO. (¡Afuera, Amor!, que no es justo
que, adonde está la razón,
perdóneme la afición,
vence la razón al gusto.
Pues no lo es que por honrarme
digan de mí unos y otros
que sé gobernar a otros
y a mí no sé gobernarme.)
¡Padre de mi corazón!
RISEO. ¡Altemio del alma mía!
¿Que se ha llegado este día?
REINA. (Llena estoy de confusión.
¿Hay más extraño valor?
Vencióme; pero no ha sido
mucho haberme a mí vencido
quien ha vencido al Amor.)
RISEO. ¿Qué es esto?
ALTEMIO. Mi buena suerte.
RISEO. ¿Es posible que te veo?
Dame esos brazos.
REINA. Riseo,
basta ya el engaño. Advierte
que estás con el Rey hablando.
RISEO. ¿Con el Rey? ¿Cómo?
ALTEMIO. ¿Qué dijo
vuestra alteza?—Vuestro hijo
soy; ¿qué estáis, padre, dudando?
REINA. Yo te digo la verdad.
RISEO. El Rey...
REINA. No te escandalices.
ALTEMIO. Mira, Reina, lo que dices;
que soy Altemio.
REINA. Acabad.
¿Qué gusto, señor, sacáis
de engañar a un labrador?
RISEO. ¿Vióse confusión mayor?
ALTEMIO. Vos sois la que os engañáis.
REINA. (A mí me importa esforzar
que éste es el Rey, y no Altemio,
aunque lo niegue, si el premio
de mi amor quiero gozar.)
ALTEMIO. Vuelvo otra vez a decir
que soy Altemio.
REINA. En verdad,
que ya vuestra majestad
se podría reducir
con aquesto, ¿estáis en vos?
De vuestra locura apelo.
ALTEMIO. Es mi padre, ¡vive el Cielo!
RISEO. Es mi hijo, ¡vive Dios!
REINA. Vuestra alteza, señor, es
mi esposo.
ALTEMIO. No te replico.
Reina, aunque te certifico...
REINA. Basta ya; acabemos, pues.—
¡Hola! Dale a este villano

(*Sale* FILIPO.)

un caballo en que se vuelva.
RISEO. (El Cielo mi duda absuelva
con su poder soberano.)
REINA. Advierte que el que has tenido
por tu hijo, contra ley,
y por Altemio, es el rey
Antíoco, mi marido.

RISEO. Negocio es averiguado.
REINA. Vete, pues; que el tiempo es largo.
Sólo el secreto te encargo
de lo que aquí se ha tratado.

(Vanse RISEO, FILIPO *y la* REINA, *y sale* ALBERTO.)

ALBERTO. Solo, señor, te quisiera.
ALTEMIO. ¡Oh, Alberto! Solo me tienes.
¿Qué pensamiento te altera?
¿Qué traes?, responde. ¿A qué vie-
¿Qué miedo es éste o quimera? [nes?
ALBERTO. No es mucho que quien habita,
digo, el que anda entre señores,
la cera y agua bendita
traiga sus mesmas colores
en medio del rostro escrita.
ALTEMIO. Dilo, acaba.
ALBERTO. (Estoy turbado;
porque asombra con los ojos
la lengua mar sosegado,
y soplando en mis enojos
la ha movido y alterado.) (1)
Vi lo que ver no quisiera:
mi muerte y desasosiego.
¡Pluguiera al Cielo, pluguiera,
o que entonces fuera ciego
o que agora enmudeciera!
El Príncipe, señor, ama
a una dama en tu palacio:
que una letra hay de ama a dama.
ALTEMIO. ¿El Príncipe?
ALBERTO. Sí.
ALTEMIO. Despacio.
ALBERTO. En sus brazos y en su cama.
ALTEMIO. ¿En sus brazos? Y ¿quién es
la dama?
ALBERTO. Leonora.
ALTEMIO. Basta.
¿Leonora...?
ALBERTO. Leonora, pues:
que, aunque noble y de gran casta,
es, Rey, mujer... ya lo ves.
ALTEMIO. Anda, ve, llámame aquí...
ALBERTO. (Parece que se enojó.)
ALTEMIO. Al Duque.
ALBERTO. Harélo ansí.

(Vase.)

[ALTEM.] ¿Quién en ser Rey me metió?
¿No estaba mejor en mí?
¡Qué de veces invidié
la potestad con que lidio,
a cuyo trono llegué;
y qué de veces invidio
la pobreza que dejé!
Pero, estoy tan levantado
de pensamientos y bríos
que temo mudar de estado,
que, si me vuelvo a los míos,
mal gobernaré el arado.
Este miedo, este temor
me hacen torcer la ley,
porque un pastor con valor
y pensamientos de rey
ni será rey ni pastor.

(Sale el DUQUE *y el* MARQUÉS *por otra parte.)*

DUQUE. ¿En qué te sirvo?
ALTEMIO. ¡Oh, pariente!
MARQUÉS. O yo. (Hablando al oído
está.)
ALTEMIO. Importa.
DUQUE. Es patente
crueldad.
ALTEMIO. Duque, yo no os pido (1)
consejos, sino lealtad.
Y el vasallo que la tiene
no ha de tener voluntad
contra lo que el Rey ordene,
con justicia o [con] crueldad.
DUQUE. Muy grande hazaña me encargas.
ALTEMIO. Por eso sois, Duque, grande,
si son muy grandes las cargas.
DUQUE. Vuestra alteza no me mande.
ALTEMIO. Dejemos arengas largas.
DUQUE. En efecto, ¿he de prendelle?
ALTEMIO. Y en la torre de la Luna
con guardas, Duque, ponelle:
no temáis, que mi fortuna
va con vos y ha de vencelle.—

(Vase el DUQUE.)

¿Marqués?
MARQUÉS. Señor...
ALTEMIO. ¿Cómo va?
¿Qué se dice por ahí
de mí?
MARQUÉS. Lo que por acá.
¿Qué se ha de decir de ti?
Que en ti el reino honrado está.
¿Qué se ha de decir de un hombre

(1) Estos tres versos así en el texto.

(1) A esta quintilla falta un verso.

perdóname, que era ayer
niebla oscura de su nombre,
y hoy, como el sol, le da el ser,
hecho que es razón que asombre?

ALTEMIO. Si el reino me conociera,
yo sé que no se espantara
por mucho que hacer me viera,
cuando a Trajano imitara
y a Nerón aborreciera.—

(*Entra el* DUQUE.)

¿Hízose ya la prisión?

DUQUE. Está, señor, en sagrado.

ALTEMIO. No tenéis, Duque, razón.
¿Qué importa, si está culpado?
Fué el delito traición.
Alzalde ya.

DUQUE. Muy cruel
estás.

ALTEMIO. Estoilo. ¡Gallarda
necedad para hombre fiel!

DUQUE. Está el ángel de su guarda,
señor, en su guarda de él.

ALTEMIO. ¿Está con la Reina?

DUQUE. Dentro
de su cuadra está: lugar
do se asegura por centro,
y ansí, temiendo este azar,
procuré huír del encuentro.

ALTEMIO. ¡Oh, qué gracioso que estáis!
¿No basta deciros yo,
Duque; no basta que vais,
esté con la Reina o no,
que vais y que le prendáis?

DUQUE. Temo, señor, enojarte.

ALTEMIO. ¿A mí, en qué?

DUQUE. En tu esposa bella,
la Reina, y de cualquier arte,
señor, que la enoje a ella
te viene a ti a caber parte.

ALTEMIO. Si yo de vos no me agravio,
muy mal os podrá ofender,
Duque, con la lengua o labio.

DUQUE. Puede mucho una mujer
con el marido más sabio.

ALTEMIO. ¡Oh, qué cansada contienda!
Acabad; id vos, Marqués:
ofendase quien se ofenda,
y prendelde.

MARQUÉS. ¿Yo?

ALTEMIO. ¡Ea, pues!

MARQUÉS. ¿A quién me mandáis que prenda?

ALBERTO. Al Príncipe.

MARQUÉS. ¿Cómo o cuándo?

ALTEMIO. Esos son gentiles modos
de preguntarme.

MARQUÉS. Ignorando,
no es mucho.

ALTEMIO. Seguidme todos.

DUQUE. (De cólera va temblando.)

(*Vanse. Salga la* REINA *y* PRÍNCIPE.)

REINA. ¿Subís, Príncipe, a caballo
esta tarde?

PRÍNCIPE. Si no mandas
otra cosa.

REINA. ¿En qué caballo?

PRÍNCIPE. En aquel picazo a bandas,
que es en quien mejor me hallo.

REINA. Parece que andáis de leva.

PRÍNCIPE. Es Amor mar, y en el mar
no es, señora, cosa nueva.

REINA. Luego ¿ya sabéis amar?

PRÍNCIPE. Ya el Amor tras sí me lleva;
ya sé velar de que el viento
bese a mi dama los pies;
ya sé hacer un aspaviento:
ya sé acuchillar a tres
y no huír la cara a ciento.
Ya sé dudar y temer;
reír, estando muriendo;
adorar y aborrecer:
que se aprenden en naciendo
lecciones de bien querer.

REINA. ¿Qué? ¿Ya amas?

PRÍNCIPE. Tengo cúyo.

REINA. ¿Y es la dama?

PRÍNCIPE. De eso huyo.
Eso no lo diré yo,
que cuyo soy me mandó
que no diga que soy suyo.

(*Sale* ALTEMIO *y los* GRANDES.)

ALTEMIO. ¿Qué es del Príncipe?

REINA. Aquí está.

PRÍNCIPE. ¿En qué te sirves de mí?

ALTEMIO. Prendelde: acabemos ya.

REINA. ¿Al Príncipe?

PRÍNCIPE. ¿A mí?

ALTEMIO. A vos, sí.

PRÍNCIPE. ¿Por qué?

ALTEMIO. El Duque os lo dirá.

REINA. ¿Al Príncipe, y yo delante?

ALTEMIO. Vuestra alteza se reporte.

REINA. ¿Vióse cosa semejante?

ALTEMIO. Importa.

REINA. Aunque más importe
no ha de pasar adelante.
ALTEMIO. Dalde, Príncipe, la espada
al Duque.
PRÍNCIPE. Aquí está desnuda.
REINA. Eso, Príncipe, me agrada.
ALTEMIO. Dádmela a mí.
PRÍNCIPE. ¿Quién lo duda?
Eso, véisla aquí envainada.
ALTEMIO. Llevalde, ¡hola!, a la prisión.
PRÍNCIPE. (Sin duda el Rey ha sabido
el yerro de mi afición.)
REINA. (Ya la paciencia he perdido.)
Escúchame una razón.
(*Aparte los dos.*)
(¿Cómo, villano? ¿Qué es esto?
Pues ¿conmigo?)
ALTEMIO. (Hago mi oficio.)
REINA. (¿Conmigo tan descompuesto?
Estás, hombre, en tu juicio?)
ALTEMIO. (Harto es en aqueste puesto
estarlo.)
REINA. (Hazle volver
las armas, o ¡vive Dios!...)
ALTEMIO. (No puede, señora, ser.)
REINA. (¿Cómo no? ¿Conmigo vos?)
ALTEMIO. (No puedo.)
REINA. (Habéis de poder.)
ALTEMIO. (Cánsaste, señora, en vano.)
REINA. (De tu locura me espanto.
¿Sabes que eres un villano?)
ALTEMIO. (Sé que soy Rey entre tanto
que tenga el cetro en la mano.)
REINA. (Diréle al reino quién eres.)
ALTEMIO. (Yo, Reina, se lo diré.
No te aflijas ni te alteres.)—
Amigos...
REINA. ¿Qué dices?
ALTEMIO. ¿Qué?
Lo que tú, Reina, quisieres.
REINA. Yo, amigos, no digo nada.
ALTEMIO. Ni yo.
REINA. (Haz lo que te digo;
vuélvele, Altemio, la espada.)
ALTEMIO. (No quiero.)
REINA. (¡Oh, traidor amigo!)
ALTEMIO. (Eres mujer, y enojada.)
REINA. Amigos, aquéste es...
ALTEMIO. Es verdad; yo, amigos, soy...
REINA. ¿No sois el Rey? Hablad, pues.
ALTEMIO. ¿Quién lo duda?
REINA. (Helada estoy.)
DUQUE. (¿Qué decís de esto, Marqués?)
REINA. (¿Quién íbades a decir?)
ALTEMIO. (El mismo que vos ¡por Dios!;
claro se deja inferir.)
REINA. (Yo iba a decir que vos...)
ALTEMIO. (Yo también; no hay que argüir.)
REINA. (Que no temas ¡brava flema!
que dé tu nombre a entender.)
ALTEMIO. (Por dar aliento a tu tema
no lo temes tú, mujer,
y ¿quieres que yo lo tema?)
REINA. (Mira que me das disgusto.)
ALTEMIO. (Ya lo veo. ¿Quién lo ignora?)
REINA. (Pues déjale.)
ALTEMIO. (Es caso injusto.)
PRÍNCIPE. No le repliques, señora:
haga mi padre su gusto.
REINA. (Al fin, villano sin fe.)
ALTEMIO. ¿Qué aguardáis? Llevalde.
PRÍNCIPE. Adiós.
ALTEMIO. Llevalde, pues.
PRÍNCIPE. Yo me iré.
(*Llévenle.*)
REINA. Ahora bien; prendelde vos,
que yo, Rey, le soltaré.
ALTEMIO. Bien.
REINA. Vos me lo pagaréis,
que estáis muy entronizado
con la majestad.
ALTEMIO. ¿Podéis
más de quitarme el estado?
Gran merced, Reina, me hareis.
Yo he de hacer lo que los reyes,
pues lo soy, deben hacer
en ejecutar las leyes,
o me tengo de volver
a regir cabras y bueyes.
REINA. Como no es tu hijo, Altemio,
le tratas de esa manera.
ALTEMIO. ¡Pluguiera al Cielo, pluguiera
que lo fuera, porque el premio
y la hazaña mayor fuera!
(*Sale* AURELIO.)
AURELIO. Ceilán, el embajador
de Egipto, del gran Soldán,
que a dar asiento, señor,
viene a las paces que están
tratadas en tu favor,
pide para entrar licencia,
si acaso gustas de oílle.
ALTEMIO. Entre.
AURELIO. Ya está en tu presencia,

(*Entra* Ceilán *y* Alí, *moros.*)

[si] aquí quieres recibille.

Altemio. Aquí quiero hacer audiencia.
Ceilán. Mahoma, señor, te guarde.
Altemio. Seas, moro, bien venido.
Ceilán. No sé si he venido tarde.
Reina. (Advierte que mi marido,
el Rey, más que de cobarde,
de necesidad forzado,
le había pedido paces,
que se las había otorgado.
Mira, Altemio, lo que haces.)
Altemio. (Ya estoy de todo informado.)
Reina. (Mira que has de conceder
en todas las condiciones
que te quisiere poner.)
Altemio. (No me canséis con razones,
que ya sé lo que he de hacer
sobre las paces.)
Aurelio. Son éstas.
Altemio. ¿Aquésas? Pues empecemos.
Háznoslas, pues, manifiestas.
Lee presto.
Alberto. Mas ¿qué habemos,
Filipo, de tener fiestas?

(*Lee* Aurelio.)

"Paces asentadas entre sus majestades el Soldán de Egipto, Osmán Zelín y Antíoco, rey de Asiria.

Primeramente que todas las veces que el gran Soldán saliere a alguna ocasión de guerra y le hubiere menester, sea obligado a servirle con cuatro mil soldados pagados por el tiempo de la guerra.

Item, que le ha de dar en cada un año 3.000 marcos de plata en feudo y tributo, cincuenta yeguas, veinte falcones y ducientas varas de grana de Epiro para hacerle de vestir al gran Soldán.

Item, todas las veces que fuere llamado a Cortes ha de ser obligado ir a asistir personalmente en ellas.

Item, le ha de dar cada un año cien infantes de edad de tres años por baptizar para su guarda.

Item, treinta doncellas para su servicio y regalo de su persona.

Item..."

Altemio. Basta ya, no leas más.
Muestra acá, las firmaré;
acaba.
Reina. Acertado has.
Duque. (¡Vive el Cielo, que pensé
que no lo hiciera jamás!
Conde. En casos tan importantes,
¿qué cuerdo no receló?
Marqués. Juzgaba por lo de antes.)
Altemio. De este modo firmo yo

(*Rompe el papel.*)

disparates semejantes.
Duque. ¿Qué has hecho?
Altemio. Lo que habéis visto.
Vuelvo por vuestro derecho;
defiendo la ley de Cristo,
y, con valor en mi pecho,
el vano temor conquisto. (1)
Ceilán. ¿Estás loco? ¿Qué te toma?
Altemio. ¡Oh, perro! Aguarda.
Roberto. ¡Detente!
Ceilán. ¿Qué furia es ésta, Mahoma?
¿Qué Alcides fuerte y valiente,
o que Cipión en Roma?
Altemio. ¿Yo, yo cuatro mil soldados
al Soldán, dentro en su tierra
para aumentar sus Estados,
para sustentar su guerra,
de mis tesoros pagados?
¿Yo tres mil marcos de plata,
veinte falcones, cincuenta
yeguas, que el viento retrata,
y yo, de grana, que afrenta
a la más fina escarlata
tantas varas? ¿Yo asistir,
siendo Rey, como vasallo
(no sé lo que me decir)
a Cortes? De enojo callo.
¿Esto se puede sufrir?
¿Yo, yo cien infantes tiernos
que dentro del vientre están
maldiciendo mis gobiernos,
he de darle yo al Soldán
para poblar los Infiernos?
Duque. (¿Adónde, desde el Ausonio
hasta el helado Calixto,
dió el valor tal testimonio?)
Altemio. ¿Yo treinta esposas de Cristo
para esclavas del Demonio?
¿Cómo?...
Reina. Temerario estás.
Altemio. Muestra, Aurelio, esos pedazos,
que tengo de hacerlos más.
Ceilán. Detén, cristiano, los brazos,
mira que me enojarás.

(1) Quizá "resisto."

ALTEMIO. Enójate; podrá ser
que haga de ti otros tantos.
CEILÁN. ¿De mí?
ALTEMIO. Sí; ¿quiéreslo ver?
(Acomete a él y tiénenle.)
CEILÁN. (¿Qué es aquesto, Cielos santos?
¿Este, acaso, es el de ayer?
¡Por Mahoma, que le temo!)
¿Quién te ha dado esa osadía?
De tu locura blasfemo.
ALTEMIO. Yo, moro, me la tenía.
CEILÁN. Pasado has de extremo a extremo.
(¡Gran temor en mí se encierra!)
En fin, ¿en qué te resuelves?
ALTEMIO. ¿Cómo en qué? En hacerle guerra;
y agradéceme que vuelves,
moro, con vida a tu tierra.
DUQUE. Advierte que tienes puesta
tu palabra.
ALTEMIO. Mi palabra
di que solamente es ésta.
CONDE. Si...
ALTEMIO. Nadie me hable palabra.—
Y esto te doy por respuesta.
MARQUÉS. ¿Sabes, señor, lo que puede
el gran Soldán?
ALTEMIO. ¿Sabéis vos
que Dios en poder le excede?
MARQUÉS. Mucho puede, señor, Dios.
ALTEMIO. Pues por Dios el triunfo quede.
(Vase.)
REINA. Oye...
ROBERTO. Escucha...
DUQUE. Aguarda, espera.
MARQUÉS. ¡Fuera estoy, Duque, de mí!
REINA. ¿Vióse condición más fiera?
CEILÁN. ¿Qué cristiano es éste, Alí?
ALÍ. Otro, Ceilán, de quien era.

(Vanse siguiéndole. Salga ALTEMIO leyendo un memorial; tras él AURELIO y TEODORA, viuda.)

"Teodora, viuda del capitán Tiberio, dice que vuestra alteza le tiene prometidos seis mil ducados para poner en estado a su hija, a quien vuestra alteza, como señor absoluto, entrando una noche en su casa, violentamente gozó. Tiénela concertado de casar con un hombre principal: suplica a vuestra alteza la favorezca, no por satisfación, sino limosna."

ALTEMIO. ¿Sois vos Teodora?
TEODORA. Yo soy
Teodora la desojada.
ALTEMIO. Reportaos, mujer honrada;
no lloréis; baste por hoy
el llanto que en vos se esfuerza.
No lloreis; basta. ¿Yo entré
en vuestra casa y forcé
a vuestra hija por fuerza?
AURELIO. (Pues ¿no te acuerdas que entraste,
¡tan presto, Rey, se te pasa
de la memoria!, en su casa
una noche y la gozaste?)
ALTEMIO. (Tienes, Aurelio, razón.)
Ya me acuerdo, perdonad:
decís muy bien; es verdad.
(¿Hay más brava confusión?
¡Que lo que Antíoco hizo
he de venir yo a pagar!
Cosa dura es de llevar.
¡Por Dios, que me martirizo!
¿Que lo que no imaginé
tengo de haber emprendido,
y que he de haber malo sido
porque Antíoco lo fué?)
Haz, Aurelio, que le den
a esta mujer, al momento,
para dote y casamiento,
diez mil ducados.
AURELIO. Detén
la mano.
TEODORA. ¡Vivas mil años!
AURELIO. ¿Diez mil ducados la das?
Seis le manda éste no más.
ALTEMIO. ¿Hay más notables engaños?
AURELIO. Tanto tiene de poder,
señor, la piedad contigo.
ALTEMIO. Vale mucho, Aurelio amigo,
la honra de una mujer.
Dale veinte mil ducados
ya que diez mil te parecen
muchos.
TEODORA. No en balde encarecen
tus pensamientos honrados.
(Vanse, y entra ARCANO, soldado.)
ARCANO. ¡Vive Dios, que he de llegar,
suceda lo que suceda;
detén, Fortuna, tu rueda,
y se lo tengo de dar!
Su alteza ha de ser servido
de pasar, por otro tal,
por aqueste memorial
los ojos: aquesto pido.
(Lee ALTEMIO el memorial.)

"Arcano, soldado en las guerras que vuestra alteza con el gran Soldán ha tenido, dice que

él pasó a Italia y allí dió muerte al capitán Teodoredo, que Aurelio, vuestro secretario, le dió, con su firma, en que le mandaba que lo hiciera, ofreciéndole por ello dos mil ducados de renta. Aquí está en la corte [ha] algunos días importunando al Secretario le despache [y] no lo hace. A vuestra alteza suplica se le haga hacerlo, y en ello la merced ofrecida, que será particular."

(*Entra* AURELIO.)

AURELIO. Ya se hizo tu mandado.
ALTEMIO. ¿Conoces aqueste hombre?
AURELIO. Sí, señor.
ALTEMIO. ¿Cómo es su nombre?
[AURELIO.] Arcano; un grande soldado.
Este es, señor, a quien...
ALTEMIO. Dilo.
AURELIO. Este es a quien inviaste,
ciego, porque ciego erraste...
ALTEMIO. Deja, Aurelio, aquese estilo.
AURELIO. A matar a Teodoredo
por gozar de su mujer.
ALTEMIO. (Por la corona obtener
lindas máquinas heredo.)
Yo ya me quiero acordar.
Grave mal; infame hecho.
¡Alto! Yo he de haberlo hecho,
por demás es porfiar.
¿Con resolución le dejas
muerto?
ARCANO. Ya está, Rey, cenando
con Jesucristo, y formando
de mí una sarta de quejas.
ALTEMIO. Yo te premiaré, que es justo,
como mereces.
ARCANO. Tus pies
pido, señor, que me des.
ALTEMIO. Hasme dado mucho gusto.
(Hazle, Aurelio, de secreto,
dar a este aleve garrote.)
AURELIO. (¿Qué dices?)
ALTEMIO. (No te alborote.
Camina y ponlo en efeto.)
AURELIO. Veníos conmigo.
ARCANO. Sí haré.
¿Vamos despachados?
AURELIO. Ya.
ALTEMIO. Aurelio os despachará.
AURELIO. Yo, amigo, os despacharé.

(*Vanse, y entra* ALBERTO.)

ALBERTO. Ya, señor, el capellán
te espera.
ALTEMIO. ¿Quién le da prisa?
Decilde que diga misa,
que voy a oírla a San Juan.
ALBERTO. Temo que no ha de dejarte
el Obispo entrar.
ALTEMIO. ¿Estoy
descomulgado, o no soy
cristiano?
ALBERTO. Desengañarte
quiero.
ALTEMIO. Di.
ALBERTO. Pues ¿no lo estás?
ALTEMIO. ¿Cómo?
ALBERTO. Anatematizado
por los diezmos que quitado
a las iglesias les has.
ALTEMIO. ¿Yo el diezmo, tan justamente
debido a la Iglesia y Dios?
(Muy bien sabéis, Señor, Vos,
que de esto estoy inocente,
y que no lo había sabido,
pues si antes lo supiera,
nunca vuestra Iglesia hubiera
necesidad padecido.
No Antíoco, Altemio soy.)
ALBERTO. Sosiega el pecho alterado.
ALTEMIO. ¿Yo, Alberto, descomulgado?
Temblando de miedo estoy;
que la descomunión justa
o injusta se ha de temer.
¿Cuánto, Alberto, puede haber
(¡Fiero intento! ¡Hazaña injusta!)
que diezmo yo?
ALBERTO. Habrá dos años.
ALTEMIO. ¿Tanto?
ALBERTO. Tanto.
ALTEMIO. ¿Y ha valido
en ellos?...
ALBERTO. Gran suma ha sido.
Ochocientos mil.
ALTEMIO. (¡Extraños
insultos hizo este hombre!
¿Pudo un bárbaro gentil
hacerlo?) ¡Ochocientos mil!
ALBERTO. Tantos serán, no te asombre.
ALTEMIO. ¡Ochocientos mil ducados!
Ve, Alberto, que aquí te espero,
y dile a mi tesorero
que se los vuelva doblados.
Y haz luego dar un pregón
en el que los diezmos paguen
a Dios cuantos le diezmaren,
que esta sola es mi intención.

(*Vase* Alberto *y entra* Filipo.)

Filipo. Ya el gran Soldán
posa el margen de tu tierra
pregonando fuego y guerra.
(*Tocan al arma dentro.*)

Altemio. Pronto se arrepentirán.

(*Salen los* Grandes.)

Duque. ¿Qué piensas, señor, hacer,
que el gran Soldán marcha aprisa
con un dragón por divisa
y con todo su poder?

Altemio. ¿Cómo qué? Salir y dalle,
con mi campo, la batalla
a esa pérfida canalla;
vencelle y desbaratalle.

Duque. ¿Cómo, pues que no hay soldado
vista tu temeridad,
que ampare a tu majestad?

Altemio. No os dé, Duque, eso cuidado.
¿Qué dicen?

Duque. Dicen, señor,
que basta que te defiendan
en su tierra, sin que emprendan
hechos y hazañas de error;
y que cada uno hará,
si el enemigo viniere,
con ellos lo que pudiere,
y el cerco sustentará
de su patria hasta morir,
aunque sea más cruel;
pero que salir a él,
ninguno piensa salir.

Altemio. Id. Marqués, a la prisión
donde está, y traedme aquí
al Príncipe.

Marqués. Harélo ansí.

Altemio. ¡Extraña resolución!

(*Vase y entra la* Reina.)

Reina. Señor, ¿qué rebato ha sido
aquéste?

Altemio. El Soldán, señora...

Reina. Pues ¿qué hemos de hacer agora?

Altemio. Dios nos le dará vencido.

(Marqués *y* Príncipe.)

Marqués. Aquí está el Príncipe.

Príncipe. Dame
a besar tus pies.

Altemio. Alzaos.

Príncipe. Muy bien estoy.

Altemio. Levantaos,
levantaos y escuchadme.
Yo estoy resuelto a salir
a buscar el enemigo
y a embestirle, si él conmigo
no se atreviere a embestir.
¿Tendréis, Príncipe, valor
para salir a morir?

Príncipe. Siempre el morir es vivir
en defensa del honor.
¿Si tendré valor me dices?

Altemio. ¡Alto, pues! Dadme esa mano.

Reina. (¡Que diese el Cielo a un villano
tan levantados matices!
Ya no sé lo que me diga.)

Altemio. ¡Asirios, vuestro Rey soy;
a la guerra a morir voy;
el que quisiera me siga!

(*Vase.*)

Príncipe. Vuestro señor natural
y Príncipe soy por ley,
a morir voy con el Rey:
sígame quien es leal.

(*Vase.*)

Duque. ¿De qué pasado o presente
se cuenta hazaña tan grande?

Conde. Aguarda, nuevo Alejandro.

(*Vase.*)

Roberto. Aguarda, Ulises prudente.

(*Vase.*)

Marqués. Espera, señor.

(*Vase.*)

Duque. Espera,
aguarda, Ciro dichoso.

(*Vase. Entra* Julia.)

Reina. Amor, Altemio es mi esposo.
Tremola, Amor, tu bandera,
que mejor es, caso llano,
un villano, si es de ley,
con pensamientos de rey,
que un rey con los de villano.

Julia. No ha quedado hombre en la corte
que viendo a su Rey partir,
y a su Príncipe, a morir,
se sosiegue o se reporte.
Todas las gentes que había
en la ciudad se han llevado
tras sí; ni un hombre ha quedado.

Reina. ¿Ni un hombre?

Julia. Señora mía,
ni uno solo, no te asombres.

Sal fuera, si verlo quieres.
REINA. Pues ¿qué hacemos las mujeres?
Muramos donde los hombres.

(*Vanse, y sale* ALTEMIO *con su ejército.*)

ALTEMIO. En obligación estoy
a la gente de mi reino.
DUQUE. No ha quedado hombre en Asiria,
desde el joven blando y tierno
hasta el anciano que apenas
puede caminar de viejo,
que no siga tu estandarte
y no se [proclame] un Héctor.
ALTEMIO. Más soldados que pensé,
duque Federico, tengo.
DUQUE. Pues aún no han venido todos
los que han de venir. Yo apuesto,
si esperas cuatro o seis días,
que han de cubrir este suelo.
(*Suena rumor.*)
ALTEMIO. ¿Qué es eso? ¡Hola! ¡La Reina!
FILIPO. La Reina, señor, que, viendo
tu gran determinación,
por igualarte en los hechos,
convocando a las mujeres,
también te vienen siguiendo.

(*Sale la* REINA *y algunas mujeres.*)

ALTEMIO. ¡Reina hermosa!
REINA. ¡Ausente mío!
ALTEMIO. Dadme esos brazos. ¿Qué es esto?
REINA. Lo que ya sabéis, señor.
Hasta en morir pareceros.
(*Ruido dentro.*)
ALTEMIO. ¿Quién es causa en mi reinado
de aqueste desasosiego?
CONDE. Una infinidad de aves
que van de un águila huyendo.
ALTEMIO. ¿Qué tantas son todas juntas?
ROBERTO. Más son de mil.
ALTEMIO. ¡Caso extraño!
CONDE. Y todos pájaros negros.
ALTEMIO. Pues si [a] un águila, soldados,
van los (1) pájaros huyendo,
prodigio es con que nos muestra
el Cielo feliz suceso.
¡Al arma, que la victoria
nos pronostica este agüero!
No quede ninguno a vida.
¡Al arma, San Jorge!
TODOS. ¡A ellos!
ALTEMIO. ¡A ellos, asirios nobles!

(*Dase la batalla dentro, y luego salga* ALTEMIO *tras algunos moros.*)

¡A ellos, que van huyendo!
No mato más con la espada;
un tronco es de más provecho.—
Aguardad, moros cobardes,
que agora a matar comienzo.
(*Arranca un tronco de un árbol.*)
TODOS. ¡Victoria!
ALTEMIO. A Dios se la den.
REINA. A Dios y a vos, señor, luego.
ALTEMIO. ¡Bueno está!
REINA. Dadme esa mano.
ALTEMIO. Veisla aquí de amigo vuestro.

(TODOS: "*¡Victoria!*", *y salgan los cristianos triunfando.*)

REINA. Advertid que sois mi esposo.
ALTEMIO. Yo soy el que gano en ello
tanta merced; mirad bien,
señora, que soy Altemio.
REINA. Muy bien sé que Altemio sois
pero [a] Altemio es [a] quien [quiero,
ALTEMIO. Dadme esos pies a besar.
ROBERTO. Agora que estás en tiempo
de hacer mercedes, pues Dios
tan grandes te las ha hecho,
te las quiero yo pedir.
ALTEMIO. Pedid, que yo las concedo.
ROBERTO. A Julia, señor, te pido
que me des por mujer.
ALTEMIO. Eso
estriba en su voluntad..
¿Qué decís, vos Julia, a esto?
JULIA. Que Roberto es mi marido.
ALTEMIO. ¡Alto, pues!
ROBERTO. ¡Julia!
JULIA. ¡Roberto!
ALTEMIO. Aquestos, señores, son
parte de los grandes hechos
de Altemio, que vino a ser
Rey por semejanza, siendo
un humilde labrador.
Los demás de sus sucesos
no se refieren aquí,
por no dar lugar el tiempo.
Perdonen vuestras mercedes
y admitan nuestro deseo,
que en todo ha sido, señores,
de darles gusto y contento.

FIN DEL ACTO TERCERO

(1) En el original "va de pájaros huyendo", que es lo contrario de lo que dijo antes.

LA GRAN COMEDIA

DEL REY POR TRUEQUE

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

El REY EDUARDO, *de Inglaterra.*
ROBERTO, *rey de Escocia.*
AMURATES, *Gran Turco.*
ISABELA, *condesa de Salisberia.* (1)
FÁTIMA, *hija de* AMURATES.
GUILLERMO, *conde de Salisberia.*
El CONDE DE VANUBIO, *padre de* ISABELA.
El CONDE RUGEL. (2)
ENRIQUE, *criado del* REY EDUARDO.
EDMUNDO, *lo mismo.*
ANULFO, *caballero escocés, criado del* REY.
LECTARIO, *caballero escocés.* (3)
RODELICO, *lo mismo.*
SOLIMÁN, *turco principal.*
VALENTÍN, *gracioso, criado de* EDUARDO.
AMEJE, *turco gracioso, criado del* REY.
Dos ALABARDEROS.
[MUSA, *criado.*]

JORNADA PRIMERA

(Salen el REY EDUARDO *y* RUGEL.*)*

REY.

¿No habéis sabido, Conde, alguna cosa
de Salisberia?

RUGEL.

Hasta ahora no he sabido
si se dió la batalla peligrosa.

REY.

Denos victoria el Cielo.

RUGEL.

¿Hase temido
algún fracaso?

REY.

Pues Guillermo asiste,
gran desgracia ha de ser si él es vencido.
¡Oh!, si en favor del Cielo al Turco embiste,
habrá alcanzado la mayor victoria
que me haya sido alegre, al Turco triste.
Aunque no sé qué aflige mi memoria,
no sé qué pensamientos me han venido
con que se ha oscurecido algo mi gloria.

RUGEL.

Alguien viene a la posta, que ha traído
algunas nuevas, que el postillón suena.

REY.

Ya deseo saber lo sucedido.
El alma tengo de congojas llena:
sobresaltado estoy, no sé qué diga:
pero al valor de un Rey nada enajena.
También a furia y con razón me obliga;
mas hase de mostrar igual semblante
con la buena fortuna y enemiga.

(Entra EDMUNDO.*)*

EDMUNDO.

Dame, gran Rey, tus pies, ya que delante
de ti me puedo ver; que yo gustara
fuese mi nueva de placer bastante.

REY.

Alza, Edmundo, que ya la suerte avara
me ha mostrado su rostro; mas no importa:
cuenta lo que pasó con verdad clara.

EDMUNDO.

Escucha, pues, la relación, que es corta;
que siempre la desgracia ha de contarse
con pocas letras.

REY.

Di, y en todo acorta.

EDMUNDO.

Estaba el Turco a punto de encontrarse
mejorando en lugar sus escuadrones
para poder más bien señorearse.
Y por ir acortando de razones

(1) Después llama a este Condado Salberique. Será Salisbury.
(2) A este llama luego ROGEL.
(3) También le llama LAERCIO.

el número no cuento de enemigos,
todos con arrogancia y con blasones.
Llevó el Conde su (1) ejército consigo,
ánimo, esfuerzo, en orden concertado,
de que el destrozo bárbaro es testigo.
Salió animoso, ufano y adornado
de petos, golas, plumas y rodelas;
hecho otro nuevo sol cada soldado.
De noche no faltaron centinelas,
corredores de día no faltaron
y por el agua no faltaron velas.
Los caballos ligeros descansaron,
el sustento sobrado lo tuvimos
y los ánimos nunca desmayaron.
Cuando el alba salió, los turcos vimos,
un martes, que contino es triste día,
que en día desastrado acometimos.
Salieron con notable bizarría,
tremolando sus lunas por el viento
y aumentando las cajas su osadía.
Tus rosas se mostraron al momento;
y, animando Guillermo sus soldados,
las glorias les mostró del vencimiento.
Juntáronse los campos bien formados
con más gente que envió y canas hubo, (2)
según que hubo de turcos denodados.
Sin mostrarse ventaja un rato estuvo
su ejército y el tuyo valeroso,
que, no cobarde, desgraciado anduvo.
Trocósenos el aire prodigioso,
y tanta fué la arena que arrojaba,
que cegaba tu campo lastimoso.
El bárbaro, sin verlo, lo acosaba
matándote los tuyos, de tal suerte,
que un turco mil ingleses acababa.
De Salisberia, el conde, invicto y fuerte
fué cautivo después que como Estena
con muertos quiso hacer muro a la muerte.
Cuya prisión es justo dé más pena
que no todo tu ejército perdido,
pues a un Scévola pierdes y a un Porsena.

REY.

No digas más, que al Conde habéis perdido.
¡Mejor fuera muriérades delante,
afeminado ejército y corrido!
Mas yo iré contra el bárbaro, que espante,
si más gente se pone a defenderlo,
que la que trujo Jerjes arrogante.

EDMUNDO.

No faltó quien quisiera guarecerlo;
mas, como pocos, cada cual miraba
por adonde huír, hasta perderlo.

(*Sale el* CONDE DE VANUBIO.)

CONDE.

Insigne Rey, a quien la fama alaba
con lenguas mil de Antártico a Calixto,
comenzando de nuevo donde acaba.
Defensor fuerte de la fe de Cristo,
no sin ventura, porque es desgraciado
el que desgracia alguna nunca ha visto.
Mi edad me estorba a que no salga armado
y que en un andaluz que saque fuego
lo saque yo del enemigo airado.
Mi edad me estorba a que no parta luego,
y que si es menester esté cien días
armado en campo sin tener sosiego.
Mi edad estorba, que las fuerzas mías
ya servirte no pueden, [rey] Eduardo,
que fenecieron bríos y osadías.
No aguardara yo tanto como aguardo;
antes, sin darte cuenta, yo saliera
a poner el remedio, pues ya tardo,
sabiendo toda Escocia la manera
como ha sido tu ejército arruinado
y que es cautivo el que temido era.
A nuestro Salisberia te han cercado,
adonde mi Isabela, como Palas,
resiste al enemigo denodado.
Sal, poderoso Rey, póngate alas
el ver que una mujer es quien defiende
tu reino contra flechas, fuego y balas.
Si a Salisberia gana, entrar entiende
a toda Ingalaterra el enemigo,
y así es la llave que tener pretende.
Aprisa, gran señor, vaya contigo
la gente más lucida que tuvieres;
lleve el bravo Escocés fino castigo
si atajar más desgracias presto quieres.
¡Al arma, Rey, al arma! ¡Aprisa! ¡Aprisa!
¡Que, como salgas tú, vencedor eres!

REY.

De no estar ya con él sólo me pesa,
que el mísero Escocés se me ha atrevido
y que a ensoberbecerse tanto empieza.
¿No sabe que soy rayo descendido
del Cielo, y que si aguarda, en la pobreza
lo dejaré acabado y reducido?
¿El Escocés se atreve a mi grandeza?

(1) En el original "su corto" que no aclara el sentido, pues falta decir quién es el que llevó el ejército.
(2) Así en el texto.

Pero a mujeres solas acomete;
sólo para mujeres su braveza.
Como aguarde y no huiga, me promete
el Cielo nuevo reino. ¡Al arma! ¡Guerra!
Que tengo la ocasión por el copete.

(Vanse el REY, ROGEL *y* EDMUNDO.)

CONDE.

Dete el Cielo victoria y nueva tierra
y estés más que Alejandro respetado
por todo cuanto Tetis baña y cierra.
Parias te rinda el indio, el turco osado,
el scita, el trapobana, el troglodita,
el italo y flamenco levantado,
el moro, el contrapuesto moscovita;
pegues fuego a la falsa sinagoga
y arrojes por el suelo la mezquita.

(Sale VALENTÍN.)

VALENTÍN. ¡Gracias a Dios que he llegado
a verte, alcázar famosa,
aunque de la guerra odiosa
vengo herido y despojado!—
¡Oh, gran Conde, a quien el Cielo
prospere en tu grande Estado!

CONDE. ¿Eres Valentín?

VALENTÍN. Mudado
vendré, si he mudado suelo.
Aún no sé cómo has podido
conocerme que de modo
estoy tan trocado todo,
que aun yo no me he conocido.
Fué tan contraria mi suerte,
que contino me es contraria,
que vide en la mar cosaria
la guadaña de la muerte.
Del conde Guillermo siento
el fin más que no mi pena.

CONDE. ¿Qué dices, que me enajena
de todo contentamiento?

VALENTÍN. El Conde de Salberique
es muerto.

CONDE. ¿Que el Conde es muerto?

VALENTÍN. Como a prudente no advierto
que el sufrimiento se aplique.
Escucha, y sabrás de mí
el suceso lastimoso.

CONDE. ¡Oh, vejez sin el reposo
que por jamás conocí!

VALENTÍN. No quiero ahora contarte
su prisión por no afligirte;
su muerte quiero decirte
por más presto consolarte.
Después de cautivo el Conde
en la batalla reñida,
donde perdieron la vida
tantos como el campo esconde,
yo y otros cien soldados,
que también cautivos fuimos,
en una nave partimos,
confusos y aherrojados.
Llorábamos la prisión
y ausencia de nuestra tierra;
la desgracia de la guerra,
nuestro mal y su pasión.
Mas nuestro dolor callaba
con el del Conde, de suerte
que su prisión o su muerte
se sentía y se lloraba.
Aunque no mostró jamás
con extremo su dolor,
que era mucho su valor
y su dolor no era más.
Partimos, dando Neptuno
próspero viento a las velas
y, dando a la muerte espuelas,
que jamás perdona alguno.
Los enemigos, gozosos,
burlaban nuestra esperanza,
y nuestra suerte y mudanza
contemplábamos llorosos.
Sólo el llanto era sustento
para sustentar la vida,
que es menor mal ser perdida
que gozarla con tormento.
En fin, que se trueca el viento
en el bóreas y en el noto;
conoce al tiempo el piloto
y amainan en un momento;
el mar comienza engañoso
a subirse hasta el Cielo,
al cual de nubes un velo
cubre el rostro deleitoso.
Como en la armada del griego,
las nubes rayos despiden,
donde las aguas no impiden
el ímpetu de su fuego,
rompen las olas y el viento
jarcias, mástiles y nave,
que en el ancho mar no cabe
y busca en el aire asiento.
Todos claman y se turban
para acudir al remedio;
hacen votos por buen medio
que las zalemas perturban.
Cuál echa al agua su ropa,

su cama y matalotaje;
cuál muda vestido y traje
y abraza el leño que topa;
cuál, abrazado a la tabla,
al mar soberbio se entrega;
cuál a la oración se llega;
cuál no se mueve ni habla.
Auméntase la tormenta;
llévanse el timón las olas;
velas, tablas y ventolas
cada cual asir intenta.
Al fin, rota por mil partes
la nao, cansada y deshecha,
cuando el llanto no aprovecha,
ingenio, trazas ni arte,
en lugar de ver la orilla
y hacer áncoras al puerto,
mira el ancho golfo abierto
y da en su arena la quilla.
Allí, mentando a Isabela,
su dulce esposa y querida,
perdió Guillermo la vida,
si vive su fama y vuela.
Allí, el valeroso Conde,
decía, abrazando al viento:
"¡Isabela, adiós, que siento
dejarte y no saber dónde!
¡Toma este postrer abrazo,
que es el ausencia muy larga;
adiós, que la muerte amarga
tiende la guadaña y brazo!"
Fué su triste sepultura,
con esto, el mar engañoso;
sólo yo fuí venturoso
en ver puerto con ventura.
Nadando, a una tabla asido,
pude escapar de la muerte,
siquiera para traerte
nueva que tan triste ha sido.
(*Llora el* Conde.)
¡Oh, espectáculo lloroso,
que es fuerza que llore un roble!

Conde. ¡Oh, Rey! ¿Que esto gana un no-
que te sirve cuidadoso? [ble
¿Aquesto, ¡oh, Conde!, ganaste
por tu lealtad y servicio,
que fué tu servicio indicio
del provecho que alcanzaste?
No alcanzaras igual paga,
que la mayor poca era,
y antes que más cargo hubiera
la muerte avara te paga.
No tuvo precio tu fe;
y así venderse no pudo,
que a peso de oro no dudo
sino que pesada fué.
Pero a tu patria le fuiste
padre, con sobrado amor;
que es el más justo y mayor,
si por mayor le tuviste.
No pudo el mundo tenerte,
según tu valor y peso;
y así el perderte confieso
que fué por no merecerte.
Y entiendo, sin duda alguna,
que la Fortuna, atrevida,
por no ponerte en caída,
quiso mostrarse importuna.
Que como es varia, inconstante,
siempre al que más ha subido,
si a espacio el subir ha sido
lo derriba en un instante.
Y así te fué tan contrario
tu hado y adversa suerte,
por estorbar con la muerte
no verte otro Belisario.
Estaba el mar envidioso
de ver honrada la tierra,
y así el mar te hizo guerra
por cobrar nombre glorioso.
No hay envidia o tiempo feo
que tu gran nombre oscurezca,
que aunque tu cuerpo perezca,
das nombre al mar, como Egeo.
¡Ay, mi Isabela, que quedas
sin sombra y sin alegría;
que es poca sombra la mía
para los males que heredas!

Valentín. La causa ser no quisiera
de tu muerte, insigne Conde.

Conde. No, Valentín; que se esconde
la muerte como se quiera.

Valentín. Acuérdate del valor
que siempre, ¡oh, Conde!, has te-
y que tu consejo ha sido [nido
el más temido y mejor.
No te falte, pues, ahora
consejo para tu pena.

Conde. Es muy propia, es nada ajena,
toda es mía y no se ignora.
¡Oh, vejez!, forzoso archivo
de desventuras y males;
muerte en vida, que me iguales
es bien a un muerto y no a un vi-
Fáltame ya en estos brazos [vo.
la fuerza que antes tenía;

vengara tu muerte y mía
haciendo al mundo pedazos.
Un monte en otro pusiera,
si se huyeran al Cielo,
y allí, con más justo celo,
su fiero castigo viera.
Armarme quiero y mostrar
al Turco que hay en mí fuego:
daca las armas, que luego
al momento me he de armar.

VALENTÍN. Repórtate, gran señor;
que tu edad no pide aqueso.

CONDE. Es verdad, yo lo confieso:
humo es todo mi furor.
Ha quedado en la ceniza
algún ascua aún no bien muerta;
y así, el revivir es cierta
si el poco fuego se atiza.
Mas, entra luego acá dentro
y a Isabela llevarás
una carta, en que podrás
ser de su muerte instrumento.
Daréle de mis pasiones
cuenta, que es propio al Amor
comunicar su dolor
o gozo a dos corazones.

(*Vase el* CONDE.)

VALENTÍN. Escribe, que tras ti voy,
que es contino mi deseo
mostrarte como me empleo
en serte lo que hoy te soy.

¡Oh, vida, corta siempre, mas querida;
más trabajosa mientras más amada;
aborrecida cuando eres cansada
y del que te aborrece pretendida.
Larga en trabajos; breve en la partida;
siempre más corta al gusto, dilatada
carrera de una bestia desbocada:
ligero viento y sombra presto huída.
Al estimado dejas presurosa;
al que es más abatido le acompañas;
la alcázar dejas, buscas pobre choza.
Corta al que es rico, larga al pobre, dañas
Entras con llanto, párteste llorosa:
señales propias de tus malas mañas.

(*Vase* VALENTÍN, *y asómase armada* ISABELA *en el muro.*)

ISABELA. ¡Vasallos del mayor Conde
que pisó el ánglico suelo,
cuyo esfuerzo admiró al Cielo
y dió espanto hasta donde
reina de contino el hielo.
Cuyo nombre solamente
de aquesta enemiga gente
alcanzó muchas victorias,
que el nombre le daba glorias
sin que se hallase él presente,
mostrad cómo sois soldados
de un capitán valeroso!
¡Muera el enemigo odioso!

(*Sale* ROBERTO, *rey de Escocia, armado.*)

REY. No hay quien se le muestre airado
a un rostro que es tan hermoso.
En otro estoy convertido;
no soy el que hasta aquí he sido.
¿Yo, guerra contra Isabela?
¿Qué es tu intento? ¿Qué recela?

ISABELA. El ánimo que has tenido.
Pretendido has pelear,
cual cobarde, con mujer;
prosigue tu parecer,
que harás poco con hablar,
yo haré mucho con hacer.
No me has de hallar cobarde,
ni daré lugar que aguarde
esa gente afeminada,
que una mujer enojada
no teme a mayor alarde.
Si la mujer y el marido
son uno, mi Conde ausente,
yo te mostraré presente,
que aun su sombra te ha podido
bajar tu soberbia frente.
Prueba a subir la muralla
y arrime esa vil canalla
las escalas a este muro,
verá si mi acero es duro
y si es de acero mi malla.
Sube, Rey, donde yo estoy,
si acaso subir pudieres,
verás cuánto menos eres
que yo, que, si mujer soy,
para ti bastan mujeres.

REY. Una ha sido poderosa
para mí. Isabela hermosa;
y tan poderosa ha sido,
que transformarme ha podido
en una mujer medrosa.
Y en esta fuerza ha mostrado
que imprime en mí como estrella
que Isabela es la más bella,
que Octavio hubiera alcanzado

lo que en mí ha alcanzado ella.
No hubiera el mundo podido
verme trocado o rendido,
y han podido aquesos ojos,
que para aplacar enojos
en ese Cielo han nacido.
Bien pudiera el fiero Marte
mostrárseme tan contrario
como a Creso o como a Dario;
mas no pudiera otorgarte
verme humilde y tributario.
Pudiera honrar este suelo
y quitarle su recelo
con mi sangre en él vertida;
mas no rendida y con vida
me diera sino a ese cielo,
que es propia guerra de amor
ser el vencedor vencido,
y así, vencedor he sido,
porque en tal guerra es mejor
que rendir el ser rendido.
Y volveré más ufano
que en Roma entraba el romano
triunfando con su victoria,
sólo en gozar mi memoria
un rostro tan soberano.
Y no te enojes en ver
mi notable atrevimiento,
que ya mi castigo siento
en ver que te he de querer
sin que veas mi tormento.
Mas como tengo esperanza
mayor, si hay mayor tardanza,
viendo que más cruel estés
a mí que ose cada vez (1)
he de tomar por venganza.

ISABELA. Nuevo ardid para engañar
pudieras buscar, Roberto:
el pecho de ése está abierto,
no puedo [en] el golpe errar,
porque tengo el blanco cierto.
Del muro te aparta afuera,
si con esta flecha fiera
no quieres perder la vida.

REY. Con dos la tengo perdida;
sin ésa es fuerza que muera.
Para poder el Amor
más bien herir y matar
dos arcos te quiso dar,
los cuales usas mejor
que él el suyo sabe usar.
Y así, siempre que te veo,
muerto me tienes y creo
que me es costumbre el morir;
porque cuando te veo ir
verte ya volver deseo.
No son mis penas engaños,
ni soy griego en lo que pasa,
que es fuerza que, si me abrasa
el fuego, muestre sus daños
por las ventanas de casa.
Ni de aquese modo intentes,
cuando ya mi muerte sientes,
excusarte de homicida,
porque hablará la herida
viendo tus ojos presentes.

ISABELA. Paréceme cobardía
lo que dices que es Amor,
y, disfrazando el temor,
quieres con esa porfía
poner fin a mi rigor.
Es justo que al enemigo
que huyó el fiero castigo
se le dé puente de plata;
ni desechar la paz trata,
ni perder cualquier amigo;
huye, y si te pareciere
proseguir con tu locura,
verás cómo se apresura
tu muerte.

REY. Quien siempre muere,
¿qué vida o muerte aventura?
Piedad me fuera el morir
de una vez y no sufrir
que me des tan fieras muertes.

ISABELA. Quiero ver si haces suertes
después que me veas partir.

(*Vase* ISABELA.)

REY.

Cierra tu pecho, pues tu gusto ha sido
verme por ti perdido y engañado,
que mi pecho está abierto a tus desdenes;
cierra tu pecho siempre endurecido,
bello cual el marfil, cual nieve helado,
que aunque de ti olvidado
no pueda conocer lo que es ventura,
jamás olvidaré tu hermosura.
Ni olvidaré jamás el desearte,
porque el poder amarte
me es sólo permitido por castigo,
y tan determinado estoy a ello,
que si dejo de amar cesa mi gloria.
Aunque te vas, te sigo;

(1) Este verso está en el original así.

que está conmigo aquese rostro bello
pues lo tiene mi pecho y mi memoria.
Sigue, Isabela, los desdenes tuyos,
porque yo he de seguir los males míos,
siempre esperando en los tormentos suyos
ver vueltos en favores tus desvíos,
y tan firme en amarme
cuan firme te has mostrado en desdeñarme

Marche el campo escocés a las galeras;
presto, soldados, que es el viento en popa.
Dejad de Salisberia las riberas.
Embárquense las armas y la tropa
y sosieguen los ánimos feroces
de la gente más ínclita de Europa.
Cese vuestro clamor, cesen las voces
y llevad arcabuces y mosquetes
las bocas delante, atrás las coces.
No por cobarde, Amor, que no entremetes
cobardes en tu escuadra valerosa,
ánimo y fuerza al amador prometes.
Pero es razón, si mi Isabela hermosa
queda y me parto, que el ciprés funesto
me sirva de corona victoriosa.
Temo enojarte, pues me parto presto;
quiero pasar tormento y placer darte,
que está mi gusto en tus placeres puesto.
Quiero, alcázar bellísima, abrazarte,
por ser archivo de mi dueño hermoso:
abrazos quiero en tus paredes darte.
¡Ay, retrato, en dureza venturoso!
¿Quién os ha de enojar, si dentro os tiene
a quien tengo en mi pecho cuidadoso?

(*Sale* LAERCIO.)

LAERCIO.

La capitana a recibirte viene,
todo embarcado, como tú mandaste.

REY.

Vamos, que mi Isabela me detiene.

(*Vanse, y salen el* REY EDUARDO *y* EDMUNDO *y* ROGEL, *armados.*)

REY.

No aguardó el Escocés.

EDMUNDO.

Como llegaste
dejó tu reino y tierra temeroso.
Era humo de niebla y lo acabaste;
llegó tu ardiente fuego poderoso
y todo lo deshizo.

ROGEL.

Eres temido
desde el Ganges dorado al Davio ondoso.
Puede vencer a muchos tu apellido;
tu nombre solamente le hace guerra
al contrario más fuerte y atrevido.

EDMUNDO.

Date parias la más remota tierra;
date tributo el bárbaro lejano,
y el mar te rinde cuanto el mundo encierra.
Témete siempre el arrogante hispano,
el flamenco industrioso, francés fiero,
el helado alemán y italo ufano,
el turco pertinaz, moro grosero,
el gentil ciego y el judío odioso
y el hereje sofístico embustero.
Que como el Macedonio poderoso
merece tres coronas tu cabeza,
que es una poca a un Rey tan valeroso.

REY.

¡Oh, vasallos, honor de mi grandeza,
amparo de mi reino, fuerte escudo
de mi corona y envidiada alteza!
Ser por vosotros lo que soy no dudo,
porque un Rey sin vasallos es vasallo,
vencido, pobre, mísero y desnudo.
Vosotros sois mis brazos, con que hallo
triunfos a mis victorias alcanzadas
y con que puedo a un monte derriballo.
Holgara ver aquí vuestras espadas
vertiendo, cual soléis, sangre enemiga
en el fiero Escocés bien empleadas.
Mas la verdad es fuerza que se diga
que victorias sin sangre son victorias,
no aquellas do la muerte al llanto obliga,
que aquéstas son de gozo exaltatorias.

(*Sale la* CONDESA ISABELA.)

ISABELA. Deme vuestra majestad
los pies.
REY. ¡Oh, bella Condesa!
Alzaos, que en aquesta empresa
vuestro valor y beldad
a la par hicieron presa.
Con muchos soldados tales,
en belleza y fuerza iguales,
seguro mi reino estaba.
ISABELA. Menos favor no esperaba
ni amparo para mis males.
REY. Aunque estoy siempre obligado,
como Rey, a dar favor,
fué mi obligación mayor

para con vos, si he mostrado
mayor cuidado y vigor.
Al Conde Guillermo estoy
tan obligado, que soy
hoy Rey sólo por su espada,
mi cabeza es coronada
y soy respetado hoy;
pero quiso la Fortuna
cautivarlo y de manera
que Ingalaterra estuviera
sin sol, pero no sin luna;
que vos sois la verdadera.
y porque acaso no quede
mi reino oscuro y herede
más desgracia sin los dos,
vine tan de presto a vos,
que por vos todo se puede.
(¡ Su belleza me ha admirado !) (*Ap.*)

ISABELA. Con tal sombra estoy segura,
ya que mi suerte procura
quitarme el bien que he ganado.

REY. (¡ Loco estoy con su hermosura !)

ISABELA. Y si me mostré esforzada,
usando por rueca espada,
fué con vos.

REY. Eso es verdad;
que puede vuestra beldad
rendirme, aunque no esté armada.
Pueden esos ojos bellos
matar con sólo mirar,
pues para poder matar
basta que me miren ellos.
(No me atrevo a declarar.) (*Ap.*)
(*Habla a los cuatro.*)
(Apartaos a un lado un poco.)—
Con vuestro amor estoy loco;
no estoy desde que os vi en mí.

ISABELA. Aunque el Conde no está aquí,
vuestro seguro no es poco;
espero ser defendida
de cualquier agravio.

REY. Y yo,
ser ofendido; aunque no,
que ya me tenéis sin vida.

ISABELA. Sin fuerza al punto quedó.

REY. Fuerza tiene, pues no acierto
a salir menos que muerto
de esas manos, Isabela;
durmióse la centinela,
y así fué mi engaño cierto.
Y no os cause aquesto enojos,
pues que matáis a traición,
quejarme yo era razón;
pero no, que aquesos ojos
claros matadores son.
De modo que si os pidiera
que me amásedes, no fuera,
mi Isabela, grande espanto,
que si a vos os quiero tanto,
otro tanto de vos quiera.

ISABELA. Por guardaros el decoro
que a mi Rey debo, he callado.
¿ Este socorro habéis dado
en mi peligro y mi lloro
contra un enemigo airado?
¿ Aquéstas son justas pagas
con las cuales satisfagas
a unos servicios tan grandes,
de que son Escocia y Flandes
testigo? ¿ Así, Rey, nos pagas?
Bueno está, Rey y señor,
que bien sé que es por tentarme,
y ha sido más obligarme
querer tentar a mi honor
para conforme él guardarme.

REY. ¡ Oh, valor; que es por demás,
matas al fuego que das
con el hielo que has mostrado !

(*Sale* VALENTÍN.)

VALENTÍN. Dame esos pies, que he llegado
vivo, bien sé, adonde estás.

REY. ¿ Eres Valentín?

VALENTÍN. Yo soy
vasallo que te ha servido.

REY. Alza.

VALENTÍN. Siempre he recibido
la merced que me das hoy.

REY. ¿ Contigo el Conde ha venido?
La muerte me fuera a mí.
(*Secreto.*)

VALENTÍN. La carta que traigo aquí
para ti, amada señora,
lo dirá.

ISABELA. Muestra, si es hora
de mi muerte. Ya la abrí.
(*Carta.*)

"Porque se haga el sentimiento debido, amada y desdichada hija, te escribo estos renglones tristes, que por ellos es bien que tú sepas la muerte de tu esposo el Conde, que yo supe por palabras."

(*Desmáyase* ISABELA.)

REY. ¡ Tenedla ! ¡ Es muerta ! ¡ Oh ! ¿ Qué
[ha sido?

VALENTÍN. ¡ Señora !

REY. Llevadla en brazos.

¡Quién te diera mil abrazos!
RUGEL. La pena es que ha recibido.

(*Entrala* EDMUNDO.)

REY. ¡Ay, amor, y qué de lazos!
¿Murió el Conde, en fin?
VALENTÍN. Murió,
gran señor, donde dejó
dolor, memoria y pesar,
siendo su sepulcro el mar,
que grande lo mereció.
Era poco a su grandeza
la fábrica y la belleza
del túmulo de Artemisa,
y así hoy el agua lo pisa
por apagar su pavesa.
Hundióse la nave en donde
cautivos y aherrojados
partimos, y así ahogados
fueron todos con el Conde,
y a mí guardaron los hados..
REY. Pudiera a tiempo venir
tal nueva, que con oír
de Guillermo el fin lloroso,
fuérame luto forzoso
y corto ya mi vivir.
Pero viene cuando vivo
sin alma, cuando estoy muerto,
cuando me anego en el puerto,
cuando estoy preso y cautivo,
y así a sentirlo no acierto
y es causa de mi esperanza,
porque espero ver mudanza
en Isabela si es cierto
que el conde Guillermo es muerto,
que el esperar no me cansa.
A Londres quiero volverme,
en donde buscar entiendo
el remedio que pretendo,
aunque el remedio es perderme,
pues por librarme me vendo.—
Marche el campo, Enrique, Edmun-
que antes fuí señor del mundo, [do,
ya esclavo soy, no señor.
EDMUNDO. Toca a marchar.
REY. ¡Ay, Amor,
cómo eres rey sin segundo!

(*Vanse, y sale el* CONDE GUILLERMO *en traje de cautivo, con un escardillo.*)

CONDE. ¡Quién con estas bellas flores
coronara tus cabellos,
más hermosos y más bellos
que el sol con rubios colores!
¡Quién tomara por favores,
mi Isabela, el presentarte,
hecho con ingenio y arte,
un ramillete oloroso!
Mas ante tu rostro hermoso
olor no pudiera darte.
¡Ay, ausencia rigurosa
para un cautivo forzado!
Ya, Isabela, te he dejado.
Ausente yo y tú hermosa,
la mudanza es peligrosa,
el combate será fuerte,
y, como el contrario acierte
a reconocer flaqueza,
¿quién no tendrá por certeza
tu gran mudanza y mi muerte?
No puedo apartar de mí
las sospechas que me vienen,
que tales recelos tienen
que del temor concebí.
Siempre pienso que hay en ti
mudanza, y todo lo creo,
que parece que te veo.
si me tardo, en otros brazos.
Pues ¿cuándo te daré abrazos
si no sólo con deseo?
El sueño, alivio al tormento
de un desgraciado, me aflige;
pero, aunque alivio se dice,
aumenta mi descontento;
mas ya de veras lo siento.
Quiero recostarme un poco,
si no es que en él me provoco
a dejarlo como suelo,
que aun el sueño es desconsuelo
para el que despierto es loco.

(*Recuéstase, y sale* FÁTIMA.)

FÁTIMA. ¿Dó está mi cautivo en quien
tengo puesta mi memoria?
Sólo el mirarlo me es gloria;
su ausencia me quita el bien.
¡Quién pudiera saber bien
quién es tan bello cautivo,
que ya con su pecho vivo
y es mi posada su pecho!
Aún no sé si bien he hecho
en las penas que recibo.
(*En sueño.*)
CONDE. Guarte, Isabela querida,
de los dientes del león.
FÁTIMA. Yo vine a buena ocasión.

CONDE. No puedo guardar tu vida,
¡ay, mi Condesa querida!
FÁTIMA. Aquí encubierta lo veo.
(*Encúbrese con ramos.*)
CONDE. Guarte, Isabela, que creo
que has de manchar a mi honor.
¡Detén, fiera, tu furor!
(*Despierta.*)
¡Oh, sueño prolijo y feo!
¿Qué me queréis ilusiones,
que ausente estoy y estoy lejos
donde fuerzas ni consejos
bastan para mis pasiones?
Ya no es razón que blasones,
Isabela, de tu fe,
que si me tardo bien sé
que te he de hallar trocada,
y aun gozándote casada
con quien mi enemigo fué.
¿Para qué me vuelves, sueño,
a dar tormento? ¡Ay, ausencia!
(*Vuélvese a dormir.*)
FÁTIMA. Bien conocí en tu presencia
tu valor, querido dueño.
De amarte no me desdeño;
desde hoy se aumenta mi amor.
(*En sueño.*)
CONDE. Detén un poco el favor,
detén un poco la mano,
aguarda; mas llamo en vano.
¡Oh, sueño, deja el rigor!
(*Levántase.*)
Amor, para mí terrible,
que siempre te sirvo al remo
aborrecido y amado,
amando y aborreciendo.
Celos en mi oscura noche,
luces que alumbra de lejos,
y he visto que en ser mujer
la más firme es como el viento,
¿por qué me mostráis mudanzas
más mudables que los tiempos,
de una alevosa mudable,
más mudable que son ellos?
Efectos son de la ausencia,
que es prueba en que al oro pruebo
por ver salir sus quilates
acrisolados y bellos;
pero es fuerza que el olvido
me dé ocasión si me quejo,
porque hay recelos forzosos
si son de honor los recelos.
Despierto contemplo males;
gozo de males en sueños,
y aun si fueran sueños todos
tuviera del mal lo menos.
Sólo el temor me acompaña,
ya mis esperanzas dejo
de verte, ingrata Isabela,
entre mis lazos estrechos.
Ya no hay paciencia que pueda
resistir a mis desvelos,
pues aun durmiendo soy Argos
y el robo a los ojos veo.
Quedad, dolores, conmigo,
pues del descanso estoy lejos,
y con no tener recibe
mi amor deshecho en mi fuego.
Amor, celos y mudanzas,
ausencia, olvido, recelos,
sueños, temor, esperanzas,
paciencia, dolores, fuego,
¿dónde huiré de mí que no me dejo?
FÁTIMA. (¡Ay, cautivo! ¡Quién pudiera
mostrarte lo que deseo!)
CONDE. (¡Ay, mudanza, y cómo os veo!)
FÁTIMA. (Llegarme a hablarle quisiera.
Llego a hablarle.) ¡Quién te viera
más alegre y más gozoso!
CONDE. ¡Oh, mi reina! ¡Oh, sol hermoso!
Bella y celestial esfera,
perdona si me has oído,
que son pasiones de amor.
FÁTIMA. Ya conozco tu valor.
CONDE. (Todo lo oyó. Estoy corrido.) (*Ap.*)
FÁTIMA. Levanta.
CONDE. Es nuevo favor.
FÁTIMA. Levanta, que esa humildad
más me prende y me enamora.
Alza, que la que te adora
tiene humildad y piedad.
(*Levántase.*)
CONDE. Bien es que tan gran beldad
me burle y se regocije.
FÁTIMA. Sombra es la verdad que dije
de la interior verdad;
las palabras que he hablado
sombra son del corazón,
que conozco, en tu razón,
la nobleza de tu estado.
En extremo te he adorado
desde el punto en que te vi.
CONDE. No sé de qué merecí
verme de ti tan honrado.
No se iguala mi vileza
a tu alteza y majestad,

ni puede haber igualdad
conmigo y con tu belleza.
Indigno soy que tu alteza
me quiera hacer tal favor.

FÁTIMA. No guarda ley el amor,
que el no guardarla profesa;
aunque a lo que he visto entiendo
que está encubierto en ti el oro;
no me niegues, pues te adoro,
lo que conocer pretendo.
Así te goces viviendo
en los brazos de tu dama,
y así en la mesa y la cama
te esté adorando y sirviendo;
así estés libre y ufano,
aunque no de mi querer,
te guarde fe la mujer
que te otorgare su mano,
y así del Amor tirano
siempre vivas victorioso
y jamás vivas celoso,
que es tu tormento inhumano,
me digas ya [y] quién eres,
pues tanto te lo he pedido.

CONDE. Basta, ya te he obedecido,
con que calles lo que oyeres.

FÁTIMA. Las palabras que dijeres
han de vivir como en ti.

CONDE. Escucha, y comienzo.

FÁTIMA. Di.

CONDE. Breve seré.

FÁTIMA. Cual quisieres.

CONDE. En Ingalaterra, isla
a quien el mar baña y cerca,
y a quien Anglía dió nombre
de Sajonia, insigne reina.
Fué mi padre Federico,
desgraciado, causa cierta
de que también yo lo fuese,
que las desgracias se heredan,
y fué contino estudiante
en las cursadas escuelas
donde Amor es el maestro
y naturales las letras.
También del sangriento Marte
fué discípulo de veras,
pues, aunque fuesen de burlas,
mis victorias eran ciertas.
Alcancé en mis mocedades
muchas, triunfando con ellas,
las cuales no te las cuento
porque no es con lengua ajena.
En fin, que alcancé con hechos
ser Conde de Salisberia,
y por muy querida esposa
a una hermosa Isabela.
Gocé poco su compaña
por tener mi gusto en ella,
si no fué por mejoría
o por poco merecerla,
que en la batalla que tuve
con tu padre me fué adversa
la fortuna, aunque mal digo,
que te he visto, y me fué buena.
Fuí vencido, que es dudoso
el propio fin de la guerra,
y en una nave, cautivo,
partí levantando velas.
Sucedió, como es costumbre
en el mar, una tormenta,
en la cual, venciendo el viento,
el agua cubrió la entena.
Hundióse la nave rota,
tocó la más honda arena,
sepultando en sus abismos
la gente que iba con ella.
Escapé yo en una tabla,
y, cogiendo puerto y tierra,
fuí cautivo, aunque lo estaba,
y así te sirvo en tu huerta.
Esta es mi historia, aunque breve,
por no afligirte con ella,
que, pues que sabes de Amor,
también sentirás mis penas.

(*Sale* SOLIMÁN.)

SOLIMÁN. Bien pareces entre flores,
mi Fátima.

FÁTIMA. ¡Extraño enfado!

SOLIMÁN. Que el lirio y clavel preciado
te robarán sus colores.
¿Ya muestras el rostro airado?

FÁTIMA. Es mucha desenvoltura
el perseguirme.

SOLIMÁN. Es locura,
y de un loco son efectos.

FÁTIMA. Antes son todos defectos
en lo que tu amor procura.

SOLIMÁN. ¿Posible es que eres tan fiera?

FÁTIMA. ¿Posible es que no me entiendes?

SOLIMÁN. Bien entiendo que pretendes
que sin esperanza muera.

FÁTIMA. Más me hielas.

SOLIMÁN. Más me enciendes.
¿Por qué tanto me desdeñas?
¿Por qué tal crueldad enseñas?

¿Soy cobarde? ¿Soy villano?
Lo contrario de esto es llano;
mas son tus entrañas peñas.

FÁTIMA. Solimán, ya te he pedido
que me olvides. Déjame.

SOLIMÁN. No puede olvidar mi fe,
que con firmeza he querido.

FÁTIMA. Bien tu locura se ve.

SOLIMÁN. También se ve tu dureza,
pues serviré a tu belleza
con cuanto el mundo posee,
lo que tu gusto desee
traerá mi liberaleza.
Traeré para tu tesoro
las ricas perlas del moro,
los zafiros de Ceilán,
las granas que en Tiro están
y de toda Arabia el oro.
De los Asirios las sedas,
de Cochín la especería,
ámbar que Hipoboro cría,
finas telas de los Medas
y el cedro que da Amasía;
el coral del Eritreo,
la plata del indio feo,
el marfil que hay en Tartaria,
y de Sala tributaria
enseñará tu deseo
el rico anís de Canira;
mármol blanco de Toscana,
de Tiro la fina grana,
los chamelotes de Ancira,
tapetes de Tucumana;
de las Marulas el curso,
de Baviera el oso bravo,
aves de Pucsu hermosas,
de Pesto las tiernas rosas
y de la Española el pavo;
de Bretaña el rubio lino,
de Candia el alto ciprés
y de Elba el precioso vino,
y para cubrir sus pies,
de Esmirna brocado fino,
de la Campa el menjuí,
de Ava el precioso rubí,
de Malta la dulce miel,
de la Bretaña el lebrel
y de la Islandia el neblí;
de Bengala el algodón
y el blanco arroz de Milán,
de Abruzo el fino azafrán,
porcelanas de Sajón
y trigo de Turquestán;
las gamuzas de Tirol,
de Loo el precioso arrebol
y las púrpuras de Lostro;
en fin, que para tu rostro
los rayos hurtaré al sol.

FÁTIMA. ¡Cuánto traes estudiado!
¿Qué piensas que importa, di,
si falta el amor en mí,
el cual no ha de ser mercado
con oro ni [con] menjuí?
Y si dura tu porfía,
te juro por la ley mía
que he de vengar mis enojos.

(*Vase* FÁTIMA.)

SOLIMÁN. Con no mirarme tus ojos,
ya el castigo se me envía.—
Cautivo, más venturoso
que yo, pues soy más cautivo,
que porque gloria recibo
con verla, me es riguroso,
su rostro aquí no es esquivo,
¿has sabido acaso amar?
¿Sabes qué cosa es pasar
amor y sufrir desdenes?

CONDE. Ya yo siento el mal que tienes.

SOLIMÁN. ¿A quién no podré apiadar?
Pero, pues dices que sientes
mis males y has merecido
hablarla, y tanto has podido
mirar sus ojos presentes,
que a mí negado me ha sido,
vuelve por mí, si pudieres,
los desdenes que le vieres
reducillos a piedad,
y mi liberalidad
pagará bien lo que hicieres.

CONDE. Acudiré a tu servicio
muy de veras.

SOLIMÁN. Toma, pues,
esta sortija.

CONDE. Tus pies
beso.

SOLIMÁN. Si haces mi oficio,
libre te verás después.

CONDE. No espero menos mercedes
de tus manos.

SOLIMÁN. Si hacer puedes
que me quiera, será poco
darte un mundo.

CONDE. ¡Oh, Amor loco,
y qué de gustos concedes!

(*Sale* MUSA.)

MUSA. El gran Amurat te llama,
Solimán. (1)
SOLIMÁN. ¿Sabes qué quiere?
MUSA. No sé cierto.
SOLIMÁN. Si viniere
hoy, haz eso.
CONDE. (Bella trama
he de pensar, si pudiere.)
Bien te puedes descuidar,
que por mí no ha de faltar
el descubrirle tu amor.
SOLIMÁN. Pues voime, que tu favor
es quien vida me ha de dar.

(*Vanse* SOLIMÁN (2) *y* MUSA.)

CONDE.

Ya tanto de mi estado me hallo incierto.
que en vivo ardor temblando estoy de frío;
a un tiempo juntamente lloro y río
y es lo dudoso claro y no lo acierto.
Es todo cuanto siento un desconcierto,
mi alma, fuego; mi vista vierte un río;
ahora espero, ahora desconfío,
ahora desvarío, ahora acierto.
Estando en tierra, al Cielo voy volando;
esme un hora mil años sin provecho,
que en un año no puedo hallar un hora.
No sé cómo decir en lo que ando;
pero temo a mujer, y, en fin, sospecho
que se me ha de mudar, si es firme ahora.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA
de EL REY POR TRUEQUE.

(*Salen el* REY EDUARDO *y* ISABELA.)

ISABELA. A tu mandado he venido.
REY. Mejor, ruego le dirás,
que mal obedecerás
a quien te está tan rendido.
ISABELA. Siempre obediente he vivido
a mi Rey y a mi señor,
que en no tocando a mi honor,
todo lo demás es justo;
que siempre del Rey el gusto
es propia ley en rigor.
¿Qué me quieres?
REY. ¿Ya no sabes
lo que te puedo querer,
que comenzaste a poner
remedio a mis males graves?
Mejor es que luego acabes
conmigo, si es que procuras,
por aumentar mis locuras,
engañarme con favores,
que no sufren mis dolores,
que des de espacio las curas.
Pusísteme tan ufano
con un favor que me diste,
que hasta el Cielo me subiste
en la palma de tu mano.
Mas favor tan soberano
de tarde en tarde lo das,
que cuando pienso que estás
más rendida a mi querer,
ni tengo que poseer
ni tengo que esperar más.
Si es que no estás satisfecha,
Isabela, que te adoro,
pídeme del sol el oro,
pídeme de Amor la flecha;
y si aquesto no aprovecha
a que me quieras amar,
es en vano mi porfiar,
que de esta razón se sigue
no querer que yo te obligue
o no quererme obligar.
No obligarme que te quiera,
porque sola tu hermosura
es causa de mi locura,
de que otra causa no fuera;
pero obligarme pudiera
a que, siendo el fundamento
de mi gloria y mi contento
el gozarte mi memoria,
penar por ti fuese gloria,
no penar fuera tormento.
ISABELA. Ya te he dicho desde luego
que dejes esa pasión,
bastante a satisfacción
para sosegar tu fuego.
REY. Mal dices, que Amor es ciego,
y un ciego mal puede ver,
y el querer tú conocer
satisfacciones de un loco,
es soñar que quieres poco
o que no sabes querer.

---

(1) En el original "Ceilán" por error.
(2) También "Ceilán" en el texto.

Perdona si te he enojado,
que, como lo estoy conmigo,
sin sentir las cosas digo,
de que ahora me ha pesado.
Y aun el haberme turbado
tanto con sólo mirarte,
entiendo que ha sido parte
a que, cuando vengo a verte,
ni pueda bien entenderte
ni yo pueda bien hablarte.
Eres el bien que pretendo,
Isabela, para mí;
no siento gloria sin ti
ni voy más gloria siguiendo.
Muy bien tus voces entiendo
contra el fuego que en mí arde;
mas no importa que se tarde
el bien que a mi pena ofrezco,
que el gozo porque padezco,
si viene, no vendrá tarde.
Pues soy tuyo, será justo
que mi gusto te entretenga;
tu gusto es justo que tenga,
pues que no tengo otro gusto.
Tu pesar es mi disgusto,
tu contento es mi alegría,
tu intención es mi porfía,
tu padecer, mi dolor;
mandarme tú, gran favor;
no penar yo, demasía.

ISABELA. Como Cleopatra debiera
seguir a mi esposo muerto
y buscarme el fin más cierto
que mi casto honor pidiera.
Mas ya que de esta manera
no muestro la fe debida,
bien podré perder la vida;
mas si fuere menester,
con fuego se podrá ver
mi limpieza ya ofendida.
Lo que puedes es quitarme
mi vida, mas no mi honor:
podrás seguir con rigor,
pero no podrás trocarme.
Y a entender que era el llamarme
para decir tu porfía,
no pusiera la honra mía
en el punto en que la he puesto

(*Vase* ISABELA.)

REY. Aguarda, que es manifiesto
mi fin por mi cobardía.
Siempre ha de ser atrevido
el Amor, que el que es cobarde
bien es que llorando aguarde
el bien nunca bien venido.
Pero ¿quién lo hubiera sido
contigo, Isabela hermosa,
que te quiero desdeñosa
más que contra mí enojada,
para que, desengañada,
conozcas mi fe amorosa?
Pero ¿a quién me quejo? Amor,
quiero buscar el remedio,
ya que yo no soy buen medio,
para aplacar su rigor.

([*Vase.*] *Sale el* CONDE DE VANUBIO.)

CONDE. Los negocios que he tenido
el verte me han estorbado.

REY. Ya conozco tu cuidado,
Conde, en que siempre has vivido;
y así, tanto me descuido
contigo, que ya me olvido
de todo.

CONDE. Yo he recibido
tus cuidados, de que cuido.

REY. Mas, ¡ay, Conde!, a quien pedí
siempre consejo en mis cosas
y a quien graves y dudosas
siempre en secreto las di.
Ahora he de menester
tu ayuda; pero antes quiero
que me prometas primero
que me has de favorecer.

CONDE. ¿Menester es que prometa
yo hacer lo que me mandas?
¡Dudosas son tus demandas,
no sé quién será profeta!

REY. Bien dices; pero conviene
que me prometas ahora
lo que te pido. (¡Ay, autora
del loco mal que me tiene!)

CONDE. Digo que prometo y juro,
a fe de noble soldado
y por la fe que he guardado
de leal y no perjuro,
por la nobleza que heredo,
por el Dios que siempre vela
y por mi amada Isabela,
que es cuanto jurarte puedo,
de hacer cuanto mandarme
quisieres.

REY. Dame esos brazos.

CONDE. Dame tus pies.

REY. Mil abrazos

te daré, porque es honrarme.
¡No sé por dónde comience
a contarte mis fatigas!

CONDE. Di como quiera.

REY. Me obligas
a que más ya no lo piense.
Escucha, y sabrás de mí
en lo que me has de ayudar.

CONDE. Ya te deseo escuchar
y hacer lo que prometí.

REY. Un día, cuando mi noche
entrar quiso y comenzarse
tan oscura para glorias
cuanto clara para males;
cuando con Flegón y Ethonte
más bello salió que antes,
el sol, no sé si fué envidia,
sé que la tiene, y muy grande,
yendo ufano a resistir
al Escocés arrogante,
descuidado de traiciones,
que para un traidor no hay arte,
un enemigo cosario,
con ser pigmeo, un gigante;
un fuego del Cielo mismo,
un rayo que rompe el aire;
en fin, un rey que me tiene
hoy por su esclavo y que hace
que juzgue yo por favores
tormentos, penas y males,
me salió al cuento, usando
de un arma tan admirable,
que, dándome muerte al punto,
puso dos almas a un ángel.
Vide de una nueva Palas
el rostro, en quien quiso darle
Aquel que pintó los Cielos
más gracia que en ellos cabe.
Su belleza y hermosura
no me atreveré a pintarte,
si no es que pintarla quiero
con imitar a Timantes;
que si sus partes dijera,
aunque apriesa las contase,
volviera al principio el día
sin acabar de pintarle.
Fuéme siempre desdeñosa,
siendo en ellas siempre iguales
su hermosura y su crueldad,
su ingratitud y donaire.
Callen Vestas y Dianas,
las Floras y Palas; callen
las Marcias y Atheneas,
las Hipodamias y Onfales;
callen las Fulvias y Celias,
Pantasileas y Dafnes,
las Penélopes y Aulestias,
las Europas y Ariadares,
Polifemas y Artemisas,
las Cleopatras y Anajartes,
las Elisas y Euridices,
las Atalantes y Aragnes;
que, cuantas gracias tuvieron,
perfecciones y donaires,
puso la Naturaleza
en quien se hiela y me arde.
No hay que buscarlas, sus gracias,
que todas tres de ella nacen,
en quien, como en propia fuente,
rompiendo cristales salen.
Ya bien habrás conocido,
oyendo alabanzas tales,
como en mis cortas razones
sólo a Isabela se alabe.
Esa tu hermosa hija,
aquese celestial ángel,
teniendo en sí gloria y cielo,
quiere en tormentos matarme.
Esta es dueño de mi alma,
cuyos tiernos ojos valen
para dar vida a los muertos
y muerte a los vivos darles.
Ya sólo he puesto el remedio,
Conde, en tus manos, ¿qué haces?
¿Por qué no sacas un alma
de entre tormentos tan graves?
Has de forzarle me quiera.
Pero, mal digo, que en balde
es para el Amor la fuerza,
que quiere de gracia darse.

CONDE. Después de haberte servido,
desde que tuve desgracias,
que son hartas las de aquel
que sirviendo a reyes anda;
después que desde la cuna
conozco tu corte y casa,
adonde cortan las lenguas
y adonde cortan las pagas;
después que he hecho las noches
días para lo que mandas,
siempre mirando a tus gustos,
que de cumplirlo gustaba;
después que en la paz y guerra
te he servido con las armas,
de lo cual serán testigos
las heridas que en mí hablan,

¿así me pagas?
Después que, como adestrado
en las reñidas batallas
cuarenta y siete heridas
me han dado, y no en las espaldas;
después que, cual otro Horacio,
en una puente quebrada,
hice cara a dos mil moros
con mi escudo y con mi espada;
después que, como otro Estena,
he hecho ante mí muralla
en las mayores refriegas
de los moros que mataba;
después que, como Camilo,
he defendido mi patria,
aunque, porque te he servido
me ha sido fiera madrastra,
¿así me pagas?
¿Son aquéstas las mercedes
que de tu mano aguardaba?
Aunque para hacer mercedes
no tienes las manos largas.
¿Son aquéstas las riquezas
que estos mis servicios ganan,
que quien como yo te sirve
pérdidas tan sólo saca?
¿Son aquéstas tus promesas
para engañar mi esperanza?
Aunque consideré siempre
ser mis esperanzas vanas,
¿son aquéstos los descansos
a que mis trabajos pasan?
Aunque fuera venturoso,
si ya de mí se pasara.
¿Así me pagas?
Sola una prenda que tengo,
sola una hija adorada,
un archivo de mis glorias,
un consuelo en mis desgracias,
el honor de mi linaje,
por quien acabé batallas
que, como soy desdichado,
en pórfido no se estampa,
¡aquésta también me quitas,
con la cual me contentaba!
Que porque Apeles lo quiso
le dió a su amiga un Monarca,
todas mis fuerzas te he dado,
y cuando ves que se acaban
mis fuerzas para servirte,
me quieres quitar el alma.
¿Así me pagas?

REY. (Tiene razón. Yo enmudezco.
Pero ¿qué importan razones?
En mí manda[n] mis pasiones,
pues que remedio me ofrezco.)

CONDE. Ya te juré y prometí
Rey, ayudarte, y lo haré,
porque es de noble mi fe
y la palabra que di.
Persuadirla es lo que puedo;
pero no podré forzarla;
con ruegos podré obligarla,
mas no castigar su miedo.
Con esto me voy, por dar
principio al remedio tuyo.
Así, Rey...

(Secreto.)

REY. Todo soy tuyo,
no tengo que poseer.
Ya de aquesta traza entiendo
poner fin a mi esperanza
y navegar con bonanza
por el mar que voy rompiendo.
Y si acaso he sido loco
con tal remedio y tal trama,
forzoso es serlo el que ama
o es señal de que ama poco.

(Vase el REY *y sale* ISABELA.)

ISABELA.

Conoce mejor el buen soldado
cuando se ve en batalla constreñido,
y el buen piloto cuando oscurecido
el Cielo está y el mar se ve alterado.
Los quilates del oro se han mostrado
cuando su escoria el fuego ha consumido;
conoce el que es médico escogido
cuándo el enfermo [al] tiempo es ya llegado.
Del justo la virtud más resplandece
cuando el vicio la sigue y no la daña,
y el sabio puesto junto al ignorante.
Con lo feo lo hermoso más parece;
lo blanco, si lo negro le acompaña,
y pretendida la mujer constante.

No es bastante tu muerte, dulce esposo,
hermoso espejo donde yo me vía,
a buscar otro dueño poderoso,
a quien entregue la libertad mía;
que, si atada con lazo riguroso,
te entregué el alma desde el primer día,
y se fué con la tuya en mortal sueño,
¿qué alma tendré que dar a otro algún dueño?
No me pierdes, mi bien, si te he perdido,
que ante mis ojos tu retrato veo;

jamás te pongo en tenebroso olvido,
ni de otro vicio ni bien tengo deseo.
Cual la egipcia te hubiera ya seguido
y dejara el llorar en que me empleo;
mas es razón que dure mucho el llanto
de tanto bien perdido y gozo tanto.
Quien no supo de bien, que el mal no sienta
no es maravilla, como a veces suele,
ni que sienta el dolor que le atormenta
aquel a quien contino algo le duele:
que aquel que vive al hielo y sol frecuenta,
el sol no abrase ni la nieve hiele,
y que alguno no vea con la lumbre,
porque es naturaleza la costumbre.
Mas ¿qué no llorará quien supo tanto
de gloria y vida como supe y tuve?
¿Quién olvidará el gozo, el gusto, el canto,
si lo gocé en el tiempo que entretuve?
Poco es si el mar aumento con mi llanto,
si mis suspiros hacen al sol nube:
que aquel que tiene amor sin esperanza
es poco cuerdo si su furia amansa.

(*Sale el* Conde de Vanubio.)

Conde.

Sola, hija, estás siempre y pensativa,
aunque mal te pregunto, que es muy justo
que llores siempre, que es tu suerte esquiva;
fiel el vasallo y el señor injusto.
(*Muestra sentimiento el* Conde.)

Isabela.

Padre y señor, no es justo que reciba
pena tu edad por lo que a mí es disgusto:
tal sentimiento a una mujer le toca.

Conde.

Lloraran [hasta un] risco y fuerte roca.
Si, cual hijo de Creso, fuera mudo,
mi lengua hablara con el pesar mío,
que si el dolor hacerle hablar pudo,
no es menos mi dolor, no es desvarío.
¿Juicio tengo? Que lo tenga dudo.
¿Yo soy tu padre? No, porque yo fío
que no hubiera venido ante tus ojos
a recibir yo muerte y darte enojos.
¡Oh, fe cruel, promesa mal debida;
freno de un noble y siempre honor perdido,
pues que no la gozo con quitarme vida
a lo que yo he jurado y prometido!
Tu padre no soy ya, hija querida,
si hasta aquí ser tu padre he merecido,
pues es forzoso aconsejarte ahora
pierdas tu honor, ¡oh fe, de todo autora!

Isabela.

Confusa me han tenido tus razones,
y si [es que] ver no quieres presuroso
mi fin, deja, gran Conde, tus pasiones
y declárate más.

Conde.

[¡Oh,] tiempo odioso!
Que contra aquesta ley no hay opiniones,
no, que es guardarla al desleal forzoso,
y, según Cicerón, en fe y palabra
su fundamento la virtud entabla.
Llámala Lipsio un justo y noble efecto,
que de lo que hemos dicho poseemos,
y Séneca la llama el más perfecto
y santo bien que con razón tenemos,
Honra de Dios, del sabio y del discreto,
honor divino con que nos honremos,
y tanto, que es forzoso ser guardada,
aun cuando a un desleal injusto es dada.
Fuerza es cumplirla y prometerte, hija,
que... ¿Cómo lo diré, lengua medrosa?

Isabela.

Padre y señor, mayor piedad te rija;
no me tengas suspensa y sospechosa.

Conde.

Es mi palabra ley ¡oh, ley prolija!
¡Oh, cansada vejez! ¡Oh, fe afrentosa!
Escucha y pídote de parte mía.
¡Oh, rey tirano! ¿Quién en reyes fía?
Prometió Jepté a Dios sacrificarle
la primer cosa que en su casa viese
como quisiese la victoria darle
y que el contrario idólatra huyese.
Volvió triunfante a casa, y a abrazarle
salió su única hija; y como fuese
la primer cosa que el encuentro vía,
la palabra cumplió que dado había.
Tu sacrificio es éste; pero es hecho,
no a Dios, sino a un tirano fementido.
Aun soy cruel, a quien abrasa el pecho
un amor torpe, porque tú has nacido.
Prometíle, ignorante de tal hecho,
darle mi ayuda, como siempre ha sido,
y diciénd[ote], en fin, los males suyos,
fuerza es que mudes los intentos tuyos.

Isabela.

Señor, detente, que ya te he entendido.
Mi honor no aguarda peticiones tales,
que es bien que cumplas ya lo prometido,

aunque es palabra para propios males;
yo quitaré lo que ocasión te ha sido.
Hechos verás, Lucrecia, tus iguales,
en los cuales, Nicérato, tu esposa
no se mostró más fuerte y valerosa.
Pero mal digo; tomo en mí venganza
debiéndola tomar de mi enemigo.
Yo, en fin, le pondré fin a su esperanza
buscando cielo próspero y amigo.
Mi patria dejaré sin más tardanza,
sin aguardar a que otra vez contigo
me ponga en ocasión de hacer un hecho
que ser no pueda de un tan noble pecho.
Como Lucio Virginio ser debieras,
derramando mi sangre noble y casta,
y como tú también me lo dijeras,
por ti hiciera lo que a mi honor basta.
Serán estas palabras las postreras
que oigas de mí mientras mi honor contrastas,
que en tocando al honor, aunque sea padre,
ni habrá respeto ni piedad que cuadre.

(*Vase* ISABELA.)

CONDE.

¡Oh, noble hija, de mi honor escudo,
matrona insigne de tu sangre noble,
fuerte presidio con que ya no dudo
de no temer que tu valor se doble!
Sois leal vasallo, de traición desnudo;
eres roca firmísima, eres roble:
cumple tu voluntad; yo, Rey, la tuya;
mas no le puedo hacer fuerza a la suya.

(*Sale* VALENTÍN.)

VALENTÍN. A llamarte el Rey me envía
aprisa.
CONDE. Contigo voy.
¡Oh, Rey, y cuán leal te soy!
pues aun contra la honra mía,
como su enemigo estoy.
Mas ¿si ya está arrepentido?
que apenas de allí he venido
y ya me vuelve a llamar:
trocado le temo hallar.)
Vamos.
VALENTÍN. Sin huelgo he corrido.

(*Vanse, y salen el* REY DE ESCOCIA *y* ANULFO, *en traje de pastores.*)

REY. Ya, Anulfo, habemos llegado
adonde mi bien se encierra.
Disimula en esta tierra
quién soy, que Amor me ha obligado
si lo que es ser rey lo yerra. (1)
ANULFO. Rey y señor, yo haré
lo que importa, que bien sé
disimular cuando importa.
REY. ¡Ay, Isabela, qué corta
es mi suerte y no mi fe!
No puedo vivir sin verte,
ni veo sin tu presencia;
mi fe aumenta [tu] inclemencia,
presente quiero perderte,
si he de perderte en ausencia.
Si armado te vine a dar
tal enojo y tal pesar,
bien es que mude de estilo,
y que de tu espada al filo
pueda mi cuello entregar.
Que si presto se envainó
por ti mi espada y perdió
darme esta tierra ganada.
Por una imagen pintada
Demetrio a Rodas dejó.
Mas dime: ¿no te parece
que en tal disimulación
podré tener ocasión
de verla?
ANULFO. El tiempo la ofrece,
según nuestros trajes son.
REY. En este traje podré
saber de quien sólo sé
que mi libertad robó;
por esto he mudado yo
de traje, aunque no de fe.
ANULFO. Paréceme que nos vamos
hacia palacio, que es hora.
REY. Vamos, por que sepa agora
de mi Isabela, y con ramos
su puerta adorne al aurora.

(*Vanse, y sale* EDUARDO.)

REY. Los repuestos y litera
apercebid de manera
que se parta junto todo,
que es forzoso de este modo
gocen el bien que quisiera.
Perdona, Felipa, en quien
puse algún tiempo mi gusto.
Que padezcamos no es justo,
yo con amor y desdén,
tú con celos y disgusto.
No soy el primero yo
que la mujer repudió,

(1) Así en el original.

si hubo un Nerón y un Sulpicio
que lo usó sin ver indicio
de la mancha de su honor. (1)

(*Salen el* CONDE DE VANUBIO *y* VALENTÍN.)

CONDE. Con la presteza que fuí
a cumplir lo que mandaste,
vengo cuando me llamaste.

REY. ¿Quién sino tú podrá en mí
hallar lo que siempre hallaste?
Pero dime: ¿has ya hablado
a Isabela?

CONDE. Ya he tratado
con ella el mal que padeces.
Pintéle lo que le ofreces;
[y] persuadíla porfiado;
pero ella se está en sus treces. (2)
Y por que entiendas quién soy,
te aviso que ha prometido
dejar su tierra, y cumplido
tengo, si obligado estoy,
a cumplir lo que has pedido.

REY. Dejarme quiere y no sabe
que es fuerza que en eso acabe
con mi vida, y que ¡locura!
sigo siempre su hermosura,
que en todo el mundo no cabe.
Dile al conde Felisberto
que ponga a Isabela presa
en la torre.

VALENTÍN. Voy apriesa.

CONDE. ¡Qué mal que a servirte acierto
cuando mi desdicha empieza!

REY. Escúchame, que con esto
quiere echarme Amor el resto,
dando a Isabela y a ti
lo que puede dar, y así
alcanzaré el fin propuesto.
Será Isabela mi esposa;
pondré sobre su cabeza
mi corona; su belleza
será adorada por diosa;
pondré a sus pies mi grandeza.
No te espantes ni te alteres,
que enamorado no eres,
y así te espanta mi amor.
Escucha, Conde y señor.

CONDE. Bueno está, señor, si quieres,
prudente rey Eduardo.
Felipa es tu esposa ahora;
ella es reina, ella es señora;
yo sólo seré el resguardo
de quien es de todo aurora.

REY. No es nuevo el repudiar
la mujer ni desechar
compaña de tantos años,
porque a los mayores daños
menores han de estorbar.
Y así, tú mismo has de ser
el que al Rey de Francia lleve
a Felipa.

CONDE. ¿Que se atreve viuda hacer
lo que a mi gusto se debe?

REY. No te replique en mi gusto.
De que se la entregues gusto, (1)
que muero sin heredero.
A punto está todo.

CONDE. (¡Oh, fiero!
¡Oh, rey tirano y injusto!)
(*En secreto.*)
Señor, si con esto intentas
alcanzar en tus tormentas
el puerto que has deseado,
mira no quedes burlado,
que para un rey son afrentas.
Y si quieres todavía
seguir tu intento, otro había
que la lleve...

REY. Basta ya.
Isabela ha de ser mía;
Felipa contigo irá.
No te tardes un momento,
ni entre a verme a mi aposento
Felipa. Sin verme parte.

CONDE. Señor...

REY. No cures tardarte.
Haz lo que acabar intento.

(*Vase el* REY.)

CONDE. ¡Oh, tirano! ¡Oh, rey cruel!
Ya aquel Fálaris te iguala;
Bóreas que todo lo tala,
fuego que más quema a aquel
que más te acerca y regala.
No te puedo, hija, ver;
pero puedo conocer

---

(1) "Honor" no rima con "yo".

(2) Sobra este verso en la quintilla.

(1) Este pasaje está muy alterado. Probablemente se escribiría, poco más o menos, así:

CONDE. ¿Qué, se atreve
[tu majestad] viuda...

REY. Hacer
lo que a mi gusto se debe.

CONDE. No te replico: es muy justo.

REY. De que se la entregues gusto;

de lejos tu claridad,
que muros ni oscuridad
estorbo no le han de ser.

(*Sale* VALENTÍN.)

VALENTÍN. No falta sino que vengas,
gran Conde, para que partas.
Ropa, dineros y cartas
tienes.

CONDE. (El fin triste tengas,
pues de crueldad no te hartas.)
Vamos, Valentín, agora.
(Y si acaso el que te adora
¡oh, hija! tu amor alcanza,
plegue a Dios que su mudanza
la veas dentro de un hora.)

(*Vanse, y sale el* REY DE ESCOCIA *y* ANULFO.)

REY. Yo vengaré su crueldad,
[rey] Eduardo, a mi placer.
¿Presa Isabela? ¿A mujer
muestras tu ferocidad,
cobarde, cuando hay poder?

ANULFO. Ya al rey de Francia envió
su hija.

REY. ¿Ya se partió?

ANULFO. Ya está buen rato de aquí.

REY. Pésame de que partí
del traje que Amor me dió.
Bebiera, como hizo Ciro,
tu sangre; mas yo te juro,
por el dueño que procuro
y bien por quien yo suspiro,
de ser señor de tu muro.
¿Sabes si es la torre aquésta
donde está Isabela puesta?

ANULFO. Sí, señor.

REY. Ya te he avisado
que no vivas descuidado.

ANULFO. Tu dicha está manifiesta.

REY. Pues la noche nos ayuda,
lleguémonos cerca, y tanto,
que pueda escuchar tu canto.

ANULFO. Aquesta noche tan muda
dará el remedio a tu llanto.

REY. Como dentro pueda entrar,
yo me atrevo a negociar
mi vida, aunque esté enojada,
que si la quiero obligada,
también la sabré obligar.

ANULFO. La reja de su retrete
es aquella que promete
mostrarte los rayos suyos.

REY. Canta.

ANULFO. ¿Canto males tuyos?

REY. Canta un romance o motete.

ANULFO. "Bajajá, la más hermosa
que pisa aquesta ribera,
tan fiera cual pretendida,
tan ingrata como bella,
escucha, si estas paredes
no te hacen más de piedra;
porque si ellas se ablandaren,
puedas resistir por ellas.
Un desdichado pastor
que celos sólo sustenta,
que para ser desdichado
tenerlos basta en ausencia,
quisiera, por agradarte,
no declararte sus veras;
mas como su mal no es burla,
no sabe qué cosa sea.
Quisiera no darte enojos,
aunque por ello los tengas,
que, como tienes su alma,
él siente que tú los sientas.
Mas perdona si te enoja,
que ya rebotan sus penas
y son tales, que ellas hablan
cuando enmudece su lengua.
Licencia sólo te pide
para amarte, que con ella
piensa vivir más ufano
que señor de Troya y Grecia.
Si aquesto quieres negarle,
bien puedes, mas no aprovecha,
que estar en pena y tormento
bien puede uno sin licencia."

(*Entre tanto que canta, la* CONDESA *está en la reja.*)

ISABELA. ¿Pastores, a tales horas
debajo de aquesta reja
con amores y con quejas?

REY. Es, señora, porque lloras.
Supimos que estabas presa
tres pastores, y intentamos
darte el solaz que te damos
tan de noche y tan de priesa.

ISABELA. Agradecida os estoy
de ese cuidado.

REY. Señora,
¿tu santidad presa agora?

ISABELA. Porque desdichada soy.

REY. Mala pascua sea con él,
pues tan mal trataros quiere.
Hideputa, ¡quién lo viere

tan dispuesto y tan doncel.
Pero aquesa hermosura
es la ocasión de ese mal;
sois bella sin otra igual;
sois diosa, no sois criatura;
Que os prometo que estoy
tan en extremo rendido,
que sin comer, suspendido,
viéndoos me estuviera hoy.

ISABELA. ¿De amor sabéis?

REY. ¿Luego no?
Sé tanto de él, que os prometo
que hace en mí el mismo efecto
que en ese Rey que os prendió.

ISABELA. Apasionado vivís,
y como que eso es verdad,
¿queréis mucho mi amistad?

REY. ¡Qué al desgaire lo decís!
Estímola en tanto grado,
que, aunque burláis de mi amor,
recibo por gran favor
el vivir menospreciado.
Que si os acordáis de darme
desdenes con que me mate,
sé que cuando no me cate
os acordaréis de amarme.

ISABELA. Mucho gusto he recibido
de oíros.

REY. Si es vuestro gusto,
de daros placeres gusto,
pues que dároslo he podido,
mañana os traeré unas flores
con que os podáis alegrar.

ISABELA. Andad agora [a] acostar.

REY. ¿Os cansa el darme favores?

ISABELA. No, por cierto; mas es tarde.
Adiós, amigo.

REY. ¿Ya os vais?

ISABELA. Si es de día, ¿a qué aguardáis?

REY. Al amante es propio aguarde.

ISABELA. Esas flores me traed,
que gustaré conoceros.

(*Vase* ISABELA.)

REY. También yo gustaré veros,
pues es la mayor merced.—
En gloria, mi Anulfo, he estado.
Aquésto ha sido mi gloria;
queda ufana mi memoria,
queda mi placer colmado.
Si sólo con escucharte
tan loco me tienes ya,
mi Isabela, ¿qué será
cuando yo pueda gozarte?
Pienso llevarle las flores,
y, como la pueda ver,
yo me daré a conocer
y pintaré mis dolores.
Sacaréla de a dó está
con guerra, y reina la haré,
si quiere admitir mi fe
y la suya darme ya.
Vamos por los ramilletes
antes que se pase el alba
y haga a Isabela la salva
el sol dentro en sus retretes.

(*Vanse, y salen* ROGEL *y dos* GUARDAS.)

ROGEL. Mirad que no os descuidéis
con esta puerta, que importa.

GUARDA 1. De digresiones acorta,
no de comida.

ROGEL. ¿Coméis?

GUARDA 2. Los bueyes que hurtó Caco
y de Caribdes los bueyes (1)
nos comeremos con leyes
que entre a cada credo el Baco.

ROGEL. Aquí os traerán de comer.
No dejéis a nadie entrar.

(*Vase* ROGEL.)

GUARDA 1. Procuraos, pues, descuidar.

GUARDA 2. Saca y empieza a beber.

GUARDA 1. ¿Que quieres la bota?

GUARDA 2. Sí.

GUARDA 1. Vesla aquí; mas está enjuta.

GUARDA 2. ¡Oh, pese al hijo de puta!

GUARDA 1. ¿Qué quieres, si lo bebí?

(*Sale el* REY EDUARDO.)

REY. ¿Ha mucho que aquí os han puesto?

GUARDA 2. Señor, mil años hará.

REY. ¿Mil años?

GUARDA 2. Es que no da
horas el reloj ingiesto.

REY. Tened cuenta con la puerta,
no entre nadie por ahora.

(*Entrase el* REY.)

GUARDA 2. ¡Oh, pobre de la señora!

GUARDA 1. Pues no se esté ella tan cierta.

GUARDA 2. Ya el sol empieza a quemar;
entrémonos acá dentro.

GUARDA 1. El sueño será mi centro.

GUARDA 2. El mío será espulgar.

---

(1) Quizá deba leerse "las greyes".

ISABELA.

Es dulce la mujer cuando es querida,
amada es la mujer si es olvidada,
es tierna la mujer cuando es rogada,
es dura la mujer si es oprimida.
Humilde es la mujer cuando es pedida,
soberbia es la mujer si es desechada,
sufrida es la mujer si es adorada,
es furia la mujer si está corrida.
Cobarde es la mujer mandando en ella,
terrible es la mujer cuando es amada
y es un infierno si desdén padece,
y es, brevemente, la mujer aquella
que es dulce y buena con la cosa amada,
mala y amarga con la que aborrece.

(*Sale el* REY EDUARDO.)

REY. Solamente os desveláis,
mi bien, en cómo matarme,
aunque no quiera enojarme
si a mi muerte espuelas dais.
Si con mi fuego os heláis,
con vuestro hielo me enciendo,
y es tanto que no pretendo
que ya el amor satisfaga,
que aun con desdenes se paga
un alma que a vos os vendo.
Sé que ando bien castigado
por el tiempo en que os dejé
que aunque os quiero guardar fe,
la fe me deja burlado.
Y he tal crédito cobrado
por ser nueva mi afición,
que si os pido compasión,
que creáisme padecer, (1)
o no me queréis creer
o creéis que burlas son.
No quiero que me creáis
el mal que por vos padezco,
sino sólo que merezco
que mayor mal [no] me hagáis.
Que si vos os acordáis
de darme el mal que queréis,
sin duda alguna creeréis
que no me quejo de vicio,
o que tengo por oficio
quejarme de cuanto hacéis.
Detente, Isabela mía;
aguarda, que eres mi esposa;
no estés de mí recelosa,
que es honrada mi porfía.

(1) Así en el texto.

Por fuerza no es mi intención
enojarte, mi Isabela.
¿Es posible que te hiela
mi dolor y mi pasión?
Advierte que he desechado
por ti mi propia mujer.

ISABELA. No puedo yo padecer
tanto silencio forzado.
¿Pensaste que me obligabas
con eso que causa ha sido
de ser más aborrecido
que antes ya de mí lo estabas?
Déjame si no quisieres
que, viva, me despedace.

(*Vase* ISABELA.)

REY. ¡Oh, ingrata! ¡Que aquesto hace
ser quien soy, ser tú quien eres!
Reina, crimen es mi pecho, (1)
soy Mongibelo encendido,
el mismo infierno, que ha sido
para mi tormento hecho.
Forzárate, aunque murieras
entre mis brazos, ingrata;
pero aqueso desbarata
mis esperanzas primeras.
No quiere fuerza el Amor,
que quiere ser muy gracioso,
y así moriré rabioso,
más que un Ayax, con furor.
Quédate, ingrata adorada,
si acaso esperas mi muerte,
que tan trocada he de verte
cuan desdeñosa y airada.

(*Vase, y salen las* GUARDAS.)

GUARDA 1. ¿Ha salido el Rey?
GUARDA 2. No sé.
GUARDA 1. Muy buena cuenta has tenido.
Quizá la causa habrás sido
de que mil palos nos den.
GUARDA 2. ¿Qué más palos ni trabajo
que hacerse un palo la bota,
tener yo la ropa rota,
no tener un pan ni ajo?
Por el dios que hizo el sarmiento,
que vendiera por el vino
a mi padre.
GUARDA 1. Eres muy digno
de su gloria y su contento.
GUARDA 2. Sustentarse, como el gallo,

(1) Así en el original.

de amores. Y ¿piensa el Rey
que corre acá aquesa ley?

(*Sale el* REY DE ESCOCIA *y* ANULFO *con las flores y una bota.*)

REY. El trago ha de efectuallo;
la bota abrirá la puerta.
¡Gente de guarda en la torre!
GUARDA 2. Ahora este mundo corre.
GUARDA 1. La Condesa no lo acierta.
GUARDA 2. Si le pegaran dos palos,
de trabajo nos quitara
y fuera de aquí gozara
el hombre algunos regalos.
GUARDA 1. Más quisiera ser pastor
y comer que estar hambriento.
REY. ¿Queréis beber?
GUARDA 1. Muy buen tiento
para un lindo bebedor.
Dad acá si hay que beber,
si no son ventosidades.
Sentaos, que mis voluntades
buenas contino han de ser.

(*Siéntanse, y saca el* REY *comida.*)

GUARDA 2. Buena gente son pastores.
GUARDA 1. Y a las derechas honrada.
ANULFO. (Tu intención será alcanzada.)
REY. (Son trazas de pretensores.)
Tomad, comenzá a comer.
GUARDA 2. Dad acá la bota ahora.
REY. Veisla aquí.
GUARDA 1 Si ella me llora, (*Bebe.*)
será para mí placer.
GUARDA 1. Poco a poco, camarada;
dejad algo que bebamos.
REY. ¿No coméis?
GUARDA 2. Ya comenzamos
a beber.
GUARDA 1. Buena tajada.
GUARDA 2. ¡Oh, bien haya tal licor!
GUARDA 1 Muestra acá otra vez la bota.
GUARDA 2. Toma. ¿Has de dejarle gota?
GUARDA 1. ¡Par Dios, que es lindo sabor!
REY. (Entretenlos entre tanto
que yo negocio.)
ANULFO. (Sí haré.)

(*Entrase el* REY.)

GUARDA 1. ¿Fué acaso por vino?
ANULFO. Fué a traer un vino santo.
GUARDA 2. Santa sea su ventura
y la puta que lo hizo.
GUARDA 1. Cosa no me satisfizo,
si no fué la bota pura.
ANULFO. (¡Oh, enredos de amar ingrato,
que todos sois de una suerte!)
GUARDA 1. ¿Queréis jugar?
ANULFO. Como acierte,
el juego me será grato.
GUARDA 1. ¿Traéis los naipes, compañero?
GUARDA 2. Sí. Ganad para beber.
ANULFO. (Provecho me puede ser
si acaso éstos traen dinero.)
GUARDA 1. Entrad acá dentro, hermano,
y un buen trago gurgaremos.
¡Oh, qué galera y qué remos!
¡Oh, qué monte y oh, qué llano!
Más ligero estoy que un ave.
ANULFO. ¿Queréis que os ayude yo?
GUARDA 2. ¿Estoy yo borracho?
ANULFO. No;
mas ya el vino en vos no cabe.

(*Entranse, y salen* ISABELA *y el* REY.)

ISABELA. Ya te conozco, Roberto,
que eres siempre un atrevido.
REY. Soy quien por ti ha padecido
por ver si a servirte acierto;
el que gusta padecer
por amarte, aunque le olvidas,
y que gusta que le pidas
su muerte por tu placer.
Quien conquistará por ti
al indio bárbaro y scita,
al robusto troglodita
y idólatra del Sofí.
Quien el vellocino de oro
para martas te tracría,
al ramo de oro daría
por perlas del alba el lloro,
las manzanas del dragón
y la fénix en ceniza.
Que a ti siempre te es ceniza
tu hermosura y mi afición,
Y un alma también daré
a tu voluntad rendida,
un cuerpo en sombra y sin vida
y sin mudanza una fe.
No quiero, Isabela amada,
por malos medios tenerte,
ni pienso en cosa ofenderte.
Si te sientes enojada,
con ejército vendré
y te sacaré de aquí,
y, coronada por mí,

mi propia reina te haré.
No he querido por mal medio
alcanzarte. Ten piedad,
que, habiendo en ti tal beldad,
no tiene mi mal remedio.
Deja el enojo y la ira.

ISABELA. (No puedo dejar de amarle.
Quien a esto pudo obligarle,
no hace razón si se aíra.)

REY. Mira que otra vez te digo
que por esposa y señora
te quiero.

ISABELA. Ya, Rey, te adora
un alma que está contigo.

REY. ¿Que es posible que me quieres?

ISABELA. Cumplido lo prometido.

REY. Presto lo verás cumplido,
pues toda mi gloria eres.
No me cortaré el cabello
hasta que venga a vengarte
y hasta poder coronarte
con los rayos del sol bello.
Dame entre tanto una mano,
por favor.

ISABELA. Aqueso no.
Basta, pues te quiero yo,
y ya mi amor está llano.
Hasta que el tiempo se llegue
de ser tu esposa, perdona.

REY. Tu honestidad me aficiona.

ISABELA. Es justo que esto te niegue,
y vete a poner por obra
lo que importa.

REY. Parto al punto,
que ya contra el mundo junto
tengo valor que me sobra.
Quisiera siempre mirarte,
aunque siempre en mí te miro;
mas por gozarte suspiro,
y así es forzoso el dejarte.

ISABELA. Vete con Dios.

REY. Queda adiós.
¿Que me quieres?

ISABELA. Más que a mí.

REY. ¿Que has de ser mi esposa?

ISABELA. Sí.
Un alma servirá a dos.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

de la comedia del REY POR TRUEQUE.

(*Salen el* GRAN TURCO *y* SOLIMÁN.)

TURCO.

Mereces, Solimán, que mi corona
descanse en tu cabeza.

SOLIMÁN.

Tus razones,
gran señor, acompañan tu persona.
Vuelan por todo el mundo tus blasones,
y sólo con ser tuyos han podido
victoriosos salir tus escuadrones.
Del uno al otro Polo eres temido,
y así sólo, por ser sus capitanes,
han alcanzado el triunfo conseguido.
Los húngaros soberbios y alemanes
se han rendido a los filos de mi espada,
casi estimando de que tú los ganes.
Quemé en el ancho mar su grande Armada.
enarbolé tus lunas por el viento,
que ha de ser de ti el agua sujetada.

TURCO.

Tuyo es, gran Solimán, el vencimiento;
pide mercedes, que por Alá juro
de conceder tu gusto y pensamiento.

SOLIMÁN.

Beso tus pies, a quien el sol procuro.

TURCO.

Pide sin miedo lo que más quisieres,
que ser más que Alejandro te aseguro.

[SOLIMÁN.]

Sólo pido la prenda que más quieres,
en quien tus ojos de contino has puesto,
y cuyo padre, gran señor, tú eres.

TURCO.

Ya te he entendido. Basta lo repuesto.—
Ameto, llama a Fátima.—Has pedido

(*Vase* AMETO.)

lo que he querido darte antes de aquesto.
Hasla mejor que nadie merecido,
porque con darte a Fátima te he dado
el alma que en mí Fátima ha vivido.

SOLIMÁN.

Beso tus pies mil veces.

TURCO.

Obligado
me tienes. Alza.

(*Sale* Fátima.)

Fátima.

Como fuí llamada,
vengo, padre y señor, a tu mandado.

Turco.

Dame esos bellos brazos, prenda amada,
en quien quiso cifrar naturaleza
las bellezas de que ella es adornada.
No hay luna sino tú, que esa belleza
es nuestra luna más hermosa y bella
que la que al primer cielo da nobleza.

Fátima.

Basta, señor, que ya tendré querella
de que me alabes tanto. Dime ahora
tu voluntad, que es justo obedecella.

Turco.

Escucha, pues, que ese temor no ignora
la voluntad que siempre te he guardado
para buscar tu bien y tu mejora.
Bien ves mi grande y extendido Estado,
que envidiara en su tiempo el Macedonio
y el ínclito Romano respetado.
En mis riquezas calla Marco Antonio;
Jerjes calla en mi ejército famoso,
y con su valor calla el valor jonio.
Sola tú el heredero eres forzoso,
que, porque el alma no se repartiese,
sola te me dió Alá, yo fuí dichoso.
Injusto fuera, pues, que se perdiese
en ti mi sangre y que perpetuamente
heredero legítimo no hubiese.
Razón es que nos quede descendiente,
y así es justo que tomes propio estado
a solo tu valor perteneciente.
Esposo te he escogido, que ha alcanzado,
por su sangre, poder y valentía,
ser tu marido y ser de ti adorado.
Solimán [es] tu esposo, hija mía;
dale luego la mano.

Solimán.

¿Que he podido
ver con mis ojos tan glorioso día?

Turco.

¿En qué dudas? ¿Qué haces? ¿Qué has [sentido?
¿No haces lo que digo? ¿Qué enmudeces?
¿Qué haces? Tanta crueldad no he merecido.

[Fátima.]

Si esposo, como dices, ya me ofreces,
bien sabes que es razón y que es justicia
considerar las cosas muchas veces.
Si no te obedeciere, no es malicia,
razón es que me mire en lo que pides,
y querer lo contrario es injusticia.
Si cosa tan perfecta tú me impides
que no la considere, es porque sea
hija de Danao en la crueldad y ardides.
Hacer tu gusto el mío lo desea;
plazo pido de un día solamente,
y si aquesto es malicia no te crea.

Turco.

Tú has de hacer mi gusto, y si al presente
no quieres responder, de hoy a mañana
te determina.

Fátima.

Soy siempre obediente.
Voime, con tu licencia.

Turco.

Esa te es llana.

Fátima.

Alá te guarde.

(*Vase* Fátima.)

Solimán.

¡Oh, fiera más temida
que el cocodrilo egipcio; tigre hircana!

Turco.

¿De qué estás disgustado, que debida
fuese su petición?

Solimán.

Soy propio amante,
y me es un siglo un hora concedida.

Turco.

Segura está mi hija; no te espante
el mirarla dudosa, que es muy justo
que la honesta doncella esté constante.
Y aunque tuviese de ello muy buen gusto
en público no quiso descubrillo,
antes mostró su honestidad disgusto.
Ella ha de ser tu esposa, y si a impedillo
Mahoma decendiera de su Cielo,
me opusiera a su ejército y caudillo.
Fátima es tu mujer, pierde el recelo,
que ¡por Mahoma! que la despedace
si no otorga mi gusto y justo celo.
Y si por fuerza al casamiento entrase,
no te dé pena, que halagos pueden
hacer a veces lo que el Amor [no] hace.

(*Vase el* Gran Turco.)

SOLIMÁN.

El libre pajarillo se cautiva
y en la jaula se viene a hacer afable;
dómase el animal más indomable,
y hácese que humilde y manso viva.
Con gobernar la nao al puerto arriba
por el furioso mar inexorable,
y el hielo y sol, con la costumbre estable,
sucede que con gusto se reciba.
Tanto la industria y la costumbre puede,
si no es en la mujer, que si es forzada,
se puede de su amor tener recelo.
No se domeña si ella no concede,
que es más furiosa, amando disgustada,
que el pájaro, animal, mar, sol y hielo.

(*Vase* SOLIMÁN, *y sale el* CONDE GUILLERMO.)

CONDE.

¡Oh, larga ausencia, para mí castigo,
pues guardar quise vergonzosa vida
y no morir con honra por mi patria!
Fuera mi fin como se esperó siempre,
pues no es debida hasta el fin la gloria,
y cuanta gloria fuera bien lo dice
Cicerón, de quien son estas palabras:
"Para patria y sin patria, *mors preclaras.*"
De modo que el morir dentro en la patria
en su defensa y libertad es gloria.
Y en otro lugar dice dulcemente:
"*¡Oh, fortunata mors que natura et vita
pro patria potisima ne est bendita!*"
Y esto es lo que sentía el Eneas
cuando en la tempestad que causó Juno
venturosos llamó a los que murieron
ante los muros de esta insigne Troya.
Porque vivir vencido es vituperio,
y así aquel Michael, que fué en Bizancio
emperador famoso, ya vencido
de los scitas quedó tan vergonzoso,
que de su voluntad dejó el Imperio.
Y cuando venció César a Pompeyo,
a los que honor y honra les hacían
mandaba que al gran César las hiciesen.
Oscurecido queda el honor mío
y castigada está mi cobardía
sólo en vivir ausente de Isabela,
que es mujer y hermosa, y no hay Ulises
que tenga otra Penélope constante.
La más soberbia torre combatida
algunos sentimientos hacer debe,
pues de la pretensión de mi Isabela
¿quién dudará, si todos apetecen
la hermosura? Y como Platón dijo,
entre bienes humanos, el segundo;
y de Ovidio, es llamada don divino;
y Aristóteles dice juntamente
que es carta de favor. Y así, del modo
que en Caín puso Dios señales tales
con que fuese de todos mal querido,
así algunos les dió don de hermosura
por que fuesen queridos y adorados.
Y fué tan estimada la hermosura,
que los lindos de Oriente en la Catea
hacían siempre rey al más hermoso.
¡Ah, Isabela! ¿Quién tendrá esperanza
de volverte a tener como te tuve?
Si son los ojos al amor entrada,
burla es creer tu fe. Fátima es bella;
adoraréla, pues me adora y quiere,
porque el perseverar es poderoso
hacer muy querido al que es odioso.

(*Sale* FÁTIMA.)

FÁTIMA. ¡Oh, mi Conde, en quien he puesto
tan de veras mi afición,
que ni ya miro a razón
ni miro a lo que es honesto!
Pensando ahora estarás
en Isabela.

CONDE. De modo
que aborrecimiento es todo
cuanto fué amor y algo más.
Yo sé que ella me ha ofendido,
y como está mi venganza
tan lejos a su mudanza,
es justo ponerle olvido.

FÁTIMA. ¿Qué me darás y haré
que dejes la prisión ya?

CONDE. Si el alma cautiva está,
bien es que el cuerpo lo esté.

FÁTIMA. ¿Que el alma tienes cautiva?

CONDE. De ti.

FÁTIMA. ¿Burlas?

CONDE. Veras son.

FÁTIMA. ¿Que me quieres?

CONDE. Mi afición
es fuerza que más reviva.
No te merezco, señora;
pero si cristiana fueras
y con desdén no me oyeras,
fueras mi reina y señora.

FÁTIMA. Ya te he entendido, ya sé
lo que me quieres decir,
y escucha: si has de cumplir
lo que prometes...

CONDE. Lo haré.
FÁTIMA. Mi padre casarme quiere
con Solimán, y el amor
gusto quiere, no rigor,
sólo con gusto se adquiere.
Pedíle de plazo un día
para darle la respuesta;
pero ella será más presta
con tu partida y la mía.
En una nave extranjera
esta noche partiremos.
CONDE. ¿Qué me dices?
FÁTIMA. Lo que haremos.
CONDE. Dame esas manos siquiera.
FÁTIMA. Por favor te las daré;
pero advierte que primero,
como noble caballero,
me has de prometer con fe
de no ofender a mi honor
hasta que estemos casados.
CONDE. Mire tus ojos airados
con enojo y desamor,
antes que pueda gozarte
me olvides y en otro adores
y ante mí los ojos llores
de quien quisiere enojarte.
No merezca ver el día
en que te nombres mi esposa,
antes, siempre desdeñosa,
no muriendo la fe mía,
piérdase con larga ausencia,
como a Isabela he perdido,
y deje el ser tu marido
por castigo y inclemencia.
No pueda ver acabado
lo que conseguir pretendes,
y aunque dices que me entiendes,
me quede de ti burlado.
Ante mis ojos te mire
adorar en mi enemigo,
te pueda llevar consigo
porque yo en ausencia espire,
y plega...
FÁTIMA. No digas más,
que ya te tengo creído.
CONDE. Tu honor no será ofendido;
de mí segura estarás.
Desde ahora he repudiado
y repudiaré a Isabela.
FÁTIMA. Mira, pues, que el tiempo vuela
y la noche se ha llegado,
y sólo a decirte aquesto
he venido.
CONDE. Do mandares
estaré.
FÁTIMA. Do los dos mares
se juntan.
CONDE. Yo iré muy presto.
FÁTIMA. Aguarda que haga escuro
porque vayas encubierto
y porque no haya en el puerto
gente y en la puerta o muro.
En traje de turco irás,
como importa. Ven conmigo,
te vestirás.
CONDE. Yo te sigo,
tu gusto haciendo y no más.
FÁTIMA. ¿Me quieres?
CONDE. Me hallo en ti.
FÁTIMA. ¿Hasme de olvidar?
CONDE. Muriendo.
FÁTIMA. ¿En vida no?
CONDE. Ni aun durmiendo,
que en sueños te miro en mí.

(*Vase, y salen el* CONDE DE VANUBIO *e* ISABELA.)

CONDE. Viene cerca el Escocés
a cumplir lo prometido,
y porque en bien haya sido,
fué mi consejo al revés.
Al Rey dije que lo amabas
y que yo te llevaría,
porque con tu compañía
el fin de la guerra acabas.
El no ha de salir por ti
y ha de perder la victoria,
dale esta pequeña gloria
por la mucha que hay en mí.
Aquí conviene que quieras
al que hasta aquí no has querido.
ISABELA. ¿Y no estarás ofendido?
CONDE. Si yo de algo me ofendiera...
ISABELA. Pues ¿no dices que lo quiera?
CONDE. Digo que finjas querello.
ISABELA. ¿Quién podía forzarme a ello?
CONDE. La ventura que te espera.
Tú has de fingir adoralle,
aunque no de todo punto.
ISABELA. Pues ¿cómo podía andar junto
aborrecelle y amalle?
Que lo que en el pecho vive
muy mal se podrá encubrir.
CONDE. Fuerza es ahora cumplir
lo que el desamor prohibe,
que el Escocés estará
hoy aquí, y es de manera,

que sin resistir siquiera
cualquier lugar se le da,
porque están tan enfadados
de Eduardo, que con gusto
lo dejan por rey injusto
y están a otro sujetados.
Voime, que el Rey viene. Advierte
lo que te he dicho, que importa.

ISABELA. De digresiones acorta.
Sí haré, pues es su muerte.

(*Vase el* CONDE, *y sale el* REY EDUARDO.)

REY. Como vi volverse en cielo
el palacio, conocí
que estabais, mi bien, aquí,
que con vos cielo es el suelo.

ISABELA. Supuesto que ya yo os quiero,
lisonjas son demasías. (1)

REY. Son de casi de las mías
imagen.

ISABELA. Sois lisonjero.

REY. Estoy tal, que ya no siento
los tormentos que he pasado.
Todo mi mal se ha olvidado
con este placer violento,
cual suelen los navegantes
que dulce puerto han cogido,
que luego ponen olvido
en lo que pasaron antes.

ISABELA. Yo no, porque estoy confusa
de lo que os fuí desdeñosa.

REY. Por eso sois más preciosa.
Vuestro honor es buena excusa.
Lo que más se ha deseado
se estima más de contino;
luego vuestro amor es digno
de ser ya más estimado.

ISABELA. En algo estoy consolada.

REY. Ahora estoy yo penoso.

ISABELA. ¿Y es?

REY. Porque pedir no oso
un favor.

ISABELA. ¿Esto [no] es nada?

REY. Es mucho; pero quisiera
una mano de las dos.

ISABELA. Esa se os negará a vos
hasta que el tiempo lo quiera.

REY. Mi esposa seréis.

ISABELA. Entonces
os la daré muy de grado.

REY. Todavía os han quedado
en lugar de entrañas bronces.
Por veros sólo no he ido
contra el Escocés; mirad
si estimo vuestra beldad
y si es vuestro amor debido.

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. ¡Apriesa, señor, apriesa!
¡Favor, que en Londres ha entrado
el Escocés arriscado
con su victoriosa empresa!
Sal, señor, que tus lugares
se han rendido sin batalla,
y el Francés por empezalla
te cerca por tierra y mares.
Sal, y verás el denuedo
con que el Escocés asoma.
Sal, señor; las armas toma,
que tienen los tuyos miedo.

REY. ¿Ya teméis, gente cobarde?
¿No tengo quien me defienda?

ENRIQUE. No hay, señor, ya quien pretenda
defenderte ni que aguarde.

REY. ¿No está el duque Felixberto
en mi lugar? Vete afuera.

ENRIQUE. ¡Señor!

REY. ¿Aguardas que quiera
matarte?

ENRIQUE. Tu fin es cierto.

(*Vase* ENRIQUE.)

REY. Teniendo yo en mi favor
tales ojos, nada temo.

ISABELA. Mostráis con extraño extremo
que me tenéis grande amor.

REY. Esme forzoso el mostrarte
lo que siento en gozo y pena

(*Sale* ROGEL.)

RUGEL. La enemiga trompa suena
y se muestra adverso Marte.
Gran Eduardo, si tienes
esperanza de gozarte,
contra tu enemigo parte,
que te despoja tus bienes.
Sal, y verás la grandeza
del ejército enemigo,
que, aunque furioso, atestigo
no pintarte su fiereza.
Sal, y verás las banderas
tremolando por el viento,
y al Escocés que su intento
lo va siguiendo de veras.

(1) Así en el original.

Sal, y verás que los tuyos
te llaman con recias voces
y a los contrarios feroces
verás animar los suyos.
Sal, y verás que tu tierra
no te promete victoria,
y verás la ufana gloria
con que te comienzan guerra.
Sal, corre a Londres siquiera,
y anima toda tu gente.
Mira al peligro presente
antes que el remedio muera.

REY. ¿No tengo fuertes soldados
que me puedan dar victoria?

RUGEL. Tú perderás esa gloria,
si no son de ti animados.

REY. Anda, no me digas más,
que me tienes enfadado.

RUGEL. Vuelve, señor, por tu Estado.

REY. Para eso tú bastarás.

RUGEL. Mira tu gran perdición,
que a que le siga le obligas.

REY. Conde, cosa no me digas,
ni me alegues más razón.

RUGEL. Señor, mira que te engaña
el gran ocio que en ti vive.

REY. Por que de vida te prive,
acrecientas más mi saña.
No me vuelvas a hablar,
que te costará la vida.

(*Sale* EDMUNDO.)

EDMUNDO. Tu tierra veo perdida
si ocioso piensas estar.
Sal, y verás que te obliga,
de Roberto el brazo odioso,
a que no estés más ocioso
contra su furia enemiga.
Sal, y verás cómo cubren
tu tierra sus escuadrones,
y, siguiendo sus pendones,
ya las espadas descubren.
Sal, y verás que tu gente
temerosa se recoge
antes que el contrario arroje
las flechas que pone enfrente.
Sal, y verás cómo ufanos
van entrando la ciudad,
y verás la gran crueldad
con que ejercitan sus manos.
Sal, y verás que te ofrecen
las fuerzas que gozan ellos
de tus vasallos los cuellos,
que temerosos parecen.

REY. ¿Venís ambos de concierto
a quitarme mi reposo?
¿Pensáis que si estoy ocioso
me habéis de hallar ya muerto?
Andad, dejadme los dos,
que bien defendéis mi tierra,
y no me contéis más guerra,
sino deos victoria Dios.

EDMUNDO. Ten de los tuyos piedad,
que te demandan favor.

REY. Harta guerra me da Amor,
viniendo con más crueldad.

EDMUNDO. Plega a Dios, señor, que puedas
cuando quieras defenderte.

RUGEL. Y que a tu contraria suerte
manos y armas no concedas.

(*Vanse* ROGEL *y* EDMUNDO.)

REY. Si me dan guerra esos ojos,
¿para qué quiero más guerra
aunque de toda mi tierra
contemple los campos rojos?
Sin vos no tengo ventura
y sin vuestra luz no veo;
sois todo el bien que deseo
y tema de mi locura.
Penar por vos es mi bien,
si no es penando no vivo,
con penar gloria recibo
y con el veros también.
Cuando estoy sin mí estoy cuerdo
y es señal que estoy en vos,
y el estar juntos los dos
es el bien por quien me pierdo.

ISABELA. Bien lo habéis estudiado,
pues tan bien lo platicáis.

REY. Todo lengua me tornáis
viendo ese cielo estrellado,
y es de modo que, aunque callo.
de vos habla todo en mí.

ISABELA. Bien lo encarecéis así.

REY. Aún no digo lo que hallo.

(*Dicen dentro.*)

¡Viva nuestro rey Roberto!

REY. ¡Escucha! ¿Qué es ésto?

DENTRO. ¡Viva!

REY. Esta voz es quien me priva
de mí. Mi desastre es cierto.
¡Oh, afeminados vasallos!
prendido os habéis, cobardes,
los escoceses alardes
os vencieron sin matallos.

ISABELA. (Ya se llega mi ventura.) (1)
(*Dicen dentro.*)
¡Huye, Rey! —¡Teneos afuera!
REY. ¡Perdido estoy!
DENTRO. Perderéis
las vidas.
OTRA VOZ. También daréis
las vuestras.
REY. Salir quisiera.
ISABELA. ¡Señor, huye, que tu vida
corre peligro!
REY. ¿Es posible?

(*Salen* ROGEL *y* EDMUNDO *haciendo rostro a otros tres o cuatro* ESCOCESES, *y páranse peleando en la puerta por no dejarlos entrar.*)

ROGEL. ¡Teneos, villanos!
REY. ¡Terrible
es mi suerte!
ISABELA. Ve en huída.
EDMUNDO. Huye, Rey, mientras hacemos
resistencia por salvarte.
REY. Por fuerza habré de dejarte.

(*Huye el* REY.)

ESCOCÉS. ¿No os rendís?
ROGEL. Morir tenemos,
si acaso salís con vida
de nuestras manos.

(*Salen peleando.*)

ESCOCÉS. Agora
te lo diremos.
EDMUNDO. No es hora
de que la veáis perdida.
[ESCOCÉS.] Pues ¿para qué os retiráis,
cobardes?
ROGEL. La cobardía
no es nuestra.

(*Entranse peleando.*)

ISABELA. Aqueste es el día
en que bien me he de vengar. (1)

(*Salen el* REY DE ESCOCIA *y* ANULFO.)

REY. ¿Qué, en fin, se escapó Eduardo?
ANULFO. De huír tuvo lugar.
REY. No me he podido vengar.
En rabia y enojo ardo.
Fueras, como Bayaceto
el poyo para mis pies,
y cual pájaro después
cantara y tu buen efecto. (1)
ANULFO. Buena presa hemos hallado.
REY. ¡Oh, mi Isabela, por quien
he alcanzado el mayor bien
que en mi vida he deseado!
Bastante escudo le fuistes
a Eduardo.
ISABELA. Antes le he sido
su cuchillo.
REY. Ya he sabido
lo que por vos se ha ordenado. (2)
No os pedí los pies primero,
como súbdito y vasallo,
porque por mi cuenta hallo
que me negáis cuanto quiero,
y así os demando perdón
si no usé de cortesía.
ISABELA. Ya, señor, es demasía
darme tal satisfacción.
La vuestra es mi voluntad,
vuestro gusto será el mío,
sois dueño de mi albedrío
y rey de mi libertad.
REY. Cobré tal atrevimiento
viendo que por vos volvía,
que a un mundo en poco tenía
y en mucho [a] mi pensamiento.
Como a Troya quemó el Griego
a Londres quemara yo;
mas vuestro fuego estorbó
que no se pegase fuego.
Vos mi corazón regís
para lo que vos queréis,
cual eco, si hablado habéis,
repite lo que decís.
Dadme esas manos, diré
mi ventura, si las veo;
seré mi gitano, y creo
que todo lo acertaré.
ISABELA. Reportaos un poco, que ellas
son vuestras.
REY. Dudoso estoy
si sois mía y vuestro soy.
¿Aún no puedo merecellas?
ISABELA. Vuestra soy, no hay que temer,
que con el traje lo muestro.
REY. No sé más, el desdén vuestro
sin alma me quiere ver.
ISABELA. Hasta que pueda llamarme

(1) Verso suelto entre dos redondillas.
(2) "Vengar" no rima con "retiráis".

(1) Así en el original.
(2) Tampoco riman "ordenado" y "fuistes".

vuestra esposa, perdonad.

[REY.] Ese honor y esa crueldad
pueden más enamorarme;
porque la que sabe amar,
de presto está sospechosa,
de que en estando quejosa
de presto sabrá olvidar.
Antes, pues, de conseguir
mi fin, quiero reina haceros,
después mi esposa, y teneros
por dueño que he de servir.
No quiero nombrarme yo
rey primero, que es injusto;
serlo vos primero es justo,
yo serlo primero no.
Derechamente ha de ser
vuestro este reino, no mío,
que vuestro extraño desvío
puede tanto merecer.

ISABELA. Dadme vuestros pies.

REY. Si ha sido
porque os alce, ya he tocado
las manos que he deseado.

ISABELA. Habéis con todo salido.

REY. No tengo más sufrimiento.
Vamos afuera, mi bien,
porque todos los que os ven
reciben igual contento.
En público quiero daros
la corona.

ISABELA. Yo obedezco.

REY. Es poco el don que os ofrezco;
el mundo quisiera daros.
Vamos, Isabela hermosa,
que me es un siglo un momento.
Salid.

ISABELA. Eso no consiento.

REY. Yo obedezco.

ISABELA. Es justa cosa.

(*Vanse, y salen el* CONDE GUILLERMO *y* FÁTIMA *en trajes de turcos.*)

CONDE. Aquestas son las murallas
de Londres, Fátima hermosa.
¡Oh, fortuna rigurosa,
en todo disgusto hallas!

FÁTIMA. Cuando entendí que vivieras
alegre, triste te hallo.

CONDE. Soy, Fátima, leal vasallo;
servíle al Rey muy de veras;
por adonde hemos pasado
hallo su Estado perdido.
De Roberto el apellido
suena en todos respetado.
Todos a una voz repiten
que su desastre es muy justo,
y al fin, ¿quieres que mi gusto
tantas cosas no lo quiten?

FÁTIMA. No lloren aquesos ojos
si no quieres anegarme.
No quieras más engañarme,
que ya miro tus antojos.

CONDE. Máteme el Cielo sin ver
el fin que tanto he querido,
y el Escocés fementido
me sujete a su poder.
No pueda vengar la afrenta
de mi Rey, pues le pretendo,
y el fuego en que yo me enciendo
tu alivio y favor no sienta
si ha sido mi amor fingido,
si te he querido engañar,
y si ha venido a quedar
mi amor menos del que ha sido,
salgan tus soles y quiten
la oscuridad de mis ojos.
por ti es justo que se evite.

(*Quédanse hablando en secreto, y sale el* REY EDUARDO.)

REY.

No sé si voy seguro,
que el miedo me acompaña.
¿Adónde voy perdido y afrentado?
¿Cómo te dejo, muro,
con impiedad extraña,
y no te libro o muero bien vengado?

CONDE.

Si no estoy engañado,
mi Rey es el que veo.

REY.

Agora he conocido
que al que ya está caído
le hacen sólo torpe en su deseo,
pues aun un rey, si es pobre,
no cobra amigos porque males cobre.
No es desastre primero
por la mujer venido.
¡Oh, Amor, principio a males inhumanos!
Pues por amor grosero
tinto en sangre se vido
el campo entre Focenses y Tebanos;
vinieron a las manos
los Fenices y Argivos,

y en Colcos, por Medea, (1)
hubo mortal pelea;
por Elena entre Troicos y entre Argivos.
Y la guerra primera
que hubo Roma por mujeres era.
Por su Lucrecia echaron
a los romanos reyes;
por Virginia acabó el decenvirato,
y los moros gozaron,
con fueros y con leyes,
a España por la Cava. ¡Amor ingrato!
¿No vide yo tu trato?
Ya tengo mi castigo,
pues voy por ti huyendo.
¿Adónde iré, que entiendo
que ha de estar dondequiera mi enemigo?
Y el miedo, con mi sombra,
dondequiera que voy allí me asombra.

(*Llégase el* CONDE.)

CONDE.

Aquí tienes al lado,
y a tus pies puesto agora,
el que en tu gran desdicha será amigo.

REY.

¿Quién eres?

CONDE.

Demudado
vendré.

REY.

Ya no se ignora,
si no eres sombra.

CONDE.

Vivo estoy contigo

REY.

Ya a recobrar me obligo
lo que perdido tengo.
Dame, Conde, tus brazos,
veré con estos lazos
si eres sombra. (La duda no detengo;
de dolor está mudo.)
¡Oh, amparo de mi reino! ¡Oh, fuerte escudo!

CONDE.

Ya sé que habrás sabido
que yo, Rey, era muerto.
Vivo estoy, gran señor; ten esperanza,
que te he de ver subido
en tu trono.

REY.

Bien cierto
tengo el ver de mi suerte la mudanza.

CONDE.

No hagas más tardanza.
Vístete, porque importa,
este vestido mío,
que de otro nada fío,
que te ha de dar la Parca vida corta.

REY.

Bien dices, que imagino
que llevaré seguro mi camino.

(*Vanse desnudando y trocando ropa.*)

CONDE.

Cuando estés más seguro,
te contaré despacio
mi suceso y fortuna variable.
Ausentate del muro,
deja corte y palacio,
que agora corre tu desdicha estable.

REY.

¡Oh, Conde, favorable
en las dichas mías!
Entiendo que, aunque muerto,
fuera tu favor cierto.

CONDE.

Sin engañarte de mi amor confías,
que si Londres ardiera,
como Eneas en salvo te pusiera.
Allí dejé un caballo
atado en una encina.
Sube, señor, en él, y parte al punto.

REY.

Consejo es de vasallo
que mi bien determina.
Yo voy, pues, que peligro ya barrunto.
Dónde iré no pregunto,
que a Salisberia guío.
Adiós, gran Conde.

CONDE.

Parte
con Dios, que el fiero (1) Marte
presto será por ti, príncipe mío,
que si cordura fuera,
yo solo te vengara y rey te hiciera.

(*Vase el* REY.)

---

(1) Como prueba de los infinitos disparates de esta copia, que hemos corregido aun sin advertirlo, diremos que este verso está así: "Y en Chilcos por medida."

(1) En el original "común" y no "fiero".

Perdona, reina mía, si he dejado
mucho los ojos tuyos,
que obliga un rey que miren por los suyos.

FÁTIMA. A compasión me ha movido
tu rey.

[CONDE.] Mediante tu ayuda,
mi espada vengar no duda
el agravio recibido.
Entremos en la ciudad,
que oigo alboroto de gente;
daréis, con estar presente,
luz a todo y claridad.

(*Van andando de una parte a otra.*)

FÁTIMA. No seáis más lisonjero,
que admito mayor llaneza.

[CONDE.] De vuestra grande belleza
todo será verdadero.
Esta es la Plaza Real.
¿Qué os parece?

FÁTIMA. Que es muy buena.

CONDE. Gran tropel de gente suena.
Tomemos este portal.
Roberto viene; quisiera
ejecutar yo mi ira.

(*Salen dos* ALABARDEROS, *y van saliendo* ANULFO, LOTARIO *y* RODELICO, *y el* REY ROBERTO *y* ISABELA.)

ALABARD. ¡Aparta! ¡Afuera!

CONDE. Me admira
la rueda varia y ligera.

REY. Sentaos, señora.

ISABELA. Después.
Siéntese tu majestad.

REY. Con más amor me tratad.

ISABELA. Lo que debo hago.

REY. Es,
más que amor, riguridad.
Tratadme como quien soy.

ISABELA. Delante de vos estoy
como quien debe serviros.

REY. Sentaos.

ISABELA. No he de resistiros.

REY. Yo a vos la obediencia doy.

CONDE. (¿No es Isabela, o me engaño?
¿Estoy durmiendo, o la veo?
Que esta es Isabela creo.)

REY. Ya más tardanza me es daño
y desespera el deseo.
Aquí quiero coronaros;
por mi mano quiero daros
lo que os es debido a vos,
porque en uno de los dos
no haya que pueda humillaros.

(*Corónala.*)

Recibid esta corona,
que, puesta en vuestra cabeza,
os da de reina la alteza;
pero si ella a vos corona,
vos a ella le dais belleza.
El cetro tomad, por que
rectitud, justicia y fe
debéis contino guardar.
En piedad no oso hablar,
porque vuestro gusto sé.—
Mostrad agora el Misal
por que haga el juramento
como es costumbre y asiento.

CONDE. (¿Quién tuvo confusión tal?
A mí mismo no me siento.)

REY. La mano, su majestad,
ponga en él, y con verdad
prometa de defender
su reino.

ISABELA. Le juro ser
defensa y seguridad.

REY. ¿También jura de guardar
ley y justicia?

ISABELA. Sí juro;
y, con el corazón puro,
la ley de Dios ensalzar
y de sus templos al muro.

REY. ¡La reina Isabela viva!

TODOS. ¡Viva la reina Isabela!

CONDE. (¡Reina Isabela! Se hiela
mi sangre.)

REY. ¿Sois más esquiva?

ISABELA. Mi amor por vos se desvela.

REY. Agora, pues, que ya estáis
hecha mi reina, si dais
licencia os daré la mano.

ISABELA. Todo agora os está llano
para que deis y pidáis.

REY. Dadme la mano de esposa,
que yo de esposo os la doy.

(*Vanse a dar las manos, y llega el* CONDE.)

CONDE. Tente, Rey, que vivo estoy.
Tente, Isabela alevosa,
que yo tu marido soy.
Por verte reina has querido
recibir otro marido
sin saber si el tuyo es muerto.
Mujer, en fin, pues es cierto
que por subir has caído.

REY. ¡Matarlo!

ISABELA. ¡Matadme a mí!

REY. Sentaos.
CONDE. Quien llegare aquí,
aquí perderá la vida.
ISABELA. Mi esposo, no está ofendida
tu honra.
REY. ¿Qué oigo de ti?

(*Llega* FÁTIMA.)

FÁTIMA. Reyes, que estáis obligados
a guardar justicia y leyes,
escuchad a una mujer,
pues que por ley se le debe.
Yo soy de Amurates hija,
aunque desdichada siempre,
que a quien nace sin ventura
no aprovecha honra ni bienes.
No supe amar en mi vida
sino una vez, y ésta puede
servirme a mí de castigo
y a otras escarmiento serle.
Amé a quien supo engañarme,
a un Conde, que está presente,
que supo esconder engaños
y quiere ya que se muestren.
Dejé por él de casarme
y mi Estado por tenerle,
no entendiendo que pudiera
usar conmigo dobleces. (1)
Prometió de ser mi esposo,
su esposa prometí serle;
él hizo letras en agua,
yo en mi pecho, donde crecen.
Dejé mi tierra, partíme,
llegamos aquí, do quiere
olvidarme, pues le adoro,
querer a quien le aborrece.
Si acaso tengo justicia,
dádmela, que se pretende,
pues que vive la justicia
más recta en los nuevos reyes.
REY. (De Isabela la hermosura
es sombra con ella.)
CONDE. Advierte,
mi Fátima, que soy noble.
La fe dada se te debe.
Goce Isabela [a] su esposo;
seguir su mudanza puede.
Tú, Fátima, eres mi esposa;
por tuyo puedes tenerme.

(*Vanse a dar las manos.*)

REY. Tente, Conde; aguarda un poco,
que es la justicia tan fuerte,
que aunque el enojo la cubra
al fin su verdad parece.
Vive el amor que es primero,
el primero permanece;
mi amor es después del tuyo,
hay razón si el tuyo vence.
Tu muerte se tuvo cierta,
y de este modo no ofende
la mujer que, si es viuda,
a casarse otra vez vuelve.
No te ha agraviado Isabela,
por el Dios que está presente,
pues aun por tocar su mano
no fué posible vencerla.
Dame a tu Fátima bella
por esposa, y haré en trueque,
que pues es reina Isabela,
tú, rey, con ella te quedes.
Los trueques serán iguales;
si das reina y reina lleves,
que sé que de parte suya
se admitirán mis presentes.
Fátima bella, yo soy
rey de Escocia; a ti se ofrece
mi voluntad muy rendida
para que a servirte acierte.
ISABELA. Si te he ofendido, mi bien,
me mate un toro o serpiente,
beba veneno en el agua
la vez que más sed tuviere,
me vuelva en ceniza un rayo,
fuerte pólvora me vuele,
una tormenta me hunda
y me consuman desdenes.
Sirva a quien fuere tu amiga,
por que más me menosprecies,
y déte contento y gozo
cuando llorosa me queje.
En ausencia esté olvidada
mientras más de ti me acuerde,
y en mi presencia suspires
por la que alcanzar intentes.
Niégame siempre tu cara,
de tu mesa me deseches,
te den contento mis penas
y disgustos mis placeres.
Toro, serpiente, veneno,
rayo, pólvora, desdenes,
tormenta, quejas y amiga,
tu mesa, cama y placeres,
si en algo te he ofendido,
me dé muerte, [me dé muerte.]

(1) En el original "reveses".

CONDE. Fátima, ¿qué me respondes?
FÁTIMA. Lo que tu gusto quisiere.
CONDE. No quedas mal empleada.
FÁTIMA. Yo gusto si tú concedes.
CONDE. Yo a mi Isabela me vuelvo.
FÁTIMA. Tu esposa soy, Rey.
[REY.] ¿Quién puede
vivir con tanto bien cuerdo?
¡Yo su esposo! ¡Oh, tiempo alegre!
CONDE. Perdona si te he enojado.
¡Oh! Cual Semíramis, puedes
mandar agora matarme.
ISABELA. Mi amor lo hará como suele.
REY. Dame, Conde, aquesos brazos,
que ha sido mi gozo el verte
en compañía de Isabela.
CONDE. Beso tus manos mil veces.
REY. Nuestra enemistad se ha vuelto
en grande amistad, que suelen
los muy grandes enemigos
grandes amigos volverse.
Decid ¡viva el rey Guillermo!
[Porque tú, Guillermo,] debes,
desde que me has dado esposa,
ser rey.
CONDE. Son muchas mercedes.
REY. Entrémonos en palacio
por que despacio celebre
mis bodas y tu corona,
tu placer y mis placeres.
CONDE. Hágase como lo mandas.
Y aquí, senado excelente,
se da fin a la comedia
que se dice *El Rey por trueque*.

FIN DE LA COMEDIA DE *El Rey por trueque*

SANTA CASILDA

DE

LOPE DE VEGA [1]

FIGURAS

Casilda.	Rodrigo.	*Dos* Angeles.
Zara.	Nuño.	*Un* Morabito *viejo.*
Alima.	Fernando.	Doristo, *villano.*
Abenámar.	Tarfe.	Laura, *villana.*
Celín.	Calambre, *gracioso.*	Benito, *alcalde villano.*
Gonzalo, *viejo.*	El Demonio.	Antón, *alcalde villano.*
Ortuño.	Alimenón, *rey viejo.*	Músicos.

ACTO PRIMERO

(Salga Casilda, Alima *y* Zara, *moras;* Músicos *cantando, y ella vistiéndose.)*

Músicos. "Al Alcázar de Toledo,
que el dorado Tajo baña,
las corrientes cristalinas
que humildes besan sus plantas;
en cuyos lienzos escriben
siempre grandezas las aguas,
y para que no se borren
lo enjugan polvos de plata."
Casilda. No cantéis más.
Zara. ¿Qué has tenido?
¿No estás buena?
Casilda. No sé, Zara.
Zara. No te lo dice la cara,
si algún cuidado no ha sido
que te haya dado pesar.
Casilda. Bien pienso que me le diera
si, aunque estoy triste, supiera
que otro me puede alegrar.
Zara. No te entiendo.
Casilda. No te espantes,
que menos me entiendo yo.
Zara. ¡Por tu vida!, ¿es amor?
Casilda. No;
cosas son más importantes.
Dejadme sola, que quiero
en este jardín quedarme
por si puedo sosegarme
de la pasión con que muero.

(1) Después de esto siguen, tachadas, estas palabras: "Comedia de Phelipe de Medina Pores", que sería el dueño del manuscrito.

Zara. Alima, vamos.
Alima. Sospecho
que esta tristeza y dolor
es amor.
Zara. No puede Amor
contrastar su limpio pecho.

(Váyanse, quedando ella recostada.)

Casilda. ¡Alá santo, a quien adora
mi alma desde que sé
que todo tu hechura fué
y el sol que estos campos dora.
A la noche y a la aurora
te bendigo sin cesar,
en llegando a contemplar
esta visible excelencia,
y así juzgo gran potencia
en quien lo pudo criar.
Esta mi ley guardo y quiero,
porque otra yo no la sé,
y con amorosa fe
no sé por lo que me muero.
¡Alá santo y verdadero!
merezca [de ti] ver [yo]
si [esta] mi ley me engañó;
que no puede ser ley buena
donde se vive sin pena
cuando muerte se aguardó.
Del gran Dios de los cristianos,
que ellos le llaman ansí,
mil alabanzas oí, (1)
[mas] son pensamientos vanos.
Aunque si sus pies y manos,
siendo Dios y siendo fuerte,

(1) En el original "y más", en vez de "oí".

le lavan de aquella suerte,
algún misterio sería,
pues Dios, que entonces vivía,
quiso entregarse a la muerte.
Claro está que se entregó
y que fué voluntad suya,
y así es forzoso que arguya
que gran causa le movió.
Todo el hombre que nació,
la vida guarda y adquiere
y de voluntad no quiere
perderla: si en Cristo estuvo,
la vida y voluntad tuvo.
¿Quién con tanto gusto muere? (1)
Sueño profundo me ha dado
¡Quién tan gran dicha tuviera
que en despertando supiera
la causa de su cuidado!

(*Duérmase, y diga una* Voz:)

VOZ. ¡Despierta! ¡Despierta!
CASILDA. ¿Quién
me llama?
VOZ. Quien has buscado.
CASILDA. ¿Dónde estás?
VOZ. En tu cuidado.
CASILDA. Y ¿quién eres?
VOZ. Soy tu bien.
CASILDA. ¿Adónde estás?
VOZ. En mí mismo.
CASILDA. Muéstrateme.
VOZ. Yo lo haré.
CASILDA. Y ¿cuándo?
VOZ. En tiniendo fe.
CASILDA. ¿Quién me la dará?
VOZ. El Bautismo.
(*Levántese.*)
CASILDA. ¡Válgame Alá! ¿Quién sería
el que me hablaba y hablé?
¿Qué es esto? Sí, lo soñé,
o es alguna fantasía.—
¿Alima, Zara, Zovela,
Arlaja, Rosa, mujeres?
¡Hola!

(*Salen* ZARA *y* ALIMA.)

ZARA. Señora, ¿qué quieres?
CASILDA. Notable mal me desvela.
Idos. Mas... volved. ¿No os vais?
Dejadme. ¡Válgame el Cielo!

(1) En el original "con tan gustosa muerte", que ni rima ni hace sentido.

ZARA. ¿Qué tienes?
CASILDA. Un gran desvelo,
que sabréis si me escucháis.
De Alimenón, mi padre,
rey de Toledo impíreo,
trono de majestades,
cabeza de sí mismo,
tesoro de los moros
inestimable y rico,
pues dicen que en el Tajo
oro de Arabia han visto;
y a mi madre, Daraja,
que ya dejó este siglo,
nací habrá quince años;
el Cielo ansí lo quiso.
Llamáronme Casilda,
de quien un sabio dijo
entonces a mi padre
secretos infinitos.
Apenas fuí nacida,
¡qué notable prodigio!,
cuando padezco enferma
este mal que habéis visto.
Tan gran tormento paso
y tanto me fastidio
con el dolor que siento,
que apenas le resisto.
No han podido remedios,
aunque han sido excesivos,
hacer que salud tenga.
¡Ved qué rigor impío!
Para alegrar mis penas
y el desconsuelo mío
en la Corte se han hecho
fiestas y regocijos.
Todo me ha dado pena,
y al paso que he crecido
más se aumentan mis males
y muero si los miro.
Ya a la vega bajaba
y al Tajo cristalino,
que la sirve de espejo
para adornar sus rizos.
Miraba su hermosura,
los jardines floridos,
música de las aves,
hechos arpas los picos;
las flores, los claveles,
jazmines y jacintos,
alhelíes, mosquetas,
madreselvas, narcisos,
maravillas, retamas,
azahar, cárdenos lirios,

y todo me cansaba
cuanto era más florido.
Un año me sirvieron
dos reyes sarracinos,
y con desprecio a entrambos
pagué tantos servicios.
Vino a verme Abenámar,
hijo del rey Marsichio,
sobrino de mi padre,
que me pide por primo.
Y con tantos rigores
y desdén tan altivo
desprecio sus finezas,
que no sé cómo es vivo.
La causa de estas penas
ninguno la ha sabido,
sino yo que las paso
en mi silencio mismo.
Procede, amigas mías,
de que a Dios busco y sigo,
al Dios de los cristianos,
al Dios que llaman Cristo.
Reparaba mil veces
con pecho casto y limpio
lo que algunos esclavos
de este su Dios me han dicho.
Apenas lo entendía,
cuando todo el sentido
ocupaba en buscalle
con el discurso mío.
Y hoy que aquí me dejastes
dulce sueño me vino,
en que una voz suave
amorosa me dijo.
—Dispierta, yo te llamo.
—¿Quién eres?—le replico.
—El que aguardas—responde—;
búscame en el bautismo. —
Este es, pues, mi suceso;
amigas, éste ha sido
el tormento del alma;
a Cristo busco y sigo.
Mis fieles compañeras,
que me ayudéis os pido;
sepa yo de este Dios
los preceptos divinos.
Afuera, vanas leyes,
que está cerca el peligro,
y afuera, engaño mío,
que ya Casilda es
de la ley de Cristo.

ZARA. Tu hechura soy, señora,
y, el pecho enternecido,
sigo tus pensamientos
y a la muerte me obligo.

ALIMA. Lo mismo dice Alima.

CASILDA. Del Cielo el toque ha sido.
Llegad, abrazareos.

ZARA. Tus esclavas nacimos.

CASILDA. Esta es la ley más cierta,
a seguirla camino.
Ayúdame, Dios hombre,
por que sepa serviros,
y afuera, engaño mío,
que ya Casilda es
de la ley de Cristo.

ZARA. ¡Quién nos diera, señora,
en tanto los principios
de este Dios que buscamos!

CASILDA. ¿Quién como mis cautivos?
Vamos a las mazmorras.
Dad a la guarda aviso,
que quiero visitallos.

ALIMA. Buena eleción ha sido.

CASILDA. Prevení qué llevalles,
que es el tesoro rico
la piedad con los pobres.
Afuera, falsos ritos,
y afuera, engaño mío,
que ya Casilda es
de la ley de Cristo.

(Vanse, y salgan ABENÁMAR *y* CELÍN, *moros.)*

ABENÁMAR.

De este jardín florido,
que del de Chipre copia hubiera sido
si la Venus que adoro
rindiera a mis firmezas el tesoro
que en tanto amor deseo
para tener por gloria tal trofeo,
salió Casilda hermosa,
afrenta del jazmín y de la rosa,
y envidia dulcemente
del sol dorado en el dorado Oriente.
Y al volver las espaldas,
las hierbas que aquí sirven de esmeraldas,
y las flores más bellas,
se marchitaron cuando vi volvellas,
quedándose las aves
en el principio de sus tonos graves
que alegres comenzaron,
y al partirse Casilda los dejaron.
¡Ay, Celín! De mi ingrata
verdades digo cuando así me trata.
Ya mis desdichas toco,
que, pues digo verdades, yo estoy loco.

¡Que no ablande siquiera
la condición de esta terrible fiera
mi llanto y mi porfía!
Antes, cuando me abraso, ella se enfría.
¿Qué haré con tal desprecio?
¿Dejar la empresa, o, porfiando necio,
morir hasta vencella?
Morir será mejor si he de perdella.
Di, cruel homecida,
grave y hermoso hechizo de mi vida,
¿cómo no te enternece
el mal que el alma sin razón padece?
Acaba de matarme,
si este favor, queriéndome, has de darme.

CELÍN.

¡Lástima te he tenido,
y te escuchaba casi enternecido
de ver lo que padeces
y cuán poco, señor, tu amor mereces!
Y a tu mal importuno
no te puedo aplicar remedio alguno,
viéndote enamorado,
rendido a la pasión y porfiado.
La ausencia solamente
pudiera ser remedio conveniente.
¿Sólo a verla veniste?
Hijo del Rey de Córdoba naciste.
Conquista otra hermosura;
prueba, quizá tendrás mayor ventura.
Deja el Tajo y su orilla;
vete a Granada, pásate a Sevilla,
que hijas tienen sus reyes
con quien el niño Amor tendrá otras leyes.

ABENÁMAR.

¡Ay! Que mi loco engaño
apetecer me hace el mismo daño,
y olvidarla no puedo
después que entré los muros de Toledo.
Pues de esta suerte
si me tengo de estar hasta la muerte,
ingrata de mis ojos,
dándote el alma mía por despojos,
inventa, quiere, ordena
en tu rigor el género de pena
mayor que se haya visto,
verás que por verte le resisto
tan firme y tan constante,
que el mundo todo de mi amor se espante.
Ve, Celín, sabe dónde
el sol hermoso de mi amor se esconde,
que al sol sigue la noche,
y yo, que soy su sombra,
la sigo alegre, aunque de mi se esconde.

CELÍN.

Obedecerte quiero.

ABENÁMAR.

Amor me ayude en este mal que muero.

(*Vanse, y salgan* GONZALO, *viejo;* RODRIGO, ORTUÑO, FERNANDO, NUÑO *y* CALAMBRE, *gracioso, de esclavos.*)

GONZALO. Alabado sea el Criador
en los cielos y en la tierra,
pues cuanto en ella se encierra
es obra de su valor.
Démosle gracias aquí
por la merced que nos hace,
pues de su voluntad nace
que lo pasemos ansí.
Treinta años ha que cautivo
en esta mazmorra estoy,
donde mil gracias le doy
porque me sustenta vivo;
todo se ha engrandecido
para que a Dios glorifique
y todo se multiplique
para que sea servido.

RODRIGO. Apenas la luz se ve
para saber si es de día.
¡Bendito sea el que la envía!

ORTUÑO. En todo el mundo lo esté.

FERNANDO. De naide se velará.

NUÑO. Ya debe de amanecer.

CALAMBRE. Como hubiera que comer
poco las reparará,
y aunque sin ella la hubiera, (1)
soy tan bien afortunado,
que hubiera ratón taimado
que del plato lo cogiera.
Que los hay aquí, y no es miedo,
según de grandes están,
que a porfía apostarán
quién reza mejor el Credo.
Una ratona ladrona
el otro día parió,
y la manta me llevó
su ratón a la ratona.

GONZALO. Siempre has de estar de un humor.
¡Qué poco el trabajo sientes!

CALAMBRE. Gonzalo, no me atormentes,
pues me basta mi dolor.

(1) Parece faltar algo para el sentido.

Anti[y]er me desvestí,
que ha días que no lo hacía,
porque huéspedes tenía,
a quien libertad les di.
Y al vestirme, con mancilla
del calabozo ladrón,
¡vive Dios! que vi un ratón
que se puso en mi rodilla.

RODRIGO. Que sin remedio vivimos
de libertad. ¡Qué dolor!
¡Tratarnos con tal rigor
desde que cautivos fuimos!
Doce años ha que lo estoy
según mi cuenta.

ORTUÑO. Yo veinte.

FERNANDO. Mi pena quiere que cuente
diez y ocho.

NUÑO. A nueve voy
con éste.

CALAMBRE. Yo cuatrocientos,
por cuatro en que no he contado
mas de palos que me han dado,
que serán cuento de cuentos.

GONZALO. Cantemos las maravillas
de Dios, pues esto le plugo.

CALAMBRE. Luego bajará un verdugo
que nos cuente las costillas.

RODRIGO. ¡Qué rotos y qué perdidos
estamos todos!

CALAMBRE. ¿Qué importa?
Que aquí hay un ratón que corta
por excelencia vestidos.

ORTUÑO. Ruido en las puertas se siente.

CALAMBRE. Estos ratones serán
que por las mañanas van
a beber el aguardiente.

NUÑO. Abrir [esa puerta] siento,
y gente viene.

CALAMBRE. Serán
algunos a quien les dan
esta casa de aposento.

FERNANDO. La Princesa es la que viene.
¿Si nos quieren degollar
para podella alegrar?

NUÑO. Si así a su salud conviene
nuestras vidas, claro está
que habrá venido a escoger
el esclavo que ha de ser.

ORTUÑO. ¿A quién la suerte cabrá?

GONZALO. Amigos, yo la tomara,
y no es pasión la que siento,
sino salir del tormento
que de afligirme no pára.
Quiera el Cielo que me quepa
la suerte de este rigor,
para que en tanto dolor
que tendré descanso sepa.

CALAMBRE. Hoy de la muerte me alejo,
sin duda.

RODRIGO. ¿Con qué invención?

CALAMBRE. Con desollar un ratón
y meterme en el pellejo.

(*Salgan* CASILDA, ZARA *y* ALIMA, *con cestas, en que traerán algo de comer a los cautivos, que se postrarán de rodillas.*)

CASILDA. Alzad, amigos, del suelo;
no estéis ansí, que me dais
pena de ver que os postráis.
[Hacerlo debéis al Cielo]
y no a mí, que sumisión
no he [ni aun] merecido
lo que piso.

GONZALO. Dios ha sido (1)
que te tocó el corazón.

CASILDA. Sentaos; descansad ahora,
que me quiero consolar
de veros en tal lugar
contentos.

RODRIGO. ¡Oh, gran señora!,
el Cielo alegre tu vida.

CASILDA. ¿Cómo os sentís? ¿Cómo estáis? (2)

ORTUÑO. Con tan dichosa venida,
alegres todos, después,
señora, que os hemos visto.

CASILDA. Las gracias se den a Cristo.

FERNANDO. Déjanos besar tus pies.

CASILDA. Amigos, ¿habéis comido?

CALAMBRE. No lo usamos por acá,
y así toda boca está
de comer puesta en olvido.

CASILDA. Dadles luego de comer.

CALAMBRE. ¡Oh, qué palabra tan linda!
¿Comer dijo? El gusto brinda.
Grande fiesta siento hacer
en las tripas, que lo oyeron,
y apostaré, si se prueba,
que por la dichosa nueva
luminarias encendieron.

---

(1) Hemos arreglado algo este pasaje. En el original dice:

pena de ver que os postráis
y no a mí, que no he merecido sumisión
lo que piso.
GONZ. Dios ha sido,
que te tocó el corazón.

(2) Falta un verso para completar la redondilla.

ZARA. Comed, cristianos cautivos,
que el alma quisiera daros.
CALAMBRE. Poco tenéis que cansaros
en rogallo.
ALIMA. ¡Que estéis vivos
en tan miserable estado!
GONZALO. Es de Cristo la grandeza
infinita.
CASILDA. ¡Ay, suma alteza,
de amor me habéis abrasado!
CALAMBRE. Todos coman sosegados
sin que haya mayoridad,
que a rata por cantidad
se han de ir tomando bocados.
GONZALO. Señora, ¿por qué razón
estas mercedes nos haces?
CASILDA. Porque vuestro Dios lo quiere
y su voluntad se hace;
cristiana seré si puede
merecer nombre tan grande
una humilde criatura,
como yo lo soy.
GONZALO. Notables
son, Señor, tus maravillas;
todos los cielos te alaben.
CASILDA. Dime nuevas de tu Dios
y de mi bien. ¿Puedes darme
los avisos que me importen
para el alma saludables?
GONZALO. Obedeceros es justo,
Casilda hermosa, escuchadme:
Dios, que crió Cielo y tierra,
serafines, potestades,
tronos y dominaciones,
querubines y otros ángeles,
sol, luna, estrellas, planetas,
agua, tierra, fuego, aire,
árboles, plantas y flores,
aves, peces, animales,
es un solo Dios y en El
tres Personas juntas caben,
que hacen la esencia de Dios
incomprensible, increable.
Llámanse el Padre y el Hijo,
Espíritu Santo, iguales
en la gracia, en el poder,
en la gloria y majestades,
es el Padre la primera
Persona, y el Hijo hace
la segunda justamente
porque procede del Padre;
es el Espíritu Santo
la tercera, y todos hacen
un solo Dios verdadero,
infinito, sabio y grande.
Todas tres son de una edad
y ninguna nació antes
que la otra; tienen un ser
y una sustancia inefable;
lo que una quiere otra quiere,
no hay en ellas voluntades
más de sola ésta de Dios,
que entre las tres se reparte.
En los ángeles del Cielo,
en que hubo desigualdades,
Luzbel, hermoso entre todos,
opuesto a Dios, quiso alzarse
con la gloria que le dió,
y soberbio y arrogante
cayó con decir Miguel,
el uno de los arcángeles,
"¿Quién como Dios?" y al Infierno
le humilló con sus secuaces,
transformada su hermosura
en formas abominables.
Luego crió Dios al hombre
a [su] semejanza, imagen
de sí mismo, en que mostró
lo que puede y lo que sabe.
Hízole perfeto en todo:
hermoso, discreto, amable,
como de su mano misma,
sin imperfeción de partes.
Dióle luego a la mujer
para que le acompañase
y para que ambos el mundo
con su junta procreasen.
Púsole en el Paraíso,
tan hermoso y deleitable,
como jardín que Dios hizo
para que se recreasen.
Hízole dueño de todo,
de las fieras y animales,
que al punto le obedecieron,
del más humilde al más grande.
[A] entrambos puso un preceto,
mandando que no tocasen
a un árbol de fruta hermoso
que Dios reservó, El lo sabe.
Quebraron el mandamiento:
¡Ah, bocado miserable!;
pues una sola manzana
tan mal provecho nos hace.
Comieron, en fin, comieron,
con que se hicieron mortales,
quedando en su culpa todos

partícipes y capaces.
Desterrólos Dios, salieron
llorando y por ser tan grave
la ofensa, enojado estuvo
con todos largas edades.
Como el agravio fué a Dios
no hay ninguno que le aplaque,
y así por todos el mismo
a sí mismo satisface.
Las tres divinas Personas
ordenaron que bajase
la segunda, que es el Hijo,
al mundo, y tomando carne
en el vientre de María,
hombre se hiciese. Al instante
que se dispuso se hizo;
y en esta doncella, Ave
de gracia, Cristo encarnó,
que así permitió llamarse,
siendo por gracia infinita
y obra santa y saludable
del mismo Espíritu Santo,
quedando ella, aunque fué madre,
virgen después de parida
y antes que Dios encarnase.
Creció Dios-hombre; crióse;
hizo milagros notables;
dió muestras de que era Dios,
y permitió bautizarse,
por que todos desde allí
en lo mismo le imitasen.
Invidiosos los judíos,
gente bárbara y infame,
para que muriese hicieron
bandos y parcialidades.
Por un discípulo suyo
vendida su justa sangre;
prendiéronle, y en la cruz,
después de tormentos graves,
clavado en ella murió,
redimiendo el vasallaje
y esclavitud en que todos,
por nuestros primeros padres,
incurrimos desde el día
del bocado miserable,
y instituyó el sacramento
de la Eucaristía antes
de su muerte, por que el hombre
de su Dios participase.
Después, al tercero día,
resucitó, y admirable
subió al Cielo y se sentó
a la diestra de Dios Padre.
Esto es, princesa Casilda,
de Dios la mínima parte
que puedo decirte yo,
después sabrás lo que baste.

(*Sale el* DEMONIO, *de esclavo.*)

DEMONIO.

De mi tormento eterno,
del hondo calabozo del abismo,
de aquel piélago Averno
donde padezco furias en mí mismo,
invidioso y terrible,
dejo el lugar que habito más horrible.
Y tengo en furia loca
hecho un volcán de rabia y de ira ciego;
por los ojos y boca
brotando llamas de mi ardiente fuego,
al ver una vil mora,
que apenas oye a Dios cuando le adora.
En este traje quiero,
pues sin número son estos cautivos,
porque de invidia muero,
sembrar en todos los venenos vivos,
del fuego que me abrasa.
Animo, pues, enciéndase la casa.
Bien el nombre me viene
del traje propio mío que he tomado,
pues mi dolor le tiene
desde que de la silla fuí arrojado
altivo, presuntuoso
y esclavo viene a ser tan afrentoso.
Yo haré que el Rey entienda
esto que pasa aquí, por que lo ataje,
para que la defienda
que aquel socorro de estos perros baje.
Entre todos me asiento,
no por el pan, que no es de mi alimento.

(*Siéntese con ellos cuando haber estado comiendo.*) (sic)

CASILDA. Yo he de ser cristiana, amigos,
y he de sacaros de aquí.
CALAMBRE. ¿Y eso será cierto?
CASILDA. Sí,
y hago a los Cielos testigos.
CALAMBRE. Los ángeles me parece
que esta comida guisaron.
Poco tocino la echaron.
FERNANDO. Dios lo aumenta, Dios lo crece.
CASILDA. Digo que he de ser cristiana.
DEMONIO. Míralo, señora, bien.
CALAMBRE. ¿Quién le mete en eso, quién?
Diga, cara de cuartana.

CASILDA. ¿Quién eres, cautivo, di,
que parece que te pesa?
DEMONIO. El que servirte profesa
desde el día que te vi.
Temo a tu padre enojado,
y la venganza será
en nosotros.
CALAMBRE. ¿Cuánto va
que vos no sois hombre honrado?
Aunque no se echa de ver,
que desque aquí os sentastes
un bocado no alcanzastes,
con que me hacéis gran placer.
CASILDA. Todo lo hará Dios muy bien.
DEMONIO. (Y será para mi mal.)
CALAMBRE. Aquesto tien poca sal,
pero a mí me sabe bien.
Fuera de que no hay deleite
sin tocino, o buen carnero:
que haga de ti un cocinero
albóndigas con aceite.
DEMONIO. Aunque yo pase más hambre,
este manjar no es el mío.
CALAMBRE. Juro a Dios que sois judío
o que yo no soy Calambre.
CASILDA. ¿De dónde eres?
GONZALO. Burgalés.
CASILDA. ¿Cómo te llamas?
GONZALO. Gonzalo.
CASILDA. Hoy, Gonzalo, te señalo
para que conmigo estés.
CALAMBRE. Sin que me pregunte a mí, (1)
la diré mis partes luego.
Calambre Alfonso es mi nombre
y el apellido, no asombre,
ni que naciese gallego.
Porque mi madre, que hablaba
con mi padre, se empreñó,
y a todos a entender dió
que calambre la tomaba.
Con él se iba cada hora
y se estaba todo el día;
si la llamaba, decía:
"Tengo calambre, señora."
Como meneaba el vestido
y redonda se ponía,
a todo el lugar decía:
"La calambre me ha crecido."
En efeto, a luz salí,
y, los que el cuento supieron,
Calambre a mí me pusieron
desde el día que nací.
CASILDA. Tú con Gonzalo también
vendrás conmigo, y ahora
queda con Dios.
CALAMBRE. Bella mora,
aunque mil muertes me den
te serviré dos mil años.
CASILDA. Después a veros vendré.
DEMONIO. (Yo haré, Casilda, yo haré
que se atajen estos daños.)

(*Vanse. Salen* ALIMENÓN, *rey viejo;* ABENÁMAR *y* CELÍN.)

REY.

Príncipe, yo os prometo
que siento en sumo grado
que Casilda no os quiera por marido.
Haced, como discreto,
si puede enamorado,
resistir la pasión, quien la ha tenido.
Que yo en tanto, advertido,
haré oficio de padre
en cuanto se dilata
el rigor con que os trata,
hasta hallar el remedio que más cuadre,
que es el intento justo,
y vuestra sucesión será mi gusto.
Si mi santo Profeta
este favor me hiciese,
como con tantas veras se lo ruego,
viviera el alma quieta,
aunque el dolor tuviese,
que así me abrasa como ardiente fuego
luego, al instante, luego
que quiero levantarme,
sin que para mis daños,
en veinticinco años,
jamás este dolor quiera dejarme.
Mira lo que te quiero,
si por tu gusto la salud prefiero.

ABENÁMAR.

Beso tus pies mil veces,
humilde a tu servicio,
como por tío y Rey soy obligado,
por el bien que me ofreces,
de que me dan indicio
las veces que en honrarme lo has mostrado.
En servirte ocupado
pasar la vida quiero,
y por si la perdiera,
ella y mil que tuviera,

(1) Verso suelto entre redondillas.

cuando no por el premio, que es pequeño,
por tu persona sólo,
que la fama extendió de polo a polo.

REY.

Abenámar valiente,
sangre ilustre de Meca,
por tan claros blasones conocida,
hoy mi valor se aumente,
que por el tuyo trueca,
con honrosa piedad agradecida,
la corona y la vida,
que justa se te debe,
y el mundo todo junto
tuviera en este punto,
que para tu poder le juzgo breve.
Ordena, manda, rige;
todo mi reino es tuyo, ya lo dije.

(*Sale* TARFE.)

REY. Seas, Tarfe, bien venido.
¿Cómo te fué en Alcalá?
TARFE. Sosegada queda ya
de aquel motín que ha tenido.
Degollar hice al alcaide
y todo lo apacigüé,
y así en su lugar dejé
a mi sobrino Abencaide.
Otros muchos castigué
quitándoles gran tesoro,
y a Corvín y Maniloro
de tus reinos desterré.
REY. Tarfe, muy bien me has servido.
Hoy te tengo de casar
de mi mano.
TARFE. Si llegar
a tal dicha he merecido,
con Zara, mi prima, sea.
Merézcola, gran señor,
porque a Zara tengo amor.
REY. Muy bien tu gusto se emplea.
CELÍN. (Pendiente el alma tenía
de un hilo cuando escuchaba
a Tarfe, que ya pensaba
que [a] Alima hermosa pedía.
Es la vida por quien vivo
después que vine a Toledo,
y en sus bellos ojos quedo
de su hermosura cautivo.)
REY. Hoy, Tarfe, te casaré
con Zara.
TARFE. Los pies te beso (1)

(1) En el original "pido", que no rima.

¡Qué venturoso suceso!
ABENÁMAR. ¡Cuándo tal dicha tendré!

(*Salga* CASILDA, ZARA, ALIMA, GONZALO, CALAMBRE.)

CASILDA. Padre y señor.
REY. ¡Hija mía!
Seas bien venida mil veces.
¿Cómo te va? ¿Cómo te hallas?
CASILDA. Bien, a tu servicio siempre,
y con más salud, señor,
de la con que sueles verme.
REY. Pídeme albricias, Casilda;
manda lo que tú quisieres.
CASILDA. Guárdatela muchos años.
REY. Hoy tu salud se celebre.
¿Qué hacen aquí estos esclavos?—
¡Hola, Tarfe!
CASILDA. No te alteres,
que yo los traje conmigo.
REY. Pues si tu gusto es éste...
CALAMBRE. (¡Vive Dios! que ya entendí
que, asido de estos lebreles,
por un corredor volaba
boca abajo para siempre.)
REY. ¿Zara hermosa?
ZARA. Señor mío,
¿qué me mandas? ¿Qué me quieres?
REY. ¿Sabes cómo te he casado?
ZARA. ¡Ay de mí, triste!
REY. ¿Qué tienes?
CASILDA. El sobresalto, señor,
siempre turbó a las mujeres.
REY. Tarfe desde hoy es tu esposo.
ZARA. (Ni lo trate ni lo piense,
que soy esposa de Cristo.)
REY. ¿Qué dices?
ZARA. Que hasta que llegue
el día que mi señora
sus reales bodas celebre,
no me tengo de casar.
REY. ¿Y entonces?
ZARA. Seguro puede
Tarfe estar de que en mi vida
por otro moro le deje.
TARFE. ¿Será cierto, hermosa Zara?
ZARA. Cumplillo el alma promete.
(Mas será con el Esposo
que por mí murió inocente.)
ABENÁMAR. Permite, bella Casilda,
que vuestro primo se alegre
con saber que vos lo estáis,
pues tanto amor lo merece.

Dad lugar que goce el alma
de tu gusto.

CASILDA. Primo, siempre
os estimé como a tal.

CALAMBRE. (¡Qué contento está el perenque,
que piensa que ha de llevarla!
Pues a fe que no la lleve.)

GONZALO. (Calla, Calambre.)

CALAMBRE. (Hame dado
de repente en la lengua
y no puedo sosegarme.)

REY. Vamos.

CASILDA. Quiero obedecerte.

(*Vanse. Quede* ABENÁMAR, TARFE *y* CELÍN.)

ABENÁMAR. Alcaide, en un mismo día
han de llegar nuestros bienes.

TARFE. Alá cumpla tu deseo.

ABENÁMAR. El te guarde, Tarfe fuerte.

CELÍN. Mejorada está, señor,
la Princesa.

ABENÁMAR. Y diferente
de los rigores pasados.

CELÍN. Amor de tu amor se duele.

(*Sale el* DEMONIO.)

DEMONIO. Solos están; llegar quiero.

ABENÁMAR. ¿Qué quieres, esclavo?

DEMONIO. Advierte
que aunque tal traje me miras
soy más de lo que parece
y de lo que tú imaginas.

ABENÁMAR. ¿Quieres que solo me quede?

DEMONIO. No, porque a todos importa.

ABENÁMAR. Declárate, pues.

DEMONIO. Advierte,
Príncipe, que yo soy moro
de sangre real, decendiente
de Alfo Muley, a quien
han muerto, respeta al Rey,
después sabrás lo demás.
Ahora sabed que os ofenden
Casilda y sus bellas damas
Alima y Zara, que tienen
esposos, a quien adoran,
de vuestra ley diferente.
Por esto dice Casilda
que la matan acidentes,
que la disgustan congojas
y que este amor la divierte.
Por que se dé a mis palabras
el crédito que se debe,
sabed que va a las mazmorras
y a los cautivos aleves
sustenta, regala y cura
y de ellos la ley aprende.

ABENÁMAR. ¿Qué dices, moro? ¿Qué dices?

DEMONIO. Verdad es, aunque me pese.

ABENÁMAR. ¿Tú lo has visto?

DEMONIO. Yo lo he visto.

ABENÁMAR. ¿Qué hay que mi paciencia espere?
¡Cristiano será su esposo,
no hay que dudar!

DEMONIO. Bien lo sientes,
y muy cristiano.

ABENÁMAR. ¡Ay de mí!
Daré voces impaciente.
¿Qué dices, Tarfe, qué dices?

TARFE. Que si el Rey esto supiese,
la vida la quitaría.

ABENÁMAR. Sépalo el Rey; déla muerte.

TARFE. ¡Ah, Zara cruel, ingrata!
¿A un cristiano infame quieres?
¡Vengaréme!

DEMONIO. (Yo he sembrado
rabia y fuego que les queme,
quiero quitarme de aquí
mientras el fuego se enciende,
porque, abrasados de celos,
estos tres moros me venguen.)

(*Vase.*)

CELÍN. Alima, ¿quién tal pensara?
¿Eres mujer? Mujer eres.

ABENÁMAR. ¿Tócate parte, Celín,
de esta desdicha?

CELÍN. Si puede
tocarme adorando a Alima,
por mí puedes responderte.

ABENÁMAR. ¿Qué es de aquel esclavo, Tarfe?

TARFE. No le vi; sin duda fuése,
de temor, viendo tu enojo.

ABENÁMAR. Hoy mis desprecios se venguen.
¡Hoy Casilda y yo acabamos!

TARFE. ¡Hoy Tarfe y Zara fenecen!

CELÍN. Alima y Celín también,
pues la desdicha lo quiere.

ABENÁMAR. ¿A un cristiano? ¡Ingrata mora!
¡Rabiando estoy!

TARFE. El Rey vuelve.
Mis celos le habrán traído
y mis desprecios crueles.

(*Sale el* REY.)

ABENÁMAR. Hoy, Alimenón Aicán,
generoso decendiente

en la sangre y en el reino
de los Almanzores reyes;
legítimo sucesor
del gran Audalla, a quien deben
tantas plumas las victorias,
las tablas tantos pinceles,
rayo en la esfera de Marte,
fulminado rayo ardiente
contra los godos soberbios,
que han postrado sus laureles
a tus plantas vencedoras,
porque corones tus sienes;
desde que perdió Rodrigo,
último godo imprudente,
esta coronada España,
no se vió jamás, ni pueden
coronarse las memorias
de un suceso como éste.
La gran princesa Casilda
(nombraréla, aunque me pese)
en secreto está casada
con un cristiano.

REY. ¡Detente,
Abenámar! ¡Cierra el labio!
¡No me mates de repente! (1)
¡Da lugar a que lo piense!
¿Casilda? ¡No puede ser!
Quien te lo ha dicho te miente.
¡No puede ser, Abenámar,
no puede ser!

ABENÁMAR. No te ciegues;
que no es razón que en silencio
tan gran desacato quede
por mirarla como padre,
que Tarfe y Celín presentes
estaban cuando un esclavo
lo refirió, y que advirtiese
que hasta las mazmorras baja,
con otras de sus mujeres,
a regalar tus esclavos,
cuya ley de ellos aprende.
Cristiana es Casilda, Rey;
tu sangre afrentada tienes.
Castígala, y porque en mí
está su sangre, la vierte;
que quiero morir primero
que mi ley santa [se] quiebre.

REY. ¡Mahoma santo! ¿Quién ha sido
la que perturba tu ley?
¡Muera luego, y muera el Rey
si lo hubiese consentido!—

(1) Falta un verso después de éste.

Abenámar, yo he sentido
el caso de tal manera,
que haré que Casilda muera;
con que el mundo temblará,
pues asolarle sabrá
el que mata a su heredera.
Yo propio tengo de ver,
sin que Casilda lo sienta,
de mi ley santa la afrenta
en esta infame mujer.
Su vil sangre he de verter,
y aun la mía me sacara,
si para [el] caso importara;
que quien su ley no engrandece
muy justamente merece
morir con infamia clara.
¿Cuándo decís que esta infame... (1)

ACTO SEGUNDO

de la COMEDIA DE SANTA CASILDA.

(*Sale el* REY, ABENÁMAR, TARFE *y* CELÍN.)

ABENÁMAR. Por este jardín, señor,
Casilda, con sus mujeres,
ha de pasar.

REY. ¿Qué me quieres?
¡Déjame, piadoso Amor!
Que entre discursos y enojos,
parece que el corazón
dice que haga información,
por si mintieron los ojos.
Como el honor hace el cargo,
es terrible mi dolor;
que para contra el honor
es menester gran descargo.

ABENÁMAR. Mil veces arrepentido
de haberte dado pesar,
estoy por desesperar,
en tal confusión metido.
Mátame, mi vida muera;
yo te engañé, gran señor,
por un celoso furor.

REY. Que ya es tarde considera.
Verás si, aunque padre, obligo
al santo Alá de esta vez,
siendo en el castigo juez
y en la venganza enemigo.

(1) Verso suelto. Debe de sobrar, pues no puede quedar el sentido suspenso al caer el telón.

TARFE. La Princesa viene, Rey,
y todos nos retiremos.
CELÍN. Bien a esta parte estaremos.
ABENÁMAR. (De aquí podré contemplalla.) (1)

(*Retírense, y salen* CASILDA, ZARA, ALIMA, GONZALO *y* CALAMBRE, *con cestas y toallas.*)

CASILDA. ¡Amigas, dad alabanzas
al Criador de los Cielos,
al que murió por nosotros,
a mi Esposo, a mi Cordero!
¡Toda me abraso de amores,
de amores me abraso y muero!
¡Qué penar tan venturoso!
Zara, Alima, ¿no es muy bello
nuestro esposo Jesucristo?
ZARA. Es paz, es gloria, es contento.
ALIMA. Es infinito, uno y trino.
CASILDA. Gonzalo amigo, ¿aprendemos?
GONZALO. Sí, señora, porque es Dios
vuestro divino Maestro.
REY. (Apenas puedo entender
ni los últimos acentos.)
ABENÁMAR. (De cuanto dicen palabra
desde donde estoy [no] entiendo.)
CASILDA. Gonzalo, ¿no dices tú
que un cántico dice vuestro
que es el Esposo querido
colorado y blanco, bello,
escogido entre millares;
y que esta ventaja haciendo
a cuantos hijos de Adán
han de nacer y nacieron,
como el hermoso manzano
de fruto y hojas cubierto,
a los árboles silvestres
en los poblados y yermos,
y que puedo yo decir
a sombra de quien deseo,
estoy sentada, aguardando
este divino sustento
tan sabroso [a] mi garganta?
GONZALO. Sí, señora.
CASILDA. Pues, abierto
el corazón, os lo digo,
mi Dios, dadme más aliento.
ZARA. ¿Qué le diremos nosotras,
que, inorantes, no podemos
decir lo que siente el alma?
ALIMA. Muy bien lo dirá el silencio;
que nos quiere a todas tres.
CASILDA. Este es Esposo, éste es gusto,
éste es amor, éste es dueño,
y ninguna tiene celos.
CALAMBRE. (¡Linda escuela de muchachas!
¡Oh, quién fuera su maestro!
¡Quién las diera cuatro azotes
por verlas hacer pucheros!)

(*Salen todos.*)

REY. (No lo puedo soportar.) (1)
Casilda, hija, ¿qué es esto?
¿Dónde vas tan de mañana?
CASILDA. (¡Aquí me ayuden los Cielos!)
Señor, como mis tristezas
son tantas, a buscar vengo
en este hermoso jardín
descanso y divertimiento.
REY. ¿Qué llevas aquí, Casilda?
CASILDA. Aquí... (¡Favor, Dios eterno!
¡Vuestra es la causa! ¡Libralda!)
flores de este jardín llevo.
REY. Quiero verlas.
CALAMBRE. (Y esta vez
nos han cogido con cebo.
¡Qué castigos ha de hacerme!
Mil palos es lo de menos,
que es el pan de los cautivos
cuando se enojan con ellos,
y estos perros lo administran,
por lo cual el refrán viejo
se dice en toda Castilla
de "Daránte pan de perro".
Desatape las cesticas.)
REY. Flores son, y hermosas flores.
GONZALO. (¡Gran milagro!)
CASILDA. (¡Dios inmenso!
Tantos favores, ¿por qué?)
REY. Gustar de las flores quiero.
¡Válgame Alá! ¡Qué fragancia!
Otro de mi mal me siento.
Este olor, esta hermosura,
encierra en sí algún misterio.
Del dolor que padecía,
como saben, estoy bueno.
Libre del temor (2) estoy,
viles sospechas mintieron.
ABENÁMAR. A tus pies, señor, postrado,
no por el perdón te ruego.

(1) No rima "contemplalla" con "Rey". Quizás en lugar de esta voz deberá leerse "hablalla".

(1) El original "esperar", que no forma sentido.
(2) "Dolor" en el texto manuscrito.

TARFE. Todos pedimos lo mismo.
REY. Príncipe, en este suceso
conviene la información.
Decidme: ¿quién fué el soberbio
invidioso que a mi honor
quiso poner tal defeto?
ABENÁMAR. Un esclavo de tu casa.
REY. Mira si es alguno de éstos.
ABENÁMAR. No es ninguno.
CALAMBRE. (¡Ay, dulce no;
vuelto me has el alma al cuerpo!
Desde hoy adoro en el *no*,
aunque pidiendo dineros,
un avariento me diga,
muy hinchado: "No los tengo."
REY. Hoy, por la salud que alcanzo,
haréis, Tarfe, que en Toledo
se celebre este milagro
del grande Profeta nuestro.
ABENÁMAR. (¡Corrido voy!)
TARFE. (¡Yo, afrentado!
¿Qué dirá mi hermoso dueño?)
CELÍN. (¡Perdí a Alima!)
ABENÁMAR. (¡Ah, pasión,
y cuánto daño me has hecho!)

(*Vanse los* MOROS.)

GONZALO. Déjame echar a tus pies.
CASILDA. Alza, Gonzalo, del suelo.
GONZALO. Casilda santa, a quien Dios
tan grande favor ha hecho,
aun este suelo que pisas
para besar no merezco.
CASILDA. Volved, pues, amigos míos,
y traed nuevo sustento
para los pobres cautivos,
pues el pan flores se ha vuelto.
GONZALO. Antes este pan será
[su] misterioso sustento,
porque, siendo pan de flores,
¿qué pan puede ser más bello?
ZARA. ¡Ay, inmensa majestad
de Dios!
CASILDA. Pues, Zara, ¿qué es esto?
ZARA. Que son ya las flores pan,
que las flores pan se han vuelto.
ALIMA. Verdad dice Zara.
CASILDA. Vos
todo, Señor, lo habéis hecho.
Id a llevarlo a mis pobres,
que dar a Dios gracias quiero
por este favor; vosotros
iréis con ellas.
CALAMBRE. Yo temo,
según soy de venturoso,
si aquí te quedas, que luego
nos vuelve a buscar tu padre
y se descubre el enredo;
porque en esto de milagros,
gracias a Dios, soy tan bueno,
que el pan se volverá cantos;
las cestas y mimbres, leños,
con que me quitan el polvo
estos sacristanes perros.

(*Vanse. Queda* CASILDA.)

CASILDA. ¿De qué jardín regalado
las bellas flores que vi
vinieron, Señor, aquí?
¿Eran de vuestro costado?
Porque el matiz colorado
pareció, Señor, el mismo
de quien se espanta el abismo.
Hacedme a mí tan feliz
que merezca este matiz
del soberano Bautismo.
Clavelinas encarnadas
en vuestro jardín se hallaron;
[y] con sangre se regaron
de vuestras venas sagradas.
De espinas fueron cercadas.
Todos cogen clavellinas,
que vuestras manos divinas
las espinas apartaron,
y clavellinas dejaron (1)
y para Vos las espinas.
Honradme con vuestras flores.
Partid conmigo, Señor;
Amor os lo pide, Amor:
galán sois, haced favores.
Flores se dan por amores,
Jardinero soberano,
¿queréis vos de vuestra mano
darme un divino clavel?,
que un alma os daré por él,
pues tanto en dárosla gano.

(*Un* ANGEL *en una tramoya.*)

ANGEL. Casilda, Dios te ha escuchado;
que tu voz rompió los velos
de los cristalinos Cielos
y tu afeto enamorado.
CASILDA. Mensajero celestial,
¿quién eres?

(1) En el original "de jardín".

ANGEL. Angel de gloria,
de los que a Dios la victoria
cantan.
CASILDA. ¿Quién mereció tal?
ANGEL. Tú, Casilda.
CASILDA. ¡Feliz suerte!
ANGEL. Sabe que venido soy
de parte de Dios.
CASILDA. Ya estoy
escuchando.
ANGEL. Pues advierte.

(Por otra tramoya venga otro ANGEL, *con* ZARA *y* ALIMA *hincadas de rodillas.)*

ANGEL 2.º Estad presentes las dos
a este misterio que veis,
porque después lo admiréis,
que así lo permite Dios.

ANGEL 1.º

Dios mandó que a Toledo luego dejes
y al pueblo loco que le i[gnora] ciego
y que de sus alcázares te alejes
y a Castilla de aquí te partas luego.
Huye, Casilda, de bárbaros y herejes
que encienden contra Dios infernal fuego,
para que así su voluntad se haga
y la tuya también se satisfaga.
En un lugar secreto que peñascos
murallas forman toscas de aspereza,
compuesto de quejigos y de tascos
que aumentan la fealdad a su fiereza;
entre broncas pizarras, rotos cascos
parece que se ven en su cabeza,
que apretados los tiene todo el año
con espinosa zarza en vez de paño.
A quien por una parte se le llega
el mar salado en ondas presuroso
y los nerviosos pies le baña y riega,
porque descanse el bruto peñascoso;
tan espeso el camino, que se niega
aun en el día claro y luminoso,
y apenas se ve el sol ni el horizonte,
que así tapiado está con aquel monte.
Por los godos montañas de Castilla
la aspereza se llama, donde ha sido
por su labor, que al mundo maravilla,
Dios adorado y siempre engrandecido,
sin que aunque pierdan de su Rey la silla
la fe jamás allí se haya perdido.
Y cuando se perdiera, de mil modos
la fe siempre se hallara entre los godos.
A la falda de un risco tan crecido
que parece debajo de la luna
hablando está secretos al oído,
verás dos lagos, fin de tu fortuna,
donde tu bien está constituído.
Tiene dos aguas tales, que la una
nace turbia, otra clara, y la deshacen
del otro los cristales cuando nacen.
Aquí te bañarás debidamente,
y de los males que te dan tal pena,
en tocando el cristal de su corriente,
sana, Casilda, te hallarás y buena.
Estos [los] lagos son de San Vicente,
que en ellos te bañes Dios ordena.
Ya tienes donde cumplas tus intentos,
ejecuta de Dios los mandamientos.

(A un mismo tiempo desaparezcan todos.)

CASILDA.

Inconmutable esencia,
que es verdadera luz y no acabada,
pues sólo a la presencia
de los ángeles es comunicada,
sin que de humana vista
si Vos no obráis jamás puede ser vista.
Si sólo con creerla
y dulcemente con amor sentirla
es modo de tener la luz, yo he de pedirla,
pedirla y desearla,
porque pueda de aquí también gozarla.
Vos, Esposo, me hicistes
y porque os alabase me criastes;
si este nombre me distes,
siempre he de hacer aquello que mandastes;
nunca mi lengua acabe
y esta virtud incomprensible alabe.
¡Oh, Sumo Ser, hermoso,
sacro, estable, inmortal, omnipotente,
de mi vida reposo,
celestial, inefable, refulgente,
que todo en ser Vos cabe,
vuestra gracia me dad, porque os alabe.

(Salen ZARA *y* ALIMA.*)*

ALIMA. Déjame echar a tus pies.
ZARA. ¡Señora! ¡Casilda santa!
CASILDA. Alzad del suelo; no estés
en tierra; Zara, levanta.
ZARA. ¡Esposa santa de Cristo,
El te vino a consolar!
CASILDA. ¿Que Dios...?
ZARA. No hay que negar:
Alima y yo lo hemos visto.

Estando en contemplación
en nuestro recogimiento,
nos trajeron por el viento
a ver tu revelación.
Ya sabemos dónde vas:
los lagos de San Vicente,
y aquel lugar conveniente
donde te bautizarás.

CASILDA. Pues si eso tan cierto es,
grandes vuestras gracias son,
y así, con mayor razón
puedo echarme a vuestros pies.

ZARA. Señora, ¿tanta humildad
con tus esclavas?

CASILDA. No, Zara;
de Dios sí, que nos ampara,
las esclavas os llamad.

ALIMA. Y ¿cuándo te piensas ir?

CASILDA. Luego quiero disponello;
que pues Dios me ayuda en ello,
contenta puedo partir.

(*Vanse. Salen el* REY, ABENÁMAR, TARFE *y* CELÍN.)

REY. ¿Están los esclavos juntos?

TARFE. Ya todos, señor, lo están
y aguardando en el zaguán
están la muerte por puntos.

REY. Hacedlos, Tarfe, entrar luego.

(*Salen* GONZALO, RODRIGO, FERNANDO, ORTUÑO, NUÑO, CALAMBRE *y el* DEMONIO.)

DEMONIO. (Cuando [a] Abenámar hablé
la forma que allí tomé,
hoy la tendrá este gallego,
porque pague ser criado
de esta cruel enemiga.
¡Oh, con cuánto horror me obliga!)

REY. Reconoce con cuidado
quién de éstos era el traidor
que te engañó falsamente.

ABENÁMAR. Veréles atentamente.
Este esclavo es, gran señor.

CALAMBRE. (¡Ay de mí! ¿Quién tal creyera?)
¿Yo, señor? Míralo bien.

REY. [Dos] mil tormentos le den.
Salíos vosotros fuera.

FERNANDO. ¡Pobre gallego!

RODRIGO. ¡Ay de ti!

GONZALO. ¡No lo creo!

NUÑO. Yo tampoco.

ORTUÑO. ¡Sin duda que estaba loco!

DEMONIO. (Pague el perro, ¡pese a mí!)

(*Vanse los* ESCLAVOS.)

CALAMBRE. Conmigo otra vez hiciste
esta misma diligencia;
tú, Príncipe, en su presencia
que no era yo respondiste.

REY. ¿Quién eres?

CALAMBRE. No sé de mí
más de que soy desdichado.

ABENÁMAR. Moro, señor, me ha contado
que es de nación.

CALAMBRE. ¿Yo te vi
en mi vida ni te hablé?

ABENÁMAR. Sí, perro; tú me dijiste
que entrar a Casilda viste
en las mazmorras. ¿Por qué
lo niegas? Y además de esto,
que eras moro decendiente
de Alcefo Muley valiente.

CALAMBRE. ¿De qué mula ni qué cesto?

REY. Di la verdad, vil cautivo:
¿eres moro?

CALAMBRE. ¿Moro yo?
Quien te lo dijo mintió.
De Cristo soy; por El vivo;
de Galicia natural,
adonde, entre otros esclavos,
cautivé cogiendo nabos,
que era batalla nabal.

REY. ¿Búrlaste, perro, conmigo?

CALAMBRE. Verdad digo, ¡vive Dios!
Vaya algo entre los dos
que pruebo lo que aquí digo;
que iré a Galicia y traeré
testimonio muy patente
ser gallego decendiente
de un lacayo de Noé.

REY. No te estuviera muy mal
ir a tu tierra por él.

CALAMBRE. Y si viniere sin él,
que me hagas echar en sal.

ABENÁMAR. Otra cara se le ha puesto
a este esclavo, gran señor.
Mudado se le ha el color.

CALAMBRE. ¡Ay, triste de mí! ¿Qué es esto?
¡Algún demonio anda aquí!

ABENÁMAR. Agora, señor, acabo
de conocer que este esclavo
diferente es del que vi.

REY. Mi pasión está vencida;
mi enojo se sosegó.
Libre estás.

CALAMBRE. ¿Quién tal [oyó?]
¡Mahoma alargue tu vida!

REY. ¿En efeto, eres gallego?

CALAMBRE. ¡Pesia tal!, es mi blasón,
y aunque muchos que lo son
lo niegan, yo no lo niego.
REY. ¿Es fértil tu tierra?
[CALAMB.] Mucho,
de nabos en cantidad
que es una temeridad.
Escucha y verás.
REY. Ya escucho.
CALAMBRE. En una heredad cogía
mi padre siempre unos nabos,
que de grandes y de bravos
fama en Galicia tenía;
tanto que, si esto es costumbre,
en casa, de ellos se hacían
bancos, con que se podían
sentar muy bien a la lumbre.
Yo me acuerdo cierto día
que con un hacha partí
de un grande nabo que vi
lo que un carro no traería.
Y estando partiendo yo,
di tal golpe con el hacha,
que, saltando una gran racha,
el hacha se me escondió.
Como sin hacha me hallé,
no te cause maravilla,
quitándome la ropilla,
por el agujero entré.
Anduve el hacha buscando,
y no la pude topar,
cuando me sentí tocar
de un hombre, a quien preguntando
por ella, dijo: "¡Bobear!,
¿cómo puede haberla hallado,
si dos mulas y un arado
no he podido yo topar?"
REY. ¿Cómo te llamas?
CALAMBRE. Calambre.
ABENÁMAR. El tiene muy lindo humor.
CALAMBRE. El humor come, señor,
y así me muero de hambre.
REY. ¿Verásme después?
CALAMBRE. Sí haré.

(*Vanse los cuatro.*)

Hoy mi dicha se celebre,
pues siendo una pobre liebre,
de estos galgos me escapé.

(*Sale el* DEMONIO.)

DEMONIO. (Furioso y rabiando vengo,
desesperado y corrido
de lo que me ha sucedido.)
CALAMBRE. (Mala fe a este esclavo tengo
desde que a Casilda dijo,
cuando me libró aquel día,
que mirase lo que hacia,
y todo lo contradijo.)
DEMONIO. ¿Calambre amigo?
CALAMBRE. Eso no;
sedlo de otro, que no quiero
tener tan buen compañero.
Ya la amistad se acabó.
Yo no os entiendo ni acabo
de conocer lo que hacéis;
que mil veces parecéis
unas moro, otras esclavo,
y lo que puedo creer
en estas dificultades
que, para decir verdades,
todo lo debéis de ser.
DEMONIO. ¡Por el hermoso lucero,
que te arroje desde aquí
donde te acuerdes de mí!
CALAMBRE. Mentís como un majadero.
No sois vos cristiano, a fe:
en gran confusión estoy.
Dime tu nombre, que hoy
no sé cómo me olvidé.
DEMONIO. Ya te dije que Orlando.
CALAMBRE. Sin duda el nombre os pusiste,
Orlando, porque veniste
de alguna parte rodando.
¿Cúyo hijo sois?
DEMONIO. Fué mi padre
rey y emperador.
CALAMBRE. Si había;
mas ¿va que no tienes tía
y que naciste sin madre?
DEMONIO. ¿Por qué en eso te desvelas?
CALAMBRE. Soy curioso en preguntar.
En tu tierra sueles dar
muy baratas las pajuelas.
DEMONIO. Calambre, dile a esta mora,
pues tanto puedes con ella,
que por qué un reino atropella
que como a reina la adora.
Di que no intente el camino
que a Castilla quiere hacer,
porque se puede perder.
[CALAMB.] Vos, Orlando, bebéis vino,
que decís tal disparate.
¿Yo había de aconsejalla
que con tan mala canalla
estuviera? No se trate.

Mas vos ¿cómo habéis sabido
que la Princesa se va
a Castilla?

DEMONIO. Es cierto ya.

CALAMBRE. Por Dios que estáis entendido.
Idos, que no quiero andar
con quien sabe más que yo.

DEMONIO. Vuelve, Calambre.

CALAMBRE. Eso no.
Juntos hemos de rezar
para que yo crea en vos.

DEMONIO. [Para que lo creáis] sí haré.

CALAMBRE. Por la señal...

DEMONIO. Quítate.

(*Derríbale y vase.*)

CALAMBRE. ¡Muerto soy! ¡Válgame Dios!
Este esclavo es infernal.
Tembiando estoy de cobarde.
¡Dios me ayude! ¡Dios me guarde!
Parece que huelo mal.
Todos cargan sobre mí,
diablos, moros y cristianos.
Dios me libre de sus manos,
pues tan sin dicha nací.
Este Orlando es, a mi ver,
aunque en decillo me asombre,
de Satanás gentil hombre,
que acompaña a su mujer.

(*Sale* ABENÁMAR.)

ABENÁMAR. Esclavo amigo, cristiano,
¿qué tienes? ¿De qué das voces?

CALAMBRE. Hanme prestado unas coces
a nunca pagar ufano.

ABENÁMAR. Dime qué fué.

CALAMBRE. Qué sé yo.

ABENÁMAR. Levanta.

CALAMBRE. Ya estoy en pie.
¿Qué me quieres?

ABENÁMAR. Oyeme.
Alá, cristiano, ordenó
que Casilda me rindiese
el alma. Cuando la vi
dísela, porque nací
para que su esclavo fuese.
Por ella muriendo vivo,
por ella a la muerte voy,
por ella sin vida estoy,
libre soy y soy cautivo.
No hay medio para que pueda
su rigor enternecer.
Por mí una cosa has de hacer,
que el premio a mi amor se queda.
Dale este papel por mí.

[CALAMB.] Cierto, señor, que lo hiciera
si otro daño no temiera
como el que por vos sufrí.
Sois muy falto de memoria,
las señas podéis perder.
Yo no lo tengo de hacer.
Aquí paz, y después gloria.

(*Vase* CALAMBRE.)

ABENÁMAR.

Navega en ondas por camino incierto
el navegante roto y mal tratado
después de una tormenta; sale a nado,
y halla entre sus desdichas dulce puerto.
Vuelve otra vez al mar, donde tan cierto
el peligro le tuvo en tal estado,
contento de surcarle y olvidado
de que en las ondas se miró ya muerto.
Esto a mi amor sucede por mi daño.
Diréło, aunque me pese, pues lo siento,
ya que no quiero ver el desengaño.
De suerte que, aunque es grande mi tor- [mento,
en pasándose vuelvo al mismo engaño,
y aunque más me maltrata no escarmiento.

(*Sale el* DEMONIO.)

DEMONIO. Este moro he de engañar,
que de Calambre tomé
la forma, por que me dé
el papel. Quiérole hablar.)
Ya me vuelvo arrepentido.
Dame el papel, no haya más,
que hoy en manos le verás
de quien tu cuidado ha sido.

ABENÁMAR. Toma, cristiano, los brazos

DEMONIO. (No sabes a quién los das,
y que seguro no estás
de que te haga mil pedazos.)

ABENÁMAR. Este es el papel, y fía
de mí que libre serás.

DEMONIO. (¡Qué mal que lo cumplirás!
Ya corre por cuenta mía.)

(*Vase. Sale* CASILDA *y el* REY.)

CASILDA. Solo, gran señor, te quiero
que me escuches.

REY. Esta cuadra
lo está, Casilda querida.
Siéntate, toma una almohada.
Abrázame; pide, pide,
que por el sol de tu cara

que todo te lo conceda,
ya te he dado la palabra.

CASILDA. Generoso padre mío,
bien sabes que de mi [infancia],
con los dolores que paso,
que mi salud menoscaba.
Todos los días me siento
tan penosa y fatigada,
que sólo aguardo la muerte
por últimas esperanzas.
De los remedios humanos
ya yo estoy desahuciada;
bien has visto lo que has hecho
y cuán poco todos bastan.
Habrá, señor, pocos días
que en el rigor de mi saña,
pidiendo favor al Cielo,
por que sin él todo es nada,
bajó donde estaba y... (1)
de las celestes moradas,
revocado como sam...te
un Paraninfo entre... to
las estrellas que alab...
del sobresalto turbadas.
Apenas se concedían
y, descubriendo la cara,
miré en ella tal belleza,
que no hay a qué compararla,
porque allí era luto el día,
oscura nube era el alba,
y el sol apenas estrella
y cualquier estrella nada.
"Casilda, advierte que soy
un ángel a quien Dios manda
que te visite." Y entonces,
entre dudosa y turbada,
indina de merecer
tan gran favor, merced tanta,
enmudecida le miro
y atenta le escucha el alma.
"Que te dispongas conviene
a dejar tu reino y patria,
porque para tu salud
otra dichosa te aguarda.
En los fines de Castilla,
al entrar en sus montañas,
entre unos riscos gigantes,
dos lagos hay que se llaman
los lagos de San Vicente,
insigne Patrón de España.
Allí cobrarás salud
en el cuerpo y en el alma,
recibiendo del bautismo
aquella agua sacrosanta.
Ejecútalo, Casilda,
pasa la fuente de gracia,
deja la ley en que vives",
dijo, y, batiendo las alas,
la tierra quedó sin luz
y yo de amor abrasada.
Señor, mi remedio [es, o]
todo con morir se acaba.
Yo busco a Dios, Dios [por] quien
mora soy y soy cristiana.
A Castilla tengo de ir,
donde mi Esposo me aguarda.
Dame licencia, señor,
para que luego me parta.
Esto humilde te suplico,
y advierte de mis palabras
que hasta que me lo concedas
no me he de alzar de tus plantas.

REY. Hija, levanta del suelo;
mal dije, furia de Hircania,
que ha perturbado mi gusto,
que ha dado veneno al alma.
¿Qué dices, loca, qué dices?
¿Quieres afrentar mis canas?
¿Cristiana quieres volverte
cuando Toledo te aguarda
por su reina? ¡Vive Alá,
que en mis manos te deshaga!
No puedo creer de que...
que tú lo dices, ni basta
que diga que yo lo he visto,
porque la vista se engaña.
Hija, sosiega, sosiega,
que la visión fué fantasma,
imaginación del mal
y de la flaqueza causa.
No te congoje ni aflija,
pues cuando verdad se hallara
esos lagos que me dices,
porque la salud cobraras,
en Toledo lo metiera
por arcaduces de plata.

CASILDA. No es ilusión lo que he visto,
verdades son apuradas.
Cristo es verdadero Dios,
la ley que seguimos falsa.
Esta vida es miserable,
vida frágil, vida infausta,
trabajosa, incierta y mala,

(1) Este verso y los que siguen están así, defectuosos, en el original.

peligrosa, triste y falsa,
madre de los pecadores,
por cuanto en ella idolatran,
y de los soberbios reino.
Y ansí, ¿por qué han de llamarle
vida, si es muerte de todos,
pues todos en ella acaban?
Con los amores se altera,
los dolores la contrastan,
con los calores se seca
y con el aire se inflama.
Los manjares la corrompen,
el ayuno la maltrata,
los placeres, la ora[ción]
y los pesares la gastan.
con el cuidado se a[hoga].
Las esperanzas engañan,
la pobreza la derriba,
la riqueza la levanta,
juventud la desvanece,
la vejez la aflige y cansa;
seguridad la destruye,
enfermedad la quebranta
y es la vida un manantial,
vida que un pesar la acaba.
Pues si a esta vida, señor,
sucede la muerte airada,
que con los gustos del mundo
en un instante remata,
¿para qué se ha de buscar,
habiendo una vida larga,
que ha de ser eternamente
pena o gloria para el alma?
Cristo es la vida que busco,
su esposa soy, El me llama,
yo le tengo de seguir,
pues me recibe en su gracia.

REY. Casilda, Alá lo dispone,
todo cuanto pides se haga.
Desde ahora te lo concedo;
prevén luego la jornada,
que a inspiraciones escucho
que humanas fuerzas no bastan.
Vuélveme a abrazar, Casilda,
que, aunque a Castilla te vayas,
Toledo por reina suya
ha de besarte las plantas
y coronar tu cabeza;
porque si de las montañas
volvieres, a tener tengas
la corona toledana.

CASILDA. Dios te guarde, padre mío;
dete salud, que te falta;
haga que tu error olvides,
y que le conozcas haga.

REY. ¡Hola, Tarfe!

(*Sale* TARFE.)

TARFE. ¡Gran señor!

REY. Despachad luego mis cartas
al rey Fernando el primero,
que de este nombre se llama,
a Burgos, dándole cuenta
cómo mi Casilda baja
a ver su dichosa tierra.
Que tenga por bien de darla
pasaportes en Castilla,
cuanto en sus confines andan,
que como amigo lo pide,
y, con mi sello cerradas,
las despacha.

TARFE. (¡Santo Alá,
qué mudanza tan extraña!)

REY. Y prevenida Toledo,
porque quiero que mañana
todos la juren por reina.

TARFE. Tu gusto, señor, se haga.
(*Vase el* REY *y* CASILDA.)
Casilda se va a Castilla
y deja su patria cara,
y Alimenón la concede.
¿Esto sucede? ¿Esto pasa?
¿Quién duda que si a Castilla
se parte, que lleva a Zara,
para que yo luego muera
con mis tristes esperanzas?
Tras tantos años de amor,
cuando gustoso aguardaba
de mis ansias amorosas
por premio tu mano blanca, (1)
¿esto suceda a mi amor,
esto el Amor da por paga?
Reniego de mi fortuna,
toda para mí mudanza,
que te perdí, cara hermosa;
bien, mi amor, lo adivinaba.
¡Nunca te vieran mis ojos,
nunca me oyeras ni hablaras!
¡Que te partes a Castilla!
¡Que me dejas, bella ingrata!
¡Plegue a Alá que en el camino
de las riscosas montañas
caigas y que no te mates,
porque me llevas el alma!

(1) En el original "bella".

(*Vase. Sale* Abenámar *y* Celín.)

Celín. Todos dicen en Toledo
que la Infanta va a Castilla.

Abenámar. Es espanto, es maravilla,
y al mundo pone miedo
porque deje una mujer
el reino y una corona
y aventure su persona
[a] un liviano parecer.
Sin alma y vida me tiene.
Apenas puedo de mí
saber si soy el que fuí.
Todo junto el mal me viene,
no y que la muerte me impida,
que ya tan cercana está:
que si Casilda se va
¿para qué quiero la vida?
¿Por qué te vas, bella ingrata?
¿Por qué me dejas ansí?
Después que el alma te di
tan mal tu rigor me trata.
Ya, mi esperanza perdida,
la vida me quitará,
que si Casilda se va
¿para qué quiero la vida?

Celín. Déjate de atormentar
y procede como cuerdo.

Abenámar. Celín, de nada me acuerdo.
Déjame ansí descansar;
la memoria mi homicida
con serlo me acabará,
que si Casilda se va
¿para qué quiero la vida?

Celín. Consuélate, no te mates
con tantas penas, señor.

Abenámar. Es terrible mi dolor,
Celín mío, no lo trates.
En llegando la partida
remedio amor no hallará,
que si Casilda se va
¿para qué quiero la vida?

(*Sale el* Demonio.)

Demonio. (Fingiendo que a éste escribe
Casilda, yo he fabricado,
para que le dé cuidado
en el amor con que vive,
este engañoso papel
que ahora le quiero dar.
De todos me he de vengar
por lo que va escrito en él.
Otro papel de otra suerte
a Tarfe ahora le di,
para que salga de aquí
y dé a Abenámar la muerte.)
Dame albricias. Este día
has de salir de la calma
en que estás.

Abenámar. Daréte el alma.

Demonio. Esa ya pienso que es mía.
Toma la respuesta.

Abenámar. Amigo,
¿con qué te podré pagar?

Demonio. Voy, no me vean estar
otros esclavos contigo.

(*Vase.*)

(*Lea.*)

"Primo: La causa de mis desabrimientos han sido para tenernos con mayor seguridad, aunque lo fuera, la de ser vos mi esposo. Yo parto a Castilla. Pedí licencia a mi padre para acompañarme, que allí sabrás mi intención, y seré vuestra.—*La Infanta.*"

Abenámar. ¿Quién tal dicha imaginó?
¿Quién vió tan raro suceso?
Que estoy loco, te confieso.
Papel que me libertó
la ya perdida memoria,
que tan ajena tenía,
vive, pues, desde este día
en mí como ejecutoria.
Letras hermosas y bellas
que luz al alma les dais,
no sois negras, que alumbráis
y sois luceros y estrellas.
Ven, Celín.

Celín. Más consolado
estoy de lo que pensé.
¿Que, en efecto, a ver iré
aquel mi hermoso cuidado?

(*Vase. Sale* Tarfe *con un papel.*)

Tarfe.

¿Podré decir que toco
esta verdad que aquí en mis manos veo?
¿Tengo juicio? ¿Estoy loco,
o es ilusión que forma mi deseo?
Casilda a mí me escribe;
por mí dice que muere, por mí vive.
(*Lea.*) "Tarfe, yo te he querido..."
¡Ay, dulces letras bellas! (*Lea.*) "y he callado
porque ansí ha convenido
hasta que sepas todo mi cuidado,

y de mi amor forzada
por ti intento a Castilla esta jornada."
¿Quién tuvo tan gran suerte? *(Lea.)*
"[A] Abenámar, que va en mi compañía,
Tarfe, has de dar la muerte.
Con que tuya seré desde aquel día;
porque has de acompañarme.
Guárdete Alá.—*La Infanta.*" ¿Podré darme
de estas dichosas glorias
parabienes? Recíbalos del alma
y amor en sus vitorias,
a quien se rinda lauro y palma.
Esto en ellas escriba,
por que inmortal en las edades viva.
Salga del pecho Zara,
por que le ha de ocupar mi dueño hermoso.
¿Quién tal imaginara?
¿Quién ha nacido, como yo, dichoso?
¡Ay, Casilda querida,
divino hermoso dueño de mi vida.
¡Ah, mi pensamiento!
Seguid la empresa que os está llamando,
y muera en su tormento
Abenámar, a quien, la muerte dando,
Casilda será mía,
a pesar de su amor, desde aquel día.

(Vase. Salgan CALAMBRE *y* GONZALO, *quitados los vestidos de esclavos.)*

CALAMBRE. Cuéntame cómo ha pasado.
GONZALO. Después de tener Casilda
licencia del Rey, su padre,
para partirse a Castilla,
cosa que jamás se ha visto
ni en las historias antiguas
hay pluma que lo escribiese,
de un rey bárbaro que hacía
repunancia a sus deseos,
resistencia a sus porfías,
que viniese con tal gusto
a conceder cosa indina
de sus ritos y Alcorán,
que otros con rigor castigan.
Grande fe, divino amor
de esta mujer, pues obliga
a su padre, moro y terrible, (1)
a todo cuanto le pida.
Luego a Fernando primero,
Rey católico, le envía
a Burgos embajadores
que esta jornada le digan.
Él contento le responde
con amorosas caricias,
que ya Castilla la aguarda
para estimarla y servilla.
Después de esto ¡ah, gran poder
de la voluntad divina!,
que dé libertad cumplida
a cuantos esclavos tiene,
que en número pasarían
de tres mil y cuatrocientos,
ansí los que le servían
en su casa, en la ciudad,
en sus lugares y villas,
como los que estaban presos
en diferentes provincias.
El Rey lo concede y manda
que en la jornada la sirvan,
allanando los caminos
peñascosos de Castilla.
Soltaron a los cristianos
de la prisión que tenían,
que apenas crédito daban
con el placer de la dicha.
A todos hizo vestir
de la manera que miras,
y el Rey lo permite y quiere
sin que a su gusto resista.
Hoy se ha juntado en Toledo
lo noble de la morisma,
lo lucido de este reino
en la sangre y bizarría,
porque a Casilda, que Dios
para otro caso destina,
juren por reina y señora
y como a tal la reciban.
De Madrid, de Talavera
y de Ocaña la vecina,
de Torrijos y otras partes
cuantos gozan alcaidías,
a que en las fiestas se hallen,
que las han hecho cumplidas.
Capellares y marlotas,
aljubas y sobrevistas,
almalafas y turbantes,
tocas, bandas, plumas, cintas
de tan vistosos colores,
de tanto precio y estima,
que [es] cada moro un abril
y en la riqueza unas Indias.
Entre ellos Casilda viene
tan hermosa y tan lucida,
que, por no saber pintalla,
te la remito a la vista.

(1) Sobra una sílaba.

Luego que la hayan jurado
ha de partirse a Castilla
con Abenámar y Tarfe,
que van en su compañía.
A Zara y Alima lleva
y otras moras y cautivas,
plata, oro, perlas, diamantes
y riquezas infinitas.

CALAMBRE. No vió el mundo caso igual.
¡Oh, venturosa Casilda,
que a mis orejas quitastes
ser de ratones comidas!
Sin duda que da la vuelta,
porque suena mucha grita.
Gonzalo, estemos atentos
a ver esta perrería.

GONZALO. A palacio llegan ya,
que vienen de la mezquita
para hacer el juramento.
A este lado te retira.

(*Salen todos los* MOROS *que se pueda con fuentes y toallas; luego* CELÍN, TARFE, ABENÁMAR, *las* MORAS *que hubiere,* ZARA, ALIMA, CASILDA, *y el* REY *detrás, si quieren sea por palenque, y un* MORABITO *viejo con un libro. Siéntese* CASILDA *en alto y estén todos en pie.*)

MORABITO.

Valerosos alcaides que pusistes
a la soberbia España a (1) vuestras plantas,
cuyos godos con ánimo vencistes
después de guerras y de muertes tantas,
hoy aquí juntos por el reino fuistes,
que mostréis con ceremonias santas
si a Casilda queréis, que os proponemos,
por reina de Toledo.

TODOS.

Sí queremos.

MORABITO.

Luego por vuestra reina os la entregamos.
Resta que hagáis solene juramento
por la ley del Profeta que adoramos
de hasta morir guardar el noble intento.
Decid si lo juráis.

TODOS.

Sí lo juramos.

MORABITO.

Pues besalda la mano en cumplimiento,
para que en vuestro amor se satisfaga.
A esto ¿qué respondéis?

(1) En el texto "planta a" en vez de "España a", lo cual sería un disparate.

TODOS.

Que así se haga.

REY.

Ya de Toledo eres, Casilda, reina,
y el reino por señora te ha jurado.
En toda Europa otra mujer no reina
ni tiene tan dichoso y bello Estado,
de donde el sol rubia madeja peina
hasta que en el cerúleo mar salado
el carro tachonado de oro baña,
que con darte a Toledo te di a España.
Parte a Castilla y dame mil abrazos,
que contigo me voy aunque me quedo,
y Alá te guarde.

CASILDA.

Aquéstos son mis brazos.
Adiós, padre y señor.

REY.

¿Cuándo en Toledo
podré volverme a ver en estos lazos?

CASILDA.

Cuando lo quiera Dios.

REY.

Sufrir no puedo
el llanto y el dolor.

ABENÁMAR.

¿Quién hay que pueda?

REY.

Casilda, vete en paz.

CASILDA.

Adiós te queda.

ACTO TERCERO

de la comedia de SANTA CASILDA.

(*Sale el* DEMONIO.)

DEMONIO. Ya mi tormento ¿qué aguarda,
pues Casilda me ha vencido?
¿Casilda dije? Ella ha sido
quien mi valor acobarda.
Una mora, una mujer
a un espíritu se oponga,
y Dios antes la anteponga.
¡Reniego de su poder!
¿Tanto merece una fe?
¿Tanto alcanza, tanto puede

que todo se lo concede?
Pues yo la contrastaré.
Vil mujer, ¿qué solicitas,
sabiendo de mí que puedo
vengar mi enojo en Toledo?
¡Qué de lances que me quitas!
El tiempo, a mi pesar, llega
de que a Dios se sirva allí
por un tesoro ¡ay de mí!
que guarda esta gente ciega.
Todo ha de ser mi tormento
y esta mora mi enemiga
ha comenzado, y me obliga
a la desdicha que siento.
Mil veces he divertido,
para que no halle lugar
donde el remedio ha de hallar,
a las guías que ha traído.
Y viene a importarme nada,
pues, para que me atormente,
los lagos de San Vicente
están a media jornada.
Todo me sucede mal;
pues yo atajaré el camino
de este lago cristalino
con un espanto infernal.
Hoy la echaré de la puente
de un río que ha de pasar
La vida la han de costar
los lagos de San Vicente.

(*Vase, y sale* Casilda, Zara, Alima, Abenámar, Tarfe, Gonzalo *y* Calambre.)

Abenámar. En el tiempo que caminas
no ha habido villa o lugar
donde hayas podido hallar
estas aguas cristalinas.
Todo por tierras extrañas,
en poblado y despoblado,
desde Guadarrama helado
hasta estas fieras montañas.
El rey Fernando el primero
en Burgos te recibió,
donde con gusto mostró
su noble amor verdadero.
Desde allí luego partiste
y las montañas buscaste,
y en todas ellas no hallaste
estos lagos que dijiste.
Y otra vez vuelves, señora,
hacia Burgos a buscar
lo que no has podido hallar
en cuanto el sol rubio dora.

Casilda. Cuando Dios así lo ordena,
yo tengo de obedecer,
que bien tan grande ha de ser
hallado con mucha pena.
El manda, yo le obedezco,
cúmplase su voluntad,
que pues que Su Majestad
no quiere, no lo merezco.
En esta tierra que vemos
la Bureba dicen que es,
donde espero que después
de este camino hallaremos
estos lagos de agua viva
donde sane de mi mal
(y donde aquel celestial (*Aparte.*)
bautismo santo reciba.)

Calambre. (¡Que tanto haya costado
el agua ¿quién tal creyera?,
cuando tabernero hubiera
que un mar te hubiera entregado!)

Abenámar. Ya que a Castilla has corrido
no dejando monte o sierra,
en el rigor de esta tierra
que no te haya respondido
aquel agua no haya aquí
que buscas, puedes volverte,
pues no hay que satisfacerte
más de tu engaño. (¡Ay de mí!
que en el tiempo que he seguido
esta inconstante mujer,
no la acabo de entender
ni su intención he sabido.
Si aquí mi remedio trata
como libró en su papel,
¿por qué se muestra cruel
y el declararse dilata?)

Casilda. Abenámar, ten paciencia,
que todo se dispondrá
muy presto.

Abenámar. ¡Quiéralo Alá!

Tarfe. (No sabes la diferencia (*Aparte.*)
de sus razones fingidas,
que todas tu muerte son,
y yo aguardo la ocasión
para quitarte mil vidas.)

Casilda. Linda ciudad es Burgos.
¿Gonzalo?

Gonzalo. ¿Gran señora? Sí. (1)

Casilda. La iglesia, tal no la vi,
y así con razón la iguala,

(1) Este verso y el anterior son defectuosos, y el primero no rima con el cuarto.

sin que se entienda agraviarla
por lo sagrado y bendita,
con la grandiosa mezquita
de Toledo. Quiera darla
Dios eterno aquel estado
que tuvo en tiempo del rey
don Rodrigo. ¡Ay, santa ley!
¿por qué la has desamparado?—
¿Venís cansadas también
vosotras?

ZARA. Señora, no,
que ninguno se cansó
en busca de tanto bien.

ALIMA. A la parte que quisieres
del mundo te seguiremos
sin que jamás te dejemos.

CALAMBRE. Es oficio de mujeres,
que en andar no tienen fin,
y por ellas se dirá
esto de la romería
del bendito San Trotín.

CASILDA. En este valle quisiera
algún poco descansar.
Sola me podéis dejar.

ABENÁMAR. Así se hará.

CASILDA. Primo, espera.

TARFE. (Hoy ha de llegar su fin.)

CELÍN. Alima, ¿cuándo veré
premio de mi justa fe?

ALIMA. En teniéndola, Celín.

TARFE. (Sola Casilda se queda
con él por darme lugar
a que le pueda matar.)

CALAMBRE. Detrás de aquella alameda
vamos, Gonzalo, y podrás
acabar aquella historia
de ayer.

GONZALO. Cuán en la memoria
la tienes.

CALAMBRE. Muy bien harás,
que en tanto me quedo aquí
con el huésped, por si puedo
desquitar lo que en Toledo
en cuatro años no bebí.
Que bien puedo solo estando
por cuatro amigos brindar,
si no me viene a inquietar
aquel maldito de Orlando.

(*Vanse. Quede* CASILDA *y* ABENÁMAR.)

CASILDA. Primo, siempre te he querido
como a tal.

ABENÁMAR. (Mi gloria empieza.
Hoy se declara.)

CASILDA. Y así,
deseosa de que tengas...

ABENÁMAR. ¿Qué mayor bien que tus ojos?

CASILDA. Calla.

ABENÁMAR. Verdades son éstas.

CASILDA. La luz, primo, que te falta...

ABENÁMAR. Hoy me la dan tus estrellas.

CASILDA. Iráste si no me escuchas.

ABENÁMAR. Ya te obedezco.

CASILDA. Quisiera
que los dos, cuando llegare
el tiempo...

ABENÁMAR. (Mi dicha llega.)

CASILDA. ...nos bauticemos.

ABENÁMAR. ¿Qué dices?
¿Puede ser que yo lo crea?
¿Quieres, Casilda, primero,
por que mayor gusto tenga,
darme este enojo y después
la ventura que me espera?

CASILDA. No, Abenámar, porque soy
cristiana y hablo de veras,
y soy esposa de Cristo.

ABENÁMAR. ¿Para esto, dulce sirena,
en Toledo me escribiste
tan engañosa quimera?

(*Salga* TARFE *al paño.*)

TARFE. Esta es la ocasión que aguardo;
ésta mi ventura y ésta
la desdicha de Abenámar.

CASILDA. ¿Yo te pedí que vinieras?

ABENÁMAR. ¿Después de haberte seguido,
pagas ansí mi fineza?
¿Posible es que no eres mía?

CASILDA. Tengo Esposo que me espera.

TARFE. (Esto es por mí, claro está.
¿Quién tuvo dicha como ésta?)

ABENÁMAR. Mataréle.

CASILDA. No podrás,
y guárdate de sus fuerzas.

ABENÁMAR. Gozaréte.

CASILDA. Es imposible.
¡Esposo, Señor!—¿Qué intentas?

(*Sale* TARFE.)

CASILDA. ¡Guárdate, Abenámar! (1)
(*Mete mano.*)

ABENÁMAR. Tarfe, ¿qué traición es ésta?

TARFE. ¿Es ilusión lo que he visto?

(1) Verso incompleto.

¿No dijo que se defienda
Casilda? Sí; pues ¿qué aguardo?—
Cruel, tus traidoras letras
¿no me mandaron, después
de unas fingidas ternezas,
que diese muerte a Abenámar?
Pues ¿cómo aquí, cuando llega
la ejecución en mi brazo
le adviertes a la defensa?

ABENÁMAR. ¿A mí, traidora, inconstante?
¿A mí la muerte? ¿Qué intentas?
¿Matarme mandas, tirana?
Pues tus desdenes pudieran...

CASILDA. Abenámar, Tarfe, amigos.
Mirad.

ABENÁMAR. No muevas la lengua,
enemiga de tu sangre,
que si te abonas, te afrentas.

CASILDA. ¡Señor, volved por mi causa;
amparad a mi inocencia!

(Canten dentro.)

VOZ. Dios, Casilda, te ha escuchado.
Libre estás.

CASILDA. ¡Oh, suma esencia!
¡Tantas mercedes, Dios mío!

ABENÁMAR. ¿Quién el ánimo me fuerza?
¿Qué es esto?

TARFE. ¿Cómo mi furia
tan apacible se muestra?

ABENÁMAR. ¿No soy Abenámar yo?

TARFE. ¿No soy yo Tarfe Zulema?

ABENÁMAR. ¿Quién reprime mi rigor?

TARFE. ¿Quién mi cólera refrena?

CASILDA. ¡Dios soberano, uno y trino,
que os aguarda, que os espera!
Volved, amigos, volved.
Mirad que os llama, que os ruega.

ABENÁMAR. Casilda, tus cosas trata.
Quieres, dispón, manda, ordena,
que yo no lo contradigo,
ni de tu virtud creyera
que me mandaras matar,
y el alma, que estuvo ciega,
ya desengañada vive.
Sólo te pido licencia
para volverme a Toledo,
donde a tu padre dé cuenta
de tu intención y tu gusto
y de cómo aquí te quedas
cristiana, como tú dices,
por que desengaño tenga
de que no te ha de ver más,
y quien te guarda te deja.

TARFE. Yo también digo lo mismo,
y pido, a tus pies, Princesa,
perdones mi atrevimiento,
que no es posible que pueda
caber en tanta humildad
lo que imaginé en tu ofensa.

CASILDA. Mirad bien que el enemigo,
que la razón atropella,
es quien, después de engañaros,
del alma os cierra las puertas.

ABENÁMAR. Señora, no hay que tratar.
Hoy tengo de dar la vuelta
a Toledo.

TARFE. Antes que el sol
pase de ocaso las ruedas
nos partiremos, Casilda.

ABENÁMAR. Ya el Amor no me atormenta.

CASILDA. ¡Esto es voluntad de Dios!

ABENÁMAR. Tarfe, di a Celín que tenga
prevenidos los caballos.
A Dios, Casilda, te queda.

TARFE. Adiós, Princesa.

CASILDA. El os guíe;
ya que te vas pues os vuelva. (1)

(Vanse, y sale CALAMBRE, *borracho.)*

CALAMBRE.

¡Licor de los licores!
sabrosa medicina de mis males,
que entre mil aguadores
tú solamente más que todos vales,
quien te plantó fué justo,
pues al mundo dejó tan grande gusto.
¡Oh, cómo me he vengado
del bebajo de miel que en la mazmorra, (2)
como está dulce y blanda!
¡Qué enfermo estoy, y levantarme manda!
¡Qué suaves calenturas
arrastre yo cuando sangrar me manden;
que con aquestas curas
a fe que los dotores a pies se anden!
¡Qué bello tabardillo!
¡Pésiate tal con el [buen] moscatelillo!
Mientes, moro cuitado,
que yo soy, aunque pese a Mahomilla,
un buen gallego honrado
de aquellos bebedores de Castilla,
que con una castaña
se beberán de vino una montaña.

(1) Así en el original.
(2) Faltan dos versos a esta estrofa que hagan consonancia con "vengado" y con "mazmorra".

En tu vida bebiste,
ni sabes lo que es gusto, ni le hallaste,
ni alegre te pusiste,
aunque toda la vida te cargaste
de una perruna aloja,
que el nombrarla me da mortal congoja.
¿A mí te atreves, cuando,
yo solamente, si te miro, puedo,
con ayuda de Orlando,
inviarte con un pie de aquí a Toledo?
Cuando es de noche y todos se han partido. (1)

(*Sale* GONZALO.)

GONZALO.

¿Calambre?

CALAMBRE.

¿Qué me quieres?

GONZALO.

Alza del suelo, [digo] que es muy tarde.

CALAMBRE.

¿Quién eres tú? ¿Quién eres?

GONZALO.

Gonzalo soy.

CALAMBRE.

Gonzalo, no me aguarde.
¡Vaya con Dios Gonzalo,
que tengo calentura y estoy malo!

GONZALO.

Alza del suelo y vente,
que ya es de noche.

CALAMBRE.

Buen Gonzalo mío,
¿sabrás de alguna fuente,
de [algún] pozo del agua, estanque o río?

GONZALO.

¿Qué tienes?

CALAMBRE.

A buen' viejo (2)
un mal que todos llaman hierro viejo.

GONZALO.

¿Tan grande desconcierto
hace un hombre de bien?

CALAMBRE.

No he de negallo.
Amigo, yo estoy muerto,
que no hay en la ocasión cuerdo a caballo.
(*Cáigase.*)

GONZALO.

¿Qué es aquesto?

CALAMBRE.

No es nada;
"Enterrá este moro Luis Quijada".

(*Llévele y váyanse y hagan dentro gran ruido de golpes, y salga* CASILDA *como que ha caído.*)

CASILDA.

¡Aquí, Señor, me ayuda!

(*Descúbrese en un trono una figura del* DEMONIO.)

DEMONIO.

¡Detente, vuelve atras, deja el camino!

CASILDA.

¡Tu gran favor acuda!

DEMONIO.

Nunca hallarás el lago cristalino.
¡Muere de espanto, muere!

CASILDA.

Traidor, no morirá quien a Dios quiere.

(*Baje un* ANGEL *por una tramoya.*)

ANGEL.

¡Vuelve, serpiente fiera,
al tremendo lugar donde saliste
y el tormento te espera!

DEMONIO.

¡Vencísteme, Casilda; tú venciste!

ANGEL.

Esta estrella luciente
los lagos te dirá de San Vicente.

(*El* ANGEL *desaparece, haciendo hundir el* DEMONIO, *y quede una estrella.*)

CASILDA.

¡Ay, dulce Esposo bello!
Sin serviros, ¿tan presto dais la paga?
¿Quién pudo merecello
ni quién hay, como Vos, que satisfaga
el gusto dulcemente?
¡Abrasadme de amor el pecho ardiente!

(*Sale* ZARA *y* ALIMA.)

ALIMA.

Ya el Cielo sosegado
parece, Zara, que mejor se mira

(1) Falta otro verso que consuene con "partido".
(2) En el original "hijo", pero no rima con "viejo".

de aquel rigor pasado,
de espanto, de furor, de enojo, de ira.

ZARA.

Los caballos perdimos
y a Casilda también, que no la vimos.

CASILDA.

¿Zara? ¿Alima? ¿Alima? Oye, Zara. (1)

ZARA.

¿Quién es?

CASILDA.

Casilda soy, amigas mías.

ALIMA.

¡Ay, Dios! ¿Quién tal pensara?

CASILDA.

Ya del tiempo cesaron las porfías.

ZARA.

¡Que verte he merecido!

CASILDA.

Dad las gracias a Dios, que lo ha querido.

ALIMA.

Di: ¿cómo te perdiste?

CASILDA.

Después que de su error decengañados
por Dios, como supiste,
Abenámar, con Tarfe y sus criados,
esta tarde partieron,
los Cielos, que de luto se cubrieron,
mil indicios mostraban
de la tormenta que esta noche vistes;
y cuando ya llegaban
los caballos al puente en que os metistes,
en el remate miro
una horrible visión, de que me admiro.
El palafrén se espanta
y a tierra me derriba prestamente,
y una voz se levanta,
que dice: "No hallarás de San Vicente
ese lago divino."
Cuando bajó del Cielo cristalino
un ángel soberano
que la visión confunde y atropella,
y con su blanca mano
señalando, me dijo: "Aquella estrella
te mostrará este lago."

(1) Este verso es largo y sin sentido. Se habrá escrito:

¿Alima? ¿Alima? ¿Zara?

Y de la tempestad cesó el estrago.
Esto me ha sucedido
después que todos me desamparastes,
que mi Esposo ha querido
traeros a esta parte en que me hallastes;
y aunque me habéis hallado,
los que faltan me dan mayor cuidado.

(*Salen* CALAMBRE *y* GONZALO.)

GONZALO.

Aquí está mi señora.

CASILDA.

¡Gracias a Dios que a todos libres veo!

GONZALO.

Y la vecina aurora
las puertas quiere abrir al dios Febeo,
reposa en esta aldea.

CASILDA.

No lo he de hacer hasta que el agua vea.

CALAMBRE.

Yo sé quién la tomara,
aunque reñido siempre está con ella,
porque se refrescara.

GONZALO.

Delante de nosotros va la estrella.
¡Portentoso milagro!

CASILDA.

¡Esposo, a Vos mi corazón consagro!
Cuando recién nacido,
en un portal estabais pobremente,
a veros han venido
tres Reyes santos desde el rojo Oriente,
y por que os conociesen
una estrella les dais, a quien siguiesen.
Era largo el camino,
y para que el portal, mi Dios, hallasen
la estrella les convino,
como eran justos, porque os adorasen.
Pero a mí, indina de ella,
para un lago no más me das estrella.

GONZALO.

Mira que se ha parado.

CASILDA.

Pues aquí están los lagos. Ya los miro.
¡Venturoso cuidado!

GONZALO.

De Dios el gran poder en esto admiro.

CASILDA.

Lleguemos, pues los vimos.

GONZALO.

Todos te obedecemos y seguimos.

CALAMBRE.

Yo llegaré postrado
a enjugarme en el lago cristalino,
aunque no lo he cursado
sino después que me reseca el vino.
La conciencia me obliga
a que haga paces hoy con mi enemiga.

(*Vanse, y sa'en* DORISTO *y* LAURA, *villanos.*)

DORISTO. Tal noche no vi jamás.
Todo el Cielo parecía
[que hacia abajo se venía.]
LAURA. ¿Qué? ¿Vivo, Doristo, estás?
DORISTO. Sí, Laura, que el Cielo quiso
guardarme, porque nací
para tuyo.
LAURA. No te vi
desde que hablé con Dantiso;
y ansí tan perdida estaba,
mi bien, como no te vía,
que en el mal que padecía
el llanto me consolaba.
DORISTO. Vuélveme a dar esos brazos.
LAURA. Mil veces te los daré.
DORISTO. El Cielo quiera que esté
preso en estos bellos lazos.
¡Gracias a Dios que del sol
los claros rayos se miran
con tanta luz como giran
entre uno y otro arrebol.
Apenas amaneció
cuando a caballo pasaron
y este valle atravesaron
gentes, (1) que me pareció
que eran moros, porque había
almalafas y turbantes.
Habláronme y no te espantes,
que gran temor les tenía.
En fin, supe de un cristiano,
que con ellos muchos vi,
que iba la Princesa allí
hija del Rey toledano,
que a bautizarse ha venido
y a ser cristiana y a estar
viviendo en este lugar.

(1) En el original "tantas".

LAURA. Grande gusto he recebido.
¿Viste la mora?
DORISTO. Y tan bella
el verla me pareció,
que parece que vistió
el rostro con una estrella.
LAURA. Celos, Doristo, me has dado.
DORISTO. Laura, no hay de qué tenellos,
que sólo tus ojos bellos
son mi amoroso cuidado.
LAURA. Nunca mujer de esa suerte
oirá la pintes, que enfada
una mujer alabada,
y que es grosería advierte.

(*Salen* GONZALO *y* CALAMBRE.)

GONZALO. Apenas la hermosa estrella
paró enfrente de los lagos,
a quien buscaba Casilda,
después de peligros tantos,
cuando diciendo: "Esta es
el agua, en el aire bajo",
corrió el cielo y se escondió
la estrella.
CALAMBRE. ¡Suceso raro!
DORISTO. No te enojes, ¡por tu vida!,
que, en viendo sus ojos claros,
adoraras su hermosura.
Remítelo al desengaño.
GONZALO. Enamorada y humilde,
con el debido recato,
Casilda en las aguas entra,
y al punto que la tocaron
el mal que sangre la causa, (1)
y como ve tal milagro,
no quiso vestirse más
sus vestidos, y tomando
un saco que para esto
trajo consigo, quedando (2)
tan hermosa penitente
cuanto no sabré contarlo.
CALAMBRE. ¿Y Zara y Alima?
GONZALO. Hicieron
lo mismo, y once criados
que cristianos quieren ser.
DORISTO. Estos de los que pasaron
son, sin duda. Hacia aquí vienen
GONZALO. ¡Guárdeos Dios, nobles serranos!
DORISTO. Vosotros seáis bien venidos.

(1) Faltan dos versos antes o después de éste.
(2) También falta algo que complete el sentido.

CALAMBRE. (No es de mal gusto el villano;
que a fe que la villaneja
pudiera dar mil cuidados.)
GONZALO. ¿Vivís en este lugar?
CALAMBRE. ¿Y vos, zagala?
LAURA. Oye, hidalgo,
tenga la mano, si quiere.
CALAMBRE. Sí quiero; dadme la mano.
LAURA. Parece que se hace bobo.
GONZALO. Decidnos, amigos, ¿cuánto
hay de aquí a Burgos?
DORISTO. Habrá
ocho leguas.
CALAMBRE. ¿Tu velado
es este pastor?
LAURA. No es tiempo;
mas, quiriendo Dios, serálo.
CALAMBRE. ¿Hace penitencia aquí
contigo?
LAURA. Pues ¿no está claro?
¿En qué lo habéis conocido?
CALAMBRE. En que se echó tan buen saco.
GONZALO. Ya vienen, ya los veréis.

(*Salen* CASILDA *y* ZARA, ALIMA, *con sus sacos.*)

CASILDA. ¿Venimos buenas, Gonzalo?
GONZALO. Sí, señora.
CASILDA. Cierto es
que como todas estamos
por criadas de un Señor
tan liberal y tan franco,
que nos ha de dar librea
de su generosa mano.
CALAMBRE. ¡Oh, saco de gloria lleno,
que puedes ser invidiado
de cuantas telas se viste. (1)
CASILDA. Sí, [por]que quien se le pone,
aunque por mí no se diga,
siendo un humilde gusano,
que en la batalla del mundo,
entre los fieros contrarios,
puede alcanzar la victoria
y dar a los vicios saco.
DORISTO. Señora, seáis bien venida
para gloria de estos campos.
CASILDA. Dios os guarde, amigos míos.
[LAURA.] (¡Qué humildad! ¡Qué lindo agra-
Doristo tiene razón. [do!
Mis recelos fueron vanos.)

(1) Después de este verso y del siguiente faltan dos en que domine el asonante "*ao*".

(*Sale el* DEMONIO *de pastor.*)

DEMONIO. (De un pastor que despojé
de estos riscos levantados
tomo la misma figura
y vuelvo ciego al engaño
a estorbar a esta mujer
que tome el bautismo santo.)
DORISTO. Laura, ¿no es Melampo aquél?
LAURA. El mismo.
DORISTO. Amigo Melampo,
¿estás vivo?
DEMONIO. [¿No lo veis?]
DORISTO. Pues ¿cómo, si despeñado
desde esos cerros caíste?
[DEMONIO. Pues no me he muerto.]
LAURA. Llegaos
a ver la recién venida.
DEMONIO. Ya yo la he visto y hablado.
CASILDA. ¿Quién de vosotros, pastores,
si sois de aquí comarcanos,
quiere dar en el lugar
aviso de como vamos
a recibir el bautismo?
DEMONIO. No hallaréis aquí aparato
para quien vos sois, y ansí
será mejor dilatarlo
para otra ocasión.
LAURA. Sí habrá,
que todos los aldeanos
ayudarán a la fiesta;
y el cura, que es buen cristiano,
lo hará de muy buena gana.
DEMONIO. Estos quieren engañaros;
no os bauticéis por ahora.
CALAMBRE. ¡Pastor de ochenta mil diablos!,
¿qué te importa, que te metes
adonde no te llamaron?
DEMONIO. El deseo de que tenga
un día de tanto aplauso
la fiesta que se requiere.
CALAMBRE. ¿Eres pariente de Orlando,
un esclavo del Demonio,
que acierto a llamarle esclavo
porque mucho le pareces
en lo verde y negro y pardo?
DEMONIO. No tengo ningún pariente.
Solo nací, solo me hallo.
CALAMBRE. [Seréis hijo] de la piedra,
y aun de truenos y relámpagos.
LAURA. Aquí cerca está el lugar.
Vení conmigo, que en tanto
Doristo irá a dar aviso

de que vais.
CASILDA. Serrana, vamos.
ZARA. El agua santa deseo.
ALIMA. Con ella remedio aguardo.
CASILDA. Ven, Gonzalo, con nosotras.
LAURA. Doristo, deja el ganado
y avisa todo el lugar.
DORISTO. Yo voy.
DEMONIO. (¡Yo quedo rabiando!)

(*Vanse, y quede* CALAMBRE *y el* DEMONIO.)

CALAMBRE. Oyes, labrador amigo.
DEMONIO. Dame la palabra y mano.
CALAMBRE. Codicioso parecéis.
DEMONIO. ¿Qué me quieres?
CALAMBRE. Preguntaros
de la parte que caíste
si estaba muy grande el salto.
DEMONIO. Como del Cielo a la tierra.
CALAMBRE. Yo apostaré cien ducados
que no mentís en un tilde.
DEMONIO. Pues si tú quieres proballo,
ven conmigo y arrojarte he
de encima de aquel peñasco.
CALAMBRE. Poco sois caritativo.
DEMONIO. Costóme mucho trabajo,
y así quisiera que todos
me acompañaran.
CALAMBRE. ¡Mal año
para vos y vuestros ojos!
DEMONIO. Grande afición te he tomado.
CALAMBRE. Yo lo estimo, como es justo;
mas no tengo de pagallo.
DEMONIO. ¿Cómo te llamas?
CALAMBRE. Pastor,
¿de qué sirve preguntallo,
si lo sabéis como yo?
DEMONIO. ¿Y atreveráste a jurallo?
CALAMBRE. Sí. Juro a Dios y a esa cruz.
DEMONIO. Luego vuelvo. Espera un rato.

(*Vase.*)

CALAMBRE. ¿En viendo la cruz se fué?
Malas sospechas me ha dado,
que diablo debe de ser;
y han querido mis pecados
que luego tope conmigo.
Desde aquí quiero ser santo, (1)
y ya lo hubiera intentado
si allá se vendiera vino
por algún santo ermitaño,
que tienen buena conciencia
y no lo darán aguado.

(*Salen* ANTÓN *y* BENITO, *alcaldes villanos.*)

BENITO. Prevéngase, como es justo,
lo que más cumplido sea
en cuanto hubiere en la aldea,
porque a Casilda de gusto.
Y haga una danza el Concejo,
que yo juro que danzara
si no tuviera la vara
y no me hallara tan viejo.
ANTÓN. Una santa dicen que es
ella y todos sus criados,
aunque no están bautizados.
BENITO. Así lo serán después.
ANTÓN. Allí está, si no me engaño,
uno de ellos.
BENITO. Es verdad.
ANTÓN. Llegad a hablarle, llegad.
BENITO. No nos hará mucho daño
el hincarnos de rodillas,
que de esto santos serán.—
Señor santo, ¿cómo está?
ANTÓN. Tiene francas las Castillas.
CALAMBRE. (Los villanos han creído
que soy santo.) Labradores,
yo estoy con muchos dolores.
BENITO. ¿De qué?
CALAMBRE. De no haber bebido.
ANTÓN. Aquí abajo, en estos llanos,
va un arroyo cristalino.
CALAMBRE. Hermano, si no es de vino
no le tocarán mis manos.
BENITO. (Bien dije que santo era,
pues a lo divino quiere
la bebida.)
CALAMBRE. Si allá hubiere
unas manos de ternera,
con gusto las comeré;
y después de haber comido
y sosegado y dormido,
por entramos rogaré.
ANTÓN. ¿Eso pide? En mi conciencia
que es santo muy regalón.
CALAMBRE. Téngola gran devoción,
amigos, y es penitencia.
BENITO. Bien se debe de azotar
la carne, que está pasado.
CALAMBRE. Aunque ya me lo han quitado,
bien la suelo desollar.
ANTÓN. No sea tan riguroso.
CALAMBRE. Aun así me satisfago.

(1) Falta un verso después de éste.

BENITO. Eso es un terrible estrago.
CALAMBRE. Es el azote sabroso.
ANTÓN. Véngase, hermano a comer,
y entramos en muesa aldea.
CALAMBRE. No sé cierto cómo sea
que no me puedo tener.
BENITO. ¡Qué lástima le tenemos!
CALAMBRE. Estoy hecho mil pedazos.
¿Quiérenme llevar en brazos?
ANTÓN. De buena gana lo haremos.
(*Levántenle entre ambos.*)
CALAMBRE. Pasito esos movimientos,
que tengo una enfermedad.
BENITO. ¡No vi mayor humildad!
CALAMBRE. (Ni yo mayores jumentos.)

(*Llévenle, y sale* CASILDA.)

CASILDA. ¡Señor de mi vida,
soberano Dios,
luz de mis tinieblas,
en mi confusión,
como cierva herida,
he venido a Vos,
que sois fuente viva
de la salvación.
¡Pastor de las almas!
¡Divino pastor,
a vuestra cabaña
la oveja llegó
huyendo y medrosa
del fiero león,
que la tuvo presa
hasta que os llamó!
¡Recíbeme, Esposo,
hoy que vengo, hoy
a lavar las manchas
de mi imperfección!
Dadme Vos auxilio
para que mejor
acierte a deciros
cómo el alma os doy.
En día de bodas
licencia se dió
para que la esposa
pida algún favor.
¡Regalado mío,
ya que vuestra soy,
dadme vuestras arras
y el collar de amor;
merezca ser vuestra;
miradme, que estoy
abrasada el alma
de divino ardor!
¡Tomalda, Dios mío,
con el corazón;
que muero de amores,
que muero por Vos;
que hoy he de ser vuestra,
que tendré el blasón
y nombre de esclava
de quien mereció!
¡Sólo imaginarlo
me da tal dulzor,
que apenas resisto
la gloria en que estoy!
¡Dadme vuestra mano,
soberano Sol,
y Sol de justicia,
que por mí murió,
pues que sois mi Esposo,
y merezca yo
el tálamo dulce
de la perfección!
¡Señor de mi vida,
dulce amante Dios,
que me abraso de amores,
que muero por Vos!
¡Cuanto allá he dejado,
reino en posesión,
riqueza y tesoros
de grande valor,
mi padre, mi patria
y el mundo, a quien doy
de mano por loco,
necio, engañador,
esto y más dejara,
que mi inclinación
me llama a serviros,
y a buscaros voy!
¡Mira, Señor mío,
que estamos los dos
desde hoy desposados
y que vuestra soy!
¡Dadme vuestra gracia,
divino Señor;
que me abraso de amores,
que muero por Vos!

(*Sale el* DEMONIO.)

DEMONIO. ¿Casilda?
CASILDA. ¿Quién me ha llamado?
DEMONIO. Yo, que te vengo a buscar;
que no te has de bautizar.
CASILDA. ¡Qué gran disgusto me has dado!
DEMONIO. Así el lugar lo ha ordenado,
que quiere una fiesta hacer

y dilatarlo.

CASILDA. En poner
esa dilación parece
que alguna duda se ofrece.
Di, si la puedo saber.

DEMONIO. Casilda, yo quiero hablarte
tan claro como lo siento.
El cura no tiene intento
ninguno de bautizarte.
Dice que ha de examinarte
y que es menester un año,
y envíate a decir por mí
que salgas luego de aquí,
y así yo te desengaño.
Casilda, tú tienes fe
en lo interior, muy bien puedes
dilatarlo; aquí no quedes,
que [yo] un lugar te diré
que mayor gusto te dé.

CASILDA. Labrador, hombre o quien eres,
vete con Dios. ¿Qué me quieres?

(*Sale* CALAMBRE.)

CALAMBRE. Ven, que el cura y el lugar
te viene todo a buscar:
hombres, niños y mujeres.

CASILDA. ¿Cómo tu lengua mintió?

CALAMBRE. ¿Qué haces tú aquí, malsín?

CASILDA. ¿Conócesle?

CALAMBRE. Es volatín,
sino que una vez cayó.
Princesa, no hables con él,
que me ha dado a mí sospechas
de que hace cosas mal hechas.

CASILDA. Vete, enemigo cruel.

(*Vanse los dos.*)

DEMONIO. ¿Dónde quieres que me vaya,
cuando a buscarte he venido;
si sólo tu voz ha sido
la que mi aliento desmaya?
¡Que no pueda yo vencer
esta mujer, esta santa,
que ya al Cielo se levanta
y apenas se deja ver!
¡Que el poder me falte aquí
y que una mujer me venza!
¡De quien soy tengo vergüenza!
¡Rabiando estoy contra mí!
¡Que se bautice a mis ojos!
¡Que la miro y lo consiento!
¡De envidia infernal reviento
con tan crueles enojos!
¡Qué de almas que me ha quitado
que se bautizan con ella!
¡No me bastaba perdella,
sino mirarlo forzado!

(*Salen los* ALCALDES.)

BENITO. Esté todo prevenido,
porque luego acabarán,
y es terrible el sacristán
si no se lo dan comprido.

ANTÓN. No falta cosa ninguna.—
Frondoso, ¿tú estás aquí
sin ir a la fiesta?

DEMONIO. Sí;
que me he quedado a la luna.

BENITO. Ven a ver, que es bendición,
a Casilda.

DEMONIO. No me importa.

BENITO. Y alcanzarás una torta,
camuesas, vino y turrón.

DEMONIO. Mal provecho os haga.

ANTÓN. ¡Hola!
Benito, yo me engañé,
o a Frondoso yo miré
en este instante una cola.

DEMONIO. (Estos me lo han de pagar.)
Villanos, no soy Frondoso.

ANTÓN. Debes de ser el [Tiñoso] (1)

DEMONIO. ¡Oh, yo os tengo de matar,
perros infames!

BENITO. ¡Ay, Cielo;
que me matan!

ANTÓN. ¡Las costillas
me ha hecho dos mil astillas!

BENITO. ¡Ah, no me ha dejado pelo!

ANTÓN. ¡Casilda, Casilda santa!
Pedidle a Dios que nos libre
de este labrador terribre
que nos pisa la garganta.

DEMONIO. No la nombréis, vil canalla.
Mirá que os acabaré.

BENITO. Pues déjenos su mercé,
y si no, vuelvo a nombralla.

ANTÓN. ¡Calambre, que con amor
a nuestra casa llevamos,
en el peligro en que estamos
líbranos de este traidor!

---

(1) Este nombre, sin duda, habrá escrito el autor, porque era y es el que los aldeanos, por no nombrarlo, suelen dar al diablo. Además en el texto se leen las últimas letras "oso".

(*Sale* CALAMBRE.)

CALAMBRE. A la fiesta me adelanto
que en esta casa ha de ser.
¡Cómo tengo de beber!
ANTÓN. Benito, ya viene el santo.
DEMONIO. ¿Santo llamas a un vicioso?
Por eso tengo de daros
hasta que llegue a mataros.
BENITO. ¡Pastor amigo, Frondoso!
CALAMBRE. ¡Cuerpo de Dios! ¿Esto pasa?
Antes de la colación.
¿Frondoso parte el turrón
con los dueños de esta casa?
ANTÓN. Líbranos de este enemigo.
DEMONIO. ¡Llégate, perro, verás
el pago que llevarás!
CALAMBRE. ¡Ay, Jesús! ¡Dios sea conmigo!
DEMONIO. ¡Embustero, hipocritón!
Hoy me pagarás mi enojo;
que de esta peña te arrojo.
CALAMBRE. ¡Mira la cruz, bellacón!
DEMONIO. ¡Quita, que me das tormento!
CALAMBRE. Pues vete.
DEMONIO. ¡Rabiando voy!

(*Desaparezca por una tramoya.*)

ANTÓN. ¡Hecho pedazos estoy!
BENITO. ¡Apenas lo que soy siento!
ANTÓN. ¡Nunca os hubiera llamado!
Que por vos de esta manera
esté yo...
BENITO. Si yo supiera
quien sois, lo hubiera excusado.
ANTÓN. Levantaos, venid, Alcalde;
nos dirán los Evangelios.
CALAMBRE. ¡Cuerpo de Cristo con ellos!
¿He salido yo de balde?
BENITO. ¿Vos hacíais penitencia?
¡Muy bien aquí se ha lucido!
CALAMBRE. Callen, que el Diablo ha venido
a tomarles residencia.
ANTÓN. Sois muy grande bellacón.
CALAMBRE. Alcaldes, no importa nada;
pues ambos lleváis doblada
esta tarde la ración.

(*Vanse los* ALCALDES.)

Siempre esto mismo he temido
y le tuve a Orlando miedo
desde que le vi en Toledo.

(*Sale* GONZALO.)

GONZALO. ¿Cómo estás, Calambre, ansí?
CALAMBRE. Hame dado tan de veras,
que no me puedo menear.
GONZALO. ¿Búrlaste?
CALAMBRE. ¿Cómo burlar?
¡Si bien el caso supieras!
Bien se te acuerda, Gonzalo,
de Orlando, que contradijo
lo que Casilda nos dijo,
a quien yo tuve por malo.
Sospechas siempre tenía,
por lo que pasé con él,
que era primo de Luzbel,
según las cosas que hacía.
En Toledo se quedó,
de que estaba yo contento;
porque, si verdad te cuento,
muy grande miedo me dió.
Y ahora, que ya creí
que el Diablo le había llevado,
en un pastor transformado
en este valle le vi.
A Casilda le estorbaba
que aquí no se bautizase
y que adelante pasase,
y como no aprovechaba,
se vino el perro a vengar
en los Alcaldes y en mí,
que agora se van de aquí.
GONZALO. Dado me ha grande pesar.
Calambre, Dios te consuele;
que cierto que lo he sentido
y que mucho me ha dolido.
CALAMBRE. Mucho más a mí me duele.
¿Bautizóse la Princesa?
GONZALO. Ahora se bautizó,
y tanta humildad mostró,
que mi lengua te confiesa
que lloraba de alegría
de ver que en una mujer,
hoy cristiana y mora ayer,
tantas virtudes había.
Con el sacerdote habló,
y habiéndola examinado,
de tanta ciencia admirado,
devoto la bautizó.
Luego, tras ella, fué Zara,
que Ana se puso, y María.
Alima, que la seguía,
con quien el sol se afrentara.
Diez moros lo mismo hicieron
y también muchos criados,
y otros, en su error fundados,
a Toledo se volvieron.
Luego que Casilda tuvo

el bautismo que aguardaba,
en tanto que se acababa,
hablando con Dios estuvo.
Ya de la iglesia han salido,
y por el campo bailando,
alegres vienen cantando
los pastores al ejido.

(*Salen de bateo los* ALCALDES, *un baile y* MÚSICOS *cantando;* ZARA, ALIMA *y* CASILDA, LAURA *y* DANTISO.)

"¡Norabuena Casilda venga!
¡Venga norabuena!
Alegraos, pastores,
por la maravilla
que hoy tiene la villa.
De tan nuevas flores
canten los amores
de su desposado,
y en el monte y prado
todo la entretenga.
¡Norabuena Casilda venga!
¡Venga norabuena!"

CASILDA. A Dios las gracias se den
por la merced que me hace.
GONZALO. De todo se satisface.
CALAMBRE. Señora, sea para bien.
CASILDA. ¡Dios te guarde!
BENITO. ¿Habéis sanado
de aquella tunda que os dió
Frondoso?
CALAMBRE. Pienso que no.
Todos llevamos recado.
ANTÓN. ¡Qué linda era la canción!
BENITO. ¡Más que la compuso el cura!
ANTÓN. Todo era [de] la escritura
del mismo *Kyrieleisón.*
LAURA. Las zagalas me han mandado
que la norabuena os dé
por ellas.
CASILDA. ¡Oh, la tendré
con todas!
LAURA. ¿Hay tal agrado?
DORISTO. El desposado gocéis
mil años.
BENITO. Llegad, Antón.
ANTÓN. Saliónos malo el turrón;
mas buen vino beberéis.
CASILDA. ¡Qué ingenios tan peregrinos!
BENITO. Antón es quien se tumbó,
y por eso llego yo.
Dicen todos los vecinos
de Bucco, nuestro lugar,
que todo se me ha olvidado.
GONZALO. El Alcalde se ha turbado.
BENITO. Pues mándanos azotar.
ZARA. Ya nuestra dicha, señora,
el Cielo santo ha cumplido.
CASILDA. Ana, voluntad ha sido
sabia.
ALIMA. ¿Que ya no soy mora?
¿Que cristiana soy, Dios mío?
CASILDA. Sí, María.
ALIMA. ¿Qué más bien?
CASILDA. Las gracias a Él se le den.
CALAMBRE. ¿Ha de heber merienda, tío?
ANTÓN. Mil cosas tengo que darte.
CALAMBRE. No me apartaré de ti.
GONZALO. Y acabe esta historia aquí
hasta la segunda parte.

FIN DE LA COMEDIA DE SANTA CASILDA

COMEDIA

DEL TOLEDANO VENGADO[1]

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS

DOROTEA, *casada.*	*Un* PAJE [LUIS].	*Una dama llamada* MICAELA.	JUSTINO, *áspero.*
CONSTANTE, *su marido, y*	[*Un Paje* ALONSO.]	LEONARDO.	DAMÓN.
PETRONILA, *su criada, y*	*Un lacayo llamado* MENDOZA.	FULGENCIO.	AMBROSIO.
MARCELO, *galán.*			[ANTEQUERA, *lacayo.*]

JORNADA PRIMERA

(*Salen* DOROTEA *y* PETRONILA, *tapadas, y tras ellas* MARCELO, *galán.*)

PETRONILA. (Tápate, que si porfía
con quien no conoce, en vano,
volveré toda la mano
y darle he, por vida mía.
¡Malos años y mal mes
para él si tal espera!
DOROTEA. No pagues de esa manera.
PETRONILA. Es Marcelo un descortés.)—
¿Piensa que somos de aquellas
que infaman este lugar,
que salen a negociar
con la luz de las estrellas.
Que salen, aventureras,
a esta Vega y al Cambrón
a dar público pregón
de sus hermosuras fieras?
No somos de las que el juicio
turba aquesa liviandad,
que sola necesidad
nos trae al sol, y no vicio.
Vuélvase, que jugó en tabla,
que saldrá costoso y fiero,
o llamaré al escudero
y conocerá a quien habla.
Déjenos gozar del cielo
y el sol; veremos el río.
MARCELO. Para el buen deseo mío
de vuestro rigor apelo,
y ante el tribunal do alcanza
el rigor que me atropella,
presento vuestra querella,
que es de mi mala crianza.
Y si fuese atrevimiento,
culpado de mi advertencia,
pronúnciese la sentencia,
que ya en el fallo consiento.
Mas advertid esta vez
cuán vuestra el alma se muestra,
pues es la querella vuestra
y os admito por juez.
DOROTEA. (Ya que le escuches merece
casi por su bien hablar.
PETRONILA. No le des ese lugar;
mira que se ensoberbece.)
Conócese el hombre vano
en su estilo y humildad;
que en cosas de voluntad
el más hidalgo es villano.
Tú te burlas y él creerá
que de veras le admitimos,
y en negro punto salimos
que en todo nos molerá.
Echale con Belcebú;
vaya do oídos le den,
que su habla no está bien
[a] una mujer como tú.
DOROTEA. A ti dirás, que endereza
a ti la conversación.
PETRONILA. ¿A mí? Con la maldición
quebrémonos la cabeza.
Hasta que yo [me] persuada
tal, a mi mal entender,
habrá mucho que hacer.
Eres ama, yo criada;

(1) En el texto añade "y celoso vengado"; pero es evidente que correspondía al otro título que se quiso dar a esta comedia, que era "El Marido engañado y celoso vengado".

eres hermosa, yo fea;
eres noble, yo villana;
llena de galas, lozana,
yo pobre, tosca y de aldea;
tú discreta, yo ignorante;
bien se parece en el pelo;
aun hasta el manto es señuelo
que desengaña al amante.
¡Oh, al bobeante ¡por Dios!
que le das gentil adobo!
No tiene cara de bobo;
ésto para entre las dos.
Y cuando el entendimiento
tan lleno de moho esté
que en ese dislate dé,
se vaya de aquí al momento.
Que no viene aquel vestido
con las ropas que en mí están,
y no pretendo galán
por su fe, sino marido.
En puras verdades toco,
digo si a mí se inclinó,
que a quien poco le agradó
es señal que vale poco.

MARCELO. A valer más, donde aspira
mi alma y sube su vuelo,
fuera acá en el suelo, cielo,
pues en él su gloria admira.
Porque tal valor se encierra
en el bien de este desdén,
que el menor bien de este bien
es el mayor de la tierra.
Y ansí, su valor abona
mi intento, dama.

PETRONILA. ¿A mí dama?
Mire el nombre que me llama,
que no soy sino fregona.

MARCELO. ¿Vos fregona? El nombre apelo
de la gloria que atesoro.
Si es fregona la que adoro,
será fregona del Cielo,
y en él, con sus luces bellas,
que son luz que anuncia día,
barrerá la gloria mía
muchos millares de estrellas.

PETRONILA. ¡Por vida de quien! nos deje.
Basta, galán de cocina.
¡Cielos! ya temo su ruina,
que está dos dedos de hereje,
y el brasero que hizo Tello (1)
se ve de aquí, si le agrada.

(1) Célebre corregidor de Toledo.

MARCELO. ¡Ojalá el alma abrasada,
señora, se viera en ello!
¡Ojalá en el fuego [en] que ardo
de mi amor me deshiciera,
para que de él renasciera
con nuevo favor gallardo!
Viérame consumir yo
de ese favor soberano;
fuera el fénix del persiano
que la ceniza engendró.
Perpetuara la vida
con el fuego a quien la entrego,
porque de muerte de fuego
saliera el alma lucida.
Que ahora, sin merecer
el fuego que ha pretendido,
es el corazón, rendido,
flojo barro sin cocer.
Dejad que el bello semblante
cueza en el horno de amor,
y veréis, con su valor,
volver el barro en diamante.

PETRONILA. Echemos de aquí este loco.
¿A mí cielo, y a él ollero,
fénix, gusano?... Y espero
no sea rocín de aquí a un poco.

DOROTEA. Mal consejo; nada medias;
no te le pintes cruel.

PETRONILA. Dígame, señor: ¿es él
el que hace las comedias?
Porque esto que ha dicho aquí
lo he oído en el Mesón,
todo, razón por razón.
¿De veras quiéreme a mí?

MARCELO. Quiéroos a vos, porque os quiero,
para que vos me queráis,
y, queriendo, permitáis
goce la gloria que espero.
Porque poniendo el querer
en quien yo puesto lo tengo,
a vos a quereros vengo,
porque a vos he menester.
¿Queréis vos que quiera yo
a lo que dicen mis ojos?
Está el gozar mis despojos
en vuestro sí o en vuestro no.

PETRONILA. ¡Ay! Pues coplas hace, diga
aquel romance que es
de aquel moro aragonés
y los celos de su amiga.
Mas ¿qué digo? Gentilhombre,
vuele de aquí.

MARCELO. ¡Ah, ciego Amor!

PETRONILA. Presto, que éste es mi señor.
MARCELO. ¿Tan presto hombre que me asom-
DOROTEA. Conviene que nos dejéis [bre?
y que os deis más prisa [a] andar.
MARCELO. De ahí no hay a do apelar.
¡Muerto soy!
PETRONILA. No moriréis.
¡Qué moledor! Que has podido
sufrirle. De juicio salgo.
DOROTEA. Tápate bien y pide algo,
con voz baja, a mi marido,

(*Entra* CONSTANTE, *marido de* DOROTEA, *con* PAJE *y* LACAYO.)

que si nos [ha] visto hablar
con éste aqueste momento,
con esta burla que intento
pienso la furia quitar.
CONST. Al volver, perdonarme ha
el ejercicio de a pie.
Aquí, a San Bartolomé,
el caballo se traírá;
que este hacer ejercicio
para hombres como yo
pienso que no se inventó.
Cánsome; no es buen oficio.
PETRONILA. ¡Ah, señor! ¿Quiérenos dar
de esa mujer del turrón
un poco de colación
o en la venta a merendar?
CONST. De muy buena voluntad.
Eso y más, si es menester.
PETRONILA. Echase quien sois de ver.
Pues que lo traigan mandad.
CONST. Cumplirélo en mi conciencia.
Sólo resta a este recado
entender que soy casado
y importa ir por la licencia.
PETRONILA. ¿Y a quién ha de ser pedida?
Eso que digáis espero.
CONST. A mi mujer, que la quiero
más que a mi alma y mi vida.
PETRONILA. ¿Y darála?
CONST. Ella, al instante.
En lo que es bueno consiente,
que es, cual mujer, obediente,
y yo, cual varón, constante.
Y, como cierta de mí
que cosa no pediré
que vaya contra su fe,
al momento dará el sí.
PETRONILA. Mucho la queréis.
CONST. Estoy
cierto de lo que me quiere,
y la obligación infiere
el amor que al suyo doy.
Y ¿quién no estima la caja,
cofre o escriptorio de oro
donde tiene su tesoro
y en mirar por él trabaja?
De hombre de honra el honor
es el tesoro del ser,
y la caja la mujer;
la llave de ella el amor.
Quien amar su mujer sabe,
su amor en ella conserva,
pues con amalla preserva
que no le falsee la llave.
Pero ya me tardo en daros
lo poco que me pedís.
PETRONILA. Paréceme [que] inferís
del sermón el perdonaros;
que como vuestra mujer
no esté en casa y la licencia
no venga, tendré paciencia.
CONST. ¿Cómo vos podéis saber
que no está en casa, decí?
Porque decís la verdad.
(*Descúbrese su mujer y criada.*)
DOROTEA. Lo que quisiéredes dad.
CONST. ¿Vos sois? ¿Y el hombre que vi,
que de aquí se ha despedido,
pues, con vos?
DOROTEA. Lo que es diré.
Pues si con vos no hablé,
que sois otro mismo yo,
con el hombre que venía
con gana de entretenerse
y porfió a detenerse,
ved, señor, si [le] hablaría.
No abrí mi boca; cosíla;
selléla con vuestro sello.
Esta os dará cuenta de ello,
y él habló con Petronila.
CONST. Y tú, ¿no le despedías?
PETRONILA. Ya, mi señor, le reñí.
Fuése tras decirme a mí
dos docenas de herejías.
CONST. Andad, señora, que ya
cae la tarde.
PETRONILA. Arde el sol.
CONST. Arda.
El escudero ¿dó aguarda?
DOROTEA. Allí, en el terrero está.

(*Vanse las mujeres y estála mirando* CONSTANTE *hasta que están dentro.*)

CONST. ¿Qué muro [o] qué foso,
[o] qué baluarte, qué Tiro,
[o] qué Mausoleo coloso, (1)
[o] qué inexpunable Epiro,
[o] qué castillo espantoso
para tener encerrada
la honra que a un hombre es da-
son un manto de soplillo [da, (2)
y una toca de gasa
que mueve a dolor decillo
tan livianos que de casa
aun los pasa un vientecillo?
Un rostro bien adornado,
ved: ¿qué cobarde soldado
no mostrará aquí valor?
Y ved a dó está el honor
de un hombre honrado guardado.
Sabe el Cielo que no digo
esto por la que se fué,
que su gran bondad bendigo;
pues de su cordura y fe
soy abonado testigo;
pero advierto a la razón
y a la grande obligación
que hay de temellas y amallas,
pues de nuestro honor murallas
sus tocas y mantos son.

(Entrase y deja los CRIADOS *solos.)*

MENDOZA. ¿No es bueno que, embebecido
en el cuento que le aqueja,
el lacayo y paje deja
cual si no hubieran venido?
Pero, aguijemos tras él.
Alonso, esto entre los dos:
¿no oíste a mi ama vos
lo del amador novel?

ALONSO. ¿Qué se os puede a vos pegar
de eso? Verdad es: oíla.

MENDOZA. Dígolo por Petronila;
que a mí me hace alcanzar
dos varas de celos tiernos
en la frente, que parece
que el tiempo los endurece
y después los vuelve cuernos.

ALONSO. ¿Sois de Petronila algo?

MENDOZA. Eso es bueno que celebre.
Imaginalda a ella liebre
y a mí, que la sigo, galgo.

(1) En el original dice "masculo celoso".

(2) Aquí hay un pareado en medio de dos quintillas: faltan, pues, tres versos. Todo el pasaje, como se ve, es algo defectuoso.

ALONSO. Que, hablando en romance, es
decir que sois pretensor.

MENDOZA. Acertastes; sí, señor.

ALONSO. Tiempo hay celarla después,
que, mientras no es más el trato
de poner la cosa en precio,
puede ella dejaros, necio,
y hacer [con] otro contrato;
y en nuestro amo el humor reina,
que sabéis anda que clama.

MENDOZA. Dígolo porque esta dama
después no se haga reina.

(Entrase y sale DOROTEA *a una celosía arriba.)*

DOROTEA. ¡Ay, falso huésped, entrado
por la sangre de mis venas
y en el alma aposentado,
apeado en ella apenas
y ya de ella apoderado!
¡Ay, traidor, cruel rapaz,
de ninguna ley capaz!
Tu engaño mi pecho abrasa,
que has puesto fuego en la casa
adonde entraste de paz.
¿Posible es que hoy amancillo
mi honor y el juicio se ciega?
Sí, que entraste, rapacillo,
con que eras flor de la Vega
y eres del honor cuchillo.
Pero ¡ay, bello gentilhombre!
No hay imposible que asombre
al alma que tú apadrinas,
ni temerá sus ruinas,
rica sola de tu nombre.
Y advierte a lo que digo:
la libertad he perdido;
la fe que te di es testigo,
pues olvido el de marido
para darte a ti el de amigo.
Mas la esperanza aniquila
que levantó a Petronila;
que se inclinó mucho a ella;
no sé si con gusto de ella,
"miréle, miróla, vila".
Puede ser que esté engañada
el alma, que al joven bello
tiene la libertad dada.
¡Oh, qué ocasión de sabello
se ofrece y traza extremada!
Debe de habernos seguido
de lejos, porque el pulido
mancebo es el que la calle
pasa. ¡Qué extremado talle,

qué corazón bien perdido,
por tal amigo ganado!
Vos, celosía, haced
del fiel ladrón disfrazado;
mi engaño ayudad, caed,
adormiréis mi cuidado.

(*Entra* Marcelo *dos coplas antes y ahora va mirando la celosía.*)

Marcelo

"Flérida, para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno..." (1)
¡Ay, casada dulcísima y hermosa!
Cuando estos versos dos pondero, peno;
pienso que si la fruta ajena escoja,
por ajena, de gusto más ameno,
¿cuál será la del alma tuya bella,
pues es el ser ajena el menos de ella?
Los rayos de tus ojos deshicieron
un monte helado que en mi pecho estaba;
los valles de mis ojos río hicieron
que del pecho salió y en ella acaba.
Ya lo que pueden ver, mis ojos vieron,
y el alma libre, para siempre esclava:
alma, pecho y helado monte y río,
después que yo soy tuyo ya no es mío.
¡Amaine, amaine tu desdén esquivo;
abre de par en par, alma, la puerta:
tú me mataste, ya sin ti no vivo,
viviré si te veo, cosa es cierta.
De uno fué la batalla, y un captivo
te da en despojo; Amor, su fe concierta;
no tan de espacio triunfes a mi costa,
que va el tierno deseo por la posta.
¡Ay, Vega, Vega para mí florida!
de ajenas flores para Amor poblada;
de la ciega fortuna enriquecida,
voltaria toda, mas constante en nada.
Como con hierba mata la herida
y la salud con hierba es remediada,
la vista en vos, ¡oh, Vega!, me dió muerte:
ella, otra vez, a darme vida acierte.
Mas... ¿ésta no es su casa? ¿No he seguido
sus pisadas, ¡oh, Venus!, en tu templo?
¡Oh, castillo roquero de Cupido!,
ya adoro la que dentro en ti contemplo;
paredes santas, la deidad os pido,
porque en el ansia de violaros, templo,
o me servís de honrado mauseolo
o en vuestras venas no escondáis mi Apolo.

(*Levántase, y ella luego habla algo mudada la voz.*)

(1) Dos conocidos versos de Garcilaso.

Y pues no es de luz Febea
mi corazón, pues desea
su fuego, que más le atiza (1)
al sol de amor colorea.
La vista halla el alma leve,
rompa las nubes y pruebe
a gozar del sol mejor;
pero ¡ay!, que le ha hecho Amor,
siendo sol de luz, de nieve.

[Dorot.] ¿Conocéis algo aquí?

Marcelo. Y tanto
cuanto soy, porque yo fuí
un hombre, no os cause espanto,
y ya soy sombra, que di
lo que doy a un culto santo,
a un ídolo, a un bello dios
de hermosura, acá entre nos,
que sois vos y ser vos fío,
que me he conocido mío
a mí como estoy en vos.

Dorotea. Y ¿sabéis con quién habláis? (2)

Marcelo. Sé que hablo con ese cielo
que, puesto que no se ve,
se ve en él que es más que el suelo,
que ansí lo dice mi fe.
Bien sé que hablo a Diana
casta, a otra Dafne huída,
a otra Lucrecia romana,
a otra Anajarte temida,
a otra Porcia soberana;
a otro portento de amor,
y a otro monstruo de rigor,
y a otra no menos que aquéllas
en crueldad cual fueron ellas
y en hermosura mayor.

Dorotea. Mirad si decís a mí,
porque yo soy la criada
que allá en la Vega os reñí.
Si soy la que soy amada,
ya adelante proseguí;
pero si creéis que soy
mi ama, lejos estoy
de sello; yo os doy aviso
antes que estéis más repiso
de lo que habéis dicho hoy.

Marcelo. ¡Oh, transformación cruel
de la enemiga fortuna,
mudable, inconstante, infiel!

Dorotea. Pues ¿ya no soy sol?

Marcelo. Ni luna.

(1) Falta un verso para la quintilla.
(2) Verso suelto en medio de dos quintillas, y la segunda incompleta. Este pasaje está alteradísimo.

Si al sol que adoro soy fiel,
vete, monstruo de fiereza;
vete, infernal Proserpina;
principio torpe y cabeza
de mi engaño y tú mi ruina,
pues en él mi muerte empieza.
Vete, que me ahorcaré
si me acuerdo que mi fe
dió fe falsa en mi semblante;
y, siendo de un cielo amante,
en tu infierno idolatré.
¿Yo a ti? Harásme que pierda
el juicio si en ello toca,
si en la Vega se te acuerda,
viéndote primera loca
te hice tercera cuerda.
Si allí te desengañé,
y en tocando que toqué
el instrumento que abono,
viéndote alta de tono,
a tercera te abajé.
Porque tu temple se estima
que es de voluntad la prima,
siendo tercera en el tiento,
quieres ser al tiento prima. (1)
Bajando subiendo vas;
goza el oficio en que estás,
tercia, y llama al sol divino;
que en este instrumento fino
eres gorda y romperte has.
Mas no la llames, espera;
no me ordenes como muera;
que tercera que subió
a prima, y después bajó,
siempre fué falsa tercera.

(*Alza la celosía y aparece* DOROTEA.)

DOROTEA. Aunque he gustado en extremo
de ver que, cual sois de gracia,
y donaire y gala extremo
lo sois de fe, mi desgracia
y la vuestra, señor, temo.
Si vos confesáis que a mí
distes vuestro ser, yo os di
el mío, como se muestra,
pues menos mía que vuestra
soy desde el punto que os vi.
Y si en mí os conocéis
a vos, conoced en vos
a mí, que en vos me hallaréis;
veréis hecho uno a los dos
cuando me miráis y os veis.
Pero, aunque esta fe pagada
tan presto y tan concertada,
esta voluntad unida,
os debí, daisme de vida
para gozarla lograda,
advertid que es menester
dar a nuestra fe otro nombre,
si es que nos queremos ver,
que ya veis que soy de un hombre,
noble y principal, mujer.
Y para poner resguardo
a la sospecha que ofrece
veros pasear gallardo,
de la que a vos no os merece,
remedio seguro aguardo.
Decid que es a quien desea
mi criada vuestra alma,
y que en el pueblo se crea,
con que sea como la palma,
que esto de veras no sea.
Que con este encantamento,
el escribirme, el hablarme,
dará a mi esposo contento
como sepáis esforzarme
este falso fundamento,
y no hagáis como mozo,
y veamos nuestro gozo
turbado: a esto advertid
y a Petronila fingid
que servís, sin alborozo.
Y adiós, que quitarme quiero
de aquí, y mi marido espero.
Mas él viene.

MARCELO. Aguarda, ¡oimé!

DOROTEA. En lo fingido veré
cuál sois en lo verdadero.

(*Vase, cerrando la celosía.*)

MARCELO. ¡Que apenas hubo lugar,
fortuna, de responder,
apenas [la] pude hablar!
¡Oh, ángel y no mujer!
¡Oh, hermosura singular!
Toda el alma se te entrega,
y con esta industria ciega
trocaré lo que conviene;
mas quiero callar, que viene
mucha gente de la Vega.

(*Arrímase a un lado, y salen* FULGENCIO *y* AMBROSIO, *galanes, y en medio de ellos* MICAELA, *dama cortesana, con un manto tosco tapada, y* ANTEQUERA, *lacayo, y* LUIS, *paje, detrás.*)

(1) Falta un verso.

FULGENC. Llévase vuestra merced
toda la Vega tras sí.

AMBROSIO. En toda mi vida vi
mejores ojos, a fe.

FULGENC. Pues el tallazo y el brío,
¡por Cristo! que nos admira.

AMBROSIO. Aun siquiera no me mira.
¡Ea, pues, mas de ella fío!

FULGENC. ¡Qué sesga es y qué mimbreña!
Aunque brava, mira manso;
parece por detrás ganso
y por delante cigüeña.

AMBROSIO. La del manto de dos suelas,
¿es disfraz o devaneo?

FULGENC. Disfraz es, porque el manteo
no viene con las chinelas.
El descubrir tierra son
celos a la del mandil,
que escribano y alguacil
hay para información.

[AMBR.] Y testigos, mi lacayo,
y su paje de Fulgencio
no interrumpiré el silencio.
Luis en la cuenta cayo.

(*Hace* MICAELA *del ojo a* MARCELO *y vase tapada.*)

MARCELO. ¿A mí? Sí, será. Aquel ojo
he conocido, a pesar
de tal ojo en tal lugar,
aunque es liviano el enojo.
Micaela es, voy tras ella:
no entienda este nuevo trato
y me lo ponga a barato.

(*Vase.*)

FULGENC. ¿Díjeos yo que la doncella
iba de cualque pendencia?
Celosa llamó a Marcelo.

AMBROSIO. Ya conozco ese mozuelo
Todo es rabia y pestilencia,
fuego, amor, cólera y saña
y un Macías en pasión,
todo holanda y almidón,
y así a trecientas engaña.

FULGENC. ¿Quién es éste, que no cayo
en su oficio ni linaje?

AMBROSIO. [Poco menos es que paje]
y poco más que lacayo.

FULGENC. ¿A quién sirve este arrogante?

AMBROSIO. A vuestro amigo don...

FULGENC. Ya;
es éste el que sirve allá.
¿De qué sirve?

AMBROSIO. De trichante.
¿Quién será la que le cela
tanto?

FULGENC. ¿Dudáislo de veras?
A las razones primeras
lo conocí: Micaela.
La que vino de Madrid,
cosa nueva, el otro día.

AMBROSIO. ¡Qué donosa algarabía!
Otra vez me las decid.
Débense de hablar, en fin;
gentil galán ha hallado;
por mi fe que se ha encontrado
bien Sancho con su rocín;
porque si él sabe mentir,
es moneda que ella gasta.

FULGENC. Es moneda que ella gasta:
muy bien lo podéis decir.
El otro día, que entré
cas desta dama, decí
que pagué y que no comí.

AMBROSIO. ¡Por mi vida! ¿Cómo fué?

FULGENC. Huélele la boca [y] pide
que la toma Satanás.
Cazóme; no quieras más
de que ansí se descomide;
que, tras haberla yo dado
doce reales con mi gusto,
mira si pagué lo justo
de estar un hora sentado.
¿Doce dije? Y un cuartillo,
juro a Dios, no perdonó:
de allí a un poco se antojó
que la comprase un barrillo.
Con mi bolsa se remedia
todo este daño; después
de haber hecho este entremés,
me convidó a la comedia.
Llevéla; gasté la entrada,
el asiento y colación,
y colóse, y a traición
la vi con otro abrazada.
Disculpóse de repente,
para después ofrecióse
y al salir despareciósc.
Ved si la señora miente.

AMBROSIO. ¿Agora inoráis el trato
de ésta? Ciégaos la pasión.
¿Es el que viene Damón?

FULGENC. Sí.

AMBROSIO. ¡Por Dios, que haya buen trato!

(*Entra* DAMÓN, *estudiante, con un papel en la mano.*)

DAMÓN. Cual lo tratáis, de Terencio,
os pueden pintar madona.
AMBROSIO. ¿Qué ha sido?
DAMÓN. Una bellacona
que me ha engañado. ¿Fulgencio?
FULGENC. ¡Oh, mi Damón! Pues ¿a vos?
DAMÓN. A mí hoy un mate me dan;
pero hoy ¿a quién no darán,
Ambrosio?
AMBROSIO. ¡Verdad, por Dios!
DAMÓN. Hacia la huerta de Vargas
encontré un garbo gentil,
volviendo agosto en abril,
escudero y tocas largas.
AMBROSIO. Luego ¿viuda?
DAMÓN. Ambrosio, sí;
pero, segunda Medusa.
Lleno del amor que se usa,
lo ordinario la ofrecí.
Tras un melindre, jurando
que hombre la había obligado
jamás, me dió un *sí* apretado.
Yo, de la licencia usando,
gasté lo que hubo en la venta,
y, apenas las gracias dió
a la mesa, cuando vió
otro que el gasto sustenta.
Juró ser su primo hermano;
fuése y dejóme pagando,
y después la hallé jugando
con su primo por la mano.
Acordéme que traía
una tasa en un soneto,
que es buena para este efeto,
y esto leyendo venía,
que, como reforman ya
las randas y almidonado,
un poeta ha reformado
lo que a las damas se da.
AMBROSIO. Leed, y leído por vos
gracia a gracia irá añadiendo.
DAMÓN. Andad, iremos leyendo
mano a mano entre los dos.

"Un real a una dama es poco precio;
dos le daréis, si es prenda conocida,
y tres cuando, conforme a estado y vida,
darle cuatro os parezca caso recio.
Cinco es, si se rescata, el justo precio.
Con todo, si de punto es muy subida,
daréisla seis, con tal que no los pida;
si le diéredes más quedáis por necio.
Aquésta sea regla en toda parte;
y si a dicha la dama que os agrada
es tantico rompida y de buen talle,
los seis le dad; pero si es entonada
y niega profesar aqueste arte
y la queréis pagar, no le deis nada."

(*Leyendo entran, y salen* MARCELO *y* JUSTINO.)

MARCELO.

Es la santa amistad bien inviolable;
lazo de amor estrecho
que el imposible más terrible rompe.
¿De qué sirve, carísimo, que hable
de lo que está en tu pecho,
que la del nieto de otro Amintas rompe?
¿Qué cárcel no corrompe
de secreto el seguro
de la amistad de nuestro amor tan puro?
Oye, Justino mío,
lo que de ti, por ser mi amigo, fío.
¿Ves aquella hermosa celosía
sobre la blanca reja,
cárcel bella de amor, en quien me enlazo?
Allí la gloria de la vida mía
dió atenta y clara oreja
al dulce punto, al venturoso plazo,
y con estrecho abrazo,
por el aire enviado,
esperanzas riquísimas me ha dado,
con la cautela dicha,
para cambiar en gracia mi desdicha.
Espérate, no yerres, mi Justino.
Esta es la puerta y casa;
pero ¿qué digo? Da rienda a los ojos;
que aquella del donaire peregrino
que por el patio pasa
es el templo do cuelgan mis despojos.
No la de los antojos,
que debe de ser dueña;
sí aquella que rosado rostro enseña.
Es la fregona bella,
y está el remedio de mi vida en ella.

JUSTINO.

Quieres, al fin, a lo que de ti entiendo,
que, como hombre que trayo
yo una carta de fuera a la criada,
engañar a la triste, pretendiendo,
con el fingido ensayo,
darla a entender al ama recatada.
Es la traza extremada;
de ella estoy satisfecho;
harélo, porque vives en mi pecho.

MARCELO.

Y porque en él abarco
otro [nuevo] Alejandro y un Plutarco.
¿Que aquella de lo verde es la fregona,
la del cabello rubio?

JUSTINO.

Rendido me confieso a su belleza.

MARCELO.

¿El talle para el trueco no la abona?

JUSTINO.

Biblis de otro Danubio,
pues tu gracia desdora su riqueza,
ya que Naturaleza
en beldad te hizo una,
¿por qué turbó mi gloria tu fortuna?

MARCELO.

¿De qué suspenso hablas?

JUSTINO.

Como a otro te pondero lo que entablas.
Y ¿qué piensas hacer de Micaela?
Que, aunque mujer perdida,
lo está por el amor que la confiesas.

MARCELO.

¿Qué he de hacer, me dices? Dejaréla;
que, de celos movida,
bien poco acá [la] hallé con mil empresas...

JUSTINO.

Temo el suceso de esas
y de su rüín trato
y de aquesta casada el gran recato.

MARCELO.

Sólo ayuda te pido
y no consejo.

JUSTINO.

Aquésa te he ofrecido.
En casa de nuestro amo, es ya hora, vamos;
trincharásle a la mesa;
serviré yo mi copa, como suelo;
el dulce fin de este tu amor veamos.

MARCELO.

Es milagrosa impresa;
favorecido estoy del mismo Cielo.

JUSTINO.

Y del otro, recelo
que allí llega tu llama,
que ha de volver tu flor y fruto en rama;
que no menos que fuego
ofrece aquella que me alumbra ciego.

FINIS

JORNADA SEGUNDA

de EL TOLEDANO VENGADO.

(*Sale* CONSTANTE *con ropa y montera y* DOROTEA *y* PETRONILA *y él con un billete, leyendo, abierto.*)

DOROTEA. Ahora le dió, ¡por mi vida!,
recio; a solas no leáis,
que no es si no miráis
malo el pos de la comida.

CONST. ¿Que tan picado le trae
Petronila [a] aquel mancebo?

DOROTEA. Como es el negro amor nuevo,
tropieza, arrójase y cae.

CONST. No sabe que es mi criada
ese galán, y conviene
tener más juicio que tiene;
que ha de ser de mí mirada,
y que en siendo cosa mía,
ha de haber menos palacio.

DOROTEA. ¡Por Dios, que tomáis despacio
para el otro su agonía.
¿Ahora sabéis, señor,
que pintan al Amor ciego?
Y quien confiesa su fuego
y ha de ser ciego amador,
ni reparará en que es vuestra
ni que os ofenderéis vos.
Ahora lee el papel, ¡por Dios!

CONST. No tiene mala maestra
en vos Petronila, a fe.
¡Donoso ejemplo le dais!

DOROTEA. Enójame eso; ¿pensáis
que yo lección le daré?
Que cuando, por fines malos,
yo viera su proceder,
no érades vos menester
para matarle yo a palos.
No digo yo a mi criada,
mas a mi perro Leoncillo;
de semejante hombrecillo
no ha de ser la clin mirada.
Cuanto y más quien anda ansí
junto a mí, por mi doncella,
que nos rondará por ella
y pensarán que es a mí.
Esto es juego, y cuando sea
verdad, y el que lo ha emprendido
merezca ser su marido,
tiempo habrá cuando se vea.
Leed el papel, riamos
ahora con las razones,
que el tiempo dará ocasiones
para que le respondamos.

CONST. ¿Que en ver lo que hay en él
tomáis gusto? Perdonad.

DOROTEA. Ya me enojo.

CONST. Ahora escuchad,
que tiene gracia el papel.

(*Carta.*)

"¡Oh, qué laberinto fundo
en Toledo, cual en Creta,
Amor, padre de invenciones,
nuevo daño de mis prendas!
Y el soberbio Minotauro,
veo que el temor engendra
y la sospecha amorosa
hace la confusa cueva.
Ya me pinto otro Teseo;
pero ¡ay, Ariadna bella!:
a vos os pido consejo
y de vos mi vida cuelga.
Dadme la espada de un corte
de secreto y de paciencia,
y el hilo de vuestro gusto
dejadle atado a la puerta.
Mataré al mismo temor:
y si vuestro amor me enseña
por donde os saque a mi nave,
tendréis en mi mar las velas.
No temáis ser otra Olimpa,
ni que yo Vireno sea,
que soy Leandro de amor
y nuevo Sansón en fuerzas,
y para llegar a Sexto
me basta luz más pequeña.
Tisbe, un Píramo os escribe.
¡Ay, ángel, quién entendiera
que al moral de Babilonia
saldréis a solas cubierta!
No de noche, porque el manto
no cause falsa sospecha;
sea temprano, a la tarde,
y esto Vargas que lo entienda.
Respondedme y poned portes,
que segura es la estafeta,
que con lo mejor del alma
pagaré la menor deuda." (1)
¿Has entendido tú algo
de este negocio importuno?
Porque yo os juro que ayuno
de toda la carta salgo.
Agora sí que me río
de su estilo y proceder.

DOROTEA. ¿Acabaste de entender
que es loco, marido mío?
¿Quién no querrá entretenerse
con papeles de este modo?

CONST. Ya por hombre le acomodo
a quien puede responderse.
Todo el enojo renuncio:
ya no hay cosa que me asombre,
que a pique le veo al hombre
de que le lleven al Nuncio.—
Toma, Petronila.

DOROTEA. Heca.

(*Quítasele* DOROTEA *el billete.*)

¿Quién tal le da, por mi fe?
Mostradle a ella, ¿para qué?
¿Para ponelle en la rueca?
Papeles de este mancebo
muy dignos son de guardar.
Excusáisme de comprar
a don Belianis o al Febo.

CONST. ¿Lloras tú? Pues ¿qué te daña
esto, que es para burlar?

PETRONILA. ¡Ay, señor! ¿No he de llorar
si dijo allí que era araña
y que a dedadas haría
que mi labor desentone?
Dios, por quien es, le perdone
al pobre tanta herejía.
Y, señor, no quiero mal
a nadie, ni que me quiera
no quiero de esa manera,
mintiendo lo del moral.
Ni lo de Bolonia pido
a vuestra merced, señor,
que aunque es de aldea mi honor,
le ha, señor, defendido.
O me pague mi soldada
y envíeme a mi lugar,
que aquél me ha de resquestar
para quien estoy guardada.
Ya sé qué es honra y deshonra,
que en las mujeres estriba,
y en tan poco, que derriba
un papel toda una honra.
Gracias a Dios que no sé
leer sus dichos livianos;
pero lavarme he las manos
con que el billete tomé.

CONST. Ahora levanta, no llores;
nada en tu ofensa se trata;
no es menester que la plata
de tu lindo pecho dores,

(1) Después de este verso sigue la palabra "Vuestro", que no hace falta ni para el sentido ni la rima.

que creo de tu razón
que puras verdades toca,
y sólo dice la boca
lo que siente el corazón.
Tray pluma y papel, que quiero,
pues soy tu amo, volver
por tu honor, y responder
de una a este majadero.

PETRONILA. ¡Ay, sí, por amor de Dios!
y de ojos le serviré
mientras viva su mercé.

(Vase por escribanía y papel.)

CONST. ¿Qué os parece de esto a vos?

DOROTEA. Señor, que en buena moneda
le pagáis; que si os parece
respondáis lo que merece,
suceda lo que suceda.
Pero si de mi consejo
malo valeros queréis,
con que después no os quejéis,
que en vuestras manos lo dejo,
lo mejor será saber
quién es, o cómo, este mozo;
quitaremos el rebozo
a todo este proceder.
Si tal es que mereciere
lo que de este amor espera,
Petronila en casa espera,
démosela, pues la quiere.
No será malo informaros
de sus costumbres y vida,
no haya cautela escondida;
que de estos mozos son raros
los que no dicen allí
lo que a mí me atiendo largo;
y si es de éstos, a mi cargo,
que de mí no lleve el sí.
Si él no tuviere otro amor
y fuese tal cual deseo,
cumplámosle su deseo,
pues lo merece su honor.
Que por ser cosas primeras
para esta moza, que es mía,
el alma misma daría
porque éste hablase de veras.

CONST. Digo que no decís mal.
En pudiendo he de informarme
de quién es.

(Entra PETRONILA con el recado.)

PETRONILA. Debí tardarme;
la rabia me ha puesto tal.
Aquí está la escribanía
y papel, polvos y sello.

DOROTEA. ¿De veras [que] vais a hacello?

CONST. ¿Qué en ello se perdería?

DOROTEA. ¿Qué se perderá, decís?
Señor, a quien de honor toca,
¿tal razón cupo en la boca?
¿Y la injuria no advertís?
¡Pestilencia mala! ¡Fuego
en hombre que tal se estima!
Callá, que de vuestra flema
ya cien mil veces reniego.
¿Respondedle? Bien destroza
mi honor vuestro proceder,
viniendo vos ahora a hacer
secretario de la moza.
Meteos en la competencia
y amores de ese mocito:
será un honrado delito
en un hombre de prudencia.
Mirad, cuando considero
íbades a responder
en seso, es para perder
todo el amor con que os quiero.

(Saca DOROTEA otro papel de la misma manga donde metió el que tomó antes y dásele a PETRONILA.)

Toma y vuélvele el papel
a quien le trujo; quizá,
cuando su papel verá,
verá la respuesta en él.
Si hasta aquí me he burlado,
ya de burla el juego pasa,
y no es casa nuestra casa
para dar puerta [a] ese honrado,
ni respuesta cual le place
a mi marido que den.
Y quizá es querelle bien
hacer con él lo que se hace;
que, a querelle mal, bastaba
este loco atrevimiento
para que fuera al momento
la respuesta y le acabara;
que fuera mandar cortalle
la mano con que escribió.

PETRONILA. Volverle he a quien me le dió,
que debe estarse en la calle;
que me dijo que era carta
de fuera para mí escrita;
para burla soy bonita;
harélo que al punto parta.

(Vase PETRONILA.)

CONST. ¡Ea! Bastara el ser loca.
¿Aún enojada os estáis?

DOROTEA. Callá; maldito seáis,
hombre de honra tan poca.

CONST. ¡Ah, mujer del alma mía!
Tu pecho y valor estimo
primera del coro primo.
Ea, mi sola alegría;
bella española Lucrecia;
Porcia, en mi celo abrasada,
del alma eres adorada
y en lo que vales te precia.
Digo que tienes razón
de enojarte; mas perdona,
de las mujeres corona;
y para satisfación,
sabrás su estado y su suerte,
y si no espera marido
de la dama que ha escogido,
apelo para su muerte.
Dame esos brazos.

DOROTEA. Estoy
por no darte ni un cabello.

CONST. El alma dejo en tu cuello.
Adiós, que a saberlo voy.

(Vase; queda DOROTEA *sola, saca la carta y bésala.)*

DOROTEA. ¡Oh, dulce engaño de Amor,
sabroso y no visto enredo!
¡Oh, soberano favor!
¿Posible es que con vos quedo?
Carta de aquel mi señor,
¡qué bien os cambié y troqué!
La escuridad penetré
de vuestro estilo divino;
al que os lee peregrino
y natural a mi fe.
Traía en la manga yo
escripto un papel andando
del mismo que os escribió,
una ocasión deseando
como la que se ofreció,
para dalle y avisalle
de que podría hablalle
a la tarde hacia la Vega:
él eso mismo me ruega.
"Vargas lo entienda, él lo calle."
La huerta de Vargas es
el lugar que me señala;
lo mesmo respondo; pues
no salió la traza mala.
Corred, sol, y volad, pies,
[que] si a una mujer agrada,
¿de quién podrá ser guardada?
De juicio en pensarlo salgo.
Pero ¿qué dice este hidalgo
todavía a mi criada?

(Retírase a una parte. Entran PETRONILA *y* JUSTINO, *que le ha dado la carta.)*

PETRONILA. ¿Quién le mete en más de dar
su respuesta que traelle
su papel y no cansar?
Y agradezca el respondelle
con palabras, sin obrar.

JUSTINO. Pues ¿qué es obrar?

PETRONILA. ¡Ay, mezquina!
Lo que es obrar no adivina
porque alcahuete se sueña;
[no] se halle a cuestas la leña
que hay dentro de la cocina.
Que lo mereció el engaño
de decirme que era carta
de fuera, y le desengaño
que al punto de aquí se parta,
no lleve de parte el daño.
Dígale a ese gentilhombre
que, por vida de su nombre,
que se le pase este amor,
que la criada es de honor
y no hay cosa que le asombre.

JUSTINO. ¿Y fué engaño, mi señora,
deciros que carta era
de fuera?

PETRONILA. ¡Cómo lo dora!

JUSTINO. Porque la carta de afuera,
ésa está por dar ahora.

PETRONILA. Luego ¿otra carta tray?

JUSTINO. Sí,
que era ajena la que os di,
y de porte os granjeé
que luego la propia os dé.

PETRONILA. Y ¿ésa es también para mí?

JUSTINO. Antes ésta es para vos,
si me ayuda la fortuna,
como es buen testigo [Dios];
ésta es propia, y para una;
la otra ajena, y para dos.

PETRONILA. ¿Para dos? ¡Qué confusión!

JUSTINO. Pero ¡qué clara razón
que eran de aquellos renglones;
para una, las razones;
pero, para otra, el són!

PETRONILA. Pues ¿són la carta traía?

JUSTINO. Y aun tres hizo sin trabajo,

de que no, a quien la leía;
a quien la di, de badajo,
y a quien fué, de chirimía.
Ved si trujo són a cuestas
la carta cosas honestas,
que vos no las entendéis.

PETRONILA. ¡Ay! ¿No me las volveréis
para el baile de las fiestas?

JUSTINO. Bien pudiera a quien agravia
a vuestra gracia o traición
volver la respuesta sabia;
quizá se volverá el són
para quien le bailó en rabia.
Bien pudiera dar por fruto,
con un sentimiento enjuto,
por el otro este papel,
y no ser amigo fiel
si soy amador astuto.
Pero adóroos, y pretendo,
sirviendo a quien os engaña,
templar el fuego que enciendo,
que es sombra de otra patraña
para la verdad que emprendo.
Esta carta recibí:
ésta si es para vos, sí;
llevadla, que importa vella.

PETRONILA. ¿Qué carta es ésa? ¿Qué es de ella?

JUSTINO. ¿Estáis ciega? Veisla aquí.
(Señala el pecho.)
¿No la veis en pergamino,
que la verdad limpia afila,
con humor retinto fino,
sobre escripta a Petronila
y firmada de Justino?
¿No veis que viene sellada,
no con cera colorada,
sino con una fe entera
de diamante, y no de cera?
Rompe el sello, que no es nada.
Y aunque en mí la vida parta
vuestro desdén infinito,
no sois tercera ni cuarta,
que a quien viene el sobrescrito
muy bien puede abrir la carta.
Cruz tray arriba, y entablo
con ella la fe que hablo,
porque en traer cruz se ve
que la escribió hombre de fe,
porque esotra escribió el Diablo.
No trae crianza o firmeza.
El renglón derecho empieza
que es conforme a la premática
de Amor, que ha de ser la plática
de donde hallamos llaneza.
Con "Señora" empieza ahora;
no es adular vuestro pecho;
la premática la ignora,
que siendo el amor derecho,
puede empezar con "señora".
Lo demás nada es extraño
a vuestro valor tamaño
y a vuestra mucha belleza,
pues en "desengaño" empieza
y es la fecha un desengaño.

PETRONILA. ¿Han visto el desvergonzado?
A ser alcahuete viene
del otro que le ha enviado.
Y ¡qué tallazo que tiene
el bellacón para honrado!
Váyase, que le haré
matar a palos.

(Vase PETRONILA.*)*

JUSTINO. ¿Qué haré?
Iréme, pues lo mandáis;
y, como en mi alma estáis,
conmigo os lleva mi fe.

(Vase JUSTINO. *Sale* DOROTEA *de donde estaba, y a dos coplas sale* MENDOZA, *lacayo, con papel.)*

DOROTEA. ¡Oh, Cielos! ¡Cómo este fiero
amigo de quien se fía
el que adoro y por quien muero
ama esta criada mía
y hace [de] falso tercero!
Mucho ha importado aquí oíllo,
para que pueda advertillo,
de que este amigo es doblado
y que él calle, como honrado,
o que busque otro concillo.

MENDOZA. ¿Está mi señor acá?

DOROTEA. Pues ¿no fuistes vos con él,
o hacéis del ladrón fiel?

MENDOZA. ¿Si [se] fué fuera sin mí?

DOROTEA. ¿Qué es lo que queréis vos?
¿Es cosa que puedo oílla?

MENDOZA. Acá es cierta cuentecilla
que hay, señora, entre los dos.
Quisiera dalle y rogalle
que una cosa por [mí] hiciera.

DOROTEA. Pues si es cosa de manera
que no podéis aguardalle,
[o] si son cuentas de prisa,
haced cuenta que está aquí.
Ved qué es; decídmelo a mí.

Mendoza. No son negocios de risa.
Bien dice vuestra merced.
Oigalas, que todo es uno.

Dorotea. Pues ¿qué os ha sido importuno?
Antes que digáis, tened.
¿Hallaisos mal? ¿Queréis iros?
Porque [en] verdad que Constante
os tiene el amor bastante.

Mendoza. ¡Ay, Dios...!

Dorotea. ¿Cosa es de suspiros?
Ahora bien, si cuentas son,
oírlas quiero, decí;
esperá; sentarme [he] aquí
sin alma y sin corazón.

(*Siéntase en una silla* Dorotea *y* Mendoza *saca unos papeles muy viejos, doblados, de la faldriquera, y descubierto, dice de esta manera:*)

Mendoza.

"Cuenta con mi señor Constante. Ha que le sirvo diez meses, a diez y seis reales por cada mes. Tengo recibido para en cuenta lo siguiente:

Primeramente, diez reales que pagó al cirujano de la cura del mozo de caballos cuando le descalabré porque hablaba con Mariquilla.

Más ocho reales que me llevó el alguacil de rescate de la espada que, con perdón de vuestra merced, me quitó en la casa pública.

Más diez y seis reales que me dió para compral la daga y el broquel.

Para esto también tengo yo dada una toquilla que hice de una calza de punto en el corral para Alonsico, en seis cuartos.

Más doce reales de una sortija de cerdas que vendí, de ésas que yo hago.

Más una limpiadera que me hallé en la calle, que vendí al mozo de cocina en siete cuartos.

Más dos reales que di a mi señor para que diese limosna el otro día.

De lo que me resta debiendo, que son, fuera de las raciones, sesenta y más reales, con todo lo que he recibido, es mi voluntad que se me digan tres misas en San Juan de los Reyes, de Nuestra Señora de la Limpia Concepción.

Item más, al Crucifijo de la Vega treinta salves y se den doce reales de limosna.

Item más, catorce misas en el Carmen y se las paguen a real y medio cada una.

Item más, que el día de mi intierro se den a la Cofradía de la Sangre de Cristo, de San Martín, cinco libras de cera.

Item, que den mis vestidos al Hospital del Rey.

Item, que vayan a mi intierro cura y beneficiado y Cofradía de clérigos de la iglesia mayor, y se les dé colación cinco reales, con que no se quede con ellos el mayordomo."

Dorotea. Tened, no haya que os asombre.
¿Es vuestro deseo burlarme?

Mendoza. No; pero quiero matarme
aquí con un gentilhombre
que habla con Petronila,
y soy mejor en derecho,
y antes entiendo y sospecho
que en vano se despavila.
Y para morir contento
y no quede el alma en calma,
dejando ordenada el alma,
he hecho mi testamento.

Dorotea. Pues ¿ya el seguro se os dió
que os matará ese cruel?

Mendoza. Cuando yo le mate a él,
¿qué tal puedo quedar yo?

Dorotea. Ahora, Mendoza, Mendoza,
sosegad, no os culpéis nada,
que la moza es muy honrada;
a mi cargo está la moza.
Cuanto y más que de ella sé
que a vos ni a nadie ha hablado
jamás. ¿En qué os ha agraviado,
si a dar un recado fué?
Cuanto y más que mi querella
que de lo que es razón pasa,
que os fío yo a vos mi casa
y tratáis traición en ella.
Yo sabré de Petronila
si os habla y si la habláis,
y si en este punto estáis.
De ella su honor se aniquila;
o la casaré contenta,
o despediré a uno y otro.

Mendoza. Para eso y para esotro
está bien hecha la cuenta.

(*Entrase y sale* Marcelo *con toballa al hombro y cuchillo en la mano, y leyendo el billete que* Dorotea *envió descubierto.*)

Marcelo. "En el cuidado se ve
la fe de amor en ausencia,
que es hija la diligencia
legítima de la fe.
Esta escribo porque apruebe
esta fe que al alma ha dado,

temerosa que criado
no ha de haber hoy que la lleve.
Que como el papel no leo
por do sepa vuestra casa,
la pena por culpa pasa
siendo inocente el deseo.
Para si viniere, estad,
escrito si a vos se entrega,
hoy a la tarde en la Vega:
hacia la huerta aguardad."

(Besa el papel.)

¡Oh, papel, no fueras de oro,
lámina en templo de amor,
pues eres fe de un favor
do está todo mi tesoro!
¿Cómo, provisión real,
cédula contra desdén,
trayéndome tanto bien
te he recibido tan mal?
¿Será enmienda suficiente
romper el pecho en que vivo
y allí, con gozo excesivo,
hacer[te] lugar decente?
Pero loco estoy, que entrego
tu gloria a lugar cruel,
que eres, carta, de papel,
y este mi pecho de fuego.
Abrasarte han mis porfías;
mas lágrimas en ti van,
que mi fuego templarán,
que son de gozo, y son frías.
¡Oh, Justino: cuánto has hecho
por mí, amigo singular!
También te debo guardar
lugar en medio del pecho.
A ejemplo de fieles pasa;
el tuyo su extremo ha sido...

(Entra CONSTANTE *y vele* MARCELO, *y retírase a una parte.)*

Mas ¿quién trujo a su marido
de mi gloria a nuestra casa?
Mucho en su venida va.
¡Ay, Cielos! ¿Qué podrá ser?
Quiero, retirado, ver
qué intento le trujo acá.

CONST. Rastreando he descubierto
que en casa de este señor
vive nuestro pretensor,
y aquí lo sabremos cierto.

(Sale JUSTINO *descubierto, con toballa al hombro y copa en la mano.)*

¡Qué tarde y con cuánto espacio,
como no es despensa escasa,
se come en aquesta casa,
que es como estar en palacio!
De este copero podré
sabello, como se aguarde.—
[Gentilhombre: Dios os guarde.]

JUSTINO. Y guarde a vuesa mercé.
(¿No es éste Constante, sí,
el marido de la dama
que el honor de ambos infama?
Este es, que salir le vi
sin que él me viese. Hoy el cielo
me ofrece una ocasión grande.)
¿Qué hay en que se me mande?

CONST. Lo que os suplico diréło.
Un mancebo, un gentilhombre
de buen talle, que por señas
de su talle, hábito y señas
un galán me dijo el nombre;
y que sirva de trinchante
en esta casa y señor,
pues mostráis tener valor,
este es seguro bastante.
¿Qué hombre es? Me decí del juicio,
la traza y la calidad,
que en lo de la cuantidad
claro lo dice el oficio.
Pues para una información
que hace cierta Cofradía
adonde él entrar querría,
la verdad, y sin pasión,
os pido que me contéis,
pues en una casa estáis
que en lo que de mí os sirváis
veréis si lo hallaréis.

MARCELO. (Aun bien, que seguro estoy
que el que informa no es ruín.
¡Válame Dios! ¿A qué fin
querrá éste saber quién soy?)

JUSTINO. Ya, señor, la Cofradía
do ese galán quiere entrar
la alcanzo, y puedo jurar
que no os mentiré, a fe mía.
Conózcoos; no es menester
que me obliguéis más de nuevo.
Lo que sé de ese mancebo
es que tiene una mujer
con quien está amancebado;
gasta más de lo que tiene;
hombre mozo, que entretiene
en liviandad el cuidado.

El linaje es de hombrecillo
habido de ayer acá,
y en lo del juicio no está
todo el suyo al colodrillo.
Hombre es que intenta quimeras
que tocan a humor de loco;
para burlas vale poco,
y menos para de veras.
Yo soy quien decir pudiera
bien, que soy su amigo leal;
pero hay en él tanto mal,
que informo de esta manera.
Mirad por vos.

MARCELO. (¡Ay, traidor, (1)
en son de amigo mayor!)

CONST. Aqueso me declarad.

MARCELO. (Este ha de echarme el secreto
por tierra; remediarélo.)

(Entrase MARCELO *y da voces dentro, llamando a* JUSTINO.)

JUSTINO. Vos sabed que este Marcelo,
sin atender a respeto...

MARCELO. Justino, mi señor llama.
¿Ah, Justino?

CONST. A tiempo tal
que ahora os llame llevo a mal.

MARCELO. ¿Justino?

JUSTINO. ¡Qué voz derrama!
Perdonadme, y procurad
que nos veamos después,
que os importa lo que es;
sabréis de mí la verdad.

(Entrase JUSTINO. *Queda confuso* CONSTANTE *y admirado.)*

CONST. Harélo con el cuidado
que debo. Ya la sospecha
el alma enlaza y estrecha.
Quedo helado y abrasado.
¿Si sabe éste el casamiento
que este Marcelo pretende
con Petronila? ¿Si entiende
mi fin y su pensamiento?
Pero si esto fuera poco,
para tal me previniera
a confusión; de manera
me deja, que quedo loco.
Ya me provocan a enojos
las sospechas a que vengo:
mujer moza hermosa tengo;
ya viviré con mil ojos.
Quizá mi vida podrá ser (1)
que la lengua desordena;
mujer tengo noble y buena;
pero, en efecto, mujer.

¡Ah, pajizas murallas! ¡Ah, tejado
de vidrio! ¡Ah, puerta falsa, humilde cielo!
¡Ah, cercada amistad, humilde suelo,
atropellada paz y amor quebrado!
Apenas de mil leguas ha asomado
la bandera enemiga del recelo,
cuando vuestra campana toca a duelo
y ya vuestros cimientos han temblado.
¡Ah, cargo del honor del que se casa!
Apenas se imagina la molestia,
cuando la pena no hay por [do] desfogue.
¡Ah, dolor, que hacéis [que] aquel que os [pasa,
si disimula su sentir, es bestia;
pero si os siente y [se] repara, azogue!

(Vase y salen JUSTINO *y* MARCELO *como estaban, con copa y toballas.)*

JUSTINO. ¿No es bueno llamarme a gritos
y no dar una razón
de las voces de infinitos?

MARCELO. Quizá esa voz fué pregón
de alguno de tus delitos.

JUSTINO. ¿Qué llamáis delito en mí?

MARCELO. ¿No lo fué faltar de ahí
de la mesa a mi señor?
Y el que hace falta es traidor.

JUSTINO. ¿Y pregonábanme ansí?

MARCELO. De las voces soy testigo
y a la falta es bien se atienda,
que no es malo que un amigo
os dé el pregón de la enmienda
y os excuse del castigo.

JUSTINO. A esa razón, ¿muy culpado
me halláis?

MARCELO. Tanto, que he dado
prueba, en lo que yo he sentido,
que falta en vos haya habido
de lo que en vos he fiado.

JUSTINO. ¿En lo que toca a los dos
he faltado?

MARCELO. ¿Tal decís?
No creo yo tal de vos,
sino que vos descubrís
lo que es reservado a Dios.
La falta es de algún indicio
que habéis dado en vuestro oficio;
y así, como amigo, os digo,

(1) Falta un verso antes de éste para la redondilla.

(1) Sobra una sílaba a este verso.

pues de esto sirve a un amigo,
que le hagáis con más juicio.
Que si al sentido os alcanza
la insignia que está en la mano,
os confiesa la privanza,
que cuanto el favor más llano,
es mayor la confianza.
En la toballa condeno;
poco va en el nombre franco;
no estáis de su estilo ajeno,
que la parecéis en blanco
y en dobleces sois muy bueno.
Aquesa verdad confirme
la copa, que es breña firme;
la culpa, que no os da pena:
dáosla el repostero llena;
no sabéis llevarla firme.
Y como el viento os provoca,
como liviano, a movella,
es vuestra culpa no poca,
y os vi a pique de vertella
en el aire de la boca.
Y en esto es bien perdonéis,
si de mí reñir os veis,
que importa a nuestra amistad.
De hoy más la boca cerrad
y veréis lo que valéis.

JUSTINO. ¿Que mi boca tan abierta
veis, tan liviana mi mano?

MARCELO. Uno y otro es cosa cierta.
No penséis que os riño en vano,
que la ocasión me dispierta
nuevas razones aquí.
Ya sabéis que me ofrecí
por vuestro cuando aquí entré,
y, fiado en esta fe,
poca parte de otra os di.
¡Por mi vida! que ninguno
sepa lo que vos sabéis
de mí; no sea importuno,
que del oficio que hacéis
y el que yo os encargué, es uno
Aquí servís de llevar
la copa sin respirar,
porque es veneno el aliento
vuestro para otro hombre. Al tien-
de esto podréis rastrear. [to
Buena es la comparación,
porque del hablar se trata;
si echado sin atención
en otro estómago mata,
¿qué hará en otro corazón?
Ved que el secreto en el pecho
del amigo es vino nuevo
en vaso a cocer no hecho.
Vaso nuevo sois; yo apruebo
de lo que sois, satisfecho.
Ya no podéis excusaros
con ignorar de enmendaros,
[que] si el nuevo vino hirviere
y del pecho se os saliere,
obligaréisme a taparos.
Mas no pienso que intentó
tal jamás el que yo digo.
Perdonad si os riño yo,
que este es oficio de amigo,
Justino, y esotro no.
Y adiós. El salud os dé,
que la oscuridad de fe
pide que con El os veáis.

JUSTINO. Queda adiós.

MARCELO. Y con El vais.

(*Vase* MARCELO.)

JUSTINO. Este oyó cuanto hablé.
Este sabe ya que en mí
hay poco de su secreto.
La amistad de éste perdí,
y él me ha perdido el respeto;
ofendido quedo así.
Ya no hay que dilatar más.
En el castigo verás,
Marcelo, pues me has oído,
la pena que has merecido
por la culpa que me das.
Yo le pondré a éste en las manos
del marido, o podré poco.
No son pensamientos vanos
las esperanzas que toco;
deseos son inhumanos.
Mas en ellos muestra Amor
por dónde gozar mejor
a mi fregona y mi bien,
y por dó la muerte den
al que me llamó traidor.

(*Entranse y salen* CONSTANTE *y* MENDOZA.)

CONST. ¿Que a gozar el sol han ido?

MENDOZA. No ha una hora que salieron.

CONST. ¿Y hacia la Vega dijeron?

MENDOZA. Aquí, a la Vega, han venido.

CONST. Ya salir tanto me duele
y más mi sospecha vale,
que mujer que mucho sale
da mucho que se recele.
Miro la Vega y no veo
mujer que parezca a ellas.

MENDOZA. ¿No alcanzas, señor, a vellas?
Pues no las ves, estás ciego.
Estas dos, hacia la cruz
de San Ilefonso son.
CONST. ¡Por Dios, que tienes razón!
MENDOZA. Pues no es tiro de arcabuz.
CONST. Apártate y date prisa;
llega y el oído afila,
que yo sé que Petronila
dice no con mucha risa.

(*Apártanse a un lado y entran* PETRONILA *y* DOROTEA *cubiertas.*)

PETRONILA. Señora, no hagas tal.
Envíale con el Diablo.
DOROTEA. Calla, que tu gusto entablo.
PETRONILA. Mío o tuyo, él está mal.
Ese negro de mozuelo,
si para esposa me quiere,
pídame, ¿qué lo difiere?
O harélo o no harélo.
Acabarse ha de una vez
el seguirnos y buscarnos.
¿Todo el llano hemos de andarnos
haciendo al mundo juëz
del favor o disfavor,
si Amor se aviva o se amansa?
A mí, señora, me cansa,
y no está bien a tu honor.
Vámonos y no aguardemos
el convite ni merienda,
que hay ojos a quien ofenda
lo que hacer pretendemos.
Cuantos en la Vega están,
viendo merendar los tres,
imaginarán que es
[el] tuyo y no mi galán.
Y, pues yo, con irme, a mí,
el mirar por ti me agrada,
mira que estás obligada
a mirar por ti y por mí.
CONST. Si el mozo [es] sin trato doble
tú has de venir a reñillo;
cuando un villano es sencillo
no sé qué tiene de noble.

(*Entra* MARCELO *con una toballa y un cuchillo y una gallina en un plato, y siéntanse ellas.*)

DOROTEA. Calla ya, necia mezquina;
aquí a mi lado te sienta.
MARCELO. No hay otra cosa en la venta
sino pan y esta gallina.
PETRONILA. Este asiento nos destruye
y nos hace levantadas;
que el vernos aquí asentadas
que no lo somos arguye.
CONST. (Para criada, gran pecho,
y flaca ama: esto es así.)
MENDOZA. (Y aun eso me hace a mí
en celos andar deshecho.
Es mejor que polvo y lodo.
Echó el Cielo en ella el resto.
CONST. Ahora quiero estorbar esto
[y] enterarme más de todo.)

(*Llegan* CONSTANTE *y el* LACAYO *y* MARCELO *saca un cuchillo, turbado.*)

CONST. ¿Hay para todos?
DOROTEA. Habrá
todo lo que hay para vos.
MARCELO. ¡Cielos!
PETRONILA. ¡Mi señor!
DOROTEA. ¡Ay, Dios!
MENDOZA. Todos estamos acá.
CONST. ¿Qué conversación es ésta?
DOROTEA. Salimos a merendar
el ave que hice guardar
aquí, al sol, hacia la cuesta.
Y, como mala trinchante,
le di licencia a Marcelo,
que vino tras el señuelo
de ésta, su amada o su amante,
para que llegue y la parta
sin turbarse en su presencia.
CONST. Con todo, sin mi licencia,
ha sido licencia harta.
DOROTEA. ¡Maldita sea esta liviana
que harto se lo reñí!
PETRONILA. Yo, señor, la causa fuí;
que tuve de hablarle gana,
para probar sus regalos
y notar todo su aviso,
que mi señora ya quiso
hacerle matar a palos.
Perdone, que no caeré
otra vez en tal error;
no lo padezca su honor
y ponga falta en mi fe.
MARCELO. Ya toda el ave he trinchado;
hecha piezas la tenéis.
CONST. Galán, si ser pretendéis
con mi criada casado,
recatad vuestros intentos;
que los hombres lo recatan
y en los campos no se tratan
las cosas de casamientos.
MARCELO. Corté el ave.

CONST. Más se corte
que el ave, que es lo que importa;
que si ave es la que se corta,
otro corte hay más que importe.
Cortad la conversación
y andad con Dios, por mi fe;
que soy corto y cortaré,
y es alargar la ocasión.

MARCELO. Ya, por no ofenderos, corto
el corte de que me encargo.
Perdonad si anduve largo,
que, por mi fe, que soy corto.

MENDOZA. Eso es lo que has de hacer;
que traigo yo aquí quien corte;
la conversación acorte
o nos hemos de perder.

MARCELO. No hay que perder ni ganar.
Yo, aficionado de quien
sabe esta doncella, bien
me he pretendido casar
con mucho honor y pedilla
conforme con quien se halla.
Pero si el llegar a hablalla
y dar muestras de servilla
tan mal fin ha de tener,
para siempre me despido:
ni le faltará marido
ni a mí faltará mujer.

(Vase.)

DOROTEA. ¿Veis que hacéis con vuestro eno[jo?
Echallo todo por tierra,
que el juicio no se encierra
en la sombra de un antojo.
Hacello riña y reñilla;
veislo ya todo perdido,
que le había Dios venido
a ver [a] esta cuitadilla. *(Llora.)*

PETRONILA. Que hombres no han de faltar;
eso lágrimas no cueste.

DOROTEA. Sí faltarán como éste.
Corré, volveldo a llamar.
¡Maldito seáis, amén,
que así quitáis el remedio
a esta sazón!

CONST. No es buen medio;
ni llamalle me está bien.
Principalmente que yo
de quien es vengo informado
y sé que está amancebado.

DOROTEA. ¿Cómo es eso?

CONST. Quien contó
otras faltas de su pecho,
contó que por otra muere.
Si Petronila le quiere
así, le haga buen provecho.
Ya yo en que [he] errado cayo:
quiero llamarle, señora.

DOROTEA. ¿Qué vais a hacer ahora?
Mejor le atraviese un rayo.
¡Bonita es quien lo desea
para ver eso que hacéis!

CONST. ¿Que le llame no queréis?

DOROTEA. ¡Por vida de Dorotea
no haréis tal, ni volverá
más a causaros enojos
si en otra ha puesto los ojos!

PETRONILA. Créeme que así será;
que no pienso dar el sí
al hombre que tiene amiga.

DOROTEA. Ni es bien tal de ti se diga.

CONST. ¡Ea! vámonos de aquí;
vamos a casa temprano.

DOROTEA. ¡Oh, traidor, otra mujer!
Si otra vez le alcanzo a ver
yo le asentaré la mano.

MENDOZA. ¿Qué se hará desta gallina?

PETRONILA. Tú, que esa pérdida sientes,
se la remite a tus dientes.

MENDOZA. El estógamo adivina
esta noche brava cena
con la salchicha en la escala.

CONST. (Esta mujer, aunque mala,
da esotra por no muy buena.)

FINIS.—LAUS DEO

JORNADA TERCERA

de la famosa comedia del TOLEDANO VENGADO.

(Salen JUSTINO *y* CONSTANTE.)

JUSTINO.

¡La tierra toda hasta el centro se abra
y allí sepulte el cuerpo que sustento
si a la verdad añado una palabra.
Siento el honor y aun que es amor siento;
y honor y amor, si estrechan a un honrado,
al infierno comparo su tormento.
Y digo del honor estimulado,
que se os osurpa, y del amor vencido
que a esa criada vuestra le he cobrado,
y a hablaros tan claro me he atrevido.
No perdáis ocasión, si tenéis honra;
pues ella á vuestras manos se ha venido,
con su sangre lavad vuestra deshonra.

CONST. ¿Que dentro en mi casa queda
el adúltero traidor?
Público es mi deshonor,
mi honra anda en almoneda.
Sangre de Constante hidalga,
si quien dentro en vos se incluye
os infama y os destruye,
¿de quién esperáis que os valga?

JUSTINO. Tal has [ahora] de hacer.

CONST. Saco mano en mi valor.
Mas ¿quién guardará el honor
si el ladrón es su mujer?
¿Tal me daréis en las manos?

JUSTINO. Será ésta mi esperanza,
si no es que vuestra mudanza
saque a mis deseos vanos.

CONST. Mirad bien lo que decís;
que tengo honrada mujer.

JUSTINO. Venid y lo podréis ver
hasta ver lo que sentís.
Ya digo que, con palabra
que, si un adúltero os doy
dentro en casa, esposo soy
de la que mi pecho labra;
como Petronila sea
mi mujer, yo su marido,
haré que el mismo ofendido
a los que le ofenden vea.
Que lo que en hablaros tardo
ha que [en] vuestra casa entró,
y alguna le recibió
con un ademán gallardo.
Vile, y vile en el zaguán
abrazar vuestra mujer.
Paciencia habréis menester,
que dándoos tormento están
mis razones; pero importa
a vuestro honor su tormento.

CONST. Ya he dicho una vez y ciento
que el corazón se reporta.
Que así hoy has de ver hecho
ceniza que el alma abrasa;
que para abrasar mi casa
basta el fuego de mi pecho.
(Pero tapa, en esta llama. (*Aparte.*)
experiencias conocidas,
a vueltas de abrasar vidas,
no queme el honor su fama.
Que el celoso pensamiento
buscando medio oportuno
ha hecho, si lo sabe uno,
vengan a saberlo ciento.
Procuro, de mi deshonra,
venganza de quien me infama;
pero sin manchar la fama
sea posible mi deshonra.
Que ya esta borrada gloria
va a ruego y cuenta propia
y el desmentir esta copia
es punto de la vitoria.)

JUSTINO. ¿Dudáis en que os los pondré
en las manos? ¿Qué pensáis?

CONST. Si en las manos me los dais,
por Petronila, os daré
ésta de mujer al punto;
y el tiempo no se limite,
en que el honor resucite,
que habéis dejado difunto.
Y advertid que lo miréis
bien, porque si os engañáis
y en mi casa no me dais
al que en ella visto habéis,
volveré todo el enojo
contra quien trajo la nueva;
porque de ordinario lleva
esta guerra este despojo.
Y advertid que ese galán
habla a mi criada y no
a mi mujer.

JUSTINO. Sé bien yo
cómo esos amores van.
Hasta los celos pasados
que estos días han tenido;
que, después de haber reñido,
los reconcilian recados
que un lacayo lleva vuestro...

CONST. ¿Mío?

JUSTINO. Vuestro, y no culpado;
pues, cual vos, es engañado,
vos por noble, él por no diestro.
Hácenle creer que son
razones de la criada
con el Marcelo enojada,
y es la reconciliación;
que el lacayo a pique ha estado
de acuchillalle y matalle,
porque le topa en la calle,
de Petronila picado.
Ved, si ya lo echa a risa,
que demasiado os tardáis.

CONST. ¿A qué bodas me lleváis
para darme tanta prisa?
Donde a la fortuna plugo
ahorcar mi bien pasado;
pues ¿cuándo se vió ahorcado
que diese priesa al verdugo?

Pero vamos, guardarme heis
la puerta, pues a mi casa
por una sola se pasa.

JUSTINO. Vamos, ¿en qué os detenéis?

(Entranse y salen MARCELO *y* DOROTEA *de las manos.)*

MARCELO. ¿Hasta cuándo han de durar,
gloria mía, los enojos?
¿Cuándo esos hermosos ojos,
do se puede el sol mirar,
alumbrarán a Marcelo
el alma que [se] os rindió
cuando el sol de ellos dejó
lleno de invidias el suelo?
Para mi descanso y vida,
mis amores y mi gloria,
que ya mi fe os es notoria
que su mérito convida
a que la gloria me deis
del Cielo, a do me lleváis,
¿en qué tardo, si me amáis?;
si os amo, ¿en qué os detenéis?

DOROTEA. ¡Ay, sirena; cómo encantan
tus razones con su acento,
humillan mi sentimiento
y tus deseos levantan!
Esos hechizos son parte,
tanto del alma te he dado,
a que, viéndote culpado,
no miren sin perdonarte.
No puedo negar que adoro
(Abrázanse.)
tus brazos y los deseo;
que, abrasada en ellos, veo
en mi alma su tesoro.
Pero notable ocasión
diste a mi enojo estos días,
pues supe bien que tenías
puesta en otra tu afición.

MARCELO. ¿Yo afición en otra?

DOROTEA. Sí.

MARCELO. ¿Quién tal dijo? ¡A morir vengo!

DOROTEA. Un criadillo que yo tengo
me lo dijo todo a mí.

MARCELO. ¡Fálteme el sol y el consuelo
de aquesa divina luz:
(Besa la cruz del espada.)
y juro a Dios y a esta cruz,
retrato de otra del Cielo,
que es mentira que después
que te vi, a otra mujer sigo,
y fálteme lo que digo
si esto la verdad no es.
¿Yo a otra? Calla, mi amor,
que es agraviar tu beldad.

DOROTEA. ¿Que si no fuera verdad?
¡Cómo me engañas, traidor!

MARCELO. Hermosa, cuanto cruel,
goza el tiempo y teme el daño.

DOROTEA. Esme sabroso el engaño
y déjome llevar de él.

MARCELO. ¿Aguardas a que perdamos
la ocasión que ahora tenemos?
Amote, ámasme, andemos.

DOROTEA. Amasme, ámote, vamos.

(Tómanse por la mano; van a entrarse y entra el marido, CONSTANTE. *Demúdanse, suéltanse las manos.* DOROTEA *abaja los ojos;* MARCELO, *turbado, empuña la espada;* CONSTANTE *empuña y dice:* "Tray un cordel.")

CONST. Paso: no muevas la mano
que es de mi honor homicida;
porque acabara tu vida
en moviéndola, villano.
Esa cólera reporta;
de espada no estés armado,
que la espada de un culpado
contra el que ofende no corta.
No hay más fingir que servías
a Petronila, no más;
que ya declarado estás,
desmentido he las espías.
Engañado de ti he sido
y de esta mujer, al fin;
el trato ha sido ruín,
mas yo no quedo ofendido.
Porque engañaste mi fe,
no hay infamia que sentir;
que mal puedo consentir
el agravio que no sé.
Y la infamia que se espera
sólo es la publicidad;
está entrambos, reparad,
para que ninguno muera.
Di, flaca mujer, ¿ha visto
alguien este hombre aquí entrar?

DOROTEA. Nadie.

CONST. No vale negar.

DOROTEA. Nadie.

CONST. ¡Cuánto me resisto!
¿Petronila?...

DOROTEA. Enviéla fuera.

CONST. ¿Mendoza?

DOROTEA. También fué a caza.

CONST. ¿Alonso?

DOROTEA. Está en la plaza.

CONST. ¿La dueña?
DOROTEA. En cas de su nuera.

(*Saca* CONSTANTE *un cordel y arrójasele a* MARCELO.)

CONST. De esa cuerda os descolgad
al punto, por la ventana
que está hacia el campo llana
y la palabra me dad
que mientras viváis pondréis
los pies jamás en mi calle.
MARCELO. La palabra lleva talle
de que ahora me matéis.
CONST. Descolgaos y ofrecé a Dios
la paz, que con Él concuerda,
y advertid que aquesa cuerda
la llevéis también con vos.
MARCELO. Más vale mirar aquí
que os veo ofendido y siento
que es la razón mi tormento
CONST. La ventana veisla allí,
y descolgaos y haced
lo que os digo.
MARCELO. En vos fiado
voy, mirad que soy honrado:
matémonos.
CONST. Detened;
id, y la boca no se abra
jamás. Haced lo que os pido.
MARCELO. Descolgado y no ofendido,
cumpliros he esa palabra.

(*Vase.*)

CONST. No lloréis. Son permisiones
del Cielo, y no es novedad
que se cobren voluntad
dos humanos corazones.
La enmienda es la que os encargo
que sois mujer, y no admira
la flaqueza si se mira.
DOROTEA. Esa tomaré a mi cargo.
CONST. Asentaos en un estrado
y en un ejercicio honesto
os ocupad; olvidá esto,
que perdono lo pasado.
Quiéroos: mas a mí conviene
os entréis y que os sentéis;
marido honrado tenéis,
tenelde la fe que os tiene.

(*Entrase ella temblando. Entra* JUSTINO *solo.*)

JUSTINO. La llave eché, y no es posible
que salga de casa un rato.
CONST. Usasteis conmigo un trato
[en verdad] harto terrible.
De un hombre honrado me admira
una tan gran liviandad:
afirmasteis por verdad
lo que ha salido mentira.
Estoy tal, que ¡vive Dios!,
según tengo el agonía,
la cólera que traía
temo ejecutar en vos.
Ved: mi mujer en su estrado
descuidada de aposento,
un aposento sin tiento
yo desde abajo he mirado.
Cuba, aljibe, pozo vi;
retretes, sala, zaguán;
hasta las cajas que están
dentro de un zaquizamí,
y no hay tal hombre. Atendé
a lo que habéis obligado
a un hombre, si es hombre honrado.
JUSTINO. Que entró y por dó entró, eso sé;
pero si salió, por dónde
salió, eso resta saber.
CONST. Vos propio lo habéis de ver.
Quizá a mis ojos se esconde.
Tomad mis llaves, andá
mi casa.
JUSTINO. De verlo entrar,
vilo.
CONST. Pues idle a buscar,
y quizá parecerá.

(*Toma las llaves* JUSTINO *y entra a buscalle, y* CONSTANTE *dice de rodillas:*)

CONST. ¡Cielos! ¿En qué haré pago
a la merced que me hacéis,
pues que aquí cubierto habéis
de mi deshonra el estrago?
No quiero más descubrir
la infamia, que soy honrado.
Esto ha de hacer un casado;
no alborotar, ni reñir,
ni que lo entienda tercero,
[ni] otro que su mismo honor,
que el marido voceador
de su infamia es pregonero.
Desmentid a la acechanza
de éste, como cuerdo y sabio:
yo tomaré del agravio
hecho la justa venganza.

(*Vuelve muy corrido las llaves* JUSTINO.)

JUSTINO. Si entrara, por do salir
no veo, y si acá estuviera,

do su sombra se encubriera
no se me pudo encubrir.
Algún frenesí me dió
o alguna melancolía,
o falsa desdicha mía
que le desapareció.
De verle entrar ¡juro a Dios!,
que jurara que le vi.
En este punto perdí
casi esperanzas dos:
el vengarme de Marcelo
y casar con Petronila.
¿Qué es esto? ¡Cielos! Perdíla.

CONST. Sois loco, y loco mozuelo,
incapaz para concierto,
de veras ni de burlando;
sin juicio, que andáis soñando
de día, estando despierto.
Ios en buen hora a dormir
el vino que habéis bebido,
que de vos soy ofendido,
pues que de vos me creí.
Y agradecé que la lengua
no os arranco, que intentó
cuando el corazón sonó
firmar mi soñada mengua.
La cual, ni para ese sueño
no mováis, que os buscaré
y la lengua arrancaré,
que a este sueño diere dueño.

JUSTINO. Voime, y decí que he obligado
hoy mi lengua a lo que pudo
vuestro honor; mas verme heis [mudo,
como os considero honrado.
Mas no quedaré en Toledo,
que, si es tal mi fantasía,
quizá soñaré otro día
otra cosa de más miedo.
Y mi desdicha, que es quien
las verdades vuelve en sombra,
hoy con ésta así me asombra,
que esperar a otra no es bien.
Voy a cobrar mi salario,
sin esperar otro error.

CONST. (Hoy voy a cobrar mi honor
con muerte de mi contrario.)

(Entranse, y salen un MÚSICO *cantando este romance, y tras de él dos* ESTUDIANTES *paseando de noche, con sus armas.)*

MÚSICO. "Donde las aguas de Duero
de un río o un arroyo cay,
ferido con un venablo
el Cid al rey Sancho tray.
¡Mal haya—dice el buen Cid—
tierra do traidores hay!
No fuera en sangre teñido
vueso rayo de contray;
mas home noble cual vos,
ni en secreto ni en tal cay,
que si al villano yo viera
y si le alcanzara ¡guay!,
no le valieran las sierras
do es el solar de Garay,
ni aun le valieran las hierbas
que produce el monte Vay."

ESTUDIANTE 1.°

¡Lo que se resucitan los vocablos
del castellano antiguo!

ESTUDIANTE 2.°

Pinta el tiempo.
Un filósofo dijo que es serpiente
que en la boca la cola está metiendo,
dando a entender que pasan las edades,
múdanse las costumbres y los gustos;
pero cansados, cual de humanos juicios,
vuelven a su principio. Y el filósofo
dijo muy bien: *Nihil dictum,* en efeto,
quin prius dictum. Mas dejad aparte
razones tan fundadas como éstas.
El músico, ¿quién es?

ESTUDIANTE 1.°

Damón es, cierto;
que, dejadas las largas hopalandas,
va a lo cierto ya hecho un gran Macías.

ESTUDIANTE 2.°

Al río a ver nadar, [venid,] sigámosle.

ESTUDIANTE 1.°

Por aqueso y por ver cantar es lícito;
y a Damón, a lo menos, que, escuchándole,
gozaremos de versos metafísicos,
donde, a la sombra de sucesos trágicos,
canta de sus amores mil capítulos,
que, por ser en lugar honrado y célebre,
donde es la fe de este Leandro víctima,
lo dice ansí por no causar escándalo.

ESTUDIANTE 2.°

Pues alargad el paso; venid.

ESTUDIANTE 1.°

Pláceme.

(Entranse y salen MENDOZA *y* ANTEQUERA, *lacayos, con un jarro de aloja o de vino y una moza,* MICAELA, *tapada con su saya, y ellos con cuellos de papel a lo pícaro.)*

MENDOZA.

Vos detened y no corráis, pestíferos.

MICAELA.

Anda tú, querentum.

MENDOZA.

¡Oh, tú, antípoda
destotro nuestro mundo! Con el cálamo
de este jarro, mojado en el espíritu
del tabernero, que es de cuerpo espléndido,
atended a mi musa melancólica,
que os pintará dos mil versos satíricos.

MICAELA.

No desgarréis, lacayos bacaláticos.

ANTEQUERA.

¡Oigan, que es la mujer, por Dios, política,
cecina de la carne del dios Cúpido!
Tu humor me ha contentado, casi pícara.
Encaja y dale un toque al jarro, bélica,
que riñiré contigo.

MICAELA.

¡Brindis pícaro!

ANTEQUERA.

¿Llevas cota no de esa de mi álnima?

MENDOZA.

Cursada es en el arte; yo la fío.

ANTEQUERA.

Ha hecho grajas. ¡Hola! ¡Abajo, al río!

(Vanse, y sale medio desnudo MARCELO, *y tras él, de la propia forma,* CONSTANTE, *sin que le vea* MARCELO.)

MARCELO. Todo se me antoja sombras
de aquel hombre que ofendí.
Pensamiento, ¿qué me asombras?
Que [ya] de la sombra huí
que temí. ¿Por qué me nombras?
Lejos estoy de volver
a hablar a su mujer.
Si la palabra he cumplido,
¿qué hay ganado ni perdido
ni qué tengo que temer?
Quiero desnudarme y dar
rienda al poco pensamiento
que me hizo apasionar.
Gran calor; no hace viento;
hora propia de bañar.
Mas ¡oh, murallas sagradas
de Toledo! ¡Cuán miradas
esta noche sois de mí!
Jamás parece que os vi
con recelo y enfadadas,
que sospecho que jamás
volveré a verme en Toledo.
Vamos, recelos no más;
pierda un hombre honrado el miedo.
Marcelo, en locura das.
Bonísima está esta tabla;
bien el bañarme se entabla;
todo el recado se ataje.

(Comiénzase a desnudar, y a otra parte, CONSTANTE, *ni más ni menos.)*

CONST. El es; en el talle y traje,
capa, aspecto, garbo y habla.
¡Qué de días he aguardado
esta ocasión, santo Cielo!
¿Posible es que me la has dado?
Ahora verá Marcelo
si es hombre, Constante, honrado.
Siento en la garganta un nudo...
de cólera ya estoy mudo.
Desnudaos, que bien hacéis,
que desnudo pagaréis,
pues me ofendiste desnudo.

(Levántanse a una desnudos, entrambos honestamente, y, al tiempo que MARCELO *se santigua para arrojarse a nadar, arremete* CONSTANTE *y áscle de un brazo, con una daga en la mano.)*

MARCELO. ¿No es notable mi tibieza?
Quizá el río será parte
para quitar la torpeza.

CONST. ¡Bien haces de santiguarte,
y aun a confesarte empieza!
Y aunque matarte pudiera
sin traición, de otra manera,
vencido de la razón,
pues el matarte a traición,
cual sabes, traición no fuera.
Pues agraviado de ti
me veo, y el ofendido
que en venganza mata así,
de traidor no es convencido.
Pero yo he querido aquí
matarte de aqueste modo,
para que veas que en todo
soy honrado en lo que intento.
Honrado en el sentimiento,
en la venganza, en el modo
de tomalla, en el matarte,
en el descubrir por parte
la infamia; hasta en reñirte,
en aguardarte, en seguirte,
en la hora y en la parte
desde que te hallé en mi casa.
La injuria quemó el honor
y el alma rabiosa abrasa,
que un celoso deshonor

pasa el tiempo y él no pasa.
Desde aquel punto he seguido
tus pisadas, y he venido
al punto que he deseado.
Bien sabes que soy honrado
y de esa mujer marido.
¿Qué te movió, que en mi daño,
robases a tu querer
mi honor, por término extraño
engañases mi mujer,
que puede llamarse a engaño?
Llamo engaño al ciego intento
do la llevó el pensamiento,
loca con su liviandad,
que si confieso verdad,
es menor de entendimiento.
Si te pareció que yo
soy hombre que guardo mal
lo que en guarda se me dió;
si me tuviste por tal,
y esto acaso te movió,
y quizá lo confirmaste
cuando, temblando, me hablaste,
por deslumbrar a la voz
del vulgo fiero y atroz,
adivino te culpaste.
Hoy, donde a solas están
cielo y tierra, por su nombre,
vengo a que veáis, galán,
que basto yo para hombre
de la mujer que me dan.
Los brazos dirán que igualan
fuerza que al dolor exhala,
ya por la lengua su pena.
Volvedme mi mujer buena,
pues vos me la hicisteis mala.

MARCELO. ¡Ah, Cielos!

CONST. Sí; llamarélos
también en mi ayuda, Cielos.
Valedme, brazos robustos;
mas si son los Cielos justos,
con suavidad vengarélos.
Aquí os dará cama el río,
traidor; murió vuestro brío;
cobro mi honor con matar,
y no hago más de tomar,
donde [lo] hallo, lo que es mío.

(Entra con él, echándole dentro, como en el río, y da voces, y salen AMBROSIO *y* FULGENCIO, *que son los estudiantes de la música.)*

CONST. ¡Aquí se ahoga este hombre!
¡Ayuda, que se ha ahogado!

FULGENC. ¡Jesús le valga y su nombre!

AMBROSIO. ¡Ahogóse el desdichado!

FULGENC. No hay cosa que así me asombre.

CONST. ¿Ahogóse?

FULGENC. ¿No le veis
cuál le sacan? ¡Oh, Constante!
¿Habéis nadado? ¿Qué hacéis?

CONST. Fulgencio, halléme adelante
el suceso que atendéis.

(Sale CONSTANTE, *todo mojado y alterado, y viste sus vestidos.)*

AMBROSIO. ¿Quién es el que se ha ahogado?

CONST. No sé, por mi fe: un Marcelo
pienso que es el desdichado:
un medio paje, un mozuelo.

FULGENC. Ya le conozco; ¡ay, cuitado!

AMBROSIO. ¿Nadaba lejos de vos?

CONST. Antes por nadar los dos
juntos, murió el pecador;
porque él nadara mejor
sólo como sabe Dios.
Vióme en esta tabla honda,
y, como a un mozo brioso
no hay lugar que se le asconda,
parecióle el trance hermoso;
arrojóse y nada ahonda.
Quiere afrentarme y pasar
adelante, y aun mostrar
que meneaba los brazos
con más gusto y con más lazos.
Entró donde yo a nadar;
avisèle que nadase
en otra tabla más baja
y que adonde entré no entrase.
Calla y la cabeza abaja
y [a]donde yo estaba vase.
No entró apenas do yo toco
cuando luego, de allí un poco
le vi junto a mi ahogado:
no murió por no avisado,
sino por galán y loco.
Y si a decir verdad va,
y este intento se pondera,
muy bien ahogado se está.

FULGENC. ¡Lástima es que un mozo muera!

AMBROSIO. ¿Mandáis algo?

CONST. Adiós quedá.

(Entrase acabándose de vestir CONSTANTE, *y los demás toman los vestidos de* MARCELO, *y sale medio desnudo* MENDOZA, *con una soga, corriendo de graciosidad.)*

FULGENC. Compasión grande me ha hecho.

AMBROSIO. Lástima es; esos vestidos
le llevamos: ya ello es hecho,
no queden aquí perdidos,
que al alma [le] harán provecho.

MENDOZA. ¡Afuera, lugar, que abundo
de trazas mil nadadoras,
su vida en mis brazos fundo!

AMBROSIO. ¡Calla, cuero; que ha dos horas
que el otro está en otro mundo!

MENDOZA. ¡Echenle soga, echen soga!,
que como una leve boga
saldrá si le alcanzo yo.

AMBROSIO. Al otro agua le ahogó
y a éste vino le ahoga.

(*Entranse* MENDOZA *dando voces*: "¡Soga, soga!", *y los demás con los vestidos, y salen* PETRONILA *y* DOROTEA *con una vela en un candelero, como que es de noche.*)

PETRONILA. No sé qué atribuya al ver
que tarda tanto; ya pasa
de hora, que viene a la casa
al punto de anochecer.

DOROTEA. Lo propio que tú recelo:
un sobresalto notable
me deja apenas que hable;
sabe mi recelo el Cielo.

PETRONILA. También podrá ser que alguno
le importunó que se fuese
hacia el río y que estuviese
allá.

DOROTEA. ¿Sin mozo ninguno?
¿Sin criado?

PETRONILA. Hasta la Vega
y de noche, ¿en qué reparas?
El llama ya; si tardaras,
íbame, señora, ciega.
Voile abrir en un instante.

(*Va a abrir* PETRONILA *y éntrase y sale* CONSTANTE *demudado.*)

DOROTEA. ¡Ay, Dios! ¡Tiemblo y ardo junto!
¡Siento el corazón difunto!
¡Oh, mi querido Constante;
mi señor y mi marido!
¿No cenaréis?

CONST. Yo he cenado
de un barbo que era extremado.
Vos, ¿en qué habéis entendido?

DOROTEA. Fuíme a San Juan de los Reyes;
confesé...

CONST. Ordenólo el Cielo.
Hoy se ha ahogado Marcelo,
son del Cielo justas leyes.
Hoy, traidora, te apercibe
a morir, pues morir quieres;
porque mientras tú no mueres,
mi injuria en tu vida vive.
Si disimulé y fingí
perdonarte y al traidor,
no fué conservar mi amor,
sino el honor que hay en ti.
Claro en matarte se ve,
que porque sin fe viviste,
estos días te aguardé;
ya murió a quien tú te diste,
muere tú ahora con fe.
Ya yo tengo apercibido
cómo, aunque a mis manos mueras,
del pueblo no sea entendido.
Apercíbete, ¿qué esperas?;
que en lo que me he detenido
es en matar a Marcelo;
matéle, digo, y harélo
contigo del propio modo;
que el orden, la traza y todo
sabrá solamente el Cielo.
Supuesto que has de morir,
¿qué te da más pena? Atiende
a lo que puedes sentir:
tras la muerte se comprende
todo lo que no es vivir.
Paréceme que eres noble
y quien sentirá al doble
la infamia que no la muerte.
Pues noble quedas, advierte.
Ni eres piedra, ni soy roble.
¡Vive Dios, que salen ríos
de estos ojos, cual de esotros!
Pondera bien mis desvíos;
pero ya miraron otros
esos ojos que eran míos.
Ya, por dar flores, dió espinas
el tronco de rosas finas
de ese jardín que adoré:
yo le cultivé y planté,
tú le pisas y arruínas.
Míralo con el dolor
que la posesión vendida
mira el antiguo señor;
que a compasión le convida
y aun le obliga a desamor.
Que, como la ve empleada
mal, dice: "¡Verte abrasada
quisiera, y no en tal poder!"
Muerta te quiero, mujer,
y no viva y de otro amada.

En el rigor que te muestro
pareceráte cruel:
por solo tu amor me adiestro;
el marido soy más fiel
que ha tenido el siglo nuestro.
Pues, viéndote ya caída
de quien eras y perdida
la honra, tras de tu furia
lavo la mancha a tu injuria
y mi infamia con tu vida.
No te mato alborotado,
porque del reparo trato
de la honra que has manchado:
hablando cual ves te mato,
que te mato enamorado.
Amor es; si bien lo mides,
sin razón te descomides;
mueres, no porque no vivas,
sino porque mientras vivas
no quiero que más me olvides.

(*Pónese* Constante *un pañuelo a los ojos, llorando, y* Dorotea, *llorando, dice*:)

Dorotea. No te voy [a] apercibir
que no me mates, ni entablo
lo que me excuse el morir,
ni sin propósito hablo
con deseo de vivir.
Que antes si por ahí veo
el primero amor y creo
que verle a vivir convida,
para reparar la vida
pasada el morir deseo.
Pero, antes que me atraílle
el cuello y triunfe de mí
el lazo, sin resistille,
ese brazo a quien di un sí
y muero por no cumplille.
Antes que ese pecho fuerte
el golpe que quiere acierte
en esta flaca victoria,
donde, por darle la gloria
al honor le dais la muerte,
os pido, dulce marido,
por la vez que sin ofensa
fué mío aqueste apellido
y con voluntad inmensa
pagado y agradecido,
dos cosas: la una, que aquella
Petronila, que es doncella,
no matéis; que la disculpa
la muerte que me da culpa,
porque está sin culpa ella.
Lleve yo sola esta palma,
la honra de ésta entendida,
que fué del engaño alma:
ya que pago con la vida,
no lleve otra deuda el alma.
La otra, pues es de sentir,
y es natural, el morir,
tras de que me perdonéis,
de tal modo me matéis
que no os cobre odio al morir.

Const. Ya ni hay ojos que sustenten
de lágrimas las mejillas,
ni sentimientos que aumenten
las memorias que amancillas,
ni agravios que los descuenten.
Muérete, harás jornada
para entrambos extremada;
libra a un matador honrado,
de su inocencia obligado,
pues te confiesas culpada.
Entra, que el tiempo se acorta;
ahogaréte, en efeto;
que si el dolor se reporta
y entra alguien y no hay secreto,
pierda lo que más importa.
No sé cómo os alce, brazo,
si considero que el plazo
de matar a quien me allego:
vendarme he, cual otro griego,
al echar troyana el lazo.

(*Entranse, llevándola* Constante: *ella llorando y él triste, y sale huyendo* Petronila, *alborotada, y dice quedo*:)

Petronila. ¡Misericordia, Señor,
por quien sois! Todo lo he oído;
pero es honrado el marido
y hale obligado el honor.
Para el mundo será espanto;
mas no lo sabrá de mí;
yo me quiero ir de aquí,
no haga de mí otro tanto.

(*Entrase, y dale voces* Constante, *y sale lleno de tierra y la mujer en los brazos ahogada, y sale* Mendoza *a medio vestir, con un candil en la mano, alborotado, y* Petronila *tras de él; luego a poco,* Ambrosio.)

Constante.

¡Ay, infeliz suceso!
¡Mozos, gente, criados! ¡Hola! ¡Hola!
Turbado me confieso;
partió ya el alma sola,
el cuerpo queda cual tierna amapola;

o cual el tierno cardo,
entre espinas de flores adornado,
que el arador gallardo
le dejó destrozado,
cortando [con] sus rayas el arado.
¡Mozos, que se ha caído
ya nuestra sala! ¡Lumbre de mis ojos!

MENDOZA.

¿Qué ha sido este ruído?

PETRONILA.

Señor, ¿quién te da enojos?

CONSTANTE.

¿No os dicen lo que ha sido los despojos?
Abre esa puerta, apriesa:
llamad la vecindad. ¡Dolor extraño!

(Entra LEONARDO *casi desnudo.)*

LEONARDO.

Casi estaba en camisa;
oí la voz y el daño;
mas ya de que es mayor me desengaño.

MENDOZA.

¡Mi señora está muerta!

PETRONILA.

¿Muerta? ¡Ah, Cielo! (1)

CONSTANTE.

¿Quién hay que así me vea
que no le mueva a duelo?
¡Castigóme en lo más amado el Cielo!

LEONARDO.

¿Y cómo fué su muerte?
¿Cenó mucho?

CONSTANTE.

Que no, Leonardo amigo;
que no fué de esa suerte.
La desdichada... Mal digo,
pues la venganza de un madero sigo.
Ibase la pobreta
a meter en la cama, y yo tras de ella.
Tenía muy secreta
la sala en que duerme ella
en lo mejor del techo alguna mella,
que nueva era la sala;
pero, sobre falso el edificio,
la madera mala,
hizo en lo mejor vicio,
porque éste es de los falsos el oficio.

(1) Falta el primer verso de esta estrofa.

Cayó una viga y dióla,
no sobre la cabeza, que la hiciera
pedazos, magullóla
el cuerpo de manera
que murió cual si un día no tuviera.
El golpe me hizo honra,
que luego me avisó que allí había dolo;
pero negra deshonra
mi bien si en ella adoro
manchóme el polvo sobre el sayo solo.
¿Qué haré sin la que era
mi vida, mi consuelo, mi regalo?
¡Ojalá yo muriera!
Que aquel dolor igualo
y que vivieras tú no fuera malo.

LEONARDO.

De hacer por el alma
bien es razón se trate, pues sois cuerdo,
que todo estotro es calma.
Cuando de ella me acuerdo,
con sólo ser vecino, mucho pierdo.
Sucesos son del mundo;
y así el prudente su dolor no siga;
de harta experiencia abundo:
no sé qué más os diga.

MENDOZA.

Aquí, al menos, señal hay de la viga;
que hay albañil que aprisa
un palo sobre otro los traspala.
Es negocio de risa;
la viga, en hora mala,
forma solado, no como esta sala.

LEONARDO.

Pues si firme estuviera
¿cayérase jamás? ¿Sabéis más que eso?

CONSTANTE.

Pasó de esta manera;
el dolor turba el seso.

LEONARDO.

Entrémosla acá; llévenla en peso.

(Éntranse y llévansela, y sale JUSTINO.)

JUSTINO.

El suceso e infortunio de Marcelo (1)
tiene toda la casa de manera
que nos ha vuelto locos,
y el uno de los pocos
a quien avisa con su muerte el Cielo,
yo soy, que otra me espera,

(1) Desde aquí el texto está muy alterado, pues no sigue el sistema de rimar.

si no huyo y recelo
que en un río murió y yo igual muera.
Yo me estaba resuelto en irme, y digo
que me quiero partir en el instante
y dejar a Toledo,
que es invencible miedo
ver que muera tan mal un buen amigo,
y yo, que lo soy malo, me sustente.
El ejemplo que digo
para vivir mejor de aquí adelante,
con todo por descuento del engaño
y del maldito y mal pensado aviso
que yo di aquel buen hombre;
porque muerto no asombre
a quien quizá fué autor de todo el daño,
de quien ya me confieso yo arrepiso.
Diré misas cada año
hasta que suba el alma al Paraíso.

(*Vase, y salen* MENDOZA *y* PETRONILA, *vestidos de luto de graciosidad.*)

PETRONILA. Di, acaba, lo que me quieres,
que mi señor me llamó.

MENDOZA. Pues Dios trujo a este punto
para nuestros amores,
sabed, Petronila, a fe,
a quien Dios linda crió,
que pedir quiero a mi amo
que os me dé por mujer él.

PETRONILA. ¿Quieres otra cosa acá?
Más de eso temo yo.

MENDOZA. Por dejallo entablado
antes [de] que vaya a caza. (1)

PETRONILA. Ve a caza, donde te envia
mi amo y tuyo, que importa,
que ahora es la ocasión corta
y tiempo vendrá otro día.

MENDOZA. ¡Mi regalona!

PETRONILA. ¡Eso está
bonísimo! ¡Buen dislate!

MENDOZA. Voime a la caza; quedate
adiós, mi sol y [mi] luna. (2)

(*Vase* MENDOZA *y queda* PETRONILA.)

PETRONILA. No me admira poco el ver
que este hombrecillo no entienda
que, puesto que es mi hacienda
y mi ocupación barrer,
que pide alma de más nombre
por dueño la que me rige;

(1) Este y los 11 versos anteriores no riman y apenas forman sentido.

(2) "Luna" no rima con "está".

que aunque el cuerpo es el que rige,
el alma es quien hace al hombre.
Pero esto es cosa de risa,
porque es caso extraordinario
haber hecho aniversario
hoy diciendo tanta misa
por el alma de la triste
que él dice que se murió
y que sé yo que mató:
tú, Petronila, lo viste.
Con vida, comida y cena,
invía éste aquí la caza;
no sé mi señor qué traza.
El viene; veré qué ordena.

(*Entra* CONSTANTE *de luto, galán, con* FULGENCIO, AMBROSIO *y* LEONARDO, *todos de fiesta.*)

CONST. Para lo que os he traído,
señores y amigos, es
que, ya cual sabéis, después
que a la difunta he cumplido
lo que debo a ser casado
con ella y a hidalgo noble,
y a cristiano, que es al doble,
conforme al suyo y mi estado,
quiero volverme a casar,
que otros dicen que escarmientan,
los quiero falsos sacar. (1)
Ya he elegido, por tener
experiencia muy honrada
de esta moza, mi criada;
ésta ha de ser mi mujer.
Da, Petronila, la mano
a quien te ofrece la suya,
para que esto se concluya;
tú no pierdes y yo gano.

PETRONILA. Si éste es entretenimiento,
bien sabes de mí, señor,
que, aunque soy humilde, honor
con mil ventajas sustento.

CONST. Y aún sin faltarle tilde,
lo es, y el mundo lo sabe;
quiero con mi honor, que es grave,
juntar ese tuyo humilde.
Que ésas jamás serán faltas
en mis obras, no os dé pena;
que la música, si es buena,
es de voces bajas y altas.

LEONARDO. ¡Ah, Petronila! ¿En qué tardas
en el bien que gozos reina?

(1) Falta un verso a esta redondilla.

FULGENC. Suben la fregona a reina:
no son las causas gallardas.
Acabe y dele la mano.
AMBROSIO. De que es honesta, aunque pobre,
justo es que tal fama cobre:
bueno es el garbo villano
CONST. ¿No me la das, vamos? Pasa
tu desdén.
PETRONILA. Ya que te crea,
que no quieres burlas, vea
otra ruina en tu casa,
no he de dormir do durmió
mi señora y tu mujer,
en cuanto vendrá a caer
lo que sobre ella cayó;
y moriré mal lograda,
sin que del daño me libre.
Más vale pobre y bien libre
que no rica y mal casada.
CONST. Pues no entrara ella sin tiento
do entró.
PETRONILA. Eso verdad es.
Su culpa fueron sus pies
y pagólo el pensamiento.
Pero quizá lo que fué
en ella verdad, será
en otra antojo, y vendrá
al lugar do ella se ve.
CONST. Dormir, donde yo mandare
la que se case conmigo.
PETRONILA. Dígolo, porque testigo
fuí, y en esto se repare,
entre mí y vuestra mercé,
de que la sala falsó
y mal fundada cayó.
CONST. Ya que lo sabes lo sé,
y aun por eso verdaderos
amores os tengo dados:
que de los escarmentados
diz que nacen los arteros.
Yo sé que aunque se cayese
sobre vos todo un castillo
fuerte, sabréis resistillo,
aunque más pesado fuese,
y por eso os he elegido,
que tengo experiencia larga.
PETRONILA. Y sobre falso [le] carga
un leño descomedido,
un albañil falso, astuto,
que funda sin advertir.
CONST. Por eso hasta el morir
me he quedado con luto,
porque trayéndole yo
se acuerde la mujer nueva
que esto en memoria se lleva
de lo que el lloro mató.
Bastará esto a que le asombre,
que no hay hombre tan valiente
que, viendo la horca presente,
se atreva a matar otro hombre.
PETRONILA. Bajo de esas condiciones,
pues gustáis de ello, os la doy
y siempre criada soy.
LEONARDO. Y dénos mil bendiciones.
FULGENC. Goceisos mil años, pues
tanto os venís a querer.
LEONARDO. Lleváis honrada mujer,
que es, con su vida, interés.

(*Sale* MENDOZA.)

MENDOZA. Ya he cazado.
CONST. ¿Qué traéis
MENDOZA. Traigo
tórtolas, sisones, merlas,
patos, francolines, tordos,
de toda volatería;
y de estotra gente gruesa,
liebres, conejos, ardillas,
venados, puercos, terneras.
Pero, digan, ¡por mi vida!:
¿cómo tiene por la mano
mi señor a Petronila?
CONST. Doña María se llama;
ésta es ya mi mujer misma.
Yo me [he] casado con ella:
prosigue lo que traías.
MENDOZA. Traigo murciégalos, grillos,
cernícalos y abubillas,
murciégalos y lechuzas
y unos cuervos de las Indias.
CONST. Calla ya: no digas más,
que estás loco, y en vez de eso,
recobra tu antiguo seso
y un verso nos glosarás
por aquellas damas dado.
Y, pues yo quedo casado,
y tú en tan buena opinión,
que se dé fin, es razón,
al *Toledano vengado*. (1)

FINIS

---

(1) Están tachados dos versos que decían antes de éste:

aquí se dé, que es razón,
fin al marido engañado.

EL VALIENTE JUAN DE HEREDIA

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN

Juan de Heredia.
Don Pedro de Mendoza.
Doña María, *su hermana.*
Doña Ana, *dama.*
Doña Elvira, *su prima.*
El Conde de Palma.
Fabricio, *criado suyo.*
El capitán Negrón.
Alberto, *criado del Conde.*
Pacheco, *gracioso.*
Román, *criado de Don Pedro.*
Un Ventero.
Teodora, *su criada.*
Inés, *criada de Doña María.*
Padilla, *salteador.*
Robles, *salteador.*
Gaitán, *salteador.*
Tres Capeadores. (1)

ACTO PRIMERO

(*Salen* Don Pedro de Mendoza *y* Román.)

Román. Esto pasa, finalmente.
D. Pedro. ¿Eso, Román, ha pasado
mientras yo en Sevilla he estado
de Guadalcanal ausente?
¿Qué dices?
Román. Lo que es verdad:
que Juan de Heredia profana
tu honor, hablando a tu hermana.
D. Pedro. ¡A mi hermana! ¿Hay tal maldad?
Román. Mientras ausente has estado
pocas las noches han sido
que a verla no haya venido.
Yo, señor, soy tu criado,
y, aunque más que acuerdo sabio
ignorancias atrevidas
son el arriesgar dos vidas
por estorbar un agravio,
quise, de tu honor celoso,
de aqueste error darte cuenta,
porque no pase tu afrenta
a estado más peligroso.
Remédiala ahora, pues
en los principios que está,
que, quizás, señor, no habrá
remedio alguno después.
Que enfermedades de honor,
cuando curarse procuran,
en los principios se curan
con más acierto y mejor
que en los fines.
D. Pedro. Dices bien.
Pero ¿qué remedio habrá
en mi deshonra, si ya
tan claramente se ven
públicas las liviandades
de mi hermana, que, traidora
a su misma sangre, adora
las locas temeridades
de un mal nacido, de un hombre
a quien sus mismas locuras,
desgarros y travesuras,
le han dado la fama y nombre
que de valiente ha adquirido,
cuando, más que de valiente
y animoso, de insolente
el renombre ha merecido?
Pierdo el juicio y perderé
la vida, Román amigo,
si la traición no castigo
de aquella ingrata a la fe
con que siempre la he querido.
¡Oh, infame, alevosa hermana!
Noble no, sino villana,
pues tan villanos han sido
tus pensamientos.
Román. Señor:
mira que si de esa suerte
te dejas llevar...
D. Pedro. Advierte
que es darme consejo error,
cuando de él estoy tan lejos,
Román, y cuando conoces
que mi agravio pide a voces

(1) El manuscrito suprime los calificativos de los personajes. Dice también "jornada" en lugar de "acto".

venganzas, y no consejos.
A mis manos ¡vive Dios!
si El mismo no lo remedia,
han de morir Juan de Heredia
y mi hermana; pues los dos
manchar mi honor solicitan,
mueran, prueben mi rigor,
que las manchas del honor
sólo con sangre se quitan.
Mi venganza es bien que intente.
(Mas... ¿qué digo? Loco estoy, (*Ap.*)
pues a este criado doy
crédito tan fácilmente;
siendo caso averiguado
y verdad cierta en rigor
que es el criado mejor
enemigo no excusado.
Prudente, advertido y sabio,
antes que me determine
ni a la venganza camine,
quiero averiguar mi agravio.
Pues será, si bien se piensa,
notable error procurar
la venganza sin estar
averiguada la ofensa.
Averiguarla es razón
con recato y con secreto,
cuerdo, avisado y discreto;
y averiguada, ocasión
buscará mi ardiente furia
para poderse vengar:
que nunca falta lugar
para vengar una injuria.) (1)
Román: tu fidelidad,
como es razón, agradezco,
y a estimar desde hoy me ofrezco
más que hasta aquí tu lealtad.
Pero advierte si, atrevida,
tu lengua, pudo engañarme,
que el engaño has de pagarme
no menos que con la vida.

ROMÁN. Siempre a temer se condena
el castigo aquel que ha errado,
porque es propio del culpado
recelarse de la pena;
mas yo, como en lo que digo
sé que no lo estoy, señor,
no tengo ningún temor
a amenazas del castigo.

D. PEDRO. Escucha, pues: ¿A qué hora,
sin que mi agravio recele,
Juan de Heredia venir suele
a verse con tu señora?

ROMÁN. Entre diez y once.

D. PEDRO. Está bien.
(Rabiando estoy ¡vive Dios!) (*Ap.*)
Caballos para los dos
luego al instante prevén.

ROMÁN. ¿Para los dos? Pues ¿adónde,
señor, tan de prisa vas?

D. PEDRO. Eso después lo sabrás.
Volcanes el pecho esconde.

ROMÁN. Mi señora viene a verte.

D. PEDRO. Pues vete y saca, Román,
los caballos al zaguán.

ROMÁN. Voy volando a obedecerte.

(*Vase. Salen* DOÑA MARÍA *y* INÉS.)

D.ª MARÍA. ¿Don Pedro?

D. PEDRO. ¿Doña María?

D.ª MARÍA. ¿Dónde tan de prisa va
Román? (Disgustado está.) (*Ap.*)

D. PEDRO. De cierta melancolía
que en mi semblante se muestra
cuánto me llega a afligir,
me quiero ir a divertir
en la cacería nuestra,
y así a Román le mandé
que previniese caballos
para los dos, y a aprestallos
cuidadoso aprisa fué.

D.ª MARÍA. Pues ¿ya, don Pedro, te vas?

D. PEDRO. Sí, hermana, porque es error
esperar a que el calor
entre de la siesta más.

D.ª MARÍA. (Loca de contenta estoy (*Aparte.*)
porque mi hermano se va.)

INÉS. (Eso un ciego lo verá.)

D.ª MARÍA. (Dichosa en extremo soy.
Hoy mi pena se remedia;
hoy se alivia mi pesar,
pues me ofrece Amor lugar
para ver a Juan de Heredia,
porque desde que mi hermano
vino de Sevilla, adonde
de Palma el famoso Conde
lo entretuvo este verano,
no lo he visto, y llevan mal
mis ojos ¡ay, Inés mía!
pasarse sin verle un día.)

(*Sale* ROMÁN, *y dice:*)

ROMÁN. Ya esperan en el portal
los caballos.

(1) Este y los 11 versos anteriores faltan en el manuscrito.

D. PEDRO. Vamos, pues.
D.ª MARÍA. En fin, don Pedro, ¿te vas?
D. PEDRO. Sí, hermana.
D.ª MARÍA. ¿Y cuándo vendrás?
D. PEDRO. Dentro de dos días.
(De esta suerte la aseguro; *(Ap.)*
pero después que haya el sol
sepultado su arrebol
en el occidente oscuro,
daré, con alma resuelta,
a saber y averiguar
si mi honor llega a agraviar,
a Guadalcanal la vuelta.)
Hermana, quédate adiós.
D.ª MARÍA. El vaya y vuelva contigo.
D. PEDRO. Sígueme tú.
ROMÁN. Ya te sigo.

(Vanse.)

INÉS. Solas quedamos las dos.
D.ª MARÍA. Solas quedamos, Inés;
mas si va a decir verdad,
para mí esta soledad
de notable gusto es,
pues vengo a tener, mediante
el quedar sola, lugar
para poder ver y hablar
a Juan de Heredia, mi amante.
Dicha que imposible fuera
ver lograda, caso es llano,
si de don Pedro, mi hermano,
acompañada estuviera.
INÉS. Estorbo y inconveniente
más grande que a mi señor
juzgo a Román en tu amor.
D.ª MARÍA. ¿Por qué?
INÉS. Porque claramente
me ha dado a entender, señora,
que tu amoroso cuidado
ha sabido y penetrado.
Y mi señor ¿quién lo ignora?
no puede haberlo sabido,
puesto que principio tuvo
mientras él ausente estuvo,
pues de tan poco venido
tampoco puede saberlo,
si no es que Román le ha dado
noticia de él, que es criado,
y como tal puede hacerlo.
Mira si juzgo en tu amor
con ocasión suficiente
por mayor inconveniente
a Román que a mi señor,
o si será acuerdo sabio
recelar más y temer
a quien lo llega a saber
que a quien ignora un agravio.
D.ª MARÍA. Tienes razón, si eso pasa.
Temer desde aquí adelante
a Román es importante
mientras estuviere en casa.
Procediendo en mi atrevido
intento con tanta cuenta,
que las sospechas desmienta
que de mi amor ha tenido.
Que la más mala intención
tal vez del mismo de quien
presumió mal, juzga bien
si ve enmienda en la ocasión
que tuvo de juzgar mal.
Y si así no lo hago, Inés,
puede ser, pues Román es
tan preciado de leal,
que viendo mi demasía
a mi hermano le dé cuenta
de mi error y de su afrenta,
que de un error la porfía
el sufrimiento atropella
de tal suerte, que provoca,
aun a aquel que no le toca,
a poner remedio en ella. (1)
Mi hermano es noble y valiente,
y si llega a presumir,
a pensar o colegir,
o por algún medio siente
que la voluntad rendida
tengo solamente al gusto,
sea justo o sea injusto,
de Juan de Heredia, mi vida
y la suya, aquesto (2) es cierto,
con notable riesgo. Pues
aunque Juan de Heredia es
tan valiente, que si advierto
la ocasión que me movió
a quererle, hallaré
por verdad que sólo fué
su valor quien me obligó,
con todo, con verdad toco
que del rigor de mi hermano
no ha de estar seguro, es llano,
ni yo lo he de estar tampoco,
si nuestra ardiente afición

(1) Los 11 versos anteriores no constan en el manuscrito.

(2) Esta palabra no está en el impreso. Suplida por el manuscrito.

llega a alcanzar o entender,
porque, en fin, ha de tener
de su parte la razón,
y ha de vengar, si porfía,
la ofensa hecha a su nombre;
que la razón en un hombre
es la mayor valentía. (1)
Y así, pues que mi ventura
ha sido tanta que puedo
perder al peligro el miedo,
supuesto que estoy segura
de mi hermano y de Román,
pues por dos días o tres
del modo que has visto, Inés,
a la cacería van,
quiero, para encarecerle
a Juan de Heredia el recato
que en nuestro amoroso trato
ha de haber y para verle
también, avisarle que
venga a verme aquesta noche
después que el sol en su coche
la ordinaria vuelta dé.

INÉS. Harás bien, porque avisado
de lo que pasa, en efeto,
más vigilante y secreto,
más cuerdo y más recatado
perseverará en su amor,
de manera que asegure
su vida y que no aventure
ni la tuya ni tu honor.

D.ª MARÍA. Pues, Inés, a escribir voy
un papel que has de llevarle,
en que pretendo avisarle
de que esperándolo estoy.

(Vanse. Salen JUAN DE HEREDIA *y* PACHECO, *gracioso.)*

PACHECO. Paciencia; ¿qué se ha de hacer?

HEREDIA. ¿Paciencia he de tener cuando
el bien que estoy adorando
no puedo, Pacheco, ver?
Si supieras qué es querer,
si hubieras tenido amor,
supieras de su rigor;
que para el alma que hiere
no poder ver lo que quiere
es la desdicha mayor.
Yo quiero a doña María
desde el día que la vi,
que sin duda para mí
fué el más venturoso día.
Corresponde a la fe mía
tan amante como bella;
pero mi contraria estrella
ha podido disponer
que ella no me pueda ver
ni yo pueda verla a ella.
Mira si se puede hallar
para dos almas iguales
otro género de males
que causen mayor pesar.
¿No es desdicha, no es azar
que cuando ella vive en mí
y yo vivo en ella, así
divididos nos miremos?
¿Cómo, cómo viviremos
yo sin ella, ella sin mí?
¡Pluguiera al Cielo, pluguiera,
como en Sevilla su hermano
se detuvo este verano,
un siglo se detuviera!
Que, en fin, si allá se estuviera,
tuviera el alma segura
como de antes, suerte dura
sentida bien con razón,
para hablarla ocasión
y para verla, ventura.
Pero ya ¿cómo podré
verla ni hablarla ¡oh, tirano
Amor! teniendo en su hermano
el estorbo que se ve?
Paciencia el Cielo me dé
para no desesperar,
o dicha me quiera dar
para ver la luz que sigo,
porque sin ella y conmigo
¿qué bien tengo que esperar?

PACHECO. Mucho me admira, señor,
verte tan enamorado;
bravamente te han matado
las albardas del Amor.

HEREDIA. ¿Quién del Amor se ha podido,
Pacheco amigo, escapar?
O ¿quién se sabrá librar
de un dios que sujetar sabe
de la tierra un bruto, una ave
del viento, un pez del mar?
¿Ves cuantos guardan voraces
brutos, de sus horizontes
horror, los ásperos montes,
competidores audaces
del cielo? Pues son capaces
de amor. ¿Ves cuantos contienen,

(1) Esta redondilla no se halla en el manuscrito.

crían, guardan y mantienen
peces los centros del mar,
y cuantas miras volar
aves libres? Amor tienen.
Pues si brutos, peces y aves
sin razón sienten de amor
el incendio abrasador
y los desvelos süaves,
¿con cuántas causas más graves
y más bastante ocasión
sentiré en mi corazón
este incendio, este desvelo
yo, que, en fin, me ha dado el Cielo
alma, discurso y razón?

PACHECO. No te quiero responder,
porque pienso que te enfado.

HEREDIA. Oye, a la puerta han llamado.

PACHECO. ¿A la puerta? Voy a ver
quién llama.

(*Vase.*)

HEREDIA. ¡Oh fuerza, oh poder
de amor riguroso y fuerte!
¡Qué bien tu crueldad advierte
cautelosa y fementida,
que, en no escapársete vida,
te pareces a la muerte!

(*Vuelve a salir* PACHECO.)

PACHECO. Inés, solicitadora,
cómplice fiel y tercera,
por no decir cobertera,
ya entiendes, de su señora
y dueño tuyo adorado,
fué la que llamó a la puerta,
que, disfrazada y cubierta,
aqueste papel cerrado
vino a traerte, y a mí,
para que a ti te lo diera,
me lo entregó, y más ligera
se fué al punto que un neblí.
No quiso esperar respuesta,
porque dijo que ha de ser
la respuesta cierta hacer
lo que en él se amonesta.

HEREDIA. Seré a la obediencia atento
siempre de doña María,
dueño ya del alma mía,
ave libre, veloz viento,
y ojalá pedir quisiera
imposibles a mi amor,
que, por su gusto, el mayor
intentara y emprendiera.
Porque es verdad infalible
que no estima, quiere ni ama
el hombre que por su dama
no hace más de lo posible.
Rompo la nema al papel.
No estoy en mí; loco estoy
de contento; feliz soy.
Dice de esta suerte en él: (*Lee.*)
"Vernos importa a los dos.
Ausente mi hermano está.
Lugar esta noche habrá
por el jardín. Guárdeos Dios."

PACHECO. No vi mujer más sucinta;
de escribir breve blasona;
debe de ser regatona,
señor, de papel y tinta.
¡Qué papel tan presuroso!

HEREDIA. Pacheco, el decir y hacer,
para lucir ha de ser...

PACHECO. ¿Cómo?

HEREDIA. Breve y compendioso,
que al hacer valor arguye
y al decir muestra elegancia
quien, en pequeña distancia,
lo que hace o dice incluye.
Y así es razón que se alabe
quien a reducir se atreve
a espacio sucinto y breve
lo que aun en mucho no cabe.
Pero ya el mayor farol
camina con paso lento
al ocaso monumento
lóbrego de su arrebol,
y la oscura noche el manto
tenebroso va tendiendo,
con sus sombras infundiendo
a los mortales espanto,
si bien debiera a su honor
y a su soledad oscura,
mi amor, la mayor ventura,
mi fe, la dicha mayor,
si es que la mayor se llama,
y por tal se ha de tener,
merecer un hombre ver
tras larga ausencia a su dama.

PACHECO. Escucha, así Dios te guarde.

HEREDIA. ¿Qué dices?

PACHECO. ¿Qué he de decir?
Que cenemos antes de ir,
por si viniéramos tarde.

HEREDIA. ¡Qué necio estás! ¡Qué indiscreto!

PACHECO. Si indiscretos han de ser
cuantos tratan de comer,

no hallarás hombre discreto,
puesto que por varios modos,
en este mundo en que estamos,
solamente procuramos,
señor, para comer todos.
Y así, pues mi dueño eres,
dame licencia y lugar
para que vaya a cenar
lo que tú comer no quieres.

(*Vanse. Salen* Don Pedro *y* Román, *de noche.*)

Román.

Ya dejo en el molino
los caballos.

Don Pedro.

Román, yo determino,
por que con más secreto
mi intención logre el pretendido efeto,
que a pie los dos nos vamos
hasta el lugar, pues de él tan cerca estamos
que no hay quien nos resista
su deleitosa y agradable vista
más que ese altivo monte,
atalaya de todo el horizonte,
peñascoso gigante
del globo de zafir inculto Atlante,
cuya soberbia (1) punta
más alta que el Olimpo se barrunta;
siendo tan eminente,
que las nubes abolla con la frente.
Vámonos poco a poco
acercando al lugar, si (¡ya estoy loco!)
entre tantos fracasos,
no son mis penas grillos de mis pasos,
quedando como arroyo
(bien el ejemplo a mi recelo apoyo),
que en el invierno frío,
cuando asomos quizá tuvo de río,
lo deja el cierzo helado
todo el cristal en sí tan condensado,
que lo que antes corriente,
congelado es espejo propiamente
en que se mire atento,
porque sienta, al mirarse, más tormento.
Yo así voy caminando
a mi venganza, poco recelando,
si pesares injustos,
cierzos que hielan los mayores gustos,
el paso han de embargarme
de modo que, quizás, venga a hallarme,
para mayor desvelo,
como el arroyo, convertido en hielo;
quedando solamente,
para que más el verme me atormente,
sin mi pasada gloria,
por espejo penoso la memoria,
¡oh, penas desiguales!
en que mirando esté siempre mis males.
¡Que una alevosa hermana,
de su honor mismo bárbara tirana,
pueda haberme traído
a tiempo que me mire combatido
de pensamientos tantos!
¿Para cuándo guardáis ¡oh, Cielos santos!
los rayos de esa esfera?
¿Uno entre tanto número no hubiera
que abrasando bajara
y en débiles cenizas desatara,
con intrépida furia,
a aquesta aleve que mi honor injuria?

Román.

Suspenso y divertido
en tus penas, señor, no has advertido
que ya al lugar llegamos
y que a pisar sus calles comenzamos.

Don Pedro.

Tienes razón; confieso
que pesares me traen loco y sin seso.
Hacia mi casa guía,
que hecho de ella vigilante espía,
averiguar intento
cuidadoso, solícito y atento
si mi enemiga hermana
mi sangre ofende y su opinión profana,
según me has informado.

Román.

Tú verás cómo yo no te he engañado.

Don Pedro.

En desdichas tan claras,
pluguiera al Cielo ¡ay, Dios! que me engañaras;
que aunque mucho sintiera
el engaño, Román, distinto fuera
en mi opinión y honra
un engaño sentir o una deshonra.

(*Vanse, y salen* Juan de Heredia *y* Pacheco, *como de noche.*)

Pacheco. Ya estamos en la estacada;
no hay sino llamar el duelo
y llamar al enemigo.

Heredia. Habla más bajo, Pacheco,

(1) En el original "soberana". Enmendado por el manuscrito.

supuesto que sabes ya
el recato y el silencio
que observo siempre que a ver
a doña María vengo
por aquestas rejas suyas,
reparando y atendiendo
a que vecino ninguno,
o malicioso o grosero,
pueda por mí de su honor
admitir algún conceto
ilícito, porque hay
vecino que a los acentos
de la voz más muda sale
a la ventana dispierto
a ser Argos vigilante,
atalaya de defectos
ajenos, y, en fin, a ser
lince ciegamente necio,
pues viendo de otras el humo,
no ve de su casa el fuego.

PACHECO. A ese vecino, si yo
fuera juez ¡viven los Cielos!
que había de condenarlo
a que le sacasen luego
los ojos, y con los ojos
la lengua, y después de esto
le tapasen los oídos
con dos clavos timoneros.

HEREDIA. Y aún fuera de tan infame
vicio castigo pequeño.
Pero, si ya del oído
ilusión no ha sido, dentro
del jardín, hacia la puerta
del postigo, ruido siento.

(Llama, y abre el postigo DOÑA MARÍA.*)*

D.ª MARÍA. ¿Es Juan de Heredia?

HEREDIA. Yo soy,
señora, un esclavo vuestro.

D.ª MARÍA. Vos seáis tan bien venido
como de mi amante pecho
habéis sido deseado.

HEREDIA. ¡Dichoso yo, que merezco
de vos favores tan altos!

D.ª MARÍA. Entrad, porque lo que tengo
que comunicar con vos
pide lugar más secreto
que la calle, donde hay tantos
que oírnos puedan y vernos.

HEREDIA. ¿Oyes esto?

PACHECO. Sí, señor.
¿A qué esperamos? Entremos.

HEREDIA. Pues tú, loco, ¿a qué has de entrar?

PACHECO. ¿A qué he de entrar? Bueno es eso;
a ver a Inés, de mi amor
estropajizado objeto.
Que yo también para amar
soy hombre de carne y hueso,
como tú.

HEREDIA. Calla, ignorante.

PACHECO. Luego ¿no he de entrar?

HEREDIA. No, necio.
Espérame hasta que salga.

PACHECO. Aunque a mi pesar, espero.

D.ª MARÍA. ¿No entráis?

HEREDIA. Sí, señora mía.
Pues licencia me dais, entro.

(Entrase.)

PACHECO. Entróse; solo he quedado.
¡Válgame Dios, qué silencio
tan apacible! No se oye
ni aun el latido de un perro.

(Sale INÉS *a la ventana.)*

INÉS. En tanto que mi señora
habla con su amante, vengo,
porque es mi amante también,
a hablar yo con Pacheco;
que es error cuando se está
con el suyo entreteniendo,
no entretenerme también
yo con el mío, pudiendo.

PACHECO. Ruido de gente he sentido
en la reja; yo me acerco
a ver quién es.

INÉS. Ya me ha visto.
Pues si acerca, hablarle quiero.—
¿Es Pacheco?

PACHECO. ¿Es Inés?

INÉS. Sí.

PACHECO. ¿Es posible que podemos
hablarnos los dos despacio?
¡Vive Dios! que aún no lo creo.

INÉS. ¿Cómo sin mí lo has pasado?

PACHECO. Más bien mientras más añejo.

INÉS. De salud pregunto.

PACHECO. Y yo
te respondo de lo mesmo;
que pues bebo vino, Inés,
claro está que salud tengo.
Mas, dime: ¿quieres hacer
por mí una cosa?

INÉS. Ya espero
que la digas.

PACHECO. ¿Quieres?

INÉS. ¿Qué?
PACHECO. Abrirme el postigo. (1)
INÉS Niego.
¿Y mi honor?
PACHECO. ¿Temes tú más
que tu señora perderlo?
Baja y abre.
INÉS. ¿Para qué?
PACHECO. Para que los dos hablemos
con descanso, sin estar
como estamos, pareciendo
al bueno y al mal ladrón,
sin ser Calvario este puesto:
tú, mirando al suelo, al malo;
yo, al bueno, mirando al Cielo.
Abre ¡por tu vida!
INÉS. ¡Guarda!
PACHECO. Pues ¿qué recelas?
INÉS. Recelo
que, sin ser Lucrecia yo,
quieras ser Tarquino.
PACHECO. ¡Bueno!
Ese temor, Inés mía,
a mí me toca tenerlo
de ti.
INÉS. Pues ¿yo he de forzarte?
PACHECO. Sí, porque en aqueste tiempo,
las mujeres son Tarquinas
y los hombres son Lucrecios
En fin, ¿no quieres abrir?
INÉS. Tú me lo ruegas tan tierno,
que juzgaré a ingratitud
no abrirte.
PACHECO. Pues sea de presto,
porque tenemos que hablar
muchas cosas de secreto.

(*Quítase* INÉS *de la ventana, y salen* DON PEDRO *y* ROMÁN, *como de noche.*)

D. PEDRO. Con este intento salí
y con este intento vuelvo:
averiguar mi deshonra
para castigarla intento.
¡Oh, infame, alevosa hermana,
afrentoso vituperio
de mi honor y de mi sangre!
Si me ofendes, quiera el Cielo
que revolcada en la tuya
te miren mis ojos, siendo
yo mismo quien te dé muerte;
el instrumento, este acero;
esta casa, urna funesta
y trágico monumento
donde sepultada, quedes
con tu amante deshonesto.
PACHECO. Dos hombres, si no son más,
venir por la calle veo;
y, si va a decir verdad,
yo estoy temblando de miedo:
de haberlos visto no más,
como unos jazmines huelo,
mas no tan süavemente.
Detrás de esta esquina quiero
esconderme hasta que pasen,
mientras baja Inés.

(*Escóndese.*)

D. PEDRO. ¡Reviento
de cólera! ¡Estoy rabiando!
Este postigo fué el puerto
(*Llega al postigo, y prosigue:*) (1)
por donde, bajel infame,
cargado de atrevimientos,
Juan de Heredia entra en mi casa.
¡Mi deshonra! No lo creo,
ni es posible. Mas... ¿qué miro?
(*A este tiempo abre* INÉS *el postigo.*) (1)
¡Vive Dios! que le han abierto,
y no para que entre yo.
De mis agravios comienzo
a ver indicios, Román. (2)
INÉS. ¿Entras? ¿Qué aguardas, Pacheco?
D. PEDRO. Ya son evidencias claras
las que hasta aquí dudas fueron.
Esta es Inés, que, según
de sus razones advierto,
esperando está al criado
de mi enemigo, y sintiendo
gente a la parte de afuera,
abrió el postigo, entendiendo
que era él, para que entrase.
¡Qué propio, qué propio es, Cielos,
de los criados seguir
de sus amos el ejemplo!
Cuando es malo, como malo;
cuando es bueno, como bueno.
INÉS. Pacheco, acaba de entrar.
¿Te extiendes, porque te ruego,
como verdolaga en huerta?
Ni entras ni hablas. ¿Qué es esto?
¿Eres imagen de mármol?

(1) En el impreso "portón". Corregido por el manuscrito.

(1) Estas acotaciones no hay en el manuscrito.
(2) En el manuscrito "(*Sale* INÉS.)"

¿Eres estatua de hielo?
Pues a fe, que si me enfado
que has de esperar al sereno
a que salga tu señor.

D. PEDRO. ¡Ay de mí! Luego ¿está dentro?

ROMÁN. ¿Ves, señor, como has hallado
lo que te he dicho por cierto?

D. PEDRO. Sí, amigo Román; ya he visto
que estoy sin honor; no tengo
que esperar: cierto es mi agravio
y tanto, que lo estoy viendo.
Mas ¡Cielos! para vengarlo
¿qué ocasión mejor espero
que la presente?—Román,
entra conmigo, que quiero
que de mi venganza seas
testigo también, supuesto
que de mi agravio lo has sido.

ROMÁN. Yo voy tus pasos siguiendo.

(*Entran los dos, cerrando el postigo, y huye* INÉS, *habiendo dicho* DON PEDRO *lo siguiente*:) (1)

D. PEDRO. ¡Criada infame!

INÉS. ¡Ay de mí!
este es mi señor don Pedro.
Voy a avisar a mi ama.
Traición es ésta y enredo
de Román. Bien lo temí.

D. PEDRO. Aunque sus alas el viento
(*Adentro.*)
te preste, no has de librarte
de mi rigor ¡vive el Cielo!

(*Sale* PACHECO *de donde estaba escondido, y dice*:)

PACHECO. Sin duda que los dos hombres
de quien me escondí me vieron
y tuvieron de mí el mismo
miedo que yo tuve de ellos
pues se volvieron atrás.
Llamar al postigo quiero,
porque es forzoso que Inés
haya bajado y abierto,
y viendo que yo no estaba,
cuando abrió, a la puerta, es cierto
que volvería a cerrar,
y por la parte de adentro
esperará a que yo llame.
Llamo, pues.—¡Inés, mi dueño!
Pacheco soy. ¿Oyes? Abre
Despierta si estás durmiendo—
No responde; llamar más
presumo que es desacierto:
enfadada de esperar
se debió de ir; el sueño
me aprieta mucho, y mi amo
en la hermosura suspenso
de su dama, me parece
que no ha de salir tan presto.
Mas salga cuando saliere,
que por Dios que en mi aposento
y en mi cama me ha de hallar
después que a casa haya vuelto,
porque esperar a que salga
no es cosa que me está a cuento.
Adiós, adiós; buenas noches,
mi señor jardín o huerto.

(*Vase. Salen* JUAN DE HEREDIA, DOÑA MARÍA *y* INÉS, *todos alborotados.*)

INÉS. ¡Señora!

D.ª MARÍA. ¿Qué traes? ¿Qué tienes?

INÉS. Señora ¡válgame el Cielo!

HEREDIA. Habla, Inés; responde, acaba.

INÉS. ¡Turbada estoy! ¡Muerta vengo!

D.ª MARÍA. Sosiégate.

(*A este tiempo salen* DON PEDRO *y* ROMÁN *con las espadas desnudas: quédase turbada* DOÑA MARÍA, *y* JUAN DE HEREDIA *empuñando la espada. Trae* DOÑA MARÍA *una vela en un candelero, que deja caer con la turbación, de modo que no se apaga.*) (1)

D. PEDRO. Si me ha visto,
¿cómo ha de tener sosiego?

HEREDIA. (¡Riguroso trance! ¡Fuerte
ocasión! ¡Terrible empeño!)

D.ª MARÍA. (No estoy en mí; estoy mortal;
toda soy de puro hielo.)
(*A* ROMÁN.)
¡Ah, traidor! Tú me has vendido;
tú me has puesto en este riesgo.

D. PEDRO. ¡Ah, fementida! Es leal,
y como leal ha hecho.
Injustamente te quejas
de él, porque si tú, naciendo
mi hermana y siendo mi sangre,
contra el decoro y respeto
debido a mi honor le haces
agravio tan manifiesto,
¿qué mucho que este criado
no haya tenido recelo
de decírmelo si tú

(1) En el manuscrito esta acotación se limita a decir: "(*Huye* INÉS *y cierra el postigo.*)"

(1) Falta la acotación en el manuscrito. Este omite otras que ya no señalaremos, por ser cosa insignificante.

no lo tuviste de hacerlo?
¿Qué querías? ¿Hallar modo
para hacer error tan ciego
y que me faltase a mí
para llegar a saberlo?
No, alevosa, mujer fácil,
que cuando permite el cielo
un error, ya ha prevenido
quien lo revele primero.— (1)
Y tú, atrevido villano,
Icaro arrogante y necio,
que al sol de mi honor, más puro
que los candores de Febo,
quisiste tocar con alas
de fácil cera, no viendo
que abrasado entre sus luces
y entre sus rayos deshecho
habías de bajar a ser
precipitado escarmiento
de tu loca presunción,
de tu altivo atrevimiento,
saca la espada y procura,
pues de tan valiente y diestro
tienes cobrada opinión,
defenderte de este acero,
cristal luciente en mi mano
y en la sangre de tu pecho
teñido rojo coral
aquesta noche has de verlo.

HEREDIA. (¡Vive Dios! que para oírlo (*Ap.*)
he tenido sufrimiento,
porque la razón que tiene
para quejarse estoy viendo,
que es loca temeridad
y temerario despecho
querer ser el ofensor
tan terrible, tan entero,
que del ofendido aun no
quiera sufrir un desprecio,
cuando en su ofensa no tiene
otra cosa de consuelo. (2)
Yo he de hacer cuanto pudiere
por reportar a don Pedro,
y en no pudiendo, paciencia;
¡qué se ha de hacer! pelearemos.
La defensa es permitida,
y en mí esta noche ha de serlo
la mía y la de mi dama,
pues cuando por mí la veo (1)
en peligro tan notorio,
en tan conocido riesgo,
dejarle en él será infame
hazaña, vil pensamiento,
afrentosa acción, temor
mal nacido y bajo intento
del valor con que nací
cuando de amante me precio.) (2)
Señor don Pedro, escuchad,
que en breves razones pienso
satisfaceros de modo...

D. PEDRO. ¿Qué satisfación espero
de ti, traidor, si en mi casa
a aquestas horas te encuentro
con mi propia hermana hablando?
¿Puede haber, puede haber medio
ni satisfación que acierte
en tan clara ofensa a serlo?
Y cuando la haya, ¿podré
admitirla yo, teniendo
para juzgarla engañosa
indicios tan manifiestos?

HEREDIA. No; pero advertid... mirad...

D. PEDRO. Nada miro, nada advierto
más que este agravio, esta injuria
que a mi honor estás haciendo,
gigante en la presunción
y en la calidad pigmeo.

HEREDIA. La que a mí el Cielo me ha dado,
señor don Pedro, sospecho
que igualar puede en limpieza
a los rayos del sol mesmo,
aunque no he nacido más
que un pobre cristiano viejo,
que para mí pienso que
no hay calidad como serlo,
supuesto que podrá el hombre
de más bajo nacimiento
y de más humilde sangre
aspirar a caballero
o introducirse en hidalgo
con valerse de dos medios,
que son dinero y favor,
y más en aqueste tiempo
donde valen, como dicen,
las calidades a huevo,
y dineros ni favores

(1) Los 18 versos anteriores faltan en el manuscrito.
(2) Estos ocho versos que anteceden no hay en el manuscrito.

(1) En lugar de los cinco versos anteriores sólo dice el manuscrito:
"pues cuando a mi dama veo".
(2) Faltan en el manuscrito los cinco versos anteriores.

cristiano viejo han de hacerlo
por más diligencias que haga,
porque esos los hace el Cielo
solamente, porque él solo
es el que puede hacellos.
Mirad, pues, si es más honrosa
calidad y de más precio
la que da el Cielo que aquella
que dan favor y dineros. (1)
Aquesta verdad supuesta,
que no os afrentéis os ruego
de hallarme con vuestra hermana
porque no soy caballero,
que harta caballería
se trae consigo en naciendo
el que merece tener
cristianos padres y abuelos.
Yo la he servido y amado
con el decoro y respeto
a su honestidad debido,
sin que ni aun el pensamiento
se haya atrevido jamás,
desvanecido o grosero,
a romper de su honor puro
los sagrados privilegios.
Palabra de ser mi esposa
me ha dado, debido premio
al amor con que la estimo,
a la fe con que la quiero.
Mía ha de ser y yo suyo
si le pesa al mundo entero,
pues si por méritos no,
por dichoso la merezco.
Mirad qué determináis;
declaradme vuestro intento,
que éste es el último mío,
y la he de lograr si puedo.

D. PEDRO. Primero, infame villano,
más piezas te he de ver hecho
a manos de mi venganza
que ostenta luces el cielo
y flores el mayo hermoso.

HEREDIA. Pues empezad desde luego,
porque es tarde, y para hacerme
tantos pedazos, don Pedro,
ya vos echaréis de ver
que es menester mucho tiempo.

D. PEDRO. Pues empiezo así, villano.

HEREDIA. Caballero, así comienzo.

(Riñen.)

D.ª MARÍA. ¡Juan de Heredia! ¡Hermano!

D. PEDRO. ¡Ah, ingrata!

HEREDIA. Señora, perded el miedo,
que yo, que en el riesgo os puse,
os sabré sacar del riesgo.

D. PEDRO. No será mientras yo viva.

HEREDIA. Será después que estéis muerto,
y será presto, porque
os he de matar muy presto.

(Mete JUAN DE HEREDIA *a cuchilladas a* DON PEDRO, *entrándose todos por una puerta y volviendo a salir por otra* JUAN DE HEREDIA, DOÑA MARÍA *y* INÉS, *y dice dentro* DON PEDRO:)

D. PEDRO. ¡Muerto soy! ¡Cielos, valedme!

HEREDIA. Doña María, esto es hecho,
y sólo he sentido que
se haya escapado huyendo
de mi cólera Román,
de tan trágico suceso
ocasión. Pero seguidme,
que yo, animoso y resuelto,
os pondré, señora, adonde
libre de todo recelo
vos me llaméis vuestro esclavo
y yo os adore por dueño,
juntando nuestras dos almas
las coyundas de Himeneo.

D.ª MARÍA. Más muerta os sigo que viva
de ver a mi hermano muerto.

HEREDIA. Por serlo vuestro no más
la desdicha suya siento.

D.ª MARÍA. ¡Ay, Amor! ¿Qué fin prometes
a principios tan funestos?

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO

(Salen ROBLES, PADILLA *y* GAITÁN, *salteadores, con pistolas y monteras.)*

GAITÁN. Este es el camino real,
Robles amigo y Padilla,
que derecho hasta Sevilla
va desde Guadalcanal.
No quede en él pasajero,
aunque a los cielos se queje,
que en nuestras manos no deje
o la vida o el dinero.

ROBLES. Así se hará, Gaitán.
Ya que el hurtar no es honroso,
sea oficio provechoso,
que así lo dice el refrán.

(1) Los 20 versos anteriores se omiten en el manuscrito.

PADILLA. Para honra y provecho, estrecho
cualquier saco dicen que es.
En el nuestro quepa, pues
honra no cabe, provecho.
Que no tenerlo, ni honra,
yo soy de este parecer,
¡vive Dios! que viene a ser
deshonra sobre deshonra.

GAITÁN. Ha dicho muy bien Padilla.
Bien su honrado celo aprueba.

ROBLES. Quedo, que en la venta nueva
entrando va una cuadrilla
de gente.

PADILLA. Dos hombres son,
y con ellos dos mujeres
no de malos pareceres.

ROBLES. Vienen a buena ocasión,
que, si va a decir verdad,
en aqueste yermo estrecho
voto de hacer casta he hecho,
pero no de castidad,
y ha mil días que la guardo.

PADILLA. O casadas o doncellas,
antes de una hora vellas
dentro en nuestro albergue aguardo.

ROBLES. Vamos a la venta, pues.

GAITÁN. Yo sólo siento ¡por Dios!
que las mujeres son dos
y nosotros somos tres.

ROBLES. Pues si de eso sólo os pesa,
el consuelo está acesorio.

GAITÁN. ¿Y es?

ROBLES. Que en este refectorio
puede haber segunda mesa.

(*Vanse. Salen* JUAN DE HEREDIA, DOÑA MARÍA, INÉS *y* PACHECO, *en la venta.*)

HEREDIA. Aquí podemos, bien mío,
descansar mientras la siesta
pasa enfadosa y molesta.

D.ª MARÍA. Heredia, de mi albedrío
sois dueño absoluto ya.
Vuestra soy, vuestra he de ser,
y resuelta a obedecer
vuestro gusto el alma está,
y estará hasta morir.

HEREDIA. Mil veces mi dicha alabo.
Yo soy quien, humilde esclavo,
señora, os ha de servir;
porque fuera impropiedad,
y error grande pareciera,
que a mi humanidad se viera
sujeta vuestra deidad.—
Pacheco, del huésped sabe
si tiene que comer algo.

(*Llama* PACHECO, *y sale el* VENTERO.)

PACHECO. ¡Ah, huésped!

VENTERO. ¿Qué falta, hidalgo?

PACHECO. ¿Qué puede faltar? Acabe
de traernos que comer.
¿Qué hay?

VENTERO. Conejos y perdices.

PACHECO. Ventero santo, ¿qué dices?
¡vive Cristo! que he de ser
tu coronista, escribiendo
en tu alabanza más tomos
que tú has dado falsos comos
gato por liebre vendiendo.

VENTERO. Poco de gato, que a quien
tal cosa de mí creyese
le haré yo que le pese;
que soy ventero de bien
y de muy honrados tratos
en éste que usando estoy,
y no soy hombre que doy
a nadie por liebres gatos.

PACHECO. (Esto del gato lo ahoga.) (*Aparte.*)
Habla el huésped como honrado,
que en casa del ahorcado
no se ha de mentar la soga.

VENTERO. Dejemos los remoquetes,
o ¡por Dios! que dejaré
los remoquetes sin re
y serán para él moquetes.

PACHECO. ¿Moquetes a mí, ladrón,
que en llamártelo no peco?

VENTERO. ¿Ladrón?

HEREDIA. ¿Qué es esto, Pacheco?
Huésped, ¿qué es esto?

VENTERO. Ocasión
para quitalle la vida
y aun mil que tuviera, fué.

HEREDIA. ¿Qué le has hecho?

PACHECO. Le llamé...

HEREDIA. Dilo, acaba.

PACHECO. Gaticida;
y para más infamalle,
no sólo, mírame bien,
gaticida, mas también
canicida he de llamalle.
Pues por medrar en su trato
no tendrá a mucho delito
dar un perro por cabrito
quien vende por liebre un gato.

HEREDIA. Baste ya la necedad.

Trátele bien tu porfía.
PACHECO. El se holgará que algún día
le trate así la Hermandad.
HEREDIA. Bueno está.—Huésped, no haga
caso de este mentecato.
PACHECO. Si yo olvido lo del gato,
a fe que él se satisfaga.
HEREDIA. Pónganos luego la mesa.
VENTERO. Por vos lo haré no más.—
Teodorilla, ¿dónde estás?

(*Sale* TEODORA, *criada del* VENTERO.)

TEODORA. Aquí estoy ya.
VENTERO. Pon apriesa
la mesa a este caballero
con la limpieza que sueles.
TEODORA. Aquí está ya, y los manteles.
VENTERO. Trae pan, cuchillo y salero.
TEODORA. Todo está aquí.
VENTERO. Trae ahora
dos perdices, las más bellas.
TEODORA. Iré volando por ellas.
PACHECO. Trae vino moro, Teodora.
TEODORA. ¿Moro? Para mí ha hablado
vuesa merced en guarismo.
PACHECO. Vino, digo, sin bautismo,
que es decir que no esté aguado.

(*Vase* TEODORA. *Salen los* SALTEADORES.)

ROBLES.
A buen tiempo llegamos,
que la mesa está puesta.

GAITÁN.
Pues comamos,
que para lo tratado
tiempo y lugar habrá después sobrado.

PADILLA.
¡Buena moza!

ROBLES.
¡Extremada!

GAITÁN.
¡Pobre de ella!

ROBLES.
No es mala la criada.

GAITÁN.
Con ella me contento.

PADILLA.
Para una legua o dos, basta un jumento.

PACHECO.
Pistolitas monteras.
¿Qué es aquesto, señor?

HEREDIA.
¿De qué te alteras?
Despide los temores.

PACHECO.
Que me quemen si no son salteadores.

HEREDIA.
Lo mismo he sospechado;
mas no importa; conmigo han encontrado;
que cuando intente necio
descomponerse alguno en mi desprecio,
mi enojo les promete
para cada pistola un pistolete,
y este acero en mi mano
rayos ardientes más que el soberano
Júpiter justiciero
vibró contra Tifón, gigante fiero,
y contra los audaces
de su protervia bárbara secuaces.
(*Llegan a la mesa.*)

ROBLES.
Lleguemos. Buen provecho
les haga la comida.

GAITÁN.
Yo sospecho
que con nuestra venida
rejalgar ha de ser y no comida.

HEREDIA.
Sean muy bien venidos
los camaradas, y si son servidos
de comer, será honrarme
sentarse todos tres para ayudarme.

PADILLA.
Con los mismos intentos
veníamos ¡por Dios!

HEREDIA.
Tomen asientos.

ROBLES.
Ya sentados estamos.
Sólo falta traernos que comamos.

(*Siéntense los tres* SALTEADORES *en un banco que venga a estar al lado de* DOÑA MARÍA.)

TEODORA.
Aquí están las perdices.

(*Da* TEODORA *las perdices, y vase.*)

PACHECO.
(Temblando estoy. Ya ¡Dios! que a las narices
el ámbar me ha llegado
por el sucio alambique destilado.

Grandes son mis temores.
¿Qué diablo me metió entre salteadores?)

(*Llégale un* SALTEADOR *a la cara a* DOÑA MARÍA, *y dice*:)

PADILLA.

Lindo geme de cara.

HEREDIA.

¿Qué atrevimiento es éste? ¿No repara,
descortésmente osado,
en que aquesta mujer está a mi lado?
¿Cómo a su rostro allega,
sol que al sol mismo con sus rayos ciega?
Nadie se descomida,
o ¡voto a Dios! que a riesgo de mi vida,
aunque de más pistolas
vengan cargados que cerúleas olas
mueve Neptuno airado,
deje su atrevimiento castigado
de modo que la venta
venga a ser de los tres vena sangrienta.
Tengan ¡por vida mía!,
si es que tenerla saben, cortesía.
Y aunque ladrones sean,
sean corteses, ya que hurtar desean.
Hasta entre ladrones
aprovechan tal vez buenas razones,
que muchos se han librado
de la ira de algunos que han robado
en cuyas manos dieron,
porque corteses al robarles fueron.
De donde es bien se entienda
que hay hombres que no sienten que la hacienda
quitalles soliciten,
como con cortesía se la quiten.
Tengan, pues, cortesía,
pues aun para robar es granjería.

ROBLES.

Quien tan bien nos predica,
¿por qué a clérigo o fraile no se aplica
y no a rufián cargado
de mujeres por este despoblado,
que en una y otra venta
se entretenga ganando por su cuenta?

DOÑA MARÍA.

(¡Amor, tus ceguedades
a oírme traen tan grandes necedades!)

HEREDIA.

Reyes míos, comamos
y callemos.

PADILLA.

Comemos y callamos.

PACHECO.

Recelos infelices
me atormentan.

ROBLES.

Con estas dos perdices
nos acomodaremos,
ya que a perdiz por hombre no cabemos.

(*Quítanle el plato a* JUAN DE HEREDIA *de delante, y pásanlo a su lado.*)

HEREDIA.

(¿Qué miro? ¡Cielo santo!
Mármol debo de ser, pues sufro tanto.)

GAITÁN.

Sor huésped, ¿no hay pimienta?

VENTERO.

¿Qué pimienta ha de haber en una venta?

PACHECO.

Le ha de llevar diez reales
por lo que no merece dos cabales.

HEREDIA.

(No puedo reportarme. (*Aparte.*)
Esta es buena ocasión para vengarme.)
Por que coman, que es justo,
pues mis huéspedes son con todo gusto,
pimienta quiero dalles
(que la vida, si puedo, ha de picalles). (*Ap.*)
Que yo, siempre que tengo
de caminar, curioso me prevengo
de aquestas y otras cosas
que en las posadas suelen más famosas
faltar. Voy a traella.

(*Vase.*)

PADILLA.

Brava curiosidad. Vaya por ella.

ROBLES.

¡Por Cristo! que ha escogido
vuesa merced amante prevenido.
Será en cualquier posada,
con tanta prevención, bien regalada.

DOÑA MARÍA.

(¡Tal estoy escuchando!) (*Aparte.*)

PACHECO.

(Sin estar azogado estoy temblando.
Si algún entierro hubiera,
mis calzones pudieran dar la cera;
mas consolarme quiero
con que, si acaso en esta ocasión muero,

que es lo cierto matarme,
cera no hay que comprar para enterrarme,
pues conmigo la tengo.)

(*Sale* Juan de Heredia *con dos pistoletes, y puesto entre los tres* Salteadores *cruza los brazos, disparando los pistoletes, y cae uno a una parte y otro a otra, agonizando con la muerte, y da de puñaladas al otro, huyendo todos tres.*)

Heredia.

Aquesta es la pimienta que prevengo
para estas ocasiones.
Coman de ella los pícaros ladrones.

Padilla.

Castigó el alto Cielo
las sinrazones nuestras.

(*Huyen.*)

Heredia.

Por el suelo,
cayendo y trompicando,
van con su propia muerte agonizando.

Pacheco.

Buenos van, camaradas,
dos a balazos y uno a puñaladas.
Así ¡cuerpo de Cristo!
pimienta más picante no la han visto
los estancos de España.
Inmortal debes de ser por esta hazaña;
mas pues quedo con vida,
la cera que tenía prevenida
para enterrarme el miedo,
luego al instante he de vender, si puedo.
Señores, si hay quien quiera
una partida acomodar de cera,
yo la daré barata,
en mis propios calzones se remata.
Es de Mérida, fina;
lleguen, que el que llegare más aína
y menester la hubiere,
la llevará de balde si quisiere. (1)

Heredia.

Calla, necio, y ensilla
las mulas luego al punto, que en Sevilla
he de entrar esta tarde
antes que haga de su horror alarde
la esposa del Erebo
y antes que el claro refulgente Febo,
si el catre no de pluma
ocupe el traspontín de blanca espuma
que, fundado en arenas,
le mullen blancas músicas sirenas.
Vamos, esposa mía,
divina emulación del claro día,
y con gracia más suma
invidia de la hija de la espuma,
a quien tantos honores
ofrecieron gentílicos errores.

Doña María.

Vamos, esposo mío,
nuevo galante, Adonis en el brío
y con causas más justas:
Alcides invictísimo que gustas,
como el otro Tebano,
castigar tiranías con tu mano.

Pacheco.

Vamos. Adiós, Ventero,
de los tres salteadores compañero,
de quien es bien arguya
que vinieron acá por orden tuya.
Y es tan feliz tu suerte,
que, sin pensar, te libras de la muerte,
porque dichoso has sido
entre los tres llamados escogido.

Heredia.

Oyete, majadero.

Pacheco.

¿Qué quieres?

Heredia.

Que le pagues el dinero
de cuanto aquí ha traído,
pues culpado no está en lo sucedido
con los tres salteadores.

Pacheco.

Pésame ¡vive Dios! que tanto ignores.

Heredia.

No seas importuno.

Pacheco.

Salteador y ventero todo es uno.
Pero pagalle espero
con estas tres pistolas, porque quiero
dalle armas con que pueda
defenderse cuando algo le suceda
con semejante gente

Ventero.

Y yo quedo satisfecho lindamente.

(*Vanse. Salen* Doña Ana *y* Doña Elvira, *prima suya.*)

(1) Los 12 versos anteriores faltan en el manuscrito.

ELVIRA. ¿Dónde vamos?
ANA. No lo sé.
ELVIRA. Tan melancólica vienes,
prima, tan fuera de ti,
que presumo que no adviertes
que ya en San Lázaro estamos.
¿Dónde vas de aquesta suerte?
¿Eres correo de a pie?
Prima doña Ana, detente.
¿Qué es aquesto?
ANA. Loca estoy.
ELVIRA. Sosiégate, no te alteres.
ANA. ¿Cómo no, cuando los Cielos
rigurosos me previenen
un fuego que me consuma,
un incendio que me queme,
un rayo que me deshaga,
un puñal que me atraviese,
una espada que me mate,
un dolor que me desvele?
Que esto y más es un desprecio
cuando a averiguarse viene.
Solas estamos y en parte
que nadie escucharnos puede.
Oye, prima, que contigo
descansar el alma quiere.
Amor, dueño de las almas,
ciego lince, niño fuerte,
rapaz astuto, dios loco,
de quien no hay vida que acierte
a librarse ni albedrío
que esclavo no se confiese
de su riguroso imperio,
cuya majestad se extiende,
cuyo poder se adelanta,
cuya soberbia se atreve,
si a tanto poeta antiguo
darse algún crédito debe,
a sujetar a los dioses
en sus moradas celestes,
sin que la inmunidad de ellas
ni les valga ni aproveche.
Con esto habrás entendido
que tengo amor; mas no siente,
prima Elvira, amar el alma,
sino amar a quien pretende,
a mis finezas ingrato,
a mis cariños rebelde,
pagar mi amor con desprecios,
mi voluntad con desdenes.
Prima, si alguna mujer
algún agravio te hiciere,
no procures más venganza,
si de ella vengarte quieres,
que pedille al Cielo que
permita que llegue a verse
enamorada de un hombre
que la olvide y la desprecie
después que dueño absoluto
de su honor a verse llegue,
que esta es la mayor venganza
que hallar tu agravio puede,
porque es tanto el sentimiento
que hacen todas las mujeres
mirándose despreciadas
de quien cautelosamente
para engañarlas las quiso,
que la pérdida no sienten
del honor, con ser tan grande,
tanto como que las dejen
despreciadas, y bien clara
aquesta verdad se entiende,
supuesto que hay infinitas
que viven sin honra alegres
con saber que sus amantes
las estiman y las quieren.
¿Quién a costa de un halago
aplaudirnos no pretende?
Siquiera para tenernos
tan sujetas y obedientes,
que por pago de un honor
tomemos favor tan leve. (1)
Ya mi amor te he declarado,
y a vueltas, tácitamente,
mi deshonra. El autor de ella
te quiero decir; atiende.
El grande Conde de Palma,
príncipe invicto, a quien debe
la fama tantos aplausos
cuantas son las excelentes
partes heroicas que en él
tan iguales resplandecen,
este verano en su casa
tuvo, por mi mal, un huésped
que, a serlo mío, pudiera
sentir, prima, justamente
de él lo que del Teucro Eneas
Elisa Dido impaciente.
Este fué don Pedro ¡ah, ingrato!
de Mendoza, aquel aleve
extremeño, aquel traidor,
aquel fementido. Tente,
lengua, que esto es excusado

(1) Los 20 versos que anteceden no constan en el manuscrito.

si declararte pretendes
de aquel hombre, que esto basta
para que entendida quedes
que debajo de este nombre
tácitas se comprehenden
cuantas traiciones y engaños
la malicia inventar puede.
Don Pedro, en fin, de Mendoza,
en la ribera del Betis
me vió una tarde, que acaso
la cristalina corriente
de sus aguas salí a ver.
¡Quién creyera que pudiese
resultar de ver un río
ver en mis ojos dos fuentes!
Miróme y miréle yo;
llegó a hablarme cortésmente;
cortésmente le escuché;
agradóme, y agradéle.
Ponderó afectos sentidos,
que yo creí fácilmente;
respondíle con los ojos;
pero, como niñas tienen,
debieron de hablarle mucho,
que él entendió sutilmente.
¿Cuándo niñas no dijeron
más que les preguntan siempre? (1)
Siguióme, supo mi casa,
galanteóme honestamente,
solicitóme cortés,
enamoróme prudente,
siendo de noche y de día,
bien que recatadamente,
Argos sutil de mis rejas,
Atlante de mis paredes.
Con toda esta vigilancia
me pretendió cuatro meses,
si Marte en lo valeroso,
en lo galán Ganimedes.
Hasta que al fin una noche
que más que otras tiernamente
supo, rendido, obligarme,
supo, humilde, convencerme,
con fe y palabra de esposo,
que una cédula contiene
de su misma letra y firma,
triunfó de mi honor valiente.
No sé quién dice que somos
muy agudas las mujeres,
siendo, prima, en común todas
tan simples, tan inocentes,
que nos engañan los hombres
como si fuéramos peces,
con el cebo de un papel
notado engañosamente,
más que de la voluntad
del hidrópico deleite,
blanco a que tiran lascivos,
fin a que torpes atienden.
No bien, pues, el claro hijo
de Latona veinte veces
pasó a dar luz a los indios
por la Eclíptica celeste,
cuando, diciéndome que
a disponer convenientes
cosas a su hacienda y casa
le importaba brevemente
partirse a la Extremadura
por quince días o veinte,
que para tan breve ausencia
licencia, prima, le diese,
asegurándome que,
después que de allá volviese,
nuestras bodas dispondría
para que en tálamo alegre,
los que antes de galán gustos
delicias de esposo fuesen,
dulcemente permitidas
si hasta entonces indecentes.
Yo, que a su gusto conforme,
si imposibles me pidiese
le concediera imposibles,
que una mujer, cuando quiere,
cuanto le ruegan otorga,
cuanto le piden concede,
liberal le di licencia
para que al punto partiese.
Habrá, prima, más de un mes
sin haber en todo aqueste
tiempo una letra siquiera
que en su ausencia me consuele
recibido de su mano,
a cuya causa impaciente,
colérica y despechada,
recelosa el alma teme.
Triste el corazón sospecha
que se ausentó para siempre,
dejando mi honor burlado,
pues no es justo que se espere
menos trágico suceso
de descuidos tan crueles,
que si no es para olvidar
ningún amante los tiene.

(1) Faltan también en el manuscrito estos 12 versos anteriores.

Esta, prima, es la ocasión
de que esta tarde saliese
tan desesperada y loca,
que no pudiste tenerme
hasta llegar hasta aquí,
no a dar a estos campos verdes
agua que los humedezca,
sino fuego que los queme.
Mira ahora, considera
en males tan evidentes,
despreciada y sin honor,
si estoy triste justamente.

ELVIRA. Desalumbramiento fuera
negar la razón que tienen,
prima, las tristezas tuyas;
pero es bien que consideres
qué si don Pedro se fué
por quince días o veinte,
tardarse, prima, diez más
no es ocasión suficiente
para que del amor suyo
tan grande olvido receles,
que aunque fácilmente se ama
no se olvida fácilmente.
Si no te ha escrito será,
aquesto es justo que pienses,
porque las ocupaciones
de su hacienda le divierten,
o porque acaso no ha hallado
mensajero confidente,
que no de todos se fía
un enamorado ausente.
Esto es lo cierto. Don Pedro
es caballero y te quiere;
él vendrá, no desconfíes.
Pero mucha gente viene
de a mula por el camino.
Vámonos, prima.

PACHECO. Detente,
mula infernal.

ANA. ¿Qué es aquesto?

PACHECO. ¿De qué te asombras? ¿Qué tienes
que tantas coces despides?

ANA. ¡Jesús! ¡Válgame mil veces,
hermosa mujer, el Cielo!

ELVIRA. La mula, impensadamente,
la derribó.

ANA. La piedad
nos obligue de mujeres
a ver si algún mal se hizo,
siquiera porque parece
forastera.

ELVIRA. Yo no dudo
que fuera cierta su muerte
a no haberla recogido,
liberal y diligente,
en sus brazos aquel joven
que la acompaña.

ANA. Ya viene
por su pie por el camino.

(*Salen* JUAN DE HEREDIA, DOÑA MARÍA, PACHECO *y* INÉS, *todos de camino.*)

ANA. Por forastera y hermosa
a daros mil parabienes
de la dicha que tuvisteis
en que la caída fuese
de ningún riesgo, llegamos.

D.ª MARÍA. Yo agradezco sumamente
el favor o la piedad;
fineza, sin conocerme,
de toda estimación digna,
a que estaré eternamente
con razón reconocida.

HEREDIA. De mi parte es bien que intente
agradeceros también,
bellas damas, las mercedes
y favores que a mi esposa
le hacéis, y a dichosa suerte
he tenido el encontrar,
después de un susto tan fuerte,
antes de entrar en Sevilla
dos ángeles, evidente
indicio de las venturas
y dichas que me promete
dentro de ella mi fortuna.

ANA. Los cumplimientos se dejen
y reparad que ya el sol
va llegando al ocidente,
caliginoso sepulcro
de cuantos rayos encierre. (1)

HEREDIA. Vamos, pues, que yo es forzoso
que temprano en Sevilla entre
a buscar posada que
nos acoja y nos albergue
hasta que con más espacio
casa en que decentemente
podamos vivir procure,
ya que mi fortuna quiere
que a vivir venga a Sevilla.

ANA. No dudo que fácilmente
en ella halléis posada,
que muchas y buenas tiene;
pero convenientes pocas

---

(1) En el manuscrito "enciende".

para hospicio de mujeres.
Que el de mi casa admitáis
será preciso que ruegue
a los dos, en tanto que
otra halláis más suficiente.
Aunque para esta hermosura
esfera sucinta y breve
será el alcázar del sol.

D.ª MARÍA. Permitid que humilde selle
con mis labios vuestras plantas
una, señora, y mil veces,
por tanta merced y honra.

ANA. Las ceremonias corteses
dejad, y a mi casa vamos.

HEREDIA. Más años, señora, cuente
vuestra vida, que al sol puro
dorados rayos guarnecen.—
¿Qué dices de esto, Pacheco?

PACHECO. Yo ¿qué he de decir? que vienes
a Sevilla con buen pie;
plega a Dios que no tropieces,
porque entradas tan melosas
suelen tener comúnmente
salidas acibaradas.
Mas venga lo que viniere,
goza ahora las venturas
que la fortuna te ofrece,
pues has de gozar también
los pesares que te diere.

(*Vanse. Salen* DON PEDRO DE MENDOZA, *de convaleciente, y* ROMÁN.)

ROMÁN. Gracias al Cielo, señor,
que llego a verte con vida,
libre y sano de una herida
de tan sangriento rigor.

D. PEDRO. El vehemente dolor
que al recibirla sentí
me sacó fuera de mí
de tal modo, de tal suerte,
que en los brazos de la muerte
me juzgué, si no me vi.
Convalecí, en fin, y ya
fuera de peligro estoy;
mas tan desdichado soy,
tan cruel el Cielo está
conmigo, que si me da
aquesta corporal vida,
me quita la preferida
a ella, que es el honor. (1)
Y así, pues, Román, aunque
vivo me examinas hoy,
como sin honor estoy,
que estoy difunto diré.
Vivo a un tiempo me veré,
y a un tiempo me veré muerto;
que en dos vidas que en mí advierto
desdichado me apercibo,
para la del cuerpo, vivo;
para la del honor, muerto.
Pero dejad sentimientos,
ofendido corazón,
pues tan inútiles son
que se los llevan los vientos.
Mis altivos pensamientos
se enfurezcan y se inciten;
mi venganza soliciten;
porque si los Cielos, sabios,
suelen permitir agravios,
venganzas también permiten.
Yo he sabido esta mañana,
Román, que está mi enemigo
en Sevilla y que consigo
tiene a mi traidora hermana.
Su infame sangre villana
mis enojos indignados
viertan, si ya mal logrados
segunda vez no se ven;
que es plaga de hombres de bien
ser mil veces desdichados.
A Sevilla he de partir,
Román, hoy, en este día;
porque la venganza mía
dilación no ha de sufrir.
A aprestar, a prevenir
caballos parte ligero;
al instante partir quiero;
que cuando mi enojo ves,
detenerme un punto es
detenerme un siglo entero.

(*Vanse. Salen de noche* JUAN DE HEREDIA *y* PACHECO. JUAN DE HEREDIA *con broquel.*)

PACHECO. Bravas suertes has tenido;
Bien el naipe te ha pintado.

HEREDIA. Cien escudos he ganado;
levantéme y encendido
quedó en ira el Capitán.

PACHECO. Los naipes sus dientes muerden
a estas horas.

HEREDIA. Cuantos pierden
lo mismo han hecho y harán.

PACHECO. Mil necedades habló,
que un santo no las sufriera.

HEREDIA. Lo mismo, Pacheco, hiciera

(1) Faltan dos versos a esta décima.

si acaso perdiera yo;
que el gruñir y blasfemar
contra el mundo y contra el Cielo
es el más común consuelo
que suele el que pierde hallar;
pues si perdiendo no hablara
un hombre, según se ve,
juzga por muy cierto que
de cólera reventara.

PACHECO. El que ha de sentir perder,
¿por qué el juego no desprecia?

HEREDIA. A tu pregunta, aunque necia,
respondo: El que perdió ayer,
hoy, con voluntad más cierta,
pensando que ha de ganar
vuelve a ponerse a jugar.
Pero si a perder acierta,
con más rabia y más furor
vuelve de nuevo a gruñir;
porque para no sentir
de la pérdida el dolor,
no le puede aprovechar
decir de su pensamiento:
Si perdí, ya fué mi intento
no perder, sino ganar.

(*Sale embozado a este tiempo el* CAPITÁN NEGRÓN *con espada y broquel.*)

PACHECO. ¿No sabes qué he reparado?

HEREDIA. No, si no lo dices.

PACHECO. Luego
que de la casa de juego
saliste, este hombre embozado
salió también, y siguiendo
nuestros pasos ha venido.

HEREDIA. La causa que le ha movido
de él mismo saber pretendo.

PACHECO. Ya temo alguna tragedia.

NEGRÓN. Aunque parezca locura
mi curiosidad procura
saber si este Juan de Heredia
tan hombre es como parece,
y como me han informado
extremeños, que me han dado
noticia dél, con que crece
más este deseo en mí.
Y es mi orgullo de manera
que me enfada y desespera
verlo alabar, siendo así
que pacífico hasta ahora
sólo en su quietud se emplea,
sin hacer cosa que sea
de aplauso merecedora.
Y viene a ser sinrazón,
que casi provoca a enfado,
que sin haberla ganado
tenga en Sevilla opinión.
Jugando pintas con él
cien escudos he perdido,
de cuyo achaque he querido,
o temerario o cruel,
para tentar su valor
aquesta noche valerme,
sólo por satisfacerme,
y averiguar si en rigor,
supuesto que se me ofrece
a propósito ocasión,
es tan feroz el león
como pintado parece.

HEREDIA. ¿Ah, hidalgo?

NEGRÓN. ¿Llamáisme a mí?

HEREDIA. Sí.

NEGRÓN. ¿Qué me queréis?

HEREDIA. Saber
qué os ha podido mover
a seguirme hasta aquí
desde la casa de juego.

NEGRÓN. Supuesto que os he seguido
ocasión habré tenido.

HEREDIA. Que me la digáis os ruego.

NEGRÓN. Que conozcáis es razón
quién soy.

HEREDIA. Holgárame mucho.

NEGRÓN. Yo...

HEREDIA. Proseguid, que ya escucho.

NEGRÓN. Soy el capitán Negrón.
¿Conocéisme?

HEREDIA. No lo niego.
¿Qué queja tenéis de mí?

NEGRÓN. Jugando con vos perdí
cien escudos.

HEREDIA. ¿Fué mal juego
el mío?

NEGRÓN. Sí, y vive Dios
que más de dos lo dijeron.
(Bien lo incito.) (*Aparte.*)

HEREDIA. Pues mintieron,
y vos, si lo decís vos.
No os admire tan grosera
y ciega resolución,
porque en teniendo razón
no sé hablar de otra manera.

NEGRÓN. Ni yo, más que dar castigo
que a otros sirva de escarmiento
a quien loco y desatento
de ese modo hable conmigo.

(Habiéndome desmentido, (*Aparte.*)
ultrajando mi opinión,
ya me corre obligación
de dalle muerte ofendido.
Matarélo, ¡vive Dios!)

PACHECO. (Plega a Dios que pare en bien.)(*Ap.*)

NEGRÓN. Averiguar quiero quién
ha mentido de los dos
en menos pública parte,
donde castigar intento
vuestro loco atrevimiento.
Seguidme.

HEREDIA. Si el mismo Marte
fuerais y la parte adonde
pretendéis llevarme fuera
el mismo Infierno, os siguiera.
que mi valor corresponde
de aquesta suerte a quien soy.

(*Vanse. Queda* PACHECO *solo y dice*:)

PACHECO. Fuéronse, y yo me confundo
viendo hombres todos los días
que por estas niñerías
quieren matarse en el mundo.
¿No es disparate solemne
que por cosa tan ligera
arriesgar un hombre quiera
sola una vida que tiene,
y tan fácil de perder
que es para matar bastante
al más valiente gigante
la punta de un alfiler?
Mi error es tan sin segundo
que excede a todos errores;
no me matéis [mis] señores, (1)
y mátese todo el mundo.

(*Vase. Salen* JUAN DE HEREDIA *y* NEGRÓN.)

HEREDIA. Por adonde habéis querido
os he venido siguiendo
hasta el Arenal.

NEGRÓN. En él
mataros, Heredia, intento.

HEREDIA. Pues sacad, Negrón, la espada,
y nuestro duelo empecemos,
supuesto que aunque pudiera
yo no he de satisfaceros
habiendo salido al campo.

NEGRÓN. Cuando mi agravio es tan cierto
con mataros solamente
satisfacerme pretendo.

HEREDIA. Téngolo por muy difícil.

NEGRÓN. Yo por muy fácil lo tengo,
mas callen las lenguas y hablen
indignados los aceros.

HEREDIA. Sin ser Espíritu Santo
hablará en lenguas de fuego,
Negrón, contra el vuestro, el mío.

NEGRÓN. Pues riñamos y callemos.

HEREDIA. Callemos, pues, y riñamos.

NEGRÓN. ¡Bien pelea el extremeño!

HEREDIA. ¡Bien pelea el sevillano!

NEGRÓN. ¡Bravo pulso!

HEREDIA. ¡Grande esfuerzo!

NEGRÓN. ¡Qué a tiempo mete el broquel!

HEREDIA. No tira golpe sin tiempo.

NEGRÓN. Vive Dios, que le he temido.

HEREDIA. Que le he temido confieso.

NEGRÓN. Mas, si puedo, he de matarlo.

HEREDIA. Como pueda, matarélo.

NEGRÓN. No fué más valiente Aquiles.

HEREDIA. No fué más valiente Héctor.

NEGRÓN. No me engañaron los que
su valor me encarecieron;
mas ¡ay de mí! muerto soy.

HEREDIA. Dios te perdone si has muerto.

(*Vase. Mete* JUAN DE HEREDIA *a cuchilladas a* NEGRÓN, *y cae dentro. Salen los tres* CAPEADORES.)

CAPEAD. 1.º Este es el sitio mejor
y el más conveniente puesto
donde diligencias nuestras
pueden lograr los aciertos
que deseamos los tres.

CAPEAD. 2.º Algunas noches que vengo
por esta calle a deshoras
pasar mucha gente veo
de buen porte, y la ocasión
es esta casa de juego
que en cal de Bayona está.

CAPEAD. 3.º Pues las esquinas tomemos
y ninguno pase a quien
por bien o por mal dejemos
capa en los hombros.

CAPEAD. 1.º Ha dicho
famosamente Carreño.

CAPEAD. 2.º A aquesta esquina me arrimo
como gigante.

CAPEAD. 3.º Lo mesmo
seré yo arrimado a estotra.

CAPEAD. 1.º Por Dios que lo habéis dispuesto
admirablemente; ¿yo
dónde he de ponerme?

CAPEAD. 2.º Bueno,

(1) En el manuscrito dice: "no me mato yo, señores".

a mi lado, o a el de Carpio.
CAPEAD. 1.º Como buen soldado quiero
obedecer vuestra orden.
CAPEAD. 3.º Gente viene.
CAPEAD. 2.º Y de buen pelo,
pues viene crujiendo seda.
CAPEAD. 1.º Dos hombres son.
CAPEAD. 2.º Pues callemos
hasta que lleguen.
CAPEAD. 3.º Mañana
nos valen los ferreruelos
lindos dineros vendidos.
CAPEAD. 1.º ¿Dónde?
CAPEAD. 3.º En los ropavejeros.

(Salen el CONDE DE PALMA *y* FABRICIO, *criado suyo, de noche.)*

CONDE. ¿Qué hora es, Fabricio?
FABRICIO. Las dos
serán, poco más o menos,
de la noche.
CONDE. Divertido
me tuvo hasta ahora el juego.
No entendí que era tan tarde;
vamos; pero ¿qué es aquesto?
En la boca de la calle
parados tres hombres veo,
y en el modo me parece
que están, Fabricio, resueltos
a no dejar pasar hombre;
que son ladrones sospecho.
Llega y pregúntales si
acaso pasar podremos.
FABRICIO. Mejor es, señor, volverte
sin arriesgarte, supuesto
que a estas horas ninguno
puede conocerte de ellos.
CONDE. Cuando ellos no me conozcan,
yo me conozco, y no puedo,
conociéndome, dejar
de acudir a lo que debo,
por mí mismo solamente
y no por otro respeto.
El Conde de Palma soy,
y será afrenta y desprecio
de mi persona volverme.
No se ha de quejar mi pecho
jamás de que pudo en él
más que mi valor el miedo.
FABRICIO. Repara, señor...
CONDE. Aparta.
FABRICIO. Advierte...
CONDE. Déjame, necio.

(Sale a este tiempo JUAN DE HEREDIA, *y dice:)*

HEREDIA. ¡Pobre capitán Negrón!
¡Qué temerario y soberbio
procuró su misma muerte!
¡Téngalo Dios en el Cielo!
Tarde es ya. Con qué cuidado
estará mi esposa, viendo
que falto tan a deshoras
de casa.
CONDE. ¡Ah, hidalgos! ¿Podremos,
en cortesía, pasar?
HEREDIA. Gente
hacia esta parte siento.
CAPEAD. 2.º Pasen muy en hora buena,
con que nos dejen primero
su limosna.
HEREDIA. A buenas horas
están limosna pidiendo.
Aquestos son capeadores,
y ¡vive Dios! que me huelgo
de llegar a esta ocasión.
Acercarme un poco quiero
por dar a aquestos dos hombres
favor en aqueste riesgo.
CONDE. Aqueste bolsillo lleva
no sé qué doblones dentro.
Sírvanse de ellos los tres
y desembaracen luego
el paso.
HEREDIA. Para llegar
aqueste es el mejor tiempo.
¡Ah, caballero! Guardad
el bolsillo, pues es vuestro,
y no lo deis a ladrones,
que yo, a vuestro lado puesto,
a cuchilladas haré
a los tres, y aun a trecientos,
que os hagan más pasos que
suele hacer en el juego
de la primera un tahur.—
¡Atrevidos, descompuestos,
ladrones, en fin, que basta;
huíd, si de aqueste acero
no queréis probar las iras!
CAPEAD. 1.º Demonio de los Infiernos
debe de ser este hombre.
HEREDIA. ¡Cobardes! ¡Viven los Cielos,
que he de matizar con sangre
de vuestros infames pechos
de aquesta calle las piedras!

(Huyen.)

CONDE. Infamemente huyendo

van todos. No los sigáis;
reportaos, deteneos.

HEREDIA. Porque vos me lo mandáis
me reporto y me detengo.

CONDE. ¿Quién sois?

HEREDIA. Un hombre de bien,
que es de lo que más me precio.

CONDE. Bien se ha visto que lo sois.
De día me holgaré veros.

HEREDIA. Yo también, para serviros,
me holgaré de conoceros.

CONDE. Por obligaros a que
me ocupéis en mucho. quiero
que me conozcáis. Yo soy
el Conde de Palma.

HEREDIA. (*A sus pies.*) Beso
vuestros generosos pies,
heroico Portocarrero,
tantas veces cuantos son
los timbres y los trofeos
que vuestra persona ilustran.

CONDE. Alzad, levantad del suelo.
(*Levántase.*)
¿Cómo os llamáis?

HEREDIA. Juan de Heredia.

CONDE. Bien está. Favoreceros
en cuanto queráis pedirme,
como quien soy, os prometo.

HEREDIA. Para cuando se me ofrezca,
señor, la palabra aceto.

CONDE. ¿Vamos, Fabricio?

HEREDIA. Yo he de ir
acompañando y sirviendo
la persona vuestra.

CONDE. ¡Oh, cuánto
los bríos me han satisfecho!

(*Vanse.*)

FIN

ACTO TERCERO

(*Salen* JUAN DE HEREDIA *y* PACHECO.)

HEREDIA. ¿Estás loco?

PACHECO. Loco estoy,
pues que porfío contigo.

HEREDIA. ¿A don Pedro viste?

PACHECO. Digo
que lo he visto.

HEREDIA. ¿Cuándo?

PACHECO. Hoy.

HEREDIA. ¿Dónde?

PACHECO. ¿Hay porfía más fuerte?
Junto a San Pedro le vi.

HEREDIA. ¿Y vióte?

PACHECO. No.

HEREDIA. Aunque le herí,
no debió de ser de muerte.
Notable riesgo me espera.

PACHECO. Lo que es esta vez ¡por Dios!
que andemos, señor, los dos
entre la pila y la cera.

HEREDIA. Vamos.

PACHECO. ¿Adónde?

HEREDIA. A buscarlo.

PACHECO. ¿Quién vió mayor frenesí?
¿Buscarlo pretendes?

HEREDIA. Sí.

PACHECO. ¿Para qué?

HEREDIA. Para matarlo,
porque si no es de esta suerte,
es cosa imposible que
pueda verme libre de
un enemigo tan fuerte.

PACHECO. Si modo hallarse pudiera
para que esta enemistad
en inviolable (1) amistad
para ti, gran dicha fuera.

HEREDIA. Eso imposible será,
porque don Pedro nació
caballero, en fin, y yo
un hombre humilde, y tendrá
por infamia y por bajeza
que hagan liga de amistad
el cobre de mi humildad
y el oro de su nobleza.
Aquesto sólo me obliga
a desconfiar.

PACHECO. No fuera
la primera vez que hiciera
el oro y el cobre liga.
Ven acá. ¿No me contaste
cómo anoche, no sé adónde
encontraste...

HEREDIA. ¿A quién?

PACHECO. Al Conde
de Palma, y que acuchillaste
a su lado unos ladrones
que estafallo pretendieron,
hasta que, en efeto, huyeron
como gallinas lebrones,
y que con notables veras,

(1) Así en el original; pero falta el verbo. Probablemente diría este verso "se trocara en amistad".

agradecido de verte,
prometió favorecerte
en cuanto pedille quieras?

HEREDIA. Es así.

PACHECO. Pues ¿quién mejor,
si en ello reparas, que él
puede, valiéndote de él,
componer este rencor?
Llega a hablarle; dale cuenta
de tantos peligros graves
como te amagan, pues sabes
que favorecerte intenta,
y que es de don Pedro amigo,
aunque príncipe, tan llano,
que lo más de este verano
lo tuvo huésped consigo.
¿Qué le llegará a pedir
que al punto no le conceda?
¿Ni cómo es posible pueda
a su gusto resistir?
No te acortes. Cree que fué
del Cielo particular
permisión el acertar
a llegar a tiempo que,
puesto a su lado, pudiese
pagarse del valor tuyo,
causa de que el valor suyo
como quien es te ofreciese.

HEREDIA. Así lo llego a entender,
y sola esa diligencia
por mi quietud, mi prudencia,
quiero que llegue a hacer.
Seguir el alma procura
el consejo que me das.
Esta fineza no más
me ha de deber mi cordura.
Obre una vez la prudencia,
pues tantas obra el furor.

PACHECO. Tú verás cómo, señor,
se logra tu diligencia.

HEREDIA. ¡Quiera el Cielo que sea así,
porque de no se lograr,
a don Pedro he de matar
o él me ha de matar a mí!

(*Vanse. Salen el* CONDE DE PALMA *y* FABRICIO.)

CONDE. Grande gusto recibiera
de que aquel hombre, Fabricio,
que anoche tan grande indicio
dió de su valor, viniera
a verme. En fin, ¿no ha venido?

FABRICIO. No, señor.

CONDE. Notablemente
su resolución valiente
me aficionó. ¡Qué atrevido,
qué arriesgado, qué animoso
con los ladrones chocó!
Confieso que me dejó,
con ser quien soy, envidioso.

FABRICIO. Bien, con tan valiente acción
y bizarro arrojamiento,
manifestó el ardimiento
de su heroico corazón.

CONDE. Aquesto aparte dejando,
Fabricio, ¿cuál habrá sido
de tan impensado olvido
la causa en don Pedro, cuando
a mi amor y voluntad
debe justas cortesías,
y a tantas finezas mías
correspondiente amistad?
Desde que a la Extremadura
se partió no he recibido
carta suya, ni he tenido
noticia de él. Mal procura
corresponder a mi amor.

FABRICIO. Tanto descuido será
no sin causa; él la tendrá,
pues no te ha escrito, señor.
Porque de la voluntad
suya no es bien que se crea
que tan grande olvido sea
mudanza de su amistad.

(*Sale* ALBERTO, *criado.*)

ALBERTO. En la antesala, señor,
cierto gentilhombre espera
licencia para hablarte.

CONDE. Entre, pues, no se detenga.

(*Sale* JUAN DE HEREDIA.)

HEREDIA. A ofrecerse por esclavo
de vuestra heroica grandeza,
a vuestras invictas plantas
llega, señor, Juan de Heredia.

CONDE. Mucho me alegro de veros,
y formara grande queja,
si no vinierais a verme,
de vos. Levantad, y sean
en vuestro cuello mis brazos
lazos de amistad eterna,
Heredia amigo.

HEREDIA. Señor,
vanagloriosa pudiera
mi humildad desvanecerse
oyendo en la boca vuestra
ese nombre.

CONDE. Aqueste sólo
es mucha razón que tenga
quien, como vos, lo merece.
HEREDIA. A solas, señor, quisiera
hablar a vueseñoría.
CONDE. Salíos todos afuera.
Dejadnos a los dos solos.—
Holgaréme que se ofrezca
ocasión para serviros.
HEREDIA. No vengo, señor, sin ella
a hablar a vueseñoría.
CONDE. Decid, que quiero saberla,
y en ella favoreceros
por pagaros la fineza
que anoche hicisteis conmigo.
HEREDIA. Pues vueseñoría atienda,
que a vueltas de la ocasión
que me trae, quiero que sepa
mi vida, supuesto que
no será cosa superflua,
para obligarle mejor,
el dalle aquí de ella cuenta.
Mi patria, famoso Conde,
es una villa pequeña
que está distante no más
de esta ciudad quince leguas.
Es Guadalcanal su nombre;
su población, la primera
de la Extremadura, yendo
de la Andalucía a ella.
Su sitio, áspero y fragoso,
porque conformes la cercan,
por una y por otra parte,
casi inaccesibles sierras,
tan altivas, que parece
que con las toscas cabezas
de ese pavimento azul
las densidades penetran.
Aquí, pues, de humildes padres,
sin más sangre ni nobleza
que la de cristianos viejos,
con inclinación traviesa
nací, y así los veinte años
cumplí, gran señor, apenas,
cuando de mi natural
di en mil travesuras muestras,
y la más particular
de cuantas hice fué aquésta.
Bien sabe Dios que confío
ganar el Cielo por ella. (1)

(1) No hay en el manuscrito estos dos versos anteriores.

Vino al lugar a alojarse,
costumbre que España observa,
una tropa de soldados,
y por sus pecados eran
dos que en mi casa alojaron
de inclinación tan obscena,
que torpemente nefandos
les vi una noche... La lengua
al decirlo, se enmudece
de temor o de vergüenza,
que hay delitos tan inormes
y culpas, señor, tan feas,
que repetidas asombran
y pronunciadas alteran.
No sé cómo el que las hace
no siente horror al hacerlas. (1)
Viendo, pues, ejecutada
tan formidable torpeza,
sin ser justicia les di
la irrevocable sentencia
del castigo de Sodoma.
Y apenas la noche ciega
a la mitad de su curso
llegó, cuando en la derecha
mano un puñal y en la otra
dándome luz una vela,
llego al deshonesto lecho
donde, en confusas tinieblas,
al tacto, si no a la vista,
cadáveres vivos eran,
al torpe sueño entregados
los sentidos y potencias.
Alcé el puñal indignado,
y en sus pechos tan apriesa
lo escondí cinco o seis veces,
que la distancia pequeña
que hay de la vida a la muerte
fué imposible que sintieran.
La sangre, púrpura humana,
salió huyendo tan ligera
en calientes borbotones
de aquellas infames venas,
que dió a entender claramente
que en ellos vivió violenta
hasta entonces, que halló,
para poder salir, puerta,
porque a haberla hallado antes,
antes salido se hubiera. (2)
Muertos, en fin, encendí
en el corral una hoguera

(1) También faltan los seis versos que anteceden.
(2) Igualmente faltan los 10 anteriores.

y, cumpliendo con la ley,
los arrojé dentro de ella,
hasta que hechos ceniza,
de su nefanda insolencia
el castigo examinaron,
siendo en una noche mesma,
por castigar su delito
conforme la ley ordena,
para quemallos verdugo,
juez para dar sentencia.
Repare vueseñoría
si ganar el Cielo espera
con razón quien de esta suerte
los agravios de Dios venga. (1)
No mucho después de aquesto
al castillo o fortaleza
que llaman de Miramontes,
en Azuaga, por diversas
travesuras, preso vino
por orden del Rey expresa,
el Conde de Cocentaina,
señor por naturaleza
tan dado a la valentía,
que él solamente quisiera
ser quien de valiente el nombre
en el mundo mereciera.
Tuvo noticia de mí,
y fué muy fácil tenerla
mediante el estar Azuaga
de Guadalcanal tan cerca,
que dista el uno del otro
solamente cuatro leguas.
En fin, desde la prisión,
haciéndome mil promesas
de amistad, en una carta,
con razones halagüeñas,
me envió a llamar, y un criado
con un rocín en que fuera.
Reconocí su intención,
y porque no presumiera
que de temor no iba a verle,
dejando a la diligencia
de mi valor la salida
de tan peligrosa empresa,
fuí a verle, bien prevenido,
hasta la prisión, y en ella
fueron mi recibimiento
ceremonias lisonjeras,
de mí tan bien entendidas
como del Conde dispuestas.
De lance en lance venimos

(1) Omite asimismo los cuatro que preceden a la llamada.

a tratar de la destreza,
hasta que, para esgrimir,
tomamos espadas negras.
Ajustámonos los dos,
y, con malicia perversa
para herirme o lastimarme,
heridas formó diversas,
ya en el cuerpo, ya en el rostro;
mas todas fueron superfluas,
porque con diversas contras
me libré de todas ellas.
Picado de esto, entendiendo
que su engañosa cautela
mi atención no comprendía
ni alcanzaba mi advertencia,
que espadas blancas juguemos
dos o tres veces me ruega,
con intento de matarme.
Mas yo, que con alma atenta
sus designios penetraba,
con prevenida destreza
y vigilante cuidado
me defendí de manera
que, a pesar de su malicia,
como en las espadas negras,
dejé en las blancas también
frustradas sus diligencias.
Volvíme a Guadalcanal,
de donde fué salir fuerza
dentro de muy breve tiempo,
huyendo de las molestias
que la justicia me hacía
por desgarros y pendencias,
muertes y heridas, efetos
de mi condición traviesa,
si bien alabarme puedo
que jamás, sin que tuviera
ocasión, saqué la espada,
que hay hombres que sin tenerla
en sacarla cada instante
para hacer mal se deleitan,
bárbaramente imprudentes.
Mas vueseñoría sepa
de camino también que
jamás le excusé aunque fuera
más valiente que Cipión
el que la ocasión me diera.
Ni buscarla ni excusarla
es la opinión más discreta,
que excusarla es cobardía
y buscarla es imprudencia. (1)

(1) Faltan los 15 versos que anteceden.

Troqué mi patria, en efeto,
por Flandes, en cuyas guerras,
sepulcro de tantas vidas,
polilla de tanta hacienda,
serví seis años y más
al hijo del mayor César
Carlos quinto, al gran Filipo
segundo, cuya prudencia,
cuyo valor y gobierno
las edades venideras
celebren por el mayor
que historias humanas cuentan.
Cansado, pues, de servir
sin medrar, desdicha cierta
de cuantos la guerra siguen,
pues entre tantos apenas
al cabo de muchos años
hay uno en quien no se vea
aquel adagio cumplido
"quien más sirve menos medra", (1)
dejé a Flandes por España,
dulce patria, hermosa reina
de las letras y las armas
en cuantas el sol rodea
provincias, desde la cuna
en que infante reverbera,
hasta el cerúleo sepulcro
donde su rayos entierra.
Llegué a mi patria y hallé,
bien que a costa de la hacienda
de mi padre, mis delitos
y travesuras compuestas.
Libre el alma hasta aquí
y la voluntad exenta
viví sin sentir de amor
las venenosas saetas,
pensión de quien eximirse
es imposible que pueda
el pecho más montaraz
y la condición más fiera.
Pero como, en fin, es rayo
que suele con más violencia
ejecutar su furor
donde halla más resistencia,
quiso ejecutarlo en mí
porque decir no pudiera
que supo librarse de él
de mi pecho la dureza. (2)
Ofrecióme una hermosura
a la vista una belleza

(1) Asimismo los ocho que van impresos antes de la llamada.

(2) También se omiten los 16 que anteceden.

tan incomparable en todo,
y por todo tan perfecta,
tan gallarda, tan airosa,
que pudiera honrar a Grecia
y ser incendio de Troya
más justamente que Elena
Comencé a servirla, pues,
con tan venturosa estrella
y con suerte tan dichosa,
que lo que tardé en quererla
tardó en quererme no más,
y aun antes que la quisiera
pienso que ya me quería,
sucediéndome con ella
lo mismo que a una persona
cuando con cuidado espera
a que otra venga a su casa,
que aún no ha llegado a la puerta
a dar el primero golpe,
cuando ya la tiene abierta,
que, avisada, es cuidadosa
la más tibia negligencia.
Amante correspondido,
entre amorosas finezas,
entre apacibles requiebros (1)
y bien sentidas ternezas,
me coronó de favores
en ocasiones diversas,
si bien tan lícitos siempre,
que de su honor la pureza
no pudieron ofender,
porque antepuso, resuelta
a defenderla y guardarla
hasta que su esposo fuera,
a mis amantes deseos
varoniles resistencias,
honradas contradiciones,
incontrastables defensas.
Tiene esta dama un hermano
en quien iguales campean,
sobre ser muy poderoso,
sangre, valor y nobleza.
Este, señor, es don Pedro
de Mendoza, cuyas prendas
califique el saber que
merece la amistad vuestra;
que de los méritos suyos
viene a ser la mayor prueba
el haberos vos preciado

(1) Omitidos los 13 versos anteriores. Y en su lugar hay estos otros dos:
"Efectos que amor engendra
entre apacibles requiebros."

de que vuestro amigo sea.
Cuando galanteé a su hermana,
en Sevilla huésped era
vuestro, y en ausencia suya,
porque no hay segura ausencia,
sus favores merecí.
Pero como no es eterna
ninguna dicha de amor,
que es forzoso que fin tenga,
así lo tuvo la mía
con la no pensada vuelta
de don Pedro de Mendoza
a Guadalcanal. Sin verla
estuve no sé qué días
y sin que verme pudiera,
desdicha que ocasionó
de su hermano la asistencia,
si bien puedo asegurar
que fueron siglos de penas
para mí cuantos instantes
viví sin ver su belleza. (1)
Maldiciendo mi fortuna
con mortales impaciencias
estaba una tarde, cuando
en un papel, de su letra,
me avisó que aquella noche
a verla sin falta fuera,
asegurándome en él
que de su hermano la ausencia
daba lugar para todo.
Si quedó el alma contenta,
quien supiera amar lo diga,
si hay alguno que amar sepa.
El manto tejido en sombras
y en horrores tinto, apenas
tendió la confusa noche
oscureciendo la tierra,
cuando a verla fuí gozoso,
juzgando alegre en mi idea
por la más inestimable
la felicidad de verla
en süaves soliloquios.
Divertidas y suspensas
estaban nuestras dos almas,
cuando, turbada y inquieta,
entró una criada huyendo
de don Pedro, que tras ella
precipitado venía,
por haberle la vil lengua
de un criado infame dado
de nuestros amores cuenta,

(1) Omitidos estos cuatro versos.

causa de que aquella tarde
por dos o tres días fingiera
irse a cierta heredad suya,
y de que la noche mesma
volviese a vengar su agravio
a tiempo que por la puerta
de un postigo pudo entrar,
que acaso la tenía abierta
con otro fin la criada,
descuidada o desatenta.
Túrbase mi amado dueño.
Las cándidas azucenas
de sus mejillas hermosas
en pálida gualda trueca,
de sus labios el carmín
cárdeno lirio se ostenta,
mortal la luz de sus ojos
ni luce ni reverbera,
estatua viva de hielo
a la vista se presenta,
con facultades de bulto,
ni bien viva, ni bien muerta. (1)
Yo, entre confusión tan grande,
templar la cólera ciega
de don Pedro solicito;
mas fué inútil diligencia,
porque, atento solamente
a su venganza sangrienta,
a escucharme no, a matarme
ciego aspira, airado anhela.
Viendo el riesgo tan patente,
animoso la defensa
prevengo; cierro con él;
furioso conmigo cierra;
fuí más dichoso, herílo,
cayó al instante en la tierra,
"¡Muerto soy!", diciendo a voces.
Tuve su muerte por cierta.
Llevé conmigo a su hermana.
En cierta casa secreta
la tuve dos o tres días
sin que nadie la sintiera,
hasta que tuve ocasión,
que fué ventura tenerla,
para traerla a Sevilla,
habiéndome antes con ella
desposado de secreto.
En fin, conmigo contenta
está, señor, en Sevilla,
como yo con su belleza.
De mi vida y de mi amor

(1) También se omiten los ocho anteriores.

toda la historia es aquésta.
Escuchad la ocasión que
me trae a vuestra presencia.
Don Pedro, señor, es vivo,
que la herida, aunque sangrienta,
que le di, no fué de muerte;
sabe Dios que no me pesa.
En Sevilla está; un criado
le ha visto, que dejé afuera.
Es caballero y valiente
¿Quién ignora que fomenta
venganzas contra mi vida
y contra mi pecho ofensas?
Y contra ellas ¿quién ignora
que yo he de buscar defensas?
Vos sois grande amigo suyo;
él, en fin, hechura vuestra;
¿qué podréis pedille vos
que no os otorgue y conceda?
Componed este rencor;
fin esta enemistad tenga;
reconciliad estos odios;
por vuestra intercesión sea.
A esto, señor, he venido,
mi pretensión es aquésta.
mi celo el que habéis notado.
Aqueste favor merezca
alcanzar la humildad mía
de vos. Así las inmensas
edades viváis del Fénix,
que entre odoríferas hierbas,
entre aromáticas gomas
que se abrasa y se quema,
y gusano, a nueva vida
nace en sus cenizas mesmas.

CONDE. Aunque es tan grande el empeño
en que me ponéis, Heredia,
porque de mi voluntad
los quilates conocierais
y el valor examinarais,
que fuera mayor quisiera,
porque en las dificultades
más las finezas campean.
Don Pedro es mi amigo, y vive
el alma tan satisfecha
de su amistad, que si yo
imposibles le pidiera,
pienso que por gusto mío
imposibles emprendiera,
si bien todas son debidas
a mi voluntad finezas.
Si en Sevilla está, yo haré
por buscarle diligencia,
y de que no me haya visto
debo formar justas quejas.
Yo sé dónde he de hallarlo.
Idos satisfecho, Heredia,
de que ha de tener suceso
feliz la pretensión vuestra,
porque para que don Pedro
ser amigo vuestro quiera,
basta que llegue a saber
que quiero yo que lo sea.

HEREDIA. No espero menos favor,
señor, de vuestra grandeza.
Con esa seguridad
me voy con vuestra licencia.

CONDE. Volved a verme mañana.

HEREDIA. Forzoso será que os vea,
si tantas honras me hacéis.

CONDE. Digno sois de todas ellas.

(*Vanse. Salen* DON PEDRO *y* ROMÁN, *de noche.*)

DON PEDRO.

Pierdo el entendimiento
cuando a considerar me pongo atento
que cuanta diligencia
precipitada ha hecho mi impaciencia
buscando a mi atrevido
contrario Heredia sin provecho ha sido.
No ha quedado posada,
desde la menos a la más nombrada,
que no haya examinado,
buscándolo advertido mi cuidado,
Román, estos dos días,
y hallarlo no han podido mis porfías.
Sin duda que lo encierra
el abismo profundo de la tierra.

ROMÁN.

Quizás habrá sabido
cómo estás en Sevilla, y escondido,
recelando tu ira,
sagaz se guarda y cuerdo se retira.

DON PEDRO.

Yo he pensado lo mismo.
Sin juicio estoy en tan confuso abismo.
De penosos desvelos,
todo temores soy, todo recelos,
de que para vengarme
lugar, ventura y tiempo ha de faltarme,
porque soy desdichado.
Pero fiad de mí, pecho agraviado,
si hallo coyuntura,
que he de lograr lugar, tiempo y ventura.

ROMÁN.

¿Posible es que no sientes
que hay más de treinta calles diferentes
de aquí a nuestra posada
y que ya puede ser que esté cerrada,
porque es, señor, muy tarde?
¿Dónde vas por aquí, así Dios te guarde?

DON PEDRO.

Román, a aquesta casa,
cénit de un sol en cuya luz se abrasa
mariposa mi pecho,
de abrasarse en sus rayos satisfecho.
Aquí de mi cuidado
vive el hermoso dueño idolatrado,
cuyo amor peregrino
de paso te conté por el camino,
sólo por divertirme
de tantos, como llegan a afligirme,
desvelos, la memoria.
Aquí vive mi bien, aquí mi gloria,
a quien ver no he podido
en aquestos dos días divertido
en mi venganza fiera.
¡Qué hermosamente culpará severa
el descuido y olvido
que ausente de sus ojos he tenido!
¡Oh! ¡Quién con más contento
viniera a ver, y menos sentimiento,
su dulce rostro grave!
Quiero sacar la venturosa llave
que puntual y cierta
tantas veces ¡ay, Dios! me abrió la puerta.
Román, de este postigo.

ROMÁN.

Lo mismo hará ahora.

DON PEDRO.

Entra conmigo.
El dueño de mi vida,
¡qué olvidada estará de esta venida!

(*Vanse. Salen* DOÑA MARÍA *y* INÉS, *de noche, con una luz.*)

D.ª MARÍA. ¿Está doña Ana acostada,
Inés?

INÉS. Más ha de una hora
que está acostada, señora,
porque como de casada
el peso no le molesta,
se tiene una vida santa;
cuando quiere se levanta,
y cuando quiere se acuesta.

D.ª MARÍA. Calla, y pon esa bujía,
Inés, sobre ese bufete,
y a acostar, si quieres, vete,
que yo, aunque sea hasta el día,
(*Siéntase.*)
a mi esposo he de aguardar
cuando tanto se detenga.

INÉS. Si a cualquier hora que venga
para abrir y para entrar
trae llave consigo, error
viene a ser que desvelada,
en una silla sentada,
lo esperes; mucho mejor
lo esperarás en tu lecho
recogida.

D.ª MARÍA. Inés amiga,
poco el amor le fatiga,
poco le molesta el pecho
a la mujer que, casada,
la cama puede ocupar
menos que llegando a estar
de su esposo acompañada.
El nupcial lecho hizo Dios
para los dos, no para uno;
o no lo ocupe ninguno,
o ocúpenlo, Inés, los dos.

INÉS. Tu amor, señora, y tu fe
en el mundo igual no tiene.

(*Vase. Salen* DON PEDRO *y* ROMÁN.)

D. PEDRO. Hasta aquí, Román, sospecho
que nadie nos ha sentido.

ROMÁN. Claro está, si el menor ruido
del mundo habemos hecho.

D. PEDRO. No he visto mayor silencio.
Tan grande quietud admiro.
¡Válgame el Cielo! ¿Qué miro?
La deidad que reverencio,
idólatra de sus rayos,
rendida al sueño se ofrece,
eclipses su luz padece
su claro esplendor desmayos.
Aunque la miro no creo
ventura tan peregrina.
Nunca deidad tan divina
pagó tributo a Morfeo.
Mujer, sin duda tan cierta
de la muerte o de la vida,
matas estando dormida,
¿qué harás estando despierta?
Duerme, que si tantas muertes
dormida llegas a hacer,
ociosidad viene a ser

que para matar dispiertes.
¿Qué haré, Román? Dispertar
quiero su beldad dormida,
que, asustada o suspendida,
al verme se ha de quedar.—
(*Dispiértala.*)
Dueño hermoso de mi vida,
de mis cuidados esfera,
dispertad.

D.ª MARÍA. ¡Jesús! ¿Qué es esto?
(*Dispierta.*)
¡Válgame Dios! ¡Yo soy muerta!

(*Reconoce a* DON PEDRO *y cae desmayada, y quédase suspenso por un rato* DON PEDRO.)

D. PEDRO. Un mar de imaginaciones,
un diluvio de sospechas
y de dudas un abismo
confusamente me cerca.
Mi alevosa hermana ¡cielos!
dentro de la casa mesma
de doña Ana. Loco estoy
en confusiones tan ciegas.

ROMÁN. ¿Señor?

D. PEDRO. ¿Qué dices, Román?

ROMÁN. Acaba. ¿No la dispiertas?
¿Qué te suspende? ¿Qué aguardas?

D. PEDRO. Ya la desperté, y no es ella.

ROMÁN. Pues ¿quién es esta mujer?

D. PEDRO. Mi ingrata hermana, que ordena
mi venganza el Cielo; pues
en las manos me la entrega
como la miras rendida
a un desmayo, de manera
de mi vista ocasionado,
que más que viva está muerta.

ROMÁN. Pues, señor, ¿qué entiendes desto?

D. PEDRO. No sé; no sé lo que entienda;
mientras más dicurre, más
confusa el alma se queda.
Toda la casa he de ver;
toma, Román, esa vela;
ve adelante.—Goza, ingrata,
este instante que te queda
de vida; que hasta que
del mortal desmayo vuelvas
no he de matarte, porque
más dolor al morir sientas.

(*Vanse. Salen por otra puerta* JUAN DE HEREDIA *y* PACHECO.)

HEREDIA. ¿Cerraste la puerta?

PACHECO. No.
Sino dejárala abierta.

HEREDIA. ¿Y la llave?

PACHECO. Ya está en cobro.

HEREDIA. ¿Qué oscuridad es aquésta?

PACHECO. La del Limbo me parece,
donde no hay gloria ni pena;
disciplinarnos, señor,
podemos los dos en ella.

HEREDIA. ¿Doña María? ¿Inés? ¿Nadie
ofrece a mi voz respuesta?

(*Sale* INÉS *con una luz.*)

INÉS. Sí, señor, aquí estoy yo.

PACHECO. Añade como una bestia.

HEREDIA. ¿Qué hace tu señora?

INÉS. Aquí
esperando a que vinieras
quedó, pues no te ha sentido;
sin duda, señor, sosiega.

HEREDIA. Tienes razón; pero ya,
si no me engaño, despierta.

D.ª MARÍA. ¿Don Pedro? ¿Hermano? ¿Señor?
(*Entre sueños.*)
¡No me mates, oye, espera!
¡Ay de mí!
(*Dispierta.*)

HEREDIA. ¡Mi bien! ¡Señora!
Tan alterada e inquieta
dispertáis; ¿qué es la ocasión?

D.ª MARÍA. ¡Ay, esposo!; ¡ay, Juan de Heredia!;
a mi hermano he visto.

HEREDIA. ¿Adónde?

D.ª MARÍA. Dentro de esta sala mesma;
bien dices que está en Sevilla.

HEREDIA. Mira, bien mío, que sueñas.

D.ª MARÍA. No sueño, dispierta estoy;
Yo lo he visto, yo, por señas;
que al mirarlo me quedé
desmayada y casi muerta.
Y con la turbación misma,
juzgando mi muerte cierta,
disperté tan alterada.

HEREDIA. Sin duda ha tenido nuevas
de que en esta casa vivo,
porque no hay cosa secreta,
y modo halló para entrar,
porque quien vengarse intenta
muchas invenciones busca,
hace muchas diligencias.
Pero ¿adónde está?

D.ª MARÍA. ¿Quién duda
que, con cólera sangrienta,
andará viendo la casa,
por ver si en ella te encuentra?

HEREDIA. No ha de quedarse esto así.
Vigilante centinela,
toda la casa he de ver.

PACHECO. Por harto mejor tuviera
que andar en estas tramoyas
estar en una taberna.

(*Vanse.*)

D.ª MARÍA. ¡Ay de mí! Temiendo estoy,
¡quiera Dios que así no sea!,
que ha de suceder, Inés,
esta noche una tragedia.

(*Riñen dentro.*)

Mas ¿qué es esto? Ya los dos
se han encontrado, pues suena
el rumor de las espadas.
¡Oh! ¡Quién nacido no hubiera
para desdichas tan grandes!
Y ya que nací, ¡quién fuera
tan dichosa que la cuna
por sepultura tuviera!
¿Qué haré? No estoy en mí.

INÉS. Escucha.

D.ª MARÍA. No me detengas,
Inés; déjame morir
al lado de Juan de Heredia.

(*Vanse, llevando la luz* INÉS. *Salen riñendo* DON PEDRO *y* HEREDIA, ROMÁN *con* PACHECO.)

D. PEDRO. Villano, ¡viven los cielos!
testigos de las ofensas
que has hecho a mi honor sagrado,
que, hidrópico, de sus venas
la vil sangre he de beber.

ANA. ¿Don Pedro? ¿Señor?

D.ª MARÍA. Heredia,
esposo, mi bien; hermano.

ANA. Sin vida estoy.

D.ª MARÍA. Estoy muerta.

(*Salen el* CONDE *y* FABRICIO.)

CONDE. ¿Quién son los bárbaros locos
que de aquesta casa intentan
el sagrado profanar? [dia?
¿Qué miro? ¿Don Pedro? ¿Here-

(*Reconócelos.*)

D. PEDRO. Conde, mi señor, confuso
vueseñoría me deja
mirándolo en esta casa.

CONDE. Ver en ella a Juan de Heredia
no poco también me admira.

HEREDIA. Señor, desde la primera
hora que en Sevilla entré
vivo con mi esposa en ella.
La ocasión podrá decir
doña Ana, a cuya clemencia
la fineza de hospedarnos
deber el alma confiesa.

ANA. Fué la ocasión, gran señor...

CONDE. En otra, doña Ana bella,
de más espacio tendré
notable gusto en saberla.
Ahora, don Pedro amigo,
hallarme aquí no os parezca
que es sin causa: la que ha habido
quiero que sepáis que es ésta.
A Heredia, que está presente,
soy deudor de una fineza
que hizo anoche conmigo,
y fué, que al pasar por cierta
calle encontré unos ladrones
que con infame soberbia
estafarme pretendieron
negándome el paso de ella.
Llegó Heredia a esta ocasión,
y viendo su desvergüenza,
puesto a mi lado embistió
con ellos de tal manera
que los hizo huír, dejando
toda la calle por nuestra,
y examinado el castigo
de su atrevida insolencia.
Satisfecho de sus bríos,
ofrecíle en mi grandeza
agradecido favor,
rogándole que me viera
de día; vino hoy a verme,
quiso que a solas le oyera;
oíle a solas, contóme
toda su vida, y a vueltas
la enemistad de los dos,
y también la causa de ella,
que es vuestra hermana, dichosa
en que tal marido tenga.
En fin, me rogó, sabiendo
de nuestra amistad estrecha
el extremo, y que en Sevilla
estabais, que compusiera
la enemistad de los dos
para excusar, si pudiera,
de su quietud deseoso,
que entre los dos sucediera
una desdicha, porque
el suceder era fuerza
encontrándose con vos
en cualquier parte que fuera.
Yo en vuestra amistad fiado,

y viendo que no pudiera
vuestra hermana haber hallado,
puesto que mucho merezca,
de más méritos esposo,
ni vos cuñado que sea
de más estimación digno,
le prometí con las veras,
con la eficacia que es justo
que de un príncipe se crea
cuando empeña su palabra
y su autoridad empeña,
que amigo suyo os haría;
salí por partes diversas
con este intento a buscaros.
no os hallé en alguna de ellas;
acordéme que doña Ana
era la divina esfera
de los pensamientos vuestros;
vine, aunque tan tarde, a verla,
por ver si acaso me daba
de vuestra persona nuevas:
llegando al postigo oí
el ruido de la pendencia.
Llamé, no me respondieron,
eché en el suelo las puertas,
entré hasta aquí, llegué a tiempo
que pude dejar suspensas
iras y armas de los dos,
y pues tantas diligencias
no es justo que se malogren,
dad la mano a Juan de Heredia.

D. PEDRO. Si es vuestro gusto, responda
por mí, señor, mi obediencia.
Esta es, Heredia, mi mano.

HEREDIA. La mía, don Pedro, es ésta.

D.ª MARÍA. Loca me tiene el contento.

CONDE. Desde hoy quiero que tenga
Juan de Heredia, con su esposa,
dentro de mi casa mesma
cuarto en que viva y la plaza,
con mil ducados de renta,
de caballerizo mío.

HEREDIA. Honras, señor, tan supremas,
pague mi agradecimiento,
que es mi caudal y mi hacienda.

CONDE. Bien paga quien agradece.

D. PEDRO. Aquí solamente resta
dar a doña Ana la mano,
señor, a cuya belleza
debo obligaciones grandes,
que para los dos se quedan.

ANA. Esta, don Pedro, es la mía.

HEREDIA. Y aquí da fin el poeta,
discretísimo senado,
al *Valiente Juan de Heredia.*

FIN.

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG.	COL.	LÍN.	
13	1	35	Parece claro que deberá decir: "¿Qué fuego el pecho me abrasa?"
13	2	17	Dice "en estas". Deberá decir "aquestas".
14	1	27	Este verso quizá se habrá escrito: "después que esté consumida."
14	2	7	Este otro debe ortografiarse así: "¿qué es cristiano? Un luterano,"
15	2	15	Léase "A Celso nombran".
25	2	18	Léase "Suspenso estoy".
40	2	antep.	Faltan interrogantes.
47	2	26	"trojas"; léase "trojes".
49	2	33	Dice: "de adorado"; léase "de dorado".
52	2	8	"enemigo"; léase "enemiga".
57	1	11	y 12. Faltan los interrogantes.
80	2	48	"la"; léase "le".
94	1	34	"hasta vamos"; léase "estábamos".
94	1	39	Es evidente que debe decir "pospongo".
95	1	25	"del"; es "al".
97	1	43	y 44 y 47 y 49. Faltan interrogantes.
102	1	40	"anda"; léase "ando".
103	1	3	"estoy". Deberá ser "estás".
103	2	26	"pero"; léase "perro".
103	2	32	y 33. Verso incompleto, y el pasaje obscuro.
105	1	4	"cree"; léase "erré".
106	2	14	"suben"; de seguro será "sufren"
109	1	3	Este verso quizá deba leerse: "Más que la libertad y todo el oro."
111	1	22	"*arma*"; es "*alma*".
113	1	39	Quizá este verso se haya escrito: "Cosme, ¿de qué te apasionas?"
123	2	23	"flama"; léase "fama".
162	2	41	"bizarrías". Sobra la s.
164	1	penúlt.	"LISARDO." Léase "SILVIA."
164	2	10	"LISARDO." Léase "SILVIA."
179	1	30	"Apartá". Sobra el acento.
187	2	9	"puedan". Será "pueden".
187	2	16	Este verso habráse escrito así: "he de restaurar tu honor."
188	1	12	a 14. Falta un verso en el original a esta redondilla.
195	1	1	El texto, como debía, dice "siga".
201	2	26	"¿Qué me". Acaso deba ser "¿Qué más".
202	1	39	"Mas soy". Será "Yo soy".
204	2	40	Falta un verso después de éste, para la redondilla.
207	2	23	y 24. Estos dos versos quizá deban escribirse así: "mi honor. ¡Ah, pecho cevil!" ¡Ah, pecho de agravios lleno!"
208	1	48	y 49. Forman un verso suelto entre dos redondillas, lo que indica que faltan versos.
208	2	10	Falta el último verso de esta redondilla.
208	2	12	Falta un verso después de éste.
209	2	36	Falta un verso después de éste.
210	1	últ.	"le"; léase "se".
210	2	22	Esta defectuosa redondilla pudiera rehacerse así: "FELIS. [¿Qué sucede?] ¿Qué es, Enrico? ENRICO. ¡Octavia muerta! FELIS. ¡Ay, de mí! ANTOL. Dos hombres llegan aquí", *etc.*
215	1	6	"temer". Quizá sea "tener".
219	2	antep.	"asados". Es claro que será "besados".
221	1	15	y 16. Estos dos versos se escriben así: "que viene gente. Antolín es éste."
221	1	32	y 33. Estos dos versos se leerán así: "no hay remedio que llame a Jesucristo, ni decir [quiera] un credo solamente."
221	2	5	Es evidente que en lugar de "Laurencio" habrá de leerse "Lucrecia".
222	1	24	"los"; léase "les".
224	2	10	"así"; léase "a ti".
224	2	penúlt.	"horrores"; léase "errores".
233	1	4	"Respondió"; léase "Respondióme".
236	2	15	"también"; léase "tan bien".
243	2	30	"Dártela mayor". Es error del manuscrito. Debe decir "Darte la Mayor"; esto es, la Encomienda Mayor de la Orden.
248	1	39	"siente"; léase "siento".
253	2	16	y 17. Forman un verso incompleto.
260	1	28	Falta un verso a esta redondilla.
272	1	41	Léase este verso así: "ni saqué al campo [a] ninguno."
275	2	18	Este verso está así, incompleto, en el original.
279	1	45	"de su madre!"; es "a su madre!"
282	2	21	Sobra lo que hemos puesto entre corchetes, pues la rima es en "uro".
284	2	25	"fuese" no rima con "día".
284	2	27	"temida"; léase "tenida".
285	1	38	"padre". Deberá leerse "poder".
286	2	35	"coroneles castellanos". Habrá de leerse "Coroneles castellanas", pues se trata de doña María Coronel.
287	2	12	"Osuna, Cielo". Léase: "Osuna, el Cielo".
287	2	33	"fué"; léase "fuí".
289	1	41	"¡Cielos!". Debe de ser "celos".
290	2	3	"Marín"; léase "Marino".
295	2	33	Este verso está así en el original. Si no se lee "Pegaso" en el anterior, no sabemos cómo enmendarlo. El Pegaso tenía alas y, por tanto, *plumas*.
297	1	47	"merced"; léase "Merced".
299	2	21	"tratemos"; léase "tratamos".

303	1	34	"En ellos". Deberá ser "En él la".
305	1	32	"Sin versos": léase "Sin [los] versos".
306	2	14	Este verso y el siguiente los debe decir Tomé.
310	1	30	a 34. Estos versos parecen mejor ortografiados así: "Tomé. Sí, Inés, que en invierno era. La ninfa, ¡quién lo creyera!, entre los pies la metió. El ladrón sutil, Inés, no despreció la ocasión;"
310	2	últ.	Este verso dice: "sonaba más que una gaita".
311	1	1	"divina". Mejor estaría "divino".
311	1	12	Parece que en vez de "rey no", deberá leerse "reino".
319	2	23	"o que te"; léase "o te".
322	2	3	y 4. La puntuación de estos versos sería mejor así: "y yo el potro en que atormentan; los jüeces y escribanos".
325	2	8	Este verso debe leerse así: "con la de matar candelas".
326	1	9	"sumisión"; léase "remisión".
326	2	10	"¡Como a"; léase "¡Como a una".
327	2	38	"sujetándoos"; léase "sustentándoos".
327	2	40	"[*damas*]". Léase "Recaredo".
328	1	3	"tenido"; léase "temido".
328	1	15	"diérades"; léase "diéredes".
328	1	18	a 22. Estos dos versos se leerán así: "Leovig. Será la más gentil y la más bella. Hermen. Mujer a gusto solamente quiero:".
328	1	42	Este verso quedará así: "ya Hermenegildo es rey".
329	1	34	a 37. Estos versos se leerán así: "entre el sol y las estrellas. De plata y de naranjado que [en] laberintos se mezclan, salió el Fénix de Alemania,"
329	1	46	a 48. Estos versos se ortografían así: "cortó naranja tan bella. De verde Laudomia egipcia, fué un jardín en quien pudiera".
329	2	27	El texto dice "Saúles" por evidente errata.
329	2	últ.	"seis"; léase "si es".
331	2	18	"Aspides"; léase "Aspid es".
333	2	10	"aunque"; léase "aunque ella".
333	2	46	"que hoy"; léase "que si".
334	2	18	Después de este verso debe ir el siguiente: "para la frente, no más".
334	2	23	"en"; léase "y el".
334	2	28	El manuscrito dice "firma", por errata.
335	1	38	"Será éste"; léase "Ser azote".
335	2	30	y 31. Estos dos versos se leerán: "con que siempre beba frío; porque si soy su frión".
336	2	27	"abrasarte"; léase "a abrasarte".
338	1	47	"duda en"; léase "duda es".
338	2	10	"Este"; léase "Mas este".
338	2	18	A este verso falta la acotación "Ingunda *(dentro)*."
340	1	17	"¡Ay! Pues"; léase "Hoy, pues".
340	2	6	"¡Oh! Soy"; léase "Yo soy".
341	1	5	"indivisa"; léase "individua".
341	2	45	"ofende"; léase "mueve".
342	1	10	"agravada"; léase "depravada".
342	1	penúlt.	"aprovecha"; léase "aprovechen".
342	2	4	"barbadicos"; léase "barbadizos".
342	2	6	"sin"; léase "sus".
342	2	11	"con"; léase "por".
342	2	40	"hombre"; léase "hombres".
343	1	2	"buscones"; léase "bufones".
343	1	24	"encierre"; léase "en cierne".
343	2	2	"entonado"; léase "emborrado".
343	2	16	"buena"; léase "nueva".
343	2	39	"viva"; léase "vive,".
344	1	18	Este verso ha de leerse así, probablemente: "la corona e ilustra el cetro".
344	2	6	Este verso esta incompleto. Podría ser: "y [que] con ésta castiga".
344	2	25	"Está". Sobra el acento.
346	2	11	"circos"; léase "cercos".
347	1	antep.	"Cristiano." Léase "Cristiano es."
347	2	14	Parece indudable que este verso deberá leerse: "y cuantos se derivaron".
348	2	penúlt.	Después de este verso hay la acotación: "*(Llévanle.)*"
350	1	7	"*Sale*"; léase "*Dentro*".
350	1	10	Después de esta línea hay la acotación: "*(Sale* Recaredo.)"
351	1	29	"adulador"; es "aduladora".
356	2	37	"es una"; léase "es cuya".
357	1	24	"misterios"; léase "ministros".
358	1	15	Este verso se leerá: "donde tú cabes apenas;"
360	1	9	El sentido pide que se diga: "Llevaráse [a] Margarita".
360	1	14	Quizá se escribiría este verso así: "como la flor que ve el alba".
362	1	15	El sentido y la medida piden se diga: "vergüenzas de [sus] púrpuras sidonias."
363	2	26	"mi"; léase "un".
364	1	29	"para darme,". Sin duda "para alegrarme,"
364	2	8	"¿Viene"; léase "¿Vienen".
366	2	13	Falta un verso después de éste para completar el pareado.
366	2	17	"juntas"; léase "puntas".
366	2	20	Falta otro verso.
367	1	1	"mi a llanto"; léase "mi llanto".
367	1	11	Falta un verso antes o después de éste.
367	2	24	a 27. Este pasaje es muy incorrecto.
367	2	44	Este verso debe puntuarse así: "Él, vencido del engaño."

368 1 14 y 15. Se leerán estos versos así:

"si resisten con paciencia,
que sus divinos designios".

368 2 10 "aversión"; léase "abusión".
368 2 16 Este verso está mal en el texto. Se habrá escrito

"De aquese Dios que te aprende".

369 1 11 "casi se"; léase "casi le".
369 2 6 "te lleva"; léase "eleva".
369 2 19 "recela"; léase "se recela".
369 2 24 Quizá "vida" y no "vista".
371 1 21 "*Coge la*"; léase "*Cógela la*".
372 1 47 "allá"; léase "hacia".
373 1 40 "premia" dice; pero será "precia".
373 2 36 "regale"; léase "regala".
373 2 43 "razón que"; léase "razón de".
374 1 2 Este verso se leerá:

"No sienta la cobardía".

374 1 34 "separarme"; léase "repararme".
375 1 28 "*la falda*"; léase "*sus faldas*".
375 2 12 "Pero ¿en qué"; léase "Pero ¿qué".
375 2 47 a 49. Este pasaje está alterado. Es casi seguro que deberá leerse:

"No resistas, esquiva,
tanto *(falta lo demás)*.
Excusado es tu decoro,
cuando por cielo y por deidad te adoro."

376 1 11 Este verso lo dice: "TEOPISTE".
376 1 12 Este verso y los tres siguientes los dice el PIRATA, y no TEOPISTE.
376 1 17 "roca"; léase "boca". Además, este verso y el siguiente los dice TEOPISTE.
376 2 16 "la prudencia"; léase "su prudencia".
376 2 29 "este"; léase "ese".
378 1 17 "mártires"; léase "martirios".
378 1 23 Después de este verso hay la acotación: "*(Mira hacia dentro.)*"
378 1 28 a 31. Estos versos se leerán así:

"como los cielos y mar
se visten de una librea:
si mar que corre, delfín;
si cielo, nube que vuela."

378 2 26 "*Vase*"; léase "*Vase con*".
379 1 45 y 46. Sobran los interrogantes.
379 1 49 "No estará"; léase "No estaba".
379 2 24 y 26. Faltan los interrogantes.
380 2 4 "dispuesto"; léase "resuelto".
380 2 47 "le"; léase "les".
381 2 13 "trempano"; léase "temprano".
381 2 22 Después de este verso hay el siguiente:

"con sudor de su frente".

383 1 5 "*Saca*"; léase "*Sácale*".
384 1 2 y 17. En estos y otros pasajes posteriores dice "persas"; pero antes "partos".
384 1 31 "esto"; léase "yo".
384 2 últ. "la"; léase "su".
385 1 48 "aquellos fieros"; léase "aquellas fieras".
385 2 5 "en ellos"; léase "en vos".
385 2 21 "¡Ah!" Sobra.
386 2 2 "verme"; léase "verle".
386 2 25 "siente!"; léase "enciende!"

387 1 24 Falta un verso después de éste.
387 1 39 "del fin"; léase "delfín".
387 1 49 "fatiga"; léase "fatiga y".
387 1 50 Este verso sustituyó a otro tachado, que decía:

"sólo se descubría mares abajo, arriba cielo".

387 1 51 "afrentar"; léase "acrecentar".
387 2 19 "con valor"; léase "colérico". Antes decía "bárbaro".
388 2 5 a 9. En lugar de estos versos se escribieron primero y fueron tachados éstos:

"de los nuestros se advierte
que ciento se rindieron a la muerte;
y de los de la otra parte
sesenta mil matamos, hechos Marte,
y su gloria aumentado,
y el Senado prudente,
de ovación el gran triunfo le consiente,
dándole a su persona
del arrayán, por su blasón, corona".

388 2 41 Después de este verso hay la acotación: "*(Tocan segunda vez.)*"
388 2 47 "¡ay!"; léase "ya".
389 1 21 y 22. Estos dos versos deben ir entre paréntesis.
389 1 28 "los vi"; léase "lo sabía".
389 2 22 "se vive"; léase "revive".
390 1 14 "despojas"; léase "despojad".
390 2 9 "otro"; léase "vuestro".
390 2 24 y 25. Estos dos versos en el original dicen:

"que su honor y su fama
siempre en Roma estimó luciente llama."

391 1 19 "desasido"; léase "desasida".
393 2 1 Después de estos versos y tachados hay los que siguen, como se ve, innecesarios y que forman un soneto imperfecto.

"EUSTAQ. El fuego babilonio a tres infantes
en medio de un volcán no les ofende,
y el pueblo de Israel, surcando hiende
del mar Bermejo muro de diamantes.
Daniel, entre otros brutos semejantes,
sin alguna lesión a Dios atiende,
y de Josué a la voz el sol suspende
toda la actividad de sus combates.
Todos prodigios son, todo causado
de la gran fe que en ellos se vivía.
Yo, pues, de ella no menos abrasado
por tan *(ilegible)* le tenía
(ilegible) llegar sólo a innovado
el que *(ilegible)* fe que poseía."

393 2 35 "Yo"; léase "Que yo".
394 1 36 Después de éste hay en el original, tachados, estos dos:

"y porque los extranjeros
comercien en esta tierra".

394 1 44 Los versos tachados después de éste son ilegibles, excepto algunas palabras, que apenas forman sentido.
394 2 6 "ido"; acaso "y do".
395 1 35 Después de esta línea sigue la traducción de las palabras latinas anteriores al *Gloria*: "*Preciosa para el Señor es de sus santos la muerte.*"

395 1 42 Este verso está en el original así:

"La pared ¡qué admiración!"

395 1 46 "sacaran"; léase "yacían".
396 encab. 11 "*jersey*"; léase "*general*".
396 1 penúlt. "Efaminundas." Léase "Epaminundas."
398 1 39 "y de lealtad"; léase "y lealtad".
398 2 37 "vida"; léase "viva".
399 1 6 En el original dice "ahore", y no "hase". Tampoco la lección es mejor.
399 1 antep. "enamorara Apolo"; léase "enamorara [a] Apolo".
400 1 7 y 8. Faltan interrogantes.
400 1 49 "Dafnis"; léase "Dafne".
401 1 12 "¡Oh, trato!" Léase "Eróstrato."
401 2 antep. Léase "duro vuestro pecho".
403 1 43 "mirar"; léase "furor".
404 1 18 "estatua"; léase "estrella".
405 1 28 Después de este verso hay la acotación: "*(Tocan cajas al arma.)*"
405 1 35 "*Vase*"; léase "*Vase: queda sola* Timoclea."

Siguen luego catorce renglones tachados que principian: "Pasa una batalla. Salen unos riñendo con otros y después Alejandro con Epaminondas." Y a continuación los versos que en nuestro impreso siguen a la relación de Timoclea, con la variante de decir Epaminondas: "Castigo justo ha sido" y no "Socorro al Cielo pido."

405 2 penúlt. "*Cae muerto. Salen*"; léase "*Cae muerto hacia el vestuario. Salen*".
406 1 17 "mató nuestro"; léase "mató [a] nuestro".
407 1 20 "*Ruido dentro. Salen*"; léase "*Ruido dentro, como que se hunde la ciudad. Salen*".
408 1 47 y 48. Estos dos versos deben puntuarse así:

"que tengo al vuestro, señor,
estoy de favores llena."

408 2 42 Después de este verso falta este otro:

"la vida estos celos locos".

409 1 5 "nuestro yerro"; léase "nuestros yerros".
410 1 7 "azote". Quizá deba ser "roce" aunque el original dice "azote".
410 1 45 Después de este verso es cuando hay el "*(Vase)*" que se puso tres renglones antes, y añade: "*y queda* Darío *mirando el retrato.)*"
410 2 8 "rabio"; léase "muero".
410 2 31 "Presentarélo"; léase "Pregúntaselo".
414 2 19 y 20. Estos versos se puntuarán así:

"que se fuese quien me mata
de celos! Señora, igual".

415 1 4 a 7. Estos versos deberán leerse así:

"que jamás a tus deseos
ha sido tan pertinaz,
Campaspe, en el despreciarlos
para que te quejes ya."

415 2 11 "amarte"; léase "armarte".
415 2 46 "osar"; léase "creer".
416 2 7 "tu"; léase "su".
416 2 31 "mi"; léase "[mi]".
417 1 14 Encima de este verso debe ponerse la palabra "[Alejandro]", que es quien lo dice.
417 1 46 Pasaje defectuoso, pues dice lo contrario de lo que se pretende.
417 2 5 "aqueste"; léase "aquesta".
418 1 12 "gané Persia"; léase "gané a Persia".
419 2 22 a 29. Este pasaje deberá leerse así:

"¿Nombre no le suelen dar
de valiente al que guardar
sabe su vida del daño?
Pues ¿a quién más justamente
le da este nombre la tierra?
Guárdola de mar y guerra;
luego yo soy el valiente,
pues que peligro [es] también".

419 2 36 "¡Ay!,"; léase "Hoy,".
420 1 13 Este verso está completo, y dice:

"pues si he de escoger, también".

422 1 15 Este verso se leerá así:

"Apeles. Estoy entre tales lazos".

422 1 antep. y penúlt. Estos así:

"Tienes razón. Despejad, caballeros."

423 1 41 Este verso dice en el original:

"que es resistirse de amor".

423 2 19 "bien la"; léase "rica".
424 1 2 "que así se". Léase "que se". En el texto dice: "que ansea de vengar desi".
424 2 31 Después de este verso hay la acotación: "*(Vase a hincar de rodillas.)*"
425 1 2 "es al fin". Léase "es fin".
426 1 23 "inundado"; léase "envidiado".
429 1 36 "aun"; léase "aunque".
429 1 38 "Cuando"; léase "cuando".
429 2 29 "estando"; léase "he estado".
429 2 43 "los dioses"; léase "las diosas".
430 1 11 "en efeto"; léase "con efeto".
432 1 27 y 28. Estos versos se leerán:

"andemos, que nos es noche;
y más si es un pertinaz".

433 1 3 "gusto"; léase "susto".
437 1 9 Este verso se leerá así:

"Magdal. Oye, que llamarle quiero."

437 2 9 Este verso quizá se escribiría así:

"[Alech.] Suelta, ingrato.
Josepo. Suéltala, tirano."

437 2 23 "iguala." Léase "igualo."
438 1 11 "y"; acaso "hoy".
438 1 41 "merecen"; acaso "reciben".
455 1 18 y 19. Estos dos versos quizá se deban leer:

"que vienen a defenderos
y a tu gente torpe y ciega."

455 2 33 El pasaje que sigue parece muy viciado; pero no es posible restablecerlo.

459 2 5 "aprieta"; léase "apresta", que parece más propio.

463 2 28 Este verso parece mejor ortografiado así:

"trance! Sirvo; estoy sujeto."

465 1 33 "un queso"; léase "un hueso".

466 2 3 Sobran los interrogantes.

467 2 antep. "almena"; léase "almenas".

479 2 20 Esta frase quizá deba leerse:

"¿Esa falta le halló?"

498 2 14 Probablemente este verso lo dirá FILIPO sin interrogación.

499 2 12 "y cólera"; léase "su cólera".

501 1 7 "amedrentado"; léase "amedrentando".

501 1 8 "castigado": léase "castigando".

510 1 antep. y penúlt. Forman un verso largo que quizá se escribiría así:

"y lo haré. No importa nada".

526 2 39 "fino"; será "fiero".

528 1 15 "arte"; léase "artes".

531 1 17 "delante"; léase "adelante".

535 1 22 "que es tu"; léase "que tu".

535 1 41 y 46. "fué"; léase en ambos "fuí".

536 1 21 "Hipoboro"; quizá sea "Hiperboro".

536 1 34 Este verso será:

"de las Malucas el clavo,".

536 1 42 "sus pies"; léase "tus pies".

537 2 penúlt. "soñar"; acaso sea "señal".

539 1 31 "cuento". Es seguro que deberá ser "encuentro".

539 2 5 "Ariadares"; léase "Ariadnes" (Ariadnas).

539 2 6 "Polifemas"; léase "Polixenas".

539 2 9 "Atalantes"; léase "Atalantas".

539 2 49 "cumplirlo"; léase "cumplirlos".

540 2 43 "estampa,"; léase "estampan,".

540 2 17 "poseer" no es consonante de "dar" como pide la rima.

540 2 28 Este verso estará mejor así:

"Conóce[se] mejor el buen soldado."

540 2 34 y 35. Estos otros también mejoran así:

Conóce[se] el que es médico escogido
cuando el enfermo tiempo es ya llegado."

541 2 10 y 11. La rima es imperfecta en estos versos, que hacen consonantes "palabra y "entabla". Antes también lo hizo con "esperanza" y "amansa".

541 2 28 Este verso está de seguro errado, pero no es fácil rehacerlo.

543 2 12 En el texto está el pasaje así:

CONDE. ¿Qué se atreve
Vuestra Majestad a hacer?
Lo que a mi gusto se debe.
REY. No te replique. En mi gusto

Como se ve, tampoco está muy correcto.

544 2 4 Parece evidente que en este verso debe leerse "Zagala". La palabra está tan enmendada que disculpa el error del copista.

545 2 21 En el original dice:

"y de carisides los vueyes".

546 1 34 Parece seguro que deba leerse:

"que creáis mi padecer"

546 2 18 El original dice:

"Reyna criminis en mi pecho."

546 2 39 "den"; léase "dé".

547 1 48 y 49. Estos dos versos deben dividirse así:

"GUARDA 1.º ¿Fué acaso por vino?
ANULIO. Fué
a traer un vino santo."

547 2 40 "es ceniza"; quizá sea "eterniza".

548 2 14 "sus"; léase "tus".

550 2 8 "así algunos"; léase "así [a] algunos".

551 2 38 Este verso parece defectuoso, pues "ofendiera" no rima con "quieras" y en plural no hace sentido.

551 2 45 "podia"; léase "podrá".

552 2 40 "gozarte"; léase "salvarte", que parece el vocablo propio.

553 2 antep. "prendido"; léase "rendido".

555 2 23 Después de éste falta el verso:

"FAT. Aunque tenga mil enojos,"

En el verso siguiente "evite" no es consonante exacto de "quiten".

556 1 30 "se ignora"; quizá "sé agora".

561 2 12 "y a mi madre"; léase "y mi madre".

568 1 26 "Abencaide"; léase "Abenzaide".

569 1 5 "perenque"; léase "perrenque".

569 1 38 "han"; léase "aun".

570 2 últ. Quizá más bien falten versos.

571 1 1 Este verso debe leerse así:

"TARFE. La Princesa viene.
REY. Calla".

577 1 16 "mi saña"; léase "mis ansias".

577 1 19 Estos versos se pueden completar así:

"bajó [a]donde estaba yo,
de las celestes moradas
revocado hermosamente
un Paraninfo entre tantas
luces bellas, que a la vista,
del sobresalto turbada,
apenas se concedían,"

577 2 45 "lo"; léase "los".

578 1 5 "llamarle"; léase "llamarla".

578 1 17 "esperanzas engañan"; léase "esperanzas [la] engañan".
En el original dice "la esperanza se engaña"; error notorio.

578 1 24 En el original dice "mamerte". Quizá deba leerse: "un momento".

578 2 20 "prevenida"; léase "prevenid a".

578 2 27 "la"; léase "lo".

578 2 36 Mejor visto, en el original dice: "balnca".

578 2 40 "mudanza"; léase "mudanzas".

579 1 5 y 6. Estos dos versos deben leerse:

"y que al mundo pone miedo
ver que deje una mujer".

579 1 14 "no y"; léase "no hay".

579 2 12 "Voy"; léase "Voime".

579 2 17 "tenernos"; léase "teneros".

579	2	19	"Pedí": léase "Pedid".
579	2	20	"sabrás"; léase "sabréis".
582	2	46	a 50. Estos versos habrán quizá de leerse así: "Cas. Linda ciudad es, Gonzalo, Burgos. Gonz. Señora, sí. Cas. La Iglesia, tal no la vi, y así con razón la igualo,"
583	1	19	"dirá"; léase "diría".
584	2	24	Este verso léase: "y a que le busquéis os vuelva".
584	2	34	El original dice "berbajo". Quizá deba leerse "brevaje".
585	1	33	Este verso quizá deba leerse: "de pozo, de laguna, estanque o río?"
589	1	46	Después de éste hay el verso siguiente: "al yermo quisiera irme".
589	2	24	El original dice "costillas"; pero no satisface más que la lección corregida.
591	2	27	Sobran los corchetes, pues la palabra, aunque algo confusa, aparece en el original.
591	2	28	"¡Oh, yo"; léase "Hoy".
594	encab.	6	"áspero"; léase "copero".
597	1	1	Este verso incompleto podría ser: "¿Qué [fuerte] muro [o] qué foso,"
600	2	1	"trichante"; léase "trinchante".
602	1	4	y 5. Estos versos parece que debe decirlos Justino y no Marcelo.
606	1	1	Este verso está equivocado. Probablemente diría: "de cuerno a quien le leía;"
609	2	1	También éste será: "Quizá muy bien podrá ser".
610	1	22	"en el"; léase "con el".
616	2	4	"rayo"; léase "sayo".
618	1	32	"igualan"; léase "iguala".
623	2	36	Después de éste siguen cuatro versos, que serán obra del cómico que hacía el papel de Mendoza, pues añade: "culebras con lagartijas, garrapatas y ladillas, renacuajos de los charcos y salamanquesas vivas".
626	1	5	Este verso acaso se habrá escrito así: "Dentro de dos días [o tres.]"
626	2	37	Este podría leerse así: "y la suya [están] es cierto,"
627	2	47	"pez". En el original "pece".
628	2	38	Este verso pudiera haberse escrito: "si bien deberá a su horror".
630	2	33	"si" en el impreso: en el manuscrito "se", que está mejor.
634	1	37	"la". Mejor sentido haría "lo".
641	1	44	"¡Válgame"; léase "¡Válgate".
647	1	27	"el valor"; léase "el favor".

ADICIÓN A LAS ERRATAS Y ENMIENDAS DEL TOMO I

En la *Revista de Filología española* (III, 184) se da una extensa lista de correcciones al tomo I de estas comedias. Las recibimos con el aprecio que merecen y lo mismo haremos con las demás que se hagan, sea cualquiera la forma en que vengan, atentos sólo a mejorar el texto de Lope de Vega.

Pero de las propuestas sólo aceptamos las que tienen fundamento en cuanto son descuidos y equivocaciones del copista de la obra y alguna errata de imprenta. Las demás son enmiendas voluntarias de errores evidentes, palabras suplidas entre corchetes o erratas ya salvadas al final del tomo.

Además añadiremos otras observaciones que nos sugirió la nueva revisión del texto.

338 1 17 a 20. Estos cuatro versos suenan mejor así:

"Y, a no mirar a mi padre,
cuyo respeto me fuerza,
quedar, quedaría por fuerza
tan muerto como mi madre."

550 1 41 Dice: "verte gentil"; léase "en no te sentir".
551 1 24 "Esta"; léase "Otra".
552 1 33 El original dice "Del fin", como hemos puesto y pide el sentido, y no "Al fin", como asegura la *Revista*.
553 1 46 "porque deseo"; léase "porque el deseo".
557 1 32 "desmentidas". Pudiera ser "duermen todos". El original dice: "dermentidos".
559 2 25 Este verso deberá leerse:

"era ayer [a] un bronce igual".

562 1 39 Este podrá leerse así:

"pélese las canas largas".

En el original se escribió primero "péinese" y luego se enmendó "pélese". La palabra "canas" subsiste, y no "barbas".

565 1 7 Este otro así:

"¡Oh, Tarife cruel! ¡oh, fiero bárbaro!"

566 2 33 "tus"; léase "tres".
568 1 24 "hizo fuerza"; léase "si yo fuera"
568 1 47 "él"; léase "sol".
571 2 1 "que yo"; léase "que hoy".
571 2 42 y 43. Estos dos versos están en el original así:

"tales que apenas su fuerza combate
aunque el Alcaide de traición intente."

Lo cual es un desatino.

573 2 31 "guerreros"; léase "quien eres".
574 1 1 "si lo"; léase "solo".
574 1 7 "paso"; léase "curso".
576 2 42 "cara"; léase "Lara".
579 2 48 Este verso se leerá así:

"¿Qué es ésto, padre piadoso?"

580 1 14 "volveréis"; léase "vos veréis".
580 2 16 "Ah, esto"; léase "Acto".
581 2 11 El original dice "falta si" y no "faltase", aunque ésta es mejor lección.
586 2 30 El original dice: "oy y".
587 2 24 "es preso"; léase "empreso".
588 1 17 Después de este verso hay tachados éstos:

"Adiós, Cardenio ni Atandra
que *(palabra ilegible)* mandáis.
AN. Veros quisiera,
no con el imperio sacro,
no con la corona regia,
cazador sí, que os gozara."

593 1 30 Este verso, visto ahora mejor, dice:

"fué infame bajo el intento".

De la palabra "intento" sólo se ve la *y*.

594 1 46 "deseo"; léase "dese o".
596 1 9 "[todo]"; léase "el", aunque mejor estaría la corrección que proponemos.
601 2 últ. "seguir"; léase "seguirme".
605 1 últ. "pase"; léase "pare".
611 2 19 Este renglón se leerá:

"*y responden otros sonando algunos cascabeles.*"

Como se ve, es descuido de ajuste.

614 1 4 Este pasaje se leerá:

"merecer la hermosura
de Lisaura.
PAL. Fué ventura."

614 1 10 La palabra "Indicio" irá después de las siguientes:

INGLÉS. ¿Qué juez tienen
los demás allí?
PAL. En la tela están.
INGLÉS. Indicio",

según el original, aunque siempre incorrecto el pasaje.

614 1 17 "de vencer"; léase "de ver vencer".
618 1 7 "quieres"; léase "queréis".
620 1 3 Este verso deberá leerse:

"le podrás, que intento toco".

625 1 4 "en lo que es"; léase "alguno en lo".
626 1 37 "bien sigo"; léase "bien que sigo".
626 2 5 "acaba"; léase "alaba".
627 1 19 El original dice "Y" y no "Ya". Pero también sobra, pues hace el verso largo.
628 1 7 "¡por Dios!"; léase "por dicha".
628 1 24 "tan sagrado"; léase "tanto grado".
628 1 39 "quejosa"; léase "que toca".
628 2 36 "des ayuda"; léase "desayuda".
629 2 1 "y"; léase "he".
629 2 35 El original dice "ignora" en lugar de "nota".
630 1 47 "hacer"; léase "ajena".
630 2 30 "sensible"; léase "terrible".
632 1 39 "remata"; léase "remite". La lección verdadera es dudosa por el borrón que hay en la palabra
633 1 32 "sabidos"; léase "he sabido". El original dice "que sabido los empeños", de suerte que tampoco es segura la lección "he sabido".

633 2 17 Este verso se completa así:

"como quiero a Aurora y cuerdo".

634 1 11 "mal"; léase "más".

634 1 13 y 14. Estos dos versos se leerán:

"Bien puede ser engañarme,
mas, según lo que sospecho,".

634 2 18 "es para"; léase "espera".

635 2 13 "busca"; léase "huye".

636 1 12 "Descrédito"; léase "De crédito". Sin embargo, el original dice "descrédito".

636 1 33 "fraguado"; léase "si aguardo".

637 1 8 "¡Callando!" Sobran las admiraciones.

637 1 46 "¡Por Dios,"; léase "Padre y".

639 1 38 a 40. Estos versos dicen en el texto:

"truenos. rayos o cometas.
Entre Don Sancho, y no trates".

Pero como el que enmendó el manuscrito escribió después:

"Entre Don Sancho, y tú vete."

hemos optado por esta forma como mejor, sin duda alguna.

639 2 22 Este verso se leerá:

"a premiarme y a matarme".

640 1 46 "si aquello"; léase "ya que lo".

640 2 3 "pretendéis"; léase "aprehendéis" que tan malo es lo uno como lo otro.

640 2 6 "basta. ¡Ah"; léase "basta a".

641 2 21 "que destino"; léase "quede si no".

641 2 23 Este verso quedará así:

"con vida, sin aliento ni esperanza".

642 2 22 Después de este verso el manuscrito intercala este otro, que queda suelto:

"Fabio. ¡Que así niegues tu culpa!"

642 2 25 Después de este verso hay tachados estos dos:

"En cuanto a que Don Diego
solicita mi amor: lo demás niego".

642 2 34 Después de este verso hay este otro tachado, como los demás:

"sospechas falsas deja".

645 1 2 "seno opuesto"; léase "ser opuesto".

645 1 penúlt. "vende"; léase "vence".

646 2 16 "[no]"; léase "o".

646 2 18 "adviérteme"; léase "advertirme". Sin embargo, el original dice "adviérteme" enmendado.

646 2 43 "injusto"; léase "mi gusto".

647 1 36 "dejarán"; léase "le harán".

647 2 1 "amor"; léase "honor". El original dice también "amor" y fué enmendado.

648 1 23 "freno"; léase "enfreno".

649 1 14 "eso [es] ponerme"; léase "es oponerme".

650 2 3 "En fin"; léase "Sufrid".

651 1 25 "escasas"; léase "a las".

651 1 32 Este verso quedará así:

"para no acrecentar los accidentes".

651 2 42 "descuidado"; léase "de su cuidado".

652 1 11 "negare"; léase "repare".

653 1 4 "sea [decid]"; léase "te aborrece".

653 1 19 "[Verte]"; léase "No merecerte". Así el original; pero no es satisfactoria esta lectura.

653 1 27 "¿Quisieras?"; léase "¿Qué esperas?"

653 1 35 "olvidando"; léase "dudando".

655 1 32 "callé"; léase "la ley".

659 1 12 "se fué"; léase "llegué".

659 1 36 "[y ya] que he"; léase "he tenido".

659 1 44 "[de antes]"; léase "si incierta". La lectura es muy dudosa.

660 1 4 "capihopón". Quizá "capigorrón". El texto dice positivamente "capihopon". Posteriormente parece que quisieron enmendar la *h*, haciendo un signo que ni es *h* ni *g*; pero la sílaba *pon* quedó intacta. Es, por consiguiente, casi seguro que en el siglo XVII se diría "capihopón".

660 1 11 y 12. Estos dos versos se leerán:

"donde a Cristo hará bajar
su fe, del Cielo a tus manos".

663 1 20 a 28. Estos siete versos están escritos al margen, de la letra del texto, y sustituyeron a estos otros, que fueron tachados:

"Tú, con la ropa mañana
saldrás, Feliciano; dame
los brazos.
Felic. Con grande extremo."

670 1 33 Este verso, que por error de ajuste se intercaló aquí indebidamente, es:

"que me rompa las encías".

670 2 30 "veneno"; léase "bueno".

673 2 39 Este verso se leerá así:

"Del señor Virrey abajo."

676 2 16 "algaria"; léase "alquería".

676 2 22 "en fugarme"; léase "enjugarme".

678 2 16 Este verso se debe escribir así:

"Ir determino.
Juana (*dentro.*) Hacia acá."

679 1 8 "ellos"; léase "esotros".

679 1 22 Después de éste siguen dos versos tachados e ilegibles.

679 1 32 Después otro verso tachado del que sólo se leen las palabras "no lo permitió".

679 2 10 Después de este verso hay cinco tachados, de los que sólo se leen íntegros los cuatro que siguen:

"lo demás quiero encubrir,
a quien dieron sus hazañas
poder para que ilustrasen
la nobleza de sus canas."

Como no tiene enlace con lo demás, puede colegirse cuál es el estado de este manuscrito.

680 1 35 Después de éste otros dos versos ilegibles.

681 2 12 Sigue un verso ilegible.

681 2 38 Otro verso ilegible.

681 2 42 Siguen seis versos ilegibles.

682 1 13 Desde aquí empieza el tercer acto, que no es de Lope y está lleno de atajos y enmiendas que se pudieran suprimir. No obstante, los copiaremos para inteligencia del que no pueda ver el original.

682 2 37 "*sevillano*"; léase "*de villano*".

683 2 15 Después de este verso tiene el original éstos, pero atajados:

"Hombre 1.º ¡Con buena gente hemos dado!
¡Que esto nos suceda!
Hombre 2.º Amigo,
paciencia; pero cuidado
con que no sepan que somos
mercaderes.
Hombre 1.º Ni aun pensarlo;
que dirán que su dinero
sólo en letras le llevamos."

683 2 26 Después de este verso siguen, también tachados, éstos:

"Hombre 1.º Lo mismo te suplicamos,
rindiendo a tus pies, gustosos,
cuanto traemos entrambos."

683 2 35 "triste"; léase "justa".

684 1 36 En lugar de este verso se habían escrito y fueron tachados éstos:

"que los dos nos deis prestados
sesenta escudos y vos,
hermosa dama, otros tantos".

Y luego, acotados, estos otros:

"Antonio. De entrambos
saber espero lo mismo
que a esta dama he preguntado.
Hombre 1.º Nosotros somos dos hombres
de bien, poco acomodados,
que a Italia, sirviendo al Rey,
a probar fortuna vamos.
Panduro. Pues no empiezan con mal pie.
Hombre 1.º Todo el caudal que llevamos
serán trecientos escudos.
Panduro. No es poco para soldados.
Carpidoro. Es muy cierto.
Antonio. Con que aquí,
si la cuenta no se ha errado,
hay novecientos escudos
sin diez, que trae este anciano.
Vejete. Para la lámpara son
de san Babilés.
Panduro. Hermano,
pida al santo que le sane,
pues se halla otra vez quebrado.
Antonio. Mis soldados son noventa,
con que repartidos hallo,
que les toca a diez escudos,
ello es fuerza sustentarnos.
Carpidoro. Que el Abad de lo que canta
que yanta, dice el adagio.
Lircano. ¡Víctor, nuestro capitán
que así premia a sus soldados!
Vejete. Según la cuenta, mis diez
ya me los reserva el santo.
Panduro. Calle el pico, que ése es mío.
Dama. Seiscientos este criado
dará al punto los trecientos.
(Saca un bolsillo.)
Hombre 1.º Aquí están.
Panduro. Carta de pago
daré yo de todo luego;
que aquí hay también escribanos
monteses. Vengan.
Antonio. Panduro,
no los tomes.
Panduro. ¿Sin contarlos?
Preciso es para dar fe
de la entrega.
Antonio. ¡Ten, borracho!
Aparta, pues esto fué
para lo que luego aguardo
pediros, hacer examen
de vuestros pechos bizarros."

684 1 45 A continuación hay los versos siguientes, atajados:

"Hombre 1.º No tan sólo los sesenta,
sino los trecientos dados
gustosos, y agradecidos
te ofrecemos, admirando
tu generoso valor."

684 2 1 Siguen estos versos; también atajados y sustituídos por los del texto:

"¡Viejo potrilla! ¿Y los veinte
escudos que aquí han sobrado
a los ciento repartidos
entre tu gente?
Antonio. A este honrado
viejo se den, para que
haga la lámpara al santo
de plata."

684 2 6 y 7. Estos versos se leerán así:

"pobre viejo, para que
haga la lámpara al santo."

684 2 14 Siguen a éste los siguientes versos, igualmente atajados:

"Antonio. Pues, señores capitanes,
sin ningún recelo, cuando
servidos fuereis, podéis
seguir vuestra marcha, dando
el socorro [a] aquesa escuadra
que os he pedido prestado,
que ella os asegurará
del riesgo de otros soldados
míos que este monte ocupan.
Hombre 1.º Agradecidos besamos
tus manos por tantas honras.
Antonio. Yo soy quien debe quedarlo.
Hombre 1.º Adiós.
Antonio. Adiós.
Carpidoro, luego al punto,".

686 1 2 Faltan los siguientes versos de igual clase:

"¡Muera el vil!
Panduro. Si ya después
de este pecado va salvo;
pues ya estará arrepentido.
Juana. A ver en qué para vamos.
Panduro. ¿Oyes, Juanilla?
Juana. ¿Qué quieres?
Panduro. ¿Cuándo he de hacer yo otro tanto
contigo?
Juana. Pues si el cobarde
lo intentara, corta ando...
Lo pensara.
Panduro. ¿Qué me hicieras?
Juana. Le hiciera al gallina...
Panduro. ¿Gallo?
Pues no lo intento.
Juana. ¿Por qué?
Panduro. Porque lo hagas de tu grado."

Al margen perpendicular de estos versos hay cuatro, que dicen:

"Oyes, Juanilla,
no me atreviera yo a tanto.
JUANA. Si el pícaro se atreviera,
¿no le hiciera mil pedazos?"

Como se ve, estos versos atajados fueron sustituídos por los tres que van en el texto: líneas 10 a 12.

686 1 9 Después de este verso siguen éstos acotados y con razón:

"porque no lo logres.
LEON. Cuando
lo hagas, aun después de muerta
te he de gozar obstinado.
DAMA. ¿No hay quien mi vida socorra?"

686 2 16 "atención"; léase "atrición".
687 1 1-7 En lugar de estos versos útiles al margen hay en el original tachados estos otros:

"FR. FEL. A buscarte, Antonio.
ANTONIO. ¿A mí?
FR. FEL. Sí, Antonio.
ANTONIO. Pues ¿qué me quieres?
Que aunque ingrato", *etc.*

689 1 38 "cosa"; léase "un alma".
692 2 últ. "LAMINE." Léase "LANINI."
697 1 8 "sabor"; léase "favor".
702 1 35 "nacientes"; léase "nacistes".
702 2 27 "me"; léase "no".
703 1 34 Este verso se leerá:

"poner la espalda y esperar ducientos".

704 1 38 "guardar Teodoro". El texto dice "guardarse Teodor". A este personaje le llama de ambos modos.
704 2 2 "Teodoro cabeza"; léase "Teodor la cabeza".
707 2 10 "[de mí]". El original dice "por", que parece peor lección; pero que debe anotarse.
707 2 11 "contratar"; léase "contrastar".
708 2 9 "[no era]". El texto dice "tuve".
710 2 38 Este verso debe leerse:

"¿Lloró Octavia? No lloró."

VARIANTES DE LA COMEDIA

AMAR POR BURLA EN EL MS. DE LA BIBLIOTECA DE PARMA.

El señor don Antonio Restori, correspondiente de la Academia de Italia, ha tenido la atención de enviarnos las variantes que ofrece el manuscrito de la comedia *Amar por burla* existente en la antigua Biblioteca ducal de Parma, del que ya dimos noticia en el prólogo del tomo anterior (pág. XII) y fueron recogidas pacientemente por él mismo.

La comedia se halla en un tomo facticio con el número XVII, que comprende seis comedias manuscritas, entre las cuales *Amar por burla* ocupa el segundo lugar. La letra es de copista; la tinta roja y la escritura puede, según el señor Restori, pertenecer a la primera veintena del siglo XVIII.

Aunque el manuscrito sea posterior al matritense y menos completo, quizá corresponda a un texto anterior a las refundiciones y arreglos que lleva el nuestro. De todos modos, los aficionados a LOPE agradecerán al señor Restori el trabajo que se ha tomado.

Las variantes, como se ve, comprenden todo: incluso los errores manifiestos y las que ya no son variantes por corresponder a erratas del texto publicado.

Las página, columna y línea señaladas son las del tomo impreso.

COMEDIA FAMOSA | *AMAR POR BURLA* | DE L. DE V. C.

PERSONAS QUE HABLAN

DON DIEGO DE FRÍAS.	ANARDA.
DON SANCHO DE TOLEDO.	AURORA.
DUQUE.	INÉS.
FABIO, *viejo.*	MAROTO, *criado.*
MATORRAL, *gracioso.*	JACINTO, *y* CRIADOS.

625 1 4 defeto alguno en lo amado.
625 1 18 no me ajusto a acreditar.
625 2 17 sales sabiendo que el alma.
625 2 22 vivos color martirizan *(sic).*
626 1 2 ...das se advierte.
626 1 13 y 14. la fe de mi corazón.
...a mi obligación.
626 1 37 Si amoroso al bien que sigo.
626 2 1 cuando debí...
626 2 nota. (En el parmense falta la décima.)
627 1 18 no me mostrara atrevido.
INÉS. Pesado es el pícaro.
MAT. Como ella *(sic).*
627 1 29 que no he llegado en la vida.
627 1 40 que te ha de dar...
627 2 40 cuando tú la quieres más.
628 1 22 Serviros...
SANCHO. Yo la m. q me das.
estimaré en tanto grado.
628 1 28 ...estimo a Anarda.
628 1 39 en el que infierno que roza *(sic).*
628 1 45 ...culpa escandalosa.
628 1 últ. ...con estas cosas.
628 2 2 ...presunción, copiosa
ambición y sus.
628 2 8 ...que se rompa.
628 2 30 pues que merecen...
629 1 nota 1. (En el parmense los dos versos faltan.)
629 2 13 ...aquesa puerta.
629 2 22 y 23. donde... premiarte. (Faltan.)
629 2 nota 2. (Los cuatro versos faltan.)
629 2 nota 3. (En el parmense no se repiten.)
630 2 nota 1. (Los ocho versos en el parmense faltan.)
630 2 21 (No RAMIRO, sino JAC[INTO].)
630 2 nota 2. (Los 16 versos en el parmense faltan.)
631 1 6 que son boca los ojos.
el d...
no ajustan sus sospechas con su fama.

631	1	nota 1.	(Los 13 versos en el parmense faltan.)
631	1	nota 2.	(En el parmense Jacinto.)
631	2	3	Quiera Señor...
631	2	20	triste y amoroso v...
631	2	nota 1.	(En el parmense constan; pero faltan los dos versos: "para... frente.")
631	2	nota 2.	(En el parmense los cuatro versos están en el texto.)
632	1	16	...a lo que pienso.
632	2	41	queda vacía mi sed.
633	1	21	*Vase* Jacinto.
633	1	22	y 23. (Faltan.)
633	1	43	¿Qué he de ver?
633	2	nota.	...a Aurora y cuerdo.
634	1	6-9	*Entra* Ramiro... Ramiro, (Faltan.)
634	1	10	que en la materia...
634	1	11	lo más es...
634	2	29	...si le advirtieses.
635	1	23	...estará, que encerrado.
636	1	25	Si no mal divertido.
636	1	27	y llave.
637	1	14	honor quien lo procura (*sic*).
637	1	18	...digo yo que estaba.
637	1	46	que miras. Padre y señor.
637	2	5-9	Advierte... morir. (Estas cinco líneas después del verso "sin que principio tuviese".)
637	2	15	entrar? Si la aprensión.
637	2	26	*Vanse y salen* Don Diego *y* Matorral.
638	1	46	este papel, tabla infame.
638	1	nota.	(Los cuatro versos faltan.)
638	2	notas 1 y 2.	(Faltan.)
639	1	nota 1.	(Constan.) Fabio. Guárdeos, *etc.*
639	1	14	como he dicho a tantos males.
639	1	nota 2.	(En el parmense faltan.)
639	1	26-39	Mat. Don Sancho quiere hablarte. Diego. Entre don Sancho y tú vete. Que Anarda sin causa, *etc.*
639	2	nota.	(Los cuatro versos en el parmense faltan.)
640	1	15	Negaros que no la estimo.
640	1	23-27	(Faltan.)
640	1	38-45	(Faltan.)
640	1	46	Sancho. Ya que lo dicho no baste.
640	2	3	la duda que aprehendéis.
641	1	7	(Falta hasta la línea 23 de la columna segunda.)
641	2	nota 2.	(Este verso suelto lo dice Sancho.)
642	1	14-19	Fab. ¡Aleve!... ¡Tan grave! (Faltan.)
642	1	21	No me culpes, pues sabes. En un empeño tan grave.
642	1	31-43	Fab. ¿Estás en ti?... si es que deseas. (Faltan.)
642	1	44	¿Sabes lo que pretendes?
642	1	46	Fabio. Villana, ¿así me ofendes? Anarda. A la verdad remito lo cierto, *etc.* (Todo esto falta.)
642	2	penúlt.	si vieres que es engaño.
643	1	2	a cuanto sea tu gusto.
643	1	14	(Así también en el parmense; pero falta una sílaba.)
643	2	nota 1.	(Los cuatro versos faltan.)
643	2	nota 2.	(En el parmense "por poner el gusto al ojo" *sic!*)
644	1	7	y guarda bien tus dos hijas.
644	1	17	la disculpa es el exceso.
644	1	45	que luego os vais; no pretendo.
644	2	42	sólo esperando mis dichas.
645	1	2-3	a su mesmo ser opuesto para que vean su agravio.
645	1	5-7	...le dejan. Aur. De lo que siente me huelgo.
645	1	37	con halagos ni con ruegos.
645	1	39	de cuyo impuesto veneno.
645	1	51	crece y se vence...
645	2	4	a quien me aborrece? Aur. Basta con... *etc.*
645	2	11	y 12. Finge que quieres. ¿Se puede fingir queriendo?
645	2	18	Ensancha mi pensamiento.
645	2	46	darle a entender el exceso.
645	2	49	se cansara darme enojos.
646	1	27	D. Diego. Ni yo a ti. Anarda. Escúchame. D. Diego. Es aventurar tu respeto.
646	1	36	...Que venga el tiempo (*sic*).
646	1	42	¡Ah, ingrato!
646	2	8	Vengarte dese defeto.
646	2	13	...castigarte.
646	2	16	Pues para morir o verlo será menester, Aurora. Advertirme.
647	2	nota.	(Estos ocho versos en el parmense faltan.)
647	2	18	(De la comedia *El enamorar burlando;* falta.)
648	1	22	si me infundes al veneno. Agradéceme que enfreno.
648	1	38	ofender tu voluntad. (Rima repetida.)
648	1	últ.	Señor, mis obligaciones me traen impensadamente adonde estoy; he de oírte movida, *etc.*
648	2	13	...Aquí conviene.
648	2	42	...os culpe y me empeñe.
649	1	4	Sus atrevimientos tiene.
649	1	14	mas hacerlo es oponerme.
649	1	22	el alma me pide os muestre.
649	1	26	...que vence.
649	1	34	no se recate o se afrente.
649	2	19	de aquel que tú, necio, vieres (*sic*).
649	2	32	fuera va de su memoria.
650	1	16-19	Con los... opinión. (Faltan.)
650	1	23	y de cierto embajador.
650	1	41	excusaré confusiones.
650	1	42-52	Cuando te le... Vespasiano. (Faltan.)
650	2	3	Sufrid, que os...
650	2	9	dar a entender su deseo.
650	2	12	¡Triste cosa! (*sic*).
650	2	19	E yo te conoceré.
650	2	36	adonde sabes aguarda.
650	2	38	Pues sabe lo que desea.
650	2	45-48	Digo... extraordinario. (Faltan.)
651	1	nota 3	(Los 24 versos en el parmense faltan.)
651	2	13	seguir el tagarote los dorales ayudarle al aliento.
651	2	nota 1	(Los cuatro versos en el parmense faltan.)
651	2	42	al fin de su cuidado.
652	1	11	...es fuerza que repare.
652	1	13	lo que le debe...
652	1	nota 2	(Los 18 versos en el parmense faltan.)
652	1	38	Quedaos adiós.

652	2	1-6	(Faltan.)
653	1	nota.	(Los 16 versos en el parmense faltan.)
653	2	nota.	(Los 32 versos en el parmense faltan.)
653	2	16	este ruido gran cuidado.
654	1	nota.	mucho haberle conocido. AUR. No ha sido nada, don Diego. DUQUE. Don Diego era el que se fué. ¡Vive Dios, que ha de pagarme el resistir y ocultarme los empeños de su fe! AUR. Vete, *etc.*
654	2	19-20	Ya he... templad. (Faltan.)
654	2	nota 2	(Los cuatro versos en el parmense faltan.)
654	2	35	*Entrase el* DUQUE, etc. (Falta toda una escena y se pasa a la página 656, col. 1.ª, lín. 3: "*Sale* DON SANCHO: Ya que conocidamente", *etc.*)
656	2	6	Ya que está en el puesto.
656	2	15	Para pasarte la voluntad que le muestras.
656	2	34	viene a divertirse el alma.
656	2	penúlt.	Quien desea (*sic;* pero el verso está errado.)
657	1	7	...ya bajo a abrir.
657	1	nota.	(Faltan los dos versos.)
657	2	3	...te pusiese.
657	2	9	ya estamos tres en la sala.
657	2	11	...fuerza conocerme.
657	2	19	no te alteres ni te ofendas.
657	2	33	aunque el Duque más se enoje.
657	2	nota.	(Los cuatro versos faltan.)
657	2	45	o deseos de mi casa (*sic!*).
658	1	14-15	Secretamente se está (*sic*) yo estos celos que por fuerza.
658	2	7-8	El alma. DUQUE. Como al honor que profesas.
659	1	2	a su mesmo...
659	1	6	...lo que confieso.
659	1	nota.	(Los seis versos faltan.)
659	1	13	...quien entró.
659	1	18	a las rejas de la calle.
659	1	30-47	También es justo... abrióme. (Faltan.)
659	1	últ.	Conformaos de...
659	2	12	...de quien tiene culpa (*sic*).
659	2	21	mueve amor... (*sic*).
659	2	24	...y en conclusión.
659	2	30	...de tu dicha.
659	2	nota.	(El parmense acaba como en el texto. Los versos de la nota faltan.)



Vega Carpio, Lope Félix de
Obras. Nueva ed.

